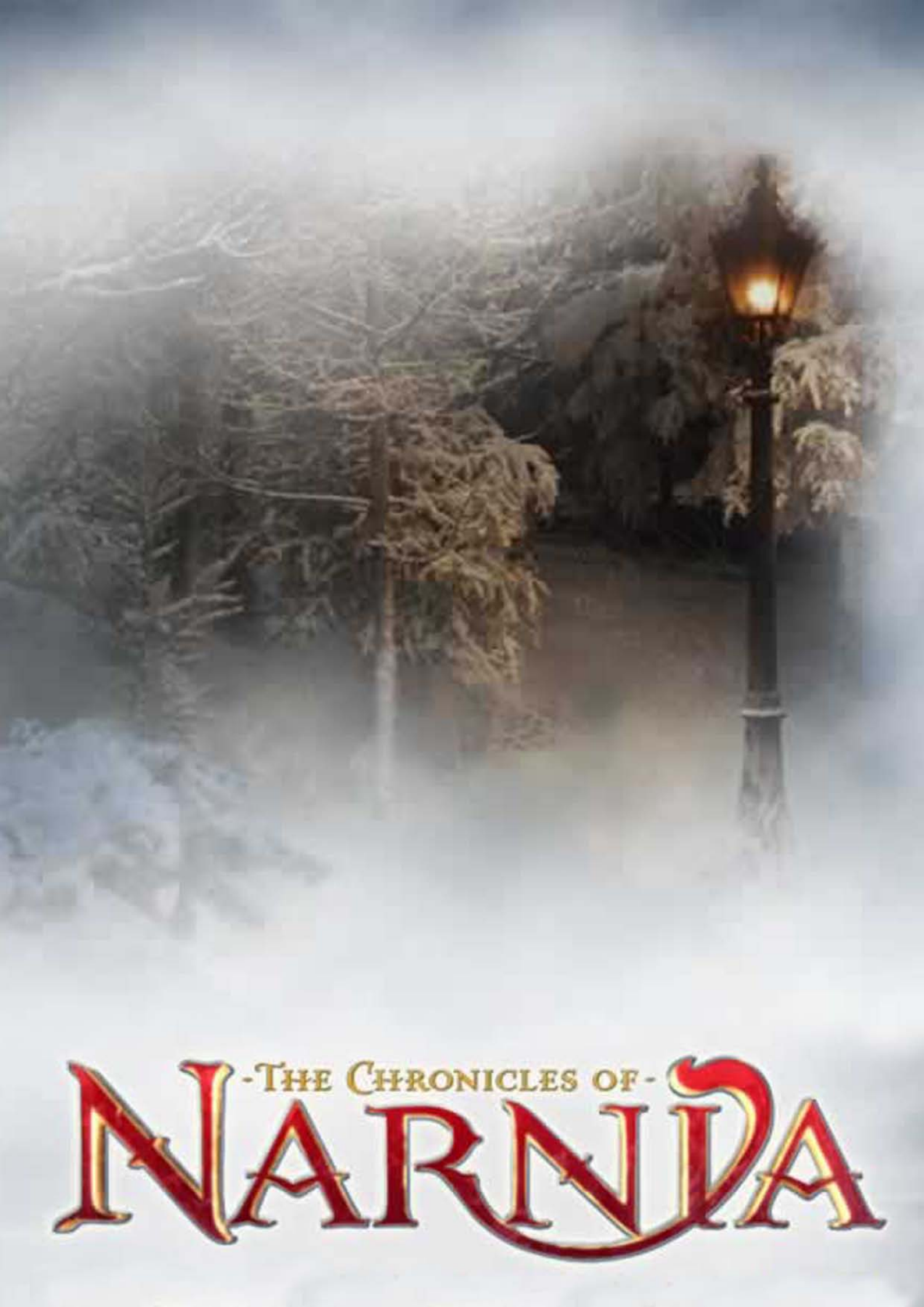
-THE CHRONICLES OF-
NARNIA

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO I

EL LEON, LA BRUJA Y EL ROPERO

A LUCIA BARFIELD

Querida Lucía, Escribí esta historia para ti, sin darme cuenta de que las niñas crecen más rápido que los libros. El resultado es que ya estás demasiado grande para cuentos de hadas, y cuando éste se imprima serás mayor aún. Sin embargo, algún día llegarás a la edad en que nuevamente gozarás de los cuentos de hadas. Entonces podrás sacarlo de la repisa más alta, desempolvarlo y darme tu opinión sobre él. Probablemente, yo estaré demasiado sordo para escucharte y demasiado viejo para comprender lo que dices. Pero aún seré tu Padrino que te quiere mucho.

C. S. LEWIS

I
LUCIA INVESTIGA EN EL ROPERO

Había una vez cuatro niños cuyos nombres eran Pedro, Susana, Edmundo y Lucía. Esta historia relata lo que les sucedió cuando, durante la guerra y a causa de los bombardeos, fueron enviados lejos de Londres a la casa de un viejo profesor. Este vivía en medio del campo, a diez millas de la estación más cercana y a dos millas del correo más próximo. El profesor no era casado, así es que un ama de llaves, la señora Macready, y tres sirvientas atendían su casa. (Las sirvientas se llamaban Ivy, Margarita y Betty, pero ellas no intervienen mucho en esta historia).

El anciano profesor tenía un aspecto curioso, pues su cabello blanco no sólo le cubría la cabeza sino también casi toda la cara. Los niños simpatizaron con él al instante, a pesar de que Lucía, la menor, sintió miedo al verlo por primera vez, y Edmundo, algo mayor que ella, escondió su risa tras un pañuelo y simuló sonarse sin interrupción.

Después de ese primer día y en cuanto dieron las buenas noches al profesor, los niños subieron a sus habitaciones en el segundo piso y se reunieron en el dormitorio de las niñas para comentar todo lo ocurrido.

—Hemos tenido una suerte fantástica —dijo Pedro—. Lo pasaremos muy bien aquí. El viejo profesor es una buena persona y nos permitirá hacer todo lo que queramos.

—Es un anciano encantador —dijo Susana.

—¡Cállate! —exclamó Edmundo. Estaba cansado, aunque pretendía no estarlo, y esto lo ponía siempre de un humor insoportable—. ¡No sigas hablando de esa manera!

—¿De qué manera? —preguntó Susana—. Además ya es hora de que estés en la cama.

—Tratas de hablar como mamá —dijo Edmundo—. ¿Quién eres para venir a decirme cuándo tengo que ir a la cama? ¡Eres tú quien debe irse a acostar!

—Mejor será que todos vayamos a dormir —interrumpió Lucía—. Si nos encuentran conversando aquí, habrá un tremendo lío.

—No lo habrá —repuso Pedro, con tono seguro—. Este es el tipo de casa en que a nadie le preocupará lo que nosotros hagamos. En todo caso, ninguna persona nos va a oír. Estamos como a diez minutos del comedor y hay numerosos pasillos, escaleras y rincones entremedio.

—¿Qué es ese ruido? —dijo Lucía de repente.

Esta era la casa más grande que ella había conocido en su vida. Pensó en todos esos pasillos, escaleras y rincones, y sintió que algo parecido a un escalofrío la recorría de pies a cabeza.

—No es más que un pájaro, tonta —dijo Edmundo.

—Es una lechuza —agregó Pedro—. Este debe ser un lugar maravilloso para los pájaros... Bien, creo que ahora es mejor que todos vayamos a la cama, pero mañana exploraremos. En un sitio como éste se puede encontrar cualquier cosa. ¿Vieron las montañas cuando veníamos? ¿Y los bosques? Puede ser que haya águilas, venados... Seguramente habrá halcones...

—Y tejones —dijo Lucía.

—Y serpientes —dijo Edmundo.

—Y zorros —agregó Susana.

Pero a la mañana siguiente caía una cortina de lluvia tan espesa que, al mirar por la ventana, no se veían las montañas ni los bosques; ni siquiera la acequia del jardín.

—¡Tenía que llover! —exclamó Edmundo.

Los niños habían tomado desayuno con el profesor, y en ese momento se encontraban en una sala del segundo piso que el anciano había destinado para ellos. Era una larga habitación de techo bajo, con dos ventanas hacia un lado y dos hacia el otro.

—Deja de quejarte, Ed —dijo Susana—. Te apuesto diez a uno a que aclara en menos de una hora. Por lo demás, estamos bastante cómodos y tenemos un montón de libros.

—Por mi parte, yo me voy a explorar la casa —dijo Pedro.

La idea les pareció excelente y así fue como comenzaron las aventuras. La casa era uno de aquellos edificios llenos de lugares inesperados, que nunca se conocen por completo. Las primeras habitaciones que recorrieron estaban totalmente vacías, tal como los niños esperaban. Pero pronto llegaron a una sala muy larga con las paredes repletas de cuadros, en la que encontraron una armadura. Después pasaron a otra completamente cubierta por un tapiz verde y en la que había un arpa arrinconada. Tres peldaños más abajo y cinco hacia arriba los llevaron hasta un pequeño

zaguán. Desde ahí entraron en una serie de habitaciones que desembocaban unas en otras. Todas tenían estanterías repletas de libros, la mayoría muy antiguos y algunos tan grandes como la Biblia de una iglesia. Más adelante entraron en un cuarto casi vacío. Sólo había un gran ropero con espejos en las puertas. Allí no encontraron nada más, excepto una botella azul en la repisa de la ventana.

—¡Nada por aquí! —exclamó Pedro, y todos los niños se precipitaron hacia la puerta para continuar la excursión. Todos menos Lucía, que se quedó atrás. ¿Qué habría dentro del armario? Valía la pena averiguarlo, aunque, seguramente, estaría cerrado con llave. Para su sorpresa, la puerta se abrió sin dificultad. Dos bolitas de naftalina rodaron por el suelo.

La niña miró hacia el interior. Había numerosos abrigos colgados, la mayoría de piel. Nada le gustaba tanto a Lucía como el tacto y el olor de las pieles. Se introdujo en el enorme ropero y caminó entre los abrigos, mientras frotaba su rostro contra ellos. Había dejado la puerta abierta, por supuesto, pues comprendía que sería una verdadera locura encerrarse en el armario. Avanzó algo más y descubrió una segunda hilera de abrigos. Estaba bastante oscuro ahí dentro, así es que mantuvo los brazos estirados para no chocar con el fondo del ropero. Dio un paso más, luego otros dos, tres... Esperaba siempre tocar la madera del ropero con la punta de los dedos, pero no llegaba nunca hasta el fondo.

—¡Este debe ser un guardarropa gigantesco! —murmuró Lucía, mientras caminaba más y más adentro y empujaba los pliegues de los abrigos para abrirse paso. De pronto sintió que algo crujía bajo sus pies.

"¿Habrá más naftalina?", se preguntó.

Se inclinó para tocar el suelo. Pero en lugar de sentir el contacto firme y liso de la madera, tocó algo suave, pulverizado y extremadamente frío. "Esto sí que es raro", pensó, y dio otros dos pasos hacia adelante.

Un instante después advirtió que lo que rozaba su cara ya no era suave como la piel sino duro, áspero e, incluso, clavaba.

—¿Cómo? ¡Parecen ramas de árboles! —exclamó.

Entonces vio una luz frente a ella; no estaba cerca del lugar donde tendría que haber estado el fondo del ropero, sino muchísimo más lejos. Algo frío y suave caía sobre la niña. Un momento después se dio cuenta de que se encontraba en medio de un bosque; además era de noche, había nieve bajo sus pies y gruesos copos caían a través del aire.

Lucía se asustó un poco, pero a la vez se sintió llena de curiosidad y de excitación. Miró hacia atrás y entre la oscuridad de los troncos de los

árboles pudo distinguir la puerta abierta del ropero e incluso la habitación vacía desde donde había salido. (Por supuesto, ella había dejado la puerta abierta, pues pensaba que era la más grande de las tonterías encerrarse uno mismo en un guardarropa). Parecía que allá era de día. "Puedo volver cuando quiera, si algo sale mal", pensó, tratando de tranquilizarse. Comenzó a caminar —*cranch-cranch* — sobre la nieve y a través del bosque, hacia la otra luz, delante de ella.

Cerca de diez minutos más tarde, Lucía llegó hasta un farol. Se preguntaba qué significado podría tener éste en medio de un bosque, cuando escuchó unos pasos que se acercaban. Segundos después una persona muy extraña salió de entre los árboles y se aproximó a la luz.

Era un poco más alta que Lucía. Sobre su cabeza llevaba un paraguas todo blanco de nieve. De la cintura hacia arriba tenía el aspecto de un hombre, pero sus piernas, cubiertas de pelo negro y brillante, parecían las extremidades de un cabro. En lugar de pies tenía pezuñas.

En un comienzo, la niña no advirtió que también tenía cola, pues la llevaba enrollada en el mango del paraguas para evitar que se arrastrara por la nieve. Una bufanda roja le cubría el cuello y su piel era también rojiza. El rostro era pequeño y extraño, pero agradable; tenía una barba rizada y un par de cuernos a los lados de la frente. Mientras en una mano llevaba el paraguas, en la otra sostenía varios paquetes con papel de color café. Estos y la nieve hacían recordar las compras de Navidad. Era un Fauno. Y cuando vio a Lucía, su sorpresa fue tan grande que todos los paquetes rodaron por el suelo.

—¡Cielos! —exclamó el Fauno.

II
LO QUE LUCIA ENCONTRO ALLI

—Buenas tardes —saludó Lucía. Pero el Fauno estaba tan ocupado recogiendo sus paquetes que no contestó. Cuando hubo terminado le hizo una pequeña reverencia.

—Buenas tardes, buenas tardes —dijo. Y agregó después de un instante—: Perdóname, no quisiera parecer impertinente, pero ¿eres tú lo que llaman una Hija de Eva?

—Me llamo Lucía —respondió ella, sin entenderle muy bien.

—Pero ¿tú eres lo que llaman una niña?

—¡Por supuesto que soy una niña! —exclamó Lucía.

—¿Verdaderamente eres humana?

—¡Claro que soy humana! —respondió Lucía, todavía un poco confundida.

—Seguro, seguro —dijo el Fauno—, ¡Qué tonto soy! Pero nunca había visto a un Hijo de Adán ni a una Hija de Eva. Estoy encantado.

Se detuvo como si hubiera estado a punto de decir algo y recordar a tiempo que no debía hacerlo.

—Encantado, encantado —repitió luego—. Permíteme que me presente. Mi nombre es Tumnus.

—Encantada de conocerle, señor Tumnus —dijo Lucía.

—Y se puede saber, ¡oh, Lucía, Hija de Eva!, ¿cómo llegaste a Narnia? —preguntó el señor Tumnus.

—¿Narnia? ¿Qué es eso?

—Esta es la tierra de Narnia —dijo el Fauno—, donde estamos ahora. Todo lo que se encuentra entre el farol y el gran castillo de Cair Paravel en el mar del este. Y tú, ¿vienes de los bosques salvajes del oeste?

—Yo llegué..., llegué a través del ropero que está en el cuarto vacío —respondió Lucía, vacilando.

—¡Ah! —dijo el señor Tumnus con voz melancólica—, si hubiera

estudiado geografía con más empeño cuando era un pequeño fauno, sin duda sabría todo acerca de esos extraños países. Ahora es demasiado tarde.

—¡Pero si esos no son países! —dijo Lucía casi riendo—. El ropero está ahí, un poco más atrás..., creo... No estoy segura. Es verano allí ahora.

—Ahora es invierno en Narnia; es invierno siempre, desde hace mucho... Pero si seguimos conversando en la nieve nos vamos a resfriar los dos. Hija de Eva, de la lejana tierra del Cuarto Vacío, donde el eterno verano reina alrededor de la luminosa ciudad del Ropero, ¿te gustaría venir a tomar el té conmigo?

—Gracias, señor Tumnus, pero pienso que quizás ya es hora de regresar.

—Es a la vuelta de la esquina, no más. Habrá un buen fuego, tostadas, sardinas y torta —insistió el Fauno.

—Es muy amable de su parte —dijo Lucía—. Pero no podré quedarme mucho rato.

—Tómate de mi brazo, Hija de Eva —dijo el señor Tumnus—. Llevaré el paraguas para los dos. Por aquí, vamos.

Así fue como Lucía se encontró caminando por el bosque del brazo con esta extraña criatura, igual que si se hubieran conocido durante toda la vida.

No habían ido muy lejos aún, cuando llegaron a un lugar donde el suelo se tornó áspero y rocoso. Hacia arriba y hacia abajo de las colinas había piedras. Al pie de un pequeño valle el señor Tumnus se volvió de repente y caminó derecho hacia una roca gigantesca. Sólo en el momento en que estuvieron muy cerca de ella, Lucía descubrió que él la conducía a la entrada de una cueva. En cuanto se encontraron en el interior, la niña se vio inundada por la luz del fuego. El señor Tumnus cogió una brasa con un par de tenazas y encendió una lámpara.

—Ahora falta poco —dijo, e inmediatamente puso la tetera a calentar.

Lucía pensaba que no había estado nunca en un lugar más acogedor. Era una pequeña, limpia y seca cueva de piedra roja con una alfombra en el suelo, dos sillas ("una para mí y otra para un amigo", dijo el señor Tumnus), una mesa, una cómoda, una repisa sobre la chimenea, y más arriba, dominándolo todo, el retrato de un viejo Fauno con barba gris. En un rincón había una puerta; Lucía supuso que comunicaba con el dormitorio del señor Tumnus. En una de las paredes se apoyaba un estante repleto de libros. La niña miraba todo mientras él preparaba la mesa para el té. Algunos de los

títulos eran *La vida y las cartas de Sileno*, *Las ninfas y sus costumbres*, *Hombres, monjes y deportistas*, *Estudio de la leyenda popular, ¿Es el hombre un mito?*, y muchos más.

—Hija de Eva —dijo el Fauno—, ya está todo preparado.

Y realmente fue un té maravilloso. Hubo un rico huevo dorado para cada uno, sardinas en pan tostado, tostadas con mantequilla y con miel, y una torta espolvoreada con azúcar. Cuando Lucía se cansó de comer, el Fauno comenzó a hablar. Sus relatos sobre la vida en el bosque eran fantásticos. Le contó acerca de bailes en la medianoche, cuando las Ninfas que vivían en las vertientes y las Dríades que habitaban en los árboles salían a danzar con los Faunos; de las largas partidas de cacería tras el Venado Blanco, en las cuales se cumplían los deseos del que lo capturaba; sobre las celebraciones y la búsqueda de tesoros con los Enanos Rojos salvajes, en minas y cavernas muy por debajo del suelo. Por último, le habló también de los veranos, cuando los bosques eran verdes y el viejo Sileno los visitaba en su gordo burro. A veces llegaba a verlos el propio Baco y entonces por los ríos corría vino en lugar de agua y el bosque se transformaba en una fiesta que se prolongaba por semanas sin fin.

—Ahora es siempre invierno —agregó taciturno.

Entonces para alegrarse tomó un estuche que estaba sobre la cómoda, sacó de él una extraña flauta que parecía hecha de paja y empezó a tocar.

Al escuchar la melodía, Lucía sintió ansias de llorar, reír, bailar y dormir, todo al mismo tiempo. Debían haber transcurrido varias horas cuando despertó bruscamente, y dijo:

—Señor Tumnus, siento interrumpirlo, pero tengo que irme a casa. Sólo quería quedarme unos minutos...

—No es bueno *ahora*, tú sabes —le dijo el Fauno, dejando la flauta. Parecía acongojado por ella.

—¿Qué no es bueno? —dijo ella, dando un salto. Asustada e inquieta agregó—: ¿Qué quiere decir? Tengo que volver a casa al instante. Ya deben estar preocupados.

Un momento después, al ver que los ojos del Fauno estaban llenos de lágrimas, volvió a preguntar:

—¡Señor Tumnus! ¿Cuál es realmente el problema? El Fauno continuó llorando. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y pronto corrieron por la punta de su nariz. Finalmente se cubrió el rostro con

las manos y comenzó a sollozar.

—¡Señor Tumnus! ¡Señor Tumnus! —exclamó Lucía con desesperación—. ¡No llore así! ¿Qué es lo que pasa? ¿No se siente bien? Querido señor Tumnus, cuénteme qué es lo que está mal.

Pero el Fauno continuó estremeciéndose como si tuviera el corazón destrozado. Aunque Lucía lo abrazó y le prestó su pañuelo, no pudo detenerse. Solamente tomó el pañuelo y lo usó para secar sus lágrimas que continuaban cayendo sin interrupción. Y cuando estaba demasiado mojado, lo estrujaba con sus dos manos. Tanto lo estrujó, que pronto Lucía estuvo de pie en un suelo completamente húmedo.

—¡Señor Tumnus! —gritó Lucía en su oído, al mismo tiempo que lo remecía—. No llore más, por favor. Pare inmediatamente de llorar. Debería avergonzarse. Un Fauno mayor, como usted. Pero dígame, ¿por qué llora usted?

—¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! —sollozó—, lloro porque soy un Fauno malvado.

—Yo no creo eso. De ninguna manera —dijo Lucía—. De hecho, usted es el Fauno más encantador que he conocido.

—¡Oh! No dirías eso si tú supieras —replicó el señor Tumnus entre suspiros—. Soy un Fauno malo. No creo que nunca haya habido uno peor que yo desde que el mundo es mundo.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho? —preguntó Lucía.

—Mi viejo padre —dijo el Fauno— jamás hubiera hecho una cosa semejante. ¿Lo ves? Su retrato está sobre la chimenea.

—¿Qué es lo que no hubiera hecho su padre?

—Lo que yo he hecho —respondió el Fauno—. Servir a la Bruja Blanca. Eso es lo que yo soy. Un sirviente pagado por la Bruja Blanca.

—¿La Bruja Blanca? ¿Quién es?

—¡Ah! Ella es quien tiene a Narnia completamente en sus manos. Ella es quien mantiene el invierno para siempre. Siempre invierno y nunca Navidad. ¿Te imaginas lo que es eso?

—¡Qué terrible! —dijo Lucía—. Pero ¿qué trabajo hace usted para que ella le pague?

—Eso es lo peor. Soy yo el que rapta para ella. Eso es lo que soy: un

raptor. Mírame, Hija de Eva. ¿Crees que soy la clase de Fauno que cuando se encuentra con un pobre niño inocente en el bosque, se hace su amigo y lo invita a su casa en la cueva, sólo para dormirlo con música y entregarlo luego a la Bruja Blanca?

—No —dijo Lucía—. Estoy segura de que usted no haría nada semejante.

—Pero lo he hecho —dijo el Fauno.

—Bien —continuó Lucía, lentamente (porque quería ser muy franca, pero, a la vez, no deseaba ser demasiado dura con él)—, eso es muy malo, pero usted está tan arrepentido que estoy segura de que no lo hará de nuevo.

—¡Hija de Eva! ¿Es que no entiendes? —exclamó el Fauno—. No es algo que yo haya hecho. Es algo que estoy haciendo en este preciso instante.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucía, poniéndose blanca como la nieve.

—Tú eres el niño —dijo el señor Tumnus—. La Bruja Blanca me había ordenado que si alguna vez encontraba a un Hijo de Adán o a una Hija de Eva en el bosque, tenía que aprehenderlo y llevárselo. Tú eres la primera que yo he conocido. Pretendí ser tu amigo, te invité a tomar el té y he esperado todo el tiempo que estuvieras dormida para llevarte hasta ella.

—¡Ah, no! Usted no lo hará, señor Tumnus —dijo Lucía—. Realmente usted no lo hará. De verdad, no debe hacerlo.

—Y si yo no lo hago —dijo él, comenzando a llorar de nuevo—, ella lo sabrá. Y me cortará la cola, me arrancará los cuernos y la barba. Agitará su vara sobre mis lindas pezuñas divididas al centro y las transformará en horribles y sólidas, como las de un desdichado caballo. Pero si ella se enfurece más aún, me convertirá en piedra y seré sólo una estatua de Fauno en su horrible casa, y allí me quedaré hasta que los cuatro tronos de Cair Paravel sean ocupados. Y sólo Dios sabe cuándo sucederá eso o si alguna vez sucederá.

—Lo siento mucho, señor Tumnus —dijo Lucía—. Pero, por favor, déjeme ir a casa.

—Por supuesto que lo haré —dijo el Fauno—. Tengo que hacerlo. Ahora me doy cuenta. No sabía cómo eran los humanos antes de conocerte a ti. No puedo entregarte a la Bruja Blanca; no ahora que te conozco. Pero tenemos que salir de inmediato. Te acompañaré hasta el farol. Espero que desde allí sabrás encontrar el camino a Cuarto Vacío y a Ropero.

—Estoy segura de que podré.

—Debemos irnos muy silenciosamente. Tan callados como podamos — dijo el señor Tumnus—. El bosque está lleno de *sus espías*. Incluso algunos árboles están de su parte.

Ambos se levantaron y, dejando las tazas y los platos en la mesa, salieron. El señor Tumnus abrió el paraguas una vez más, le dio el brazo a Lucía y comenzaron a caminar sobre la nieve. El regreso fue completamente diferente a lo que había sido la ida hacia la cueva del Fauno. Sin decir una palabra se apresuraron todo lo que pudieron y el señor Tumnus se mantuvo siempre en los lugares más oscuros. Lucía se sintió bastante reconfortada cuando llegaron junto al farol.

—¿Sabes cuál es tu camino desde aquí, Hija de Eva? —preguntó el Fauno.

Lucía concentró su mirada entre los árboles y en la distancia pudo ver un espacio iluminado, como si allá lejos fuera de día.

—Sí —dijo—. Alcanzo a ver la puerta del ropero.

—Entonces corre hacia tu casa tan rápido como puedas —dijo el señor Tumnus—. ¿Podrás perdonarme alguna vez por lo que intenté hacer?

—Por supuesto —dijo Lucía, estrechando fuertemente sus manos—. Espero de todo corazón que usted no tenga problemas por mi culpa.

—Adiós, Hija de Eva ¿Sería posible, tal vez, que yo guarde tu pañuelo como recuerdo?

—¡Está bien! —exclamó Lucía y echó a correr hacia la luz del día, tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Esta vez, en lugar de sentir el roce de ásperas ramas en su rostro y la nieve crujiente bajo sus pies, palpó los tablones y de inmediato se encontró saltando fuera del ropero y en medio del mismo cuarto vacío en el que había comenzado toda la aventura. Cerró cuidadosamente la puerta del guardarropa y miró a su alrededor mientras recuperaba el aliento. Todavía llovía. Pudo escuchar las voces de los otros niños en el pasillo.

—¡Estoy aquí! —gritó—. ¡Estoy aquí! ¡He vuelto y estoy muy bien!

III
EDMUNDO Y EL ROPERO

Lucía corrió fuera del cuarto vacío y en el pasillo se encontró con los otros tres niños.

—Todo está bien —repitió—. He vuelto.

—¿De qué hablas, Lucía? —preguntó Susana.

—¡Cómo! —exclamó Lucía asombrada—. ¿No estaban preocupados de mi ausencia? ¿No se han preguntado dónde estaba yo?

—Entonces, ¿estabas escondida? —dijo Pedro—. Pobre Lu, ¡se escondió y nadie se dio cuenta! Para otra vez vas a tener que desaparecer durante un rato más largo, si es que quieres que alguien te busque.

—Estuve afuera por horas y horas —dijo Lucía.

—Mal —dijo Edmundo, golpeándose la cabeza—. Muy mal.

—¿Qué quieres decir, Lucía? —preguntó Pedro.

—Lo que dije —contestó Lucía—. Fue precisamente después del desayuno, cuando entré en el ropero, y he estado afuera por horas y horas. Tomé té y me han sucedido toda clase de acontecimientos.

—No seas tonta, Lucía. Hemos salido de ese cuarto hace apenas un instante y tú estabas allí —replicó Susana.

—Ella no se está haciendo la tonta —dijo Pedro—. Está inventando una historia para divertirse, ¿no es verdad, Lucía?

—No, Pedro. No estoy inventando. El armario es mágico. Adentro hay un bosque, nieve, un Fauno y una Bruja. El lugar se llama Narnia. Vengan a ver.

Los demás no sabían qué pensar, pero Lucía estaba tan excitada que la siguieron hasta el cuarto sin decir una palabra. Corrió hacia el ropero y abrió las puertas de par en par.

—¡Ahora! —gritó—¡Entren y compruébenlo ustedes mismos!

—¡Cómo! ¡Eres una gansa! —dijo Susana, después de introducir la cabeza dentro del ropero y apartar los abrigos—. Este es un ropero común y corriente. Miren, aquí está el fondo.

Todos miraron, movieron los abrigos y vieron —Lucía también— un armario igual a los demás. No había bosque ni nieve. Sólo el fondo del ropero y los colgadores. Pedro saltó dentro y golpeó sus puños contra la madera para asegurarse.

—¡Menuda broma la que nos has gastado, Lu! —exclamó al salir—. Realmente nos sorprendiste, debo reconocerlo. Casi te creímos.

—No era broma. Era verdad —dijo Lucía—. Era verdad. Todo fue diferente hace un instante. Les prometo que era cierto.

—¡Vamos, Lu! —dijo Pedro—. ¡Ya, basta! Estás yendo un poco lejos con tu broma. ¿No te parece que es mejor terminar aquí?

Lucía se puso roja y trató de hablar, a pesar de que ya no sabía qué estaba tratando de decir. Estalló en llanto.

Durante los días siguientes ella se sintió muy desdichada. Podría haberse reconciliado fácilmente con los demás niños, en cualquier momento, si hubiera aceptado que todo había sido sólo una broma para pasar el tiempo. Sin embargo Lucía decía siempre la verdad y sabía que estaba en lo cierto. No podía decir ahora una cosa por otra.

Los niños, que pensaban que ella había mentido tontamente, la hicieron sentirse muy infeliz. Los dos mayores, sin intención; pero Edmundo era muy rencoroso y en esta ocasión lo demostró. La molestó incansablemente; a cada momento le preguntaba si había encontrado otros países en los aparadores o en los otros armarios de la casa. Lo peor de todo era que esos días fueron muy entretenidos para los niños, pero no para Lucía. El tiempo estaba maravilloso; pasaban de la mañana a la noche fuera de la casa, se bañaban, pescaban, se subían a los árboles, descubrían nidos de pájaros y se tendían a la sombra. Lucía no pudo gozar de nada, y las cosas siguieron así hasta que llovió nuevamente.

Ese día, cuando llegó la tarde sin ninguna señal de cambio en el tiempo, decidieron jugar a las escondidas. A Susana le correspondió primero buscar a los demás. Tan pronto los niños se dispersaron para esconderse, Lucía corrió hasta el ropero, aunque no pretendía ocultarse allí. Sólo quería dar una mirada dentro de él. Estaba comenzando a dudar si Narnia, el Fauno y todo lo demás había sido un sueño. La casa era tan grande, complicada y llena de escondites, que pensó que tendría tiempo suficiente para dar una mirada en el interior del armario y buscar luego cualquier lugar para ocultarse en otra parte. Pero justo en el momento en que abría la puerta, sintió pasos en el corredor. No le quedó más que saltar dentro del guardarropa y sujetar la puerta tras ella, sin cerrarla del todo, pues sabía que era muy tonto encerrarse en un armario, incluso si se trataba de un armario mágico.

Los pasos que Lucía había oído eran los de Edmundo. El niño entró en el cuarto en el momento preciso en que ella se introducía en el ropero. De inmediato decidió hacer lo mismo, no porque fuera un buen lugar para esconderse, sino porque podría seguir molestándola con su país imaginario. Abrió la puerta. Estaba oscuro, olía a naftalina, y allí estaban los abrigos colgados, pero no había un solo rastro de Lucía.

"Cree que es Susana la que viene a buscarla —se dijo Edmundo—; por eso se queda tan quieta".

Sin más, saltó adentro y cerró la puerta, olvidando que hacer eso era una verdadera locura. En la oscuridad empezó a buscar a Lucía y se sorprendió de no encontrarla de inmediato, como había pensado. Decidió abrir la puerta para que entrara un poco de luz. Pero tampoco pudo hallarla. Todo esto no le gustó nada y empezó a saltar nerviosamente hacia todos lados. Al fin gritó con desesperación:

—¡Lucía! ¡Lu! ¿Dónde te has metido? Sé que estás aquí.

No hubo respuesta. Edmundo advirtió que su propia voz tenía un curioso sonido. No había sido el que se espera dentro de un armario cerrado, sino un sonido al aire libre. También se dio cuenta de que el ambiente estaba extrañamente frío. Entonces vio una luz.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. La puerta se tiene que haber abierto por sí sola.

Se olvidó de Lucía y fue hacia la luz, convencido de que iba hacia la puerta del ropero. Pero en lugar de llegar al cuarto vacío, salió de un espeso y sombrío conjunto de abetos a un claro en medio del bosque.

Había nieve bajo sus pies y en las ramas de los árboles. En el horizonte, el cielo era pálido como el de una mañana despejada de invierno. Frente a él, entre los árboles, vio levantarse el sol muy rojo y claro. Todo estaba en silencio como si él fuera la única criatura viviente. No había ni siquiera un pájaro, y el bosque se extendía en todas direcciones, tan lejos como alcanzaba la vista. Edmundo tiritó.

En ese momento recordó que estaba buscando a Lucía. También se acordó de lo antipático que había sido con ella al molestarla con su "país imaginario". Ahora se daba cuenta de que en modo alguno era imaginario. Pensó que no podía estar muy lejos y llamó:

—¡Lucía! ¡Lucía! Estoy aquí también. Soy Edmundo.

No hubo respuesta.

—Está enojada por todo lo que le he dicho —murmuró.

A pesar de que no le gustaba admitir que se había equivocado, menos aún le gustaba estar solo y con tanto frío en ese silencioso lugar.

—¡Lu! ¡Perdóname por no haberte creído! ¡Ahora veo que tenías razón! ¡Ven, hagamos las paces! —gritó de nuevo.

Tampoco hubo respuesta esta vez.

"Exactamente como una niña —se dijo—. Estará amurrada por ahí y no aceptará una disculpa".

Miró a su alrededor: ese lugar no le gustaba nada. Decidió volver a la casa cuando, en la distancia, oyó un ruido de campanas. Escuchó atentamente y el sonido se hizo más y más cercano. Al fin, a plena luz, apareció un trineo arrastrado por dos renos.

El tamaño de los renos era como el de los ponies de Shetland, y su piel era tan blanca que a su lado la nieve se veía casi oscura. Sus cuernos ramificados eran dorados y resplandecían al sol. Sus arneses de cuero rojo estaban cubiertos de campanillas. El trineo era conducido por un enano gordo que, de pie, no tendría más de un metro de altura. Estaba envuelto en una piel de oso polar, y en la cabeza llevaba un capuchón rojo con un largo pompón dorado en la punta; su enorme barba le cubría las rodillas y le servía de alfombra. Detrás de él, en un alto asiento en el centro del trineo, se hallaba una persona muy diferente: era una señora inmensa, más grande que todas las mujeres que Edmundo conocía. También estaba envuelta hasta el cuello en una piel blanca. En su mano derecha sostenía una vara dorada y llevaba una corona sobre su cabeza. Su rostro era blanco, no pálido, sino blanco como el papel, la nieve o el azúcar. Sólo su boca era muy roja. A pesar de todo, su cara era bella, pero orgullosa, fría y severa.

Mientras se acercaba hacia Edmundo, el trineo presentaba una magnífica visión con el sonido de las campanillas, el látigo del Enano que restallaba en el aire y la nieve que parecía volar a ambos lados del carruaje.

—¡Deténte! —exclamó la Dama, y el Enano tiró tan fuerte de las riendas que por poco los renos cayeron sentados. Se recobraron y se detuvieron mordiendo los frenos y resoplando. En el aire helado, la respiración que salía de las ventanas de sus narices se veía como si fuera humo.

—¡Por Dios! ¿Qué eres tú? —preguntó la Dama a Edmundo.

—Soy..., soy..., mi nombre es Edmundo —dijo el niño con timidez.
La Dama puso mala cara.

—¿Así te diriges a una Reina? —preguntó con gran severidad.

—Le ruego que me perdone, su Majestad. Yo no sabía...

—¿No conoces a la Reina de Narnia? —gritó ella—. ¡Ah! ¡Nos conocerás mejor de ahora en adelante! Pero..., te repito, ¿qué eres tú?

—Por favor, su Majestad —dijo Edmundo—, no sé qué quiere decir usted. Yo estoy en el colegio..., por lo menos, estaba... Ahora estoy de vacaciones.

IV
DELICIAS TURCAS

—Pero, ¿qué eres tú? —preguntó la Reina otra vez—. ¿Eres un enano superdesarrollado que se cortó la barba?

—No, su Majestad. Nunca he tenido barba. Soy un niño —dijo Edmundo, sin salir de su asombro.

—¡Un niño! —exclamó ella—. ¿Quieres decir que eres un Hijo de Adán?

Edmundo se quedó inmóvil sin pronunciar palabra. Realmente estaba demasiado confundido como para entender el significado de la pregunta.

—Veo que eres idiota, además de ser lo que seas —dijo la Reina—. Contéstame de una vez por todas, pues estoy a punto de perder la paciencia: ¿Eres un ser humano?

—Sí, Majestad —dijo Edmundo.

—¿Se puede saber cómo entraste en mis dominios?

—Vine a través de un ropero, su Majestad.

—¿Un ropero? ¿Qué quieres decir con eso?

—Abrí la puerta y... me encontré aquí, su Majestad —explicó Edmundo.

—¡Ah! —dijo la Reina más para sí misma que para él—. Una puerta. ¡Una puerta del mundo de los hombres! Había oído cosas semejantes. Eso puede arruinarlo todo. Pero es uno solo y parece muy fácil de contentar...

Mientras murmuraba estas palabras, se levantó de su asiento y con ojos llameantes miró fijamente a la cara de Edmundo. Al mismo tiempo levantó su vara.

Edmundo tuvo la seguridad de que ella haría algo espantoso, pero no fue capaz de moverse. Entonces, cuando él ya se daba por perdido, ella pareció cambiar sus intenciones.

—Mi pobre niño —le dijo con una voz muy diferente—. ¡Cuán helado pareces! Ven a sentarte en el trineo a mi lado y te cubriré con mi manto. Entonces podremos conversar.

Esta solución no le gustó nada a Edmundo. Sin embargo no se hubiera atrevido jamás a desobedecerle. Subió al trineo y se sentó a los pies de la Reina. Ella desplegó su piel alrededor del niño y lo envolvió bien.

—¿Te gustaría tomar algo caliente? —le preguntó.

—Sí, por favor, su Majestad —dijo Edmundo, cuyos dientes castañeteaban.

La Reina sacó de entre los pliegues de sus mantos una pequeñísima botella que parecía de cobre. Entonces estiró el brazo y dejó caer una gota de su contenido sobre la nieve, junto al trineo. Por un instante, Edmundo vio que la gota resplandecía en el aire como un diamante. Pero, en el momento de tocar la nieve, se produjo un ruido leve y allí apareció una taza adornada de piedras preciosas, llena de algo que hervía. Inmediatamente el Enano la tomó y se la entregó a Edmundo con una reverencia y una sonrisa; pero no fue una sonrisa muy agradable.

Tan pronto comenzó a beber, Edmundo se sintió mucho mejor. En su vida había tomado una bebida como ésa. Era muy dulce, cremosa y llena de espuma. Sintió que el líquido lo calentaba hasta la punta de los pies.

—No es bueno beber sin comer, Hijo de Adán —dijo la Reina un momento después— ¿Qué es lo que te apetecería comer?

—*Delicias turcas*, por favor, su Majestad —dijo Edmundo.

La Reina derramó sobre la nieve otra gota de su botella y al instante apareció una caja redonda atada con cintas verdes de seda. Edmundo la abrió: contenía varias libras de lo mejor en *Delicias turcas*. Eran dulces y esponjosas. Edmundo no recordaba haber probado jamás algo semejante.

Mientras comía, la Reina no dejó de hacerle preguntas. Al comienzo, Edmundo trató de recordar que era vulgar hablar con la boca llena. Pero luego se olvidó de todas las reglas de educación y se preocupó únicamente de comer tantas *Delicias turcas* como pudiera. Y mientras más comía, más deseaba continuar comiendo.

En el intertanto no se le pasó por la mente preguntarse por qué su Majestad era tan inquisitiva. Ella consiguió que él le contara que tenía un hermano y dos hermanas y que una de éstas había estado en Narnia y había conocido al Fauno. También le dijo que nadie, excepto ellos, sabía nada sobre Narnia. La Reina pareció especialmente interesada en el hecho de que los niños fueran cuatro y volvió a ese punto con frecuencia.

—¿Estás seguro de que ustedes son sólo cuatro? Dos Hijos de Adán y dos Hijas de Eva, ¿nada más ni nada menos?

Edmundo, con la boca llena de *Delicias turcas*, se lo reiteraba. "Sí, ya se lo dije", repetía olvidando llamarla "su Majestad". Pero a ella eso no parecía importarle ahora.

Por fin las *Delicias turcas* se terminaron. Edmundo mantuvo la vista fija en la caja vacía con la esperanza de que ella le ofreciera algunas más. Probablemente la Reina podía leer el pensamiento del niño, pues sabía —y Edmundo no— que esas *Delicias turcas* estaban encantadas y que quien las probaba una vez, siempre quería más y más. Y si se le permitía continuar, no podía detenerse hasta que enfermaba y moría. Ella no le ofreció más; en lugar de eso, le dijo:

—Hijo de Adán, me gustaría mucho conocer a tus hermanos. ¿Querrías traérmelos hasta aquí?

—Trataré —contestó Edmundo, todavía con la vista fija en la caja vacía.

—Si tú vuelves, pero con ellos por supuesto, podré darte *Delicias turcas* de nuevo. No puedo darte más ahora.

La magia es sólo para una vez, pero en mi casa será diferente.

—¿Por qué no vamos a tu casa ahora? —preguntó Edmundo.

Cuando Edmundo subió al trineo, había sentido miedo de que ella lo llevara muy lejos, a algún lugar desconocido desde el cual no pudiera regresar. Ahora parecía haber olvidado todos sus temores.

—Mi casa es un lugar encantador —dijo la Reina—. Estoy segura de que te gustará. Allí hay cuartos completamente llenos de *Delicias turcas*. Y, lo que es más, no tengo niños propios. Me gustaría tener un niño bueno y amable a quien yo podría educar como Príncipe y que luego sería Rey de Narnia, cuando yo falte. Y mientras fuera Príncipe, llevaría una corona de oro y podría comer *Delicias turcas* todo el día. Y tú eres el joven más inteligente y buen mozo que yo conozco. Creo que me gustaría convertirte en Príncipe... algún día..., cuando hayas traído a tus hermanos a visitarme.

—¿Y por qué no ahora? —insistió Edmundo.

Su cara se había puesto muy roja, y sus dedos y su boca estaban muy pegajosos. No se veía buen mozo ni parecía inteligente, aunque la Reina lo dijera.

—¡Ah! Si te llevo ahora a mi casa —dijo ella—, yo no conocería a tu hermano ni a tus hermanas. Realmente quiero que traigas a tu encantadora familia. Tú serás el Príncipe y, con el tiempo, el Rey; eso está claro. Deberás

tener cortesanos y nobles. Yo haré Duque a tu hermano y Duquesas a tus hermanas.

—No hay nada de especial en ellos —dijo Edmundo—, pero de cualquier forma los puedo traer en el momento que quiera.

—¡Ah, sí! Pero si hoy te llevo a mi casa, podrías olvidarte de ellos por completo. Estarías tan feliz que no querrías molestarte en ir a buscarlos. No. Tienes que ir a tu país ahora y regresar junto a mí otro día, pero *con ellos*, entiéndelo bien. No te servirá de nada volver sin ellos.

—Pero yo ni siquiera conozco el camino de regreso a mi país —rogó Edmundo.

—Es muy fácil. ¿Ves aquel farol? —dijo la Reina, mientras apuntaba con la varilla.

Edmundo miró en la dirección indicada. Entonces vio el mismo farol bajo el cual Lucía había conocido al Fauno.

—Derecho, más allá, está el Mundo de los Hombres —continuó la Reina. Luego señaló en dirección opuesta y agregó—: Dime si ves dos pequeñas colinas que se levantan sobre los árboles.

—Creo que sí —dijo Edmundo.

—Bien, mi casa está entre esas dos colinas. La próxima vez que vengas, sólo tendrás que buscar el farol, y luego caminar hacia las dos colinas hasta llegar a mi casa. Cuando veas el río, será mejor que lo mantengas a tu derecha... Pero recuerda..., debes traer a tus hermanos. Me enfureceré de verdad, tanto como yo puedo enfurecerme, si vuelves solo.

—Haré lo que pueda —dijo Edmundo.

—Y, a propósito... —agregó la Reina—, no necesitas hablarles de mí. Será mucho más divertido guardar el secreto entre nosotros. Les daremos una sorpresa. Sólo tráelos. hacia las colinas con cualquier pretexto. A un niño inteligente como tú se le ocurrirá alguno fácilmente. Y cuando llegues a mi casa, podrás decirles, por ejemplo: "Veamos quién vive ahí"o algo por el estilo. Estoy segura de que eso será lo mejor. Si tu hermana ya conoce a uno de los Faunos, puede haber oído historias extrañas acerca de mí. Cosas malas que pueden hacerla sentir temor de mí. Los Faunos dicen cualquier cosa, ¿sabes? Vete ahora.

—¡Por favor, por favor! —rogó Edmundo—, ¿puede darme una *Delicia turca* para comer durante el regreso a casa?

—¡Oh, no! —dijo la Reina con una sonrisa sardónica—. Tendrás que esperar hasta la próxima vez.

Mientras hablaba hizo una señal al Enano para indicarle que se pusiera en marcha. Antes de que el trineo se perdiera de vista, la Reina agitó la mano para decir adiós a Edmundo, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Hasta la vista! ¡No te olvides! ¡Vuelve pronto! Edmundo miraba todavía como desaparecía el trineo cuando oyó que alguien lo llamaba. Dio media vuelta y divisó a Lucia que venía hacia él desde otro punto del bosque.

—¡Oh, Edmundo! —exclamó—. Tú también viniste. Dime si no es maravilloso.

—Bien, bien —dijo Edmundo—. Tenías razón después de todo. El armario es mágico. Te pediré perdón, si quieres... Pero ¿me puedes decir dónde te habías metido? Te he buscado por todas partes.

—Si hubiera sabido que tú también estabas aquí, te habría esperado — dijo Lucía. Estaba tan contenta y excitada que no advirtió el tono mordaz con que hablaba Edmundo, ni lo extraña y roja que se veía su cara—. Estuve almorzando con el querido señor Tumnus, el Fauno. Está muy bien y la Bruja Blanca no le ha hecho nada por haberme dejado en libertad. Piensa que ella no se ha enterado, así es que todo va a andar muy bien.

—¿La Bruja Blanca? —preguntó Edmundo—. ¿Quién es?

—Es una persona terrible —aseguró Lucía—. Se llama a sí misma Reina de Narnia, a pesar de que no tiene ningún derecho. Todos los Faunos, Dríades y Náyades, todos los enanos y animales —por lo menos los buenos— simplemente la odian. Puede transformar a la gente en piedra y hacer toda clase de maldades horribles. Con su magia mantiene a Narnia siempre en invierno; siempre es invierno, pero nunca llega Navidad. Anda por todas partes en un trineo tirado por renos, con su vara en la mano y la corona en su cabeza.

Edmundo comenzaba a sentirse incómodo por haber comido tantos dulces. Pero cuando escuchó que la Dama con quien había hecho amistad era una bruja peligrosa, se sintió mucho peor todavía. Pero aun así, tenía ansias de comer *Delicias turcas*. Lo deseaba más que cualquier otra cosa.

—¿Quién te dijo todo eso acerca de la Bruja Blanca? —preguntó.

—El señor Tumnus, el Fauno —contestó Lucía.

—No puedes tomar en serio todo lo que los faunos hablan —dijo Edmundo, dándose aires de saber mucho más que Lucía.

—Y a ti, ¿quién te ha dicho una cosa semejante? —preguntó Lucía.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Edmundo—. Pregúntale a quien quieras. Además es una tontería que sigamos aquí, parados sobre la nieve. Vamos a casa.

—Vamos —dijo Lucía—. ¡Oh, Edmundo, estoy tan contenta de que tú hayas venido también! Los demás tendrán que creer en Narnia, ahora que ambos hemos estado aquí. ¡Qué entretenido será!

Pero Edmundo pensaba secretamente que no sería tan divertido para él como para ella. Debería admitir ante los demás que Lucía tenía razón. Por otra parte, estaba seguro de que todos estarían de parte de los Faunos y los animales. Y ya estaba casi totalmente del lado de la Bruja. No sabía qué iba a decir, ni cómo guardaría su secreto cuando todos estuvieran hablando de Narnia.

Habían caminado ya un buen trecho cuando de pronto sintieron alrededor de ellos el contacto de las pieles de los abrigos, en lugar del de las ramas de los árboles. Un par de pasos más y se encontraron fuera del ropero, en el cuarto vacío.

—¡Edmundo! Te ves muy mal —dijo Lucía, al mirar detenidamente a su hermano—. ¿No te sientes bien?

—Estoy muy bien —respondió Edmundo, pero no era verdad. Se sentía realmente enfermo.

—Vamos, entonces, muévete. Busquemos a los otros —dijo Lucía—. ¡Imagínate todo lo que tenemos que contarles! ¡Y qué maravillosas aventuras nos esperan ahora que todos estaremos juntos en esto!

V
DE REGRESO A ESTE LADO DE LA PUERTA

Lucía y Edmundo tardaron algún tiempo en encontrar a sus hermanos, ya que continuaban jugando a las escondidas. Cuando por fin estuvieron todos juntos (lo que sucedió en la sala larga donde estaba la armadura), Lucía estalló:

—¡Pedro! ¡Susana! Todo es verdad. Edmundo también lo vio. Hay un país al otro lado del ropero. Nosotros dos estuvimos allá. Nos encontramos en el bosque. ¡Vamos, Edmundo, cuéntales!

—¿De qué se trata esto, Edmundo? —preguntó Pedro.

Y aquí llegamos a una de las partes más feas de esta historia. Hasta ese momento, Edmundo se sentía enfermo, malhumorado y molesto con Lucía porque ella había tenido razón. Todavía no decidía qué actitud iba a tomar, pero cuando de pronto Pedro lo interpeló, resolvió hacer lo peor y lo más odioso que se le pudo ocurrir: dejar a Lucía mal puesta ante sus hermanos.

—Cuéntanos, Ed —insistió Susana.

Edmundo, como si fuera mucho mayor que Lucía (ellos tenían solamente un año de diferencia), se dio aires de superioridad, y en tono despectivo dijo:

—¡Oh, sí! Lucía y yo hemos estado jugando, como si todo lo del país al otro lado del ropero fuera verdad... Sólo para entretenernos, por supuesto. Lo cierto es que allá no hay nada.

La pobre Lucía le dio una sola mirada y corrió fuera de la sala.

Edmundo, que se transformaba por minutos en una persona cada vez más despreciable, creyó haber tenido mucho éxito.

—Allí va otra vez. ¿Qué será lo que le pasa? Esto es lo peor de los niños pequeños; ellos siempre...

—¡Mira, tú! —exclamó Pedro, volviéndose hacia él con fiereza—. ¡Cállate! Te has portado como un perfecto animal con Lu desde que ella empezó con esta historia del ropero. Ahora le sigues la corriente y juegas con ella sólo para hacerla hablar. Pienso que lo haces siemplemente por rencor.

—Pero todo esto no tiene sentido... —dijo Edmundo, muy sorprendido.

—Por supuesto que no —respondió Pedro—; ése es justamente el asunto. Lu estaba muy bien cuando dejamos nuestro hogar, pero, desde que estamos aquí, está rara, como si algo pasara en su mente o se hubiera transformado en la más horrible mentirosa. Sin embargo, sea lo que fuere, ¿crees que le haces algún bien al burlarte de ella y molestarla un día para darle ánimos al siguiente?

—Pensé..., pensé... —murmuró Edmundo, pero la verdad fue que no se le ocurrió qué decir.

—Tú no pensaste nada de nada —dijo Pedro—. Es sólo rencor. Siempre te ha gustado ser cruel con cualquier niño menor que tú. Ya lo hemos visto antes, en el colegio...

—¡No sigan! —imploró Susana—. No arreglaremos nada con una pelea entre ustedes. Vamos a buscar a Lucía.

No fue una sorpresa para ninguno de ellos cuando, mucho más tarde, encontraron a Lucía y vieron que había estado llorando. Tenía los ojos rojos. Nada de lo que le dijeron cambió las cosas. Ella se mantuvo firme en su historia.

—No me importa lo que ustedes piensen. No me importa lo que digan. Pueden contarle al Profesor o escribirle a mamá. Hagan lo que quieran. Yo sé que conocí a un Fauno y... desearía haberme quedado allá. Todos ustedes son unos malvados...

La tarde fue muy poco agradable. Lucía estaba triste y desanimada. Edmundo comenzó a darse cuenta de que su plan no caminaba tan bien como había esperado. Los dos mayores temían realmente que Lucía estuviese mal de su mente, y se quedaron en el pasillo hablando muy bajo hasta mucho después de que ella se fue a la cama.

A la mañana siguiente, ambos decidieron que le contarían todo al Profesor.

—El le escribirá a papá si considera que algo anda mal con Lucía —dijo Pedro—. Esto no es algo que nosotros podamos resolver. Está fuera de nuestro alcance.

De manera que se dirigieron al escritorio del Profesor y golpearon a su puerta.

—Entren —les dijo.

Se levantó, buscó dos sillas para los niños y les dijo que estaba a su disposición. Luego se sentó frente a ellos, con los dedos entrelazados, y los

escuchó sin hacer ni una sola interrupción hasta que terminaron toda la historia. Después carraspeó y dijo lo último que ellos esperaban escuchar.

—¿Cómo saben ustedes que la historia de su hermana no es verdadera?

—¡Oh!, pero... —comenzó Susana, y luego se detuvo. Cualquiera podía darse cuenta, con sólo mirar la cara del anciano, que él estaba completamente serio. Susana se armó de valor nuevamente y continuó—: Pero Edmundo dijo que ellos sólo estaban imaginando...

—Ese es un punto —dijo el Profesor— que, ciertamente, merece consideración. Una cuidadosa consideración. Por ejemplo, me van a disculpar la pregunta, la experiencia que ustedes tienen, ¿les hace confiar más en su hermano o en su hermana? ¿Cuál de los dos es más sincero?

—Precisamente, eso es lo más curioso, señor —dijo Pedro—. Hasta ahora, yo habría dicho que Lucía, siempre.

—¿Qué piensa usted, querida? —preguntó el Profesor, volviéndose hacia Susana.

—Bueno —dijo Susana—, en general, yo diría lo mismo que Pedro; pero este asunto no puede ser verdad; todo esto del bosque y del Fauno...

—Esto es más de lo que yo sé —declaró el Profesor—. Acusar de mentirosa a una persona en la que siempre se ha confiado es algo muy serio. Muy serio, ciertamente —repitió.

—Nosotros tememos que a lo mejor ella ni siquiera está mintiendo —dijo Susana—. Pensamos que algo puede andar mal en Lucía.

—¿Locura, quieren decir? —preguntó fríamente el Profesor—. ¡Oh! Eso pueden descartarlo muy rápidamente. No tienen más que mirarla para darse cuenta de que no está loca.

—Pero entonces... —comenzó Susana. Se detuvo. Ella nunca hubiera esperado, ni en sueños, que un adulto les hablaría como lo hacía el Profesor. No supo qué pensar.

—¡Lógica! —dijo el Profesor como para sí—. ¿Por qué hoy no se enseña lógica en los colegios? Hay sólo tres posibilidades: su hermana miente, está loca o dice la verdad. Ustedes saben que ella no miente y es obvio que no está loca. Por el momento, y a no ser que se presente otra evidencia, tenemos que asumir que ella dice la verdad.

Susana lo miró sostenidamente y por su expresión pudo deducir que,

en realidad, no se estaba riendo de ellos.

—Pero ¿cómo puede ser cierto, señor? —dijo Pedro.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, por una cosa en primer lugar —contestó Pedro—. Si esa historia fuera real, ¿por qué no encontramos ese país cada vez que abrimos el ropero? No había nada allí cuando fuimos todos a ver. Incluso Lucía reconoció que no había nada.

—¿Qué tiene que ver eso con todo esto? —preguntó el Profesor.

—Bueno, señor, si las cosas son reales, deberían estar allí todo el tiempo.

—¿Están? —dijo el Profesor. Pedro no supo qué contestar.

—Pero ni siquiera hubo tiempo —interrumpió Susana—. Lucía no tuvo tiempo de haber ido a ninguna parte, aunque ese lugar existiera. Vino corriendo tras de nosotros en el mismo instante en que salíamos de la habitación. Fue menos de un minuto y ella pretende haber estado afuera durante horas.

—Eso es, precisamente, lo que hace más probable que su historia sea verdadera —dijo el Profesor—. Si en esta casa hay realmente una puerta que conduce hacia otros mundos (y les advierto que es una casa muy extraña y que incluso yo sé muy poco sobre ella); si, como les digo, ella se introdujo en otro mundo, no me sorprendería en absoluto que éste tuviera su tiempo propio. Así, no tendría importancia cuánto tiempo permaneciera uno allá, pues no tomaría nada de *nuestro* tiempo. Por otro lado, no creo que muchas niñas de su edad puedan inventar una idea como ésta por sí solas. Si ella hubiera imaginado toda esa historia, se habría escondido durante un tiempo razonable antes de aparecer y contar su aventura.

—¿Realmente usted piensa que puede haber otros mundos como ése en cualquier parte, así, a la vuelta de la esquina? —preguntó Pedro.

—No imagino nada que pueda ser más probable —dijo el Profesor. Se sacó los anteojos y comenzó a limpiarlos mientras murmuraba para sí—: Me pregunto, ¿qué es lo que enseñan en estos colegios?

—Pero ¿qué vamos a hacer nosotros? —preguntó Susana. Ella sentía que la conversación comenzaba a alejarse del problema.

—Mi querida jovencita —dijo el Profesor, mirando repentinamente a ambos niños con una expresión muy penetrante—, hay un plan que nadie ha

sugerido todavía y que vale la pena ensayar.

—¿De qué se trata? —preguntó Susana.

—Podríamos tratar todos de preocuparnos de nuestros propios asuntos.

Y ese fue el final de la conversación.

Después de esto las cosas mejoraron mucho para Lucía. Pedro se preocupó especialmente de que Edmundo dejara de molestarla y ninguno de ellos —Lucía, menos que nadie— se sintió inclinado a mencionar el ropero para nada. Este se había transformado en un tema más bien alarmante. De este modo, por un tiempo pareció que todas las aventuras habían llegado a su fin.

Pero no sería así.

La casa del Profesor, de la cual él mismo sabía muy poco, era tan antigua y famosa que gente de todas partes de Inglaterra solía pedir autorización para visitarla. Era el tipo de casa que se menciona en las guías turísticas e, incluso, en las historias. En torno a ella se tejían toda clase de relatos. Algunos más extraños aun que el que yo les estoy contando ahora. Cuando los turistas solicitaban visitarla, el Profesor siempre accedía. La señora Macready, el ama de llaves, los guiaba por toda la casa y les hablaba de los cuadros, de la armadura, y de los antiguos y raros libros de la biblioteca.

A la señora Macready no le gustaban los niños, y menos aún, ser interrumpida mientras contaba a los turistas todo lo que sabía. Durante la primera mañana de visitas había dicho a Pedro y a Susana (además de muchas otras instrucciones): "Por favor, recuerden que no deben entrometerse cuando yo muestro la casa".

—Como si alguno de nosotros quisiera perder la mañana dando vueltas por la casa con un tropel de adultos desconocidos —había replicado Edmundo. Los otros niños pensaban lo mismo. Así fue como las aventuras comenzaron nuevamente.

Algunas mañanas después, Pedro y Edmundo estaban mirando la armadura. Se preguntaban si podrían desmontar algunas piezas, cuando las dos hermanas aparecieron en la sala.

—¡Cuidado! —exclamaron—. Viene la señora Macready con una cuadrilla completa.

—¡Justo ahora! —dijo Pedro.

Los cuatro escaparon por la puerta del fondo, pero cuando pasaron por la pieza verde y llegaron a la biblioteca, sintieron las voces delante de ellos. Se dieron cuenta de que el ama de llaves había conducido a los turistas por las escaleras de atrás en lugar de hacerlo por las del frente, como ellos esperaban.

¿Qué pasó después? Quizás fue que perdieron la cabeza, o que la señora Macready trataba de alcanzarlos, o que alguna magia de la casa había despertado y los llevaba directo a Narnia... Lo cierto es que los niños se sintieron perseguidos desde todas partes, hasta que Susana gritó:

—¡Turistas antipáticos! ¡Aquí! Entremos en el cuarto del ropero hasta que ellos se hayan ido. Nadie nos seguirá hasta este lugar.

Pero en el momento en que estuvieron dentro de esa habitación, escucharon las voces en el pasillo. Luego, alguien pareció titubear ante la puerta y entonces ellos vieron que la perilla daba vuelta.

—¡Rápido! —exclamó Pedro, abriendo el guardarropa—. No hay ningún otro lugar.

A tientas en la oscuridad, los cuatro niños se precipitaron dentro del ropero. Pedro sostuvo la puerta junta, pero no la cerró. Por supuesto, como toda persona con sentido común, recordó que uno jamás debe encerrarse en un armario.

VI
EN EL BOSQUE

—Ojalá la señora Macready se apresure y se lleve pronto de aquí a toda esa gente —dijo Susana, poco después—. Estoy terriblemente acalambrada.

—¡Qué fuerte olor a alcanfor hay aquí! —exclamó Edmundo.

—Seguro que los bolsillos de estos abrigos están llenos de bolas de alcanfor para espantar las polillas —repuso Susana.

—Algo me está clavando en la espalda —dijo Pedro.

—Además hace un frío espantoso —agregó Susana.

—Ahora que tú lo dices, está muy frío, y también mojado. ¿Qué pasa en este lugar? Estoy sentado sobre algo húmedo. Esto está cada minuto más húmedo —dijo Pedro y se puso de pie.

—Salgamos de aquí —dijo Edmundo—. Ya se fueron.

—¡Oh!, ¡oh! —gritó Susana, de repente; y, cuando todos preguntaron qué le pasaba, ella exclamó—: ¡Estoy apoyada en un árbol!... ¡Miren! Allí está aclarando.

—¡Santo Dios! —gritó Pedro—. ¡Miren allá... y allá! Hay árboles por todos lados. Y esto húmedo es nieve. De verdad creo que hemos llegado al bosque de Lucía después de todo.

Ahora no había lugar a dudas. Los cuatro niños se quedaron perplejos ante la claridad de un frío día de invierno. Tras ellos colgaban los abrigos en sus perchas; al frente se levantaban los árboles cubiertos de nieve. Pedro se volvió inmediatamente hacia Lucía.

—Perdóname por no haberte creído. Lo siento mucho. ¿Me das la mano?

—Por supuesto —dijo Lucía, y así lo hizo.

—Y ahora —preguntó Susana—, ¿qué haremos?

—¿Que qué haremos? —dijo Pedro—. Ir a explorar el bosque, por supuesto.

—¡Uf! —exclamó Susana, golpeando sus pies en el suelo—. Hace

demasiado frío. ¿Qué tal si nos ponemos algunos de estos abrigos?

—No son nuestros —dijo Pedro, un tanto dudoso.

—Estoy segura de que a nadie le importará —replicó Susana—. Esto no es como si nosotros quisiéramos sacarlos de la casa. Ni siquiera los vamos a sacar del ropero.

—Nunca lo habría pensado así —dijo Pedro—. Ahora veo, tú me has puesto en la pista. Nadie podría decir que te has llevado el abrigo mientras lo dejes en el lugar en que lo encontraste. Y yo supongo que este país entero está dentro de este ropero.

Inmediatamente llevaron a cabo el plan de Susana. Los abrigos, demasiado grandes para ellos, les llegaban a los talones. Más bien parecían mantos reales. Pero todos se sintieron muy confortables y, al mirarse, cada uno pensó que se veían mucho mejor en sus nuevos atuendos y más de acuerdo con el paisaje.

—Imaginemos que somos exploradores árticos —dijo Lucía.

—A mí me parece que la aventura ya es suficientemente fantástica como para imaginarse otra cosa —dijo Pedro, mientras iniciaba la marcha hacia el bosque. Densas nubes oscurecían el cielo y parecía que antes de anochecer volvería a nevar.

—¿No creen que deberíamos ir más hacia la izquierda si queremos llegar hasta el farol? —preguntó Edmundo. Olvidó por un instante que debía aparentar que jamás había estado antes en aquel bosque. En el momento en que esas palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que se había traicionado. Todos se detuvieron; todos lo miraron fijamente. Pedro lanzó un silbido.

—Entonces era cierto que habías estado aquí, como aseguraba Lucía —dijo—. Y tú declaraste que ella mentía...

Se produjo un silencio mortal.

—Bueno, de todos los seres venenosos... —dijo Pedro, y se encogió de hombros sin decir nada más. En realidad no había nada más que decir y, de inmediato, los cuatro reanudaron la marcha. Pero Edmundo pensaba para sus adentros: "Ya me las pagarán todos ustedes, manada de pedantes, orgullosos y satisfechos".

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Lucía, sólo con la intención de cambiar el tema.

—Yo pienso que Lu debe ser nuestra guía —dijo Pedro—. Bien se lo merece. ¿Hacia dónde nos llevarás, Lu?

—¿Qué les parece si vamos a ver al señor Tumnus? Es ese Fauno tan encantador de quien les he hablado.

Todos estuvieron de acuerdo. Caminaron animadamente y pisando fuerte. Lucía demostró ser una buena guía. En un comienzo ella tuvo dudas. No sabía si sería capaz de encontrar el camino, pero pronto reconoció un árbol viejo en un lugar y un arbusto en otro y los llevó hasta el sitio donde el sendero se tornaba pedregoso. Luego llegaron al pequeño valle y, por fin, a la entrada de la caverna del señor Tumnus. Allí los esperaba una terrible sorpresa.

La puerta había sido arrancada de sus bisagras y hecha pedazos. Adentro, la caverna estaba oscura y fría. Un olor húmedo, característico de los lugares que no han sido habitados por varios días, lo invadía todo. La nieve amontonada fuera de la cueva, poco a poco había entrado por el hueco de la puerta y, mezclada con cenizas y leña carbonizada, formaba una espesa capa negra sobre el suelo.

Aparentemente, alguien había tirado y esparcido todo en la habitación, y luego lo había pisoteado. Platos y tazas, la vajilla…, todo estaba hecho añicos en el suelo. El retrato del padre del Fauno había sido cortado con un cuchillo en mil pedazos.

—Este lugar no sirve para nada —dijo Edmundo—. No valía la pena venir hasta aquí.

—¿Qué es esto? —dijo Pedro, agachándose. Había encontrado un papel clavado en la alfombra, sobre el suelo.

—¿Hay algo escrito? —preguntó Susana.

—Sí, creo que sí. Pero con esta luz no puedo leer. Vamos afuera, al aire libre.

Salieron hacia la luz del día y todos rodearon a Pedro mientras él leía las siguientes palabras:

> *El dueño de esta morada, Fauno Tumnus, está bajo arresto y espera ser juzgado por el cargo de Alta Traición contra su Majestad Imperial Jadis, Reina de Narnia, Señora de Cair Paravel, Emperadora de las Islas Solitarias, etc. También se le acusa de prestar auxilio a los enemigos de su*

Majestad, de encubrir espías y de hacer amistad con Humanos.

Firmado Fenris Ulf,
Capitán de la Policía Secreta,
¡VIVA LA REINA!

Los niños se miraron fijamente unos a otros.

—No sé si me va a gustar este lugar, después de todo —dijo Susana.

—¿Quién es esta Reina, Lu? —preguntó Pedro—. ¿Sabes algo de ella?

—No es una verdadera Reina; de ninguna manera —contestó Lucía—. Es una horrible bruja, la Bruja Blanca. Toda la gente del bosque la odia. Ella ha sometido a un encantamiento al país entero y, desde entonces, aquí es siempre invierno y nunca Navidad.

—Me pregunto si tiene algún sentido seguir adelante —dijo Susana—. Este no parece ser un lugar seguro, ni tampoco divertido. Cada minuto hace más frío y no trajimos nada para comer. ¿Qué les parece si regresamos?

—No podemos. Realmente no podemos —dijo Lucía—. ¿No ven lo que ha pasado? No podemos ir a casa después de todo esto. El Fauno está en problemas por mi culpa. El me escondió de la Bruja Blanca y me mostró el camino de vuelta. Ese es el significado de "prestar auxilio a los enemigos de la Reina y hacer amistad con los Humanos". Debemos tratar de rescatarlo.

—¡Como si nosotros pudiéramos hacer mucho! —exclamó Edmundo—. Ni siquiera tenemos algo para comer.

—¡Cállate! —le contestó Pedro, que todavía estaba enojado con él—. ¿Qué crees tú, Susana?

—Tengo la horrible sospecha de que Lucía está en la razón —dijo Susana—. No quisiera avanzar un solo paso más. Incluso desearía no haber venido jamás. Sin embargo, creo que debemos hacer algo por el señor no-sé-cuánto..., quiero decir el Fauno.

—Eso es también lo que yo siento —dijo Pedro—. Me preocupa no tener nada para comer. Les propongo volver y buscar algo en la despensa, aunque, según creo, no hay ninguna seguridad de que se pueda regresar a este país una vez que se lo abandona. Bueno, creo que debemos seguir adelante.

—Yo también lo creo así —dijeron ambas niñas al mismo tiempo.

—Si solamente supiéramos dónde fue encerrado ese pobre Fauno.

Estaban todavía sin saber qué hacer cuando Lucía exclamó:

—¡Miren! ¡Allí hay un pájaro de pecho rojo! Es el primer pájaro que veo en este país. Me pregunto si aquí en Narnia ellos hablarán. Parece como si quisiera decirnos algo.

Entonces la niña se volvió hacia el Petirrojo y le dijo: —Por favor, ¿puedes decirme dónde ha sido llevado el señor Tumnus?

Lucía dio unos pasos hacia el pájaro. Inmediatamente éste voló, pero sólo hasta el próximo árbol. Desde allí los miró fijamente, como si hubiera entendido todo lo que le habían dicho. En forma casi inconsciente, los cuatro niños avanzaron uno o dos pasos hacia el Petirrojo. De nuevo éste voló hasta el árbol más cercano y volvió a mirarlos muy fijo. (Seguro que ustedes no han encontrado jamás un petirrojo con un pecho tan rojo ni ojos tan brillantes como ése).

—¿Saben? Realmente creo que pretende que nosotros lo sigamos —dijo Lucía.

—Yo pienso lo mismo —dijo Susana—. ¿Qué crees tú, Pedro?

—Bueno, podemos tratar de hacerlo.

El pájaro pareció entender perfectamente el asunto. Continuó de árbol en árbol, siempre unos pocos metros delante de ellos, pero siempre muy cerca para que pudieran seguirlo con facilidad. De esta manera los condujo abajo de la colina. Cada vez que el Petirrojo se detenía, una pequeña lluvia de nieve caía de la rama en que se había posado. Poco después, las nubes en el cielo se abrieron y dieron paso al sol del invierno; alrededor de ellos la nieve adquirió un brillo deslumbrante.

Llevaban poco más de media hora de camino. Las dos niñas iban adelante. Edmundo se acercó a Pedro y le dijo:

—Si no te crees todavía demasiado grande y poderoso como para hablarme, tengo algo que decirte y será mejor que me escuches.

—¿Qué cosa?

—¡Silencio! No tan fuerte. No sería bueno asustar a las niñas —dijo Edmundo—. ¿Te has dado cuenta de lo que estamos haciendo?

—¿Qué? —preguntó Pedro nuevamente en un murmullo.

—Estamos siguiendo a un guía que no conocemos. ¿Cómo podemos

saber de qué lado está ese pájaro? Perfectamente podría conducirnos a una trampa.

—¡Qué idea tan desagradable! —dijo Pedro—. Es un petirrojo. Hay pájaros buenos en todas las historias que he leído. Estoy seguro de que un petirrojo no se equivoca de lado.

—Y ahora que hablamos de eso, ¿cuál es el lado bueno? ¿Cómo podemos saber con certeza que los Faunos están en el lado bueno y la Reina (sí, ya sé que nos han dicho que es una bruja) en el lado malo? Realmente no sabemos nada de ninguno.

—El Fauno salvó a Lucía.

—El dijo que lo había hecho. Pero ¿cómo podemos saber que es así? Además, otra cosa. ¿Alguno de nosotros tiene la menor idea de cuál es el camino de vuelta desde aquí?

—¡Caramba! No había pensado en eso —dijo Pedro.

—Y tampoco tenemos ninguna posibilidad de comer —agregó Edmundo.

VII
UN DIA CON LOS CASTORES

Los dos hermanos hablaban en secreto cuando, de pronto, las niñas se detuvieron.

—¡El Petirrojo! —gritó Lucía—. ¡El Petirrojo! ¡Se ha ido!

Y así era... El petirrojo había volado hasta perderse de vista.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Edmundo, mientras daba una mirada a Pedro con ojos de “¿qué te había dicho yo?"

—¡Chist! ¡Miren! —exclamó Susana.

—¿Qué? —preguntó Pedro.

—Algo se mueve entre los árboles... por allí, a la izquierda.

Todos miraron atentamente, ninguno de ellos muy tranquilo.

—¡Allí está otra vez! —dijo Susana.

—Ésta vez yo también lo vi —dijo Pedro—. Todavía está ahí. Desapareció detrás de ese gran árbol.

—¿Qué es? —preguntó Lucía, tratando por todos los medios de que su voz no reflejara su nerviosismo.

—No sé —dijo Pedro—, pero en todo caso es algo que se está escabullendo; algo que no quiere ser visto.

—Vamonos a casa —murmuró Susana.

Entonces, aunque nadie lo dijo en voz alta, en ese momento todos se dieron cuenta de que estaban perdidos, tal como Edmundo lo había dicho en secreto a Pedro.

—¿A qué se parece? —preguntó Lucía, volviendo a fijar su atención en aquello que se movía.

—Es una especie de animal —dijo Susana—. ¡Miren! ¡Rápido! ¡Allí está!

Esta vez todos lo vieron. Una cara barbuda los miraba desde detrás de un árbol. Pero ahora no desapareció inmediatamente. En lugar de ello, el

animal puso sus garras contra su boca, en un gesto idéntico al de los humanos que ponen sus dedos en sus labios cuando quieren que alguien guarde silencio. Luego se escondió de nuevo. Los niños se quedaron inmóviles, conteniendo la respiración.

Momentos más tarde el extraño ser reapareció tras el árbol. Miró hacia todos lados, como si temiera que alguien lo estuviese observando, y dijo "silencio", o algo parecido. Después hizo unas señales a los niños como para indicarles que se reunieran con él en lo más espeso del bosque, y desapareció otra vez.

—Ya sé qué es —dijo Pedro—. Es un castor. Le vi la cola.

—Quiere que nos acerquemos a él —dijo Susana—, y nos ha prevenido para que no hagamos el menor ruido.

—Así me parece —dijo Pedro—, ¿Qué haremos? ¿Vamos con él o no? ¿Qué piensas tú, Lucía?

—Yo creo que es un buen Castor —dijo ésta.

—Sí, pero ¿cómo podemos saberlo? —replicó Edmundo.

—Tendremos que arriesgarnos —dijo Susana—. Por otra parte, no ganamos nada con seguir parados aquí, pensando en que tenemos hambre.

El Castor se asomó nuevamente detrás del árbol y, con gran ansiedad, comenzó a hacerles señas con la cabeza.

—Vamos —dijo Pedro—. Démosle una oportunidad. Pero tenemos que mantenernos muy unidos frente al Castor, por si resulta ser un enemigo.

Los niños, muy juntos unos a otros, caminaron hacia el árbol. Por cierto, tras él encontraron al Castor. Este retrocedió aún más y con voz ronca murmuró:

—Más acá, vengan más acá. ¡No estaremos a salvo en este espacio tan abierto!

Sólo cuando los hubo conducido a un lugar oscuro, en el que había cuatro árboles tan juntos que sus ramas entrecruzadas cerraban incluso el paso a la nieve y en el suelo se veían la tierra café y las agujas de los pinos, se decidió a hablar.

—¿Son ustedes los Hijos de Adán y las Hijas de Eva?

—Sí. Somos algunos de ellos —dijo Pedro.

—¡Chist! —dijo el Castor—. No tan alto, por favor. Ni siquiera aquí estamos a salvo.

—¿Por qué? ¿A quién le tiene miedo? —preguntó Pedro—. En este lugar no hay nadie más que nosotros.

—Están los árboles —dijo el Castor—. Están siempre oyendo. La mayoría de ellos está de nuestro lado, pero hay algunos que nos traicionarían ante ella... Saben a quién me refiero, supongo —agregó.

—Si estamos hablando de tomar partido, ¿cómo podemos saber que usted es un amigo? —dijo Edmundo.

—No queremos parecer mal educados, señor Castor —dijo Pedro—, pero, como usted ve, nosotros somos extranjeros.

—Está bien, está bien —dijo el Castor—. Aquí está mi distintivo.

Con estas palabras levantó hacia ellos un objeto blanco y pequeño. Todos se quedaron mirándolo sorprendidos, hasta que Lucía exclamó:

—¡Oh! ¡Por supuesto! Es mi pañuelo... el que le di al pobre señor Tumnus.

—Exactamente —dijo el Castor—. Pobre amigo... Le llegó el anuncio del arresto un poco antes de que lo apresaran. Me dijo que si algo le sucedía, debía encontrarme contigo y llevarte a...

Aquí la voz del Castor se transformó en silencio e inclinó una o dos veces la cabeza de un modo muy misterioso. Luego hizo una seña a los niños para que se acercaran junto a él, tanto que casi los rozó con sus bigotes mientras murmuraba:

—Dicen que Aslan se ha puesto en movimiento... Quizás ha aterrizado ya.

En ese momento sucedió una cosa muy curiosa.

Ninguno de los niños sabía quién era Aslan, pero en el mismo instante en que el Castor pronunció esas palabras, cada uno de ellos experimentó una sensación diferente.

A lo mejor les ha pasado alguna vez en un sueño que alguien dice algo que uno no entiende, pero siente que tiene un enorme significado... Puede ser aterrador, lo cual transforma el sueño en pesadilla. O bien, encantador, demasiado encantador para traducirlo en palabras. Esto hace que

el sueño sea tan hermoso que uno lo recuerda durante toda la vida y siempre desea volver a soñar lo mismo.

Una cosa así sucedió ahora. El nombre de Aslan despertó algo en el interior de cada uno de los niños. Edmundo tuvo una sensación de misterioso horror. Pedro se sintió de pronto valiente y aventurero. Susana creyó que alrededor de ella flotaba un aroma delicioso, a la vez que escuchaba algunos acordes musicales bellísimos. Lucía experimentó un sentimiento como el que se tiene al despertar una mañana y darse cuenta de que ese día comienzan las vacaciones o el verano.

—¿Y qué pasa con el señor Tumnus? —preguntó Lucía—. ¿Dónde está?

—¡Chist! —dijo el Castor—. No está aquí. Debo llevarlos a un lugar donde realmente podamos tener una verdadera conversación y, también, comer.

Ninguno de los niños, excepto Edmundo, tuvo dificultad para confiar en el Castor; pero todos, incluso él, se alegraron al escuchar la palabra "comer". Siguieron con entusiasmo a este nuevo amigo, que los condujo, durante más de una hora, a un paso sorprendentemente rápido y siempre a través de lo más espeso del bosque.

De pronto, cuando todos se sentían muy cansados y muy hambrientos, comenzaron a salir del bosque. Frente a ellos los árboles eran ahora más delgados y el terreno comenzó a descender en forma abrupta. Minutos más tarde estuvieron bajo el cielo abierto y se encontraron contemplando un hermoso paisaje.

Estaban en el borde de un angosto y escarpado valle, en cuyo fondo corría —es decir, debería correr si no hubiera estado completamente congelado— un río medianamente grande. Justo bajo ellos había sido construido un dique que lo atravesaba. Cuando los niños lo vieron, recordaron de pronto que los castores siempre construyen enormes diques y no les cupo duda de que ése era obra del Castor. También advirtieron que su rostro reflejaba cierta expresión de modestia, como la de cualquier persona cuando uno visita un jardín que ella misma ha plantado o lee un cuento que ella ha escrito. De manera que su habitual cortesía obligó a Susana a decir:

—¡Qué maravilloso dique!

Y esta vez el Castor no dijo "silencio".

—¡Es sólo una bagatela! ¡Sólo una bagatela! Ni siquiera está terminado.

Hacia el lado de arriba del dique estaba lo que debió haber sido un profundo estanque, pero ahora, por supuesto, era una superficie completamente lisa y cubierta de hielo de color verde oscuro. Hacia el otro lado, mucho más abajo, había más hielo, pero, en lugar de ser liso, estaba congelado en espumosas y ondeadas formas, tal como el agua corría cuando llegó la helada. Y donde ésta había estado goteando y derramándose a través del dique, había ahora una brillante cascada de carámbanos, como si ese lado del muro que contenía el agua estuviera completamente cubierto de flores, guirnaldas y festones de azúcar pura.

En el centro y, en cierto modo, en el punto más importante y alto del dique, había una graciosa casita que más bien parecía una enorme colmena. Desde su techo, a través de un agujero, se elevaba una columna de humo. Cuando uno la veía (especialmente si tenía hambre), de inmediato recordaba la comida y se sentía aún más hambriento.

Esto fue lo que los niños observaron por sobre todo; pero Edmundo vio algo más. Río abajo, un poco más lejos, había un segundo río, algo más pequeño, que venía desde otro valle a juntarse con el río más grande. Al contemplar ese valle, Edmundo pudo ver dos colinas. Estaba casi seguro de que eran las mismas dos colinas que la Bruja Blanca le había señalado cuando se encontraban junto al farol, momentos antes de que él se separara de ella. Allí, sólo a una milla o quizás menos, debía estar su palacio. Pensó entonces en las *Delicias turcas*, en la posibilidad de ser Rey ("¿Qué le parecería esto a Pedro?", se preguntó) y en varias otras ideas horribles que acudieron a su mente.

—Hemos llegado —dijo el Castor—, y parece que la señora Castora nos espera. Yo los guiaré... ¡Cuidado, no vayan a resbalar!

Aunque el dique era suficientemente amplio, no era (para los humanos) un lugar muy agradable para caminar porque estaba cubierto de hielo. A un costado se encontraba, al mismo nivel, esa gran superficie helada; y al otro veíase una brusca caída hacia el fondo del río. Mientras marchaban en fila india, dirigidos por el Castor, a través de toda esta ruta, los niños pudieron observar el largo camino del río hacia arriba y el largo y descendente camino del río hacia abajo.

Cuando llegaron al centro del dique, se detuvieron ante la puerta de la casa.

—Aquí estamos, señora Castora —dijo el Castor—. Los encontré. Aquí están los Hijos e Hijas de Adán y Eva.

Lo primero que al entrar atrajo la atención de Lucía fue un sonido ahogado y lo primero que vio fue a una anciana Castora de mirada bondadosa, que estaba sentada en un rincón, con un hilo en su boca, trabajando afanada

ante su máquina de coser. Precisamente de allí venía el extraño sonido. Apenas los niños entraron en la casa, dejó su trabajo y se puso de pie.

—¡Por fin han venido! —exclamó, con sus arrugadas manos en alto—. ¡Al fin! ¡Pensar que siempre he vivido para ver este día! Las papas están hirviendo; la tetera, silbando, y me atrevo a decir que el señor Castor nos traerá pescado.

—Eso haré —dijo él y salió de la casa, llevando un balde (Pedro lo siguió). Caminaron sobre la superficie de hielo hasta el lugar donde el Castor había hecho un agujero, que mantenía abierto trabajando todos los días con su hacha.

El Castor se sentó tranquilamene en el borde del agujero (parecía no importarle para nada el intenso frío), y se quedó inmóvil, mirando el agua con gran concentración. De pronto hundió una de sus garras a toda velocidad y antes de que uno pudiera decir "amén", había agarrado una hermosa trucha. Una y otra vez repitió la misma operación hasta que consiguió una espléndida pesca.

Mientras tanto las niñas ayudaban a la señora Castora. Llenaron la tetera, arreglaron la mesa, cortaron el pan, colocaron las fuentes en el horno, pusieron la sartén al fuego y calentaron la grasa gota a gota. También sacaron cerveza de un barril que se encontraba en un rincón de la casa, y llenaron un enorme jarro para el señor Castor. Lucía pensaba que los Castores tenían una casita muy confortable, aunque no se asemejaba en nada a la cueva del señor Tumnus. No se veían libros ni cuadros y, en lugar de camas, había literas adosadas a la pared, como en los buques. Del techo colgaban jamones y trenzas de cebollas. Y alrededor de la habitación, contra las murallas, había botas de goma, ropa impermeable, hachas, grandes tijeras, palas, llanas, vasijas para transportar materiales de construcción, cañas de pescar, redes y sacos. Y el mantel que cubría la mesa, aunque muy limpio, era áspero y tosco.

En el preciso momento en que el aceite chirriaba en la sartén, el Castor y Pedro regresaron con el pescado ya preparado para freírlo. El Castor lo había abierto con su cuchillo y lo había limpiado antes de entrar en la casa. Pueden ustedes imaginar qué bien huele mientras se fríe un pescado recién sacado del agua y cuánto más hambrientos estarían los niños antes de que la señora Castora dijera:

—Ahora estamos casi listos.

Susana retiró las papas del agua en que se habían cocido y las puso en una marmita para secarlas cerca del fogón, mientras Lucía ayudaba a la señora Castora a disponer las truchas en una fuente. En pocos segundos cada uno tomó un banquillo (todos eran de tres patas, sólo la señora Castora tenía una mecedora especial cerca del fuego) y se preparó para ese agradable

momento. Había un jarro de leche cremosa para los niños (el Castor se aferraba a su cerveza), y, al centro de la mesa, un gran trozo de mantequilla, para que cada uno le pusiera a las papas toda la que quisiese. Los niños pensaron —y yo estoy de acuerdo con ellos— que no había nada más exquisito en el mundo que un pescado recién salido del agua y cocinado al instante.

Cuando terminaron con las truchas, la señora Castora retiró del horno un inesperado, humeante y glorioso rollo de bizcocho con mermelada. Al mismo tiempo, movió la tetera en el fuego para preparar el té. Así, después del postre, cada uno tomó su taza de té, empujó su banquillo para arrimarlo a la pared, y volvió a sentarse cómodo y satisfecho.

—Y ahora —dijo el Castor, empujando lejos su jarro de cerveza ya vacío y acercando su taza de té—, si ustedes esperan sólo que yo encienda mi pipa, podremos hablar de nuestros asuntos. Está nevando otra vez —agregó, volviendo sus ojos hacia la ventana—. Me parece espléndido, porque así no tendremos visitas; y si alguien ha tratado de seguirnos, ya no podrá encontrar ninguna huella.

VIII
LO QUE SUCEDIO DESPUES DE LA COMIDA

—Cuéntenos ahora, por favor, qué le pasó al señor Tumnus —dijo Lucía.

—¡Ah, eso está mal! —dijo el Castor, moviendo la cabeza—. Es un asunto muy, muy malo. No hay duda alguna de que se lo llevó la policía. Lo supe por un pájaro que estuvo presente cuando lo apresaron.

—Pero ¿a dónde lo llevaron? —preguntó Lucía.

—Bueno, ellos iban rumbo al norte la última vez que los vieron. Todos sabemos lo que eso significa.

—Nosotros no —dijo Susana.

El Castor movió la cabeza con desaliento.

—Temo que lo llevaron a la casa de *ella*.

—Pero ¿qué le harán, señor Castor? —insistió Lucía, con ansiedad.

—No se puede saber con certeza. No son muchos los que han regresado después de haber sido llevados allá. Estatuas... Dicen que ese lugar está lleno de estatuas. En el jardín, en las escalinatas, en el salón... Gente que ella ha transformado... (se detuvo y se estremeció), transformado en piedra.

—Pero, señor Castor —dijo Lucía—, nosotros podemos..., mejor dicho, debemos hacer algo para salvarlo. Es demasiado espantoso que todo esto sea por mi culpa.

—No me cabe duda de que tú lo salvarías si pudieras, queridita —dijo la señora Castora—. Sin embargo, no hay ninguna posibilidad de entrar en esa casa contra la voluntad de ella, ni menos de salir con vida.

—¿No podríamos planear alguna estratagema? —preguntó Pedro—. Como disfrazarnos o pretender que somos... buhoneros o cualquier cosa..., o vigilar hasta que ella salga... o... ¡Caramba! Tiene que haber una manera. Este Fauno se arriesgó para salvar a mi hermana. No podemos permitir que se convierta..., que sea..., que hagan eso con él.

—Eso no serviría para nada, Hijo de Adán —dijo el Castor—. Tu intento sería muy complicado para todos y no serviría para nada. Pero ahora que Aslan está en movimiento...

—¡Oh, sí! Cuéntenos de Aslan —dijeron varias voces al mismo tiempo. Otra vez los invadió ese extraño sentimiento..., como si para ellos hubiera llegado la primavera, como si hubieran recibido muy buenas noticias.

—¿Quién es Aslan? —preguntó Susana.

—¿Aslan? ¡Cómo! ¿Es que ustedes no lo saben? Es el Rey. Es el Señor de todo el bosque, pero no viene muy a menudo. Jamás en mi tiempo, ni en el tiempo de mi padre. Sin embargo, corre la voz de que ha vuelto. Está en Narnia en este momento y pondrá a la Reina en el lugar que le corresponde. El va a salvar al señor Tumnus; no ustedes.

—¿Y no lo transformará en piedra? —preguntó Edmundo.

—¡Por Dios, Hijo de Adán! ¡Qué simpleza dices! —dijo el Castor y rió a carcajadas—. ¿Convertirlo *a él* en piedra? Si ella logra sostenerse en sus dos piernas y mirarlo a la cara, eso será lo más que pueda hacer y, en todo caso, mucho más de lo que yo creo. No, no. El pondrá todo en orden, como dicen estos antiguos versos:

El mal se trocará en bien, cuando Aslan aparezca.
Ante el sonido de su rugido, las penas desaparecerán.
Cuando descubra sus dientes, el invierno encontrará su muerte.
Y cuando agite su melena, tendremos nuevamente primavera.

—Entenderán todo cuando lo vean —concluyó el Castor.

—Pero ¿lo veremos? —preguntó Lucía.

—Para eso los traje aquí, Hija de Eva. Los voy a guiar hasta el lugar adonde se encontrarán con él.

—¿Es..., es un hombre? —preguntó Lucía, vacilando.

—¡Aslan, un hombre! —exclamó el Castor, con voz severa—. Ciertamente, no. Ya les dije que es el Rey del bosque y el hijo del gran Emperador más allá de los Mares. ¿No saben quién es el Rey de los Animales? Aslan es un león . . . *El León*, el gran León.

—¡Oh! —exclamó Susana—. Pensé que era un hombre. Y él..., ¿se puede confiar en él? Creo que me sentiré bastante nerviosa al conocer a un León.

—Así será, queridita —dijo la señora Castora—. Eso es lo normal. Si hay alguien que pueda presentarse ante Aslan sin que le tiemblen las rodillas, o es más valiente que nadie en el mundo, o es, simplemente, un tonto.

—Entonces, es peligroso —dijo Lucía.

—¿Peligroso? —dijo el Castor—. ¿No oyeron lo que les dijo la señora Castora? ¿Quién ha dicho algo sobre peligro? ¡Por supuesto que es peligroso! Pero es bueno. Es el Rey, les aseguro.

—Estoy deseoso de conocerlo —dijo Pedro—. Aunque sienta miedo cuando llegue el momento.

—Eso está bien, Hijo de Adán —dijo el Castor, dando un manotazo tan fuerte sobre la mesa que hizo cascabelear las tazas y los platillos—. Lo conocerás. Corre la voz de que ustedes se reunirán con él, mañana si pueden, en la Mesa de Piedra.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Lucía.

—Les mostraré el camino —dijo el Castor—. Es río abajo, bastante lejos de aquí. Los guiaré hacia él.

—Pero, entretanto, ¿qué pasará con el pobre señor Tumnus? —dijo Lucía.

—El modo más rápido de ayudarlo es ir a reunirse con Aslan —dijo el Castor—. Una vez que esté con nosotros, podemos comenzar a hacer algo. Pero esto no quiere decir que no los necesitemos a ustedes también. Hay otro antiguo poema que dice así:

Cuando la carne de Adán y los huesos de Adán
se sienten en el Trono de Cair Paravel,
los malos tiempos habrán sido desterrados para siempre.

—Por esto —agregó el Castor—, deducimos que todo está cerca del fin: él ha venido y ustedes también. Nosotros sabíamos de la venida de Aslan a estos lugares desde hace mucho tiempo. Nadie puede precisar cuándo. Pero nunca uno de la raza de ustedes se había visto antes por aquí, jamás.

—Eso es lo que yo no entiendo, señor —dijo Pedro—. La Bruja, ¿no es un ser humano?

—Eso es lo que ella quiere que creamos —dijo el Castor—. Y precisamente en eso se basa ella para reclamar su derecho a ser Reina. Pero ella no es Hija de Eva. Viene de Adán, el padre de ustedes... (aquí el Castor hizo una reverencia) y de su primera mujer, que ellos llaman Lilith. Ella era uno de los *Jinn*. Esto es por un lado. Por el otro, ella desciende de los gigantes. No, no. No hay una gota de sangre Humana en la Bruja.

—Por eso ella es tan malvada —agregó la señora Castora.

—Verdaderamente —asintió el Castor—. Puede haber dos tipos de personas entre los Humanos (sin pretender que esto sea una ofensa para quienes nos acompañan), pero no hay dos tipos para lo que parece Humano y no lo es.

—Yo he conocido enanos buenos —dijo la señora Castor.
—Yo también, ahora que lo mencionas —dijo su marido—, aunque bastante pocos, y éstos eran los menos parecidos a los hombres. Pero, en general (oigan mi consejo), cuando conozcan algo que va a ser Humano pero todavía no lo es, o que era Humano y ya no lo es, o que debería ser Humano y no lo es, mantengan los ojos fijos en él y el hacha en la mano. Por eso es que la Bruja siempre está vigilando que no haya Humanos en Narnia. Ella los ha estado esperando por años, y si supiera que ustedes son cuatro, se tornaría mucho más peligrosa.

—¿Qué tiene que ver todo esto con lo que hablamos? —preguntó Pedro.

—Es otra profecía —dijo el Castor—. En Cair Paravel (el castillo que está en la costa, en la desembocadura de este río y donde tendría que estar la capital del país, si todo fuera como debería ser) hay cuatro tronos. En Narnia, desde tiempos inmemoriales, se dice que cuando dos Hijos de Adán y dos Hijas de Eva ocupen esos cuatro tronos, no sólo el reinado de la Bruja Blanca llegará a su fin sino también su vida. Por eso debíamos ser tan cautelosos en nuestro camino. Si ella supiera algo de ustedes cuatro, sus vidas no valdrían ni siquiera un pelo de mi barba.

Los niños estaban tan concentrados en lo que el Castor les estaba contando, que nada fuera de esto llamó su atención por un largo rato. Entonces, en un momento de silencio que siguió a las últimas palabras del Castor, Lucía preguntó sobresaltada:

—¿Donde está Edmundo?

Hubo una pausa terrible y luego todos comenzaron a preguntar: "¿Quién había sido el último que lo vio? ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba allí? ¿Estaría fuera de la casa?". Corrieron a la puerta. La nieve caía espesa y constantemente. Toda la superficie de hielo verde había desaparecido bajo un grueso manto blanco y desde el lugar donde se encontraba la pequeña casa, en el centro del dique, difícilmente se divisaba cualquiera de las dos orillas del río. Salieron y dieron vueltas alrededor de la casa en todas direcciones, mientras se hundían hasta las rodillas en la suave nieve recién caída. "¡Edmundo, Edmundo!", llamaron hasta quedar roncos. Pero el silencioso caer de la nieve parecia amortiguar sus voces y ni siquiera un eco les respondió.

—¡Qué horror! —exclamó Susana, cuando por fin volvieron a entrar desesperados—. ¡Cómo me arrepiento de haber venido!

—¡Dios mío!... ¿Qué podemos hacer, señor Castor? —dijo Pedro.

—¿Hacer? —dijo el Castor, que ya se estaba poniendo las botas para la nieve—. ¿Hacer? Debemos irnos inmediatamente, sin perder un instante.

—Mejor será que nos dividamos en cuatro —dijo Pedro—, y así todos iremos en distintas direcciones. El que lo encuentre, deberá volver aquí de inmediato y...

—¿Dividirnos, Hijo de Adán? —preguntó el Castor—. ¿Para qué?

—Para encontrar a Edmundo, por supuesto —dijo Pedro, un tanto alterado.

—No vale la pena buscarlo a él —contestó el Castor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Susana—. No puede estar muy lejos y tenemos que encontrarlo. Pero ¿qué quiere decir usted con eso de que no servirá de nada buscarlo?

—La razón por la que les digo que no vale la pena buscarlo es porque todos sabemos donde está. Los niños lo miraron sorprendidos.

—¿No entienden? —insistió el Castor—. Se ha ido con ella, con la Bruja Blanca. Nos traicionó a todos.

—¡Oh..., realmente! El no puede haber hecho eso —exclamó Susana.

—¿No puede? —dijo el Castor mirando duramente a los tres niños.

Todo lo que ellos querían decir murió en sus labios. Cada uno tuvo, de pronto, la certeza de que era eso, exactamente, lo que Edmundo había hecho.

—Pero ¿conocerá siquiera el camino? —preguntó Pedro.

El Castor contestó con otra pregunta:

—¿Había estado aquí antes? ¿Había estado alguna vez él solo aquí?

—Sí —dijo Lucía, casi en un murmullo—; me temo que sí.

—¿Y les contó lo que había hecho o con quién se había encontrado?

—No, no lo hizo —dijo Pedro.

—Tomen nota de mis palabras entonces —dijo el Castor—. Conoció a

la Bruja Blanca, está de su parte, y sabe donde vive. No quise mencionar esto antes (después de todo él es hermano de ustedes), pero en el momento en que puse mis ojos en ese niño, me dije a mí mismo: "Es un traidor". Tenía la mirada de los que han estado con la Bruja Blanca y han probado su comida. Si uno ha vivido largo tiempo en Narnia, los distingue de inmediato. Hay algo en sus ojos, en su modo de mirar.

—Igual tenemos que buscarlo —dijo Pedro con voz ahogada—. Es nuestro hermano, a pesar de todo, aunque esté actuando como una pequeña bestia. Es sólo un niño.

—¿Irán entonces a casa de la Bruja? —preguntó la señora Castora—. ¿No ven que la única manera de salvarlo a él o de salvarse ustedes es permanecer lejos de ella?

—¿Qué quiere decir, señora Castora? —dijo Lucía.

—Todo lo que ella desea en este mundo es atraparlos a ustedes, a los cuatro (ella siempre está pensando en esos cuatro tronos de Cair Paravel). Una vez que se encuentren dentro de su casa, su trabajo estará concluido..., y habrá cuatro nuevas estatuas en su colección, antes de que ustedes puedan siquiera hablar. En cambio, ella mantendrá vivo a su hermano, mientras sea el único que ella tiene, porque lo usará como señuelo, como carnada para atraparlos a todos.

—¡Oh! ¿Y nadie podrá ayudarnos?

—Sólo Aslan —dijo el Castor—. Tenemos que ir a su encuentro de inmediato. Es nuestra única posibilidad.

—A mí me parece importante, queridos amigos —dijo la señora Castora—, saber en qué momento escapó Edmundo. Lo que pueda informarle a ella depende de cuanto haya oído. Por ejemplo, ¿habíamos hablado de Aslan antes de que se fuera? Si no lo oyó, estaríamos bien, pues ella no sabe que Aslan ha venido a Narnia, ni que planeamos encontrarnos con él. Así la cogeremos completamente desprevenida en cuanto a esto.

—No recuerdo si él estaba aquí cuando hablamos de Aslan... —comenzó a decir Pedro, pero Lucía lo interrumpió.

—¡Oh, sí! Estaba —dijo sintiéndose realmente enferma—. ¿No te acuerdas de que fue él quien preguntó si la Bruja podría transformar a Aslan en piedra?

—¡Claro que sí! —dijo Pedro—. Exactamente la clase de cosas que él dice, por lo demás.

—Peor y peor —dijo el Castor—. Y luego está este otro punto: ¿Se acuerdan si él estaba aquí cuando hablamos de encontrar a Aslan en la Mesa de Piedra?

Nadie supo cuál era la respuesta a esa pregunta.

—Porque si él estaba —continuó el Castor—, entonces ella se dirigirá en su trineo en esa dirección y se instalará entre nosotros y la Mesa de Piedra. Nos cogerá en nuestro camino y, de hecho, imposibilitará nuestro encuentro con Aslan.

—No es eso lo que ella hará primero —dijo la señora Castora—. No, si la conozco bien. En el preciso instante en que Edmundo le cuente que ustedes están aquí, saldrá a buscarlos; esta misma noche. Como él debe haber partido hace ya cerca de media hora, ella llegará en unos veinte minutos más.

—Tienes razón —dijo su marido—. Tenemos que salir todos de aquí inmediatamente. No hay un minuto que perder.

IX
EN CASA DE LA BRUJA

Ahora, por supuesto, ustedes quieren saber qué le había sucedido a Edmundo. Había comido de todo en la casa del Castor, pero no pudo gozar de nada, porque durante ese tiempo sólo pensó en las *Delicias turcas*, y no hay nada que eche a perder más el gusto de una buena comida como el recuerdo de otra comida mágica pero perversa. También había escuchado la conversación, la cual tampoco le agradó mucho porque él seguía convencido de que los demás no lo tomaban en cuenta ni le hacían ningún caso. A decir verdad, no era así, pero lo imaginaba.

Escuchó lo que hablaban hasta el momento en que el Castor se refirió a Aslan y a los preparativos para encontrarlo en la Mesa de Piedra. Fue entonces cuando comenzó a avanzar muy despacio y disimuladamente hacia la cortina que colgaba sobre la puerta. El nombre de Aslan le provocaba un sentimiento misterioso de horror, así como en los demás producía sólo sensaciones agradables.

Cuando el Castor les repetía el verso sobre *La carne de Adán y los huesos de Adán*, justo en ese momento Edmundo daba vuelta silenciosamente a la manija de la puerta. Antes de que el Castor les relatara que la Bruja no era realmente humana, sino mitad gigante y mitad *Jinn*, Edmundo salió de la casa, y con el mayor cuidado cerró la puerta tras él.

A pesar de todo, ustedes no deben pensar que Edmundo era tan malvado como para desear que sus hermanos fueran transformados en piedra. Lo que sí quería era comer *Delicias turcas* y ser un Príncipe (y, más tarde, un Rey) y, también, devolverle la mano a Pedro por haberlo llamado "animal".

En cuanto a lo que la Bruja pudiera hacer a los demás, no quería que fuera muy amable con sus hermanos —no quería, por supuesto, que los pusiera a la misma altura que a él—, pero creía, o trataba de convencerse de que creía, que ella no les haría nada especialmente malo. "Porque —se dijo— todas esas personas que hablan mal de ella y cuentan cosas horribles, son sus enemigos. A lo mejor ni siquiera la mitad de lo que dicen es verdad. Fue muy encantadora conmigo, mucho más que todos ellos. Confío en que ella es, verdaderamente, la Reina legítima. ¡De todas maneras, debe ser mejor que el temible Aslan!"

Al fin, ésa fue la excusa que elaboró en su propia mente. Sin embargo no era una buena excusa, pues en lo más profundo de su ser sabía que la Bruja Blanca era mala y cruel.

Cuando Edmundo salió, lo primero que vio fue la nieve que caía alrededor de él; se dio cuenta entonces de que había dejado su abrigo en casa

del Castor y, por supuesto, ahora no tenía ninguna posibilidad de volver a buscarlo. Ese fue su primer tropiezo. Luego advirtió que la luz del día casi había desaparecido. Eran cerca de las tres de la tarde en el momento en que se habían sentado a comer, y en el invierno los días son muy cortos. No había contado con este problema; tendría que arreglárselas lo mejor que pudiera. Se subió el cuello y caminó por el dique (afortunadamente no estaba tan resbaladizo desde que había nevado) hacia la lejana ribera del río.

Cuando llegó a la orilla, las cosas se pusieron peores. Estaba cada vez más oscuro, y esto, junto a los copos de nieve que giraban a su alrededor como un remolino, no lo dejaba ver a más de tres metros delante de él. Tampoco existía un camino. Se deslizó muy profundo por montones de nieve, se arrastró en lodazales helados, tropezó con árboles caídos, resbaló en la ribera del río, golpeó sus piernas contra las rocas... hasta que estuvo empapado, muerto de frío y completamente magullado. El silencio y la soledad eran aterradores. Realmente creo que podría haber olvidado su plan y regresado para recuperar la amistad de los demás, si no se le hubiera ocurrido decirse a sí mismo: "Cuando sea Rey de Narnia, lo primero que haré será construir buenos caminos". Por supuesto, la idea de ser Rey y de todas las cosas que podría hacer, le dio bastante ánimo.

En su mente decidió qué clase de palacio tendría, cuántos autos; pensó con lujo de detalles en cómo sería su propia sala de cine, dónde correrían los principales trenes, las leyes que dictaría contra los castores y sus diques... Estaba dando los toques finales a algunos proyectos para mantener a Pedro en su lugar, cuando el tiempo cambió. Primero dejó de nevar. Luego se levantó un viento huracanado y sobrevino un frío intenso que congelaba hasta los huesos. Finalmente las nubes se abrieron y apareció la luna. Era luna llena y brillaba en tal forma sobre la nieve que todo se iluminó como si fuera de día. Sólo las sombras producían cierta confusión.

Si la luna no hubiera aparecido en el momento en que llegaba al otro río, Edmundo nunca habría encontrado su camino. Ustedes recordarán que él había visto (cuando llegaron a la casa del Castor) un pequeño río que, allá abajo, desembocaba en el río grande. Ahora había llegado hasta allí y debía continuar por el valle. Pero éste era mucho más abrupto y rocoso que el que acababa de dejar. Estaba tan lleno de matorrales y arbustos, que si hubiera estado oscuro no habría podido avanzar. Incluso así, el niño se empapó porque debía caminar inclinado para pasar bajo las ramas y éstas estaban cargadas de nieve, y la nieve se deslizaba continuamente y en grandes cantidades sobre su espalda. Cada vez que esto sucedía, pensaba más y más en cuánto odiaba a Pedro..., como si realmente todo lo que le pasaba fuera culpa de él.

Al fin llegó a un lugar en que la superficie era más suave y lisa, y donde el valle se abría. Allí, al otro lado del río, bastante cerca de él, en el centro de un pequeño plano entre dos colinas, vio lo que debía ser la casa de la Bruja Blanca.

La luna alumbraba ahora más que nunca. La casa era en realidad un castillo con una infinidad de torres. Pequeñas torres largas y puntiagudas se alzaban al cielo como delgadas agujas. Parecían inmensos conos o gorros de bruja. Brillaban a la luz de la luna y sus largas sombras se veían muy extrañas en la nieve. Edmundo comenzó a sentir miedo de esa casa.

Pero era demasiado tarde para pensar en regresar. Cruzó el río sobre el hielo y se dirigió al castillo. Nada se movía; no se oía ni el más leve ruido en ninguna parte. Incluso sus propios pasos eran silenciados por la nieve recién caída. Caminó y caminó, dio vuelta una esquina tras otra esquina de la casa, pasó torrecilla tras torrecilla... Tuvo que rodear el lado más lejano antes de encontrar la puerta de entrada. Era un inmenso arco con grandes rejas de hierro que estaban abiertas de par en par. Edmundo se acercó cautelosamente y se escondió tras el arco. Desde allí miró el patio, donde vio algo que casi paralizó los latidos de su corazón. Dentro de la reja se encontraba un inmenso león; estaba encogido sobre sus patas como si estuviera a punto de saltar. La luz de la luna brillaba sobre el animal. Oculto en la sombra del arco, Edmundo no sabía qué hacer. Sus rodillas temblaban y continuar su camino lo asustaba tanto como regresar. Permaneció allí tanto rato que sus dientes habrían castañeteado de frío si no hubieran castañeteado antes de miedo. ¿Por cuántas horas se prolongó esta situación? Realmente no lo sé, pero para Edmundo fue como una eternidad.

Por fin se preguntó por qué el león estaba tan inmóvil. No se había movido ni un centímetro desde que lo descubrió. Se aventuró un poco más adentro, pero siempre se mantuvo en la sombra del arco, tanto como le fue posible.

Ahora observó que, por la forma en que el león estaba parado, no podía haberlo visto ("Pero ¿y si volviera la cabeza?", pensó Edmundo). En efecto, el león miraba fijamente hacia otra cosa..., miraba a un pequeño enano que le daba la espalda y que se encontraba a poco más de un metro de distancia.

—¡Aja! —murmuró Edmundo—. Cuando el león salte sobre el enano, yo tendré la oportunidad de escapar.

Sin embargo, el león no se movió y tampoco lo hizo el enano. Y ahora, por fin, Edmundo se acordó de lo que le habían contado: la Bruja Blanca transformaba a sus enemigos en piedra. A lo mejor éste no era más que un león de piedra. Y tan pronto como pensó en esto, advirtió que la espalda del animal, así como su cabeza, estaba cubierta de nieve. ¡Por cierto que era una estatua! Ningún animal vivo se habría quedado tan tranquilo mientras se cubría de nieve. Entonces, muy lentamente y con el corazón latiendo como si fuera a estallar, Edmundo se arriesgó a acercarse al león. Casi no se atrevía a tocarlo, hasta que, por fin, rápidamente puso una mano sobre él. ¡Era sólo una fría piedra! ¡Había estado aterrado por una simple

piedra!

El alivio fue tan grande que, a pesar del frío, Edmundo sintió que una ola de calor lo invadía hasta los pies. Al mismo tiempo acudió a su mente una idea que le pareció la más perfecta y maravillosa: "Probablemente, este es Aslan, el gran León. Ella ya lo atrapó y lo convirtió en estatua de piedra. ¡Este es el final de todas esas magníficas esperanzas depositadas en él! ¡Bah! ¿Quién le tiene miedo a Aslan?"

Se quedó ahí, rondando la estatua, y repentinamente hizo algo muy tonto e infantil. Sacó un lápiz de su bolsillo y dibujó unos feos bigotes sobre el labio superior del león y un par de anteojos sobre sus ojos. Entonces dijo:

—¡Ya! ¡Aslan, viejo tonto! ¿Qué tal te sientes convertido en piedra? ¿Te creías muy poderoso, eh?

A pesar de los garabatos, la gran bestia de piedra se veía tan triste y noble, con su mirada dirigida hacia la luna, que Edmundo no consiguió divertirse con sus propias burlas. Se dio media vuelta y comenzó a cruzar el patio.

Ya traspasaba el centro cuando advirtió que en ese lugar había docenas de estatuas: sátiros de piedra, lobos de piedra, osos, zorros, gatos monteses de piedra..., todas inmóviles como si se tratara de las piezas en un tablero de ajedrez, cuando el juego está a mitad de camino. Había figuras encantadoras que parecían mujeres, pero eran, en realidad, los espíritus de los árboles. Allí se encontraban también la gran figura de un centauro, un caballo alado y una criatura larga y flexible que Edmundo tomó por un dragón. Se veían todos tan extraños parados allí, como si estuvieran vivos y completamente inmóviles, bajo el frío brillo de la luz de la luna. Todo era tan misterioso, tan espectral, que no era nada fácil cruzar ese patio.

Justo en el centro había una figura enorme. Aunque tan alta como un árbol, tenía forma de hombre, con una cara feroz, una barba hirsuta y una gran porra en su mano derecha. A pesar de que Edmundo sabía que ese gigante era sólo una piedra y no un ser vivo, no le agradó en absoluto pasar a su lado.

En ese momento vio una luz tenue que mostraba el vano de una puerta en el lado más alejado del patio. Caminó hacia ese lugar. Se encontró con unas gradas de piedra que conducían hasta una puerta abierta. Edmundo subió. Atravesado en el umbral yacía un enorme lobo.

—¡Está bien! ¡Está bien! —murmuró—. Es sólo otro lobo de piedra. No puede hacerme ningún daño.

Alzó un pie para pasar sobre él. Instantáneamente el enorme animal

se levantó con el pelo erizado sobre el lomo y abrió una enorme boca roja.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? ¡Quédate quieto, extranjero, y dime quién eres! —gruñó.

—Por favor, señor —dijo Edmundo; temblaba en tal foma que apenas podía hablar—; mi nombre es Edmundo y soy el Hijo de Adán que su Majestad encontró en el bosque el otro día. Yo he venido a traerle noticias de mi hermano y mis hermanas. Están ahora en Narnia..., muy cerca, en la casa del Castor. Ella..., ella quería verlos.

—Le diré a su Majestad —dijo el Lobo—. Mientras tanto, quédate quieto aquí, en el umbral, si en algo valoras tu vida.

Entonces desapareció dentro de la casa. Edmundo permaneció inmóvil y esperó con los dedos adoloridos por el frío y el corazón que martillaba en su pecho. Pronto, el lobo gris, Fenris Ulf, el jefe de la policía secreta de la Bruja, regresó de un salto y le dijo:

—¡Entra! ¡Entra! Afortunado favorito de la Reina... o quizás no tan afortunado.

Edmundo entró con mucho cuidado para no pisar las garras del Lobo. Se encontró en un salón lúgubre y largo, con muchos pilares. Al igual que el patio, estaba lleno de estatuas. La más cercana a la puerta era un pequeño Fauno con una expresión muy triste. Edmundo no pudo menos que preguntarse si éste no sería el amigo de Lucía. La única luz que había allí provenía de una pequeña lámpara, tras la cual estaba sentada la Bruja Blanca.

—He regresado, su Majestad —dijo Edmundo, adelantándose hacia ella.

—¿Cómo te atreves a venir solo? —dijo la Bruja con una voz terrible —. ¿No te dije que debías traer a los otros contigo?

—Por favor, su Majestad —dijo Edmundo—, hice lo que pude. Los he traído hasta muy cerca. Están en la pequeña casa, en lo más alto del dique sobre el río, con el señor y la señora Castor.

Una sonrisa lenta y cruel se dibujó en el rostro de la Bruja.

—¿Esas son todas tus noticias?

—No, su Majestad —dijo Edmundo, y le contó todo lo que había escuchado antes de abandonar la casa del Castor.

—¡Qué! ¿Aslan? —gritó la Reina—. ¿Aslan? ¿Es cierto eso? Si

descubro que me has mentido...

—Por favor..., sólo repito lo que ellos dijeron —tartamudeó Edmundo. Pero la Reina, que ya no lo escuchaba, golpeó las manos. De inmediato apareció el mismo Enano que Edmundo había visto antes con ella.

—Prepara nuestro trineo —ordenó la Bruja—, y usa los arneses sin campanas.

X
EL HECHIZO COMIENZA A ROMPERSE

Ahora debemos volver donde el señor y la señora Castor y los otros tres niños. Tan pronto como el Castor dijo: "No hay tiempo que perder", todos comenzaron a envolverse en sus abrigos, excepto la señora Castora. Ella tomó unos sacos y los dejó sobre la mesa.

—Ahora, señor Castor —dijo—, bájame ese jamón. Aquí hay un paquete de té, azúcar y fósforos. Si alguien quiere, puede tomar dos o tres panes de esa vasija, allá, en el rincón.

—¿Qué está haciendo, señora Castora? —preguntó Susana.

—Preparo una bolsa para cada uno de nosotros, querida —dijo con voz serena—. ¿Ustedes no han pensado que estaremos afuera durante una jornada sin nada que comer?

—¡Pero no tenemos tiempo! —replicó Susana, abotonando el cuello de su abrigo—. Ella puede estar aquí en cualquier momento.

—Eso es lo que yo digo —intervino el Castor.

—Adelántate con todos ellos —le dijo calmadamente su mujer—. Pero piénsalo con tranquilidad: ella no puede llegar hasta aquí por lo menos hasta un cuarto de hora más.

—Pero ¿no es mejor que tengamos la mayor ventaja posible —dijo Pedro— para llegar a la Mesa de Piedra antes que ella?

—Usted tiene que recordar eso, señora Castora —dijo Susana—. Tan pronto como ella descubra que no estamos aquí, se irá hacia allá con la mayor velocidad.

—Eso es lo que ella hará —dijo la señora Castora—. Pero nosotros no podremos llegar antes que ella, hagamos lo que hagamos, porque ella viajará en su trineo y nosotros iremos a pie.

—Entonces..., ¿no tenemos ninguna esperanza? —preguntó Susana.

—¡Por Dios! ¡No te pongas majadera ahora! —exclamó la señora Castora—. Toma inmediatamente media docena de pañuelos de ese cajón... ¡Claro que tenemos esperanzas! Es imposible llegar antes que ella, pero podemos manternos a cubierto, avanzar de una manera inesperada para ella y, a lo mejor, logramos llegar.

—Muy cierto, señora Castora —dijo su marido—. Pero ya es hora de que salgamos de aquí.

—¡No empieces tú también a molestar! —dijo ella—. Así está mejor. Aquí están las bolsas. La más pequeña, para la menor de todos nosotros. Esa eres tú, querida —agregó mirando a Lucía.

—¡Oh! ¡Por favor, vamos! —dijo Lucía.

—Bien, estoy casi lista —contestó la señora Castora, y al fin permitió que su marido la ayudara a ponerse sus botas para la nieve—. Me imagino que la máquina de coser es demasiado pesada para llevarla...

—Sí, lo es —dijo el Castor—. Mucho más que demasiado pesada. No pretenderás usarla durante la fuga, supongo...

—No puedo siquiera soportar el pensamiento de que esa Bruja la toque —dijo la señora Castora—, o la rompa, o se la robe..., lo crean o no.

—¡Oh, por favor, por favor, por favor! ¡Apresúrese! —exclamaron los tres niños.

Por fin salieron y el Castor echó llave a la puerta ("Esto la demorará un poco", dijo) y se fueron. Cada uno llevaba su bolsa sobre los hombros.

Había dejado de nevar y la luna salía cuando ellos comenzaron su marcha. Caminaban en una fila..., primero el Castor; lo seguían, Lucía, Pedro y Susana, en ese orden; la última era la señora Castora.

El Castor los condujo a través del dique, hacia la orilla derecha del río. Luego, entre los árboles y a lo largo de un sendero muy escabroso, descendieron por la ribera. Ambos lados del valle, que brillaban bajo la luz de la luna, se elevaban sobre ellos.

—Lo mejor es que continuemos por este sendero mientras sea posible —dijo el Castor—. Ella tendrá que mantenerse en la cima, porque nadie puede traer un trineo aquí abajo.

Habría sido una escena magnífica si se la hubiera mirado a través de una ventana y desde un cómodo sillón. Incluso, a pesar de las circunstancias, Lucía se sintió maravillada en un comienzo. Pero como ellos caminaron..., caminaron y caminaron, y el saco que cargaba en su espalda se le hizo más y más pesado, empezó a preguntarse si sería capaz de continuar así. Se detuvo y miró la increíble luminosidad del río helado, con sus caídas de agua convertidas en hielo, los blancos conjuntos de árboles nevados, la enorme y brillante luna, las incontables estrellas..., pero sólo pudo ver delante de ella

las cortas piernas del castor que iban —*pad-pad-pad-pad*— sobre la nieve como si nunca fueran a detenerse.

La luna desapareció y comenzó nuevamente a nevar. Lucía estaba tan cansada que casi dormía al mismo tiempo que caminaba. De pronto se dio cuenta de que el Castor se alejaba de la ribera del río hacia la derecha y los llevaba cerro arriba por una empinada cuesta, en medio de espesos matorrales.

Tiempo después, cuando ella despertó por completo, alcanzó a ver que el Castor desaparecía en una pequeña cueva de la ribera, casi totalmente oculta bajo los matorrales y que no se veía a menos que uno estuviera sobre ella. En efecto, en el momento en que la niña se dio cuenta de lo que sucedía, ya sólo asomaba su ancha y corta cola de castor. Lucía se detuvo de inmediato y se arrastró después de él. Entonces, tras ella oyó ruidos de gateos, resoplidos y palpitaciones, y en un momento los cinco estuvieron adentro.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Pedro con voz que sonaba cansada y pálida en la oscuridad. (Espero que ustedes sepan lo que yo quiero decir con una voz que suena pálida.)

—Es un viejo escondite para castores, en los malos tiempos —dijo el señor Castor—, y un gran secreto. El lugar no es muy cómodo, pero necesitamos algunas horas de sueño.

—Si todos ustedes no hubieran organizado esa tremenda e insoportable alharaca antes de partir, yo podría haber traído algunos cojines —dijo la Castora.

Lucía pensaba que esa cueva no era nada de agradable, menos aún sí se la comparaba con la del señor Tumnus... Era sólo un hoyo en la tierra, seco, polvoriento y tan pequeño que, cuando todos se tendieron, se produjo una confusión de pieles y ropa alrededor de ellos. Pero, a pesar de todo, estaban abrigados y, después de esa larga caminata, se sentían allí bastante cómodos. ¡Si sólo el suelo de la cueva hubiera sido más blando!

En medio de la oscuridad, la Castora tomó un pequeño frasco y lo pasó de mano en mano para que los cinco bebieran un poco... La bebida provocaba tos, hacía farfullar y picaba en la garganta; sin embargo uno se sentía maravillosamente bien después de haberla tomado... Y todos se quedaron profundamente dormidos.

A Lucía le pareció que sólo había transcurrido un minuto (a pesar de que realmente fue horas y horas más tarde) cuando despertó. Se sentía algo helada, terriblemente tiesa y añoraba un baño caliente. Le pareció que unos largos bigotes rozaban sus mejillas y vio la fría luz del día que se filtraba por la boca de la cueva.

Instantes después ella estaba completamente despierta, al igual que los demás. En efecto, todos se encontraban sentados, con sus ojos y sus bocas muy abiertos, escuchando un sonido..., precisamente el sonido que ellos creían (o imaginaban) haber oído durante la caminata de la noche anterior. Era un sonido de campanas.

En cuanto las escuchó, el Castor, como un rayo, saltó fuera de la cueva. A lo mejor a ustedes les parece, como Lucía pensó por un momento, que ésta era la mayor tontería que podía hacer. Pero, en realidad, era algo muy bien pensado. Sabía que podía trepar hasta la orilla del río entre las zarzas y los arbustos, sin ser visto, pues, por sobre todo, quería ver qué camino tomaba el trineo de la Bruja. Sentados en la cueva, los demás esperaban ansiosos. Transcurrieron cerca de cinco minutos. Entonces escucharon voces.

—¡Oh! —susurró Lucía—. ¡Lo han visto! ¡Ella lo ha atrapado!

La sorpresa fue grande cuando, un poco más tarde, oyeron la voz del Castor que los llamaba desde afuera.

—¡Todo está bien! —gritó—. ¡Salga, señora Castora! ¡Salgan, Hijos e Hijas de Adán y Eva! Todo está bien. No es suya.

Por supuesto eso fue un atentado contra la gramática, pero así hablan los Castores cuando están excitados; quiero decir en Narnia..., en nuestro mundo ellos no hablan...

La señora Castora y los niños se atropellaron para salir de la cueva. Todos pestañearon a la luz del día. Estaban cubiertos de tierra, desaliñados, despeinados y con el sueño reflejado en sus ojos.

—¡Vengan! —gritaba el Castor, que por poco no bailaba de gusto—. ¡Vengan a ver! ¡Este es un golpe feo para la Bruja! Parece que su poder se está desmoronando.

—¿Qué quiere decir, señor Castor? —preguntó Pedro anhelante, mientras todos juntos trepaban por la húmeda ladera del valle.

—¿No les dije —respondió el Castor—que ella mantenía siempre el invierno y no había nunca Navidad? ¿No se los dije? ¡Bien, vengan a mirar ahora!

Todos estaban ahora en lo alto y vieron...

Era un trineo y *eran* renos con campanas en sus arneses. Pero éstos eran mucho más grandes que los renos de la Bruja, y no eran blancos sino de color café. En el asiento del trineo se encontraba una persona a quien

reconocieron en el mismo instante en que la vieron. Era un hombre muy grande con un traje rojo (brillante como la fruta del acebo), con un capuchón forrado en piel y una barba blanca que caía como una cascada sobre su pecho. Todos lo conocían porque, aunque a esta clase de personas sólo se las ve en Narnia, sus retratos circulan incluso en nuestro mundo..., en el mundo a este lado del armario. Pero cuando ustedes los ven realmente en Narnia, es algo muy diferente. Algunos de los retratos de Santa Claus en nuestro mundo muestran sólo una imagen divertida y feliz. Pero ahora los niños, que lo miraban fijamente, pensaron que era muy distinto..., tan grande, tan alegre, tan real. Se quedaron inmóviles y se sintieron muy felices, pero también muy solemnes.

—He venido por fin —dijo él—. Ella me ha mantenido fuera de aquí por un largo tiempo, pero al fin logré entrar. Aslan está en movimiento. La magia de ella se está debilitando.

Lucía sintió un estremecimiento de profunda alegría. Algo que sólo se siente si uno es solemne y guarda silencio.

—Ahora —dijo Santa Claus—, sus regalos. Aquí hay una máquina de coser nueva y mejor para usted, señora Castora. Se la dejaré en su casa, al pasar.

—Por favor, señor —dijo la Castora haciendo una reverencia—, mi casa está cerrada.

—Cerraduras y pestillos no tienen importancia para mí —contestó Santa Claus—. Usted, señor Castor, cuando regrese a su casa encontrará su dique terminado y reparado, con todas las goteras detenidas. También le colocaré una nueva compuerta.

El Castor estaba tan complacido que abrió su boca muy grande y descubrió entonces que no podía decir ni una palabra.

—Tú, Pedro, Hijo de Adán —dijo Santa Claus.

—Aquí estoy, señor.

—Estos son tus regalos. Son instrumentos y no juguetes. El tiempo de usarlos tal vez se acerca. Consérvalos bien.

Con estas palabras entregó a Pedro un escudo y una espada. El escudo era del color de la plata y en él aparecía la figura de un león rampante, rojo y brillante como una frutilla madura. La empuñadura de la espada era de oro, y ésta tenía un estuche, un cinturón y todo lo necesario. Su tamaño y su peso eran los adecuados para Pedro. Este se mantuvo silencioso y muy solemne mientras recibía sus regalos, pues se daba perfecta cuenta de que

éstos eran muy importantes.

—Susana, Hija de Eva —dijo Santa Claus—. Estos son para ti.

Y le entregó un arco, un carcaj lleno de flechas y un pequeño cuerno de marfil.

—Tú debes usar el arco sólo en caso de extrema necesidad —le dijo—, porque yo no pretendo que luches en la batalla. Este no falla fácilmente. Cuando pongas el cuerno en tus labios y soples, dondequiera que estés, alguna ayuda vas a recibir.

Por último dijo:

—Lucía, Hija de Eva.

Lucía se acercó a él.

Le dio una pequeña botella que parecía de vidrio (pero la gente dijo más tarde que era de diamante) y un pequeño puñal.

—En esta botella —le dijo— hay un bebida confortante, hecha del jugo de la flor del fuego que crece en la montaña del sol. Si tú o alguno de tus amigos es herido, con unas gotas de ella se restablecerá. El puñal es para que te defiendas cuando realmente lo necesites. Porque tú tampoco vas a estar en la batalla.

—¿Por qué, señor? —preguntó Lucía—. Yo pienso..., no lo sé..., pero creo que puedo ser suficientemente valiente.

—Ese no es el punto —le contestó Santa Claus—. Las batallas son horribles cuando luchan las mujeres. Ahora —de pronto su aspecto se vio menos grave—, aquí tienen algo para este momento y para todos.

Sacó (yo supongo que de una bolsa que guardaba detrás de él, pero nadie vio bien lo que él hacía) una gran bandeja que contenía cinco tazas con sus platillos, un azucarero, un jarro de crema y una enorme tetera silbante e hirviente. Entonces gritó:

—¡Feliz Navidad! ¡Viva el verdadero Rey!

Hizo chasquear su látigo en el aire, y él y los renos desaparecieron de la vista de todos antes de que nadie se diera cuenta de su partida.

Pedro había desenvainado su espada para mostrársela al Castor, cuando la señora Castora dijo:

—Ahora, pues..., no se queden ahí parados, mientras el té se enfría. ¡Todos los hombres son iguales! Vengan y ayuden a traer la bandeja, aquí, abajo, y tomaremos desayuno. ¡Qué acertada fui al acordarme de traer el cuchillo del pan!

Descendieron por la húmeda ribera y volvieron a la cueva; el Castor cortó el pan y el jamón para unos emparedados y la señora Castora sirvió el té. Todos se sintieron realmente contentos. Pero demasiado pronto, mucho antes de lo que hubieran deseado, el Castor dijo:

—Ya es tiempo de que nos pongamos en marcha. Ahora.

XI
ASLAN ESTA CERCA

En el intertanto, Edmundo vivía momentos de gran desilusión. Cuando el Enano salió para preparar el trineo, creyó que la Bruja se comportaría amablemente con él, igual que en su primer encuentro. Pero ella no habló. Por fin Edmundo se armó de valor y le dijo:

—Por favor, su Majestad, ¿podría darme algunas *Delicias turcas*? Usted..., usted..., dijo...

—¡Silencio, mentecato!

Luego ella pareció cambiar de idea y dijo como para sus adentros:

—Tampoco me servirá de mucho que este rapaz desfallezca en el camino...

Golpeó una vez más las manos y otro enano apareció.

—Tráele algo de comer y de beber a esta criatura humana —ordenó.

El enano se fue y volvió rápidamente. Traía un tazón de hierro con un poco de agua y un plato, también de hierro, con una gruesa rebanada de pan duro. Sonrió de un modo repulsivo, puso todo en el suelo al lado de Edmundo, y dijo:

—*Delicias turcas* para el Principito. ¡Ja, ja, ja!

—Lléveselo —dijo Edmundo, malhumorado—. No quiero pan duro.

Pero repentinamente la Bruja se volvió hacia él con una expresión tan fiera en su rostro que Edmundo comenzó a disculparse y a comer pedacitos de pan, aunque estaba tan añejo que casi no lo podía tragar.

—Deberías estar muy contento con esto, pues pasará mucho tiempo antes de que pruebes el pan nuevamente —dijo la Bruja.

Mientras todavía masticaba, volvió el primer enano y anunció que el trineo estaba preparado. La Bruja se levantó y, junto con ordenar a Edmundo que la siguiera, salió.

Nuevamente nevaba cuando llegaron al patio, pero ella, sin fijarse siquiera, indicó a Edmundo que se sentara a su lado en el trineo. Antes de partir, llamó a Fenris Ulf, quien acudió dando saltos como un perro y se detuvo junto al trineo.

—¡Tú! Reúne a tus lobos más rápidos y anda de inmediato hasta la casa del Castor —dijo la Bruja—. Mata a quien encuentres allí. Si ellos se han ido, vayan a toda velocidad a la Mesa de Piedra, pero no deben ser vistos. Espérenme allí, escondidos. Mientras tanto yo debo ir muchas millas hacia el oeste antes de encontrar un paso para cruzar el río. Pueden alcanzar a estos humanos antes de que lleguen a la Mesa de Piedra. ¡Ya saben qué hacer con ellos si los encuentran!

—Escucho y obedezco, ¡oh, Reina! —gruñó el Lobo.

Inmediatamente salió disparado, tan rápido como galopa un caballo. En pocos minutos había llamado a otro lobo y momentos después ambos estaban en el dique y husmeaban la casa del Castor. Por supuesto, la encontraron vacía. Para el Castor, su mujer y los niños habría sido horroroso si la noche se hubiera mantenido clara, porque los lobos podrían haber seguido sus huellas... con todas las posibilidades de alcanzarlos antes de que ellos llegaran a la cueva. Pero ahora había comenzado nuevamente a nevar y todos los rastros y pisadas habían desaparecido.

Mientras tanto el enano azotaba a los renos y el trineo salía llevando a la Bruja y a Edmundo. Pasaron bajo el arco y luego siguieron adelante en medio del frío y de la oscuridad. Para Edmundo, que no tenía abrigo, fue un viaje horrible. Antes de un cuarto de hora de camino estaba cubierto de nieve... Muy pronto dejó de sacudírsela de encima, pues en cuanto lo hacía, se acumulaba nuevamente sobre él.

Era en vano y estaba tan cansado... En poco rato estuvo mojado hasta los huesos. ¡Oh, qué desdichado era! Ya no creía, en absoluto, que la Reina tuviera intención de hacerlo Rey. Todo lo que ella le había dicho para hacerle creer que era buena y generosa y que su lado era realmente el lado bueno, le parecía estúpido. En ese momento habría dado cualquier cosa por juntarse con los demás..., ¡incluso con Pedro! Su único consuelo consistía en pensar que todo esto era sólo un mal sueño del que despertaría en cualquier momento. Y como siguieron adelante hora tras hora, todo llegó a parecerle como si efectivamente fuera un sueño.

Esto se prolongó mucho más de lo que yo podría describir, aunque utilizara páginas y páginas para relatarlo. Pero aun así, pasaría por alto el momento en que dejó de nevar cuando llegó la mañana, y ellos corrían velozmente a la luz del día. Los viajeros fueron aún más y más adelante, sin hacer ningún ruido, excepto el perpetuo silbido de la nieve y el crujido de los arneses de los renos. Y entonces, al fin, la Bruja dijo:

—¿Qué tenemos aquí? ¡Alto!

Y se detuvieron.

Edmundo esperaba con ansias que ella dijera algo sobre la necesidad de desayunar. Pero eran muy diferentes las razones que la habían hecho detenerse. Un poco más allá, a los pies de un árbol, se desarrollaba una alegre fiesta. Una pareja de ardillas con sus niños, dos sátiros, un enano y un viejo zorro estaban sentados en sus pisos alrededor de una mesa. Edmundo no alcanzaba a ver lo que comían, pero el aroma era muy tentador. Le parecía divisar algo como un *plum pudding* y también decoraciones de acebo. Cuando el trineo se detuvo, el Zorro, que era evidentemente el más anciano, se estaba levantando con un vaso en la mano como si fuera a pronunciar unas palabras. Pero cuando todos los que se encontraban en la fiesta vieron el trineo y a la persona que viajaba en él, la alegría desapareció de sus rostros.

El papá ardilla se quedó con el tenedor en el aire y los pequeños dieron alaridos de terror.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó la Reina, Nadie contestó.

—¡Hablen, bichos asquerosos! ¿O desean que mi enano les busque la lengua con su látigo? ¿Qué significa toda esta glotonería, este despilfarro, este desenfreno? ¿De dónde sacaron todo esto?

—Por favor, su Majestad —dijo el Zorro—, nos lo dieron. Y si yo me atreviera a ser tan audaz como para beber a la salud de su Majestad...

—¿Quién les dio todo esto? —interrumpió la Bruja. —S-S-Santa Claus —tartamudeó el Zorro.

—¿Qué? —gruñó la Bruja. Saltó del trineo y dio grandes trancos hacia los aterrados animales—. ¡El no ha estado aquí! ¡No puede haber estado aquí! ¡Cómo se atreven...! ¡Digan que han mentido y los perdonaré ahora mismo!

En ese momento, uno de los pequeños hijos de la pareja de ardillas perdió la cabeza por completo.

—¡Ha venido! ¡Ha venido! —gritaba golpeando su cucharita contra la mesa.

Edmundo vio que la Bruja se mordía el labio hasta que una gota de sangre apareció en su blanco rostro. Entonces levantó su vara.

—¡Oh! ¡No lo haga! ¡Por favor, no lo haga! —gritó Edmundo; pero mientras suplicaba, ella agitó su vara y, en un instante, en el lugar donde se desarrollaba la alegre fiesta había sólo estatuas de criaturas (una con el tenedor a medio camino hacia su boca de piedra) sentadas alrededor de una mesa de piedra, con platos de piedra y un *plum pudding* de piedra.

—En cuanto a ti —dijo la Bruja a Edmundo, dándole un brutal golpe en la cara cuando volvió a subir al trineo—, ¡que esto te enseñe a interceder en favor de espías y traidores! ¡Continuemos!

Edmundo, por primera vez en el transcurso de esta historia, tuvo piedad por alguien que no era él. Era tan lamentable pensar en esas pequeñas figuras de piedra, sentadas allí durante días silenciosos y oscuras noches, año tras año, hasta que se desmoronaran o sus rostros se borraran.

Ahora avanzaban constantemente otra vez. Pronto Edmundo observó que la nieve que salpicaba el trineo en su veloz carrera estaba más deshecha que la de la noche anterior. Al mismo tiempo advirtió que sentía mucho menos frío y que se acercaba una espesa niebla. En efecto, minuto a minuto aumentaba la neblina y también el calor. El trineo ya no se deslizaba tan bien como unos momentos antes. Al principio pensó que quizás los renos estaban cansados, pero pronto se dio cuenta de que no era ésa la verdadera razón. El trineo avanzaba a tirones, se arrastraba y se bamboleaba como si hubiera chocado con una piedra. A pesar de los latigazos que el enano propinaba a los renos, el trineo iba más y más lentamente. También parecía oírse un curioso ruido, pero el estrépito del trineo con sus tirones y bamboleos, y los gritos del enano para apurar a los renos, impidieron que Edmundo pudiera distinguir qué clase de sonido era, hasta que, de pronto, el trineo se atascó tan fuertemente que no hubo forma de seguir. Entonces sobrevino un momento de silencio. Y en ese silencio, Edmundo, por fin, pudo escuchar claramente. Era un ruido extraño, suave, susurrante y continuo... y, sin embargo, no tan extraño, porque él lo había escuchado antes. Rápidamente, recordó. Era el sonido del agua que corre. Alrededor de ellos, por todas partes aunque fuera de su vista, los riachuelos cantaban, murmuraban, burbujeaban, chapoteaban y aun (en la distancia) rugían. Su corazón dio un gran salto (a pesar de que él no supo por qué) cuando se dio cuenta de que el hielo se había deshecho. Y mucho más cerca había un *drip-drip-drip* desde las ramas de todos los árboles. Entonces miró hacia uno de ellos y vio que una gran carga de nieve se deslizaba y caía y, por primera vez desde que había llegado a Narnia, contempló el color verde oscuro de un abeto. Pero no tuvo tiempo de escuchar ni de observar nada más porque la Bruja gritó:

—¡No te quedes ahí sentado con la mirada fija, tonto! ¡Ven a ayudar!
Por supuesto, Edmundo tuvo que obedecer. Descendió del trineo y caminó sobre la nieve —aunque realmente ésta era algo muy blando y muy mojado— y ayudó al Enano a tirar del trineo para sacarlo del fangoso hoyo en que había caído. Lo lograron por fin. El Enano golpeó con su látigo a los renos con gran crueldad y así consiguió poner el trineo de nuevo en movimiento. Avanzaron un poco más. Ahora la nieve estaba deshecha de veras y en todas direcciones comenzaban a aparecer terrenos cubiertos de pasto verde. A menos que uno haya contemplado un mundo de nieve durante tanto tiempo como Edmundo, difícilmente sería capaz de imaginar el alivio que significan esas manchas verdes después del interminable blanco.

Pero entonces el trineo se detuvo una vez más.

—Es imposible continuar, su Majestad —dijo el Enano— No podemos deslizamos con este deshielo.

—Entonces, caminaremos —dijo la Bruja.

—Nunca los alcanzaremos si caminamos —rezongó el Enano—. No con la ventaja que nos llevan.

—¿Eres mi consejero o mi esclavo? —preguntó la Bruja—. Haz lo que te digo. Amarra las manos de la criatura humana a su espalda y sujeta tú la cuerda por el otro extremo. Toma tu látigo y quita los arneses a los renos. Ellos encontrarán fácilmente el camino de regreso a casa.

El Enano obedeció. Minutos más tarde, Edmundo se veía forzado a caminar tan rápido como podía, con las manos atadas a la espalda. Resbalaba a menudo en la nieve derretida, en el lodo o en el pasto mojado. Cada vez que esto sucedía, el Enano echaba una maldición sobre él y, a veces, le daba un latigazo. La Bruja, que caminaba detrás del Enano, ordenaba constantemente:

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

A cada minuto las áreas verdes eran más y más grandes, y los espacios cubiertos de nieve disminuían y disminuían. A cada momento los árboles se sacudían más y más de sus mantos blancos. Pronto, hacia cualquier lugar que mirara, en vez de formas blancas uno veía el verde oscuro de los abetos o el negro de las espinudas ramas de los desnudos robles, de las hayas y de los olmos. Entonces la niebla, de blanca se tornó dorada y luego desapareció por completo. Cual flechas, deliciosos rayos de sol atravesaron de un golpe el bosque, y en lo alto, entre las copas de los árboles, se veía el cielo azul.

Así se sucedieron más y más acontecimientos maravillosos. Repentinamente, a la vuelta de una esquina, en un claro entre un conjunto de plateados abedules, Edmundo vio el suelo cubierto, en todas direcciones, de pequeñas flores amarillas... El sonido del agua se escuchaba cada vez más fuerte. Poco después cruzaron un arroyo. Más allá encontraron un lugar donde crecían miles de campanitas blancas.

—¡Preocúpate de tus propios asuntos! —dijo el Enano cuando vio que Edmundo volvía la cabeza para mirar las flores; y con gesto maligno dio un tirón a la cuerda.

Pero, por supuesto, esto no impidió que Edmundo pudiera ver. Sólo cinco minutos más tarde observó una docena de azafranes que crecían alrededor de un viejo árbol..., dorado, rojo y blanco. Después llegó un sonido

aún más hermoso que el ruido del agua. De pronto, muy cerca del sendero que ellos seguían, un pájaro gorjeó desde la rama de un árbol. Algo más lejos, otro le respondió con sus trinos. Entonces, como si esta hubiera sido una señal, se escucharon gorjeos y trinos desde todas partes y en el espacio de cinco minutos el bosque entero estaba lleno de la música de las aves. Hacia dondequiera que Edmundo mirara, las veía aletear en las ramas, volar en el cielo y aun disputar ligeramente entre ellas.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —gritaba la Bruja.

Ahora no había rastros de la niebla. El cielo era cada vez más y más azul, y de tiempo en tiempo algunas nubes blancas lo cruzaban apresuradas. Las prímulas cubrían amplios espacios. Brotó una brisa suave que esparció la humedad de los ramos inclinados y llevó frescas y deliciosas fragancias hacia el rostro de los viajeros. Los árboles comenzaron a vivir plenamente. Los alerces y los abedules se cubrieron de verde; los ébanos de los Alpes, de dorado. Pronto las hayas extendieron sus delicadas y transparentes hojas. Y para los viajeros que caminaban bajo los árboles, la luz también se tornó verde. Una abeja zumbó a través del sendero.

—Esto no es deshielo —dijo entonces el Enano deteniéndose de pronto—. Es la *primavera*. ¿Qué vamos a hacer? Su invierno ha sido destruido. ¡Se lo advierto! Esto es obra de Aslan.

—Si alguno de ustedes menciona ese nombre otra vez —dijo la Bruja —, morirá al instante.

XII
LA PRIMERA BATALLA DE PEDRO

Mientras el Enano y la Bruja Blanca hablaban, a millas de distancia los Castores y los niños seguían caminando, hora tras hora, como en un hermoso sueño. Hacía ya mucho que se habían despojado de sus abrigos. Ahora ni siquiera se detenían para exclamar "¡Allí hay un martín pescador!", "¡Miren cómo crecen las campanitas!", "¿Qué aroma tan agradable es ése? "o "¡Escuchen a ese tordo!"... Caminaban en silencio aspirándolo todo; cruzaban terrenos abiertos a la luz y el calor del sol, y se introducían en fríos, verdes y espesos bosquecillos, para salir de nuevo a anchos espacios cubiertos de musgo a cuyo alrededor se alzaban altos olmos muy por encima del frondoso techo; luego atravesaban densas masas de groselleros floridos y espesos espinos blancos, cuyo dulce aroma era casi abrumador.

Al igual que Edmundo, se habían sorprendido al ver que el invierno desaparecía y el bosque entero pasaba, en pocas horas, de mayo a octubre. Por cierto, ni siquiera sabían (como lo sabía la Bruja) que esto era lo que debía suceder con la llegada de Aslan a Narnia. Sin embargo, todos tenían conciencia de que eran los poderes de la Bruja los que mantenían ese invierno sin fin. Por eso cuando esta mágica primavera estalló, todos supusieron que algo había resultado mal, muy mal, en los planes de la Bruja. Después de ver que el deshielo continuaba durante un buen tiempo, ellos se dieron cuenta de que la Bruja no podría utilizar más su trineo. Entonces ya no se apresuraron tanto y se permitieron descansos más frecuentes y algo más largos. Estaban muy cansados, por supuesto, pero no lo que yo llamo exhaustos...; sólo lentos y soñadores, tranquilos interiormente, como se siente uno al final de un largo día al aire libre. Sólo Susana tenía una pequeña herida en un talón.

Antes, ellos se habían desviado del curso del río un poco hacia la derecha (esto significaba un poco hacia el sur) para llegar al lugar donde estaba la Mesa de Piedra. Y aunque ése no hubiera sido el camino, no habrían podido continuar por la orilla del río una vez que empezó el deshielo. Con toda la nieve derretida, el río se convirtió muy pronto en un torrente —un maravilloso y rugiente torrente amarillo—, y dentro de poco el sendero que seguían estaría inundado.

Ahora que el sol estaba bajo, la luz se tornó rojiza, las sombras se alargaron y las flores comenzaron a pensar en cerrarse.

—No falta mucho ya —dijo el Castor, mientras los guiaba colina arriba, sobre un musgo profundo y elástico (lo percibían con mucho agrado bajo sus cansados pies), hacia un lugar donde crecían inmensos árboles, muy distantes entre sí. La subida, al final del día, los hizo jadear y respirar con dificultad. Justo cuando Lucía se preguntaba si realmente podría llegar a la cumbre sin otro largo descanso, se encontraron de pronto en la cima. Y esto

fue lo que vieron.

Estaban en un verde espacio abierto desde el cual uno podía ver el bosque que se extendía hacia abajo en todas direcciones, hasta donde se perdía la vista..., excepto hacia el este: muy lejos, algo resplandecía y se movía.

—¡Gran Dios! —cuchicheó Pedro a Susana—. ¡Es el mar!

Exactamente en el centro del campo, en lo más alto de la colina, estaba la Mesa de Piedra. Era una inmensa y áspera losa de piedra gris, suspendida en cuatro piedras verticales. Se veía muy antigua y estaba completamente grabada con extrañas líneas y figuras, que podían ser las letras de un idioma desconocido. Cuando uno las miraba, producían una rara sensación.

En seguida vieron una bandera clavada a un costado del campo. Era una maravillosa bandera —especialmente ahora que la luz del sol poniente se retiraba de ella— cuyas orillas parecían ser de seda color amarillo, con cordones carmesí e incrustaciones de marfil. Y más alto, en un asta, un estandarte, que mostraba un león rampante de color rojo, flameaba suavemente con la brisa que soplaba desde el lejano mar. Mientras contemplaban todo esto, escucharon a su derecha un sonido de música. Se volvieron en esa dirección y vieron lo que habían venido a ver.

Aslan estaba de pie en medio de una multitud de criaturas que, agrupadasen torno de él, formaban una media luna. Había Mujeres-Árbol y Mujeres-Vertiente (Dríades y Náyades como usualmente las llamaban en nuestro mundo) que tenían instrumentos de cuerda. Ellas eran las que habían tocado música. Había cuatro centauros grandes. Su mitad caballo se asemejaba a los inmensos caballo ingleses de campo, y la parte humana, a la de un gigante severo pero hermoso. También había un unicornio, un toro con cabeza de hombre, un pelícano, un águila y un perro grande. Al lado de Aslan se encontraban dos leopardos: uno transportaba su corona, y el otro, su estandarte. En cuanto a Aslan mismo, los Castores y los niños no sabían qué hacer o decir cuando lo vieron. La gente que no ha estado en Narnia piensa a veces que una cosa no puede ser buena y terrible al mismo tiempo. Y si los niños alguna vez pensaron así, ahora fueron sacados de su error. Porque cuando trataron de mirar la cara de Aslan, sólo pudieron vislumbrar una melena dorada y unos ojos inmensos, majestuosos, solemnes e irresistibles. Se dieron cuenta de que eran incapaces de mirarlo.

—Adelante —dijo el Castor.

—No —susurró Pedro—. Usted primero.

—No, los Hijos de Adán antes que los animales.

—Susana —murmuró Pedro—. ¿Y tú? Las señoritas primero.

—No, tú eres el mayor.

Y mientras más demoraban en decidirse, más incómodos se sentían. Por fin Pedro se dio cuenta de que esto le correspondía a él. Sacó su espada y la levantó para saludar.

—Vengan —dijo a los demás—. Todos juntos.

Avanzó hacia el León y dijo:

—Hemos venido..., Aslan.

—Bien venido, Pedro, Hijo de Adán —dijo Aslan—. Bien venidas, Susana y Lucía. Bien venidos, El-Castor y Ella-Castor.

Su voz era rica y profunda y de algún modo les quitó la angustia. Ahora se sentían contentos y tranquilos y no les incomodaba quedarse inmóviles sin decir nada.

—¿Dónde está el cuarto? —preguntó Aslan.

—El ha tratado de traicionar a sus hermanos y de unirse a la Bruja Blanca, ¡oh Aslan! —dijo el Castor.

Entonces algo hizo a Pedro decir:

—En parte fue por mi culpa, Aslan. Yo estaba enojado con él y pienso que eso lo impulsó en un camino equivocado.

Aslan no dijo nada; ni para excusar a Pedro ni para culparlo. Solamente lo miró con sus grandes ojos dorados. A todos les pareció que no había más que decir.

—Por favor..., Aslan —dijo Lucía—. ¿Hay algo que se pueda hacer para salvar a Edmundo?

—Se hará todo lo que se pueda —dijo Aslan—. Pero es posible que resulte más difícil de lo que ustedes piensan.

Luego se quedó nuevamente en silencio por algunos momentos. Hasta entonces, Lucía había pensado cuan majestuosa, fuerte y pacífica parecía su cara. Ahora, de pronto, se le ocurrió que también se veía triste. Pero, al minuto siguiente, esa expresión había desaparecido. El León sacudió su melena, golpeó sus garras ("¡Terribles garras —pensó Lucía— si él no supiera como suavizarlas!"), y dijo:

—Mientras tanto, que el banquete sea preparado. Señoras, lleven a las Hijas de Eva al Pabellón y provéanlas de lo necesario.

Cuando las niñas se fueron, Aslan posó su garra —y a pesar de que lo hacía con suavidad, era muy pesada— en el hombro de Pedro y dijo:

—Ven, Hijo de Adán, y te mostraré a la distancia el castillo donde serás Rey.

Con su espada todavía en la mano, Pedro siguió al León hacia la orilla oeste de la cumbre de la colina, y una hermosa vista se presentó ante sus ojos. El sol se ponía a sus espaldas, lo cual significaba que ante ellos todo el país estaba envuelto en la luz del atardecer..., bosques, colinas y valles alrededor del gran río que ondulaba como una serpiente de plata. Más allá, millas más lejos, estaba el mar, y entre el cielo y el mar, cientos de nubes que con los reflejos del sol poniente adquirían un maravilloso color rosa. Justo en el lugar en que la tierra de Narnia se encontraba con el mar —en la boca del gran río— había algo que brillaba en una pequeña colina. Brillaba porque era un castillo y, por supuesto, la luz del sol se reflejaba en todas las ventanas que miraban hacia el poniente, donde se encontraba Pedro. A éste le pareció más bien una gran estrella que descansaba en la playa.

—Eso, ¡oh Hombre! —dijo Aslan—, es el castillo de Cair Paravel con sus cuatro tronos, en uno de los cuales tú deberás sentarte como Rey. Te lo muestro porque eres el primogénito y serás el Rey Supremo sobre todos los demás.

Una vez más, Pedro no dijo nada. Luego un ruido extraño interrumpió súbitamente el silencio. Era como una corneta de caza, pero más dulce.

—Es el cuerno de tu hermana —dijo Aslan a Pedro en voz baja, tan baja que era casi un ronroneo, si no es falta de respeto pensar que un león pueda ronronear.

Por un instante Pedro no entendió. Pero en ese momento vio avanzar a todas las otras criaturas y oyó que Aslan decía agitando su garra:

—¡Atrás! ¡Dejen que el Príncipe gane su espuela!

Entonces comprendió y corrió tan rápido como le fue posible hacia el pabellón. Allí se enfrentó a una visión espantosa.

Las Náyades y Dríades huían en todas direcciones. Lucía corrió hacia él tan veloz como sus cortas piernas se lo permitieron, con el rostro blanco como un papel. Después vio a Susana saltar y colgarse de un árbol, perseguida por una enorme bestia gris. Pedro creyó en un comienzo que era

un oso. Luego le pareció un perro alsaciano, aunque era demasiado grande... Por fin se dio cuenta de que era un lobo..., un lobo parado en sus patas traseras con sus garras delanteras apoyadas contra el tronco del árbol, aullando y mordiendo. Todo el pelo de su lomo estaba erizado. Susana no había logrado subir más arriba de la segunda rama. Una de sus piernas colgaba hacia abajo y su pie estaba a sólo centímetros de aquellos dientes que amenazaban con morder. Pedro se preguntaba por qué ella no subía más o, al menos, no se afirmaba mejor, cuando cayó en la cuenta de que estaba a punto de desmayarse, y sí se desmayaba, caería al suelo.

Pedro no se sentía muy valiente; en realidad se sentía enfermo. Pero esto no cambiaba en nada lo que tenía que hacer. Se abalanzó derecho contra el monstruo y, con su espada, le asestó una estocada en el costado. El golpe no alcanzó al Lobo. Rápido como un rayo, éste se volvió con los ojos llameantes y su enorme boca abierta en un rugido de furia. Si no hubiera estado cegado por la rabia, que sólo le permitía rugir, se habría lanzado directo a la garganta de su enemigo. Por eso fue que —aunque todo sucedió demasiado rápido para que él lo alcanzara a pensar— Pedro tuvo el tiempo preciso para bajar la cabeza y enterrar su espada, tan fuertemente como pudo, entre las dos patas delanteras de la bestia, directo en su corazón. Entonces sobrevino un instante de horrible confusión, como una pesadilla. El daba un tirón tras otro a su espada y el Lobo no parecía ni vivo ni muerto. Los dientes del animal se encontraban junto a la frente de Pedro y alrededor de él todo era pelo, sangre y calor. Un momento después descubrió que el monstruo estaba muerto y que él ya había retirado su espada. Se enderezó y enjugó el sudor de su cara y de sus ojos. Sintió que lo invadía un cansancio mortal.

En un instante Susana bajó del árbol. Ella y Pedro estaban trémulos cuando se encontraron frente a frente. Y no voy a decir que no hubo besos y llantos de parte de ambos. Pero en Narnia nadie piensa nada malo por eso.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritó Aslan—. ¡Centauros, Águilas! Veo otro lobo en los matorrales. ¡Ahí, detrás! Ahora se ha dado vuelta. ¡Síganlo todos! El irá donde su ama. Ahora es la oportunidad de encontrar a la Bruja y rescatar al cuarto Hijo de Adán.

Instantáneamente, con un fuerte ruido de cascos y un batir de alas, una docena o más de veloces criaturas desaparecieron en la creciente oscuridad.

Pedro, aún sin aliento, se dio vuelta y se encontró con Aslan a su lado.

—Has olvidado limpiar tu espada —dijo Aslan.

Era verdad. Pedro enrojeció cuando miró la brillante hoja y la vio toda manchada con la sangre y el pelo del Lobo. Se agachó y la restregó y la

limpió en el pasto; luego la frotó y la secó en su chaqueta.

—Dámela y arrodíllate, Hijo de Adán —dijo Aslan. Cuando Pedro lo hubo hecho, lo tocó con la hoja y añadió—: Levántate, Señor Pedro Fenris-Bane. Pase lo que pase, nunca olvides limpiar tu espada.

XIII
MAGIA PROFUNDA DEL AMANECER DEL TIEMPO

Ahora debemos volver a Edmundo. Después de haberlo hecho caminar mucho más de lo que él imaginaba que alguien *podía* caminar, la Bruja se detuvo por fin en un oscuro valle ensombrecido por los abetos y los tejos. El niño se dejó caer y se tendió de cara contra el suelo, sin hacer nada y sin importarle lo que sucedería después con tal de que lo dejaran tendido e inmóvil. Se sentía tan cansado que ni siquiera se daba cuenta de lo hambriento y sediento que estaba. El Enano y la Bruja hablaban muy bajo junto a él.

—No —decía el Enano—. No tiene sentido ahora, Oh Reina. A estas alturas tienen que haber llegado a la Mesa de Piedra.

—A lo mejor el Lobo nos encuentra con su olfato y nos trae noticias — dijo la Bruja.

—Si lo hace no serán buenas noticias —replicó el Enano.

—Cuatro tronos en Cair Paravel —dijo la Bruja—. Y ¿qué tal si se llenaran sólo tres de ellos? Eso no se ajustaría a la profecía.

—¿Qué diferencia puede significar eso, ahora que *él* está aquí? — preguntó el Enano, sin atreverse, ni siquiera ahora, a mencionar el nombre de Aslan ante su ama.

—Puede que él no se quede aquí por mucho tiempo. Entonces podríamos dejarnos caer sobre esos tres en Cair Paravel.

—Aún puede ser mejor —dijo el Enano— mantener a éste (aquí dio un puntapié a Edmundo) y negociar.

—¡Sí!... Para que pronto lo rescaten —dijo la Bruja, desdeñosamente.

—Si es así —dijo el Enano—, será mejor que hagamos de inmediato lo que tenemos que hacer.

—Yo preferiría hacerlo en la Mesa de Piedra —dijo la Bruja—. Ese es el lugar adecuado y donde siempre se ha hecho.

—Pasará mucho tiempo antes de que la Mesa de Piedra pueda volver a cumplir sus funciones —dijo el Enano.

—Es cierto —dijo la Bruja. Y agregó—: Bien. Comenzaré.

En ese momento, con gran prisa y en medio de fuertes aullidos, apareció un lobo.

—¡Los he visto! —gritó—. Están todos en la Mesa de Piedra con *él*. Han matado a mi capitán Fenris Ulf. Yo estaba escondido en los arbustos y lo vi todo. Uno de los Hijos de Adán lo mató. ¡Vuelen! ¡Vuelen!

—No —dijo la Bruja—. No hay necesidad de volar. Ve rápido y convoca a toda mi gente para que venga a reunirse aquí, conmigo, tan pronto como pueda. Llama a los gigantes, a los lobos, a los espíritus de los árboles que estén de nuestro lado. Llama a los Demonios, a los Ogros, a los Fantasmas y a los Minotauros. Llama a los Crueles, a los Hechiceros, a los Espectros y a la gente de los Hongos Venenosos. Pelearemos. ¿Acaso no tengo aún mi vara? ¿No se convertirán ellos en piedra en el momento en que se acerquen? Ve rápido. Mientras tanto, yo tengo que terminar algo aquí.

El inmenso bruto agachó su cabeza y partió al galope.

—¡Ahora! —dijo ella—. No tenemos mesa..., déjame ver... Sería mejor colocarlo contra el tronco del árbol.

Edmundo se vio de pronto rudamente obligado a levantarse. Entonces, con la mayor celeridad, el Enano lo hizo apoyarse en el tronco y lo amarró. El vio que la Bruja se quitaba su manto. Sus brazos estaban desnudos y horriblemente blancos. Y porque eran tan demasiado blancos, él no pudo ver mucho más. Estaba todo tan oscuro en esa llanura, bajo los negros árboles...

—Prepara a la víctima —ordenó la Bruja.

El Enano desabotonó el cuello de la camisa de Edmundo, y lo abrió. Luego agarró al niño del cabello y le echó la cabeza hacia atrás, de manera que tuvo que levantar el mentón. Después, Edmundo oyó un extraño ruido: *güizz-gütz-güizz*. Por un momento no pudo imaginar qué era, pero de repente se dio cuenta: era el sonido de un cuchillo al ser afilado.

En ese preciso momento escuchó fuertes gritos y ruidos que venían de todas direcciones: un tamborileo de pisadas..., un batir de alas..., un grito de la Bruja..., una total confusión alrededor de él.

Entonces sintió que lo desataban y que unos fuertes brazos lo rodeaban. Oyó voces compasivas y cariñosas:

—¡Déjalo recostarse! Denle un poco de vino... —decían—. Beba..., sostenga ahora..., estará bien en un minuto.

Acto seguido escuchó voces que no se dirigían a él, sino a otras personas.

—¿Quién capturó a la Bruja? —Yo creí que tú la tenías.

—No la vi después de que le arrebaté el cuchillo de su mano...

—Yo estaba persiguiendo al Enano...

—¡No me digas que ella se nos escapó!

—Un muchacho no puede hacerlo todo al mismo tiempo... Pero ¿qué es eso?... ¡Oh! Lo siento, es sólo un viejo tronco.

Edmundo se desmayó en ese instante.

Entonces centauros y unicornios, venados y pájaros (eran parte del equipo de rescate enviado por Aslan en el capítulo anterior), todos regresaron a la Mesa de Piedra llevando a Edmundo con ellos. Pero si hubieran visto lo que sucedió en el valle después de que se alejaron, yo pienso que su sorpresa habría sido enorme.

Todo estaba muy quieto cuando asomó una brillante luna. Si ustedes hubieran estado allí, habrían podido ver que la luz de la luna iluminaba un viejo tronco de árbol y una enorme roca blanca. Pero si ustedes hubieran mirado detenidamente poco a poco, habrían comenzado a pensar que había algo muy extraño en ambos, en la roca y en el tronco. Y en seguida habrían advertido que el tronco se parecía de manera notable a un hombre pequeño y gordo, agachado sobre la tierra. Y si hubieran permanecido ahí durante más tiempo todavía, habrían visto que el tronco caminaba hacia la roca, ésta se sentaba y ambos comenzaban a hablar, porque, en realidad, el tronco y la roca eran simplemente el Enano y la Bruja. Parte de la magia de ella consistía en que podía hacer que las cosas parecieran lo que no eran y tuvo la presencia de ánimo para recordar esa magia y aplicarla en el preciso momento en que le arrebataron el cuchillo de la mano. Ella también había logrado mantener su vara firmemente, de modo que ahora la guardaba a salvo.

Cuando los tres niños despertaron a la mañana siguiente (habían dormido sobre un montón de cojines en el pabellón), lo primero que oyeron —la señora Castora se lo dijo— fue la noticia de que su hermano había sido rescatado y conducido al campamento durante la noche. En ese momento estaba con Aslan.

Inmediatamente después de tomar su desayuno, los tres niños salieron. Vieron a Aslan y a Edmundo que caminaban juntos sobre el pasto lleno de rocío. Estaban separados del resto de la corte. No hay necesidad de contarles a ustedes qué le dijo Aslan a Edmundo (y nadie lo supo nunca), pero ésta fue una conversación que el niño jamás olvidó. Cuando los tres hermanos se acercaron, Aslan se dirigió hacia ellos llevando á Edmundo con él.

—Aquí está su hermano —les dijo—, y ... no es necesario hablarle sobre lo que ha pasado.

Edmundo estrechó las manos de cada uno y les dijo:

—Lo siento mucho...

—Todo está bien —respondieron. Y los tres quisieron entonces decir algo más para demostrar a Edmundo que volvían a ser amigos —algo sencillo y natural—, pero a ninguno se le ocurrió nada. Antes de que tuvieran tiempo de sentirse incómodos, uno de los leopardos se acercó a Aslan y le dijo:

—*Sire*, un mensajero del enemigo suplica le des una audiencia.

—Deja que se aproxime —dijo Aslan.

El leopardo se alejó y volvió al instante conduciendo al Enano de la Bruja.

—¿Cuál es tu mensaje, Hijo de la Tierra? —preguntó Aslan.

—La Reina de Narnia, Emperatriz de las Islas Solitarias, desea un salvoconducto para venir a hablar contigo —dijo el Enano—. Se trata de un asunto de conveniencia tanto para ti como para ella.

—¡Reina de Narnia! ¡Seguro! —exclamó el Castor—. ¡Qué descaro!

—Paz, Castor —dijo Aslan—. Todos los nombres serán devueltos muy pronto a sus verdaderos dueños. Entretanto no queremos disputas... Dile a tu ama, Hijo de la Tierra, que le garantizo su salvoconducto, con la condición de que deje su vara tras ella, junto al gran roble.

El Enano aceptó. Dos leopardos lo acompañaron en su regreso para asegurarse de que se cumpliera el compromiso.

—Pero ¿y si ella transforma a los leopardos en estatuas? —susurró Lucía al oído de Pedro.

Creo que la misma idea se les había ocurrido a los leopardos; mientras se alejaban, en todo momento la piel de sus lomos permaneció erizada, como también su cola..., igual que cuando un gato ve un perro extraño.

—Todo irá bien —murmuró Pedro—. Aslan no los hubiera enviado si no fuera así.

Pocos minutos más tarde la Bruja en persona subió a la cima de la colina.

Se dirigió derechamente a Aslan y se quedó frente a él. Los tres niños, que nunca la habían visto, sintieron que un escalofrío les recorría la espalda cuando miraron su rostro. Se produjo un sordo gruñido entre los animales. Y, a pesar de que el sol resplandecía, repentinamente todos se helaron.

Los dos únicos que parecían estar tranquilos y cómodos eran Aslan y la Bruja. Resultaba muy curioso ver esas dos caras —una dorada y otra pálida como la muerte— tan cerca una de otra. Pero la Bruja no miraba a Aslan exactamente a los ojos. La señora Castora puso especial atención en ello.

—Tienes un traidor aquí, Aslan —dijo la Bruja.

Por supuesto, todos comprendieron que ella se refería a Edmundo. Pero éste, después de todo lo que le había pasado y especialmente después de la conversación de la mañana, había dejado de preocuparse de sí mismo. Sólo miró a Aslan sin que pareciera importarle lo que la Bruja dijera.

—Bueno —dijo Aslan—, su ofensa no fue contra ti.

—¿Te has olvidado de la Magia Profunda? —preguntó la Bruja.

—Digamos que la he olvidado —contestó Aslan gravemente—. Cuéntanos acerca de esta Magia Profunda.

—¿Contarte a ti? —gritó la Bruja, con un acento que repentinamente se hizo más y más chillón—. ¿Contarte lo que está escrito en la Mesa de Piedra que está a tu lado? ¿Contarte lo que, con una lanza, quedó grabado en el tronco del Fresno del Mundo? ¿Contarte lo que se lee en el cetro del Emperador-Más-Allá-del-Mar? Al menos tú conoces la magia que el Emperador estableció en Narnia desde el comienzo mismo. Tú sabes que todo traidor me pertenece; que, por ley, es mi presa, y que por cada traición tengo derecho a matar.

—¡Oh! —dijo el Castor—, así es que eso fue lo que la llevó a imaginarse que era Reina..., porque usted era el verdugo del Emperador. Ya veo...

—Paz, Castor —dijo Aslan, con un gruñido muy suave.

—Por lo tanto —continuó la Bruja—, esa criatura humana es mía. Su vida está en prenda y me pertenece. Su sangre es mía.

—¡Ven y llévatela, entonces! —dijo el Toro con cabeza de hombre, en un gran bramido.

—¡Tonto! —dijo la Bruja, con una sonrisa salvaje, que casi parecía un gruñido—. ¿Crees realmente que tu amo puede despojarme de mis derechos por la sola fuerza? El conoce la Magia Profunda mejor que eso. Sabe que, a menos que yo tenga esa sangre, como dice la Ley, toda Narnia será destruida y perecerá en fuego y agua.

—Es muy cierto —dijo Aslan—. No lo niego.

—¡Ay, Aslan! —susurró Susana al oído del León—. ¿No podemos?... Quiero decir, usted no lo haría, ¿verdad? ¿Podríamos hacer algo con la Magia Profunda? ¿No hay algo que usted pueda hacer contra esa Magia?

—¿Trabajar contra la magia del Emperador? —dijo Aslan, dándose vuelta hacia ella con el ceño fruncido.

Nadie volvió a sugerir nada semejante.

Edmundo se encontraba al otro lado de Aslan y le miraba siempre a la cara. Se sentía sofocado y se preguntaba si debía decir algo. Pero un instante después tuvo la certeza de que no debía hacer nada, excepto esperar y actuar de acuerdo con lo que le habían dicho.

—Vayan atrás, todos ustedes —dijo Aslan—. Quiero hablar con la Bruja a solas.

Todos obedecieron. Fueron momentos terribles..., esperaban y, a la vez, tenían ansias de saber qué estaba pasando. Mientras tanto, la Bruja y el León hablaban con gran seriedad y en voz muy baja.

—¡Oh, Edmundo! —exclamó Lucía y empezó a llorar. Pedro se quedó de pie dando la espalda a los demás y mirando el mar en la lejanía. Los castores permanecieron apoyados en sus garras, con sus cabezas gachas. Los centauros, inquietos, rascaban el suelo con sus pezuñas. Al fin todos se quedaron tan inmóviles que podían escucharse aun los sonidos más leves, como el zumbido de una abeja que pasó volando, o los pájaros allá abajo, en el bosque, o el viento que movía suavemente las hojas. La conversación entre Aslan y la Bruja continuaba todavía...

Por fin se escuchó la voz de Aslan.

—Pueden volver —dijo—. He arreglado este asunto. Ella renuncia a reclamar la sangre de Edmundo.

En la cumbre de la colina se escuchó un ruido como si todos hubieran estado con la respiración contenida y ahora comenzaran a respirar nuevamente, y luego el murmullo de una conversación. Los presentes empezaron a acercarse al trono de Aslan.

La Bruja ya se daba vuelta para alejarse de allí con una expresión de feroz alegría en el rostro, cuando de pronto se detuvo y dijo:

—¿Cómo sabré que la promesa será cumplida?

—*¡Grrrr!* —gruñó Aslan, levantándose de su trono. Su boca se abrió más y más grande y el gruñido creció y creció.

La Bruja, después de mirarlo por un instante con sus labios entreabiertos, recogió sus largas faldas y corrió para salvar su vida.

XIV
EL TRIUNFO DE LA BRUJA

En cuanto la Bruja se alejó, Aslan dijo:

—Debemos dejar este lugar de inmediato porque será ocupado en otros asuntos. Esta noche tendremos que acampar en los Vados de Beruna.

Por supuesto todos se morían por preguntarle cómo había arreglado las cosas con la Bruja; pero el rostro de Aslan se veía muy severo y en todos los oídos aún resonaba su rugido, de manera que nadie se atrevió a preguntar nada.

Después de un almuerzo al aire libre, en la cumbre de la colina (el sol era ya muy fuerte y secaba el pasto), bajaron la bandera y se preocuparon de empacar sus cosas. Antes de las dos ya marchaban en dirección noroeste. Iban a paso lento, pues no tenían que llegar muy lejos.

Durante la primera parte del viaje, Aslan explicó a Pedro su plan de campaña.

—En cuanto termine lo que tiene que hacer en estos lugares —dijo—, es casi seguro que la Bruja, con su banda, regresará a su casa y se preparará para el asedio. Ustedes pueden ser o no ser capaces de atajarla y de impedir que ella alcance sus propósitos.

Luego el León trazó dos planes de batalla: uno para luchar con la Bruja y sus partidarios en el bosque y otro para asaltar su castillo. Pero, a la vez, continuamente aconsejaba a Pedro acerca de la forma de conducir las operaciones con frases como éstas: "Tienes que situar a los centauros en tal y tal lugar”o "Debes disponer vigías para observar que ella no haga tal cosa", hasta que por fin Pedro dijo:

—Usted estará ahí con nosotros, Aslan, ¿verdad?

—No puedo prometer nada al respecto —contestó el León, y continuó con sus instrucciones.

En la última parte del viaje, Lucía y Susana fueron las que estuvieron más cerca de él. Aslan no habló mucho y a ellas les pareció que estaba triste.

La tarde no había concluido aún cuando llegaron a un lugar donde el valle se ensanchaba y el río era poco profundo. Eran los Vados de Beruna. Aslan ordenó detenerse antes de cruzar el agua, pero Pedro dijo:

—¿No sería mejor acampar en el lado más alejado?..., ella puede

intentar un ataque nocturno o cualquier otra cosa.

Aslan, que parecía pensar en algo muy diferente, se levantó y, sacudiendo su magnífica melena, preguntó:

—¿Eh? ¿Qué dijiste?

Pedro repitió todo de nuevo.

—No —dijo Aslan con voz apagada, como si se tratara de algo sin importancia—. No. Ella no atacará esta noche. —Entonces suspiró profundamente y agregó—: De todos modos, pensaste bien. Esa es la manera como un soldado debe pensar. Pero eso no importa ahora, realmente.

Entonces procedieron a instalar el campamento.

La melancolía de Aslan los afectó a todos aquella tarde. Pedro se sentía inquieto también ante la idea de librar la batalla bajo su responsabilidad. La noticia de la posible ausencia de Aslan lo alteró profundamente.

La cena de esa noche fue silenciosa. Todos advirtieron cuán diferente había sido la de la noche anterior o incluso el almuerzo de esa mañana. Era como si los buenos tiempos, que recién habían comenzado, estuvieran llegando a su fin.

Estos sentimientos afectaron a Susana en tal forma que no pudo conciliar el sueño cuando se fue a acostar. Después de estar tendida contando ovejas y dándose vueltas una y otra vez, oyó que Lucía suspiraba largamente y se acercaba a ella en la oscuridad.

—¿Tampoco tú puedes dormir? —le preguntó.

—No —dijo Lucía—. Pensaba que tú estabas dormida. ¿Sabes...?

—¿Qué?

—Tengo un presentimiento horroroso..., como si algo estuviera suspendido sobre nosotros...

—A mí me pasa lo mismo...

—Es sobre Aslan —continuó Lucía—. Algo horrible le va a suceder, o él va a tener que hacer una cosa terrible.

—A él le sucede algo malo. Toda la tarde ha estado raro —dijo Susana—. Lucía, ¿qué fue lo que dijo sobre no estar con nosotros en la

batalla? ¿Tú crees que se puede escabullir y dejarnos esta noche?

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lucía—. ¿Está en el pabellón?

—No creo.

—Susana, vamos afuera y miremos alrededor. Puede que lo veamos.

—Está bien. Es lo mejor que podemos hacer en lugar de seguir aquí tendidas y despiertas.

En silencio y a tientas las dos niñas caminaron entre los demás que estaban dormidos y se deslizaron fuera del pabellón. La luz de la luna era brillante y todo estaba en absoluto silencio, excepto el río que murmuraba sobre las piedras. De repente Susana cogió el brazo de Lucía y le dijo:

—¡Mira!

Al otro lado del campamento, donde comenzaban los árboles, vieron al León: caminaba muy despacio y se alejaba de ellos internándose en el bosque. Sin decir una palabra, ambas lo siguieron.

Tras él, las niñas subieron una húmeda pendiente, fuera del valle del río, y luego torcieron algo hacia la izquierda..., aparentemente por la misma ruta que habían utilizado esa tarde en la marcha desde la colina de la Mesa de Piedra. Una y otra vez él las hizo internarse entre oscuras sombras para volver luego a la pálida luz de la luna, mientras un espeso rocío mojaba sus pies. De alguna manera él se veía diferente del Aslan que ellas conocían. Su cabeza y su cola estaban inclinadas y su paso era lento, como si estuviera muy, muy cansado... Entonces, cuando atravesaban un amplio claro en el que no había sombras que permitieran esconderse, se detuvo y miró a su alrededor. No había una buena razón para huir, así es que las dos niñas fueron hacia él. Cuando se acercaron, Aslan les dijo:

—Niñas, niñas, ¿por qué me siguen?

—No podíamos dormir —le dijo Lucía, y tuvo la certeza de que no necesitaba decir nada más y que Aslan sabía lo que ellas pensaban.

—Por favor, ¿podemos ir con usted, dondequiera que vaya? —rogó Susana.

—Bueno... —dijo Aslan, mientras parecía reflexionar. Entonces agregó—: Me gustaría mucho tener compañía esta noche. Sí; pueden venir si me prometen detenerse cuando yo se los diga y, después, dejarme continuar solo.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! Se lo prometemos —dijeron las dos niñas.

Siguieron adelante, cada una a un lado del León. Pero ¡qué lento era su caminar! Llevaba su gran y real cabeza tan inclinada que su nariz casi tocaba el pasto. Incluso tropezó y emitió un fuerte quejido.

—¡Aslan! ¡Querido Aslan! —dijo Lucía—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no nos cuenta lo que sucede?

—¿Está enfermo, querido Aslan? —preguntó Susana.

—No —dijo Aslan—. Estoy triste y abatido. Pongan sus manos en mi melena para que pueda sentir que están cerca de mí y caminemos.

Entonces las niñas hicieron lo que jamás se habrían atrevido a hacer sin su permiso, pero que anhelaban desde que lo conocieron: hundieron sus manos frías en ese hermoso mar de pelo y lo acariciaron suavemente; así, continuaron la marcha junto a él. Momentos después advirtieron que subían la ladera de la colina en la cual estaba la Mesa de Piedra. Iban por el lado en que los árboles estaban cada vez más separados a medida que se ascendía. Cuando estuvieron junto al último árbol (era uno a cuyo alrededor crecían algunos arbustos), Aslan se detuvo y dijo:

—¡Oh niñas, niñas! Aquí deben quedarse. Pase lo que pase, no se dejen ver. Adiós.

Las dos niñas lloraron amargamente (sin saber en realidad por qué), abrazaron al León y besaron su melena, su nariz, sus manos y sus grandes ojos tristes. Luego él se alejó de ellas y subió a la cima de la colina. Lucía y Susana se escondieron detrás de los arbustos, y esto fue lo que vieron.

Una gran multitud rodeaba la Mesa de Piedra y, aunque la luna resplandecía, muchos de los que allí estaban sostenían antorchas que ardían con llamas rojas y demoníacas y despedían humo negro.

Pero ¡qué clase de gente había allí! Ogros con dientes monstruosos, lobos, hombres con cabezas de toro, espíritus de árboles malvados y de plantas venenosas y otras criaturas que no voy a describir porque, si lo hiciera, probablemente los adultos no permitirían que ustedes leyeran este libro... Eran sanguinarias, aterradoras, demoníacas, fantasmales, horrendas, espectrales...

En efecto, ahí se encontraban reunidos todos los que estaban de parte de la Bruja, aquellos que el Lobo había convocado obedeciendo la orden dada por ella. Justo al centro, de pie cerca de la Mesa, estaba la Bruja en persona.

Un aullido y una algarabía espantosa surgieron de la multitud cuando aquellos horribles seres vieron que el León avanzaba paso a paso hacia ellos. Por un momento, la misma Bruja pareció paralizada por el miedo. Pronto se recobró y lanzó una carcajada salvaje.

—¡El idiota! —gritó—. ¡El idiota ha venido! ¡Átenlo de inmediato!

Susana y Lucía, sin respirar, esperaron el rugido de Aslan y su saltó para atacar a sus enemigos. Pero nada de eso se produjo. Cuatro hechiceras, con horribles muecas y miradas de reojo, aunque también (al principio) vacilantes y algo asustadas de lo que debían hacer, se aproximaron a él.

—¡Átenlo, les digo! —repitió la Bruja.

Las hechiceras le arrojaron un dardo y chillaron triunfantes al ver que no oponía resistencia. Luego otros —enanos y monos malvados— corrieron a ayudarlas, y entre todos enrollaron una cuerda alrededor del inmenso León y amarraron sus cuatro patas juntas. Gritaban y aplaudían como si hubieran realizado un acto de valentía, aunque con sólo una de sus garras el León podría haberlos matado a todos si lo hubiera querido. Pero no hizo ni un solo ruido, ni siquiera cuando los enemigos, con terrible violencia, tiraron de las cuerdas en tal forma que éstas penetraron su carne. Por último comenzaron a arrastrarlo hacia la Mesa de Piedra.

—¡Alto! —dijo la Bruja—. ¡Que se le corte el pelo primero!

Otro coro de risas malvadas surgió de la multitud cuando un ogro se acercó con un par de tijeras y se encuclilló al lado de la cabeza de Aslan. *Snip-snip-snip* sonaron las tijeras y los rizos dorados comenzaron a caer y a amontonarse en el suelo. El ogro se echó hacia atrás, y las niñas, que observaban desde su escondite, pudieron ver la cara de Aslan, tan pequeña y diferente sin su melena. Los enemigos también se percataron de la diferencia.

—¡Miren, no es más que un gato grande, después de todo! —gritó uno.

—¿De *eso* estábamos asustados? —dijo otro.

Y todos rodearon a Aslan y se burlaron de él con frases como "Miz, miz. Pobre gatita", "¿Cuántas lauchas cazaste hoy, gato?" o "¿Quieres un platito de leche?"

—¡Oh! ¿Cómo pueden? —dijo Lucía mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Qué salvajes, qué salvajes!

Pero ahora que el primer impacto ante su vista estaba superado, la cara desnuda de Aslan le pareció más valiente, más bella y más paciente que

nunca.

—¡Pónganle un bozal! —ordenó la Bruja.

Incluso en ese momento, mientras ellos se afanaban junto a su cara para ponerle el bozal, un mordisco de sus mandíbulas les hubiera costado las manos a dos o tres de ellos. Pero no se movió. Esto pareció enfurecer a esa chusma. Ahora todos estaban frente a él. Aquellos que tenían miedo de acercarse, aun después de que el León quedó limitado por las cuerdas que lo ataban, comenzaron ahora a envalentonarse y en pocos minutos las niñas ya no pudieron verlo siquiera. Una inmensa muchedumbre lo rodeaba estrechamente y lo pateaba, lo golpeaba, lo escupía y se mofaba de él.

Por fin, la chusma pensó que ya era suficiente. Entonces volvieron a arrastrarlo amarrado y amordazado hasta la Mesa de Piedra. Unos empujaban y otros tiraban. Era tan inmenso que, después de haber llegado hasta la Mesa, tuvieron que emplear todas sus fuerzas para alzarlo y colocarlo sobre la superficie. Allí hubo más amarras y las cuerdas se apretaron ferozmente.

—¡Cobardes! ¡Cobardes! —sollozó Susana—. ¡Todavía le tienen miedo, incluso ahora!

Una vez que Aslan estuvo atado (y tan atado que realmente estaba convertido en una masa de cuerdas) sobre la piedra, un súbito silencio reinó entre la multitud. Cuatro Hechiceras, sosteniendo cuatro antorchas, se instalaron en las esquinas de la Mesa. La Bruja desnudó sus brazos, tal como los había desnudado la noche anterior ante Edmundo en lugar de Aslan. Luego procedió a afilar su cuchillo. Cuando la tenue luz de las antorchas cayó sobre éste, las niñas pensaron que era un cuchillo de piedra en vez de acero. Su forma era extraña y diabólica.

Finalmente, ella se acercó y se situó junto a la cabeza de Aslan. La cara de la Bruja estaba crispada de furor y de pasión; Aslan miraba el cielo, siempre quieto, sin demostrar enojo ni miedo, sino tan sólo un poco de tristeza. Entonces, unos momentos antes de asestar la estocada final, la Bruja se detuvo y dijo con voz temblorosa:

—Y ahora ¿quién ganó? Idiota, ¿pensaste que con esto tú salvarías a ese humano traidor? Ahora te mataré a ti en lugar de él, como lo pactamos, y así la Magia Profunda se apaciguará. Pero cuando tú hayas muerto, ¿qué me impedirá matarlo también a él? ¿Quién podrá arrebatarlo de mis manos entonces? Tú me has entregado Narnia para siempre. Has perdido tu propia vida y no has salvado la de él. Ahora que ya sabes esto, ¡desespérate y muere!

Las dos niñas no vieron el momento preciso de la muerte. No podían soportar esa visión y cubrieron sus ojos.

XV
MAGIA PROFUNDA ANTERIOR AL AMANECER DEL TIEMPO

La niñas aún permanecían escondidas entre los arbustos, con las manos en la cara, cuando escucharon la voz de la Bruja que llamaba:

—¡Ahora! ¡Síganme! Emprenderemos las últimas batallas de esta guerra. No nos costará mucho aplastar a esos insectos humanos y al traidor, ahora que el gran Idiota, el gran Gato, yace muerto.

En ese momento, y por unos pocos segundos, las niñas estuvieron en gran peligro. Toda esa vil multitud, con gritos salvajes y un ruido enloquecedor de trompetas y cuernos que sonaban chillones y penetrantes, marchó desde la cima de la colina y bajó la ladera justo por el lado de su escondite.

Las niñas sintieron a los Espectros que, como viento helado, pasaban muy cerca de ellas; también sintieron que la tierra temblaba bajo el galope de los Minotauros. Sobre sus cabezas se agitaron, como en una ráfaga de alas asquerosas, buitres muy negros y murciélagos gigantes. En cualquier otra ocasión ellas habrían muerto de miedo, pero ahora la tristeza, la vergüenza y el horror de la muerte de Aslan invadían sus mentes de tal modo que difícilmente podían pensar en otra cosa.

Apenas el bosque estuvo de nuevo en silencio, Susana y Lucía se deslizaron hacia la colina. La luna alumbraba cada vez menos y ligeras nubes pasaban sobre ella, pero aún las niñas pudieron ver los contornos del gran León muerto con todas sus ataduras. Ambas se arrodillaron sobre el pasto húmedo, y besaron su cara helada y su linda piel —lo que quedaba de ella— y lloraron hasta que las lágrimas se les agotaron. Entonces se miraron, se tomaron de las manos en un gesto de profunda soledad y lloraron nuevamente. Otra vez se hizo presente el silencio. Al fin Lucía dijo:

—No soporto mirar ese horrible bozal. ¿Podremos quitárselo?

Trataron. Después de mucho esfuerzo (porque sus manos estaban heladas y era ya la hora más oscura de la noche) lo lograron. Cuando vieron su cara sin las amarras, estallaron otra vez en llanto. Lo besaron, le limpiaron la sangre y los espumarajos lo mejor que pudieron. Todo fue mucho más horrible, solitario y sin esperanza, de lo que yo pueda describir.

—¿Podremos desatarlo también? —dijo Susana.

Pero los enemigos, llevados sólo por su feroz maldad, habían amarrado las cuerdas tan apretadamente que las niñas no lograron deshacer los nudos.

Espero que ninguno que lea este libro haya sido tan desdichado como lo eran Lucía y Susana esa noche; pero si ustedes lo han sido —si han estado levantados toda una noche y llorado hasta agotar las lágrimas— ustedes sabrán que al final sobreviene una cierta quietud. Uno siente como si nada fuera a suceder nunca más. De cualquier modo, ese era el sentimiento de las dos niñas. Parecía que pasaban las horas en esa calma mortal sin que se dieran cuenta de que estaban cada vez más heladas. Pero, finalmente, Lucía advirtió dos cosas. La primera fue que hacia el lado este de la colina estaba un poco menos oscuro que una hora antes. Y lo segundo fue un suave movimiento que iba a través del pasto a sus pies. Al comienzo no le prestó mayor atención. ¿Qué importaba? ¡Nada importaba ya! Pero pronto vio que eso, fuese lo que fuese, comenzaba a subir a la Mesa de Piedra. Y ahora —fuesen lo que fuesen — se movían cerca del cuerpo de Aslan. Se acercó y miró con atención. Eran unas pequeñas figuritas grises.

—¡Uf! —gritó Susana desde el otro lado de la Mesa—. Son ratones asquerosos que se arrastran sobre él. ¡Qué horror!

Y levantó la mano para espantarlos.

—¡Espera! —dijo Lucía, que los miraba fijamente y de más cerca—. ¿Ves lo que están haciendo?

Ambas se inclinaron y miraron con atención.

—¡No lo puedo creer! —dijo Susana—. ¡Qué extraño! ¡Están royendo las cuerdas!

—Eso fue lo que pensé —dijo Lucía—. Creo que son ratones amigos. Pobres pequeñitos..., no se dan cuenta de que está muerto. Ellos piensan que hacen algo bueno al desatarlo.

Estaba mucho más claro ya. Las niñas advirtieron entonces cuán pálidos se veían sus rostros. También pudieron ver que los ratones roían y roían; eran docenas y docenas, quizas cientos de pequeños ratones silvestres. Al fin, uno por uno todos los cordeles estaban roídos de principio a fin.

Hacia el este, el cielo aclaraba y las estrellas se apagaban... todas, excepto una muy grande y muy baja en el horizonte, al oriente. En ese momento ellas sintieron más frío que en toda la noche. Los ratones se alejaron sin hacer ruido, y Susana y Lucía retiraron los restos de las cuerdas.

Sin las ataduras, Aslan era algo más él mismo. Cada minuto que pasaba, su rostro se veía más noble y, como la luz del día aumentaba, las niñas pudieron observarlo mejor.

Tras ellas, en el bosque, un pájaro gorjeó. El silencio había sido tan absoluto por horas y horas, que ese sonido las sorprendió. De inmediato otro pájaro contestó y muy pronto hubo cantos y trinos por todas partes.

Definitivamente era la madrugada; la noche había quedado atrás.

—Tengo tanto frío —dijo Lucía.

—Yo también —dijo Susana—. Caminemos un poco.

Caminaron hacia el lado oeste de la colina y miraron hacia abajo. La gran estrella casi había desaparecido. Todo el campo se veía gris oscuro, pero más allá, en el mismo fin del mundo, el mar se mostraba pálido. El cielo comenzó a teñirse de rojo. Para evitar el frío, las niñas caminaron de un lado para otro, entre el lugar donde yacía Aslan y el lado oriental de la cumbre de la colina, más veces de lo que pudieron contar. Pero ¡oh, qué cansadas sentían sus piernas!

Se detuvieron por unos instantes y miraron hacia el mar y hacia Cair Paravel (que recién ahora podían descubrir). Poco a poco el rojo del cielo se transformó en dorado a todo lo largo de la línea en que el cielo y el mar se encuentran, y muy lentamente asomó el borde del sol. En ese momento las niñas escucharon tras ellas un ruido estrepitoso..., un gran estallido..., un sonido ensordecedor, como si un gigante hubiera roto un vidrio gigante.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lucía, apretando el brazo de su hermana.

—Me da miedo darme vuelta —dijo Susana—. Algo horrible sucede.

—¡Están haciéndole algo todavía peor a *él*! —dijo Lucía—. ¡Vamos!

Se dio vuelta y arrastró a Susana con ella.

Todo se veía tan diferente con la salida del sol —los colores y las sombras habían cambiado—, que por un momento no vieron lo que era importante. Pero pronto, sí: la Mesa de Piedra estaba partida en dos; una gran hendidura la cruzaba de un extremo a otro. Y allí no estaba Aslan.

—¡Oh, oh! —gritaron las dos niñas, corriendo velozmente hacia la Mesa.

—¡Esto es demasiado malo! —sollozó Lucía—; ellos deben haber dejado el cuerpo abandonado...

—Pero ¿quién hizo esto? —lloró Susana—. ¿Qué significa? ¿Será magia otra vez?

—Sí —dijo una voz fuerte a sus espaldas—. Es más magia.

Se dieron vuelta. Ahí, brillando al sol, más grande que nunca y agitando su melena (que aparentemente había vuelto a crecer), estaba Aslan en persona.

—¡Oh Aslan! —gritaron las dos niñas, mirándolo con ojos dilatados de asombro y casi tan asustadas como contentas.

—Entonces no está muerto, querido Aslan —dijo Lucía.

—Ahora no.

—No es..., no es un... —preguntó Susana con voz vacilante, sin atreverse a pronunciar la palabra *fantasma*.

Aslan inclinó la cabeza y con su lengua acarició la frente de la niña. El calor de su aliento y un agradable olor que parecía desprenderse de su pelo, la invadieron.

—¿Lo parezco? —preguntó.

—¡Es real! ¡Es real! ¡Oh Aslan! —gritó Lucía, y ambas niñas se abalanzaron sobre él y lo besaron.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto? —preguntó Susana cuando se calmaron un poco.

—Quiere decir —dijo Aslan— que, a pesar de que la Bruja sabía de la Magia Profunda, hay una magia más profunda aún que ella no conoce. Su saber llega sólo hasta el Amanecer del Tiempo. Pero si a ella le hubiera sido posible mirar más hacia atrás, en la oscuridad y la quietud, antes de que el Tiempo amaneciera, hubiese podido leer allí un encantamiento diferente. Y habría sabido que cuando una víctima voluntaria, que no ha cometido traición, es ejecutada en lugar de un traidor, la Mesa se quiebra y la Muerte misma comienza a trabajar hacia atrás. Y ahora...

—¡Oh, sí!, ¿ahora? —exclamó Lucía, saltando y aplaudiendo.

—Niñas —dijo el León—, siento que la fuerza vuelve a mí. ¡Niñas, alcáncenme si pueden!

Permaneció inmóvil por unos instantes, sus ojos iluminados y sus extremidades palpitantes, y se azotó a sí mismo con su cola. Luego saltó muy alto sobre sus cabezas y aterrizó al otro lado de la Mesa. Riendo, aunque sin saber por qué, Lucía corrió para alcanzarlo. Aslan saltó otra vez y comenzó una loca cacería que las hizo correr, siempre tras él, alrededor de la colina

una y mil veces. Tan pronto no les daba esperanzas de alcanzarlo como permitía que ellas casi agarraran su cola; pasaba veloz entre las niñas, las sacudía en el aire con sus fuertes, bellas y aterciopeladas manos o se detenía inesperadamente de manera que los tres rodaban felices y reían en una confusión de piel, brazos y piernas. Era una clase de juego y de saltos que nadie ha practicado jamás fuera de Narnia. Lucía no podía determinar a qué se parecía más todo esto: si a jugar con una tempestad de truenos o con un gatito. Lo más extraño fue que cuando terminaron jadeantes al sol, las niñas no sintieron ni el más mínimo cansancio, sed o hambre.

—Ahora —dijo luego Aslan—, a trabajar. Siento que voy a rugir. Sería mejor que ustedes pongan sus dedos en sus oídos.

Así lo hicieron. Aslan se puso de pie y cuando abrió la boca para rugir, su cara adquirió una expresión tan terrible que ellas no se atrevieron a mirarlo. Vieron, en cambio, que todos los árboles frente a él se inclinaban ante el ventarrón de su rugido, como el pasto de una pradera se dobla al paso del viento.

Luego dijo:

—Tenemos una larga caminata por delante. Ustedes irán montadas en mi lomo.

Se agachó y las niñas se instalaron sobre su cálida y dorada piel. Susana iba adelante, agarrada firmemente de la melena del León. Lucía se acomodó atrás y se aferró a Susana. Con esfuerzo, Aslan se levantó con toda su carga y salió disparado colina abajo y, más rápido de lo que ningún caballo hubiera podido, se introdujo en la profundidad del bosque.

Para Lucía y Susana esa cabalgata fue, probablemente, lo más bello que les ocurrió en Narnia. Ustedes, ¿han galopado a caballo alguna vez? Piensen en ello; luego quítenle el pesado ruido de las pezuñas y el retintín de los arneses e imaginen, en cambio, el galope blando, casi sin ruido, de las grandes patas de un león. Después, en lugar del duro lomo gris o negro del caballo, trasládense a la suave aspereza de la piel dorada y vean la melena que vuela al viento. Luego imaginen que ustedes van dos veces más rápido que el más veloz de los caballos de carrera. Y, además, éste es un animal que no necesita ser guiado y que jamás se cansa. El corre y corre, nunca tropieza, nunca vacila; continúa siempre su camino y, con habilidad perfecta, sortea los troncos de los árboles, salta los arbustos, las zarzas y los pequeños arroyos, vadea los esteros y nada para cruzar los grandes ríos. Y ustedes no cabalgan en un camino, ni en un parque ni siquiera en la tierra, sino a través de Narnia, en primavera, bajo imponentes avenidas de hayas, y cruzan asoleados claros en medio de bosques de encinas, cubiertos de principio a fin de orquídeas silvestres y guindos de flores blancas como la nieve. Y galopan junto a ruidosas cascadas de agua, rocas cubiertas de musgos y cavernas en las que

resuena el eco; suben laderas con fuertes vientos, cruzan las cumbres de montañas cubiertas de brezos, corren vertiginosamente a través de ásperas lomas y bajan, y bajan, y bajan otra vez hasta llegar al valle silvestre para recorrer enormes superficies de flores azules.

Era cerca del mediodía cuando llegaron hasta un precipicio, frente a un castillo —un castillo que parecía de juguete desde el lugar en que se encontraban— con una infinidad de torres puntiagudas. El León siguió su carrera hacia abajo, a una velocidad increíble, que aumentaba cada minuto. Antes de que las niñas alcanzaran a preguntarse qué era, estaban ya al nivel del castillo. Ahora no les pareció de juguete sino, más bien, una fortaleza amenazante que se elevaba frente a ellas.

No se veía rostro alguno sobre los muros almenados y las rejas estaban firmemente cerradas. Aslan, sin disminuir en absoluto su paso, corrió directo como una bala hacia el castillo.

—¡La casa de la Bruja! —gritó—. Ahora, ¡afírmense fuerte, niñas!

En los momentos que siguieron, el mundo entero pareció girar al revés y las niñas experimentaron una sensación como si sus espíritus hubieran quedado atrás, porque el León, replegándose sobre sí mismo por un instante para tomar impulso, dio el brinco más grande de su vida y saltó —ustedes pueden decir que voló, en lugar de saltó— sobre la muralla que rodeaba el castillo. Las dos niñas, sin respiración pero sanas y salvas en el lomo del León, cayeron al centro de un enorme patio lleno de estatuas.

XVI
LO QUE SUCEDIO CON LAS ESTATUAS

—¡Qué lugar tan extraordinario —gritó Lucía—. Todos estos animales de piedra... y gente también. Es..., es como un museo.

—¡Cállate! —le dijo Susana—. Aslan está haciendo algo.

En efecto, él había saltado hacia el león de piedra y sopló sobre él. Sin esperar un instante, giró violentamente —casi como si fuera un gato que caza su cola— y sopló también sobre el enano de piedra, el cual (como ustedes recuerdan) estaba parado a pocos metros del león, de espaldas a él. Luego se volvió con igual rapidez a la derecha para enfrentarse con un conejo de piedra y corrió de inmediato hacia dos centauros. En ese momento, Lucía dijo:

—¡Oh, Susana! ¡Mira! ¡Mira al león!

Supongo que ustedes habrán visto a alguien acercar un fósforo encendido a un extremo de un periódico y, luego, colocarlo sobre el enrejado de una chimenea apagada. Por un segundo parece que no ha sucedido nada, pero de pronto ustedes advierten una pequeña llama crepitante que recorre todo el borde del periódico. Lo que sucedió ahora fue algo similar: un segundo después de que Aslan sopló sobre el león de piedra, éste se veía aún igual que antes. Pero luego un pequeño rayo de oro comenzó a correr a lo largo de su blanco y marmóreo lomo..., el rayo se esparció..., el color dorado recorrió completamente su cuerpo, como la llama lame todo un pedazo de papel... y, mientras sus patas traseras eran todavía de piedra, el león agitó su melena y toda la pesada y pétrea envoltura se transformó en ondas de pelo vivo. Entonces, en un prodigioso bostezo, abrió una gran boca roja y vigorosa... y luego sus patas traseras también volvieron a vivir. Levantó una de ellas y se rascó. En ese momento divisó a Aslan y se abalanzó sobre él, saltando de alegría y, con un sollozo de felicidad, le dio lengüetazos en la cara.

Las niñas lo siguieron con la vista, pero el espectáculo que se presentó ante sus ojos fue tan portentoso que olvidaron al león. Las estatuas cobraban vida por doquier. El patio ya no parecía un museo, sino más bien un zoo. Las criaturas más increíbles corrían detrás de Aslan y bailaban a su alrededor, hasta que él casi desapareció en medio de la multitud. En lugar de un blanco de muerte, el patio era ahora una llamarada de colores: el lustroso color castaña de los centauros; el azul índigo de los unicornios; los deslumbrantes plumajes de las aves; el café rojizo de zorros, perros y sátiros; el amarillo de los calcetines y el carmesí de las capuchas de los enanos. Y las niñas-abedul en el color de la plata, las niñas-haya en un fresco y transparente verde, las niñas-alerce en un verde tan brillante que era casi un amarillo...

Y en vez del antiguo silencio de muerte, el lugar entero retumbaba

con el sonido de felices rugidos, rebuznos, gañidos, ladridos, chillidos, arrullos, relinchos, pataleos, aclamaciones, hurras, canciones y risas.

—¡Oh! —exclamó Susana en un tono diferente—. ¡Mira! Me pregunto..., quiero decir, ¿no será peligroso?

Lucía miró y vio que Aslan acababa de soplar en el pie del gigante de piedra.

—No teman, todo está bien —dijo Aslan alegremente—. Una vez que las piernas le funcionen, todo el resto de él lo seguirá.

—No era eso exactamente lo que yo quería decir —susurró Susana al oído de Lucía. Pero ya era muy tarde para hacer algo; ni siquiera si Aslan la hubiera escuchado. El rayo ya trepaba por las piernas del Gigante. Ahora movía sus pies. Un momento más tarde, levantó la porra que apoyaba en uno de sus hombros y se restregó los ojos.

—¡Bendito de mí! Debo haber estado durmiendo. Y ahora, ¿dónde se encuentra esa pequeña Bruja horrible que corría por el suelo? Estaba en alguna parte..., justo a mis pies.

Cuando todos le gritaron para explicarle lo que realmente había sucedido, el Gigante puso su mano en el oído y les hizo repetir todo de nuevo hasta que al fin entendió; entonces se agachó y su cabeza quedó a la altura de un almiar. Llevó la mano a su gorro repetidamente ante Aslan, con una sonrisa radiante que llenaba toda su fea y honesta cara (los gigantes de cualquier tipo son ahora tan escasos en Inglaterra y más aún aquellos de buen carácter, que les apuesto diez a uno a que ustedes jamás han visto un gigante con una sonrisa radiante en su rostro. Es un espectáculo que bien vale la pena contemplar).

—¡Ahora! ¡Entremos en la casa! —dijo Aslan—. ¡Dense prisa, todos! ¡Arriba, abajo y en la cámara de mi señora! No dejen ningún rincón sin escudriñar. Nunca se sabe dónde puede haberse ocultado a un pobre prisionero.

Todos corrieron al interior de la casa. Y por varios minutos, en ese negro, horrible y húmedo castillo que olía a cerrado, resonó el ruido del abrir de las puertas y ventanas y de miles de voces que gritaban al mismo tiempo:

—¡No olviden los calabozos!

—¡Ayúdenme con esta puerta!

—¡Encontré otra escalera de caracol!

—¡Oh, aquí hay un pobre canguro pequeñito!

—¡Puf! ¡Cómo huele aquí!

—¡Cuidado al abrir las puertas! ¡Pueden caer en una trampa!

—¡Aquí! ¡Suban! ¡En el descanso de la escalera hay varios más!

Pero lo mejor de todo sucedió cuando Lucía corrió escaleras arriba gritando:

—¡Aslan! ¡Aslan! ¡Encontré al señor Tumnus! ¡Oh, venga rápido!

Momentos más tarde el pequeño Fauno y Lucía, tomados de la mano, bailaban y bailaban de felicidad. El Fauno no parecía mayormente afectado por haber sido una estatua; en cambio, estaba muy interesado en todo lo que la niña tenía que contarle.

Pero al fin terminó el registro de la fortaleza de la Bruja. El castillo quedó completamente vacío, con las puertas y ventanas abiertas, y todos aquellos rincones oscuros y siniestros fueron invadidos por esa luz y ese aire de la primavera que requerían con tanta urgencia. De vuelta en el patio, la multitud de estatuas liberadas se agitó. Fue entonces cuando alguien (creo que Tumnus) preguntó primero:

—Pero ¿cómo vamos a salir de aquí?

Porque Aslan había entrado de un salto y las puertas estaban todavía cerradas.

—Todo irá bien —dijo Aslan; se levantó sobre sus patas traseras y gritó al Gigante—: ¡Oye, tú! ¡Allá arriba! ¿Cómo te llamas?

—Gigante Rumblebuffin, su señoría —dijo el Gigante, llevando su mano a la gorra una vez más.

—Bien, Gigante Rumblebuffin —dijo Aslan—. ¿Podrás sacarnos de este lugar?

—Por cierto, su señoría, será un placer —contestó el Gigante—. ¡Apártense de las puertas todos ustedes, pequeños!

Se aproximó de una zancada hasta las rejas y les dio un golpe..., otro golpe..., y otro golpe con su enorme porra. Al primer golpazo, las puertas rechinaron; al segundo, se rompieron estrepitosamente; y al tercero, se hicieron astillas. Entonces el Gigante embistió contra las torres, a cada lado

de las puertas, y, después de unos minutos de violentos estrellones y sordos golpes, ambas torres y un buen pedazo de muralla cayeron estruendosamente convertidas en una masa de desechos y de piedras inservible; y cuando la polvareda se dispersó y el aire se aclaró, para todos fue muy raro encontrarse allí, parados en ese seco y horrible patio de piedra y ver, a través del boquete, el pasto, los árboles ondulantes, los espumosos arroyos del bosque, las montañas azules más atrás y, más allá de todo, el cielo.

—Estoy completamente bañado en sudor —dijo entonces el Gigante—. Creo que no estaba en muy buenas condiciones físicas. ¿Alguna de las jóvenes señoras tendrá algo así como un pañuelo?

—Yo tengo uno —dijo Lucía, empinándose en la punta de sus pies y alzando el pañuelo tan alto como pudo.

—Gracias, señorita —dijo el Gigante Rumblebuffin, agachándose. Y siguió un momento más bien inquietante para Lucía, pues se vio suspendida en el aire, entre el pulgar y los demás dedos del Gigante. Pero cuando ella se encontró cerca de su enorme cara, éste se detuvo repentinamente y, con toda suavidad, volvió a dejarla en el suelo.

—¡Qué bendito! ¡He levantado a la niña! Perdóneme, señorita, creí que era el pañuelo.

—¡No, no! —dijo Lucía, riendo—. ¡Aquí está el pañuelo!

Esta vez el Gigante se las arregló para tomarlo sin equivocarse; pero, para él, un pañuelo era del mismo tamaño que una sacarina para ustedes. Por eso, cuando Lucía vio que, con toda solemnidad, él frotaba su gran cara roja una y otra vez, le dijo:

—Temo que ese pañuelo no le servirá de nada, señor Rumblebuffin.

—De ninguna manera. De ninguna manera —dijo el Gigante cortésmente—. Es el mejor pañuelo que jamás he tenido. Tan fino, tan útil... No sé como describirlo.

—¡Qué Gigante tan encantador! —dijo Lucía al señor Tumnus.

—¡Ah, sí —dijo el Fauno—. Todos los Buffins lo han sido siempre. Es una de las familias más respetadas de Narnia. No muy inteligentes quizás (yo nunca he conocido a un gigante que lo sea), pero una antigua familia, con tradiciones..., tú sabes. Si hubiera sido de otra manera, ella nunca lo habría transformado en estatua.

En ese momento, Aslan golpeó las manos y pidió silencio.

—El trabajo de este día no ha terminado aún —dijo—, y si la Bruja ha de ser derrotada antes de la hora de dormir, tenemos que dar la batalla de inmediato.

—Y espero que nos uniremos, señor —agregó el más grande de los centauros.

—Por supuesto —dijo Aslan—. ¡Y ahora, atención! Aquellos que no pueden resistir mucho —es decir, niños, enanos y animales pequeños— tienen que cabalgar a lomo de los que sí pueden —estos somos los leones, centauros, unicornios, caballos, gigantes y águilas—. Los que poseen buen olfato, deben ir adelante con nosotros los leones, para descubrir el lugar de la batalla. ¡Animo y mucha suerte!

Con gran alboroto y vítores, todos se organizaron. El más encantado en medio de esa muchedumbre era el otro león, que corría de un lado para otro pretendiendo estar muy ocupado, aunque en realidad lo único que hacía era decir a todo el que encontraba a su paso:

—¿Oyeron lo que dijo? *Nosotros, los leones*. Eso quiere decir "*él y yo*". *Nosotros, los leones*. Eso es lo que me gusta de Aslan. Nada de personalismos, nada de reservas. *Nosotros, los leones*; él y yo.

Y siguió diciendo lo mismo mientras Aslan cargaba en su lomo a tres enanos, una Dríade, dos conejos y un puerco espín. Esto lo calmó un poco.

Cuando todo estuvo preparado (fue un gran perro ovejero el que más ayudó a Aslan a hacerlos salir en el orden apropiado), abandonaron el castillo saliendo a través del boquete de la muralla. Adelante iban los leones y los perros, que olfateaban en todas direcciones. De pronto, un gran perro descubrió un rastro y lanzó un ladrido. En un segundo, los perros, los leones, los lobos y otros animales de caza corrieron a toda velocidad con sus narices pegadas a la tierra. El resto, una media milla más atrás, los seguían tan rápido como podían. El ruido se asemejaba al de una cacería de zorros en Inglaterra, sólo que mejor, porque de vez en cuando el sonido de los ladridos se mezclaba con el gruñido del otro león y algunas veces con el del propio Aslan, mucho más profundo y terrible.

A medida que el rastro se hacía más y más fácil de seguir, avanzaron más y más rápido. Cuando llegaron a la última curva en un angosto y serpenteado valle, Lucía escuchó, sobre todos esos sonidos, otro sonido... diferente, que le produjo una extraña sensación. Era un ruido como de gritos y chillidos y de choque de metal contra metal.

Salieron del estrecho valle y Lucía vio de inmediato la causa de los ruidos. Allí estaban Pedro, Edmundo y todo el resto del ejército de Aslan peleando desesperadamente contra la multitud de criaturas horribles que ella

había visto la noche anterior. Sólo que ahora, a la luz del día, se veían más extrañas, más malvadas y más deformes. También parecían ser muchísimo más numerosas que ellos. El ejército de Aslan —que daba la espalda a Lucía— era dramáticamente pequeño. En todas partes, salpicadas sobre el campo de batalla, había estatuas, lo que hacía pensar en que la Bruja había usado su vara. Pero no parecía utilizarla en ese momento. Ella luchaba con su cuchillo de piedra. Luchaba con Pedro... Ambos atacaban con tal violencia que difícilmente Lucía podía vislumbrar lo que pasaba. Sólo veía que el cuchillo de piedra y la espada de Pedro se movían tan rápido que parecían tres cuchillos y tres espadas. Los dos contrincantes estaban en el centro. A ambos lados se extendían las líneas defensivas y dondequiera que la niña mirara sucedían cosas horribles.

—¡Desmonten de mi espalda, niñas! —gritó Aslan.

Las dos saltaron al suelo. Entonces, con un rugido que estremeció todo Narnia, desde el farol de occidente hasta las playas del mar oriente, el enorme animal se arrojó sobre la Bruja Blanca. Por un segundo Lucía vio que ella levantaba su rostro hacia él con una expresión de terror y de asombro.

El León y la Bruja cayeron juntos, pero la Bruja quedó bajo él. Y en ese mismo instante todas las criaturas guerreras que Aslan había guiado desde el Castillo se abalanzaron furiosamente contra las líneas enemigas: enanos con sus hachas de batalla, perros con feroces dientes, el Gigante con su porra (sus pies también aplastaron a docenas de enemigos), unicornios con su cuerno, centauros con sus espadas y pezuñas...

El cansado batallón de Pedro vitoreaba y los recién llegados rugían. El enemigo, hecho un guirigay, lanzó alaridos hasta que el bosque respondió el eco con el ruido ensordecedor de esa embestida.

XVII
LA CAZA DEL CIERVO BLANCO

La batalla terminó pocos minutos después de que ellos llegaron. La mayor parte de los enemigos había muerto en el primer ataque de Aslan y sus compañeros; y cuando los que aún vivían vieron que la Bruja estaba muerta, se entregaron o huyeron. Lucía vio entonces que Pedro y Aslan estrechaban sus manos. Era extraño para ella mirar a Pedro como lo veía ahora..., su rostro estaba tan pálido y era tan severo que parecía mucho mayor.

—Edmundo lo hizo todo, Aslan —decía Pedro en ese momento—. Nos habrían arrasado si no hubiera sido por él. La Bruja estaba convirtiendo nuestras tropas en piedra a derecha y a izquierda. Pero nada pudo detener a Edmundo. Se abrió camino a través de tres ogros hacia el lugar en que ella, en ese preciso momento, convertía a uno de los leopardos en estatua. Cuando la alcanzó, tuvo el buen sentido de apuntar con su espada hacia la vara y la hizo pedazos, en lugar de tratar de atacarla a ella y simplemente quedar convertido él mismo en estatua. Esa fue la equivocación que cometieron todos los demás. Una vez que su vara fue destruida comenzamos a tener algunas oportunidades..., si no hubiéramos perdido a tantos ya. Edmundo está terriblemente herido. Debemos ir a verlo.

Un poco más atrás de la línea de combate encontraron a Edmundo: lo cuidaba la señora Castora. Estaba cubierto de sangre; tenía la boca abierta y su rostro era de un feo color verdoso.

—¡Rápido, Lucía! —llamó Aslan.

Entonces, casi por primera vez, Lucía recordó el precioso tónico que le habían obsequiado como regalo de Navidad. Sus manos tiritaban tanto que difícilmente pudo destapar el frasco. Pero se dominó al fin y dejó caer unas pocas gotas en la boca de su hermano.

—Hay otros heridos —dijo Aslan, mientras ella aún miraba ansiosamente el pálido rostro de Edmundo para comprobar si el remedio hacía algún efecto.

—Sí, ya lo sé —dijo Lucía con tono molesto—. Espere un minuto.

—Hija de Eva —dijo Aslan severamente—, otros también están a punto de morir. ¿Es necesario que muera *más* gente por Edmundo?

—Perdóneme, Aslan —dijo Lucía, y se levantó para salir con él.

Durante la media hora siguiente estuvieron muy ocupados..., la niña atendía a los heridos, mientras él revivía a aquellos que estaban convertidos

en piedra. Cuando por fin ella pudo regresar junto a Edmundo, lo encontró de pie, no sólo curado de sus heridas: se veía mejor de lo que ella lo había visto por años; en efecto, desde el primer semestre en aquel horrible colegio, había empezado a andar mal. Ahora era de nuevo lo que siempre había sido y podía mirar de frente otra vez. Y allí, en el campo de batalla, Aslan lo invistió Caballero.

—¿Sabrá Edmundo —susurró Lucía a Susana— lo que Aslan hizo por él? ¿Sabrá realmente en qué consistió el acuerdo con la Bruja?

—¡Cállate! No. Por supuesto que no —dijo Susana.

—¿No debería saberlo? —preguntó Lucía.

—¡Oh, no! Seguro que no —dijo Susana—. Sería espantoso para él. Piensa *cómo* te sentirías tú si fueras él.

—De todas maneras creo que debe saberlo —volvió a decir Lucía; pero, en ese momento, las niñas fueron interrumpidas.

Esa noche durmieron donde estaban. Cómo Aslan proporcionó comida para ellos, es algo que yo no sé; pero de una manera u otra, cerca de los ocho, todos se encontraron sentados en el pasto ante un gran té. Al día siguiente comenzaron la marcha hacia el oriente, bajando por el lado del gran río. Y al otro día, cerca de la hora del té, llegaron a la desembocadura. El castillo de Cair Paravel, en su pequeña loma, sobresalía. Delante de ellos había arenales, rocas, pequeños charcos de agua salada, algas marinas, el olor del mar y largas millas de olas verde-azuladas, que rompían en la playa por siempre jamás. Y, ¡oh el grito de las gaviotas! ¿Lo han oído ustedes alguna vez? ¿Pueden recordarlo?

Esa tarde, después del té, los cuatro niños bajaron de nuevo a la playa y se sacaron sus zapatos y calcetines para sentir la arena entre sus dedos. Pero el día siguiente fue más solemne. Entonces, en el Gran Salón de Cair Paravel —aquel maravilloso salón con techo de marfil, con la puerta del oeste adornada con plumas de pavo real y la puerta del este que se abre directo en el mar—, en presencia de todos sus amigos y al sonido de las trompetas, Aslan coronó solemnemente a los cuatro niños y los instaló en los cuatro tronos, en medio de gritos ensordecedores:

—¡Que viva por muchos años el Rey Pedro! ¡Que viva por muchos años la Reina Susana! ¡Que viva por muchos años el Rey Edmundo! ¡Que viva por muchos años la Reina Lucía!

—Una vez rey o reina en Narnia, eres rey o reina para siempre. ¡Seánlo con honor, Hijos de Adán! ¡Seánlo con honor, Hijas de Eva! —dijo Aslan.

A través de la puerta del este, que estaba abierta de par en par, llegaron las voces de los tritones y de las sirenas que nadaban cerca del castillo y cantaban en honor de sus nuevos Reyes y Reinas.

Los niños sentados en sus tronos, con los cetros en sus manos, otorgaron premios y honores a todos sus amigos: a Tumnus el Fauno, a los Castores, al Gigante Rumblebuffin, a los leopardos, a los buenos centauros, a los buenos enanos y al león. Esa noche hubo un gran festín en Cair Paravel, regocijo, baile, luces de oro, exquisitos vinos... Y como en respuesta a la música que sonaba dentro del castillo, pero más extraña, más dulce y más penetrante, llegaba hasta ellos la música de la gente del mar.

Mas en medio de todo este regocijo, Aslan se escabulló calladamente. Cuando los Reyes y Reinas se dieron cuenta de que él no estaba allí, no dijeron ni una palabra, porque el Castor les había advertido. "El estará yendo y viniendo", les había dicho. "Un día ustedes lo verán, y otro, no. No le gusta estar atado... y, por supuesto, tiene que atender otros países. Esto es rigurosamente cierto. Aparecerá a menudo. Sólo que ustedes no deben presionarlo. Es salvaje: ustedes lo saben. No es como un león domesticado y dócil".

Y ahora, como ustedes ven, esta historia está cerca (pero no enteramente) del final. Los dos Reyes y las dos Reinas de Narnia gobernaron bien y su reinado fue largo y feliz. En un comienzo, ocuparon la mayor parte de su tiempo en buscar y destruir los últimos vestigios del ejército de la Bruja Blanca. Y, ciertamente, por un largo período hubo noticias de perversos sucesos furtivos en los lugares salvajes del bosque...: un fantasma aquí y una matanza allá; un hombre lobo al acecho un mes y el rumor de la aparición de una bruja, el siguiente. Pero al final toda esa pérfida raza se extinguió. Entonces ellos dictaron buenas leyes, conservaron la paz, salvaron a los árboles buenos de ser cortados innecesariamente, liberaron a los enanos y a los sátiros jóvenes de ser enviados a la escuela y, por lo general, detuvieron a los entrometidos y a los aficionados a interferir en todo, y animaron a la gente común que quería vivir y dejar vivir a los demás. En el norte de Narnia atajaron a los fieros gigantes (de muy diferente clase que el Gigante Rumblebuffin), cuando se aventuraron a través de la frontera. Establecieron amistad y alianza con países más allá del mar, les hicieron visitas de Estado y, a la vez, recibieron sus visitas.

Y ellos mismos crecieron y cambiaron con el paso de los años. Pedro llegó a ser un hombre alto y robusto y un gran guerrero, y era llamado Rey Pedro el Magnífico. Susana se convirtió en una esbelta y agraciada mujer, con un cabello color azabache que caía casi hasta sus pies; los Reyes de los países más allá del mar comenzaron a enviar embajadores para pedir su mano en matrimonio. Era conocida como Reina Susana la Dulce. Edmundo, un hombre más tranquilo y más solemne que su hermano Pedro, era famoso por sus

excelentes consejos y juicios. Su nombre fue Rey Edmundo el Justo. En cuanto a Lucía, fue siempre una joven alegre y de pelo dorado. Todos los Príncipes de la vecindad querían que ella fuera su Reina, y su propia gente la llamaba Reina Lucía la Valiente.

Así, ellos vivían en medio de una gran alegría, y siempre que recordaban su vida en este mundo era sólo como cuando uno recuerda un sueño.

Un año sucedió que Tumnus (que ya era un Fauno de mediana edad y comenzaba a engordar) vino río abajo y les trajo noticias sobre el Ciervo Blanco, que una vez más había aparecido en los alrededores... el Ciervo Blanco que te concedía tus deseos si lo cazabas. Por eso los dos Reyes y las dos Reinas, junto a los principales miembros de sus cortes, organizaron una cacería con cuernos y jaurías en los Bosques del Oeste para seguir al Ciervo Blanco. No hacía mucho que había comenzado la cacería cuando lo divisaron. Y él los hizo correr a gran velocidad por terrenos ásperos y suaves, a través de valles anchos y angostos, hasta que los caballos de todos los cortesanos quedaron agotados y sólo ellos cuatro pudieron continuar la persecución. Vieron al ciervo entrar en una espesura en la cual sus caballos no podían seguirlo. Entonces el Rey Pedro dijo (porque ellos ahora, después de haber sido durante tanto tiempo reyes y reinas, hablaban en una forma completamente diferente):

—Honorables parientes, descendamos de nuestros caballos y sigamos a esta bestia en la espesura, porque en toda mi vida yo nunca he cazado una presa más noble.

—Señor —dijeron los otros—, aun así permítenos hacerlo.

Desmontaron, ataron sus caballos en los árboles y se internaron a pie en el espeso bosque. Y tan pronto como entraron allí, la Reina Susana dijo:

—Honorables amigos, aquí hay una gran maravilla. Me parece ver un árbol de hierro.

—Señora —dijo el Rey Edmundo—, si usted lo mira con cuidado, verá que es un pilar de hierro con una linterna en lo más alto de él.

—¡Válgame Dios, qué extraña treta! —dijo el Rey Pedro—, instalar una linterna aquí en esta espesura donde los árboles están tan juntos y son de tal altura, que si estuviera encendida no daría luz a hombre alguno.

—Señor —dijo la Reina Lucía—. Probablemente, cuando este pilar y esta linterna fueron instalados aquí había árboles pequeños, o pocos, o ninguno. Porque el bosque es joven y el pilar de hierro es viejo.

Por algunos momentos permanecieron mirando todo esto. Luego, el Rey Edmundo dijo:

—No sé lo que es, pero esta lámpara y este pilar me han causado un efecto muy extraño. La idea de que yo los he visto antes corre por mi mente, como si fuera en un sueño, o en el sueño de un sueño.

—Señor —contestaron todos—, lo mismo nos ha sucedido a nosotros.

—Aun más —dijo la Reina Lucía—, no se aparta de mi mente el pensamiento de que si nosotros pasamos más allá de esta linterna y de este pilar, encontraremos extrañas aventuras o en nuestros destinos habrá un enorme cambio.

—Señora —dijo el Rey Edmundo—, el mismo presentimiento se mueve en mi corazón.

—Y en el mío, hermano —dijo el Rey Pedro.

—Y en el mío también —dijo la Reina Susana—. Por eso mi consejo es que regresemos rápidamente a nuestros caballos y no continuemos en la persecución del Ciervo Blanco.

—Señora —dijo el Rey Pedro—, en esto le ruego a usted que me excuse. Pero, desde que somos Reyes de Narnia, hemos acometido muchos asuntos importantes, como batallas, búsquedas, hazañas armadas, actos de justicia y otros como éstos, y siempre hemos llegado hasta el fin. Todo lo que hemos emprendido lo hemos llevado a cabo.

—Hermana —dijo la Reina Lucía—, mi real hermano habla correctamente. Me avergonzaría si por cualquier temor o presentimiento nosotros renunciáramos a seguir en una tan noble cacería como la que ahora realizamos.

—Yo estoy de acuerdo —dijo el Rey Edmundo—. Y deseo tan intensamente averiguar cuál es el significado de esto, que por nada volvería atrás, ni por la joya más rica y preciada en toda Narnia y en todas las islas.

—Entonces en el nombre de Aslan —dijo la Reina Susana—, si todos piensan así, sigamos adelante y enfrentemos el desafío de esta aventura que caerá sobre nosotros.

Así fue como estos Reyes y Reinas entraron en la espesura del bosque, y antes de que caminaran una veintena de pasos, recordaron que lo que ellos habían visto era el farol, y antes de que avanzaran otros veinte, advirtieron que ya no caminaban entre ramas de árboles sino entre abrigos. Y un segundo después, todos saltaron a través de la puerta del ropero al cuarto

vacío, y ya no eran Reyes y Reinas con sus atavíos de caza, sino sólo Pedro, Susana, Edmundo y Lucía en sus antiguas ropas. Era el mismo día y la misma hora en que ellos entraron al ropero para esconderse. La señora Macready y los visitantes hablaban todavía en el pasillo; pero afortunadamente nunca entraron en el cuarto vacío y los niños no fueron sorprendidos.

Este hubiera sido el verdadero final de la historia si no fuera porque ellos sintieron que tenían la obligación de explicar al Profesor por qué faltaban cuatro abrigos en el ropero. El profesor, que era un hombre extraordinario, no exclamó "no sean tontos”o "no cuenten mentiras", sino que creyó la historia completa.

—No —les dijo—, no creo que sirva de nada tratar de volver a través de la puerta del ropero para traer los abrigos. Ustedes no entrarán nuevamente a Narnia por *ese* camino. Y si lo hicieran, los abrigos ahora ya no sirven de mucho. ¿Eh? ¿Qué dicen? Sí, por supuesto que volverán a Narnia algún día. Una vez Rey en Narnia, eres Rey para siempre. Pero no pueden usar la misma ruta otra vez. Realmente no *traten*, de ninguna manera, de llegar hasta allá. Eso sucederá cuando menos lo piensen. Y no hablen demasiado sobre esto, ni siquiera entre ustedes. No se lo mencionen a nadie más, a menos que descubran que se trata de alguien que ha tenido aventuras similares. ¿Qué dicen? ¿Que cómo lo sabrán? ¡Oh! Ustedes lo *sabrán* con certeza. Las extrañas cosas que ellos dicen —incluso sus apariencias— revelarán el secreto. Mantengan los ojos abiertos. ¡Dios mío!, ¿qué les enseñan en esos colegios?

Y éste es el verdadero final de las aventuras del ropero. Pero si el Profesor estaba en lo cierto, éste fue sólo el comienzo de las aventuras en Narnia.

C. S. LEWIS

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO II
EL PRÍNCIPE CASPIAN

A MARY CLARE HAVARD

I
LA ISLA

Había una vez cuatro niños que se llamaban Pedro, Susana, Edmundo y Lucía, cuyas extraordinarias aventuras se relataron en otro libro titulado *El León, La Bruja y El Ropero.* Un día abrieron la puerta de un ropero mágico y se encontraron en un mundo muy diferente al nuestro, y en ese mundo diferente llegaron a ser Reyes y Reinas de un país llamado Narnia. Mientras estuvieron en Narnia, les pareció reinar por años y años; mas cuando volvieron a traspasar la puerta del ropero y retornaron a Inglaterra, parecía que no había pasado ni un instante. En todo caso, nadie se dio cuenta de su ausencia, y ellos no se lo contaron a nadie, salvo a un anciano muy sabio.

Todo eso había sucedido un año atrás, y ahora los cuatro se hallaban sentados en un banco en una estación de ferrocarril, rodeados de una pila de baúles y cajas con juguetes.

Era el regreso al colegio. Habían viajado juntos hasta esa estación, en la que empalmaban diversas líneas. En pocos minutos iba a pasar un tren que llevaría a las niñas hacia un colegio, y media hora después otro tren trasladaría a los niños a otro colegio. Esa primera etapa del viaje que realizaron juntos les pareció todavía parte de las vacaciones; pero ahora, cuando se acercaba el momento de separarse y tomar distintos caminos, se convencieron de que realmente las vacaciones habían terminado y de que muy pronto comenzaría otra vez el período escolar. Estaban muy tristes y a ninguno se le ocurría qué decir. Lucía iba al internado por primera vez en su vida.

Era una estación de pueblo, vacía y somnolienta y, fuera de ellos, no había nadie más en el andén. De pronto Lucía lanzó un agudo grito, como si una avispa la hubiera picado.

—¿Qué pasa, Lu...? —preguntó Edmundo. Se interrumpió repentinamente e hizo un ruido como "¡au!".

—¿Qué cosa...? —empezó Pedro, y de pronto también él interrumpió lo que iba a decir y, en cambio, exclamó—: ¡Susana, suéltame! ¿Qué haces? ¿Adónde me arrastras?

—No te he tocado —dijo Susana—. Alguien me empuja *a mí.* ¡Oh... oh... oh..., basta!

Cada uno advirtió que los rostros de los demás estaban muy pálidos.

—Yo sentí lo mismo —dijo Edmundo, sin aliento—. Como si me

arrastraran. Un tirón espantoso... ¡Ay, empieza otra vez!

—A mí también —dijo Lucía—. ¡Oh, no puedo soportar más!

—Rápido —gritó Edmundo—. Tómense todos de las manos y no se separen. Esto es magia, yo la siento. ¡Apúrense!

—Sí —dijo Susana—. Tomémonos de las manos. ¡Oh, cómo quisiera que todo esto terminara... oh!

En ese mismo momento el equipaje, el banco, el andén y la estación desaparecieron. Los cuatro niños, tomados de la mano y jadeantes, se encontraron en un lugar emboscado, tan emboscado que las ramas los envolvían y casi no quedaba espacio para moverse. Se frotaron los ojos y respiraron profundamente.

—Oh, Pedro —exclamó Lucía—. ¿Crees que habremos vuelto a Narnia?

—Este podría ser cualquier lugar —dijo Pedro—. Con todos estos árboles no puedo ver a un metro de distancia. Tratemos de salir al campo abierto..., si es que existe un campo abierto.

Con alguna dificultad, y con algunas picaduras de ortigas y rasmilladuras de espinas, se abrieron paso con gran esfuerzo hasta salir de la espesura. Entonces recibieron otra sorpresa. Allí estaba mucho más claro; a pocos pasos se encontraron en el límite del bosque y, más abajo, vieron una arenosa playa. A escasos metros, un mar muy tranquilo bañaba la arena con olas tan pequeñas que casi no hacían ruido. No se veía tierra alrededor ni nubes en el cielo. El sol estaba aproximadamente donde debe estar a las diez de la mañana, y el mar era de un azul deslumbrante. Todos se quedaron quietos aspirando el aroma del mar.

—¡Por Dios! ¡Qué bien se está aquí! —exclamó Pedro.

Cinco minutos más tarde, todos estaban descalzos y se mojaban los pies en el agua fría y clara.

—¡Esto es mejor que ir en un aburrido tren de vuelta al latín y al francés y al álgebra! —exclamó Edmundo. Y durante un largo rato no hablaron; sólo chapotearon en el mar y buscaron camarones y cangrejos.

—Bueno —dijo Susana al cabo de un tiempo—, creo que deberíamos hacer algunos planes. Dentro de poco tendremos ganas de comer algo.

—Tenemos los sandwiches que nos dio mamá para el viaje —dijo Edmundo— . Por lo menos, yo tengo los míos.

—Yo no —apuntó Lucía—, los míos quedaron en mi maletín.

—También los míos —dijo Susana.

—Los míos están en el bolsillo de mi abrigo, allá en la playa —agregó Pedro—. Tendremos entonces dos almuerzos para cuatro, lo que no será muy divertido.

—Por ahora tengo más sed que ganas de comer —dijo Lucía.

Todos los demás también se sintieron sedientos, como ocurre siempre después de chapotear en el agua salada bajo un sol ardiente.

—Es como si hubiéramos naufragado —hizo notar Edmundo—. En los libros los náufragos suelen encontrar manantiales de agua clara y fresca en las islas. Lo mejor es que vayamos a buscarlos.

—¿Quieres decir que volveremos a ese bosque espeso? —preguntó Lucía.

—No —dijo Pedro—. Si hay ríos, tienen que venir bajando hacia el mar, y si caminamos por la playa, seguramente los encontraremos.

Volvieron por la orilla del mar, primero cruzando la arena suave y húmeda y luego, más arriba, la arena seca y desmigajada que se pega en los dedos de los pies, y allí empezaron a ponerse los zapatos y calcetines. Edmundo y Lucía querían dejarlos y seguir explorando sin zapatos, pero Susana les dijo que sería una locura.

—A lo mejor nunca más los encontramos —señaló—, y los necesitaremos si estamos aún aquí cuando llegue la noche y empiece a hacer frío.

Una vez calzados, caminaron por la playa, con el mar a la izquierda y el bosque a la derecha. Había una gran quietud en el paraje, quebrada sólo por el paso fugaz de alguna gaviota. El bosque era tan espeso y enmarañado que casi no se veía a través de él; nada se movía adentro, ni un pájaro, ni siquiera un insecto.

Las conchas, las algas marinas, las anémonas o los pequeños cangrejos escondidos entre las rocas son muy hermosos, pero uno se cansa pronto de ellos si tiene mucha sed. Susana y Lucía tenían que llevar consigo sus impermeables. Edmundo había dejado su abrigo en el banco de la estación, justo antes de que la magia los sorprendiera, y se turnaba con Pedro para llevar el pesado abrigo de éste.

De pronto la playa comenzó a desviarse hacia la derecha. Como un cuarto de hora después, cuando habían atravesado un arrecife rocoso que terminaba en una punta, hizo una pronunciada curva. Ahora daban la espalda a aquella parte del mar adonde llegaron al salir del bosque y, mirando hacia adelante, más allá del agua, podían ver otra playa rodeada también de tupidos bosques.

—Me pregunto si esa playa pertenece a una isla o si nos estamos acercando a ella —dijo Lucía.

—No lo sé —repuso Pedro, y continuaron caminando pesadamente y en silencio.

La playa en que se hallaban se acercaba más y más a la otra y cada vez que cambiaban de dirección en una punta, los niños esperaban llegar al lugar donde ambas se unieran. Pero sufrieron una desilusión.

Anduvieron hasta unas rocas, las escalaron y desde allí pudieron tener una perspectiva bastante más amplia.

—¡Qué fregar! —dijo Edmundo—; no hay nada que hacer. No podremos llegar a esos bosques de enfrente. ¡Estamos en una isla!

Y así era. Aquí el canal que los separaba de la otra orilla era de sólo unos treinta o cuarenta metros de ancho; pero se dieron cuenta de que éste era su punto más angosto. Después, la playa en que se encontraban doblaba a la derecha nuevamente, y se veía el mar abierto entre ésta y el continente. Era evidente que habían avanzado hasta más allá de la mitad alrededor de la isla.

—¡Miren! —dijo Lucía de pronto—. ¿Qué es eso? —y señaló algo largo y plateado, semejante a una serpiente tendida sobre la playa.

—¡Un río, un río! —gritaron los demás y, pese al cansancio que sentían, bajaron con gran alboroto desde las rocas y corrieron hacia el agua fresca. Sabían que estaría más pura para beberla más arriba, lejos de la playa; por eso siguieron caminando hacia el lugar desde donde la corriente salía del bosque. Los árboles eran todavía muy grandes allí, pero el río había formado un profundo cauce entre las altas y musgosas riberas. Esto permitía que, agachándose un poco, uno pudiera seguir su curso a través de una especie de túnel de hojas. Se arrodillaron en la primera poza de color pardo barroso, donde la brisa levantaba una infinidad de olitas sobre el agua, y bebieron y bebieron, hundiendo sus caras en ella, y luego hundieron también sus brazos hasta el codo.

—¿Y si ahora comiéramos esos sandwiches? —preguntó Edmundo.

—¿No sería mejor guardarlos? —acotó Susana—. Tal vez más tarde los necesitemos mucho más.

—Yo quisiera —dijo Lucía— que ahora que no tenemos sed, pudiéramos sentir que no estamos hambrientos, como hicimos cuando sí teníamos sed.

—Pero ¿qué hacemos con esos sandwiches? —insistió Edmundo—. No vale la pena guardarlos hasta que se echen a perder. Acuérdense de que aquí es más caluroso que en Inglaterra y que los hemos tenido en los bolsillos durante horas.

Entonces sacaron los dos paquetes y repartieron los sandwiches en cuatro porciones, lo que no fue suficiente para ninguno, pero de todos modos era mucho mejor que no comer nada. Luego hablaron de sus planes para la próxima comida. Lucía quería volver al mar y recoger camarones, hasta que alguien advirtió que no tenían redes. Edmundo dijo que debían recoger huevos de gaviota entre las rocas, pero cuando se pusieron a pensar, nadie recordaba haber visto un huevo de gaviota y tampoco hubieran sido capaces de cocerlos si es que encontraban alguno. Pedro pensó para sí mismo que, a menos que tuvieran un golpe de suerte, pronto se contentarían con comer huevos crudos, pero le pareció mejor no decirlo en voz alta. Susana dijo que era una pena haber comido los sandwiches tan pronto. Para entonces, uno o dos estaban ya muy cerca de perder la paciencia. Finalmente, Edmundo dijo:

—Miren, sólo hay una cosa que podemos hacer. Tenemos que explorar el bosque. Los ermitaños, los caballeros andantes y la gente como ellos siempre se las ingenian para sobrevivir cuando están en un bosque. Comen raíces y bayas, y otras cosas.

—¿Qué clase de raíces? —preguntó Susana.

—Siempre pensé que se trataba de raíces de árboles —respondió Lucía.

—Vamos —dijo Pedro—, Edmundo tiene razón y hay que tratar de hacer algo. Cualquiera cosa será mejor que volver a pleno sol y a ese resplandor tan intenso.

Se levantaron, pues, y comenzaron a remontar la corriente del río. Era una senda bastante difícil. Tenían que agacharse bajo algunas ramas o subirse sobre otras. Anduvieron a tropezones entre grandes macizos de plantas parecidas a los rododendros, rasgaron sus ropas y se mojaron los pies en el agua; y aún no se escuchaba un solo ruido, excepto el del río y el que ellos mismos hacían. Empezaban a sentir un gran cansancio, cuando llegó hasta ellos un delicioso olor y, en seguida, un destello de brillante color se hizo visible arriba, sobre la ribera derecha.

—¡Miren! —exclamó Lucía—, creo que es un manzano. Y lo era. Acezando treparon la empinada ribera, atravesaron unas zarzas y llegaron al pie de un viejo árbol cargado de manzanas, las más grandes, doradas, firmes y jugosas que pudieran soñar.

—Y éste no es el único árbol —dijo Edmundo con la boca llena de manzana—, miren allá, y allá.

—Pero si hay docenas de manzanos —dijo Susana, botando el corazón de su primera manzana y cogiendo la segunda—. Esto debe haber sido un huerto hace mucho, mucho tiempo, antes de convertirse en un lugar silvestre y antes de que este bosque creciera a su alrededor.

—Entonces, la isla estuvo habitada alguna vez —dijo Pedro.

—¿Y qué es eso? —preguntó Lucía, señalando delante de ella.

—¡Por Dios, es un muro! —se sorprendió Pedro—. Un viejo muro de piedra.

Corriendo por entre las cargadas ramas, llegaron ante el muro. Era muy viejo y estaba resquebrajado en algunas partes; musgos y alelíes amarillos crecían a lo largo de él, pero su altura superaba el más alto de los árboles. Cuando se acercaron, vieron un gran arco que alguna vez debió tener una puerta, pero que ahora estaba casi enteramente tapado por un frondoso manzano. Fue necesario quebrar algunas ramas para poder pasar, y cuando lo lograron, la luz del día se hizo tan radiante que sus ojos parpadearon. Estaban en un espacio abierto y rodeado de murallas. Allí no había árboles, sólo hierba, margaritas, hiedras y muros grises. Era un lugar claro, silencioso, secreto y algo triste; los cuatro niños se detuvieron en el centro, contentos de poder por fin enderezar sus espaldas y mover piernas y brazos libremente.

II
LA ANTIGUA CASA DEL TESORO

—Esto no fue un jardín —afirmó Susana convencida—. Aquí había un castillo y éste debe haber sido el patio.

—Ya sé lo que quieres decir —dijo Pedro—. Sí, éstos son los restos de una torre y allí se ve lo que quizás era un tramo de escalera que conducía a lo alto de las murallas. Y miren esas otras gradas, bajas y anchas, que suben hasta aquel portal. Debe haber sido la puerta de entrada al gran salón.

—Varios siglos atrás, por lo que parece —apuntó Edmundo.

—Sí, hace siglos —asintió Pedro—. Me gustaría saber quiénes vivieron en este castillo, y cuánto tiempo atrás.

—Este lugar me produce una sensación muy rara —murmuró Lucía.

—¿Te pasa eso, Lu? —preguntó Pedro, mirándola fijamente—. A mí también. Y es la cosa más rara que he sentido en este día tan extraño. Me pregunto dónde estaremos y qué significado tendrá todo esto.

Habían cruzado ya el patio y, traspasando la otra puerta, entraron en lo que alguna vez fue el salón. Ahora parecía un patio, pues ya no tenía techo y era nada más que otro espacio cubierto de pasto y margaritas, sólo que más pequeño y estrecho y rodeado de altas paredes. Al fondo se veía una especie de terraza, como a un metro del suelo.

—Quisiera saber si este era realmente el salón —dijo Susana—. ¿Qué sería esa especie de terraza?

—No seas tonta —exclamó Pedro, extrañamente excitado—. ¿No ves que era el estrado donde estaba la Mesa de Reuniones a la que se sentaban el Rey y los grandes señores? Cualquiera pensaría que has olvidado que nosotros mismos fuimos una vez Reyes y Reinas y nos sentamos sobre un estrado igual a éste, en nuestro gran salón.

—En nuestro castillo de Cair Paravel —continuó Susana con voz monótona y como en un sueño—, a la desembocadura del gran río de Narnia. ¿Cómo pude olvidarlo?

—¡Ahora recuerdo todo! —exclamó Lucía—. Podríamos imaginar que estamos en Cair Paravel. Esta sala debe haber sido muy parecida a la gran sala donde hacíamos los banquetes.

—Pero desgraciadamente sin los banquetes —dijo Edmundo—. Se

está haciendo tarde. Fíjense cómo se han alargado las sombras. Y ¿se han dado cuenta de que ya no hace tanto calor?

—Si hemos de pasar la noche aquí, vamos a necesitar una buena fogata —dijo Pedro—. Yo tengo fósforos; vamos a buscar un poco de leña seca.

Todos estuvieron de acuerdo con él y durante la media hora siguiente se dedicaron a recorrer los alrededores, pero el huerto por donde habían llegado hasta las ruinas no resultó ser el sitio indicado para encontrar leña. Para probar al otro lado del castillo, salieron de la sala por una puertecilla lateral que desembocaba en un laberinto de cavidades de piedra que en otra época fueron quizás pasadizos y pequeñas habitaciones, ahora enteramente cubiertos de ortigas y zarzas. Más allá se veía un ancho boquete en el muro del castillo y, a través de él, llegaron a un bosque de inmensos y sombríos árboles, donde encontraron abundantes ramas y hojas secas, palos podridos y espinas de abeto. Fueron y vinieron acarreando leños hasta tener un buen montón. Cuando iban en el quinto viaje, justo afuera de la sala, descubrieron un pozo escondido entre las malezas. Después de limpiarlo, vieron que era profundo y de agua limpia y fresca. Estaba rodeado, en parte, por los restos de un empedrado. Las niñas fueron a coger más manzanas y los niños prepararon el fuego sobre el estrado, lo más cerca posible del rincón entre las dos murallas, porque pensaron que era el lugar más cómodo y abrigado. No fue fácil encender el fuego; gastaron una gran cantidad de fósforos, pero finalmente lo lograron. Se sentaron con la espalda apoyada contra el muro, de cara al fuego. Trataron de asar manzanas ensartándolas en la punta de un palo, pero las manzanas asadas sin azúcar son muy poco apetitosas, y éstas además estaban demasiado calientes para tomarlas con los dedos, mientras se enfriaban lo suficiente. Tuvieron que contentarse, pues, con manzanas crudas, lo que los obligó a reconocer, como dijo Edmundo, que la comida del colegio no era tan mala, después de todo.

—En este momento, me comería hasta una gruesa rebanada de pan con margarina —agregó—, Pero también todos sentían crecer su espíritu aventurero, y ninguno hubiera querido volver al colegio.

Al terminar su última manzana, Susana fue al pozo a beber otro sorbo de agua; cuando volvió traía algo en su mano.

—Miren —dijo, con voz alterada—. Encontré esto junto al pozo.

Se lo pasó a Pedro y se sentó en el suelo; parecía estar a punto de llorar. Edmundo y Lucía se inclinaron para ver lo que tenía Pedro en la mano: un objeto pequeño y brillante relucía a la luz del fuego.

—Vaya, ¡qué cosa más rara! —murmuró Pedro, y su voz también sonaba extraña. Luego lo pasó a los demás.

Ahora todos vieron de qué se trataba. Era un pequeño caballo de ajedrez, insignificante de tamaño, pero sumamente pesado, por estar hecho en oro puro. Los ojos eran dos rubíes diminutos, es decir, uno lo era, pues el otro le había sido arrancado.

—¡Pero si es exactamente igual a las piezas del ajedrez de oro con que jugábamos cuando éramos Reyes y Reinas en Cair Paravel! —exclamó Lucía.

—¡Arriba el ánimo, Su! —dijo Pedro a su otra hermana.

—No puedo —suspiró Susana—. Este caballito me hace revivir tiempos tan felices. Recuerdo haber jugado ajedrez con faunos y gigantes buenos, mientras en el mar cantaban las sirenas y los tritones; y recuerdo a mi hermoso caballo, y... y...

—Y ahora —dijo Pedro, con un tono muy diferente— ha llegado el momento de usar nuestra inteligencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edmundo.

—¿Ninguno de ustedes ha adivinado dónde estamos? —interrogó Pedro.

—Sigue, sigue —dijo Lucía—. Hace horas que siento que en este lugar flota un maravilloso misterio.

—Dispara, Pedro —urgió Edmundo—. Te escuchamos.

—Estamos en las ruinas de Cair Paravel —añadió Pedro.

—Pero... espera un poco —interrumpió Edmundo—. ¿De dónde sacas eso? Este lugar está en ruinas desde hace siglos. Mira esos enormes árboles que crecen tapando las puertas; mira las mismas piedras. Cualquiera se da cuenta de que está deshabitado por cientos de años.

—Ya lo sé —dijo Pedro—. Ese es el problema. Pero dejémoslo por ahora y vamos examinando los diversos aspectos del asunto. Primero: este salón tiene la misma forma y tamaño del salón de Cair Paravel. Imagínenlo con su techo, con su piso de colores en vez del pasto, sus paredes adornadas con tapicerías, y tendrán ante ustedes nuestro propio salón real de los banquetes.

Nadie dijo nada.

—Segundo —continuó Pedro—: el pozo del castillo está exactamente en el mismo lugar donde se encontraba el nuestro, un poco al sur del gran

salón; y es de idéntica forma y tamaño.

Tampoco hubo comentarios.

—Tercero: Susana acaba de encontrar una de las piezas de nuestro juego de ajedrez, o una que se le asemeja como dos gotas de agua.
Siguieron en silencio.

—Cuarto: ¿no recuerdan —era justo el día antes de la visita de los embajadores del Rey de Calormen—, no recuerdan haber plantado el huerto al lado afuera de la puerta norte de Cair Paravel? Pomona, la persona más importante de los bosques, vino especialmente a desplegar aquí sus encantamientos. Y fueron nuestros gentiles amigos los topos quienes cavaron la tierra. ¿Han olvidado al viejo y gracioso Guantelís, el jefe-topo, cuando, apoyado en su pala, decía: "Créame, su Majestad se alegrará algún día de haber plantado esos árboles frutales"? ¡Y caramba que tenía razón!

—¡Yo me acuerdo, yo me acuerdo! —gritó Lucía, batiendo palmas.

—Pero mira, Pedro —intervino Edmundo—. A mí todo esto me parece una soberana estupidez. Por una parte, no creo que hayamos sido tan tontos como para plantar un huerto justo contra la puerta.

—No, claro que no —repuso Pedro—. Pero es natural que desde aquella época los árboles hayan crecido y que su follaje haya tapado la puerta.

—Y por otra parte, Cair Paravel no estaba en una isla.

—Así es; yo también lo he pensado. Pero estaba en una cómose-llama, una península, lo que es casi una isla. ¿No podría haberse transformado en isla desde nuestros tiempos hasta ahora? Alguien ha cavado un canal.

—Pero espera un momento —dijo Edmundo—. Siempre estás hablando de *nuestros tiempos.* Hace sólo un año que regresamos de Narnia, y tú pretendes probar que en ese año se han derrumbado castillos y han crecido espesos bosques, que los arbolitos que plantamos nosotros mismos se han convertido en un enorme y viejo huerto, y Dios sabe cuántas cosas más. Es imposible.

—Hay algo más —dijo Lucía—. Si éste es Cair Paravel, debería haber una puerta en esta parte del estrado. En realidad, ahora deberíamos estar sentados dándole la espalda. ¿Se acuerdan? La puerta que daba a la sala del tesoro.

—No creo que haya una puerta aquí —apuntó Pedro, levantándose.

Tras ellos, la muralla era una masa de hiedra.

—Pronto lo sabremos —dijo Edmundo, tomando uno de los palos que tenían preparados para echar al fuego, y golpeó con fuerza la muralla. Tap-tap, sonaba el palo contra la piedra; y tap-tap otra vez; de pronto, bum-bum, con un ruido totalmente distinto, el sonido hueco de la madera.

—¡Dios mío! —exclamó Edmundo.

—Arranquemos esa hiedra —dijo Pedro.

—Por favor, dejemos todo como está —pidió Susana—. Podemos seguir mañana en la mañana. Si tenemos que pasar la noche aquí, no quisiera tener una puerta abierta a mi espalda, ni un inmenso hoyo negro por donde puede entrar cualquier cosa, además de chiflones y humedad. Y muy pronto oscurecerá.

—¡Susana! ¿No te da vergüenza? —reprochó Lucía. Pero los niños estaban demasiado excitados para escuchar las advertencias de Susana. Tiraron de la hiedra con sus manos y luego usaron el cortaplumas de Pedro, pero se rompió y siguieron desprendiéndola con el de Edmundo. El rincón donde habían estado sentados quedó cubierto de enredaderas, hasta que lograron despejar la puerta.

—Cerrada con llave, por supuesto —dijo Pedro.

—Pero la madera está podrida —dijo Edmundo—. Podemos romperla en pedazos en un rato, y nos servirá de leña para el fuego. Vamos.

Demoraron más de lo pensado y, antes de que terminaran, el gran salón estaba a oscuras, y las primeras estrellas empezaban a brillar en el cielo. Susana no fue la única que sintió un escalofrío cuando los dos hermanos, parados sobre un montón de astillas, limpiaron la suciedad de sus manos y se quedaron mirando la brecha oscura y fría que acababan de abrir.

—Ojalá tuviéramos una antorcha —dijo Pedro.

—¿Para qué? —preguntó Susana—. Como dijo Edmundo…

—Pero no lo digo ahora —interrumpió Edmundo—. Todavía no entiendo muy bien, pero ya lo discutiremos más adelante. ¿Bajas, Pedro?

—Bajamos —asintió Pedro—. No pongas esa cara, Susana, no podemos portarnos como niños ahora que hemos vuelto a Narnia. Aquí, tú eres una reina. Además, creo que ninguno podría dormir con un misterio así en la cabeza.

Trataron de fabricarse antorchas con unos palos largos, pero no resultó. Si los sostenían con la luz hacia arriba, se apagaban, y si los ponían al

revés, les quemaban la mano y sus ojos se llenaban de humo. Decidieron usar la linterna eléctrica de Edmundo. Por suerte, como se la habían regalado para su cumpleaños una semana atrás, la batería estaba casi nueva. El bajó primero, llevando la luz. Lo seguía Lucía, luego Susana y Pedro cerraba la marcha.

—Llegué al primer peldaño —anunció Edmundo.

—Cuéntalos —dijo Pedro.

—Uno, dos, tres —empezó a contar Edmundo, hasta dieciséis, mientras descendían cuidadosamente—. Y éste es el último.

—Entonces éste es en verdad Cair Paravel —exclamó Lucía—, Eran dieciséis peldaños.

Nadie habló hasta que se juntaron los cuatro al pie de la escala. Edmundo iluminó el lugar con su linterna.

—¡O... o... oh! —exclamaron los niños a una sola voz, pues ahora se convencieron de que ésta era realmente la antigua sala del tesoro de Cair Paravel donde una vez reinaron como Reyes y Reinas de Narnia. Al centro había una especie de sendero (como en un invernadero) y a cada lado, a cierta distancia, colgaban lujosas armaduras que semejaban caballeros guardando los tesoros. Y entre las armaduras, estantes repletos de joyas: collares, pulseras, anillos, fuentes y platos de oro, largos colmillos de marfil, broches, diademas, cadenas de oro y una gran cantidad de piedras sueltas, apiladas desordenadamente, como si fueran bolitas o papas. Eran diamantes, rubíes, esmeraldas, topacios y amatistas. Bajo los estantes, se hallaban varios cofres de roble protegidos con barrotes de hierro y fuertemente asegurados con candados. Hacía un frío espantoso allí dentro; el silencio era tan grande que los niños podían escuchar su propia respiración. Los tesoros estaban completamente cubiertos de polvo y si no hubiesen recordado el lugar donde se encontraban y la mayoría de las joyas que los componían, jamás los habrían reconocido. Había algo triste y aterrador en aquella sala olvidada por tan largo tiempo; por eso nadie dijo una palabra durante unos segundos.

Después, naturalmente, comenzaron a recorrer y a coger objetos para mirarlos. Tenían la sensación de encontrar a viejos amigos. Si hubieras estado allí, les habrías oído decir, por ejemplo: "¡Miren! nuestros anillos de coronación. ¿Se acuerdan de la primera vez que los usamos?... Miren, el prendedor que creíamos perdido... Y ¿no es esa la armadura que usaste en el gran torneo en las Islas Desiertas?... ¿Te acuerdas de que la hizo el enano?... ¿Te acuerdas de que tomabas agua en ese cuerno? ¿Te acuerdas... te acuerdas?"

Pero de pronto Edmundo advirtió:

—¡Oigan!, no podemos gastar la batería de la linterna; quién sabe cuánto la vamos a necesitar en el futuro. Creo que será mejor tomar lo que queramos y salir de aquí.

—Debemos llevar nuestros regalos —dijo Pedro.

Mucho tiempo atrás, para una Navidad en Narnia, Susana, Lucía y él habían recibido ciertos regalos de más valor para ellos que todo el reino. Edmundo no recibió su regalo, porque no estaba con los demás en ese momento. (El tuvo la culpa, ustedes pueden leer acerca de esto en un libro anterior).

Todos estuvieron de acuerdo con Pedro y fueron hasta la muralla al fondo de la sala del tesoro donde sabían que, con toda seguridad, estarían colgados sus regalos. El de Lucía era el más pequeño: sólo una botellita. Pero la botella era de diamante en lugar de vidrio, y estaba llena hasta más de la mitad con un licor mágico que podía sanar heridas y enfermedades. Sin decir una palabra, Lucía sacó con gran solemnidad su regalo y se lo colgó del hombro, y sintió otra vez el peso de la botella como en los viejos tiempos.

El regalo de Susana había sido un arco con flechas y un cuerno. Allí estaban el arco y el carcaj de marfil lleno de flechas emplumadas, pero...

—Susana —dijo Lucía—, ¿dónde está el cuerno?

—¡Ay, qué lata más grande! —exclamó Susana, después de pensar un momento—. Ahora me acuerdo. Lo tenía el último día, mientras perseguíamos al Ciervo Blanco. Debo haberlo perdido cuando, por equivocación, volvimos al otro lugar... a Inglaterra, quiero decir.

Edmundo lanzó un silbido. Era una pérdida realmente lamentable: el cuerno estaba encantado y, al soplarlo, podías tener la seguridad de recibir la ayuda que necesitaras, dondequiera que estuvieses.

—Justo lo que nos vendría bien en un sitio como éste —dijo Edmundo.

—No importa —contestó Susana—, aún tengo el arco. Y lo tomó en sus manos.

—¿No se habrán cortado las cuerdas, Su? —preguntó Pedro.

Pero, acaso debido a algún poder mágico en el aire de la sala del tesoro, el arco estaba en perfecto estado. Susana era muy hábil para el tiro al arco y la natación. En un segundo había tensado el arco. Luego dio un corto tirón a la cuerda; ésta vibró, produciendo un gorjeante sonido que retumbó en toda la sala. Y ese solo sonido trajo a la memoria de los niños el recuerdo de

los tiempos pasados con mucha más intensidad que todo lo sucedido hasta entonces. Imágenes de batallas y cacerías y fiestas se agolpaban en sus mentes.

Susana soltó nuevamente la cuerda del arco y colgó el carcaj de su hombro.

Pedro, a su vez, tomó su regalo, que era el escudo con el gran León de color rojo, y la espada real. Los golpeó contra el suelo para quitarles el polvo, se colocó el escudo sobre el brazo y colgó la espada de su cintura. En un principio temió que estuviera oxidada y pegada a la vaina, pero no fue así. La sacó con un movimiento rápido y la sostuvo, centelleando a la luz de la linterna.

—Es mi espada Rindon —dijo—. Con ella maté al Lobo.

Se notaba un tono diferente en su voz, que hizo comprender a los otros que Pedro volvía a ser el gran Rey. Al cabo de un rato, se acordaron de que tenían que cuidar la batería de la linterna.

Subieron la escalera otra vez, encendieron un buen fuego y se tendieron muy juntos para darse calor. El suelo era duro y poco confortable, pero pronto se quedaron dormidos.

III
EL ENANO

El problema que tienes cuando duermes al aire libre es que despiertas tremendamente temprano. Y una vez despierto, lo único que puedes hacer es levantarte, ya que el suelo es duro y estás sumamente incómodo. Y peor aún cuando no hay nada más que manzanas para el desayuno, y ya hubo sólo manzanas para la cena de la noche anterior. Cuando Lucía dijo, con mucha razón, que era una mañana gloriosa, les pareció que no cabía ningún otro comentario agradable. Edmundo expresó el sentimiento de todos: "Tenemos que irnos de esta isla".

Luego de beber en el pozo y lavarse la cara, bajaron a la playa por la orilla del río y miraron con ansiedad el canal que los separaba del continente.

—Tendremos que nadar —apuntó Edmundo.

—Su no tendrá problemas —dijo Pedro (Susana había ganado varios premios de natación en el colegio)—. Pero no sé qué pasará con el resto de nosotros.

Por "el resto de nosotros" se refería en realidad a Edmundo, que no era capaz de dar más de dos brazadas en la piscina del colegio, y a Lucia que no sabía nadar.

—En todo caso —insinuó Susana—, podría haber corrientes. Papá siempre dice que no es prudente bañarse en un sitio que no se conoce.

—Mira, Pedro —intervino Lucía—, yo sé que no puedo nadar ni siquiera medianamente bien allá en casa... en Inglaterra, quiero decir. Pero todos podíamos nadar tiempo atrás... si es que fue tiempo atrás..., cuando éramos reyes y reinas en Narnia. También montábamos y hacíamos muchos otros deportes. ¿No crees que...?

—Pero entonces nosotros éramos como los adultos —replicó Pedro—. Reinamos por años y años y aprendimos a hacer muchas cosas. ¿No estamos de vuelta a nuestras verdaderas edades ahora?

—¡Oh! —exclamó Edmundo, con una voz que hizo que los demás callaran para escucharlo.

—Lo tengo todo claro —dijo.

—¿Qué tienes claro? —preguntó Pedro.

—Bueno, todo —repuso Edmundo—. Ya saben, lo que nos tenía

intrigados anoche; que hace sólo un año salimos de Narnia y se diría que nadie ha vivido en Cair Paravel por siglos. Bueno, ¿no lo entienden? Acuérdense de que por muy largo que se nos hiciera el tiempo que vivimos en Narnia, cuando regresamos a través del ropero parecía que no había transcurrido ni un segundo.

—Sigue —dijo Susana—. Creo que empiezo a entender.

—Eso significa —prosiguió Edmundo— que, una vez que estás fuera de Narnia, no tienes idea de cómo corre el tiempo allí. ¿Por qué no podrían pasar cientos de años en Narnia mientras en Inglaterra pasaba solamente un año?

—Por Dios, Ed —exclamó Pedro—. Creo que tienes razón. Entonces vivimos en realidad cientos de años en Cair Paravel. Y ahora estamos de vuelta en Narnia como si fuéramos cruzados, o anglosajones, o antiguos bretones o alguien así que regresara a la Inglaterra actual.

—¡Qué contentos estarán al vernos! —comenzó a decir Lucía, pero en ese mismo momento la interrumpieron gritos de "¡silencio!", "¡miren!", pues algo sucedía.

Había una punta cubierta de árboles en el continente, un poco a la derecha, y estaban seguros de que tras ella se encontraba la desembocadura del río. De allí vieron salir ahora un bote, que rodeó la punta hasta dejarla atrás, giró y comenzó a cruzar el canal en dirección a ellos. Alcanzaban a ver a dos personas dentro del bote, una remaba y la obra iba sentada en la popa y sostenía un envoltorio que se movía bruscamente, como si tuviera vida. Ambos parecían ser soldados. Llevaban cascos de acero en sus cabezas y usaban ligeras camisas de malla. Tenían barba y una expresión dura en sus rostros. Los niños se alejaron de la playa hacia el bosque y se quedaron muy quietos, observando.

—Aquí está bien —dijo el soldado que iba en la popa cuando el bote pasaba frente a ellos.

—¿Y si amarramos una piedra a sus pies, Caporal? —propuso el otro, descansando sobre sus remos.

—No —gruñó su compañero—. No hay necesidad, y además no hemos traído piedras. Se ahogará igualmente sin ellas, siempre que lo atemos muy firme.

Con estas palabras se levantó y alzó su bulto. Pedro pudo ver que en realidad había alguien vivo adentro. Era un Enano, con sus manos y pies amarrados, que batallaba sin cesar por librarse. Escuchó junto a su oído un súbito chasquido; el soldado abrió los brazos, dejando caer al Enano al fondo

del bote y resbaló al agua. Logró llegar con gran dificultad hasta la otra ribera y entonces Pedro comprendió que fue una flecha disparada por Susana la que golpeó el yelmo del soldado. Se volvió a mirarla y la vio muy pálida, pero poniendo ya una segunda flecha en la cuerda. Mas no tuvo que usarla. En cuanto vio caer a su compañero, el otro soldado, dando un fuerte grito, saltó fuera del bote y escapó también, arrastrándose torpemente por el agua (aquél era, aparentemente, el punto de mayor profundidad) y desapareció en los bosques del continente.

—¡Rápido, antes de que lo arrastre la corriente! —gritó Pedro.

El y Susana, aunque estaban vestidos, se zambulleron en el agua y cuando ésta alcanzaba casi a tapar sus hombros, lograron agarrar la borda del bote. Lo empujaron hasta la orilla y sacaron al Enano; Edmundo se encargó de cortar sus ataduras con su cortaplumas. (La espada de Pedro era más afilada, pero no es muy conveniente usar una espada para esta clase de trabajo, porque puedes tomarla únicamente por la empuñadura). Cuando estuvo por fin liberado de sus amarras, el Enano se sentó, se sobó brazos y piernas, y exclamó:

—Bueno, digan lo que digan, ustedes no parecen fantasmas.

Como la mayoría de los Enanos, era muy rechoncho y de voz ronca. De pie medía alrededor de un metro de altura. Su inmensa barba y grandes bigotes de grueso pelo rojo ocultaban su cara casi por completo y en el espacio visible solamente sobresalían su nariz aguileña y un par de centelleantes ojos negros.

—Como sea —continuó—, fantasmas o no, me han salvado la vida y les estoy extremadamente agradecido.

—¿Por qué tendríamos que ser fantasmas? —preguntó Lucía.

—Toda mi vida he oído decir —respondió el Enano— que estos bosques que rodean la playa están tan llenos de fantasmas como de árboles. Así lo cuenta la historia. Y por eso, cuando quieren desembarazarse de alguien, a menudo lo traen aquí (como hacían conmigo) y dicen que lo dejan con los fantasmas. Pero yo siempre he pensado que en realidad los ahogan o les cortan el cuello. Nunca creí en fantasmas. En cambio aquellos dos cobardes a quienes ustedes hirieron sí que creían. Estaban más asustados de tener que traerme acá, a mi muerte, que yo mismo de enfrentarla.

—Ah —dijo Susana—. Por eso fue entonces que arrancaron.

—¿Eh? ¿Qué dicen? —preguntó el Enano.

—Escaparon —explicó Edmundo—. Al continente.

—Yo no disparé a matar, créame —dijo Susana. No quería que pensaran que ella podía fallar a tan corta distancia.

—Hum —musitó el Enano—. Eso no me gusta nada. Puede traernos problemas más adelante. A menos que cierren la boca para protegerse.

—¿Por qué pretendían ahogarte? —preguntó Pedro.

—Oh, porque soy un criminal peligroso —repuso el Enano alegremente—. Pero ésa es una larga historia. Entretanto, me pregunto si ustedes piensan convidarme a desayunar. No saben el hambre que da la idea de ser ejecutado.

—Tenemos sólo manzanas —dijo Lucía, con tristeza.

—Peor es nada, pero mejor es un buen pescado fresco —dijo el Enano—. Entonces seré yo quien les invite a tomar desayuno. Vi algunos aparejos de pesca en el bote, vamos a buscarlos. De todos modos, tenemos que llevar ese bote al otro lado de la isla, para evitar que alguien del continente lo descubra.

—Debí haber pensado en eso antes —murmuró Pedro.

Los cuatro niños y el Enano se acercaron a la orilla; desatracaron el bote con bastante dificultad, y subieron a bordo. El Enano se hizo cargo del mando inmediatamente. Los remos eran demasiado grandes para él, de manera que Pedro remó y el Enano los guió, primero hacia el norte a través del canal y luego hacia el este, rodeando la punta de la isla. Desde allí los niños podían ver el curso del río y, a lo lejos, todas las bahías y cabos de la costa. Creyeron que reconocerían algunos lugares, pero los bosques habían crecido de tal manera desde su época, que daban una apariencia completamente diferente al litoral.

Cuando salieron al mar abierto, al este de la isla, el Enano se puso a pescar. Fue una excelente pesca de pavenderes, hermosos peces de color arco iris, que recordaban haber comido antes en Cair Paravel. Cuando tuvieron una cantidad suficiente, atracaron el bote en una caleta y lo amarraron a un árbol. El Enano, que era una persona muy competente (en verdad, aunque uno suele encontrar Enanos malos, nunca oí hablar de un Enano tonto), abrió los pescados cortándolos por la mitad, los limpió y dijo:

—Ahora necesitamos leña.

—Tenemos un poco allá en el castillo —dijo Edmundo.

El Enano lanzó un largo silbido.

—¡Barbas y bigotes! —exclamó—. Entonces, es verdad que existe un castillo, después de todo.

—Sólo quedan ruinas —explicó Lucía. El Enano los miró fijamente con una expresión muy curiosa en el rostro.

—¿Y quién diablos...? —comenzó, pero se interrumpió y, en cambio, dijo—: No importa. Lo primero es el desayuno. Pero antes de irnos, ¿pueden ustedes poner su mano sobre el corazón y decirme que estoy realmente vivo? ¿Están seguros de que no me ahogué y que no somos todos sólo fantasmas?

Una vez tranquilizado, se presentó el problema de cómo llevarían los pescados. No tenían con qué atarlos, y tampoco tenían un canasto donde colocarlos. No quedó más remedio que usar el sombrero de Edmundo, porque nadie más tenía sombrero. En otra oportunidad, Edmundo habría armado un gran escándalo, pero ahora guardó silencio, pues tenía un hambre atroz.

Al comienzo, el Enano no se sintió muy a gusto en el castillo. Miraba en derredor olfateando todo, y decía:

—Hum, esto es bastante tétrico, a mi parecer. Hasta huele a fantasmas.

Pero se animó cuando encendió el fuego y les enseñó a asar los pavenderes frescos sobre las brasas. No es nada fácil tratar de comer pescado caliente sin tenedores y con un solo cuchillo para cinco personas. Hubo varios dedos quemados antes de terminar la comida, pero como eran ya cerca de las nueve y se habían levantado a las cinco, a nadie le importó demasiado quemarse un poco. Después que todos bebieron un sorbo de agua en el pozo y comieron un par de manzanas, el Enano fabricó una pipa del largo de su brazo, la llenó, la encendió y, exhalando una enorme y fragante nube de humo, dijo:

—Ahora.

—Cuéntanos tu historia primero —dijo Pedro—, y después te contaremos la nuestra.

—Bien —dijo el Enano—, como ustedes me salvaron la vida, tienen derecho a imponer sus condiciones. Pero casi no sé por dónde empezar. Comenzaré diciéndoles que soy un mensajero del Rey Caspian.

—¿Quién es él? —preguntaron cuatro voces al unísono.

—Caspian Décimo, Rey de Narnia, ¡que su reino dure muchos años! —respondió el Enano—. Es decir, él debería ser Rey de Narnia y esperamos que lo sea. Ahora él es sólo Rey de nosotros, los Antiguos Narnianos...

—Por favor, ¿qué quieres decir con *Antiguos* Narnianos? —preguntó Lucía.

—Bueno, esos somos nosotros —contestó el Enano—. Somos una especie de rebeldes, supongo.

—Ya veo —dijo Pedro—. Y Caspian es el jefe de los Antiguos Narnianos.

—Bueno, esa es una manera de decirlo —dijo el Enano, rascándose la cabeza—. Pero él es un Nuevo Narniano, un Telmarino, si entienden mi idea.

—Yo no —dijo Edmundo.

—Es más enredado que la Guerra de las Rosas —añadió Lucía.

—Caramba —exclamó el Enano—. Lo estoy explicando muy mal. Miren, creo que es mejor empezar desde el principio, contándoles sobre Caspian, de cómo creció en la corte de su tío y cómo es que está de nuestro lado. Pero les advierto que es una larga historia.

—Tanto mejor —exclamó Lucía—. Nos encantan los cuentos largos.

El Enano se acomodó y contó su historia. No la transcribiré íntegramente, con las interrupciones y preguntas de los niños, pues me tomaría mucho tiempo y resultaría un relato bastante confuso, y aún así quedarían siempre algunos puntos en el aire, que ni los mismos niños comprendieron en ese momento. Pero la esencia de la historia tal como ellos la conocieron al final, es la siguiente.

IV
EL ENANO RELATA LA HISTORIA DEL PRINCIPE CASPIAN

El Príncipe Caspian vivía en un gran castillo en el centro de Narnia con su tío Miraz, Rey de Narnia, y su tía la Reina Prunaprismia, que tenía el cabello rojo. Sus padres habían muerto y la persona a quien Caspian más quería era su niñera y, aunque (siendo príncipe) tenía juguetes maravillosos que podían hacer todo menos hablar, él esperaba con ansias las últimas horas del día, cuando se guardaban los juguetes en la alacena y la niñera empezaba a contarle cuentos.

Caspian no sentía especial cariño por sus tíos, pero dos veces por semana el Rey lo llamaba a su presencia y se paseaba con él durante una media hora por la terraza, en el ala sur del castillo. Un día, mientras caminaban, su tío le dijo:

—Bien, muchacho, pronto será hora de enseñarte a montar y a usar la espada. Sabes que tu tía y yo no tenemos hijos y probablemente tú deberás ser Rey cuando yo me haya ido. ¿Te gustaría?

—No sé, tío —respondió Caspian.

—No sabes, ¿eh? —dijo Miraz—. ¡Vamos, quisiera saber qué más se puede desear!

—Pero *tengo* un deseo —dijo Caspian.

—¿Cuál? —inquirió el Rey.

—Deseo... deseo... deseo haber vivido en los Tiempos de Antaño —repuso Caspian. (Era un niño muy pequeño en esa época).

El Rey Miraz le hablaba siempre en ese tono aburrido que emplean algunos adultos y que demuestra claramente que no tienen el menor interés en la conversación; pero ahora, de súbito, se quedó contemplando a Caspian con mirada penetrante.

—¿Eh? ¿Qué dices? —exclamó—. ¿A qué tiempos de antaño te refieres?

—¿Tú no lo sabes, tío? —dijo Caspian—. Son esos tiempos cuando todo era distinto. Antes, los animales podían hablar; y seres muy gentiles vivían en los ríos y en los árboles, se llamaban Náyades y Dríades; y también había enanos; y encantadores Faunos, que tenían los pies parecidos a los de las cabras; y...

—Esas son tonterías para niños —interrumpió el Rey severamente—. Sólo para niños, ¿me entiendes? Ya estás demasiado grande para esos cuentos. A tu edad deberías pensar en batallas y en aventuras, no en cuentos de hadas.

—Pero *hubo* muchas batallas y aventuras en esos días —insistió Caspian—. Aventuras maravillosas. Una vez, una Bruja Blanca se coronó a sí misma Reina de todo el país; ella hizo que el invierno durara para siempre. Pero dos niños y dos niñas vinieron de algún sitio desconocido, mataron a la Bruja y fueron coronados Reyes y Reinas de Narnia. Se llamaban Pedro, Susana, Edmundo y Lucía. Reinaron por muchos, muchos años y todos fueron muy felices, porque Aslan...

—¿Quién es ése? —preguntó Miraz.

Si Caspian hubiera sido un poquito mayor, por el tono de la voz de su tío se habría dado cuenta de que era mejor callar. Pero él siguió.

—¿Tampoco lo conoces? —dijo—. Aslan es el gran León que viene de más allá del mar.

—¿Quién te ha contado todos esos disparates? —preguntó el Rey con voz de trueno.

Caspian tuvo miedo y no contestó.

—Su Alteza Real —dijo el Rey Miraz, soltando la mano de Caspian que mantenía apretada hasta ese momento—. Exijo que se me responda. Mírame a la cara. ¿Quién te ha dicho ese atado de mentiras?

—La ni... niñera —balbució Caspian, y rompió a llorar.

—¡Calla! —exclamó su tío, sacudiendo a Caspian por los hombros—. Basta ya. Que no vuelva a sorprenderte hablando —ni siquiera pensando— sobre esas historias estúpidas. Esos Reyes y Reinas no existieron nunca. ¿Crees que podría haber dos Reyes al mismo tiempo? Tampoco hay nadie que se llame Aslan. Y no existen los leones. Y jamás hubo animales que pudieran hablar. ¿Me entiendes?

—Sí, tío —sollozó Caspian.

—Entonces no hablaremos más de este asunto —dijo el Rey.

Llamó a uno de sus pajes que montaba guardia al fondo de la terraza y le ordenó fríamente:

—Conduce a su Alteza Real a sus habitaciones, y que venga la niñera de su Alteza Real de inmediato.

Al día siguiente, Caspian comprendió el grave error que había cometido. La niñera había sido despedida, sin permitírsele siquiera decirle adiós, y, de ahora en adelante, tendría un tutor.

El niño extrañó mucho a su niñera y derramó amargas lágrimas por su ausencia. En medio de su pena, pensaba con mayor intensidad que antes en las viejas leyendas de Narnia. Por las noches soñaba con enanos y dríades, y trató en varias ocasiones de hacer hablar a los perros y gatos del castillo. Pero los perros sólo movían la cola y los gatos ronroneaban.

Caspian se había propuesto odiar a su nuevo tutor, pero, cuando éste llegó una semana después, resultó ser una de esas personas a las que es imposible no querer. Era el hombre más diminuto y gordo que Caspian había visto en su vida. Tenía una barba larga, plateada y cortada en punta que le llegaba hasta la cintura, y en su cara fea, morena y surcada de arrugas había una expresión de gran sabiduría y bondad. Su voz era grave, pero sus ojos alegres, y si uno no lo conocía bien, era difícil saber si bromeaba o estaba serio. Su nombre era doctor Cornelius.

De todas las lecciones que le daba el doctor Cornelius, la preferida de Caspian era la de historia. Aparte de las leyendas de la niñera, no sabía nada sobre la historia de Narnia. Se sorprendió mucho al saber que la familia real era recién llegada al país.

—Un antepasado de Su Alteza, Caspian Primero —dijo el doctor Cornelius—, conquistó Narnia y fue su primer Rey. El fue quien trajo a toda tu nación a este país. Ustedes no son narnianos nativos; ustedes provienen de la tierra de Telmar, más allá de las Montañas Occidentales. Por eso a Caspian Primero se le llamó el Conquistador.

—Por favor, doctor —preguntó un día Caspian—, ¿quiénes vivían en Narnia antes de que llegaran los telmarinos?

—No había hombres —o muy pocos— en Narnia antes de la venida de los telmarinos —contestó el doctor Cornelius.

—Entonces, *¿quién* conquistaron mis antepasados?.

—"A quién", no "quién", Su Alteza —corrigió el doctor Cornelius—. Tal vez sería conveniente pasar de la historia a la gramática.

—Oh, no todavía, por favor —imploró Caspian—. Quiero saber si hubo alguna batalla. ¿Por qué se llama Caspian el Conquistador si no había quién luchara contra él?

—Dije que había muy pocos *hombres* en Narnia —dijo el doctor, mirándolo con una expresión muy extraña a través de sus enormes anteojos.

Por un momento, Caspian se sintió bastante confundido; luego, repentinamente, su corazón dio un salto.

—¿Quiere decir, entonces —resolló—, que había otros seres, como en los cuentos? ¿Había...?

—¡Silencio! —dijo el doctor Cornelius, acercando su cabeza a la del niño—. No digas una palabra más. ¿No sabes que tu niñera fue alejada de ti por contarte acerca de la Antigua Narnia? Al Rey le disgusta ese tema. Si llega a saber que te cuento estos secretos, serás azotado y a mí me cortarán el cuello.

—Pero ¿por qué? —preguntó Caspian.

—Ahora sí que es tiempo de volver a la gramática —dijo el doctor Cornelius en voz alta—. ¿Podría Su Alteza Real tener el agrado de abrir *Purverulentus Siccus* en la cuarta página de su *Jardín gramatical* o *El árbol de los accidentes de palabras gentilmente escrito para los jóvenes talentos?*
Después, todo fue verbos y sustantivos hasta la hora de la comida, pero no creo que Caspian aprendiera gran cosa. Estaba sumamente excitado; tenía la certeza de que el tutor no habría hablado tanto si no estuviera decidido a continuar su relato en otra ocasión.

Y así fue. Algunos días más tarde, el doctor Cornelius le dijo:

—Esta noche te daré tu lección de astronomía. Al anochecer, dos nobles planetas, Tarva y Alambil, se cruzarán a un grado de distancia. Una conjunción como ésta ocurre únicamente cada doscientos años, y Su Alteza no vivirá para verla otra vez. Acuéstate más temprano que de costumbre; cuando se aproxime la hora de la conjunción, yo vendré a despertarte.

A pesar de que no veía ninguna relación entre los planetas y la Antigua Narnia, que era lo único que a Caspian le interesaba, la posibilidad de estar en pie a medianoche es siempre algo emocionante, y se sintió muy contento. Esa noche al acostarse pensó que no podría dormir, pero muy pronto lo venció el sueño. Creyó que habían pasado sólo unos pocos minutos cuando sintió que lo remecían suavemente.

Se sentó en la cama y vio el cuarto inundado por la luz de la luna. El doctor Cornelius, enfundado en su capa con capuchón y sosteniendo una pequeña lámpara en la mano, lo observaba al pie de la cama. Caspian recordó al instante lo que iban a hacer. Se levantó y se vistió. Aunque era una noche de verano, sintió frío y con gusto dejó que el doctor lo envolviera en una capa parecida a la suya y le colocara un par de tibios y suaves botines en los pies.

Bien tapados para que no los reconocieran por los corredores oscuros y calzando sus botines para no hacer ruido, el maestro y su pupilo abandonaron la habitación.

Caspian siguió al doctor Cornelius a través de numerosos pasadizos; subieron unas escaleras y, por último, cruzaron la estrecha puerta de una torrecilla que daba a la techumbre de plomo. Las almenas a un lado, al otro la inclinada azotea; abajo, los sombríos jardines del castillo, iluminados por un débil resplandor; arriba, las estrellas y la luna. Al llegar ante otra puerta que conducía a la gran torre central del castillo, el doctor Cornelius la abrió con su llave y subieron por la oscura escalera de caracol. Caspian se sentía cada vez más entusiasmado; jamás le había sido permitido subir esa escalera.

Era larga y empinada, pero cuando salieron al techo de la torre y recuperaron el aliento, Caspian pensó que el esfuerzo bien valía la pena. A lo lejos, a su derecha, podía ver con bastante nitidez las montañas occidentales. A su izquierda, el destello del Gran Río. Reinaba un profundo silencio que permitía escuchar hasta el sonido de la cascada en el Dique de los Castores, a poco más de una milla de distancia. Reconocieron fácilmente las dos estrellas que habían venido a observar. Titilaban muy bajo en el cielo austral, fulgurantes como dos lunas y muy juntas una de la otra.

—¿Irán a chocar? —preguntó, con un tono de reverente temor.

—No, querido Príncipe —respondió el doctor (él también hablaba en un murmullo)—. Los grandes planetas del cielo conocen perfectamente los pasos de su danza. Míralos atentamente. Su encuentro es venturoso y augura un buen futuro para el triste reino de Narnia. Tarva, el Señor de la Victoria, saluda a Alambil, la Dama de la Paz. Están alcanzando ahora el punto máximo de su conjunción.

—Qué lástima que ese árbol de allí tape la vista —lamentó Caspian—. Habríamos visto mejor desde la Torre Oeste, aunque no es tan alta como ésta.
El doctor Cornelius guardó silencio y permaneció muy quieto, con sus ojos fijos en Tarva y Alambil. Luego, con un profundo suspiro, se volvió hacia Caspian.

—Escucha —dijo—. Has presenciado lo que ningún hombre vivo ha visto ni verá jamás. Y tienes razón, se habría observado mejor desde la otra torre. Pero te traje aquí por un motivo especial.

Caspian levantó sus ojos hacia él, pero no pudo ver su cara, enteramente cubierta por el capuchón.

—La virtud de esta torre —señaló el doctor Cornelius—, es que hay seis salas vacías bajo nosotros y una larga escalera, y que la puerta del fondo está cerrada con llave. Nadie puede escucharnos.

—¿Me va a contar lo que no me dijo el otro día? —preguntó Caspian.

—Así es —contestó el doctor—. Pero recuerda: tú y yo hablaremos de estos temas nada más que aquí en la cima de la Gran Torre.

—Lo prometo —dijo Caspian—. Pero siga, por favor.

—Pon atención —dijo el doctor—. Todo lo que has oído sobre la Antigua Narnia es verdad. No es una tierra de hombres. Es el país de Aslan, el país de los Arboles Despiertos y de las Náyades Visibles, de Faunos y Sátiros, de Enanos y Gigantes, de dioses y de Centauros, de Bestias que hablan. Contra ellos luchó Caspian Primero. Ustedes, los Telmarinos, silenciaron a las bestias y a los árboles y a las fuentes, mataron y expulsaron a enanos y faunos, y ahora tratan de borrar hasta el más leve recuerdo de ellos. El Rey no permite que se les mencione.

—¡Ojalá los Telmarinos no hubiésemos cometido esos crímenes! —exclamó Caspian—. Pero me *alegro* de que todo fuera verdad, aunque ya nada exista.

—Muchos de los de tu raza desean lo mismo, en secreto —dijo el doctor Cornelius.

—Pero, doctor —dijo Caspian—, ¿por qué usted dice "mi" raza? Supongo que usted también es un Telmarino.

—¿Lo soy? —susurró el doctor.

—Bueno, en todo caso, es un hombre.

—¿Lo soy? —repitió el doctor con voz más profunda, echando atrás su capuchón para que Caspian pudiera ver claramente su rostro a la luz de la luna.

Caspian comprendió súbitamente la verdad y pensó que debía haberse dado cuenta mucho antes. El doctor Cornelius era tan pequeño, tan gordo, su barba era tan larga. Dos pensamientos cruzaron por su mente al mismo tiempo. Uno de terror: "No es un hombre, es un *Enano,* y me ha traído aquí para matarme". El otro pensamiento, en cambio, lo llenaba de alegría: "Todavía existen Enanos y yo he visto uno por fin".

—Así que finalmente lo has adivinado —dijo el doctor Cornelius—. En parte, por lo menos. No soy un Enano puro. También tengo sangre humana en mis venas. Muchos Enanos huyeron de las grandes batallas y lograron sobrevivir; afeitaron sus barbas y, usando zapatos con tacos altos, trataron de parecer hombres y se mezclaron con tus Telmarinos. Yo soy uno de ellos, soy sólo medio-enano; si algunos de mis parientes, los verdaderos Enanos, viven

todavía en alguna parte del mundo, sin duda me despreciarían y me llamarían traidor. Pero en todos estos años jamás hemos olvidado a nuestro propio pueblo y a las demás criaturas afortunadas de Narnia, y añoramos los remotos días de nuestra perdida libertad.

—Lo... lo siento, doctor —dijo Caspian—. No fue por mi culpa, usted lo sabe.

—No digo estas cosas para culparte a ti, querido Príncipe —replicó el doctor—. Te preguntarás por qué lo hago. Tengo dos buenas razones. En primer lugar, porque mi viejo corazón ha cargado por tanto tiempo con esos secretos que ya le pesan dolorosamente y podría estallar si no te los revelo a ti. En segundo lugar, porque cuando seas Rey podrás ayudarnos, pues sé que tú, aunque eres Telmarino, amas las cosas de antaño.

—Claro que sí —afirmó Caspian—. Pero ¿cómo podría ayudar?

—Podrías tener compasión de los pobres despojos del pueblo enano, como yo. Podrías reunir a los magos más sabios para buscar la manera de despertar nuevamente a los Arboles. Podrías escudriñar todos los rincones y lugares despoblados del mundo para ver si en alguna parte aún se esconden Faunos, o Bestias que Hablan, o Enanos.

—¿Cree que queda alguno? —interrogó Caspian, ansiosamente.

—No lo sé, no lo sé —repuso el doctor, con un hondo suspiro—. A veces temo que no. He buscado sus rastros durante toda mi vida. En ocasiones me ha parecido escuchar el eco del tambor de mi gente en las montañas. Algunas noches, en los bosques, he creído tener una fugaz visión de faunos y sátiros danzando muy a lo lejos; pero al acercarme, se desvanecía. A menudo pierdo las esperanzas, pero entonces sucede algo que me impulsa a continuar la búsqueda. No sé. Pero al menos tú puedes tratar de ser un Rey como fue Pedro, el gran Rey de antaño, y no como tu tío.

—Entonces, ¿también es verdad lo que he escuchado de los Reyes y Reinas y de la Bruja Blanca? —preguntó Caspian.

—Por supuesto que es verdad —afirmó Cornelius—. El reinado de los Reyes y Reinas fue la Edad de Oro de Narnia; esta tierra nunca los ha olvidado.

—¿Vivieron en este castillo, doctor?

—No, hijo mío —respondió el anciano—. Este castillo es obra de ayer tan sólo; fue construido por tu tátara-tatara-abuelo. Cuando Aslan coronó a los dos hijos de Adán y a las dos hijas de Eva como Reyes y Reinas de Narnia, su morada fue el castillo de Cair Paravel. Ningún ser viviente ha conocido ese

sitio sagrado y es muy posible que hasta sus ruinas hayan desaparecido ya. Creemos que estaba situado lejos de aquí, en la desembocadura del Gran Río, a orillas del mar.

—¡Uf! —exclamó Caspian, sintiendo escalofríos—.

¿Quiere decir allá en los Bosques Negros? ¿Donde viven... usted sabe... los fantasmas?

—Su Alteza repite lo que le han enseñado —dijo el doctor—. Pero no es cierto. No hay fantasmas allí. Es una historia inventada por los Telmarinos. Tus Reyes le tienen un miedo mortal al mar, porque no pueden olvidar que todos los relatos hablan de que Aslan viene desde más allá del mar. No se acercan, ni quieren que ningún narniano lo haga. Por ese motivo han dejado crecer espesos bosques, para aislar a su gente de la costa. Y como se ha peleado con los árboles, también temen a los bosques. Y como temen a los bosques, imaginan que están llenos de fantasmas. Los Reyes y sus cortesanos, que odian tanto el mar como el bosque, creen en parte estas historias, y en parte las alientan. Se sienten más a salvo si nadie se atreve a bajar a la playa a mirar hacia el mar, hacia el reino de Aslan, hacia el amanecer y el ocaso del mundo.

Cayó sobre ellos un profundo y prolongado silencio. Luego el doctor Cornelius dijo:

—Ven. Llevamos aquí demasiado tiempo. Ya es hora de bajar y de volver a la cama.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó Caspian—. Me gustaría seguir hablando sobre estas cosas por horas, y horas, y horas.

—Si nos quedamos, empezarían a buscarnos por todos lados —repuso el doctor Cornelius.

V
LA AVENTURA DE CASPIAN EN LAS MONTAÑAS

A partir de aquel día, Caspian y su tutor tuvieron numerosas conversaciones secretas en la cima de la Gran Torre, y cada vez Caspian aprendía más sobre la Antigua Narnia, y pasaba sus horas libres soñando con los días del pasado y deseando que volvieran. Claro que no le quedaban muchas horas libres, pues ahora su educación había empezado en serio. Aprendió esgrima y equitación, natación y buceo, así como a disparar con el arco y a tocar la flauta dulce y la tiorba. Aprendió también a cazar venados y a abrirlos de un tajo una vez muertos; y además su tutor le enseñó cosmografía, retórica, heráldica, versificación y, por supuesto, historia; un poco de leyes, física, alquimia y astronomía. De magia, sólo la teoría, porque el doctor Cornelius opinaba que su práctica no era un estudio adecuado para un príncipe.

—Yo mismo —agregó— soy un mago mediocre y sólo puedo realizar algunos experimentos muy sencillos.

No pudo estudiar navegación (un arte noble y heroico, según el doctor Cornelius), porque el Rey Miraz desaprobaba todo lo relacionado con los barcos y el mar.

Llegó a conocer muchas otras cosas gracias a sus propios ojos y oídos. Cuando era pequeño, a menudo se preguntaba por qué le desagradaba su tía, la Reina Prunaprismia; con el tiempo se dio cuenta de que era porque ella no lo quería. Igualmente, tuvo conciencia de que Narnia no era un país muy feliz. Los impuestos eran elevadísimos, las leyes muy duras y Miraz un hombre extremadamente cruel.

Al paso de algunos años, se comentó que la Reina estaba enferma y se produjo un gran alboroto en todo el castillo, y hubo seria preocupación por la salud de la soberana. Acudieron los médicos y los cortesanos murmuraban por doquier. Recién comenzaba el verano. Una noche, en medio de toda aquella agitación, el doctor Cornelius despertó inesperadamente a Caspian a las pocas horas de haberse dormido.

—¿Vamos a estudiar un poco de astronomía, doctor? —preguntó.

—¡Silencio! —dijo el doctor—. Ten confianza en mí y haz exactamente lo que te digo. Vístete; partirás en un largo viaje.

Caspian se sorprendió mucho, pero confiaba en su tutor y siguió sus indicaciones sin titubear. Cuando estuvo vestido, el doctor dijo:

—He preparado un morral para ti; en la habitación del lado lo

llenaremos con las viandas de la cena de Su Alteza.

—Allí deben estar mis pajes —advirtió Caspian.

—Duermen profundamente y no despertarán —dijo el doctor—. Soy un mago bastante mediocre, pero al menos *puedo* proporcionar un sueño encantado.

Pasaron a la antecámara y allí, efectivamente, ambos pajes yacían tendidos en sus sillas, roncando a más y mejor. El doctor Cornelius trozó rápidamente un pollo frío, cortó unas rebanadas de venado y, junto con un poco de pan, unas manzanas y un frasquito de buen vino, los puso dentro del morral. El príncipe se lo colgó al hombro con una cuerda, como el bolsón que se usa para llevar los libros al colegio.

—¿Tienes tu espada? —preguntó el doctor.

—Sí —respondió Caspian.

—Entonces, ponte esta capa para que no se vean la espada y el morral. Así está bien. Y ahora iremos a la Gran Torre, pues tenemos que hablar.

Una vez en la Torre (era una noche nubosa, muy distinta a la noche en que vieron la conjunción de Tarva y Alambil), el doctor Cornelius dijo:

—Querido Príncipe, tendrás que abandonar este castillo de inmediato y partir a buscar tu fortuna a los bosques; aquí tu vida corre peligro.

—¿Por qué? —preguntó Caspian.

—Porque tú eres el verdadero Rey de Narnia, Caspian Décimo, el único hijo y heredero de Caspian Noveno. Larga vida a Su Majestad...

Y repentinamente, ante la sorpresa de Caspian, el hombrecillo hincó su rodilla en tierra y besó su mano.

—¿Qué significa esto? No entiendo —dijo Caspian.

—No sé por qué no me has preguntado antes —dijo el doctor— cómo, siendo hijo del Rey Caspian, no eres tú mismo el Rey Caspian. Todos, menos Su Majestad, saben que Miraz es un usurpador. Cuando empezó a gobernar ni siquiera pretendía ser Rey; se llamaba a sí mismo Lord Protector. Pero entonces murió tu real madre, la Reina buena y la única Telmarina que fue bondadosa conmigo. Poco después murieron o desaparecieron uno a uno todos los grandes señores que habían conocido a tu padre. No por accidente, ciertamente: Miraz los eliminó. Belisar y Uvilas fueron acribillados a flechas

durante una cacería; casualmente, según se explicó. A los de la familia de los Passarid los envió a luchar contra los gigantes de la frontera norte hasta que cayeron uno tras otro. Arlian y Erimon y otros doce caballeros fueron ejecutados con falsos cargos de locura. Y finalmente persuadió a los siete nobles señores, los únicos Telmarinos que no temían al mar, para que se embarcaran y fueran a buscar nuevas tierras más allá del Océano de Oriente; jamás regresaron, que era lo que él esperaba. Y cuando no hubo quién pudiera abogar en tu favor, los aduladores (siguiendo sus instrucciones) le rogaron que aceptara ser Rey y, por supuesto, él accedió.

—¿Quiere decir que ahora quiere matarme a mí también? —preguntó Caspian.

—Es bastante probable —contestó el doctor Cornelius.

—Pero ¿por qué ahora? —volvió a preguntar Caspian—. Es decir, ¿por qué no lo hizo antes, si eso era lo que quería? ¿Qué mal le he hecho yo?

—Ha cambiado de opinión respecto a ti por algo que sucedió hace sólo dos horas. La Reina ha dado a luz un hijo. —No veo qué tiene que ver eso —dijo Caspian.

—¡No lo ves! —exclamó el doctor—. Entonces ¿mis lecciones de historia y política no han servido de nada? Escucha. Como no tenía hijos, Miraz decidió que tú serías Rey a su muerte. No porque te estimara mucho, sino porque prefería que fueras tú el heredero y no un extraño. Ahora que tiene un hijo propio, querrá que él sea el próximo Rey. Tú le estorbas y te sacará de su camino.

—¿Es tan malo como para hacer eso? —preguntó Caspian—. ¿Sería capaz de asesinarme?

—El asesinó a tu padre —dijo el doctor Cornelius.

Caspian sintió que se iba a desmayar, pero no dijo nada.

—Podría relatarte toda la historia —dijo el doctor—, pero no ahora, porque no hay tiempo. Tienes que partir de inmediato.

—¿Usted vendrá conmigo? —preguntó Caspian.

—No me atrevo —respondió el tutor—. Sería más peligroso para ti. Es más fácil seguir el rastro de dos personas que el de una sola. Querido Príncipe, mi querido Rey Caspian, tienes que ser muy valiente. Te irás solo y en este mismo instante. Trata de cruzar la frontera sur y llegar a la corte del Rey Nain de Archenland; él te ayudará y será bueno contigo.

—¿No le volveré a ver nunca más? —dijo Caspian, con voz trémula.

—Espero que sí, querido Rey —repuso el doctor—. ¿Qué otro amigo tengo yo en el mundo si no es Su Majestad? Y tengo también un poquito de magia... Pero ahora hay que actuar con rapidez. Antes de que te vayas, te daré dos regalos: esta pequeña bolsa de oro... ¡y pensar que todos los tesoros de este castillo te pertenecen por derecho propio! Y algo mucho más valioso.
Y puso en las manos de Caspian un objeto que él apenas podía distinguir, pero al tocarlo se dio cuenta de que era un cuerno.

—Este —dijo el doctor Cornelius— es el tesoro más grande y sagrado que hay en Narnia. Cuando era todavía joven, debí vencer incontables terrores y recurrir a diversos hechizos para encontrarlo. Es el cuerno mágico de la Reina Susana, que ella dejó olvidado cuando desapareció de Narnia al término de la Edad de Oro. Se dice que quien sople este cuerno recibirá una ayuda extraña..., nadie sabe cuán extraña. Ojalá tenga el poder de traer del pasado a la Reina Lucía y al Rey Edmundo, y a la Reina Susana y al gran Rey Pedro, para que pongan todo en orden. A lo mejor a su sonido acude el propio Aslan. Tómalo, Rey Caspian, pero no lo uses a menos que sea por extrema necesidad. Y ahora, apresúrate... ¡Rápido, rápido! La puertecilla al fondo de la Torre, la que da al jardín, está sin llave. Allí nos separaremos.

—¿Puedo llevar a mi caballo Destrier? —pidió Caspian.

—Ya está ensillado esperándote en el rincón del huerto.

Mientras bajaban la gran escalera de caracol, Cornelius susurraba sus consejos al oído de Caspian, quien, aunque se sentía asustado y como con el alma en los pies, se esforzaba por escuchar con la mayor atención. Salieron al aire fresco del jardín; un cariñoso apretón de manos, una carrera por el pasto, el relincho de bienvenida de Destrier, y así fue como el Rey Caspian Décimo abandonó el castillo de sus padres. Miró hacia atrás y vio que se encendían fuegos artificiales para celebrar el nacimiento del nuevo príncipe.

Cabalgó toda la noche por los bosques en dirección al sur, escogiendo caminos laterales y senderos estrechos y escasamente frecuentados mientras estuvo en tierras conocidas; después tomó el camino real. Destrier estaba tan excitado como su amo con ese desacostumbrado paseo, y Caspian, a pesar de sus lágrimas al despedirse del doctor Cornelius, era valiente y, en el fondo, iba feliz al pensar que era el Rey Caspian y que cabalgaba en busca de aventuras, con su espada a su izquierda y el cuerno mágico de la Reina Susana a su derecha. Pero cuando amaneció lloviznando y miró a su alrededor y se vio rodeado de bosques desconocidos, páramos y montañas azules, pensó que el mundo era muy grande y desconocido, y se sintió asustado e insignificante.

Con las primeras luces del día se apartó del camino y encontró un claro en el bosque cubierto de pasto donde pudo descansar. Quitó las bridas a Destrier para dejarlo pastar; comió un poco de pollo frío, bebió un sorbo de vino y se durmió. Despertó a media tarde; comió otro bocado y continuó su marcha, siempre hacia el sur, por sendas solitarias. Subía y bajaba colinas constantemente, pero siempre más hacia arriba. Desde cada loma podía ver cómo las montañas crecían y se oscurecían frente a él. El atardecer lo sorprendió cabalgando por las laderas más bajas. Se levantó viento y pronto empezó a llover a cántaros. Destrier se puso inquieto; había truenos. Se internaron en un oscuro y aparentemente interminable bosque de pinos. La mente de Caspian se pobló de historias que había escuchado sobre la enemistad de los árboles contra el hombre. Recordó que, después de todo, él era un Telmarino, que pertenecía a aquella raza que taló árboles a su antojo y que estaba en guerra contra todo lo silvestre; y pensó que, aun cuando él no era como los demás Telmarinos, no se podía esperar que los árboles lo supieran.

Y no lo sabían. El viento se transformó en tempestad, los troncos de los árboles crujían y rugían en torno a él. Hubo un estrépito. Un árbol cayó atravesado en el camino justo detrás de Caspian. "Tranquilo, Destrier, tranquilo", dijo, acariciando el cuello del animal; pero también él temblaba y comprendió que había escapado de la muerte por un pelo. Centelleó un relámpago y el chasquido del trueno pareció partir el cielo en dos. Destrier se desbocó y Caspian, a pesar de ser muy buen jinete, no tuvo fuerzas para frenarlo. Se mantuvo en la silla, sabiendo que su vida pendía de un hilo en esa loca carrera que emprendió su caballo. Uno tras otro se alzaban los árboles ante ellos en el crepúsculo y los esquivaban con gran dificultad. De pronto, en forma casi demasiado rápida como para herirlo (y que sin embargo lo hirió), algo golpeó a Caspian en la frente, haciéndolo perder el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró tendido en un sitio iluminado por el fulgor del fuego; sentía sus miembros magullados y un gran dolor de cabeza. Cerca de él escuchó voces que hablaban muy bajo.

—Y ahora —decía una de las voces—, antes de que despierte, tenemos que decidir qué haremos con él.

—Matarlo —dijo otra—. No podemos dejarlo vivo, podría traicionarnos.

—Deberíamos haberlo matado de inmediato, pero ahora tenemos que dejarlo vivir —dijo una tercera voz—. No podemos matarlo después de haberlo recogido y haber vendado su cabeza y demás heridas. Sería como asesinar a un huésped.

—Caballeros —dijo Caspian, con voz débil—. Hagan lo que quieran conmigo, pero les pido que tengan piedad de mi pobre caballo.

—Tu caballo alzó el vuelo mucho antes que te encontráramos —dijo la primera voz; una voz curiosamente cascada y terrestre, según le pareció a Caspian.

—No dejen que los convenza con sus bonitas palabras —dijo la segunda voz— . Yo sostengo...

—¡Espinas de pescados! —exclamó la tercera voz—. Por supuesto que no lo mataremos. Qué vergüenza, Nikabrik. ¿Qué dices tú, Cazatrufas? ¿Qué haremos con él?

—Yo le daré de beber —repuso la primera voz, probablemente la de Cazatrufas.

Una silueta sombría se acercó a la cama. Caspian sintió que un brazo se deslizaba suavemente bajo sus hombros, si es que era realmente un brazo. La figura parecía un poco deforme. La cara que se inclinó sobre él parecía igualmente deforme. Tuvo la sensación de que era muy peluda, con una nariz larguísima y unas raras manchas blancas a ambos lados. "Debe ser una especie de máscara", pensó Caspian. "O quizás tengo fiebre y estoy delirando". Sintió que llevaban a sus labios una copa llena de un líquido dulce y caliente, y lo bebió. Alguien atizó el fuego. Surgió una llamarada y Caspian casi gritó de sorpresa, pues la repentina luz iluminó el rostro que lo miraba. No era la cara de un hombre, sino la de un tejón, sólo que mucho más grande, amistosa e inteligente que la de todos los que había visto antes. Y hablaba. También se dio cuenta de que estaba tendido sobre un lecho de brezo, dentro de una caverna. Sentados frente al fuego había dos hombrecillos barbudos, mucho más salvajes, peludos, bajos y gordos que el doctor Cornelius y comprendió de inmediato que se trataba de verdaderos Enanos, antiguos Enanos, sin una gota de sangre humana en sus venas. Entonces Caspian supo que por fin había encontrado a los Antiguos Narnianos. Sintió que su cabeza daba vueltas.

En el transcurso de los días aprendió a conocerlos por sus nombres. El Tejón se llamaba Cazatrufas; era el de más edad y el más bondadoso de los tres. El Enano que quería matar a Caspian era un amargado enano negro (es decir, su cabello y barba eran negros, espesos y tiesos como crin de caballo). Su nombre era Nikabrik. El otro Enano era un enano rojo, con su pelo semejante al del Zorro, que se llamaba Trumpkin.

—Y ahora —dijo Nikabrik una tarde, cuando Caspian se sintió mejor y pudo sentarse a conversar—, aún no hemos decidido qué haremos con este humano. Ustedes dos creen que le han hecho un gran favor al no permitirme matarlo. Pero me imagino que el resultado final será que tendremos que tenerlo prisionero por el resto de su vida. Por ningún motivo lo dejaré escapar vivo para que regrese junto a los de su raza y nos traicione.

—¡Almohadas y almohadones, Nikabrik! —exclamó Trumpkin—. ¿Por qué tienes que hablar de manera tan dura? La criatura no tiene la culpa de haberse estrellado de cabeza contra un árbol a la puerta de nuestra caverna. A mí no me parece que sea un traidor.

—Escúchenme —dijo Caspian—, ustedes ni siquiera saben si yo deseo regresar. Y la verdad es que no quiero. Me gustaría quedarme con ustedes... si me lo permiten. He pasado mi vida buscándolos.

—¡Puros cuentos! —gruñó Nikabrik—. Eres un Telmarino y un humano, ¿no es así? Estoy cierto de que quieres volver donde tu propia gente.

—Pero es que aun cuando quisiera, no puedo volver —dijo Caspian—. Huía tratando de salvar mi vida cuando tuve el accidente. El Rey quiere asesinarme. Si ustedes me matan, habrán hecho justo lo que él más desea.

—¡Vaya, vaya —musitó Cazatrufas—, no es posible! —¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué has hecho, humano, para caer en desgracia ante Miraz, a tu edad? — preguntó Trumpkin.

—El es mi tío —comenzó Caspian, pero Nikabrik se levantó bruscamente con su puñal en la mano.

—¡Ahí tienen! —gritó—. No sólo es un Telmarino sino además es pariente cercano y heredero de nuestro peor enemigo. ¿Serán tan locos de dejar con vida a esta criatura?

Habría apuñalado a Caspian ahí mismo, si el Tejón y Trumpkin no se hubieran interpuesto en su camino, forzándolo a volver a su asiento, donde lo mantuvieron sujeto.

—Ahora, de una vez por todas, Nikabrik —sentenció Trumpkin—, ¿vas a contenerte o Cazatrufas y yo tendremos que sentarnos encima de tu cabeza?

Nikabrik prometió de mala gana que se quedaría tranquilo. Los otros dos le pidieron a Caspian que contara su historia. Cuando terminó el relato se hizo un silencio.

—Es la historia más rara que he oído —dijo Trumpkin.

—A mí no me gusta —dijo Nikabrik—. No sabía que todavía se hablara de nosotros entre los humanos. Cuanto menos sepan de nuestra existencia será mejor. Y esa vieja niñera debiera haber sujetado la lengua. Y en todo está mezclado ese Tutor: un Enano renegado. Los odio, los odio más que a los humanos. Recuerden mis palabras..., no saldrá nada bueno de todo esto.

—No hables de cosas que no entiendes, Nikabrik —dijo Cazatrufas.

—Ustedes los Enanos son tan olvidadizos y cambiantes como los mismos humanos. Yo soy una bestia, y además soy un Tejón. Nosotros no cambiamos; nosotros nos mantenemos en una línea. Y pienso que saldrá algo muy bueno de todo esto. Tenemos ante nosotros al verdadero Rey de Narnia; un verdadero Rey que vuelve a la verdadera Narnia. Y nosotros las bestias no olvidamos, aun cuando los Enanos no lo recuerden, que Narnia nunca estuvo mejor que bajo el reinado de un Hijo de Adán.

—¡Pitos y flautas, Cazatrufas! —exclamó Trumpkin—. ¿No pretenderás entregarles el país a los humanos?

—No dije eso —contestó el Tejón—. Este no es país de hombres (¿quién puede saberlo mejor que yo?), pero es un país que debe ser gobernado por un hombre. Los Tejones tenemos bastante buena memoria como para saberlo. Porque, sin ir más lejos, ¿no era hombre el gran Rey Pedro?

—¿Tú crees en esas viejas leyendas? —preguntó Trumpkin.

—Ya te dije, las bestias no cambiamos —respondió Cazatrufas—. Tampoco olvidamos. Creo en el gran Rey Pedro y en los otros que reinaron en Cair Paravel tan firmemente como creo en el propio Aslan.

—Tan firmemente como *eso,* quizás —dijo Trumpkin—. Pero ¿quién cree todavía en Aslan?

—Yo —dijo Caspian—. Y si no creía antes, creo ahora. Allá entre los humanos la gente que se ríe de Aslan se reiría de los cuentos sobre Enanos y bestias que hablan. Algunas veces dudé si existiría realmente un ser como Aslan; también dudé si habría gente como ustedes. Y, sin embarga, aquí están.

—Es cierto —asintió Cazatrufas—. Tienes razón, Rey Caspian. Y mientras seas leal a la Antigua Narnia, serás *mi* Rey, digan lo que digan. ¡Viva Su Majestad!

—Me das asco, Tejón —gruñó Nikabrik—. El gran Rey Pedro y los demás habrán sido hombres, pero de otra clase.

Este es uno de esos malditos Telmarinos que *cazan* animales por deporte. ¿No lo has hecho tú también? —agregó, dirigiéndose bruscamente a Caspian.

—Bueno, a decir verdad, lo he hecho respondió Caspian—. Pero no eran bestias que hablan.

—Es lo mismo —dijo Nikabrik.

—No, no, no —intervino Cazatrufas—. Tú sabes muy bien que no es lo mismo. No ignoras que las bestias de Narnia han cambiado y se asemejan ahora a esas pobres, mudas y necias criaturas que habitan en Calormen o en Telmar. Su tamaño es más pequeño, también. Son más distintas a nosotros que un medio-Enano a ustedes.

Hubo una larga discusión, pero al final se acordó que Caspian se quedaría y además se le prometió que, en cuanto estuviera en condiciones de salir, lo llevarían a visitar a "los Otros", como los llamaba Trumpkin. Al parecer toda clase de criaturas de los antiguos tiempos de Narnia aún vivían ocultas en esas regiones despobladas.

VI
LAS CRIATURAS QUE VIVIAN OCULTAS

Entonces comenzó para Caspian la época más feliz de su vida. Una linda mañana de verano en que el pasto estaba aún cubierto de rocío emprendió el viaje con los dos Enanos y el Tejón. Atravesando el bosque, subieron hasta una elevada cumbre en las montañas y bajaron hacia el sur por sus asoleadas laderas, desde donde podían ver las verdes campiñas de Archenland.

—Iremos primero donde los Tres Osos Panzones —dijo Trumpkin.

Cruzando un claro en el bosque llegaron al pie de un roble hueco cubierto de musgo. Cazatrufas golpeó el tronco con su pata tres veces sin recibir respuesta. Golpeó una vez más y se escuchó una voz algo opaca que decía desde adentro:

—Váyase. Todavía no es tiempo de levantarse.

Pero cuando golpeó nuevamente, se escuchó en el interior un estruendo parecido a un pequeño terremoto, se abrió una especie de puerta y aparecieron tres osos de color café, muy panzones en realidad, cuyos ojillos pestañeaban con la luz del día. Una vez que se les explicó todo (lo que tomó bastante tiempo, porque aún tenían mucho sueño), dijeron, tal como había dicho Cazatrufas, que el Hijo de Adán debía ser el Rey de Narnia; besaron a Caspian —unos besos sumamente húmedos y resfriados— y le ofrecieron miel. Caspian no tenía ganas de comer miel, sin pan, y menos a esa hora de la mañana, pero pensó que debía aceptarla por cortesía. Después pasó un buen rato tratando de limpiar sus dedos pegajosos.

Luego continuaron su camino hasta un bosquecillo de elevadas hayas, y Cazatrufas gritó: " ¡Correvuela, Correvuela, Correvuela!". En el acto, balanceándose de rama en rama hasta quedar colgando justo encima de sus cabezas, apareció la más magnífica ardilla roja que Caspian hubiese visto jamás. Era muchísimo más grande que las mudas ardillas comunes que solían verse en los jardines del castillo; en realidad, ésta era casi del tamaño de un perrito, y bastaba mirar su cara para darse cuenta de que podía hablar. El único problema era conseguir que se callara, pues, como todas las ardillas, era charlatana. Acogió a Caspian sin dudar un instante, le ofreció una nuez, y Caspian aceptó agradecido. Pero cuando Correvuela se alejó saltando a buscarla, Cazatrufas susurró al oído de Caspian:

—No la mires, mira hacia otro lado. Es de pésima educación entre las ardillas observar a alguien cuando va a su bodega, o dar la impresión de que quieres saber dónde guarda sus provisiones.

Correvuela regresó con la nuez para Caspian. Después la ardilla se ofreció para llevar mensajes a otros amigos. "Porque puedo andar casi por todas partes sin poner un pie en el suelo", dijo. Cazatrufas y los Enanos consideraron la idea excelente y le encargaron que llevara recados para toda clase de gente, de nombres harto extraños, invitándolos a acudir en tres días más, a la medianoche, a un banquete y a una reunión de consejo en el Prado de las Danzas.

—Y avísales a los tres Panzones también —agregó Trumpkin—. Nos olvidamos de invitarlos.

La siguiente visita fue a los Siete Hermanos del Bosque Tembloroso. Trumpkin los guió en su regreso hasta la cumbre; bajaron hacia el este por la ladera norte de las montañas hasta llegar a un paraje imponente en medio de rocas y pinos. Caminaban en silencio y Caspian sintió que la tierra temblaba bajo sus pies, como si alguien estuviese martillando en las profundidades. Trumpkin se acercó a una piedra plana, del tamaño de la tapa de un barril, y golpeó con su pie. Al cabo de un largo rato, la piedra fue removida desde adentro por alguien o algo que asomó por un hoyo oscuro y redondo de donde salía una gran cantidad de calor y vapor: era la cabeza de un Enano muy parecido a Trumpkin. Hubo una larga discusión, ya que el Enano se mostró más incrédulo que la Ardilla o los Osos Panzones, pero al final todo el grupo fue invitado a bajar. Caspian se encontró de pronto descendiendo por una oscura escalera al interior de la tierra. Al llegar al fondo, vio una lumbre; era la luz de un horno y entonces comprendió que se hallaban en medio de una inmensa herrería. A un lado corría un arroyo subterráneo. Dos Enanos trabajaban con el fuelle; otro, con un par de tenazas, sostenía una plancha caliente de metal rojo sobre el yunque; un cuarto la martillaba, mientras otros dos, limpiando sus callosas y diminutas manos con un trapo grasiento, acudían a recibir a los visitantes. Fue difícil convencerlos de que Caspian era un amigo y no un enemigo, pero terminaron por entenderlo, y todos lo saludaron gritando " ¡Viva el Rey!", y le hicieron espléndidos regalos: armaduras, yelmos y espadas para Caspian, Trumpkin y Nikabrik. El Tejón podría haber recibido algo similar si hubiese querido, pero dijo que él era una bestia y que si sus propias garras y dientes no bastaban para cuidar su piel, entonces no valía la pena defenderla. Caspian jamás había visto un trabajo más fino que el de esas armas, y aceptó encantado usar la espada hecha por los Enanos en lugar de la suya que, al compararlas, era tan débil como un juguete y tan tosca como un palo mal tallado. Los Siete Hermanos (que eran Enanos Rojos) prometieron asistir al festín en el Prado de las Danzas.

Un poco más lejos, en un barranco seco y rocoso, dieron con la caverna de cinco Enanos Negros, los que examinaron a Caspian con notoria desconfianza, pero finalmente el mayor de ellos dijo:

—Si está en contra de Miraz, lo reconoceremos como nuestro Rey.

El que le seguía agregó:

—¿Quieren que los acompañemos más arriba, hasta los riscos? Allí hay un par de Ogros y una Bruja que les podemos presentar.

—Por ningún motivo —dijo Caspian,

—Me parece que no, en realidad —añadió Cazatrufas—. No quisiéramos a nadie de esa calaña a nuestro lado.

Nikabrik estuvo en desacuerdo, pero Trumpkin y el Tejón impusieron su opinión. Caspian se estremeció al pensar que las criaturas horrendas de las viejas historias, así como las buenas, aún tenían algunos descendientes en Narnia.

—Aslan no podría ser nuestro amigo si hacemos venir a esa chusma —comentó Cazatrufas cuando se alejaban de la cueva de los Enanos Negros.

—¡Oh, Aslan! —dijo Trumpkin alegremente, pero con un dejo de desdén en su voz—. Lo que importa verdaderamente es que no me tendrían a mí.

—Y tú, ¿crees en Aslan? —preguntó Caspian a Nikabrik.

—Creeré en cualquiera persona o cosa —repuso Nikabrik— que mate a palos a esos malditos bárbaros Telmarinos o que los expulse de Narnia. Cualquiera persona o cosa. Aslan o la Bruja Blanca, ¿me entiendes? —Silencio, silencio —intervino Cazatrufas—. No sabes lo que dices. La Bruja era un enemigo mucho más temible que Miraz y toda su ralea.

—No lo era para los Enanos —insistió Nikabrik.

La próxima visita fue más agradable. A medida que bajaban, las montañas se abrían en un largo y estrecho valle o en una boscosa quebrada, al fondo de los cuales corría veloz un río. Sus riberas estaban tapizadas de dedaleras y zarzas, y el aire se llenaba con el zumbido de un enjambre de abejas. Allí Cazatrufas llamó: " ¡Vendaval, Vendaval! " y al cabo de un rato Caspian escuchó un ruido de cascos, que se fue haciendo cada vez más fuerte, hasta que todo el valle tembló y, de pronto, quebrando y pisoteando matorrales, aparecieron las criaturas más nobles que Caspian pudiera imaginar; el magnífico Centauro Vendaval y sus tres hijos. Su lomo tenía un lustroso color castaño y la barba que caía sobre su amplio pecho era de color rojo-dorado. Era un profeta y un astrólogo y ya sabía a qué venía.

—¡Viva el Rey! —gritó—. Mis hijos y yo estamos dispuestos para la guerra. ¿Cuándo se librará la batalla?

Ni Caspian ni los otros habían pensado hasta ahora en una guerra. Habían considerado vagamente la idea de una ocasional incursión a la granja de algún humano, o un posible ataque a grupos de cazadores, si se aventuraban a internarse en esas selvas australes. Pero, en general, sólo habían imaginado la posibilidad de vivir solos en bosques y cuevas y desde su escondite fraguar un asalto a Narnia. Las palabras de Vendaval los hicieron recapacitar seriamente acerca de la situación que enfrentaban.

—¿Propones que organicemos una verdadera guerra para echar a Miraz? — preguntó Caspian.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —repuso el Centauro—. ¿Con qué otro propósito Su Majestad ha vestido su armadura y lleva ceñida su espada?

—¿Lo crees posible, Vendaval? —inquirió el Tejón. —El momento ha llegado —dijo Vendaval—. Yo observo los cielos, Tejón, porque mi deber es ése, como el tuyo es atesorar recuerdos. Tarva y Alambil se han encontrado en las antesalas de los altos cielos, y en la tierra un Hijo de Adán se alza una vez más para dictar las leyes y dar nombres a las criaturas. Ha sonado la hora. El Consejo que sostendremos en el Prado de las Danzas debe ser un consejo de guerra.

Habló con tal determinación que Caspian y sus amigos no dudaron un momento más; ahora les parecía muy posible que pudieran ganar una guerra y muy claro que debían intentarlo.

Como ya era pasado el mediodía, se quedaron con los Centauros y comieron los alimentos que ellos tenían para ofrecerles: pasteles de avena, manzanas, hierba, vino y queso.

El próximo lugar que visitaron estaba muy cercano, pero tuvieron que dar un largo rodeo para evitar adentrarse en una zona habitada por hombres. A las primeras horas de la tarde se hallaban en una llanura, al abrigo de altos matorrales. Allí Cazatrufas llamó por la boca de una pequeña cueva en la tierra verde, de donde irrumpió lo último que Caspian esperaba: un Ratón que Habla. Era muchísimo más grande, por cierto, que un ratón común; medía más de treinta centímetros de alto cuando estaba parado en sus patas traseras; con unas orejas casi tan largas (aunque más anchas) como las de un conejo. Su nombre era Rípichip y era un ratón muy alegre y de aspecto marcial. Usaba un minúsculo espadín colgado a su cintura y constantemente retorcía sus largos bigotes como si fuera un mostacho.

—Somos doce, Señor —dijo con una elegante y graciosa reverencia—. Pongo sin reservas todos los recursos de mi gente a la disposición de Su Majestad.

Caspian se esforzó por no reírse (y lo logró), pero no pudo evitar pensar que Rípichip y toda su gente cabrían dentro de un canasto de ropa para lavar que se carga al hombro.

Sería largo mencionar a todas las criaturas que Caspian conoció ese día; Clodsley Shovel el Topo, los tres Morduros (tejones como Cazatrufas), la Liebre Camila y el Puerco Espín Cerdoso. Al final pudieron descansar junto a un pozo, al borde de un ancho y plano círculo de pasto rodeado de altos olmos que proyectaban largas sombras en ese momento, pues el sol se estaba poniendo, las margaritas se cerraban y bandadas de cuervos volaban a sus nidos para dormir.

Cenaron lo que habían llevado consigo y, en seguida, Trumpkin encendió su pipa (Nikabrik no fumaba).

—Si en estos momentos —dijo el Tejón— pudiéramos despertar a los espíritus de esos árboles y de este pozo, habríamos hecho un buen trabajo por el día de hoy.

—¿No podemos hacerlo? —preguntó Caspian.

—No —contestó Cazatrufas—. No tenemos poder sobre ellos. Desde que los Humanos llegaron a esta tierra, talando los bosques y contaminando los ríos, las Dríades y las Náyades se sumergieron en un sueño profundo. Quién sabe si algún día despertarán. Y es una gran desventaja para nosotros. Los Telmarinos les tienen horror a los bosques y si de repente los Arboles empezaran a moverse furiosos, nuestros enemigos enloquecerían de pavor y huirían de Narnia con toda la rapidez que sus piernas les permitieran.

—¡Qué imaginación tienen ustedes los Animales! —exclamó Trumpkin, que no creía en tales historias—. Pero ¿por qué limitarnos a Arboles y Aguas? ¿No sería mucho más entretenido que las piedras empezaran a lanzarse ellas mismas contra el viejo Miraz?

El Tejón gruñó nada más ante estas palabras y se produjo un silencio tan largo que Caspian casi se había dormido cuando creyó escuchar a su espalda una música débil que salía de la profundidad del bosque. Pensó que soñaba y se recostó nuevamente; pero al poner su oído sobre la tierra, sintió o escuchó (era difícil distinguir) un leve sonido de tambores. Levantó la cabeza. Los golpes de los tambores se alejaron, pero la música se hacía cada vez más clara; un sonar de flautas, al parecer. Vio que Cazatrufas se había incorporado y miraba fijamente hacia los árboles. La luna brillaba en lo alto; Caspian había dormido más tiempo del que había pensado. La música se acercaba más y más, una melodía violenta y soñadora a la vez, y el ruido de pasos de muchos pies livianos, hasta que al fin, saliendo del bosque iluminadas por el claro de luna, aparecieron unas figuras bailando, tal como Caspian había soñado toda su vida. No eran mucho más altas que los Enanos, pero mil veces más

delicadas y graciosas. Sus cabezas eran rizadas y lucían pequeños cuernos; la parte superior de sus cuerpos brillaba desnuda a la luz pálida, pero sus piernas y pies eran iguales a los de las cabras.

—¡Faunos! —gritó Caspian, levantándose de un brinco, y al punto se vio rodeado por ellos.

No costó nada explicarles la situación y aceptaron a Caspian en el acto. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró envuelto en la danza. Trumpkin, con movimientos más torpes y pesados, se les unió e incluso Cazatrufas brincaba y se movía lentamente lo mejor que podía. Sólo Nikabrik se quedó en su lugar, observando en silencio.

Los Faunos bailaban en torno a Caspian al son de sus flautas de caña. Sus extraños rostros, que reflejaban tristeza y alegría al mismo tiempo, examinaban el suyo con sumo interés. Eran docenas de Faunos: Mentius y Obentinus y Dumnus, Voluns, Voltinus, Girbius, Nimienus, Nausus y Oscuns... Todos enviados por la ardilla Correvuela.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Caspian casi creía que todo había sido un sueño; pero el pasto estaba cubierto de ligeras huellas de cascos.

VII
LA ANTIGUA NARNIA EN PELIGRO

El lugar del encuentro con los Faunos era, por cierto, el Prado de las Danzas, y en él permanecieron todos hasta la noche del Gran Consejo. Dormir bajo las estrellas, beber nada más que agua de pozo y alimentarse con nueces y frutas silvestres era una experiencia del todo desconocida para Caspian, acostumbrado en su castillo a dormir en su cama con sábanas de seda en una habitación cubierta de tapicerías y a que le sirvieran sus comidas en vajilla de oro y plata en la antecámara, donde sus pajes estaban siempre dispuestos a atenderlo. Pero nunca se había sentido más feliz que ahora. Jamás había tenido sueños tan placenteros ni comido alimentos más sabrosos; cada día cobraba nuevas fuerzas y su cara lucía una expresión digna de un monarca.

Llegó la gran noche y sus extraños súbditos comenzaron a entrar sigilosamente al Prado de a uno, de a par, de a tres, o en grupos de seis o siete a la luz de la luna que brillaba ya en todo su esplendor, iluminando la escena. Lleno de emoción, recibió a la numerosa concurrencia y agradeció sus amables saludos. Allí estaban todos los que ya conocía, es decir, los Osos Panzones y los Enanos Rojos y los Enanos Negros, Topos y Tejones, Liebres y Puercos Espines, así como otros a quienes no había visto antes: cinco Sátiros de pelo rojo como los zorros; todo el contingente de Ratones que Hablan armados hasta los dientes y marchando al son de las agudas notas de una trompeta; algunos Búhos; el Viejo Cuervo de Ravenscur. Al final (y al verlo Caspian perdió el habla), junto a los centauros, venía Rompetiempo, un modesto pero genuino Gigante de las colinas del Hombre Muerto, llevando sobre su hombro un canasto repleto de Enanos algo mareados, que aceptaron su oferta de transporte, pero que ahora hubiesen preferido haber hecho una caminata.

Los Osos Panzones estaban ansiosos por celebrar primero el festín y dejar el Consejo para después; tal vez para el día siguiente. Rípichep y sus Ratones opinaban que consejos y festines bien podían esperar, y proponían asaltar el castillo de Miraz esa misma noche. Correvuela y las demás Ardillas dijeron que ellas podían comer y hablar al mismo tiempo, así que ¿por qué no celebrar el festín y el consejo ahora mismo? Los Topos mencionaron la urgencia de cavar trincheras alrededor del Prado. Los Faunos sugirieron comenzar el acto con una danza solemne. El Viejo Cuervo, aun estando de acuerdo con los Osos en que sería muy demoroso celebrar un consejo pleno antes de la cena, solicitó autorización para pronunciar un breve discurso ante los asistentes. Pero Caspian, los Centauros y los Enanos rechazaron tales sugerencias, insistiendo en la conveniencia de celebrar un verdadero Consejo de Guerra de inmediato.

Una vez que se logró que todas las criaturas se sentaran en silencio formando un gran círculo y (lo que fue mucho más difícil) que Correvuela

dejara de correr de allá para acá dando órdenes: "¡Silencio, silencio todos, el Rey va a hablar!", Caspian se levantó, bastante nervioso.

—¡Narnianos! —comenzó, pero no pudo continuar, pues Camila la Liebre lo interrumpió diciendo:

—¡Cuidado, hay un Hombre en alguna parte, muy cerca de aquí!

Los concurrentes eran criaturas de la selva, acostumbradas a ser perseguidas y cazadas, de modo que se quedaron inmóviles como estatuas. Todas las bestias volvieron sus narices en la dirección que Camila había indicado.

—Huele a Hombre, pero no totalmente a Hombre —murmuró Cazatrufas.

—Se está acercando —apuntó Camila.

—Dos Tejones y tres Enanos, con sus arcos en la mano, salgan sin ruido a su encuentro —ordenó Caspian.

—Lo despacharemos —dijo un Enano Negro sombríamente, colocando un dardo en las cuerdas de su arco.

—No le disparen si está solo —dijo Caspian—. Agárrenlo.

—¿Porqué? —preguntó el Enano.

—Haz lo que te dicen —dijo Vendaval, el Centauro.

Esperaron en silencio mientras los tres Enanos y los dos Tejones se acercaban furtivamente a los árboles situados al noroeste del Prado. De pronto uno de los Enanos gritó con su voz aguda: "¡Alto! ¿quién va?" y alguien apareció de súbito. Se escuchó entonces una voz, que Caspian conocía muy bien:

—Está bien, está bien. No llevo armas. Aten mis muñecas, si quieren, respetables Tejones, pero no me las muerdan, por favor. Quiero hablar con el Rey.

—¡Doctor Cornelius! —gritó Caspian con alegría y corrió a saludar a su viejo maestro. Todos se agolparon a su alrededor.

—¡Bah! —gruñó Nikabrik—. Un Enano renegado. ¡Un Enano a medias! ¡Le cortaré el cuello con mi espada!

—Quieto, Nikabrik —advirtió Trumpkin—. La criatura no tiene la

culpa de su ascendencia.

—Este es mi mejor amigo, a quien debo la vida —dijo Caspian—. Y al que no le agrade su compañía, puede abandonar mi ejército de inmediato. Queridísimo doctor, ¡qué alegría verlo de nuevo! ¿Cómo logró encontrarnos?

—Usando un poquito de magia muy sencilla, Su Majestad —respondió el doctor, jadeando y resollando aún por la larga caminata. Pero no hay tiempo que perder ahora. Debemos huir de este sitio. Has sido traicionado y Miraz ya se ha puesto en marcha hacia acá. A más tardar mañana al mediodía nos tendrá cercados.

—¡Traicionado! —exclamó Caspian—. ¿Y por quién?

—Por otro Enano renegado, seguramente —dijo Nikabrik.

—Ha sido tu caballo Destrier —aclaró el doctor Cornelius—. El pobre bruto se desorientó cuando tú te caíste; volvió lentamente a su establo en el castillo, y así se supo el secreto de tu huida. Yo me escabullí para evitar que Miraz me interrogara en su cámara de torturas. En mi bola de cristal vi dónde te podía encontrar. Durante todo el día de anteayer las cuadrillas de rastreo de Miraz han recorrido los bosques. Ayer supe que su ejército también había salido. Me temo que algunos de tus... hum... Enanos de Pura Sangre no tienen mucho sentido ni destreza para moverse en los bosques como fuera de esperar. Han dejado huellas por todas partes, lo que es un lamentable descuido. En todo caso, algo ha hecho saber a Miraz que la Antigua Narnia no está muerta como él esperaba, y se ha puesto en movimiento.

—¡Hurra! —se oyó una vocecita chillona que parecía salir de algún sitio bajo los pies del doctor—. ¡Déjenlos venir! Todo lo que pido al Rey es que nos ponga a mí y a mi gente a la vanguardia.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó el doctor Cornelius—. ¿Su Majestad ha reclutado a saltamontes o a mosquitos?

Se agachó y observó cuidadosamente a través de sus anteojos, entrecerrando sus ojos de miope, y rompió a reír.

—¡Por el León —juró—, si es un ratón! Señor Ratón, me encantaría conocerlo mejor. Es un honor para mí encontrar una bestia tan valiente.

—Le brindaré mi amistad, Hombre Sabio —dijo con su voz aflautada Rípichip—. Y cualquier Enano, o Gigante, de este ejército que no lo trate con el debido respeto, se las verá con mi espada.

—¿Hay tiempo para estas tonterías? —preguntó Nikabrik—. ¿Cuál es el plan? ¿Batalla o fuga?

—Batalla, si es necesario —respondió Trumpkin—. Pero no estamos todavía bien preparados y ésta es una plaza difícil de defender.

—No me agrada la idea de huir —expresó Caspian.

—¡Escuchémosle, escuchémosle! —dijeron los Osos Panzones—. Y hagamos lo que hagamos, que sea sin correr; especialmente no antes de la cena, ni tampoco inmediatamente después de terminar de comer.

—Los que huyen primero no siempre llegan últimos —dijo el Centauro—. ¿Para qué dejar que el enemigo escoja nuestra posición, en vez de escogerla nosotros mismos? Busquemos un sitio adecuado.

—Es un consejo muy sensato, Su Majestad, muy sensato —dijo Cazatrufas.

—Pero, ¿a dónde iremos? —preguntaron varias voces.

—Escuche, Su Majestad —dijo el Maestro Cornelius—, y todas las criaturas aquí reunidas. Pienso que debemos escapar en dirección al este y bajar el río rumbo a los grandes bosques. Los Telmarinos detestan esa región. Siempre han temido al mar y a cualquier cosa que de él provenga. Es por eso que han dejado que los árboles crecieran. De acuerdo a la tradición, el antiguo Cair Paravel estaba situado en la desembocadura del río. Los que habitan esa zona son amigos nuestros y odian a nuestros enemigos. Debemos ir al Monumento de Aslan.

—¿El Monumento de Aslan? —se alzaron numerosas voces—. No sabemos qué es eso.

—Se encuentra dentro de los confines de los Grandes Bosques y es un inmenso montículo de tierra que los narnianos levantaron en tiempos muy remotos sobre un lugar especialmente mágico, donde se hallaba —y quizás aún se halle— una Piedra, especialmente mágica también. Está totalmente ahuecado por dentro, lo atraviesan una infinidad de galerías y cuevas, y en la principal se encuentra la Piedra. Hay espacio para todas nuestras provisiones; aquellos que necesiten estar a cubierto o que tengan costumbre de vivir bajo tierra, pueden alojarse en las cuevas; los demás pueden acampar en el bosque. En caso de apuro, todos (excepto este respetable Gigante) podríamos refugiarnos dentro del montículo, donde estaríamos fuera de todo peligro, salvo del hambre.

—Es una suerte tener entre nosotros a un hombre con tantos conocimientos — dijo Cazatrufas.

—¡Sopas de apio! —masculló Trumpkin—. Quisiera que nuestros caudillos pensaran menos en esos cuentos de viejas comadres y se ocuparan

de obtener vituallas y armas.

Pero todos aprobaron la proposición de Cornelius y esa misma noche, una media hora más tarde, se pusieron en camino. Antes de la salida del sol llegaron al Monumento de Aslan.

Era en verdad un lugar imponente; una colina redonda y verde en la cima de otra colina cubierta de añosos árboles. Había una insignificante y estrecha puerta de entrada hacia el interior. Adentro, los túneles formaban un perfecto laberinto hasta que llegabas a conocerlos bien; estaban revestidos y techados con piedras pulidas, y sobre ellas, mirando con mucha atención a la luz crepuscular, Caspian distinguió extrañas leyendas e intrincados diseños y grabados, en que la figura de un León se repetía una y otra vez. Todo aquello parecía pertenecer a una Narnia aún más antigua que la Narnia de las historias que contaba su niñera.

Fue después de haber instalado sus cuarteles dentro y alrededor del Monumento que la suerte comenzó a volverse en su contra. Los emisarios del Rey Miraz descubrieron el nuevo refugio y el propio Rey al frente de su ejército llegó hasta el borde del bosque. Y, como sucede a menudo, las fuerzas del enemigo resultaron ser superiores a lo que habían calculado. Caspian sintió que se le helaba la sangre en las venas al ver acercarse compañía tras compañía. Y si los hombres de Miraz tenían miedo de penetrar en el bosque, mucho más miedo tenían de Miraz y con él a la cabeza se adentraron combatiendo, llegando hasta el Monumento mismo. Caspian y otros capitanes llevaron a cabo varias incursiones a campo abierto, de modo que hubo combates casi todos los días y a veces también en las noches; pero la gente de Caspian llevaba siempre la peor parte.

Finalmente llegó una noche en que todo había salido muy mal, y la lluvia que cayó copiosamente todo el día había cesado al anochecer sólo para dar paso a un frío intenso. Esa mañana Caspian había planeado la que sería su batalla más importante y todos cifraban sus esperanzas en ella. El y la mayor parte de los Enanos debían caer al amanecer sobre el ala derecha del ejército del Rey, y luego, en pleno combate, el Gigante Rompetiempo con los Centauros y algunas de las bestias más feroces debían atacar desde otro lugar y tratar de aislar el flanco derecho del Rey del resto de sus tropas. Pero todo había fracasado. Nadie advirtió a Caspian (porque nadie lo recordó en esos últimos días en Narnia) que los gigantes no son nada de listos. Pobre Rompetiempo, a pesar de ser bravo como un león, era en otros aspectos un típico gigante. No atacó a la hora convenida y lo hizo desde otro sitio, por lo que tanto su bando como el de Caspian sufrieron considerables bajas y, en cambio, no lograron hacer gran daño en las filas enemigas. La mayoría de los Osos resultaron con serias lesiones; un centauro fue herido gravemente, y en la compañía de Caspian no hubo quién no vertiera su sangre en la batalla. Fue un grupo de seres desalentados el que se amontonó bajo unos árboles que goteaban lluvia para comer su modesta cena.

El más deprimido era el Gigante Rompetiempo. Sabía que la derrota era culpa suya. Se sentó en silencio, derramando enormes lágrimas que se juntaban en la punta de su nariz y luego caían, salpicando a todo el campamento de los Ratones, que recién lograban sentirse abrigados y se disponían a dormir. Dieron un salto, sobresaltados, y sacudiendo el agua de sus orejas y estrujando sus mantas, preguntaron al Gigante, con sus voces chillonas y potentes, si no creía que ya estaban bastante mojados sin necesidad de esta nueva lluvia. Otros despertaron y alegaron que los Ratones se habían enrolado como voluntarios y no como integrantes de una orquesta y les pidieron que guardaran silencio. Rompetiempo salió en la planta de los pies en busca de un lugar donde poder llorar en paz, pero al pasar pisó la cola de alguien y alguien (se dijo que fue un zorro) lo mordió. Entonces, todos se enojaron contra todos.

Pero en la sala secreta y mágica al interior del Monumento, el Rey Caspian, Cornelius, el Tejón, Nikabrik y Trumpkin estaban reunidos en consejo. Gruesos pilares construidos hacía siglos sostenían el techo. En el centro se encontraba la Piedra, una mesa de piedra partida en la mitad, cubierta de restos de antiquísimas escrituras, gastadas por años de viento, lluvia y nieve desde los remotos tiempos en que la mesa de piedra se alzaba en la cima de la colina, cuando todavía no se había erigido el Monumento sobre ella. No se apoyaron en la mesa ni se sentaron a su alrededor; era una mesa demasiado mágica como para darle un uso vulgar. Se sentaron en troncos cerca de ella, ante una rústica mesa de madera sobre la cual un tosco farol de arcilla iluminaba sus caras pálidas, proyectando sus sombras contra las paredes.

—Si Su Majestad piensa usar el cuerno alguna vez —dijo Cazatrufas —, creo que ha llegado la hora.

Caspian les había hablado hacía varios días acerca de ese tesoro.

—Necesitamos ayuda, en realidad —repuso Caspian—, pero es difícil decidir si hemos llegado ya a la situación más extrema. Supongamos que nos veamos más apremiados más adelante y ya lo hayamos utilizado.

—Con ese argumento —opinó Nikabrik—, Su Majestad nunca lo usará, hasta que sea demasiado tarde.

—Estoy de acuerdo —dijo el maestro Cornelius.

—¿Qué opinas tú, Trumpkin? —preguntó Caspian.

—Por mí —respondió el Enano Rojo, que había escuchado la conversación con gran indiferencia—, Su Majestad sabe lo que pienso del Cuerno, y de esa piedra partida que hay allí, y su gran Rey Pedro, y su León Aslan. Para mí son unos solemnes disparates. Me da lo mismo cuándo y dónde

Su Majestad sople el Cuerno. Solamente insisto en que el ejército no sea informado. No es conveniente alimentar esperanzas en ayudas mágicas, que, como pienso, seguramente van a provocar una tremenda desilusión.

—Entonces, en el nombre de Aslan, haremos sonar el Cuerno de la Reina Susana —dijo Caspian.

—Hay algo, Señor —dijo el doctor Cornelius—, que debería hacerse antes. Ignoramos la forma en que se presentará la ayuda. Podría ser que invocáramos al propio Aslan desde más allá del mar. Creo que es más aconsejable llamar al gran Rey Pedro y a sus poderosos compañeros desde el remoto pasado. Tampoco podemos estar seguros de que la ayuda se manifieste en este mismo sitio...

—Nunca dijiste algo tan cierto —intercaló Trumpkin.

—Pienso —prosiguió el erudito—, que ellos —o él— volverán a uno de los antiguos lugares de Narnia. Este, donde estamos ahora, es el más antiguo y el más profundamente mágico de todos y aquí creo que es muy posible que recibamos la respuesta. Pero hay otros dos. Uno es el Páramo del Farol, río arriba, al oeste del Dique de los Castores, donde los Niños Reales aparecieron por primera vez en Narnia, según relata la historia. El otro es abajo, en la desembocadura del río, donde estaba situado su castillo Cair Paravel. Y si viene el propio Aslan, ese sería también el lugar elegido, porque todas las historias coinciden en que él es el hijo del gran Emperador-más-allá-del-mar y que vendrá pasando sobre el mar. Quisiera que se enviaran mensajeros a ambos lugares, al Páramo del Farol y a la desembocadura del río, a recibirlos a ellos, a él, o a quien venga.

—Tal como yo pensaba —rezongó Trumpkin—. El primer resultado de esta locura en vez de aportar ayuda nos hará perder a dos de nuestros soldados.

—¿A quién propone enviar, doctor Cornelius? —consultó Caspian.

—Las ardillas son las mejores para introducirse en el campo enemigo sin ser capturadas —opinó Cazatrufas.

—Las ardillas nuestras, y no son muchas —dijo Nikabrik—, son bastante traviesas. Para una misión como ésta yo confiaría únicamente en Correvuela.

—Que vaya Correvuela, entonces —dijo el Rey Caspian—. Y ¿quién puede ser el otro mensajero? Ya sé que tú irías, Cazatrufas, pero te falta rapidez. Tampoco podría ser usted, doctor Cornelius.

—Yo no iré —manifestó Nikabrik—. Rodeados como estamos de

tantos humanos y bestias, debe quedar aquí un Enano que se preocupe de que los Enanos sean tratados con justicia.

—¡Truenos y relámpagos! —gritó Trumpkin enfurecido—. ¿Es así como se le habla al Rey? Envíame a mí, Señor, yo iré.

—Pero pensé que tú no creías en el Cuerno, Trumpkin —dijo Caspian.

—Claro que no creo, Su Majestad. Pero eso no tiene nada que ver con esto. Da lo mismo que yo muera persiguiendo un sueño o que muera aquí. Eres mi Rey. Yo sé la diferencia que hay entre dar consejos y recibir órdenes. Ya te di mi consejo, es hora de recibir tus órdenes.

—Nunca olvidaré este gesto, Trumpkin —dijo Caspian—. Hagan venir a Correvuela, por favor. Y ¿cuándo habré de hacer sonar el Cuerno?

—Yo esperaría hasta la salida del sol, Su Majestad —dijo el maestro Cornelius—. A veces tiene influencia sobre la Magia Blanca.

Minutos después se presentó Correvuela y se le explicó su tarea. Al igual que muchas ardillas, estaba pleno de valor, brío, energía, excitación y travesura (por no decir presunción) y, en cuanto supo cuál era su misión, ardió de ansias por partir. Se resolvió que él iría al Páramo del Farol, mientras Trumpkin tomaría el atajo hasta la desembocadura del río. Luego de una apresurada comida, ambos se pusieron en marcha, en medio de los fervorosos agradecimientos y buenos deseos del Rey, del Tejón y de Cornelius.

VIII
COMO SALIERON DE LA ISLA

—Y así fue —dijo Trumpkin (porque ustedes ya habrán comprendido que era él quien narraba su historia a los cuatro niños, sentados en el pasto en medio de las ruinas del salón de Cair Paravel)—. Y así fue que puse dos pedazos de pan en mi bolsillo, dejé todas mis armas, guardándome sólo el puñal, y me interné en los bosques con las primeras luces del alba. Había caminado rápido por varias horas cuando oí un sonido como no lo había escuchado en toda mi vida. ¡Ah, nunca lo olvidaré! El aire se llenó de él, fuerte como un trueno pero mucho más sostenido, y fresco y dulce como la música sobre el agua, mas tan potente que hacía temblar los bosques. Y me dije: "Si eso no es el Cuerno, que me convierta en conejo". Y me pregunté por qué no lo habían soplado antes...

—¿A qué hora fue? —preguntó Edmundo.

—Entre las nueve y las diez de la mañana —respondió Trumpkin.

—¡Justo cuando estábamos en la estación! —exclamaron los niños al unísono, y se miraron con los ojos brillantes.

—Continúa, por favor —pidió Lucía al Enano.

—Bueno, como iba diciendo, me sorprendí, pero seguí como quien oye llover. Caminé toda la noche y entonces, cuando apenas amanecía esta mañana, como si no tuviera más juicio que un gigante, me arriesgué a tomar un atajo a campo abierto para acortar camino y evitar el largo rodeo que hace el río y allí me agarraron. No fue el ejército, sino un tonto viejo y pomposo que está a cargo del pequeño castillo que Miraz tiene como su última fortaleza en la ruta hacia la costa. No necesito decirles que no me sacaron ni una palabra de la verdad, pero como yo era un Enano, eso bastaba. Sin embargo, ¡langostas y limones! fue una suerte que el senescal fuera *ese* tonto pomposo. Cualquiera otro me hubiera atravesado con su espada en ese mismo momento y lugar. Pero lo más importante para él, a excepción de una solemne ejecución, era lanzarme a "los fantasmas" con todo el ceremonial del caso. Y entonces esta señorita (y saludó a Susana) puso en práctica su habilidad con el arco —fue un muy buen tiro, debo reconocerlo— y aquí estoy. Sin mi armadura, por supuesto, pues ellos me la quitaron.

El Enano dio unos golpecitos a su pipa y la llenó de tabaco.

—¡No me embromen! —exclamó Pedro—. Así que fue el cuerno, tu propio cuerno, Su, el que nos sacó ayer en la mañana de aquel banco en el andén. Apenas lo puedo creer, aunque todo está muy claro.

—No sé por qué no lo puedes creer —dijo Lucía—, si crees en la magia. ¿No hay miles de cuentos en que la magia puede trasladar personas de un lugar a otro, o de un mundo a otro? Por ejemplo, cuando un mago en *Las Mil y una Noches* invoca a un Genio, éste tiene que acudir. Nosotros teníamos que venir, eso es todo.

—Sí —asintió Pedro—, supongo que lo que lo hace parecer tan raro es que en los cuentos siempre es alguien de nuestro mundo el que invoca. En realidad, uno no se preocupa por saber de *dónde* viene el Genio.

—Ahora sabemos cómo se siente un Genio —dijo Edmundo, con una risa ahogada—. ¡Por la flauta! Es un poco molesto que a *uno* lo llamen con un simple silbido. Es peor que lo que papá dice acerca de vivir como esclavo del teléfono.

—Pero queremos estar aquí, ¿no es cierto? —agregó Lucía—, por si Aslan nos necesita.

—Entretanto —dijo el Enano—, ¿qué vamos a hacer?

Creo que será mejor que yo vuelva al lado del Rey Caspian y le diga que no llegó ninguna ayuda.

—¿Ninguna ayuda? —preguntó Susana—. Pero por supuesto que llegó ¡y aquí estamos!

—E... e... sí, claro. Ya veo —tartamudeó el Enano, cuya pipa parecía estar tapada (por lo menos se afanó mucho en limpiarla)—. Pero... bueno... quiero decir...

—¿Es que todavía no sabes quiénes somos? —gritó Lucía—. Eres un estúpido.

—Supongo que son los cuatro niños de las viejas leyendas —dijo Trumpkin—. Y, en verdad, estoy muy contento de conocerlos. Es muy interesante, sin duda. Pero... ¿no se ofenderán? —titubeó otra vez.

—Continúa y di lo que quieras decir —lo urgió Edmundo.

—Bien, entonces, sin ofensas —dijo Trumpkin—. Es que, ustedes saben, el Rey y Cazatrufas y el maestro Cornelius esperaban, bueno, si me entienden, ayuda. En otras palabras, creo que ellos imaginaban que ustedes eran unos grandes guerreros. A decir verdad, adoramos a los niños y todo eso, pero en este preciso momento, en medio de una guerra... Pero estoy seguro de que ustedes comprenderán.

—Quiere decir, entonces, que crees que nosotros no les serviremos...

—aclaró Edmundo, poniéndose rojo.

—Por favor, no se ofendan —interrumpió el Enano—. Les aseguro, mis queridos amiguitos...

—Que alguien como tú nos llame amiguitos me parece un poco ridículo —saltó Edmundo—. Seguramente no crees que nosotros ganamos la Batalla de Beruna, ¿no es así? Bueno, puedes decir lo que quieras de mí, porque yo sé...

—No perdamos la calma —intervino Pedro—. Démosle una nueva armadura y equipémonos también nosotros en la sala del tesoro; después conversaremos.

—No veo por qué... —comenzó Edmundo, pero Lucía susurró en su oído: "¿No sería mejor hacer lo que dice Pedro? Acuérdate de que es el gran Rey. Y creo que tiene una idea". Edmundo accedió y, con el auxilio de su linterna, todos, incluso Trumpkin, bajaron nuevamente los escalones hacia el oscuro, frío y polvoriento esplendor de la casa del tesoro.

Los ojillos del Enano centellearon al ver la riqueza que llenaba los estantes (aunque tenía que empinarse para mirarla) y se dijo: "Esto no lo verá jamás Nikabrik, jamás".

Fue fácil encontrar una cota de malla para él, una espada, un yelmo, un escudo, un arco con su carcaj de flechas, todo apropiado al tamaño de un enano. El yelmo era de cobre adornado con rubíes; la empuñadura de la espada era de oro. Trumpkin nunca había visto aún y menos había lucido joyas semejantes. Los niños también se pusieron armaduras y yelmos; escogieron una espada y, un escudo para Edmundo y un arco para Lucía... Pedro y Susana ya llevaban sus regalos, por supuesto. Mientras los demás subían la escalera haciendo tintinear los metales de sus mallas y sintiéndose todos cada vez más narnianos y mucho menos niños de colegio, Pedro y Edmundo se quedaron atrás, al parecer para hacer algún plan. Lucía oyó que Edmundo decía:

—No, déjamelo a mí. Será más humillante para él si yo le gano, y menos chasco para nosotros si pierdo.

—Está bien, Ed —asintió Pedro.

Cuando salieron a la plena luz del día, Edmundo se volvió hacia el Enano y le dijo en forma muy cortés:

—Tengo que pedirte un favor. Los niños como nosotros no tenemos muy a menudo la oportunidad de conocer a un gran guerrero como tú. ¿Aceptarías un encuentro de esgrima conmigo? Sería un gran honor.

—Pero, muchacho —dijo Trumpkin—, esas espadas son muy afiladas.

—Ya lo sé —contestó Edmundo—. Pero no me acercaré mucho, y tú serás bastante hábil como para desarmarme sin hacerme daño.

—Es un juego peligroso —advirtió Trumpkin—. Pero ya que te interesa tanto, ensayaremos un par de pases.

Ambas espadas relucieron al instante; los otros tres salieron del pabellón y se pusieron a observar. Y valía la pena. No era una de esas peleas tontas con espadones que se ven en el teatro. Tampoco una pelea con espadines, que suelen ser mejores. Esta era una verdadera lucha con espadas verdaderas. Lo mejor es darle estocadas al enemigo en las piernas y pies, porque son las partes que no están cubiertas por la armadura. Y cuando el contrario te lanza una estocada, tienes que saltar con ambos pies cambiando de lugar, para que el golpe caiga detrás de ti. Esa era la ventaja del Enano, pues Edmundo, como era más alto, tenía que estar constantemente agachándose. No creo que Edmundo habría podido ganar si hubiera tenido que luchar con Trumpkin veinticuatro horas antes. Pero el aire de Narnia estaba haciendo su efecto sobre él desde que llegaron a la isla; las imágenes de sus antiguas batallas se agolparon en su memoria, y sus brazos y dedos recordaron sus viejas tretas. Era otra vez el Rey Edmundo. Los dos combatientes giraban en círculos, dando y recibiendo golpe tras golpe. Susana, que no podía disfrutar con estas cosas, gritó: "Por favor, ten cuidado". Y de pronto, tan súbitamente que nadie (a menos que estuvieran al tanto, como Pedro) se dio cuenta de cómo sucedió, Edmundo cruzó su espada con un movimiento muy extraño, la espada del Enano salió disparada de su puño, y Trumpkin se quedó apretando sus manos vacías, como ocurre cuando se te cae el bate jugando al cricket.

—¿No estás herido, mi querido amiguito? —preguntó Edmundo, jadeante, mientras volvía a envainar su espada.

—Ya entiendo —dijo Trumpkin secamente—. Tienes trucos que yo no conozco.

—Es cierto —reconoció Pedro—. Se puede desarmar al mejor espadachín del mundo con algún truco nuevo para él. Creo que lo justo sería darle a Trumpkin una oportunidad en otro deporte. ¿Quieres competir con mi hermana en tiro al arco? No hay trucos en eso.

—Ah, ustedes son harto bromistas, por lo que veo —dijo el Enano—. Como si yo no supiera lo bien que dispara al arco, después de lo que pasó esta mañana. Pero, de todas formas, haré un intento.

Su voz era áspera y dura, pero sus ojos brillaban, pues era el arquero más famoso entre su gente.

Salieron al patio.

—¿Cuál será el blanco? —preguntó Pedro.

—Creo que nos servirá esa manzana que cuelga sobre la muralla —indicó Susana.

—Muy bien, muchacha —dijo Trumpkin—. ¿Te refieres a la amarilla cerca de la mitad del arco?

—No, Enano —aclaró Susana—. La roja, allá arriba, sobre la almena.

El rostro del Enano se ensombreció. "Parece más bien una cereza que una manzana", murmuró para sí, pero no dijo nada.

Jugaron al cara o cruz para ver quién haría el primer tiro (eso despertó el interés de Trumpkin, pues jamás había visto lanzar una moneda al aire) y Susana perdió. Tenían que disparar desde la escalinata que conducía de la sala al patio. Al ver cómo el Enano tomaba su posición y manejaba el arco, comprendieron que él sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Twang chirrió la cuerda. Fue un excelente tiro. La manzanita tembló al pasar la flecha, y una hoja cayó revoloteando al suelo. Entonces Susana subió la escalinata y tensó su arco. Disfrutaba esa competencia mucho menos de lo que Edmundo disfrutó la suya; no porque dudara de su victoria, sino porque Susana tenía un corazón sumamente tierno y aborrecía tener que derrotar a alguien que venía de ser derrotado. El Enano la contempló fijamente mientras ella llevaba el dardo a su oído. Un instante después, con un leve ruido sordo que todos pudieron escuchar en el silencio que reinaba, la manzana cayó al pasto atravesada por la flecha de Susana.

—¡Buen tiro, Su! —gritaron los niños.

—No fue mucho mejor que el tuyo —dijo Susana al Enano—. Me pareció que soplaba un poquito de viento cuando disparaste.

—No había viento —declaró Trumpkin—. No me des explicaciones. Sé cuando me han batido limpiamente. Ni siquiera diré que la cicatriz de mi última herida no me deja estirar el brazo hacia atrás.

—¿Estás herido? —preguntó Lucía—. Déjame ver tu herida.

—No es un espectáculo apropiado para niñas —comenzó Trumpkin, pero súbitamente se detuvo—. Otra vez estoy diciendo tonteras —añadió—. Supongo que serás un cirujano de primera clase, como tu hermano es un gran espadachín y tu hermana una experta en el arco.

Se sentó en las gradas, se quitó la cota y se bajó la camisola, mostrando un brazo peludo y musculoso (en proporción) como el de un marinero, aunque no más grande que el de un niño. En su hombro tenía un vendaje muy mal hecho, que Lucía procedió de inmediato a desenrollar. Dejó al descubierto un tajo de aspecto bastante desagradable y muy inflamado.

—Pobre Trumpkin —se compadeció Lucía—. Qué atroz.

Con gran cuidado dejó caer sobre la herida una sola gota del cordial que contenía su frasco.

—¡Eh! ¿Qué haces? —chilló Trumpkin.

Daba vuelta lo más posible su cabeza y miraba de reojo moviendo la barba de un lado a otro, sin lograr ver su hombro. Pudo tocarlo poniendo sus brazos y dedos en posiciones muy difíciles, como cuando tratas de rascarte un punto que está fuera de tu alcance. Hizo girar el brazo, lo levantó, probó sus músculos y, finalmente, se puso de pie de un brinco, gritando:

—¡Gigantes y juníperos! ¡Me ha sanado! Mi brazo está tan fuerte como antes. —Soltó una carcajada y dijo—: Bueno, he hecho el ridículo como ningún Enano lo ha hecho en toda su vida. Espero no haberlos ofendido. Mi humilde respeto a Sus Majestades, mi humilde respeto. Y gracias por mi vida, mi curación, mi desayuno… y mi lección.

Los niños respondieron que todo estaba bien y que no había nada que agradecer.

—Y ahora —dijo Pedro—, si estás dispuesto a creernos…

—Lo estoy —afirmó el Enano.

—Tengo muy claro lo que hay que hacer. Debemos juntarnos con el Rey Caspian de inmediato.

—Lo antes posible —urgió Trumpkin—. Mi tontería nos ha hecho perder cerca de una hora.

—Si seguimos tu camino demoraremos dos días —dijo Pedro—. Nosotros no podemos caminar día y noche como ustedes los Enanos…

Se volvió hacia los otros y agregó:

—Lo que Trumpkin llama el Monumento de Aslan es obviamente la Mesa de Piedra. Recuerden, era casi medio día de caminata, tal vez un poco menos, ir desde allí hasta los Vados de Beruna…

—El Puente de Beruna, le llamamos nosotros —interrumpió Trumpkin.

—No existía ese puente en nuestros tiempos —señaló Pedro—. Y luego, desde Beruna hasta acá había otro día de camino. Andando despacio llegábamos a casa a la hora del té del segundo día. Si vamos rápido, podríamos hacer el viaje en un día y medio.

—Pero acuérdate de que ahora está todo cubierto de bosques —dijo Trumpkin—, y lleno de enemigos a los que hay que sacarles el cuerpo.

—Veamos —intervino Edmundo—, ¿es necesario que vayamos por el mismo camino que hizo nuestro querido amiguito?

—No más bromas, Su Majestad, si me tienes alguna estimación —rogó el Enano.

—Muy bien —contestó Edmundo—. ¿Puedo llamarte Q.A.?

—¡Edmundo! —dijo Susana—. No lo embromes más.

—Está bien, muchacha..., quiero decir Su Majestad —dijo Trumpkin, riendo entre dientes—. Las bromas no sacan ampollas. (Después de eso, a menudo lo llamaban el Q.A. hasta que casi olvidaron su significado).

—Como decía —prosiguió Edmundo—, no tenemos por qué repetir esa ruta. ¿Por qué no remamos un poco al sur hasta llegar al Arroyo Cristalino y lo remontamos? Eso nos lleva por detrás de la Colina de la Mesa de Piedra, y mientras estemos en el mar estaremos a salvo. Si partimos de inmediato, podemos alcanzar la fuente del arroyo antes de que oscurezca; podremos dormir unas pocas horas, y estar con Caspian mañana muy temprano.

—Qué gran cosa es conocer la costa —dijo Trumpkin—. Ninguno de nosotros sabe que existe el Cristalino.

—Y, ¿qué vamos a comer? —preguntó Susana.

—Tendremos que conformarnos con manzanas —dijo Lucía—. Por favor, vámonos ya. No hemos hecho nada todavía y ya hace casi dos días que llegamos.

—Eso sí que nadie va a usar otra vez mi sombrero como canasto para guardar pescados —bromeó Edmundo.

Uno de los impermeables fue utilizado como bolsa que llenaron de manzanas. Bebieron un largo trago de agua en el pozo (sabían que no

encontrarían agua fresca hasta llegar al manantial del Cristalino) y bajaron a la playa donde estaba atracado el bote. Los niños lamentaron dejar Cair Paravel, pues allí, a pesar de estar en ruinas, habían vuelto a tener la sensación de encontrarse en casa.

—Que el Q.A. se haga cargo de gobernar el bote —ordenó Pedro—, y Edmundo y yo tomaremos los remos. Esperen un momento; es mejor que nos saquemos las mallas; va a hacer un calor terrible. Las niñas se instalarán en la proa y dirigirán al Q.A., porque él no conoce el camino. Traten de encontrar una buena ruta para salir al mar y alejarnos de la isla.

Pronto la verde y arbolada costa de la isla fue quedando atrás y sus pequeñas bahías y lomajes se veían más planos a medida que el bote subía y bajaba mecido por un suave oleaje. El mar se hizo más profundo a su alrededor y, a la distancia, se tornaba más azul; pero en las cercanías del bote conservaba su color verde y su espuma blanca. Todo olía a sal; no se escuchaba otro ruido que el silbante sonido del agua, el clop-clop de las olas estrellándose contra los costados del bote, el chapoteo de los remos y el destemplado chirrido de los escálamos. El calor del sol se hizo más intenso.
Lucía y Susana disfrutaban en la proa, inclinándose sobre el borde y tratando, sin éxito, de hundir sus manos en el agua. Abajo podían ver el fondo del mar: en su mayor parte arena clara y pura, con algunas manchas de algas marinas de color púrpura.

—Es como en nuestros tiempos —dijo Lucía—. ¿Te acuerdas del viaje a Terebintia... y a Galma... y a las Siete Islas... y a las Islas Desiertas?

—Sí —murmuró Susana—, y nuestro barco favorito, el *Resplandor Cristalino,* con la cabeza de cisne en su proa, y las alas talladas del cisne que parecían abrazarlo casi hasta el combés.

—¿Y las velas de seda, y los inmensos fanales de popa?

—¿Y los banquetes en la cubierta de popa, y los músicos?

—¿Te acuerdas cuando hicimos que los músicos tocaran las flautas arriba de las jarcias, para hacernos la ilusión de que la música caía del cielo?

Más tarde Susana reemplazó a Edmundo en el remo y él fue a sentarse junto a Lucía. Dejaron atrás la isla y se mantuvieron muy cerca de la playa desierta y cubierta de espesa selva. Les parecería muy hermosa si no la recordaran como era antes, abierta y ventosa y llena de amigos alegres.

—¡Puf, este trabajo es agotador! —se quejó Pedro.

—¿Me dejas remar un rato? —preguntó Lucía.

—Los remos son demasiado pesados para ti —contestó Pedro secamente, no porque estuviera enfadado, sino porque apenas le quedaban fuerzas para hablar.

IX
LO QUE VIO LUCIA

Antes de rodear el último cabo y comenzar a remontar el Cristalino, Susana y los niños se sintieron tremendamente cansados de tanto remar. Lucía tenía dolor de cabeza por las largas horas al sol y el reflejo de éste en el agua. El mismo Trumpkin ansiaba que el viaje terminara pronto; iba sentado sobre un banco hecho para hombres, no para Enanos, y sus pies no alcanzaban a tocar el piso; todos sabemos lo incómoda que es esta posición aun por unos pocos minutos. Y a medida que se sentían más cansados, más decaía su ánimo. Hasta entonces, los niños habían pensado únicamente en la idea de reunirse con Caspian. Ahora se preguntaban qué harían cuando estuviesen frente a él; y dudaban de que un puñado de Enanos y criaturas de los bosques pudiera derrotar a un ejército de hombres adultos.

Lentamente caía el crepúsculo mientras remaban entre los recodos del Arroyo Cristalino; un crepúsculo que se hacía más intenso a medida que las riberas se acercaban y que las copas de los árboles que colgaban de ellas casi se juntaban encima de sus cabezas. Una gran quietud se adueñaba del paraje mientras el rumor del mar moría a sus espaldas; podían oír hasta el suave canto de las gotas de los arroyuelos que bajaban de los montes a verter sus aguas en el Cristalino.

Cuando al fin pudieron desembarcar, era tal el cansancio que no tuvieron fuerzas para encender un fuego, y hasta una cena de manzanas (a pesar de que no querían volver a ver una manzana nunca más en su vida) les pareció mejor que tratar de cazar o pescar algo. Luego de una silenciosa y frugal cena, se amontonaron bajo cuatro frondosas hayas, teniendo como lecho el verde musgo y las hojas secas.

Se quedaron dormidos en el acto, a excepción de Lucía, quien, como no estaba tan cansada como los demás, tuvo dificultades para acomodarse. Había olvidado, hasta ese momento, que los Enanos roncan. Sabía que la mejor manera de quedarse dormida es no forzarse, así que abrió los ojos. A través de las hojas de los helechos y de las ramas de los arbustos alcanzaba a ver justo un pedazo del agua del Arroyo, y arriba, el cielo. Con la emoción del recuerdo, volvió a ver titilar, después de tantos años, las fulgurantes estrellas de Narnia. En otra época le fueron más familiares que las estrellas de su propio mundo, puesto que se iba a la cama mucho más tarde siendo Reina en Narnia que siendo una niña en Inglaterra. Y allí estaban; al menos las tres constelaciones del verano podían distinguirse claramente desde donde ella estaba tendida: la Nave, el Martillo y el Leopardo. "Mi querido Leopardo", dijo con alegría para sus adentros.

En vez de conseguir amodorrarse, se sentía cada vez más despierta, en medio de un extraño desvelo nocturnal, como en un ensueño. El Arroyo se

tornaba poco a poco más radiante. Supo que había salido la luna, aunque no podía verla. Tuvo la sensación de que todo el bosque despertaba junto con ella. Casi sin darse cuenta, se levantó y caminó algunos pasos, alejándose del campamento.

"¡Qué maravilla!", pensó. El aire era fresco; los más deliciosos aromas perfumaban el ambiente. Muy cerca de ella, oyó el gorjeo de un ruiseñor que ensayaba su canto; callaba un momento para luego recomenzar. Vislumbró una gran luminosidad al frente. Se dirigió hacia la luz y llegó a un sitio donde no había tantos árboles y en cambio se veía el suelo sembrado de enormes manchones o lagunas de luz de luna, y el claro de luna y las sombras se entremezclaban tan estrechamente que apenas se distinguía dónde estaba cada cosa ni qué era. En ese momento el ruiseñor, satisfecho por fin de su armonía, rompió a cantar con toda su voz.

Los ojos de Lucía se acostumbraron a la luz y vio más claramente los árboles que la rodeaban. La invadió una honda nostalgia al recordar aquellos días en que los árboles de Narnia podían hablar. Sabía exactamente cómo hablaría cada árbol si ella lograba despertarlo, y qué forma humana tomaría. Contempló un plateado abedul: hablaría con voz tierna y lluviosa y se asemejaría a una esbelta niña, con su pelo al viento cayendo a ambos lados de su cara, y sería muy aficionada al baile. Miró al roble: sería un anciano algo marchito pero muy cordial, con su barba crespa y con verrugas en la cara y en las manos, y le crecerían pelos en las verrugas. Miró la haya bajo la cual se encontraba. Ah... sería el mejor de los árboles. Una diosa graciosa, serena y majestuosa, la gran dama del bosque.

—Oh Arboles, Arboles, Arboles —llamó Lucía (aunque en ningún momento había pretendido hablarles)—. Oh Arboles, despierten, despierten, despierten. ¿No lo recuerdan? Dríades y Hamadríades, salgan, vengan a mí.

Aunque no corría ni la más leve brisa, los árboles se agitaron a su alrededor. El susurrar de sus hojas fue como pronunciar una palabra. El ruiseñor dejó de cantar, como si también él quisiera escuchar. Lucía tuvo la impresión de que de un momento a otro iba a entender lo que los Arboles trataban de decirle. Pero ese momento no llegó. El susurro fue muriendo a lo lejos; el ruiseñor volvió a cantar. Aun al claro de luna el bosque recuperó su apariencia habitual. Sin embargo, Lucía presentía (como cuando intentas a veces recordar un nombre o una fecha y en el momento en que ya casi lo logras, se te borra de la memoria) que en algo había fallado; que había hablado a los árboles o con un segundo de adelanto o con un segundo de atraso, o que había utilizado todas las palabras necesarias menos una; o que había deslizado alguna palabra inadecuada.

De súbito se sintió cansada. Volvió al campamento, se acurrucó entre Susana y Pedro, y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, el despertar fue frío y triste; el crepúsculo grisáceo ensombrecía el bosque (el sol aún no salía) y todo estaba húmedo y sucio.

—¡Uf, manzanas! —rezongó Trumpkin, con una mueca de decepción —. ¡Tendrán que admitir, Reyes y Reinas del Pasado, que ustedes no alimentan muy bien a sus cortesanos!

Se levantaron, sacudieron sus ropas y miraron en derredor. Los árboles eran tan frondosos que no les permitían ver más allá de unos pocos metros, en cualquier dirección.

—¿Supongo que Sus Majestades conocen bien el camino? —preguntó el Enano.

—Yo no —respondió Susana—. Nunca había visto estos bosques. En realidad, desde el principio pensé que deberíamos haber ido por el río.

—Entonces, debiste decirlo a tiempo —dijo Pedro, con un tono cortante, bastante comprensible.

—No le hagas caso —advirtió Edmundo—. Es una aguafiestas. Tienes tu compás de bolsillo, Pedro, ¿no es cierto? Entonces, estamos perfectamente bien. Sólo tenemos que seguir la dirección noroeste, atravesar ese riachuelo, el cómo-se-llama, ah, sí, el Torrente...

—Ya sé cuál —dijo Pedro—. Es el que se junta con el gran río en los Vados de Beruna, o el Puente de Beruna, como lo llama el Q.A.

—Eso es. Lo cruzaremos, subiremos la colina, y a eso de las ocho o nueve estaremos en la Mesa de Piedra, el Monumento de Aslan, quiero decir. ¡Espero que el Rey Caspian nos reciba con un buen desayuno!

—Y yo espero que tú tengas razón —insistió Susana—. No me acuerdo de nada.

—Eso es lo malo con las niñas —dijo Edmundo a Pedro y al Enano—. Nunca pueden tener un mapa en sus cabezas.

—Nuestras cabezas tienen otras cosas dentro —replicó Lucía.

Al principio todo parecía marchar muy bien. Incluso creyeron haber dado con un viejo sendero; pero si entiendes algo de bosques, sabrás que uno está siempre encontrando senderos imaginarios que desaparecen al cabo de cinco minutos, y entonces crees encontrar otro (y ojalá no sea el mismo) que también desaparece, y después de haber sido tentado engañosamente a

abandonar la dirección correcta, te das cuenta de que ninguno de ellos era un verdadero sendero. Pero los niños y el Enano estaban acostumbrados a los bosques y no se desviaban de su ruta por más de unos segundos.

Continuaron su camino lentamente durante cerca de media hora (tres de ellos sentían sus músculos tensos por el ejercicio de remo del día anterior). De pronto, Trumpkin susurró en voz muy baja:

—Deténganse.

Los niños se detuvieron.

—Algo nos sigue —continuó—, o más bien, algo va a nuestro mismo paso, allá, a la izquierda.

Permanecieron en silencio, escuchando y esforzándose por ver hasta que les dolieron los ojos y los oídos.

—Es mejor que tengamos el arco preparado —aconsejó Susana al Enano. Trumpkin asintió, y cuando ambos arcos estuvieron prontos, el grupo se puso nuevamente en marcha.

Caminaron unos cuantos metros por montes bastante abiertos, manteniendo una severa vigilancia. Llegaron a un sitio donde los matorrales se hicieron más tupidos y se vieron obligados a pasar muy cerca de ellos. Cuando iban cruzando, se escuchó un gruñido y algo apareció súbitamente, saliendo como un rayo de entre las quebradizas ramas y derribando a Lucía que, al caer desmayada, alcanzó a escuchar el chirrido de la cuerda de un arco. Cuando recobró el conocimiento, vio que un gran oso gris de aspecto feroz yacía muerto a su lado, con una flecha de Trumpkin clavada en su espalda.

—El Q.A. te venció en ese tiro, Su —dijo Pedro, con una sonrisa un poco forzada. También él estaba perturbado por lo sucedido.

—Yo... yo reaccioné tarde —dijo Susana, avergonzada—. Temía que fuera... ya saben... uno de nuestros osos, de los osos que hablan.
Susana detestaba las matanzas.

—Ese es el problema ahora —asintió Trumpkin—, porque la mayor parte de las bestias se han vuelto hostiles y han enmudecido, pero todavía quedan algunas de las nuestras. Nunca se sabe, y no se puede arriesgar el pellejo para saberlo.

—Pobre Oso —dijo Susana—. ¿No creen que sería de los nuestros?

—Este no —afirmó el Enano—. Vi su cara y escuché su gruñido. El

buscaba Niñita para su desayuno. A propósito de desayuno, no quise antes desilusionar a Sus Majestades cuando hablaron de sus esperanzas en el buen desayuno que les ofrecería el Rey Caspian: la comida está sumamente escasa en el campamento. En cambio, un oso tiene harta carne. Sería una vergüenza dejar esta carcasa sin sacarle un pedacito, y no tardaríamos más de media hora. No dudo de que ustedes, jovencitos..., Reyes, quise decir, saben desollar un oso, ¿no?

—Vamos a sentarnos lo más lejos posible —dijo Susana a Lucía—. Me imagino lo horrible que va a ser todo esto.

Lucía se estremeció y asintió. Cuando estuvieron a prudente distancia:

—Una idea terrible me viene a la cabeza, Su —dijo.

—¿Qué idea?

—¿No sería espantoso que un día en nuestro mundo, en casa, los hombres se volvieran salvajes por dentro, como los animales de aquí, pero parecieran humanos y no pudiéramos saber quién era quién?

—Bastantes preocupaciones tenemos ahora y aquí en Narnia —dijo la práctica Susana—, sin necesidad de imaginar cosas así.

Cuando regresaron, los niños y el Enano ya tenían cortada la mejor carne, y calculada la cantidad que podían llevar consigo. No es muy agradable tener los bolsillos llenos de carne cruda, de modo que la envolvieron en hojas frescas lo mejor que pudieron. Sabían por experiencia que, cuando hubieran caminado lo bastante como para sentir verdaderamente hambre, cambiarían de opinión respecto a esos paquetes blandos y asquerosos.

Prosiguieron su penoso caminar (haciendo un alto en el primer arroyo que encontraron para lavar tres pares de manos que lo necesitaban con urgencia), hasta que salió el sol, los pájaros empezaron a cantar, y cientos de molestas moscas zumbaban entre las ramas de los helechos. Se fue calmando poco a poco el dolor de sus músculos tensos por el esfuerzo del remo. Sintieron que su ánimo mejoraba; el sol calentaba más y tuvieron que quitarse los yelmos y llevarlos en la mano.

—Supongo que vamos bien —dijo Edmundo al cabo de una hora.

—No creo que podamos equivocarnos mientras no torzamos muy a la izquierda —dijo Pedro—, Si nos dirigimos demasiado hacia la derecha, lo peor que puede pasar es que perdamos un poco de tiempo al encontrarnos con el Gran Río más arriba, en vez de bajar y tomar el atajo.

Y emprendieron otra vez su agotadora marcha en silencio, sin más ruido que el de sus pisadas y el cascabeleo de sus cotas de malla.

—¿Dónde está ese maldito Torrente? —exclamó Edmundo, un buen rato después.

—Creo que ya deberíamos haber dado con él —dijo Pedro—. Pero no nos queda otro remedio que seguir.

Ambos sentían la mirada ansiosa del Enano fija en ellos, pero éste no dijo nada.

Continuaron caminando con gran esfuerzo, sintiendo el peso y el calor de sus cotas de malla.

—¡Qué demonios...! —exclamó Pedro de súbito. Habían llegado sin darse cuenta al borde de un pequeño precipicio desde donde pudieron ver un barranco y al fondo un río. Al otro lado los acantilados eran mucho más altos. Fuera de Edmundo (y tal vez de Trumpkin) nadie en el grupo era experto en escalar montañas.

—Lo siento —se disculpó Pedro—. Es mi culpa por haberlos traído por este camino. Estamos perdidos. Jamás había estado en este lugar.

El Enano dejó escapar un débil silbido.

—Por favor regresemos y tomemos la otra ruta —suplicó Susana—. Yo sabía que nos perderíamos en estos bosques.

—¡Susana! —reprochó Lucía—, no critiques a Pedro; las cosas están muy mal y él hace lo mejor que puede.

—Y tú tampoco hables así a Su —intervino Edmundo—. Yo creo que ella tiene razón.

—¡Toneles y tortugas! —exclamó Trumpkin—. Si nos hemos perdido al venir, ¿qué posibilidades tenemos de encontrar el camino de regreso? Y si tenemos que volver a la isla y empezar todo de nuevo, aun suponiendo que lo lográramos, tendríamos igualmente que darnos por vencidos. A esas alturas Miraz ya habría acabado con Caspian, antes de que llegáramos allí.

—¿Crees que debemos seguir? —preguntó Lucía.

—No estoy tan seguro de que el gran Rey esté perdido —dijo Trumpkin—. ¿Qué impide que ese río sea el Torrente?

—El Torrente no está en un valle —explicó Pedro, guardando la calma con bastante dificultad.

—Su Majestad dice que no *está* —dijo el Enano—, ¿no debería decir estaba? Ustedes conocieron este país hace cientos, y tal vez miles de años. ¿No puede haber cambiado? Un derrumbe pudo haber socavado la mitad de aquella colina, dejando la roca desnuda, y ésos serían sus precipicios al otro lado del valle. El Torrente pudo haber ido ahondando su cauce en el transcurso de los años, dando forma a los pequeños precipicios de este lado. O tal vez hubo un terremoto o cualquier otra cosa.

—Nunca pensé en eso —reconoció Pedro.

—Y de todos modos —continuó Trumpkin—, aun si este río no es el Torrente, su corriente va más o menos hacia el norte y, por lo tanto, debe caer forzosamente en el Gran Río. Me parece haber atravesado uno semejante cuando bajaba. Si vamos río abajo a la derecha, daremos con el Gran Río, quizás no tan arriba como esperábamos, pero al menos más cerca de lo que estaríamos si hubiésemos seguido mi camino.

—¡Trumpkin, eres un gran tipo! —dijo Pedro—. Vamos entonces, bajemos por este lado del valle.

—¡Miren, miren, miren! —gritó Lucía.

—¿Dónde? ¿Qué cosa? —preguntaron todos.

—El León —respondió Lucía—. El propio Aslan. ¿No lo vieron?

La expresión de su rostro había cambiado y sus ojos brillaban,

—¿Quieres decir...? —empezó Pedro.

—¿Dónde crees que lo viste? —preguntó Susana.

—No hables como los adultos —dijo Lucía, dando una patada en el suelo—. No *creí* verlo. Lo vi.

—¿Dónde, Lu? —preguntó Pedro.

—Justo allá arriba entre esos fresnos del monte. No, a este lado de la quebrada, y arriba, no abajo. Justo al lado contrario del camino que ustedes quieren seguir. Y Aslan quería que fuésemos donde él está... allá arriba.

—¿Cómo sabes que era eso lo que quería? —preguntó Edmundo.

—El... yo... yo sólo lo sé —tartamudeó Lucía— por la expresión de su rostro.

Los demás se miraron en silencio y bastante confundidos.

—Es muy posible que Su Majestad haya visto un león —intervino Trumpkin—, he oído decir que hay leones en estos bosques. Pero no podemos asegurar que fuera un león amigo, que habla, como tampoco lo era el oso.

—¡No seas estúpido! —dijo Lucía—. ¿Crees que no reconozco a Aslan al verlo?

—Debe ser un león bien entrado en años, entonces —comentó Trumpkin—, si es alguien que conociste cuando estuviste acá, hace tanto tiempo. Y si es el mismo, ¿qué puede haberle impedido volverse salvaje y tonto como muchos otros?

Lucía enrojeció y creo que se hubiera abalanzado sobre Trumpkin si Pedro no la sujeta de un brazo.

—El Q.A. no entiende, ¿cómo podría entender? Tienes que aceptar, Trumpkin, que nosotros sí sabemos acerca de Aslan; un poquito, quiero decir. No hables nunca más así de él; es mala suerte por un lado, y por otro es una soberana tontería. Lo único que importa ahora es saber si Aslan estaba realmente allí.

—Pero yo estoy segura de que estaba allí —repitió Lucía, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Lu, pero nosotros no, ¿entiendes? —explicó Pedro.

—Lo único que queda es someter esto a votación —dijo Edmundo.

—Está bien —aceptó Pedro—. Eres el mayor, Q.A., ¿cuál es tu voto? ¿Arriba o abajo?

—Abajo —dijo el Enano—. No sé nada sobre Aslan, pero en cambio sé que si doblamos a la izquierda y seguimos por el valle hacia arriba, podemos demorar todo el día antes de encontrar un lugar por donde cruzarlo. Mientras que si doblamos a la derecha, hacia abajo, seguramente llegaremos al Gran Río en un par de horas. Y si es cierto que hay leones en este lugar, es preferible que nos alejemos de ellos en vez de buscarlos.

—¿Qué dices, Susana?

—No te enojes, Lu —dijo Susana—, pero creo que deberíamos ir hacia abajo. Estoy muerta de cansancio. Sólo quiero que salgamos de este

detestable bosque y lleguemos al aire libre lo antes posible. Y nadie, salvo tú, ha visto nada.

—¿Edmundo? —preguntó Pedro.

—Bueno, yo quiero decir esto —dijo Edmundo, hablando rápido y enrojeciendo—. Cuando descubrimos Narnia la primera vez, hace un año, o miles de años, como sea..., fue Lucía quien lo hizo y ninguno de nosotros le creyó. Yo era el más incrédulo, ya lo sé. Sin embargo, ella tenía la razón. ¿No sería justo creerle esta vez? Voto por ir arriba.

—¡Oh Ed! —dijo Lucía, apretando su mano. —Ahora es tu turno, Pedro —indicó Susana—, y espero que...

—Oh, cállate, cállate, deja que un tipo pueda pensar —la interrumpió Pedro—. Quisiera no tener que votar.

—Eres el gran Rey —dijo Trumpkin en tono severo.

—Abajo —dijo Pedro, luego de una larga pausa—. Sé que Lucía puede tener razón, después de todo, pero no puedo evitarlo. Tenemos que tomar una decisión. Se fueron río abajo, a su derecha, a lo largo de la ribera. Lucía iba la última y lloraba amargamente.

X
EL REGRESO DEL LEON

Caminar al borde del barranco no era tan fácil como parecía. A los pocos metros se enfrentaron con bosquecillos de abetos nuevos que crecían en las mismas orillas; después de intentar atravesarlos avanzando agachados y con dificultad para abrirse paso, comprendieron que demorarían por lo menos una hora en caminar una milla entre esos árboles. Volvieron atrás, entonces, y decidieron ir rodeando el bosquecillo. Se vieron obligados a alejarse más de lo necesario hacia la derecha, perdiendo de vista los acantilados y el mar, y llegaron a temer haber extraviado nuevamente la ruta. Nadie sabía qué hora era, pero ya empezaba a hacer más calor.

Cuando por fin pudieron volver al borde del barranco (casi una milla más abajo del punto de donde partieron), notaron que los precipicios a este lado eran mucho más bajos e irregulares. Pronto encontraron un paso para bajar a la quebrada y continuaron el viaje por la orilla del río. Pero antes descansaron un momento y bebieron un largo sorbo de agua. Nadie hablaba ya de desayunar, ni aun de cenar, con Caspian.

Fue prudente seguir a lo largo del Torrente en vez de ir por la cumbre, pues pudieron conservar el rumbo; después de lo sucedido en el bosquecillo de abetos, tenían miedo de alejarse de su ruta y perderse en medio de esa selva de viejos árboles, donde no había senderos y no era posible seguir una línea recta. Matorrales de zarzas secas, árboles caídos, terrenos pantanosos y una densa maleza hacían el camino bastante tortuoso. Pero tampoco el valle del Torrente era un sitio muy agradable para viajar por él. Es decir, no era muy agradable para gente que lleva prisa. Habría sido un sitio delicioso para pasear por la tarde, terminando con una merienda a la hora del té. Tenía todo lo imaginable para tal ocasión: retumbantes cataratas; plateadas cascadas; pozas profundas de color ámbar; rocas cubiertas de musgo; hondos pantanos en las riberas donde podías hundirte hasta más arriba de los tobillos; una gran variedad de helechos; libélulas fulgurantes como joyas; a veces algún halcón cruzaba el cielo, y una vez (Pedro y Trumpkin creyeron verla), un águila. Pero sin duda lo que los niños y el Enano querían ver lo antes posible era el Gran Río allá abajo y Beruna y el camino hacia el Monumento de Aslan.

A medida que avanzaban, el Torrente iba cayendo por pendientes más y más escarpadas. Su travesía ya no era una caminata sino más bien una escalada; en ciertos lugares, una arriesgada escalada por rocas resbaladizas con un peligroso declive hacia oscuros abismos, y el río que rugía furiosamente en el fondo.

Comprenderás el ansia con que miraban los acantilados a su izquierda buscando alguna señal de hendedura o cualquier sitio por donde

trepar; pero esos acantilados seguían mostrándose hostiles. Era exasperante, porque todos estaban conscientes de que, si lograban salir del barranco por ese costado, les faltaría nada más que subir una suave ladera y luego una corta caminata para llegar al campamento de Caspian.

Los dos niños y el Enano eran partidarios de encender un fuego y cocinar la carne de oso. Susana no estuvo de acuerdo; sólo quería, como dijo, "seguir adelante y terminar pronto con todo eso y abandonar aquellos bosques malditos". Lucía se sentía demasiado cansada y desdichada para opinar sobre cualquier tema. Pero como no tenían leña seca, tampoco importaba mucho lo que cada cual pensara. Los niños se preguntaban si la carne cruda sería tan asquerosa como decían, y Trumpkin les aseguró que sí lo era.

Si días atrás, en Inglaterra, los niños hubieran pretendido hacer una excursión como esa, habrían terminado simplemente agotados. Creo que ya expliqué antes que Narnia los estaba transformando. La misma Lucía se podría decir que ahora era un tercio de la niña que iba al internado por primera vez, y dos tercios de la Reina Lucía de Narnia.

—¡Por fin! —suspiró Susana.

—¡Oh, bravo! —exclamó Pedro.

El estrecho valle del río había hecho una curva y bajo ellos se mostraba ahora todo el panorama, dejando ver la llanura que se extendía hasta perderse en el horizonte y, entre ésta y el lugar en que ellos se hallaban, la ancha cinta plateada del Gran Río. Desde allí podían distinguir el amplio y bajo lugar que fue una vez los Vados de Beruna, y que ahora estaba atravesado por un largo puente de innumerables arcos. Al final del puente se divisaba un pueblecito.

—¡Válgame Dios! —exclamó Edmundo—. Fue allí, donde ahora está ese pueblo, que ganamos la Batalla de Beruna.

Este recuerdo animó a los niños más que cualquier otro incentivo. No puedes dejar de sentirte más fuerte cuando ves el sitio donde obtuviste una gloriosa victoria, además de un reino, cientos de años atrás. Pedro y Edmundo empezaron a hablar sobre la batalla, olvidando sus pies adoloridos y la pesada carga de sus cotas de malla sobre los hombros. El Enano escuchaba con gran interés.

Apresuraron el paso. La marcha se hizo mucho más fácil. Aunque aún se elevaban escarpados acantilados a su izquierda, el terreno bajaba a la derecha. Pronto el barranco se abrió en un solo valle; desaparecieron las cataratas y volvieron a encontrarse rodeados de espesos bosques.

De súbito "fizz" y un ruido parecido al golpe del pájaro "carpintero.

Los niños aún se preguntaban dónde (siglos atrás) habían escuchado un ruido semejante, y por qué les producía tanta inquietud, cuando Trumpkin gritó "¡al suelo!", a tiempo que obligaba a Lucía (que estaba a su lado) a tenderse entre los helechos. Pedro, que en ese momento miraba hacia arriba tratando de avistar alguna ardilla, vio lo que era... una larga y dura flecha se había incrustado en el tronco de un árbol sobre su cabeza. Mientras arrastraba a Susana con él al suelo, otra pasó silbando sobre su hombro y dio contra el suelo, a su lado.

—¡Rápido, rápido! ¡Retrocedan! ¡Gateen! —gritó entrecortadamente Trumpkin
.

Se volvieron y subieron arrastrándose por la colina, bajo los helechos, entre nubes de moscas que zumbaban ensordecedoras. Las flechas llovían a su alrededor; una golpeó el yelmo de Susana, desviándose con un agudo silbido. Gateaban apresuradamente. La transpiración corría por sus caras. Luego corrieron casi encorvados. Los niños sostenían sus espadas en la mano por miedo de tropezar con ellas.

Fue una travesía angustiosa, remontando la colina una vez más y volviendo al campo que acababan de recorrer. Cuando sintieron que no eran capaces de correr un metro más, aunque fuera para salvar sus vidas, se dejaron caer acezantes en el musgo húmedo al lado de una cascada, tras un peñón. Les sorprendió ver la altura a que habían llegado.

Prestaron atención, pero no se escuchaba la menor señal de sus perseguidores.

—Bueno, ya pasó —dijo Trumpkin, con un hondo suspiro de alivio—. No nos están buscando por el bosque; solamente por los senderos, eso espero. Pero quiere decir que Miraz tiene un puesto de avanzada allá abajo. ¡Botellas y botellones! De buena nos escapamos.

—Deberían darme unos buenos puñetazos por haberlos traído por aquí —se lamentó Pedro.

—Al contrario, Su Majestad —dijo el Enano—. Por una parte, no fuiste tú sino tu Real hermano, el Rey Edmundo, quien sugirió ir por el Cristalino.

—Parece que el Q.A. tiene razón —admitió Edmundo, que francamente lo había olvidado ya cuando las cosas se pusieron difíciles.

—Y por otra parte —continuó Trumpkin—, si tomábamos mi camino, es muy probable que hubiéramos caído directamente en el nuevo puesto de avanzada; o al menos habríamos tenido el mismo problema para eludirlo. Creo que la ruta del Cristalino resultó ser la más conveniente.

—No hay mal que por bien no venga —dijo Susana.

—¡Pero caramba que se demora en venir! —exclamó Edmundo.

—Supongo que tendremos que volver a subir por el barranco —dijo Lucía.

—Lu, eres maravillosa —dijo Pedro—. Eso es lo más cercano a "yo lo advertí" que has podido decir en todo el día. Sigamos adelante.

—Y cuando estemos en medio de la selva —anunció Trumpkin—, digan lo que digan, voy a encender un buen fuego y prepararé la cena. Ahora tenemos que alejarnos de aquí cuanto antes.

No hay para qué describir la penosa ascensión del barranco. Fue un esfuerzo agotador pero, curiosamente, se sentían mucho más animados, con renovadas fuerzas; y la palabra *cena* había producido un efecto prodigioso.

Atravesaron el bosquecillo de abetos que tantos problemas les causó a pleno día y acamparon en una hondonada situada más arriba. Fue bastante tedioso tener que recoger leña; pero, en cambio, qué entretenido cuando llameó el fuego y comenzaron a sacar de sus bolsillos los húmedos y manchados paquetes de carne de oso, que no habrían tenido el menor atractivo para quien hubiese pasado todo el día en casa. El Enano tenía ideas espléndidas para cocinar. Envolvió cada manzana (aún les quedaban unas pocas) en la carne de oso como si se tratara de un pastelillo de manzanas, con carne en lugar de masa, bastante más gruesa, claro está; lo traspasó con un palo puntiagudo y lo puso a asar. La carne se impregnó del jugo de la manzana, como un asado de cerdo con salsa de manzana. Un oso que se haya alimentado por mucho tiempo de la carne de otros animales, no sabe muy bien; pero un oso que ha comido mucha miel y frutas es excelente; y éste resultó ser de esos últimos. La cena estuvo verdaderamente exquisita. Y, como no había que lavar platos, pudieron tenderse, contemplar el humo de la pipa de Trumpkin, estirar sus piernas cansadas y conversar. Veían con optimismo la posibilidad de encontrar al Rey Caspian al día siguiente y derrotar a Miraz en unos pocos días. Sus esperanzas no tenían gran fundamento, pero así lo sentían.

Pronto fueron durmiéndose uno tras otro.

Lucía despertó del sueño más profundo que puedas imaginar con la sensación de que la voz más querida para ella en todo el mundo la estaba llamando por su nombre. Pensó al principio que era la voz de su padre, pero no era. Luego pensó que era la de Pedro, pero tampoco era su voz. No quería levantarse; no por el cansancio, porque, por el contrario, se sentía maravillosamente descansada y todos sus dolores de huesos habían desaparecido, sino porque se sentía tan feliz y cómoda. Miraba la luna de

Narnia, que es más grande que la nuestra, y el cielo estrellado; el campamento estaba instalado en un lugar bastante despejado.

"Lucía", se escuchó el llamado nuevamente; no era la voz de su padre ni la de Pedro. Se sentó, temblando de emoción, sin miedo. La luna brillaba con tal intensidad que el paisaje del bosque a su alrededor estaba claro como a la luz del día, aunque su aspecto era más salvaje. Atrás estaba el bosquecillo de abetos; a lo lejos, a su derecha, las desiguales cumbres de los precipicios en la ladera más apartada de la quebrada; frente a ella, un prado de pasto se extendía hasta la entrada de un claro en el bosque, a la distancia de un tiro de arco. Lucía contempló fijamente los árboles del claro.

"¡Vaya! Creo que se están moviendo —se dijo—. Se están paseando".

Se levantó, sintiendo su corazón latir locamente y se encaminó hacia ellos. Había ciertamente un ruido en el claro, un ruido como el que hacen los árboles en días de fuerte viento, a pesar de que esa noche no había viento. Mas tampoco era exactamente el ruido usual de los árboles. A Lucía le pareció escuchar una melodía en ese ruido, pero no podía captarla, como tampoco pudo captar las palabras de los árboles cuando casi le hablaron la noche anterior. Pero había, al menos, un ritmo; a medida que se acercaba, sentía que sus pies querían bailar. Ahora ya no cabía duda de que los árboles se estaban moviendo, balanceándose entre ellos, en una especie de complicada danza campestre. ("Supongo —pensó Lucía— que si la bailan los árboles, ésta debe ser una danza verdaderamente campestre"). Se encontraba ya en medio de ellos.

El primer árbol al que miró le pareció a primera vista no un árbol sino un hombre inmenso de hirsuta barba, con una espesa mata de pelo. No tuvo miedo, ella estaba habituada a estas cosas. Pero cuando volvió a mirarlo, era solamente un árbol, aunque aún se estaba moviendo. No habría podido distinguir si tenía pies o raíces, porque, claro, cuando los árboles se mueven, no caminan por la superficie de la tierra; la vadean, como hacemos nosotros en el agua. Sucedió lo mismo con todos los árboles que observó. De pronto parecían ser las amistosas y encantadoras formas de gigantes y gigantas que toma la gente-árbol cuando alguna magia benéfica los llama a la vida; mas luego parecían árboles otra vez. Pero cuando parecían árboles, eran extrañamente humanos, y cuando eran personas, parecían extraños seres hechos de ramas y de hojas. Y se escuchaba todo el tiempo aquel curioso ruido cadencioso, susurrante, fresco, alegre.

—Están casi despiertos, aunque no del todo —dijo Lucía—. Sabía que ella misma se encontraba absolutamente despierta, mucho más de lo que uno lo está normalmente.

Se mezcló con ellos sin temores, bailando y haciendo piruetas para evitar ser derribada por sus colosales parejas de baile. Pero ya no le

interesaban tanto. Quería ir más allá, hacia otra cosa; hacia ese más allá desde donde la voz amada la llamaba.

Se abrió paso entre los árboles (preguntándose a veces si en su camino había usado sus brazos para apartar ramas, o bien para enlazar manos, en una especie de Gran Cadena, con los enormes bailarines que se inclinaban para alcanzarla) que formaban un verdadero círculo en torno a un espacio abierto. Salió por fin de esa movediza confusión de preciosas luces y sombras.

Sus ojos vieron un círculo de pasto, suave como un césped, a cuyo derredor danzaban oscuros árboles. Y de pronto, ¡qué alegría! Allí estaba El: el inmenso León, reluciente a la luz de la luna, y bajo él su larga sombra negra.

A no ser por el movimiento de su cola, hubiera parecido un león de piedra; pero Lucía jamás creyó que lo fuera. Nunca se detuvo a pensar si era o no un león amigo. Se precipitó hacia él. Sentía que su corazón estallaría en un instante más. Después, lo único que supo fue que lo besaba, que abrazaba como podía su cuello, y que hundía su cara en la suavidad de su hermosa y espléndida melena.

—Aslan, Aslan. Querido Aslan —sollozó Lucía—. Al fin.

La magnífica bestia se dio vuelta sobre un costado para que Lucía cayera, medio sentada y medio tendida, entre sus patas delanteras. Se inclinó hacia ella y rozó suavemente la nariz de la niña con su lengua. Su aliento cálido la envolvió. Ella contempló su cara grande que rebosaba sabiduría.

—Bienvenida, hija —dijo.

—Aslan —dijo Lucía—, estás más grande. —Es porque tú tienes más edad, pequeña —le respondió.

—¿No es porque tú tienes más años?

—No. Pero cada año que pase, tú crecerás y me encontrarás a mí más grande.

Ella estaba tan feliz que por unos momentos no quiso hablar. Pero Aslan habló.

—Lucía —dijo—, no debemos quedarnos aquí mucho más. Tienes una tarea que cumplir y ya se ha perdido demasiado tiempo hoy.

—Sí, ¿no es cierto que fue una vergüenza? —exclamó Lucía—. Yo te vi claramente, pero ellos no quisieron creerme. Son tan...

Desde lo más profundo del cuerpo de Aslan surgió la vaga sombra de un gruñido.

—Perdóname —suplicó Lucía, que conocía algunos de sus estados de ánimo—. No pretendía criticar a los demás. Pero no fue mi culpa.

El León la miró a los ojos.

—Oh, Aslan —dijo Lucía—. ¿Quieres decir que sí lo fue? ¿Cómo podía yo?... Yo no podía abandonar a los otros y subir hacia ti sola, ¿cómo podía hacerlo? Por favor, no me mires así..., bueno, supongo que hubiera podido. Sí, y tampoco hubiese estado sola, ya lo sé, si estaba contigo. Pero, ¿de qué hubiera servido?

Aslan no dijo nada.

—¿Quieres decir —dijo Lucía, con voz débil—, que todo habría resultado bien, de alguna manera? Pero, ¿cómo? Por favor, Aslan, ¿no puedo saberlo?

—¿Saber lo qué habría sucedido, niña? —dijo Aslan—. No. Jamás se le dice a nadie.

—¡Qué pena! —suspiró Lucía.

—Pero cualquiera puede descubrir lo que pasará —prosiguió Aslan—. Si ahora regresas donde los demás, los despiertas y les cuentas que me has visto otra vez y que deben levantarse de inmediato y seguirme, ¿qué pasará? Sólo hay una forma de saberlo.

—¿Quieres decir que eso es lo que quieres que yo haga? —preguntó Lucía, con voz entrecortada.

—Sí, pequeñuela —repuso Aslan.

—¿Te verán los otros también? —preguntó Lucía. —En un principio, ciertamente no —respondió Aslan—. Más tarde... todo depende de ellos.

—¡Pero no me van a creer! —exclamó Lucía. —No importa —dijo Aslan.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró Lucía—. Y yo que estaba tan contenta de encontrarte. Y que pensaba que me dejarías quedarme contigo. Imaginaba que llegarías rugiendo y asustarías a todos los enemigos obligándolos a huir, como la última vez. Pero ahora van a pasar cosas horrendas.

—Es difícil para ti, pequeñuela —dijo Aslan—. Pero nada se repite dos veces. Hemos vivido tiempos duros en Narnia antes de ahora.

Lucía sepultó su cabeza en la melena de Aslan para esconderse de su mirada. Mas su melena debía poseer seguramente cierta magia: sintió que la fuerza del León se posesionaba de ella. De repente, se incorporó.

—Perdóname, Aslan —dijo—. Ya estoy preparada.

—Ahora eres una leona —dijo Aslan—. Y ahora toda Narnia renacerá. Pero ven, no tenemos tiempo que perder.

Se irguió y caminó con paso majestuoso y silencioso de regreso a la zona de los árboles danzantes que ella había atravesado al llegar. Y Lucía fue con él, colocando su mano trémula sobre su melena. Los árboles se apartaron para abrirles camino y por un segundo adquirieron su completa forma humana. Lucía vislumbró los altos y encantadores dioses-bosque y diosas-bosque haciendo una reverencia ante Aslan; en un instante recuperaron su forma de árboles, pero aún haciendo su reverencia, con movimientos tan graciosos de sus ramas y troncos que sus venias parecían ser parte de una danza.

—Ahora, hija —dijo Aslan, una vez que dejaron atrás los árboles—. Yo esperaré aquí. Ve y despierta a los demás y diles que me sigan. Si no quieren hacerlo, entonces por lo menos tú sola deberás seguirme.

Es terrible tener que despertar a cuatro personas, todas mayores que tú y muy cansadas, para decirles algo que seguramente no creerán, y tratar de obligarlas a hacer lo que probablemente no les agradará.

"No debo pensar en eso, sólo tengo que hacerlo", se dijo Lucía.

Fue primero donde Pedro y lo remeció.

—Pedro —murmuró a su oído—, despierta. Rápido, Aslan está aquí y dice que tenemos que seguirlo de inmediato.

—Por supuesto, Lu, lo que tú quieras —dijo Pedro, inesperadamente.

Esta respuesta la animó, pero como Pedro se dio vuelta y se durmió de nuevo, no sirvió de nada.

Luego ensayó con Susana. Ella despertó, pero sólo para decir con su irritante tono de persona mayor:

—Has estado soñando, Lucía, vuelve a dormirte.

Abordó entonces a Edmundo. Fue bastante difícil despertarlo, pero por fin se despabiló y se sentó.

—¿Eh? —dijo con voz gruñona—. ¿De qué me estás hablando?

Se lo repitió todo de nuevo. Esa era una de las partes peores de su tarea, pues cada vez que lo decía le sonaba menos convincente.

—¡Aslan! —exclamó Edmundo, dando un salto—. ¡Bravo! ¿Dónde está?

Lucía se volvió hacia el lugar donde ella podía ver al León que esperaba con sus pacientes ojos fijos en ella. —Allí —dijo, señalándolo.

—¿Dónde? —preguntó Edmundo otra vez. —Allí, allí. ¿No lo ves? A este lado de los árboles. Edmundo miró con gran atención durante un rato. —No. No hay nada allí —dijo—. La luz de la luna te ha encandilado y estás confundida. A uno le sucede, tú sabes. Pensé que veía algo de pronto, pero fue sólo una cómo-es-que-se-llama óptica.

—Yo puedo verlo todo el tiempo —dijo Lucía—. Nos está mirando en este momento.

—Entonces, ¿por qué yo no lo puedo ver?

—El dijo que quizás no serías capaz de verlo.

—¿Por qué?

—No sé. Eso es lo que él dijo.

—¡Oye, no friegues más! —exclamó Edmundo—. Ojalá no siguieras viendo cosas. Pero supongo que tendremos que despertar a los demás.

XI
EL LEON RUGE

Cuando todos estuvieron despiertos, Lucía tuvo que contar su historia por cuarta vez. El profundo silencio que siguió fue lo más desalentador que se puede imaginar.

—No veo nada —dijo Pedro, después de forzar la vista hasta que le dolieron los ojos—. ¿Puedes ver algo, Susana?

—No, claro que no —replicó bruscamente Susana—, porque no hay nada que ver. Lucía estaba soñando. Acuéstate y duerme, Lu.

—Espero —dijo Lucía con voz trémula— que todos vendrán conmigo, porque... porque yo tendré que seguirlo con o sin ustedes.

—No digas tonterías, Lucía —exclamó Susana—. Por supuesto que no irás sola. No la dejes, Pedro. Se está portando sumamente mal.

—La acompañaré, si *tiene* que ir —declaró Edmundo—. Hasta ahora, ella siempre ha tenido la razón.

—Es cierto —reconoció Pedro—. Y a lo mejor también tiene razón ahora. Nos fue pésimo bajando el barranco. Pero... a estas horas de la noche. Además ¿por qué Aslan es ahora invisible para nosotros? Nunca lo fue antes; esta actitud no es muy de él. ¿Qué dice nuestro Q.A.?

—Yo no digo nada —respondió el Enano—. Si todos van, por cierto yo también iré con ustedes; si el grupo se divide, iré con el gran Rey. Es mi deber con él y con el Rey Caspian. Pero, si me piden mi opinión personal, yo soy un simple enano que no cree que sea posible encontrar un camino por la noche si no se pudo encontrar a pleno día. Y no me gustan los leones mágicos que hablan y no hablan, y los leones amigos que no nos ayudan en nada, y los leones descomunales a los que nadie puede ver. Desde mi punto de vista, son sólo idioteces y patrañas.

—Está golpeando el suelo con su pata para que nos apuremos —dijo Lucía—. Tenemos que ir en el acto. Yo, por lo menos.

—No tienes derecho a forzarnos a todos de esta manera. Estamos cuatro a uno y tú eres la menor —dijo Susana.

—Vamos ya —rezongó Edmundo—. Tenemos que ir, o no nos dejará en paz.

Quería apoyar a Lucía, pero le molestaba perder su sueño y

compensaba su enojo demostrando malhumor.

—En marcha, entonces —decidió Pedro, tomando cansadamente su escudo y colocándose el yelmo. En otra ocasión le habría dicho una palabra amable a Lucía, que era su regalona, porque comprendía lo desdichada que se sentía, y sabía que lo que había sucedido no era culpa suya. Pero tampoco podía evitar estar molesto con ella.

Susana era la peor.

—Supongamos que yo empezara a comportarme como Lucía —dijo—. Amenazaría con quedarme aquí aunque el resto de ustedes decida irse. Y creo que es exactamente lo que haré.

—Obedezca al gran Rey, Su Majestad —aconsejó Trumpkin—, y vámonos. Si no me permiten dormir, prefiero caminar a estar parado acá hablando.

Y finalmente se pusieron en camino. Lucía iba al frente, mordiéndose los labios y tratando de no decir lo que hubiera querido decir a Susana. Pero se olvidó de todo cuando miró a Aslan. El caminaba con paso lento a unos treinta metros delante de ellos. Los demás se guiaban únicamente por las instrucciones de Lucía, pues Aslan no sólo era invisible para ellos, sino además mudo. Sus grandes patas semejantes a las del gato no hacían ruido sobre el pasto.

Los condujo a la derecha de los árboles danzantes (nadie supo si aún bailaban, pues Lucía sólo tenía ojos para el León y los demás sólo tenían ojos para Lucía) y se acercó al borde de la quebrada.

"¡Terrones y timbales!", pensó Trumpkin. "Espero que esta locura no termine con una escalada al claro de luna, y unos cuantos cuellos quebrados".

Durante un buen trecho, Aslan siguió por la cima de los precipicios. Luego llegaron a un lugar donde unos pocos arbolitos crecían precisamente en el borde. Allí Aslan dio media vuelta y desapareció entre ellos. Lucía contuvo el aliento, pues le pareció que se había lanzado por el acantilado; pero estaba tan preocupada de no perderlo de vista, que no pensó en nada. Apresuró su paso y pronto estuvo en medio de los árboles. Al mirar hacia abajo, pudo ver un sendero escarpado y angosto que caía oblicuamente al barranco entre las rocas, y a Aslan descendiendo por él. Se volvió y la miró con sus ojos alegres. Lucía palmeó contenta y comenzó a bajar gateando tras él. A sus espaldas escuchó las voces de los otros gritando: "¡Eh, Lucía! Cuidado, por el amor de Dios. Estás justo al borde del abismo. Vuelve..." Y, un instante después, la voz de Edmundo que decía: "No, ella tiene razón, claro que hay un camino allá abajo".

Edmundo la alcanzó en la mitad del sendero.

—¡Mira! —le dijo con gran agitación—. ¡Mira! ¿Qué es esa sombra que se arrastra delante de nosotros?

—Es su sombra —repuso Lucía.

—Ahora sí que creo que tú tenías razón, Lu —dijo Edmundo—. No sé cómo no lo comprendí antes. Pero ¿dónde está él?

—Con su sombra, por supuesto. ¿No lo ves?

—Bueno, casi creí verlo... por un momento. Hay una luz tan rara.

—Avanza, Rey Edmundo, avanza —se escuchó la voz de Trumpkin desde lo alto, y detrás de ellos; luego, más atrás y desde más arriba, la voz de Pedro que decía: "Apúrate, Susana. Dame la mano. Hasta un niño podría bajar por aquí. Y deja de quejarte".

Al poco rato llegaron al fondo y el bramido del agua casi los aturdió. Pisando delicadamente, como un gato, Aslan saltó de piedra en piedra a través del arroyo. En el centro se paró, se agachó a beber, levantó su cabeza peluda chorreando agua, y los miró. Esta vez Edmundo lo vio. "¡Oh Aslan!", gritó y corrió hacia adelante. Pero el León se escurrió velozmente y comenzó a trepar la ladera al otro lado del Torrente. —Pedro, Pedro —gritó Edmundo—. ¿Lo viste?

—Vi algo —respondió Pedro—. Pero la luz de la luna es muy engañadora. Y, de todos modos, seguiremos adelante, y tres vivas por Lucía. No siento tanto cansancio ahora tampoco.

Sin vacilaciones, Aslan los guió hacia la izquierda, más arriba del barranco. Todo el trayecto fue muy extraño y parecía parte de un sueño: el arroyo rugiente, el húmedo pasto gris, los borrosos acantilados a los cuales se acercaban, y siempre la bestia gloriosa delante de ellos, con su paso silencioso. Todos podían verlo ahora, a excepción de Susana y el Enano.

Dieron con otro sendero escarpado, de cara a nuevos precipicios. Eran bastante más altos que los que acababan de bajar, y el camino de subida fue un largo y tedioso zigzag. Afortunadamente, la luna brillaba iluminando el barranco y así ninguna ladera quedaba en penumbra.

Lucía casi se desmayó cuando vio desaparecer la cola y las patas traseras de Aslan en la cumbre; pero con un postrer esfuerzo trepó tras él y llegó, con las piernas temblorosas y sin aliento, a la colina que intentaban alcanzar desde que habían pasado el Cristalino. La alargada y suave ladera (donde brillaban pálidos a la luz de la luna brezos, pasto y riscos) se extendía

hasta perderse en un centellear de árboles a una media milla de distancia. Ella la conocía: era la colina de la Mesa de Piedra.

En medio del tintineo de sus cotas de malla, los demás escalaron detrás. Aslan se deslizaba delante de ellos, que lo seguían paso a paso.

—Lucía —murmuró Susana en voz muy débil.

—¿Sí? —dijo Lucía.

—Ahora lo veo. Perdóname.

—Está bien.

—He sido peor de lo que imaginas. Yo creí ayer que era él... Aslan, quiero decir. Cuando nos advirtió que no bajáramos al bosque de abetos. Y creí también que era él anoche, cuando nos despertaste. Es decir, muy dentro de mí. O habría podido creer, si yo misma me lo hubiese permitido. Pero lo único que quería era salir de esos bosques y... y... no sé... Y ahora, ¿qué le voy a decir?

—Tal vez no vas a necesitar decir nada —sugirió Lucía.

Pronto llegaron al pie de los árboles y a través de ellos pudieron ver el Gran Montículo, el Monumento de Aslan, que había sido levantado sobre la Mesa de Piedra después de que abandonaron Narnia.

—Los nuestros no han vigilado muy bien —musitó Trumpkin—. Deberían habernos interceptado hace rato...

—¡Silencio! —dijeron los otros cuatro, pues en ese momento Aslan se detuvo y se paró ante ellos, luciendo tan majestuoso que se sintieron felices dentro del temor que les inspiraba, y temerosos dentro de la alegría que los embargaba. Los dos niños avanzaron a tranco largo; Lucía les abrió paso; Susana y el Enano se quedaron atrás.

—Oh Aslan —dijo el Rey Pedro, hincando una rodilla en tierra y acercando una de las pesadas patas del León a su cara—, estoy tan contento. Y estoy muy avergonzado. Los he guiado mal desde un comienzo, especialmente ayer por la mañana.

—Mi querido hijo —dijo Aslan.

En seguida se volvió hacia Edmundo y lo saludó.

—¡Bien hecho! —fueron sus palabras.

Después de una impresionante pausa, la voz profunda dijo: "Susana". Susana no respondió, y a todos les pareció que estaba llorando.

—Te has dejado llevar por tus temores, hija —continuó Aslan—. Ven, deja que te dé mi aliento. Olvida todo miedo. ¿Sientes valor otra vez?

—Un poco, Aslan —murmuró Susana.

—¡Y ahora! —dijo Aslan, con una voz mucho más potente, que ya insinuaba un rugido, mientras su cola azotaba sus muslos—. Y ahora, ¿dónde está ese pequeño Enano, ese famoso espadachín y arquero, que no cree en leones? ¡Ven acá, hijo de la Tierra, ven ACA! — Y la última palabra no fue ya la insinuación de un rugido, sino casi el rugido mismo.

—¡Fantasmas y fetiches! —jadeó Trumpkin, con el alma en un hilo.

Los niños no se inquietaron, pues conocían a Aslan lo suficiente como para darse cuenta de que el Enano le era muy simpático, pero la situación de Trumpkin era muy diferente: él no había visto jamás un león, y menos a este León. Hizo lo único sensato que podía hacer: en vez de salir huyendo, se acercó tambaleante a Aslan.

Aslan se abalanzó sobre él. ¿Has visto a una madre-gato llevando a su gatito en el hocico? Así fue lo que sucedió. El Enano, encorvado como una pequeña y mísera pelota, colgaba del hocico de Aslan. El León lo sacudió y toda su armadura tintineó como el morral de un hojalatero y luego... como por arte de magia... el Enano voló por los aires. Estaba a salvo como en su propia cama, aunque él no lo sentía así. Cuando cayó, las enormes patas aterciopeladas lo cogieron con la suavidad de los brazos de una madre y lo pusieron, de pie, sobre el suelo.

—Hijo de la Tierra, ¿quieres que seamos amigos? —dijo Aslan.

—S...s...í...sí —tartamudeó el Enano, que todavía no lograba recobrar el aliento.

—Bien —dijo Aslan—. La luna se está poniendo. Miren hacia atrás: ya comienza a amanecer; no tenemos tiempo que perder. Ustedes tres, ustedes hijos de Adán y el hijo de la Tierra, entren rápidamente al Montículo y enfrenten lo que allí encontrarán.

El Enano seguía sin poder articular palabra y ninguno de los niños se atrevió a preguntar si Aslan iría con ellos. Los tres tiraron de sus espadas, saludaron, y se internaron en la oscuridad haciendo resonar sus armaduras. Lucía advirtió que sus rostros no mostraban signos de cansancio; tanto el gran Rey como el Rey Edmundo tenían aspecto de hombres, no de niños.

Las niñas, de pie junto a Aslan, los observaron hasta que se perdieron de vista. La luz comenzó a cambiar. Abajo, hacia el este, Aravir, la estrella de la mañana de Narnia, relucía como una pequeña luna. Aslan, que se veía más grande que antes, levantó la cabeza, sacudió su melena y rugió.

El sonido, en un comienzo profundo y vibrante como un órgano que ataca una nota baja, creció y se hizo más y más fuerte, hasta que la tierra y el aire temblaron con él. Subió desde esa colina y voló a través de Narnia. Abajo, en el campamento de Miraz, los hombres despertaron, se miraron con espanto y empuñaron sus armas. Más abajo aún, en el Gran Río que estaba en su hora de mayor frío, las cabezas y hombros de las ninfas y la enorme cabeza del dios-río, con sus barbas cubiertas de malezas, emergieron de las aguas. Más atrás, en todos los campos y en los bosques las orejas alertas de los conejos se asomaron a la entrada de sus cuevas; las somnolientas cabezas de los pájaros salieron de entre sus alas; los búhos ulularon; las raposas ladraron; los puercos espines gruñeron; los árboles se estremecieron. En los pueblos y villorrios las madres apretaron a sus hijos contra su pecho, con mirada de temor; los perros gimieron y los hombres se levantaron de un salto en busca de luces. En la lejanía, en la frontera norte, los gigantes de las montañas aguzaron la vista desde los oscuros portones de sus castillos.

Lucía y Susana vieron algo oscuro que venía hacia ellas desde todas las direcciones atravesando las colinas. En un principio pareció ser una densa niebla arrastrándose sobre el suelo, luego las tempestuosas olas de un negro mar elevándose cada vez más alto a medida que se acercaba, y de pronto, por fin se vio como lo que era en realidad: el bosque en movimiento. Parecía que todos los árboles del mundo corrían hacia Aslan. Pero al aproximarse no parecían árboles, y cuando toda la multitud, inclinándose y haciendo reverencias y agitando sus delgados y largos brazos hacia Aslan, rodeó a Lucía, ella pudo ver que era una multitud de figuras humanas. Pálidas niñas-abedul sacudían sus cabezas; mujeres-sauce apartaban sus cabellos de sus caras meditabundas para contemplar a Aslan; las majestuosas hayas permanecían quietas y lo adoraban; toscos hombres-roble; esbeltos y melancólicos olmos; acebos de cabezas desgreñadas (ellos muy oscuros, pero sus esposas brillando con sus bayas), y alegres serbales, todos hacían sus reverencias y se alzaban clamando "Aslan, Aslan" con sus diversas voces, roncas, rechinantes o cadenciosas como las olas del mar.

La muchedumbre y las danzas alrededor de Aslan (porque se había iniciado la danza una vez más) aumentaron tanto y en forma tan rápida que Lucía estaba confundida. No vio de dónde llegaban otras gentes que hacían cabriolas entre los árboles. Había un joven vestido sólo con una piel de cervato, con pámpanos entretejidos en su rizado cabello. Su cara podría ser demasiado bella para un niño, si no tuviera un aire tan extremadamente salvaje. Al mirarlo se sentía lo que dijo Edmundo cuando lo conoció unos días más tarde: "Es un tipo capaz de hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa". Parecía tener diferentes nombres, Bromios, Bassareus, y el

Carnero eran tres de ellos. Había una gran cantidad de niñas con él, igualmente salvajes. Había también, inesperadamente, alguien montado en un asno. Y todos reían; y todos gritaban: "Euan, euan, eu-oi-oi-oi".

—¿Es un juego, Aslan? —gritó el joven.

Y aparentemente lo era. Pero cada cual parecía tener una idea distinta acerca de qué se jugaba. Podía ser el Pillarse, pero Lucía nunca descubrió quién era el que la llevaba. Era más bien algo parecido a la Gallinita Ciega, sólo que todos actuaban como si tuvieran los ojos vendados. Se parecía a las Escondidas, pero nunca se encontraba a nadie. Lo que lo hizo más complicado fue que el hombre montado en un asno, viejo y enormemente gordo, empezó a gritar en el acto: "¡Refrescos! ¡Es hora de los refrescos! " y se dejó caer del asno, pero los demás lo empujaron y lo subieron otra vez, mientras el animal, bajo la impresión de que estaba en un circo, trató de aprovechar la oportunidad para exhibir sus habilidades caminando sobre sus patas traseras. ¡Y a cada momento había más y más hojas de parra por todos lados! Y muy pronto no sólo hubo hojas, sino las propias vides que subían por todas partes, crecían por entre las piernas de la gente-árbol y se enrollaban alrededor de sus cuellos. Lucía levantó las manos para apartar el cabello de la cara y se dio cuenta de que estaba apartando sarmientos. El asno era una masa de ellos. Tenía la cola enteramente enredada y algo oscuro se mecía entre sus orejas. Lucía se volvió a mirarlo y vio que era un racimo de uvas. Después todo fue uvas, encima de la cabeza, bajo los pies, y por todos lados.

"¡Refrescos! ¡Refrescos!", bramaba el viejo. Todos empezaron a comer y, aunque tengas los mejores invernaderos, nunca podrás probar uvas como aquéllas. Exquisitas uvas, firmes y apretadas por fuera, pero se deshacían con fresca suavidad cuando las ponías en tu boca. Era algo que las niñas nunca antes habían comido en tales cantidades. Había más de lo que cualquiera pudiera desear, y no había que cuidar los modales en la mesa. Todos tenían los dedos pegajosos y sucios y, aunque las bocas estaban llenas, no cesaron la risa ni los cánticos de "euan, euan eu-oi-oioi", hasta que de pronto decidieron al mismo tiempo que el juego (cualquiera que fuera) y la fiesta debían terminar, y se desplomaron exhaustos en el suelo y volvieron sus rostros hacia Aslan para escuchar sus palabras.

El sol ya estaba asomando y Lucía recordó algo, y susurró al oído de Susana:

—Su, ya sé quiénes son.

—¿Quiénes?

—El niño de aspecto salvaje es Baco y el viejo en el asno es Silenus. ¿No te acuerdas de que el señor Tumnus nos contó sobre ellos hace mucho tiempo?

—Sí, claro. Pero, Lu...

—¿Qué?

—No me habría sentido muy tranquila con Baco y sus niñas salvajes si Aslan no hubiera estado presente.

—Lo mismo yo —dijo Lucía.

XII
BRUJERÍA Y PRONTA VENGANZA

Entretanto, Trumpkin y los dos niños llegaron a la pequeña y oscura arcada de piedra que conducía al interior del Montículo; dos tejones centinelas (Edmundo sólo distinguía las manchas blancas de sus mejillas) se levantaron de un salto mostrando los dientes y preguntaron con sus voces gruñonas: "¿Quién va?".

—Trumpkin —contestó el Enano—. Traigo al gran Rey de Narnia desde el remoto pasado.

Los tejones olfatearon las manos de los niños.

—Por fin —dijeron—, por fin.

—Dennos una luz, amigos —pidió Trumpkin.

Los tejones encontraron una antorcha en el arco y Pedro la encendió y la pasó a Trumpkin.

—Mejor será que nos guíe el Q.A. —dijo—. No conocemos el camino acá adentro.

Trumpkin tomó la antorcha y se adelantó, penetrando en el oscuro túnel. Era un lugar muy frío y sombrío, que olía a humedad y donde cruzaban de repente algunos murciélagos revoloteando a la luz de la antorcha; estaba todo lleno de telarañas. Los niños, que habían permanecido al aire libre desde esa mañana en la estación de ferrocarril, tuvieron la sensación de entrar en una trampa, o en una prisión.

—¡Caramba! —exclamó Edmundo—. Mira, Pedro, esos grabados en las paredes. ¿No te parecen muy antiguos? Y pensar que nosotros somos más antiguos que ellos. No existían cuando estuvimos acá la última vez.

—Así es —murmuró Pedro—. Y da mucho que pensar.

El Enano continuó su marcha, doblando hacia la derecha y luego hacia la izquierda, bajó algunos escalones, y luego a la izquierda de nuevo. Por fin, vieron una luz al frente, por debajo de una puerta. Y por primera vez oyeron voces; estaban ante la puerta de la sala principal. Alguien hablaba tan fuerte que nadie escuchó los pasos de los niños y el Enano.

—Esto no me gusta nada —murmuró Trumpkin, dirigiéndose a Pedro —. Escuchemos un momento.

Los tres se quedaron muy quietos ante la puerta.

—Ustedes saben muy bien —decía una voz ("Es el Rey", susurró Trumpkin)— por qué no se hizo sonar el Cuerno al amanecer de aquella mañana. ¿Han olvidado que Miraz cayó sobre nosotros un poco antes de que Trumpkin partiera, y que luchamos por salvar nuestras vidas durante tres horas o más? Lo hice sonar en cuanto tuve un respiro.

—Cómo podría olvidarlo —se escuchó la voz iracunda—, si mis Enanos llevaron el peso del ataque y uno de cada cinco de ellos cayó. ("Ese es Nikabrik", murmuró Trumpkin).

—Qué vergüenza, Enano —surgió una voz apagada ("Cazatrufas", dijo Trumpkin)—. Todos luchamos tanto como tus Enanos, y nadie superó al Rey.

—Cuenta tu historia como quieras, a mí me es indiferente —respondió Nikabrik—. Pero ya sea que soplaron el Cuerno demasiado tarde, o que no tiene ninguna magia, hasta ahora no ha llegado la ayuda. Y tú, tú el gran letrado, tú el experto en magia, tú el sabelotodo, ¿todavía pretendes que pongamos nuestras esperanzas en Aslan y en el Rey Pedro y todos los demás?

—Debo confesar, no lo puedo negar, que estoy profundamente desilusionado con el resultado de nuestra maniobra —fue la respuesta. ("Es el maestro Cornelius", dijo Trumpkin).

—Para hablar claro —continuó Nikabrik—, tu morral está vacío, tus huevos podridos, tus peces sin pescar, tus promesas rotas. Hazte a un lado, entonces, y deja el trabajo a los demás. Y es por eso...

—La ayuda vendrá —dijo Cazatrufas—. Yo soy fiel a Aslan. Tengan paciencia, como nosotros las bestias; la ayuda vendrá; puede ser que ya esté a la puerta.

—¡Bah! —gruño Nikabrik—. Ustedes los tejones nos harían esperar hasta que caiga el cielo y podamos cazar alondras. Les advierto que no podemos esperar; escasea la comida; perdemos más de lo que nos podemos permitir en cada enfrentamiento; nuestros seguidores están huyendo.

—Y ¿por qué? —preguntó Cazatrufas—. Yo te diré por qué. Porque se ha rumoreado que hemos llamado a los Reyes del pasado y que ellos no han respondido. Las últimas palabras de Trumpkin antes de partir, y partir, a lo que parece, a su muerte, fueron: "Si tienen que hacer sonar el Cuerno, no permitan que el ejército sepa por qué lo tocan ni qué esperan de él". Sin embargo, esa misma tarde todos lo sabían.

—Deberías meter tu viejo hocico en un nido de avispas, tejón, antes de insinuar que yo fui con el soplo —dijo Nikabrik—. Retira tus palabras, o...

—Oh, basta, callen los dos —dijo el Rey Caspian—. Quiero saber qué es lo que Nikabrik sugiere que deberíamos hacer. Pero antes quiero saber quiénes son esos dos desconocidos que él trajo a nuestro consejo, y que están de pie allá atrás, con sus oídos abiertos y sus bocas cerradas.

—Son amigos míos —repuso Nikabrik—. ¿Y qué mayor derecho tienes tú mismo de estar aquí que el de ser amigo de Trumpkin y del tejón? ¿Y qué derecho tiene ese viejo chocho de ropaje negro para estar aquí sino el de ser amigo tuyo? ¿Por qué sería yo el único que no puede traer a sus amigos?

—Su Majestad es el Rey a quien juraste obediencia —dijo Cazatrufas fríamente.

—Modales cortesanos, modales cortesanos —respondió Nikabrik despectivamente—. Pero en esta cueva podemos hablar con claridad. Tú sabes, y él también sabe, que este niño Telmarino será rey de ninguna parte y de nadie dentro de una semana, a menos que lo ayudemos a salir de la trampa en que ha caído.

—Tal vez —intervino Cornelius—, tus amigos quieran hablar de sí mismos. Eh, tú, ¿quién eres y qué haces?

—Excelentísimo maestro doctor —se escuchó una voz tenue y quejumbrosa—. Para servirte, soy sólo una pobre vieja, sí, y muy agradecida a los Excelentísimos Enanos por su amistad, les aseguro. Su Majestad, bendito sea su bello rostro, no debe temer a esta vieja que está retorcida por el reumatismo y que no tiene siquiera dos palos con que calentar la tetera. Poseo una modesta habilidad —no como la suya, maestro doctor, por supuesto— para hacer insignificantes encantamientos y hechizos que me agradaría utilizar contra nuestros enemigos, si a ustedes les parece bien. Porque yo los odio. Oh, sí, nadie odia más que yo.

—Eso es muy interesante y... eh... satisfactorio —dijo el maestro Cornelius—. Creo que ya sé lo que es usted, señora. Quizás tu otro amigo, Nikabrik, podría presentarse.

Una voz opaca y gris, que causó horror a Pedro, replicó:

—Soy el hambre. Soy la sed. Lo que muerdo no lo suelto hasta que muero, y aun después de muerto tienen que cortar mi bocado del cuerpo de mi enemigo y enterrarlo conmigo. Puedo ayunar cien años sin morir. Puedo permanecer cien noches en el hielo sin helarme. Puedo beber un río de sangre sin reventar. Muéstrenme a sus enemigos.

—¿Y es en presencia de estos dos personajes que tú quieres revelar tu plan? — preguntó Caspian.

—Sí —respondió Nikabrik—. Y es con su ayuda que pretendo llevarlo a cabo.

Durante unos pocos minutos, Trumpkin y los niños pudieron escuchar a Caspian y a sus dos amigos hablando en voz baja, pero no lograban entender lo que decían. De pronto, Caspian dijo en voz alta:

—De acuerdo, Nikabrik, explícanos tu plan.

Hubo entonces una pausa tan larga que los niños se preguntaban si Nikabrik se decidiría a hablar alguna vez; cuando lo hizo, fue en una voz muy baja, como si a él mismo no le agradara lo que decía.

—Como se ha dicho muchas veces —musitó—, ninguno de nosotros sabe la verdad sobre los antiguos tiempos en Narnia. Trumpkin no creía en esas fábulas. Yo estaba dispuesto a ponerlas a prueba. Primero intentamos con el Cuerno y fracasó. Si es que alguna vez existió un gran Rey Pedro, una Reina Susana, un Rey Edmundo y una Reina Lucía, entonces, o bien no nos han escuchado, o no pueden venir, o son nuestros enemigos...

—O están por llegar —intercaló Cazatrufas.

—Puedes seguir repitiendo eso hasta que Miraz nos haya entregado como alimento a sus perros. Como decía, hemos probado un eslabón de la cadena de las viejas leyendas, y no hemos conseguido nada. Bien. Pero cuando se te quiebra la espada, sacas tu puñal. Las historias mencionan otros poderes además de los antiguos Reyes y Reinas. ¿Qué les parece si los invocamos?

—Si te refieres a Aslan —dijo Cazatrufas—, es lo mismo llamarlo a él que llamar a los Reyes. Ellos eran sus súbditos. Si él no los envía (y no dudo de que lo hará), ¿crees que vendrá él en persona?

—No. Tienes razón —asintió Nikabrik—. Aslan y los Reyes están juntos. Entonces, o bien Aslan está muerto, o no está de nuestro lado. O tal vez algo más fuerte que él le impide venir. Y si es que viniera, ¿cómo sabremos si será nuestro amigo? No siempre fue buen amigo de los Enanos, según he oído. Tampoco lo fue de todas las bestias. Pregunten a los Lobos. Además, estuvo en Narnia una sola vez, que yo sepa, y por muy poco tiempo. Hay que dejar a Aslan fuera de estos cálculos. Yo pensaba en otra persona.

No hubo respuesta y se hizo un silencio tan grande que Edmundo podía oír la respiración jadeante y gangosa del Tejón.

—¿A quién te refieres? —preguntó Caspian al fin.

—Hablo de un poder tan superior al de Aslan que mantuvo a Narnia bajo hechizo por años de años, si es verdad lo que cuentan las historias.

—¡La Bruja Blanca! —gritaron tres voces al unísono, y por el ruido que se escuchó, Pedro dedujo que tres personas habían saltado de sus asientos.

—Sí —dijo Nikabrik, muy clara y lentamente—, me refiero a la Bruja. Vuelvan, a sentarse. No se asusten al escuchar su nombre como si fueran niños. Queremos poder, y queremos un poder que esté de nuestra parte. En lo que respecta al poder, ¿no cuentan las historias que la Bruja derrotó a Aslan, y lo ató y lo mató sobre esa misma piedra que está allí, debajo de la luz?

—Pero también dicen que él volvió a la vida —dijo el Tejón vivamente.

—Sí, eso *dicen* —respondió Nikabrik—, pero habrás notado que se dice muy poco sobre lo que hizo después. Desaparece de la historia. ¿Cómo lo explicas, si verdaderamente volvió a la vida? ¿No es mucho más verosímil pensar que no volvió, y que si las historias no hablan más de él es porque no había nada más que decir?

—El coronó a los Reyes y, Reinas —dijo Caspian.

—Un Rey que logra ganar una importante batalla generalmente instaura su reinado sin necesidad de un león amaestrado —dijo Nikabrik.

Hubo un fiero gruñido, probablemente de parte de Cazatrufas.

—En todo caso —prosiguió Nikabrik—, ¿qué fue de los Reyes y de su reino? Desaparecieron ellos también. En cambio con la Bruja es muy distinto. Dicen que gobernó durante cien años, cien años de invierno. Eso sí que es poder, si les parece. Lo ha demostrado en forma práctica.

—¡Pero, "por los cielos y la tierra! —exclamó el Rey—, ¿no hemos escuchado siempre que la Bruja era la peor de todos los enemigos? ¿No fue una tirana diez veces más cruel que Miraz?

—Tal vez —contestó Nikabrik con voz fría—. Tal vez lo fue para ustedes los humanos, si es que existían en ese entonces. Tal vez lo fue para algunas de las bestias. Eliminó a los castores, según tengo entendido; por lo menos, no hay ningún castor en Narnia ahora. Pero se portó bien con nosotros los Enanos. Soy un Enano y defiendo a mi propio pueblo; *nosotros* no tememos a la Bruja.

—Pero ustedes están con nosotros —indicó Cazatrufas.

—Sí, y mira el provecho que ha sacado mi pueblo hasta ahora —masculló Nikabrik—. ¿A quién se envía a las misiones peligrosas? A los Enanos. ¿Quiénes pasan hambre cuando las raciones escasean? Los Enanos. ¿Quiénes...

—¡Mentiras, son mentiras! —rebatió el Tejón.

—Por lo tanto —dijo Nikabrik, cuya voz subió de tono hasta convertirse en un aullido—, si ustedes no pueden ayudar a mi gente, buscaré quien pueda hacerlo.

—¿Estás hablando de una abierta traición, Enano? —preguntó el Rey.

—Vuelve tu espada a su vaina, Caspian —dijo Nikabrik—. Un asesinato en pleno consejo ¿eh? ¿Es ese tu juego? No cometas el error de intentarlo. ¿Crees que te tengo miedo? Hay tres de mi lado y tres del tuyo.

—Vamos, entonces —gruñó Cazatrufas, pero fue interrumpido.

—Alto, alto, alto —dijo el maestro Cornelius—. No se precipiten. La Bruja está muerta; todas las historias están de acuerdo en eso. ¿Qué quiere decir Nikabrik cuando habla de llamarla?

La voz lúgubre y terrible que había hablado sólo una vez antes, dijo:

—Oh, ¿lo está?

Y entonces la voz lastimera y estridente se hizo oír:

—Oh, bendito sea su corazón, mi querida Majestad, no debe temer que la Dama Blanca —así la llamamos nosotros— esté muerta. El Excelentísimo Maestro Doctor se está burlando de una pobre mujer como yo al decir eso. Dulce maestro doctor, letrado maestro doctor, ¿quién ha oído hablar alguna vez de que una bruja muera realmente? Ustedes siempre podrán hacerlas regresar.

—Invócala —ordenó la voz lúgubre—. Estamos todos preparados. Dibuja el círculo, prepara el fuego azul.

Por encima del creciente gruñido del Tejón y el cortante "¿Qué?" de Cornelius, se escuchó la voz de Caspian como un trueno:

—¡Así que ése es tu plan, Nikabrik! Brujería negra y la invocación de un espíritu maldito. Y ya comprendo quiénes son tus compañeros, una Bruja y un Hombre-Lobo.

Los momentos que siguieron fueron de gran confusión. Se escuchó el rugido de un animal, un ruido de metales; los niños y Trumpkin irrumpieron repentinamente; Pedro alcanzó a ver a una criatura horrible, gris, macilenta, mitad hombre y mitad lobo, a punto de abalanzarse sobre un niño de su misma edad. Edmundo vio a un tejón y a un Enano rodando por el suelo, como en una pelea de gatos. Trumpkin se encontró cara a cara con la Bruja. Su nariz y su barbilla sobresalían como un par de cascanueces, su cabello sucio y canoso caía sobre su cara, y tenía al maestro Cornelius agarrado por la garganta. De un solo tajo de la espada de Trumpkin, su cabeza rodó por el piso. Se apagó la luz y todo fue espadas, dientes, garras, puños y botas durante cerca de sesenta segundos. Luego, el silencio.

—¿Estás bien, Ed?

—Creo..., creo que sí —jadeó Edmundo—. Tengo a ese bruto de Nikabrik, pero aún está vivo.

—¡Garrafas y garrotes! —se escuchó una voz irritada—.

Es arriba de mí que estás sentado. Sal de aquí, pareces un elefante.

—Perdón, Q.A. —dijo Edmundo—. ¿Estás mejor ahora?

—¡Ay! ¡No! —vociferó Trumpkin—. Estás metiendo tu bota en mi boca. ¡Vete!

—¿Está el Rey Caspian por algún lado? —preguntó Pedro.

—Aquí estoy —respondió una voz bastante débil—. Algo me mordió.

Se oyó el ruido de alguien que prendía un fósforo. Era Edmundo. La tenue luz iluminó su cara, pálida y sucia. Anduvo un instante a tropezones, encontró una vela (ya no usaban la lámpara, pues se había terminado el aceite), la puso sobre la mesa y la encendió. Cuando se elevó la llama clara, varias personas se pusieron de pie. Seis rostros se miraron con sorpresa a la luz de la vela.

—Parece que no quedan enemigos —dijo Pedro—. Allá está la Bruja muerta. —Desvió la mirada rápidamente—. Y Nikabrik, muerto también. Y supongo que eso es un Hombre-Lobo; hace mucho tiempo que no veía uno. Cabeza de lobo y cuerpo de hombre. Quiere decir que se estaba transformando en lobo al momento de su muerte. Y tú, ¿supongo que eres el Rey Caspian?

—Sí —repuso el otro niño—. Pero no tengo idea de quién eres tú.

—Es el gran Rey Pedro —explicó Trumpkin.

—Su Majestad es muy bienvenida —dijo Caspian.

—Y también *tu* Majestad —dijo Pedro—. No he venido a tomar tu lugar, ya lo sabes, sino a colocarte en él.

—Su Majestad —dijo otra voz muy cerca de Pedro.

Al volverse, se encontró cara a cara con el Tejón. Pedro se inclinó hacia adelante, abrazó a la bestia y besó su cabeza peluda; no era cosa de niñas que él lo hiciera, pues era el gran Rey.

—El mejor de los Tejones —dijo—. Nunca dudaste de nosotros, a pesar de todo.

—No es mérito mío, Su Majestad —replicó Cazatrufas—. Soy una bestia y nosotros no cambiamos, y además soy un tejón, y nosotros sabemos cumplir.

—Lo siento por Nikabrik —dijo Caspian—, aunque me detestó desde el primer día que me vio. Se llenó de amargura de tanto sufrir y de tanto odiar. Si hubiésemos vencido rápidamente, tal vez habría llegado a ser un Enano bueno en los días de paz. No sé quién lo mató, pero me alegro.

—Estás sangrando —advirtió Pedro.

—Sí, me mordieron —contestó Caspian—. Fue esa... esa especie de lobo.

En pocos minutos le limpiaron y vendaron la herida y cuando estuvo listo, Trumpkin dijo:

—Y ahora, antes que nada, queremos tomar desayuno.

—Pero no aquí —indicó Pedro.

—No —asintió Caspian, con un escalofrío—. Enviaremos a alguien a retirar los cadáveres.

—Deja que las sabandijas sean arrojadas en un pozo —dijo Pedro—. Pero entreguemos el Enano a su pueblo para que lo entierren según sus costumbres.

Tomaron desayuno, por fin, en otro de los oscuros sótanos del Monumento de Aslan. No fue el desayuno que ellos hubieran deseado, pues Caspian y Cornelius pensaban en pasteles de venado, Pedro y Edmundo en huevos con mantequilla y café caliente, pero lo que pudieron comer fue únicamente un pedacito de carne de oso fría (de los bolsillos de los niños), una

tajada de queso duro, una cebolla y una jarra de agua. Sin embargo, a juzgar por la maneta en que empezaron a comer, cualquiera podía pensar que era algo delicioso.

XIII
EL GRAN REY ASUME EL MANDO

—Ahora bien, Caspian —dijo Pedro, cuando terminaron de comer—, Aslan y las niñas, es decir, la Reina Susana y la Reina Lucía, están cerca. No sabemos cuándo entrará él en acción; cuando a él le parezca, sin duda, y no cuando nosotros queramos. Mientras tanto, él quiere que hagamos lo más posible por nuestra cuenta. Tú piensas, Caspian, que no somos bastante fuertes para enfrentar a Miraz en una batalla campal.

—Me temo que no, gran Rey —dijo Caspian.

A pesar de que Pedro le agradaba mucho, Caspian se sentía cohibido en su presencia. Era mucho más extraordinario para él encontrarse con los grandes Reyes de las antiguas historias que para ellos conocerlo a él.

—Muy bien —dijo Pedro—, entonces lo desafiaré a combate singular.

Nadie había pensado en eso antes.

—Por favor —solicitó Caspian—, ¿podría ser yo? Quisiera vengar a mi padre.

—Tú estás herido —repuso Pedro—. Y además creo que él se burlaría de un desafío tuyo. Mira, nosotros hemos comprobado que eres un rey y un guerrero, pero para él eres sólo un niño.

—Pero, Señor —dijo el Tejón, que estaba sentado muy cerca de Pedro y no le quitaba la vista de encima—. ¿Aceptará Miraz un reto, aunque venga de ti? El sabe que cuenta con un ejército muy superior.

—Es probable que no acepte —respondió Pedro—, pero siempre hay una posibilidad. Y aun si no acepta, pasaremos la mayor parte del día intercambiando emisarios y mensajes; para entonces, Aslan tal vez habrá hecho algo. Y, por último, tendré la oportunidad de inspeccionar el ejército y fortalecer nuestra posición. Enviaré el desafío. Lo redactaré de inmediato. ¿Tiene pluma y tinta, doctor Cornelius?

—Jamás le pueden faltar a un hombre de letras —repuso el doctor Cornelius.

—Entonces, voy a dictar —dijo Pedro.

Y mientras el doctor desplegaba un pergamino, abría su cuerno-tintero y afilaba la pluma, Pedro se recostó con los ojos semicerrados, y trató de recordar el lenguaje que usaba para escribir cosas de ese estilo en la época

de oro de Narnia.

—Ya —dijo finalmente—. Y ahora, ¿está listo doctor?

El doctor Cornelius humedeció su pluma y esperó. Pedro dictó lo siguiente:

"Pedro, por voluntad de Aslan, por elección, por prescripción y por conquista, gran Rey sobre todos los Reyes de Narnia, Emperador de las Islas Desiertas y Señor de Cair Paravel, Caballero de la Muy Noble Orden del León; a Miraz, Hijo de Caspian Octavo, en otra época Lord Protector de Narnia y que ahora se da a sí mismo el título de Rey de Narnia, os saludo". ¿Lo ha escrito ya?

—Narnia, coma, os saludo —murmuró el doctor—. Sí, señor.

—Entonces, comience un nuevo párrafo —dijo Pedro—. "Para evitar el derramamiento de sangre, y para eludir todos los problemas que probablemente pueden derivarse de las guerras que se libran actualmente en el reino de Narnia, es nuestra voluntad arriesgar nuestra real persona en favor de nuestro leal y bienamado Caspian en una limpia prueba de duelo a fin de probar ante las huestes de vuestra Señoría que el mencionado Caspian es el legítimo Rey de Narnia bajo nosotros, tanto por nuestra voluntad como por las leyes de los Telmarinos, y que vuestra Señoría es culpable de doble traición por arrebatar la soberanía de Narnia de las manos del dicho Caspian, y por el *abhominable* —no olvide escribirlo con *h,* doctor— sangriento e inhumano asesinato de vuestro buen señor y hermano, llamado el Rey Caspian Noveno. Por tal motivo, gustosamente procedo a provocar, retar y desafiar a vuestra Señoría a combate singular y hago llegar estas cartas en mano de nuestro amado y real hermano Edmundo, en otros tiempos Rey bajo nosotros en Narnia, Duque del Páramo del Farol y Conde de las Fronteras Occidentales, Caballero de la Noble Orden de la Mesa, a quien hemos otorgado pleno poder para determinar con vuestra Señoría las condiciones del referido combate. Dado en nuestros aposentos en el Monumento de Aslan, este día doce del mes de Cieloverde en el primer año de Caspian Décimo de Narnia".

—Eso bastará —dijo Pedro, con un hondo suspiro—. Tenemos que enviar dos personas más con Edmundo. Creo que aquel Gigante debería ser uno de los acompañantes.

—Mira, él no..., él no es muy inteligente —murmuró Caspian.

—Claro que no —admitió Pedro—. Pero cualquier gigante es impresionante, aunque no haga nada. Además, eso lo animará. Y ¿quién sería el otro?

—¡Por mi honor! —dijo Trumpkin—, si quieres alguien que pueda matar con su sola presencia, Rípichip es el indicado.

—No lo dudo, a juzgar por lo que he oído —rió Pedro—. Si fuera sólo un poquito más grande. ¡Nadie lo vería hasta que estuviese cerca!

—Envía a Vendaval, señor —aconsejó Cazatrufas—. Nadie se ríe de un Centauro.

Una hora más tarde, mientras se paseaban entre sus líneas y hurgaban sus dientes después del desayuno, dos grandes señores del ejército de Miraz, Lord Glózel y Lord Sopespian, vieron avanzar desde el bosque al Centauro y al Gigante Rompetiempo, a quienes habían visto antes en la batalla, y entre ellos una persona que no conocían. En verdad, los amigos de Edmundo tampoco lo reconocerían ahora. Porque Aslan le había infundido su aliento durante su encuentro y un aire de grandeza se desprendía de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Lord Glózel—. ¿Un ataque? —Más bien un parlamento —dijo Sopespian—. Mira, traen ramas verdes. Seguramente vienen a rendirse.

—El que camina entre el Centauro y el Gigante no tiene cara de venir a rendirse —dijo Glózel—. ¿Quién puede ser? No es el niño Caspian.

—Por supuesto que no —afirmó Sopespian—. Ese es un guerrero feroz, te lo aseguro; quien sabe de dónde lo sacaron los rebeldes. Tiene, que lo escuche sólo su Señoría, un aspecto mucho más majestuoso que el de Miraz. ¡Y qué armadura lleva! Ninguno de nuestros herreros podría hacer una semejante.

—Apuesto mi caballo tordillo que trae un reto y no una rendición —dijo Glózel.

—Pero cómo —exclamó Sopespian—. Tenemos al enemigo en un puño; Miraz no sería jamás tan estúpido de arriesgar su ventaja en un combate.

—Podría verse obligado a hacerlo —insinuó Glózel, en voz muy baja.

—Cuidado —dijo Sopespian—. Alejémonos un poco de aquí, fuera del alcance del oído de esos centinelas. Ahora sí. ¿He comprendido bien el sentido de lo que su Señoría ha dicho?

—Si el Rey acepta un desafío a duelo —susurró Glózel—, o mata o bien lo matan a él.

—Así es —dijo Sopespian, asintiendo con la cabeza.

—Si él mata, habremos ganado la guerra.

—Ciertamente. ¿Y si no?

—Bueno, si no, tendremos que ser capaces de ganar con o sin la gracia del Rey. Pues no necesito decirle a su Señoría que Miraz no es un gran capitán. Y al final, estaríamos victoriosos y sin rey.

—¿Y tu idea es, milord, que tú y yo podríamos ser los dueños de esta tierra en forma muy conveniente, con o sin un Señor?

El rostro de Glózel mostraba una expresión amenazante.

—No olvidemos —dijo— que fuimos nosotros quienes lo pusimos sobre el trono. Y en todos estos años en que ha gozado del poder, ¿qué frutos hemos cosechado nosotros? ¿Nos ha demostrado alguna gratitud?

—No digas más —respondió Sopespian—. Pero, silencio, alguien se acerca para llevarnos a la tienda del Rey.

Cuando llegaron a la tienda de Miraz, vieron a Edmundo y a sus dos compañeros sentados al lado afuera, comiendo tortas y bebiendo vino, puesto que ya habían entregado el desafío y se habían retirado mientras el Rey lo leía. Al verlos más de cerca, los dos Señores Telmarinos pensaron con inquietud que los tres tenían una apariencia bastante alarmante.

Dentro de la tienda se hallaba Miraz sin armadura y terminando su desayuno, con la cara roja y fruncido el entrecejo.

—¡Vean! —gruñó, arrojándoles el pergamino por encima de la mesa —. Lean el cúmulo de cuentos de niños que nos envía ese mequetrefe de mi sobrino.

—Con su permiso, señor —dijo Glózel—. Si el joven guerrero que vimos a la entrada es el Rey Edmundo mencionado en el escrito, en ese caso yo no lo llamaría un cuento de niños, sino un caballero sumamente peligroso.

—Rey Edmundo, ¡bah! —refunfuñó Miraz—. ¿Su Señoría cree acaso en esas patrañas sobre Pedro y Edmundo y los demás?

—Creo a mis ojos, Su Majestad —repuso Glózel.

—Bueno, es inútil —dijo Miraz—, pero con respecto al reto, ¿supongo que seremos todos de la misma opinión?

—Así me parece, Señor —dijo Glózel.

—Y, ¿cuál es? —preguntó el Rey.

—Sin lugar a dudas, rechazarlo —contestó Glózel—. Pues, aunque jamás he sido considerado un cobarde, debo confesar francamente que un encuentro con ese joven en el campo de batalla es más de lo que mi corazón puede resistir. Y si, como es probable, su hermano, el gran Rey Pedro, es más temible que él..., entonces, por su vida, mi Lord Rey, no lo enfrente.

—¡Maldita sea! —vociferó Miraz—. No es ésa la clase de consejo que esperaba. ¿Creen que les estoy preguntando si debo temer un encuentro con ese tal Pedro, si es que existe ese hombre? ¿Creen que le tengo miedo? Lo que yo quería era su consejo sobre la política del asunto; si es conveniente que, teniendo la ventaja, la arriesguemos en un duelo.

—Sólo puedo responder a Su Majestad —dijo Glózel— que, por una infinidad de razones, el desafío debe ser rechazado. Hay muerte en el rostro del extraño caballero.

—¡Y te atreves a repetirlo! —gritó Miraz, furibundo—. ¿Tratas de insinuar que soy un cobarde como tu Señoría?

—Su Majestad puede decir lo que guste —replicó Glózel, con evidente malhumor.

—Hablas como una vieja, Glózel —dijo el Rey—. ¿Qué opinas tú, Sopespian?

—No lo acepte, Señor —fue la respuesta—. Me parece que lo que su Majestad ha dicho sobre la política del asunto es muy acertado. Proporciona a Su Majestad excelentes argumentos para una negativa, sin dar margen a cuestionar su honor o su valor.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Miraz, incorporándose de un salto—. ¿Tú también estás embrujado hoy día? ¿Crees que estoy buscando argumentos para rechazarlo? Es como si me llamaras cobarde en mi propia cara.

La conversación tomaba justamente el giro que ambos señores deseaban, por lo que prefirieron guardar silencio.

—Ya veo —prosiguió Miraz, mirándolos fijamente como si sus ojos fueran a salirse de sus órbitas—. Ustedes son cobardes como liebres y tienen el descaro de comparar mi valor con el vuestro. ¡Argumentos para una negativa, no faltaba más! ¡Excusas para no combatir! ¿Son soldados ustedes? ¿Son Telmarinos? ¿Son hombres? Y si me rehusara, como me lo sugieren tantas razones de estrategia y política marcial, ustedes creerán, y enseñarán a otros a creer, que tuve miedo, ¿no es eso?

—Ningún hombre de la edad de Su Majestad —dijo Glózel— sería considerado cobarde por ningún soldado sensato por el hecho de rehusar un combate con un gran guerrero en la flor de la juventud.

—Ahora soy un viejo chocho con un pie en la tumba, además de cobarde — rugió Miraz—. Yo les diré lo que pasa, señores. Con sus consejos dignos de mujeres, siempre eludiendo el verdadero punto, que es la política, han conseguido lo contrario a sus propósitos. En un momento había pensado rehusar, pero lo aceptaré. ¿Me oyen? ¡Lo aceptaré! No pasaré una vergüenza sólo porque alguna brujería o una idea de traición les ha helado la sangre a ustedes.

—Suplico a Su Majestad... —dijo Glózel, pero Miraz ya había abandonado la tienda y podían escucharlo gritando a voz en cuello dando su aceptación a Edmundo.

Los señores se miraron sonrientes.

—Sabía que lo haría si estaba suficientemente irritado —dijo Glózel—. Pero no olvidaré que me llamó cobarde. Me las pagará.

Hubo gran agitación en el Monumento de Aslan cuando los emisarios regresaron y comunicaron las novedades a las diversas criaturas. Edmundo, en compañía de uno de los capitanes de Miraz, había marcado ya el lugar del combate, rodeándolo con cuerdas y estacas. Dos Telmarinos se apostarían en dos de los cuatro rincones, y uno en la mitad de uno de los costados en calidad de Mariscal del Campo de Batalla. Tres mariscales para los otros dos rincones y el otro costado debían ser designados por el gran Rey. Pedro estaba explicando a Caspian que no podía ser nombrado uno de ellos porque estaban combatiendo precisamente por su derecho al trono, cuando de súbito se escuchó una voz velada y somnolienta.

—Su Majestad, por favor —dijo.

Pedro se volvió y vio delante de ellos al mayor de los Osos Panzones.

—Por favor, Su Majestad —repitió éste—. Soy un Oso.

—No me cabe duda, y un oso muy bueno, por lo demás —dijo Pedro.

—Sí —dijo el Oso—. Sólo que siempre ha sido un derecho de los osos actuar como mariscales de duelo.

—No se lo permitas —susurró Trumpkin a Pedro—. Es bueno, pero nos dejará en vergüenza; se quedará dormido y se lamerá las patas frente al enemigo.

—No puedo negarme —repuso Pedro—. El está en su derecho. Los osos tenían ese privilegio. No entiendo cómo aún se recuerda esa prerrogativa al cabo de estos años, habiéndose olvidado tantas otras cosas.

—Por favor, Su Majestad —volvió a decir el Oso.

—Estás en tu derecho —dijo Pedro—. Serás uno de los mariscales. Pero debes recordar que no puedes lamerte las patas.

—Por supuesto que no —dijo el Oso, en tono muy ofendido.

—¡Pero si lo estás haciendo en este mismo momento! —bramó Trumpkin.

El Oso sacó bruscamente la pata de su hocico, y fingió no haber escuchado.

—¡Señor! —dijo una voz estridente que salía del suelo.

—¡Ah, Rípichip! —saludó Pedro, después de buscarlo por todos lados, como hace la gente habitualmente cuando un ratón les habla.

—Señor —continuó Rípichip—. Mi vida está enteramente a tu disposición, pero mi honor me pertenece. Tengo entre mis gentes al único trompeta del ejército de Su Majestad. Había pensado que, tal vez, se nos encomendaría la misión de llevar el desafío. Señor, mi gente está muy dolida. Si fuera del agrado de Su Majestad nombrarme Mariscal del Campo de Batalla, quizás se darían por satisfechos.

A estas palabras, un ruido similar a un trueno estalló en alguna parte en lo alto.

El Gigante Rompetiempo rompía a reír con una de esas carcajadas estúpidas tan comunes en los gigantes, incluso en los más encantadores. De súbito se frenó y se quedó serio como un rábano, a tiempo que Rípichip descubría de donde provenía el ruido.

—Me temo que no será posible —dijo Pedro, muy serio—. Algunos humanos tienen miedo a los ratones...

—Ya lo sé, señor —replicó Rípichip.

—Y no sería muy justo con Miraz —continuó Pedro— enfrentarlo con quien podría hacer debilitar su coraje.

—Su Majestad es el espejo del honor —respondió el Ratón, con una de sus admirables reverencias—. Tenemos en esto un mismo pensamiento...

Pero me parece que acabo de escuchar una risa. Si alguno de los presentes quiere hacer gala de su ingenio a costa mía, estoy a sus órdenes, con mi espada, cuando lo desee.

Un denso silencio siguió a esta observación, hasta que Pedro dijo:

—El Gigante Rompetiempo, el Oso y el Centauro Vendaval serán nuestros mariscales. El combate se llevará a cabo a las dos de la tarde. La comida se servirá a las doce en punto.

—Mira —dijo Edmundo, cuando ya se retiraban—, supongo que todo irá bien, es decir, ¿crees que lo puedes vencer?

—Me bato con él para averiguarlo —respondió Pedro.

XIV
TODOS ESTABAN MUY OCUPADOS

Un poco antes de las dos, Trumpkin y el Tejón se instalaron con las demás criaturas a la entrada del bosque; al otro lado veían las relucientes filas del ejército de Miraz que estaba a aproximadamente dos tiros de arco. Al medio, un espacio cuadrado de césped había sido cercado de estacas para el combate. En cada una de las esquinas más alejadas, Glózel y Sopespian permanecían de pie, con sus espadas desenvainadas. En las esquinas más cercanas se encontraban el Gigante Rompetiempo y el Oso Panzón, el que, a pesar de todas las advertencias, estaba lamiéndose sus patas y la expresión de su cara era, para decir la verdad, especialmente tonta. Para compensar esta actitud, Vendaval, a la derecha del campo, se mantenía inmóvil, excepto cuando pateaba ocasionalmente el pasto con sus cascos traseros, y lucía mucho más imponente que el barón Telmarino que estaba frente a él, a la izquierda. Pedro acababa de despedirse de Edmundo y del doctor con un fuerte apretón de manos y se dirigía al combate. La escena semejaba el momento antes de que den la partida en una carrera, pero éste era muchísimo más grave.

—Hubiera querido que Aslan viniese antes de que llegáramos a esto —dijo Trumpkin.

—También yo —dijo Cazatrufas—. Pero mira detrás de ti.

—¡Cuervos y codornices! —murmuró el Enano, mirando hacia atrás. ¿Qué es eso? Gente tan enorme, tan bella, parecen dioses y diosas y gigantes. Cientos y miles acercándose a nosotros. ¿Qué son?

—Son Dríades y Hamadríades y Silvans —respondió Cazatrufas—. Aslan los ha despertado.

—¡Hum! —asintió el Enano—. Van a ser de gran ayuda si el enemigo intenta alguna traición. Pero no ayudarán mucho al gran Rey si Miraz demuestra ser más diestro con su espada.

El Tejón calló porque en ese instante Pedro y Miraz entraban al recinto desde extremos opuestos, ambos a pie, ambos con sus cotas de malla, con sus yelmos y escudos. Avanzaron acercándose, se saludaron con una reverencia y se dijeron algo, pero no fue posible oír sus palabras. Relucieron los aceros a la luz del sol. Por unos segundos, se pudieron escuchar los golpes, pero fueron apagados por la gritería de los dos ejércitos, semejante a la de las muchedumbres en un partido de fútbol.

—Bien, Pedro, muy bien —gritó Edmundo al ver que Miraz retrocedía un paso y medio—. ¡Atácalo, rápido!

Y Pedro atacó y por unos segundos pareció que podría ganar la lucha. Pero Miraz se recuperó y empezó a hacer buen uso de su estatura y peso. "¡Miraz, Miraz, el Rey, el Rey!", rugían los Telmarinos. Caspian y Edmundo palidecieron, presas de mortal ansiedad.

—Pedro ha recibido golpes terribles —dijo Edmundo.

—¡Hola! —gritó Caspian—. ¿Qué pasa ahora?

—Se separan —explicó Edmundo—. Agotados, supongo. Mira, ahora empiezan de nuevo, con tácticas más científicas esta vez. Se observan por diversos ángulos, estudiando las defensas del contrario.

—Me temo que Miraz conoce su oficio —musitó el doctor—. Pero no terminaba de hablar, cuando estallaron ensordecedores aplausos y aullidos y capuchas lanzadas al aire en las filas de los Antiguos Narnianos.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó el doctor—. Mis viejos ojos no alcanzaron a ver bien.

—El gran Rey Supremo lo pinchó en la axila —relató Caspian, aplaudiendo todavía—. Justo donde la sisa de la cota dejó entrar la punta. Primera sangre.

—Se pone feo otra vez —dijo Edmundo—. Pedro no está usando bien su escudo. Debe tener herido su brazo izquierdo.

Así era, desgraciadamente. Todos podían advertir que el escudo de Pedro colgaba de su brazo inerte. El griterío de los Telmarinos se intensificó.

—Tú que has visto más batallas que yo —dijo Caspian—, ¿crees que hay todavía alguna esperanza?

—Muy poca —repuso Edmundo—. Pero podría lograrlo... con algo de suerte.

—Oh, ¿por qué permitimos que todo esto sucediera? —dijo Caspian.

De súbito, se acallaron los gritos de ambos bandos. Edmundo quedó perplejo.

—Ah, ya entiendo —dijo de pronto—. Han acordado un descanso. Venga, doctor, tal vez el gran Rey nos necesita.

Corrieron hacia la palestra; Pedro salió a su encuentro pasando por entre las cuerdas. Su cara estaba roja y sudorosa y respiraba agitadamente.

—¿Tienes herido el brazo izquierdo? —preguntó Edmundo.

—No es exactamente una herida —repuso Pedro—. Recibí todo el peso de su hombro sobre mi escudo —como si fuera una carga de ladrillos— y el canto del escudo se incrustó en mi muñeca. No creo que esté quebrada; debe ser más bien una torcedura. Si pueden amarrarla bien firme, creo que me las arreglaré.

—¿Qué te parece Miraz, Pedro? —preguntó Edmundo ansiosamente, mientras vendaban su muñeca.

—Fuerte —respondió Pedro—. Muy fuerte. Mi única posibilidad está en mantenerlo moviéndose mucho hasta que su peso y su resuello corto, además del fuerte sol que cae, lo agoten. Para decir verdad, es mi última esperanza. Dale mis cariños a... a todos en casa, Ed, si me mata. Allí va, de vuelta al campo de batalla. Adiós, mi viejo. Adiós, doctor. Y por favor, Ed, un recuerdo muy especial de mi parte para Trumpkin. Es un gran tipo.

Edmundo no podía hablar. Regresó con el doctor a su asiento, sintiendo un gran malestar en el estómago.

El nuevo asalto empezó bien. Se notaba que Pedro podía servirse mejor de su escudo y, por cierto, utilizó muy bien sus pies. Parecía jugar al pillarse con Miraz, esquivándolo, cambiando de posición, haciendo trabajar a su enemigo.

—¡Cobarde! —abuchearon los Telmarinos—. ¿Por qué no lo enfrentas? No te gusta, ¿eh? Aquí vinieron a pelear, no a bailar. ¡Bah!

—Ojalá que no los escuche —dijo Caspian.

—El, no —dijo Edmundo—. No lo conoces bien... ¡Oh!...

Miraz había asestado un feroz golpe en el yelmo de Pedro, que trastabilló, resbaló de costado y cayó sobre una rodilla. El rugido de los Telmarinos creció como el ruido del mar. "Ahora, Miraz —aullaban—. Ahora. ¡Rápido! ¡Rápido! Mátalo". No había necesidad de incitar al usurpador. Ya estaba encima de Pedro. Edmundo se mordió los labios hasta que brotó sangre, mientras la espada cruzaba como un rayo sobre Pedro. Parecía que le cortaría la cabeza. ¡Gracias a los cielos!, resbaló por su hombro derecho. La malla forjada por los enanos era firme y no se rompió.

—¡Dios mío! —gritó Edmundo—. Se levanta otra vez. ¡Vamos, Pedro, vamos!

—No pude ver lo que pasó —dijo el doctor—. ¿Cómo fue?

—Se agarró en el brazo de Miraz al caer —explicó Trumpkin, bailando de dicha—. ¡Ese es un hombre! Usa el brazo de su enemigo como si fuera una escalera. ¡El gran Rey, el gran Rey! ¡Arriba, Antigua Narnia!

—Miren —dijo Cazatrufas—. Miraz está furioso. Eso es muy bueno.

Se daban ahora con toda el alma; una ráfaga de golpes tan intensa que parecía imposible que no resultara alguien muerto. A medida que crecía la agitación, se apagaban poco a poco los gritos. Los espectadores retenían la respiración. Era una escena a la vez horrible y magnífica.

Se elevó un fuerte griterío en las líneas de los Antiguos Narnianos. Miraz había caído, no por un golpe dado por Pedro, pero estaba tendido de bruces tras tropezar contra un terrón. Pedro se apartó esperando a que se levantara.

—¡Ah, no me embromes! —se dijo Edmundo—. ¿Tiene que ser caballeroso hasta ese extremo? Supongo que sí. Porque es un Caballero y un Rey Supremo. Creo que es lo que Aslan hubiera querido que hiciera. Pero ese bruto se levantará pronto y entonces...

Pero "ese bruto" no se levantó más. Los señores Glózel y Sopespian tenían sus propios planes. En cuanto vieron caer al Rey, saltaron dentro del campo de batalla.

—¡Traición, traición! —gritaron—. El traidor narniano lo ha apuñalado por la espalda cuando yacía indefenso. ¡A las armas, a las armas, Telmarinos!

Pedro no entendía bien qué pasaba. Vio a dos hombres grandes abalanzarse sobre él con sus espadas desenvainadas. Un tercer Telmarino saltó sobre las cuerdas a su izquierda.

—¡A las armas, Narnia! ¡Traición! —gritó Pedro.

Si los tres lo hubiesen atacado al mismo tiempo, no habría vuelto a hablar nunca más. Pero Glózel se detuvo para apuñalar a su propio Rey caído. "Eso es por tu insulto de esta mañana", murmuró mientras colocaba nuevamente la espada en su vaina.

Pedro giró para enfrentar a Sopespian, dando estocadas a las piernas de su contrario y, levantando su espada, con el revés del mismo golpe le cortó la cabeza.

Edmundo se puso a su lado gritando "Narnia, Narnia. El León". El ejército Telmarino embistió contra ellos. Pero ya el Gigante avanzaba

pesadamente, agachado y blandiendo su garrote. Los Centauros fueron a la carga. Tuang, tuang, atrás, y jiss, jiss más arriba avanzaba la ballestería de los Enanos. Trumpkin luchaba a su izquierda. Se iniciaba la gran batalla.

—Vuelve, Rípichip, pedazo de burro —gritó Pedro—. Sólo conseguirás hacerte matar. Este no es lugar para ratones.

Pero las ridículas y diminutas criaturas bailaban entremedio de los pies de ambos ejércitos, pinchando acá y allá con sus espadas. Ese día, más de un soldado Telmarino sintió en sus pies súbitas punzadas, como de docenas de agujas, que los hacían saltar en una pierna maldiciendo el dolor, y no pocas veces cayeron al suelo. Si caían, los ratones los remataban; si no caían, algún otro lo hacía.

Mas antes de que los Antiguos Narnianos hubieran entrado en calor para la batalla, el enemigo empezó a ceder terreno. Los guerreros de aspecto temible palidecían aterrorizados, no ante los Antiguos Narnianos, sino ante algo que veían tras ellos, hasta que de repente arrojaron sus armas al suelo, chillando: "¡El bosque! ¡El bosque! ¡El fin del mundo!"

Pronto sus gritos y el fragor de las armas fueron ahogados por un estruendo semejante al del océano, el rugido de los Arboles Despiertos que se precipitaban entre las filas del ejército de Pedro, y luego avanzaban persiguiendo a los Telmarinos. ¿Has estado alguna vez en una tarde de otoño a la entrada de un espeso bosque sobre un cerro alto, cuando se desata un furioso viento del sudoeste? Imagina, entonces, aquel sonido. Y luego imagina que el bosque, en lugar de permanecer estático en su lugar, corre hacia ti; y entonces ya no son árboles sino seres gigantescos, y no obstante semejantes a los árboles, porque sus largos brazos ondean como ramas y al agitar sus cabezas cae una lluvia de hojas a su alrededor. Eso fue lo que vieron los Telmarinos. Era harto inquietante, hasta para los Narnianos. De inmediato, los seguidores de Miraz bajaron corriendo hacia el Gran Río, donde esperaban poder cruzar por el puente al pueblo de Beruna y defenderse allí tras los baluartes y las puertas cerradas.

Al llegar al río vieron que ya no había puente. Había desaparecido el día anterior. Un pánico indecible y un insensato horror se apoderaron de ellos, y decidieron rendirse.

Pero ¿qué había pasado con el puente?

Esa mañana muy temprano, después de algunas horas de sueño, las niñas despertaron y vieron a Aslan a su lado, observándolas, y escucharon su voz que decía: "Hoy nos iremos de paseo". Se restregaron los ojos y miraron a su alrededor. Los Arboles se habían marchado, pero todavía se divisaba la oscura masa alejándose rumbo al Monumento de Aslan. Acá quedaron Baco y las bacantes, sus fieras y alocadas servidoras, y Silenus. Lucía se levantó,

totalmente descansada. Todos estaban despiertos y reían, sonaban las flautas, los cimbales retumbaban. De todos lados acudían grandes cantidades de animales, pero no de Animales que Hablan.

—¿Qué pasa, Aslan? —preguntó Lucía; sus ojos bailaban y sus pies querían bailar también.

—Vengan, niñas —dijo él—. Hoy montarán sobre mi lomo otra vez.

—¡Qué maravilla! —gritó Lucía, y las dos niñas se subieron al lomo tibio y dorado, como lo habían hecho antes, nadie sabe cuántos años atrás. El grupo se puso en movimiento; Aslan a la cabeza, Baco y sus bacantes brincando, corriendo, haciendo cabriolas y volteretas; las bestias retozaban alrededor de ellos, y Silenus y su asno cerraban la marcha.

Doblaron un poco a la derecha, bajaron echando carreras por una escarpada colina y se encontraron con el largo puente de Beruna. Antes de comenzar a cruzarlo, vieron emerger del fondo del agua una cabeza mojada, de enormes barbas y más voluminosa que la de un hombre y coronada de juncos. Miró a Aslan y de su boca brotó una voz profunda.

—¡Salud, Señor! —dijo—. Suelta mis cadenas.

—¿Quién es ése? —murmuró Susana.

—Creo que es el dios-río, pero cállate —dijo Lucía.

—Baco —llamó Aslan—. Líbralo de sus cadenas.

"Eso significa el puente, supongo", pensó Lucía.

Y así fue. Baco y los suyos se zambulleron en el agua profunda y al minuto siguiente empezaron a ocurrir las cosas más curiosas. Grandes y robustos troncos de hiedra se enrollaban en los pilares del puente, creciendo con la rapidez del fuego, envolviendo las piedras, partiéndolas, quebrándolas, separándolas. Las murallas del puente se transformaron por un momento en cercos de espinos de vivos colores, para luego desaparecer mientras el resto del puente retumbaba y se derrumbaba, hundiéndose velozmente en las turbulentas aguas. Entre chapoteos, estridentes gritos y risas, el alegre grupo vadeó, o nadó, o bailó cruzando el vado ("¡Bravo! ¡He aquí los Vados de Beruna otra vez!", gritaron las niñas), y todos treparon la ribera del otro lado y entraron al pueblo.

Por las calles, la gente huía al verlos. La primera casa a la que llegaron era una escuela; una escuela para niñas, donde una cantidad de pequeñas Narnianas, con sus cabellos muy tiesos y unas horribles golillas alrededor del cuello y unas medias tan gruesas que les hacían cosquillas en

las piernas, asistían a su clase de historia. La "historia" que se enseñaba en Narnia bajo el reinado de Miraz era más aburrida que la historia más verídica que hayas leído jamás, y menos auténtica que la más emocionante historieta de aventuras.

—Si no prestas atención, Güendolina —dijo la maestra—, y no dejas de mirar por esa ventana, tendré que ponerte una anotación por mala conducta.

—Pero, por favor, señorita Prizzle —comentó Güendolina.

—¿No has oído lo que dije, Güendolina? —preguntó la señorita Prizzle.

—Pero, por favor, señorita Prizzle —repitió la niña—, hay un LEON allí.

—Dos anotaciones por decir disparates —dijo la señorita Prizzle—. Y ahora...

Un rugido la interrumpió. La hiedra penetró abrazándose a las ventanas de la sala de clases. Las paredes se convirtieron en una masa de un verde rutilante, y las ramas cuajadas de hojas formaron un arco donde antes estuvo el techo. La señorita Prizzle se encontró de pie sobre el pasto en un claro del bosque. Trató de agarrarse a su escritorio para sostenerse, pero su escritorio era ahora un rosal. Seres salvajes como jamás hubiera imaginado que existían se apiñaban en torno a ella. De pronto vio al León, dio un grito y salió disparada, y con ella escaparon sus alumnas, que eran casi todas unas niñitas regordetas, de piernas gordas y muy recatadas. Güendolina vacilaba.

—¿Quieres quedarte con nosotros, querida? —preguntó Aslan.

—Oh, ¿puedo quedarme? Gracias, gracias —dijo Güendolina. Juntó sus manos con las de dos bacantes que la llevaron girando en una alegre danza y la ayudaron a quitarse algunos de sus inútiles e incómodos ropajes.

Siempre ocurría lo mismo en ese pueblecito de Beruna. La mayoría de la gente arrancaba, unos pocos se les unían. Cuando abandonaron el pueblo, formaban un grupo más numeroso y más alegre.

Recorrieron los campos de la ribera norte, o ribera izquierda, del río. De todas las granjas los animales salían para unirse a ellos. Viejos y tristes asnos que jamás habían conocido la alegría se sentían rejuvenecer; perros encadenados rompían sus ataduras; los caballos pateaban sus carretones y trotaban hacia ellos —clop, clop— haciendo saltar el barro y relinchando de placer.

En un patio, junto a un pozo, un hombre golpeaba a un niño. De pronto, el palo floreció en la mano del hombre. Trató de soltarlo, pero se pegó a su mano. Su brazo se convirtió en rama, su cuerpo en el tronco de un árbol, sus pies echaron raíces. El niño, que había estado llorando, rompió a reír a carcajadas y se fue con ellos.

En un pueblecito a mitad de camino antes de llegar al Dique de los Castores, donde se juntan dos ríos, se acercaron a otra escuela; una niña de aspecto cansado enseñaba aritmética a un grupo de niños, que más bien parecían cerdos. Ella miró por la ventana y vio a los divinos jaraneros que venían cantando por el medio de la calle, y su corazón se llenó de una punzante alegría. Aslan se detuvo bajo su ventana y la miró.

—Oh, por favor, no —dijo ella—. Me encantaría, pero no debo. Tengo que cumplir mi deber. Y los niños podrían asustarse si lo ven.

—¿Asustarse? —dijo el más parecido a un cerdo—. ¿Con quién habla ella por la ventana? Vamos a decirle al inspector que ella habla con gente por la ventana en lugar de hacer la clase.

—Vamos a ver con quién habla —dijo otro de los niños y todos corrieron a la ventana.

Pero en cuanto asomaron sus caritas malhumoradas, Baco gritó con fuerza su "Euan, euoi-oi-oi-oi" y los niños se pusieron a llorar de miedo y se pisotearon unos a otros en su apuro por escapar por la puerta y saltar por las ventanas. Y después se comentó (no se sabe si es cierto) que no se volvió a ver a aquellos niños, pero que apareció un piño de cerditos que nadie había visto antes en esa parte del país.

—Ahora, querida mía —dijo Aslan a la maestra, y ella saltó por la ventana y se unió a ellos.

En el Dique de los Castores volvieron a cruzar el río y fueron hacia el este otra vez, a lo largo de la ribera sur. Se encaminaron hacia una cabañita ante cuya puerta había una niña llorando.

—¿Por qué lloras, mi amor? —preguntó Aslan. La niña no tuvo miedo, puesto que nunca había visto un león, ni siquiera en dibujos.

—Mi tía está muy enferma —dijo—, se va a morir.

Entonces Aslan se dirigió a la puerta de entrada, pero era demasiado baja para él. Introdujo la cabeza, empujó con sus hombros (Lucía y Susana cayeron al suelo cuando él hizo esto), levantó la casa entera y la puso a un lado. Y allí, dentro de su cama pero ahora al aire libre, se hallaba acostada una viejecita que parecía tener sangre de Enanos en sus venas. Estaba a las

puertas de la muerte, mas cuando abrió sus ojos y vio la lustrosa y peluda cabeza del león mirándola a la cara, no gritó ni se desmayó.

—¡Oh, Aslan! —dijo—. Sabía que era verdad. He estado esperando este momento toda mi vida. ¿Has venido a llevarme contigo?

—Sí, querida —dijo Aslan—. Pero no en el viaje eterno todavía.

Y mientras le hablaba, así como el color comienza a insinuarse subiendo por debajo de una nube a los primeros rayos del sol, el rubor volvió lentamente a su pálido rostro, sus ojos brillaron alegres y se sentó.

—Bueno —dijo—, puedo asegurar que me siento muchísimo mejor. Creo que tomaré desayuno esta mañana.

—Aquí tienes, madre —dijo Baco, sumergiendo un cántaro en el pozo de la cabaña y pasándoselo para que bebiera. Pero ya no contenía agua sino un exquisito vino, rojo como jalea de grosellas, espeso como el aceite, fuerte como un toro, reconfortante como el té, fresco como el rocío.

—Eh, ¿qué le han hecho a nuestro pozo? —preguntó la anciana—. Es un buen cambio, no hay duda —agregó, saltando de la cama.

—Monta sobre mi lomo —invitó Aslan y, dirigiéndose a Lucía y a Susana, agregó—: Las dos reinas tendrán que correr ahora.

—Correremos. Nos gustará mucho también —dijo Susana. Y partieron.

Y así, por fin, con brincos y bailes y cantos, con música y risas y rugidos; con ladridos y relinchos, llegaron al lugar en que se encontraban las tropas de Miraz, con las manos en alto luego de haber arrojado al suelo sus armas, y el ejército de Pedro rodeándolos, conservando todavía sus armas en la mano, sin aliento, pero con una expresión de gran decisión y de profunda felicidad en sus rostros.

Y lo primero que sucedió fue que la anciana se dejó caer del lomo de Aslan y corrió hacia Caspian y ambos se abrazaron. Ella era su vieja niñera.

XV
ASLAN HACE UNA PUERTA EN EL AIRE

Al ver a Aslan, los soldados Telmarinos se pusieron blancos como la cal, les temblaban las rodillas y varios cayeron de bruces. No habían creído en leones, lo que aumentaba su terror. Hasta los Enanos Rojos, que sabían que él venía en son de amistad, se quedaron con la boca abierta y sin habla. Algunos de los Enanos Negros que habían estado de parte de Nikabrik empezaron a escurrirse poco a poco. En cambio, las Bestias que Hablan bullían alrededor del León, con ronroneos, gruñidos, chillidos y relinchos de felicidad, acariciándolo con sus colas, frotándose contra él, tocándolo respetuosamente con sus narices y jugueteando por debajo de su cuerpo y entremedio de sus patas. Si has visto alguna vez a un gatito haciendo cariño a un perro grande al que conoce muy bien y en el cual confía, tendrás una idea exacta del comportamiento de las Bestias. Pedro, llevando de la mano a Caspian, se abrió paso entre el tropel de animales.

—Este es Caspian —dijo.

Y Caspian se arrodilló y besó la pata del León.

—Bienvenido, Príncipe —dijo Aslan—. ¿Te sientes capaz de tomar posesión de la Monarquía de Narnia?

—No..., no lo creo, Señor —respondió Caspian—. Soy sólo un niño.

—¡Magnífico! —dijo Aslan—. Si hubieras dicho que te creías preparado, habrías demostrado que no lo estás. Por tanto, bajo nosotros y bajo el gran Rey, serás Rey de Narnia, Señor de Cair Paravel y Emperador de las Islas Desiertas; tú y tus herederos mientras perdure tu raza. Y tu coronación...,pero ¿qué es eso?

Justo en ese momento se aproximaba una curiosa procesión de Once Ratones, seis de los cuales transportaban una especie de camilla hecha de ramas, no mucho más grande que una vértebra cervical. Nadie ha visto jamás ratones tan desconsolados como aquéllos. Estaban cubiertos de barro de pies a cabeza —algunos también de sangre—, caminaban con sus orejas gachas, los bigotes caídos, arrastrando sus colas por el pasto, y el que encabezaba el cortejo tocaba una melancólica melodía en su gaita. Lo que yacía en la camilla era muy poco más que un pobre montoncito de piel mojada; era todo lo que quedaba de Rípichip. Aún respiraba, pero más cercano a la muerte que a la vida, destrozado por incontables cuchilladas, una pata quebrada y, en el lugar donde antes estuvo su cola, un muñón envuelto en vendas.

—Ahora, Lucía —ordenó Aslan.

Lucía sacó en el acto su botellita de diamante. Aun cuando sólo se requería de una gota en cada una de las heridas de Rípichip, éstas eran tan numerosas que hubo un largo y angustioso silencio antes de que ella terminara la curación y que el Señor Ratón saltara de la camilla. Llevó con presteza su mano a la empuñadura de su espada y con la otra retorció sus bigotes, haciendo una reverencia.

—¡Salud, Aslan! —se escuchó su vocecita chillona—. Tengo el honor... —se interrumpió bruscamente.

El hecho era que aún le faltaba su cola; fuese porque Lucía lo olvidó o porque el cordial podía sanar heridas pero no hacer que una cola volviera a crecer, lo cierto es que Rípichip se dio cuenta de su pérdida al hacer la reverencia; es probable que la falta de cola alterase su equilibrio. Miró por encima de su hombro derecho. Como no lograba ver su cola, estiró el cuello hasta que tuvo que hacer girar los hombros y su cuerpo entero siguió la misma dirección; pero también sus cuartos traseros habían girado y quedaban fuera de su vista. Volvió a torcer el cuello tratando de mirar otra vez sobre el hombro, con igual resultado. Sólo después de darse vueltas en círculos tres veces comprendió la cruel verdad.

—Me siento muy confundido —dijo Rípichip, dirigiéndose a Aslan—. Estoy sumamente avergonzado. Imploro tu indulgencia por presentarme de manera tan indecorosa.

—Te ves muy bien, Pequeño —dijo Aslan.

—De todos modos —replicó Rípichip—, si se pudiera hacer algo... Quizás Su Majestad... —dijo, inclinándose ante Lucía.

—Pero ¿para qué quieres una cola? —preguntó Aslan.

—Señor —contestó el Ratón—, puedo comer y dormir y morir por mi Rey sin mi cola. Pero la cola es el honor y la gloria de un Ratón.

—A veces me pregunto, amigo —dijo Aslan—, si no te preocupas demasiado de tu honor.

—Supremo Rey de los grandes Reyes —dijo Rípichip—, permíteme recordarte que a los ratones se nos ha concedido un tamaño muy diminuto, y que si no cuidamos nuestra dignidad, algunos, que miden el valor en centímetros, se permitirían insólitas burlas a nuestras expensas. Por esa razón me he dado la molestia de hacer saber que quien desee sentir esta espada lo más cerca posible de su corazón, puede hablar en mi presencia sobre Trampas, Queso Caliente o Velas. No, Señor, ¡tales palabras no se las aceptaré ni siquiera al tonto de mayor altura que hay en Narnia!

Alzó sus ojos y los clavó con fiereza en Rompetiempo, pero el Gigante, que siempre se quedaba un poco atrás en las conversaciones, todavía no descubría de qué se hablaba a sus pies, y pasó por alto el mensaje.

—¿Puedes explicarme por qué tus compañeros han desenvainado sus espadas? —quiso saber Aslan.

—Con la venia de su Real Majestad —dijo el segundo Ratón, cuyo nombre era Chípicik—, estamos prontos esperando para cortar nuestras colas si nuestro jefe ha de pasarse sin la suya. No soportaremos la vergüenza de lucir un honor que le es negado al gran Ratón Supremo.

—¡Ah! —rugió Aslan—, ustedes me han conquistado; tienen un gran corazón. No ha de ser en consideración a tu dignidad, Rípichip, que recuperarás tu cola, sino al amor que hay entre tú y tu pueblo, y más aún a la bondad con que tu gente me ayudó hace mucho tiempo al roer las cuerdas que me ataban a la Mesa de Piedra; y fue entonces, aunque lo olvidaron con el transcurso de los años, que ustedes comenzaron a hablar.

Antes de que Aslan terminara de decir estas palabras, la nueva cola estaba en su lugar.

Pedro, cumpliendo las disposiciones de Aslan, confirió la Orden del León a Caspian, y Caspian en cuanto fue armado Caballero, la confirió a Cazatrufas, y a Trumpkin, y a Rípichip, y nombró al maestro Cornelius su Canciller; confirmó también el oficio hereditario de los Osos Panzones como Mariscales de los Campos de Batalla. Hubo un gran aplauso.

Más tarde, con firmeza pero sin burlas ni golpes, los soldados Telmarinos fueron conducidos a través del vado y encerrados bajo llave en el pueblo de Beruna, y se les dio a comer carne de vacuno, y a beber cerveza. Hicieron un gran alboroto durante el cruce del río, pues odiaban y temían a los ríos y mares tanto como a los bosques y animales. Pero al fin terminaron los problemas y comenzó la etapa más agradable de ese largo día.

Lucía, sentada junto a Aslan y sintiéndose maravillosamente cómoda, se preguntaba qué hacían los árboles. En un principio pensó que bailaban, simplemente; los veía girar lentamente dibujando dos círculos, uno de izquierda a derecha y otro de derecha a izquierda. Después observó que arrojaban algo al centro de ambos círculos. De pronto imaginaba que cortaban largas trenzas de sus cabellos; mas luego le parecía que quebraban pedazos de sus dedos... y si así era, tenían muchos dedos y no sentían dolor al arrancarlos. Lo que fuere, al tocar el suelo se convertía en maleza o en palos secos. Tres o cuatro Enanos Rojos trajeron sus yesqueros y prendieron fuego a la pira, que crujió, luego se encendió y finalmente rugió como hace una fogata en el bosque en plena noche de San Juan. Todos se sentaron en el amplio círculo en torno al fuego.

Entonces Baco y Silenus y las bacantes iniciaron su danza, mucho más salvaje que la de los árboles; no era una danza de mera entretención o belleza, aunque también lo era, sino una mágica danza de plenitud; y doquiera que sus manos tocaran, que sus pies se posaran, empezaba a brotar una cantidad de manjares para el banquete...: filetes de carne asada que llenaban el bosquecillo con su delicioso aroma; tortas de harina de trigo y tortas de harina de avena; miel y azúcar de diferentes colores, y crema espesa como un helado y suave como el agua quieta; duraznos, melocotones, granadas, peras, uvas, fresas, frambuesas, pirámides y cataratas de fruta. Luego, en grandes copones de madera y en tazones y escudillas, envueltos en guirnaldas de hiedra, venían los vinos: oscuros, espesos como jarabes de jugo de mora; rojos claros como rojas jaleas licuadas; vinos amarillos y vinos verdes, y amarillo-verdosos, y verde-amarillosos.

Pero para la gente-árbol había otras viandas. Cuando Lucía vio a Sacaterrón y sus topos escarbando con sus patas el césped en varios sitios, que Baco les había señalado, y comprendió que los Arboles iban a comer tierra, sintió un escalofrío. Pero al ver la tierra que les traían, se tranquilizó. Empezaron con un rico barro de color café que parecía chocolate; tan igual al chocolate era, que Edmundo probó un pedazo, pero no lo encontró nada de bueno. Cuando el rico barro hubo mitigado su hambre, los Arboles se dedicaron a una tierra semejante a la de Somerset, que es casi rosada. Dijeron que era más liviana y más dulce. A la hora de los quesos, comieron tierra cretosa; y luego vinieron las delicadas confituras de los más finos cascajos, espolvoreados con arena plateada de primera calidad. Bebieron muy poco vino, y los Acebos se pusieron muy parlanchines, pues la mayoría de ellos aplacaron su sed con largos tragos de rocío mezclado con lluvia, sazonado con flores de la selva y el sabor refrescante de las más tenues nubes.

Así fue como Aslan festejó a los Narnianos hasta bastante después de que el ocaso se desvaneciera a lo lejos; y que las estrellas comenzaran a asomar. La enorme fogata, ardiendo con más fuerza pero con menos ruido, brillaba como un fanal en los tenebrosos bosques; los aterrados Telmarinos lo veían desde lejos y se hacían toda clase de conjeturas acerca de su significado.

Lo mejor de esta fiesta fue que no se acabó, ni hubo despedidas, sino que a medida que la conversación se hacía más apacible y lenta, uno tras otro los invitados empezaron a cabecear y finalmente se quedaron dormidos, tendidos entre buenos amigos y con sus pies frente al fuego, hasta que reinó el silencio en todo el redondel, y se podía escuchar nuevamente la cháchara del agua al caer sobre las piedras en los Vados de Beruna. Mas Aslan y la Luna se contemplaron toda la noche con ojos muy abiertos y rebosantes de felicidad.

Al día siguiente se enviaron mensajeros por todo el país —en su mayoría ardillas y pájaros— con una proclama dirigida a los Telmarinos

fugitivos, incluyendo, por cierto, a los prisioneros en Beruna. Se les comunicaba que Caspian era el Rey y que Narnia de ahora en adelante pertenecía por igual a los hombres y a las Bestias que Hablan, y a los Enanos y Dríades y Faunos y demás criaturas. El que quisiera quedarse bajo las nuevas condiciones, podría hacerlo; pero a los que desaprobaran la idea, Aslan les proporcionaría otro hogar. El que quisiera ir allí, debía acudir donde Aslan y los Reyes en los Vados de Beruna al mediodía del quinto día. ¿Se imaginan la perplejidad que este anuncio causó entre los Telmarinos? Algunos de ellos, sobre todo los más jóvenes, habían escuchado —como Caspian— los relatos de los Días Remotos y estaban encantados de que hubiesen vuelto; ya habían trabado amistad con las criaturas; todos ellos decidieron quedarse en Narnia. Pero muchos de los mayores, especialmente aquellos que habían sido importantes bajo el reinado de Miraz, pusieron mala cara, pues no querían vivir en un país donde no tendrían ningún poder. "Vivir aquí, con un montón de malditos animales amaestrados, ¡por ningún motivo!", decían. "Y con fantasmas, además", agregaban otros, estremeciéndose. "Es lo que son realmente esas Dríades. No es prudente". Eran asimismo muy suspicaces: "no me fío de ellos", decían, "con aquel horrible León y todo lo demás. No lograríamos escapar de sus garras por mucho tiempo, ya lo verán". Desconfiaban de igual modo de su oferta de darles un nuevo hogar: "nos llevará a su guarida y nos comerá uno por uno, es lo más probable", murmuraban. Y mientras cundían los comentarios entre ellos, más malhumorados estaban y más desconfiados. Pero el día de la cita se presentó más de la mitad.

En un confín del claro, Aslan hizo colocar dos estacas de madera, que sobrepasaban la estatura de un hombre, y a una distancia de un metro una de la otra.

Un tercer trozo de madera, más liviano, fue clavado atravesado en la parte superior para unir ambas estacas y formar una especie de puerta de entrada desde la nada hacia la nada. Frente a ella, se hallaba el propio Aslan, de pie, con Pedro a su derecha y Caspian a su izquierda. Agrupados a su alrededor estaban Susana y Lucía, Trumpkin y Cazatrufas, el señor Cornelius, el Centauro Vendaval, Rípichip y otros más. Los niños y los Enanos habían hecho buen uso de las ropas guardadas en los armarios reales en lo que había sido antes el castillo de Miraz y que era ahora el castillo de Caspian, y con tanta seda y telas de oro, con esa ropa interior alba como la nieve que sobresalía de sus mangas acuchilladas, con cotas de plata y espadas con empuñaduras cuajadas de joyas, con yelmos dorados y sombreros emplumados, relucían hasta hacer doler los ojos. También las bestias lucían ricas cadenas alrededor de sus cuellos. Sin embargo, nadie reparaba en ellos ni en los niños. El oro suave y lleno de vida de la melena de Aslan los opacaba a todos. El resto de los Antiguos Narnianos permanecía atrás, a ambos lados del claro del bosque. Al fondo, los Telmarinos. El Sol brillaba con toda su fuerza, y los penachos flamearon movidos por la ligera brisa.

—Hombres de Telmar —dijo Aslan—. Ustedes que buscan una nueva tierra, escúchenme. Los enviaré a su propio país, que yo conozco y ustedes no.

—No recordamos Telmar. No sabemos dónde está. No sabemos cómo es —rezongaban los Telmarinos.

—Ustedes vinieron a Narnia desde Telmar —explicó Aslan—. Pero llegaron a Telmar desde otro lugar. Ustedes no pertenecen en absoluto a este mundo. Vinieron acá, varias generaciones atrás, del mismo mundo al que pertenece el gran Rey Pedro.

Al escucharlo, la mitad de los Telmarinos gimieron: "Ahí tienen. Yo les advertí. Nos va a matar y nos mandará a todos fuera de este mundo"; y los demás sacaron pecho y dándose golpecitos en la espalda, murmuraron: "Ahí tienen. Deberíamos haber adivinado que no pertenecíamos a este lugar repleto de extrañas criaturas, sucias e inhumanas. Nosotros tenemos sangre real, ya verán". Y hasta Caspian y Cornelius y los niños se volvieron hacia Aslan con mirada atónita.

—Paz —dijo Aslan, con esa voz baja que casi era un gruñido.

La tierra pareció temblar levemente y todo ser viviente dentro del bosquecillo se quedó inmóvil como estatua de piedra.

—Tú, Señor Caspian —continuó Aslan—, deberías saber que no podrías ser el verdadero Rey de Narnia a menos que, como los Reyes de antaño, fueras un hijo de Adán y procedieras del mundo de los hijos de Adán. Y así es. Hace muchos años, en un mar profundo en aquel mundo, llamado el Mar del Sur, un barco tripulado por piratas fue arrastrado por la tormenta hasta una lejana isla. Allí hicieron lo que hacen todos los piratas: asesinaron a los nativos y tomaron a las nativas por esposas. Preparaban vino de palmera, lo bebían y se emborrachaban; se dormían a la sombra de las palmas y al despertar se peleaban y a veces se mataban entre ellos. Al cabo de una de esas riñas, expulsaron a seis piratas, que se marcharon con sus mujeres hacia el centro de la isla, escalaron una montaña e intentaron esconderse dentro de lo que les pareció ser una cueva. Pero no era una cueva sino uno de los sitios mágicos de aquel mundo, una de las grietas o abismos que hay entre ese mundo y éste. Antiguamente había numerosas grietas y abismos entre los mundos, pero ahora son muy escasos. Este era uno de los últimos que quedaban: no he dicho que fuera el último. Y así fue como cayeron, o subieron, o tropezaron, o resbalaron por el punto preciso, y se encontraron en este mundo, en la Tierra de Telmar, que en esa época estaba despoblada. La razón por la cual estaba despoblada es una larga historia; no se la contaré ahora. Sus descendientes hicieron su morada en Telmar y formaron un pueblo que llegó a ser cruel y orgulloso; al paso de muchas generaciones, una terrible hambruna asoló Telmar, y sus habitantes invadieron Narnia, donde reinaba

entonces un gran desorden (pero esa también es otra larga historia), la conquistaron y la gobernaron. ¿Has entendido bien lo que digo, Rey Caspian?

—Por cierto, Señor —dijo Caspian—. Siempre anhelé provenir de un linaje más honorable.

—Provienes del Señor Adán y de la Señora Eva —dijo Aslan—. Lo que es un gran honor como para hacer erguir la cabeza al más mísero pordiosero, pero también una vergüenza para hacer agachar la cabeza al más noble emperador de la Tierra. Puedes estar contento.

Caspian hizo una reverencia.

—Y ahora —dijo Aslan—, hombres y mujeres de Telmar, ¿quieren volver a esa isla en el mundo de los hombres de donde vinieron sus padres? No crean que es un mal lugar. Ya se ha extinguido la raza de aquellos piratas que la habitaron y ahora la isla está despoblada. Hay buenos pozos de agua fresca, fértiles suelos, madera para construir y peces en las lagunas; los demás hombres de ese mundo aún no la descubren. El abismo está abierto para vuestro regreso; pero les advierto que una vez que lo hayan atravesado se cerrará tras ustedes para siempre. No habrá más intercambio entre los mundos a través de esa puerta.

Se hizo un profundo silencio. De pronto un joven soldado Telmarino, corpulento y bien parecido, se adelantó.

—Yo acepto la oferta —dijo.

—Has escogido bien —dijo Aslan—. Y por haber sido el primero, recibirás la protección de una poderosa magia. Se abre un buen futuro para ti en ese mundo. Avanza.

El hombre se aproximó, muy pálido. Aslan y su corte se apartaron abriéndole paso hacia la vacía puerta de estacas.

—Pasa, hijo mío —dijo Aslan, inclinándose hacia él y tocando su nariz con la suya. Al recibir el aliento del León, los ojos del soldado se iluminaron con una nueva mirada, asombrado pero feliz. Parecía tratar de recordar algo. Luego se cuadró de hombros y se encaminó a la puerta.

Todas las miradas estaban fijas en él. Vieron los tres pedazos de madera y a través de ellos los árboles y el pasto y el cielo de Narnia. Vieron al hombre parado entre dos estacas y de pronto, en un segundo, se había desvanecido completamente.

Desde el otro confín del claro, los demás Telmarinos hicieron oír sus lamentos. "¡Ay! ¿Qué le ha pasado? ¿Pretendes asesinarnos? No iremos por

ese camino". Y uno de los más listos dijo:

—No vemos ningún otro mundo a través de esos palos. Si quieres que creamos que existe, ¿por qué no va uno de ustedes? Todos tus amigos se mantienen a buena distancia de las estacas.

En el acto se adelantó Rípichip, haciendo una reverencia.

—Si mi ejemplo puede servir de algo, Aslan —dijo—, llevaré sin tardar a once ratones a través de aquel arco, en cuanto tú lo ordenes.

—No, pequeño —dijo Aslan, colocando su pata aterciopelada con infinita delicadeza sobre la cabeza de Rípichip—. Te harían cosas horribles en ese mundo; te mostrarían en las ferias. Son otros los que deben ir primero.

—Vámonos —dijo súbitamente Pedro a Edmundo y Lucía—. Llegó nuestra hora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edmundo.

—Por aquí —dijo Susana, que parecía saber de qué se trataba—. Volvamos al bosque. Tenemos que cambiarnos.

—¿Cambiar qué? —preguntó Lucía.

—Nuestra ropa, por supuesto —respondió Susana—. ¡Qué pareceríamos vestidos *así* en el andén de una estación inglesa!

—Pero nuestra ropa se encuentra en el castillo de Caspian —arguyó Edmundo.

—No, no está allí —replicó Pedro, encabezando la marcha rumbo a la espesura del bosque—. Está todo acá. La trajeron en un paquete esta mañana. Estaba todo arreglado.

—¿De eso les hablaba Aslan a ti y a Susana esta mañana? —preguntó Lucía.

—Sí..., eso y otras cosas —repuso Pedro, con un aire muy solemne—. No les puedo contar todo; había cosas que quería decirnos a Su y a mí porque nosotros no volveremos a Narnia.

—¿Nunca más? —gritaron Edmundo y Lucía, consternados.

—Ustedes dos volverán —contestó Pedro—. Por lo menos, por algo que él dijo, estoy seguro de que ustedes volverán algún día. Pero Su y yo, no. Dijo que ya no somos niños, que hemos crecido demasiado.

—Oh Pedro —dijo Lucía—, qué mala suerte tienes. ¿Podrás soportarlo?

—Sí, creo que sí —dijo Pedro—. Es muy distinto a lo que yo esperaba. Ya lo entenderás cuando te toque a ti. Y ahora, rápido, aquí está nuestra ropa.

Era tan raro, y harto desagradable, quitarse sus ropajes reales y volver con los uniformes de colegio (bastante arrugados) ante la gran asamblea. Uno que otro entre los Telmarinos más antipáticos se burló de ellos. Pero las otras criaturas los vitorearon y se pusieron de pie en homenaje a Pedro el gran Rey, y la Reina Susana del Cuerno, y el Rey Edmundo y la Reina Lucía. La despedida fue muy cariñosa y (de parte de Lucía) hubo lágrimas al decir adiós a todos sus viejos amigos. Recibieron besos de los animales, abrazos de los Osos Panzones, apretones de mano de Trumpkin y un último abrazo cosquilloso entre los bigotes de Cazatrufas. Y, por supuesto, Caspian ofreció a Susana devolverle su Cuerno y, por supuesto, Susana le dijo que lo guardara para él. Y luego llegó el momento maravilloso y terrible a la vez de despedirse de Aslan.

Pedro tomó su lugar mientras Susana apoyaba sus manos en los hombros de Pedro, y Edmundo en los de ella, y Lucía en los de Edmundo, y el primer Telmarino en los de Lucía; y así, en una larga fila, caminaron hacia la puerta. Los momentos siguientes son difíciles de describir, ya que a los niños les parecía ver tres imágenes al mismo tiempo. Una era la boca de una cueva que se abría al deslumbrante verde y azul de una isla en el Pacífico, a la que llegarían los Telmarinos en cuanto cruzaran la puerta. La segunda era el claro del bosque en Narnia, las caras de los Enanos y de las Bestias, los ojos profundos de Aslan y las manchas blancas en las mejillas del Tejón. Pero la tercera (que hizo desaparecer al instante las otras dos imágenes) era la gris superficie de ripio de un andén de estación de ferrocarril rural; un banco rodeado de baúles donde se encontraban ellos mismos sentados, como si jamás se hubieran movido de allí. El andén les pareció al principio un poco aburrido y triste después de todas las aventuras que habían vivido, pero también inesperadamente agradable dentro de todo, gracias a ese olor familiar del tren, y al cielo inglés, y al período de otoño que se avecinaba.

—Bueno —dijo Pedro—. Lo pasamos harto bien.

—¡Qué tontería! —exclamó Edmundo—, dejé mi linterna nueva en Narnia.

C. S. LEWIS

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO III

LA TRAVESÍA DEL EXPLORADOR DEL AMANECER

I
EL CUADRO DE LA HABITACIÓN

Había un niño llamado Eustaquio Clarence Scrubb[1] y casi merecía ese nombre. Sus padres lo llamaban Eustaquio Clarence y sus profesores, Scrubb. No puedo decirles qué nombre le daban sus amigos, porque no tenía ninguno. El no trataba a sus padres de "papá" y de "mamá", sino de Haroldo y Alberta. Estos eran muy modernos y de ideas avanzadas. Eran vegetarianos, no fumaban, jamás tomaban bebidas alcohólicas y usaban un tipo especial de ropa interior. En su casa había pocos muebles; en las camas, muy poca ropa, y las ventanas estaban siempre abiertas.

A Eustaquio Clarence le gustaban los animales, especialmente los escarabajos, pero siempre que estuvieran muertos y clavados con un alfiler en una cartulina. Le gustaban los libros si eran informativos y con ilustraciones de elevadores de granos o de niños gordos de otros países haciendo ejercicios en escuelas modelos.

A Eustaquio Clarence no le gustaban sus primos, los cuatro Pevensie —Pedro, Susana, Edmundo y Lucía—. Sin embargo, se alegró mucho cuando supo que Edmundo y Lucía se iban a quedar durante un tiempo en su casa. En el fondo le gustaba mandar y abusar de los más débiles; y aunque era un tipo insignificante, ni siquiera capaz de enfrentar en una pelea a Lucía, ni mucho menos a Edmundo, conocía muchas maneras de hacer pasar un mal rato a cualquiera, especialmente si estás en tu propia casa y ellos son sólo visitas.

Edmundo y Lucía no querían por ningún motivo quedarse con sus tíos Haroldo y Alberta. Pero realmente no lo pudieron evitar. Ese verano su padre fue contratado para dictar conferencias en Norteamérica durante dieciséis semanas y su madre lo acompañó, pues desde hacía diez años no había tenido verdaderas vacaciones.

Pedro estudiaba sin descanso para un examen y aprovecharía sus vacaciones para prepararse con clases particulares del anciano profesor Kirke, en cuya casa los cuatro niños tuvieron fantásticas aventuras mucho tiempo atrás, en los años de la guerra. Si el profesor hubiera vivido aún en aquella casa, los habría recibido a todos. Pero, por diversas razones, se había empobrecido desde aquellos lejanos días y ahora habitaba una casita de campo con un solo dormitorio para alojados.

Llevar a los otros tres niños a Norteamérica resultaba demasiado caro, así es que sólo fue Susana. Los adultos la consideraban la belleza de la familia, aunque no una buena estudiante (a pesar de que en otros aspectos era bastante madura para su edad). Por eso, mamá dijo que "ella iba a aprovechar mucho más un viaje a Norteamérica que sus hermanos menores". Edmundo y

1 *Scrub*: Mezquino, miserable. (N. del T.)

Lucía trataron de no envidiar la suerte de Susana, pero era demasiado espantoso tener que pasar las vacaciones en casa de sus tíos.

—Y para mí es muchísimo peor —alegaba Edmundo—, porque tú, al menos, tendrás una habitación para ti sola; en cambio yo tengo que compartirla con ese requete apestoso de Eustaquio.

La historia comienza una tarde en que Edmundo y Lucía aprovechaban unos pocos minutos a solas. Por supuesto, hablaban de Narnia; ese era el nombre de su propio y secreto país. Yo supongo que la mayoría de nosotros tiene un país secreto, pero en nuestro caso es sólo un país imaginario. Edmundo y Lucía eran más afortunados que otras personas: su país secreto era real. Ya lo habían visitado dos veces; no en un juego ni en sueños, sino en la realidad. Por supuesto habían llegado allí por magia, que es el único camino para ir a Narnia. Y una promesa, o casi una promesa que se les hizo en Narnia mismo, les aseguraba que algún día regresarían. Te podrás imaginar que hablaban mucho de todo eso, cuando tenían la oportunidad.

Estaban en la habitación de Lucía, sentados al borde de su cama y observaban el cuadro que colgaba en la pared frente a ellos. Era el único de la casa que les gustaba. A tía Alberta no le gustaba nada (por eso el cuadro había sido relegado a la pequeña pieza del fondo, en el segundo piso), pero no podía deshacerse de él porque se lo había regalado para su matrimonio una persona a quien no quería ofender.

Representaba un barco... un barco que navegaba casi en línea recta hacia uno... La proa era dorada y tallada en forma de una cabeza de dragón con su gran boca abierta; tenía sólo un mástil y una gran vela cuadrada, de un vivísimo color púrpura. Los costados del barco, lo que se podía distinguir de ellos al final de las alas doradas del dragón, eran verdes. El barco acababa de encumbrar sobre la cresta de una imponente ola azul que, al reventar, casi se te venía encima, llena de brillos y burbujas. Obviamente, el barco avanzaba muy veloz impulsado por un alegre viento, inclinándose levemente a babor. (A propósito, si van a leer esta historia y si aún no lo saben, métanse bien en la cabeza que en un barco, mirando hacia adelante, el lado izquierdo es babor y el derecho, estribor.) Toda la luz del sol bañaba ese lado de la nave, y allí el agua se llenaba de verdes y morados. A estribor, el agua era de un azul más oscuro debido a la sombra del barco.

—Me pregunto —comentó Edmundo— si no será peor mirar un barco de Narnia cuando uno no puede ir allí.

—Incluso mirar es mejor que nada —señaló Lucía—, y la verdad es que ese es un barco típico de Narnia.

—¿Siguen con su viejo jueguito? —preguntó Eustaquio Clarence, que había estado escuchando tras la puerta, y entraba ahora en la habitación con

una sonrisa burlona.

Durante su estada con los Pevensie el año anterior, se las arregló para escuchar cuando hablaban de Narnia y le encantaba tomarles el pelo. Por supuesto que pensaba que todo esto era una mera invención de sus primos, y como él era incapaz de inventar algo por sí mismo, no lo aprobaba.

—Nadie te necesita aquí —le dijo fríamente Edmundo.

—Estoy tratando de hacer un verso —dijo Eustaquio—, algo más o menos así: “Por inventar juegos sobre Narnia, algunos niños están cada vez más chiflados”.

—Bueno, para comenzar, Narnia y chiflado no riman en lo más mínimo —dijo Lucía.

—Es una asonancia —contestó Eustaquio.

—No le preguntes lo que es una aso-cómo-se-llama —pidió Edmundo —. Lo único que quiere es que se le pregunten cosas. No le digas nada y a lo mejor se va.

Frente a tal acogida, la mayoría de los niños se habría mandado cambiar o, por lo menos, se habría enojado; pero Eustaquio no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que se quedó allí dando vueltas, con una mueca burlesca, y en seguida comenzó nuevamente a hablar.

—¿Les gusta ese cuadro? —preguntó.

—¡Por el amor de Dios! No lo dejes que se ponga a hablar de arte y todas esas cosas —se apresuró a decir Edmundo.

Pero Lucía, que era muy sincera, ya había dicho que a ella sí le gustaba y mucho.

—Es un cuadro pésimo —opinó Eustaquio.

—No lo verías si te vas para afuera —dijo Edmundo.

—¿Por qué te gusta? —preguntó Eustaquio a Lucía.

—Bueno, por una razón muy simple —respondió Lucía—: realmente el barco parece moverse. Y el agua se ve como si estuviera en verdad mojada. Y las olas se ven como si en verdad subieran y bajaran con la marea.

Es evidente que Eustaquio podría haber respondido de mil maneras a este comentario, pero no dijo nada, porque en ese mismo momento miró las

olas del cuadro y vio que efectivamente parecían subir y bajar. Sólo una vez había estado en un barco (y aquella vez únicamente hasta la cercana isla de Wight) y se mareó en una forma horrible. El ver las olas en el cuadro lo hizo volver a experimentar esa desagradable sensación; se puso verde y trató de mirar otra vez, pero en ese momento ocurrió algo que hizo que los tres niños quedaran con la boca abierta, mirando con ojos fijos.

Seguramente lo que ellos vieron es difícil de creer cuando se lee en un libro, pero el presenciarlo fue igualmente increíble. Todos los elementos del cuadro comenzaron a moverse, pero no como ocurre en el cine, ya que los colores eran demasiado claros, limpios y reales como para una película. Se sumergió la proa de la nave en la ola, haciendo explotar una masa de espuma; luego la ola se alzó tras el barco y por primera vez se pudieron ver su popa y cubierta, pero pronto volvieron a desaparecer con el impacto de la siguiente ola que lo azotó, levantando nuevamente su proa. En ese mismo momento, un cuaderno que estaba tirado en la cama al lado de Edmundo comenzó a agitarse, luego se elevó y, por último, cruzó suavemente los aires hacia la muralla que estaba tras él. Lucía sintió que su peló le azotaba la cara como en los días de viento; y ese era un día ventoso, pero el viento soplaba desde el cuadro hacia ellos. Y de pronto, junto al viento vinieron los ruidos: el murmullo de las olas, el golpe del agua contra los costados del barco, los crujidos y el fuerte rugido constante que el agua y el aire producían de proa a popa. Pero fue el olor, ese olor violento y salado, lo que finalmente

—¡Basta! —se oyó la voz chillona de Eustaquio, rechinando de miedo y rabia—. Esto debe ser un truco estúpido inventado por ustedes. ¡Basta! Se lo diré a Alberta... ¡Ay!

Los otros dos niños estaban más acostumbrados a las aventuras, pero así y todo cuando Eustaquio dijo “Ay”, ambos dijeron “Ay” al mismo tiempo. La causa fue una gran ola salada y fría que reventó justo fuera del cuadro, dejando a los niños sin respiración por su chasquido, además de completamente empapados.

—¡Voy a hacer añicos esa porquería! —gritó Eustaquio.

Y a continuación sucedieron muchas cosas al mismo tiempo. Eustaquio se precipitó hacia el cuadro. Edmundo, que sabía algo de magia, dio un salto y corrió tras él advirtiéndole que tuviese cuidado y no fuera tonto. Lucía trató de cogerlo por el otro lado, pero fue arrastrada hacia adelante. Y ahora sucedía que o bien ellos se achicaron, o el cuadro se hizo más grande. Eustaquio saltó para tratar de descolgarlo de la pared y de pronto se encontró parado en el marco; lo que vio frente a sí no era un vidrio, sino que el mar de verdad, y viento y olas que se precipitaban contra el marco, como contra una roca. Se desequilibró y trató de agarrarse a los otros dos, que habían saltado a su lado. Hubo un segundo de lucha y griteríos, y cuando creyeron haber recuperado el equilibrio, se levantó a su alrededor una gran ola azul que los

arrastró y los precipitó al mar. El grito desesperado de Eustaquio se acalló repentinamente cuando se le llenó la boca de agua.

Lucía dio gracias a Dios por haber practicado mucho su natación durante el verano anterior; pero no se puede negar que le habría ido mejor con brazadas más lentas y si el agua no estuviera mucho más fría de lo que parecía cuando era sólo un cuadro. Aun así, mantuvo la calma y se sacó los zapatos con los pies, como debe hacerlo cualquier persona que cae al agua vestida. También mantuvo la boca cerrada y los ojos abiertos. Estaban aún muy cerca del barco; Lucía pudo ver su costado verde alzándose muy alto sobre ellos, y gente que la miraba desde cubierta. Entonces, como era de esperar, Eustaquio se aferró a ella en un ataque de pánico y ambos se hundieron.

Al salir a flote nuevamente, Lucía pudo distinguir una figura blanca que se zambullía desde uno de los costados del barco. Edmundo estaba bastante cerca de ella, pataleando en el agua y había cogido por los brazos a Eustaquio que aullaba de terror. Luego, por el otro lado, alguien más, cuyo rostro le era vagamente familiar, la sostuvo firmemente. Del barco se oía una serie de gritos y en la borda se podía ver a un sinnúmero de personas apiñadas unas contra otras, arrojando las cuerdas. Edmundo y el desconocido le amarraron una alrededor de ella. Después vino lo que pareció una espera muy larga, durante la cual su cara se puso azul y comenzaron a castañetearle los dientes. En realidad, la demora no fue tan grande como parecía. Estaban esperando el momento oportuno para subirla a bordo del barco, sin correr el riesgo de que se golpeara contra su costado. Pero a pesar de todos los esfuerzos, Lucía vio que tenía una rodilla magullada cuando, finalmente, estuvo en la cubierta goteando y tiritando. Luego, de un tirón subieron a Edmundo y, en seguida, al desdichado Eustaquio. Al último subió el desconocido, un muchacho de pelo dorado, algunos años mayor que los niños.

—¡Ca... Ca... Caspian! —balbuceó Lucía muy sorprendida apenas hubo recuperado el aliento. Pues era Caspian, el joven rey de Narnia, a quien ellos ayudaron a obtener el trono durante su última visita. Edmundo también lo reconoció y los tres se dieron la mano y se palmotearon la espalda con gran júbilo.

—¿Quién es este amigo de ustedes? —dijo Caspian casi al instante y se volvió a Eustaquio con su alegre sonrisa.

Pero Eustaquio lloraba mucho más fuerte de lo que se puede permitir a cualquier niño de su edad, cuando sólo ha sufrido un buen remojón.

—¡Déjenme ir, déjenme volver! ¡No me gusta estar aquí! —vociferaba.

—¿Dejarlo ir?— preguntó Caspian—. Pero ¿a dónde? Eustaquio se

abalanzó a la baranda del barco, como si esperase ver el marco del cuadro colgado sobre el mar, o tal vez vislumbrar el cuarto de Lucía. Pero lo que vio fueron olas muy azules salpicadas de espuma y un cielo de color azul más pálido, que se extendían sin interrupción hacia el horizonte. Tal vez no podamos culparlo de que se le fuera el alma a los pies, ya que se estaba mareando rápidamente.

—Rynelf —llamó Caspian a uno de los marineros—, trae vino aromático para sus Majestades. Ustedes necesitan algo para entrar en calor después de ese chapuzón.

Llamaba a Edmundo y a Lucía sus Majestades porque, junto con Pedro y Susana, habían sido reyes y reinas de Narnia antes que él. El tiempo en Narnia transcurre en forma diferente al nuestro. Si pasas cientos de años allá, al volver a nuestro mundo será la misma hora del mismo día en que te fuiste. Y también, si vuelves a Narnia después de pasar una semana aquí, te encontrarás con que han transcurrido mil años narnianos, o sólo un día, o tal vez ni siquiera un segundo; pero eso nunca lo sabrás hasta que llegues allá. Por eso, cuando los niños Pevensie volvieron a Narnia por segunda vez, su llegada fue considerada (por los narnianos) como si el rey Arturo volviera a Inglaterra, como algunos creen que lo hará. Y en mi opinión cuanto antes lo haga, tanto mejor.

Rynelf volvió con el humeante y aromático vino en una gran jarra y cuatro copas de plata. Era exactamente lo que les hacía falta, y a medida que Lucía y Edmundo lo bebían a sorbos, podían sentir el calor que los recorría hasta la punta de los pies. Sin embargo, Eustaquio hizo muecas, tartamudeó y lo escupió lejos; se mareó nuevamente y reanudó sus gritos, preguntando si acaso no tendrían algún alimento energético vitaminizado de cualquier tipo de arbusto y si podrían preparárselo con agua destilada. Y de todos modos insistía en que lo dejaran en tierra en el próximo puerto.

—Has traído un compañero de viaje muy divertido, hermano — susurro Caspian al oído de Edmundo, con risa ahogada.

Pero antes que pudiese decir cualquier otra cosa, Eustaquio gritó nuevamente:

—¡Por el amor del cielo! ¿Qué es eso? Saquen esa horripilancia de aquí.

En realidad esta vez tenía algo de razón en sorprenderse, ya que de la cabina de popa había salido algo en verdad muy curioso, y se acercaba lentamente hacia ellos. Podríamos decir que se trataba, y de hecho eso era, de un ratón; pero este era un Ratón que caminaba en sus patas traseras y medía cerca de sesenta centímetros de alto. Alrededor de su cabeza llevaba una delgada banda de oro que pasaba por debajo de una oreja y por encima de la

otra, y en ella había pegada una gran pluma carmesí. (Como el pelaje del Ratón era muy oscuro, casi negro, el efecto era audaz y llamativo). Su pata izquierda se apoyaba en la empuñadura de una espada casi tan larga como su propia cola; con un equilibrio perfecto, elegantes modales y aspecto grave, se paseaba por la cubierta oscilante del barco. Lucía y Edmundo lo reconocieron de inmediato. Era Rípichip, el más valiente de todos los Animales que Hablan de Narnia y el Jefe de los ratones. Se había hecho merecedor de eterna gloria durante la segunda batalla de Beruna. Lucía, como siempre, tuvo muchas ganas de tomarlo en sus brazos y regalonearlo, pero bien sabía que jamás podría darse ese gusto, ya que esto ofendería profundamente a su amigo. En lugar de ello se arrodilló para hablar con él.

Rípichip adelantó su pata izquierda, dejando atrás la derecha, hizo una reverencia y le besó la mano; luego se enderezó, se retorció los bigotes y dijo con su voz aguda y chillona:

—Mis más humildes respetos a su Majestad y también al Rey Edmundo —al decir estas palabras, se inclinó nuevamente—: Sólo la presencia de sus Majestades faltaba a esta gloriosa aventura.

—¡Uf! Llévenselo de aquí —gimió Eustaquio—, odio los ratones y jamás he podido soportar a los animales amaestrados. Son tontos, vulgares... y... sentimentales. Después de mirarlo fijamente durante algunos segundos, Rípichip se volvió a Lucía y dijo: —¿Debo suponer que esta persona tan increíblemente grosera está bajo la protección de su Majestad? Porque de lo contrario...

En ese momento Lucía y Edmundo estornudaron.

—¡Qué tonto he sido al dejarlos aquí con sus ropas empapadas! —exclamó Caspian—. ¿Por qué no van abajo y se cambian? Yo le cederé mi cabina a Lucía, por supuesto, pero me temo que no tenemos ropa femenina a bordo. Tendrás que arreglártelas con algo de lo mío. Rípichip, como buen compañero, enséñale el camino.

—Por servir a una dama, hasta por un asunto de honor debe ceder su lugar... al menos por el momento —señaló Rípichip y lanzó una mirada muy dura a Eustaquio. Pero Caspian los obligó a apresurarse, y pocos minutos más tarde Lucía estaba dentro de la cabina de popa. Se enamoró de ella en el acto: las tres ventanas cuadradas, por las que se veía el agua azul y arremolinada a popa; las tres bancas bajas con cojines que rodeaban tres costados de la mesa; la lámpara de plata que oscilaba sobre su cabeza (“hecha por los enanos”, pensó Lucía en seguida, por su exquisita delicadeza); y, colgada en la pared de enfrente, sobre la puerta, la imagen de Aslan, el León, pintada en oro. Todo esto lo captó Lucía en un minuto, ya que inmediatamente Caspian abrió la puerta a estribor y entró.

—Esta será tu habitación, Lucía. Yo sólo recogeré alguna ropa seca para mí — dijo mientras revolvía uno de los cajones—, y luego me iré para que puedas cambiarte. Si tiras tu ropa mojada al lado de la puerta, encargaré que la lleven a la cocina para secarla.

Lucía se sintió tan en su casa como si hubiese estado semanas en la cabina de Caspian; el movimiento del barco no la molestaba, ya que había hecho numerosos viajes cuando fue reina de Narnia, mucho tiempo atrás. La cabina era diminuta, pero clara y llena de paneles pintados (pájaros, animales salvajes, dragones carmesí y parras); además estaba inmaculadamente limpia. La ropa de Caspian era demasiado grande para ella, pero pudo arreglárselas; no había esperanzas de usar sus zapatos, sandalias y botas de mar, pero a ella no le importaba andar descalza a bordo. Cuando finalmente terminó de vestirse, se asomó a la ventana para mirar el agua que pasaba vertiginosamente, y respiró profundo. Estaba segura de que allí lo pasarían muy bien.

II
A BORDO DEL EXPLORADOR DEL AMANECER

—¡Ah! Ha llegado Lucía —dijo Caspian—. Te esperábamos. Este es mi capitán, Lord Drinian.

Un hombre de pelo negro dobló una rodilla ante Lucía y besó su mano. Sólo se encontraban presentes Edmundo y Rípichip.

—¿Dónde está Eustaquio? —preguntó Lucía.

—En su cama —respondió Edmundo—, y creo que no podemos hacer nada por él. Lo único que se logra al tratar de ser amable con él, es que se ponga peor.

—Mientras tanto, tenemos que conversar —dijo Caspian.

—Por supuesto —convino Edmundo—, y, en primer lugar, sobre el paso del tiempo. Según nuestro tiempo, hace un año que nos fuimos de aquí, justo antes de tu coronación. ¿Cuánto ha transcurrido en Narnia?

—Exactamente tres años —contestó Caspian.

—Y ¿todo anda bien? —preguntó Edmundo.

—No supondrás que yo abandonaría mi reino y me haría a la mar si las cosas no anduvieran bien —dijo el rey—. La verdad es que no podrían andar mejor. Los problemas entre los Telmarinos, Enanos, Animales que Hablan, Faunos y demás, terminaron y el verano pasado les dimos tal paliza a esos gigantes camorreros de la frontera, que ahora nos rinden homenaje. Además, tengo un excelente regente para cuando estoy fuera: Trumpkin, el Enano. ¿Se acuerdan de él?

—Mi querido Trumpkin —suspiró Lucía—. ¡Por supuesto que sí! No podrías haber elegido mejor.

—Es leal como tejón, Señora, y tan valiente como... como... un ratón —dijo Drinian.

Iba a decir *como un león,* pero se dio cuenta de que los ojos de Rípichip estaban fijos en él.

—¿Cuál es nuestro rumbo ahora? —preguntó Edmundo.

—Bueno —comenzó Caspian—, es una historia bastante larga. Tal vez recuerden que cuando yo era un niño, el usurpador, mi tío Miraz, se deshizo

de siete amigos de mi padre (que habrían estado de mi parte), enviándolos a explorar los desconocidos mares del este, más allá de las Islas Desiertas.

—Sí —respondió Lucía— y nunca jamás regresaron.

—Así fue —continuó Caspian—. El día de mi coronación, con el consentimiento de Aslan, juré que si lograba establecer la paz en Narnia navegaría hacia el este durante un año y un día, con el fin de encontrar a los amigos de mi padre o saber de su muerte y vengarlos si podía. Sus nombres eran Lord Revilian, Lord Bern, Lord Argoz, Lord Mavramorn, Lord Octesiano, Lord Restimar y Lord... Lord... Me es tan difícil recordar el otro nombre...

—Rup, su Majestad, Lord Rup —recordó Drinian.

—Rup, Rup, eso es —dijo Caspian—. Ese es mi objetivo principal, pero mi amigo Rípichip tiene una ilusión aún más grande.

—Todas las miradas se volvieron al Ratón.

—Tan grande como mi buen humor —dijo éste—, aunque puede ser tan pequeña como mi estatura. ¿Por qué no ir hasta el confín oriental del mundo? Y ¿qué podemos encontrar allí? Yo espero encontrar el país de Aslan. Siempre es del este, del otro lado del océano, desde donde viene a nosotros el gran León.

—¡Oigan, esa sí que me parece una buena idea! —exclamó Edmundo con voz de admiración.

—Pero ¿crees realmente que el país de Aslan es de esa clase... Es decir, ese tipo de país al que se puede llegar navegando? —preguntó Lucía.

—No lo sé, Señora —contestó Rípichip—, pero ocurre lo siguiente: cuando estaba en mi cuna, una ninfa del bosque, una Dríada, recitó este verso sobre mi cabeza:

“Donde el mar y el cielo se encuentran,
donde las olas se hacen más dulces,
no dudes Rípichip,
que encontrarás lo que buscas.
Allí en el Oriente absoluto”.

—En realidad —continuó el Ratón— no entiendo el significado de estas palabras, pero su sortilegio me ha acompañado siempre.

Después de una breve pausa, Lucía preguntó:

—¿Dónde estamos ahora, Caspian?—El capitán puede responder

mejor que yo a esa pregunta —dijo Caspian. Drinian extrajo entonces su carta de navegación y la extendió sobre la mesa. —Esta es nuestra posición —dijo señalando el lugar con el dedo—, o lo era al mediodía de hoy. Tuvimos viento favorable desde Cair Paravel y nos mantuvimos un poco en dirección al norte, hacia Galma, donde llegamos al día siguiente. Allí nos quedamos durante una semana, ya que el Duque de Galma organizó un gran torneo en honor a su Majestad, quien desmontó a muchos caballeros.

—Y sufrí algunas caídas bastante peligrosas, Drinian. Todavía me quedan los rasmillones —añadió Caspian.

—Y desmontó a muchos caballeros —repitió Drinian con una sonrisita —. Nosotros pensamos que el duque habría estado dichoso si su Majestad el Rey se hubiese casado con su hija, pero nada sucedió.

—Era bizca y tenía pecas —recordó Caspian.

—¡Oh, pobrecita! —se compadeció Lucía.

—Y luego zarpamos de Galma —continuó Drinian—, y navegamos por un mar tranquilo durante dos días enteros y tuvimos que usar los remos; aunque después hubo viento nuevamente, no logramos llegar a Terebintia, sino hasta el cuarto día de haber abandonado Galma. Pero al llegar allí, el Rey dio orden de no desembarcar, ya que en Terebintia había una epidemia. Dimos entonces la vuelta al cabo e hicimos escala en una pequeña ensenada lejos de la ciudad, donde nos aprovisionamos de agua. Tuvimos que esperar tres días anclados lejos de la costa, hasta que cogimos viento sudeste y zarpamos hacia las Siete Islas. Al tercer día de viaje nos alcanzó un barco pirata terebintiano, a juzgar por su aparejo; pero, como nos vio bien armados, se retiró después de un tiroteo de flechas de ambos lados.

—Y lo deberíamos haber perseguido, abordado y haber ahorcado de capitán a paje —agregó Rípichip.

—Y al quinto día ya teníamos Muil a la vista —continuó Drinian—, que, como ustedes saben, es el extremo más occidental de las Siete Islas. Luego navegamos a remo a través de los estrechos y casi a la puesta del sol llegamos a Cielo Rojo, en la isla de Brenn, donde fuimos cariñosamente festejados y nos abastecimos de agua y comida a destajo. Hace seis días abandonamos Cielo Rojo y hemos mantenido una velocidad estupenda, por lo que espero ver las Islas Desiertas pasado mañana. En resumidas cuentas, llevamos cerca de treinta días de navegación y hemos recorrido más de mil doscientas millas desde que salimos de Narnia.

—¿Y después de las Islas Desiertas? —preguntó Lucía.

—Nadie sabe, su Majestad —respondió Drinian—. A menos que los

mismos isleños nos lo puedan decir.

—En nuestra época no pudieron —dijo Edmundo.

—Entonces, la aventura comenzará realmente después de las Islas Desiertas —dijo Rípichip.

En ese momento, Caspian sugirió que tal vez les gustaría recorrer el barco antes de cenar, pero Lucía tuvo remordimientos de conciencia y dijo:

—Creo que tengo que ir a ver a Eustaquio. El mareo es algo espantoso. Si tuviera aquí mi viejo cordial, podría curarlo.

—Lo tienes —dijo Caspian—, ya casi ni me acordaba de él. Como se te quedó, pensé que debería ser considerado como parte de los tesoros de la corona y por eso lo traje ahora. Si tú piensas que se puede derrochar en algo como un mareo...

—Sólo usaré una gota —dijo Lucía. Caspian abrió uno de los cajones bajo las bancas y extrajo la preciosa botellita de cristal que Lucía recordaba tan bien. —Te devuelvo lo que es tuyo, Majestad —dijo Caspian, y luego abandonaron la cabina y salieron a la luz del sol.

En cubierta había dos grandes escotillas de proa a popa del mástil; ambas estaban abiertas, como siempre que hacía buen tiempo, para dejar que la luz y el aire entraran al interior del barco. Caspian los hizo bajar por una escalera y entrar en la compuerta de popa. Se encontraron en un recinto donde, de lado a lado, había bancas para los remeros, y la luz, que penetraba por los boquetes para los remos, danzaba en el techo. Por supuesto que el barco de Caspian no era una de esas horribles galeras movidas a remo por los esclavos. Solo cuando fallaba el viento o para entrar y salir de los puertos se utilizaban los remos, y a todos les tocaba su turno, menos a Rípichip que tenía las patas demasiado cortas. A cada costado del barco, el espacio que quedaba bajo las bancas había sido despejado para que los remeros pusieran los pies; pero al centro había una especie de foso, que bajaba hasta la misma quilla, que llenaban con todo tipo de cosas (sacos de harina, toneles con agua y cerveza, barriles con carne de cerdo, jarros con miel, odres de vino, manzanas, nueces, quesos, galletas, nabos y lonjas de tocino). Del techo (o sea, de debajo de la cubierta) colgaban jamones y ristras de cebollas y, también, los vigías que no estaban de guardia, en sus hamacas. Caspian los condujo a popa, dando un paso de banca en banca. Para él sólo eran pasos; algo entre un paso y un salto para Lucía y verdaderos y largos saltos para Rípichip. De este modo llegaron ante un tabique en el que había una puerta. Caspian la abrió y entraron a una cabina que ocupaba el espacio debajo de los camarotes de cubierta, en la popa, aunque, como es de suponer, no era tan bonita como las de arriba. Era un camarote muy bajo y sus paredes inclinadas se angostaban hacia abajo, por lo que casi no había piso; aunque tenía

ventanas de vidrio grueso, no estaban hechas para abrirse, porque se encontraban bajo el agua. De hecho, en ese mismo momento, cada vez que el barco cabeceaba, las ventanas se veían de pronto doradas por la luz del sol y luego de color verde oscuro por el mar.

—Nosotros deberemos alojar aquí, Edmundo —dijo Caspian—. A tu primo le daremos la litera y colgaremos las hamacas para nosotros.

—Le ruego, su Majestad... —solicitó Drinian.

—No, no, compañero —interrumpió Caspian—, ya hemos discutido eso. Tú y Rins (Rins era el piloto) están a cargo del barco y más de una noche tendrán mucho trabajo y preocupaciones, mientras nosotros cantamos canciones con alegres estribillos y narramos historias, así es que ocuparán el camarote de babor en cubierta. El rey Edmundo y yo estaremos muy cómodos aquí abajo. Pero, ¿cómo sigue el forastero?

Eustaquio, con la cara pálida, frunció el ceño y preguntó si habría alguna señal de que la tormenta estaba amainando.

—¿Qué tormenta? —preguntó Caspian, y Drinian prorrumpió en carcajadas.

—¡Tormenta, señorito! —gritó riendo—, pero si no podríamos tener mejor tiempo.

—¿Quién es ése? —preguntó Eustaquio, irritado—. Echenlo fuera. Su voz me traspasa la cabeza.

—Te traigo algo que te aliviará —dijo Lucía.

—¡Andate y déjame en paz! —gruñó Eustaquio.

Pero bebió un poquito de la botella y, aunque dijo que era algo asqueroso (al abrir Lucía el frasco, la pieza se llenó de un olor delicioso), lo cierto es que pocos minutos después de tomar la bebida le volvieron los colores a la cara; y tiene que haberse sentido mejor, porque en vez de lamentarse por la tormenta y su cabeza, comenzó a exigir que lo dejaran en tierra, y a decir que “presentaría una orden” contra todos ellos, ante el cónsul británico. Pero cuando Rípichip preguntó qué quería decir “una orden” y cómo se presentaba (Rípichip pensaba que se trataba de una nueva forma de solucionar un duelo), Eustaquio sólo pudo decir:

—Imagínense, no saber eso.

Por fin lograron convencer a Eustaquio de que en realidad navegaban lo más rápido posible hacia el lugar más cercano que conocían, y

que tenían las mismas posibilidades de mandarlo de regreso a Cambridge, que era el lugar donde vivía tío Haroldo, que de mandarlo a la Luna. Después de esto accedió de mala gana a ponerse la ropa limpia que habían llevado para él y subió a cubierta.

Caspian continuó mostrándoles el barco, aunque ya lo habían recorrido casi por completo. Subieron al castillo de proa y vieron al vigía que estaba de pie en una pequeña tabla en el interior del cuello dorado del dragón, y miraba a través de su boca abierta. Dentro del castillo de proa se encontraban el fogón (o cocina del barco) y los alojamientos para personas como el contramaestre, el carpintero, el cocinero y el jefe de los arqueros. Si piensas que es extraño que la cocina se encuentre en la proa, e imaginas que el humo de su chimenea flota hacia la parte trasera del barco, es porque estás pensando en los barcos a vapor, que siempre tienen viento en contra. En los barcos a vela, el viento viene desde atrás, por lo que cualquier cosa que despida olor se sitúa lo más adelante posible.

Después los hicieron subir a la cofa de combate. En un principio se asustaron bastante con el balanceo del barco y por lo pequeña y distante que se veía abajo la cubierta. En ese momento comprendes que si llegaras a resbalar, te puedes caer igual dentro del barco, que al mar. Desde allí fueron conducidos a la popa, donde Rins y otro hombre estaban de guardia junto a la gran palanca del timón. Tras ellos se alzaba la cola dorada del dragón, y justo en su interior había una pequeña banca. El barco se llamaba *Explorador del Amanecer,* y era tan poquita cosa comparado con nuestros barcos, e incluso comparado con las naves a rueda, veleros, barcos mercantes y galeones que Narnia había tenido cuando Edmundo y Lucía reinaban junto a Pedro, que era el gran Rey, porque en Narnia casi había desaparecido toda navegación durante los reinados de los antecesores de Caspian. Cuando su tío Miraz, el usurpador, envió a los siete lores al mar, éstos tuvieron que comprar un barco galmiano y contratar una tripulación de marineros también galmianos.

Pero ahora Caspian había empezado a enseñar a los narnianos para que volvieran a ser un pueblo navegante, y el *Explorador del Amanecer* era el mejor barco que habían construido hasta entonces. Era tan pequeño que en la cubierta, a proa del mástil, casi no quedaba espacio entre la escotilla central y el bote del barco amarrado a un costado, y el gallinero (Lucía alimentaba a las gallinas), al otro. Pero era una belleza en su especie, *una dama* como dicen los marineros; sus líneas eran perfectas y sus colores puros, y cada palo, cada cabo y cada remache habían sido hechos con amor.

Por supuesto que a Eustaquio no le gustaba para nada y siguió jactándose de los transatlánticos, lanchas a motor, aviones y submarinos. (“Como si supiera algo de ellos”, murmuraba Edmundo). Pero los otros dos estaban fascinados con el *Explorador del Amanecer.* Cuando volvieron al camarote de popa para comer y vieron todo el cielo del oeste iluminado por una inmensa y roja puesta de sol, y sintieron el estremecimiento del barco y el

sabor de la sal en sus labios, pensaron en esas tierras desconocidas al confín oriental del mundo... Lucía se sentía demasiado feliz para hablar.

Respecto de Eustaquio, es mejor que sepan lo que pensaba a través de sus propias palabras, ya que a la mañana siguiente, apenas les fue devuelta su ropa seca, él sacó una pequeña libreta negra y un lápiz y comenzó a escribir un diario. Siempre llevaba esta libreta consigo y en ella mantenía un registro de sus notas, pues aunque ninguna materia de estudio le importaba mucho para su propio provecho, sí le importaban muchísimo las notas, e incluso iba donde sus compañeros a decirles:

—Yo me saqué tal nota. ¿Qué nota te sacaste tú?

Pero como, al parecer, no se sacaría nota alguna a bordo del *Explorador del Amanecer,* decidió comenzar un diario. La primera anotación fue la siguiente:

> "7 de agosto
> "Hace ya veinticuatro horas que estamos a bordo de este espantoso barco, si es que esto no es un sueño. Una tormenta terrible ha estado rugiendo sin cesar (es una gran cosa que no esté mareado). Inmensas olas golpean el barco por el frente, y yo diría que casi se ha hundido varias veces. Nadie parece darse cuenta de esto, ya sea por fanfarronear o porque, como dice Haroldo, uno de los actos de mayor cobardía de la gente mediocre es cerrar los ojos ante los hechos. Es una locura hacerse a la mar en una porquería como ésta. No es mucho más grande que un bote salvavidas. Y, por supuesto, su interior es absolutamente primitivo. No hay un salón apropiado, ni radio, ni baños, ni siquiera sillas de playa. Ayer en la tarde me arrastraron por todos lados para conocerlo y fue enfermante oír a Caspian haciendo alarde de su barquito de juguete, como si fuera el *Queen Mary.* Yo traté de explicarle lo que era un verdadero barco, pero es demasiado torpe. Por supuesto, E. y L. no me apoyaron en lo más mínimo. Supongo que una niña como L. no se da cuenta del peligro, y E. trata de halagar a C. al igual que todos los demás. Lo llaman rey. Yo dije que era republicano, y él me preguntó qué quería decir... Realmente parece no saber nada de nada. No hay ni qué decir que me dieron el peor camarote del barco, un perfecto calabozo. En cambio a Lucía le dieron una pieza para ella sola en cubierta; casi una pieza agradable, comparada con el resto del lugar. Según C. esto se debe a que ella es mujer. Yo traté de explicarle que Alberta dice que lo único que se logra con este tipo de cosas es rebajar a las niñas, pero él es demasiado torpe. Aun así debería entender que si me dejan en un *hoyo* como éste, yo me voy a enfermar. Según E., no debemos

quejarnos, ya que C. compartirá este cuarto con nosotros, para poder ceder su camarote a L. Como si esto no nos tuviera más apretados e hiciera las cosas mucho peor. Se me olvidaba decir que hay también una especie de ratón que los trata a todos con la desfachatez más espantosa. Los demás pueden aguantarlo si quieren; lo que es yo, le voy a retorcer la cola si trata de hacerme algo. La comida también es horrible".

El problema entre Eustaquio y Rípichip se presentó incluso antes de lo que era de esperar. Al día siguiente, cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa esperando la comida (el estar en el mar da un hambre tremenda), Eustaquio entró corriendo, retorciéndose las manos y gritando:

—¡Esa pequeña bestia por poco me mata! Insisto en que se le ponga bajo control. Yo podría entablar un juicio en su contra, Caspian, y ordenarle que lo maten.

En ese mismo momento apareció Rípichip. Llevaba la espada desenvainada y sus bigotes tenían un aspecto feroz; pero guardaba su misma cortesía de siempre.

—Pido perdón a todos ustedes —dijo—, especialmente a sus Majestades. Si hubiese sabido que él se refugiaría aquí, habría esperado un momento más oportuno para darle una lección.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Edmundo.

Lo que ocurrió en realidad fue lo siguiente. Rípichip siempre consideraba que el barco no avanzaba tan rápido como él quería. Lo que más le gustaba era sentarse en la borda, muy adelante, justo al lado de la cabeza del dragón, y contemplar el horizonte cantando suavemente, con su gorjeo especial, la canción que la Dríada compuso para él. Nunca se apoyaba en ninguna parte y, a pesar de que el barco cabeceaba continuamente, siempre conservaba el equilibrio con mucha naturalidad. Tal vez el tener la cola colgando hacia cubierta, por dentro de la borda, hacía esto más fácil. Todo el mundo a bordo estaba familiarizado con esta costumbre y a los marineros les encantaba, porque así, cuando tenían turno de vigilancia, contaban con alguien con quien conversar. Jamás he podido saber cuál fue la verdadera razón por la que Eustaquio resbaló, se tambaleó y se fue de un solo tropezón hasta el castillo de proa (todavía no se habituaba a andar a bordo de un barco). Tal vez esperaba ver tierra, o ir a rondar a la cocina y escamotear algo de comer. De todas formas, apenas divisó la larga cola que colgaba, lo que quizás parecía bastante tentador, pensó que sería delicioso agarrarla y tirarla para hacer que Rípichip diera un par de vueltas en al aire, y luego salir corriendo y reírse. Al principio el plan pareció funcionar a las mil maravillas. El Ratón no pesaba mucho más que un gato grande y Eustaquio lo sacó de la baranda en un abrir y cerrar de ojos. Se veía muy ridículo (pensó Eustaquio)

con sus patitas desparramadas y la boca abierta. Pero para desgracia de Eustaquio, Rípichip había tenido que luchar muchas veces para salvar su vida y no perdió la cabeza ni un solo instante, ni tampoco su destreza. No debe ser muy fácil desenvainar la espada cuando uno está girando por los aires sujeto de la cola, pero él lo hizo; entonces Eustaquio sintió dos dolorosos pinchazos en las manos, que lo hicieron soltar la cola. Un segundo más tarde, Rípichip se incorporó y saltó como si fuera una pelota dando botes por cubierta. Y allí estaba, enfrentándolo, y Eustaquio vio una cosa horrible, larga, brillante y afilada, semejante a un punzón, que ondeaba de un lado para otro a sólo unos milímetros de su estómago. (No cuenta como golpe bajo el cinturón, ya que para los ratones en Narnia es muy difícil alcanzar más arriba).

—¡Detente! —balbuceó Eustaquio—. ¡Andate! Guarda eso. Es peligroso... ¡Te dije que no sigas!... ¡Se lo diré a Caspian!... Haré que te pongan un bozal y que te amarren.

—¿Por qué no desenvainas tu propia espada, cobarde? —chilló el Ratón—. Desenvaina y pelea o te dejaré lleno de cardenales con el filo de mi espada. —Jamás he tenido una espada —dijo Eustaquio—. Yo soy un pacifista y no creo en la lucha. —¿Debo entender con esto —dijo Rípichip, apartando su espada por un momento y hablando en un tono muy sombrío— que no me vas a dar una satisfacción? —No entiendo lo que me quieres decir —dijo Eustaquio, mientras se sobaba la mano—, pero si no eres capaz de aceptar una broma no es asunto mío. —Entonces toma esto —dijo Rípichip—, y esto, para que aprendas modales,... y el respeto que se debe a un caballero... y a un Ratón... y a la cola de un Ratón. Y a cada palabra le daba a Eustaquio un golpe con el canto de su delgado espadín, de fino acero templado hecho por los enanos, tan flexible y efectivo como una vara de abedul. Eustaquio (por supuesto) estaba en un colegio donde no se usaban los castigos corporales, de manera que esa sensación era una absoluta novedad para él. Es por esto que, a pesar de no tener costumbre de moverse a bordo, se demoró menos de un minuto en salir de aquel lugar, atravesar la cubierta y abrir la puerta del camarote, perseguido acaloradamente por Rípichip. De hecho, a Eustaquio le parecía que tanto la espada como la persecución eran muy calurosas. Daban la sensación de estar al rojo vivo.

No hubo mucha dificultad para solucionar el asunto una vez que Eustaquio comprendió que todo el mundo había tomado bastante en serio la idea de un duelo. Oyó a Caspian ofrecerle una espada, y a Edmundo y Drinian que discutían sobre si se debía o no desfavorecer de alguna manera a Eustaquio, para compensar su superioridad de tamaño en relación a Rípichip. Eustaquio se disculpó de mala gana y se alejó. Lucía lo acompañó para lavarle y vendarle la mano. Luego él se fue a su litera y tuvo buen cuidado de acostarse en el lugar que le habían asignado.

III
LAS ISLAS DESIERTAS

¡Tierra a la vista! —gritó el hombre de proa.

Al oír esto Lucía, que estaba en la popa conversando con Rins, bajó volando la escalera y se fue a toda carrera hacia la parte delantera. En el camino se le juntó Edmundo y al llegar al castillo de proa encontraron a Caspian, Drinian y Rípichip, que ya habían llegado.

Era una mañana más bien fresca, el cielo tenía un color pálido y el mar estaba de un azul muy oscuro con unos como sombreritos blancos de espuma. Un poco más lejos a estribor se divisaba Félima, la más próxima de las Islas Desiertas, semejante a un pequeño cerro verde en medio del mar. Tras ella se alcanzaban a ver más allá las grises laderas de su hermana Doorn.

—La misma Félima de siempre y la misma Doorn —exclamó Lucía aplaudiendo—. ¡Oh, Edmundo! ¡Cuánto tiempo ha pasado desde que vimos estas islas por última vez!

—Nunca he comprendido por qué pertenecen a Narnia —dijo Caspian—. ¿Las conquistó Pedro, el gran Rey?

—¡Oh, no! —contestó Edmundo—, pertenecían a Narnia antes de nuestro tiempo, en tiempos de la Bruja Blanca.

(A todo esto, jamás he sabido cómo fue que estas remotas islas pasaron a formar parte de la corona de Narnia, pero si algún día lo sé y la historia es interesante, lo contaré en otro libro).

—¿Haremos escala aquí, su Majestad? —preguntó Drinian.

—No creo que sea conveniente desembarcar en Félima —dijo Edmundo—. Me acuerdo de que en nuestro tiempo estaba casi deshabitada y pareciera que sigue igual. La mayoría de la gente vivía en Doorn y algunos en Avra, la tercera isla que aún no se ve. En Félima sólo criaban ovejas.

—En ese caso supongo que doblaremos aquel cabo —dijo Drinian—, y desembarcaremos en Doorn: quiere decir que habrá que remar.

—Qué pena no poder desembarcar en Félima —dijo Lucía—. Me habría gustado pasear otra vez por ahí. Era tan solitaria, pero con una soledad tan encantadora, con su pasto, los tréboles y la suave brisa del mar.

—A mí también me gustaría estirar las piernas —comentó Caspian—. Les propongo algo: vayamos hasta la orilla en el bote, lo mandamos de vuelta

y atravesamos la isla a pie. El *Explorador del Amanecer* nos recogerá en la otra orilla.

Si en ese momento Caspian hubiese tenido la experiencia que adquirió más adelante en el viaje, no habría hecho tal sugerencia, pero en ese instante la idea parecía estupenda.

—¡Oh, sí! ¡Vamos! —dijo Lucía. —Tú también vendrás, ¿no es así? —preguntó Caspian a Eustaquio, que había subido a cubierta con su mano vendada. —Haría cualquier cosa con tal de salir de este maldito bote —dijo Eustaquio. —¿Maldito? —preguntó Drinian—. ¿Qué quiere decir? —En países civilizados como el mío —respondió Eustaquio—, los barcos son tan grandes, que cuando uno está embarcado ni siquiera se da cuenta de que está en el mar. —En ese caso lo mejor será que te quedes en tierra —dijo Caspian—. Drinian, diles que bajen el bote, por favor. El Rey, el Ratón, los dos niños Pevensie y Eustaquio subieron al bote y los marineros remaron hasta la playa de Félima. Una vez que llegaron allí y el bote regresó al barco, miraron a su alrededor. Se sorprendieron de lo pequeño que se veía el *Explorador del Amanecer* desde ese lugar.

Lucía andaba descalza, por supuesto, pues se había sacado los zapatos de un puntapié mientras nadaba, pero esto no es ningún problema cuando uno va a caminar sobre un pasto muy suave. Estar de nuevo en tierra y sentir el olor del polvo y la hierba, era verdaderamente delicioso, a pesar de que en un principio el suelo pareciera balancearse igual que el barco, como sucede comúnmente al desembarcar después de haber estado un tiempo en el mar. Aquí estaba mucho más caluroso que a bordo y Lucía sentía una agradable sensación en sus pies al caminar sobre la arena. Una alondra cantaba.

Se internaron en la isla y subieron un cerro que, aunque pequeño, era bastante empinado. Al llegar a la cumbre se dieron vuelta y pudieron ver al *Explorador del Amanecer* que resplandecía como un llamativo insecto de gran tamaño y avanzaba lentamente con sus remos en dirección noroeste. Luego pasaron al otro lado de la loma y lo perdieron de vista.

Doorn se extendía frente a ellos, separada de Félima por un canal de unos dos kilómetros de ancho, y tras ella, hacia la izquierda, se encontraba Avra. Fácilmente se podía ver Cielo Angosto, un pueblito blanco y pequeño situado en Doorn.

—¡Miren! ¿Qué es eso? —exclamó de pronto Edmundo.

Abajo, en el verde valle hacia el cual se dirigían, había seis o siete hombres armados y de aspecto rudo, sentados bajo un árbol.

—No les digan quiénes somos —advirtió Caspian.

—¿Por qué no, su Majestad, por favor? —preguntó Rípichip, que había accedido a viajar en el hombro de Lucía.

—Se me acaba de ocurrir —dijo Caspian— que posiblemente nadie de por aquí ha oído hablar de Narnia en mucho tiempo, por lo que posiblemente aún no reconozcan nuestra autoridad. De ser así, creo que no habría mucha seguridad de que supieran que soy el Rey.

—Tenemos nuestras espadas, su Majestad —dijo Rípichip.

—Sí, Rip, lo sé —dijo Caspian—, pero si se tratara de reconquistar las tres islas, preferiría volver con un ejército más grande.

En ese momento estaban bastante cerca de los desconocidos, uno de los cuales (tipo corpulento y de pelo oscuro), gritó:

—Buenos días tengan ustedes.

—Buen día tenga usted —dijo Caspian—. ¿Aún existe un gobernador en las Islas Desiertas?

—Ciertamente que sí —dijo el hombre—. Es el gobernador Gumpas. Su Suficiencia está en Cielo Angosto, pero ustedes se quedarán a beber con nosotros.

Caspian agradeció la invitación, a pesar de que ni a él ni a los otros les agradó mucho el aspecto de sus nuevas amistades, y todos se sentaron. Pero apenas habían alzado las copas hasta sus labios, cuando vieron que el hombre de pelo oscuro hacía una señal con la cabeza a sus compañeros y, con la velocidad de un rayo, se encontraron envueltos por fuertes brazos. Hubo un momento de lucha, pero la ventaja estaba de un solo lado. Pronto les quitaron las armas y les amarraron las manos a la espalda (menos a Rípichip, que se retorcía en las manos de su captor, y lo mordía furiosamente).

—Cuidado con esa bestia, Tachuelas —dijo el jefe—. No le hagas daño. Estoy seguro de que alcanzará el mejor precio del lote.

Rípichip gritaba cada vez más fuerte y exigía que lo soltaran.

—¡Vaya! —exclamó el vendedor de esclavos (ya que eso era)—. ¡Sabe hablar!

Jamás lo habría creído. Que me parta un rayo si me gano menos de doscientos crecientes por él.

(El creciente calormano, que es la moneda principal en aquellos lugares, es más o menos equivalente a un tercio de libra inglesa).

—Entonces eso eres —dijo Caspian—. Un secuestrador y un comerciante de esclavos. Espero que estés orgulloso de serlo.

—Bien, bien, bien, bien —dijo el traficante de esclavos—, no comencemos con insolencias. Mientras menos molestes, mejor van a ir las cosas. ¿Entiendes? Yo no hago esto por diversión, sino para ganarme la vida como todo el mundo.

—¿A dónde nos llevarás? —preguntó Lucía, sacando la voz a duras penas.

—A Cielo Angosto —dijo el comerciante de esclavos—, para el mercado de mañana.

—¿Existe allí un cónsul británico? —preguntó Eustaquio.

—Que si hay un ¿qué? —preguntó el hombre.

Pero mucho tiempo antes de que Eustaquio se hubiera cansado tratando de explicar, el traficante de esclavos dijo simplemente:

—Bueno, ya he tenido suficiente de este parloteo. El Ratón es un regalo para la feria, en cambio éste va a hablar hasta por los codos. Vamos, compañeros.

Luego ataron a los cuatro prisioneros humanos con una misma cuerda, no en forma cruel pero sí segura, y los hicieron marchar hasta la playa. A Rípichip lo llevaron en brazos. Había dejado de morder ante la amenaza de que le amarrarían el hocico, pero tenía muchas cosas que decir. Lucía se asombraba de que un hombre pudiera aguantar que le dijeran todas las cosas que el Ratón decía al comerciante de esclavos. Pero éste, lejos de hacer objeciones, pedía al Ratón que siguiera adelante y cuando Rípichip se detenía para tomar aliento, a veces agregaba algo como “es como si fuera un juego”, o “¡caramba, no se puede menos que pensar que sabe lo que está diciendo!”, o también “¿fue alguno de ustedes el que lo entrenó?” . Todo esto enfureció a tal punto a Rípichip, que al final casi se ahogó con el montón de cosas que quiso decir al mismo tiempo, y se quedó callado.

Cuando llegaron abajo a la playa que miraba hacia Doorn, divisaron un pueblito y una gran lancha en la orilla; poco más allá había un barco sucio y destartalado.

—Bueno, jovencitos —dijo el traficante—, no hagan líos y no tendrán que lamentarse. Todos a bordo.

En ese momento, de una de las casas (una posada, me parece) salió un hombre de barba y aspecto imponente, que dijo:

—Bien, Pug, ¿traes más de tu mercadería de costumbre?

El traficante, cuyo nombre parecía ser Pug, se inclinó profundamente y dijo con voz lisonjera:

—Sí, para satisfacer a su Señoría.

—¿Cuánto pides por ese muchacho? —preguntó el otro señalando a Caspian.

—¡Ah! Yo sabía que su Señoría elegiría lo mejor. Su Señoría no se deja engañar con algo de segunda clase. Ahora bien, me he encaprichado un poco con ese muchacho, y le tengo cariño. Soy de corazón tan tierno que jamás me debería haber dedicado a un trabajo como éste. Sin embargo, a un cliente como su Señoría...

—Dime el precio, pedazo de carroña —dijo el Lord en tono severo—. ¿Crees que quiero oír toda la sarta de disparates de tu sucio comercio?

—Trescientos crecientes para usted, su honorable Señoría, aunque para cualquier otro...

—Te daré ciento cincuenta.

—¡Por favor, se lo suplico! —interrumpió Lucía—. Haga lo que quiera..., pero no nos separe. Usted no sabe...

Pero en ese momento se calló, pues comprendió que Caspian no quería que ni siquiera ahora se supiera su identidad.

—Son ciento cincuenta, entonces —dijo el Lord—. En cuanto a ti, niñita, lo siento mucho, pero no puedo comprarlos a todos. Desata a mi muchacho, Pug. Y mira, ten mucho cuidado de tratar bien a los otros mientras estén en tu poder; de lo contrario, te irá muy mal.

—Bueno —dijo Pug—. ¿Dónde se habrá visto un caballero en este tipo de trabajo que trate mejor a su mercadería de lo que lo hago yo? Bien, pues yo los trato como si fueran mis propios hijos.

—Es bien probable que sea cierto —dijo el otro, fríamente.
Había llegado el momento que todos temían. Caspian fue desatado y su nuevo dueño dijo:

—Por aquí, muchacho.

Lucía se puso a llorar y Edmundo parecía sumamente confundido. Pero Caspian los miró por encima del hombro y dijo:

—Tengan valor. Estoy seguro de que al final todo resultará bien. Hasta pronto.

—Ya pues, señorita —dijo Pug—, no empieces a llorar, porque vas a echar a perder tu belleza para el mercado de mañana. Sé buena niña y no tendrás por qué llorar, ¿ves?

Luego fueron llevados en un bote hasta el barco de esclavos, y, una vez allí, los condujeron abajo, a un lugar amplio, oscuro y no demasiado limpio, donde encontraron a muchos otros desafortunados prisioneros. Pug era, sin lugar a dudas, un pirata y regresaba de un crucero por las islas, donde capturó a todos los que pudo. La mayoría de los prisioneros eran galmianos y terebintianos, por lo que los niños no encontraron a nadie conocido. Se sentaron en un montón de paja preguntándose lo que había ocurrido con Caspian, y tratando de hacer callar a Eustaquio, que reclamaba como si todos tuviesen la culpa, menos él.

Mientras tanto, Caspian vivía momentos bastante más interesantes. El hombre que lo había comprado lo condujo por un pequeño sendero entre dos casas, hasta que llegaron a un lugar abierto detrás del pueblo. Allí se volvió y lo miró.

—No debes tenerme miedo, muchacho —le dijo—, te voy a tratar bien. Te compré por tu cara, porque me recuerdas a alguien.

—¿Puedo preguntarte a quién, mi Lord? —dijo Caspian.

—Me recuerdas a mi Señor Caspian, rey de Narnia —contestó el hombre.

Entonces Caspian decidió jugarse el todo por el todo.

—Mi Lord —le dijo—. Yo soy tu Señor. Yo soy Caspian, Rey de Narnia.

—Lo dices con mucha seguridad —dijo el otro—. ¿Cómo podré saber que eso es verdad?

—Primero, por mi cara —repuso Caspian—. Segundo, porque sé, sin hacer adivinanzas, quién eres tú. Eres uno de los siete lores de Narnia a quienes mi tío Miraz envió a navegar, y a quienes yo he venido a buscar. Sus nombres son Argoz, Bern, Octesiano, Revilian, Restimar, Mavramorn y... y... Me he olvidado del otro nombre. Finalmente, si su Señoría me presta una espada, le probaré en el cuerpo de cualquier persona, en una limpia batalla, que yo soy Caspian, hijo de Caspian, legítimo Rey de Narnia, Señor de Cair Paravel y Emperador de las Islas Desiertas.

—¡Santo Cielo! —exclamó el hombre—. Es la misma voz de su padre, y su misma forma de hablar. Mi Señor, su Majestad.

Y allí, en el campo, se arrodilló y besó la mano del rey.

—Las monedas que su Señoría pagó por nuestra persona, le serán devueltas de nuestro propio tesoro —dijo Caspian.

—Esas monedas no están aún en la bolsa de Pug, Señor —dijo Lord Bern, ya que de él se trataba—, y confio en que jamás lo estarán. He solicitado a su Suficiencia, el gobernador, un centenar de veces que termine con ese vil comercio de seres humanos.

—Mi estimado Lord Bern, es necesario que hablemos sobre el estado de las islas. Pero antes quisiera conocer tu propia historia.

—Es muy corta, mi Señor —dijo Bern—. Llegué hasta este lugar tan lejano con mis seis compañeros; me enamoré de una muchacha de las islas y pensé que ya había tenido suficiente de mar. No tenía ninguna intención de regresar a Narnia mientras el tío de su Majestad llevara las riendas, así es que me casé y he vivido aquí desde entonces.

—Y ¿qué tal es ese gobernador Gumpas? ¿Reconoce aún al Rey de Narnia como su Señor?

—De palabra, sí. Todo se hace en el nombre del Rey, pero creo que no le gustará nada encontrarse con un Rey de Narnia vivo y real, que le salga al paso. Y si su Majestad se presenta ante él solo y desarmado... Bueno, seguramente él no le negaría su lealtad, pero fingiría no creerle. Y la vida de su Gracia correría peligro. ¿Qué séquito tiene su Majestad en estas aguas?

Mi barco está dando la vuelta al cabo —dijo Caspian—, y a bordo tenemos alrededor de treinta espadas por si fuera necesario pelear. ¿No deberíamos hacer entrar el barco a puerto y dejarnos caer sobre Pug, para liberar a mis amigos que tiene prisioneros?

—Yo no se lo aconsejaría —dijo Bern—, ya que si hay lucha, dos o tres barcos zarparían de Cielo Angosto para rescatar a Pug. Lo que su Majestad debe hacer es demostrar más poder del que en realidad tiene, y lograr que el nombre del rey cause terror. No será necesario llegar a franca batalla, ya que Gumpas es un cobarde y se le puede intimidar fácilmente.

Caspian y Bern continuaron con su conversación un rato más, y luego bajaron a la playa, un poco al norte del pueblo. Allí Caspian hizo sonar su cuerno (no se trataba del gran cuerno mágico de Narnia, el cuerno de la reina Susana; lo dejó en casa para que Trumpkin, su regente, lo utilizara si lo necesitaba ante un ataque al reino, durante la ausencia del Rey).

Drinian, que estaba vigilando en espera de alguna señal, reconoció de inmediato el sonido del cuerno real y el *Explorador del Amanecer* comenzó a tomar rumbos a la playa. Luego el barco dejó la costa otra vez y, pocos minutos después, Caspian y Lord Bern estaban en cubierta y explicaban la situación a Drinian. Este, al igual que Caspian, quería poner la quilla del *Explorador del Amanecer* contra el barco de esclavos y abordarlo. Bern se opuso nuevamente:

—Navega derecho por este canal, Capitán, y luego da vuelta hacia Avra, donde están mis dominios. Pero antes, iza la bandera real, saca a relucir los escudos y envía tantos hombres como puedas a la cofa de combate, y, a unos cinco tiros de ballesta de aquí, cuando a proa tengas mar abierto a babor, haz rápido unas cuantas señales.

—¿Señales? ¿A quién? —preguntó Drinian.

—¡Vaya! A todos los barcos que no tenemos, pero que sería bueno que el señor Gumpas creyese que tenemos.

—¡Ah!, ya veo —dijo Drinian, frotándose las manos—, y ellos descifrarán nuestras señales. ¿Qué es lo que debo decir? *¿Una flota completa rodea el sur de Avra y se congregará en...?*

—En la finca de Bern —dijo Lord Bern—. Eso nos viene muy bien. Si es que hubiesen más barcos no podrían ser avistados desde Cielo Angosto durante toda su travesía.

Caspian se compadecía de sus amigos que languidecían en la bodega del barco de esclavos de Pug; pero no pudo dejar de encontrar muy agradable el resto de aquel día. Ya tarde (pues tuvieron que hacer todo el trayecto a remo), habiendo virado a estribor para bordear el extremo noreste de Doorn, y girando nuevamente a babor, alrededor de la puntilla de Avra, entraron por fin a un buen puerto en la costa sur de Avra, donde las acogedoras tierras de Bern bajaban hasta la orilla del mar.

La gente de Bern, a muchos de los cuales se podía ver trabajando en los campos, eran personas libres y aquel era un feudo feliz y próspero. Allí desembarcaron y, en una casa baja, sostenida por pilares y con vista a la bahía, fueron magníficamente agasajados. Bern, junto a su amable esposa y sus alegres hijas, los hizo comer como reyes. Pero cuando ya estuvo oscuro, Bern envió un mensajero que cruzó en bote a Doorn con el fin de hacer algunos arreglos para el día siguiente (no dijo de qué se trataba exactamente).

IV
LO QUE CASPIAN HIZO EN ESE LUGAR

A la mañana siguiente, muy temprano, Lord Bern despertó a sus invitados y, después del desayuno, pidió a Caspian que hiciera formar a todos sus hombres con su armadura completa.

—Y lo más importante —añadió— es que todo esté tan ordenado y limpio como si ésta fuese la mañana de la primera batalla en una gran guerra entre nobles reyes, y el mundo entero estuviera observando.

Así se hizo; luego, Caspian con su gente y Bern con algunos de los suyos, en tres viajes del bote zarparon rumbo a Cielo Angosto. La bandera del Rey flameaba en la popa de su bote y lo acompañaba su trompeta.

Al llegar al muelle en Cielo Angosto, Caspian vio a una muchedumbre inmensa que se había reunido para recibirlos.

—Este es el mensaje que envié anoche —dijo Bern—. Todos son amigos míos y gente honesta.

Y tan pronto como Caspian pisó tierra, la multitud rompió en alegres vítores y gritos: “Narnia, Narnia” y “Viva el rey”. Al mismo tiempo, y también gracias a los mensajeros de Bern, comenzaron a repicar las campanas en diversos lugares del pueblo. Caspian ordenó que avanzara su estandarte y que se hiciera sonar su trompeta. Todos los hombres desenvainaron sus espadas y, adoptando un aire de alegre severidad, marcharon calle arriba, haciéndola temblar. Y sus armaduras relucían de tal manera (aquella era una mañana asoleada) que apenas se podía mirarlas mucho rato. Al principio, los únicos que avivaban eran aquellos que habían sido advertidos por los mensajeros de Bern, que sabían lo que estaba ocurriendo y que querían que eso ocurriese. Pero pronto todos los niños se les unieron, porque les encantaban los desfiles y habían visto muy pocos.

Luego se les unieron los colegiales, a los que también les gustaban los desfiles, y pensaban que mientras más ruido y desorden hubiera, menos posibilidades había de que tuvieran clases esa mañana. Y todas las ancianas asomaron la cabeza por puertas y ventanas, y empezaron a charlar y a vitorear, pues se trataba de un rey... Y ¿qué es un gobernador comparado con un rey? Luego se les unieron todas las muchachas jóvenes por la misma razón, y también porque Caspian, Drinian y todos los demás eran muy buenos mozos. Y también los jóvenes se acercaron a ver qué era lo que miraban las muchachas. Así, cuando Caspian llegó a las puertas del castillo, casi todo el pueblo estaba gritando, y Gumpas podía oír el ruido desde el lugar donde se encontraba sentado dentro del castillo, enredándose y perdiendo el tiempo con cuentas y formularios, reglas y reglamentos.

Frente a las puertas del castillo, el trompeta de Caspian dejó oír un toque y gritó:

—¡Abran al Rey de Narnia, que ha venido a visitar a su fiel y bienamado servidor, el gobernador de las Islas Desiertas!

En aquellos días, en la isla todo se hacía en forma descuidada y floja. Sólo se abrió un pequeño postigo y salió un hombre despeinado, que llevaba un sombrero viejo y sucio en lugar de casco, y una lanza oxidada y vieja en sus manos. Parpadeó al ver a los deslumbrantes personajes que tenía ante sí, con ojos entreabiertos.

—No pue... ver... fiencia —masculló (era su modo de decir "No pueden ver a su Suficiencia")—. No entrevistas sin citas, cepto tre nueve y diez p.m. segundo sábado del mes.

—¡Descúbrete ante el Rey de Narnia, perro! —vociferó Lord Bern y le dio un golpe seco con su guantelete, haciendo volar su sombrero.

—¿Qués esto? —comenzó el portero, pero nadie le hizo caso.

Dos de los hombres de Caspian saltaron por el postigo y, después de forcejear un momento con barras y cerrojos (ya que todo estaba oxidado), abrieron de par en par las dos hojas de la puerta. Entonces el Rey y su séquito entraron a grandes pasos en el patio. Allí encontraron a muchos de los guardias del gobernador sentados haraganeando, y de los portales salieron varios más tambaleándose (la mayoría de ellos iba limpiándose la boca). A pesar de que sus armaduras estaban en condiciones vergonzosas, eran tipos que habrían peleado si se les hubiera empujado o si hubieran sabido lo que pasaba; era el momento peligroso. Caspian no les dio tiempo para pensar.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó.

—Soy yo, más o menos, si entiendes lo que quiero decir —dijo lánguidamente un joven muy acicalado que no llevaba armadura alguna.

—Es nuestro deseo —dijo Caspian—, que nuestra visita real a nuestro reino de las Islas Desiertas sea, en lo posible, una ocasión de alegría y no de terror para nuestros leales súbditos. Si no fuese por esta razón, tendría algunas críticas que hacer sobre el estado de la armadura y las armas de sus soldados, pero en este caso, lo perdonaré. Ordena que abran un tonel de vino para que tus hombres lo beban a nuestra salud. Pero mañana al mediodía quiero verlos reunidos aquí, en este patio, luciendo como hombres de armas, y no como vagabundos. Preocúpate de que así sea, bajo pena de causarnos un gran disgusto.

El capitán se quedó boquiabierto, pero inmediatamente Bern gritó: “Tres vivas por el Rey” y fue secundado por los soldados, que habían comprendido perfectamente lo del tonel de vino, aunque no entendieron nada más. Luego Caspian ordenó a la mayoría de sus propios hombres que permanecieran en el patio, y él, junto a Bern, Drinian y otros cuatro, entró en la sala.

Al otro lado de la habitación, sentado tras una mesa y rodeado de varios secretarios, se encontraba su Suficiencia, el gobernador de las Islas Desiertas. Gumpas tenía la apariencia de un hombre malhumorado, y su cabello, que antes fue rojo, estaba casi totalmente gris. Al entrar los desconocidos, les echó un vistazo y luego volvió a sus papeles diciendo de manera automática:

—No hay entrevistas sin haber pedido cita, excepto los sábados entre las nueve y diez p.m.

Caspian hizo una seña con la cabeza a Bern y se quedó a un lado. Bern y Drinian avanzaron un paso y cada uno tomó un extremo de la mesa, la levantaron y la lanzaron a un rincón de la sala, donde se dio vuelta desparramando una cascada de cartas, expedientes, tinteros, lápices, lacre y documentos. Después, sin rudeza pero con tal firmeza que sus manos parecían tenazas de acero, sacaron de un tirón a Gumpas de su silla, y lo depositaron al frente, a poco más de un metro de distancia. En el acto Caspian se sentó en el sillón y puso sobre sus rodillas la espada desenvainada.

—Mi Lord —dijo clavando sus ojos en Gumpas—. No nos has dado la bienvenida que esperábamos. Soy el Rey de Narnia.

—Nada de eso en la correspondencia —dijo el gobernador—. Ni en las actas. Nadie nos notificó de tal cosa. Todo irregular. Encantado de considerar cualquier solicitud...

—Y hemos venido a informarnos acerca de la conducción de la oficina de su Suficiencia —continuó Caspian—. Hay dos puntos, especialmente, sobre los cuales exijo una explicación. En primer lugar, no encuentro ningún registro que indique que estas islas hayan pagado los tributos adeudados a la corona de Narnia, por casi ciento cincuenta años.

—Este es un asunto que deberá ser presentado al Consejo el próximo mes —dijo Gumpas—. Si alguien propone que se cree una comisión de investigación que informe sobre la historia financiera de las islas en la primera reunión del año que viene, bueno, entonces...

—También está estipulado claramente en nuestras leyes —continuó Caspian—, que si el tributo no es entregado, la deuda completa deberá ser cancelada de su propio bolsillo por el gobernador de las Islas Desiertas.

Ante esto, Gumpas empezó a prestar verdadera atención.

—¡Ah, no, ni hablar! —dijo Gumpas—. Es una imposibilidad económica... eh... su Majestad debe estar bromeando...

En su interior se preguntaba si habría manera de deshacerse de aquellos visitantes inoportunos. De haber sabido que Caspian tenía un solo barco y sólo la tripulación de ese barco con él, le habría dicho palabras dulces por ahora, y habría esperado hacerlos cercar y asesinar a todos durante la noche. Pero el día anterior había visto un barco de guerra bajar por los estrechos y enviar señales a su escolta, según él supuso. No supo entonces que era el barco del Rey, pues no había viento suficiente para desplegar su bandera y hacer visible el León dorado. Por eso había esperado los acontecimientos. Ahora Gumpas imaginaba que Caspian tenía una flota completa en la finca de Bern. Jamás se le habría pasado por la mente que alguien atacara Cielo Angosto para tomar las islas con menos de cincuenta hombres. Desde luego no era la clase de cosas que se le ocurriría hacer a él.

—En segundo lugar —dijo Caspian—, quiero saber por qué has permitido establecer aquí este abominable y desnaturalizado comercio de esclavos, contrario a las antiguas costumbres y usanzas en nuestros dominios.

—Necesario, inevitable —dijo su Suficiencia—. Un elemento primordial en el desarrollo económico de las islas, se lo aseguro. El auge de nuestra actual prosperidad depende en gran medida de este comercio.

—¿Qué necesidad tienes de esclavos?

—Para la exportación, su Majestad. Venderlos principalmente a Calormen; y tenemos otros mercados. Somos un gran centro de comercio.

—En otras palabras —dijo Caspian—, no los necesitas. Dime ¿para qué sirven fuera de poner dinero en los bolsillos de un tipo como Pug?

—La juventud de su Majestad... —dijo Gumpas con lo que pretendía ser una sonrisa paternal—, no le permite entender el problema económico que esto significa. Yo tengo estadísticas, tengo gráficos, tengo...

—Por muy joven que sea —interrumpió Caspian—, creo entender el mercado de esclavos por dentro tan bien como su Suficiencia. Y no veo que traiga a las islas ni carne, ni pan, ni cerveza, ni vino, ni madera, ni repollos, ni libros, ni instrumentos musicales, ni caballos, ni armaduras, ni ninguna otra cosa digna que valga la pena tener. Pero ya sea que lo haga o no, esto debe terminar.

—Pero esto significaría volver atrás —resolló el gobernador—. ¿No sabes nada de progreso y de desarrollo?

—Los he visto nacer —dijo Caspian—. En Narnia los llamamos *un mal camino.* Este comercio debe terminar.

—No puedo responsabilizarme de una medida semejante —dijo Gumpas.

—Muy bien, entonces —dijo Caspian—, te relevamos de tu cargo. Milord Bern, ven acá...

Y antes de que Gumpas se diera verdaderamente cuenta de lo que ocurría, Bern, con sus manos entre las del Rey, se arrodilló y prestó juramento de gobernar las Islas Desiertas conforme a las antiguas costumbres, derechos, usanzas y leyes de Narnia.

—Creo que ya hemos tenido bastante de gobernadores —dijo Caspian. Y dio a Bern el título de Duque, Duque de las Islas Desiertas.

—En cuanto a ti, Milord —se dirigió a Gumpas—, perdono tu deuda por los tributos. Pero mañana, antes del mediodía, tú y los tuyos deberán abandonar el castillo, que desde ahora es la residencia del Duque.

—Miren, todo está muy bien —dijo uno de los secretarios de Gumpas —, pero supongamos, caballeros, que ustedes terminen con esta comedia y trabajemos un poco. Para nosotros el asunto es realmente...

—El asunto es —dijo el Duque— si tú y el resto de la chusma se irán con o sin una paliza. Puedes elegir lo que prefieras.

Cuando todo se arregló amigablemente, Caspian hizo traer caballos; había unos cuantos en el castillo, aunque muy mal cuidados. Junto a Bern, Drinian y algunos otros, cabalgó hacia el pueblo y se dirigió al mercado de esclavos. Era un edificio largo y bajo situado cerca del puerto. La escena que se desarrollaba cuando ellos entraron, se parecía a cualquier otra subasta: es decir, había una gran multitud y Pug, desde un estrado, gritaba con voz ronca:

—Ahora, caballeros, el lote veintitrés. Excelente trabajador agrícola terebintiano, apto para trabajar en minas o en las galeras. Menos de veinticinco años de edad. Ni un solo diente malo. Un tipo bueno y musculoso. Tachuelas, sácale la camisa para que los caballeros puedan verlo. ¡Ahí tienen músculos! Mírenle el pecho. Diez crecientes ofrece el caballero del rincón. Debe estar bromeando, señor. ¡Quince!, ¡dieciocho!..., dieciocho es la postura por el lote veintitrés. ¿Alguien da más?... Veintiuno. Gracias, señor. La oferta es veintiuno...

Pero Pug se interrumpió boquiabierto al ver a los personajes vestidos con armaduras que subieron al estrado, haciendo sonar los metales.

—Arrodíllense todos ante el Rey de Narnia —dijo el Duque.

Todos escucharon el cascabeleo de los caballos piafando afuera, y muchos habían oído rumores del desembarco y de los acontecimientos en el castillo. La mayoría obedeció. A los que no lo hicieron, los tiraron al suelo sus propios vecinos. Algunos vitorearon.

—Estás condenado, Pug, por haber puesto ayer tus manos sobre nuestra real persona —dijo Caspian—, pero tu ignorancia queda perdonada. El comercio de esclavos ha sido prohibido en todos nuestros dominios, desde hace un cuarto de hora. Declaro en libertad a todos los esclavos en este mercado.

Levantó la mano para acallar las ovaciones de los esclavos, y continuó:

—¿Dónde están mis amigos?

—¿Aquella adorable niñita y el encantador joven caballero? —preguntó Pug con una sonrisa zalamera—.

¡Pues bien, los agarraron en el acto!

—¡Aquí estamos Caspian, aquí estamos! —gritaron Edmundo y Lucía al unísono.

—A su servicio, Majestad —chilló Rípichip desde otra esquina.

Habían sido vendidos, pero los hombres que los compraron se quedaron a fin de hacer ofertas por otros esclavos; por eso no se los habían llevado aún. La multitud se apartó para dar paso a ellos tres y hubo fuertes apretones de mano y saludos entre Caspian y sus amigos. En seguida se acercaron dos comerciantes de Calormen. Los calormanos tienen la cara oscura y largas barbas, usan túnicas sueltas y turbantes color naranja, y son un pueblo antiguo, sabio, rico, cortés y cruel. Se inclinaron atentamente ante Caspian y le hicieron muchos cumplidos sobre las fuentes de prosperidad que riegan los jardines de la prudencia y la virtud (y muchas cosas por el estilo), pero, por supuesto, lo que querían era el dinero que habían pagado.

—Es muy justo, señores —dijo Caspian—. A todo aquel que compró un esclavo hoy, se le devolverá su dinero. Pug, saca todas tus ganancias, hasta el último mínimo. (Un mínimo equivale a un cuadragésimo de creciente).

—¿Es que su Majestad pretende arruinarme? —gimió Pug.

—Toda tu vida has vivido del sufrimiento ajeno —dijo Caspian—, y si

quedas en la ruina, es preferible ser mendigo que esclavo. Pero ¿dónde está mi otro amigo?

—¿El? —dijo Pug—. Por favor, lléveselo, se lo agradeceré. Feliz de deshacerme de él. Jamás había visto algo más difícil de vender en el mercado, en todos los días de mi vida. Al final lo ofrecí en cinco crecientes y, así y todo, nadie lo compró. Lo tiré gratis junto a otros lotes, y nadie lo quiso tampoco, ni siquiera lo miraron. Tachuelas, muéstranos a Enfurruñado.

De ese modo presentaron a Eustaquio y por cierto que parecía estar de mal humor, ya que, aunque a nadie le gustaría que lo vendieran como esclavo, debe ser aún más mortificante ser una especie de esclavo de repuesto al que nadie quiere comprar. Subió hasta donde se encontraba Caspian y dijo:

—Ya veo. Como siempre. Divirtiéndote en algún lugar, mientras el resto de nosotros estábamos prisioneros. Supongo que no has averiguado nada del cónsul británico. Por supuesto que no.

Aquella noche hubo una gran fiesta en el castillo de Cielo Angosto.

—¡Ojalá mañana empiecen nuestras verdaderas aventuras! —dijo Rípichip al irse a la cama, después de hacer sus reverencias a todos.

Pero en realidad no podría ser mañana, ni nada parecido. Por ahora se aprestaban para dejar atrás todos los mares y tierras conocidos, y tenían que hacer grandes preparativos. El *Explorador del Amanecer* quedó vacío y ocho caballos lo arrastraron a tierra sobre grandes olas. Los más expertos carpinteros de barcos lo revisaron entero hasta el último rincón. Luego lo echaron nuevamente al mar y lo aprovisionaron con todos los víveres y el agua que podía contener, es decir, para veintiocho días. Aun así, como Edmundo lo hizo ver con desilusión, esto les permitiría navegar sólo quince días en dirección este antes de tener que abandonar su búsqueda.

Mientras se hacían estos preparativos, Caspian no perdió la oportunidad de interrogar a todos los capitanes navales de más edad que pudo encontrar en Cielo Angosto, para averiguar si sabían algo o habían oído algún rumor sobre la existencia de tierras hacia el este.

Sirvió muchas jarras con cerveza del castillo, a hombres de caras curtidas, de cortas barbas grises y claros ojos azules y, a cambio de esto, escuchó muchos cuentos increíbles. Pero los que parecían ser más veraces no sabían de tierras más allá de las Islas Desiertas, y muchos pensaban que si navegabas alejándote hacia el este, entrarías en los profundos oleajes de un mar sin tierras, que se arremolinan eternamente alrededor del borde del mundo.

—Y pienso que es allá donde se fueron a pique los amigos de su

Majestad.

El resto sólo contaba extrañas historias sobre islas habitadas por hombres sin cabeza, islas flotantes, trombas marinas, y fuego que quema de un extremo a otro de las aguas. Sólo uno de ellos, para felicidad de Rípichip, dijo:

—Y tras todo aquello está el país de Aslan. Pero eso es más allá del fin del mundo, y ustedes no pueden llegar allá.

Mas, cuando le interrogaron, solamente pudo decir que se lo había escuchado a su padre.

Lo único que Bern podía decir era que había visto a sus seis compañeros navegar hacia el este, y que nunca más había vuelto a saber de ellos. Dijo esto cuando estaba con Caspian en el lugar más alto de Avra, que domina el mar oriental.

—A menudo he estado aquí por la mañana —dijo el Duque—, y he visto el sol saliendo por el mar. A veces parecía que estuviera un par de millas más allá, y he pensado en mis amigos y me he preguntado qué habrá verdaderamente tras el horizonte. Nada, probablemente, y, sin embargo, siempre me avergüenzo un poco de haberme quedado atrás. Pero quisiera que su Majestad no se fuera. Podríamos necesitar su ayuda aquí. El haber cerrado el mercado de esclavos puede significar un mundo nuevo. Temo una guerra con los calormanos. Mi Señor, piénsalo bien.

—Hice un juramento, señor Duque —dijo Caspian—. Y de todas formas ¿qué podría decirle a Rípichip?

V
LO QUE LA TORMENTA TRAJO CONSIGO

Cerca de tres días después de su arribo, el *Explorador del Amanecer* fue remolcado fuera del puerto de Cielo Angosto. La despedida fue muy solemne, y una gran multitud se reunió para verlos partir. Hubo aplausos y también lágrimas cuando Caspian pronunció su último discurso a los habitantes de las Islas Desiertas y se despidió del Duque y su familia. Pero cuando el barco se alejaba de la orilla, con su vela púrpura aún crujiendo perezosamente, y el sonido de la trompeta de Caspian en la popa se hizo más débil a través del agua, todo el mundo quedó silencioso. Pronto apareció el viento. La vela se hinchó, el remolcador soltó el barco y regresó remando. La primera ola grande creció rápido bajo la proa del *Explorador del Amanecer,* y el barco volvió a tener vida. Los hombres que no estaban en servicio bajaron, Drinian tomó la primera guardia en la popa y la nave puso proa en dirección este, girando al sur de Avra.

Los días que siguieron fueron deliciosos. Lucía pensaba que era la niña más afortunada del mundo, pues al despertar cada mañana veía los reflejos del agua iluminada por el sol bailando en el techo de su camarote, y a su alrededor veía todas esas preciosas cosas nuevas que traía de las Islas Desiertas (botas marineras, botines, capas, chaquetillas y bufandas). Y luego iría a cubierta, a mirar un mar de un azul más brillante cada mañana y beber un aire día a día más cálido. Después venía el desayuno y un hambre que sólo se siente en el mar.

Lucía pasaba largas horas sentada en el banquito de popa jugando ajedrez con Rípichip. Era divertido verlo levantar, con sus dos patas, esas piezas demasiado grandes para él, y pararse en la punta de los pies si tenía que hacer una movida en el centro del tablero. Era un buen jugador y, cuando se acordaba de lo que estaba haciendo, generalmente ganaba. Pero de vez en cuando Lucía era la vencedora, porque a veces el Ratón hacía cosas tan ridículas como poner en peligro un caballo entre una torre y una reina juntas. Esto ocurría cuando él momentáneamente se olvidaba de que se trataba de un juego de ajedrez y estaba pensando en una batalla real y hacía que el caballo se moviera como él lo hubiera hecho en su lugar. Rípichip tenía su mente llena de aventuras imposibles, leyendas de gloria o de muerte y actitudes heroicas.

Pero momentos tan agradables no podían durar eternamente. Una tarde en que Lucía miraba distraídamente hacia popa la estela que el barco dejaba tras de sí, vio de pronto una gran masa de nubes que se formaba al oeste con asombrosa rapidez. De pronto se hizo un hueco entre las nubes por donde se desparramó una dorada puesta de sol. Detrás del barco las olas parecieron tomar extrañas formas, y el mar, un color pardo o amarillento, como el de las velas sucias. El aire se puso frío. El barco parecía moverse inquieto, como si presintiera el peligro a sus espaldas. La vela podía estar

plana y lacia, y al momento siguiente desplegarse con violencia. Mientras Lucía observaba estas cosas, extrañada por un siniestro cambio que se percibía en el ruido del viento, Drinian gritó:

—¡Todos a cubierta!

Y en un minuto todo el mundo trabajaba frenéticamente. Aseguraron las escotillas, apagaron el fuego de la cocina y algunos hombres subieron a recoger la vela. Antes de que pudieran terminar, los azotó la tormenta. Lucía pensó que un gran valle se abría en el mar, justo frente a proa y que se metían en él mucho más a fondo de lo que podría haberse imaginado. Una inmensa montaña de agua gris, mucho más alta que el mástil, se precipitaba contra ellos; la muerte parecía segura, pero la corriente los levantó hasta la cresta de la gran ola. Luego pareció que el barco daba vueltas en redondo y una catarata de agua inundó la cubierta; la popa y el castillo de proa parecían dos islas separadas por un furioso mar. Arriba, los marineros estaban tendidos en la verga, tratando desesperadamente de sujetar la vela. Un cabo roto colgaba al viento hacia un lado, muy derecho y tieso como un palo.

—¡Vaya abajo, Señora! —gritó Drinian.

Lucía, sabiendo que los marineros —y marineras— de agua dulce son un estorbo para la tripulación, trató de obedecer de inmediato. Pero no le fue fácil. El *Explorador del Amanecer* estaba terriblemente escorado a babor, y la cubierta se inclinaba como el techo de una casa. La niña tuvo que gatear de un lado a otro hasta llegar a lo alto de la escalera, afirmándose a la barandilla; se quedó muy quieta mientras dos hombres subían y luego bajó como pudo. Fue una suerte que estuviera bien sujeta, pues al pie de la escalera otra ola atravesó la cubierta bramando y llegó hasta sus hombros. Lucía ya estaba calada hasta los huesos con la espuma y la lluvia, pero esto fue más frío. Después se abalanzó a la puerta de su camarote, entró y dejó afuera la espantosa visión de la rapidez con que se internaban en la oscuridad, pero no pudo acallar la terrible confusión de chirridos, gemidos, chasquidos, estruendos, rugidos y bramidos que sonaban mucho más impresionantes allí abajo que en cubierta.

Y el día siguiente y el subsiguiente fue lo mismo, y así siguió hasta que apenas se podían acordar de cuándo había empezado. Y todo el tiempo tenía que haber tres hombres al timón, ya que menos no habrían podido mantener el rumbo. Y siempre debía haber gente en la bomba. Nadie podía descansar, nada se podía cocinar y nada se podía secar. Un hombre se perdió en el mar. Y no veían nunca el sol.

Una vez que pasó la tormenta, Eustaquio hizo la siguiente anotación en su diario:

“3 de septiembre
“Es el primer día en años que puedo escribir. Nos agarró un huracán que duró trece días y trece noches. Lo sé porque he llevado una cuenta muy minuciosa, aunque los demás dicen que son doce. ¡Qué agradable embarcarse en un viaje tan peligroso con gente que ni siquiera sabe contar bien! He pasado momentos horribles; hora tras hora subiendo y bajando con inmensas olas, a menudo empapado hasta los huesos, y ni siquiera han hecho un intento de prepararnos una verdadera comida. No hace falta decir que no tenemos radio, ni siquiera un cohete, así que no hay ninguna posibilidad de hacer señales para que vengan a ayudarnos. Todo esto prueba lo que les he dicho todo el tiempo. Que es una locura echarse a navegar en un botecito apolillado como éste. Sería bastante malo aun estando con gente decente, en vez de demonios con forma humana. Caspian y Edmundo son muy crueles conmigo. La noche que perdimos nuestro mástil (ahora sólo queda un pedazo de palo) me obligaron a salir a cubierta y a trabajar como un esclavo, a pesar de que no me sentía nada de bien. Lucía metió su cuchara diciendo que Rípichip estaba ansioso por ayudar, pero que era demasiado pequeño. Me pregunto si no se dará cuenta de que todo lo que hace esa pequeña bestia es por lucirse. Incluso a su edad ella podría tener un poco de sentido común. Hoy día, por fin este maldito bote está tranquilo y ha salido el sol, y todos hemos estado horas y horas discutiendo sobre lo que haremos. Tenemos suficiente comida para dieciséis días, aunque puras porquerías. (El agua barrió por la borda todas las aves de corral. Aunque no lo hubiese hecho, la tormenta les habría impedido poner huevos). El verdadero problema es el agua. Parece que dos de los barriles tienen agujeros y perdieron toda el agua (nuevamente la eficiencia narniana). Con pequeñas raciones de medio litro al día, tendremos lo necesario para doce días (aún queda un montón de ron y de vino, pero incluso ellos se dan cuenta de que eso los haría tener más sed).
“Si pudiésemos, por supuesto, lo sensato sería dar la vuelta hacia el oeste y regresar a las Islas Desiertas. Pero nos ha tomado dieciocho días llegar hasta donde estamos, corriendo como locos con un vendaval a nuestras espaldas. Aunque agarráramos viento este, nos demoraríamos mucho más en volver. Por el momento no hay ninguna señal de viento este (de hecho, no hay viento de ningún tipo). Tampoco se puede pensar en remar, porque tomaría mucho más tiempo y, además, Caspian

dice que los hombres no pueden remar con apenas medio litro de agua al día. Yo estoy convencido de que está equivocado. Le traté de explicar que el sudor calma a las personas, y que los hombres necesitarían menos agua si estuvieran trabajando, pero no se dio por aludido como lo hace siempre que no se le ocurre alguna respuesta. Todos los demás votaron por continuar, con la esperanza de encontrar tierra. Me sentí en el deber de advertirles que ninguno de nosotros sabía si *había* tierra más adelante, y traté de hacerles ver los peligros de las ilusiones exageradas. En vez de idear un plan mejor, tuvieron la desfachatez de preguntarme qué proponía yo. Así es que me limité a explicarles fría y tranquilamente que yo había sido raptado y llevado a este estúpido viaje sin mi consentimiento, y que no era asunto mío sacarlos a ellos de su aprieto''.

“4 de septiembre
“Todavía todo en calma. Muy pocas raciones para la comida y a mí es al que menos le dan. Caspian es muy hábil para servirse y piensa que no me doy cuenta. Por alguna razón Lucía me quiso compensar esto ofreciéndome parte de su ración, pero ese pedante metete de Edmundo no la dejó. Sol bastante caluroso. Terriblemente sediento toda la tarde”.

“5 de septiembre
“Aún en calma y con mucho calor. Me he sentido fatal todo el día y estoy seguro de que tengo fiebre. Claro que no tienen un termómetro a bordo”.

“6 de septiembre
“Un día horrible. Desperté en la noche, *sabiendo* que estaba afiebrado y que *necesitaba* un trago de agua. Cualquier doctor lo habría dicho. Dios sabe que yo sería la última persona en tratar de sacar una ventaja desleal, pero jamás *imaginé* que este racionamiento de agua se aplicaría a un enfermo. En realidad, yo podría haber despertado a los otros y haberles pedido un poco, pero pensé que sería un egoísmo despertarlos. Así es que me levanté, tomé mi taza y salí en puntillas del Agujero Negro donde dormimos, teniendo mucho cuidado de no molestar a Caspian ni a Edmundo, puesto que habían estado durmiendo mal desde que comenzaron el calor y la escasez de agua. Siempre trato de ser considerado con los demás, me sean o no simpáticos. Salí muy bien y entré en la pieza grande, si es que se le puede llamar pieza, donde

están las bancas de los remeros y el equipaje. El asunto del agua está allí. Todo iba maravillosamente bien, pero antes de que pudiera sacar una taza llena de agua, me tuvo que atrapar Rip, *ese pequeño espía.* Traté de explicarle que me iba a cubierta para tomar un poco de aire (él no tenía nada que ver con el problema del agua), pero me preguntó por qué andaba con una taza. Metió tanta bulla que despertó a todo el barco. Me trataron en forma escandalosa. Pregunté, como creo que cualquiera hubiera hecho, por qué Rípichip andaba con tanto sigilo entre los barriles de agua a medianoche. Dijo que como era muy pequeño para ayudar en cubierta, todas las noches vigilaba el agua para que otro hombre pudiera ir a dormir. Y ahora la asquerosa injusticia: ¡Todos le creyeron! ¿No es el colmo?

"Tuve que disculparme, porque si no esa peligrosa bestia me habría perseguido con su espada. Y luego Caspian se mostró tal cual es, un tirano cruel, y dijo en voz alta para que todos oyeran que si descubría a alguien *robando* agua en el futuro, le daría *dos docenas.* No entendía lo que quiso decir hasta que Edmundo me lo explicó. Aparece en la clase de libros que leen esos niños Pevensie.

"Después de esta cobarde amenaza, Caspian cambió el tono y comenzó a hablar con aire protector. Dijo que lo sentía por mí, pero que todo el mundo estaba tan afiebrado como yo, y que debíamos tratar de sacar el mejor partido de esto, etc. Odioso mojigato presumido. Me quedé todo el día en cama".

"7 de septiembre

"Un poquito de viento hoy día, pero siempre del oeste. Hicimos unas pocas millas hacia el este, con parte de la vela puesta en lo que Drinian llama bandola. Esto quiere decir el bauprés en posición vertical y atado (ellos lo llaman amarrado) al pedazo que quedaba del verdadero mástil. Todavía con una sed tremenda".

"8 de septiembre

"Seguimos navegando rumbo al este. Paso en mi litera todo el día y no veo a nadie, salvo a Lucía, hasta que los dos demonios vienen a acostarse. Lucía me da un poco de su ración de agua. Dice que a las niñas no les da tanta sed como a los muchachos. Yo siempre he pensado lo mismo, pero esto debería saberse más en el mar".

"9 de septiembre

"Tierra a la vista. Una montaña muy alta allá lejos, al

sureste”.

“10 de septiembre
“La montaña se ve más alta y más claramente, pero siempre bastante lejos. Gaviotas otra vez, hoy por primera vez desde hace no sé cuánto tiempo”.

“11 de septiembre
“Pescaron algunos peces y los sirvieron a la comida. Alrededor de las 7 p.m. dejaron caer el ancla a tres brazas de agua en una bahía de esta isla montañosa. El imbécil de Caspian no nos dejó bajar a tierra, porque estaba oscureciendo, y temía que hubiese nativos y animales salvajes. Ración extra de agua esta noche”.

Lo que les esperaba en esta isla iba a afectar a Eustaquio más que a ningún otro, pero no puedo contárselos con sus propias palabras, porque a partir del 11 de septiembre olvidó escribir su diario por un buen tiempo.

Al llegar la mañana, con un cielo bajo y gris, pero con mucho calor, los aventureros se encontraron en una bahía rodeada por tales acantilados y despeñaderos, que parecía un fiordo noruego. Frente a ellos, en la punta de la bahía, había un espacio de tierra cubierta totalmente con árboles que parecían cedros, a través de los cuales corría un rápido riachuelo. Más allá había una cuesta muy escarpada, que terminaba en una dentada cordillera y, más atrás, una vaga oscuridad de montañas que se elevaban en medio de descoloridas nubes que hacían imposible divisar sus cumbres. Los acantilados más cercanos, a cada lado de la bahía, estaban veteados aquí y allá por líneas blancas, y todo el mundo se dio cuenta de que eran cascadas, aunque a esa distancia no parecían tener movimiento ni hacían ruido alguno. En verdad, todo el lugar estaba muy silencioso y el agua de la bahía se veía tan lisa como un cristal, y reflejaba hasta el más mínimo detalle de los acantilados. Tal escena habría sido hermosa en un cuadro, pero en la vida real era un tanto agobiadora. No era un país acogedor para los visitantes.

La tripulación bajó a tierra en dos barcadas; todos bebieron y se lavaron alegremente en el río, comieron y descansaron un poco. Luego Caspian envió a cuatro hombres de regreso para que cuidaran el barco y comenzó el trabajo del día. Había que hacerlo todo: bajar los barriles a tierra, arreglar los que estaban en mal estado, si era posible, y llenarlos todos; debían buscar un árbol, de preferencia un pino si conseguían uno, para cortarlo y fabricar un nuevo mástil; reparar las velas; organizar una cacería para matar cualquier presa que ofreciera aquella tierra; había que lavar y remendar la ropa, y reparar un sinnúmero de destrozos producidos a bordo. Porque en el propio *Explorador del Amanecer* —más evidente ahora que lo veían a la distancia— apenas se podía reconocer ese barco elegante que zarpó de Cielo Angosto. Parecía un armatoste estropeado y descolorido, que

cualquiera habría podido tomar por un barco naufragado. Y sus oficiales y tripulantes no estaban mucho mejor: flacos, pálidos, con los ojos rojos por la falta de sueño y vestidos con harapos.

Cuando Eustaquio, tendido bajo un árbol, escuchó discutir todos estos planes, se le fue el alma a los pies. ¿Es que no habría descanso? Parecía que el primer día en esa anhelada tierra sería de trabajo tan pesado como un día en el mar. Pero entonces se le ocurrió una estupenda idea. Nadie lo miraba, todos hablaban hasta por los codos sobre su barco, como si realmente les gustara esa porquería. ¿Por qué no desaparecer simplemente?

Podría dar un paseo hacia el interior de la isla, encontrar un lugar fresco con buen aire arriba en las montañas, dormir una larga siesta, y no reunirse con los demás hasta que la jornada de trabajo hubiese terminado. Pensó que esto le haría muy bien. Pero tendría buen cuidado de no perder de vista la bahía y el barco para estar seguro del camino de vuelta. No le gustaría que lo dejaran olvidado en ese lugar.

Puso su plan en acción de inmediato. Silenciosamente se levantó del suelo y se alejó caminando entre los árboles. Se preocupó de ir lentamente, como sin rumbo, de modo que si alguien lo veía, podía pensar que sólo estaba estirando las piernas. Se sorprendió al ver lo rápido que disminuía el murmullo de la conversación tras él, lo silencioso y tibio que se volvía el bosque y del tono verde oscuro que tomaba. Pronto se dio cuenta de que podía aventurarse a paso más rápido y decidido.

Este tranco pronto lo llevó fuera del bosque. El terreno comenzó a subir empinadamente frente a él. El pasto estaba seco y resbaloso, pero podría arreglárselas si usaba las manos además de los pies, y aunque jadeaba y tenía que secarse a cada rato la frente, siguió sin parar. Esto demostró, dicho sea de paso, que aunque él no lo sospechase su nueva vida ya le había hecho bien; el Eustaquio de antes, el Eustaquio de Haroldo y Alberta, habría renunciado a escalar al cabo de unos diez minutos.

Lentamente y parándose de vez en cuando a descansar, llegó a la cumbre. Esperaba desde ahí tener vista hacia el centro de la isla, pero las nubes habían bajado aún más, acercándose mucho, y un mar de niebla se arrastraba en dirección a él. Se sentó y miró hacia atrás. Estaba tan alto que la bahía se veía muy pequeña a sus pies, y alcanzaba a ver muchas millas de mar. En eso la niebla que venía de las montañas se cerró a su alrededor, espesa pero no fría; Eustaquio se tendió y se dio vuelta para todos lados buscando la posición más cómoda para pasarlo bien. Pero no lo pasó bien, al menos no por mucho rato. Comenzó, casi por primera vez en su vida, a sentirse solo. Esta sensación, al principio, creció en forma muy gradual. Luego empezó a preocuparse del tiempo. No se oía ni el más leve sonido. De pronto se le ocurrió que tal vez había estado tendido allí durante horas. ¡Quizás los demás se habían ido! ¡A lo mejor lo habían dejado irse a vagar a propósito,

con el fin de dejarlo abandonado! Pegó un salto, muerto de miedo, y empezó el descenso.

Al principio trató de hacerlo a toda carrera, pero resbaló en el pasto que estaba muy alto y rodó varios metros. Luego, pensando que esta caída lo había desviado mucho hacia la izquierda y que a la subida había visto precipicios en esa dirección, trepó gateando otra vez, lo más cerca posible —según recordaba— del lugar desde donde había partido y comenzó a bajar de nuevo, torciendo a la derecha. Después las cosas parecieron ir mejor. Iba muy cauteloso, pues no podía ver más allá de un metro y todo a su alrededor continuaba en absoluto silencio. Es muy desagradable tener que caminar con cautela cuando hay una voz dentro de ti diciendo todo el tiempo: “Rápido, rápido, rápido”. Cada instante que pasaba se hacía más fuerte su sensación de haber sido abandonado. Si Eustaquio hubiera entendido a Caspian y a sus primos Pevensie, habría sabido, por supuesto, que no existía ni la más remota posibilidad de que hiciesen una cosa semejante. Pero estaba convencido de que ellos eran unos demonios con forma humana.

—¡Al fin —exclamó Eustaquio, mientras se resbalaba por una cuesta llena de piedras sueltas (ellos las llamaban *guijarros)* hasta que llegó al plano —. Y ahora, ¿dónde están esos árboles? Hay algo oscuro allá adelante. Vaya, creo que la niebla se está disipando.

Y así era. La luz aumentaba cada vez más y lo hacía parpadear. La niebla se levantó, y Eustaquio se encontró en un valle absolutamente desconocido para él. No se veía el mar por ninguna parte.

VI
LAS AVENTURAS DE EUSTAQUIO

En ese preciso momento los demás se estaban lavando la cara y las manos en el río y se preparaban para comer y, luego, descansar. Los tres mejores arqueros habían subido a los cerros al norte de la bahía, y habían vuelto cargados con un par de cabras salvajes, que ahora se asaban en el fuego. Caspian hizo traer a tierra un barril de vino, un vino fuerte de Arquenlandia, que tuvo que ser mezclado con agua para que hubiera bastante para todos. Hasta el momento el trabajo anduvo bien, así es que la comida fue muy alegre. Sólo después de una segunda porción de carne de cabra, Edmundo preguntó:

—¿Dónde está ese sinvergüenza de Eustaquio?

Entretanto Eustaquio miraba con los ojos muy abiertos aquel valle desconocido. Era tan angosto y profundo, y los precipicios que lo rodeaban tan escarpados, que parecía un gran pozo o una zanja. El suelo estaba cubierto de hierba, aunque lleno de rocas y, por todas partes, se veían manchas negras calcinadas, semejantes a las que ves a los lados de la línea del tren en un verano seco. A unos quince metros del lugar donde se encontraba Eustaquio, había una poza de agua clara y tranquila. En un principio no había nada más en el valle; ni animales, ni pájaros, ni insectos. El sol caía a plomo y los lúgubres picachos de las montañas se asomaban al borde del valle.

Por supuesto, Eustaquio se dio cuenta de que en la niebla había bajado por el lado contrario del cerro, así que se dio vuelta de inmediato para ver el modo de volver atrás. Pero en cuanto miró, sintió un escalofrío. Aparentemente, con una suerte asombrosa, había encontrado el único camino posible para bajar: una franja de tierra larga y verde, terriblemente empinada y angosta, con precipicios a ambos lados. No había forma de regresar. Pero ahora que había visto de qué se trataba, ¿sería capaz de hacerlo? A la sola idea, la cabeza le daba vueltas.

Eustaquio se volvió nuevamente, pensando que, en todo caso, sería mejor que primero tomara bastante agua de la poza. Pero apenas giró y antes de que diera un paso en dirección al valle, oyó un ruido tras él. Era sólo un ruido insignificante, pero resonó muy fuerte en medio de aquel inmenso silencio y lo dejó paralizado de miedo por unos segundos; luego giró la cabeza y miró.

Al fondo del acantilado, un poco a la izquierda de Eustaquio, había un agujero bajo y oscuro, tal vez la entrada a una cueva, del cual salían dos delgadas columnas de humo. Las piedras sueltas justo bajo el agujero se movían (este fue el ruido que él escuchó) como si detrás de ellas algo se arrastrase en la oscuridad.

Algo se arrastraba. Peor aún, algo salía del agujero. Edmundo o Lucía o ustedes lo habrían reconocido de inmediato, pero Eustaquio no había leído ninguno de los libros que hay que leer. Lo que salió de la cueva era algo que jamás se había imaginado siquiera: un largo hocico color plomo, ojos inexpresivos de color rojo, un gran cuerpo ágil sin plumas ni pelo, que se arrastraba por el suelo; patas cuyos codos subían por encima de la espalda como las patas de una araña; crueles garras, alas de murciélago que hacían un sonido chirriante sobre las piedras, y metros de cola. Y las dos hileras de humo salían de sus narices. Eustaquio jamás había pronunciado la palabra *dragón.* Y si lo hubiera hecho, tampoco eso hubiese mejorado las cosas.

Pero si hubiera sabido algo sobre los dragones, tal vez se habría sorprendido un poco ante la conducta de este dragón. No se enderezó ni batió sus alas, tampoco lanzó un chorro de fuego por la boca. El humo que salía por sus narices era semejante al humo que sale de un fuego que está a punto de apagarse. Tampoco parecía haber visto a Eustaquio. Se movía muy lentamente hacia la poza, lentamente y haciendo muchas pausas. A pesar de su miedo, Eustaquio se dio cuenta de que aquella era una criatura vieja y triste. Se preguntó si se atrevería a correr hacia la cuesta, pero seguramente el dragón volvería la cabeza si oyese algún ruido. Esto podría despabilarlo un poco más. Tal vez estaba sólo fingiendo. De todas maneras, ¿de qué serviría tratar de escapar trepando un cerro, de una criatura que puede volar?

El dragón llegó a la poza y deslizó sobre los cascajos su horrible y escamoso mentón para tomar agua, pero antes de que hubiese tomado nada, emitió un gruñido o graznido fuerte y metálico y, después de algunas contracciones y convulsiones, rodó cayendo de costado y quedó absolutamente inmóvil con una garra en el aire. Un poco de sangre oscura brotó de su hocico abierto. El humo que salía de sus narices se puso negro por un momento y luego se fue esfumando. No salió nada más.

Pasó un largo rato antes de que Eustaquio se atreviera a moverse. Tal vez este fuera un truco de la bestia, un modo de atraer a los viajeros a su muerte. Pero nadie puede esperar para siempre. Dio un paso acercándose, luego dos, y se detuvo nuevamente. El dragón seguía inmóvil; también se dio cuenta de que el fuego rojo había desaparecido de sus ojos. Finalmente, llegó a su lado. Ahora se sentía muy seguro de que el dragón estaba muerto. Con gran escalofrío, lo tocó; no pasó nada.

Eustaquio sintió un alivio tan grande, que casi soltó una carcajada. Empezó a sentirse como si hubiese luchado con el dragón y le hubiese dado muerte, en vez de, simplemente, haberlo visto morir. Pasó por encima del animal y se acercó a la poza para tomar agua, pues el calor se hacía insoportable. No se sorprendió al oír el estruendo de un trueno. Casi de inmediato desapareció el sol y, antes de que terminara de tomar agua, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

El clima de esta isla era muy desagradable. En menos de un minuto Eustaquio quedó mojado hasta los huesos, y medio cegado con una lluvia que jamás se ve en Europa. No valía la pena tratar de salir del valle mientras no parara de llover. Corrió a toda carrera al único refugio cercano: la cueva del dragón. Allí se tendió en el suelo y trató de recuperar el aliento.

La mayoría de nosotros sabe qué podemos encontrar en la guarida de un dragón, pero, como ya dije antes, Eustaquio había leído sólo los libros inadecuados en los que se hablaba mucho de exportaciones e importaciones, gobiernos y pérdidas financieras, pero eran muy deficientes en materia de dragones. Es por eso que estaba muy desconcertado con respecto a la superficie en la que descansaba. Había algunas cosas que eran demasiado espinosas para ser piedras y demasiado duras para ser espinas, y parecía haber una gran cantidad de cosas redondas y planas que tintineaban cuando él se movía. Por la boca de la cueva entraba luz suficiente para examinar lo que allí había. Eustaquio encontró lo que cualquiera de nosotros le podría haber dicho de antemano: un tesoro. Había coronas (esas eran las cosas espinudas), monedas, anillos, pulseras, lingotes, copas, platos y piedras preciosas.

Eustaquio, al revés de la mayoría de los niños, nunca había pensado mucho en tesoros, pero vio de inmediato lo útil que serían en este nuevo mundo al que había llegado sin querer en forma tan tonta, a través de un cuadro del dormitorio de Lucía.

“Aquí no existen los impuestos”, se dijo, “y no tienes que darle el tesoro al gobierno. Con unas pocas cosas de éstas podría pasarlo bastante bien aquí, tal vez en Calormania. Esto parece ser lo menos falso de estas tierras. ¿Cuánto seré capaz de llevar? Veamos... esta pulsera (probablemente estas cosas que tiene sean brillantes), me la pondré disimuladamente en la muñeca. Es demasiado grande, pero no si me la corro para acá, arriba del codo. Ahora me lleno los bolsillos con diamantes (es más fácil que el oro). ¿Cuándo irá a aflojar esta maldita lluvia?”

Eustaquio se puso en un lugar menos incómodo en el montón de joyas, donde había casi puras monedas, y se instaló a esperar. Pero un buen susto, cuando ya ha pasado, especialmente un buen susto después de una caminata por las montañas, te deja agotado. Eustaquio se quedó dormido.

Mientras él dormía profundamente y roncaba, los otros habían terminado de comer y estaban sumamente alarmados por él.

—¡Eustaquio, Eustaquio! ¡Oye! —gritaron hasta quedar roncos. Caspian hizo sonar su cuerno.

—No está por aquí cerca, o ya nos habría oído —dijo Lucía muy pálida.

—¡Maldito sea! —exclamó Edmundo—. ¿Por qué diablos querría escabullirse de esta manera?

—Pero tenemos que hacer algo —dijo Lucía—. Puede haberse perdido, o caído a un hoyo, o quizás fue capturado por los salvajes.

—O lo mató algún animal salvaje —dijo Drinian.

—Y un buen alivio si así fuese, ya lo creo —murmuró Rins.

—Capitán Rins —dijo Rípichip—, jamás dijiste algo que te siente menos. La criatura no es amiga mía, pero tiene la misma sangre de la reina y, mientras sea uno de los nuestros, es asunto de honor encontrarlo, y vengarlo si es que está muerto.

—Por supuesto que tenemos que encontrarlo, si podemos —dijo Caspian, en tono cansado—. Esa es la lata del asunto. Significa una cuadrilla de búsqueda y problemas sin fin. ¡Que molestia este Eustaquio!

Entretanto, Eustaquio dormía y dormía. Lo despertó un dolor en un brazo. La luna brillaba a la entrada de la boca de la cueva y la cama de joyas parecía haberse vuelto mucho más cómoda. De hecho, Eustaquio apenas la notaba. En un principio se sintió intrigado por el dolor de su brazo, pero pronto pensó que era la pulsera que él había subido hasta el codo, que ahora le apretaba en una forma extraña. Seguramente se le había hinchado el brazo mientras dormía (era su brazo izquierdo).

Movió su brazo derecho para tocarse el izquierdo, pero se detuvo antes de moverlo unos milímetros, y se mordió los labios aterrado. Porque justo frente a él, un poco a la derecha, donde el reflejo de la luna iluminaba claramente el suelo de la cueva, vio una silueta monstruosa que se movía. Reconoció esa forma: era la garra de un dragón. Se había movido cuando él movió la mano, y se quedó quieta, cuando dejó de moverla.

“¡Qué tonto he sido!”, pensó Eustaquio, “por supuesto que la bestia tenía su pareja, que ahora está echada a mi lado”.

Por un buen rato no se atrevió a mover ni un músculo. Ante sus ojos subían dos delgadas columnas de humo, negras al reflejo de la luna, como el humo que salía de las narices del otro dragón antes de morir. Todo era tan alarmante que Eustaquio contuvo la respiración. Las columnas de humo desaparecieron. Cuando no pudo contenerla más, la fue soltando con gran cautela; y de inmediato reaparecieron los dos chorros de humo. Pero aun entonces, Eustaquio no sospechaba la verdad.

Luego decidió que avanzaría con mucho cuidado hacia su izquierda y

trataría de salir silenciosamente de la cueva. A lo mejor la criatura estaba dormida y de todos modos esa era su única oportunidad. Claro que antes de moverse hacia la izquierda miró hacia ese lado y, ¡qué horror!, allí también había una garra de dragón.

Nadie reprocharía a Eustaquio que en ese momento rompiera en lágrimas. Se sorprendió del tamaño de sus propias lágrimas al verlas salpicar el tesoro frente a él. Además eran extrañamente calientes y despedían vapor.

Pero no se sacaba nada con llorar. Debía arrastrarse y salir de entremedio de los dos dragones. Comenzó por estirar su brazo derecho. La pata y garra delantera del dragón hicieron exactamente el mismo movimiento a su derecha. Entonces pensó que debería ensayar por el otro lado. La pata izquierda del dragón también se movió.

¡Dos dragones, uno a cada lado, imitando todo lo que él hacía! Sus nervios no resistieron más y simplemente se escapó.

Hubo tal estrépito, chirridos, tintineo de oro y rechinar de piedras cuando corrió fuera de la cueva, que Eustaquio pensó que los dos dragones lo perseguían. No tuvo valor para mirar hacia atrás. Se abalanzó hacia la poza. La retorcida figura del dragón muerto, que yacía bajo la luz de la luna, habría bastado para aterrorizar a cualquiera, pero en ese instante Eustaquio ni lo advirtió. Su idea era lanzarse al agua. Pero al llegar a la orilla de la poza ocurrieron dos cosas. Primero que nada, de súbito se dio cuenta de que había estado corriendo en cuatro patas. ¿Por qué diablos lo había hecho? En segundo lugar, al inclinarse sobre el agua, por un segundo pensó que otro dragón lo estaba mirando fuera de la poza. Pero en el acto comprendió la realidad. La cara de dragón que se reflejaba en el agua era su propia imagen. No había ninguna duda. Se movía cuando él se movía; abría y cerraba la boca, cuando él abría y cerraba la suya.

Eustaquio se había transformado en un dragón mientras dormía. Por dormir sobre el tesoro de un dragón y por tener pensamientos codiciosos como los de un dragón en el corazón, se había vuelto él mismo un dragón.

Esto lo explicaba todo. No hubo dos dragones a su lado en la cueva. Las garras que veía a su derecha e izquierda eran sus propias garras derecha e izquierda. Las dos columnas de humo salían de sus propias narices. En cuanto al dolor que sentía en su brazo izquierdo (o lo que fue su brazo izquierdo), ahora comprendía lo que había sucedido, al mirar de reojo con su ojo izquierdo. La pulsera que se había ajustado perfectamente a la parte superior del brazo de un niño, era lejos demasiado pequeña para la pata ancha y rechoncha de un dragón. Se había clavado profundamente en su carne escamosa, dejando a cada lado una punzante hinchazón. Eustaquio se hirió con sus dientes de dragón, pero no pudo sacarla.

A pesar del dolor, su primer sentimiento fue de alivio. Ya no había nada que temer. Ahora él mismo era un terror y nada en el mundo, salvo un caballero (y no cualquiera), se atrevería a atacarlo. Ahora podría vérselas hasta con Caspian y Edmundo...

Pero, al momento de pensarlo, se dio cuenta de que eso no le interesaba. Ahora quería ser su amigo. Quería volver donde estaban los humanos y conversar, y reír, y compartir cosas con ellos. Se daba cuenta de que era un monstruo separado de toda la raza humana. Lo invadió una espantosa soledad. Empezó a comprender que los otros no eran en absoluto unos demonios. Se preguntó si realmente él era la persona agradable que creía ser. Anheló oír sus voces, y habría estado profundamente agradecido de recibir una palabra cariñosa, aunque fuera de Rípichip. Al pensar en esto, el pobre dragón, que había sido Eustaquio, alzó la voz y lloró. Debe ser algo difícil de imaginar ver y escuchar a un poderoso dragón que llora a lágrima viva a la luz de la luna en un valle desierto.

Finalmente, Eustaquio decidió que trataría de encontrar el camino para volver a la playa. Ahora comprendía que Caspian jamás habría zarpado dejándolo atrás. Y estaba seguro de que, de algún modo, podría hacer que la gente comprendiera quién era él.

Tomó un largo trago de agua y luego (sé que esto suena horroroso, pero no lo es si lo piensan bien) se comió casi todo el dragón muerto. Ya se había comido la mitad cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo; pues, ya ven, a pesar de que su mente era la de Eustaquio, sus gustos y su digestión eran los de un dragón, y no hay nada que le guste más a un dragón que el dragón fresco. Por eso es que muy rara vez encuentras más de un dragón en un mismo país.

Luego empezó a trepar para salir del valle. Comenzó la escalada con un salto y, apenas hubo saltado, se dio cuenta de que estaba volando. Ya se había olvidado de que tenía alas, así es que se llevó una gran sorpresa, la primera sorpresa agradable que había tenido después de mucho tiempo. Luego se elevó muy alto en el aire y, a la luz de la luna, vio las cumbres de innumerables montañas que se extendían allá abajo. Podía ver la bahía, semejante a una losa de plata, y el *Explorador del Amanecer,* anclado allí, y las fogatas del campamento que centelleaban en los bosques junto a la playa. Desde gran altura se lanzó hacia ellos en un simple planeo.

Lucía dormía profundamente, pues se quedó en pie hasta el regreso de la cuadrilla de búsqueda, esperando oír buenas noticias sobre Eustaquio. El grupo, que era dirigido por Caspian, volvió tarde y muy cansado. Sus noticias eran inquietantes. No habían encontrado ningún rastro de Eustaquio, pero habían visto un dragón muerto en un valle. Trataron de ver el lado positivo del asunto y unos a otros se aseguraban que lo más probable era que no hubiera más dragones por los alrededores, y que aquel que había muerto cerca de las

tres esa tarde (a esa hora lo encontraron), difícilmente podría haber estado matando gente unas pocas horas antes.

—A menos que se haya comido a ese chiquillo malcriado y haya muerto de indigestión: ese mocoso envenenaría cualquier cosa —dijo Rins, pero tan despacio que nadie lo oyó.

Ya tarde en la noche, Lucía se despertó, muy suavemente, y vio a todos reunidos, muy juntos y hablando en susurros.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Debemos tener mucha fortaleza —decía Caspian—. Un dragón acaba de sobrevolar las copas de los árboles y ha aterrizado en la playa. Sí, me temo que está entre nosotros y el barco. Las flechas no sirven de nada contra los dragones, y ellos no le temen en lo más mínimo al fuego.

—Con el permiso de su Majestad... —comenzó Rípichip.

—No, Rípichip —dijo firmemente el Rey—. No vas a intentar un combate singular con él. Y a menos que me prometas que me vas a obedecer en este asunto, te haré amarrar. Sólo debemos estar muy vigilantes y, apenas amanezca, bajar a la playa y librar la batalla. Yo los guiaré. El rey Edmundo estará a mi derecha y lord Drinian a mi izquierda. No hay otras medidas que tomar. En un par de horas será de día. Que se sirva la comida en una hora más y también lo que queda de vino; y que todo se haga en silencio.

—Tal vez se vaya —dijo Lucía.

—Será peor si lo hace —dijo Edmundo—, porque entonces no sabremos dónde está. Si hay una avispa en la pieza, me gustaría poder verla.

El resto de la noche fue horrible y cuando la comida estuvo servida, a pesar de saber que debían comer, muchos sintieron que no tenían hambre. Pareció que pasaban horas interminables antes de que se disipara la oscuridad y los pájaros empezaran a trinar por aquí y por allá, y la tierra se puso más fría y húmeda de lo que había estado en la noche. Entonces Caspian gritó:

—¡Ahora, amigos!

Se levantaron, todos con sus espadas desenvainadas, y se formaron en un sólido grupo, con Lucía al centro y Rípichip en su hombro. Esto era mejor que la espera, y cada uno de ellos sentía más cariño hacia los demás que en tiempos normales. Un instante después, todos marchaban. A medida que se acercaban al extremo del bosque, aumentaba la claridad. Y allí, tendido en la arena, como una lagartija gigante, o un flexible cocodrilo o una serpiente

con patas, inmenso, horrible y jorobado, estaba el dragón. Pero al verlos, en vez de levantarse echando fuego y humo, retrocedió; casi se puede decir se fue tambaleando hasta los bajos de la bahía.

—¿Por qué menea así la cabeza? —preguntó Edmundo.

—Y ahora está saludando con la cabeza —dijo Caspian.

—Y algo sale de sus ojos —añadió Drinian.

—Pero ¿no se dan cuenta? —dijo Lucía—. Está llorando. Esas son lágrimas.

—Yo no confiaría mucho, señora —advirtió Drinian—. Es lo que hacen los cocodrilos para pillarnos desprevenidos.

—Movió la cabeza cuando dijiste eso —apuntó Edmundo—, como si quisiera decir “no”. Miren, otra vez.

—¿Crees que entiende lo que estamos diciendo? —preguntó Lucía.

El dragón movió su cabeza con vehemencia. Rípichip se dejó caer del hombro de Lucía y dio unos pasos hacia adelante.

—Dragón —dijo con su voz chillona—. ¿Puedes entender nuestras palabras?

El dragón asintió con su cabeza.

—¿Puedes hablar? Sacudió la cabeza.

—Entonces —dijo Rípichip—, sería inútil preguntarte qué te pasa. Pero si estás dispuesto a jurarnos tu amistad, levanta tu pata delantera izquierda sobre tu cabeza.

Así lo hizo el dragón, pero en forma torpe, porque esa era la pata adolorida e hinchada por la pulsera de oro.

—¡Oh, miren! —exclamó Lucía—. Algo le pasa en esa pata. Pobre animal, a lo mejor por eso lloraba. Quizás vino a nosotros para que lo curásemos, como en Androcles y el León.

—Ten cuidado, Lucía —dijo Caspian—. Es un dragón muy inteligente, pero puede que sea un mentiroso.

Pero ya Lucía iba corriendo hacia adelante, seguida por Rípichip, que corría tan rápido como se lo permitían sus cortas patas, y detrás, por

supuesto, fueron los niños y Drinian.

—Muéstrame tu pobre pata —dijo Lucía—. Tal vez yo pueda curarla.

El dragón que-había-sido-Eustaquio le tendió muy contento su pata adolorida, recordando que el cordial de Lucía lo había sanado del mareo antes de que se convirtiera en un dragón. Pero tuvo una desilusión. El líquido mágico redujo la hinchazón y calmó un poco el dolor, pero no pudo disolver el oro.

Estaban todos apiñados a su alrededor para observar la operación. De pronto, Caspian exclamó:

—¡Miren!

Tenía los ojos clavados en la pulsera.

VII
COMO FINALIZO LA AVENTURA

—¿Mirar qué? —preguntó Edmundo.

—Miren el emblema en la pulsera de oro —dijo Caspian.

—Un pequeño martillo y sobre él un diamante con forma de estrella —dijo Drinian—. ¡Pero si lo he visto antes!

—¡Haberlo visto! —exclamó Caspian—. Claro que lo has visto. Es el símbolo de una gran casa narniana, es el brazalete de lord Octesiano.

—¡Villano! —gritó Rípichip al dragón—. ¿Te has devorado a un lord narniano?

Pero el dragón sacudió violentamente la cabeza.

—O tal vez —dijo Lucía—, él *es* lord Octesiano transformado en dragón por obra de algún encantamiento, ¿no creen? —Ninguna de las dos cosas —dijo Edmundo—. Todos los dragones coleccionan oro. Pero creo que podemos suponer que lord Octesiano no pasó más allá de esta isla. —¿Eres lord Octesiano? —preguntó Lucía al dragón. Y luego, cuando el dragón sacudió tristemente su cabeza, Lucía preguntó: —¿Eres alguien que está encantado? Un ser humano, quiero decir. Y el dragón asintió con su cabeza violentamente. Entonces alguien preguntó (la gente discutiría después si fue Lucía o Edmundo): —¿No serás..., no serás Eustaquio por casualidad?

Y Eustaquio movió su terrible cabeza de dragón, batió con fuerza su cola en el mar, y todos dieron un brinco hacia atrás (algunos marineros lanzaron exclamaciones que no transcribiré) huyendo de las inmensas y quemantes lágrimas que salían de sus ojos.

Lucía trató por todos los medios de consolarlo; incluso se armó de valor y besó su cara escamosa, y casi todos dijeron “¡qué mala suerte!”, y varios aseguraron a Eustaquio que estaban dispuestos a ayudarlo, y muchos dijeron que seguramente habría alguna manera de romper el encantamiento y que lo tendrían perfectamente bien en un par de días. Y, por supuesto, estaban muy ansiosos de escuchar su historia, pero Eustaquio no podía hablar. Más de una vez, en los días siguientes, trató de escribir su aventura en la arena, pero nunca le resultó. En primer lugar, Eustaquio (por no haber leído nunca un buen libro) no tenía ni la menor idea de cómo contar una historia en forma clara; y, por otro lado, los nervios y músculos de la garra de dragón que tenía que usar nunca habían aprendido a escribir, ni tampoco estaban hechos para hacerlo. Como resultado, jamás alcanzó a terminar antes de que subiera la marea y borrara todo lo escrito, salvo los trozos que él ya había pisado o

barrido accidentalmente con su cola. Y todo lo que pudieron ver los demás fue algo así (los puntos corresponden a las partes que Eustaquio había emborronado):

"Fui a dorm... cva aev quiero decir cueva del dragón, porque estaba muerto y... ovia tan fuer... desperté y pu... sacarrr mi brazo... ¡Ah, diablos!..."

Fue claro para todos, sin embargo, que el carácter de Eustaquio había mejorado muchísimo al transformarse en dragón. Estaba ansioso por ayudar. Sobrevoló toda la isla y se encontró con que era sumamente montañosa y que estaba habitada solamente por cabras salvajes y manadas de jabalíes, de los cuales cazó una gran cantidad que trajo para reabastecer el barco. Pero era un cazador muy humano, pues podía matar a una bestia con un solo golpe de su cola, de manera que ésta no sabía (y probablemente todavía no sabe) que la habían matado. El se comía unos cuantos animales, claro está, pero siempre solo, ya que, ahora que era un dragón, le gustaba la comida cruda y no podía soportar que lo vieran comiendo algo tan cochino. Y un día, volando lentamente y muy cansado pero triunfante, llevó hasta el campamento un enorme pino que había arrancado de raíz en un valle lejano, que podía servir para fabricar un magnífico mástil. Y en las tardes, si hacía frío, como a veces ocurría después de grandes lluvias, Eustaquio era un bienestar para todos, ya que toda la compañía venía a sentarse apoyando sus espaldas contra las ijadas calientes del dragón, y allí se olvidaban del frío y se secaban; un simple resoplido de su ardiente aliento era capaz de encender la fogata más rebelde. Algunas veces llevaba a un grupo escogido a volar sobre su espalda, para que pudieran ver, dando vueltas debajo de ellos, las verdes laderas, las alturas rocosas, los angostos valles que parecían zanjas y, más allá del mar, hacia el este, un punto azul muy oscuro en el horizonte, que podía ser tierra.

El placer (bastante nuevo para él) de agradar a los demás y, más aún, de que a él le agradaran los demás, era lo que libraba a Eustaquio de la desesperación, ya que ser dragón era muy deprimente. Cada vez que volaba sobre un lago en la montaña y veía reflejarse su figura, sentía un escalofrío. Odiaba las inmensas alas de murciélago, la cordillera de borde dentado sobre el lomo y sus crueles garras curvadas. Casi le daba miedo estar solo, pero sentía vergüenza de estar con los demás. En las tardes que no lo usaban como botella de agua caliente, se escabullía del campamento y se quedaba hecho un ovillo, como una culebra, entre el bosque y el mar. En tales ocasiones, para gran sorpresa suya, Rípichip era su consuelo más frecuente. El noble Ratón se alejaba muy despacio del alegre círculo que había en torno al fuego y se sentaba junto a la cabeza del dragón, a barlovento, para quedar fuera del alcance de su humeante aliento. Ahí explicaba a Eustaquio que lo que le había ocurrido era una demostración sorprendente de las vueltas que daba la rueda de la fortuna y que si él lo tuviera en su casa de Narnia (en realidad era una cueva y no una casa, y ni la cabeza del dragón, dejando a un lado su cuerpo, habría podido meterse), le mostraría más de cien ejemplos de emperadores,

reyes, duques, caballeros, poetas, amantes, astrónomos, filósofos y magos que habían caído de la prosperidad a las circunstancias más angustiosas, de los cuales muchos se habían recuperado y habían vivido felices para siempre. Tal vez eso no era un gran consuelo en ese momento, pero la intención era tan cariñosa que Eustaquio nunca lo olvidó.

Pero claro que sobre todos se cernía como una nube el problema de lo que harían con su dragón una vez que estuvieran listos para zarpar. Trataban de no comentarlo cuando él estaba cerca, pero Eustaquio no pudo evitar oír por casualidad cosas como "¿Cabrá a lo largo de uno de los costados de cubierta? Tendríamos que trasladar todas las provisiones para abajo, hacia el otro lado, para contrapesar el barco", o "¿Qué pasa si lo remolcamos?" o "¿Será capaz de seguirnos volando?" y (más frecuente aún), "pero ¿qué haremos para alimentarlo?" El pobre Eustaquio comprendió cada vez más que desde el primer día que subió a bordo había sido una profunda molestia y que ahora era una molestia más grande todavía. Y esto corroía su mente así como aquella pulsera hería su pata. Sabía que tironear la argolla con sus grandes dientes sólo empeoraba las cosas, pero no podía evitar hacerlo, tirándola de vez en cuando, especialmente en las noches calurosas.

Una mañana, unos seis días después de desembarcar en la Isla Dragón, Edmundo se despertó por casualidad muy temprano. Estaba recién aclarando, de modo que podía ver los troncos de árboles si estaban entre él y la bahía, pero no en la otra dirección. Al despertar, Edmundo creyó oír que algo se movía; se levantó un poco, apoyándose en un codo, y miró a su alrededor. De pronto le pareció ver una figura oscura que andaba por el lado del bosque que da al mar. La idea que de inmediato cruzó por su mente fue: ¿Estamos bien seguros de que no hay nativos en esta isla después de todo? Luego pensó que podía ser Caspian (la figura era más o menos de su tamaño), pero sabía que él estaba durmiendo cerca suyo y pudo ver que no se había movido. Edmundo se aseguró de tener la espada en su lugar y se levantó a investigar.

Bajó lentamente hacia la entrada del bosque y la figura estaba aún allí. Ahora podía ver que era demasiado pequeña para ser Caspian y muy grande para ser Lucía. No se escapó. Edmundo desenvainó su espada y ya iba a desafiar al extraño cuando éste dijo en voz baja:

—¿Eres tú, Edmundo?

—Sí —contestó—. ¿Quién eres tú?

—¿No me reconoces? —preguntó el otro—. Soy yo, Eustaquio.

—¡Por Júpiter! —exclamó Edmundo—. ¡Es verdad! Mi querido amigo...

—Cállate —dijo Eustaquio, y se tambaleó como si se fuera a caer.

—Oye —dijo Edmundo, mientras lo sujetaba para que no se cayera—. ¿Qué pasa? ¿Estás enfermo?

Eustaquio permaneció tanto rato en silencio, que Edmundo pensó que se había desmayado, pero finalmente habló:

—Esto ha sido espantoso. No te puedes imaginar... Pero todo está bien ahora. ¿Podemos ir a conversar a alguna parte? No quiero encontrarme con los otros todavía.

—Sí, por supuesto, donde tú quieras —dijo Edmundo—. Podemos sentarnos en aquellas rocas. Oye, no te imaginas lo feliz que estoy de verte... eh... y de que eres tú otra vez. Me imagino que debes haber pasado momentos horribles.

Caminaron hasta las rocas y se sentaron mirando el otro lado de la bahía, mientras el cielo se volvía cada vez más pálido y desaparecían las estrellas, excepto una muy brillante, allá abajo, cerca del horizonte.

—No te contaré cómo me transformé en un..., en dragón, hasta que se lo pueda contar a todos los demás y olvidemos el asunto —dijo Eustaquio—. A propósito, yo no sabía qué *era* un dragón hasta que oí que todos ustedes usaban esa palabra cuando vine aquí la otra mañana. Quiero contarte cómo dejé de ser dragón.

—Dispara no más —dijo Edmundo.

—Bueno, anoche me sentía más desdichado que nunca y esa maldita argolla me estaba lastimando como diablo...

—¿Estás bien ahora?

Eustaquio se rió, con una risa muy diferente a la que Edmundo le oyera antes, y se sacó fácilmente la pulsera de su brazo.

—Aquí está —dijo—, y por mi parte, al que le guste que se quede con ella. Bueno, como te iba diciendo, yo estaba echado, despierto, y preguntándome qué diablos iría a ser de mí. De pronto... Pero, en realidad, puede que todo haya sido un sueño. Yo no sé.

—Sigue —dijo Edmundo con mucha paciencia. —Bueno, de todos modos, miré hacia arriba y vi lo último que habría esperado: un inmenso león se acercaba a mí lentamente. Y lo raro fue que anoche no había luna, pero había luz de luna donde estaba el león. Se me acercaba cada vez más. Yo le tenía mucho miedo. Seguramente pensarás que, siendo un dragón, fácilmente

habría podido dejar fuera de combate a cualquier león. Pero no era esa clase de miedo. No temía que me fuera a comer, simplemente le tenía miedo a *él...* ¿Me entiendes? Bien, llegó muy cerca mío y me miró fijo a los ojos. Y yo cerré los ojos, bien apretados. Pero no sirvió de nada, porque él me dijo que lo siguiera.

—¿Quieres decir que te habló? —No lo sé. Ahora que tú lo dices, no creo que lo hiciera. Pero de todas formas me lo dijo. Y yo sabía que tenía que hacer lo que me decía, así es que me puse de pie y lo seguí. Me llevó muy lejos por las montañas. Y siempre había ese claro de luna alrededor del león, dondequiera que fuera. Al final llegamos a la cumbre de una montaña que no había visto jamás, y en la cumbre de esa montaña había un jardín, árboles y frutas, y muchas cosas más. Al medio había una fuente.

"Supe que era una fuente, porque vi las burbujas de agua que subían desde el fondo, pero era mucho más grande que la mayoría de las fuentes, como un gran baño redondo, con escalinata de mármol que bajaba al fondo. El agua era tremendamente clara; pensé que si me metía adentro y me bañaba, se calmaría el dolor de mi pata. Pero el león me dijo que antes tenía que desvestirme. La verdad es que no tengo la menor idea si dijo alguna palabra en alta voz o no.

"Estaba a punto de decir que no podía desvestirme, porque no llevaba ropa, cuando me acordé de que los dragones son una especie de serpientes y que las serpientes botan la piel. ¡Oh!, claro, pensé, eso es lo que el león quiere decir. Y empecé a rascarme, y mis escamas empezaron a caer por todas partes; entonces me rasqué un poco más fuerte y, en vez de ser sólo escamas las que caían por aquí y por allá, toda mi piel comenzó a despellejarse maravillosamente, como ocurre después de una enfermedad, o como si yo fuera un plátano. En un par de minutos simplemente me salí de ella. La pude ver tirada detrás de mí, con un aspecto bastante desagradable. Fue una sensación muy deliciosa. Entonces empecé a bajar a la fuente, para darme un baño. Pero apenas iba a poner mi pie en el agua, miré hacia abajo y vi que estaba tan duro, áspero, arrugado y escamoso como antes. Está bien —me dije—. Quiere decir que tengo puesta otra vestimenta más ligera bajo la primera, y que también debo sacármela. Así es que comencé a rascarme y a desgarrar esta segunda piel, que se soltó a las mil maravillas, y salí de ella y la dejé tirada al lado de la otra y bajé al pozo para darme mi baño.

"Pero ocurrió exactamente lo mismo. Me dije: 'Ay, Dios mío, ¿cuántas pieles más tendré que sacarme?' Ansiaba bañar mi pata. Me rasqué, pues, por tercera vez, y me saqué una tercera piel tal como las dos anteriores, y salí fuera de ella. Pero apenas me vi en el agua, comprendí que no había servido de nada.

"Entonces el león me dijo, pero no sé si me habló o no: Tendrás que dejar que te desvista yo.

"No te puedo decir el miedo que me daban sus garras, pero ya estaba al borde de la desesperación; así es que simplemente me tendí de espaldas, para dejar que él me desvistiera.

"El primer desgarrón que hizo fue tan profundo, que pensé que había

ido directo a mi corazón. Y cuando empezó a arrancarme la piel, sentí el dolor más grande que he tenido en toda mi vida. Lo único que me dio valor para aguantar fue el placer de sentir cómo se despellejaba esa cosa. Tú sabes..., si alguna vez te has sacado la costra de una herida. Duele como diablo, pero es tan divertido ver como sale.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —dijo Edmundo.

—Bueno —continuó Eustaquio—, entonces el león me sacó esa maldita cosa por completo, tal como yo creía haberme arrancado las otras tres, sólo que ésas no me dolieron, y allí quedó tirada en el pasto, pero mucho más gruesa, más oscura y nudosa que las pieles anteriores. Y allí estaba yo, tan terso y suave como una varilla pelada, y más bajo que antes. Entonces el león me agarró, lo que no me gustó mucho, porque estaba muy delicado por dentro ahora que no tenía una piel encima, y me lanzó al agua. Me ardió muchísimo, pero sólo un momento. Después el agua se volvió deliciosa, y en cuanto empecé a nadar y a chapotear, me di cuenta de que el dolor de mi brazo había desaparecido. Y luego vi por qué. Había vuelto a ser un niño. Seguramente pensarás que soy un farsante si te digo lo que me parecían mis propios brazos. Yo sé que no son musculosos y que dejan bastante que desear si los comparas con los de Caspian, pero estaba tan contento de verlos... Después de un momento el león me sacó del agua y me vistió...

—¿Te vistió? ¿Con sus patas?

—Bueno, no me acuerdo muy bien de esa parte. Pero de una forma u otra lo hizo y con ropa nueva; en realidad, la misma que llevó puesta ahora. Y de repente me encontré de vuelta aquí, lo que me hace pensar que todo ha sido un sueño.

—No, no fue un sueño —dijo Edmundo. —¿Por qué no? —Bueno, en primer lugar está la ropa y, en seguida, porque has sido desdragonado. —¿Qué crees que pasó entonces? —dijo Eustaquio. —Creo que has visto a Aslan —respondió Edmundo.

—¡Aslan! —dijo Eustaquio—. Muchas veces he oído mencionar ese nombre desde que nos embarcamos en el *Explorador del Amanecer,* y yo sentía, no sé por qué, que lo odiaba. Pero entonces yo odiaba todo. Y a propósito, quisiera disculparme, porque me temo que he sido lo más bruto que hay.

—No importa —dijo Edmundo—. Entre nosotros, te diré que no te has portado tan mal como me porté yo en nuestro primer viaje a Narnia. Tú sólo fuiste un burro; en cambio yo fui un traidor.

—Bueno, mejor no me lo cuentes entonces —replicó Eustaquio—, pero dime, ¿quién es Aslan? ¿Lo conoces?

—Bueno..., él me conoce a mí —dijo Edmundo—. Es el Gran León, el hijo del Emperador de Más Allá de los Mares, que me salvó a mí y salvó a Narnia. Todos lo hemos visto, pero Lucía lo ve más a menudo. Y tal vez es al país de Aslan a donde navegamos ahora.

Por un rato ninguno de los dos habló. Ya había desaparecido la última estrella brillante, y aunque no podían ver la salida del sol por las montañas a su derecha, supieron que ya amanecía, porque el cielo sobre ellos y la bahía al frente, tomaban el color de las rosas. Luego, un pájaro, parecido a los papagayos, gritó en el bosque, a sus espaldas; sintieron que algo se movía entre los árboles y, por último, sonó el cuerno de Caspian. El campamento ya estaba en movimiento.

Hubo gran alegría cuando Edmundo y el recuperado Eustaquio se unieron al círculo para desayunar alrededor de la fogata del campamento. Y ahora sí, todos escucharon la primera parte de la historia. La gente dudaba si el otro dragón habría matado a lord Octesiano varios años atrás, o si el mismo Octesiano era el viejo dragón.

Las joyas con que Eustaquio se había repletado los bolsillos en la cueva, habían desaparecido junto con la ropa que llevaba entonces, pero ninguno de ellos, y Eustaquio menos que nadie, quería volver a ese valle en busca de más tesoros.

Algunos días después, con mástil nuevo, recién pintado y bien abastecido, el *Explorador del Amanecer* estaba listo para zarpar. Antes de embarcarse, en un peñasco liso que miraba hacia la bahía, Caspian hizo grabar la siguiente inscripción:

ISLA DEL DRAGON
DESCUBIERTA POR CASPIAN X, REY DE NARNIA, ETC.
DURANTE EL CUARTO AÑO DE SU REINADO
AQUI, SEGUN SUPONEMOS, ENCONTRO LA
MUERTE LORD OCTESIANO

Sería acertado, y casi, casi la verdad, decir que “desde ese momento en adelante, Eustaquio fue un niño diferente”. Para ser realmente precisos, comenzó a ser un niño diferente. Tuvo sus recaídas, y aun había muchos días en que se ponía muy pesado. Pero no haré caso de estas cosas. La cura había empezado.

La pulsera de lord Octesiano tuvo un curioso destino. Como Eustaquio no la quiso, se la ofreció a Caspian, y Caspian a su vez se la ofreció a Lucía, a quien no le interesó tenerla.

—Muy bien, entonces, que la agarre cualquiera —dijo Caspian y la lanzó al aire.

Esto ocurrió cuando estaban mirando la inscripción. La argolla se elevó, resplandeciendo con la luz del sol y, limpiamente, como si se tratara de un tejo bien lanzado, se enganchó y quedó colgando del filo de la roca. Nadie podía trepar a buscarla desde abajo y nadie podía bajar a sacarla desde arriba. Y allí, hasta donde yo sé, debe estar todavía colgando y es posible que siga así hasta el fin de ese mundo.

VIII
DOS ESCAPADAS MILAGROSAS

Todo el mundo estaba feliz cuando el *Explorador del Amanecer* zarpó de la Isla Dragón. Apenas habían salido de la bahía los cogió un viento favorable, y muy temprano a la mañana siguiente llegaron a la tierra desconocida que algunos de ellos habían visto al volar sobre las montañas, cuando Eustaquio aún era un dragón. Se trataba de una isla plana y verde, y que estaba habitada sólo por conejos y algunas cabras. Pero al ver las ruinas de casuchas de piedra, y lugares ennegrecidos donde se habían prendido fogatas, dedujeron que había estado poblada no mucho tiempo atrás. También había algunos huesos y armas rotas.

—Obra de piratas —dijo Caspian.

—O tal vez del dragón —dijo Edmundo.

Lo único que encontraron aparte de esto fue un pequeño bote o barquilla de cuero en la arena. Estaba hecho de piel estirada sobre una armazón de mimbre. Era un bote diminuto, de escasamente un metro de largo, y el remo que aún estaba tirado dentro era de tamaño proporcional. Pensaron en que o bien había sido hecho para un niño, o los habitantes de ese lugar habían sido enanos. Rípichip decidió que se quedaría con él, porque era perfecto para su medida, así es que lo subieron al barco. A esta isla le dieron el nombre de Isla Quemada, y zarparon de allí antes de mediodía.

Durante cinco días navegaron con viento sur sureste, sin ver tierra, ni peces, ni gaviotas. Luego un día hubo una lluvia que duró hasta la tarde. Eustaquio perdió dos juegos de ajedrez con Rípichip y nuevamente empezó a portarse como el antiguo y desagradable Eustaquio; y Edmundo decía que ojalá se hubieran ido a Estados Unidos con Susana. En eso Lucía miró hacia afuera por la ventana de popa y dijo:

—¡Oigan! Creo que está parando. ¿Y qué es *eso?*

Al oírla todos subieron corriendo a popa y se encontraron con que la lluvia había cesado y que Drinian, que estaba de vigía, miraba fijamente una cosa que había atrás. Más bien miraba muchas cosas. Se parecían un poco a pequeñas rocas redondas y lisas, toda una hilera de ellas, separadas por trechos de más o menos diez metros.

—No pueden ser rocas —decía Drinian—, porque hace cinco minutos no estaban ahí.

—Y una acaba de desaparecer —dijo Lucía.

—Sí, y ahora está saliendo otra —agregó Edmundo.

—Y más cerca —dijo Eustaquio.

—¡Maldición! —exclamó Caspian—. La cosa se está moviendo entera hacia acá.

—Y se mueve muchísimo más rápido de lo que nosotros podemos navegar, señor —dijo Drinian—. Nos alcanzará en un minuto.

Todos contuvieron la respiración, porque no es nada de agradable verse perseguido por algo desconocido, sea en tierra o en el mar. Pero lo que resultó ser era mucho peor de lo que podría haberse imaginado cualquiera. De pronto, sólo a la distancia de un tiro de cricket, por babor emergió del mar una cabeza horrorosa. Era toda de color verde y rojizo, con manchas moradas, excepto en los lugares donde había mariscos adheridos, y tenía una forma parecida a la cabeza de un caballo, aunque sin orejas. Sus ojos eran inmensos, ojos especiales para ver en las oscuras profundidades del océano, y tenía la boca muy abierta y doble hilera de afilados dientes, semejantes a los de los peces. Surgió unida a lo que al principio tomaron por un cuello inmenso, pero a medida que emergía más y más, se dieron cuenta de que no se trataba del cuello sino de su cuerpo, y que por fin tenían frente a ellos lo que tanta gente, insensatamente, había esperado ver: la gran Serpiente Marina. Desde muy lejos se podían distinguir los pliegues de su gigantesca cola, que a intervalos se levantaba de la superficie. Ahora su cabeza se encumbraba por sobre el mástil.

Todos los hombres cogieron sus armas, pero no había nada que hacer, el monstruo estaba fuera de su alcance.

—Disparen, disparen —gritó el capitán arquero, y muchos obedecieron, pero las flechas rebotaron en la piel de la Serpiente Marina como si estuviera enchapada en hierro. Luego, durante algunos segundos horribles, todo el mundo se quedó inmóvil mirando fijamente sus ojos y su boca, y preguntándose hacia dónde saltaría.

Pero no saltó. Sacó su cabeza hacia el otro lado del barco, al mismo nivel de la verga del mástil, hasta que quedó justo a la altura de la cofa de combate. Luego continuó estirándose y estirándose hasta que su cabeza estuvo sobre la borda a estribor, y entonces comenzó a bajar, no hacia la atestada cubierta, sino dentro del agua, de modo que toda la nave quedó bajo un arco de serpiente. Casi en el acto, ese arco empezó a achicarse: en verdad la Serpiente Marina ya casi estaba tocando el costado del *Explorador del Amanecer.*

Eustaquio (que realmente había tratado a toda costa de portarse bien, hasta que la tormenta y el ajedrez lo hicieron volver atrás) hizo en este

momento el primer acto de valentía de su vida. Llevaba una espada que le había prestado Caspian y, en cuanto el cuerpo de la serpiente estuvo lo suficientemente cerca a estribor, saltó sobre la borda y comenzó a acuchillarla con todas sus fuerzas. Es cierto que lo único que logró fue hacer añicos la segunda mejor espada de Caspian, pero estuvo excelente para ser un principiante.

Otros lo habrían secundado si en ese instante Rípichip no hubiera gritado:

—¡No peleen, empujen!

Era tan insólito que el Ratón aconsejara no pelear, que, a pesar del terrible momento que estaban pasando, todas las miradas se volvieron hacia él. Cuando Rípichip saltó sobre la borda delante de la serpiente y, apoyando su pequeña espalda peluda contra el enorme cuerpo escamoso y viscoso del reptil, comenzó a empujar lo más fuerte que pudo, muchos de los que estaban allí entendieron su intención y se abalanzaron a ambos lados del barco para hacer lo mismo. Y cuando, instantes más tarde, apareció nuevamente la cabeza de la Serpiente Marina, esta vez a babor y con su espalda hacia ellos, todos comprendieron.

La bestia se había enrollado alrededor del *Explorador del Amanecer,* y comenzaba a apretar el nudo. Cuando estuviese lo suficientemente apretado... ¡zaz! ... sólo quedarían astillas flotando en el lugar donde antes estuviera el barco, y podría sacar fuera del agua a sus tripulantes uno por uno. La única alternativa que les quedaba era empujar la lazada hacia atrás hasta que se deslizara por la popa, o si no (dicho en otras palabras) empujar el barco hacia adelante, para sacarlo fuera de la lazada.

De más está decir que Rípichip tenía las mismas posibilidades de hacer esto por sí solo que las de levantar una catedral, pero casi había muerto en el intento antes de que los otros lo empujaran a un lado. Pronto toda la tripulación, salvo Lucía y Rípichip (que se estaba desmayando), había formado dos largas filas a lo largo de las dos bordas, poniendo cada hombre su pecho contra la espalda del que estaba adelante, de modo que el peso de toda la hilera recaía en el último hombre, y empujaban con desesperación.

Durante algunos terribles segundos (que parecieron horas) no ocurrió nada. Las coyunturas crujían, caía el sudor y se entrecortaba la respiración entre gruñidos y jadeos. Luego pareció que el barco se movía. Vieron que la lazada del reptil estaba más lejos del mástil que antes, pero también más pequeña. Ahora enfrentaban el verdadero peligro. ¿Podrían hacerla pasar por sobre la popa, o estaba ya demasiado apretada?

Sí, pasaría al justo. La serpiente se apoyaba sobre las barandillas de la popa. Una docena de hombres, o más, saltó hacia allá. Así era mucho mejor.

El cuerpo de la Serpiente Marina estaba tan abajo ahora que pudieron formar una hilera a través de la popa y empujar codo a codo. Se ilusionaron muchísimo hasta que se acordaron de la gran popa del *Explorador del Amanecer,* tallada en forma de cola de dragón. Sería imposible hacer pasar por ahí al reptil.

—¡Un hacha! —gritó Caspian en tono áspero—. Y sigan empujando.

Lucía, que sabía donde estaba cada cosa, oyó esto mientras estaba en la cubierta principal con sus ojos clavados en la popa. Bajó de inmediato, cogió el hacha y subió rápidamente la escalera que llevaba a popa. Pero apenas llegó arriba, hubo un ruido impresionante, parecido al de un árbol al caer, y el barco se tambaleó y se precipitó hacia adelante. Pero en ese preciso momento, ya sea por lo fuerte que estaban empujando a la Serpiente Marina, o porque ésta decidió tontamente estrechar el nudo, se desprendió toda la parte tallada de la popa, y el barco quedó libre.

Los demás estaban demasiado agotados para ver lo que vio Lucía. Allá, unos cuantos metros tras ellos, la lazada del cuerpo de la Serpiente Marina se achicó rápidamente y por fin desapareció en un chapuzón. Lucía siempre dijo (pero, claro, estaba tan nerviosa en ese momento, que tal vez sólo fue su imaginación) que ella había visto una mirada de tonta satisfacción en la cara de la criatura. Lo que sí es cierto, es que era un animal muy estúpido, pues en vez de perseguir al barco, dio vuelta la cabeza y comenzó a olfatear a lo largo de su propio cuerpo, como si esperase encontrar allí los restos del *Explorador del Amanecer*. Pero el *Explorador del Amanecer* ya estaba bien lejos, navegando impulsado por una fresca brisa, mientras los hombres permanecían tendidos o sentados a lo largo de toda la cubierta, jadeantes y gimiendo, hasta que pudieron conversar sobre el incidente, y luego reír. Y cuando se sirvió ron para todos, incluso hicieron un brindis. Todos elogiaron el valor de Eustaquio (aunque no sirvió de nada) y el de Rípichip.

Después de esto, navegaron durante otros tres días, sin ver más que mar y cielo. Al cuarto día el viento cambió y sopló norte y las olas comenzaron a agrandarse. En la tarde ya era casi un vendaval. Pero al mismo tiempo avistaron tierra a proa.

—Con su permiso, Majestad —dijo Drinian—. Debemos tratar de llegar remando hasta ese lugar para ponernos al abrigo y anclar en el puerto, quizás, hasta que haya terminado esto.

Caspian estuvo de acuerdo, pero a pesar de remar largo rato contra el vendaval, no llegaron a tierra hasta el anochecer. Con el último rayo de luz de aquel día dirigieron el barco a un puerto natural y ahí anclaron, pero aquella noche ninguno bajó a tierra. En la mañana se encontraron en la verde bahía de una región escarpada y solitaria, que terminaba en una cumbre

rocosa. Desde el ventoso norte, más allá de aquella cumbre, corrían rápidas las nubes. Bajaron el bote y lo cargaron con los barriles de agua que estaban vacíos.

—¿De cuál de las corrientes sacaremos agua, Drinian? —preguntó Caspian una vez instalado en la escotilla trasera del bote—. Pareciera que hay dos ríos que desembocan en la bahía.

—Es lo mismo, señor —dijo Drinian—, pero creo que estamos más cerca de la que tenemos a estribor, la que está más hacia el este.

—Empieza a llover —anunció Lucía.

—¡Ya lo creo! —dijo Edmundo, pues ya llovía a cántaros—. Propongo que nos vayamos al otro río. Allí hay árboles que nos podrían servir de refugio.

—Sí, vamos —dijo Eustaquio—, no hay para qué mojarse más de lo necesario.

Pero Drinian que mantenía siempre el timón a estribor, como esos cansadores conductores de autos que siguen a sesenta kilómetros por hora, mientras uno les explica que van por el camino equivocado.

—Tienen razón, Drinian —dijo Caspian—. ¿Por qué no giras la proa y vamos hacia el río del oeste?

—Como guste, Majestad —dijo Drinian, en tono un poco seco.

Había tenido un día lleno de preocupaciones ayer por el clima, y no le gustaban los consejos de hombres de tierra. Pero alteró el curso; y más tarde resultó muy acertado que así lo hiciera.

Cuando ya se habían aprovisionado de agua, cesó la lluvia. Caspian junto con Eustaquio, los Pevensie y Rípichip decidieron subir hasta la cumbre del cerro y ver todo lo que se pudiera divisar desde allí. La subida era bastante dificultosa a través de pastos gruesos y de brezos, y no vieron ni seres humanos ni animales, excepto gaviotas. Al llegar a la cumbre se dieron cuenta de que se trataba de una isla muy pequeña, no más de media hectárea y, desde esa altura, el mar parecía más grande y desierto de lo que se veía desde la cubierta, e incluso desde la cofa de combate del *Explorador del Amanecer.*

—Un disparate, créeme —dijo en voz baja Eustaquio a lucía, mientras miraba el horizonte hacia el este—. Seguir y seguir navegando en medio de eso, sin saber a qué llegaremos.

Pero lo decía sólo por costumbre, no de mal modo como lo habría dicho antes.

Hacía demasiado frío para permanecer un rato largo en la cumbre, ya que aún soplaba el fresco viento del norte.

—No volvamos por el mismo camino —propuso Lucía al iniciar el regreso—. Sigamos un poquito más y bajemos por el otro río, al que quería ir Drinian.

Todos estuvieron de acuerdo, y unos quince minutos más tarde llegaban al manantial del segundo río. Era un lugar más interesante de lo que ellos esperaban; un lago de montaña pequeño pero profundo, rodeado por acantilados, salvo el lado que daba al mar donde había un pequeño canal del que fluía el agua. Aquí no había viento. Por fin se sentaron a descansar sobre el brezo en lo alto del risco.

Todos se sentaron, menos uno (Edmundo), que muy pronto se puso en movimiento.

—Hay una colección de piedras filudas en esta isla —dijo, mientras buscaba a tientas en el brezo—. ¿Dónde está esa porquería?... ¡Ah, aquí! Ya la encontré... ¡Mira! No es una piedra, sino la empuñadura de una espada. ¡No, por Santa Tecla! Es una espada completa, o lo que el moho dejó de ella. Debe haber estado aquí por años.

—Y narniana además, por lo que veo —agregó Caspian, cuando él y los otros se acercaron a mirar.

—Yo también me senté sobre algo —dijo Lucía—, algo duro.

Eran los restos de una armadura. Pero ya todos estaban en cuatro patas, tanteando en el brezo por todos lados. Su búsqueda tuvo como resultado el descubrimiento de un yelmo, un puñal y unas cuantas monedas, que no eran crecientes calormanos, sino auténticos “Leones” y “Arboles” narnianos, tal como los que puedes ver cualquier día en los mercados del Dique de los Castores y de Beruna.

—Pareciera como si todo esto fuera lo que queda de alguno de nuestros siete lores —dijo Edmundo.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Caspian—. Me pregunto cuál de ellos será. No hay nada en el puñal que nos dé una pista. Y me pregunto cómo habrá muerto.

—Y cómo lo vengaremos —añadió Rípichip.

Edmundo, el único del grupo que había leído novelas policiales, se puso a meditar.

—Escuchen —dijo luego—. Creo que aquí hay gato encerrado. No puede haber muerto en una pelea.

—¿Por qué no? —preguntó Caspian.

—No hay huesos —repuso Edmundo—. Un enemigo se queda con la armadura y abandona el cuerpo. ¿Quién ha oído hablar de un tipo que al ganar una lucha se lleve el cadáver y deje la armadura?

—Tal vez lo mató un animal salvaje —dijo Lucía.

—Tendría que haber sido un animal muy hábil —dijo Edmundo—, como para sacarle la armadura.

—Tal vez un dragón —sugirió Caspian.

—Imposible —dijo Eustaquio—, un dragón sería incapaz de hacerlo. Yo lo sé muy bien.

—Bueno, como sea, propongo que nos vayamos de aquí dijo Lucía.

No tenía ganas de sentarse nuevamente desde que Edmundo tocó el tema de los huesos.

—Como quieras—dijo Caspian, levantándose—. No creo que valga la pena llevar ninguna de estas leseras.

Entonces bajaron y bordearon el lago hacia la pequeña brecha de donde salía el río, y se detuvieron a mirar el agua profunda rodeada por los riscos. No hay duda de que si hubiera hecho calor más de alguno habría intentado darse un baño y todos habrían tomado agua. De hecho, igual Eustaquio estaba a punto de agacharse y tomar agua en sus manos, cuando Rípichip y Lucía gritaron al mismo tiempo:

—¡Miren!

Eustaquio se olvidó de lo que iba a hacer y miró dentro del agua. El fondo del lago estaba cubierto de piedras azul grisáceas, el agua era absolutamente transparente y en el fondo yacía una figura de hombre, de tamaño natural, aparentemente hecha de oro; estaba tendido boca abajo, con los brazos estirados encima de la cabeza. Y ocurrió que mientras estaban mirándolo, las nubes se separaron dando paso a un rayo de sol, que iluminó de pies a cabeza la figura dorada. Lucía pensó que era la estatua más hermosa que había visto en su vida.

—¡Caracoles! —silbó Caspian—. Esto sí que era digno de verse. ¿Creen que podremos sacarla?

—Podemos bucear, señor —dijo Rípichip.

—Sería inútil —dijo Edmundo—, por lo menos si realmente es de oro, oro macizo, porque sería demasiado pesada para subirla. Y si estamos en una isla, este lago debe tener entre doce y quince metros de profundidad. Pero... esperen un poco. Qué bueno que traje una lanza de caza; con ella podremos ver cuál es la profundidad. Caspian, sujétame la mano mientras me agacho un poco sobre el agua.

Caspian le tomó la mano y Edmundo, inclinándose hacia adelante, comenzó a meter la lanza en el agua, pero antes de haberla sumergido hasta la mitad, Lucía dijo:

—No creo que la estatua sea de oro. Es sólo la luz. Tu lanza se ve exactamente del mismo color.

—¿Qué pasa? —preguntaron varias voces al unísono. Porque, de pronto, Edmundo había soltado la lanza.

—No podía sostenerla —resolló Edmundo—. Se puso tan *pesada...*

—Y ahora está allá, en el fondo —dijo Caspian—, y Lucía tiene razón. Se ve exactamente del mismo color de la estatua.

Pero Edmundo, que parecía tener algún problema con sus botas (al menos estaba inclinado hacia abajo, mirándolas), se enderezó súbitamente y gritó con ese tono áspero que difícilmente se puede desobedecer:

—¡Atrás! ¡Aléjense del agua, todos ustedes, de inmediato!

Así lo hicieron, con los ojos clavados en él.

—Miren —dijo Edmundo—. Miren la punta de mis botas.

—Se ven un poco amarillas... —comenzó Eustaquio.

—Son de oro, de oro macizo —interrumpió Edmundo—. Mírenlas, tóquenlas. Ya se separó el cuero del oro, y están tan pesadas como el plomo.

—¡Por Aslan! —exclamó Caspian—. No querrás decir...

Sí, así es —dijo Edmundo—. Esta agua transforma las cosas en oro. Convirtió mi lanza en oro, por eso es que se puso tan pesada. Y ya estaba envolviéndome los pies y convirtió en oro la punta de mis botas; gracias a

Dios, las tenía puestas. Y aquel pobre hombre en el fondo..., bueno, ustedes ya lo ven.

—Así que no es una estatua —dijo Lucía en voz baja.

No. Ahora todo está claro. El estaba aquí un día de mucho calor y se desvistió en la punta de aquel risco, donde estuvimos sentados. Las ropas se deben haber podrido o tal vez los pájaros se las llevaron para hacer sus nidos; la armadura está todavía aquí. Luego se zambulló y...

—¡No! —gritó Lucía—. ¡Qué cosa más horrorosa!

—Y qué escapada más milagrosa la que hemos tenido dijo Edmundo.

—Muy milagrosa en verdad —dijo Rípichip—. En cualquier momento el dedo, el pie, los bigotes o la cola de cualquiera de nosotros podría haber resbalado al agua.

—De todas formas —dijo Caspian—, podemos probarlo.

Entonces se agachó y arrancó una ramita de brezo; luego, con mucho cuidado, se arrodilló al lado del río y la hundió en el agua. Era brezo lo que él hundió; lo que sacó era el modelo perfecto de una ramita de brezo hecha de oro puro, suave y pesado como el plomo.

—El rey que posea esta isla —dijo lentamente Caspian, y se ruborizó a medida que hablaba—, pronto será el más rico de todos los reyes del mundo. Yo declaro esta tierra como posesión de Narnia, desde ahora y para siempre. Se llamará Isla del Agua de Oro. Exijo a todos los presentes guardar el secreto. Nadie más debe saber acerca de esto, ni siquiera Drinian, bajo pena de muerte, ¿me entienden?

—¿A quién crees que le estás hablando? —dijo Edmundo—. Yo no soy súbdito tuyo, sino todo lo contrario. Yo soy uno de los cuatro antiguos soberanos de Narnia, y tú le debes lealtad al Gran Rey, mi hermano.

—¿De modo que a eso hemos llegado, rey Edmundo? —dijo Caspian, poniendo la mano en el puño de su espada.

—¡Oh, basta ya! —exclamó Lucía—. Esto es lo malo de hacer cualquier cosa con muchachos. Ustedes son un par de fanfarrones, grandísimos idiotas, ...¡oooh! —y su voz se convirtió en un grito de asombro.

Todos los demás vieron lo mismo que vio ella.

Al otro lado de la ladera gris del cerro (gris porque el brezo aún no estaba en flor), sin ruido, sin mirarlos, y resplandeciendo como si estuviese

bajo un brillante rayo de sol, aunque el sol ya se había ocultado, avanzó con paso lento el León más enorme que jamás haya visto el ojo humano. Más tarde, al describir la escena, Lucía dijo que “era del tamaño de un elefante”, aunque en otra ocasión simplemente dijo “del tamaño de un caballo de carreta”. Pero no era el tamaño lo que importaba. Nadie osó preguntar quién era. Todos sabían que era Aslan.

Y nadie vio ni cómo ni a dónde se fue. Todos se miraron como si estuvieran despertando de un sueño.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó Caspian—. Parece que me he estado poniendo en ridículo.

—Señor —dijo Rípichip—, este lugar tiene una maldición. Volvamos a bordo lo antes posible. Y si se me permite el honor de dar nombre a esta isla, yo la llamaría Aguas de Muerte.

—Me parece un excelente nombre, Rip —dijo Caspian—, aunque ahora que lo pienso, no sé por qué. Pero parece que el tiempo se está componiendo, y tal vez a Drinian le gustaría partir. ¡Qué cantidad de cosas tenemos que contarle!

Pero en realidad no era mucho lo que podían contar, ya que los recuerdos de la última hora se habían vuelto muy confusos.

—Sus Majestades parecían estar un poco embrujadas al subir a bordo —dijo Drinian a Rins horas después, cuando el *Explorador del Amanecer* estuvo navegando nuevamente, y la isla de Aguas de Muerte quedó bajo el horizonte—. Algo les sucedió en aquel lugar. Lo único que me queda claro es que ellos creen haber encontrado el cuerpo de uno de esos siete lores que estamos buscando.

—¡No me digas, Capitán! —respondió Rins—. Bueno, ya son tres. Sólo faltan cuatro. A este paso estaremos de vuelta en casa poco después del Año Nuevo, lo que es muy bueno. Se me está acabando el tabaco. Buenas noches, señor.

IX
LA ISLA DE LAS VOCES

En este momento el viento, que por tanto tiempo había sido noroeste, comenzó a soplar desde el oeste mismo y cada mañana, cuando el sol asomaba por el mar, la proa curva del *Explorador del Amanecer* parecía alzarse y atravesar el sol por la mitad. Algunos pensaban qué el sol se veía más grande que en Narnia, pero no todos eran de la misma opinión. Y navegaron y navegaron con una brisa suave y estable, sin ver peces, ni gaviotas, ni barcos, ni playas. Los víveres comenzaron a escasear nuevamente y se preguntaban temerosos si no estarían navegando en un mar que no tenía fin. Pero un día al amanecer, cuando ya pensaban que sería demasiado arriesgado continuar su viaje hacia el este, vieron justo al frente, entre ellos y el sol saliente, una tierra baja, tendida allí como si fuera una nube.

Más o menos a media tarde fondearon en una amplia bahía y desembarcaron. Este lugar era muy diferente a los que ya habían conocido, pues, una vez que hubieron cruzado la playa de arena, vieron que todo estaba muy silencioso y vacío, como si se tratara de una tierra deshabitada; sin embargo, frente a ellos se extendían unos prados muy parejos, con pasto tan suave y tan corto como suele estarlo en los jardines que rodean una gran casa inglesa, donde trabajan más de diez jardineros. Los árboles, que eran muchos, estaban bastante separados unos de otros y no tenían ramas rotas ni había hojas en el suelo. De vez en cuando se sentía el arrullo de las palomas, pero no se oía ningún otro ruido.

Al poco rato llegaron a un largo, estrecho y arenoso sendero donde no crecía ni una sola maleza; tenía una hilera de árboles a cada orilla. Allá lejos, al otro extremo de la avenida, pudieron distinguir una casa muy grande y gris que, con el sol de la tarde, mostraba un aspecto sumamente tranquilo.

Casi en el mismo momento en que entraron a este sendero, Lucía sintió que se le había metido una piedrecita en el zapato. En un lugar desconocido como éste, habría sido más prudente de su parte pedir a los demás que la esperaran mientras la sacaba, pero ella no lo hizo. Simplemente se quedó atrás con toda tranquilidad y se sentó para sacarse el zapato. Pero se le enredó el cordón en un apretado nudo.

Antes de que pudiera desatarlo, los otros ya se habían alejado bastante. Cuando ella, después de sacar la piedra, se empezó a poner el zapato, ya no los podía oír. Pero casi al mismo tiempo escuchó otro ruido que no provenía de la dirección en que se encontraba la casa.

Lo que ella oyó fue descomunal. Sonaba como si docenas de forzudos trabajadores estuvieran golpeando la tierra, lo más fuerte que podían, con grandes mazos de madera. Y el ruido se acercaba rápidamente. Lucía estaba

sentada con la espalda apoyada en un árbol y, como éste no era el tipo de árbol al que ella se podía subir, no tenía en realidad nada que hacer más que quedarse sentada muy quieta, apretarse contra el árbol y esperar que no la vieran.

Tam, tam, tam... y, lo que fuera, debía estar muy cerca ya, puesto que se sentía estremecer la tierra. Pero no podía ver nada. Pensó que la cosa, o las cosas, estaban justo tras ella. Pero después oyó un golpe en el sendero, frente a ella. Supo que el golpe venía del sendero no sólo por el ruido, sino porque vio que la arena se desparramaba, como si le hubiesen dado un pesado golpe. Pero Lucía no veía nada que pudiese haber golpeado la arena. Luego, todos los estruendosos ruidos se aunaron a unos veinte pasos de ella y cesaron súbitamente. Entonces se oyó la Voz.

Era realmente espantoso, pues seguía sin poder ver a nadie. Todo ese lugar, parecido a un parque, estaba tan quieto y vacío como cuando recién desembarcaron. Sin embargo, unos cuantos pasos más allá habló una voz. Y lo que dijo fue lo siguiente:

—Compañeros, esta es nuestra oportunidad.

Al instante todo un coro de voces respondió:

—¡Oiganlo, óiganlo! Ha dicho que esta es nuestra oportunidad. Bravo, Jefe. Jamás has dicho algo más cierto.

—Lo que digo —continuó la primera voz—, es que bajemos a la playa entre ellos y su barco, dejemos que todos vayan por sus armas, y los atrapemos cuando traten de hacerse a la mar.

—¡Ea! Eso es —gritaron todas las demás voces—. Nunca hiciste un plan tan bueno, Jefe. ¡Adelante, Jefe! No podrías haber ideado nada mejor.

—Rápido entonces, compañeros, rápido —dijo la primera voz—. ¡Vámonos!

—Tienes razón otra vez, Jefe —dijeron las otras voces—. No podías dar una orden mejor. Justo lo que íbamos a decir nosotros. Vámonos.

En el acto comenzó el golpeteo de nuevo, muy fuerte al principio, pero cada vez más apagado hasta que desapareció completamente cerca del mar.

Lucía sabía que no era el momento de romperse la cabeza pensando en lo que podían ser esas criaturas invisibles. En cuanto desaparecieron los golpeteos, se puso de pie y corrió por el sendero detrás de los demás, tan rápido como se lo permitían sus piernas. A toda costa debía advertirlos.

Mientras ocurría esto, los otros habían llegado a la casa. Era un edificio bajo, de sólo dos pisos, construido con hermosas y suaves piedras, con numerosas ventanas y parcialmente cubierto de hiedra. Todo estaba tan silencioso, que Eustaquio dijo:

—Creo que está vacía.

Pero Caspian mostró en silencio la columna de humo que salía por una chimenea.

Encontraron una ancha puerta abierta; la atravesaron y entraron a un patio pavimentado. Y fue aquí donde tuvieron los indicios de que algo extraño sucedía en esta isla. En medio del patio había una bomba y bajo la bomba, un cubo. Esto no tenía nada de raro. Pero el mango de la bomba se movía de arriba abajo, a pesar de que, al parecer, nadie estaba moviéndolo.

—Hay algo de magia actuando aquí —dijo Caspian.

—¡Maquinaria! —gritó Eustaquio—. Creo que por fin hemos llegado a un país civilizado.

Fue entonces cuando Lucía, acalorada y sin respiración, irrumpió en el patio detrás de ellos. En voz baja trató de explicarles lo que había oído por casualidad, y cuando entendieron, en parte, ni siquiera el más valiente se veía muy contento.

—Enemigos invisibles —murmuró Caspian—, y nos cortan el paso a nuestro barco. Estamos metidos en un lío muy feo.

—¿No tienes alguna idea de qué clase de criaturas se trata, Lu? —preguntó Edmundo.

—¿Cómo podría saberlo, Ed, si no pude verlas?

—Sus pisadas, ¿parecían de seres humanos?

—No oí ruido de pisadas, sino sólo voces y aquellos aterradores golpes y porrazos, como de mazos.

—Me pregunto —dijo Rípichip— si acaso se volverán visibles si las atravesamos con una espada.

—Parece que debemos averiguarlo —dijo Caspian—. Pero primero salgamos de aquí. Hay uno de ellos junto a la bomba escuchando todo lo que decimos.

Salieron del patio y volvieron al sendero, donde tal vez los árboles

los ayudarían a pasar inadvertidos.

—En realidad no sacamos nada tratando de escondernos de seres a los que no podemos ver —dijo Eustaquio—. Puede que estén todos a nuestro alrededor.

—Entonces, Drinian —dijo Caspian—, ¿qué pasaría si diéramos el bote por perdido, bajamos a otra parte de la bahía y hacemos señas al *Explorador del Amanecer* para que se acerque y podamos subir a bordo?

—No hay suficiente profundidad para nuestro barco, Señor —dijo Drinian.

—Podríamos nadar —dijo Lucía.

—Sus Majestades, por favor —dijo Rípichip—. Les ruego que me escuchen. Es un disparate tratar de huir de un enemigo invisible arrastrándose y escondiéndose. Si lo que quieren estas criaturas es darnos la batalla, estén seguros de que lo lograrán, y, pase lo que pase, prefiero enfrentarlos cara a cara antes de que me atrapen por la cola.

—En realidad, creo que esta vez Rípichip está en lo cierto —dijo Edmundo.

—Claro —dijo Lucía—, si Rins y los otros a bordo del *Explorador del Amanecer* nos ven luchando en la playa, serán capaces de hacer *algo.*

—Pero no se darán cuenta de que estamos combatiendo si no pueden ver a nuestros enemigos —dijo Eustaquio desconsolado—. Pensarán que sólo estamos blandiendo nuestras espadas en el aire, para divertirnos.

A esto siguió una incómoda pausa.

—Bien —dijo finalmente Caspian—. Sigamos adelante. Debemos ir a hacerles frente. Dense la mano; la flecha en la cuerda, Lucía; los demás desenvainen sus espadas, y... ahora en marcha. A lo mejor querrán parlamentar.

Era extraño ver el prado y los grandes árboles tan quietos mientras ellos marchaban de regreso a la playa. Cuando llegaron allá y vieron al barco en el mismo lugar en que lo dejaron, y ni rastro de gente sobre la suave arena, más de uno dudó de que lo que había dicho Lucía, no fuera sólo imaginación suya. Pero antes de que llegaran a la arena, se oyó una voz en el aire:

No se acerquen más, señores, no se acerquen —dijo—. Antes tenemos que hablar con ustedes. Somos más de cincuenta y tenemos nuestras armas en la mano.

Escúchenlo, escúchenlo —se oyó el coro—. Es nuestro Jefe. Pueden confiar en lo que dice. Les está diciendo la verdad, por supuesto.

Yo no veo a esos cincuenta guerreros —observó Rípichip.

Es verdad, es verdad —dijo la Voz Jefe—. Ustedes no nos ven. ¿Saben por qué? Porque somos invisibles.

Sigue, Jefe, sigue —dijeron las Otras Voces—. Estás hablando como un libro. Ellos no podrían pedir una respuesta mejor que ésa.

—Calla, Rip —dijo Caspian; luego añadió con voz más fuerte—: Ustedes, seres invisibles, ¿qué quieren de nosotros? ¿Qué hemos hecho para ganarnos su enemistad?

—Queremos algo que esa niñita puede hacer por nosotros —dijo la Voz Jefe. (Las otras explicaron que eso era exactamente lo que habrían querido decir ellas).

—¡Niñita! —exclamó Rípichip—. La dama es una reina.

—Nosotros no sabemos nada de reinas —dijo la Voz Jefe ("nosotros tampoco, nosotros tampoco", intervinieron las demás)—, pero queremos algo que ella puede hacer.

—¿Qué cosa? —preguntó Lucía.

—Pero si es cualquier cosa que vaya contra el honor o la seguridad de su Majestad —añadió Rípichip—, se sorprenderán de ver a cuántos somos capaces de matar antes de morir.

—Bueno —dijo la Voz Jefe—. Es una larga historia. ¿Qué tal si nos sentamos?

La proposición fue calurosamente aprobada por las otras voces, pero los narnianos permanecieron de pie.

—Está bien —dijo la Voz Jefe—. La historia es así. Esta isla ha sido propiedad de un gran mago desde tiempos inmemoriales y todos nosotros somos, o tal vez, para ser más exactos, debería decir que éramos, sus sirvientes. Bueno, para resumirles, este mago del cual les hablaba, nos dijo que hiciéramos algo que no nos gustaba. Y ¿por qué? Pues porque no queríamos. Entonces este mago se puso furioso, ya que les debo decir que era el dueño de esta isla y no estaba acostumbrado a que lo contradijeran. Era terriblemente dominante, ¿saben? Pero, déjenme ver... ¿dónde estaba? ¡Ah!, sí, entonces este mago subió al segundo piso de la casa, porque deben saber que guardaba todas sus cosas de magia allá arriba, y todos nosotros vivíamos

abajo. Decía que subió al piso de arriba y nos hechizó. El hechizo de la fealdad. Si ustedes nos vieran ahora, y en mi opinión que deben dar gracias a sus estrellas de no poder hacerlo, no se imaginarían cómo éramos antes de que nos afearan. Realmente no podrían. Así que éramos tan feos que no podíamos soportar el mirarnos unos a otros. ¿Saben qué hicimos? Bueno, les diré lo que hicimos. Una tarde esperamos hasta que pensamos que el mago se había dormido, y luego subimos sigilosamente las escaleras y fuimos con toda desfachatez hasta donde se encontraba el libro mágico, para ver si podíamos hacer algo para remediar este afeamiento. Pero todos estábamos temblando y bañados de sudor, de modo que no los engañaré. Pero me crean o no, les aseguro que no pudimos encontrar nada del tipo de un hechizo que terminara con nuestra fealdad. A medida que pasaba el tiempo, empezamos a temer que el anciano caballero se despertara en cualquier momento; yo estaba bañado en un asqueroso sudor, no se los voy a negar. Bueno, para acortarles la historia, ya sea que lo hicimos bien o que lo hicimos mal, finalmente vimos un hechizo que hacía invisible a la gente y pensamos que era preferible ser invisibles, antes que seguir siendo tan feos. ¿Por qué? Pues porque lo preferíamos así. Entonces mi hijita, que tiene casi la misma edad que la de ustedes, y que era una niña dulce antes de ser afeada, aunque ahora..., pero, en boca cerrada no entran moscas, miren, mi hija leyó el conjuro, ya que tenía que hacerlo una niñita, o el mismo mago, si entienden lo que quiero decir, puesto que de otro modo no funciona. ¿Y por qué no? Pues porque no ocurre nada. De modo que mi Horquillita dijo el conjuro, pues ya les debo haber dicho que ella leía maravillosamente, y en ese momento nos volvimos todo lo invisible que quisiera ver. Y les aseguro que fue un alivio el no verse más las caras. Al menos al principio. Pero en resumidas cuentas somos seres mortales y estamos cansados de ser invisibles. Y hay algo más: jamás contamos con que este mago, del cual les estaba hablando antes, también se volvería invisible. Pero no lo hemos vuelto a ver desde entonces. Así es que no sabemos si se habrá muerto, o si se habrá ido, o si tal vez sea invisible y está sentado allá arriba, y quizás baje las escaleras y siga siendo invisible abajo. Y créanme, no se saca nada con tratar de oírlo, pues siempre andaba descalzo, sin hacer más ruido que un gran gato gordo. Y ahora, caballeros, les digo francamente que esto está yendo más allá de lo que pueden aguantar nuestros nervios.

Esta fue la historia que contó la Voz Jefe, pero muy acortada, ya que he omitido los comentarios de las otras voces. En verdad, él no alcanzaba a decir más de seis o siete palabras sin que los otros lo interrumpieran con sus frases de acuerdo y de aliento, que estuvieron a punto de volver locos de impaciencia a los narnianos. Cuando terminó, se produjo un gran silencio.

—Pero —dijo finalmente Lucía— no entiendo qué tiene que ver todo esto con nosotros.

—¡El Cielo me ampare! ¿Acaso me he olvidado de aclarar bien todo? —dijo la Voz Jefe.

—Todo está claro, todo está claro —gritaron con entusiasmo las otras voces—. Nadie podría haber dicho las cosas en forma más clara y mejor. Sigue, Jefe, sigue.

—Bien, no será necesario que repita toda la historia —comenzó el Jefe.

—No, por supuesto que no —dijeron Caspian y Edmundo.

—Bueno, para ir al grano —dijo la Voz Jefe—, desde hace muchísimo tiempo hemos estado esperando que de otras tierras llegara una niñita tan linda como tú, señorita, para que fuera arriba, buscara el libro mágico y encontrara la fórmula para librarnos de la invisibilidad, y la dijera. Y juramos que los primeros extraños que desembarcaran en esta isla, trayendo consigo a una linda niñita, claro, porque si no la traían, eso sería harina de otro costal, no saldrían vivos de aquí a menos que hicieran lo necesario por nosotros. Y es por ello, caballeros, que si su niña no sube a escarbar, nos veremos en la dolorosa obligación de cortarles la garganta a todos. Tan sólo como parte del trabajo, como dirían ustedes, y espero que sin ofenderlos.

—No veo todas sus armas —dijo Rípichip—. ¿O es que también son invisibles?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se oyó un zumbido y al instante una lanza se clavó vibrando en un árbol tras ellos.

—Es una lanza, eso es —dijo la Voz Jefe.

—Eso es lo que es, Jefe, eso es lo que es —dijeron las otras Voces—. No podrías haberla clavado mejor.

—Y salió de mi mano —dijo la Voz Jefe—. Se vuelven visibles cuando no las tocamos.

—Pero ¿por qué tengo que ser *yo* la que haga eso? —preguntó Lucía —. ¿Por qué no lo hace alguno de ustedes mismos? ¿Es que acaso no tienen niñas?

—No nos atrevemos, no nos atrevemos —dijeron todas las Voces—. No volveremos a subir allá.

—En otras palabras —dijo Caspian—, ustedes le están pidiendo a esta dama que enfrente un peligro que ustedes no se atreven a pedir a sus propias hermanas e hijas que enfrenten.

—¡Eso es, eso es! —dijeron alegremente las Voces—. No lo podrías haber dicho mejor. Tú has tenido alguna educación, sí, sí, cualquiera se da

cuenta.

—Vaya, es vergonzoso... —comenzó a decir Edmundo.

Pero Lucía lo interrumpió:

—¿Tendría que hacerlo de noche, o podría hacerlo con la luz del día?

— ¡Con luz de día, con luz de día, ciertamente! —dijo la Voz Jefe—. De noche no. Nadie te está pidiendo eso. ¿Subir de noche? ¡Uf! —

—Está bien, entonces lo haré —dijo Lucía—. No —agregó volviéndose a los otros—. No traten de detenerme. ¿No ven que es inútil? Hay docenas de ellos y no les podemos hacer frente. De esta otra manera *tenemos* una oportunidad.

—Pero ¿y el mago? —preguntó Caspian.

—Ya sé —dijo Lucía—, pero puede que no sea tan malo como ellos se imaginan. ¿No te parece que esta gente no es muy valiente?

—Ciertamente no son muy inteligentes —dijo Eustaquio.

—Mira, Lucía —dijo Edmundo—. Realmente no podemos dejarte hacer una cosa así. Pregúntale a Rip. Estoy seguro de que te dirá lo mismo.

—Pero, ¡si es algo para salvar mi propia vida y la de ustedes! —dijo Lucía—. Y tampoco quiero que me hagan pedazos con una espada invisible.

—Su Majestad tiene razón —dijo Rípichip—. Si tuviésemos alguna garantía de salvarla con una batalla, estaría clarísimo cuál sería nuestro deber, pero me parece que no tenemos ninguna. Además, el servicio que le piden en ningún caso atenta contra su honor, pues es un acto noble y heroico. Si el corazón de la reina la inclina a correr el riesgo con el mago, no me opondré.

Como jamás nadie había oído que Rípichip tuviera miedo de algo, él podía decir tales cosas sin sentirse en absoluto incómodo. Pero los muchachos, que a menudo habían estado asustados, se pusieron colorados. No obstante, era obvio que tenían que ceder. Los invisibles estallaron en fuertes vítores cuando se les anunció la decisión, y la Voz Jefe (apoyada calurosamente por las demás) invitó a los narnianos a que se quedaran a cenar y pasaran la noche con ellos. Eustaquio no quería aceptar, pero Lucía le dijo:

—Estoy segura de que no son traicioneros, no son en absoluto de ese tipo.

Los demás estuvieron de acuerdo y, de ese modo, acompañados por un fuerte ruido de golpes (que se hizo mayor al llegar al enlosado patio resonante de eco), todos volvieron a la casa.

X
EL LIBRO DEL MAGO

Los seres invisibles atendieron a sus invitados en forma majestuosa. Era muy gracioso ver que hasta la mesa llegaban fuentes y platos y no ver quién los traía. Incluso habría sido divertido si las cosas se hubiesen movido al nivel del suelo, como era de esperar que lo hicieran manos invisibles. Pero no ocurrió tal cosa. Las bandejas avanzaban por el comedor dando una serie de brincos y saltos. En el punto más alto de cada salto, un plato estaría más o menos a cuatro metros de altura en el aire; luego bajaba y se detenía súbitamente a casi un metro del suelo. Cuando los platos contenían algo como sopa o compota, los resultados eran bastante desastrosos.

—Empiezo a sentir mucha curiosidad por esta gente susurró Eustaquio a Edmundo—. ¿Piensas que son seres humanos? Yo diría que más parecen inmensos saltamontes o sapos gigantes.

—Así parece —respondió Edmundo—, pero no le metas en la cabeza a Lucía la idea de los saltamontes. No es muy aficionada a los insectos, especialmente a los grandes.

La comida habría transcurrido en forma mucho más agradable si no hubiera sido tan sumamente desordenada, y también si la conversación no hubiese consistido sólo en expresiones de acuerdo. Los invisibles estaban de acuerdo con todo. Y la mayoría de sus observaciones eran de ésas con las que no es fácil estar en desacuerdo: “Siempre digo que cuando un tipo tiene hambre, le gusta comer algo”. “Esta oscureciendo. Todas las noches es lo mismo”. O incluso “¡Ah! Ustedes llegaron por mar. Qué cosa más mojada, ¿no es cierto?”

Mientras tanto Lucía no podía evitar mirar el oscuro y profundo acceso hacia el pie de la escalera (la podía ver desde donde estaba sentada), y se preguntaba qué encontraría allá arriba a la mañana siguiente. Pero aparte de eso, fue una buena comida, con sopa de hongos, pollo cocido y jamón caliente, grosellas silvestres, pasas rojas, requesón, crema, leche y aguamiel. A todos les gustó el aguamiel, menos a Eustaquio, que más tarde se arrepintió de no haber tomado un poco.

Cuando Lucía despertó a la mañana siguiente, tuvo la misma sensación que tenía al despertar los días de exámenes o los días en que tenía que ir al dentista. La mañana estaba deliciosa, con las abejas que entraban y salían zumbando por la ventana abierta, y afuera el prado, tan parecido a cualquier lugar de Inglaterra. Se levantó, se vistió y a la hora del desayuno trató de comer y conversar como de costumbre. Más tarde, después de recibir instrucciones de la Voz Jefe sobre lo que tenía que hacer allá arriba, se despidió de los otros, y sin decir nada caminó hasta el pie de la escalera y

comenzó a subir sin mirar hacia atrás.

Estaba bastante claro, lo que era muy bueno. Justo frente a ella, al finalizar el primer tramo, había una ventana. Todo el tiempo que estuvo en ese tramo de la escalera podía escuchar el tic-toc, tic-toc de un reloj de pared que había en el salón de abajo. Luego, en el descanso de la escalera, tuvo que girar hacia la izquierda para subir el tramo siguiente; después ya no oyó más el sonido del reloj.

Lucía llegó al final de la escalera y vio un pasillo largo y ancho, con una gran ventana al otro extremo. Aparentemente, el pasillo atravesaba toda la casa. Estaba todo tallado, artesonado y alfombrado y muchas puertas daban a él a cada lado. Lucía se quedó inmóvil y no podía oír nada, ni siquiera el chillido de un ratón, el zumbido de una mosca o el oscilar de una cortina; nada, excepto los latidos de su propio corazón.

“Debe ser la última puerta a la izquierda”, se dijo.

Le pareció un poco terrible que fuera la última. Para llegar hasta ella debería pasar frente a cada una de las habitaciones, y en cualquiera podía estar el mago; dormido o despierto, o invisible o, incluso, muerto. Pero no debía pensar en eso. Comenzó su camino. La alfombra era tan gruesa que sus pies no hacían ningún ruido.

“No hay absolutamente nada que temer por el momento”, se dijo Lucía.

Desde luego, el pasillo estaba lleno de sol y muy tranquilo; tal vez demasiado tranquilo. Habría sido más agradable sin esos extraños signos pintados con rojo en las puertas, unas cosas retorcidas y complicadas que obviamente tenían un significado, y sin duda un significado no muy agradable. Sería mucho más acogedor aun si no fuera por esas máscaras que colgaban de la pared. No por ser precisamente feas, o no tan feas, sino porque las órbitas vacías tenían un aspecto muy extraño, y si te dejas llevar por la imaginación, pronto verías que las máscaras hacían muecas en cuanto les dieras vuelta la espalda.

Pasada la sexta puerta más o menos, Lucía tuvo su primer gran susto. Por un segundo estuvo casi segura de que de la pared se había asomado una picara carita barbuda y que le había hecho un gesto. Se obligó a sí misma a detenerse y mirar hacia allá. Lo que vio no era precisamente una cara, sino un pequeño espejo del mismo tamaño y forma de su propia cara, con pelo en la parte de arriba, y una barba que colgaba de él, de tal modo que al mirarse en el espejo, tu propia cara calzaba en el pelo y la barba, y parecía que eran tuyos.

“Al pasar por aquí vi por el rabillo del ojo mi propio reflejo en el

espejo", se dijo. "Eso fue todo. Es bastante inofensivo".

Pero no le gustó cómo se veía su cara con esa barba y ese pelo, y siguió su camino. (No tengo la menor idea para qué servirá el espejo barbón, puesto que no soy mago).

Antes de llegar a la última puerta a la izquierda, Lucía empezó a preguntarse si el corredor no se habría alargado desde que ella comenzó a caminar por él y si eso sería parte de la magia de la casa. Pero finalmente llegó a la puerta; estaba abierta.

Era una pieza amplia con tres grandes ventanas y estaba llena de libros desde el suelo hasta el techo; Lucía jamás había visto tantos libros: libritos diminutos, libros gordos y serios, y algunos más grandes que cualquier Biblia de iglesia que hayas visto; todos forrados en cuero, y olían a antigüedad, a sabiduría y a magia. Pero ella sabía, por las instrucciones que le dieron, que no debía preocuparse por esos libros, ya que *el* libro, el Libro Mágico, estaba sobre una mesa de lectura, justo en medio de la habitación. Lucía se dio cuenta de que tendría que leerlo de pie (además, no había ninguna silla), *y* también que debería dar la espalda a la puerta mientras leía, de modo que se dio vuelta de inmediato para cerrar la puerta.

Pero la puerta no cerraba.

Puede que algunas personas no estuvieran de acuerdo en esto con Lucía; sin embargo, a mi parecer, hizo lo correcto. Dijo que no le habría importado si hubiera podido cerrar la puerta, pero que era desagradable tener que estar parada en un lugar como ése con una puerta abierta justo a sus espaldas. En su lugar, yo me habría sentido igual. Pero no había nada más que hacer.

Una cosa que la inquietaba bastante era el tamaño del Libro. La Voz Jefe había sido incapaz de darle una idea de en qué parte del Libro se hallaba el conjuro para hacer visibles las cosas. Es más, pareció sorprenderse con su pregunta. El esperaba que Lucía comenzara a buscar desde el principio, y siguiera hasta dar con la fórmula. Es obvio que no se le había pasado por la mente que existiera otra forma de buscar algo en un libro.

—¡Pero esto me tomará días y meses! —dijo Lucía mirando el inmenso volumen—; ya me siento como si estuviese aquí desde hace horas.

Se acercó a la mesa y apoyó su mano en el Libro; al hacerlo sintió un hormigueo en sus dedos, como si estuviera lleno de electricidad. Trató de abrirlo, pero al principio no pudo; sin embargo, esto fue porque estaba sujeto por dos cierres de plomo, y una vez que los soltó, el libro se abrió fácilmente. Y ¡qué libro!

Estaba escrito, no impreso. Escrito en una caligrafía clara y pareja, con letra grande, de trazos gruesos hacia abajo y delgados hacia arriba, más fácil de leer que los impresos, y tan hermosa, que Lucía se quedó contemplándola durante unos segundos, y se olvidó de leer. El papel era liso y suave, y despedía un agradable aroma; y había dibujos en los márgenes y alrededor de las grandes y coloridas mayúsculas al principio de cada conjuro.

No tenía títulos ni subtítulos; los conjuros comenzaban de inmediato. Al principio, Lucía no encontró nada importante en ellos. Eran remedios para las verrugas (lavándose las manos a la luz de la luna, en una palangana de plata), para los dolores de muela y calambres, y también había uno para sacar enjambres de abejas. El cuadro del hombre con dolor de muelas era tan real, que si lo mirabas mucho rato podía hacerte doler tus propias muelas; y las abejas doradas, que salpicadas por todos lados en el cuarto conjuro, parecía como si realmente estuvieran volando.

A Lucía le costó mucho salir de esa primera página, mas cuando le dio vuelta se encontró con que la segunda era igualmente interesante.

“Pero tengo que seguir adelante”, se dijo.

Y avanzó cerca de treinta páginas. De haber podido recordarlas, le habrían enseñado cómo encontrar tesoros enterrados, cómo recordar cosas olvidadas, cómo olvidar las cosas que quieres olvidar, cómo saber si los demás dicen la verdad, cómo llamar (o prevenir) la lluvia, el viento, la niebla, la nieve y el aguanieve; cómo producir sueños encantados y cómo dar a un hombre una cabeza de burro (como hicieron con el pobre Bottom). Y mientras más leía, más maravillosos y reales eran los dibujos.

Luego llegó a una página con tal despliegue de ilustraciones que casi no se distinguía la escritura. Apenas se podía leer, pero Lucía *sí* reparó en las primeras palabras. Estas eran: “Un hechizo infalible para hacer de quien lo pronuncie el ser más hermoso de entre los mortales”. Lucía acercó su cara a la página y fijó la vista en los dibujos, y aunque al principio parecían estar amontonados y enredados, ahora podía distinguirlos más claramente.

La primera ilustración mostraba a una niña parada frente a un escritorio leyendo un libro inmenso; estaba vestida exactamente igual a ella. En la siguiente, Lucía (porque la niña del dibujo era la misma Lucía) estaba de pie con la boca abierta y una expresión bastante terrible en la cara, cantando o recitando algo. En la tercera lámina ya tenía la belleza más allá de todo lo mortal. Era extraño, considerando lo pequeños que se veían los dibujos al principio, que ahora la Lucía del cuadro pareciera ser casi del mismo tamaño que la Lucía real; ambas se miraron a los ojos y la verdadera Lucía apartó su mirada a los pocos segundos, deslumbrada con la belleza de la otra Lucía, aunque aún podía ver alguna semejanza con sus propios rasgos en esa hermosa cara. De pronto las ilustraciones comenzaron a agolparse

rápidamente una tras otra. Se vio sentada en un trono, en las alturas, en un gran torneo en Calormania, y todos los reyes del mundo peleaban por su belleza. Después de esto, los torneos se transformaron en guerras de verdad, y tanto Narnia como Arquenlandia, Telmaria, Calormania, Galma y Terebintia fueron devastados por la furia de los reyes, duques y grandes señores, que peleaban por sus favores. Luego cambió, y Lucía, que seguía teniendo esa belleza superior a la de todos los mortales, estaba de vuelta en Inglaterra, y Susana (que siempre había sido la belleza de la familia) había regresado de Estados Unidos. La Susana del cuadro era igual a la verdadera Susana, pero menos bonita y con una expresión antipática. Y Susana estaba celosa de la deslumbrante belleza de Lucía, pero esto no tenía importancia, pues a nadie le interesaba Susana ahora.

—Diré el conjuro —dijo Lucía—. No me importa, lo diré.

Dijo “no me importa”, pues tenía el fuerte presentimiento de que no debía hacerlo. Pero cuando volvió a mirar las primeras palabras del conjuro, ahí, en medio de la escritura, donde estaba muy segura de que antes no había ningún dibujo, vio una enorme cara de león, del León, del propio Aslan, que la miraba fijamente. Estaba pintado de un dorado tan intenso, que parecía como si fuera a salir de la página hacia ella; y a decir verdad, más tarde no estuvo muy segura de que no se hubiera movido un poco. De cualquier forma, ella conocía muy bien esa expresión de su rostro. Gruñía mostrando todos sus dientes. Lucía se asustó terriblemente y, de inmediato, dio vuelta a la página.

Poco después llegó a un conjuro que permitía saber lo que los amigos pensaban de uno. Lucía, que había querido de todo corazón ensayar el otro conjuro, el que la haría ser la más hermosa de los mortales, decidió que diría este conjuro para suplir el no haber dicho el otro. Y muy apurada, por miedo a cambiar de opinión, dijo las palabras. (Nada me convencerá a decirles cuáles eran esas palabras). Luego esperó a ver qué ocurría.

Como no pasaba nada, empezó a mirar los dibujos. De pronto vio lo último que habría esperado; en el dibujo había un carro de tren de tercera clase y, adentro, dos colegialas sentadas. Lucía las reconoció de inmediato. Eran Margarita Preston y Ana Featherstone. Y ahora era más real que un simple dibujo, tenía vida. Podía ver que por la ventana se divisaban los postes del telégrafo pasando como flechas. Podía ver a las dos niñas riendo y conversando y, luego, poco a poco (como cuando se sintoniza la radio), escuchó lo que hablaban.

—¿Podré verte un poco más este trimestre? —decía Ana—, ¿o vas a seguir estando tan agarrada por Lucía Pevensie?

—No entiendo qué quieres decir con eso de agarrada —dijo Margarita.

—Claro que lo entiendes —dijo Ana—. El trimestre pasado te morías por ella.

—No pienso —respondió Margarita—. No soy tan tonta. Lucía no es una niña mala, a su manera, pero empecé a cansarme de ella antes de que terminara el trimestre.

—¡Muy bien, entonces no te volverá a pasar nunca más! —gritó Lucía —. ¡Pequeña bestia hipócrita!

Pero el sonido de su propia voz, de inmediato, le recordó que estaba hablando con un dibujo y que la verdadera Margarita estaba muy lejos, en otro mundo.

“Bien —se dijo Lucía—. Yo pensaba mucho mejor de ella; hice montones de cosas por ayudarla en el último trimestre, y fui su amiga cuando pocas se le acercaban. Y ella lo sabe muy bien. ¡Y decírselo a Ana Featherstone, precisamente! Me pregunto si todas mis amigas serán iguales. Aquí hay muchos cuadros más. No. No miraré ni uno más. ¡No miraré! ¡No miraré!”

Con gran esfuerzo volvió la página, pero antes un lagrimón de rabia salpicó la hoja.

En la próxima página encontró un conjuro “para fortalecer el espíritu”. Aquí había menos ilustraciones, pero eran muy bonitas. Y lo que leyó parecía más bien un cuento que un hechizo. Eran tres páginas y, antes de terminar la primera, se había olvidado de que estaba leyendo. Estaba viviendo la historia como si fuera real y todos los dibujos eran reales también. Al llegar a la tercera página, y después de leer el final, se dijo:

“Es la historia más linda que he leído en toda mi vida y que leeré jamás. Me encantaría seguir leyéndola diez años más. Por lo menos, la voy a leer de nuevo”.

Pero aquí entró en juego parte de la magia del Libro. No se podía volver atrás. Las páginas siguientes, las de la derecha, podían ser dadas vuelta, pero las de la izquierda, no.

—¡Qué pena! —dijo Lucía—. Tenía tantas ganas de volverla a leer. Bueno, por lo menos la podré recordar. A ver... se trataba de... de... ¡Dios mío! Todo se está desvaneciendo otra vez. Hasta esta última página está quedando en blanco. Este es un libro bien misterioso. ¿Cómo pude haber olvidado? Se trataba de una copa... y una espada y... un árbol... y un cerro verde, eso lo sé, pero no puedo recordar, ¿qué voy a hacer?

Nunca lo pudo recordar y, desde ese día, para Lucía una buena historia es alguna que le recuerda la historia olvidada del Libro del Mago.

Dio vuelta la hoja y, para su sorpresa, encontró una página sin ningún dibujo; pero las primeras palabras eran las siguientes:

"Un conjuro para hacer visibles las cosas escondidas".

Lucía leyó todo para estar segura de todas las palabras difíciles y, luego, lo dijo en voz alta. De inmediato vio que había dado resultado, pues a medida que hablaba comenzaron a colorearse las letras mayúsculas del encabezamiento de la página, y empezaron a aparecer los dibujos en los márgenes. Era como cuando uno sostiene junto al fuego algo que está escrito con tinta invisible y la escritura comienza a aparecer en forma gradual; sólo que en este caso, en vez del sucio color del jugo de limón (que es la tinta invisible más fácil), los colores eran dorado, azul y rojo. Eran dibujos extraños con personajes que a Lucía no le gustaban mucho.

Entonces pensó:

"Supongo que habré hecho todo visible, y no sólo a los golpeadores. Debe haber montones de otras cosas invisibles vagando en un lugar como éste. No estoy segura de si me gustaría verlas todas".

En ese momento oyó pisadas silenciosas y pesadas que se acercaban por el corredor tras ella y, por supuesto, se acordó de lo que le habían dicho acerca del mago, que caminaba con los pies descalzos, sin hacer más ruido que un gato. Siempre es mejor darse vuelta que sentir algo que se acerca con sigilo a nuestras espaldas. Así lo hizo Lucía.

Luego su cara se iluminó por un momento (por supuesto que ella no lo sabía) haciéndola verse casi tan hermosa como la Lucía del dibujo, y corrió hacia delante dando un grito de gozo y con los brazos estirados, pues quien estaba en la puerta era Aslan en persona, el León, el más grande de todos los grandes reyes. Se veía fuerte y real y amistoso, y permitió que Lucía lo besara y se refugiara en su melena resplandeciente. Y Lucía hasta se atrevió a pensar que el ruido bajo, semejante a un terremoto que sentía dentro del León, era un ronroneo.

—¡Oh, Aslan! —le dijo—. Fuiste muy bueno al venir aquí.

—He estado aquí todo el tiempo —dijo él—, pero me acabas de hacer visible.

—¡Aslan! —le dijo Lucía casi como un reproche—. No te rías de mí. Como si cualquier cosa que *yo* pudiera hacer te volviera visible a *ti.*

—Así fue —dijo Aslan—. ¿Crees que no iba a obedecer mis propias reglas?

Después de una breve pausa, el León habló nuevamente.

—Niña —le dijo—. Pienso que has sido indiscreta.

—¿Indiscreta?

—Escuchaste lo que dos de tus compañeras de colegio hablaban de ti.

—¡Ah, eso! Yo nunca pensé que eso era escuchar a escondidas, Aslan. ¿No era magia?

—Espiar a las personas con magia, es exactamente igual que espiarlas de cualquier otra manera. Y tú juzgaste mal a tu amiga. Ella es débil pero te quiere. Le tuvo miedo a la muchacha mayor, y dijo algo que no sentía.

—Creo que jamás podré olvidar lo que la oí decir.

—No, no lo olvidarás.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Lucía—. ¿Lo eché todo a perder? ¿Quieres decir que de no haber sido por esto, habríamos seguido siendo amigas, realmente buenas amigas, durante toda la vida quizás, y que ahora jamás lo seremos?

—Hija —dijo Aslan—, ¿no te expliqué una vez que a nadie se le dice jamás lo que *podría haber pasado?*

—Sí, Aslan, sí, me lo dijiste —respondió Lucía—. Perdóname. Pero, por favor… —Continúa, mi querida niña. —¿Podré alguna vez volver a leer esa historia, aquella que no puedo recordar? ¿Me la contarás, Aslan? ¡Oh, cuéntamela, por favor, cuéntamela, cuéntamela!

—Por supuesto que sí, te la voy a contar por años y años. Pero ahora ven. Debemos saludar al dueño de esta casa.

XI
LOS ZONZOPODOS FUERON FELICES

Lucía siguió al gran León hacia el pasillo y de inmediato vio a un hombre viejo y descalzo, vestido de rojo, que se dirigía hacia ellos. Su cabeza blanca estaba coronada por una guirnalda de hojas de roble, la barba le llegaba hasta el cinturón, y se apoyaba en un bastón curiosamente labrado. Al ver a Aslan, el viejo se inclinó en una profunda reverencia y dijo:

—Bienvenido, Señor, a la más humilde de tus casas. —Coriakin, ¿estás cansado de gobernar a esos súbditos tan tontos que te encargué?

—No —dijo el mago—. Son bastante estúpidos, pero no hacen daño. Incluso hasta he llegado a sentir cariño por esas criaturas. A veces, tal vez, me impaciento esperando que llegue el día en que pueda gobernarlos con sabiduría en vez de tener que hacerlo con esta burda magia.

—Todo a su tiempo, Coriakin —dijo Aslan.

—Sí, Señor, todo a su debido tiempo —fue la respuesta—. ¿Piensas mostrarte ante ellos, Señor?

—No —dijo el León con un semigruñido que parecía una risa (pensó Lucía)—. De seguro los asustaría hasta la locura. Habrá muchas estrellas que envejecerán y bajarán a descansar a alguna isla, antes de que tu pueblo esté preparado para verme. Y hoy día, antes de que se ponga el sol, debo visitar a Trumpkin, el Enano, que está en el palacio de Cair Paravel, contando los días que faltan para que vuelva Caspian, su amo. Le relataré toda tu historia, Lucía. No estés triste. Pronto nos volveremos a encontrar.

—Por favor, Aslan —dijo Lucía—. ¿A qué llamas pronto?

—Para mí, cualquier plazo es pronto —dijo Aslan, y desapareció en un instante, y Lucía se quedó sola con el mago.

—¡Se ha ido! —dijo él—, y nos ha dejado bien alicaídos. Siempre pasa lo mismo, no lo puedes retener como si fuera un león domesticado. Pero, dime, ¿te gustó mi libro?

—Algunas partes me gustaron mucho —dijo Lucía—. ¿Tú sabías todo el tiempo que yo estaba aquí?

—Por supuesto que sí. Desde que dejé que los Zonzos se volvieran invisibles supe que pronto vendrías a quitarles el hechizo. No sabía el día exacto. Y esta mañana no estaba vigilando en una forma especial. Verás, ellos me volvieron invisible a mí también, y el ser invisible siempre me ha dado

muchísimo sueño. ¡Ouuu!, ya estoy bostezando de nuevo. ¿Tienes hambre?

—Sí, tal vez un poco —dijo Lucía—. No tengo idea qué hora será.

—Ven —dijo el mago—. Puede que para Aslan todas las horas sean pronto, pero en mi casa todas las horas de hambre son la una de la tarde.

El mago guió a Lucía un poco más allá por el pasillo, y abrió una puerta. Al entrar, Lucía se encontró en una habitación muy agradable, llena de sol y de flores. La mesa estaba vacía, pero no cabía duda de que era una mesa mágica; y a una palabra del anciano aparecieron un mantel, fuentes y cubiertos de plata, copas y botellas de cristal, y comida.

—Espero que te guste —le dijo—. He tratado de darte la comida más parecida a la de tu mundo, que tal vez no hayas probado últimamente.

—Es delicioso —dijo Lucía.

Y de hecho lo era: una tortilla muy caliente, cordero frío con arvejas, helado de frutilla, jugo de limón para tomar con la comida y después una taza de chocolate.

Pero el mago sólo tomó vino y comió pan. En él no había nada que infundiera temor, y pronto ambos estuvieron charlando como viejos amigos.

—¿Cuándo funcionará el conjuro? —preguntó Lucía—. Los Zonzos, ¿se harán visibles de inmediato?

—¡Oh, sí! Ellos ya son visibles, pero probablemente estén todos dormidos todavía; siempre toman un descanso a mediodía.

—Y ahora que son visibles, ¿harás que dejen de ser feos y que vuelvan a ser como eran antes?

—Bueno, este es un asunto un tanto delicado —dijo el mago—. *Ellos* son los únicos que piensan que antes eran bonitos. Dicen que los afearon, pero yo no diría eso. Mucha gente pensaría que el cambio fue para mejor.

—¿Son muy vanidosos?

—Lo son, o al menos el Jefe lo es, y les ha enseñado a los demás. Siempre creen todo lo que les dice.

—Ya nos dimos cuenta —dijo Lucía.

—Sí, nos habría ido mejor sin él, en cierta manera. Claro que yo podría convertirlo en alguna otra cosa, o incluso poner sobre él un hechizo

para que no creyeran ni una palabra de lo que dice, pero no me gustaría hacer eso. Es mejor que lo admiren a él, antes de que no admiren a nadie.

—¿No te admiran a ti? —preguntó Lucía.

—¡Oh, no! A mí no —dijo el mago—. Ellos no me admirarían a *mí.*

—¿Por qué los volviste feos?..., digo, lo que ellos llaman feo.

—Bueno, ellos no querían hacer lo que se les ordenó. Su trabajo consiste en cuidar el jardín y producir el alimento, no para mí, como ellos imaginan, sino para ellos mismos. No harían nada si no los obligara. Y, por supuesto, en un jardín necesitas agua. Cerca de media milla arriba, en el cerro, hay un hermoso manantial y desde allí fluye un arroyo que pasa justo por el jardín. Lo único que les pedía era que recogieran agua en el arroyo, en vez de hacer la cansadora caminata con sus baldes dos o tres veces al día hasta el manantial, agotándose y derramando la mitad del agua al regresar. Pero ellos no entendieron y, al final, se negaron categóricamente.

—¿Son en realidad tan estúpidos? —preguntó Lucía.

El mago suspiró:

—No te podrías imaginar los problemas que he tenido con ellos. Hace algunos meses decidieron que lavarían los platos y cuchillos antes de comer; decían que así ahorrarían tiempo después. Otra vez los sorprendí plantando papas cocidas, para no tener que cocinarlas cuando las cosecharan. Un día, el gato se metió en la lechería, y veinte de ellos se dedicaron a sacar fuera toda la leche; ninguno pensó en sacar al gato. Bueno, veo que terminaste. Vamos a mirar a los Zonzos ahora que se pueden ver.

Entraron a otra habitación que estaba llena de instrumentos muy pulidos y que era difícil entender para qué servían, tales como astrolabios, planetarios antiguos, cronoscopios, poesímetros, coriambos y teodolitos... Al llegar a la ventana, el mago dijo:

—Allá están tus Zonzos.

—No veo a nadie —dijo Lucía—. Pero ¿qué son esas cosas que parecen hongos?

Las cosas que ella mostraba estaban esparcidas por todo el pasto y, ciertamente, eran muy similares a los hongos, pero mucho más grandes; el tallo medía como un metro de altura, y el paraguas, más o menos lo mismo de un lado a otro. Al observarlos más detenidamente, Lucía se dio cuenta también de que el tallo estaba unido al paraguas no en la mitad, sino a un lado, lo que les daba un aspecto de desequilibrio. Y había algo, una especie de

pequeño bulto apoyado en el pasto al pie de cada tallo. Pero mientras más fijo los miraba, encontraba que tenían menos apariencia de hongos. La parte del paraguas en realidad no era redonda como creyera en un principio. Era más larga que ancha, y se ensanchaba más en un extremo. Eran muy numerosos, había cincuenta o más.

El reloj dio las tres.

En ese momento ocurrió algo extraordinario. De pronto todos los hongos se pusieron boca arriba. Los pequeños bultos que estaban a los pies de los tallos eran cabezas y cuerpos. Los tallos eran piernas, pero cada cuerpo no tenía dos piernas, sino sólo una pierna gruesa, justo debajo (no a un lado como si fuera un hombre con una sola pierna), y al final de ésta, un gran pie, un pie de dedos anchos que se curvaban un poco hacia arriba, de modo que semejaban pequeñas canoas. Lucía comprendió de inmediato por qué le parecieron hongos. Habían estado tendidos de espalda, cada uno con su única pierna estirada muy derecha, en el aire, y su enorme pie extendido. Más tarde, supo que esa era la forma en que acostumbraban descansar, porque el pie los protegía tanto del sol como de la lluvia, y que para un monópodo recostarse bajo su propio pie es como estar en una tienda.

—¡Oh! Son lo más divertido que he visto —gritó Lucía, rompiendo en carcajadas—. ¿Tú los hiciste así?

—Sí, sí. Yo convertí a los Zonzos en monópodos —dijo el mago, riéndose también, mientras le corrían las lágrimas por las mejillas—. Pero míralos —añadió.

En realidad era digno de verse. Como es lógico, estos hombrecitos de una sola pierna no podían caminar ni correr como nosotros. Se desplazaban a saltos, igual que si hubieran sido pulgas o sapos. ¡Y qué saltos daban!... Como si cada uno de esos enormes pies fuera un manojo de resortes. ¡Y qué rebotes daban al caer! Esto era lo que producía el ruido de golpes que tanto había confundido a Lucía el día anterior. En este momento saltaban por todas partes, gritándose unos a otros.

—¡Oigan, amigos, somos visibles de nuevo!

—Somos visibles —dijo uno que usaba una gorra con borlas rojas y que, sin lugar a dudas, era el Jefe de los monópodos—. Y me parece que somos visibles, porque nos podemos ver unos a otros.

—Eso es, Jefe, eso es —gritaron los demás—. Ese es el punto. Nadie tiene una mente más clara que la tuya. No lo podías haber dicho más claro.

—Pilló al viejo desprevenido, esa niñita —dijo el Jefe monópodo—. Esta vez lo hemos vencido.

—Es justo lo que íbamos a decir nosotros —cantó el coro—. Hoy estás más fuerte que nunca, Jefe. ¡Sigue, sigue!

—¿Ellos se atreven a hablar así de ti? —preguntó Lucía—. Ayer parecían temerte tanto. ¿No saben que podrías estar escuchándolos?

—Esa es una de las cosas divertidas de los Zonzos respondió el mago —. A veces hablan de mí como si yo lo organizara todo y oyera todo, y como si fuese sumamente peligroso, y al minuto siguiente piensan que me pueden engañar con trucos que hasta un niño puede descubrir. ¡Son increíbles!

—¿Tienen que volver a su verdadera apariencia? preguntó Lucía—. Ojalá no sea una crueldad dejarlos como están. ¿Crees que a ellos les importaría mucho? Se ven tan contentos. ¡Mira, mira ese salto! Pero dime, ¿cómo eran antes?

—Simples enanitos —dijo el mago—, aunque no tan simpáticos como los que hay en Narnia.

—Sería una lástima volver a transformarlos —dijo Lucía—, son tan graciosos y muy simpáticos. ¿Piensas que vale la pena que se los diga?

—Estoy seguro de que sí, si es que logras metérselo en la cabeza.

—¿Vendrás conmigo a intentarlo? —No, no. Te irá mucho mejor sin mí.

—Un millón de gracias por el almuerzo —dijo Lucía, y se alejó con rapidez.

Bajó corriendo la escalera, que con tantos nervios había subido esa mañana y al llegar abajo chocó con Edmundo. Todos los otros estaban esperando con él y, al ver sus caras de ansiedad, a Lucía le remordió la conciencia y se dio cuenta de todo el tiempo que había pasado sin acordarse de ellos.

—No se preocupen —gritó—. Todo está bien. El mago es un tesoro... y ¡lo he visto a *él...,* a Aslan!

Después de esto se alejó de ellos, rápida como el viento, y salió al jardín. Allí la tierra se estremecía con los saltos de los monópodos, y en el aire resonaban sus gritos, que se redoblaron al divisar a Lucía.

—Aquí viene, aquí viene —gritaron—. ¡Tres vivas por la niñita! Engañó muy bien al viejo, esta niña.

—Lamentamos muchísimo —dijo el Jefe monópodo— que no podamos darte el placer de vernos como éramos antes que nos afearan, pues no podrías creer la diferencia, y es cierto, ya que no se puede negar que ahora somos mortalmente feos, de modo que no te vamos a mentir.

—Eso es lo que somos, Jefe. Eso es lo que somos —corearon los demás, rebotando como si fuesen pelotas de juguete—. Tú lo has dicho, tú lo has dicho.

—Pero yo no creo que lo sean en lo más mínimo —dijo a gritos Lucía, para hacerse oír—. Pienso que se ven muy bien.

—¡Oigan, oigan lo que ella dice! —vocearon los monópodos—. Dices la verdad, querida. Nos vemos muy bien. No podrías encontrar otro grupo más hermoso.

Decían esto sin ni asomo de sorpresa, y parecían no darse cuenta de que habían cambiado de opinión.

—Ella quiso decir —aclaró el Jefe monópodo— que qué bien nos veíamos antes de que nos afearan.

—Tienes razón, Jefe, tienes razón —cantaron los monópodos—. Eso fue lo que ella dijo, nosotros la oímos.

—Yo no dije eso —gritó Lucía—. Dije que son muy agradables *ahora*. Lo dijo, lo dijo —reiteró el Jefe—. Dijo que éramos muy agradables entonces.

—Escúchenlos, escúchenlos —dijeron los monópodos—. Hacen un par perfecto. Siempre tienen la razón. No podrían haberlo dicho mejor.

—Pero si estamos diciendo justo lo contrario —dijo Lucía, golpeando impacientemente con el pie.

—Eso es, seguro, eso es —dijeron todos—. No hay nada como lo contrario. Sigan ustedes dos.

—Ustedes son capaces de volver loco a cualquiera —dijo Lucía y se dio por vencida.

Pero los monópodos parecían estar perfectamente felices y Lucía decidió que, en el fondo, la conversación había sido un éxito.

Aquella tarde antes de acostarse ocurrió algo más que hizo que los monópodos estuvieran aún más satisfechos de tener una sola pierna. Caspian y todos los narnianos volvieron a la playa lo antes posible para dar noticias suyas a Rins y a los demás a bordo del *Explorador del Amanecer,* que ya

estaban bastante preocupados. Por supuesto que los monópodos los acompañaron rebotando como pelotas de fútbol y afirmando a grandes voces lo que decían los demás, hasta que Eustaquio dijo:

—Me gustaría que el mago los hiciera inaudibles en vez de invisibles.

Pronto se arrepintió de lo que había dicho, pues tuvo que explicarles que una cosa inaudible es algo que no se puede oír y, aunque le tomó mucho trabajo hacer esto, nunca supo si los monópodos entendieron o no. Y lo que más le molestó fue lo que dijeron al final:

—Oye, tú no puedes hablar como nuestro Jefe, pero algún día aprenderás, jovencito. Escúchalo a él, y él te enseñará cómo decir las cosas. ¡Ahí tienes a un gran orador!

Al llegar a la bahía, Rípichip tuvo una brillante idea. Hizo bajar su pequeña barquilla y se dedicó a remar, hasta que los monópodos se manifestaron sumamente interesados. Entonces se puso de pie dentro de su embarcación y dijo:

—Respetables e inteligentes monópodos: ustedes no necesitan botes, ya que cada uno posee un pie que puede reemplazarlo. Sólo tienen que saltar sobre el agua lo más suave que puedan, y verán lo que ocurre.

El Jefe monópodo se quedó atrás y advirtió a los otros que encontrarían el agua sumamente mojada, pero uno o dos de los más jóvenes hicieron la prueba casi de inmediato y, luego, unos cuantos más siguieron su ejemplo y finalmente el grupo entero hizo lo mismo y todo salió perfectamente bien. El único e inmenso pie de los monópodos hacía las veces de una balsa o bote natural, y cuando Rípichip les enseñó cómo cortar remos firmes para ellos, todos remaron por la bahía y alrededor del *Explorador del Amanecer,* dando la impresión de que se trataba verdaderamente de una flota completa de pequeñas canoas con un enano gordo parado en la popa de cada una de ellas. Hicieron carreras, y del barco bajaron botellas de vino para dárselas como premio, y los marineros se asomaban por los costados del barco, riéndose hasta que empezaron a dolerles sus propios costados.

Los Zonzos también estaban contentos con su nuevo nombre de “monópodos”, que les parecía un nombre magnífico, a pesar de que nunca lo pudieron aprender bien.

—Eso es lo que somos —gritaban—. Monipudos, Pomonodos, Podimonos. Justo el nombre que teníamos en la punta de la lengua.

Pero muy pronto se les enredó con su antiguo nombre de Zonzos; finalmente se acostumbraron a llamarse Zonzópodos, y lo más probable es que así se llamarán por siglos.

Esa noche los narnianos cenaron con el mago en el piso de arriba, y Lucía se dio cuenta de lo diferente que se veía todo ahora que no le tenía miedo. Los misteriosos signos en las puertas continuaban siendo misteriosos, pero ahora parecían tener significados amables y alegres, e incluso el espejo barbón ahora parecía más divertido que atemorizador. Por arte de magia, cada uno tuvo a la cena lo que más le gustaba comer y beber, y después el mago realizó una obra de magia muy hermosa y útil. Extendió sobre la mesa dos hojas de pergamino en blanco y pidió a Drinian que le relatara detalladamente su viaje hasta esa fecha y, a medida que Drinian hablaba, todo lo que decía quedaba grabado en el pergamino, con líneas claras y delgadas, hasta que al final cada una de las hojas quedó transformada en un mapa espléndido del océano oriental, donde veían Galma, Terebintia, Las Siete Islas, las Islas Desiertas, la Isla Dragón, Isla Quemada, Aguas de Muerte y la propia Isla de los Zonzos, todas del tamaño correcto y en las posiciones adecuadas. Estos fueron los primeros mapas de esos mares y mejores que los que se han hecho después sin la ayuda de la magia. Porque en ellos, aunque al principio los pueblos y montañas se veían como en cualquier mapa común, cuando el mago les prestó un magnífico cristal, podías ver que eran perfectas fotografías en miniatura de las cosas reales, de modo que veías el verdadero castillo y el mercado de esclavos y las calles de Cielo Angosto, todo muy claro, aunque muy distante, como se ven las cosas por el revés del telescopio. El único inconveniente era que la línea de la costa estaba incompleta en la mayoría de las islas, puesto que el mapa mostraba sólo lo que Drinian había visto con sus propios ojos. Cuando terminaron, el mago se quedó con uno para él y el otro se lo regaló a Caspian; aún está colgado en la Sala de los Instrumentos en Cair Paravel. Pero el mago no pudo decirles nada sobre mares o tierras más hacia el este. Sin embargo, les contó que cerca de siete años atrás había anclado en sus mares un barco narniano y que a bordo viajaban cuatro caballeros: lord Revilian, lord Argoz, lord Mavramorn y lord Rup. Dedujeron, por lo tanto, que el hombre dorado que habían visto muerto en Aguas de Muerte debía ser lord Restimar.

Al día siguiente, el mago, con su magia, reparó la popa del *Explorador del Amanecer* que había sido dañada por la serpiente marina, y lo cargó con regalos de gran utilidad. Hubo una despedida muy amistosa, y cuando zarparon, dos horas después del mediodía, todos los Zonzópodos los acompañaron remando con sus paletas hasta la entrada del puerto y los vitorearon hasta que el barco estuvo fuera del alcance de sus gritos.

XII
LA ISLA OSCURA

Después de esta aventura, navegaron hacia el sur y un poco en dirección este durante doce días, con viento suave, los cielos casi siempre claros y el aire tibio, y no vieron pájaros ni peces, salvo una vez que divisaron una ballena lanzando su chorro, a lo lejos, a estribor. En esa etapa Lucía y Rípichip jugaron mucho al ajedrez. Al decimotercer día, Edmundo, desde la cofa de combate, avistó algo parecido a una gran montaña oscura que surgía del mar a babor de la proa.

Alteraron el curso y se dirigieron hacia esa tierra, a remo la mayor parte del tiempo, porque el viento no era favorable para navegar a vela en dirección noreste. Al caer la tarde, aún estaban muy lejos y continuaron remando toda la noche. A la mañana siguiente, había buen tiempo, pero una calma aplastante. La masa oscura estaba al frente, mucho más cercana y grande, pero muy borrosa todavía, de modo que algunos pensaban que aún estaba bastante lejos, y otros, que estaban entrando en una bruma.

De súbito, alrededor de las nueve de la mañana, estaban tan cerca que pudieron ver que no era tierra en absoluto, ni siquiera una bruma en un sentido correcto de la palabra. Era una Oscuridad. Es bastante difícil describir una oscuridad, pero comprenderás mejor si te imaginas que estás mirando la boca del túnel de un tren, pero un túnel tan largo, o con tantas curvas, que no puedes ver la luz al final. Y tú sabes cómo debería ser. A los pocos metros verías los rieles, los durmientes y el ripio a plena luz de día; luego vendría un sector donde se estaría en el crepúsculo; y después, muy de repente, pero por supuesto sin una línea divisoria definida, todo se desvanecería completamente en una negrura pareja y densa. Lo mismo ocurría aquí, pues a pocos metros frente a proa podían ver el oleaje del agua de brillantes tonos verde-azul. Más allá, podían advertir que el agua se veía un poco más pálida y gris, como se ve al atardecer. Pero aún más allá, una completa oscuridad, como si hubiesen llegado al límite de una noche sin luna y sin estrellas.

Caspian gritó al contramaestre que detuviera el barco, y todos, menos los remeros, se precipitaron a proa a mirar, poro no había nada que ver a simple vista. Tras ellos estaban el mar y el sol; delante, la Oscuridad.

—¿Nos metemos allí? —preguntó Caspian finalmente.

—Yo no lo aconsejaría —dijo Drinian.

—El capitán tiene razón —opinaron varios marineros.

—Yo también lo creo —dijo Edmundo.

Lucía y Eustaquio no hablaron nada, pero en su interior estaban muy contentos del aspecto que parecían estar tomando las cosas. Pero de pronto la voz clara de Rípichip rompió el silencio:

—¿Y por qué no? —dijo—. ¿Alguien me puede explicar por qué no?

Ninguno tenía muchas ganas de explicar nada, así es que Rípichip continuó:

—Si hablase a campesinos o esclavos —dijo—, pensaría que tal proposición nace de la cobardía. Pero espero que jamás se pueda decir en Narnia que un grupo de personas nobles y príncipes en la flor de la edad, pusieron pies en polvorosa por temor a la oscuridad.

—Pero ¿qué clase de utilidad tendría abrirse camino por esa negrura? —preguntó Drinian.

—¿Utilidad? —replicó Rípichip—. ¿Utilidad, capitán? Si por utilidad usted entiende llenarnos los estómagos o los bolsillos, confieso que no sería de ninguna utilidad. Pero hasta donde yo sé, no nos hicimos a la mar para buscar cosas útiles, sino para buscar honor y aventuras. Y aquí se nos presenta la aventura más fantástica que jamás he oído, y aquí, si nos devolvemos, se pone en tela de juicio todo nuestro honor.

Varios de los marineros susurraron cosas como “al diablo con el honor”, pero Caspian dijo:

—¡Oh, qué molestoso eres, Rípichip! Casi desearía haberte dejado en casa. ¡Está bien! Si lo pones así, supongo que tendremos que seguir adelante. A menos que Lucía prefiera que no.

Lucía habría preferido con toda su alma no continuar, pero lo que dijo en voz alta fue:

—Estoy lista.

—¿Al menos hará encender luces, su Majestad? —preguntó Drinian.

—De todos modos —dijo Caspian—. Encárgate de eso, capitán.

De este modo se encendieron los tres faroles, el de popa, el de proa y uno en lo alto del mástil, y Drinian mandó traer dos antorchas para poner al medio del barco. Se veían pálidas y débiles a la luz del sol. Luego mandaron a cubierta a todos los hombres, salvo los que estaban abajo, a cargo de los remos; armados hasta los dientes, se situaron en sus puestos de batalla con las espadas desenvainadas. En la cofa de combate estaban Lucía y dos arqueros con sus arcos tensados y las flechas en las cuerdas. El marinero

Rynelf se encontraba en la proa con su sonda lista para medir la profundidad. Rípichip, Edmundo, Eustaquio y Caspian, con su armadura resplandeciente, estaban con él. Drinian se hizo cargo del timón.

—Y ahora, ¡en nombre de Aslan, adelante! —gritó Caspian—. Una remada suave y continua y que todos los hombres se callen y mantengan oído alerta a las órdenes.

Cuando los remeros comenzaron a remar, el *Explorador del Amanecer,* con un crujido y un gemido, empezó a deslizarse hacia adelante. Lucía, que estaba arriba, en la cofa de combate, tuvo una vista fantástica del momento justo en que penetraron en la oscuridad. La proa ya había desaparecido antes de que la luz del sol se fuera de la popa. Ella la vio irse. En un minuto la popa dorada, el mar azul y el cielo estaban a plena luz del día; al minuto siguiente, el mar y el cielo habían desaparecido, y el farol de la popa, que apenas se notara antes, era la única cosa que indicaba donde terminaba el barco. Frente al farol, Lucía pudo ver la oscura silueta de Drinian agachada sobre el timón. Justo bajo ella, las dos antorchas dejaban ver dos pequeños espacios de la cubierta, y hacían relucir las espadas y cascos; y más adelante, había otra isla de luz, en el castillo de proa. Fuera de eso, la cofa de combate, alumbrada por una luz en la punta del mástil, que estaba justo sobre ella, parecía ser un pequeño y luminoso mundo aislado que flotaba en la solitaria oscuridad. Y las mismas luces, como siempre ocurre con las luces cuando hay que encenderlas a una hora inapropiada del día, se veían pálidas y antinaturales. Lucía también se dio cuenta de que tenía mucho frío.

Nadie supo cuánto duró ese viaje en la oscuridad. De no haber sido por el crujido de los escálamos y el salpicar de los remos, nada habría indicado que se estaban moviendo.

Edmundo, que desde la proa forzaba la vista a su alrededor, no pudo ver nada, salvo el reflejo del farol en el agua, frente a él. Era una especie de reflejo grasoso, y el ruido de las olas que levantaba la proa parecía ser triste, débil y sin vida. A medida que pasaba el tiempo, todos, menos los remeros, empezaron a tiritar de frío.

De pronto, de algún lugar (ya nadie tenía ningún sentido de orientación muy claro), provino un grito, que bien se podía tratar de una voz no humana, o bien de la voz de alguien en tal estado de pánico, que casi había perdido su condición humana.

Caspian aún estaba tratando de hablar (tenía la boca muy seca), cuando se oyó la voz aguda de Rípichip, que en aquel silencio se sintió más fuerte de lo normal.

—¿Quién llama? —chilló—. Si eres un enemigo, no te tememos, y si eres un amigo, tus enemigos aprenderán a tener miedo de nosotros.

—¡Piedad! —gritó la voz—. Incluso si ustedes no son más que otro sueño, tengan piedad. Súbanme a bordo. Se lo suplico, súbanme a bordo, aunque sea para darme muerte. Pero, ¡por amor del cielo!, no se desvanezcan dejándome solo en esta horrible tierra.

—¿Dónde estás? —gritó Caspian—. Sube a bordo y seas bien venido.

Se oyó otro grito, que podía ser tanto de alegría como de terror, y supieron que alguien estaba nadando en dirección a ellos.

—Señores, prepárense para subirlo —dijo Caspian.

—A la orden, su Majestad —respondieron los marineros.

Muchos se agolparon a las amuradas a babor llevando cuerdas y uno de ellos se inclinó hacia afuera sobre uno de los costados del barco, sosteniendo una antorcha. En la oscuridad del agua apareció una cara salvaje y blanca, y luego, después de algunos forcejeos y tirones, una docena de manos amistosas subieron al desconocido a bordo.

Edmundo pensó que jamás había visto un hombre de aspecto más extraño. Aunque no parecía ser demasiado viejo, al contrario, su pelo era una desordenada mata de canas, su cara era delgada y arrugada, y por vestimenta sólo le colgaban unos andrajos empapados. Pero lo que más sorprendía eran sus ojos tan inmensamente abiertos, que parecían no tener párpados, y que miraban fijo, como en una agonía de puro miedo.

En cuanto sus pies tocaron cubierta, dijo:

—¡Huyan, huyan! Den vuelta y huyan. Remen, remen por sus vidas, fuera de esta maldita playa.

—Cálmate —dijo Rípichip— y dinos cuál es el peligro. Nosotros no estamos acostumbrados a huir.

Al oír la voz del Ratón, el desconocido se sobresaltó terriblemente, pues no lo había visto antes

—Sin embargo, saldrán huyendo de aquí —dijo jadeante—. Esta es la isla donde los sueños se hacen realidad.

—Es la isla que he buscado todo este tiempo —dijo uno de los marineros—. Imaginé que me casaría con Nancy si desembarcábamos aquí.

—Y que yo encontraría a Tomás nuevamente con vida —dijo otro.

—¡Tontos! —dijo el hombre pateando el suelo con rabia—. Este es el tipo de habladurías que me trajo hasta aquí, y la verdad es que preferiría haberme ahogado, o no haber nacido siquiera. ¿Oyeron lo que les dije? Aquí es donde los sueños, los sueños, ¿entienden?, cobran vida, se hace realidad. No los ensueños, sino los sueños.

Hubo casi medio minuto de silencio y, luego, con gran ruido de armaduras la tripulación completa se dejaba caer como podía por la escotilla principal, lo más rápido posible. Todos se precipitaron a los remos, para remar como nunca antes lo habían hecho; y Drinian hacía girar el timón, y el contramaestre fijaba el más veloz ritmo de remada que jamás se oyera en el mar. Pues había bastado sólo medio minuto para que todos recordaran ciertos sueños que habían tenido, sueños que hacían que uno tuviera miedo de volverse a dormir, y comprendieron lo que ocurriría si desembarcaban en una tierra en que los sueños se hacen realidad.

Sólo Rípichip permaneció inmóvil.

—Su Majestad, su Majestad —dijo—. ¿Va a tolerar este motín, esta cobardía? Esto es pánico, es una desbandada.

—¡Remen, remen! —vociferaba Caspian—. ¡Empujen a matarse! Drinian, ¿estamos en el rumbo? Puedes decir lo que quieras, Rípichip, pero hay ciertas cosas a las que un hombre no puede hacer frente.

—Entonces tengo suerte de no ser un hombre —respondió Rípichip con una reverencia muy ceremoniosa.

Desde las alturas, Lucía había oído todo, y en un instante se le vino a la cabeza uno de sus propios sueños que con gran esfuerzo había tratado de olvidar; volvió a su memoria en forma tan real, como si acabara de despertar de él. ¡De modo que eso era lo que estaba tras ellos en la isla, en la oscuridad! Por un segundo quiso bajar a cubierta y quedarse con Edmundo y Caspian; pero ¿de qué serviría? Si los sueños empezaban a volverse realidad, tanto Edmundo como Caspian podrían transformarse en algo horrible cuando ella se les acercara. Se sujetó a la baranda de la cofa de combate y trató de calmarse. Los hombres estaban remando hacia la luz, lo más rápido que podían; todo estaría bien en unos segundos. ¡Oh, si todo pudiese estar bien ahora mismo!

A pesar de que los remos hacían mucho ruido, no lograban cubrir el silencio total que rodeaba al barco. Todos sabían que era preferible no escuchar, ni aguzar el oído a cualquier sonido que viniera de la oscuridad, pero nadie podía evitar escuchar, y pronto todos empezaron a oír cosas. Cada uno oía cosas diferentes.

—¿Oyes un ruido semejante a... un par de tijeras gigante, que se abre y cierra... allá, en esa dirección? —preguntó Eustaquio a Rins.

—¡Silencio! —repuso Rins—. Las oigo *trepar* por los lados del barco.

—Se va a instalar arriba del mástil —dijo Caspian.

—¡Uf! —exclamó un marinero—. Están comenzando a sonar los gongs. Sabía que sonarían.

Caspian, tratando de no mirar nada (especialmente de no seguir mirando tras de sí), fue a popa, donde estaba Drinian.

—Drinian —le dijo en voz muy baja—. ¿Cuánto tiempo nos demoramos remando hacia allá, es decir, hasta el lugar donde recogimos al desconocido?

—Cinco minutos, tal vez —susurró Drinian—. ¿Por qué?

—Porque llevamos más tiempo que ése tratando de salir de aquí.

La mano de Drinian tembló sobre el timón y por su cara rodó una gota de sudor frío. Todos pensaban lo mismo.

—¡Jamás saldremos de aquí, jamás! —se quejaban los remeros—. Lleva mal el timón. Estamos dando vueltas y vueltas en círculos. ¡Nunca saldremos de aquí!

El desconocido, que yacía en la cubierta hecho un ovillo, se sentó y lanzó una horrible y estridente carcajada.

—¡Nunca saldremos de aquí! —dijo a gritos—. Así es. Por supuesto. Nunca saldremos. ¡Qué tonto fui al pensar que me dejarían ir tan fácil! No, no. Jamás saldremos de aquí.

Lucía apoyó la cabeza en la baranda de la cofa de combate y susurró:

—Aslan, Aslan, si es cierto que nos amas, ayúdanos ahora.

La oscuridad no disminuyó, pero Lucía se empezó a sentir un poquito, un muy, muy poquito mejor. “Después de todo, todavía no nos ha pasado nada”, pensó.

—¡Miren! —se oyó la voz ronca de Rynelf, desde la proa.

Allí enfrente se veía un puntito de luz y, mientras lo miraban, de él cayó un inmenso rayo de luz sobre el barco. Esto no alteró la oscuridad reinante, pero el barco entero se iluminó, como por un reflector. Caspian pestañeó, miró a su alrededor, vio a sus compañeros, todos con cara de locos y

la mirada fija. Miraban hacia el mismo punto: detrás de cada cual, sus negras y afiladas sombras.

Lucía miró a lo largo del rayo, y de pronto vio algo en él. Al principio parecía ser una cruz, luego un avión, después un volantín y, finalmente, con un batir de alas, se paró justo sobre ella, y vio que era un albatros. Dio tres vueltas alrededor del mástil y luego se posó un instante en la cabeza del dragón dorado de proa. Gritó con una voz fuerte y dulce algo que parecían ser palabras, a pesar de que nadie las comprendió. Luego extendió sus alas, se elevó y comenzó a volar lentamente hacia adelante, torciendo un poco a estribor. Drinian condujo el barco tras él, sin dudar que era un buen guía. Pero nadie, salvo Lucía, supo que mientras volaba alrededor del mástil le había susurrado "Ten valor, mi amor", y ella estaba segura de que esa voz era la de Aslan y, con la voz, sintió un delicioso olor junto a su cara.

En pocos segundos la oscuridad de adelante se volvió agrisada y, luego, casi antes de que se atrevieran a hacerse ilusiones, ya habían salido a la luz del sol y se encontraban nuevamente en el mundo azul y templado. Y así como esos momentos en los que simplemente quedarse en la cama, viendo cómo la luz del día entra a raudales por la ventana, y oír la voz alegre de un cartero madrugador o del lechero que gritan allá abajo, y darse cuenta de que "sólo fue un sueño: no era verdad", es tan maravilloso que casi vale la pena tener una pesadilla para experimentar la alegría de despertar; así se sintieron todos al salir de la oscuridad.

Los asombró la claridad del barco: casi esperaban que la oscuridad se hubiera pegado al blanco y al verde y al dorado, como la mugre o la nata.

Lucía no perdió tiempo y bajó rápidamente a la cubierta, donde encontró a los demás reunidos alrededor del recién llegado. Durante largo rato la felicidad le impidió hablar y se limitó a contemplar el mar y el sol, y a tocar las amuradas y las cuerdas, como si quisiera convencerse de que realmente estaba despierto, mientras rodaban las lágrimas por sus mejillas.

—Gracias —dijo finalmente—. Me han salvado de... Pero *no* quiero hablar de eso.

Ahora permítanme saber quiénes son ustedes. Yo soy un telmarino de Narnia y, cuando valía algo, los hombres me llamaban Lord Rup.

—Y yo —dijo Caspian—, soy Caspian, rey de Narnia, y estoy navegando con el fin de encontrarte a ti y a tus compañeros, que eran los amigos de mi padre.

Entonces Lord Rup cayó de rodillas y besó la mano del rey.

—Señor —dijo—. Eres el hombre que más he deseado ver en el

mundo. Te ruego que me concedas un favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Caspian.

—Que nunca me preguntes, ni permitas que otro lo haga, sobre lo que he visto durante estos años en la Isla Oscura.

—Es un favor muy simple, mi Lord —contestó Caspian, y añadió con un estremecimiento—: ¿Preguntarte? Claro que no. Daría todo mi tesoro por *no* oírlo.

—Señor —dijo Drinian—. Tenemos viento favorable para el sureste. ¿Puedo hacer subir a nuestros pobres compañeros para soltar velas? Y después los que no sean imprescindibles, a sus hamacas.

—Sí —dijo Caspian—, y que haya ponche para todos. Aaah, siento que podría dormir un día entero.

Así fue como navegaron toda la tarde con gran alegría y buen viento rumbo al sureste, y el montecillo de oscuridad se hacía cada vez más pequeño a popa. Pero nadie se dio cuenta cuando desapareció el albatros.

XIII
LOS TRES DURMIENTES

El viento nunca los abandonó, pero cada día era más suave hasta que, al final, las olas eran poco más que simples ondas y el barco se deslizaba, hora tras hora, casi como si estuvieran navegando en un lago. Cada noche veían que en el oriente aparecían nuevas constelaciones que jamás nadie había visto en Narnia y, tal vez, como pensaba Lucía con una mezcla de alegría y miedo, jamás habían sido vistas por ojos vivientes. Esas nuevas estrellas eran grandes y brillantes, y las noches eran cálidas. La mayoría de los viajeros dormía en cubierta y todos conversaban hasta altas horas de la noche, o bien, se apoyaban en los costados del barco, contemplando la luminosa danza de la espuma que hacía saltar la proa.

Durante un atardecer de asombrosa belleza, cuando la puesta de sol tenía tonos tan rojos y púrpura, y se extendía en tal forma que el mismo cielo parecía mucho más grande, avistaron tierra a estribor. Se acercaba lentamente, y la luz tras ellos hacía que los cabos y peñascos de esta nueva tierra parecieran arder en llamas. Pero pronto se encontraron navegando a lo largo de sus costas, y el cabo occidental de la isla, ahora detrás de ellos, se alzaba negro contra el cielo rojo, y afilado como si estuviera recortado en cartón, y en ese momento pudieron apreciar mejor cómo era el país. No tenía montañas, sino muchos lomajes suaves y con laderas que parecían almohadas. Desde allí provenía un agradable olor, que Lucía definió como “un tipo de suave olor a púrpura”, en tanto que Edmundo lo llamó (y Rins pensó) “podrido”, y Caspian dijo “sé a lo que se refieren”.

Navegaron un largo trecho, pasando de un lugar a otro, con la esperanza de encontrar un buen puerto suficientemente profundo, pero al fin tuvieron que conformarse con una bahía ancha y de escasa profundidad. Aunque se veía absolutamente en calma desde el mar, en la playa, como era de suponer, rompían las olas sobre la arena, por lo que el *Explorador del Amanecer* no pudo entrar tanto como ellos habrían querido. Anclaron bastante lejos de la orilla y tuvieron que hacer un húmedo y desordenado desembarco en el bote. Lord Rup se quedó a bordo del barco. Ya no deseaba ver más islas. Todo el tiempo que permanecieron en esas tierras sintieron en sus oídos el constante sonido del romper de las olas.

Dejaron dos hombres para cuidar el bote y Caspian guió a los otros hacia el interior de la isla, pero no se adentraron demasiado, pues era muy tarde para explorar y pronto ya no habría luz. Mas no fue necesario ir demasiado lejos para encontrar una aventura. El valle parejo que se extendía en la punta de la bahía, no mostraba ni un rastro, ni un camino, ni ningún otro signo que pudiera indicar la existencia de habitantes. A sus pies, el césped era fino y ligero, salpicado de matas bajas y espesas, que Edmundo y Lucía tomaron por brezo. En cambio Eustaquio, que realmente era bastante bueno

para la botánica, dijo que no era brezo y probablemente tenía razón; pero sin la menor duda era algo muy parecido.

No habían alcanzado a caminar la distancia que cubre un tiro de flecha, cuando Drinian dijo:

—Miren, ¿qué será eso?

Y todos se detuvieron.

—Tal vez sean árboles muy grandes —dijo Caspian.

—Yo creo que son torres —dijo Eustaquio.

—O tal vez sean gigantes —murmuró Edmundo en voz más baja.

—La única forma de averiguarlo es yendo directamente hacia allá —dijo Rípichip desenvainando su espada y correteando a la cabeza de todos los demás.

—Creo que son ruinas —dijo Lucía cuando estaban bastante más cerca y, sin duda, su suposición era lejos la más acertada.

Lo que vieron al llegar allá fue un gran espacio oblongo, embaldosado con suaves piedras y rodeado por pilares grises, pero sin techo. Había una gran mesa que iba de un extremo al otro, cubierta con un precioso mantel color carmesí que caía casi hasta el suelo. A cada lado de la mesa había muchas sillas de piedra magníficamente talladas, y cada una tenía un cojín de seda sobre el asiento. Pero lo más impresionante era que la mesa presentaba un banquete jamás visto, ni siquiera cuando Pedro, el gran Rey, tenía su corte en Cair Paravel. Había pavos, gansos, pavos reales, cabezas de jabalí, lomos de venado; había pasteles en forma de barco con la vela desplegada, en forma de dragones y elefantes; había postres helados, brillantes langostas y jamones resplandecientes; también nueces, uvas, piñas, duraznos, granadas, melones y tomates. Había grandes jarros de oro y plata, y copas curiosamente labradas; y el olor de la fruta y del vino llegó hasta ellos como una promesa de felicidad.

—¡Qué raro! —dijo Lucía.

Se acercaron cada vez más, en forma muy silenciosa.

—Pero ¿dónde están los invitados? —preguntó Eustaquio.

—Nosotros podemos aportarlos, Señor —dijo Rins.

—¡Miren! —dijo bruscamente Edmundo.

En realidad, estaban ya en medio de los pilares y de pie sobre el pavimento. Miraron hacia donde había señalado Edmundo. Las sillas no estaban todas vacías. A la cabecera de la mesa, y en los dos lugares del lado, había algo... o quizás tres “algos”.

—¿Qué son *ésos*? —preguntó Lucía en un murmullo—. Parecen tres castores sentados a la mesa.

—O un gigantesco nido de pájaros —dijo Edmundo.

—A mí me parece más bien un pajar —dijo Caspian.

Rípichip se adelantó corriendo, saltó sobre una silla y de ahí a la mesa, y corrió a lo largo de ésta, deslizándose ágilmente como un bailarín entre vasos con incrustaciones de joyas, pirámides de fruta y saleros de marfil. Corrió directo hacia la misteriosa masa gris del otro extremo, y miró atentamente, la tocó y luego gritó:

—No creo que éstos vayan a pelear.

Entonces todos se acercaron y vieron que lo que había en las sillas eran tres hombres sentados, aunque era bastante difícil reconocer que se trataba de personas, hasta que se les miraba de cerca. Sus cabellos grises habían crecido por encima de sus ojos, hasta que casi les cubrían la cara, y sus barbas habían crecido sobre la mesa, trepando y enroscándose en fuentes y copas, como zarzas enredadas en una cerca, hasta mezclarse en una gran mata de pelo, que se desbordaba de la mesa y caía hasta el suelo. Y sus cabellos colgaban de sus cabezas sobre los respaldos de las sillas, de modo que éstos quedaban completamente ocultos. En verdad, los tres hombres eran casi puro pelo.

—¿Muertos? —preguntó Caspian.

—No lo creo, Señor —respondió Rípichip, sacando una mano de entre esa maraña de pelo y alzándola con sus dos patas—. Este está tibio y tiene pulso.

—Este también, y también este otro —dijo Drinian.

—Entonces sólo están durmiendo —dijo Eustaquio.

—Pero ha sido un sueño demasiado largo —comentó Edmundo—, para que les haya crecido así el pelo.

—Debe ser un sueño encantado —dijo Lucía—. Desde que desembarcamos en esta isla, sentí que estaba llena de magia. ¿Piensan que tal vez vinimos aquí para romper el hechizo?

—Podemos tratar —propuso Caspian, y comenzó a remecer al durmiente que tenía más cerca.

Por un momento todos pensaron que esto daría resultado, ya que el hombre respiró profundamente y dijo entre dientes:

—No seguiré remando hacia el este. ¡Rumbo a Narnia, a toda velocidad!

Pero casi de inmediato volvió a sumergirse en un sueño aun más profundo que el anterior, es decir, su pesada cabeza quedó colgando unos cuantos centímetros más abajo de la mesa, y todos los esfuerzos que hicieron para despertarlo de nuevo fueron en vano. Con el segundo ocurrió casi lo mismo.

—No nacimos para vivir como animales —dijo—. Vayan hacia el este mientras puedan... A las tierras detrás del sol.

Y se durmió nuevamente. Y el tercero sólo dijo: —Mostaza, por favor.

Y se quedó profundamente dormido.

—*Rumbo a Narnia, a toda velocidad,* ¿eh? —dijo Drinian.

—Sí —asintió Caspian—, tienes razón, Drinian. Creo que nuestra búsqueda llega a su fin. Veamos sus anillos. Sí, aquí están sus blasones. Este es lord Revilian; éste lord Argoz, y éste lord Mavramorn.

—Pero no podemos despertarlos —dijo Lucía—. ¿Qué haremos ahora?

—Ruego me disculpen sus Majestades —dijo Rins—, pero ¿por qué no empezamos a comer mientras lo discuten? No todos los días se ve una comida como ésta.

—¡Por ningún motivo! —exclamó Caspian.

—Tiene razón, tiene razón —dijeron varios de los marineros—. Hay demasiada magia por estos lados. Mientras antes volvamos al barco, tanto mejor.

—Pueden estar seguros —dijo Rípichip— de que por haber comido esta comida, los tres caballeros han dormido durante siete años.

—Yo no tocaré eso, aunque me muera de hambre — dijo Drinian.

—La luz se está yendo extraordinariamente rápido —indicó Rynelf.

—Volvamos al barco, volvamos al barco — murmuraron los demás hombres.

—En realidad, creo que tienen razón —dijo Edmundo—. Mañana podemos decidir lo que haremos con los tres durmientes. No nos atrevemos a probar esa comida y no hay razón para pasar la noche aquí. Todo el lugar huele a magia... y a peligro.

—Comparto absolutamente la opinión del rey Edmundo —dijo Rípichip— en lo que concierne a la tripulación del barco en general. Pero, en cuanto a mí, me sentaré a esta mesa hasta que amanezca.

—¿Por qué diablos? —preguntó Eustaquio.

—Porque —repuso el Ratón— esta es una gran aventura, y no hay peor peligro para mí que volver a Narnia sabiendo que dejé un misterio atrás, sólo por miedo.

—Me quedaré contigo, Rip —dijo Edmundo.

—Y yo también —dijo Caspian.

—Y yo —dijo Lucía.

Y entonces Eustaquio también se ofreció, lo que era muy valeroso de su parte, ya que, como jamás había leído ni oído nada acerca de estas cosas hasta que llegó al *Explorador del Amanecer,* todo era más difícil para él que para los otros.

—Suplico a su Majestad... —comenzó Drinian.

—No, mi lord —dijo Caspian—. Tu lugar está en el barco, y has tenido un día de trabajo, mientras que nosotros cinco hemos estado de ociosos.

Hubo muchas discusiones al respecto, pero finalmente Caspian se salió con la suya. Mientras los otros se iban hacia la playa en la creciente oscuridad, ninguno de los cinco vigilantes, excepto tal vez Rípichip, pudo evitar una fría sensación en el estómago.

Se demoraron un rato en escoger sus asientos alrededor de la peligrosa mesa. Probablemente todos tenían el mismo motivo, pero nadie lo dijo en voz alta. Pues era en verdad una elección bastante desagradable. Difícilmente uno podía soportar toda la noche sentado cerca de esos tres objetos tremendamente peludos, que, si bien no estaban muertos, ciertamente tampoco estaban vivos, en el estricto sentido de la palabra. Por otra parte,

tampoco se podía pensar en sentarse al otro extremo, ya que esto significaría verlos cada vez menos a medida que la noche se hiciera más oscura, y no darse cuenta si se estaban moviendo y, tal vez, a eso de las dos de la mañana ya no sería posible distinguirlos siquiera... No, no había ni que pensar en eso. De modo que se paseaban alrededor de la mesa diciendo:

—¿Qué tal aquí?

—O tal vez un poquito más allá.

—¿Por qué no a este lado?

Hasta que finalmente se instalaron más o menos en el medio, pero más cerca de los durmientes que del otro extremo. Eran alrededor de las diez y estaba bastante oscuro. Esas nuevas constelaciones desconocidas brillaban al oriente. A Lucía le habría gustado más ver en ese momento al “Leopardo” y a “La Oveja”, y otras de las viejas amigas de los cielos de Narnia.

Se envolvieron en sus capotes marinos y se sentaron quietos a esperar. Al principio hubo intentos de conversación, pero no fueron muchos; siguieron sentados en silencio. Y todo el tiempo oían el romper de las olas en la playa.

Después de horas, que les parecieron siglos, llegó un momento en que se dieron cuenta de que habían estado dormitando un rato, pero de súbito estuvieron todos muy despiertos. Las estrellas habían variado mucho su posición desde la última vez que las vieron. El cielo estaba muy negro, salvo un muy tenue gris al oriente. Tenían mucho frío y sed, y estaban entumecidos, pero ninguno de ellos habló, porque al fin estaba ocurriendo algo.

Ante ellos, más allá de los pilares, se encontraba la pendiente de una colina baja. En ese momento se abrió una puerta en la ladera del cerro, apareció una luz en el portal, una persona salió y la puerta se cerró tras ella. La figura llevaba una luz y, en realidad, esa luz era lo único que podían ver con claridad. Lentamente comenzó a acercarse, hasta que al fin llegó junto a la mesa y se detuvo al otro extremo, justo frente a ellos. En ese momento pudieron ver que se trataba de una niña alta, con un sencillo vestido largo color azul claro, que dejaba sus brazos desnudos. Llevaba la cabeza al descubierto y su pelo rubio caía sobre su espalda, y, al verla, pensaron que jamás antes habían sabido lo que significaba la belleza.

La luz que llevaba era la de una larga vela en un candelabro de plata, que ahora ella puso sobre la mesa. Si temprano, esa noche, había habido un poco de viento del mar, ya debía haber amainado, porque la llama de la vela ardía tan recta y erguida, como si estuviera en una pieza con todas las ventanas cerradas y las cortinas corridas. El oro y la plata sobre la mesa brillaban con su luz.

Lucía vio que había algo a lo largo de la mesa, que antes no le llamó la atención. Se trataba de un cuchillo de piedra, filudo como el acero; algo de aspecto cruel y antiguo.

Ninguno había pronunciado palabra aún; entonces, primero Rípichip y luego Caspian, todos se pusieron de pie, porque presentían que estaban frente a una gran dama.

—Viajeros que han venido desde tan lejos a la Mesa de Aslan —dijo la niña—. ¿Por qué no comen ni beben nada?

—Señora —dijo Caspian—. No nos atrevimos a probar la comida, pues pensamos que esto fue lo que sumió a nuestros amigos en un sueño encantado.

—Ellos nunca la probaron —respondió la muchacha.

—Por favor —dijo Lucía—. ¿Qué les ocurrió?

—Hace siete años —empezó la muchacha—, llegaron hasta aquí en un barco, cuyas velas eran harapos y la madera amenazaba con caerse a pedazos. Con ellos había unos cuantos marineros. Al llegar a esta mesa, uno dijo:

"—Aquí hay un buen lugar. ¿Por qué no recogemos las velas, las aseguramos y no volvemos a remar, sino que nos sentamos a pasar el resto de nuestra vida en paz?

"Y el segundo dijo:

"—No, embarquémonos nuevamente y naveguemos hacia Narnia y el oeste. Puede ser que Miraz haya muerto.

"Pero luego el tercero, que era muy dominante, se paró de un salto y dijo:

"—¡No, por el cielo! Somos hombres y telmarinos, no bestias, ¿qué nos queda por hacer si no es buscar una aventura tras otra? En todo caso, no creo que vivamos mucho tiempo más. Usemos lo que nos queda de vida para buscar el mundo despoblado que está más allá de donde sale el sol.

"Y mientras discutían, cogió el Cuchillo de Piedra que está allí sobre la mesa, dispuesto a luchar contra sus amigos. Pero esto es algo que él no podía tocar. Y cuando sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura, sobre los tres cayó un profundo sueño. Y, mientras no se rompa el encantamiento, no volverán a despertar.

—¿Qué es ese cuchillo de piedra? —preguntó Eustaquio.

—¿Ninguno lo conoce? —inquirió la niña.

—Yo..., yo creo —dijo Lucía— haber visto algo semejante antes. Fue un cuchillo como ése el que La Bruja Blanca usó hace mucho tiempo para

matar a Aslan en la Mesa de Piedra.

—Es el mismo —dijo la muchacha—, y fue traído aquí para ser honrado hasta el fin del mundo.

Edmundo, que parecía sentirse cada vez más incómodo durante los últimos minutos, habló por fin.

—Mira —dijo—, no soy un cobarde por no haber probado esta comida, y no pretendo ser grosero. Pero hemos tenido muchas aventuras extrañas en este viaje, y las cosas no siempre son lo que parecen. Al mirar tu cara, no puedo dejar de creer todo lo que dices; pero también es lo mismo que me pasaría con una bruja. ¿Cómo podemos saber que eres nuestra amiga?

—No pueden saberlo —dijo ella—. Simplemente tienen que creer o no.

Después de una pausa se oyó la vocecita de Rípichip.

—Señor —dijo a Caspian—, te ruego tener la amabilidad de llenar mi copa con vino de aquel jarro: es demasiado grande para que yo pueda levantarlo. Quiero brindar por la dama.

Caspian obedeció, y el Ratón, parado sobre la mesa y sosteniendo una copa de oro entre sus diminutas patas, dijo:

—Señora, brindo por ti.

Luego se puso a comer pavo real frío y, un segundo después, todos siguieron su ejemplo. Estaban muy hambrientos, y aunque la comida no era precisamente lo que a uno le gusta comer muy temprano al desayuno, era perfecta para una cena tardía.

—¿Por qué se llama Mesa de Aslan? —preguntó Lucía.

—Porque fue puesta aquí por mandato suyo —dijo la muchacha—, para aquellos que vienen de muy lejos. Algunos llaman a esta isla El Fin del Mundo, porque aunque se puede navegar más allá, es el principio del fin.

—Pero ¿cómo logran que la comida se mantenga fresca? preguntó Eustaquio, el práctico.

—Se come y se renueva cada día —dijo la niña—, ya lo verán.

—Y ¿qué haremos con los durmientes? —preguntó Caspian—. En el mundo de donde vienen mis amigos—aquí señaló a Eustaquio y a los Pevensie —, cuentan la historia de un príncipe o un rey que llega a un castillo donde

todos duermen un sueño encantado. En esa historia él no pudo deshacer el encantamiento, hasta que besó a la princesa.

—Pero aquí —dijo la muchacha— es diferente. Aquí él no puede besar a la princesa mientras no haya deshecho el hechizo.

—Entonces —dijo Caspian—, en nombre de Aslan, dime cómo debo empezar ese trabajo de inmediato.

—Mi padre te enseñará —dijo la niña.

—¿Tu padre? —exclamaron todos—. ¿Quién es él? ¿Dónde está?

—Miren —dijo la niña dando media vuelta y señalando la puerta que estaba en la ladera del cerro.

Ahora pudieron verla mejor, ya que, mientras conversaban, las estrellas se habían comenzado a debilitar y en lo gris del cielo aparecieron inmensos claros de luz blanca.

XIV
EL PRINCIPIO DEL FIN DEL MUNDO

Lentamente se volvió a abrir la puerta y salió otra figura tan erguida y alta como la niña, pero menos esbelta. No traía ninguna luz, pero la luz parecía brotar de ella. A medida que se acercaba, Lucía se dio cuenta de que se trataba de un hombre anciano. Su barba plateada caía hasta sus pies descalzos por delante, y, por su espalda, el pelo de plata colgaba hasta los talones; y su ropaje parecía estar hecho con la lana de una oveja de plata. Su aspecto era tan bondadoso y serio, que, una vez más, los viajeros se pusieron de pie y permanecieron en silencio.

Pero el anciano avanzó sin dirigirles la palabra y se detuvo al otro extremo de la mesa, frente a su hija. Luego los dos alzaron los brazos hacia adelante y se dieron vuelta para mirar en dirección al este. En esa posición empezaron a cantar. Me gustaría escribir la letra de la canción, pero ninguno de los allí presentes pudo recordarla. Más tarde Lucía dijo que el tono era muy alto, casi estridente, pero que era una canción muy bonita, “una canción de frío, una canción de muy temprano en la mañana”. Y mientras ellos cantaban, se levantaron las grises nubes del cielo oriental y los manchones de luz blanca se hicieron cada vez más grandes, hasta que todo fue blanco y el mar comenzó a brillar como si fuera de plata. Mucho después (pero ellos dos no dejaban de cantar), el oriente empezó a ponerse rojo y, por fin, ya sin ninguna nube, el sol salió por el mar y su rayo poderoso cayó a lo largo de la mesa, sobre los objetos de oro y plata y sobre el Cuchillo de Piedra.

Los narnianos se habían preguntado un par de veces antes si en estos mares el sol se vería más grande al salir de lo que se veía en casa. Esta vez estuvieron seguros. No se habían equivocado. Y el resplandor de su rayo en el rocío y sobre la mesa, era lejos el resplandor matinal más intenso que jamás habían visto. Y, como dijo más tarde Edmundo, “aunque en este viaje sucedieron muchísimas cosas que *suenan* más emocionantes, ese fue el momento más emocionante”. Porque ahora se dieron cuenta de que en realidad habían llegado al principio del fin del mundo.

Luego algo pareció volar hacia ellos desde el centro mismo del sol naciente; pero, como es de suponer, uno no podía mirar fijo en esa dirección para asegurarse. De pronto el aire se llenó de voces, voces que empezaban a entonar la misma canción que cantaban la Dama y su padre, pero con tonos mucho más violentos y en un lenguaje que ninguno conocía. Poco después fue posible ver a los dueños de estas voces. Se trataba de pájaros grandes y blancos, y venían por cientos y miles, y se posaban en todas partes: sobre el pasto y el pavimento, en la mesa, en tus hombros, en tus manos y en tu cabeza, hasta que parecía como si hubiese caído mucha nieve. Al igual que la nieve, no sólo dejaron todo blanco, sino también empañaron y desdibujaron todas las formas. Pero Lucía, mirando por entre las alas de las aves que

volaban sobre ella, vio que una iba hacia el anciano llevando en su pico algo semejante a una pequeña fruta, a menos que fuera una pequeña brasa, que bien podría ser, pues era demasiado brillante para mirarla. Y el pájaro la depositó en la boca del anciano.

Después los pájaros dejaron de cantar y parecieron afanarse sobre la mesa. Cuando se levantaron otra vez, todo lo que había en la mesa que se podía comer o beber había desaparecido. Aquellos millares de pájaros terminaron su comida y se llevaron todo lo que no podía comerse o beberse, tales como huesos, cáscaras y conchas, y volaron de regreso al sol naciente. Pero ahora, debido a que ya no cantaban, el aleteo de sus alas parecía hacer temblar el aire.

Y allí estaba la mesa, limpia a picotazos y vacía, y los tres viejos caballeros de Narnia profundamente dormidos.

Luego el Anciano se volvió a los viajeros y les dio la bienvenida.

—Señor —dijo Caspian—, ¿puedes decirnos cómo deshacer el encantamiento que tiene a estos tres lores narnianos dormidos?

—Te lo diré con mucho gusto, hijo mío —respondió el Anciano—. Para romper este hechizo tienes que navegar hasta el Fin del Mundo, o lo más cerca que puedas llegar, y volver habiendo dejado al menos a uno de tus compañeros atrás.

—Y ¿qué le ocurrirá a ése? —preguntó Rípichip.

—Deberá seguir hasta el extremo de oriente y no volver nunca más al mundo.

—Ese es mi mayor anhelo —dijo Rípichip.

—¿Y estamos cerca del Fin del Mundo ahora?, señor —preguntó Caspian—. ¿Tienes algún conocimiento de mares o tierras que estén más al este de esta isla?

—Yo las vi hace mucho tiempo —dijo el Anciano—, pero fue desde una gran altura. No puedo decirles nada de lo que un marino necesita saber.

—¿Quieres decir que estabas volando por los aires? —dejó escapar Eustaquio.

—Estaba aun mucho más alto que el aire, hijo mío —respondió el Anciano—. Yo soy Ramandú. Pero veo que se miran unos a otros y que nunca antes han oído este nombre. No es de extrañarse, pues los días en que fui una estrella habían pasado ya mucho antes de que cualquiera de ustedes

conociera este mundo, y todas las constelaciones han cambiado.

—¡Dios mío! —exclamó Edmundo—, ¡Pero si es una estrella *en retiro!*

—¿Ya no eres más una estrella? —preguntó Lucía.

—Soy una estrella en reposo, hija mía —contestó Ramandú—. Cuando salí por última vez, más decrépito y viejo de lo que se pueden imaginar, fui traído a esta isla. Ahora no soy tan viejo como entonces. Cada mañana un pájaro me trae un grano de fuego de los valles del Sol, y cada grano de fuego me quita un poco de mis años. Y cuando llegue a ser tan pequeño como un niño nacido ayer, entonces saldré nuevamente, porque estamos en el extremo oriental de la tierra, y todo volverá a comenzar.

—En nuestro mundo —dijo Eustaquio—, una estrella es una inmensa bola de gas incandescente.

—Incluso en tu mundo, hijo mío, las estrellas no son eso, sino que de eso están hechas. Creo que en este mundo ya han conocido otra estrella, pues imagino que han estado con Coriakin.

—¿También es una estrella en retiro? —preguntó Lucía.

—Bueno, no exactamente —dijo Ramandú—, ya que no fue precisamente como un descanso que lo destinaron a gobernar a los Zonzos. Más bien pueden llamarlo un castigo. Si todo hubiese marchado bien, él debería haber brillado por miles de años más en el cielo invernal del sur.

—¿Qué fue lo que hizo, señor? —preguntó Caspian.

—Hijo mío —dijo Ramandú—. Un hijo de Adán, como tú, no puede saber las faltas que puede cometer una estrella. Pero vengan, estamos perdiendo el tiempo con esta conversación. ¿Están ya resueltos? ¿Navegarán más al este y volverán, dejando atrás a uno que no volverá jamás, para, de este modo, romper el encantamiento? ¿O navegarán hacia el oeste?

—Pero, señor —dijo Rípichip—, ¿hay alguna duda al respecto? Claramente es parte de nuestra búsqueda rescatar a estos tres lores de su encantamiento.

—Yo pienso lo mismo, Rípichip —replicó Caspian—, y aunque así no fuera, me rompería el corazón el no llegar lo más cerca del Fin del Mundo que nos pueda llevar *El Explorador del Amanecer.* Pero estoy pensando en la tripulación. Ellos se enrolaron para buscar a los siete lores, no para llegar al extremo de la tierra. Si navegamos hacia el este desde aquí, es para llegar al borde, al extremo oriental, y nadie sabe cuan lejos está. Son tipos valientes, pero veo señales de que algunos están cansados de este viaje y anhelan que

pongamos proa a Narnia nuevamente. Pienso que no debería llevarlos más lejos sin su conocimiento y consentimiento. Y también está el pobre lord Rup; es un hombre deshecho.

—Hijo mío —dijo la estrella—. No serviría de nada, aunque así lo quisieras, navegar hacia el Fin del Mundo con hombres que no quieren ir o que irían engañados. No es así como se logran los grandes desencantamientos. Deben saber a dónde van y por qué. Pero, ¿quién es ese hombre deshecho del que hablas?

Caspian le contó entonces la historia de lord Rup.

—Yo le puedo proporcionar lo que más necesita —dijo Ramandú—. En esta isla se puede dormir sin límite ni medida, y dormir sin que se escuche ni la más leve pisada de un sueño. Dejen que se siente al lado de los otros tres y que beba olvido, hasta que ustedes regresen.

—¡Oh! ¡Hagámoslo, Caspian! —dijo Lucía—. Estoy segura de que eso es precisamente lo que él querría.

En ese minuto fueron interrumpidos por el sonido de muchos pasos y voces; eran Drinian y el resto de la tripulación que se acercaban. Se detuvieron sorprendidos al ver a Ramandú y a su hija y, luego, como era evidente que se trataba de grandes personajes, todos se descubrieron la cabeza. Algunos marineros miraron con ojos llenos de pesar las fuentes y botellas vacías sobre la mesa..

—Mi Lord —dijo el Rey a Drinian—, por favor, envía a dos hombres de vuelta al *Explorador del Amanecer,* con un mensaje para lord Rup. Dile que los últimos de sus antiguos compañeros de barco se encuentran durmiendo aquí, durmiendo sin sueños, y que él puede hacer lo mismo.

Cuando se cumplió la orden, Caspian dijo a los demás que se sentaran y les expuso la situación. Al terminar se produjo un largo silencio y algunos murmullos, hasta que de pronto se puso de pie el capitán Bowman y dijo:

—Lo que algunos de nosotros deseamos preguntar desde hace algún tiempo, su Majestad, es cómo haremos para llegar a casa cuando decidamos volver, ya sea que demos la vuelta aquí o en otro lugar. Todo el camino hemos tenido vientos oeste y noroeste, salvo una calma ocasional, y si esto no cambia, me gustaría saber qué esperanzas tenemos de volver a ver Narnia. No hay muchas posibilidades de que las provisiones duren si *remamos* todo el camino de vuelta.

—Así hablan los hombres de tierra —dijo Drinian—. En estos mares siempre hay un viento oeste predominante hasta fines del verano, y siempre

cambia al comenzar el nuevo año. Tendremos suficiente viento para navegar rumbo al oeste; más de lo que quisiéramos, según dicen.

—Eso es verdad, capitán —dijo un viejo marinero, que era galmiano de nacimiento—. En enero y febrero se tiene un tiempo horrible proveniente del este. Y con su permiso, señor, si yo estuviese al mando de este barco, propondría pasar el invierno aquí y emprender el viaje de regreso a casa en marzo.

—¿Qué comerías mientras invernamos aquí? —preguntó Eustaquio.

—Cada día al ponerse el sol —dijo Ramandú—, esta mesa se llenará con un banquete digno de un rey.

—¡Así se habla! —exclamaron varios marineros.

—Sus Majestades, caballeros y damas —dijo Rynelf—. Sólo hay una cosa que quiero decirles. A ninguno de nosotros se le obligó a venir en este viaje. Somos voluntarios. Y hay algunos aquí que están mirando insistentemente esa mesa pensando en el banquete real, y que el día que zarpamos de Cair Paravel hablaban a grandes voces de las aventuras que tendrían, y juraban que no volverían a casa mientras no encontraran el Fin del Mundo. Y en el muelle quedaron algunos que habrían dado todo lo que tenían con tal de venir con nosotros. En ese entonces, se pensaba que era preferible tener el camarote de un grumete a bordo del *Explorador del Amanecer,* a usar un cinturón de caballero. No sé si comprenden mis palabras, pero lo que quiero decir es que tipos que emprenden un viaje como el nuestro, serían tan tontos como..., como aquellos Zonzópodos, si volvemos a casa y decimos que llegamos al principio del Fin del Mundo y no tuvimos el valor de ir más lejos.

Ante estas palabras algunos marineros aplaudieron, en tanto que otros dijeron que les daba lo mismo.

—No va a ser divertido —susurró Edmundo a Caspian—. ¿Qué hacemos si la mitad de nuestros compañeros echa pie atrás?

—Espera —contestó Caspian en un susurro—. Aún tengo una carta que jugar.

—¿No vas a decir nada, Rip? —preguntó Lucía.

—No. ¿Por qué espera su Majestad que lo haga? —repuso Rípichip en una voz que la mayoría pudo oír—. Ya hice mis propios planes. Navegaré a bordo del *Explorador del Amanecer,* mientras sea posible. Cuando él me falle, remaré hacia el este en mi barquilla. Cuando se hunda, nadaré siempre al este con mis cuatro patas, y cuando ya no pueda seguir nadando, si aún no he llegado al país de Aslan, o me he precipitado por el borde del mundo en una

inmensa catarata, me hundiré con la nariz hacia la salida del sol y Rípichip quedará a la cabeza de los ratones de Narnia que hablan.

—¡Bravo, bravo! —gritó un marinero—. Yo digo lo mismo, salvo la parte sobre la barquilla, pues no cabría en ella —y añadió en voz más baja—: No me las ganará un ratón.

Al oír esto, Caspian se puso en pie de un salto.

—Amigos —dijo—, creo que no han comprendido bien cuáles son nuestras intenciones. Hablan como si hubiésemos venido a ustedes con nuestro sombrero en la mano, mendigando una tripulación. Bien..., sepan que no es así. Nosotros, junto con nuestros reales hermanos y su pariente y el Señor Rípichip, el buen caballero, y lord Drinian, tenemos una misión en el Fin del Mundo. Tendremos el placer de escoger de entre aquellos de ustedes que estén dispuestos, a los que consideremos dignos de tan grande empresa. No hemos dicho que puedan venir sólo porque lo pidan. Es por eso que pediré a lord Drinian y al capitán Rins que examinen cuidadosamente entre ustedes cuáles son los más rudos en la batalla, los marinos más expertos, los de sangre más pura, los más leales a nuestra persona y los de vida y costumbres más limpias; y que me den una lista con sus nombres.

Hizo una pausa y luego continuó con voz más viva:

—¡Por la Melena de Aslan! —exclamó—. ¿Creen que el privilegio de ver las últimas cosas se compra por nada? Porque todos los que vengan con nosotros legarán a sus descendientes el título de Explorador del Amanecer y cuando desembarquemos en Cair Paravel a nuestro regreso, será dueño de oro o tierra suficiente para ser rico el resto de su vida. Ahora, dispérsense y váyanse por la isla, todos ustedes. En media hora más recibiré los nombres que me va a dar lord Drinian.

Hubo un silencio avergonzado y, luego de hacer sus saludos, la tripulación se marchó, unos por acá y otros por allá, pero la mayoría se fue en pequeños grupos, conversando.

—Y ahora, a buscar a Lord Rup —dijo Caspian.

Pero al volver a la cabecera de la mesa, se encontró con que Rup ya estaba allí. Había llegado, silencioso e inadvertido, en medio de la discusión, y ahora estaba sentado al lado de lord Argoz. La hija de Ramandú se encontraba junto a él, como si acabara de ayudarlo a sentarse; Ramandú, que estaba a sus espaldas, puso ambas manos sobre la cabeza gris de Rup. Aún a plena luz del día, un débil rayo de luz plateada salió de las manos de la estrella. En el rostro demacrado de Lord Rup había una sonrisa. Extendió una mano a Lucía y la otra a Caspian. Por un momento pareció como si fuese a decir algo. Luego su sonrisa se iluminó como si estuviera sintiendo una sensación deliciosa; sus

labios exhalaron un largo suspiro de agrado, su cabeza cayó hacia adelante y se durmió.

—Pobrecito Rup —dijo Lucía—. Pero me alegro. Debe haber pasado momentos horribles.

—Ni pensemos siquiera —dijo Eustaquio.

Mientras tanto, el discurso de Caspian, ayudado tal vez por un poco de la magia de la isla, estaba produciendo el efecto deseado. Un buen número de los que parecían ansiosos de *dejar* el viaje, pensaban ahora distinto frente a la idea de que los *dejaran* fuera. Y, como es de esperar, cada vez que un marinero anunciaba que había decidido pedir permiso para navegar, los que aún no lo habían dicho advertían que iban siendo menos, y comenzaban a sentirse incómodos. De modo que poco antes de que se cumpliera la media hora, ya muchos estaban abiertamente "haciendo la pata" a Drinian y a Rins (al menos, así se decía en mi colegio) para obtener un buen informe. Pronto había sólo tres que no querían ir, y esos tres trataban por todos los medios de persuadir a otros para que se quedaran con ellos. Y muy poco después, quedó sólo uno, que al final empezó a sentir miedo de que lo dejaran solo atrás, y cambió de parecer.

Al cumplirse el plazo de la media hora, todos volvieron en tropel a la Mesa de Aslan y permanecieron de pie en un extremo, mientras Drinian y Rins fueron a sentarse junto a Caspian y le presentaron su informe. Caspian aceptó a todos los hombres, menos al que cambió de parecer al último momento. Su nombre era Pocosueldo, y permaneció en la Isla de la Estrella todo el tiempo que los demás estuvieron navegando en busca del Fin del Mundo, deseando ardientemente haber ido con ellos. No era del tipo de hombre que podría entretenerse conversando con Ramandú y su hija (ni tampoco ellos con él). Además llovió mucho, y a pesar de que todas las noches había un gran banquete en la Mesa, no lo disfrutaba demasiado. Decía que le ponía la carne de gallina sentarse allí solo (tanto si llovía, como si no) con esos cuatro lores dormidos en un extremo de la mesa. Y cuando los otros volvieron, se sintió tan ajeno a todo, que desertó en el viaje de regreso a casa, se quedó en las Islas Desiertas y se fue a vivir a Calormania. Allí contaba fantásticas historias sobre sus aventuras en su viaje al Fin del Mundo, hasta que él mismo llegó a creerlas. Así que, en cierto sentido, se puede decir que vivió feliz el resto de sus días. Pero jamás pudo soportar a los ratones.

Aquella noche todos comieron y bebieron en la gran Mesa entre los pilares, donde, por arte de magia, se renovaba el banquete. Y a la mañana siguiente el *Explorador del Amanecer izó* velas nuevamente, justo cuando los grandes pájaros habían llegado y vuelto a partir.

—Señora —dijo Caspian—, espero volver a hablar contigo cuando haya roto el encantamiento.

Y la hija de Ramandú lo miró y sonrió.

XV
LAS MARAVILLAS DEL ULTIMO MAR

Muy poco después de abandonar las tierras de Ramandú empezaron a sentir que ya navegaban más allá del mundo. Todo era diferente. Por una parte, se daban cuenta de que cada vez tenían menos necesidad de dormir. No tenían ganas de irse a acostar, ni de comer demasiado, ni siquiera de hablar, a menos que fuera en voz baja; y, por otra parte, estaba la luz. Había demasiada luminosidad. Al salir cada mañana, el sol se veía dos, si no tres veces su tamaño habitual. Y cada mañana (lo que impresionaba a Lucía) las inmensas aves blancas, cantando su canto con voces humanas en un lenguaje que nadie conocía, revoloteaban en el cielo y luego desaparecían a popa, camino a desayunar en la Mesa de Aslan. Poco después, volvían y se perdían en el oriente.

"Qué preciosamente clara es el agua", se dijo Lucía, inclinándose por la baranda a babor al comienzo de la tarde del segundo día.

Y así era. Lo primero que vio fue un pequeño objeto negro, del tamaño de un zapato, que iba a igual velocidad que el barco. Por un instante pensó que se trataba de algo que flotaba en la superficie, pero de pronto pasó flotando un pedacito de pan añejo que el cocinero acababa de botar desde la cocina. Y parecía que el pedazo de pan fuera a estrellarse contra el objeto negro, pero no lo hizo. Pasó sobre él y Lucía se dio cuenta, entonces, de que el objeto negro no podía estar en la superficie. Luego el objeto negro se hizo de repente mucho más grande, pero, un instante después, recuperó rápidamente su tamaño original.

De inmediato Lucía recordó haber visto ocurrir algo semejante en otro lugar...; si sólo pudiese recordar dónde. Se tomó la cabeza con las manos, arrugó la cara y sacó la lengua, en el esfuerzo por recordar. Finalmente lo logró. ¡Por supuesto! Era similar a lo que se ve desde un tren en un radiante día de sol. Ver la sombra de tu propio carro corriendo por los campos al mismo ritmo del tren, hasta que, de pronto, viene una zanja; de inmediato la misma sombra se mueve a tu lado y se hace más grande, mientras corre por el pasto a la orilla de la zanja. Luego sales de la zanja y, ¡ya está!, otra vez la sombra negra recobra su tamaño normal y continúa corriendo por los campos.

—¡Es nuestra propia sombra, la sombra del *Explorador del Amanecer!* —exclamó Lucía—. Nuestra sombra, que va corriendo por el fondo del mar. La vez que creció fue porque subió por un cerro. Pero, en ese caso, el agua debería estar más clara de lo que pensaba. ¡Madre mía! Debo estar viendo el fondo del mar a brazas y brazas de profundidad.

Tan pronto como dijo esto, comprendió que la gran extensión plateada que había estado viendo (sin darse cuenta) durante algunos

momentos era, en realidad, la arena del fondo del mar, y que todos esos trozos más oscuros o más brillantes no eran sombras y luces en la superficie, sino cosas reales en el fondo. En ese momento, por ejemplo, estaban pasando sobre una gran masa de suave verdor violáceo con una ancha franja gris pálido que la cruzaba por el medio; pero ahora que sabía que estaba en el fondo, la veía mucho mejor. Podía ver que algunas partes de la cosa oscura estaban más alto que otras, y que ondeaban lentamente.

—Tal como los árboles cuando hay viento —dijo Lucía—, y estoy segura de que eso son. Es un bosque submarino.

Pasaron por sobre él y, de pronto, a la línea gris pálido se unió otra raya gris pálido.

“Si estuviera allá abajo —pensó Lucía—, esa línea perfectamente podría ser como un camino en el bosque, y el lugar donde se junta con la otra podría ser un cruce. ¡Ay, cómo me gustaría estar allá! ¿Qué pasa ahora? Parece que el bosque se termina. ¡Y creo que la franja era en verdad un camino! Todavía la puedo ver atravesando la arena clara. Es de un color diferente y está marcada con algo en los bordes, unas líneas de puntos. Tal vez sean piedras. Y ahora se pone más ancha”.

Pero, verdaderamente, no se estaba ensanchando, sino que se estaba acercando. Lucía se dio cuenta de esto debido a la forma en que la sombra del barco se precipitaba hacia él. El camino, ahora estaba segura de que era un camino, empezó a zigzaguear. No cabían dudas de que subía un cerro empinado. Cuando Lucía ladeó la cabeza y miró hacia atrás, lo que vio era muy parecido a lo que ves cuando bajas la mirada desde la cumbre de un cerro a un camino serpenteante. Podía ver hasta los rayos de luz que caían a través del agua en el valle arbolado; y allá, muy a lo lejos, vio que todas las cosas se fundían en un sombrío verdor. Pero algunos lugares, los más soleados, pensó, eran de color azul ultramarino.

Sin embargo, Lucía no pudo perder mucho tiempo mirando hacia atrás, porque lo que aparecía al frente era sumamente impresionante. Aparentemente el camino había alcanzado la cumbre de la colina y ahora se extendía derecho hacia adelante. En él se movían pequeños puntos de un lado a otro y en ese instante algo maravilloso apareció echando destellos, afortunadamente a plena luz del sol, al menos a toda la luz posible cuando cae a varios metros de profundidad. Era algo nudoso y dentado, de un color nacarado o quizás marfileño. Lucía estaba casi justo encima y, al principio, apenas pudo distinguir de qué se trataba. Pero todo se aclaró cuando vio su sombra. La luz caía por los hombros de Lucía, de manera que la sombra de la cosa se alargaba sobre la arena tras la cosa. Por su forma**,** ella se dio cuenta claramente de que era la sombra de torres, pináculos, minaretes y cúpulas.

"¡Vaya! Pero si es una ciudad, o un castillo enorme —dijo Lucía para sus adentros—. ¿Por qué lo habrán construido en la cumbre de una montaña tan grande?"

Mucho tiempo después, cuando estaba de vuelta en Inglaterra y comentaba todas estas aventuras con Edmundo, dieron con una razón, que estoy muy seguro es la correcta. En el mar, mientras más profundo se llega, más frío y sombrío se vuelve, y es en aquellas profundidades, en el frío y la oscuridad, donde viven cosas, peligrosos monstruos, como el Calamar, la Serpiente Marina y el Kraken[2]. Los valles son los lugares más salvajes y hostiles. Los habitantes del mar piensan de sus valles lo que nosotros de nuestras montañas; y piensan de sus montañas, lo que nosotros de nuestros valles. Es en las alturas (o, como diríamos más bien, "en los bajos") donde hay paz y cordialidad. Los temerarios cazadores y los valientes caballeros de mar bajan a las profundidades en busca de presas y aventuras, pero vuelven a sus hogares en las montañas al descanso y tranquilidad, a sus costumbres cortesanas y reuniones de consejo, a los deportes, a los bailes y cantos.

Habían dejado atrás la ciudad, y el fondo marino seguía subiendo; ahora estaba sólo a unos treinta metros bajo el barco. El camino había desaparecido. Navegaban sobre una región semejante a un parque abierto, salpicado de pequeños bosquecillos de colorida vegetación. De pronto Lucía casi lanzó un chillido de entusiasmo: había visto Gente.

Eran entre quince y veinte, todos montados en caballos de mar, no esos caballos de mar diminutos, que a lo mejor has visto en los museos, sino caballos bastante más grandes que sus jinetes. Lucía pensó que debía ser gente noble, pues alcanzó a ver el brillo del oro en sus frentes y las banderolas de telas de color esmeralda y naranja que ondeaban detrás de sus cabezas en la corriente. Entonces...

—¡Oh, malditos peces! —dijo Lucía.

Pues un cardumen completo de pequeños y planos peces, que nadaba muy cerca de la superficie, se había interpuesto entre ella y la Gente de Mar. Pero aunque le quitaron la visión, le permitieron ver lo más interesante de todo. De súbito un feroz pececillo, de una especie que ella jamás había visto, subió rápidamente desde las profundidades, mordió y capturó a uno de los peces planos y se sumergió con él en la boca. Todos los Seres del Mar estaban sentados en sus caballos y miraban atentamente lo que acababa de ocurrir. Parecían hablar y reír. Antes de que el pez cazador volviera donde ellos con su presa, otro pez, de la misma especie, salió del grupo de la Gente de Mar. Lucía estaba totalmente segura de que un Hombre de Mar muy grande que se encontraba montado en su caballo al medio del grupo, era el que lo había enviado, o soltado, como si hasta ese momento lo hubiese tenido retenido en su mano o en su muñeca.

2 *Kraken*: monstruo marino de los mares de Noruega.

—¡Pero por Dios! Si es una cacería, o más bien una de esas cacerías con halcones. Sí, eso es. Ellos cabalgan con esos pececillos feroces en sus muñecas, tal como, hace tanto tiempo, solíamos hacerlo nosotros con los halcones, cuando éramos reyes y reinas en Cair Paravel. Y luego los echan a volar, o mejor dicho *nadar,* hacia los otros. Como...

Se detuvo repentinamente, pues la escena estaba cambiando. La Gente de Mar había visto al *Explorador del Amanecer.* El cardumen se dispersó en diferentes direcciones y la propia Gente de Mar subía para saber qué significaba esa inmensa cosa negra que se había atravesado entre ellos y el sol. Ya estaban tan cerca de la superficie que, si se hubieran encontrado en el aire en lugar del agua**,** Lucía habría podido hablarles. Eran hombres y mujeres**,** todos con una especie de coronita y muchos usaban cadenas de perlas, pero no llevaban otra ropa. Sus cuerpos eran de color marfil viejo y sus cabellos morado oscuro. El rey, que se encontraba en el centro (nadie podía tomarlo por otra cosa que por el rey), miraba con orgullo y ferocidad a Lucía, esgrimiendo una lanza en su mano. Sus caballeros hicieron lo mismo. Los rostros de las damas estaban llenos de estupor. Lucía pensaba que, con toda seguridad, nunca antes habían visto un barco ni a un ser humano; y ¿cómo podrían verlo en los mares más allá del Fin del Mundo, donde nunca antes había llegado un barco?

—¿Qué miras con tanta atención, Lu? —preguntó una voz muy cerca de ella.

Había estado tan absorta en su contemplación, que se sobresaltó al oír la voz y, al volverse, se dio cuenta de que tenía dormido el brazo después de estar tanto rato apoyada sobre la baranda en la misma posición. Drinian y Edmundo estaban a su lado.

—Miren —les dijo.

Ambos miraron, pero, casi al instante, Drinian susurró:

—Sus Majestades, dense vuelta de inmediato; así, con la espalda hacia el mar. Y que parezca como si no estuviésemos hablando de nada importante.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Lucía mientras obedecía.

—Jamás se debe permitir a los marineros que vean *esto* —dijo Drinian—, porque algunos hombres podrían enamorarse de las mujeres de mar, o del propio país submarino y se arrojarían por la borda. Ya antes he oído de cosas como éstas que ocurren en mares extraños. Siempre es mala suerte ver a *esta* gente.

—Pero nosotros sí las conocíamos —dijo Lucía—. En los viejos tiempos, en Cair Paravel, cuando mi hermano Pedro era el gran Rey. Ellos subieron a la superficie y cantaron en nuestra coronación.

—Deben haber sido de otra especie, Lu —dijo Edmundo—. Ellos podían vivir en el aire tanto como en el agua y creo que éstos no pueden hacerlo. Por su aspecto, pienso que haría rato que habrían salido a la superficie y empezado a atacarnos si hubiesen podido. Parecen muy feroces.

—De cualquier forma... —comenzó Drinian.

Pero en ese momento se oyeron dos ruidos: uno fue un “plaf”, y el otro, una voz que gritó desde la cofa:

—¡Hombre al agua!

En seguida todos tuvieron mucho trabajo. Algunos marineros subieron a toda prisa para amarrar la vela; otros se precipitaron abajo a coger los remos; y Rins, que estaba de turno en la popa, comenzó a manejar el timón con gran fuerza, para dar vuelta y regresar al lugar donde había caído el hombre. Aunque ya todos sabían que no se trataba precisamente de un hombre, sino de Rípichip.

—¡Caramba con ese ratón! —dijo Drinian—. Da más problemas que toda la tripulación junta. Si se presenta cualquier lío, es seguro que él se meterá. Deberían ponerle grillos, pasarlo por debajo de la quilla, abandonarlo en una isla desierta, cortarle los bigotes... ¿Alguien alcanza a ver a ese sinvergüenza?

Todo esto no significaba que a Drinian le desagradara Rípichip. Al contrario, le gustaba mucho y, por lo tanto, estaba muy asustado por él, y el asustarse le ponía de pésimo humor, tal como cuando cruzas la calle frente a un auto, y tu mamá se enoja contigo muchísimo más de lo que se enojaría un desconocido. Nadie temía que Rípichip pudiera ahogarse, ya que era un excelente nadador; lo que preocupaba a los tres, que sabían lo que ocurría bajo el agua, eran aquellas lanzas largas y crueles en manos de la Gente de Mar.

Pocos minutos después el *Explorador del Amanecer* había dado vuelta y todos pudieron ver esa gota negra en el agua, que era Rípichip. Estaba parloteando con gran emoción, pero como su boca se llenaba de agua constantemente, nadie podía entender lo que decía.

—Va a revelar todo si no lo hacemos callar —gritó Drinian. Y para evitarlo, corrió a la borda, él mismo bajó una cuerda y gritó a los marineros: —Está bien, está bien. Vuelvan a sus puestos. Espero que podré remolcar un *ratón* sin su ayuda. Y apenas Rípichip empezó a trepar por la cuerda, con muy

poca agilidad debido a que su pelaje mojado lo hacía más pesado, Drinian se inclinó hacia él y murmuró: —No digas nada. Ni una sola palabra. Pero cuando el Ratón subió estilando a cubierta, parecía no tener el más mínimo interés en la Gente de Mar. —¡Dulce! —chillaba—. ¡Dulce, dulce! —¿De qué estás hablando? —le preguntó Drinian, con rabia—. Y tampoco tienes
que sacudirte encima de *mí.*

—Les digo que el agua es dulce —dijo el Ratón—. Dulce y fresca. No es salada.

Al principio nadie le dio importancia a esto. Pero, en seguida, Rípichip recitó una vez más la antigua profecía:

"Donde las olas se hacen dulces,
no dudes, Rípichip,
allí está el extremo oriental".

Y al oírla, todos comprendieron por fin.

—Rynelf, tráeme un balde —dijo Drinian.

Se lo pasaron, lo sumergió y luego lo subió. En el balde, el agua brillaba como si fuera un espejo.

—Tal vez su Majestad desee probarla primero —dijo Drinian a Caspian.

El rey tomó el balde en sus manos, lo llevó a sus labios y probó un sorbo; luego tomó un trago largo y levantó la cabeza. Su cara había cambiado. No sólo sus ojos, sino todo en él parecía más radiante.

—Sí —dijo—. Es dulce. Esto sí que es agua. No estoy seguro de que no me matará. Pero sería la clase de muerte que habría escogido, si hubiese sabido antes de su existencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edmundo.

—Se..., se parece a la luz más que cualquier otra cosa —dijo Caspian. —Eso es lo que es —dijo Rípichip—. Luz que se puede beber. Debemos estar muy cerca del Fin del Mundo ya. Hubo un momento de silencio y luego Lucía se arrodilló en la cubierta y bebió agua del balde. —Es lo más delicioso que jamás he probado —dijo con una especie de resuello—. Pero es bien fuerte. Ahora no tendremos necesidad de *comer* nada más.

Y uno a uno, todos bebieron agua y por largo rato permanecieron en silencio. Se sentían demasiado bien y demasiado fuertes para soportarlo; y de pronto empezaron a notar otro resultado. Como ya he dicho antes, desde que

abandonaron la isla de Ramandú, les había llamado la atención tanta luz, el sol tan grande (aunque no demasiado caluroso), el mar tan brillante y el aire tan resplandeciente. Ahora la luminosidad no disminuyó, sino, por el contrario, aumentó, pero ellos podían soportarla. Podían mirar derecho hacia el sol sin pestañear y podían ver más luz de la que nunca antes habían visto. Y la cubierta, la vela y sus propias caras y sus cuerpos eran cada vez más luminosos, y hasta las cuerdas brillaban. A la mañana siguiente, cuando salió el sol, esta vez cinco o seis veces más grande de lo habitual, todos lo miraron fijamente y pudieron ver cada pluma de las aves que salían volando de él.

Durante ese día casi no se habló a bordo, hasta que, a la hora de la cena (nadie quería comer, el agua era suficiente para ellos), Drinian dijo:

—No puedo entenderlo. No hay ni una gota de viento, la vela cuelga sin vida, el mar está tan parejo como un estanque y, así y todo, nos movemos tan rápido como si hubiera un ventarrón detrás de nosotros.

—También he estado pensando en eso —dijo Caspian—. Tenemos que haber caído en una fuerte corriente.

—Hmm —dijo Edmundo—. Eso no es muy agradable, si es cierto que el mundo tiene un borde y que nos estamos acercando a él.

—¿Quieres decir —preguntó Caspian— que podríamos..., bueno, ser vaciados al otro lado?

—Sí, sí —gritó Rípichip, aplaudiendo con sus patas—. Esto es tal como siempre lo he imaginado: el mundo semejante a una gran mesa redonda y las aguas de todos los océanos vaciándose sin fin por sus bordes. El barco se ladeará hacia adelante, asomará la cabeza por un momento y, durante algunos segundos, podremos ver por encima del borde..., y entonces, abajo, más allá del fin..., abajo, el torrente, la velocidad...

—¿Y qué piensas que nos esperará en el fondo, eh? —preguntó Drinian.

—El país de Aslan, quizás —dijo el Ratón con ojos brillantes—, o tal vez no existe un fondo. Tal vez se hunda por siempre jamás. Pero sea lo que fuere, creo que nada podría valer más la pena que haber mirado más allá del Fin del Mundo, aunque sólo fuera por un momento.

—Pero oigan —dijo Eustaquio—. Todo esto es una tontería. El mundo es redondo, quiero decir redondo como una pelota, no como una mesa. —*Nuestro* mundo lo es —asintió Edmundo—. Pero ¿lo será éste? —¿Quieres decir —preguntó Caspian—, que ustedes tres vienen de un mundo redondo, redondo como una pelota, y nunca me lo habían dicho? ¡Es el colmo! Porque nosotros tenemos muchos cuentos de hadas en los que hay mundos redondos,

y a mí siempre me han encantado. Jamás creí que existieran en realidad, pero siempre he deseado que existieran, y he anhelado vivir en uno de ellos. ¡Oh! Daría cualquier cosa por... Quisiera saber por qué ustedes pueden entrar a nuestro mundo y nosotros nunca podemos entrar al de ustedes. ¡Si tuviera la oportunidad! Debe ser muy emocionante vivir en algo semejante a una pelota. ¿Alguno de ustedes ha estado en los lugares donde las personas caminan cabeza abajo?

Edmundo negó con la cabeza y dijo:

—No es así —y agregó—: No hay nada de emocionante en un mundo redondo cuando vives en él.

XVI
EL VERDADERO FIN DEL MUNDO

Rípichip era el único a bordo, además de Drinian y los dos niños Pevensie, que había visto a los hombres de mar. Se había zambullido inmediatamente, en cuanto vio al rey del mar blandiendo su lanza, pues tomó esto como una especie de provocación o desafío y quiso arreglar el asunto en ese momento y ahí mismo, pero la emoción de descubrir que el agua era fresca y dulce distrajo su atención y, antes de que se acordara nuevamente de la Gente de Mar, Drinian y Lucía lo sacaron del agua y le advirtieron que no comentara lo que había visto.

Tal como se dieron las cosas, casi no debieron haberse molestado, ya que, en ese momento, el *Explorador del Amanecer* se deslizaba por una parte del mar que parecía estar deshabitada. Ninguno, salvo Lucía, volvió a ver a la Gente, e incluso ella misma sólo los vislumbró. Durante toda la mañana siguiente navegaron en aguas bastante poco profundas, y el fondo estaba cubierto de algas marinas. Justo antes del almuerzo, Lucía vio un gran cardumen pastando entre las algas. Comían sin parar y se movían en la misma dirección. “Tal como un rebaño de ovejas”, pensó Lucía. De pronto vio, en medio del cardumen, a una niña marina más o menos de su edad, una niña de aspecto tranquilo y solitario, que llevaba una especie de cayado en sus manos. Lucía pensó que se trataba seguramente de una pastora o, mejor dicho, de una pez-tora y que el cardumen era en realidad un rebaño pastando. Tanto los peces como la niña estaban bastante cerca de la superficie. Y cuando la niña, deslizándose en el agua poco profunda, y Lucía, asomándose por la borda, se encontraron frente a frente, la niña alzó la vista y la fijó en los ojos de Lucía. Ninguna de las dos pudo hablar y un instante después la Niña de Mar desapareció a popa. Pero Lucía nunca olvidaría su cara. No tenía esa expresión de temor ni de furia que vio en las caras de las demás Gente de Mar. A Lucía le gustó la niña y estaba segura de que a la niña le gustó ella. De una u otra forma se habían hecho amigas en esos cortos segundos. Probablemente no habría muchas oportunidades de encontrarse nuevamente, ni en ese mundo ni en otro; pero si alguna vez lo hacían, ambas correrían con los brazos abiertos.

Después de esto, el *Explorador del Amanecer* navegó durante varios días, deslizándose suavemente hacia el este en un mar sin olas y sin viento en sus obenques ni espuma bajo la proa. Cada día y cada hora la luz se hacía más brillante, pero aún la podían mirar. Nadie comía ni dormía y ninguno lo necesitaba, sólo recogían baldes de deslumbrante agua de mar, un agua más fuerte que el vino y, no sé por qué, más líquida y mojada que el agua común, y brindaban unos con otros en silencio bebiendo largos tragos. Uno o dos de los marineros, que al iniciar el viaje eran algo viejos, cada día se volvían más jóvenes. Todo el mundo a bordo se sentía lleno de felicidad y emoción, pero no una emoción que los impulsara a hablar: mientras más avanzaban, menos

hablaban, y cuando lo hacían, era sólo en susurros. La quietud de aquel último mar se estaba apoderando de ellos.

—Mi lord —dijo Caspian a Drinian un día—, ¿qué ves allá adelante?

—Señor —respondió Drinian—, veo blancura. Por todo el horizonte de norte a sur, hasta donde pueden ver mis ojos.

—Eso es lo mismo que veo yo —dijo Caspian—, y no puedo imaginarme qué será.

—De estar en latitudes más altas, su Majestad —dijo Drinian—, diría que se trata de hielo. Pero no puede ser, no en este lugar. De todas formas, creo que es preferible poner a los hombres a los remos y que tratemos de frenar un poco el barco contra la corriente. ¡ Sea lo que fuere, no me gustaría estrellarme contra eso a esta velocidad!

Hicieron lo que decía Drinian y de ese modo siguieron avanzando cada vez más lento. La blancura no se hizo menos misteriosa a medida que se acercaban a ella. Si era tierra, debía ser una tierra sumamente extraña, ya que se veía tan suave como el agua y parecía estar exactamente al mismo nivel del mar. Cuando ya estuvieron muy cerca, Drinian dio un fuerte vuelco al timón e hizo girar el *Explorador del Amanecer* hacia el sur, de modo que quedó dando el costado a la corriente, y comenzaron a remar un poco en esa dirección, por el borde de la blancura. Mientras lo hacían, por casualidad descubrieron algo muy importante: la corriente medía cerca de ciento veinte metros de ancho, y el resto del mar estaba tranquilo como una taza de leche. Esta era una excelente noticia para la tripulación, que empezaba a pensar que un viaje de regreso a la isla de Ramandú, remando contra la corriente todo el camino, sería algo bastante poco deportivo. (Esto explicaba también por qué la pastora había desaparecido tan rápidamente a popa. No estaba en la corriente, ya que de haber estado, se habría movido al este a igual velocidad que el barco).

Pero aún nadie lograba descubrir qué era eso blanco. Entonces bajaron el bote y lo enviaron a investigar. Aquellos que permanecieron a bordo del barco pudieron ver cómo el bote se internaba entre la blancura. Luego oyeron las voces de los tripulantes del bote (se oía claramente a través del agua en calma) hablando en tono agudo y sorprendido. Después hubo una pausa mientras Rynelf sondeaba el fondo desde la proa del bote, y después, cuando el bote volvió parecía estar lleno de la cosa blanca en su interior. Todos se amontonaron en las barandas para oír las noticias.

—¡Nenúfares, su Majestad! —gritó Rynelf, parado en la proa del bote. —¿Qué dijiste? —preguntó Caspian. —Son lirios de agua en flor, su Majestad —dijo Rynelf—, igual que en un estanque en el jardín de su casa. —Miren —gritó Lucía, que estaba en la popa del bote, y levantó sus brazos

mojados llenos de pétalos blancos y hojas planas y tiesas. —¿Qué profundidad tiene, Rynelf? —preguntó Drinian. —Eso es lo curioso, Capitán —contestó Rynelf—, aún es profundo. Fácilmente, unas tres y medias brazas. —No pueden ser nenúfares verdaderos; no lo que nosotros llamamos nenúfares —dijo Eustaquio.

Posiblemente no lo eran, pero eran muy semejantes a los lirios de agua. Y cuando, después de algunas consultas, el *Explorador del Amanecer* volvió a la corriente y comenzó a deslizarse hacia el este por el Lago de Lirios o el Mar de Plata (probaron ambos nombres, pero el que más gustó fue Mar de Plata, y así figura hoy en día en el mapa de Caspian), la parte más extraña del viaje comenzó. Muy pronto el mar abierto que dejaban atrás se transformó en una delgada línea azul en el horizonte occidental. La blancura jaspeada con tenues visos dorados se extendía alrededor del barco, menos a popa, donde, a su paso, el *Explorador del Amanecer* apartaba las flores y abría un sendero de agua que relucía como un oscuro espejo verde. Por su aspecto, este último mar era muy similar al Artico; y si los ojos de los navegantes no se hubieran ahora vuelto fuertes como los del águila, difícilmente habrían podido soportar la luz del sol en toda esa blancura, especialmente al amanecer, cuando el sol era tan inmenso. Y cada tarde esta misma blancura prolongaba más la luz del día. Parecía que los lirios no tuvieran fin. Día tras día, de estas millas y leguas de flores se desprendía un olor que a Lucía le costaba mucho describir: dulce... sí, pero en ningún caso pesado o abrumador; un aroma fresco, natural, melancólico, que parecía penetrar en el cerebro y hacerte sentir que eras capaz de subir una montaña corriendo o de luchar con un elefante. Lucía y Caspian se decían uno al otro “creo que no podré resistir esto por mucho tiempo más y, sin embargo, no quisiera que terminara”.

Sondeaban el fondo muy a menudo, pero fue sólo unos días más tarde que el agua se notó mucho menos profunda. A partir de entonces, continuó haciéndose cada vez más baja, hasta que llegó el día en que tuvieron que remar fuera de la corriente y tantear su travesía a paso de tortuga, siempre remando. Y muy pronto se hizo evidente que el *Explorador del Amanecer* no podría seguir navegando hacia el este. De hecho, se salvaron de encallar sólo gracias a una muy inteligente maniobra.

—Bajen el bote —gritó Caspian— y luego reúnan a los hombres en la popa. Quiero decirles algo.

—¿Qué irá a hacer? —susurró Eustaquio a Edmundo—. Hay algo muy raro en su mirada.

—Creo que a lo mejor todos tenemos esa mirada —dijo Edmundo.

Se reunieron con Caspian en la popa, y pronto todos los hombres se apiñaban al pie de la escalera para oír el discurso del rey.

—Amigos —comenzó Caspian—, ya hemos cumplido el objetivo de nuestro viaje. Hemos resuelto el misterio de los siete lores y, como sir Rípichip juró nunca más volver, cuando regresen a la isla de Ramandú, sin duda encontrarán despiertos a lord Revilian, a lord Argoz y a lord Mavramorn. A ti, lord Drinian, encargo este barco y te pido que navegues de vuelta a Narnia lo más rápido que puedas, y, sobre todo, que no desembarquen en la Isla de Aguas de Muerte. Di a mi regente, el Enano Trumpkin, que dé a todos mis compañeros de barco la recompensa que les prometí. Se la tienen bien merecida. Y si yo no regreso, es mi voluntad que el Regente, y el maestro Cornelio, el tejón Cazatrufas y Lord Drinian, elijan un rey para Narnia, con el consentimiento...

—Pero, su Majestad —interrumpió Drinian—, ¿está usted abdicando?

—Yo iré con Rípichip a ver el Fin del Mundo —contestó Caspian.

Se oyó un murmullo de desaliento entre los marineros.

—Tomaremos el bote —dijo Caspian—. Ustedes no lo necesitarán en estos mares tranquilos y al llegar a la isla de Ramandú deberán construir uno. Y ahora...

—Caspian —dijo de súbito Edmundo, en tono severo—. No puedes hacer eso.

—Por supuesto que no —dijo Rípichip—. Su Majestad no puede hacer eso.

—Por cierto que no —dijo Drinian.

—¿No puedo? —preguntó Caspian con aspereza, asemejándose bastante, por un instante, a su tío Miraz.

—Le ruego me perdone, su Majestad —dijo Rynelf desde la cubierta de abajo—, pero si alguno de nosotros hiciese tal cosa, se le llamaría desertor.

—Presumes demasiado por tus años de servicio, Rynelf —repuso Caspian.

—No, Señor. El tiene razón —dijo Drinian.

—¡Por la Melena de Aslan! —exclamó Caspian—. Pensaba que todos ustedes eran mis súbditos, no mis maestros.

—Yo no lo soy —dijo Edmundo—, y te digo que *no* puedes hacerlo.

—¿Que no puedo? ¿Otra vez? —dijo Caspian—. ¿Qué quieres decir?

—Si su Majestad lo prefiere, diremos que no *debería* —dijo Rípichip, con una profunda reverencia—. Eres el Rey de Narnia. Si no regresas, faltarás a tu palabra ante todos tus súbditos, especialmente Trumpkin. No te entretendrás en aventuras como si fueras un particular. Y si su Majestad no escucha razones, será el deber de lealtad de todos a bordo apoyarme para desarmarlo y atarlo, hasta que recupere la cordura.

—Así es —dijo Edmundo—. Como lo hicieron con Ulises cuando quiso acercarse a las sirenas.

La mano de Caspian se había apoyado en la empuñadura de su espada, cuando Lucía añadió:

—Y le prometiste a la hija de Ramandú que volverías.

Caspian se detuvo.

—Bueno, así fue —dijo.

Permaneció indeciso un momento, y luego gritó dirigiéndose a todo el barco en general:

—Está bien, ustedes ganan. La búsqueda ha terminado. Todos volvemos. Suban el bote.

—Señor —dijo Rípichip—. No *todos* volveremos. Yo, como le dije antes...

—¡Silencio! —rugió Caspian—. Ya me han dado lecciones, pero no me dejaré convencer. ¿Nadie callará a ese Ratón?

—Su Majestad prometió —continuó Rípichip— ser bueno con todos los Animales que Hablan de Narnia.

—Con los Animales que Hablan, sí —dijo Caspian—, pero no dije nada de los animales que no paran nunca de hablar.

Luego se tiró escalera abajo de pésimo humor y se encerró en su cabina dando un portazo.

Pero cuando los demás fueron a reunirse con él un poco más tarde, lo encontraron muy cambiado: estaba pálido y tenía lágrimas en los ojos.

—Es inútil —les dijo—. Podría haberme portado en forma decente, en vez de actuar con mal humor y fanfarronería. Aslan habló conmigo. No..., no quiero decir que haya estado realmente aquí. En primer lugar, no habría

cabido en la cabina. Pero esa cabeza de león dorada que hay en la pared, cobró vida y me habló. Fue terrible..., sus ojos. No es que haya sido en lo más mínimo rudo conmigo..., sólo un poquito severo al principio. Pero igual fue terrible. Y me dijo..., dijo... ¡No puedo soportarlo! Dijo lo peor que podría haberme dicho. Tienes que partir Ríp... y también Edmundo, Lucía y Eustaquio; y yo debo regresar. Solo. Y de inmediato. ¿De qué sirve *todo esto?*

—Querido Caspian —dijo Lucía—. Tú sabias que tarde o temprano tendríamos que volver a nuestro mundo.

—Sí —dijo Caspian con un sollozo—, pero no *tan* temprano.

—Te sentirás mejor cuando hayas vuelto a la isla de Ramandú —afirmó Lucía.

Poco después se animó algo, pero aquella fue una despedida muy dolorosa para ambas partes, y no voy a insistir en este punto. Alrededor de las dos de la tarde, bien provisto de víveres y agua (aunque pensaban que no necesitarían ni comida, ni bebida), y con la barquilla de Rípichip a bordo, el bote dejó atrás al *Explorador del Amanecer,* y se internó en la interminable alfombra de lirios. El *Explorador del Amanecer* desplegó todas sus banderas y escudos para honrar su partida. Alto, imponente e íntimo se veía desde la posición de ellos, abajo, rodeados de lirios. Y, aun antes de perderlo de vista, vieron que daba vuelta y que los marineros comenzaban a remar lentamente rumbo al oeste. A pesar de que derramó algunas lágrimas, Lucía no estaba tan triste como era de esperar. La luz, el silencio, el aroma estremecedor del Mar de Plata y aun (de alguna manera rara) la misma soledad, eran demasiado emocionantes.

No tenían necesidad de remar, ya que la corriente los arrastraba continuamente hacia el este. Nadie durmió ni comió. Toda esa noche y el día siguiente se deslizaron hacia el este y, cuando amaneció al tercer día, con una luminosidad que ni ustedes ni yo podríamos soportar ni aunque estuviésemos con anteojos oscuros, vieron algo maravilloso frente a ellos. Parecía como si un muro se irguiera entre ellos y el cielo, un muro gris verdoso, tembloroso, reluciente. Entonces salió el sol y lo vieron asomar a través del muro, que tomó los maravillosos colores del arco iris. Después se dieron cuenta de que el muro, en realidad, era una grande, una inmensa ola, una ola sin fin, fija en el mismo lugar, como casi siempre ves al filo de una catarata. Parecía medir cien metros de alto, y la corriente veloz los arrastraba hacia ella. Seguramente pensarás que temieron algún peligro. Pero no fue así, y no creo que nadie en su lugar temiera nada, pues en ese instante vieron algo no sólo al otro lado de la ola, sino detrás del sol. Ellos ni siquiera podrían haber visto el sol si sus ojos no se hubieran fortalecido con el agua del Ultimo Mar. Pero ahora podían mirar el sol naciente y verlo claramente, y ver cosas más allá de él. Lo que vieron (más allá del sol, al este) fue una cadena de montañas. Eran tan altas, que no sé si alcanzaban a divisar sus cumbres, o lo olvidaron. Nadie recuerda

haber visto cielo en esa dirección. Y las montañas deben haber estado realmente fuera del mundo. Porque cualquier montaña que tenga un cuarto de un vigésimo de esa altura, tendría que haber tenido hielo y nieve en sus cumbres. Sin embargo, éstas eran cálidas y verdes, cubiertas de bosques y cataratas hasta las alturas. De pronto sintieron una brisa que venía del este, que revolvió la cresta de la ola formando figuras de espuma, y encrespó el agua tranquila a su alrededor. Duró sólo un segundo, pero ninguno de esos tres niños podrá olvidar jamás lo que les trajo en ese segundo. Les trajo un aroma y un sonido, un sonido musical. Edmundo y Eustaquio nunca hablaron de esto después. Lucía sólo pudo decir:

—Era de partir el corazón.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Era muy triste?

—¿Triste? ¡Oh, no! —dijo Lucía.

Ninguno en aquel bote dudó de que estaba mirando más allá del Fin del Mundo, hacia el país de Aslan.

En ese momento, con un crujido, el bote encalló. El agua era demasiado baja, incluso para el bote.

—Aquí —dijo Rípichip— es donde yo sigo solo.

Ni siquiera trataron de detenerlo, ya que todo parecía estar predestinado, o haber ocurrido antes. Lo ayudaron a bajar su pequeña barquilla; él se sacó su espada (—No la volveré a necesitar —dijo) y la arrojó lejos sobre el mar de lirios y, donde cayó, quedó parada con la empuñadura por encima de la superficie. Luego dijo adiós a todos, tratando de sentir tristeza por ellos; pero la verdad es que se estremecía de felicidad. Lucía, por primera y última vez en su vida, hizo lo que siempre había deseado: lo tomó en sus brazos y lo acarició. Luego Rípichip se subió apresuradamente a su barquilla, tomó su remo, y la corriente lo envolvió y se lo llevó. Se veía muy negro en medio de los lirios. Pero no crecían lirios sobre la ola; era una cuesta suave y verde. La barquilla iba cada vez más rápido y finalmente subió por el lado de la ola en una forma maravillosa. Por una fracción de segundo vieron su silueta y la de Rípichip en la cumbre. Luego se desvaneció, y desde entonces nadie puede afirmar que haya visto verdaderamente a Rípichip, el Ratón. Pero yo creo que llegó sano y salvo al país de Aslan, y que sigue viviendo allí hasta el día de hoy.

A medida que salía el sol, se perdían de vista esas montañas de fuera del mundo. La ola permaneció allí, pero tras ella sólo se veía el cielo azul.

Los niños abandonaron el bote y empezaron a vadear, no hacia la ola, sino hacia el sur, teniendo el muro de agua a su izquierda. No podrían

explicar por qué hacían eso; era su destino. Y, aunque habían sentido (y así había sido) que habían crecido mucho a bordo del *Explorador del Amanecer,* ahora sintieron justo lo contrario y se tomaron de la mano mientras avanzaban dificultosamente entre los lirios. Nunca tuvieron cansancio. El agua era tibia y cada vez se hacía menos profunda, hasta que finalmente pisaron arena seca y luego pasto, un inmenso llano de pasto muy fino y corto, casi al mismo nivel del Mar de Plata, que se extendía en todas direcciones, sin ningún tope. Y, por supuesto, como a menudo ocurre en un lugar absolutamente plano y sin árboles, parecía que el cielo bajaba a juntarse con el pasto delante de ellos. Pero a medida que avanzaban tenían la extrañísima sensación de que aquí realmente por fin el cielo bajaba y se juntaba con la tierra, un muro azul muy brillante, pero sólido y real, y lo más parecido a un cristal que hayas visto. Pronto ya no tuvieron ninguna duda. Ahora estaba muy cerca.

Pero entre ellos y el final del cielo vieron algo tan blanco sobre el pasto verde, que aun sus ojos de águila apenas fueron capaces de mirar. Se acercaron y vieron que se trataba de un Cordero.

—Vengan a tomar desayuno —dijo el Cordero con su voz dulce y tímida.

Entonces los niños vieron una fogata en el pasto, que no habían visto antes, y un pescado que se estaba asando en ella. Se sentaron y comieron el pescado, con hambre por primera vez en muchos días. Fue la comida más deliciosa que jamás habían probado.

—Por favor, Cordero, dime si este es el camino para llegar al país de Aslan —pidió Lucía.

—No para ustedes —dijo el Cordero—. Para ustedes, la puerta para llegar al país de Aslan se encuentra en su propio mundo.

—¿Qué? —exclamó Edmundo—. ¿Hay un camino hacia la tierra de Aslan desde nuestro mundo también?

—Hay un camino para llegar a mi país desde todos los mundos —dijo el Cordero.

Pero a medida que hablaba, su blancura de nieve se encendió en un dorado tostado, y su tamaño también cambió, y fue el propio Aslan quien se alzó ante ellos, desparramando luz de su melena.

—¡Oh, Aslan! —dijo Lucía—. ¿Nos dirás cómo podemos llegar a tu país desde nuestro propio mundo?

—Siempre se los estaré diciendo —respondió Aslan—, pero no les diré cuán largo o corto será el camino; sino sólo que el camino va a través de

un río. Pero no deben temer, porque yo soy el Gran Constructor del Puente. Y ahora vengan. Voy a abrir la puerta en el cielo y los enviaré a su propio mundo.

—Por favor, Aslan —rogó Lucía—. Antes de partir, dinos cuándo podremos volver de nuevo a Narnia. Y por favor, te suplico que sea pronto.

—Mi adorada niña —dijo Aslan con mucho cariño—. Tú y tu hermano nunca volverán a Narnia.

—¡Aslan! —dijeron Edmundo y Lucía al mismo tiempo y con voz desesperada.

—Niños —les dijo Aslan—, ustedes ya son demasiado grandes y ahora deben empezar a acercarse a su propio mundo.

—No se trata de Narnia, eso tú lo sabes —sollozó Lucía—. Se trata de *ti.* Allá no te veremos. Y ¿cómo podremos vivir sin verte más?

—Pero si me van a ver, mi amor —dijo Aslan.

—¿Estás..., estás allá también, Señor? —preguntó Edmundo.

—Sí —repuso Aslan—, pero allá tengo otro nombre. Ustedes deben aprender a conocerme por ese nombre. Esa fue la verdadera razón para que ustedes vinieran a Narnia: para que conociéndome un poco aquí, pudieran conocerme mejor allá.

—Y Eustaquio, ¿tampoco volverá? —preguntó Lucía. —Hija —sonrió Aslan—, ¿en realidad necesitas saberlo? Vengan, ya estoy abriendo la puerta en el cielo. Entonces, en un segundo, se rasgó el muro azul (como se desgarra una cortina) y una luz de una blancura sumamente intensa provino del cielo más allá. Luego sintieron la melena de Aslan y un beso del León en sus frentes y, de pronto, estaban en el cuarto trasero de la casa de tía Alberta, en Cambridge.

Sólo quedan dos cosas por decir.

Una es que Caspian y sus hombres llegaron sanos y salvos a la isla de Ramandú. Los tres lores despertaron de su sueño. Y Caspian se casó con la hija de Ramandú, y volvieron finalmente a Narnia, y ella llegó a ser una gran reina, y fue madre y abuela de grandes reyes.

La otra es que al regresar a nuestro mundo, todos comenzaron a hablar de cómo había mejorado Eustaquio y que “jamás lo reconocerían como el niño de antes”. Todo el mundo, menos tía Alberta, que decía que Eustaquio se había puesto muy aburrido y pesado y que, seguramente, esto se debía a la

influencia de esos niños Pevensie.

C. S. LEWIS

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO IV

LA SILLA DE PLATA

A NICHOLAS HARDIE

I
DETRÁS DEL GIMNASIO

Era un día gris de otoño y Jill Pole estaba llorando detrás del gimnasio.

Lloraba porque le habían estado metiendo miedo. Este no va a ser un cuento de colegio, así que les diré lo menos posible sobre el de Jill, porque no es un tema muy agradable. Era un colegio "coeducacional" para niños y niñas, lo que se llama habitualmente un colegio mixto; dicen que más mixtas eran las mentalidades de quienes lo dirigían, que opinaban que se debía dejar a los alumnos hacer lo que quisieran. Y desgraciadamente lo que diez o quince de los mayores preferían era intimidar a los demás. Hacían toda clase de cosas, cosas terribles que en cualquier otro colegio habrían llamado la atención y se les habría puesto fin de inmediato; pero no sucedía así en este colegio. Y aun si así fuera, no se expulsaba o castigaba a los culpables. El Director decía que se trataba de casos psicológicos sumamente interesantes, los hacía acudir a su oficina y conversaba con ellos durante horas. Y si tú sabes cómo hablarle a un Director, al final terminarás siendo su favorito.

Por eso Jill Pole lloraba en aquel nublado día otoñal en medio del húmedo sendero situado entre la parte trasera del gimnasio y los arbustos del jardín. Y todavía estaba llorando cuando un niño dobló la esquina del gimnasio. Venía silbando y con las manos en los bolsillos y por poco tropieza con ella.

—¿No puedes mirar por donde caminas? —dijo Jill Pole.

—Está *bien* —dijo el niño—, no tienes para qué ponerte...

Y entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué te pasa, Pole?

Jill sólo consiguió hacer una mueca; esa clase de muecas que haces cuando tratas de decir algo pero te das cuenta de que si hablas vas a empezar a llorar de nuevo.

—Debe ser por culpa de *ellos,* supongo, como de costumbre —dijo con dureza el niño, hundiendo más aún sus manos en los bolsillos.

Jill asintió. No tenía necesidad de añadir nada más, aunque hubiese podido hacerlo. Ambos sabían.

—Pero mira —dijo el niño—, es el colmo que todos nosotros...

Su intención era buena, pero habló como quien va a decir un discurso. A Jill le dio mucha rabia (lo que es muy comprensible que te suceda cuando te han interrumpido en pleno llanto).

—Oh, ándate y no te metas en lo que no te importa —dijo—. Nadie te ha pedido que vengas a entrometerte en mis cosas, ¿no es verdad? Y no eres el más indicado para ponerte a decirnos lo que tenemos que hacer, ¿no es cierto? Supongo que pensarás que deberíamos pasar el día haciéndoles la pata y desviviéndonos por ellos, como tú.

—¡Por favor! —exclamó el niño, sentándose en el suelo cubierto de pasto a la orilla de los arbustos y levantándose inmediatamente, pues el pasto estaba empapado. Era una lástima que se llamara Eustaquio Scrubb, pero no era mala persona.

—¡Pole! —dijo—. ¡Eres superinjusta! ¿He hecho todo eso este trimestre? ¿No le hice frente a Carter en el asunto del conejo? ¿Y no guardé el secreto sobre Spivvins, y eso que me torturaron? ¿Y no...

—N-no lo sé ni m-me importa —sollozó Jill.

Scrubb se dio cuenta de que todavía no se le pasaba la pena, y amistosamente le ofreció una pastilla de menta. El también se comió una. Y poco después Jill comenzó a ver las cosas mucho más claras.

—Perdóname, Scrubb —le dijo— Fui muy injusta. Es cierto que hiciste todo eso... este último trimestre.

—Entonces borra el trimestre anterior, por favor —pidió Eustaquio—. Yo era otro tipo en esa época. Era... ¡demonios!, ¡qué mísera garrapata era yo!

—Bueno, francamente, así eras —dijo Jill.

—Oye, ¿crees que he cambiado? —preguntó Eustaquio.

—No sólo yo —repuso Jill—. Todos dicen lo mismo; hasta *ellos* lo han notado. Leonora Blackinston oyó que Adela Pennyfather hablaba ayer de esto en el vestuario. Dijo: “Alguien está influenciando al niño Scrubb. Este trimestre ha estado absolutamente inmanejable. Tendremos que ocuparnos de él lo antes posible”.

Eustaquio sintió un escalofrío. En el Colegio Experimental todo el mundo sabía lo que significaba que *ellos* se “ocuparan” de uno.

Ambos niños se quedaron callados un rato. Las gotas caían de las hojas del laurel.

—¿Por qué estás tan distinto a lo que eras el trimestre pasado? —preguntó Jill de pronto.

—Me pasaron un montón de cosas raras en las vacaciones —respondió Eustaquio en tono misterioso.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Jill.

Eustaquio no habló una palabra durante largo rato. Luego dijo:

—Óyeme, Pole. Tú y yo odiamos este lugar más que a nada en el mundo, ¿no es así?

—Por lo menos sé que *yo* lo odio —dijo Jill.

—Entonces creo que puedo confiar realmente en ti.

—Superamable de tu parte —dijo Jill.

—Pero es que es un secreto terrible de verdad. Pole, dime, ¿eres buena para creer cosas? Es decir, para creer en cosas de las que otros se reirían.

—Nunca me ha pasado —repuso Jill—, pero creo que sí.

—¿Me creerías si te dijera que en las últimas vacaciones estuve fuera del mundo... fuera de este mundo?

—No te entiendo lo que quieres decir.

—Bueno, dejemos los mundos por ahora. Imagina que te cuento que estuve en un lugar donde los animales pueden hablar y donde hay... este... encantamientos y dragones... y... bueno, todo ese tipo de cosas que encuentras en los cuentos de hadas.

Scrubb se sintió tremendamente incómodo al decir esto y se puso colorado.

—¿Cómo llegaste allá? —preguntó Jill. También ella se sentía curiosamente avergonzada.

—De la única manera posible: la magia —dijo Eustaquio, casi en un murmullo—. Iba con dos primos míos. Y simplemente... nos hicieron desaparecer de repente. Mis primos ya habían estado allí antes.

Ahora que hablaban en murmullos, no sé por qué Jill encontró más fácil creerle. De pronto se le ocurrió una horrible sospecha y dijo (tan furiosa

que por un momento pareció una tigresa):

—Si descubro que me estás tomando el pelo no volveré a hablarte nunca más; nunca, nunca, nunca.

—No te tomo el pelo —dijo Eustaquio—. Te juro que no. Te lo juro por... por todo.

(Cuando yo estaba en el colegio, uno habría dicho "lo juro por la Biblia". Pero nadie se preocupa de la Biblia en el Colegio Experimental).

—Está bien —dijo Jill—. Te creo.

—¿Y no se lo dirás a nadie?

—¿Quién te crees que soy?

Dijeron esto con gran entusiasmo; pero después, cuando ya lo habían dicho y Jill miró a su alrededor y vio ese nublado cielo otoñal y escuchó el ruido de las gotas que caían de las hojas y pensó en lo inútil que era el Colegio Experimental (era un curso de trece semanas y aún faltaban once), dijo:

—Pero después de todo, ¿qué sacamos? No estamos allá; estamos aquí. Y requetenunca podremos ir *allá.* ¿O podemos?

—Eso es lo que me gustaría saber —replicó Eustaquio—. Cuando volvimos de ese lugar, alguien dijo que los dos Pevensie (mis dos primos) no volverían nunca más. Era la tercera vez que iban, ¿ves?, así que supongo que ya tenían su cuota. Pero él jamás dijo que yo no podría volver. Estoy seguro de que lo habría dicho, a menos que quisiera decir que yo iba a volver. Y no puedo dejar de preguntarme si nosotros podemos... si podríamos...

—¿Quieres decir, hacer algo para que suceda?

Eustaquio asintió.

—¿Quieres decir que podríamos dibujar un círculo en la tierra... y escribir algo en letras raras... y pararnos adentro... y decir conjuros y hechizos?

—Bueno —dijo Eustaquio luego de reflexionar profundamente durante un momento—. Creo que era algo así lo que yo pensaba, aunque nunca lo hice. Pero ahora que tú lo dices, me parece que todos esos círculos y cosas son puras tonterías. No creo que a él le gustaría. Parecería como si creyéramos que podemos obligarlo a hacer algo. Y en realidad sólo podemos pedírselo.

—¿Quién es esa persona de que hablas todo el tiempo? —En aquel lugar lo llaman Aslan —explicó Eustaquio.

—¡Qué nombre tan raro!

—Ni la mitad de lo raro que es él —dijo Eustaquio con aire solemne—. Pero hagámoslo, no puede ser nada malo, sólo pediremos. Parémonos juntos, así, y estiremos los brazos al frente con las palmas hacia abajo, tal como hicieron ellos en la isla de Ramandú...

—¿La isla de quién?

—Te lo contaré otro día. Y a él le gustaría que estemos de cara al este. A ver ¿dónde está el este?

—No sé —dijo Jill.

—Eso es lo fantástico que tienen las niñas: jamás saben los puntos de la brújula —comentó Eustaquio.

—Tú tampoco lo sabes —exclamó Jill, indignada.

—Claro que lo sé, si dejas de interrumpirme. Ya lo tengo. Ese es el este, frente a los laureles. Y ahora ¿quieres repetir las palabras conmigo?

—¿Qué palabras? —preguntó Jill,

—Las palabras que yo voy a decir, por supuesto —contestó Eustaquio —. Ahora.

Y comenzó.

—¡Aslan, Aslan, Aslan!

—Aslan, Aslan, Aslan —repetía Jill.

—Por favor, haz que podamos ir a...

En ese momento se oyó una voz que gritaba desde el otro lado del gimnasio.

—¿Pole? Sí, ya sé donde está. Está lloriqueando detrás del gimnasio. ¿La hago salir?

Jill y Eustaquio se dieron una sola mirada, se tiraron de cabeza debajo de los laureles y empezaron a trepar por la empinada cuesta de tierra del parque a una espectacular velocidad de campeones que les merecía un

buen premio. (Debido a los curiosos métodos de enseñanza del Colegio Experimental uno no aprendía mucho francés o matemáticas o latín o cosas por el estilo, pero eso sí que uno aprendía a escapar rápido y silenciosamente cuando *ellos* lo andaban buscando).

A los pocos minutos de comenzar a trepar se detuvieron para escuchar y, por los ruidos que se oían, comprendieron que los seguían.

—¡Ojalá la puerta estuviera abierta otra vez! —dijo Scrubb mientras corrían, y Jill asintió.

Porque al final del parque había una elevada muralla de piedra y en ella una puerta por la que podías salir al camino público. Esa puerta estaba casi siempre cerrada con llave, pero algunas veces hubo gente que la encontró abierta; o quizás esto sucedió una sola vez. Pero podrás imaginarte que el recuerdo de esta única vez hacía que la gente no perdiera la esperanza y siguiera tratando de abrir la puerta; pues si llegaban a encontrarla sin llave, era una espléndida manera de salir del colegio sin que te vieran.

Jill y Eustaquio, muy acalorados y muy sucios después de arrastrarse casi doblados en dos por debajo de los laureles, subieron jadeando hasta la muralla. Y allí, cerrada como de costumbre, estaba la puerta.

—Va a ser inútil, seguramente —dijo Eustaquio, con la mano en la manilla de la puerta; y de pronto—: ¡Ah, por la gran flauta! —exclamó, pues la manilla había girado y la puerta se abría.

Momentos antes pensaban que si, por casualidad, la puerta estaba sin llave, la cruzarían volando como un rayo. Pero cuando la puerta realmente se abrió, se quedaron inmóviles. Porque lo que vieron era muy diferente de lo que esperaban.

Habían esperado ver la grisácea pendiente del potrero cubierto de brezos subiendo y subiendo hasta juntarse con el gris del cielo otoñal. En su lugar los recibió el resplandor del sol que inundaba el portal, como la luz de un día de verano que entra a raudales en la cochera cuando abres la puerta, y hacía que las gotas de agua brillaran como abalorios sobre el pasto, resaltando la suciedad de la cara de Jill, manchada de lágrimas. La luz del sol provenía de lo que ciertamente parecía ser un mundo diferente... por lo menos lo que ellos alcanzaban a vislumbrar. Vieron un suave césped, más suave y brillante que todos los que Jill había visto antes, y un cielo azul y, moviéndose con gran rapidez de allá para acá, unas cosas tan relucientes que podrían haber sido joyas o enormes mariposas.

Aunque había deseado tanto que sucediera algo así, Jill tuvo miedo. Miró a Scrubb y vio que él también estaba asustado.

—Vamos, Pole —dijo él, casi sin aliento.

—Pero ¿podremos volver? ¿No será peligroso? —preguntó Jill.

En ese momento se escuchó una voz que gritaba detrás de ellos, una vocecilla maligna y llena de rencor.

—Escúchame, Pole —chilló—, todos sabemos que estás ahí. Baja para acá.

Era la voz de Edith Jackle, que no era una de ellos, pero sí pertenecía a su grupo de parásitos y soplones.

—¡Rápido! —dijo Scrubb-. Ven, tomémonos de las manos. No debemos separarnos.

Y antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía, agarró su mano y de un tirón la hizo atravesar la puerta, dejando atrás los jardines del colegio, Inglaterra, todo nuestro mundo, para entrar a *Aquel Lugar.*

El sonido de la voz de Edith Jackle se apagó súbitamente, como cuando uno corta la radio. Al instante escucharon un sonido muy distinto a su alrededor. Venía de aquellas cosas que brillaban en las alturas y que resultaron ser bandadas de pájaros. Tenían un gran bullicio, pero semejaba más bien una música (una música moderna, de esa que cuesta entender la primera vez que la escuchas) que el acostumbrado canto de los pájaros en nuestro mundo. Sin embargo, a pesar del canto, reinaba un inmenso silencio, que parecía una especie de música de fondo. Aquel silencio, combinado con el frescor del aire, hizo pensar a Jill que se hallaban en la cumbre de una montaña muy alta.

Scrubb la llevaba todavía de la mano mientras caminaban hacia adelante, mirando a todos lados con los ojos que se le salían de la cara. Jill vio que crecían árboles enormes por todas partes, muy parecidos a los cedros, pero mucho más grandes. Pero como no estaban plantados uno al lado del otro, y como no había maleza, permitían ver un buen trecho dentro del bosque, a la derecha y a la izquierda. Y hasta donde los ojos de Jill alcanzaban a ver, todo era igual: un césped parejo, veloces aves de plumaje amarillo, o azul libélula, o color arco iris; sombras azuladas, y el vacío. No había un soplo de viento en ese aire fresco y luminoso. Era un bosque muy solitario.

Más allá ya no había árboles; sólo el cielo azul. Siguieron adelante sin hablar, hasta que de pronto Jill oyó que Scrubb decía: “¡Cuidado!”, y sintió que la tiraban hacia atrás. Estaban al borde mismo de un acantilado.

Jill tenía la suerte de ser de esas personas que no tienen vértigos. No le importaba en lo más mínimo pararse al borde de un precipicio. Se enojó

mucho con Scrubb por empujarla hacia atrás. “Como si fuera una niñita”, dijo, y se soltó bruscamente de la mano de Eustaquio. Cuando vio lo pálido que se ponía, lo contempló con desprecio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Y para demostrar que ella no tenía miedo, se acercó más todavía al borde; en realidad, se acercó mucho más de lo que hubiera querido. Luego miró hacia abajo.

Entonces pensó que Scrubb tenía algo de razón para estar tan pálido, pues éste era un acantilado que no podría compararse a ninguno de los de nuestro mundo. Imagina que estás en la cima del acantilado más alto que conozcas. Imagina que miras hacia el fondo. Y entonces imagina que el precipicio continúa bajando más allá de ese fondo, y otra vez más abajo, diez veces más, veinte veces más abajo. Y a esa inconmensurable distancia imagina que ves debajo unas cositas blancas que podrían confundirse a primera vista con ovejas, pero luego te das cuenta de que son nubes, no pequeñas guirnaldas de niebla, sino enormes nubes blancas, infladas, tan grandes como cualquiera montaña. Y, por último, por entre aquellas nubes, logras recién divisar el verdadero fondo, tan lejano que no alcanzas a distinguir si es campo o bosque, si es tierra o agua: mucho más abajo de esas nubes de lo que tú estás sobre ellas.

Jill lo miró fijamente. Luego pensó que, después de todo, sería mejor alejarse un par de pasos de la orilla; pero no quería hacerlo por temor a lo que pudiera creer Scrubb. De repente decidió que no le importaba lo que él creyera; podía perfectamente apartarse de esa horrible orilla, y nunca más se burlaría de la gente que teme a las alturas. Pero cuando trató de moverse se dio cuenta de que no podía. Sus piernas parecían estar hechas de masilla. Todo daba vueltas ante sus ojos.

—¿Qué estás haciendo, Pole? ¡Vuelve atrás, grandísima idiota! —gritó Scrubb.

Pero su voz parecía venir de muy lejos. Sintió que trataba de agarrarla, pero ella ya no tenía control sobre sus brazos y piernas. Hubo un momento de forcejeo al borde del acantilado. Jill estaba demasiado asustada y demasiado mareada para saber bien lo que hacía, pero mientras viva recordará dos cosas (a menudo volvían a su memoria en sus sueños). Una fue que se soltó de un tirón de las manos de Scrubb que la apretaban; la otra que, al mismo tiempo, Scrubb, con un grito de terror, perdía el equilibrio y se precipitaba al abismo.

Afortunadamente no alcanzó a pensar en lo que había hecho. Un inmenso animal de brillante colorido se había abalanzado al borde del acantilado. Allí se echó, inclinándose hacia adelante y (esto era lo más extraño

de todo) se puso a soplar. No a rugir ni a bufar, sino que simplemente a soplar con la boca muy abierta, de una manera muy regular, como una aspiradora. Jill estaba tendida tan cerca de la criatura que podía sentir su aliento vibrando constantemente por su cuerpo. No se movió, pues no podía levantarse. Estaba medio desvanecida; en realidad, hubiera querido poder desmayarse, pero uno no se desmaya cuando quiere. Por fin vio, muy abajo, un puntito negro que flotaba alejándose del acantilado, un poco hacia arriba. A medida que se elevaba, se alejaba más. Cuando estuvo a la misma altura de la cumbre del acantilado, ya estaba tan demasiado lejos que Jill lo perdió de vista. Era evidente que se apartaba de ellos a toda velocidad. Jill no pudo dejar de pensar que la criatura que se hallaba a su lado lo estaba alejando con su aliento. Se volvió para mirar a la criatura. Era un león.

II
JILL TIENE UNA TAREA

Sin dar una sola mirada a Jill, el León se paró en sus cuatro patas y sopló por última vez. Luego, como si se diera por satisfecho con su trabajo, se volvió y echó a andar lentamente y con paso majestuoso de regreso al bosque.

—Tiene que ser un sueño, tiene que ser, tiene que ser —se dijo Jill—. Despertaré en cualquier momento.

Pero no era un sueño, y no despertó.

—Ojalá no hubiéramos venido nunca a este espantoso lugar —murmuró Jill—. No creo que Scrubb supiera más que yo de todo esto. O si sabía, no tenía derecho a traerme aquí sin advertirme cómo era. No es culpa mía que se haya caído del acantilado. Si me hubiera dejado en paz, no tendríamos ningún problema ahora.

En eso recordó otra vez el grito de Scrubb al caer, y rompió a llorar.

Hace bien llorar un rato, mientras duran las lágrimas. Pero tienes que parar tarde o temprano y entonces debes decidir lo que vas a hacer. Cuando Jill dejó de llorar se dio cuenta de que tenía una sed atroz. Estaba tendida boca abajo y ahora se levantó. Los pájaros habían cesado de cantar y el silencio era perfecto, quebrado sólo por un leve sonido persistente que parecía venir de muy lejos. Escuchó con más atención y le pareció que era el ruido de una corriente de agua.

Jill se puso de pie y miró detenidamente a su alrededor. No se veían señales del León; pero había tantos árboles que era muy posible que estuviera cerca sin que ella lo supiera. Además, podía haber varios leones. Pero tenía tanta sed que se armó de valor para ir hacia esa corriente. Caminó en la punta de los pies, escabullándose de árbol en árbol, cautelosamente, deteniéndose a cada paso para mirar a su alrededor.

El bosque estaba tan silencioso que no era difícil acercarse al lugar de donde provenía el ruido. Se iba despejando poco a poco y antes de lo que esperaba llegó a un amplio claro y vio el río, brillante como el cristal, que cruzaba el prado muy cerca del lugar donde ella estaba. Pero aunque al ver el agua se sintió diez veces más sedienta, no se abalanzó a beber. Se quedó muy quieta, como si fuera de piedra, y con la boca abierta. Y tenía una buena razón: justo a ese lado del arroyo se encontraba el León.

Estaba echado con su cabeza levantada y sus patas delanteras estiradas al frente, como los leones de la Plaza Trafalgar. Se dio cuenta inmediatamente de que él la había visto, porque la miró directo a los ojos por

un momento y después se dio vuelta, como si la conociera demasiado bien y no le gustara nada.

"Si escapo me alcanzará en un segundo —pensó Jill—. Y si sigo, caeré derecho en su boca".

Como fuese, no podía moverse, aunque hubiera tratado, y tampoco podía apartar sus ojos de los suyos. Cuánto duró esto, no estaba segura; pareció durar horas. Y la sed se hizo tan horrible que llegó a pensar que no le importaría que el León la comiera si antes podía beber un buen trago de agua.

—Puedes beber si tienes sed.

Eran las primeras palabras que escuchaba desde que Scrubb le habló al pie del acantilado. Miró para todos lados, preguntándose quién habría hablado. La voz repitió: "Puedes beber si tienes sed", y entonces se acordó de lo que Scrubb le había contado sobre los animales que hablan en ese otro mundo, y comprendió que era el León el que había dicho esas palabras. De todos modos, había visto que sus labios se movían, y la voz no era la de un hombre. Era más profunda, más salvaje y con más fuerza; una voz dorada, gruesa. No es que la hubiese tranquilizado mayormente; más bien hizo que se sintiera asustada, pero de un modo bastante distinto.

—¿No tienes sed? —preguntó el León.

—Me *muero* de sed —respondió Jill.

—Entonces, bebe —dijo el León.

—¿Me dejas... podría yo... te importaría alejarte mientras bebo? —dijo Jill.

El León respondió sólo con una mirada y un gruñido apagado. Al contemplar aquella corpulenta masa inmóvil, Jill comprendió que igualmente podría pedirle a la montaña entera que se hiciera a un lado para darle el gusto a ella.

El delicioso murmullo del río la estaba volviendo loca.

—¿Me prometes que no me... harás nada si me acerco? —preguntó Jill.

—Yo no hago promesas —dijo el León.

Jill tenía tanta sed que, sin darse cuenta, se había acercado un paso más.

—¿Te *comes* a las niñas? —preguntó.

—Me he tragado niñas y niños, mujeres y hombres, reyes y emperadores, ciudades y reinos —repuso el León.

No lo dijo como vanagloriándose, ni como si se arrepintiera, ni como si estuviera enojado. Simplemente lo dijo.

—No me atrevo a ir a beber —murmuró Jill.

—Entonces morirás de sed —dijo el León.

—¡Dios mío! —exclamó Jill, acercándose otro paso—. Supongo que tendré que irme y buscar otro río.

—No hay otro río —dijo el León.

Jamás se le ocurrió a Jill no creerle al León —nadie que viera su cara severa podría dudar— y de súbito tomó su decisión. Era lo peor que le había tocado hacer en su vida, pero corrió hacia el río, se arrodilló y empezó a tomar agua con la mano. Era el agua más fría y refrescante que había probado. No necesitabas beber una gran cantidad, porque apagaba de inmediato tu sed. Antes de probarla tenía la intención de escapar del León en cuanto terminara de beber. Ahora se dio cuenta de que eso sería sumamente peligroso. Se puso de pie y se quedó allí, con los labios aún húmedos con el agua.

—Ven —dijo el León.

Y tuvo que ir. Estaba ya casi en medio de sus patas delanteras, mirándolo directo a los ojos. Pero no pudo resistir mucho tiempo; bajó la mirada.

—Niña Humana —dijo el León—, ¿Dónde está el Niño?

—Se cayó por el acantilado —contestó Jill—. Señor —agregó. No sabía cómo llamarlo y le parecía una insolencia no llamarlo de alguna manera.

—¿Cómo le sucedió eso, Niña Humana?

—El estaba tratando de que yo no cayera, señor.

—¿Por qué estabas tan cerca del borde, Niña Humana?

—Estaba haciéndome la valiente, señor.

—Esa es una muy buena respuesta, Niña Humana. No lo hagas nunca más. Y ahora, escucha (esta fue la primera vez que la cara del León se veía

menos severa), el Niño está a salvo. Lo soplé hacia Narnia. Mas la tarea tuya será la difícil, por lo que hiciste.

—¿Qué tarea, señor, por favor? —dijo Jill.

—La tarea para la cual los llamé a ti y a él desde vuestro mundo.

Esto intrigó muchísimo a Jill. "Me confunde con otra", pensó. No se atrevió a decírselo al León, a pesar de que le pareció que se armaría un gran lío si no lo hacía.

—Dime lo que estás pensando, Niña Humana —dijo el León.

—Pensaba... quiero decir... ¿no habrá algún error? Porque nadie nos llamó a Scrubb y a mí. Fuimos nosotros los que pedimos venir acá. Scrubb dijo que teníamos que invocar a... a Alguien, un nombre que yo no conocía... y que tal vez ese Alguien nos dejaría entrar. Y así lo hicimos, y entonces encontramos abierta la puerta.

—Ustedes no me habrían llamado a mí si no hubiera estado yo llamándolos a ustedes —dijo el León.

—Entonces, ¿tú eres Alguien, señor? —preguntó Jill.

—Yo soy. Y ahora, ésta es tu tarea. Muy lejos de aquí, en la tierra de Narnia, vive un anciano Rey que está muy triste porque no tiene un príncipe de su sangre que reine después de él. No tiene heredero, ya que su único hijo le fue raptado hace muchos años y nadie en Narnia sabe dónde está ese Príncipe, ni sabe siquiera si aún está vivo. Pero está vivo. Te impongo este mandato: busca a ese Príncipe perdido hasta que o bien lo encuentres y lo traigas a la casa de su padre, o bien mueras en el intento, o bien regreses a tu propio mundo.

—¿Cómo, por favor? —preguntó Jill.

—Te lo diré, Niña —dijo el León—. Estas son las Señales con las que te guiaré en tu búsqueda. Primero: en cuanto el Niño Eustaquio ponga un pie en Narnia, encontrará a un viejo y querido amigo. Debe saludar a ese amigo en seguida; si lo hace, ustedes dos recibirán una buena ayuda. Segundo: deben viajar fuera de Narnia, hacia el norte, hasta llegar a las ruinas de la antigua ciudad de los gigantes. Tercero: en esa ciudad en ruinas encontrarán unas palabras escritas sobre las piedras; deben hacer lo que les diga ese mensaje. Cuarto: reconocerán al Príncipe perdido (si dan con él) por lo siguiente: será la primera persona en todo el viaje que les pedirá que hagan algo en mi nombre, en el nombre de Aslan.

Como parecía que el León había terminado, Jill pensó que ella

debería decir algo. Así es que dijo:

—Muchas gracias, ya entiendo.

—Niña —dijo Aslan, en tono más suave que el que había usado hasta ahora—, quizás no entiendes tan bien como crees. Pero el primer paso es recordar. Repíteme, en su orden, las cuatro Señales.

Jill trató, pero no las recordó muy bien. Entonces el León la corrigió y la hizo repetirlas una y otra vez hasta que se las supo perfectamente. Fue muy paciente en esto, de modo que cuando lo logró, Jill se armó de valor para preguntarle:

—¿Y cómo voy a llegar a Narnia?

—Sobre mi aliento —dijo el León—. Te soplaré al este del mundo, así como soplé a Eustaquio.

—¿Lo alcanzaré a tiempo para darle la primera Señal? Aunque supongo que no importará. Si ve a un viejo amigo, es seguro que irá a hablar con él, ¿no es cierto?

—No tienen tiempo que perder —dijo el León—. Por eso debo enviarte inmediatamente. Ven. Camina delante de mí hasta el borde del acantilado.

Jill se acordaba muy bien de que si no había tiempo que perder era por su culpa. “Si yo no me hubiera puesto a hacer estupideces, Scrubb y yo estaríamos juntos. Y él habría oído todas las instrucciones igual que yo”, pensó. Así que hizo lo que le decía. Era angustioso tener que volver al borde del acantilado, sobre todo que el León no caminaba a su lado sino detrás de ella, sin hacer ningún ruido con sus patas tan suaves.

Pero mucho antes de que llegara cerca del borde, escuchó tras ella la voz que decía:

—No te muevas. Voy a soplar dentro de unos instantes. Pero primero, recuerda, recuerda, recuerda las Señales. Repítelas para ti misma cuando despiertes por la mañana y cuando te acuestes en la noche, y cuando te despiertes en medio de la noche. Y aunque te sucedan cosas muy extrañas, no dejes que nada aparte tu mente del cumplimiento de las Señales. Y segundo, te hago una advertencia. Aquí sobre la montaña te he hablado muy claro; no lo haré así generalmente allá en Narnia. Aquí sobre la montaña el aire es claro y tu mente está clara; cuando vayas bajando a Narnia el aire se hará más espeso. Ten mucho cuidado de que no confunda tu mente. Y cuando encuentres allá las Señales que aquí has aprendido, no serán en absoluto lo que tú esperabas que fueran. Por eso es tan importante que las sepas de

memoria y que no te fijes en las apariencias. No olvides las Señales y cree en las Señales. Ninguna otra cosa tiene importancia. Y ahora, Hija de Eva, adiós...

La voz se había ido haciendo más suave al final de este discurso y ahora se apagó del todo. Jill miró hacia atrás. Para su gran asombro, vio el acantilado a más de cien metros de distancia ya, y al León como un punto de oro brillante al borde del precipicio. Ella había esperado con los dientes y puños apretados la tremenda explosión del aliento del León; pero fue tan tenue que ni supo cuándo salió de la tierra. Y ahora no había más que aire a miles y miles de metros debajo de ella.

Sintió miedo, pero sólo por un segundo, pues, por una parte, el mundo allá abajo se veía tan lejano que parecía no tener nada que ver con ella, y por otra, flotar sobre el aliento del León era maravillosamente cómodo. Descubrió que podía tenderse de espalda o de bruces y darse vuelta para donde quisiera, como cuando estás en el agua (siempre que sepas flotar). Y como se movía al mismo ritmo que el aliento, no había viento y el aire era deliciosamente tibio. Era muy distinto a estar en un avión, porque no había ruido ni vibración. Si Jill hubiese subido alguna vez en un globo podría haber pensado que esto era algo semejante, pero mucho mejor.

Cuando miró hacia atrás se dio cuenta por primera vez del verdadero tamaño de la montaña que acababa de abandonar. Le extrañó que una montaña tan enorme como esa no estuviera cubierta de nieve y hielo. “Supongo que esa clase de cosas es diferente en este mundo”, pensó Jill. Luego miró hacia abajo; pero estaba a tal altura que no pudo saber si flotaba sobre tierra o sobre mar, ni tampoco a qué velocidad iba.

—¡Por la máquina! ¡Las Señales! —exclamó Jill de pronto—. Será mejor que trate de repetirlas.

Tuvo realmente pánico por un par de segundos, pero después comprobó que todavía las podía decir correctamente.

—Todo anda bien —dijo, y con un suspiro de satisfacción, se echó en el aire como si fuera un sofá.

—¡Ah, diablos! —se dijo Jill algunas horas más tarde—. Me quedé dormida. ¡Imagínate, durmiendo en el aire! ¿Alguien lo habrá hecho antes? No creo. Aunque Scrubb puede haberlo hecho también, ¡qué lata!, y en este mismo viaje, poquito antes que yo. Bueno, veamos cómo es allá abajo.

Lo que vio fue una enorme llanura de color azul muy oscuro. No se veían cerros, pero sí unas cosas blancas, grandotas, que se movían a través de la llanura.

“Deben ser nubes —pensó—, pero mucho más grandes que las que veíamos desde el acantilado. Supongo que las veo más grandes porque están más cerca. Debo ir bajando. ¡Que molesto el sol!”

El sol, que estaba muy alto al comienzo del viaje, ya le daba en los ojos. Significaba que iba bajando antes que ella. Scrubb tenía razón al decir que Jill (no sé si todas las niñas en general) nunca recordaba los puntos cardinales. Si no, habría sabido, cuando el sol comenzó a darle en los ojos, que viajaba casi, casi derecho al oeste.

Mirando con atención la llanura azul que se extendía abajo, advirtió de pronto aquí y allá unos puntitos de color más pálido y más brillante.

“¡Es el mar! —pensó Jill—, Y creo que esas son islas”.

Así era. Se habría muerto de celos si hubiera sabido que algunas de aquellas islas eran las que Scrubb había visto desde la cubierta de una nave; incluso había desembarcado en ellas. Pero Jill no lo sabía. Después de un rato empezó a ver pequeñas arrugas en la azulada tersura; pequeñas arrugas que debían ser las enormes olas del océano, si estuvieras abajo, en medio de ellas. Luego, a lo largo del horizonte, surgió una ancha línea oscura que engrosaba y se oscurecía tan rápido que podías ver cómo crecía. Fue la primera prueba de la gran velocidad a que viajaba. Y comprendió que esa línea que crecía debía ser la tierra.

De súbito, a su izquierda (porque el viento soplaba al sur), una impresionante nube blanca se abalanzó hacia ella, esta vez a su misma altura. Y antes de saber dónde estaba, se metió justo al centro de su fresca y húmeda niebla. Quedó sin respiración, a pesar de que estuvo dentro sólo un instante. Salió parpadeando a la luz del sol y con su ropa toda mojada. (Tenía puestos una chaqueta y un suéter, pantalones cortos, calcetines y zapatos bien gruesos; era un día bastante nublado allá en Inglaterra). Al salir de la nube se encontró con que seguía bajando; percibió algo que, supongo, debería haber esperado, pero que en cambio resultó una sorpresa y un sobresalto para ella: los ruidos. Hasta ese momento había viajado en medio de un silencio absoluto. Ahora, por primera vez, escuchó el ruido de las olas y los gritos de las gaviotas. Y pudo también sentir el olor del mar. Ya no cabía duda sobre la velocidad a que volaba. Vio dos olas chocar con un chasquido, y un chorro de espuma que saltaba entremedio de ellas; pero apenas había alcanzado a verlo cuando ya quedaba cien metros detrás. Se acercaba a grandes pasos a la tierra. Podía ver algunas montañas a lo lejos hacia el interior, y otras más próximas a su izquierda. Podía ver bahías y cabos, bosques y campos, y grandes extensiones de playas arenosas. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla se hacía cada vez más fuerte y ahogaba los demás ruidos del mar.

La tierra se abrió de repente justo delante de ella. Iba llegando a la desembocadura de un río. Volaba muy bajo, a sólo unos pocos metros del agua. La cresta de una ola le rozó la punta del pie y una inmensa salpicadura de espuma la empapó hasta la cintura. Ahora iba perdiendo velocidad. En vez de continuar río arriba, iba planeando hacia la ribera izquierda. Había tantas cosas que mirar que no podía abarcarlas todas: un suave prado verde, un barco de colores tan radiantes que semejaba una enorme pieza de joyería; torres y almenas, banderas flameando al viento, una muchedumbre, alegres ropajes, armaduras, oro, espadas, el sonido de una música. Pero todo revuelto. Lo primero que tuvo claro fue que había aterrizado y estaba parada bajo un bosquecillo de árboles muy cerca de la ribera del río y allí, a unos pocos metros de ella, se hallaba Scrubb.

Su primer pensamiento fue lo sucio, desgreñado y, en general, lo insignificante que se veía. El segundo fue: “ ¡Estoy toda mojada!”

III
EL REY SE EMBARCA

Lo que hacía que Scrubb tuviera ese aspecto tan deslucido (y Jill también, si hubiera podido verse) era el esplendor que los rodeaba. Será mejor que lo describa ahora mismo.

A través de una hendidura entre esas montañas que Jill había divisado a lo lejos en el interior cuando se acercaba a la tierra, el sol derramaba su luz sobre su suave prado. Al otro lado del prado, con sus veletas relucientes por el sol, se erguía un castillo de numerosas torres y torreones; el castillo más hermoso que Jill viera en su vida. A la izquierda había un muelle de mármol blanco y amarrado a él, el barco: un barco muy grande, de alto castillo de proa y alta popa, de color dorado y carmesí, con una enorme bandera al tope, y una cantidad de pendones que se agitaban en las cubiertas, y una hilera de escudos brillantes como la plata a lo largo de la borda. Atracaron la pasarela, a cuyo pie, listo para embarcarse, se encontraba un hombre muy, muy viejo. Vestía una finísima capa púrpura, abierta adelante, que dejaba ver su cota de plata. En su cabeza lucía un delgado cintillo de plata. La barba, blanca como la lana, le caía casi hasta la cintura. Se mantenía parado bastante derecho, apoyando una mano en el hombro de un caballero ricamente vestido que se veía más joven que él, pero fácilmente podías notar que era muy anciano y frágil. Parecía que una racha de viento podía llevárselo; sus ojos estaban llorosos.

Justo frente al Rey —que se había vuelto para hablar a su pueblo antes de subir a la nave— había una pequeña silla de ruedas y, enganchado a ella, un burrito no mucho más grande que un perro cazador. Sentado en la silla, un enanito gordo. Vestía tan elegantemente como el Rey, pero por su gordura y su postura, encorvado en el asiento, el efecto era muy diverso: parecía más bien una informe bolsa de pieles, sedas y terciopelos. Era de la edad del Rey, pero se veía más saludable y jovial, y su mirada era muy viva. Su cabeza descubierta, calva y extremadamente grande, brillaba como una gigantesca bola de billar a la luz del sol poniente.

Más atrás, en un semicírculo, se encontraban los cortesanos, según pensó Jill. Eran dignos de ver, aunque sólo fuera por sus ropajes y armaduras, que los hacían parecer más bien un jardín de flores que una muchedumbre. Pero lo que dejó pasmada de asombro a Jill fue la gente misma. Si es que “gente” es la palabra adecuada, pues sólo uno de cinco era humano: el resto eran seres que jamás has encontrado en nuestro mundo. Faunos, sátiros, centauros; Jill podía nombrarlos por haberlos visto en dibujos. Enanos también. Había una cantidad de animales que Jill conocía: osos, tejones, topos, leopardos, ratones y muchos pájaros. Pero eran muy diferentes a los animales que llamamos por esos nombres en Inglaterra. Algunos eran mucho más grandes; los ratones, por ejemplo, se paraban en sus patas traseras y medían

cerca de sesenta centímetros de alto. Pero aparte de eso, se veían distintos. Por la expresión de sus caras te dabas cuenta de que podían hablar y pensar igual que tú.

"¡Qué increíble —se dijo Jill—. Así que es verdad después de todo. ¿Serán mansos? —agregó, pues en ese momento vio en las cercanías de la multitud a un par de gigantes y a un grupo de gente que no tuvo idea qué podían ser".

En ese instante, Aslan y las Señales volvieron de golpe a su mente. Los había olvidado totalmente durante la última media hora.

—¡Scrubb! —murmuró, apretándole el brazo—. ¡Scrubb, rápido! ¿Ves a alguien conocido aquí?

—Conque apareciste otra vez, ¿ah? —dijo Scrubb, en tono antipático (y tenía algo de razón)—. ¿Podrías quedarte callada? Quiero escuchar.

—No seas tonto —insistió Jill—. No hay tiempo que perder. ¿No ves a ningún antiguo amigo tuyo por aquí? Si lo ves, tienes que ir a hablar con él inmediatamente.

—¿De qué estás hablando? —dijo Scrubb.

—Es Aslan, el León, el que dijo que tienes que hacerlo —explicó desesperada Jill—. Yo lo he visto.

—Ah ¿sí? Y ¿qué te dijo?

—Me dijo que la primera persona que tú verías en Narnia sería un viejo amigo, y que tenías que ir y hablarle al instante.

—Bueno, pero aquí no hay nadie que yo haya visto antes en mi vida; y además no sé si ésta es Narnia.

—Pensé que habías dicho que estuviste aquí antes —dijo Jill.

—Entonces, pensaste mal.

—¡Ah, qué estupendo! Tú me dijiste...

—Por Dios, cállate y déjame escuchar lo que están diciendo.

El Rey le hablaba al Enano, pero Jill no podía oír lo que decía. Y, por lo que pudo entender, el Enano no respondió, aunque movía constantemente la cabeza, asintiendo. Luego el Rey levantó la voz y se dirigió a toda la Corte; pero su voz era tan vieja y cascada que Jill comprendió muy poco de su

discurso, sobre todo que mencionaba personas y lugares que ella no conocía. Cuando terminó, el Rey se inclinó y besó al Enano en ambas mejillas, se enderezó, levantó su mano derecha como dando su bendición, y subió lentamente y con paso débil por la pasarela del navío. Los cortesanos se conmovieron muchísimo con su partida. Sacaron sus pañuelos y se oían sollozos por todas partes. La pasarela fue retirada, sonaron trompetas en la popa y la nave comenzó a alejarse del muelle (la remolcaba un bote a remos, pero Jill no alcanzaba a verlo).

—Y ahora —principió a decir Scrubb, pero no siguió, pues en ese momento un enorme objeto blanco —Jill creyó por un segundo que era un volantín— planeó en el aire y vino a aterrizar a sus pies. Era un búho blanco, pero tan grande como un enano de tamaño corriente.

Parpadeó y entornó los ojos como si fuera corto de vista, ladeó un poco la cabeza y dijo con voz suave y ululante:

—¡Tufú, tufú! ¿Quién eres tú?

—Me llamo Scrubb y ella es Pole —respondió Eustaquio—. ¿Podrías decirnos dónde estamos?

—En la tierra de Narnia, en Cair Paravel, el castillo del Rey.

—¿Era el Rey el que acaba de irse en el barco?

—Cierto, muy cierto —dijo con tristeza el Búho, meneando su enorme cabeza—. Pero ¿quiénes son ustedes? Hay algo mágico en ustedes dos. Los vi llegar: vinieron volando. Todos los demás estaban tan ocupados en despedir al Rey que no se dieron cuenta. Pero yo sí; por casualidad los vi, los vi volar.

—Aslan nos mandó aquí —dijo Eustaquio en voz baja.

—¡Tufú, tufú! —dijo el Búho, con sus plumas erizadas—. Esto es casi demasiado para mí, a tan temprana ahora de la tarde. No me repongo hasta que baja el sol.

—Y nos envió a buscar al Príncipe perdido —añadió Jill, que esperaba con ansias poder intervenir en la conversación.

—Es primera vez que oigo eso —murmuró Eustaquio—. ¿Qué príncipe?

—Tienen que venir a hablar con el Lord Regente de inmediato —dijo el Búho— Es aquel, en el coche tirado por el burro: el Enano Trumpkin.

El ave se volvió y empezó a guiarlos, refunfuñando para sí:

—¡Fu! ¡Tufú! ¡Qué lío! No puedo pensar claro todavía. Es demasiado temprano.

—¿Cómo se llama el Rey? —preguntó Eustaquio. —Caspian Décimo —contestó el Búho.

Y Jill no podía entender por qué Scrubb se había parado en seco y se había puesto de un color tan raro. Pensó que jamás lo había visto tan afectado por algo. Pero antes de que pudiera hacer cualquiera pregunta, llegaron frente al Enano que ya recogía las riendas de su burro y se preparaba para regresar en su coche al castillo. La muchedumbre de cortesanos se había disuelto y tomaba la misma dirección, de a uno, de a dos o en pequeños grupos, como la gente que se retira después de presenciar un juego o una carrera.

—¡Tufú! ¡Ejem! Lord Regente —dijo el Búho, inclinándose un poco y acercando su pico al oído del Enano.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —dijo el Enano.

—Dos forasteros, señor —explicó el Búho.

—¡Abasteros! ¿Qué pretendes decir? —exclamó el Enano—. Yo veo dos cachorros de hombre extraordinariamente puercos. ¿Qué quieren?

—Me llamo Jill —dijo ella, adelantándose. Estaba ansiosa por explicar el importante asunto que los había traído hasta acá.

—La niña se llama Jill —gritó el Búho lo más fuerte que pudo.

—¿Qué pasa? —dijo el Enano—. ¿Que las niñas llegan en abril? No creo una palabra. ¿Qué niñas? ¿Quién las mandó?

—Una sola niña, mi Lord —contestó el Búho—. Su nombre es Jill.

—Habla más fuerte, que no te oigo —dijo el Enano—. No te quedes ahí zumbando y gorjeando en mi oído. (,Quién llega en abril?

—Nadie llega en abril —ululó el Búho.

—¿Quién?

—NADIE.

—Está bien, está bien. No tienes que gritarme, no estoy tan sordo. ¿Para qué vienes a decirme que nadie llega en abril? ¿Por qué tendría que llegar alguien?

—Mejor dile que soy Eustaquio —aconsejó Scrubb.

—Mi Lord, el niño es Eustaquio —ululó el Búho lo más fuerte posible.

—¿Que no vale un apio? Así me parece —dijo el Enano, de malhumor —. Y por eso lo han traído a la Corte, ¿eh?

—No es apio —contestó el Búho—. EUSTAQUIO.

—¿Que está aquí? Ya lo veo. No entiendo de qué diablos estás hablando. Te voy a decir algo, Maestro Plumaluz. Cuando yo era joven, había en este país bestias y aves que *hablan* que realmente podían hablar. No como ahora, este mascullar, murmurar y cuchichear. No se habría tolerado ni un minuto. Ni un minuto, señor. Urno, mi trompeta, por favor.

Un pequeño fauno que había permanecido en silencio todo el tiempo pegado al codo del Enano, le pasó una trompetilla de plata. Tenía la forma de un instrumento musical llamado serpiente, de manera que el tubo se enroscaba justo alrededor del cuello del Enano. Mientras se la colocaba, el Búho Plumaluz dijo sorpresivamente a los niños, en un susurro:

—Mi cerebro está un poco más claro ya. No digan nada sobre el Príncipe perdido. Ya les explicaré más tarde. ¡No serviría de nada, tufú! ¡Ay, qué lío armas tú!

—Bien, —dijo el Enano—, si *tienes* algo sensato que decir, Maestro Plumaluz, trata de decirlo. Respira hondo y no intentes hablar demasiado rápido.

Con la ayuda de los niños, y a pesar de un ataque de tos de parte del Enano, Plumaluz le explicó que los forasteros habían sido enviados por Aslan a visitar la Corte de Narnia. El Enano les dio una rápida mirada, con una nueva expresión en sus ojos.

—¿Enviados por el propio León, eh? —dijo—. Y vienen de... mmm... de aquel otro Lugar... más allá del fin del mundo ¿eh?

—Sí, mi Lord —chilló Eustaquio dentro de la trompeta.

—Hijo de Adán e Hija de Eva ¿eh? —continuó el Enano. Pero los alumnos del Colegio Experimental jamás habían oído hablar de Adán y Eva, por lo que Jill y Eustaquio no pudieron responder. Pero al parecer el Enano no se dio cuenta.

—Bueno, queridos míos —dijo, tomando primero a uno y luego al otro de la mano e inclinando un poco su cabeza—, Son muy cordialmente bienvenidos. Si el buen Rey, mi pobre amo, no se hubiera embarcado recién

rumbo a las Siete Islas, se habría alegrado mucho de vuestra venida. Le habrían traído por un momento recuerdos de su juventud, por un momento... Pero ya es hora de ir a comer. Mañana nos reuniremos en consejo pleno y me dirán a qué han venido. Maestro Plumaluz, preocúpate de que se les den a nuestros huéspedes los mejores dormitorios y ropa apropiada. Y, Plumaluz, déjame decirte al oído...

Y el Enano puso su boca muy junto a la cabeza del Búho y, sin duda, pretendió hablar en voz baja, pero, como la mayoría de los sordos, no era capaz de juzgar el volumen de su propia voz, y ambos niños escucharon que decía: “Preocúpate de que los laven bien”.

Entonces el Enano dio un latigazo a su burro y éste se puso en camino hacia el castillo en una mezcla de trote y contoneo de pato (era un animalito muy gordo), mientras el Fauno, el Búho y los niños lo seguían a paso más bien lento. Se había puesto el sol y el aire comenzaba a refrescar.

Cruzaron el prado y, en seguida, un huerto hasta llegar a la puerta norte de Cair Paravel. Estaba abierta de par en par. Adentro se encontraron en un patio cubierto de hierba. Ya se veían las luces encendidas en las ventanas del gran salón a su derecha y también las de otra complicadísima masa de edificios al frente. El Búho los introdujo en estos últimos, donde una persona muy encantadora se encargó de atender a Jill. No era mucho más alta que Jill y mucho más delgada, pero era obviamente una persona adulta, graciosa como un sauce; su pelo parecía el de un sauce también y se diría que tenía musgo. Llevó a Jill hasta una sala redonda en uno de los torreones, donde había una pequeña bañera hundida en el piso y un fuego de leña de dulce olor quemándose en el hogar plano y una lámpara colgada con una cadena de plata del techo abovedado. La ventana miraba al oeste hacia la extraña tierra de Narnia; Jill contempló los rojos vestigios de la puesta de sol que aún relucían tras las lejanas montañas. Todo esto la hizo desear con ansias vivir más aventuras y tuvo la certeza de que era sólo el comienzo.

Después de darse un baño, cepillar su cabello, y ponerse la ropa que le habían preparado —era esa clase de ropa que no solamente es agradable al tacto, sino que además es linda, y huele bien, y suena bien cuando te mueves —, iba a seguir contemplando el paisaje apasionante que ofrecía esa ventana, pero la interrumpió un golpe en la puerta.

—Entre —dijo Jill.

Y entró Scrubb, también bañado y espléndidamente vestido con ropa narniana. Pero por la expresión de su cara no parecía estar disfrutándolo.

—Ah, aquí estás, por fin —dijo, malhumorado, dejándose caer en una silla—. Hace horas que trato de encontrarte.

—Bueno, ya me encontraste —repuso Jill—. Oye, Scrubb, ¿no crees que todo esto es superfascinante y sensacional?

Se había olvidado totalmente de las Señales y del príncipe perdido.

—¡Ah! Eso piensas tú, ¿ah? —dijo Scrubb; y agregó, después de una pausa—. ¡Ojalá no hubiéramos venido nunca!

—¿Pero por qué?

—No puedo soportarlo —dijo Scrubb—. Ver al Rey, a Caspian, convertido en un viejo viejísimo. Es... es espantoso.

—¿Y qué te importa a ti?

—Oh, tú no entiendes. Y si lo pienso bien, no puedes entender. No te he dicho que en este mundo el tiempo es distinto al nuestro.

—¿Qué quieres decir?

—El tiempo que tú pasas aquí no se cuenta en nuestro tiempo. ¿Entiendes? Quiero decir que por mucho tiempo que pasemos aquí, volveremos al Colegio Experimental en el mismo momento en que salimos.

—No va a ser muy divertido...

—¡Cállate la boca! No sigas interrumpiendo. Y cuando regresas a Inglaterra, a nuestro mundo, no puedes comprender cómo pasa el tiempo acá. Puede transcurrir cualquier cantidad de años en Narnia mientras allá pasa un año. Los Pevensie me lo explicaron todo, pero se me olvidó como un tonto. Y ahora parece que hace setenta años —años de Narnia— que estuve aquí. ¿Entiendes ahora? Y vuelvo y encuentro que Caspian es ya un viejito.

—¡Entonces el Rey *era* un antiguo amigo tuyo! —exclamó Jill. Se le vino a la mente una idea horrible.

—Debí darme cuenta de que era él —dijo Scrubb, con tristeza—. El mejor amigo que un tipo puede encontrar. Y la última vez tenía unos pocos años más que yo solamente. Y ver este anciano de barba blanca, y recordar a Caspian como era la mañana en que conquistamos las Islas Desiertas, o en la lucha con la serpiente de mar... oh, es tan terrible. Es peor que haberlo encontrado muerto.

—¡Cállate! —exclamó Jill, impaciente—. Es mucho peor de lo que tú crees. Fallamos en la primera Señal.

Claro que Scrubb no entendió nada. Entonces Jill le contó su conversación con Aslan y lo de las cuatro Señales y la tarea que les había encomendado a ellos dos: encontrar al príncipe perdido.

—Así es que ya ves —concluyó—, viste a un viejo amigo tuyo, tal como dijo Aslan, y debías haber ido a hablar con él en ese mismo momento. Pero no lo hiciste, y ahora todo parte mal desde el principio.

—Pero ¿cómo iba yo a saber eso? —dijo Scrubb.

—Si me hubieras escuchado cuando traté de decírtelo, todo andaría bien —repuso Jill.

—Sí, y si no te hubieras hecho la valiente al borde del acantilado y no me hubieras casi casi asesinado... sí, dije *asesinar,* y lo diré las veces que se me dé la gana, así es que no te sulfures... habríamos venido juntos y entonces los dos sabríamos lo que teníamos que hacer.

—¿Fue él la *primera* persona que viste? —preguntó Jill—. Debes haber estado aquí horas antes que yo. ¿Estás seguro de que no viste a nadie más primero?

—Llegué aquí apenas unos minutos antes que tú contestó Scrubb—. Debe haberte soplado más rápido que a mí. Para ganar tiempo; el tiempo que *tú* perdiste.

—¡No seas idiota, Scrubb! —exclamó Jill—. Pero ¿qué es eso?

Era la campana del castillo anunciando la comida, y de esta manera, felizmente, se cortó en seco lo que podía haberse transformado en una pelea de primera categoría. Los dos tenían bastante hambre a esas alturas.

Una cena en el gran salón del castillo es la cosa más espléndida que ambos hubieran visto jamás; pues aunque Eustaquio había visitado ese mundo antes, pasó toda su estadía en el mar y no conoció nada del esplendor y cortesía con que recibían los narnianos en sus casas, allá en su patria. Los pendones colgaban del techo, y cada plato era traído a la mesa al son de trompetas y timbales. Sirvieron sopas que te hacían agua la boca de sólo pensar en ellas; y los deliciosos pescados llamados pavenders; y venado, y pavo real, y empanadas, y helados y gelatinas y fruta y nueces, y toda clase de vinos y bebidas de fruta. Hasta Eustaquio se animó y admitió que “esto sí que es cenar”. Y cuando terminó la seria tarea de comer y beber, se adelantó un poeta ciego y empezó a cantar el grandioso y antiguo poema sobre el Príncipe Cor y Aravis y el caballo Bri, llamado *El Caballo y su Niño,* que narra una aventura ocurrida en Narnia y en Calormen y en las tierras situadas entre ambos países, en la Epoca de Oro cuando Pedro era el gran Rey en Cair Paravel. (No tengo tiempo de contarlo ahora, aunque vale la pena oírlo).

Cuando se arrastraban a sus dormitorios, bostezando hasta descarretillarse, Jill dijo: “Apuesto a que vamos a dormir muy bien esta noche”, porque habían tenido un día muy pesado. Lo que prueba lo poco que uno sabe de lo que puede acontecer en las próximas horas.

IV
UN PARLAMENTO DE BUHOS

Es muy curioso que mientras más sueño tienes más te demoras en acostarte; especialmente si tienes la suerte de que haya una chimenea en tu dormitorio. Jill pensó que no podía ni siquiera empezar a desvestirse sin sentarse primero un ratito frente al fuego. Y una vez que se sentó, no quería volver a levantarse. Ya se había repetido como cinco veces “tengo que irme a la cama”, cuando la asustó un golpecito en la ventana.

Se puso de pie, corrió las cortinas y al comienzo no vio nada más que oscuridad. De pronto dio un salto y retrocedió, porque algo muy grande se había estrellado contra la ventana. Se le vino a la cabeza una idea bastante desagradable: “Suponte que haya mariposas gigantes en este país. ¡Uf!” Pero entonces la cosa apareció nuevamente y esta vez Jill tuvo casi la seguridad de haber visto que era el pico de un ave lo que hacía ese ruido como de golpecitos. “Es algún pájaro enorme —pensó—. A lo mejor es un águila”. No tenía muchas ganas de recibir visitas, aunque fuera un águila, pero abrió la ventana y miró hacia afuera. Al instante, con un ruidoso aleteo de alas, la criatura aterrizó en el alféizar de la ventana y allí se quedó parada, llenando la ventana entera, de modo que Jill tuvo que echarse atrás para dejarle espacio. Era el Búho.

—¡Silencio, silencio! Tufú, tufú —dijo el Búho—. No hagas ni un ruido. Dime, ¿hablaban ustedes en serio de eso que tienen que hacer?

—¿Quieres decir sobre el Príncipe perdido? —preguntó Jill—. Sí, claro que hablamos en serio.

Porque ahora ella se acordaba de la voz y del rostro del León, que había casi olvidado durante el festín y los cuentos en el salón.

—¡Bien! —exclamó el Búho—. Entonces no hay tiempo que perder. Tienen que salir de aquí en seguida. Yo iré a despertar al otro humano y luego volveré a buscarte. Será mejor que te cambies esos vestidos de gala y te pongas ropa adecuada para viajar. Regresaré en un santiamén. ¡Tufú!

Y se fue sin esperar respuesta.

Si Jill hubiera estado más acostumbrada a las aventuras, habría dudado de la palabra del Búho, pero ni se le ocurrió; y ante la emocionante idea de una escapada a medianoche, olvidó el sueño que sentía. Volvió a vestirse con su suéter y sus pantalones cortos —tenía un cuchillo de exploradora en el bolsillo de los pantalones que podría serle útil— y agregó algunas de las cosas que le había dejado en el dormitorio la joven del cabello de sauce. Eligió una capa corta que le llegaba a las rodillas y que tenía

capuchón (“lo justo por si llueve”, pensó), unos pañuelos y una peineta. Luego se sentó a esperar.

Ya le estaba dando sueño otra vez cuando volvió el Búho.

—Ahora estamos listos —dijo.

—Anda tú adelante guiando el camino —le pidió Jill—. Yo no conozco todavía todos esos pasadizos.

—¡Tufú! —dijo el Búho—. No iremos por dentro del castillo. No podemos. Tienes que montarte en mí. Vamos a ir volando.

—¡Oh! —exclamó Jill, y se quedó inmóvil y sorprendida y sin gustarle nada la idea—. ¿No seré muy pesada para ti?

—¡Tufú, tufú! No seas tonta, tú. Ya llevé al otro. Ven. Pero primero apaguemos la lámpara.

En cuanto apagaron la lámpara, el pedacito de noche que podías ver por la ventana se hizo menos oscuro, no tan negro, sino gris. El Búho se paró en el alféizar de la ventana, con el lomo hacia la habitación y levantó sus alas. Jill tuvo que treparse encima de su cuerpo pequeño y gordo y poner las rodillas bajo sus alas, apretándolas bien firme. Sentía las plumas deliciosamente tibias y suaves, pero no hallaba de dónde sujetarse. “¿Le habrá gustado a Scrubb *su* paseo?”, pensó. Y justo cuando pensaba eso, se alejaron de la ventana dando un tremendo salto, y las alas levantaron una ráfaga de viento alrededor de sus orejas, y el aire de la noche, fresco y húmedo, azotaba su cara.

La noche era mucho más clara de lo que esperaba, y aunque el cielo estaba encapotado, una aguada mancha de plata asomaba por el lugar donde la luna se escondía tras las nubes. Abajo se veían los campos grises y los árboles negros. Había un poco de viento, ese viento silencioso y turbulento que anuncia la lluvia que pronto caerá.

El Búho giró en redondo, de modo que el castillo estaba ahora delante de ellos. Se veía luz en unas pocas ventanas. Sobrevolaron el castillo, hacia el norte, y cruzaron el río; el aire se hacía más frío, y a Jill le pareció ver el blanco reflejo del Búho sobre el agua, debajo de ella. Pero pronto estuvieron en la ribera norte del río, volando sobre un terreno boscoso.

El Búho lanzó un mordisco a algo que Jill no alcanzó a ver.

—¡Por favor, no! —gritó Jill—. No te sacudas así, casi me tiras para abajo.

—Perdón —murmuró el Búho-. Sólo trataba de cazar un murciélago. No hay nada más alimenticio, modestamente hablando, que un buen murciélago bien gordito. ¿Quieres que te cace uno?

—No, gracias —dijo Jill, con un escalofrío.

Volaban un poco más bajo ahora y Jill vio que surgía frente a ellos una masa muy grande y oscura. Alcanzó a ver que era una torre, una torre casi en ruinas y cubierta de hiedra, le pareció, cuando tuvo que inclinarse para esquivar el marco de una ventana, mientras el Búho se abría paso con ella por entre hiedras y telarañas, dejando atrás la noche fresca y gris para entrar en un sitio oscuro en lo alto de la torre. Olía a encierro adentro y, en cuanto se bajó del lomo del Búho, supo (como uno siempre sabe, de alguna manera) que estaba lleno de gente. Y cuando en la oscuridad se oyeron voces por todos lados diciendo “¡Tufú, tufú!”, supo que estaba lleno de búhos. Sintió un gran alivio cuando una voz muy diferente dijo:

—¿Eres tú, Pole?

—¿Eres tú, Scrubb? —respondió Jill.

—Bien —dijo Plumaluz—. Creo que ya estamos todos aquí. Vamos a celebrar un parlamento de búhos.

—Tufú, tufú, la verdad dices tú. Es lo que tienes que hacer tú —dijeron varias voces.

—Un momento —se escuchó la voz de Scrubb—. Yo quiero decir algo antes.

—Di tú, di tú, di tú —dijeron los búhos.

—Sigue —dijo Jill.

—Supongo que todos los tipos aquí... los búhos, quiero decir —dijo Scrubb—, saben que en su juventud el Rey Caspian Décimo navegó hacia el este hasta el fin del mundo. Bueno, yo iba con él en ese viaje; con él y con el Ratón Rípichip, y Lord Drinian y todos los demás. Yo sé que parece difícil de creer, pero en nuestro mundo la gente no envejece tan rápido como en éste. Y lo que quiero decir es que soy fiel al Rey, y que si este parlamento es una especie de conspiración contra él, yo no tengo nada que hacer aquí.

—Tufú, tufú, nosotros somos búhos fieles al Rey también —replicaron los búhos.

—¿De qué se trata esto, entonces? —preguntó Scrubb.

—Se trata de lo siguiente —explicó Plumaluz—. Si el Lord Regente, el Enano Trumpkin, oye decir que ustedes van a ir a buscar al Príncipe perdido, no los dejará partir. Los encerrará rápidamente bajo llave.

—¡Flauta! —exclamó Scrubb—. ¿Quieres decir que Trumpkin es un traidor? Oí hablar tanto de él en otros tiempos, en el mar. Caspian, es decir, el Rey, confiaba ciegamente en él.

—Oh, no —dijo una voz—. Trumpkin no es un traidor. Pero es que más de treinta campeones (caballeros, centauros, gigantes buenos, y muchos otros) salieron en más de una oportunidad a buscar al Príncipe perdido, y ninguno de ellos regresó. Y al final el Rey dijo que no iba a permitir que los más valientes narnianos desaparecieran en la búsqueda de su hijo. Y ahora no se permite que vaya nadie.

—Pero a *nosotros* seguramente nos dejaría ir —afirmó Scrubb—, cuando sepa quién soy y quién me ha enviado.

("Enviado a ambos" —añadió Jill).

—Sí —asintió Plumaluz—, claro que sí, ya lo creo. Pero el Rey está lejos y Trumpkin se atendrá a las leyes. Es firme como el acero, pero está más sordo que una tapia y es muy mal genio. Nunca lo podrán convencer de que tal vez sea ésta la ocasión de hacer una excepción a las reglas.

—Seguramente creerás que él nos haría caso a *nosotros,* por ser búhos y porque todo el mundo sabe lo sabios que somos los búhos —dijo alguien—, Pero está tan viejo ya que sólo diría: "No eres más que un mero polluelo. Te conocí cuando eras un huevo. No vengas a tratar de darme lecciones a *mí,* señor. ¡Cangrejos y canastos!".

Este búho imitaba muy bien la voz de Trumpkin y se oía por todos lados un eco de risitas de búho. Los niños se dieron cuenta de que los narnianos sentían por Trumpkin algo similar a lo que la gente siente en el colegio por algún profesor mal genio, al que todos temen un poco, del que todos se burlan, pero que a todos les gusta.

—¿Cuánto tiempo estará ausente el Rey? —preguntó Scrubb.

—¡Si lo supiéramos! —repuso Plumaluz—. Lo que pasa es que se ha rumoreado últimamente que Aslan en persona ha sido visto en las islas, en Terebintia creo que fue. Y el Rey había dicho que antes de morir haría otro intento de ver a Aslan cara a cara y pedirle su consejo acerca de quién será el próximo Rey después de él. Pero tememos que, si no encuentra a Aslan en Terebintia, seguirá hacia el este, a las Siete Islas, y a las Islas Desiertas, y más y más allá. Nunca habla de ello, pero sabemos que no ha olvidado jamás aquel viaje al fin del mundo. Estoy cierto de que en lo más profundo de su corazón

desea ir allá otra vez.

—Entonces, ¿no vale la pena esperar a que regrese? —preguntó Jill.

—No, no vale la pena —replicó el Búho— ¡Ay, qué lío! ¡Si ustedes dos lo hubieran reconocido y le hubieran hablado de inmediato! El lo habría arreglado todo, probablemente les habría dado un ejército para que fuera con ustedes en busca del Príncipe.

Ante estas palabras, Jill guardó silencio, esperando que Scrubb fuera lo suficientemente caballeroso como para no contarles a los búhos por qué las cosas no habían sucedido así. Lo fue, o casi. Es decir, sólo murmuró en un susurro: “Bueno, no fue *mi* culpa”, antes de decir en voz alta:

—Muy bien. Tendremos que arreglarnos como podamos. Pero hay una sola cosa más que quiero saber. Si este parlamento de búhos, como ustedes lo llaman, es tan limpio y legítimo y sin malas intenciones, ¿por qué tiene que ser tan requetesecreto, reuniéndose en unas ruinas a altas horas de la noche, y todo eso?

—¡Tufú! ¡Tufú! —ulularon varios búhos—. ¿Y dónde podríamos reunirnos? ¿A qué hora se va a reunir uno si no es por la noche?

—Mira —explicó Plumaluz—, lo que pasa es que la mayoría de las criaturas de Narnia tienen hábitos sumamente anormales. Hace sus cosas de día, a pleno resplandor del sol (¡uf!) cuando todo el mundo debería estar durmiendo. Y, en consecuencia, de noche son tan ciegos y estúpidos que no les puedes sacar una palabra. Por lo tanto, nosotros los búhos hemos adoptado la costumbre de reunimos a horas razonables, nosotros solos, cuando queremos hablar de algo.

—Entiendo —dijo Scrubb—. Bueno, y ahora continuemos. Cuéntanos todo sobre el Príncipe perdido.

Entonces un búho viejo, no Plumaluz, relató la historia.

Parece que hace unos diez años, cuando Rilian, el hijo de Caspian, era un caballero muy joven, salió una mañana de mayo a cabalgar con la Reina, su madre, hacia las tierras del norte de Narnia. Los acompañaban numerosos escuderos y damas, todos con guirnaldas de hojas frescas en la cabeza y cornos colgando de sus hombros; pero no llevaban perros sabuesos, pues no cazaban sino que estaban festejando la primavera. A la hora de más calor llegaron a un agradable claro del bosque donde fluía desde la tierra un fresco manantial, y allí desmontaron y comieron y bebieron y se divirtieron mucho. Al cabo de un rato, la Reina sintió sueño y todos extendieron sus capas en el pasto para que ella reposara, y el Príncipe Rilian y el resto del grupo se alejaron un poco para no despertarla con sus conversaciones y risas. Y de

pronto una enorme serpiente salió de la espesura del bosque y mordió a la Reina en una mano. Todos escucharon sus gritos y corrieron hacia ella, y Rilian fue el primero en llegar a su lado. Vio escabullirse al reptil y se lanzó tras él con su espada desenvainada. El reptil era grande, brillante y verde como el veneno, de modo que pudo verlo bien; pero se deslizó entre los tupidos matorrales y no logró darle alcance. Regresó entonces al lado de su madre, y encontró a todos los demás tratando de atenderla. Pero era en vano, pues, en cuanto vio su rostro, Rilian supo que ningún médico del mundo podría hacer algo por ella. Mientras le quedaba algo de vida, pareció que se esforzaba por decirle algo. Pero no pudo hablar con claridad y, cualquiera fuera su mensaje, murió sin poder comunicarlo. Habían transcurrido apenas diez minutos desde que escucharon sus primeros gritos.

Llevaron a la Reina muerta a Cair Paravel y Rilian y el Rey y toda Narnia la lloraron amargamente. Fue una gran dama, sensata y graciosa y alegre, la novia que el Rey Caspian trajo desde el confín este del mundo. Y la gente decía que por sus venas corría la sangre de las estrellas. Al Príncipe le produjo una honda impresión la muerte de su madre, y con toda razón. Después de lo ocurrido, andaba siempre cabalgando por las fronteras norte de Narnia, a la caza de aquel reptil venenoso, con el fin de matarlo para vengarse. Nadie se fijó mucho en este hecho, a pesar de que el Príncipe volvía de sus vagabundeos con aspecto cansado y muy turbado. Pero al rededor de un mes después de la muerte de la Reina, alguien notó un cambio en él. Sus ojos tenían la mirada de un hombre que ve visiones, y aunque pasara todo el día afuera, su caballo no mostraba señas de haber cabalgado mucho. Su mejor amigo, entre los cortesanos de más edad, era Lord Drinian, el que fue capitán de su padre en aquella travesía al este del mundo. Una tarde, Drinian dijo al Príncipe:

—Su Alteza debería abandonar cuanto antes la búsqueda del reptil. No se puede tomar venganza contra una bestia que carece de inteligencia como contra un hombre. Te cansas en vano.

—Señor —respondió el Príncipe—, casi me he olvidado del reptil estos últimos siete días.

Drinian le preguntó por qué, entonces, cabalgaba tan a menudo por los bosques del norte.

—Mi querido Lord —replicó el Príncipe—, he visto allí la cosa más bella que pueda existir.

—Buen Príncipe —dijo Drinian—, por favor déjame ir contigo mañana, para que yo también pueda ver esa belleza.

—Con mucho gusto —contestó Rilian.

Así fue como al día siguiente muy temprano ensillaron sus caballos y cabalgaron a todo galope por los bosques del norte, y desmontaron en la misma fuente donde la Reina encontró la muerte. Drinian pensó que era bastante extraño que el príncipe escogiera precisamente ese lugar para descansar. Y ahí permanecieron hasta el mediodía; y justo al mediodía Drinian levantó la mirada y vio la dama más hermosa que había visto en su vida; se hallaba parada al lado norte de la fuente y no dijo una sola palabra, sino que hizo señas con su mano al Príncipe, como ordenándole ir hacia ella. Era alta y distinguida, esplendorosa, y estaba envuelta en una fina túnica verde como el veneno. Y el Príncipe fijaba en ella sus ojos, como un hombre que ha perdido la razón. Pero de súbito ella se fue, Drinian no supo a dónde; y ambos regresaron a Cair Paravel. A Drinian se le metió en la cabeza que esa radiante mujer verde era malvada.

Drinian dudó mucho si debía o no informar al Rey de esta aventura, pero no deseaba pasar por chismoso ni soplón, así es que se quedó callado. Pero más tarde se arrepintió de no haber hablado, pues al día siguiente el Príncipe Rilian salió solo a caballo. Esa noche no regresó, y desde aquel momento nunca más se encontró rastro alguno de él en Narnia ni en las tierras vecinas, y tampoco se encontró su caballo ni su sombrero ni su capa ni nada. Entonces Drinian, con el corazón lleno de amargura, fue donde Caspian y le dijo:

—Señor mi Rey, hazme morir en seguida como al peor de los traidores, pues por mi silencio he matado a tu hijo.

Y le contó lo ocurrido. Caspian cogió un hacha y se abalanzó sobre Drinian para matarlo y Drinian se quedó inmóvil como un tronco esperando el golpe de muerte. Mas al levantar el hacha, de súbito Caspian la arrojó lejos y gritó:

—He perdido a mi reina y a mi hijo; ¿perderé también a mi amigo?

Y echó los brazos al cuello de Drinian, se abrazaron y ambos lloraron, y no se rompió su amistad.

Esa era la historia de Rilian. Y cuando terminó, Jill dijo:

—Apuesto a que esa serpiente y esa mujer eran la misma persona.

—Cierto, cierto, pensamos igual que tú —ulularon los búhos.

—Pero no creemos que ella haya asesinado al Príncipe —dijo Plumaluz—, porque no había huesos…

—Nosotros sabemos que no lo mató —interrumpió Scrubb—. Aslan le dijo a Pole que todavía está vivo, en algún lugar.

—Eso es casi peor —opinó el búho más anciano— Quiere decir que ella pretende utilizarlo y que planea alguna astuta intriga contra Narnia. Hace mucho, mucho tiempo, al principio de todo, una Bruja Blanca vino desde el norte y encerró a nuestro país en nieve y hielo durante cien años. Y pensamos que posiblemente ésta es de la misma camarilla.

—Muy bien, entonces —dijo Scrubb—. Pole y yo tenemos que encontrar a este Príncipe. ¿Pueden ayudarnos?

—¿Tienen algún indicio ustedes dos? —preguntó Plumaluz.

—Sí —respondió Scrubb—. Sabemos que debemos ir hacia el norte. Y sabemos que tenemos que llegar a las ruinas de una ciudad gigantesca.

A estas palabras hubo más “tufúes” que nunca, y ruido de pájaros que movían sus patas y agitaban sus alas, y en seguida todos los búhos empezaron a hablar a la vez. Todos explicaban cuánto lamentaban no poder acompañar personalmente a los niños en su búsqueda del Príncipe perdido.

—Ustedes querrían viajar de día y nosotros querríamos viajar de noche —dijeron—, no va a resultar, no va a resultar.

Un par de búhos añadieron que incluso aquí, en esta ruinosa torre, ya no estaba tan oscuro como al principio, y que el parlamento había durado demasiado. En realidad, la simple mención de un viaje a las ruinas de la ciudad de los gigantes parecía haber enfriado los ánimos de aquellas aves. Pero Plumaluz dijo:

—Si ellos quieren ir allí, al Páramo de Ettins, tendremos que llevarlos donde alguno de los renacuajos del pantano. Son los únicos que los podrán ayudar.

—Cierto, cierto. Llévalos tú —dijeron los búhos.

—Vamos, entonces —dijo Plumaluz—. Yo llevaré a uno. ¿Quién llevará al otro? Tiene que ser esta noche.

—Yo lo llevaré, sólo hasta donde están los renacuajos del pantano —dijo otro búho.

—¿Estás lista? —preguntó Plumaluz a Jill.

—Creo que Pole se quedó dormida —dijo Scrubb.

V
BARROQUEJON

Jill dormía. Desde que comenzara el parlamento de los búhos había bostezado sin parar y ahora se había quedado dormida. No le gustó nada que la volvieran a despertar, y menos encontrarse tendida sobre tablas peladas en una especie de campanario polvoriento que estaba completamente oscuro, y casi completamente repleto de búhos. Menos todavía le gustó oír decir que debían partir para no sé dónde —y aparentemente no para la cama— sobre el lomo del Búho.

—Vamos, Pole, despabílate —escuchó la voz de Scrubb—. Después de todo, *es* una aventura.

—Estoy harta de aventuras —repuso Jill, de mal humor.

Sin embargo, accedió a encaramarse en el lomo de Plumaluz, y la despertó del todo (por un rato) la inesperada frialdad del aire cuando el ave salió volando con ella y se internó en la noche. La luna había desaparecido y no había estrellas. Detrás de ella, a lo lejos, podía divisar una sola ventana iluminada, en lo alto; sin duda, en una de las torres de Cair Paravel. La hizo añorar estar de regreso en ese delicioso dormitorio, cómodamente acostada, contemplando la luz del fuego en las murallas. Metió las manos bajo su capa y se la enrolló bien apretada. Fue muy extraño escuchar dos voces en medio de la oscuridad a poca distancia de ella: Scrubb y su Búho conversaban. "*El* no parece cansado", pensó Jill. No comprendía que él había vivido grandes aventuras en ese mundo antes y que el aire de Narnia le estaba devolviendo una fuerza que había adquirido cuando navegó a los mares del este con el Rey Caspian.

Jill tenía que pellizcarse para mantenerse despierta, pues sabía que si dormitaba en el lomo de Plumaluz era muy probable que pudiera caerse. Cuando finalmente los dos búhos terminaron su vuelo, se bajó entumecida de Plumaluz y se encontró sobre suelo liso. Soplaba un viento frío y parecía que estaban en un sitio sin árboles.

—¡Tufú, tufú! —llamaba Plumaluz—. Despierta, Barroquejón, despierta. Se trata de un asunto del León.

No hubo respuesta durante largo rato. De pronto, muy a lo lejos, apareció una luz débil que se fue acercando. Junto con ella llegó una voz:

—¡Búhos a la vista! —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Ha muerto el Rey? ¿Ha desembarcado algún enemigo en Narnia? ¿Ha habido una inundación? ¿O dragones?

Cuando la luz se aproximó a ellos, resultó ser la de un gran farol. Jill podía ver muy poco de la persona que lo sostenía. Parecía ser puras piernas y brazos. Los Búhos hablaban con él y le explicaban todo, pero ella estaba demasiado cansada para prestar atención. Trató de despertarse un poco cuando se dio cuenta de que los búhos se despedían de ella. Pero después no pudo recordar muy bien lo que pasó, excepto que tarde o temprano ella y Scrubb se inclinaron para entrar por una puerta baja y luego (¡gracias al cielo!) se acostaban sobre algo blando y tibio y una voz decía:

—Eso es. Lo mejor que podemos hacer. Se tenderán sobre algo frío y duro. Húmedo, además, no me extrañaría nada. No dormirán ni una pestañada, probablemente; aunque no haya una tormenta de truenos o una inundación, o no se nos caiga la choza encima, como he sabido que suele pasar. Tendremos que conformarnos... —Pero Jill estaba profundamente dormida antes de que la voz se apagara.

Cuando los niños despertaron —tarde— la mañana siguiente, se encontraron en un sitio oscuro, acostados en camas de paja, muy secos y abrigados. Una abertura triangular dejaba entrar la luz del día.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Jill.

—En la choza de un Renacuajo del Pantano —replicó Eustaquio.

—¿Un qué?

—Un Renacuajo del Pantano. No me preguntes qué es eso. Anoche no lo pude ver. Ahora me voy a levantar, vamos a verlo.

—Qué asquerosa se siente una después de dormir con la misma ropa —murmuró Jill, incorporándose.

—Y yo que estaba pensando en lo rico que era no tener que vestirse —dijo Eustaquio.

—Ni lavarse tampoco, supongo —agregó Jill, desdeñosamente.

Pero Scrubb ya se había levantado, con un gran bostezo, se había sacudido, y gateaba hacia afuera de la choza**.** Jill hizo lo mismo.

El panorama que hallaron al salir era muy distinto al pedacito de Narnia que alcanzaron a ver el día anterior.

Estaban en una extensa llanura lisa, recortada en innumerables islotes por innumerables canales de agua. Las islas estaban cubiertas de áspero pasto y rodeadas de cañas y juncos, A veces se veían macizos de juncos de una media hectárea de longitud. Nubes de pájaros se posaban en ellos y

volvían a levantar el vuelo: patos, agachadizas, avetoros, garzas. Diseminadas acá y allá podían verse muchas chozas semejantes a aquella donde pasaron la noche, pero todas a buena distancia unas de otras; porque los renacuajos del pantano son gente que ama la privacidad. Fuera de los del linde del bosque a varios kilómetros al suroeste, no había un solo árbol a la vista. Al este, el liso pantano se extendía hacia los bancos de arena en el horizonte y, por el sabor salado del viento que soplaba de allí, podías deducir que en esa dirección estaba el mar. Al norte había unas lomas bajas de color pálido, como un bastión de roca. El resto era un monótono pantano. Debe ser un paraje deprimente en una tarde de lluvia. Pero en una mañana soleada, con una fresca brisa, y el aire lleno de gritos de pájaros, tenía algo agradable, puro y limpio en su soledad. Los niños sintieron que se les levantaba el ánimo.

—¿Dónde se metió la cosa esa, digo yo?—refunfuñó Jill.

—El Renacuajo del Pantano —aclaró Scrubb, como si estuviera un poco orgulloso de saber la palabra—. Espera... mira, ése debe ser él.

Y entonces ambos lo vieron: sentado dándoles la espalda, estaba pescando a unos cuarenta metros de ellos. Al principio les había costado verlo, porque era casi del mismo color que el pantano y también porque estaba sentado sin moverse.

—Creo que será mejor ir a hablar con él —propuso Jill.

Scrubb asintió; los dos se sentían un poquito nerviosos.

Cuando se le acercaron, la figura volvió la cabeza y les mostró una larga cara delgada, de mejillas hundidas, sin barba, con la boca herméticamente cerrada, y una nariz aguileña. Llevaba puesto un sombrero alto puntiagudo como una aguja con el ala chata y enormemente ancha. El pelo, si es que puede llamarse pelo, le colgaba encima de sus grandes orejas y era de color gris verdoso y cada mechón era más bien plano que redondo, lo que lo hacía asemejarse a minúsculos tallos. Su cara tenía una expresión solemne, su cutis era terroso, y podías darte cuenta de inmediato de que se tomaba la vida muy en serio.

—Buenos días, huéspedes —dijo—. A pesar de que cuando digo *buenos* no quiero significar que no sea probable que se ponga a llover, o pueda nevar, o tronar, o que haya niebla. No me sorprendería si no han podido dormir nada.

—Claro que pudimos dormir, de veras —dijo Jill—. Pasamos muy buena noche.

—Ah —murmuró el Renacuajo, moviendo la cabeza—. Veo que saben buscarles el lado bueno a las dificultades. Eso es. Son muy bien educados, sí,

señor. Han aprendido a poner buena cara a todo.

—¿Nos podrías decir tu nombre, por favor? —pidió Scrubb.

—Me llamo Barroquejón. Pero no importa que se les olvide, se los puedo volver a repetir.

Los niños se sentaron junto a él, uno a cada lado. Ahora podían ver que sus piernas y brazos eran larguísimos, de modo que aunque su cuerpo no era más grande que el de un enano, de pie se vería más alto que la mayoría de los hombres. Los dedos de sus manos estaban unidos por membranas como las de las ranas, al igual que sus pies descalzos que se balanceaban en el agua fangosa. Vestía ropas color tierra que le colgaban holgadamente.

—Estoy tratando de coger unas pocas anguilas para hacer un estofado de anguilas para la cena —dijo Barroquejón—. Aunque no me sorprendería si no agarro ninguna. Y si lo logro, a ustedes no les van a gustar mucho.

—¿Por qué no? —le preguntó Scrubb.

—Bueno, porque sería insensato que a ustedes les gustara nuestro tipo de comida, a pesar de que no dudo de que le harán frente con valentía. De todas formas, mientras yo pesco, no sería nada malo que ustedes dos trataran de prender el fuego. La leña está detrás de la choza. Es muy posible que esté mojada. Podrían encender el fuego dentro de la choza y entonces se nos llenarán los ojos de humo. O podrían prenderlo afuera, y entonces puede empezar a llover y se apagaría. Aquí tienen mi yesquero. Me figuro que no lo saben usar, ¿no es cierto?

Pero Scrubb había aprendido ese tipo de cosas durante su última aventura. Los niños corrieron juntos de regreso a la choza, encontraron la leña (que estaba perfectamente seca) y lograron encender un fuego sin mayores dificultades. Después Scrubb se sentó a cuidar el fuego en tanto Jill iba a hacerse una especie de aseo —no muy elegante— en el canal más cercano. En seguida ella cuidó el fuego y él se fue a lavar. Ambos se sintieron muchísimo más refrescados, pero con un hambre atroz.

Al poco rato se les reunió el Renacuajo. A pesar de sus expectativas de no pescar ninguna anguila, traía una docena o más, que ya había despellejado y limpiado. Puso una olla grande al fuego, echó más leña y encendió su pipa. Los renacuajos del pantano fuman un tipo de tabaco muy raro y muy pesado (algunos dicen que lo mezclan con barro) y los niños advirtieron que el humo de la pipa de Barroquejón casi no subía por los aires. Goteaba de la cazoleta de la pipa hasta el suelo y se arrastraba como una niebla. Era muy negro e hizo toser a Scrubb.

—A ver —dijo Barroquejón—. Esas anguilas se demorarán una eternidad en cocerse, y uno de ustedes podría desmayarse de hambre antes de que estén listas. Conocí a una niñita..., pero es mejor que no les cuente esa historia. Les podría bajar el ánimo, y eso es algo que yo no hago jamás. Entonces, para que no piensen en el hambre, podríamos hablar de nuestros planes.

—Sí, eso es —asintió Jill—. ¿Puedes ayudarnos a encontrar al Príncipe Rilian?

El Renacuajo chupó sus mejillas hasta dejarlas más hundidas de lo que hubieras podido imaginar.

—Bueno, no sé si ustedes lo llamarían *ayuda* —dijo—. No sé si alguien puede *ayudar* exactamente. Es evidente que no tenemos muchas posibilidades de llegar muy lejos en un viaje al norte en esta época del año, con el invierno que se nos viene encima a toda prisa. Y un invierno adelantado, por lo que parece. Pero no permitan que eso los descorazone. Es muy probable que, con los enemigos y las montañas y los ríos que habrá que cruzar, y con las veces que perderemos la ruta, y casi sin tener qué comer, y con los pies adoloridos, apenas nos daremos cuenta del clima. Y si no llegamos lo bastante lejos como para que logremos el éxito, puede que vayamos lo bastante lejos como para no volver tan rápido.

Ambos niños advirtieron que dijo “nosotros” en vez de “ustedes”, y exclamaron al mismo tiempo:

—¿Vas a venir con nosotros?

—Ah, sí, claro que iré. Da lo mismo, ¿entiendes? No creo que volvamos a ver nunca más al Rey de regreso en Narnia, ahora que ha zarpado hacia el extranjero; y tenía una tos espantosa cuando se fue. Y luego, tenemos a Trumpkin. Se está debilitando muy rápido. Y van a ver que habrá una mala cosecha después de este verano terriblemente seco. Y no me extrañaría que algún enemigo nos atacara. Acuérdense de mis palabras.

—¿Y por dónde empezaremos? —preguntó Scrubb.

—Bueno —respondió el Renacuajo del Pantano muy lentamente—, todos los demás que fueron en busca del Príncipe Rilian partieron de la misma fuente donde Lord Drinian vio a la dama. La mayoría fue hacia el norte. Y como nunca regresó ninguno de ellos, no podemos saber exactamente cómo les fue.

—Nosotros tenemos que empezar por encontrar las ruinas de una ciudad de gigantes —dijo Jill—. Así nos dijo Aslan.

—Tenemos que empezar por *encontrarlas,* ¿no? —preguntó Barroquejón—. ¿No podríamos partir por *buscarlas,* verdad?

—Eso es lo que quise decir, por supuesto —repuso Jill—. Y después cuando las hayamos encontrado...

—¡Sí, cuándo! —exclamó Barroquejón, en tono burlón.

—¿Nadie sabe dónde están? —preguntó Scrubb.

—Yo no sé que lo sepa Nadie —respondió Barroquejón—. Y no digo que yo no haya oído de esa ciudad en ruinas. No partirían de la fuente, entonces; tendrían que ir a través del Páramo de Ettins. Allí es donde está la ciudad en ruinas, si es que está en alguna parte. Pero yo he ido en esa dirección igual que mucha gente y nunca llegué a ninguna ruina, así es que no los engañaré.

—¿Dónde está el Páramo de Ettins? —preguntó Scrubb.

—Mira hacia allá, al norte —contestó Barroquejón, señalando con su pipa—. ¿Ves esos cerros y esos pequeños acantilados? Ese es el comienzo del Páramo de Ettins. Pero hay un río entre el páramo y nosotros; el río Shribble. Sin puentes, por supuesto.

—Supongo que lo podremos vadear, a pesar de todo —dijo Scrubb.

—Bueno, ya lo *han vadeado* antes —admitió el Renacuajo del Pantano.

—Tal vez encontremos gente en el Páramo de Ettins que nos pueda indicar el camino —dijo Jill.

—Sí, tienes razón; vamos a encontrar gente —dijo Barroquejón.

—¿Qué clase de personas viven allí? —preguntó ella.

—No me corresponde a mí decir que no sean buenos a su manera —contestó Barroquejón—. Si a ustedes les gusta su estilo.

—Sí, pero ¿qué son? —insistió Jill—. Hay tantas criaturas raras en este país. Es decir, ¿son animales, o aves, o enanos, o qué?

El Renacuajo del Pantano dejó escapar un largo silbido.

—¡Fiu! ¿No lo saben? —exclamó—. Creí que los búhos ya se lo habían dicho. Son gigantes.

Jill se estremeció de miedo. Nunca le gustaron los gigantes, ni siquiera en los libros, y una vez tuvo una pesadilla con uno. Al mirar la cara de Scrubb, que se había puesto verde, pensó para sí; “Apuesto a que éste está más muerto de susto que yo”. Y esta idea la hizo sentirse más valiente.

—Hace mucho tiempo —dijo Scrubb—, en los días en que navegaba con el Rey en el mar, Caspian me dijo que él les había dado una feroz paliza a esos gigantes en una guerra y los había obligado a rendirle homenaje.

—Es muy cierto —asintió Barroquejón—. Claro que están en paz con nosotros. Mientras nos quedemos a nuestro lado del Shribble no nos harán el menor daño. Pero cruzando el río, de su lado, en el páramo... Sin embargo, siempre hay una posibilidad. Si no nos acercamos a ninguno de ellos, y si ninguno de ellos olvida sus buenos modales, y si no nos ven, es muy probable que podamos llegar bastante lejos.

—¡Córtala! —gritó Scrubb, perdiendo de repente los estribos, como le sucede corrientemente a la gente cuando la asustan—. No creo que todo esto sea ni la mitad de malo de lo que tú lo pintas; así como tampoco las camas de la choza eran duras ni la leña estaba mojada. Creo que Aslan jamás nos habría enviado aquí si hubiera tan pocas posibilidades como tú dices.

Casi contaba con una airada respuesta del Renacuajo, pero éste se limitó a decir:

—¡Así me gusta, Scrubb! Así se habla. Ponle buena cara. Pero todos tendremos que contenernos y no perder la paciencia, teniendo en cuenta los momentos difíciles que deberemos enfrentar los tres juntos. Mira, no nos sirve de nada que riñamos. Por lo menos, que no empecemos tan luego. Sé que estas expediciones por lo general terminan así, acuchillándose unos a otros antes del final del viaje, no me extrañaría nada. Pero cuanto más podamos evitarlo...

—Entonces, si piensas que es tan imposible —interrumpió Scrubb—, creo que será mejor que te quedes en tu casa. Pole y yo podemos seguir solos, ¿no es cierto, Pole?

—Cállate Scrubb, y no seas imbécil —exclamó Jill, con impaciencia, aterrada ante la idea de que el Renacuajo pudiera tomarle la palabra.

—No te desanimes, Pole —dijo Barroquejón—. Iré con ustedes, por supuesto que sí. No pienso perderme una ocasión como ésta; me va a hacer muy bien. Todos dicen (quiero decir, todos los otros renacuajos dicen) que soy demasiado frívolo; que no tomo la vida suficientemente en serio. Lo han dicho una y mil veces. “Barroquejón”, dicen “estás demasiado repleto de optimismo y entusiasmo y alegría; tienes que aprender que la vida no es sólo estofado de

ranas y pastel de anguilas. Necesitas algo que te calme un poco. Te lo decimos por tu propio bien, Barroquejón". Eso es lo que dicen ellos. Entonces, un asunto como éste, un viaje al norte en pleno comienzo del invierno, en busca de un Príncipe que probablemente no está allí, pasando por una ciudad en ruinas que nadie ha visto jamás, debe ser justo lo que me hace falta. Si algo así no hace sentar cabeza a un tipo, no sé qué lo hará.

Y se sobaba sus enormes manos de rana, como si hablara de ir a una fiesta o a un circo.

—Y ahora —agregó—, veamos cómo van esas anguilas.

Cuando estuvo lista la comida, resultó ser tan deliciosa que los niños se comieron dos platos grandes cada uno. Al principio el Renacuajo no podía creer que les gustaba de verdad y cuando tuvo que convencerse al verlos comer tanto, buscó una disculpa diciendo que era muy posible que les hiciera terriblemente mal.

—Lo que es alimento para los renacuajos podría ser veneno para los humanos, no me extrañaría nada —dijo.

Después de la comida tomaron té, en tarros (como habrás visto que lo toman los trabajadores en los caminos) y Barroquejón se tomó sus buenos sorbos de una botella negra cuadrada. Les ofreció un poco a los niños, pero a ellos les pareció muy repugnante.

El resto del día transcurrió en los preparativos para salir muy temprano al día siguiente. Barroquejón, como era lejos el más grande, dijo que él llevaría tres mantas y, envuelto adentro, un gran trozo de tocino. Jill tenía que llevar los restos de las anguilas, un pedazo de bizcocho y el yesquero. Scrubb debía llevar su propia capa y la de Jill cuando no quisieran usarlas. Scrubb (que había aprendido un poco a disparar cuando navegó hacia el este a las órdenes de Caspian) tenía el segundo arco de Barroquejón, y Barroquejón llevaba su mejor arco; a pesar de que decía que con vientos, arcos con las cuerdas húmedas y mala luz, y dedos congelados, había una posibilidad contra cien de que alguno de ellos pudiera apuntarle a cualquier cosa. Tanto él como Scrubb llevaban sus espadas —Scrubb había traído la que le habían dejado en su dormitorio en Cair Paravel—, pero Jill tuvo que contentarse con su cuchillo. Casi se armó una reyerta por este motivo, pero en cuanto principiaron a hacer unas fintas, el renacuajo se frotó las manos, diciendo:

—Ah, ahí los tienes, tal como me lo imaginaba. Es lo que pasa comúnmente en estas aventuras.

Esto hizo que ambos se quedaran tranquilos.

Los tres se fueron temprano a acostar, en la choza. Esta vez sí que los niños pasaron mala noche. Porque Barroquejón, después de decir: “Más vale que traten de dormir algo, ustedes dos; y no es que yo crea que alguno de nosotros vaya a pegar un ojo esta noche”, se quedó dormido al instante y se puso a roncar, con unos ronquidos tan fuertes y continuados que, cuando Jill al fin pudo dormirse, soñó toda la noche con taladros y cataratas, y que iba en un tren expreso atravesando miles de túneles.

VI
LOS AGRESTES YERMOS DEL NORTE

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, se podían divisar tres siluetas solitarias que se abrían camino cruzando el Shribble por bancos de arena y pasaderas. Era un río fragoso y de escasa profundidad, tanto que Jill no alcanzó a mojarse más arriba de las rodillas cuando atravesaron a la orilla norte. Unos cincuenta metros más adelante, el terreno subía hasta el principio del páramo, cortado a pique por todas partes y a menudo en medio de acantilados.

—¡Supongo que *eso* es nuestra senda! —dijo Scrubb, señalando a la izquierda y al oeste hacia el lugar donde un riachuelo bajaba del páramo por una garganta no muy profunda. Pero el Renacuajo del Pantano sacudió la cabeza.

—Los gigantes viven allí, en su mayoría, por el costado de esa garganta —dijo—. Podríamos decir que ese barranco es como una calle para ellos. Será mejor que vayamos derecho adelante, aunque sea un poquito empinado.

Encontraron un sitio por donde pudieron trepar y en unos diez minutos llegaban jadeantes a la cumbre. Contemplaron con añoranza el valle de Narnia que dejaban atrás, y luego volvieron su mirada al norte. Por lo que alcanzaban a ver, el vasto páramo solitario se extendía siempre en pendiente. A la izquierda el terreno era más rocoso. Jill pensó que debía ser el filo del barranco de los gigantes y no tuvo demasiado interés en mirar en esa dirección. Se pusieron en marcha.

El suelo era bueno y liviano para caminar, y un pálido sol alumbraba el día invernal. A medida que se adentraban en el páramo, se acrecentaba la soledad; se podía escuchar el canto de las avefrías y, a veces, ver pasar un halcón. Cuando a media mañana hicieron un alto para descansar y beber en una pequeña hondonada al lado del arroyo, Jill ya empezaba a creer que iba a disfrutar de la aventura, después de todo; y se lo dijo a los demás.

—Todavía no hemos tenido ninguna —replicó el Renacuajo del Pantano.

Después de la primera detención —igual que las mañanas en el colegio luego del recreo, o los viajes por ferrocarril después de un cambio de trenes— las caminatas nunca continúan como eran antes. Al partir otra vez, Jill advirtió que el borde rocoso de la garganta se notaba más cercano. Y las rocas eran menos chatas y más rectas que antes. En realidad, parecían torrecillas de roca. ¡Y qué formas tan divertidas tenían!

—Estoy convencida —pensó Jill— de que todos los cuentos sobre los gigantes deben venir de esas rocas divertidas. Si vienes por aquí cuando esté medio oscuro, podrás pensar fácilmente que esos montones de rocas son gigantes. ¡Mira ése, por ejemplo! Hasta podrías imaginarte que el terrón de arriba es una cabeza. Sería un poco grande para el cuerpo, pero le vendría bastante bien a un gigante feo. Y ese tupido matorral —supongo que en realidad es sólo brezo y nidos de pájaros— podría pasar perfectamente por pelo y barbas. Y esas cosas que sobresalen a cada lado parecen verdaderas orejas. Son demasiado grandes, pero quizás los gigantes tienen orejas enormes, como los elefantes. Y... ¡ay, ay, ay...!

Se le heló la sangre. La cosa se había movido. Era verdaderamente un gigante. No podías equivocarte; Jill lo había visto dar vuelta la cabeza. Alcanzó a vislumbrar su inmensa cara estúpida, de mejillas mofletudas. Todas las cosas eran gigantes, no rocas. Habría unos cuarenta o cincuenta, todos en una fila; era evidente que estaban parados con sus pies pisando el fondo del barranco y sus codos afirmados en el borde, tal como cualquier flojo se apoyaría en una tapia alguna linda mañana después del desayuno.

—Sigan derecho —susurró Barroquejón, que también los había visto —. Y pase lo que pase, *no corran.* Vendrían detrás de nosotros en un segundo.

Siguieron, por tanto, su camino fingiendo no haber visto a los gigantes. Fue como atravesar la puerta de entrada de una casa donde hay un perro feroz, sólo que esto era mil veces peor. Había docenas y docenas de gigantes; no parecían enojados, ni tampoco cordiales, ni demostraban el más mínimo interés en nada. No había señas de que hubieran advertido la presencia de los viajeros.

De pronto, juiz, juiz, juiz, un objeto pesado pasó como un rayo por el aire y, con gran estrépito, una enorme piedra suelta cayó a unos veinte pasos delante de ellos. Y en seguida ¡zaf!, otra cayó veinte pasos atrás.

—¿Estarán apuntándonos a nosotros? —preguntó Scrubb.

—No —respondió Barroquejón—. Si así fuera, estaríamos mucho más a salvo. Están tratando de pegarle a *eso...* a ese montón de piedras allá a la derecha. No le pegarán, van a ver. *Eso* está sumamente fuera de peligro: son pésimos tiradores. Siempre juegan al tiro al blanco cuando las mañanas están despejadas. Casi el único juego que su inteligencia logra entender.

Fueron momentos horribles. La fila de gigantes parecía interminable y no cesaban nunca de arrojar piedras, algunas de las cuales caían extremadamente cerca. Y dejando de lado el peligro real, el sólo ver sus caras y oír sus voces bastaba para asustar a cualquiera. Jill trataba de no mirarlos.

Al cabo de unos veinticinco minutos, aparentemente los gigantes tuvieron una disputa entre ellos. Esto puso fin al tiro al blanco, pero tampoco es muy agradable estar a corta distancia de gigantes peleando. Rabiaban y se insultaban unos a otros, usando largas palabras sin sentido, cada una de casi veinte sílabas. Echaban espumarajos por la boca y farfullaban y saltaban de furia, y cada salto remecía la tierra como si estallara una bomba. Se pegaban unos a otros en la cabeza con grandes y toscos martillos de piedra; pero sus cráneos eran tan duros que los martillos les rebotaban, y entonces el monstruo que había asestado el golpe dejaba caer su martillo y se ponía a aullar de dolor, porque le había herido los dedos. Pero era tan estúpido que hacía exactamente lo mismo al minuto siguiente. Y esto fue bueno a la larga, pues al cabo de una hora todos los gigantes estaban tan adoloridos que se sentaron y empezaron a llorar. Al sentarse, sus cabezas quedaron por debajo del filo de la garganta, de modo que ya no los veías; pero aun después de haberse alejado como a una legua de distancia, Jill podía escucharlos aullando y lloriqueando y gimiendo como gigantescos niños recién nacidos.

Aquella noche acamparon en el desolado páramo, y Barroquejón enseñó a los niños cómo sacar el mejor partido posible a sus mantas durmiendo espalda con espalda. (Las espaldas mantienen a cada uno bien abrigado y entonces puedes ponerte las dos mantas encima). Pero así y todo hacía mucho frío, y el suelo era duro y estaba lleno de terrones. El Renacuajo del Pantano les dijo que se sentirían mucho más cómodos con sólo imaginar el intenso frío que haría más adelante, hacia el norte; pero esta idea no los reanimó en lo más mínimo.

Viajaron muchos días por el Páramo de Ettins, racionando el tocino y viviendo principalmente de las aves del lugar que cazaban Eustaquio y el Renacuajo (y que no eran, ciertamente, aves que *hablan).* Jill sentía cierta envidia de Eustaquio, porque sabía cazar; él había aprendido durante su viaje con el Rey Caspian. Había incontables arroyos en el páramo, de manera que jamás les faltó el agua. Jill pensaba que, en las novelas, cuando la gente vive de lo que caza, nunca te hablan de lo demoroso, hediondo y sucio que es desplumar y limpiar aves muertas y lo helado que te quedan los dedos. Pero lo más importante fue que casi no se encontraron con gigantes. Uno de ellos los vio, pero lo único que hizo fue reírse a carcajadas y partir luego, muy desconcertado, a hacer sus cosas.

Más o menos al décimo día llegaron a un sitio donde el paisaje cambiaba bruscamente. Se hallaban en el extremo norte del páramo y hacia abajo se veía una larga y empinada cuesta que conducía a una región diferente y más lúgubre. Al fondo de la ladera se veían los acantilados; más lejos, una comarca de altas montañas, oscuros precipicios, valles pedregosos, barrancos tan profundos y estrechos que no dejaban ver en su interior, y ríos que fluían de gargantas donde resonaban distintos ecos para hundirse luego lentamente en las negras profundidades. De más está decir que fue Barroquejón el que señaló una salpicadura de nieve en las laderas más

apartadas.

—Pero habrá más al norte de esas cuestas, no me extrañaría nada —agregó.

Tardaron algún tiempo en llegar al pie de la ladera y, una vez allí, desde la cumbre de los acantilados contemplaron el río que corría abajo de oeste a este, cercado por un muro de precipicios a ambos lados; era verde y sin sol, lleno de rápidos y cataratas. Su rugir hacía temblar la tierra, aún hasta el lugar donde ellos estaban.

—Lo único bueno de todo esto —dijo Barroquejón—, es que si nos rompemos la crisma bajando el precipicio, nos libraremos de ahogarnos en el río.

—¿Qué te parece *eso*? —dijo Scrubb de repente, señalando río arriba a la izquierda.

Entonces todos miraron y vieron lo último que hubiesen esperado: un puente. ¡Y qué puente, además! Inmenso, de un solo arco que cruzaba el barranco de una cumbre del acantilado a la otra; y el centro de aquel arco sobrepasaba a tal altura las cumbres de los acantilados como la distancia que hay de la cúpula de San Pablo[1] a la calle.

—¡Pero, si debe ser un puente de gigantes! —exclamó Jill.

—O el de algún brujo, es más probable —dijo Barroquejón—. Debemos estar a la espera de cualquiera hechicería en un lugar como éste. Yo creo que es una trampa; creo que se convertirá en niebla y se esfumará justo cuando estemos en la mitad del puente.

—¡Eres un aguafiestas insoportable! —explotó Scrubb—. ¿Por qué diablos no puede ser un puente de verdad?

—¿Crees que alguno de esos gigantes que hemos visto sería capaz de construir algo así? —dijo Barroquejón.

—Pero ¿no lo podrían haber construido otros gigantes? —preguntó Jill—. Quiero decir, gigantes que hayan vivido cientos de años atrás, y que hubieran sido lejos más inteligentes que los de ahora. Ese puente podría haber sido construido por los mismos que edificaron la ciudad gigante que andamos buscando. Y eso significaría que vamos por buen camino, ¡el antiguo puente que conduce a la antigua ciudad!

—Esa es una idea realmente genial, Pole —dijo Scrubb—. Tiene que ser así. Vamos.

1 *San Pablo*: Se refiere a la Catedral de San Pablo, en Londres.

De modo que se volvieron y se encaminaron hacia el puente. Y al llegar a él pudieron comprobar que parecía ser perfectamente sólido. Los bloques de piedras eran tan grandes como los que hay en Stonehenge[2] y deben haber sido tallados por buenos canteros hace mucho tiempo, a pesar de que ahora estaban resquebrajados y desmoronados. La balaustrada había estado aparentemente cubierta de magníficas esculturas y aún quedaban algunos vestigios: enmohecidas caras y figuras de gigantes, de minotauros, calamares, ciempiés, y de dioses terribles. Barroquejón seguía sin confiar en el puente, pero consintió en cruzarlo con los niños.

Largo y pesado fue el ascenso hasta el centro del arco. En muchos sitios las enormes piedras se habían desprendido abriendo horribles boquetes por donde podías mirar hacia abajo, al río espumoso que corría a miles de metros allá al fondo. Vieron pasar un águila volando a sus pies. Y mientras más alto subían, más helado se sentía el aire, y el viento soplaba de tal manera que apenas se podían mantener de pie. Parecía que el puente retemblaba.

Cuando alcanzaron la cumbre y pudieron mirar hacia abajo, hacia la otra pendiente del puente, descubrieron lo que parecían ser los restos de un antiguo camino gigantesco que se extendía ante ellos en medio de las montañas. Faltaban numerosas piedras en sus aceras y, entre las que quedaban, crecían vastos tramos de pasto. Y cabalgando hacia ellos por aquella antigua senda, venían dos personas del tamaño normal de un ser humano adulto.

—Sigan. Vamos a su encuentro —dijo Barroquejón—. Es más que probable que cualquiera persona que encontremos en un lugar como éste sea un enemigo, pero no dejemos que crea que le tenemos miedo.

Cuando recién bajaban del término del puente al pasto, los dos desconocidos ya estaban muy cerca. Uno era un caballero con toda su armadura puesta y la visera bajada. Tanto su armadura como su caballo eran negros; su escudo no tenía ningún emblema, ni llevaba pendones su lanza. La otra persona era una dama que montaba un caballo blanco, un caballo tan hermoso que te daban ganas de besar su nariz y darle un terrón de azúcar. Pero la dama, que montaba a la inglesa y vestía una larga y ondulante túnica de un verde deslumbrante, era más hermosa aún.

—Buenos dí-í-ías, viajeros —gritó con una voz tan dulce como el canto más dulce de las aves, prolongando sus íes en forma deliciosa—. Ustedes deben ser jóvenes peregrinos para andar caminando por este áspero yermo.

2 *Stonehenge*: Estructura megalítica de la prehistoria, que se encuentra en Inglaterra. Data probablemente del siglo 1500 a.C.

—Puede ser, señora —respondió Barroquejón, muy fríamente, manteniéndose alerta.

—Estamos buscando las ruinas de la ciudad de los gigantes —dijo Jill.

—¿La ciudad en rui-i-inas? —repitió la Dama—. Buscan un lugar bastante extraño. ¿Y qué harán si lo encuentran?

—Tenemos que… —comenzó a decir Jill, pero Barroquejón la interrumpió.

—Perdóneme, señora. Pero no la conocemos a usted ni a su amigo, un tipo callado, ¿no es así?, y usted no nos conoce a nosotros. Y preferimos no discutir nuestros asuntos con desconocidos, si no le importa. Parece que pronto tendremos un poco de lluvia, ¿no cree?

La Dama se rió: la risa más armoniosa y musical que te puedas imaginar.

—Caramba, niños —dijo—, llevan un viejo guía bastante sabio y solemne. No pienso mal de él porque quiera guardar sus secretos, pero yo seré generosa con los míos. He escuchado a menudo nombrar la gigantesca ciudad en ruinas, pero nunca he encontrado quién me indique cómo se va hasta allá. Este camino lleva a la villa y castillo de Harfang, donde habitan los Gigantes Amables. Son tan pacíficos, educados, prudentes y corteses como aquellos del Páramo de Ettins son tontos, crueles, salvajes y capaces de todas las bestialidades. Y en Harfang puede que les den o no les den noticias sobre la ciudad en ruinas, pero sin duda hallarán allí buen alojamiento y alegres anfitriones. Yo les aconsejaría que pasen con ellos el invierno o, por lo menos, que se queden algunos días para descansar y recuperar fuerzas. Tendrán baños de vapor, lechos blandos y mucha alegría; y en la mesa, asados y guisos y dulces y licores fuertes cuatro veces al día.

—¡Qué salvaje! —exclamó Scrubb—. ¡Eso sí que me gusta! Imagínense, dormir otra vez en una cama.

—Sí, y darse un baño caliente —dijo Jill—. ¿Crees que nos invitarán a que nos quedemos? Porque como no los conocemos…

—Díganles solamente —contestó la Dama— que Ella la de la Túnica Verde les manda con ustedes sus saludos, y que les envía dos hermosos niños del sur para el banquete de otoño.

—Oh, gracias, muchísimas gracias —dijeron Jill y Scrubb.

—Pero tengan cuidado —advirtió la Dama—. Cualquiera sea el día en que lleguen a Harfang, tengan cuidado de no ir a golpear su puerta demasiado

tarde. Pues ellos cierran sus puertas unas pocas horas después de mediodía, y es costumbre en el castillo no abrir a nadie una vez que han echado el cerrojo, aunque golpeen con todas sus fuerzas.

Los niños le agradecieron nuevamente, con ojos radiantes, y la Dama les hizo señas con la mano. El Renacuajo se quitó su sombrero puntiagudo e hizo una reverencia, muy tieso. Luego el silencioso Caballero y la Dama condujeron sus caballos al paso subiendo la pendiente del puente con gran estrépito de cascos.

—¡Vaya! —exclamó Barroquejón—. Daría cualquier cosa por saber de dónde viene *ella* y a dónde va. No es la clase de persona que esperarías encontrar en las soledades del país de los gigantes, ¿no es así? Apostaría a que trama algo malo.

—¡Tonterías! —exclamó Scrubb—. A mí me pareció simplemente súper. Y sueño con comida caliente y dormitorios calefaccionados. Ojalá Harfang no esté muy lejos.

—Yo igual —dijo Jill—. ¿Y no es cierto que el vestido de ella era de morirse? ¡Y ese caballo!

—A pesar de todo —dijo Barroquejón—, me gustaría que supiéramos un poquito más acerca de ella.

—Yo iba a preguntarle todo —dijo Jill—. Pero ¿cómo preguntarle algo si tú no quisiste decir nada de nosotros?

—Sí —asintió Scrubb—. ¿Y por qué te portaste tan tieso y tan antipático? ¿No te gustaron ellos?

—¿Ellos? —preguntó el Renacuajo—. ¿Quiénes son *ellos*? Yo sólo vi a uno.

—¿No viste al Caballero? —preguntó Jill.

—Yo sólo vi una armadura —repuso Barroquejón—. ¿Por qué no hablaba?

—Supongo que será tímido —replicó Jill—. O a lo mejor lo único que quiere hacer es mirarla a ella y escuchar su adorable voz. Yo haría lo mismo si fuera él, te aseguro.

—Me pregunto —dijo Barroquejón— qué verías en realidad si levantaras la visera de ese casco y miraras dentro.

—¡Hasta cuándo! —gritó Scrubb—. ¡Piensa en la forma de la

armadura! ¿Qué otra cosa *podría* haber dentro si no es un hombre?

—¿Por qué no un esqueleto? —sugirió el Renacuajo del Pantano, con su humor macabro—. O quizás —agregó, como una idea tardía—, absolutamente nada. Es decir, nada que ustedes pudieran ver. Alguien invisible.

—Realmente, Barroquejón —dijo Jill, sintiendo un escalofrío—, tienes unas ideas horribles. ¿De dónde las sacas?

—¡Al diablo sus ideas! —exclamó Scrubb—. Siempre está esperando lo peor, y siempre se equivoca. Pensemos más bien en esos Gigantes Amables y vámonos a Harfang lo antes posible. Qué ganas de saber si queda muy lejos...

Y entonces estuvieron a punto de iniciar la primera de esas peleas que Barroquejón había pronosticado; no es que Jill y Scrubb no hayan estado antes amagando golpes e insultándose muchas veces, pero éste fue el primer desacuerdo verdaderamente serio. Barroquejón no quería por ningún motivo que fueran a Harfang. Decía que no sabía qué significaba para un gigante ser “amable” y que, de todos modos, nada decían las Señales de Aslan acerca de alojarse con gigantes, amables o lo que sea. Los niños, por su parte, hartos de viento y lluvia, y aves escuálidas asadas en fogatas de campamento, y de dormir en tierra dura y helada, estaban absolutamente resueltos a visitar a los Gigantes Amables. Al final, Barroquejón consintió en ir, pero sólo bajo una condición. Los otros dos debían prometer seriamente que, a menos que él se los permitiera, no dirían a los Gigantes Amables que venían de Narnia o que estaban buscando al Príncipe Rilian. Los niños lo prometieron y prosiguieron su marcha.

Después de la conversación con la Dama, las cosas empeoraron por dos motivos. En primer lugar, el paraje era cada vez más inhóspito. El camino los llevaba por interminables valles estrechos donde un cruel viento norte les daba constantemente en la cara. No encontraron de qué echar mano para encender un fuego, ni tampoco ninguna pequeña hondonada que sirviera para acampar, como en el páramo. Y el suelo era pura piedra, y te hacía doler los pies todo el día, y por la noche te dolía el cuerpo entero.

En segundo lugar fuera lo que fuera lo que la Dama pretendió al hablarles de Harfang, el efecto real que hizo en los niños fue malo. No pensaban más que en camas y baños y comidas calientes y en lo delicioso que iba a ser estar bajo techo. Ya no hablaban más de Aslan, ni siquiera del Príncipe perdido. Y Jill abandonó su costumbre de recitar las Señales cada noche y cada mañana. Al principio se decía que estaba demasiado cansada, pero pronto se olvidó de todo. Y aunque podrías suponer que la idea de pasarlo bien en Harfang los alegraría, en realidad los hizo compadecerse y los volvió más gruñones y rabiosos entre ellos y contra Barroquejón.

Por fin una tarde llegaron a un sitio donde la garganta por la que viajaban se ensanchaba y oscuros bosques de abetos se alzaban a ambos lados. Miraron más adelante y vieron que ya habían atravesado las montañas. Ante ellos se abría una desolada llanura rocosa; más allá, otras lejanas montañas coronadas de nieve. Pero entre ellos y aquellas lejanas montañas se elevaba una colina de baja altura, de cumbre irregular y plana.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó Jill, señalando algo al otro lado de la llanura.

Y allí, en la casi oscuridad del anochecer, más allá de la plana colina, todos vieron luces. ¡Luces! No luz de luna, ni fuegos, sino una familiar y alegre hilera de ventanas iluminadas. Si nunca has estado en la soledad de un desierto, día y noche, durante semanas, difícilmente podrás comprender lo que ellos sintieron.

—¡Harfang! —gritaron Scrubb y Jill, con voces excitadas y alegres.

—Harfang —repitió Barroquejón, con voz monótona y sombría. Pero agregó—. ¡Hola! ¡Gansos salvajes!

En un segundo sacó el arco que traía colgado de su hombro, y derribó dos buenos gansos gordos. Era demasiado tarde ya para pensar en llegar a Harfang ese día. Pero comieron comida caliente y tuvieron una fogata, y empezaron la noche mucho más abrigados de lo que habían estado por más de una semana. Cuando se apagó el fuego, la noche se hizo glacialmente helada, y al despertar a la mañana siguiente, sus mantas estaban tiesas de escarcha.

—¡No importa! —dijo Jill, pateando en el suelo—. ¡Baño caliente esta noche!

VII
LA COLINA DE LAS ZANJAS EXTRAÑAS

No se puede negar que el día estaba horrible. Arriba un cielo sin sol, tapado de nubes cargadas de nieve; a sus pies, una escarcha negra; y por todos lados soplaba un viento que parecía iba a arrancarte la piel. Cuando bajaron a la llanura se encontraron con que esa parte del antiguo camino estaba en un estado mucho más ruinoso que todo lo que ya habían recorrido. Se vieron obligados a andar con gran tiento por entre guijarros, y encima de enormes piedras quebradas y a través de escombros: duro camino para pies adoloridos. Y, por muy cansados que se sintieran, hacía demasiado frío para detenerse.

A eso de las diez comenzaron a caer perezosamente los primeros diminutos copos de nieve y se fueron acumulando en el brazo de Jill. Diez minutos más tarde caían mucho más tupido. En veinte minutos el suelo estaba ya notoriamente blanco. Y al cabo de media hora una buena y pertinaz tormenta de nieve, que tenía aspecto de querer durar todo el día, les azotaba la cara impidiéndoles ver claro.

Para poder entender lo que pasó después, no debes olvidar lo poco que veían. A medida que se acercaban a la pequeña colina que los separaba del lugar donde la tarde anterior habían aparecido las ventanas iluminadas, perdían la visión general del panorama. Ya sólo se trataba de lograr ver unos pocos pasos adelante, e incluso para eso debías entrecerrar los ojos. De más está decir que no hablaban ni una palabra.

Al llegar al pie de la colina vislumbraron algo que podría ser rocas a ambos lados, rocas medio cuadradas si las mirabas con atención, pero nadie lo hizo. A todos preocupaba más el peñasco que frente a ellos les cerraba el paso.

Tendría un metro y medio de alto, más o menos. El Renacuajo del Pantano, con sus piernas largas, no tuvo dificultad para saltar encima, y luego ayudó a los demás a subir. Fue un ascenso desagradable y húmedo para ellos, no así para él, porque ahora el peñasco estaba cubierto de nieve. Después de una difícil subida —Jill se cayó una vez— de unos cien metros por terreno muy áspero, llegaron ante un segundo peñasco. En total había cuatro, a intervalos sumamente irregulares.

Mientras avanzaban con gran esfuerzo hacia el cuarto peñasco, ya no les cupo la menor duda de que habían llegado a la cima de esa plana colina. Hasta ese momento la ladera les había servido de reparo; acá, tuvieron que soportar toda la furia del viento. Pues la cima de la colina, por extraño que parezca, era tan plana como la veían a la distancia: una gran meseta chata, indefensa a los embates de la tormenta. En varias partes la nieve apenas

alcanzaba a acumularse, ya que el viento la barría constantemente del suelo, formaba capas y nubes, y las arrojaba a la cara de los viajeros. Alrededor de sus pies jugueteaban pequeños remolinos de nieve, como habrás visto a veces sobre el hielo. Y, en verdad, en muchos lugares la superficie era casi tan tersa como el hielo. Pero, para empeorar las cosas, estaba atravesada y entrecruzada por curiosos terraplenes o acequias, que algunas veces la cortaban en cuadrados y rectángulos. Y, por supuesto, había que subir por todos ellos; su altura variaba entre cincuenta centímetros y un metro y medio y tenían cerca de un par de metros de ancho. Al norte de cada terraplén la nieve ya se había apilado en grandes cúmulos, y cada vez que subías, al bajar te caías en un montón de nieve y te empapabas.

Abriéndose camino con el capuchón subido y la cabeza gacha y las entumecidas manos metidas debajo de su capa, Jill lograba entrever otras cosas raras en esa horrible meseta, unas cosas a su derecha vagamente semejantes a chimeneas de fábrica, y a su izquierda un profundo precipicio, más recto de lo que debe ser un precipicio. Pero no le interesaba para nada y no pensó más en ellos. En lo único que pensaba era en sus manos heladas (y nariz y mentón y orejas) y en los baños y camas calientes de Harfang.

De repente patinó, resbaló más de un metro y, para su gran espanto, se encontró deslizándose dentro de una oscura y estrecha grieta que parecía haber surgido en ese instante ante ella. Medio segundo más tarde llegó al fondo. Parecía que estaba en una especie de zanja o surco, de no más de un metro de ancho. Y aunque desconcertada por la caída, lo primero que advirtió fue el alivio de estar libre del viento, pues las paredes de la zanja se elevaban muy por encima de su cabeza. La siguiente cosa que advirtió fue, naturalmente, las caras ansiosas de Scrubb y de Barroquejón mirándola desde el borde.

—¿Estás herida, Pole? —gritó Scrubb.

—Las *dos* piernas quebradas, no me extrañaría nada —gritó Barroquejón.

Jill se puso de pie y les explicó que estaba bien, pero que tendrían que ayudarla a subir.

—¿En qué caíste? —preguntó Scrubb.

—En una especie de zanja, o podría ser también una especie de callejón hundido o algo así —contestó Jill—. Es muy recto.

—¡Sí, claro que sí! —exclamó Scrubb—. ¡Y va derecho al norte! ¿No será una especie de camino? Si así fuera, allá abajo nos libraríamos de este viento infernal. ¿Hay mucha nieve al fondo?

—Casi nada. Me imagino que se amontona toda arriba.

—¿Qué hay más adelante?

—Espérate medio segundo, voy a ir a ver —respondió Jill.

Se levantó y anduvo algunos pasos por la zanja; pero antes de que se alejara mucho, ésta doblaba bruscamente a la derecha. Dio a gritos esta información a los demás.

—¿Qué hay a la vuelta de esa esquina? —preguntó Scrubb.

Pero daba la casualidad que Jill tenía la misma sensación respecto a pasadizos retorcidos y lugares oscuros bajo tierra, o aunque fuera sólo un poco bajo tierra, que Scrubb respecto de los bordes de los precipicios. No tenía la menor intención de ir sola hasta ese recodo, más aún después de escuchar a Barroquejón advertirle a voz en grito:

—Ten cuidado, Pole, esta es justo la clase de lugar que podría desembocar en la cueva de un dragón. Y en un país de gigantes, debe haber lombrices gigantes y escarabajos gigantes.

—No creo que esto siga mucho más hacia alguna parte —dijo Jill, regresando apresuradamente.

—Lo que es yo, igual voy a ir a darle una mirada —dijo Scrubb—. ¿Qué quieres decir con *no mucho más a alguna parte*? Me gustaría saber.

Así es que se sentó en la orilla de la zanja (estaban todos demasiado mojados como para preocuparse por mojarse un poco más) y se dejó caer adentro. Empujó a Jill al pasar y, aunque no dijo nada, ella tuvo la certeza de que se había dado cuenta de que estaba muerta de miedo. Lo siguió muy de cerca, pero cuidándose de no pasar adelante de él.

Sin embargo, la exploración resultó muy decepcionante. Doblaron a mano derecha y anduvieron unos cuantos pasos. Allí había que elegir entre dos caminos: seguir en línea recta, o torcer bruscamente a la derecha.

—No vale la pena —dijo Scrubb, dando una rápida mirada a la vuelta a mano derecha—, esa dirección nos llevaría de regreso al... sur.

Siguió el camino recto, pero otra vez, a los pocos pasos, se encontraron con una segunda curva a la derecha. Pero esta vez no había otro camino que escoger, pues la zanja por donde iban llegaba aquí a un callejón sin salida.

—Inútil —gruñó Scrubb.

Jill no perdió ni un minuto en darse la vuelta y encabezar el regreso. Cuando volvieron al sitio donde Jill había caído, el Renacuajo no tuvo, gracias a sus brazos largos, ninguna dificultad para subirlos.

Pero fue espantoso estar afuera en la cima otra vez. Abajo, en esas estrechas rendijas de las zanjas, sus orejas había principiado casi a descongelarse; habían podido ver con claridad y respirar fácilmente y oír lo que decía el otro sin necesidad de gritar. Era absolutamente atroz volver a ese frío aplastante. Y les pareció un poco demasiado que Barroquejón eligiera ese momento para decir:

—¿Estás segura todavía de esas Señales, Pole? ¿Cuál deberíamos buscar ahora?

—¡Oh, déjame en paz! ¡A la porra las Señales! —exclamó Pole—. Algo sobre alguien que mencionaba el nombre de Aslan, pero no pienso ponerme a recitarlas aquí.

Como ves, ella llevaba mal el orden. Y era porque había dejado de repetir las Señales por las noches. Aún se las sabía, si se tomaba la molestia de pensar, pero ya no se sabía la lección “al dedillo”, como para estar segura de recitarlas de un tirón en el orden correcto, de inmediato y sin pensar. La pregunta de Barroquejón la irritó, porque para sus adentros estaba enojada consigo misma por no saberse la lección del León tan bien como pensaba que debería saberla. Fue esta molestia, además del sufrimiento de sentir tanto frío y cansancio, lo que la hizo decir “A la porra las Señales”. A lo mejor no quería decir eso.

—Oh, esa es la que sigue ¿no es cierto? —dijo Barroquejón—. Ahora ya no sé si tienes razón. Se te mezclaron todas, no me extrañaría nada. Me parece que valdría la pena pararnos a echar un vistazo a esta colina, a este lugar aplanado en que estamos. ¿Se han fijado...?

—¡Por la flauta! —exclamó Scrubb—. ¿Es el momento para ponernos a admirar el paisaje? Por amor de Dios, vámonos ya.

—¡Miren, miren, miren! —gritó Jill y señaló con el dedo.

Todos se dieron vuelta, y vieron: a lo lejos hacia el norte, y bastante más en alto que la meseta en que se hallaban, había aparecido una hilera de luces. Esta vez se notaba con mayor claridad que realmente eran ventanas que cuando los viajeros las habían visto la noche anterior; pequeñas ventanitas que te hacían pensar con deleite en dormitorios, y ventanas más grandes que te hacían pensar en montañas y un fuego crepitando en la chimenea y sopa caliente o jugosos solomillos humeando en la mesa.

—¡Harfang! —exclamó Scrubb.

—Todo está muy bien —dijo Barroquejón—, pero lo que yo iba a decir era que...

—¡Cállate! —dijo Jill con acritud—. No podemos perder un momento, acuérdense de que la Dama dijo que cerraban la puerta muy temprano. Tenemos que llegar a tiempo, tenemos que llegar, tenemos que llegar. Nos moriremos si no nos dejan entrar en una noche como ésta.

—Bueno, no es exactamente de noche todavía —comentó Barroquejón; pero los niños dijeron "vamos", y empezaron a avanzar a tropezones por la resbaladiza meseta lo más rápido que sus piernas lo permitían. El Renacuajo los siguió, hablando todavía, pero ahora que de nuevo tenían que caminar contra el viento, los niños no hubieran podido escucharlo, aunque hubiesen querido. Y no querían. Iban imaginando baños y camas y bebidas calientes; y la idea de llegar demasiado tarde a Harfang y de que no los dejaran entrar se les hacía insoportable.

A pesar de su apresuramiento, tardaron largo rato en atravesar la cima achatada de aquel cerro. Y aun después de haberla cruzado, todavía quedaban algunos peñascos por bajar al otro lado. Pero finalmente llegaron abajo y pudieron ver cómo era Harfang.

Se erguía sobre un alto risco y, a pesar de las numerosas torres, parecía más bien una casa inmensa que un castillo. Era evidente que los Gigantes Amables no temían ningún ataque. En el muro exterior había ventanas que llegaban casi hasta el suelo, algo que nadie permitiría en una verdadera fortaleza. Incluso había curiosas puertecitas aquí y allá, de modo que era sumamente fácil entrar y salir del castillo sin atravesar el patio. Este detalle les levantó el ánimo a Jill y a Scrubb, pues hacía que el lugar fuese más acogedor y menos imponente.

Al principio lo alto y escarpado del risco los atemorizó, pero muy pronto advirtieron que había una senda más fácil para subir a la izquierda y que el camino terminaba allí. Después del viaje que ya habían hecho, el ascenso fue terrible y Jill casi se dio por vencida. Scrubb y Barroquejón tuvieron que ayudarla en los últimos cien metros. Pero por fin llegaron a la puerta del castillo. La reja de gruesos barrotes estaba subida y la puerta abierta.

Por muy cansado que estés, necesitas coraje para subir a pie hasta la puerta principal de la casa de un gigante. A pesar de todas sus anteriores advertencias contra Harfang, fue Barroquejón quien demostró más valor.

—A paso firme, ahora —dijo—. No demuestren miedo, pase lo que pase. Hemos hecho la cosa más tonta del mundo viniendo a este lugar, pero ya que estamos aquí, tendremos que enfrentarlo con toda valentía.

Con estas palabras avanzó a grandes zancadas hasta la puerta de entrada, se paró bajo el arco donde el eco ayudaría a su voz y llamó lo más fuerte que pudo.

—¡Oiga! ¡Portero! Huéspedes que buscan alojamiento.

Y mientras esperaba que sucediera algo, se sacó el sombrero y sacudió la pesada masa de nieve que se había juntado en su ancha ala.

—Oye —susurró Scrubb a Jill—. Puede que sea un aguafiestas, pero tiene muchas agallas... y desplante.

Se abrió una puerta, dejando escapar un delicioso resplandor de lumbre, y apareció el portero. Jill se mordió los labios para no gritar. No era un gigante tremendamente enorme; es decir, era bastante más alto que un manzano, pero nunca tan alto como un poste telegráfico. Su pelo era rojo y erizado, vestía un jubón de cuero con láminas de metal pegadas por todos lados, que hacía las veces de una cota de malla; sus rodillas estaban desnudas (realmente muy peludas) y usaba unas cosas como polainas sobre las piernas. Se inclinó y miró a Barroquejón con ojos desorbitados.

—¿Y qué clase de criatura dices que eres? —preguntó.

Jill habló, haciendo de tripas corazón.

—Disculpe —dijo—. La Dama de la Túnica Verde saluda al Rey de los Gigantes Amables, y nos envía a nosotros, dos niños del sur y a este Renacuajo del Pantano (cuyo nombre es Barroquejón) a su banquete de otoño. Si les parece conveniente, por supuesto —añadió.

—¡Ajá! —respondió el portero—. Esa es una historia enteramente diferente. Entren, pequeños, entren. Es mejor que pasen a la portería, mientras mando el recado a su Majestad.

Miró a los niños con curiosidad.

—Caras azules —dijo—. No sabía que eran de ese color. A mí me da lo mismo. Pero creo que se parecen mucho uno al otro. A los escarabajos les gustan los escarabajos, dicen.

—Nuestras caras están azules sólo por el frío —explicó Jill—. No son *realmente* de ese color.

—Entonces, entren y caliéntense. Entren, chiquillos —dijo el portero.

Los niños lo siguieron hasta la portería. Y aunque fue terrible oír cómo esa enorme puerta se cerraba ruidosamente tras ellos, lo olvidaron en

cuanto vieron lo que habían estado deseando desde la cena de la noche anterior: un fuego. ¡Y qué fuego! Parecía que en él ardían cuatro o cinco árboles enteros, y hacía tal calor que tenían que permanecer a una buena distancia. Pero los tres se dejaron caer pesadamente en el piso de ladrillos, lo más cerca que podían soportar a causa del calor, exhalando grandes suspiros de alivio.

—Oye, jovencito —dijo el portero a otro gigante que había estado sentado al fondo de la habitación con la mirada fija en los visitantes hasta que pareció que se le iban a salir los ojos de la cara—, corre a la Casa con este mensaje.

Y le repitió lo que Jill le había dicho. El gigante más joven, después de una última mirada y una gran risotada, salió de la sala.

—Y tú, Ranilla —dijo el portero a Barroquejón—, parece que necesitas animarte un poco.

Sacó una botella negra muy similar a la de Barroquejón, pero unas veinte veces más grande.

—A ver, a ver —dijo el Portero—. No te puedo dar una copa, porque te ahogarías. Déjame ver. Este salero es justo lo que necesitamos. Es mejor que no hables de esto en la Casa. La platería *seguirá* llegando acá, y no es culpa mía.

No era un salero como los nuestros, sino más angosto y más vertical, y sirvió muy bien como copa para Barroquejón cuando el gigante lo puso en el suelo a su lado. Los niños suponían que Barroquejón lo rechazaría por lo mucho que desconfiaba de los Gigantes Amables. Pero dijo entre dientes:

—Es tarde ya para estar pensando en tomar precauciones ahora que estamos dentro con la puerta cerrada detrás de nosotros.

Luego olió el licor.

—Huele bien —dijo—. Pero esa no es ninguna prueba. Mejor asegurarse —y tomó un trago—. Tiene bastante buen gusto también. Pero puede que sea sólo al primer sorbo. A ver qué tal está —se tomó un trago más largo—. ¡Ah! Pero, ¿será siempre igual? —y tomó otro—. Debe tener algo asqueroso al fondo, no me extrañaría nada —dijo, y terminó de bebérselo. Se relamió y advirtió a los niños.

—Esta será una prueba, ya verán. Si me enrollo como un ovillo, o reviento, o me transformo en lagarto, o algo así, entonces sabrán que no deben aceptar nada que les ofrezcan.

Pero el gigante, que estaba a demasiada altura como para escuchar lo que había dicho Barroquejón en voz baja, se puso a reír a carcajadas diciendo:

—¡Pero, Ranilla, si eres todo un hombre! ¡Mira cómo se lo zampó!

—Hombre no... Renacuajo del Pantano —replicó Barroquejón, con la lengua un tanto enredada—. Rana tampoco: Renacuajo del Pantano.

En ese momento se abrió la puerta a sus espaldas y el gigante joven entró diciendo:

—Deben ir de inmediato a la sala del trono.

Los niños se pusieron de pie, pero Barroquejón se quedó sentado.

—Renacuajo del Pantano. Renacuajo del Pantano —decía—. Un muy respetable Renacuajo del Pantano. Respeto-renacuajo.

—Muéstrales el camino, jovencito —dijo el gigante portero—. Y más vale que lleves en brazos a la Ranilla. Se tomó unos tragos de más.

—No me pasa nada —dijo Barroquejón—. No soy rana. No me pasa rana. Soy un respeto-petacuajo.

Pero el joven gigante ya lo había cogido por la cintura y hacía señas a los niños de que lo siguieran. Y cruzaron el patio de esa manera tan poco decorosa. Barroquejón, sujeto en el puño del gigante, pataleando apenas en el aire, parecía una verdadera rana. Pero tuvieron poco tiempo para darse cuenta de esto, pues muy pronto cruzaron el gran portal del castillo principal —ambos sentían latir sus corazones más rápido que de costumbre— y, después de corretear a través de numerosos pasillos trotando para ponerse al paso del gigante, se encontraron parpadeando ante la luz en un enorme salón donde brillaban muchas lámparas y un fuego crepitaba en la chimenea, reflejándose en el dorado del techo y las cornisas. Había más gigantes de lo que los niños podían contar y permanecían de pie a su derecha y a su izquierda, todos vestidos con ropajes suntuosos; y sentadas sobre dos tronos al fondo del salón, dos descomunales figuras que aparentemente eran el Rey y la Reina.

Se detuvieron a unos veinte pasos de los tronos. Scrubb y Jill intentaron torpemente hacer una reverencia (a las niñas no les enseñan a hacer reverencias en el Colegio Experimental) y el joven gigante puso con sumo cuidado a Barroquejón en el suelo, donde se desplomó, quedando en una especie de postura sentada. Con sus miembros tan largos, a decir verdad, se parecía extraordinariamente a una voluminosa araña.

VIII
LA CASA DE HARFANG

—Vamos, Pole, a ti te toca —susurró Scrubb.

Jill se dio cuenta de que tenía la boca tan seca que no podía pronunciar ni una palabra. Hizo señas, furiosa, a Scrubb.

Pensando para sí que jamás la perdonaría (ni tampoco a Barroquejón), Scrubb se mojó los labios y le gritó para arriba al Rey gigante:

—Con tu permiso, señor: la Dama de la Túnica Verde te saluda por nuestro intermedio, y dice que seguramente te gustaría tenernos para tu banquete de otoño.

El Rey gigante y la Reina gigante se miraron, asintieron, y sonrieron de un modo que a Jill no le gustó mucho. Le gustó más el Rey que la Reina. Tenía una barba elegante y rizada y nariz aguileña y recta y era bastante buenmozo, como gigante. La Reina era espantosamente gorda y tenía doble barba y la cara gorda y empolvada, lo que no es muy agradable la mayoría de las veces y, claro está, es mucho peor cuando es diez veces más grande. De pronto el Rey sacó le lengua y se lamió los labios. Cualquiera puede hacer eso; pero su lengua era tan sumamente grande y roja, y la sacó en forma tan inesperada, que Jill se llevó un buen susto.

—¡Oh, qué niños tan *buenos!* —dijo la Reina.

(“Tal vez sea ella la más simpática, después de todo”, pensó Jill).

—Sí, es cierto —dijo el Rey—, unos niños excelentes. Bienvenidos a nuestra corte. Denme sus manos.

El alargó su enorme mano derecha, muy limpia y con cualquier cantidad de anillos en los dedos, pero con unas horribles uñas puntiagudas. Era demasiado grande para estrechar las manos que los niños, por turno, levantaban hacia él; pero pudo estrechar sus brazos.

—¿Y qué es eso? —preguntó el Rey, señalando a Barroquejón.

—Reshpeto-petacuajo —dijo Barroquejón.

—¡Ay! —chilló la Reina, tapándose casi hasta los tobillos con sus faldas—. ¡Qué cosa más horrorosa! ¡Y está viva!

—No le hará nada, señora, de veras, no le hará nada —dijo Scrubb, con impaciencia—. Le va a gustar mucho cuando lo conozca mejor, estoy

seguro.

Espero que no pierdan su interés por Jill en el resto del libro si les digo que en ese instante se puso a llorar. Había muchas razones para excusarla. Sus pies y manos y orejas y nariz empezaban recién a descongelarse; su ropa chorreaba de nieve derretida; casi no había comido o bebido ese día; y le dolían tanto las piernas que sintió que no sería capaz de mantenerse en pie mucho tiempo más. Sin embargo, en ese momento fue lo mejor que pudo haber hecho, pues la Reina dijo:

—¡Ah, la pobrecita! Mi Lord, hacemos mal en tener a nuestros huéspedes de pie. ¡Rápido, uno de ustedes! Llévenselos. Denles comida y vino y un baño. Consuelen a la niñita. Denle caramelos, denle muñecas, denle medicinas, denle todo lo que se les ocurra: leche caliente y confites y alcaraveas y canciones de cuna y juguetes. No llores, niñita, o no servirás para nada cuando empiece el banquete de otoño.

Jill estaba indignada, igual que lo estaríamos tú y yo, al oír mencionar juguetes y muñecas; y aunque los caramelos y los confites eran muy ricos en su especie, ella esperaba ardientemente que le dieran algo más sustancioso. El estúpido discurso de la Reina produjo, sin embargo, excelentes resultados, ya que unos gigantescos camareros cogieron de inmediato a Barroquejón y a Scrubb, y una gigantesca dama de honor a Jill y los llevaron a sus dormitorios.

La habitación de Jill era casi del tamaño de una iglesia, y habría tenido un aspecto muy solemne si no hubiese sido por el fuego que ardía estrepitosamente en la chimenea y por la espesa alfombra carmesí que cubría el piso. Y aquí comenzaron a sucederle cosas deliciosas. Se la entregaron a la vieja niñera de la Reina, que era, desde el punto de vista de un gigante, una anciana pequeña casi doblada en dos por la edad; y desde el punto de vista humano, una giganta lo suficientemente baja como para moverse en una habitación de tamaño normal sin golpearse la cabeza contra el techo. Era muy competente, aunque Jill hubiera preferido que no chasqueara constantemente la lengua ni dijera cosas tales como “¡Oh, la, la! Arriba, primor”, y “Ahí está mi palomita” y “Nos vamos a portar muy bien, mi querida”. Llenó un gigantesco baño de pies con agua caliente y ayudó a Jill a meterse dentro. Si sabes nadar (y Jill sabía) una bañera gigante es algo exquisito. Y las toallas gigantes, aunque un poquito ásperas y toscas, también son exquisitas, porque miden metros y metros. Lo cierto es que no necesitas secarte, basta con envolverte en una frente al fuego y ¡a divertirte! Y cuando terminó, la vistieron con ropa limpia, fresca, tibia: prendas elegantísimas y un poco demasiado grandes para ella, pero que evidentemente estaban hechas para humanos y no para gigantas.

“Supongo que estarán acostumbrados a gente de nuestro tamaño, si esa mujer de la túnica verde viene siempre para acá”, pensó Jill.

Pronto pudo comprobar que estaba en lo cierto, porque frente a ella colocaron una mesa y una silla de la altura apropiada para un humano adulto de tamaño normal, y los cuchillos y tenedores y cucharas eran también del porte adecuado. Fue maravilloso poder sentarse, sintiéndose por fin abrigada y limpia. Aún estaba descalza y era una delicia pasear a pie pelado por la gigantesca alfombra. Se hundía hasta más arriba de los tobillos, y eso era lo preciso para sus pies adoloridos. La comida —que supongo deberemos llamar cena, aunque era ya cerca de la hora del té— consistió en sopa de pollo y puerros, y pavo asado, y budín, y castañas tostadas, y toda la fruta que quisieras comer.

Lo único molesto era la niñera que entraba y salía, y cada vez que entraba traía un juguete gigantesco; una muñeca inmensa, más grande que la propia Jill; un caballo de madera sobre ruedas, casi del tamaño de un elefante; un tambor que parecía un gasómetro chico: y un cordero de lana. Eran juguetes ordinarios, cosas muy mal hechas, pintados con colores brillantes, y Jill no soportaba ni verlos. Le dijo miles de veces a la niñera que no los quería, pero la niñera respondía:

—¡Vamos, eso sí que no! ¡Vas a ver que los vas a querer cuando hayas descansado un poco, ya verás! ¡Je, je, je! Y ahora, a la camita. ¡Qué preciosura!

La cama no era una cama de gigantes sino sólo una gran cama de columnas, como las que puedes haber visto en algún hotel anticuado; y se veía más chica en aquella enorme habitación. Estaba feliz de poder dormir en esa cama.

—¿Está nevando todavía, niñera? —preguntó, soñolienta.

—No, ahora está lloviendo, palomita —respondió la giganta—. La lluvia lavará toda esa nieve sucia. ¡Mi niñita preciosa podrá salir a jugar mañana! —Y arropó a Jill y le dio las buenas noches.

No he visto nada más desagradable que una giganta te dé un beso. Jill pensó lo mismo, pero se durmió a los cinco minutos.

La lluvia cayó sin parar toda esa tarde y toda la noche, azotando las ventanas del castillo. Jill no oyó nada, pues durmió profundamente hasta después de la hora de la cena y pasada la medianoche. Y entonces llegó la hora más silenciosa de la noche y sólo los ratones se movían en la casa de los gigantes.

A esa hora Jill tuvo un sueño. Le pareció despertar en la misma habitación y vio el fuego, que se estaba apagando, débil y rojo, y a la luz del fuego, el gran caballo de madera. Y el caballo vino por su propia voluntad, rodando por la alfombra, y se paró a la cabecera de su cama. Y ahora ya no

era más un caballo sino un león tan grande como el caballo. Y después ya no era un león de juguete sino un león de verdad. El León Real, tal como lo había visto en la montaña, más allá del fin del mundo. Y la habitación se llenó de un aroma a todas las cosas fragantes que existen. Pero Jill tenía alguna preocupación en su mente, aunque no podía saber qué era, y las lágrimas le corrían por la cara y mojaban la almohada. El León le dijo que repitiera las Señales, y entonces se dio cuenta de que las había olvidado todas, y una gran sensación de horror se apoderó de ella. Y Aslan la tomó en sus fauces (podía sentir sus labios y su respiración, pero no sus dientes) y la llevó hasta la ventana y la hizo mirar hacia afuera. La luna brillaba en todo su esplendor; y escrito en grandes letras a través del mundo o del cielo (no sabía bien cuál) se leían las palabras DEBAJO DE MI. Después, el sueño se desvaneció, y cuando despertó a la mañana siguiente, bastante tarde, no se acordaba ni siquiera de haber soñado.

Ya estaba levantada y vestida y terminando su desayuno frente al fuego cuando la niñera abrió la puerta y le dijo:

—Aquí vienen los amiguitos de mi preciosura a jugar con ella.

Entraron Scrubb y el Renacuajo del Pantano.

—¡Hola! Buenos días —saludó Jill—. ¡Qué cosa tan divertida! Creo que he dormido cerca de quince horas. Me siento mejor, ¿y ustedes?

—*Yo* sí —contestó Scrubb—, pero Barroquejón dice que le duele la cabeza. ¡Mira! Tu ventana tiene un asiento. Si nos subimos ahí podremos mirar para afuera.

Se subieron inmediatamente; y a la primera mirada Jill exclamó:

—¡Ay, qué espanto más grande!

Brillaba el sol, y aparte de algunos copos, la lluvia había barrido completamente la nieve. Debajo de ellos, extendida como un mapa, se veía la plana cumbre de la colina a la que habían subido con tanta dificultad ayer en la tarde; viéndola desde el castillo, no cabía duda alguna de que esas eran las ruinas de una gigantesca ciudad. Era lisa, como podía comprobar Jill ahora, porque todavía estaba casi enteramente pavimentada, aunque el pavimento se había quebrado en algunos sitios. Los terraplenes que se entrecruzaban eran todo lo que quedaba de las murallas de altísimos edificios que debieron ser alguna vez los palacios y los templos de los gigantes. Un pedazo de muro de unos ciento cincuenta metros se mantenía aún en pie; era eso lo que ella confundió con un acantilado. Lo que le había parecido ser chimeneas de fábricas eran en realidad enormes columnas cortadas a alturas desiguales: sus fragmentos se esparcían a sus pies como derribados árboles de monstruosa piedra. Los peñascos por donde tuvieron que bajar en la ladera norte de la

colina, y seguramente también los otros peñascos por donde tuvieron que trepar en la ladera sur, eran los restos de peldaños de gigantescas escaleras. Y para colmo, en el centro del empedrado, en letras grandes y negras, se leían las palabras DEBAJO DE MI.

Los tres viajeros se miraron unos a otros con desaliento, y, dando un corto silbido, Scrubb dijo lo que todos estaban pensando:

—Fallamos la primera y la segunda de las Señales.

Y en ese instante, Jill recordó claramente el sueño de la noche anterior.

—Yo tengo la culpa —dijo desesperada—. Yo... yo había dejado de repetir las Señales por las noches. Si hubiera pensado en ellas me habría dado cuenta de que ésta era la ciudad, aun en medio de *toda* esa nevazón.

—Peor yo —dijo Barroquejón—, porque yo sí la vi, o casi. Pensé que se asemejaba extraordinariamente a una ciudad en ruinas.

—Tú eres el único que no tiene la culpa —intervino Scrubb—. Tú *trataste* de detenernos.

—Pero no traté bastante —repuso el Renacuajo del Pantano—. Y no tenía por qué *tratar.* Debía haberlo hecho. ¡Como si no pudiera pararlos a los dos con una sola mano!

—La verdad es —dijo Scrubb— que estábamos tan requeteansiosos por llegar a este lugar que no nos preocupamos de ninguna otra cosa. Yo por lo menos. Desde que nos encontramos con aquella mujer con el caballero que no hablaba, no hemos pensado en nada más. Casi nos olvidamos del Príncipe Rilian.

—No me extrañaría —comentó Barroquejón— que fuese eso exactamente lo que ella pretendía.

—Lo que no logro entender bien —dijo Jill—, es cómo no vimos las letras. O habrán aparecido anoche. ¿Las habrá puesto Aslan allí durante la noche? Tuve un sueño tan raro.

Y se los contó.

—¡Estúpida! —estalló Scrubb—. Claro que las vimos. Nos metimos dentro de la inscripción. ¿No lo ves? Nos metimos en la letra E de DE. Esa fue la zanja en que te caíste. Caminamos a lo largo del trazo de la E directo al norte; doblamos a la derecha por la vertical; dimos otra vuelta a la derecha, en la mitad del trazo, y luego fuimos hasta arriba, hacia el rincón a mano

izquierda o (si prefieres) a la esquina noreste de la letra, y regresamos. ¡Qué idiotas más grandes!

Dio un feroz puntapié a la ventana, y continuó.

—Así es que es inútil, Pole. Sé lo que estás pensando, pues yo pienso lo mismo. Pensabas qué maravilloso habría sido que Aslan no hubiera puesto las instrucciones en las piedras de la ciudad en ruinas hasta después de que hubiéramos pasado por allí. Entonces habría sido culpa suya y no de nosotros. Te habría gustado, ¿no es cierto? No. Hay que confesarlo. Nos dieron sólo cuatro Señales y ya hemos fallado con las tres primeras.

—Querrás decir que yo he fallado —dijo Jill—. Es la pura verdad. He echado a perder todo, desde que me trajiste aquí. Sin embargo, aunque estoy superarrepentida y todo eso, sin embargo, ¿cuáles *son* las instrucciones? DEBAJO DE MI no quiere decir nada.

—Pero sí que quiere decir algo —dijo Barroquejón—. Quiere decir que tenemos que buscar al Príncipe debajo de esa ciudad.

—¿Y cómo? —preguntó Jill.

—Ahí está el problema —respondió Barroquejón, frotándose sus grandes manos de rana—. ¿Cómo hacerlo *ahora*?*.* Sin duda que cuando estuvimos en la ciudad en ruinas, si hubiésemos tenido nuestros pensamientos puestos en nuestra tarea, se nos habría mostrado cómo; habríamos encontrado una puertecita, o una cueva, o un túnel, o alguien que nos ayudara. Hasta podría haber sido (uno nunca sabe) el mismo Aslan. Habríamos descendido bajo esas piedras del pavimento de una u otra manera. Las instrucciones de Aslan son siempre correctas, sin excepciones. Pero cómo hacerlo *ahora,* esa es otra cosa.

—Bueno, supongo que lo único que podemos hacer es volver allá —dijo Jill.

—Fácil, ¿no es cierto? —dijo Barroquejón—. Para empezar, podemos tratar de abrir esa puerta.

Todos miraron la puerta y vieron que ninguno podía alcanzar siquiera la manilla, y que lo más probable era que nadie podría hacerla girar si es que la alcanzaban.

—¿Ustedes creen que no nos dejarán salir si se lo pedimos? —preguntó Jill.

Nadie lo dijo, pero todos pensaron: “¿Y si no nos dejan?”

No era una idea muy agradable. Barroquejón se oponía resueltamente a cualquiera insinuación de contar a los gigantes sus verdaderos objetivos y pedirles simplemente que los dejaran partir; y por supuesto que los niños no podían decir nada sin su permiso, porque se lo habían prometido. Y los tres estaban absolutamente seguros de que no había ninguna posibilidad de escapar del castillo por la noche. Una vez dentro de sus cuartos con las puertas cerradas, estarían prisioneros hasta la mañana. Podían, claro está, pedir que les dejaran las puertas abiertas, pero eso podría despertar sospechas.

—Nuestra única oportunidad —dijo Scrubb—, es tratar de escabullirnos de día. ¿No habrá una hora en la tarde en que los gigantes duerman? ¿Y si entráramos sigilosamente a la cocina, no habrá allí una puerta trasera abierta?

—Yo casi no lo llamaría una oportunidad —dijo el Renacuajo del Pantano— Pero parece que es la única que tendremos.

En realidad, el plan de Scrubb no era tan imposible como podrías pensar. Si quieres salir de una casa sin que te vean, en cierta forma es mejor hacerlo a media tarde que en la mitad de la noche. Es más posible que las puertas y ventanas estén abiertas; y si te cogen, puedes simular que no pretendías alejarte mucho y que no tenías ningún plan en especial. (Es bien difícil que gigantes o adultos te lo crean si te encuentran saltando por una ventana del dormitorio a la una de la mañana.)

—Tenemos que hacerlos bajar su guardia —dijo Scrubb—. Hay que convencerlos de que nos encanta estar aquí y que esperamos con ansias su banquete de otoño.

—Es mañana en la noche —informó Barroquejón—. Así se lo oí decir a uno de ellos.

—Ya entiendo —terció Jill—. Debemos fingir estar superentusiasmados con el banquete, y hacer muchas preguntas. Ellos nos creen unos perfectos niñitos chicos, de todos modos, lo que hará más fáciles las cosas.

—Alegres —dijo Barroquejón con un hondo suspiro—. Así tenemos que estar, alegres. Como si no tuviéramos ni el menor problema. Muy contentos. Ustedes dos, jovencitos, me he dado cuenta de que no siempre están muy animados. Mírenme a mí, hagan lo que yo hago. Voy a estar alegre. Así —hizo una mueca horrible—. Y travieso —e hizo una tristísima pirueta—. Ya van a aprender, si se fijan bien en mí. Miren, ellos ya creen que yo soy un tipo gracioso. Quizás ustedes pensaron anoche que yo estaba un poquitito mareado, pero les aseguro que todo era..., bueno, casi todo... fingido. Tuve la idea de que podría ser útil, de alguna manera.

Cuando más tarde los niños contaron sus aventuras, nunca estuvieron seguros de que esta última afirmación fuera estrictamente verdadera; pero tenían la certeza de que Barroquejón creía que era la verdad cuando lo dijo.

—De acuerdo. Alegres es la orden —dijo Scrubb—. Y ahora, si pudiéramos conseguir que alguien nos abra esta puerta. Mientras jugueteamos y nos hacemos los alegres, tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre este castillo.

Por suerte, en ese mismo momento se abrió la puerta y la niñera gigante entró muy agitada, diciendo:

—A ver, mis amorcitos, ¿quieren ir a ver al Rey y a toda la corte preparándose para la cacería? ¡Un espectáculo tan hermoso!

Sin perder un segundo corrieron dejándola atrás y bajaron por la primera escalera que encontraron. El ruido de los perros de caza y de los cuernos y las voces de los gigantes los guiaron y en pocos minutos llegaron al patio. Todos los gigantes estaban a pie, pues no hay caballos gigantes en esa parte del mundo, y los gigantes van de cacería a pie; como cuando uno va a cazar liebres en Inglaterra. También los sabuesos eran de tamaño normal. Cuando vio que no había caballos, Jill sintió al principio una tremenda desilusión, pues estaba convencida de que la gorda Reina jamás seguiría a los perros a pie; y no podrían hacer nada estando ella en la casa todo el día. Pero luego vio a la Reina en una especie de litera que llevaban seis jóvenes gigantes sobre sus hombros. La vieja y tonta criatura estaba ataviada enteramente de verde y llevaba un cuerno colgando a su lado. Se habían reunido veinte o treinta gigantes, incluido el Rey, listos para la cacería; hablaban y reían tan fuerte que te dejaban sordo; y allá abajo, cerca de donde se hallaba Jill, muchos meneos de cola, ladridos e inquietos y babosos hocicos y narices de perros que se te metían entre las manos. Barroquejón iba justo a adoptar una actitud que él creía alegre y retozona (que hubiera echado todo a perder si alguien se hubiese dado cuenta), cuando Jill, con su sonrisa infantil más atractiva, corrió hasta la litera de la Reina y le gritó:

—¡No, por favor! ¿No te *vas,* verdad? ¿Vas a volver?

—Sí, mi querida —contestó la Reina—. Volveré esta noche.

—¡Qué *bueno*! ¡Qué fantástico! —exclamó Jill—. Y nosotros *podremos* ir al banquete mañana en la noche, ¿no es cierto? ¡Esperamos con ansias que llegue mañana en la noche! Nos encanta estar aquí. Mientras ustedes están fuera, ¿podríamos recorrer todo el castillo y ver todo lo que hay? Por favor, di que sí.

La Reina, por supuesto, que dijo que sí, pero la risa de todos los cortesanos casi ahogó su voz.

IX
COMO DESCUBRIERON ALGO QUE VALIA LA PENA SABER

Los demás admitieron después que Jill había estado magnífica ese día. En cuanto se marcharon el Rey y el resto de los cazadores, Jill empezó a recorrer el castillo entero y a hacer preguntas, pero con tal aire de infantil inocencia que nadie podía sospechar que tuviera alguna secreta intención. Aunque su lengua no estaba jamás quieta, no podrías decir que hablaba mucho: ella balbuceaba y se reía como tonta. Coqueteó con todos: los mozos, los porteros, las sirvientas, las damas de honor y con los señores gigantes de más edad para quienes ya habían terminado los días de cacería. Se resignó a que la besaran y la abrazaran una cantidad de gigantas, muchas de las cuales parecían compadecerse de ella y la llamaban “pobrecita mía”, aunque ninguna explicaba por qué. Se hizo amiga especialmente de la cocinera y descubrió el importantísimo hecho de que había una puerta en el lavadero que te permitía salir por la muralla externa, sin tener que cruzar el patio ni pasar por la gran puerta de entrada. En la cocina fingió tener un hambre horrible, y comió toda clase de sobras de comida que la cocinera y las fregonas, encantadas, le daban. Pero arriba, entre las damas, hizo preguntas de cómo se iba a vestir para el gran banquete, y cuánto rato la dejarían quedarse en pie, y si podría bailar con algún gigante bien bajito. Y después (se moría de vergüenza al recordarlo más tarde) ladeó la cabeza con esa cara de idiota que las personas mayores, gigantes o no, encontraban tan atractiva, movió sus rizos, y se puso muy nerviosa, y dijo:

—¡Oh, cómo quisiera que fuera mañana en la noche! ¿Y ustedes? ¿Creen que pasarán rápido las horas hasta entonces?

Y todas las gigantas dijeron que ella era lo más adorable que había y muchas se tapaban los ojos con sus enormes pañuelos, como si fueran a llorar.

—Son tan amorosas a esa edad —dijo una giganta a otra—. Es casi una lástima que...

Scrubb y Barroquejón hicieron lo que pudieron por su lado, pero para ese tipo de cosas las niñas son mejores que los niños. E incluso los niños lo hacen mejor que los Renacuajos del Pantano.

A la hora de almuerzo sucedió algo que hizo que los tres estuvieran más ansiosos que nunca por salir del castillo de los Gigantes Amables. Almorzaron en el gran salón, solos en una pequeña mesa cerca del fuego. En una mesa más grande, a unos veinte metros, había una media docena de ancianos gigantes. Su conversación era tan ruidosa, y se oía por allá arriba en el aire, que muy luego los niños no les prestaron mayor atención que la que les das a las bocinas que suenan afuera, o a los ruidos del tránsito en las calles. Estaba comiendo venado frío, una comida que Jill nunca antes había

probado, y le gustó mucho.

De súbito Barroquejón se volvió a ellos, y su cara se había puesto tan pálida que podías ver su palidez por debajo de lo barroso que era su cutis normalmente.

—No coman ni un pedazo más —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntaron los otros dos en un susurro.

—¿No escucharon lo que decían esos gigantes? “Es un buen trozo de venado tierno”, dijo uno. “Entonces ese ciervo era un mentiroso”, dijo otro. “¿Por qué?”, dijo el primero. “Bueno”, dijo el otro, “cuentan que cuando lo cazaron les dijo: no me maten, soy duro, no les voy a gustar”.

Al principio Jill no entendió todo el significado de esto, hasta que Scrubb dijo con los ojos desorbitados de horror:

—¡Hemos estado comiendo un ciervo que *habla*!

El descubrimiento no tuvo el mismo efecto en todos ellos. Jill, que era nueva en aquel mundo, se compadeció del pobre ciervo y pensó que era muy mal hecho que los gigantes lo hubieran matado. Scrubb, que había estado antes en ese mundo y que era muy amigo de al menos una bestia que habla, se sintió horrorizado, como te sentirías ante un asesinato. Pero Barroquejón, que era nacido en Narnia, se enfermó y se mareó, y se sintió como tú te sentirías si te hubieras comido un niño.

—Nos hemos echado encima la furia de Aslan —dijo—. Es lo que pasa por no hacer caso de las Señales. Supongo que nos ha caído una maldición. Si estuviera permitido, lo mejor que pudiéramos hacer es tomar esos cuchillos y clavarlos en nuestros propios corazones.

Y poco a poco, hasta Jill llegó a ver las cosas desde su punto de vista. En todo caso, ninguno quería más almuerzo. Y en cuanto les pareció prudente, salieron del salón lentamente y en silencio.

Se acercaba esa hora del día de la que dependían sus esperanzas de escapar, y se pusieron muy nerviosos. Vagaban por los pasillos esperando que todo estuviera tranquilo. Los gigantes del salón hicieron una atrozmente larga sobremesa después de terminar su comida. El calvo estaba contando una historia. Cuando acabó, los tres viajeros se fueron muy despacio hasta la cocina. Pero allí aún estaba lleno de gigantes, por lo menos en el fregadero, lavando y guardando las cosas. Fue una agonía esperar hasta que terminaran su trabajo y, uno a uno, se secaran las manos y se fueran. Por último sólo quedó una giganta anciana en la pieza. Se daba vueltas sin hacer nada especial y, finalmente, los tres viajeros se dieron cuenta con horror de que ella

no pretendía siquiera irse.

—Bueno, queridos —les dijo—. Ese trabajo está casi listo. Pongamos la tetera y haremos una rica taza de té. Ahora me puedo tomar un descansito. Miren en el fregadero, como buenos niñitos, y díganme si la puerta de atrás está abierta.

—Sí, está abierta —dijo Scrubb.

—Así está bien. Siempre la dejo abierta para que el gatito pueda entrar y salir, pobrecito.

Y se sentó en una silla y puso los pies en otra.

—No sé si podré echar una siestecita —dijo la giganta—. Ojalá que esos malditos cazadores no regresen demasiado pronto.
Se les subió el ánimo al oírla hablar de una siestecita y se les fue al suelo otra vez cuando ella mencionó el regreso de la cacería.

—¿Cuándo vuelven habitualmente? —preguntó Jill.

—Nunca se puede saber —respondió la giganta—. Pero ya, váyanse y quédense tranquilos un ratito, mis queridos niños.
Se retiraron al fondo de la cocina y se hubieran escapado hacia el fregadero en ese mismo instante si la giganta no se hubiera sentado, abriendo los ojos para espantar una mosca.

—No tratemos de hacerlo hasta estar seguros de que ella está realmente dormida —susurró Barroquejón—. O lo echaremos todo a perder.

Así que se apiñaron en una esquina de la cocina, esperando y observando. Era terrible pensar que los cazadores pudieran volver en cualquier momento. Y la giganta no se quedaba quieta. Cada vez que creían que ya dormía profundamente, se movía.

“No puedo soportarlo”, pensó Jill. Para distraer su mente, empezó a mirar a su alrededor. Justo frente a ella había una mesa ancha, muy limpia, sobre ella dos limpios platos de torta, y un libro abierto. Eran platos de torta gigantescos, por supuesto. Jill pensó que podía tenderse cómodamente en uno de ellos. Luego se trepó al banco que había al lado de la mesa para mirar el libro. Y leyó.

> PATO SALVAJE. Esta deliciosa ave puede ser cocinada de diversas maneras.

“Es un libro de cocina”, pensó Jill sin mucho interés, y echó una mirada por encima del hombro. La giganta tenía los ojos cerrados, pero no

parecía estar suficientemente dormida. Jill volvió a ojear el libro. Estaba por orden alfabético, y al mirar más arriba, su corazón casi dejó de latir. Decía:

> HOMBRE. Este elegante y pequeño bípedo ha sido siempre considerado como una exquisitez. Es parte tradicional del banquete de otoño y se sirve entre el pescado y el asado. Se toma un hombre y...

Pero no soportó seguir leyendo más. Se dio vuelta. La giganta había despertado y tenía un acceso de tos. Jill dio un codazo a los otros dos y señaló el libro. Ellos se subieron también al banco y se inclinaron sobre las inmensas páginas. Scrubb todavía estaba leyendo cómo cocinar hombres, cuando Barroquejón le mostró la anotación que había más abajo. Decía así:

> RENACUAJO DE LOS PANTANOS. Algunas autoridades rechazan absolutamente este animal por no ser adecuado al consumo de gigantes a causa de su consistencia viscosa y su sabor a barro. Sin embargo, el sabor puede ser suavizado en gran parte si...

Jill tocó sus pies y los de Scrubb suavemente. Los tres se volvieron para mirar a la giganta. Tenía la boca ligeramente abierta y de su nariz venía un sonido que en ese momento les pareció más precioso que cualquiera música: ella estaba roncando. Y ahora fue cuestión de irse en puntillas, sin atreverse a andar muy rápido, respirando apenas, y salir por el fregadero (¡qué mal huelen los fregaderos de los gigantes!) hasta estar fuera por fin, bajo la pálida resolana de una tarde invernal.

Estaban en lo alto de un escarpado sendero que bajaba en pendiente. Y, gracias al cielo, habían salido del castillo por el lado correcto: la ciudad en ruinas estaba a la vista. En unos pocos minutos estuvieron nuevamente en el ancho camino empinado que bajaba desde la puerta principal. Pero por ese costado los podían ver perfectamente desde todas las ventanas. Si hubiesen sido una o dos o cinco ventanas, tendrían alguna posibilidad de que nadie estuviera, en ese preciso instante, mirando hacia afuera. Pero eran cincuenta y no cinco. Se dieron cuenta, además, de que ese camino —y en realidad todo el trecho entre ellos y la ciudad en ruinas— no ofrecía el menor refugio ni para esconder a un zorro; era puro pasto duro, guijarros y piedras lisas. Para peor de males, los niños vestían los trajes que les habían dado los gigantes la noche anterior. A Barroquejón nada le había quedado bien. Jill iba con un vestido color verde fuerte que le quedaba sumamente largo, y encima un manto escarlata bordeado de piel blanca. Scrubb llevaba calcetines color escarlata, túnica y capa azul, una espada con empuñadura de oro y gorra con plumas.

—Lindos trocitos de color son ustedes dos —murmuró Barroquejón—. Se destacan estupendamente en un día de invierno. Ni el peor arquero del

mundo podría errarles a cualquiera de los dos si están a tiro. Y hablando de arqueros, vamos a lamentar muy pronto no tener nuestros arcos, no me extrañaría nada. Un poco delgada, también, esa ropa de ustedes, ¿no?

—Sí, ya me estoy congelando —dijo Jill.

Unos pocos minutos antes, mientras estaban en la cocina, Jill creía que si lograban siquiera salir del castillo su fuga sería casi un éxito. Ahora comprendía que aún tenían por delante la parte más peligrosa.

—Despacio, despacio —dijo Barroquejón—. No miren para atrás. No caminen tan rápido. No vayan a correr. Que parezca que estamos simplemente dando un paseo y, entonces, si alguien nos ve, es posible que no sospeche nada. En el instante en que parezca que vamos huyendo, estaremos perdidos.

La distancia hasta la ciudad en ruinas era mucho más larga de lo que Jill hubiera creído. Pero poco a poco la fueron recorriendo. De pronto se escuchó un ruido. Los otros dos se quedaron sin respiración. Jill, que no sabía qué era, preguntó:

—¿Qué fue eso?

—Cuerno de caza —susurró Scrubb.

—Pero no corran, ni siquiera ahora —dijo Barroquejón—. No corran hasta que yo dé la orden.

Esta vez Jill no pudo dejar de echar una mirada rápida por sobre el hombro. Tras ellos, a unos ochocientos metros de distancia a la izquierda, se veía regresar a los cazadores.

Siguieron caminando. Súbitamente estalló un gran clamor de voces de los gigantes azuzando a sus perros.

—Nos han visto. Corran —dijo Barroquejón.

Jill se arremangó sus largas faldas, horribles para correr con ellas puestas, y corrió. El peligro era indudable ahora. Podía oír la música de la cacería. Podía oír la voz del Rey.

—¡Persíganlos, persíganlos, o no tendremos pastel de hombre mañana! —vociferaba.

Jill iba al último, muy incómoda con su vestido, resbalando en las piedras sueltas, con el pelo que se le metía en la boca y sintiendo continuos dolores en el pecho. Los perros de caza estaban cada vez más cerca. Ahora

tenía que correr cuesta arriba, subiendo la pedregosa pendiente que llevaba al peldaño más bajo de la escalera gigante. No tenía idea de qué harían cuando llegaran allí, ni si estarían mejor si es que lograban alcanzar la cumbre. Pero no pensaba en eso. Se sentía como un animal perseguido; mientras tuviera la jauría tras ella, debía correr sin parar.

El Renacuajo del Pantano iba adelante. Al llegar al escalón más bajo se detuvo, miró un poco a la derecha y de súbito se lanzó por un pequeño agujero o grieta que había en el fondo. Sus largas piernas, que desaparecieron adentro, semejaban enormemente las de una araña. Scrubb vaciló y luego desapareció detrás de él. Jill, sin aliento y tambaleándose, llegó al lugar un minuto más tarde. Era un agujero bien poco atractivo: una hendidura entre la tierra y la piedra de cerca de un metro de largo y no más de treinta centímetros de ancho. Tenías que tirarte de bruces y arrastrarte hacia adentro. No lo podías hacer con mucha rapidez tampoco. Jill estaba segura de que tendría los dientes de un perro pegados a sus talones antes de que lograra entrar.

—Rápido, rápido. Piedras. Rellenen la abertura —la voz de Barroquejón se escuchó en la oscuridad, al lado de ella.

Estaba oscuro como boca de lobo allí, salvo la luz gris que se filtraba a través de la grieta por donde habían entrado. Los otros dos trabajaban duro. Jill podía ver las pequeñas manos de Scrubb y las manos de rana del Renacuajo, negras contra la luz, esforzándose con desesperación en apilar piedras. De pronto comprendió lo importante que era y comenzó ella también a buscar a tientas las piedras y a pasárselas a los otros. Antes de que los perros empezaran a ladrar y a aullar a la entrada de la cueva, ya la tenían bastante tapada; claro que ahora no había ni una gota de luz.

—Vamos más adentro, rápido —dijo la voz de Barroquejón.

—Tomémonos de las manos —sugirió Jill.

—Buena idea —dijo Scrubb.

Pero se demoraron un buen rato en encontrar las manos unos de otros en la oscuridad. En ese momento los perros olfateaban al otro lado de la barrera.

—Veamos si podemos ponernos de pie —propuso Scrubb.

Lo hicieron y comprobaron que podían. Luego, Barroquejón, tomando la mano de Scrubb que venía tras él, y Scrubb la de Jill que le seguía (y que deseaba ardientemente ser la del medio del grupo y no la última), principiaron a avanzar tanteando el camino con los pies y dando tropezones en medio de las tinieblas. Bajo sus pies sólo había piedras sueltas.

Barroquejón se encontró ante una muralla de rocas. Doblaron un poco a la derecha y continuaron. Hubo muchas más vueltas y curvas. Jill había perdido totalmente el sentido de orientación y no tenía idea de dónde estaba la boca de la cueva.

—El asunto es —la voz de Barroquejón llegó desde la oscuridad allá adelante— decidir si no sería mejor, tomando en cuenta todas las cosas, regresar (si *podemos)* y darles a los gigantes un gusto en ese banquete de ellos en vez de perdernos en las entrañas de una colina donde, apuesto diez contra uno, debe haber dragones y hoyos profundos y gases y agua y... ¡Ay! ¡Suéltenme! Sálvense ustedes. Me...

Después, todo sucedió muy rápido. Hubo un grito salvaje, un chasquido, un ruido a polvo y cascajo, un rodar de piedras, y Jill comenzó a resbalar, resbalar, resbalar desesperadamente, y resbalar a cada instante más ligero por una pendiente que se hacía más y más escarpada. No era una cuesta lisa ni firme, sino una cuesta llena de piedras pequeñas y escombros. Incluso si hubieras podido ponerte de pie no te habría servido de nada. Cualquier pedacito de aquella pendiente en que apoyaras tu pie se deslizaría bajo tus pisadas y te acarrearía consigo. Pero Jill iba más bien tendida que parada. Y mientras más resbalaban, más revolvían las piedras y la tierra, haciendo que la avalancha general hacia abajo (incluyéndolos a ellos) fuera cada vez más rápida y ruidosa y polvorienta y sucia. Por los estridentes gritos y palabrotas de los otros dos, a Jill se le ocurrió la idea de que las piedras que ella iba soltando les estaban pegando bastante fuerte a Scrubb y a Barroquejón. Y ahora ella caía a toda velocidad, segura de que llegaría al fondo hecha pedazos.

Sin embargo, no sé por qué, ninguno se quebró. Eran una masa de magullones, y la pegajosa humedad que Jill sentía en su cara parecía ser sangre. Y toda esa mole de tierra suelta, guijarros y piedras más grandes, se había amontonado de tal manera a su alrededor (y parte encima de ella) que no podía levantarse. La oscuridad era tanta que daba lo mismo tener los ojos abiertos o cerrados. No había un ruido. Y fue ese el peor momento que Jill había pasado en su vida. ¿Y si estuviera sola...? ¿Y si los demás...? En eso sintió que algo se movía a su lado. Y luego los tres, con voces temblorosas, principiaron a explicar que parecía que ninguno tenía huesos quebrados.

—Nunca podremos volver a subir por allí —dijo la voz de Scrubb.

—¿Y se han dado cuenta del calor que hace aquí? —dijo la voz de Barroquejón—. Quiere decir que estamos a gran profundidad. Debemos estar a unos mil quinientos metros.

Nadie dijo nada. Un rato después Barroquejón agregó:

—Se me perdió el yesquero. Después de otra larga pausa, Jill dijo: —

Tengo una sed terrible.

Nadie sugirió algo que hacer. Era tan obvio que no había nada que hacer. Por ahora no lo encontraban tan sumamente grave como uno lo hubiera imaginado; pero era porque estaban muy cansados.

Mucho, mucho más tarde, sin el menor aviso, se escuchó una voz absolutamente desconocida. Supieron de inmediato que no era esa única voz en todo el mundo que cada uno esperaba secretamente oír: la voz de Aslan. Era una voz sombría, monótona, casi diría, si entiendes a qué me refiero, una voz negra como el carbón.

—¿Qué hacen aquí, criaturas del Mundo de Encima? —dijo la voz.

X
VIAJES SIN VER EL SOL

—¿Quién está allí? —gritaron los tres viajeros.

—Soy el guardián de las fronteras de Bajotierra, y tengo conmigo a cien terrígeros armados —fue la respuesta—. Díganme rápidamente quiénes son y qué les trae al Reino de las Profundidades.

—Nos caímos por casualidad —dijo Barroquejón, lo que era muy cierto.

—Muchos caen y pocos vuelven a las tierras soleadas —dijo la voz—, Y ahora, prepárense para venir conmigo ante la Reina del Reino de las Profundidades.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Scrubb, con cautela.

—No lo sé —repuso la voz—. Su voluntad no se cuestiona sino que se obedece.

Mientras decía estas palabras se sintió un ruido semejante a una débil explosión e inmediatamente una fría luz gris y un poco azulada inundó la caverna. Al instante se desvaneció toda esperanza de que el que hablaba hubiera estado fanfarroneando inútilmente. Jill se encontró de pronto parpadeando y mirando asombrada a una densa multitud. Los había de todos tamaños, desde pequeños gnomos de apenas treinta centímetros de alto hasta imponentes personajes más altos que un hombre. Todos llevaban lanzas de tres dientes en sus manos, y todos eran terriblemente pálidos, y permanecían inmóviles como estatuas. Aparte de eso, eran todos muy distintos, algunos tenían cola y otros no, algunos usaban enormes barbas y otros tenían caras muy redondas y lampiñas, grandes como un zapallo. Había narices largas y puntiagudas, y narices largas y blandas como pequeñas trompas, y grandes narices rojas. Muchos tenían un solo cuerno en medio de la frente. Pero en algo eran todos iguales: no te puedes imaginar rostros más tristes que los de aquellas cien criaturas. Tan tristes que, a la primera mirada, Jill casi se olvidó de tenerles miedo. Sintió ganas de alegrarlos un poco.

—¡Caramba! —dijo Barroquejón, sobándose las manos—. Esto es justo lo que yo necesitaba. Si estos tipos no me enseñan a tomar la vida en serio, no sé quién lo hará. Mira ese con el bigote de foca... Y ese otro con...

—Levántense —dijo el jefe de los terrígeros.

No había nada más que hacer. Ayudándose dificultosamente con brazos y rodillas, los tres viajeros lograron ponerse de pie, y se tomaron de la

mano. Uno necesita sentir la mano de un amigo en un momento así. Y los terrígeros se agruparon a su alrededor, pisando silenciosamente con sus grandes pies suaves, algunos con diez dedos, otros con doce, otros con ninguno.

—Marchen —ordenó el guardián—; y marcharon.

La fría luz provenía de una gran esfera colocada en lo alto de un palo largo que portaban los gnomos más altos encabezando la procesión. Gracias a sus lúgubres rayos pudieron darse cuenta de que estaban en una caverna natural; las salientes, recovecos y hendiduras de las murallas y del techo dibujaban miles de fantásticas formas, y el pedregoso suelo acentuaba su declive a medida que avanzaban. Para Jill esto era mucho peor que para los demás, porque ella odiaba los lugares oscuros y subterráneos. Y cuando, mientras seguían adelante, la cueva se volvía más baja y estrecha, y cuando por fin el que llevaba la luz se hizo a un lado, y los gnomos se inclinaron (todos, excepto los muy menudos) y entraron por una pequeña grieta oscura y desaparecieron, Jill sintió que no podía soportar más.

—¡No puedo entrar ahí, no puedo, no puedo! ¡No entraré! —jadeó.

Los terrígeros no dijeron nada, pero todos bajaron sus lanzas y las apuntaron contra ella.

—Tranquila, Pole —dijo Barroquejón—. Esos tipos grandotes no se meterían ahí si después esa cueva no se ensanchara. Y lo bueno de estar en este subterráneo es que no tendremos lluvia.

—Es que tú no entiendes. ¡Yo no puedo! —gimió Jill.

—Piensa cómo me sentí *yo* en aquel acantilado, Pole —dijo Scrubb—. Pasa tú primero, Barroquejón, y yo iré detrás de ella.

—Eso es —dijo el Renacuajo del Pantano, bajando a gatas—. Agárrate de mis talones, Pole, y Scrubb se tomará de los tuyos, y todos estaremos así más cómodos.

—¡Cómodos! —exclamó Jill.

Pero bajó y todos se arrastraron hacia adentro empujándose con los codos. El lugar era espantoso. Tenías que ir con la cara pegada contra el suelo por cerca de media hora, según les pareció a ellos, aunque deben haber sido sólo cinco minutos. Hacía calor. Jill sintió que se asfixiaba. Pero por fin asomó una luz pálida adelante; el túnel se ensanchaba, y salieron, todos sucios, acalorados y temblorosos, a una cueva tan espaciosa que casi no parecía cueva.

Estaba llena de un débil y soñoliento resplandor, de modo que aquí no se necesitaba el extraño farol de los terrígeros. Una especie de musgo ablandaba el suelo, de donde crecían numerosos y curiosos bultos con ramas y altos como árboles, pero fofos como los hongos. Estaban demasiado distanciados como para formar un bosque; se asemejaba más bien a un parque. La luz (de color gris verdoso) parecía brotar tanto de ellos como del musgo y no era tan potente como para alcanzar el techo de la cueva, que debía estar muy arriba. Los hicieron marchar ahora a través de aquel lugar suave, blando, soporífero. Era muy triste, pero con una cierta serena tristeza, como una música suave.

Pasaron delante de docenas de animales muy raros echados sobre el pasto, muertos o dormidos, Jill no supo bien. La mayoría eran una especie de dragones o murciélagos; Barroquejón tampoco supo qué era ninguno de ellos.

—¿Se crían aquí? —preguntó Scrubb al guardián. Este pareció muy sorprendido de que le hablaran, pero respondió:

—No. Todas son bestias que, de alguna manera, encontraron su camino bajando por abismos y cuevas desde Sobretierra hasta el Reino de las Profundidades. Muchos bajan y pocos retornan a las tierras soleadas. Se dice que despertarán al fin del mundo.

Su boca se cerró como una caja cuando hubo dicho esto, y en el gran silencio de esa cueva los niños tuvieron la impresión de que no se atreverían a volver a hablar. Los pies descalzos de los gnomos, pisando suavemente el espeso musgo, no hacían el menor ruido. No había viento, no había pájaros, no había ruido de agua. No se escuchaba respirar a esos extraños animales.

Después de andar varios metros llegaron ante un muro de roca con una arcada baja que daba a otra caverna. Sin embargo, no era tan mala como la última entrada y Jill pudo pasar sin bajar la cabeza. Estaban ahora en una cueva más pequeña, larga y angosta, más o menos de la forma y tamaño de una catedral. Allí, llenando casi todo el largo de la cueva, yacía un hombre enorme, profundamente dormido. Era lejos más grande que cualquiera de los gigantes, y su cara no parecía la de un gigante, sino que era noble y hermosa. Su pecho subía y bajaba pausadamente bajo la barba blanca como la nieve que lo cubría hasta la cintura. Una plateada luz muy pura (ninguno pudo ver de dónde salía) caía sobre su cuerpo.

—¿Quién es ese? —preguntó Barroquejón. Y hacía tanto rato que nadie hablaba que Jill se admiró de que hubiera tenido el valor de hacerlo.

—Es el viejo Padre Tiempo, que una vez fue rey en Sobretierra —contestó el guardián—. Y ahora se ha hundido en el Reino de las Profundidades y ahí yace, soñando con todo lo que hacía en el Mundo de Más

Arriba. Muchos se hunden y pocos regresan a las tierras soleadas. Dicen que despertará al fin del mundo.

Saliendo de esa cueva pasaron a otra, y luego a otra y a otra, y así hasta que Jill perdió la cuenta, pero siempre iban descendiendo y cada cueva era más baja que la anterior, hasta que el solo pensar en el peso y en la profundidad de la tierra que tenías encima, te sofocaba. Por fin llegaron a un sitio donde el guardián ordenó que encendieran de nuevo su melancólico farol. Luego entraron en una caverna tan extensa y sombría que lo único que pudieron ver, justo frente a ellos, fue una franja de arena pálida que bajaba hacia un agua estancada. Y allí, junto a un pequeño malecón, fondeaba un barco sin mástil ni velas, pero con muchos remos. Los hicieron subir a bordo y los condujeron a proa, donde había un amplio espacio frente a las bancas de los remeros y un asiento alrededor de la borda.

—Hay algo que quisiera saber —dijo Barroquejón—. ¿Habrá alguien de nuestro mundo, de allá arriba quiero decir, que haya hecho este viaje antes que nosotros?

—Muchos se hicieron al mar en las playas pálidas —repuso el guardián— y...

—Sí, ya sé —interrumpió Barroquejón—. *Y pocos regresaron a las tierras soleadas.* Eres un tipo de ideas fijas, ¿no es así?

Los niños se apretaron uno a cada lado de Barroquejón. Lo habían tomado por un aguafiestas cuando estaban todavía allá arriba, pero acá abajo parecía que era lo único consolador que tenían. Después, los terrígeros colgaron el pálido farol en medio del barco, se sentaron a los remos y la nave comenzó a moverse. La luz del farol iluminaba sólo un cortísimo trecho. Mirando hacia adelante, veían únicamente el agua tersa y negra que se perdía en una oscuridad absoluta.

—Oh, ¿qué va a ser de nosotros? —dijo Jill, desesperada.

—No te desalientes ahora, Pole —dijo el Renacuajo del Pantano—. Hay algo que debes recordar: vamos nuevamente por el buen camino. Teníamos que llegar debajo de la ciudad en ruinas y *estamos* debajo. Empezamos otra vez a seguir las instrucciones.

Poco después les dieron de comer: unos pasteles de no sé qué, aplastados y fofos, sin gusto a nada. Y al rato se fueron quedando dormidos. Pero cuando despertaron todo era igual; los gnomos seguían remando, el barco seguía deslizándose silenciosamente y siempre esa profunda oscuridad al frente. Cuántas veces despertaron y se durmieron y comieron y volvieron a dormirse, nadie pudo recordarlo jamás. Y lo peor de todo era que empezabas a sentirte como si hubieras vivido siempre en ese barco, en esa oscuridad, y te

preguntabas si el sol y los cielos azules y el viento y las aves no serían sólo un sueño.

Ya se habían cansado de esperar o tener miedo de cualquier cosa, cuando por fin vieron luces más adelante; tristes luces, como las de su propio farol. Y, de súbito, una de aquellas luces se acercó y comprendieron que se estaban cruzando con otro barco. Después divisaron varios más. Forzando la vista hasta que les dolieron los ojos, lograron ver que algunas de las luces de más adelante iluminaban lo que parecía ser muelles, muros, torres y muchedumbres en movimiento. Y todavía no se escuchaba un solo ruido.

—¡Ah, flauta! —exclamó Scrubb—. ¡Una ciudad!

Y así era, como todos pudieron ver.

Mas era una ciudad bastante singular. Había tan pocas luces y estaban tan distanciadas que no servirían ni siquiera en las apartadas casas de campo allá en nuestro mundo. Pero esos pedacitos que las luces permitían vislumbrar eran como fragmentos de un gran puerto de mar. En un punto podías distinguir una gran cantidad de barcos cargando o descargando; en otro, fardos de materiales y bodegas; en un tercero, muros y pilares que evocaban grandes palacios o templos; y siempre, dondequiera que cayera la luz, interminables multitudes, cientos de terrígeros, dándose empellones mientras caminaban pisando con suavidad rumbo a sus quehaceres por calles estrechas, atravesando amplias plazas o subiendo imponentes escaleras. Su continuo movimiento producía un cierto ruido débil, susurrante, a medida que la nave se iba acercando más y más; pero no se escuchaba una canción ni un grito ni una campana ni el chirrido de una rueda en todo aquel lugar. La ciudad era tan silenciosa y casi tan oscura como el interior de un hormiguero.

Finalmente, el barco atracó en un muelle y allí lo amarraron. Llevaron a los tres viajeros a tierra y los hicieron marchar hasta la ciudad. Un gentío de terrígeros, todos distintos, se codeaban con ellos en las calles atestadas, y la triste luz caía sobre incontables rostros tristes y grotescos. Mas ninguno mostraba el menor interés en los extranjeros. Parecía que cada gnomo estaba tan atareado como triste, a pesar de que Jill nunca supo en qué estaban tan ocupados. Pero continuaba la actividad sin fin: los empujones, la precipitación y el silencioso vagabundear.

Por fin llegaron a lo que parecía ser un gran castillo, aunque sólo algunas de las ventanas tenían luz. Los hicieron entrar, cruzar un patio y subir varias escaleras, hasta desembocar en una enorme habitación lóbregamente iluminada. Pero en un rincón —¡oh dicha!— había un vestíbulo lleno de una luz muy diferente: la honesta, amarillenta, cálida luz de una lámpara como las que usamos los humanos. Lo que dejaba ver la luz de ese vestíbulo era el pie de una escalera que se perdía hacia lo alto entre paredes de piedra. La luz parecía venir de arriba. Parados a cada lado del vestíbulo había dos

terrígeros, posiblemente centinelas o lacayos.

El guardián se dirigió hacia ellos y les dijo, como si fuera un santo y seña:

—Muchos se hunden en el Mundo Subterráneo.

—Y pocos regresan a las tierras soleadas —respondieron ellos, como si fuera la contraseña.

Entonces los tres, juntando sus cabezas, se pusieron a conversar. Por fin uno de los gnomos sirvientes dijo:

—Sé que su Majestad la Reina ha salido de aquí, a su gran aventura. Es mejor que mantengamos bajo estricta vigilancia a estos tres habitantes de arriba hasta su retorno. Pocos regresan a las tierras soleadas.

En ese momento la conversación fue interrumpida por algo que a Jill le pareció el sonido más delicioso del mundo. Venía de arriba, del extremo de la escalera; y era una clara y resonante voz perfectamente humana: la voz de un joven.

—¿Qué tumulto tienen allá abajo, Mulugúderun? —gritó—. ¡Ah, gente de Sobretierra! Tráiganmelos de inmediato.

—¿Quisiera su Alteza recordar...? —comenzó Mulugúderun, pero la voz lo cortó en seco.

—Mi Alteza quiere antes que nada ser obedecido, viejo rezongón. Tráelos arriba —gritó.

Mulugúderun meneó la cabeza, hizo señas a los viajeros para que lo siguieran y principió a subir la escalera. A cada paso aumentaba la luminosidad. Suntuosos tapices colgaban de las paredes. La luz de la lámpara brillaba dorada a través de las delgadas cortinas al final de la escalera. Los terrígeros corrieron las cortinas y se quedaron a un lado. Los tres entraron y se encontraron en una hermosa habitación, adornada con una magnífica tapicería; había un fuego chisporroteando en el limpio hogar, y vino tinto y cristal cortado relucían sobre la mesa. Un joven de cabello claro se levantó para recibirlos. Era buenmozo y tenía un aire atrevido y bondadoso a la vez, a pesar de que había algo raro en su cara. Vestía de negro y, por su aspecto, se parecía un poquito a Hamlet.

—¡Bienvenidos, habitantes de arriba! —gritó—. Pero quédense un momento, ¡Por piedad! Los he visto antes a ustedes dos, gentiles niños, y a éste, su extraño guía. ¿No fueron ustedes tres a quienes conocí junto al puente en las fronteras del Páramo de Ettins cuando cabalgaba al lado de mi

Señora?

—Oh... ¿tú eres el Caballero de Negro que no hablaba? —exclamó Jill.

—¿Y esa señora era la Reina de Bajotierra? —preguntó Barroquejón, con tono muy poco cordial.

Y Scrubb, que estaba pensando lo mismo, gritó violentamente:

—Porque si era ella, creo que fue sumamente malvada al mandarnos a un castillo de gigantes que pretendían comernos. Me gustaría saber qué mal le hemos hecho a ella nosotros.

—¿Cómo? —dijo el Caballero Negro, frunciendo el ceño—. Si no fueras un guerrero tan joven, niño, nos habríamos batido a muerte tú y yo en esta disputa. No acepto oír palabras en contra del honor de mi Señora. Pero ten por seguro que lo que te haya dicho, lo dijo con buena intención. No la conoces. Ella es un ramillete de virtudes, de veracidad, de compasión, de constancia, de bondad, de valor, y todo lo demás. Yo bien lo sé. Solamente su amabilidad conmigo, que no tengo con qué retribuir, constituiría una historia admirable. Pero de ahora en adelante la conocerán y la amarán. Mientras tanto, ¿qué han venido a hacer al Reino de las Profundidades?

Y antes de que Barroquejón pudiera pararla, Jill dejó escapar estas palabras:

—Por favor, estamos tratando de encontrar al Príncipe Rilian de Narnia.

Y entonces se dio cuenta del terrible riesgo que corría; esta persona bien podía ser un enemigo. Pero el Caballero no demostró interés.

—¿Rilian? ¿Narnia? —dijo despreocupadamente—. ¿Narnia? ¿Qué país es ése? Nunca oí ese nombre. Debe estar a miles de leguas de los lugares de Sobretierra que yo conozco. Pero fue una extraña fantasía la que los trajo a buscar a ese ¿cómo se llama? ¿Bilian, Trilian? en el reino de mi Señora. En verdad, que yo sepa, ese hombre no está aquí.

Se rió muy fuerte y Jill pensó para sí: "¿Será *eso* lo raro que hay en su cara? ¿Será un poco tonto?"

—Nos dijeron que buscáramos un mensaje en las piedras de la ciudad en ruinas —dijo Scrubb—. Y vimos las palabras DEBAJO DE MI.

El Caballero se rió aún con más ganas que antes.

—Los engañaron —dijo—. Esas palabras no tienen ningún significado para el propósito de ustedes. Mejor hubiera sido que le hubieran preguntado a mi Señora. Ella les habría dado el mejor consejo. Pues esas palabras son todo lo que queda de una larga inscripción que en tiempos antiguos, como ella recuerda muy bien, expresaba estos versos:

Aunque bajo Tierra y sin trono ahora me vi
Mas, mientras viví, toda Tierra estaba debajo de mí

Por lo cual está clarísimo que algún gran rey de los antiguos gigantes, que está enterrado ahí, hizo que se grabara esa fanfarronada en las piedras que cubren su sepulcro; aunque al quebrarse algunas piedras y al llevar otras para las nuevas construcciones, han quedado solamente tres palabras que todavía se pueden leer. ¿No es el chiste más divertido del mundo que ustedes hayan pensado que lo habían escrito para ustedes?

Fue como un balde de agua fría para Scrubb y Jill, pues les pareció muy posible que las palabras no tuvieran absolutamente nada que ver con su búsqueda, y que los hubiera llevado hasta allá una simple casualidad.

—No se preocupen —dijo Barroquejón—. *No existen* las casualidades. Es Aslan quien nos guía; y él estaba allí cuando el rey gigante mandó esculpir las letras, y ya sabía todo lo que sucedería después; incluyendo *esto.*

—Este guía tuyo debe ser un viejo vividor, amigo mío —dijo el Caballero con otra de sus risotadas.

Jill empezaba a encontrarlo un poco pesado.

—Y a mí me parece, señor —replicó Barroquejón—, que esa Señora tuya debe ser una vieja vividora también, si recuerda los versos tal como los esculpieron.

—Muy astuto, Cara de Rana —dijo el Caballero, palmoteando a Barroquejón en el hombro y riendo otra vez—. Y le acertaste a la verdad. Ella es de estirpe divina, y no conoce la edad ni la muerte. Yo le estoy muy agradecido por su infinita generosidad con un pobre desgraciado mortal como yo. Porque han de saber, señores, que soy un hombre víctima de los más extraños sufrimientos, y nadie más que su Majestad la Reina habría tenido paciencia conmigo. ¿Paciencia, dije? Pero, si va mucho más allá que eso. Ella me ha prometido un gran reino en Sobretierra, y cuando sea rey, su graciosa mano en matrimonio. Pero la historia es demasiado larga para que ustedes la escuchen en ayunas y de pie. ¡Eh, alguno de ustedes allá afuera! Traigan para mis huéspedes el vino y la comida que agradan a los habitantes de arriba. Por favor, siéntense caballeros. Pequeña doncella, siéntate en esa silla. Van a escuchar toda la historia.

XI
EN EL CASTILLO TENEBROSO

Cuando trajeron la comida (que era pastel de pichón, jamón frío, ensalada y bizcochos), acercaron sus sillas a la mesa y empezaron a comer. El Caballero continuó:

—Ustedes deben entender, amigos, que yo no sé nada de quién fui ni de cuándo vine a este mundo sombrío. No recuerdo haber vivido en otra parte fuera de la corte de esta tan celestial Reina; pero creo que ella me salvó de algún maligno encantamiento y me trajo hasta aquí por su excesiva generosidad. (Honrado Cara de Rana, tu copa está vacía. Permíteme que te la vuelva a llenar). Y esto me parece lo más posible, pues aún ahora estoy ligado a un hechizo, del cual sólo mi Señora puede liberarme. Todas las noches llega una hora en que mi mente sufre un horrible cambio, y, tras la mente, todo mi cuerpo. Al principio me pongo furioso y violento y me abalanzaría contra mis mejores amigos para asesinarlos, si no estuviera atado. Y al minuto después, tomo la apariencia de una enorme serpiente, hambrienta, feroz y mortal. (Señor, por favor, sírvete otra pechuga de pichón, te lo ruego). Así me han dicho, y seguramente dicen la verdad, ya que mi Señora dice lo mismo. Yo no sé nada de eso, porque cuando pasa mi hora, despierto olvidando todo aquel ruin arrebato y con mi mismo aspecto y mi mente sana, salvo que muy fatigado. (Damita, come uno de esos bizcochos de miel que traen para mí desde alguna tierra de bárbaros en el lejano sur del mundo). Ahora su Majestad la Reina sabe, por sus artes, que me veré libre de este hechizo una vez que ella me haya hecho rey de una tierra en el Mundo de Encima y haya puesto su corona sobre mi cabeza. La tierra ya está elegida, así como el lugar exacto para nuestra evasión. Sus terrígeros han trabajado día y noche cavando un camino por debajo y ya han ido tan lejos y a tal altura que han hecho un túnel de una veintena de metros justo debajo del pasto sobre el que caminan los habitantes de ese país de arriba. Y dentro de muy poco se cumplirá el sino de esos montañeses. La Reina ha ido esta noche a las excavaciones, y yo espero un mensaje para acudir a su lado. Entonces el delgado techo de tierra que todavía me mantiene alejado de mi reino se abrirá, y con ella como guía y mil terrígeros a mis espaldas, cabalgaré hacia adelante en armas, caeré sorpresivamente sobre mis enemigos, mataré a sus jefes, derribaré sus plazas fuertes y, sin duda, seré coronado rey dentro de cuatro y veinte horas.

—*Ellos* tienen harta mala suerte, ¿no? —dijo Scrubb.

—¡Sois un muchacho de un ingenio maravilloso y muy ágil! —exclamó el Caballero—. Pues, por mi honor, nunca había pensado en eso antes. Entiendo lo que quieres decir.

Por unos instantes pareció ligeramente, muy ligeramente,

perturbado; pero pronto su cara se iluminó y rompió en otra de sus carcajadas.

—¡Pero qué vergüenza tanta gravedad! ¡Es la cosa más cómica y ridícula del mundo pensar en todos ellos yendo a sus trabajos, sin soñar que bajo sus pacíficos campos y suelos, sólo unas brazas más abajo, hay todo un ejército listo para irrumpir allí y caerles encima como un manantial! ¡Y pensar que no se lo han sospechado nunca! ¡Pero si ellos mismos, una vez pasado el primer escozor de su derrota, no tendrán otra alternativa que reírse de todo esto!

—No lo encuentro nada de divertido —dijo Jill—. Creo que vas a ser un perverso tirano.

—¿Qué? —dijo el Caballero, riendo todavía y haciéndole cariño en la cabeza de una manera exasperante—. ¿Nuestra damita es una astuta política? Pero no temas, mi amor. Cuando gobierne esa tierra, haré todo lo que me aconseje mi Señora, que entonces será además mi Reina. Su palabra será mi ley, igual que mi palabra será ley para el pueblo que habremos conquistado.

—Allá de donde yo vengo —dijo Jill, a quien por minutos le desagradaba más el Caballero— no hay muy buena opinión de los hombres que se dejan mandar por sus esposas.

—Pensarás distinto cuando tú misma tengas tu propio hombre, te lo garantizo —repuso el Caballero, pensando aparentemente que esto era muy gracioso—. Pero con mi Señora el asunto es diferente. Yo estoy muy contento de vivir siguiendo sus consejos, que ya me han salvado de miles de peligros. Ninguna madre se ha tomado mayores molestias por su hijo con tanta ternura como su gracia la Reina ha hecho por mí. Vean cómo, en medio de todas sus preocupaciones y trabajos, ha salido conmigo afuera, a Sobretierra para que mis ojos se acostumbren a la luz del sol. Debo ir con toda mi armadura y con la visera bajada, a fin de que ningún hombre pueda ver mi cara, y no puedo hablar con nadie. Pues ella ha sabido por medio de sus artes mágicas que esto dificultaría mi liberación del cruel hechizo que pese sobre mí. ¿No es una dama que merece toda la adoración de un hombre?

—Pareciera ser una dama muy gentil, en realidad —dijo Barroquejón, con una voz que daba a entender exactamente lo contrario.

Antes de que terminara la cena, ya estaban mortalmente cansados con la conversación del Caballero. Barroquejón pensaba: “Me pregunto cuál es el verdadero juego que se trae esa bruja con este joven tonto”. Scrubb pensaba: “Es un niñito grande, realmente: pegado a las faldas de esa mujer; es un estúpido”. Y Jill pensaba: “Es un grosero, tonto, presumido y egoísta como no he visto en mucho tiempo”. Pero cuando terminó la comida, el humor del Caballero había cambiado. Ya no hubo más risas.

—Amigos —dijo—. Mi hora está muy cerca. Me avergüenzo de que me vean, pero me horroriza que me dejen solo. Van a entrar y me amarrarán de manos y pies a aquella silla. ¡Ay de mí! Pero así tiene que ser, porque en mi furia, según me han dicho, podría destruir todo lo que esté a mi alcance.

—Mira —dijo Scrubb—. Siento muchísimo lo de tu encantamiento, claro, pero ¿qué nos harán a *nosotros* esos tipos cuando vengan a amarrarte? Dijeron que nos meterían en prisión. Y no nos gustan mucho esos lugares tan oscuros. Preferimos quedarnos aquí hasta que tú estés... mejor... si es que podemos.

—Bien pensado —respondió el Caballero—. Es costumbre que nadie más que la Reina se quede conmigo en mi hora de maldad. Es tal su tierna preocupación por mi honor que no podría soportar que otros oídos fuera de los suyos escucharan las palabras que profiero en mi frenesí. Pero no será fácil persuadir a mis gnomos sirvientes de que ustedes deben permanecer conmigo. Y parece que ya oigo sus pasos suaves por las escaleras. Crucen aquella puerta, que lleva a mis otros aposentos. Allí esperen mi regreso después de que ellos me desaten; o bien, si lo prefieren, vuelvan y quédense conmigo en mis desvaríos.

Siguieron sus instrucciones y salieron de la habitación por una puerta que no habían visto todavía abierta. Llegaron, para su gran alegría, no a la oscuridad sino a un iluminado corredor. Ensayaron varias puertas y encontraron (lo que necesitaban muy urgentemente) agua para lavarse e incluso un espejo.

—Nunca nos ofreció donde lavarnos antes de la cena —dijo Jill, secándose cara—. Grosero, egoísta, egocéntrico.

—¿Vamos a regresar para presenciar el hechizo, o nos quedaremos aquí? —preguntó Scrubb.

—Voto porque nos quedemos aquí —dijo Jill—. Prefiero no verlo. Pero sentía un poco de curiosidad, de todos modos. —No, regresemos —dijo Barroquejón—. Puede que recojamos alguna información, y necesitamos echar mano de todo lo que podamos lograr. Estoy convencido de que esa Reina es una bruja, y nuestra enemiga. Y esos terrígeros nos darán un buen golpe en la cabeza en cuanto nos vean. Hay un fuerte olor a peligro y a mentiras y a magia y a traición en esta tierra, como no he olido nunca antes. Tenemos que tener ojos y oídos abiertos.

Volvieron al corredor y empujaron suavemente la puerta abierta. “Todo está bien”, dijo Scrubb, lo que significaba que no se veía ningún terrígero cerca. Entonces regresaron a la habitación donde habían cenado.

Esta vez la puerta principal estaba cerrada, ocultando la cortina por donde habían entrado antes. El Caballero estaba sentado en una curiosa silla de plata, a la que estaba atado por los tobillos, las rodillas, los codos, las muñecas y la cintura. Le corría el sudor por la frente y su rostro mostraba una gran angustia.

—Pasen, amigos —dijo, lanzándoles una rápida mirada—. Todavía no he sufrido el ataque. No hagan ruido; le dije a ese chambelán entrometido que estaban acostados. Ahora... siento que ya viene. ¡Pronto! Escúchenme mientras aún tengo dominio sobre mí mismo. Cuando esté con el ataque, es posible que les ruegue y les implore, con súplicas y amenazas, que suelten mis ataduras. Dicen que así lo hago. Recurriré a lo que sea más sagrado y a lo que sea más horrible para ustedes. Pero no me escuchen. Endurezcan sus corazones y cierren sus oídos. Porque mientras esté atado ustedes estarán a salvo. Pero si me levanto de esta silla, primero vendrá mi furia, y después —se estremeció—, me convertiré en una repugnante serpiente.

—No temas que te desatemos —dijo Barroquejón—. No tenemos ningún deseo de encontrarnos con hombres frenéticos ni con serpientes.

—Claro que no —dijeron Scrubb y Jill al unísono.

—De todos modos —agregó Barroquejón en un susurro—, no estemos tan seguros.

Estemos en guardia. Hemos perdido las otras oportunidades, no lo olviden. No me extrañaría que él se pusiera muy astuto, cuando comience. ¿Podemos confiar en nosotros mismos? ¿Prometemos que diga lo que diga no tocaremos esas cuerdas? *¿Diga* lo que *diga?*

—¡Ya lo creo! —dijo Scrubb.

—No hay nada en el mundo que él pueda decir o hacer que me haga cambiar de opinión —dijo Jill.

—¡Silencio! Algo pasa —murmuró Barroquejón.

El Caballero estaba gimiendo. Su cara estaba pálida como la cera y se retorcía entre las cuerdas. Y acaso porque sentía lástima por él, o por alguna otra razón, Jill pensó que parecía un hombre mucho más agradable que antes.

—Ah —decía con voz quejumbrosa—. Hechizos, hechizos... la espesa, enmarañada, fría, pegajosa telaraña de la funesta magia. Enterrado vivo. Arrastrado bajo la tierra, en las profundidades de esta oscuridad negra como el hollín... ¿cuántos años hace ya? ¿He vivido diez años, o mil años, en el infierno? Rodeado de hombres gusanos. Oh, tengan piedad. Déjenme salir,

déjenme regresar. Déjenme sentir el viento y ver el cielo... Había un pequeño estanque. Cuando miraba en él podía ver que todos los árboles parecían crecer al revés en el agua, toda verde, y debajo de los árboles, al fondo, muy al fondo, el cielo azul.

Había hablado en voz baja; luego levantó la mirada, fijó en ellos sus ojos, y dijo con voz fuerte y clara:

—¡Rápido! Ahora estoy sano. Todas las noches estoy sano. Si pudiera salir de esta silla encantada, estaría sano para siempre. Sería un hombre de nuevo. Pero cada noche me amarran, y así se pierde mi oportunidad. Pero ustedes no son enemigos. Yo no soy vuestro prisionero. ¡Rápido! Corten estas cuerdas.

—¡Manténganse firmes! ¡Tranquilos! —dijo Barroquejón a los niños.

—Les imploro que me escuchen —continuó el Caballero, haciendo un esfuerzo para hablar con calma—. ¿Les han dicho que si me sacan de esta silla los mataré y me convertiré en una serpiente? En sus caras veo que se lo han dicho. Es mentira. Es a esta hora que estoy en mi sano juicio: es todo el resto del día cuando estoy hechizado. Ustedes no son terrígeros ni brujas. ¿Por qué habrían de estar de su lado? Por favor, corten mis ataduras.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —se dijeron los tres viajeros unos a otros.

—Oh, tienen corazones de piedra —gimió el Caballero—. Créanme, están ante un infeliz que ha sufrido más de lo que cualquier otro corazón mortal puede soportar. ¿Qué mal les he hecho para que se unan a mis enemigos para tenerme en tal estado de miseria? Y los minutos pasan. Es *ahora* cuando pueden salvarme; cuando haya pasado este momento, seré un idiota otra vez, el juguete y el perro faldero, no, más bien el instrumento y la herramienta de la más diabólica hechicera que haya jamás planeado el infortunio de los hombres. ¡Y esta noche, entre todas las noches, cuando ella está lejos! Me quitan una ocasión que tal vez no vuelva a tener nunca.

—Esto es horrible. Hubiera preferido que nos quedáramos afuera hasta que terminara —dijo Jill.

—¡Tranquila! —advirtió Barroquejón.

La voz del prisionero iba subiendo hasta ser un chillido.

—Suéltenme, les digo. Denme mi espada. ¡Mi espada! ¡Cuando esté libre me tomaré tal venganza de los terrígeros que en Bajotierra se hablará de ella durante miles de años!

—Está empezando la furia —anunció Scrubb—. Espero que esos nudos estén firmes.

—Sí —asintió Barroquejón—. Tendría el doble de su fuerza normal si se libera ahora. Y yo no soy muy hábil con mi espada. Nos cogería a los dos, no me extrañaría nada; y luego Pole quedaría sola para vérselas con la serpiente.

El prisionero se retorcía de tal manera dentro de sus amarras que se le incrustaban en las muñecas y tobillos.

—Tengan cuidado —dijo—. Tengan cuidado. Una noche *logré* romperlas. Pero la bruja estaba allí esa vez. No la tendrán a ella para que los ayude esta noche. Líbrenme ahora, y seré su amigo. Si no, seré su enemigo mortal.

—Es astuto, ¿no es cierto? —dijo Barroquejón.

—De una vez por todas —dijo el prisionero—, les suplico que me liberen. Por todo el miedo, por todo el amor, por los cielos luminosos de Sobretierra, por el gran León, por el mismo Aslan, los exhorto...

—¡Oh! —gritaron los tres viajeros como si los hubiesen pinchado.

—Es la Señal —dijo Barroquejón.

—Eran las *palabras* de la Señal —dijo Scrubb, más cauteloso.

—¿Y qué vamos a hacer? —exclamó Jill.

Era una pregunta tremenda. ¿De qué servía haber prometido entre ellos que no libertarían por ningún motivo al Caballero, si ahora estaban dispuestos a hacerlo, a la primera mención del nombre que más amaban? Por otra parte, ¿de qué valía aprenderse las Señales si no las iban a obedecer? Y sin embargo, ¿querría Aslan verdaderamente que desataran a cualquiera, aun a un lunático, que lo pidiera en su nombre? ¿No sería una casualidad? ¿Y si la Reina de Bajotierra supiera todo acerca de las Señales y le hubiera enseñado ese nombre al Caballero simplemente para tenderles una trampa? Pero, ¿y si fuera realmente la Señal? ... Habían fallado tres ya; no se atrevían a fallar la cuarta.

—¡Oh, cómo saberlo! —exclamó Jill. —Creo que lo sabemos —dijo Barroquejón.

—¿Quieres decir que crees que todo saldrá bien si lo desatamos? —preguntó Scrubb.

—Eso no lo sé —repuso Barroquejón—. Pero mira, Aslan no le dijo a Jill lo que sucedería; sólo le dijo lo que tenía que hacer. Ese muchacho nos dará muerte en cuanto se levante, no me extrañaría nada. Pero eso no nos impide cumplir con la señal.

Se miraron unos a otros con ojos brillantes. Fue un momento muy terrible.

—¡De acuerdo! —dijo Jill súbitamente—. Acabemos con esto. ¡Adiós a todos...!

Se dieron la mano. El Caballero gritaba y había espuma en sus mejillas.

—Vamos, Scrubb —ordenó Barroquejón. Ambos desenvainaron sus espadas y se volvieron hacia el cautivo.

—En el nombre de Aslan —dijeron y comenzaron a cortar metódicamente las cuerdas.

Al quedar libre, el prisionero al instante cruzó la habitación de un solo salto, empuñó su espada (que le habían quitado y estaba encima de la mesa) y la desenfundó.

—¡Tú primero! —gritó y cayó sobre la silla de plata. Debe haber sido una buena espada. La plata cedió como una cuerda ante su filo, y en pocos momentos sólo quedaban unos cuantos fragmentos retorcidos, que relucían en el piso. Pero al quebrarse la silla, salió de ella un brillante destello, un ruido semejante a un leve trueno, y (por un instante) un olor nauseabundo.

—Yace allí, vil artefacto de hechicería —le dijo—, para que nunca pueda tu dueña usarte con otra víctima.

Luego se volvió y contempló a sus salvadores; y ese algo de maldad, o lo que fuera, había desaparecido de su rostro.

—¿Qué? —exclamó, volviéndose a Barroquejón—. ¿Tengo ante mí a un renacuajo del pantano, a un verdadero, vivo, honrado renacuajo del pantano de Narnia?

—¡Ah, así que *has* oído hablar de Narnia, después de todo! —dijo Jill.

—¿Lo olvidé cuando estaba bajo el sortilegio? —preguntó el Caballero— Bueno, ésa y todas las demás posesiones diabólicas se han terminado. Pueden creerme que conozco Narnia, pues soy Rilian, Príncipe de Narnia, y el gran Rey Caspian es mi padre.

—Su Alteza Real —dijo Barroquejón, hincando una rodilla en el suelo (y los niños hicieron lo mismo)—, hemos venido hasta aquí sin otro fin que encontrarte.

—¿Y quiénes son ustedes, mis otros libertadores? —preguntó el Príncipe a Scrubb y Jill.

—A nosotros nos envió Aslan mismo desde más allá del extremo del mundo para buscar a su Alteza —respondió Scrubb—. Yo soy Eustaquio y navegué con el Rey a la isla de Ramandú.

—Tengo con ustedes una deuda tan grande que jamás se la podré pagar —dijo el Príncipe Rilian—. Pero díganme, ¿mi padre está vivo todavía?

—Se embarcó rumbo al este nuevamente un poco antes de que saliéramos de Narnia, mi Señor —contestó Barroquejón— Pero su Alteza tiene que tener en cuenta que el Rey está muy anciano. Es diez a uno la posibilidad de que su Majestad muera en el viaje.

—Es anciano, dices. ¿Cuánto tiempo he estado en poder de la bruja, entonces?

—Hace más de diez años que su Alteza se extravió en los bosques al norte de Narnia.

—¡Diez años! —murmuró el Príncipe, pasándose la mano por la cara como si quisiera borrar el pasado—. Sí, te creo. Ahora que he vuelto a ser yo mismo puedo recordar esa vida encantada, aunque cuando estaba bajo el encantamiento no podía recordar mi verdadera personalidad. Y ahora, leales amigos..., pero ¡esperen! Oigo sus pies en la escalera. (¿No son para enfermar a un hombre esos pasos acolchonados, aterciopelados? ¡Uf!) Cierra la puerta con llave, niño. O espera, tengo una idea mejor. Voy a engañar a esos terrígeros, si Aslan me da el ingenio. Hagan lo mismo que haré yo. Caminó resueltamente hacia la puerta y la abrió de par en par.

XII
LA REINA DE BAJOTIERRA

Entraron dos terrígeros a la habitación, pero en lugar de avanzar se colocaron a ambos lados de la puerta e hicieron una profunda reverencia. Los siguió de inmediato la última persona que hubieran esperado o deseado ver: la Dama de la Túnica Verde, la Reina de Bajotierra. Se quedó inmóvil a la entrada de la puerta, y todos pudieron ver que sus ojos se movían abarcando toda la escena: los tres extranjeros, la silla de plata destruida y el Príncipe en libertad, con su espada en la mano.

Se puso muy pálida; a Jill le pareció esa suerte de palidez que cubre el rostro de algunas personas no por miedo sino por rabia. Por un momento la Bruja fijó su mirada en el Príncipe, una mirada asesina. Pero pareció cambiar de idea.

—Váyanse —dijo a los dos terrígeros—. Y no permitan que nadie nos moleste hasta que yo llame, bajo pena de muerte.

Los gnomos salieron obedientes con su paso silencioso, y la Bruja Reina cerró la puerta con llave.

—¿Cómo estás, mi señor Príncipe? —dijo—. ¿Aún no tienes tu ataque nocturno o se te ha pasado tan pronto? ¿Por qué estás aquí parado y sin ataduras? ¿Quiénes son estos extraños? ¿Son ellos los que han destruido la silla que era tu única salvación?

El Príncipe Rilian tiritaba mientras ella hablaba. Y no es de extrañar: no es nada fácil quitarse de encima un hechizo del que se ha sido un esclavo por diez años. Luego habló con gran esfuerzo.

—Señora, ya no habrá necesidad de esa silla. Y tú, que me has dicho cientos de veces la profunda compasión que te inspiraba yo por las brujerías que me tenían prisionero, sin duda escucharás con alegría que se han acabado para siempre. Parece que había un pequeño error en el modo en que tu Señoría las trataba. Estos, mis verdaderos amigos, me han liberado. He recuperado mi sano juicio, y hay dos cosas que quiero decirte. Primero, respecto al propósito de su Señoría de ponerme a la cabeza de un ejército de terrígeros con el objeto de irrumpir en Sobretierra y allí, por la fuerza, hacerme rey de una nación que jamás me hizo ningún daño, asesinando a sus legítimos señores y ocupando su trono como un tirano sanguinario y extranjero, ahora, que sé quién soy, aborrezco con todas mis fuerzas tamaña villanía y renuncio a ella. Y segundo, soy el hijo del Rey de Narnia, soy Rilian, el único hijo de Caspian, Décimo de ese nombre, que algunos llaman Caspian el Navegante. Por lo tanto, señora, es mi propósito, y también mi deber, partir de inmediato de la corte de su Alteza rumbo a mi propia patria. Por favor,

danos a mí y a mis amigos un salvoconducto y un guía que nos lleve a través de tu oscuro reino.

La Bruja no dijo absolutamente nada, sino que caminó muy despacio por la habitación, siempre mirando de fijo al Príncipe. Al llegar a una pequeña caja pegada en la pared cerca de la chimenea, la abrió y sacó primero un puñado de polvo verde y lo arrojó al fuego. No ardió mucho, pero exhaló un aroma dulce que producía sueño. Y durante toda la conversación que siguió, el olor se hizo más fuerte y fue llenando el cuarto, embotando el pensamiento. En seguida, sacó un instrumento musical muy semejante a una mandolina. Empezó a tocar con sus dedos, rasgueando una melodía tan repetida y monótona, que a los pocos minutos casi no la notabas. Pero mientras menos la notabas, más se te metía en el cerebro y en la sangre. Esto también dificultada el poder pensar. Después de rasguear un rato (y el aroma dulce se hacía cada vez más intenso), comenzó a hablar con una voz melodiosa y tranquila.

—¿Narnia? —dijo— ¿Narnia? A menudo escuché a su Señoría pronunciar ese nombre en sus delirios. Querido Príncipe, estás muy enfermo. No hay ninguna tierra que se llame Narnia.

—Pero claro que la hay, Señora —dijo Barroquejón— Sucede que yo he vivido allí toda mi vida.

—¿De veras? —dijo la Bruja—. Dime, te lo ruego, dónde está ese país.

—Allá arriba —repuso Barroquejón con firmeza, señalando hacia lo alto—. No... no sé exactamente dónde.

—¿Cómo? —exclamó la Reina, con una risa bondadosa, suave, musical—. ¿Existe un país arriba entre las piedras y el cemento del techo?

—No —replicó Barroquejón, batallando un poco por recuperar el aliento—. Está en el Mundo de Encima.

—¿Y qué es o dónde está, hazme el favor, este, cómo lo llamas, *Mundo de Encima?*

—¡No te hagas la tonta! —exclamó Scrubb, que luchaba duro contra el encantamiento del aroma dulzón y del rasgueo—. ¡Como si no lo supieras! Está encima, encima, donde puedes ver el cielo y el sol y las estrellas. Pero, si tú has estado allá. Allí nos conocimos.

—Te pido perdón, amiguito —se rió la Bruja (nunca has oído una risa más adorable)—. No recuerdo haberte conocido. Pero muy a menudo encontramos a nuestros amigos en los sueños. Y a menos que todos sueñen lo mismo, no puedes pedirles que lo recuerden.

—Señora —dijo el Príncipe, con dureza—. Ya he dicho a su Gracia que soy el hijo del Rey de Narnia.

—Y vas a ser, amigo querido —dijo la Bruja con voz tranquilizadora, como si le siguiera el juego a un niño—, vas a ser rey de muchas tierras inventadas por tus fantasías.

—Nosotros estuvimos ahí también —dijo bruscamente Jill.

Estaba sumamente enojada, porque sentía que el hechizo la estaba envolviendo por momentos. Pero, en realidad, el hecho de que pudiera todavía sentirlo, probaba que la magia aún no funcionaba totalmente.

—Y tú eres Reina de Narnia también, no lo dudo, preciosa —dijo la Bruja en el mismo tono zalamero y medio burlón.

—No soy nada de eso —contestó Jill, dando una patada en el suelo—. *Nosotros* venimos de otro mundo.

—¡Pero este juego es mucho más bonito que el otro! —exclamó la Bruja—. Cuéntanos, damisela, dónde está ese otro mundo. ¿Qué barcos y carros viajan entre ese mundo y el nuestro?

Por supuesto que a Jill se le vinieron montones de cosas a la cabeza inmediatamente: el Colegio Experimental, Adela Pennyfather, su hogar, equipos de radio, cines, automóviles, aviones, cupones de racionamiento, colas. Pero parecían borrosas y muy lejanas. *(Tran... tran... tran...* sonaban las cuerdas del instrumento de la Bruja). Jill no podía acordarse de los nombres de las cosas de nuestro mundo. Y ahora no se le vino a la mente la idea de que la estaban hechizando, puesto que ya la magia había tomado toda su fuerza; y, claro, mientras más hechizada estás, más segura te sientes de que no estás en absoluto embrujada. Se encontró diciendo (y fue un alivio decirlo):

—No. Supongo que ese otro mundo debe ser sólo un sueño.

—Sí. Es sólo un sueño —afirmó la Bruja, rasgueando siempre.

—Sí, sólo un sueño —repitió Jill.

—Ese mundo no ha existido jamás —dijo la Bruja.

—No —dijeron Jill y Scrubb—, jamás existió ese mundo.

—Nunca hubo otro mundo fuera del mío —dijo la Bruja.

—Nunca hubo otro mundo fuera del tuyo —repitieron los demás.

Barroquejón todavía batallaba fuerte.

—No entiendo muy bien lo que ustedes quieren decir por *un mundo* —dijo resollando como un hombre al que le falta el aire—. Puedes tocar ese violín hasta que se te duerman los dedos, pero no me harás olvidar a Narnia; y a todo el resto del Mundo de Encima. No lo volveremos a ver, no me extrañaría nada. Debes haberlo ocultado y oscurecido como éste, qué sé yo. Es muy posible. Pero yo sé que estuve allí alguna vez. He visto el cielo lleno de estrellas. He visto el sol saliendo del mar en las mañanas y escondiéndose detrás de las montañas en las noches. Y lo he visto en el cielo, a mediodía, cuando no podía mirarlo por su luminosidad.

Las palabras de Barroquejón tuvieron un efecto extraordinario. Los otros tres volvieron a respirar y se miraron como si acabaran de despertar.

—¡Claro, esto es! —gritó el Príncipe—. ¡Por supuesto! Aslan bendiga a este honrado renacuajo del pantano. En estos últimos minutos todos estábamos soñando. ¿Cómo pudimos olvidarlo? Claro que hemos visto el sol.

—¡Claro que sí, por Dios santo! —exclamó Scrubb—. ¡Estupendo, Barroquejón! Eres el único inteligente de todos nosotros, no lo dudo.

Entonces se escuchó la voz de la Bruja, suavemente arrulladora como la de una paloma en lo alto de un olmo en un viejo jardín a eso de las tres, en la mitad de una tarde soñolienta de verano; y dijo:

—¿Qué es ese *sol* de que hablan ustedes? ¿Quieren significar algo con esa palabra?

—Sí, sabemos requetebién lo que significa —respondió Scrubb.

—¿Puedes decirme cómo es? —preguntó la Bruja *(tran, tran, tran,* sonaban las cuerdas).

—Permíteme, Señoría —dijo el Príncipe, muy fría y cortésmente—. ¿Ves esa lámpara? Es redonda y amarilla y da su luz a toda la habitación; y además cuelga del techo. Bueno, lo que llamamos sol es como esa lámpara, sólo que muchísimo más grande y más brillante. Ilumina con su luz todo el Mundo de Encima y cuelga del cielo.

—¿Cuelga de dónde, mi señor? —preguntó la Bruja; luego, mientras todavía pensaban cómo responderle, ella agregó con otra de sus suaves risas de plata—. ¿Ven? Cuando tratan de pensar claramente cómo será este *sol,* no pueden decírmelo. Lo único que me pueden decir es que se parece a la lámpara. Vuestro *sol* es un sueño; y no hay nada en ese sueño que no haya sido copiado de la lámpara. La lámpara es real; el *sol* es nada más que un cuento, un cuento de niños.

—Sí, ahora lo comprendo —dijo Jill, con tono pesado y desesperado—. Debe ser así. —Y al decirlo le pareció muy sensato.

Lenta y gravemente la Bruja repitió: "No hay *sol".* Y ellos no dijeron nada. Repitió con una voz más blanda y profunda: "No hay *sol".* Después de una pausa, y luego de un gran esfuerzo mental, los cuatro dijeron al mismo tiempo: "Tienes razón. No hay sol". Fue un alivio tan grande darse por vencidos y decirlo...

—Nunca existió el *sol* —dijo la Bruja.

—No. Nunca existió el sol —repitieron el Príncipe, y el Renacuajo del Pantano, y los niños.

En esos últimos minutos, Jill tuvo la sensación de que había algo que debía recordar a toda costa. Y lo había logrado, pero era tremendamente difícil decirlo. Sentía un peso inmenso sobre sus labios. Por último, con un esfuerzo pareció sacar todo lo bueno que tenía adentro.

—¡Existe Aslan! —dijo.

—¿Aslan? —dijo la Bruja, acelerando muy ligeramente el ritmo de su rasgueo —¡Qué lindo nombre! ¿Qué significa?

—El es el gran León que nos trajo desde nuestro mundo —repuso Scrubb— y nos envió a buscar al Príncipe Rilian.

—¿Qué es un *león*? —preguntó la Bruja.

—¡Córtala ya! —exclamó Scrubb—. ¿No lo sabes? ¿Cómo podemos describírtelo? ¿Has visto alguna vez un gato?

—Por supuesto —contestó la Reina—. Me encantan los gatos.

—Bueno, un león se parece un poco, un poquito no más, en verdad, a un inmenso gato, con melena. Pero no como la melena de un caballo, te fijas, sino más bien como la peluca de un juez, Y amarillo. Y terroríficamente fuerte. La bruja movió su cabeza.

—Ya veo —dijo— que no nos irá mejor con vuestro *león,* como lo llaman ustedes, que con vuestro *sol.* Han visto lámparas y se han imaginado una lámpara más grande y mejor y la han llamado *sol.* Han visto gatos, y ahora quieren un gato más grande y mejor, y lo han llamado *león.* Bien, es una bonita invención, pero, para ser sincera, les sentaría mejor si fueran más jóvenes. Y vean que no pueden inventar nada en sus fantasías sin copiarlo del mundo real, este mundo mío, que es el único. Pero hasta ustedes, niños, ya están grandes para tales juegos. Y en lo que toca a vos, mi señor Príncipe, que

sois un hombre adulto ya, ¡qué vergüenza! ¿No te ruborizas con estos jugueteos? Vengan todos. Dejen esas triquiñuelas infantiles. Tengo trabajo para ustedes en el mundo real. No hay Narnia, ni Mundo de Encima, ni cielo, ni sol, ni Aslan. Y ahora, todos a la cama. Y empecemos mañana una vida más sensata. Pero primero, a la cama; a dormir; un sueño profundo, con blandas almohadas; a dormir sin sueños tontos.

El Príncipe y los dos niños estaban de pie con las cabezas colgando, las mejillas sonrojadas, los ojos entrecerrados; no les quedaba una gota de fuerza; el hechizo estaba casi cumplido. Pero Barroquejón, reuniendo con desesperación todas sus energías, caminó hasta el fuego. Entonces realizó un acto de gran valentía. Sabía que no le haría tanto daño como a un humano, pues sus pies (que estaban descalzos) eran palmeados y duros y de sangre fría como los de un pato. Pero sabía que le dolería muchísimo; y así fue. Con sus pies desnudos pisoteó el fuego, convirtiendo gran parte de éste en cenizas sobre el hogar de la chimenea. Y en ese instante sucedieron tres cosas.

La primera, el pesado aroma dulzón se hizo menos intenso. Porque, aunque no se apagó totalmente el fuego, se consumió una buena parte, y lo que quedaba olía fuertemente a renacuajo del pantano quemado, el cual no es un olor de brujería. Esto permitió que instantáneamente se aclararan las mentes de todos. El Príncipe y los niños levantaron la cabeza de nuevo y abrieron los ojos.

La segunda fue que la Bruja, con una voz fuerte y terrible, totalmente diferente de los dulces tonos utilizados hasta ahora, gritó:

—¿Qué estás haciendo? ¡Atrévete a tocar una vez más mi fuego, porquería de barro, y haré arder como fuego la sangre en tus venas!

La tercera fue que el mismo dolor hizo que en un segundo se despejara la mente de Barroquejón y supiera exactamente lo que estaba pasando. No hay como un buen sacudón de dolor para disolver algunos tipos de magia.

—Una palabra, Señora —dijo, alejándose de la chimenea, cojeando por el dolor—. Una palabra. Todo lo que has dicho es muy cierto, no me extrañaría nada. Soy un tipo al que siempre le ha gustado conocer lo peor para luego enfrentarlo lo mejor posible. Así que no negaré nada de lo que has dicho. Pero aun así queda algo más que decir. Supongamos que sólo hayamos soñado o inventado todas esas cosas, árboles y pasto y sol y luna y estrellas y el propio Aslan. Supongamos que así fuera. Entonces todo lo que puedo decir es que, en ese caso, las cosas inventadas parecen ser mucho más importantes que las verdaderas. Supongamos que este foso negro que es tu reino sea el único mundo. Bueno, a mí se me ocurre que es harto pobre. Y eso es lo divertido, si te pones a pensar. Nosotros somos sólo niñitos imaginando un juego, si es que tú tienes la razón. Pero cuatro niñitos jugando un juego

pueden hacer un mundo de juguete que le gana muy lejos a tu tan verdadero mundo hundido. Por eso me voy a quedar con el mundo de los juegos. Estoy del lado de Aslan en ese mundo, aunque no exista un Aslan que lo gobierne. Voy a vivir lo más como narniano que pueda aunque no haya ninguna Narnia. Por lo tanto, agradecemos mucho tu cena y, si estos dos caballeros y esta dama están dispuestos, abandonaremos tu corte de inmediato y partiremos en la oscuridad a pasar nuestras vidas en la búsqueda de Sobretierra. No creo que nuestras vidas vayan a ser muy largas; pero sería una pérdida mínima si el mundo es un lugar tan aburrido como tú dices.

—¡Bravo! ¡Viva el buen Barroquejón! —gritaron Scrubb y Jill.

Pero de pronto el Príncipe exclamó:

—¡Cuidado! Miren a la Bruja.

Cuando la miraron, se les pusieron los pelos de punta.

El instrumento musical cayó de sus manos. Sus brazos parecían estar pegados a sus costados. Sus piernas se entrelazaron y desaparecieron sus pies. La larga cola verde de su falda se volvió más gruesa y sólida y parecía formar una sola pieza con la retorcida columna de sus piernas unidas. Y esa verde columna retorcida se doblaba y oscilaba como si no tuviera articulaciones o como si fueran sólo articulaciones. Tenía la cabeza echada muy hacia atrás y a medida que su nariz se alargaba y se alargaba, las demás partes de su cara parecieron desaparecer, excepto sus ojos. Eran ahora unos abrasadores y enormes ojos, sin pestañas ni cejas. Toma tiempo describir todo esto; pero sucedió tan rápido que uno apenas alcanzaba a verlo. Mucho antes de que hubiera ocasión de hacer algo, el cambio era completo, y la gran serpiente en que se había transformado la Bruja, verde como el veneno y gruesa como la cintura de Jill, había enrollado dos o tres anillos de su repugnante cuerpo en las piernas del Príncipe. Veloz como un relámpago, lanzó otro lazo tratando de sujetar el brazo de la espada. Pero el Príncipe estuvo más rápido. Levantó los brazos y le quedaron libres; el nudo viviente se cerró sólo hasta su pecho, listo para quebrar sus costillas como si fuera leña a medida que se fuera estrechando.

El Príncipe cogió el cuello de la criatura con su mano izquierda, tratando de apretarlo hasta estrangularla. Tenía su cara (si puedes llamar cara a eso) a unos diez centímetros de la suya. La lengua dividida por la mitad como un tenedor bailaba horriblemente entrando y saliendo, pero no pudo alcanzarlo. Rilian echó hacia atrás la espada con su mano derecha para asestar el golpe lo más fuerte que fuera posible. Entretanto, Scrubb y Barroquejón habían sacado sus armas y corrían en su ayuda. Los tres golpes cayeron al mismo tiempo: el de Scrubb (que ni siquiera traspasó las escamas y no valió de nada) en el cuerpo de la serpiente bajo la mano del Príncipe; pero el golpe del Príncipe y el de Barroquejón dieron ambos en el cuello. Mas ni

eso logró matarla del todo, aunque empezó a soltar un poco su abrazo a las piernas y el pecho de Rilian. Con repetidos golpes le cortaron la cabeza. La horrible cosa seguía enroscándose y moviéndose como un trozo de alambre hasta después de muerta; y el suelo, ya puedes imaginar, quedó hecho una inmundicia espantosa.

Cuando recobró el aliento, el Príncipe dijo:

—Caballeros, les doy las gracias.

Los tres conquistadores quedaron mirándose fijamente y jadeando largo rato, sin decir una palabra. Jill, prudentemente, se había sentado y guardaba silencio; se decía: “Espero no desmayarme... ni lloriquear... ni hacer ninguna idiotez”.

—Mi real madre ha sido vengada —dijo Rilian de pronto—. Este es sin duda el mismo reptil que perseguí en vano al lado de la fuente en los bosques de Narnia, hace tanto tiempo. Todos estos años he sido el esclavo de la asesina de mi madre. Sin embargo, estoy contento, caballeros, de que esa Bruja asquerosa haya por fin tomado su forma de serpiente. Iría contra mis sentimientos y contra mi honor el tener que asesinar a una mujer. Pero miren a la dama.

Se refería a Jill.

—Estoy bien, gracias —dijo ella.

—Damisela —le dijo el Príncipe, haciendo una reverencia—. Tienes mucho valor, y por lo tanto no dudo de que eres de sangre noble en tu mundo. Pero vengan, amigos. Aquí queda un poco de vino. Tomemos un trago y hagamos un brindis por cada uno de nosotros. Y después, a nuestros planes.

—Superbuena idea, Señor —dijo Scrubb.

XIII
BAJOTIERRA SIN LA REINA

Sintieron que se habían ganado lo que Scrubb llamó un “respiro”. La Bruja había cerrado la puerta con llave y ordenado a los terrígeros que no la molestaran, por lo tanto no había peligro de interrupciones por ahora. Su primera tarea era, por supuesto, el pie quemado de Barroquejón. Con un par de camisas limpias que sacaron del dormitorio del Príncipe, cortadas en tiras y bien untadas por dentro con mantequilla y aceite de la ensalada que tomaron de la mesa de la cena, hicieron unas vendas bastante buenas. Una vez puesto el vendaje, se sentaron y comieron una cena ligera, mientras discutían planes para escapar de Bajotierra.

Rilian les explicó que había una cantidad de salidas por las cuales se podía llegar a la superficie; a él lo habían sacado por la mayoría de ellas alguna vez. Pero nunca había salido solo, únicamente con la Bruja, y siempre llegó a estas salidas viajando en un barco a través del mar sin sol. Nadie podía adivinar qué dirían los terrígeros si él bajaba a la bahía sin la Bruja, y con tres extranjeros, y ordenaba simplemente que le prepararan un barco. Pero es bien probable que hicieran preguntas embarazosas. Por otra parte, la nueva salida, la que se construía para la invasión al Mundo de Encima, estaba a este lado del mar, y sólo a pocos metros de distancia. El Príncipe sabía que estaba casi terminada; unos pocos centímetros de tierra nada más separaban las excavaciones del aire exterior. Era incluso muy posible que ya estuviese totalmente terminada. Quizás la Bruja había vuelto para decírselo y comenzar el ataque. Aun si no era así, probablemente podían cavar ellos mismos y salir por esa ruta en unas pocas horas, siempre que pudieran llegar hasta allí sin que los detuvieran, y siempre que no hubiera guardia en el lugar de las excavaciones. Esas eran las dificultades.

—Si me preguntan a mí... —empezó a decir Barroquejón, cuando Scrubb lo interrumpió.

—Escuchen —dijo—¿Qué es ese ruido?

—¡Hace rato que lo oigo! —exclamó Jill.

En efecto, todos habían escuchado el ruido, pero había comenzado y había aumentado tan gradualmente que no supieron en qué momento lo advirtieron por primera vez. Al principio fue una vaga inquietud, como una brisa suave o el rumor muy lejano del tránsito. Luego creció hasta ser un murmullo semejante al mar. Después hubo estruendos y carreras precipitadas. Ahora parecía que se escuchaban voces también y además un clamor constante que no era de voces.

—¡Por el León! —exclamó el Príncipe Rilian—. Parece que esta tierra

silenciosa ha encontrado por fin su lengua.

Se levantó, caminó hasta la ventana y corrió las cortinas. Los otros se agruparon a su alrededor para mirar hacia afuera.

Lo primero que advirtieron fue un enorme resplandor rojo. Su reflejo dibujaba una mancha roja en la bóveda del Mundo Subterráneo a miles de metros sobre ellos, y les permitía ver un techo rocoso que tal vez había estado oculto en la oscuridad desde los comienzos del mundo. El resplandor venía de una parte alejada de la ciudad, de modo que numerosos edificios, grandes y lúgubres, se destacaban tenebrosamente contra su luz. Pero también proyectaba su claridad en varias calles que conducían al castillo. Y algo muy curioso estaba sucediendo en aquellas calles. Las apretadas y silenciosas muchedumbres habían desaparecido. En su lugar se veían siluetas moviéndose precipitadamente, de a uno, de a dos, de a tres. Se comportaban como gente que no quiere que la vean; acechando en la sombra detrás de los pilares o en los portales, y luego cambiándose de sitio rápidamente, atravesando el espacio abierto hacia nuevos escondites. Pero lo más raro de todo, para cualquiera que sepa de gnomos, era el ruido. Gritos y llantos por todas partes. Mas de la bahía venía un rumor bajo, sordo, que se hacía continuamente más fuerte y que ya estaba estremeciendo la ciudad entera.

—¿Qué les ha pasado a los terrígeros? —preguntó Scrubb—. ¿Son ellos los que gritan?

—Es casi imposible —respondió el Príncipe—. Nunca oí a ninguno de esos bribones hablar en voz alta en todos estos aburridos años de mi cautiverio. Alguna nueva maldad, no lo dudo.

—¿Y qué es esa luz roja allá arriba? —preguntó Jill—. ¿Algún incendio?

—Si me preguntan a mí —dijo Barroquejón—, diría que es el centro de la tierra que estalla para dar paso a un nuevo volcán. Y nosotros vamos a estar en el medio, no me extrañaría nada.

—¡Miren ese barco! —exclamó Scrubb—. ¿Por qué viene tan rápido? No se ve a nadie remando.

—¡Miren, miren! —dijo el Príncipe—. El barco ya se ha alejado de este lado de la bahía... está en la calle. ¡Miren!

¡Todos los barcos se desvían hacia la ciudad! ¡Que me zurzan, el mar está subiendo! Las aguas se nos van a venir encima. Y ¡alabado sea Aslan! Este castillo está a buena altura. Pero el agua avanza a una velocidad increíble...

—Pero ¿qué puede estar pasando? —gritó Jill—. Fuego y agua y toda esa gente escabullándose por las calles.

—Te diré lo que pasa —dijo Barroquejón—. Esa Bruja ha conjurado una serie de maleficios a fin de que a su muerte, en ese preciso instante, todo su reino se haga pedazos. Es de esa clase de persona a quien no le importa morir con tal de estar segura de que el tipo que la mate va a morir quemado, o sepultado vivo, o se ahogará cinco minutos después.

—¡Diste en el clavo, amigo Renacuajo! —exclamó el Príncipe—. Cuando nuestras espadas cortaron la cabeza de la Bruja, ese golpe acabó con sus poderes mágicos, y ahora las Tierras de las Profundidades están cayendo a pedazos. Estamos presenciando el final del Mundo Subterráneo.

—Así es, Señor —dijo Barroquejón—. A menos que dé la casualidad de que sea el final de todo el mundo.

—¿Y nos vamos a quedar aquí... a esperar? —balbuceo Jill, asombrada.

—Yo no lo aconsejaría —dijo el Príncipe—. Yo iré a rescatar a mi caballo Azabache y al de la Bruja, Copo de Nieve (una noble bestia que merecía una mejor dueña), que están en las caballerizas, en el patio. Y después, larguémonos y tratemos de llegar a lugares más altos, y recemos para poder encontrar una salida. Si es necesario, podemos ir de a dos en cada caballo, y si los espoleamos podrán pasar por sobre las aguas.

—¿Su Alteza no se pondrá la armadura? —preguntó Barroquejón—. No me gustan nada *esos...*

Y señaló hacia abajo, a la calle. Todos miraron. Docenas de criaturas (y ahora que estaban cerca, eran evidentemente terrígeros) subían desde la bahía. Pero no se movían como un gentío sin ningún propósito. Se comportaban como modernos soldados al ataque, cargando y poniéndose a cubierto, cuidando de que no los vieran desde las ventanas del castillo.

—No me atrevo a volver a mirar esa armadura —dijo el Príncipe—. Cabalgué dentro de ella como en una mazmorra andante, y apesta a magia y a esclavitud. Pero llevaré el escudo.

Salió de la habitación y volvió un poco después con una luz extraña en sus ojos.

—Miren, amigos —dijo, mostrándoles el escudo— Hace una hora era negro y sin ningún emblema; y ahora, esto.

El escudo estaba ahora brillante como la plata, y sobre él, más roja que la sangre o las cerezas, la figura del León.

—No hay duda —afirmó el Príncipe—. Esto significa que Aslan será nuestro guía y señor, ya sea que quiera que vivamos o que muramos. Y es lo mismo, vivir o morir. Ahora, yo propondría que nos arrodillemos y besemos su imagen y que luego nos demos la mano como buenos amigos que pronto deberán separarse. Y después bajemos a la ciudad y aceptemos la aventura que se nos envía.

Hicieron lo que decía el Príncipe. Pero cuando Scrubb le dio la mano a Jill, le dijo:

—Hasta luego, Jill. Siento haber sido tan gallina y tan rabioso. Espero que llegues bien a casa.

Y Jill dijo:

—Hasta luego, Eustaquio. Yo siento haber sido tan porfiada.

Era la primera vez que usaban sus nombres de pila, ya que eso no se acostumbraba en el colegio.

El Príncipe abrió la puerta y todos bajaron la escalera, tres de ellos con sus espadas desenvainadas y Jill con su cuchillo en la mano. Los sirvientes habían desaparecido y la espaciosa sala al pie de la escala del Príncipe estaba vacía. Aún ardían las grises y lúgubres lámparas y, gracias a su luz, no tuvieron dificultad en atravesar galería tras galería y en descender escalera tras escalera. Acá no se escuchaban tan claramente los ruidos de afuera como en la habitación de arriba. Dentro del castillo reinaba un silencio de muerte y todo estaba desierto. Al entrar al gran salón del piso bajo se encontraron, al dar vuelta una esquina, con su primer terrígero: una criatura gorda y blancuzca, con cara de cerdo, que engullía todos los restos de comida de las mesas. Se puso a chillar (con un chillido también similar al de los cerdos) y se tiró debajo de un banco, quitando justo a tiempo su larga cola del alcance de Barroquejón. Luego salió disparado por la puerta del fondo, tan rápido que no alcanzaron a perseguirlo.

Del salón salieron al patio. Jill, que asistió a clases de equitación durante las vacaciones, ya había reconocido el olor de las caballerizas (un olor demasiado agradable, honesto, familiar, como para sentirlo en un sitio como Bajotierra) cuando Eustaquio exclamó:

—¡Qué fantástico! ¡Miren eso!

Un magnífico cohete se había elevado, desde alguna parte detrás de los muros del castillo, y estallaba en estrellas verdes.

—¡Fuegos artificiales! —dijo Jill, perpleja.

—Sí —dijo Eustaquio—, ¡pero note imagines que esos seres de tierra los estén lanzando por entretención! Deben ser señales.

—Y apuesto a que no será nada bueno para nosotros —agregó Barroquejón.

—Amigos —dijo el Príncipe—, cuando un hombre emprende una aventura como ésta, debe decir adiós a esperanzas y temores, pues de otro modo la muerte o la liberación llegarán demasiado tarde para salvar su honor y su causa. ¡Ea, mis guapos! —ya abría la puerta de las pesebreras—. ¡Hola, amigos queridos! ¡Tranquilo, Azabache! ¡Despacio, Copo de Nieve! No me olvidé de ustedes.

Los dos caballos estaban asustados por las extrañas luces y los ruidos. Jill, que había sido tan cobarde para pasar por un agujero oscuro de una cueva a otra, entró sin ningún miedo entre las bestias que piafaban y bufaban, y junto con el Príncipe las ensillaron y les colocaron las riendas en pocos minutos. Los animales se veían magníficos cuando entraron al patio, sacudiendo sus cabezas. Jill montó a Copo de Nieve, y Barroquejón subió a su grupa. Eustaquio subió al anca de Azabache, detrás del Príncipe. Luego, con un gran resonar de cascos, salieron cabalgando por la puerta principal en dirección a la calle.

—No hay mucho peligro de quemarse —observó Barroquejón, señalando a su derecha. Hasta ahí, apenas a unos cien metros, lamiendo las paredes de las casas, llegaba el agua.

—¡Animo! —dijo el Príncipe—. Más allá el camino baja en forma muy brusca. Esas aguas han subido sólo hasta la mitad del cerro más alto de la ciudad. Puede que se acerquen mucho en la primera media hora y que no se acerquen más en las próximas dos horas. Mi temor es aquello...

Y mostró con su espada a un enorme terrígero de dos metros con colmillos de jabalí, seguido de otros seis de variadas formas y tamaños que acababan de salir corriendo de una calle lateral para meterse en las sombras de las casas, donde nadie podía verlos.

El Príncipe los guió, siempre siguiendo la dirección de la brillante luz roja, pero un poco a su izquierda. Su plan consistía en acercarse al fuego (si es que era un fuego) y continuar hacia arriba, con la esperanza de poder encontrar un camino que los condujera hasta las nuevas excavaciones. A diferencia de los otros tres, parecía estar casi divirtiéndose. Iba silbando mientras cabalgaban, y cantó trozos de una antigua canción sobre Corín Puño de Trueno, de Archenland. La verdad es que estaba tan contento de verse

libre del largo embrujo que, en comparación, todos los peligros le parecían un juego. Pero al resto, éste les parecía el viaje más horripilante.

Tras ellos se escuchaba el ruido de los barcos amarrados al chocar unos con otros, y el estruendo de los edificios derrumbándose. Arriba se veía la inmensa mancha de luz lívida en el techo del Mundo Subterráneo. Adelante, el misterioso resplandor, que no parecía aumentar mucho. De allí venía una algarabía de gritos, chillidos, silbidos, risas, quejas y bramidos; y fuegos artificiales de todas clases se trataba. Muy cerca de ellos la ciudad estaba en parte iluminada por el resplandor rojo y en parte por la luz, sumamente diferente, de las tristes lámparas de los gnomos. Pero a muchos lugares no llegaba ninguna de esas luces, y estaban negros como el carbón. Y entrando y saliendo de aquellos lugares, las siluetas de los terrígeros que se abalanzaban y se escurrían constantemente, siempre con los ojos fijos en los viajeros, siempre tratando de que no los vieran. Había caras grandes y caras pequeñas, ojos enormes como los de los peces y ojos chicos como los de los osos. Había plumas y cerdas, cuernos y colmillos, narices semejantes a látigos y barbillas tan largas que parecían barbas. De vez en cuando un grupo se hacía más numeroso o se aproximaba demasiado. Entonces el Príncipe blandía su espada y hacía amago de cargar contra ellos. Y las criaturas, con todo tipo de aullidos, chillidos y cacareos, se sumergían en la oscuridad.

Pero después de subir por muchas calles empinadas, ya lejos de la inundación y casi fuera de la ciudad hacia el interior, la situación se volvió más seria. Se encontraban cerca del rojo resplandor y casi al mismo nivel de éste, y no obstante todavía no podían darse cuenta de qué era realmente. Pero, gracias a su misma luz, veían más claramente a sus enemigos. Cientos —quizás unos cuantos miles— de gnomos avanzaban hacia el resplandor. Pero lo hacían en cortas embestidas, y cuando se paraban, se daban vuelta para mirar a los viajeros.

—Si su Alteza me lo pregunta —observó Barroquejón—, le diría que esos tipos pretenden cercarnos por el frente.

—Pienso igual que tú, Barroquejón —repuso el Príncipe—. Y jamás podremos abrirnos camino a través de tantos. ¡Escúchenme! Sigamos hacia adelante por el costado de aquella casa. Y en cuanto lleguemos allí, escóndanse en su sombra. La dama y yo nos adelantaremos unos pocos pasos. Algunos de esos demonios nos seguirán, no lo dudo; viene una multitud detrás de nosotros. Uno de ustedes, el que tenga los brazos largos, coja uno vivo, si puede, cuando pase por nuestra emboscada. Quizás así logremos conocer la verdadera historia de todo esto, o saber qué tienen contra nosotros.

—Pero, ¿no vendrán todos los demás corriendo a rescatar al que hayamos atrapado? —dijo Jill, con una voz que no sonó tan firme como ella hubiese querido.

—Entonces, señora —repuso el Príncipe—, nos verás morir luchando a tu lado y deberás encomendarte al León. Vamos, buen Barroquejón.

El Renacuajo del Pantano se deslizó dentro de la sombra con la rapidez de un gato. Los otros, durante algunos minutos muy tensos, avanzaron a paso lento. De súbito, detrás de ellos estalló una serie de gritos que helaban la sangre, mezclados con la voz familiar de Barroquejón que decía:

—¡Vamos a ver! No grites antes de que te haga daño, o te haré daño ¿ves? Cualquiera creería que están matando a un cerdo.

—Fue una buena cacería —exclamó el Príncipe, dando vuelta a Azabache para regresar a la esquina de la casa.

—Eustaquio —dijo—, toma las riendas de Azabache por favor.

Entonces desmontó y los tres contemplaron en silencio a Barroquejón mientras sacaba a la luz a su presa. Era un mísero y pequeño gnomo que mediría apenas unos noventa centímetros. Tenía una especie de cresta de gallo (pero dura) sobre la cabeza, unos ojillos rosados y boca y barbilla tan grandes y redondas que su cara parecía la de un hipopótamo pigmeo. Si no hubiesen estado en una situación tan difícil se habrían reído a carcajadas al verlo.

—Bien, terrígero —dijo el Príncipe, vigilándolo y poniendo la punta de su espada muy cerca del cuello del prisionero—, habla sin miedo, como un honrado gnomo, y serás libre. Pórtate como un bribón con nosotros y serás sólo un terrígero muerto. Buen Barroquejón, ¿cómo va a poder hablar si le tienes la boca tapada?

—No, y tampoco va a poder morder —contestó Barroquejón—. Si yo tuviera esas estúpidas manos blandas que tienen ustedes los humanos (salvo su Altísima Reverencia), a estas alturas ya sería un charco de sangre. ¡Pero hasta un Renacuajo del Pantano se cansa de que lo masquen!

—Amigo —dijo el Príncipe al gnomo—, otro mordisco más y morirás. Suéltale la boca, Barroquejón.

—O-i-i —se quejó el terrígero—. Suéltenme, suéltenme. No fui yo. Yo no lo hice.

—¿No hiciste qué? —preguntó Barroquejón.

—Lo que sus Señorías digan que *hice* —respondió la criatura.

—Dime tu nombre —dijo el Príncipe—, y qué es lo que están haciendo hoy tus terrígeros.

—Oh, por favor sus Señorías, por favor, bondadosos caballeros —lloriqueó el gnomo—. Prométanme que no le dirán a su gracia la Reina nada de lo que les cuente.

—Su gracia la Reina, como tú la llamas —dijo el Príncipe, en tono sombrío—, está muerta. La maté yo mismo.

—¿Qué? —gritó el gnomo, maravillado, abriendo más y más su ridícula boca—. ¿Muerta? ¿La Bruja, muerta? ¿Y por mano de su Señoría? —dio un descomunal suspiro de alivio y agregó—¡Entonces su Señoría es un amigo!

El Príncipe retiró su espada un par de centímetros. Barroquejón dejó que la criatura se incorporara. El gnomo inspeccionó a los cuatro viajeros con sus brillantes ojos rojos, cacareó una o dos veces, y comenzó.

XIV
EL FONDO DEL MUNDO

—Mi nombre es Golg —dijo el gnomo—. Y les contaré a sus Señorías todo lo que sé. Hace cerca de una hora íbamos todos a nuestro trabajo —*su* trabajo, mejor dicho— tristes y en silencio, igual que hemos hecho cualquier otro día por años y años. De pronto vino un gran estruendo y una explosión. Al oír esto, todos se dicen: "Hace tanto tiempo que no canto, o bailo, o hago estallar un petardo, ¿por qué?". Y todos piensan para sí mismos: "Claro, debo haber estado embrujado". Y entonces todos se dicen a sí mismos: "Que me maten si sé por qué estoy acarreando esta carga, y no la voy a seguir acarreando: eso es todo". Y todos tiramos al suelo nuestros sacos y bultos y herramientas. Luego todos se dicen para sí: "¿Qué es eso?" Y todos se responden a sí mismos diciendo: "Se ha abierto una grieta o un abismo y por allí sube un agradable y cálido resplandor desde la Verdadera Tierra de las Profundidades, a miles de brazas debajo de nosotros".

—¡Por la flauta! —exclamó Eustaquio—. ¿Hay otros países más abajo todavía?

—Oh, sí, su Señoría —replicó Golg—. Unos lugares preciosos. Lo que nosotros llamamos la Tierra de Bism. Este país donde nos encontramos ahora, el país de la Bruja, es lo que nosotros llamamos las Tierras Menos Profundas. Están demasiado, demasiado cerca de la superficie para que nos acomoden a nosotros. ¡Uf! Es casi lo mismo que si vivieras afuera, en la propia superficie. Ya ves, somos unos pobres gnomos de Bism a quienes la bruja hizo subir hasta acá por medio de su magia para que trabajemos para ella. Pero habíamos olvidado todo hasta que se escuchó aquel estruendo y se rompió el hechizo. No sabíamos quiénes éramos ni a dónde pertenecíamos. No podíamos hacer nada ni pensar en nada, excepto lo que ella ponía en nuestras cabezas. Y han sido sólo ideas tristes y deprimentes las que ella ha puesto ahí todos estos años. Casi se me ha olvidado contar un chiste o bailar. Pero en el momento en que sentí el estallido y se abrió la grieta y el mar empezó a subir, todo volvió a mi memoria. Y, por supuesto, todos nos pusimos en camino lo más rápido que pudimos para bajar por la grieta y volver a casa, a nuestro propio hogar. Y allá pueden ver a los demás, lanzando cohetes y poniéndose de cabeza de alegría. Y les estaría muy agradecido a sus Señorías si me permiten ir ahora a celebrar con ellos.

—Creo que esto es sencillamente maravilloso —dijo Jill—. ¡Estoy tan feliz de haber liberado a los gnomos junto con nosotros cuando le cortamos la cabeza a la Bruja! Y estoy muy contenta de que no sean en realidad horribles y deprimentes, como el Príncipe tampoco es en realidad... bueno, lo que parecía ser.

—Todo está muy bien, Pole —dijo Barroquejón, prudentemente—.

Pero esos gnomos no me parecieron a mí tipos que estuvieran solamente escapando. Más bien parecía una formación militar, si quieres mi opinión. Mírame a la cara, señor Golg, y dime si no se estaban preparando para una batalla.

—Por supuesto que nos estábamos preparando, su Señoría —repuso Golg—. Mira, nosotros no sabíamos que la Bruja había muerto. Pensábamos que ella nos vigilaba desde el castillo. Tratábamos de escurrirnos sin que nos vieran. Y luego, cuando ustedes salieron con sus espadas y caballos, claro que todos se dijeron: “Ahí viene”; no sabíamos que su Señoría no pertenecía al bando de la Bruja. Y estábamos resueltos a pelear como nadie antes que renunciar a la esperanza de regresar a Bism.

—Juraría que éste es un gnomo sincero —dijo el Príncipe—. Déjalo ir, amigo Barroquejón. Lo que es yo, buen Golg, he estado embrujado igual que tú y tus compañeros, y acabo de recordar quién soy. Y ahora, una pregunta más. ¿Conoces el camino hacia esas nuevas excavaciones, por donde la hechicera pretendía hacer salir un ejército contra Sobretierra?

—¡I-í-í! —chilló Golg—, Sí, conozco ese monstruoso camino. Les mostraré donde comienza. Pero, por favor, su Señoría, no me pida que vaya con ustedes. Prefiero la muerte.

—¿Por qué? —preguntó Eustaquio ansiosamente—. ¿Qué hay tan atroz en ese camino?

—Demasiado cerca de la cima, del exterior —explicó Golg, estremeciéndose—. Eso fue lo peor que nos hizo la Bruja. Nos iba a sacar al aire libre, hacia las afueras del mundo. Dicen que no hay techo allá; nada más que un horrible y enorme vacío que llaman cielo. Y las excavaciones están tan avanzadas que bastan unos pocos golpes de chuzo para salir por ahí. Yo no me atrevería a acercarme.

-¡Bravo! ¡Ahora sí que te entiendo! —gritó Eustaquio.

Y Jill dijo:

—Pero si no hay nada horrible allá arriba. A nosotros nos gusta, y vivimos allí.

—Sé que ustedes los de Sobretierra viven allí —dijo Golg—. Pero yo creía que era porque no podían encontrar cómo bajar hasta acá adentro. No puede ser cierto que les *guste* eso...: ¡andar en cuatro patas, como moscas en la tapa del mundo!

—¿Qué te parece si nos muestras el camino de inmediato? —dijo Barroquejón.

—¡En buena hora! —gritó el Príncipe.

El grupo se preparó. El Príncipe volvió a montar su caballo, Barroquejón trepó a la grupa del de Jill y Golg los guiaba. Al caminar iba gritando la buena noticia de que la Bruja estaba muerta y que los cuatro de Sobretierra no eran peligrosos. Y los que lo escuchaban se lo decían a gritos a otros, de modo que en pocos minutos Bajotierra entera resonaba con gritos y aplausos, y cientos y miles de gnomos dando brincos y volteretas, poniéndose de cabeza, jugando a saltar y haciendo estallar inmensos petardos, empezaron a apiñarse alrededor de Azabache y Copo de Nieve. Y el Príncipe tuvo que contarles la historia de su propio encantamiento y liberación al menos unas diez veces.

De esta manera llegaron al borde del abismo. Tenía unos trescientos metros de largo y quizás unos cien metros de ancho. Bajaron de sus caballos, se acercaron a la orilla y miraron dentro. Un fuerte calor mezclado con un olor totalmente distinto a cualquier otro que hubieran olido jamás golpeó con violencia sus caras. Era muy fuerte, penetrante, excitante, y te hacía estornudar. El fondo del abismo era tan brillante que al principio los deslumbró y no podían ver nada. Cuando se acostumbraron a la luz, pensaron que podían vislumbrar un río de fuego y, en las riberas de ese río, algo que parecía ser campos y bosquecillos de un insoportable brillo ardiente, aunque débil en comparación con el del río. Había azules, rojos, verdes y blancos, todos revueltos; una gran vidriera en que se reflejara el sol tropical a mediodía podría dar más o menos el mismo efecto. Por los ásperos bordes del abismo, negros como moscas contra aquella llameante luz, bajaban cientos de terrígeros.

—Sus Señorías —dijo Golg (y cuando se volvieron a mirarlo no pudieron ver nada más que oscuridad por unos cortos instantes, tan encandilados estaban sus ojos)—. Sus Señorías, ¿por qué no bajan a Bism? Serían mucho más felices ahí que en ese país frío, indefenso, desnudo, que está allá arriba, afuera. O por lo menos vengan a hacernos una breve visita.

Jill dio por sentado que ninguno de los otros aceptaría semejante proposición ni por un segundo. Para su espanto, oyó al Príncipe que decía:

—Verdaderamente, Golg, tengo muchas ganas de bajar contigo. Pues ésta es una aventura fabulosa, y es muy posible que ningún hombre mortal haya recorrido Bism antes, ni tendrá otra vez la oportunidad de hacerlo. Y no sé si podré soportar, cuando pasen los años, el recuerdo de que tuve una vez en mi mano el poder explorar el mayor abismo de la tierra y que me abstuve. Pero ¿puede vivir un hombre allí? ¿No tienen ustedes que nadar en ese río de fuego?

—Oh, no, su Señoría. Nosotros no. Sólo las salamandras viven en el fuego mismo.

—¿Qué clase de bestias son esas salamandras tuyas? —preguntó el Príncipe.

—Es difícil definir su especie, su Señoría —respondió Golg—, porque son demasiado candentes para mirarlas. Pero son muy parecidas a pequeños dragones. Nos hablan desde el fuego. Son maravillosamente inteligentes con sus lenguas: muy ingeniosas y elocuentes.

Jill echó una rápida mirada a Eustaquio. Estaba segura de que a él le gustaría menos todavía que a ella la idea de dejarse caer por ese abismo. Se le heló la sangre cuando vio un cambio absoluto en la expresión de su rostro. Ahora se parecía más al Príncipe que al Scrubb de antes, el del Colegio Experimental. Lo que pasaba era que volvían a su memoria todas sus aventuras de aquellos días en que navegaba con el Rey Caspian.

—Su Alteza —dijo el niño—. Si estuviese aquí mi viejo amigo el Ratón Rípichip diría que no podríamos rehusar la aventura de Bism sin poner en tela de juicio nuestro honor.

—Allá abajo —dijo Golg— les podría mostrar lo que es el verdadero oro, la verdadera plata, los verdaderos diamantes.

—¡Estupideces! —exclamó Jill, en tono bastante grosero—. Como si no supiéramos que aun aquí estamos debajo de las minas más profundas.

—Sí —asintió Golg—. He oído hablar de esos rasguñitos en la corteza que ustedes los de encima llaman minas. Pero ustedes sacan oro muerto, plata muerta, joyas muertas. Abajo, en Bism, las tenemos vivas y creciendo. Les recogería puñados de rubíes para que coman y les exprimiría una taza llena de jugo de diamantes. No tendrían ningún interés en manosear esos fríos tesoros muertos de sus superficiales minas después de probar los vivos en Bism.

—Mi padre fue hasta el fin del mundo —dijo Rilian, pensativamente—. Sería maravilloso si su hijo fuera al fondo del mundo.

—Si su Alteza quiere ver a su padre con vida todavía, que creo sería lo que él preferiría —intervino Barroquejón— ya estaría bueno que nos pusiéramos en camino rumbo a las excavaciones.

—Y yo no pienso bajar por ese hoyo, diga lo que diga cualquiera de ustedes —añadió Jill.

—Entonces, si sus Señorías están realmente dispuestos a regresar al Mundo de Encima —dijo Golg—, *hay* un trozo de camino que está más bajo aún que éste. Y quizás, si esa marea sigue subiendo...

—¡Oh, por favor, vamos, por favor, por favor! —suplicó Jill.

—Me temo que deberá ser así —suspiró el Príncipe—. Mas dejaré la mitad de mi corazón en la tierra de Bism.

—¡Por favor! —rogó Jill.

—¿Dónde está el camino? —preguntó Barroquejón.

—Hay lámparas a lo largo de todo el trayecto —respondió Golg—. Su señoría puede ver el comienzo de la senda al otro lado del abismo.

—¿Cuánto durarán las lámparas encendidas? —preguntó Barroquejón.

En ese momento una voz sibilante, abrasadora como la voz del propio fuego (más tarde se preguntaron si podría haber sido la de una salamandra) subió silbando desde las profundidades de Bism.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡A los acantilados, a los acantilados, a los acantilados! —gritó Golg—. La grieta se cierra. Se cierra. Se cierra. ¡Rápido! ¡Rápido!

Y al mismo tiempo, con chasquidos y chirridos que te rompían los oídos, las rocas empezaron a moverse. Ya, mientras miraban, el abismo se estrechaba. De todas partes corrían enanos atrasados que se precipitaban dentro. No podían esperar para bajar por las rocas. Se lanzaban de cabeza y, ya sea porque una ráfaga muy fuerte de aire caliente soplaba desde el fondo, o por cualquiera otra razón, se les podía ver flotar hacia abajo como hojas. Y eran tantos y tantos los que flotaban que su sombra casi oscurecía el llameante río y los bosquecillos de joyas encendidas.

—Adiós, sus Señorías. Me voy —gritó Golg, y se zambulló.

Quedaban pocos tras él. Ahora el abismo era apenas más ancho que un riachuelo. ¡Ahora era tan angosto como la boca de un buzón! ¡Ahora era sólo una hebra de hilo intensamente radiante! Y luego, con una sacudida tan fuerte como si mil trenes de carga se estrellaran contra mil parachoques, los labios de roca se cerraron. El olor caliente y enloquecedor se desvaneció. Los viajeros estaban solos en un Mundo Subterráneo que ahora parecía muchísimo más oscuro que antes. Pálidas, débiles y tristes, las lámparas señalaban la dirección del camino.

—Y ahora —dijo Barroquejón—, apuesto diez a uno a que ya nos hemos demorado demasiado; pero, de todos modos, podemos tratar. Esas lámparas dejarán de alumbrar en cinco minutos más; no me extrañaría nada.

Condujeron sus caballos a medio galope, retumbando por el oscuro camino a paso firme. Pero casi de inmediato éste empezó a ir cuesta abajo. Habrían llegado a pensar que Golg los había enviado por el camino errado si no hubiesen visto al otro lado del valle las lámparas encendidas que seguían hacia arriba hasta donde alcanzaban a ver sus ojos. Pero al fondo del valle las lámparas iluminaban las aguas que se movían.

—¡Apúrense! —gritó el Príncipe.

Bajaron galopando por la pendiente. Cinco minutos más tarde y hubiera sido muy peligroso, pues la marea subía valle arriba como por un caz[3], y si se hubiesen visto obligados a pasar a nado los caballos difícilmente lo hubieran logrado. Pero el agua tenía aún cerca de medio metro de profundidad y, aunque azotaba fuerte en las patas de los caballos, los viajeros pudieron llegar a la otra orilla sanos y salvos.

Después empezó la lenta y agotadora marcha cuesta arriba, sin ver ante ellos nada más que las pálidas lámparas que subían y subían hasta donde alcanzaban a ver. Al mirar atrás notaron cómo se extendía el agua. Todas las colinas de Bajotierra se habían convertido en islotes y sólo en esos islotes quedaban lámparas. A cada momento alguna luz distante se apagaba. Pronto habría total oscuridad en todas partes, excepto en el sendero que ellos seguían; y ya en la parte más baja de ese camino, aunque ninguna lámpara se había apagado todavía, su luz brillaba sobre agua.

A pesar de que tenían buenas razones para tratar de ganar tiempo, los caballos no podían seguir caminando para siempre sin descansar. Hicieron un alto; en el silencio podían escuchar el chapoteo del agua.

—Me pregunto si no se habrá inundado el cómo-se-llama... El Padre Tiempo —dijo Jill—. Y todos esos curiosos animales dormidos.

—No creo que estemos tan alto todavía —dijo Eustaquio—. ¿No te acuerdas que tuvimos que ir cuesta abajo para llegar al mar sin sol? No creo que el agua haya alcanzado aún hasta la cueva del Tiempo.

—Así debe ser —comentó Barroquejón—. Me preocupan más las lámparas del camino. Se ven un tanto débiles, ¿no?

—Igual que siempre —contestó Jill.

—Ah —dijo Barroquejón—, pero ahora están más verdes.

—¿No querrás decir que se van a apagar? —gritó Eustaquio.

3 *Caz*: canal movido por una rueda de molino.

—Bueno, como sea que funcionen, no puedes esperar que duren eternamente, ¿no crees? —replicó el Renacuajo—. Pero no te desanimes, Scrubb. He estado vigilando el agua también, y creo que no sube a tanta velocidad como antes.

—Poco consuelo, amigo mío —dijo el Príncipe—, si no podemos encontrar la salida. Les pido perdón a todos. Es culpa mía; por mi orgullo y fantasía perdimos tiempo allá a la entrada de la tierra de Bism. Y ahora, a caballo.

En el rato que siguió después, Jill pensó a veces que Barroquejón tenía razón acerca de las lámparas, y a veces pensó también que era sólo su imaginación. A todo esto el lugar cambiaba de aspecto. El techo de Bajotierra estaba tan cerca que incluso con aquella luz opaca podían verlo ahora muy claramente. Y los enormes y ásperos muros de Bajotierra se juntaban cada vez más a ambos lados. La senda, en realidad, los conducía hacia arriba por un escarpado túnel. Principiaron a encontrar picas, palas y carretillas, y otras señales de que los excavadores habían estado trabajando allí recientemente. Todo esto sería muy alentador si uno contara con la certeza de salir. Pero era bastante desagradable la idea de continuar penetrando en un socavón que se estrechaba más y más, haciendo muy dificultoso el darse vuelta dentro.

Al final, el techo estaba tan bajo que Barroquejón y el Príncipe se golpeaban la cabeza contra él. El grupo tuvo que desmontar y llevar los caballos de la brida. El camino era disparejo y había que pisar con sumo cuidado. Fue así como Jill se dio cuenta de la creciente oscuridad. Ya no cabía duda. Los rostros de los demás se veían extraños y de una palidez cadavérica al verde resplandor. Entonces, de repente (no pudo contenerse), Jill lanzó un grito. Una luz, la que seguía hacia adelante, se acababa de apagar del todo. Luego una atrás de ellos se apagó igualmente. Y quedaron en una absoluta tiniebla.

—Valor, amigos —se escuchó la voz del Príncipe Rilian— En la vida o en la muerte, Aslan será nuestro soberano señor.

—Así es, señor —dijo la voz de Barroquejón—. Y recuerden siempre que hay algo bueno en estar atrapados acá abajo: nos ahorraremos los gastos del funeral.

Jill se quedó callada. (Si no quieres que la gente sepa lo asustada que estás, eso es lo más prudente que puedes hacer; es tu voz la que te delata).

—Da lo mismo que sigamos o que nos quedemos aquí —dijo Eustaquio; y cuando escuchó el temblor de su voz, Jill supo cuan sabia fue al no confiar en la suya.

Barroquejón y Eustaquio iban adelante con los brazos extendidos al frente, por temor a tropezar con algo; Jill y el Príncipe los seguían, llevando los caballos.

—¡Oigan! —se escuchó la voz de Eustaquio al cabo de mucho rato—. ¿Se me están nublando los ojos o es que hay un manchón de luz allá arriba?
Antes de que ninguno pudiera responderle, Barroquejón gritó:

—Deténganse. Topé con el fin de este pasillo. Y es de tierra, no de roca. ¿Qué decías, Scrubb?

—¡Por el León! —exclamó el Príncipe—. Eustaquio tiene razón. Hay una especie de...

—Pero no es luz de día —interrumpió Jill—. Es solamente una especie de fría luz azul.

—Mejor que nada, de todos modos —dijo Eustaquio—. ¿Podemos llegar hasta allí?

—No está exactamente arriba de nuestras cabezas —explicó Barroquejón—. Está encima de nosotros, pero sobre esa muralla con la que choque recién. Pole, ¿qué tal si te subes en mis hombros y ves si puedes trepar por ahí?

XV
JILL DESAPARECE

El manchón de luz no mejoró en nada la visibilidad de los que permanecían abajo en la oscuridad. Los otros tres podían escuchar, pero no ver, los esfuerzo de Jill por subirse a la espalda del Renacuajo del Pantano. Es decir, escucharon que él decía: “No tienes para qué meterme un dedo en el ojo”, y “Ni tampoco un pie en mi boca”, y “Eso está mejor”, y “Ahora te voy a sostener por las piernas. Así tendrás libres los brazos para sujetarte a la tierra”.

Miraron hacia arriba y pronto vieron la negra silueta de la cabeza de Jill contra el manchón de luz.

—¿Y qué hay? —gritaron todos ansiosamente.

—Es un hoyo —se escuchó gritar la voz de Jill—. Podría pasar por ahí si estuviera un poco más en alto.

—¿Qué ves por el hoyo? —preguntó Eustaquio.

—No mucho todavía —contestó Jill—. Oye, Barroquejón, suéltame las piernas para poder pararme en tus hombros en lugar de estar sentada. Puedo afirmarme muy bien del borde.

La oyeron moverse y luego una buena parte de su cuerpo quedó a la vista contra la grisácea abertura; en realidad, todo su cuerpo hasta la cintura.

—Oigan —comenzó Jill, pero se detuvo súbitamente, danto un grito; no fue un grito agudo. Sonó más bien como si le hubieran tapado la boca o le hubieran metido algo adentro. Luego recuperó la voz y pareció que gritaba lo más fuerte posible, pero ellos no pudieron oír sus palabras. Entonces sucedieron dos cosas al mismo tiempo. Por un par de segundos se tapó completamente el manchón de luz; y escucharon a la vez un ruido de riña, de lucha, y la voz del Renacuajo del Pantano que decía, jadeante:

—¡Rápido! Ayúdenme. Sujeten sus piernas. Alguien la está tirando. ¡Allá! No, aquí. ¡Demasiado tarde!

La abertura y la fría luz que la llenaba se veían ahora perfectamente claras. Jill había desaparecido.

—¡Jill, Jill! —gritaron, frenéticos, pero no hubo respuesta.

—¿Por qué demonios no pudiste sujetar sus pies? —dijo Eustaquio.

—No sé, Scrubb —respondió Barroquejón con voz quejumbrosa—. Nací para ser un rebelde. Predestinado. Predestinado a ser la muerte de Pole, tal como estaba predestinado a comer un venado que habla en Harfang. No es que no sea culpa mía, también, por supuesto.

—Esta es la mayor vergüenza y dolor que nos podía caer encima —murmuró el Príncipe—. Enviamos a una valiente dama en medio del enemigo y nosotros nos quedamos atrás, muy a salvo.

—No lo pintes tan demasiado negro, señor —dijo Barroquejón—. No estamos tan a salvo: aún podemos morirnos de hambre en este hoyo.

—¿Seré suficientemente pequeño como para pasar por donde lo hizo Jill? —dijo Eustaquio.

Lo que le había acontecido a Jill en realidad fue lo siguiente: En cuanto sacó la cabeza fuera del hoyo, descubrió que miraba para abajo como quien está en una ventana de segundo piso, y no hacia arriba, como si mirara por una ventanilla de ventilación. Había pasado tanto tiempo en la oscuridad que al principio sus ojos no podían captar lo que estaban viendo, excepto que no miraba el mundo asoleado a plena luz del día que deseaba ver. Parecía que el aire era horrorosamente helado, y la luz era pálida y azul. Había mucho ruido y un montón de objetos blancos revoloteaban en el aire. Fue en ese momento cuando le gritó a Barroquejón que la dejara pararse en sus hombros.

Una vez que lo hizo pudo ver y oír muchísimo mejor. Los ruidos que había escuchado resultaron ser de dos clases: el rítmico golpeteo de numerosos pies y la música de cuatro violines, tres flautas y un tambor. También pudo conocer claramente su propia posición. Estaba asomada por un hoyo en una empinada cuesta que descendía hasta el plano a unos cinco metros más abajo. Todo era muy blanco. Un gentío iba y venía. ¡Y entonces se quedó boquiabierta! Esa gente eran pequeños y elegantes faunos, y dríades cuyos cabellos coronados de hojas flotaban sobre sus espaldas. Por un segundo pareció que se movían de cualquier modo; luego Jill vio que en realidad se trataba de una danza, una danza llena de pasos y figuras tan complicados que te demorabas un buen rato en entenderla. De repente se dio cuenta, como si le hubiera caído un rayo, que la luz pálida, azulada, era en verdad luz de luna, y que la cosa blanca sobre el suelo era verdaderamente nieve. ¡Por supuesto! Había estrellas que te contemplaban desde lo alto del helado cielo negro. Y esas altas y negras cosas detrás de los bailarines eran árboles. No sólo habían salido por fin al Mundo de Arriba, sino que salían en pleno corazón de Narnia. Jill sintió que se iba a desmayar de felicidad; y la música, la música salvaje, intensamente dulce y sin embargo un poquitito misteriosa también y llena de magia buena, así como el rasgueo de la Bruja había estado lleno de magia mala, la hizo sentir más fuertemente aún esa sensación de desmayo.

Todo esto toma largo tiempo para describirlo, pero ella tardó muy poco en verlo. Jill se volvió casi de inmediato para gritar a los otros: " ¡Oigan! Todo está bien. Salimos, estamos en casa". Pero la razón por la cual no siguió más allá de "Oigan" fue ésta: rodeando a los bailarines había un círculo de enanos, todos vestidos con sus mejores galas; la mayoría color escarlata con capuchones forrados en piel y con borlas doradas, y grandes botas altas también forradas en piel. A medida que daban vueltas iban lanzando bolas de nieve con gran rapidez. (Estas eran las cosas blancas que Jill había visto volar por el aire). No se las tiraban a los bailarines como lo habrían hecho los niños tontos en Inglaterra. Las lanzaban a través de la danza siguiendo con tal perfección el compás de la música y con una puntería tan perfecta, que si todos los bailarines estaban exactamente en el lugar correcto en el momento exactamente correcto, no le pegaban a nadie. Es la llamada Gran Danza de la Nieve que se realiza todos los años en Narnia en la primera noche de luna llena en que hay nieve sobre el suelo. Claro que es una especie de juego al mismo tiempo que una danza, pues de cuando en cuando algún bailarín puede equivocarse un poquitito y recibir una bola de nieve en la cara, y entonces todos se ríen. Pero un buen equipo de bailarines, enanos y músicos puede resistir por horas sin ni un solo golpe. En las noches claras, cuando el frío y los golpes del tambor y el ulular de los búhos y el claro de luna se les ha metido en la sangre, su sangre salvaje y montaraz, volviéndola aún más salvaje, ellos pueden seguir bailando hasta el amanecer. Me encantaría que pudieras verlo con tus propios ojos.

Y lo que detuvo a Jill cuando alcanzó sólo a decir "Oigan" fue, claro está, simplemente una magnífica bola de nieve que desde las manos de un enano que estaba al otro lado voló a través de los bailarines y le pegó en plena boca. No le importó ni un comino; ni veinte bolas de nieve la hubieran desalentado en ese momento. Pero, por muy feliz que te sientas, no puedes hablar con la boca llena de nieve. Y cuando después de muchos balbuceos logró hablar de nuevo, se olvidó totalmente en su emoción de que los otros, allá abajo, en la oscuridad detrás de ella, no sabían nada de estas buenas novedades.

Sencillamente se asomó lo más posible fuera del hoyo y llamó a gritos a los bailarines.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! Estamos enterrados en la colina. Vengan a sacarnos.

Los narnianos, que ni siquiera habían notado el pequeño agujero en la ladera, se sorprendieron muchísimo, por supuesto, y miraron en varias direcciones antes de descubrir de dónde salía la voz. Pero en cuanto divisaron a Jill todos corrieron, y los que podían treparon por la loma, y más de una docena de manos se estiraron para ayudarla, Y Jill se agarró a ellas y así salió del hoyo y rodó loma abajo de cabeza; luego se levantó y dijo:

—Oh, por favor vayan a sacar a los otros. Hay otros tres más, y además los caballos. Y uno de ellos es el Príncipe Rilian.

Ya se encontraba rodeada por una multitud cuando dijo esto, pues, además de los bailarines, toda clase de criaturas que observaban la danza, y a quienes Jill no había visto al principio, acudieron corriendo. Salían por montones las ardillas de los árboles, igual que los búhos. Los erizos acudían contoneándose lo más rápido posible para sus cortas patas. Los osos y tejones los seguían a paso más lento. Una inmensa pantera, crispando su cola de emoción, fue la última en unirse al grupo.

Pero en cuanto comprendieron lo que Jill decía, desplegaron una intensa actividad. “Pica y pala, muchachos, pica y pala. ¡A buscar nuestras herramientas!”, dijeron los enanos y se internaron en los bosques a todo escape. “Despierten a algunos topos, son los más indicados para cavar. Son tan buenos como los enanos”, dijo una voz. “¿Qué fue lo que dijo ella sobre el Príncipe Rilian?”, preguntó otra. “¡Silencio!”, dijo la Pantera, “la pobre niña ha enloquecido, y no es de extrañar después de perderse dentro de la colina. No sabe lo que dice”. “Así es”, dijo un viejo Oso. “ ¡Si dijo que el Príncipe Rilian era un caballo!”... “No, no lo dijo”, intervino una ardilla muy impertinente. “Sí, lo dijo”, agregó otra, más impertinente todavía.

—Es la pura v-v-v-erdad. N-n-no sean tontos —dijo Jill. Hablaba así porque le castañeteaban los dientes con el frío.

Inmediatamente una de las dríades la envolvió en una capa de piel que algún enano había dejado caer al correr en busca de sus herramientas mineras, y un amable fauno fue a la carrera por entre los árboles a un lugar donde Jill alcanzaba a ver una fogata a la entrada de una cueva, para traerle una bebida caliente. Pero antes que volviera, reaparecieron todos los enanos con palas excavadoras y piquetas y se abalanzaron hacia la loma. De pronto Jill escuchó gritos de “¡Hola! ¿Qué haces? Baja esa espada”, y “Ya, jovencito, nada de eso”, y “Este es un energúmeno, ¿no es cierto?” Jill corrió hasta allí y no supo si reír o llorar al ver la cara de Eustaquio, muy pálida y sucia, que emergía de la negrura del agujero, y la mano derecha de Eustaquio que blandía una espada con la cual tiraba estocadas a cualquiera que se le acercara.

Porque, por supuesto, Eustaquio no lo había pasado tan bien como Jill en esos últimos minutos. La escuchó gritar y la vio desaparecer hacia lo desconocido. Igual que el Príncipe y Barroquejón, pensó que la había capturado algún enemigo. Y desde tan abajo él no podía saber que la pálida luz azulada era luz de luna. Pensó que ese hoyo conduciría sólo a otra cueva, iluminada por alguna fosforescencia fantasmal y llena de Dios-sabe-qué perversas criaturas del Mundo Subterráneo. Así es que cuando persuadió a Barroquejón para que lo apoyara, y desenvainó su espada, y asomó su cabeza,

estaba realizando un verdadero acto de valentía. Los otros lo hubieran hecho primero si hubiesen podido, pero el agujero era demasiado pequeño para que ellos pudieran trepar por él. Eustaquio era sólo un poco más grande, pero muchísimo más torpe que Jill, y por eso cuando se asomó se dio un golpe en la cabeza contra la parte de arriba del hoyo y provocó una pequeña avalancha de nieve que le cayó en la cara. De modo que cuando pudo ver nuevamente y distinguió docenas de siluetas corriendo hacia él con gran celeridad, no es de sorprenderse que haya tratado de defenderse de su ataque.

—Déjalos, Eustaquio, déjalos —gritó Jill—. Son amigos. ¿No entiendes? Hemos llegado a Narnia. Todo está bien.

Entonces Eustaquio comprendió, y pidió disculpas a los enanos (y los enanos dijeron que no había por qué), y docenas de manos gordas, peludas, enanas, le ayudaron a salir tal como habían ayudado a Jill unos minutos antes. Luego Jill subió la loma y metió la cabeza por la oscura abertura y les gritó las buenas noticias a los prisioneros. Cuando se alejaba, oyó lamentarse a Barroquejón:

—Ah, pobre Pole. Esto último ha sido demasiado para ella. Se ha vuelto loca, no me extrañaría nada. Está empezando a ver visiones.

Jill se reunió con Eustaquio y se estrecharon la mano, con ambas manos, y respiraron profundamente el aire libre de la medianoche. Y le trajeron una abrigadora capa a Eustaquio y bebidas calientes para los dos. Mientras bebían unos sorbos, los enanos ya habían despejado de nieve y de pasto una extensa zona de la ladera alrededor del agujero original y las piquetas y las palas excavadoras se movían tan alegres como los pies de los faunos y dríades se habían movido en la danza diez minutos atrás. ¡Sólo diez minutos! Y sin embargo ya sentían Jill y Eustaquio como si todos los peligros vividos en la oscuridad y el calor y en la asfixia general de la tierra hubieran sido nada más que un sueño. Aquí afuera, al frío, con la luna y las inmensas estrellas arriba (las estrellas en Narnia están más cercanas que las estrellas de nuestro mundo) y rodeados de caras bondadosas y alegres, uno no podía creer mucho en Bajotierra.

Antes de que terminaran sus bebidas calientes, llegó algo así como una docena de topos, recién despertados, medio dormidos aún, y no muy contentos. Pero en cuanto entendieron de qué se trataba, participaron de muy buena gana. Hasta los faunos fueron muy útiles para acarrear la tierra en pequeñas carretillas, y las ardillas bailaban y brincaban de un lado para otro con gran alboroto, a pesar de que Jill nunca descubrió qué era exactamente lo que creían estar haciendo. Los osos y los búhos se contentaron con dar consejos, y no dejaban de preguntar a los niños si no les gustaría entrar a la cueva (que era donde Jill había visto la fogata) para calentarse y cenar. Pero los niños no soportaban la idea de irse sin ver a sus amigos en libertad.

Nadie en nuestro mundo puede trabajar en esa clase de faena como lo hacen en Narnia los enanos y los topos que hablan; pero, por supuesto, los topos y los enanos no lo consideran un trabajo. Les gusta cavar. Por tanto no tardaron mucho tiempo en abrir una gran fosa negra en la ladera. Y de aquella negrura salieron a la luz de la luna —habría sido pavoroso si uno no supiera quiénes eran— primero la figura alta, patilarga del Renacuajo del Pantano, con su sombrero puntiagudo, y a continuación, llevando dos enormes caballos, el propio Príncipe Rilian.

Cuando apareció Barroquejón estallaron gritos por todas partes: "Pero si es un renacuajo... Pero si es el viejo Barroquejón... El viejo Barroquejón de los Pantanos del Este... ¿Qué has estado haciendo, Barroquejón?... Han salido varios grupos en tu búsqueda... Lord Trumpkin ha hecho pegar carteles... ¡Se ofrece una recompensa!" Pero todo esto se desvaneció de improviso, en un silencio sepulcral, tan rápidamente como se acalla el ruido en un bullicioso dormitorio si entra el Director. Porque acababan de ver al Príncipe.

Nadie dudó por un instante de que era él. Había muchísimas bestias y dríades y enanos y faunos que lo recordaban de la época anterior al hechizo. Había algunos más ancianos que se acordaban de cómo era cuando joven su padre, el Rey Caspian, y podían notar la semejanza. Pero yo creo que lo habrían reconocido de todos modos. A pesar de lo pálido que estaba por el largo tiempo que pasó prisionero en las Tierras Profundas, vestido de negro, cubierto de polvo, despeinado y cansado, había algo en su cara y en su aspecto que no permitía equivocarse. Esa mirada que está en el rostro de todos los verdaderos reyes de Narnia que gobiernan por voluntad de Aslan y se sientan en el trono del gran Rey Pedro, en Cair Paravel. Al instante se descubrieron todas las cabezas y todas las rodillas se doblaron; en un segundo estallaron tal vitoreo y tal clamor, tales saltos y bailes, tal darse la mano y abrazarse y besarse todos con todos, que a Jill se le llenaron los ojos de lágrimas. Su búsqueda valía todos los sufrimientos que había costado.

—Si es del agrado de su Majestad —dijo el más anciano de los enanos—, hay algo así como una cena preparada en aquella cueva, con ocasión del término de la danza de la nieve...

—Con mucho gusto, Padre —respondió el Príncipe—. Pues nunca ningún príncipe, caballero, señor u oso ha tenido tanto apetito como nosotros, estos cuatro vagabundos, tenemos esta noche.

La muchedumbre en masa empezó a cruzar entre los árboles rumbo a la cueva. Jill escuchó que Barroquejón decía a los que se apretujaban a su alrededor:

—No, no, mi historia puede esperar. No me ha sucedido nada que merezca contarse. Quiero saber las noticias. No me las den de a poco, pues

prefiero saberlas todas de golpe. ¿El Rey ha naufragado? ¿Ha habido incendios de bosques? ¿No hay guerras en la frontera de Calormen? ¿O unos cuantos dragones? No me extrañaría nada.

Y todas las criaturas se rieron a gritos, diciendo:

—¿No es típico de un renacuajo del pantano?

Los dos niños ya se caían de cansancio y de hambre, pero los revivió algo la tibieza de la cueva, y el solo hecho de ver todo eso: el fuego bailando en las murallas y los aparadores y en las copas y los platillos y los platos y en el terso suelo de piedra, tal como en la cocina de una granja. De todas maneras se quedaron dormidos mientras preparaban la cena, Y mientras dormían, el Príncipe Rilian narró todas sus aventuras a las bestias y enanos más ancianos y sabios. Y entonces todos comprendieron su significado; cómo una pérfida Bruja (sin duda de la misma ralea de la Bruja Blanca que había provocado el Gran Invierno en Narnia mucho tiempo atrás) había tramado todo, asesinando primero a la madre de Rilian y luego hechizándolo a él. Y vieron cómo ella había hecho cavar justo bajo Narnia y se preparaba para invadirla y gobernarla a través de Rilian; y cómo él jamás soñó que el país del cual ella lo haría rey (rey de nombre, pero en realidad su esclavo) era su propia patria. Y por lo que les contaron los niños por su parte, supieron que ella era la aliada y muy amiga de los peligrosos gigantes de Harfang.

—Y la lección que sacamos de todo esto, su Alteza —dijeron los ancianos enanos—, es que esas Brujas del Norte siempre andan tras lo mismo, pero en cada época urden un plan diferente para conseguirlo.

XVI
EL REMEDIO DE LOS MALES

Cuando Jill despertó a la mañana siguiente y se encontró dentro de una cueva, pensó por unos segundos horrendos que estaba de vuelta en el Mundo Subterráneo. Pero cuando se dio cuenta de que estaba tendida en una cama de brezo y tapada con una manta de piel, y vio un alegre fuego chisporroteando (como si lo acabaran de encender) en una chimenea de piedra, y más allá el sol matinal que se introducía por la entrada de la cueva, recordó la feliz verdad. Habían comido una deliciosa cena, todos amontonados en la cueva, a pesar del sueño que los venció antes del postre. Tenía la vaga idea de haber visto a algunos enanos apiñados en torno al fuego con unas sartenes casi más grandes que ellos, y el chirriante y exquisito olor a salchichas, y más y más y más salchichas. Y no unas miserables salchichas con la mitad llena de pan y porotos de soya, sino verdaderas salchichas, carnosas, sabrosas, gruesas y bien calientes y muy rellenas y justo un poquito quemadas. Y enormes tazones de chocolate espumoso, y papas asadas y castañas asadas y manzanas cocidas con uvas clavadas en el lugar del corazón, y luego helados, lo preciso para refrescarte después de tantas cosas calientes.

Jill se incorporó y miró a su alrededor. Barroquejón y Eustaquio estaban acostados no muy lejos de ella, ambos profundamente dormidos.

—¡Ea, ustedes dos! —gritó Jill, con voz bastante fuerte—. ¿No piensan levantarse?

—¡Fu, fu! —dijo una voz soñolienta desde algún sitio encima de ella—. Es hora de portarse bien. Buena siestecita echaste, tú, tú. No armes lío. ¡Tufú!

—Pero no lo puedo creer —dijo Jill, mirando hacia arriba, hacia un bulto blanco de mullidas plumas posado en lo alto de un reloj de caja situado en un rincón de la cueva—. ¡No puedo creer que sea Plumaluz!

—Cierto, cierto —aleteaba el Búho, levantando la cabeza que tenía metida bajo su ala y abriendo un ojo—. Me presenté aquí cerca de las dos con un mensaje para el Príncipe. Las ardillas nos llevaron las buenas noticias. Mensaje para el Príncipe. Se ha ido. Ustedes deben seguirlo también. Buenos días.

Y la cabeza desapareció nuevamente.

Como parecía no haber esperanza alguna de conseguir más información del Búho, Jill se levantó y principió a mirar a su alrededor, buscando algún lugar donde lavarse y tomar desayuno. Pero casi de inmediato

un pequeño fauno entró trotando a la cueva, con un agudo clic clac de sus cascos caprinos sobre el piso de piedra.

—¡Ah! Por fin has despertado, Hija de Eva —dijo—. Tal vez es mejor que despiertes al Hijo de Adán. Tienen que salir dentro de pocos minutos y dos centauros han ofrecido muy gentilmente permitirles cabalgar en sus lomos hasta Cair Paravel —y agregó en voz más baja—: Ustedes entenderán, por supuesto, que es un honor muy especial y nunca visto que se les permita montar un centauro. No sé si escuché alguna vez que alguien lo hubiera hecho antes. No estaría bien hacerlos esperar.

—¿Dónde está el Príncipe? —fue lo primero que preguntaron Eustaquio y Barroquejón en cuanto los despertaron.

—Ha ido a reunirse con el Rey, su padre, en Cair Paravel —respondió el fauno, que se llamaba Orruns—. Se espera que el barco de su Majestad llegue a la bahía de un momento a otro. Parece que el Rey se encontró con Aslan —no sé si fue una visión o si fue cara a cara— antes de navegar más lejos, y Aslan lo hizo regresar y le dijo que encontraría a su hijo, perdido por tanto tiempo, esperándolo cuando volviera a Narnia.

Eustaquio ya se había levantado y con Jill se pusieron a ayudar a preparar el desayuno. Le dijeron a Barroquejón que se quedara en la cama. Un centauro llamado Nubenato, un famoso curandero, o (como lo llamaba Orruns), un “doctor”, venía a ver su pie quemado.

—¡Ah! —dijo Barroquejón, en tono casi contento—, va a querer cortarme la pierna hasta la rodilla, no me extrañaría nada. Van a ver.

Pero estaba feliz de quedarse en cama.

El desayuno consistió en huevos revueltos y tostadas, y Eustaquio se lo devoró igual que si no hubiera comido una abundantísima cena a medianoche.

—Mira, Hijo de Adán —dijo el Fauno, mirando con un cierto asombro los bocados de Eustaquio—. No hay necesidad de apurarse tan demasiado terriblemente como lo estás haciendo. No creo que los centauros hayan terminado todavía su desayuno.

—Entonces se deben haber levantado muy tarde —dijo Eustaquio—. Apuesto a que son más de las diez.

—Oh, no —replicó Orruns—. Se levantaron antes de aclarar.

—Entonces deben haber esperado horrores el desayuno —insistió Eustaquio.

—Tampoco —repuso Orruns—. Empezaron a comer en cuanto despertaron.

—¡Chitas! —exclamó Eustaquio—. ¿Toman un desayuno muy contundente?

—Pero, Hijo de Adán, ¿es que no entiendes? Un centauro tiene un estómago de hombre y un estómago de caballo. Y claro que los dos quieren desayuno. Así es que antes que nada, él come *porridge* y *pavenders* y riñones y tocino y tortilla y jamón frío y tostadas y mermelada y café y cerveza. Y después de eso, atiende a su parte de caballo, pastando alrededor de una hora y termina con afrecho remojado caliente, un poco de avena y un saco de azúcar. Por eso es un asunto muy serio invitar a un centauro a pasar el fin de semana. Un asunto realmente muy serio.

En ese momento hubo un ruido de cascos de caballo dando golpecitos en la roca a la entrada de la cueva, y los niños levantaron los ojos. Los dos centauros, uno con barba negra y el otro dorada, que ondeaban sobre sus magníficos pechos desnudos, los estaban esperando, inclinando un poco sus cabezas para mirar dentro de la caverna. Entonces los niños se volvieron sumamente educados y terminaron su desayuno rápidamente. Nadie puede pensar que un centauro sea divertido cuando ve uno. Son gente solemne, majestuosa, empapada de antigua sabiduría que aprendieron de las estrellas; no se alegran ni se irritan con facilidad, pero cuando estalla, su cólera es tan temible como un maremoto.

—Adiós, querido Barroquejón —dijo Jill acercándose al lecho del Renacuajo del Pantano—. Siento tanto haberte llamado aguafiestas.

—Yo igual —dijo Eustaquio—. Has sido el mejor amigo del mundo.

—Y espero que volvamos a encontrarnos —agregó Jill.

—Yo diría que no hay muchas posibilidades —replicó Barroquejón—. Tampoco creo muy posible que vuelva a ver mi choza. Y ese Príncipe es un tipo simpático, pero ¿ustedes lo creen muy fuerte? Constitución arruinada con la vida bajo tierra, no me extrañaría nada. Parece ser de la clase de los que se van cualquier día.

—¡Barroquejón! —dijo Jill—. Eres un auténtico farsante. Te haces el quejumbroso como un funeral y yo creo que eres perfectamente feliz. Y hablas como si tuvieras miedo de todo, cuando en realidad eres valiente como..., como un león.

—Ahora, hablando de funerales —comenzó a decir Barroquejón, pero Jill, que oía los golpes que daban los centauros con sus cascos tras ella, lo

sorprendió enormemente al echarle los brazos alrededor de su delgado cuello y besar su cara barrosa, mientras Eustaquio le daba un fuerte apretón de manos. Luego, ambos corrieron hacia los centauros, y el Renacuajo del Pantano, hundiéndose en su lecho, comentó para sus adentros:

—Bueno, jamás habría soñado que ella haría eso. Aunque soy un tipo harto buenmozo.

Montar un centauro es, sin duda, un gran honor (y es muy probable que fuera de Jill y Eustaquio no exista ningún ser viviente hoy en el mundo que lo haya hecho), pero es sumamente incómodo. Porque nadie que aprecie su vida sugeriría ensillar un centauro, y montar en pelo no es nada de divertido; especialmente si, como Eustaquio, no tienes idea de andar a caballo. Los centauros eran muy educados, en su estilo serio, gracioso y adulto, y mientras iban a medio galope por los bosques de Narnia, hablaban sin volver sus cabezas, contándoles a los niños sobre las propiedades de las hierbas y raíces, la influencia de los planetas, los nueve nombres de Aslan con sus significados, y cosas parecidas. Y por muy adoloridos y traqueteados que hayan quedado los dos humanos, ahora darían cualquier cosa por hacer ese viaje otra vez: ver esos claros en el bosque y esas lomas centelleantes por la nieve caída la noche anterior; ver cómo salen a tu encuentro conejos y ardillas y pájaros que te dan los buenos días; respirar nuevamente el aire de Narnia y oír las voces de los árboles de Narnia.

Bajaron hasta el río, que fluía brillando azuloso a la luz del sol invernal, mucho más abajo del último puente (que está en el acogedor pueblito de techos rojos llamado Beruna) y los transbordó un barquero en una barca; o más bien, un barquero renacuajo, ya que son los renacuajos del pantano los que hacen la mayoría de los trabajos que tengan que ver con agua y peces en Narnia. Y después de cruzarlo, siguieron cabalgando por la ribera sur del río y al cabo de poco tiempo llegaron a Cair Paravel. Junto con llegar divisaron el mismo barco resplandeciente que habían visto cuando pisaron tierra en Narnia por primera vez, que se deslizaba río arriba como un ave inmensa. Otra vez estaba toda la corte reunida en el prado entre el castillo y el muelle para dar la bienvenida al Rey Caspian que volvía a su patria. Rilian, que se había quitado sus ropajes negros y vestía ahora una capa escarlata sobre su malla de plata, permanecía de pie junto a la orilla del agua, con la cabeza descubierta, para recibir a su padre; y el Enano Trumpkin estaba a su lado, sentado en su sillita tirada por el burro. Los niños comprendieron que no habría ninguna posibilidad de acercarse al Príncipe a través de aquel gentío, y, de todas maneras, ahora se sentían algo tímidos. Así es que consultaron a los centauros si podían seguir sentados en sus lomos un rato más para poder ver todo por encima de las cabezas de los cortesanos. Y los centauros dijeron que sí podían.

Desde la cubierta del barco, un toque de trompetas de plata atravesó las aguas; los marineros arrojaron una cuerda; ratones (ratones que hablan,

por supuesto) y renacuajos del pantano la amarraron en tierra; y el barco fue remolcado hacia la playa, Músicos ocultos en alguna parte en medio de la muchedumbre comenzaron a tocar sones solemnes y triunfales. Y pronto el galeón del Rey atracó y las ratas colocaron la pasarela a bordo.

Jill esperaba ver al anciano Rey descender por ella. Pero al parecer había algún problema. Bajó a tierra un Lord cuyo rostro estaba muy pálido y se arrodilló ante el Príncipe y Trumpkin. Los tres hablaron unos pocos minutos con sus cabezas muy juntas, pero nadie pudo escuchar lo que decían. La música seguía tocando, pero podías darte cuenta de que todos comenzaban a inquietarse. Luego cuatro Caballeros, que portaban algo y caminaban muy lentamente, aparecieron en cubierta. Cuando empezaron a bajar por la pasarela, ya podías ver lo que llevaban: era el anciano Rey, sobre una cama, muy pálido y quieto. Lo depositaron en el suelo. El Príncipe se arrodilló a su lado y lo besó. Pudieron ver cómo el Rey Caspian levantaba su mano para bendecir a su hijo. Y todos aclamaron, pero eran vítores poco entusiastas, pues presentían que algo andaba mal. Y de súbito la cabeza del Rey cayó hacia atrás sobre las almohadas, los músicos callaron y se hizo un silencio sepulcral. El Príncipe, arrodillado junto al lecho del Rey, recostó su cabeza sobre él y lloró.

Hubo cuchicheos y muchas idas y venidas. Después Jill advirtió que todo el que tenía puesto sombrero, gorra, yelmo o capuchón, se lo estaba quitando —incluido Eustaquio—. Luego escuchó el susurrante ruido de algo que ondea encima del castillo; cuando miró, vio que ponían a media asta la gran bandera con el león dorado bordado en ella. Y después de eso, lentamente, despiadadamente, con plañideros acordes y un desconsolado sonar de cuernos, la música comenzó de nuevo: esta vez una melodía que te partía el corazón.

Los dos niños bajaron de sus centauros (quienes ni se dieron cuenta).

—Quisiera estar en casa —dijo Jill.

Eustaquio asintió sin decir nada, y se mordió los labios.

—He venido —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvieron y vieron al propio León, tan brillante y real y fuerte que todo lo demás empezó inmediatamente a parecer pálido y sombrío comparado con él. Y en un suspiro Jill olvidó todo acerca del difunto Rey de Narnia y recordó únicamente cómo había hecho caer a Eustaquio por el acantilado, y cómo ayudó a fallar casi todas las Señales, y se acordó de todas las rabietas y peleas. Y quería decir “lo siento”, pero no pudo hablar. Entonces el León los atrajo hacia él con su mirada, y se inclinó y rozó sus pálidas caras con su lengua, y dijo:

—No pienses más en eso. No estaré siempre regañándolos. Han cumplido la tarea para la cual los traje a Narnia.

—Por favor, Aslan —rogó Jill—. ¿Podemos irnos a casa ahora?

—Sí. He venido para llevarlos a su hogar —repuso Aslan.

Y abriendo mucho su boca, sopló. Pero esta vez no tuvieron la sensación de volar por los aires; en su lugar, parecía que ellos permanecían sin moverse y que el aliento salvaje de Aslan arrastraba el barco y el Rey muerto y el castillo y la nieve y el cielo invernal. Porque todas esas cosas se fueron flotando en el aire como espirales de humo, y de pronto se encontraron parados en un gran resplandor de sol en pleno verano, sobre un terso césped, en medio de enormes árboles, y cerca de un hermoso y fresco arroyo. Se dieron cuenta de que estaban otra vez en la montaña de Aslan, muy arriba y más allá del fin de ese mundo en que está Narnia. Pero lo raro era que aún seguían escuchando la música del funeral del Rey Caspian, aunque ninguno podía decir de dónde venía. Iban caminando a orillas del arroyo y el León iba delante de ellos: y se veía tan bello, y la música era tan profundamente triste, que Jill no supo cuál de los dos había hecho que sus ojos se llenaran de lágrimas.

De súbito Aslan se detuvo, y los niños miraron el arroyo. Y allí, en la arenilla dorada del lecho del río, yacía el Rey Caspian, muerto, y el agua lo cubría como un cristal líquido. Y su larga barba blanca ondeaba como plantas acuáticas. Y los tres se pusieron a llorar. Hasta el León lloraba: grandes lágrimas de León, y cada una de sus lágrimas era más preciosa que lo que podría ser la Tierra, si ésta fuera un solo diamante macizo. Y Jill advirtió que Eustaquio no parecía un niño llorando, ni un muchacho llorando y tratando de ocultarlo, sino un adulto que lloraba. Al menos eso fue lo más que logró entender de todo aquello; pero en realidad, como ella decía, parece que la gente no tenía una edad definida en esa montaña.

—Hijo de Adán —dijo Aslan—. Ve a aquel matorral, arranca la espina que encontrarás allí y tráemela.

Eustaquio obedeció. La espina medía unos treinta centímetros de largo y era afilada como un espadín.

—Clávamela en la pata, Hijo de Adán —dijo Aslan, levantando su pata delantera derecha y acercando a Eustaquio las grandes zarpas.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Eustaquio.

—Sí —respondió Aslan.

Entonces Eustaquio apretó los dientes y clavó la espina en la pata del León. Y salió una inmensa gota de sangre, más roja que todos los rojos que hayas podido ver o imaginarte. Y salpicó el arroyo encima del cadáver del Rey. Al mismo tiempo cesó la lúgubre melodía. Y el difunto Rey comenzó a transformarse. Su blanca barba se puso gris y del gris pasó al rubio y se acortó y desapareció totalmente; y sus hundidas mejillas se redondearon y lucieron frescas, y las arrugas se alisaron, y sus ojos se abrieron, y tanto sus ojos como sus labios reían, y de repente dio un salto y se paró frente a ellos... un hombre muy joven, o más bien un niño. (Pero Jill no podía decidir cuál de los dos, porque la gente no tiene una edad definida en el país de Aslan. Incluso en este mundo, claro está, son los niños más estúpidos los que son más infantiles y los adultos más estúpidos son los más adultos). Y corrió hacia Aslan y le echó los brazos al cuello, abrazando lo más que pudo ese cuello enorme; y le dio a Aslan los fervorosos besos de un Rey, y Aslan le dio a él los salvajes besos de un León.

Por fin Caspian se volvió a los otros. Lanzó una buena carcajada de alegre sorpresa.

—¡Vaya! ¡Eustaquio! —exclamó—. ¡Así que llegaste al final del mundo después de todo! ¿Y qué fue de mi segunda mejor espada que quebraste en la serpiente de mar?

Eustaquio dio un paso hacia él con ambas manos extendidas, pero luego retrocedió con expresión de asombro.

—¡Oigan! Pero... —balbuceó—. Todo esto está muy bien. Pero, ¿no estabas..., quiero decir, no...?

—¡Oh, no seas tonto! —exclamó Caspian.

—Pero —insistió Eustaquio mirando a Aslan—¿No estaba... en... muerto?

—Sí —contestó el León con una voz muy tranquila, casi (pensó Jill) como si estuviera riéndose—. El murió. La mayoría de la gente muere, ya sabes. Hasta yo he muerto. Hay muy pocos que no hayan muerto.

—Ah —dijo Caspian—. Ya sé lo que te molesta. Piensas que soy un fantasma, o cualquier tontería así. Pero, ¿es que no ves? Yo sería un fantasma si me apareciera ahora en Narnia: porque ya no pertenezco a ese mundo. Pero nadie puede ser fantasma en su propio país. Sería un fantasma si entrara en el mundo de ustedes. No estoy muy seguro. Pero supongo que tampoco es el de ustedes, ahora que están aquí.

Una gran esperanza alentó en el corazón de los niños. Pero Aslan movió su peluda cabeza.

—No, queridos míos —dijo—. Cuando vuelvan a encontrarse conmigo aquí, habrán venido para quedarse. Pero ahora no. Deben regresar a su propio mundo por un tiempo.

—Señor —murmuró Caspian—. Siempre he deseado dar aunque sea una ojeada a ese mundo de *ellos.* ¿Es malo?

—Tú no puedes desear cosas malas nunca más, ahora que has muerto, hijo mío —repuso Aslan—. Y vas a ver el mundo de ellos… por cinco minutos de *su* tiempo. No te demorarás más de eso en arreglar las cosas allá.

Luego Aslan le explicó a Caspian a qué regresarían Jill y Eustaquio, así como todo acerca del Colegio Experimental: parecía conocerlo tan bien como ellos mismos.

—Hija —dijo Aslan a Jill—. Arranca una varilla de aquel arbusto.

Así lo hizo ella; y en cuanto la tomó en su mano, se convirtió en una elegante fusta nueva.

—Ahora, Hijos de Adán, desenvainen sus espadas —ordenó Aslan— Pero usen sólo la parte roma, porque es contra cobardes y niños, no contra guerreros, que os envío.

—¿Vienes con nosotros, Aslan? —preguntó Jill.

—Ellos podrán ver únicamente mi lomo —replicó Aslan.

Los guió velozmente a través del bosque y antes de que hubieran dado muchos pasos, se levantó ante ellos el muro del Colegio Experimental. Entonces Aslan rugió, haciendo temblar el sol en el cielo, y diez metros de muro se desmoronaron delante de ellos. Miraron por la brecha hacia el parque del colegio y el techo del gimnasio, siempre bajo el mismo grisáceo cielo otoñal que vieron antes de que empezaran sus aventuras. Aslan se volvió hacia Jill y Eustaquio y sopló sobre ellos y tocó sus frentes con la lengua. Después se echó en medio del boquete que había abierto en el muro y dio vuelta sus cuartos traseros hacia Inglaterra, y su cara señorial hacia sus propios dominios. En ese mismo momento, Jill vio unas siluetas que conocía demasiado bien trepando hacia ellos por entre los laureles. La mayor parte de la pandilla estaba ahí: Adela Pennyfather y Cholmondely Major, Edith Winterblott, “Espinilloso” Sorner, el grandote Bannister, y los repelentes mellizos Garrett. Pero de repente se detuvieron. Les cambió la cara, y toda bajeza, vanidad, crueldad y servilismo casi desaparecieron de ella en una única expresión de terror. Pues habían visto el muro derrumbado y un león tan grande como un elefante joven echado en medio del boquete, y tres figuras vestidas con relucientes ropajes y llevando espadas en sus manos, que bajaban corriendo tras ellos. Pues, con la fuerza que Aslan puso en ellos, Jill

golpeaba con su fusta a las niñas, y Caspian y Eustaquio con el lado romo de sus espadas a los niños, tanto que en dos minutos los matones corrían como locos, clamando: "¡Asesinos! ¡Fascistas! ¡Leones! ¡No hay derecho!". Y entonces el Director (que, a propósito, era mujer) acudió apresuradamente a ver qué sucedía. Y cuando vio al león y el muro partido y a Caspian y a Jill y a Eustaquio (a quienes casi no reconoció), tuvo un ataque de histeria y regresó al colegio y se puso a telefonear a la policía, contando historias sobre un león escapado de algún circo, y sobre convictos prófugos que rompían muros y andaban con espadas desenvainadas. En medio de todo este alboroto, Jill y Eustaquio se escabulleron calladamente hacia el interior y se cambiaron las ropas rutilantes por sus vestimentas de siempre, y Caspian regresó a su propio mundo. Y la muralla, a una palabra de Aslan, volvió a quedar intacta. Cuando la policía llegó y no encontró ningún león, ni muro partido, ni convictos, y vio a la Directora portándose como una lunática, mandó hacer una investigación de todo el asunto. Y en esa investigación salieron a luz toda clase de cosas sobre el Colegio Experimental, y cerca de diez personas fueron expulsadas. Después de eso, los amigos de la Directora vieron que la Directora no servía como Directora, así que la nombraron Inspectora para que estorbara a otros Directores. Y cuando descubrieron que tampoco era apta para eso, la eligieron Diputado y desde entonces vivió muy feliz.

Una noche, en secreto, Eustaquio enterró sus elegantes ropajes en los jardines del colegio; en cambio Jill llevó los suyos a escondidas a su casa y los usó en un baile de disfraces en las vacaciones siguientes. Y de ese día en adelante las cosas cambiaron, para mejor, en el Colegio Experimental, que llegó a ser un muy buen colegio. Y Jill y Eustaquio fueron siempre amigos.

Pero allá muy lejos, en Narnia, el Rey Rilian sepultó a su padre, Caspian el Navegante, Décimo de ese nombre, y guardó luto por él. Gobernó muy bien a Narnia y el país fue feliz en su época, a pesar de que Barroquejón (cuyo pie estuvo como nuevo en tres semanas) siempre advertía que las mañanas radiantes traen tardes de lluvia, y que no podías esperar que los buenos tiempos duraran siempre. Dejaron abierta la grieta en la colina, y a menudo, en los calurosos días de verano, los narnianos entran por ahí con barcos y faroles y bajan al agua y navegan por todos lados, cantando en el helado y oscuro mar subterráneo, contándose historias sobre ciudades que se hallan a muchas brazas de profundidad. Si alguna vez tienes la suerte de ir a Narnia, no olvides echar una mirada a aquellas cuevas.

C. S. LEWIS

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO V
EL CABALLO Y SU NIÑO

I
COMO SHASTA PARTIO DE VIAJE

Esta es la historia de una aventura acaecida en Narnia y en Calormen y en las tierras que hay entre ambos países, durante la Epoca de Oro cuando Pedro era el gran Rey de Narnia y su hermano era Rey y sus dos hermanas Reinas bajo su mando.

En aquellos días, en una pequeña caleta al extremo sur de Calormen, vivía un pobre pescador de nombre Arshish y con él un niño que lo llamaba padre. El nombre del niño era Shasta. La mayoría de los días Arshish salía en su bote a pescar por la mañana, y por la tarde enganchaba su burro a un carro y lo cargaba con el pescado y se iba un kilómetro o más hacia el sur, hasta el pueblo, para venderlo. Si vendía bien, volvería a casa de un talante moderadamente bueno y no diría nada a Shasta; pero si vendía mal, le echaría la culpa a él y quizás le pegaría. Siempre había de qué echarle la culpa, pues Shasta tenía mucho trabajo que hacer: zurcir y lavar las redes, cocinar la cena y limpiar la cabaña en que vivían.

Shasta no sentía la menor curiosidad por cualquier cosa que estuviese al sur de su casa, porque una o dos veces había ido al pueblo con Arshish y sabía que no había nada muy interesante allí. En el pueblo sólo había conocido otros hombres iguales a su padre, hombres vestidos en largas y sucias túnicas, con zapatos de madera, con la punta del pie vuelta hacia arriba, y turbantes en sus cabezas, y barbas, y que hablaban entre ellos lentamente sobre cosas que parecían muy aburridas. Pero estaba muy interesado en todo lo que hubiera al norte, porque nadie había ido jamás hacia aquel lado y a él nunca le habían permitido hacerlo. Cuando se sentaba afuera zurciendo las redes, solo, a menudo miraba con ansias hacia el norte. No se veía nada más que una ladera cubierta de hierba que subía hasta una cumbre plana y más atrás un cielo donde tal vez volaban algunos pájaros.

A veces si Arshish estaba ahí, Shasta le decía:

—Oh padre mío, ¿qué hay más allá de esa colina?

Y si el pescador estaba de malhumor le daría una cachetada a Shasta y le diría que se ocupara de su trabajo. O si estaba de humor apacible diría:

—Oh hijo mío, no dejes que tu mente se distraiga en preguntas inútiles. Pues uno de los poetas ha dicho: “La dedicación a los negocios es la raíz de la prosperidad, mas los que hacen preguntas que no les conciernen están conduciendo el barco de la locura hacia la roca de la indigencia”.

Shasta pensaba que más allá de la colina debía haber algún delicioso secreto que su padre quería esconderle. En realidad, sin embargo, el pescador

hablaba así porque no sabía qué había al norte. Tampoco le importaba. Tenía una mentalidad muy práctica.

Un día llegó del sur un desconocido muy diferente a cualquier otro hombre que Shasta hubiese visto antes. Montaba un robusto caballo overo de largas crines y cola, y sus estribos y bridas tenían incrustaciones de plata. La punta de un casco sobresalía de su turbante de seda y vestía una camisa de malla. Al cinto llevaba una corva cimitarra, un escudo redondo claveteado con remaches de bronce colgaba a su espalda y su mano derecha empuñaba una lanza. Su rostro era oscuro, lo que no sorprendió a Shasta ya que toda la gente de Calormen era así; lo que sí lo sorprendió fue que la barba del hombre estaba teñida color carmesí, y era rizada y relucía con un fragante aceite. Pero por la pulsera de oro en el brazo desnudo del desconocido Arshish supo que era un Tarkaan o gran señor, e hizo una genuflexión arrodillándose delante de él hasta que su barba tocó la tierra e hizo señas a Shasta para que se arrodillase también.

El desconocido exigió hospitalidad por esa noche y el pescador, por supuesto, no osó negársela. Puso ante el Tarkaan todo lo mejor que tenían para que cenara (y a él no le gustó nada) y a Shasta, como siempre sucedía cuando el pescador tenía visitas, le dio un pedazo de pan y lo echó fuera de la cabaña. En tales ocasiones, por lo general, dormía con el burro en su pequeño establo de paja. Pero era demasiado temprano para irse a dormir, y Shasta, que nunca había aprendido que era malo escuchar detrás de la puerta, se sentó con el oído puesto en una rendija en la pared de madera de la cabaña para escuchar lo que los mayores estaban hablando. Y esto es lo que oyó:

—Y ahora, oh mi huésped —dijo el Tarkaan—, tengo ganas de comprar a ese niño tuyo.

—¡Oh mi señor! —repuso el pescador (y Shasta, por el tono mimoso, supo que una mirada de codicia brillaba en su cara al decir estas palabras)— , ¿qué precio podría inducir a tu sirviente, a pesar de su pobreza, a vender como esclavo a su único hijo, a su propia carne? ¿No ha dicho uno de los poetas: “La voz de la sangre es más fuerte que la sopa y los hijos más preciosos que los diamantes”?

—Así es —replicó el huésped secamente—. Pero otro poeta dijo además: “El que trata de engañar al prudente ya está desnudando su propia espalda para el azote”. No llenes tu anciana boca de falsedades. Es evidente que este niño no es tu hijo, pues tus mejillas son oscuras como las mías, mas el muchacho es bello y blanco como los malditos pero hermosos bárbaros que habitan el remoto norte.

—¡Qué bien dicho está —contestó el pescador—, que una espada puede ser esquivada con escudos, pero el ojo de la sabiduría penetra a través de toda defensa! Has de saber entonces, oh mi formidable huésped, que

debido a mi extrema pobreza jamás me casé ni tuve hijos. Pero el mismo año en que el Tisroc (que viva para siempre) comenzó su augusto y benéfico reinado, una noche en que la luna estaba llena, los dioses tuvieron a bien privarme del sueño. Por tanto, me levanté de mi cama en este tugurio y me fui a la playa a refrescarme con la vista del agua y de la luna y a respirar el aire frío. Y de pronto oí un ruido como de remos que avanzaban hacia mí por el agua y luego, por decirlo así, un débil grito. Y poco después, la marea trajo a la playa un pequeño bote en el que no había más que un hombre enflaquecido por haber sufrido extremadamente de hambre y sed y que parecía haber muerto sólo unos momentos antes (pues todavía estaba tibio), y un odre vacío, y un niño que aún vivía. “Sin duda —pensé— estos infortunados escaparon del naufragio de un gran barco, pero por los admirables designios de los dioses el mayor ha pasado hambre para mantener vivo al niño, pereciendo al avistar tierra”. Así pues, recordando que los dioses jamás dejan de recompensar a quienes amparan a los huérfanos, y movido de compasión (porque tu siervo es un hombre de corazón tierno)...

—Prescinde de esas palabras ociosas de elogio a ti mismo— interrumpió el Tarkaan—. Basta con saber que te quedaste con el niño, y que has sacado diez veces el costo de su pan diario con su trabajo, como cualquiera puede ver. Y ahora dime de inmediato qué precio le pones, pues ya estoy cansado de tu locuacidad.

—Tú mismo has dicho sabiamente —respondió Arshish— que el trabajo del niño me ha sido de inestimable valor. Hay que tomarlo en cuenta al fijar el precio. Porque si vendo al niño, sin duda tendré que comprar o emplear otro para que haga sus labores.

—Te daré quince crecientes por él —dijo el Tarkaan.

—¡Quince! —exclamó Arshish con una voz que era algo entre un gimoteo y un grito—. ¡Quince! ¡Por el apoyo de mi vejez y el encanto de mis ojos! No te burles de mi barba gris, aunque seas un Tarkaan. Mi precio es setenta.

A este punto Shasta se paró y se fue en puntillas. Había oído todo lo que deseaba, pues había escuchado muchas veces cuando los hombres regateaban en el pueblo y sabía cómo lo hacían. Estaba totalmente seguro de que al final Arshish lo vendería por una suma muy superior a quince crecientes y muy inferior a setenta, pero que él y el Tarkaan tardarían horas en llegar a un acuerdo.

No debes imaginarte que Shasta sintió lo que habríamos sentido tú y yo si hubiéramos oído por casualidad a nuestros padres hablando de vendernos como esclavos. Por una parte, su vida era ya muy poco mejor que la esclavitud; que él supiera, el señorial desconocido del imponente caballo podría ser más bondadoso con él que Arshish. Y por otra, la historia de su

propio hallazgo en el bote lo había llenado de emoción y de un sentimiento de alivio. A menudo se había sentido incómodo porque, por más que tratara, nunca había sido capaz de querer al pescador, y sabía que un hijo debe amar a su padre. Y ahora, parecía que no tenía ninguna relación con Arshish. Esto le sacó un gran peso de encima.

"¡Vaya, podría ser cualquiera! —pensó—. ¡Podría ser el hijo de un Tarkaan, o el hijo del Tisroc (que viva para siempre), o de algún dios!"

Estaba parado afuera en un sitio lleno de hierba delante de la cabaña mientras pensaba todas esas cosas. El crepúsculo caía rápidamente y ya habían salido una o dos estrellas, mas aún podían verse al oeste vestigios de la puesta de sol. No muy lejos pastaba el caballo del desconocido, atado holgadamente a una argolla de fierro en la pared del establo del burro. Shasta se acercó a él y acarició su cuello. El siguió arrancando pasto y no le hizo caso.

Luego otro pensamiento vino a la mente de Shasta.

—Me pregunto qué laya de hombre será ese Tarkaan —dijo en voz alta—. Sería espléndido que fuera bueno. Algunos de los esclavos en la casa de un gran señor no tienen casi nada que hacer. Usan lindos trajes y comen carne todos los días. Quizás me llevaría a las guerras y yo le salvaría la vida en una batalla y entonces él me libertaría y me adoptaría como hijo y me daría un palacio y un carruaje y una armadura. Pero también podría ser un hombre horrible y cruel. Podría mandarme a trabajar a los campos, encadenado. Me gustaría saberlo, pero ¿cómo? Apuesto a que este caballo lo sabe, ojalá pudiera contarme.

El caballo había levantado la cabeza. Shasta acarició su nariz suave como la seda y dijo:

—Me gustaría tanto que *tú* pudieras hablar, amigo.

Y por un segundo creyó estar soñando, pues muy claramente, aunque en voz baja, el caballo dijo: "Pero sí puedo".

Shasta miró fijamente sus grandes ojos y los suyos propios se abrieron casi tan grandes de asombro.

—¿Cómo diablos aprendiste a hablar *tú*? —preguntó.

—¡Silencio! No tan fuerte —respondió el caballo—. De donde yo vengo, casi todos los animales hablan.

—¿Y dónde diablos está eso?

—Narnia —replicó el caballo—. La feliz tierra de Narnia..., Narnia, la de las montañas cubiertas de brezo y las lomas llenas de tomillo; Narnia, la de los muchos ríos, las fangosas cañadas, las cavernas tapizadas de musgo, las profundas selvas en que resuenan los martilleos de los enanos. ¡Oh, el dulce aire de Narnia! Una hora vivida ahí vale más que mil años en Calormen.

Terminó con un relincho que más parecía un suspiro.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Shasta.

—Secuestrado —dijo el caballo—. O robado, o capturado, como tú quieras llamarlo. Era sólo un potrillo en ese entonces. Mi madre me advirtió que no vagara por las laderas del sur, hacia Archenland y más allá, pero no le hice caso. Y por la Melena del León, he pagado cara mi locura. Todos estos años he sido un esclavo de los humanos, y he tenido que esconder mi verdadera naturaleza y fingir ser mudo y estúpido como *sus* caballos.

—¿Por qué no les dijiste quién eras?

—Porque no soy tonto, por eso. Si alguna vez hubieran descubierto que podía hablar, habrían montado un espectáculo conmigo en las ferias y me habrían vigilado más cuidadosamente que antes. Mi última oportunidad de escapar se habría esfumado.

—¿Y por qué? —comenzó Shasta, pero el caballo lo interrumpió.

—Mira —le dijo—, no podemos perder tiempo con preguntas tontas. Tú quieres saber acerca de mi amo el Tarkaan Anradin. Bueno, es malo. No tan malo conmigo, ya que un caballo de guerra es muy costoso como para tratarlo mal. Pero sería preferible que te cayeras muerto esta noche antes que ser un esclavo humano en esa casa mañana.

—Entonces es mejor que huya —dijo Shasta, palideciendo.

—Sí, es mejor —dijo el caballo—. Pero ¿por qué no escapar conmigo?

—¿Tú también vas a escapar? —dijo Shasta.

—Claro, si tú vienes conmigo —contestó el caballo—. Es la oportunidad para los dos. Mira, si huyo solo, sin jinete, el que me vea dirá, “un caballo perdido”, y se pondrá a perseguirme lo más rápido que pueda. En cambio, con un jinete, tendré una posibilidad de pasar inadvertido. En eso me puedes ayudar. Por otra parte, tú no podrás ir muy lejos con esas dos tontas piernas tuyas (¡qué patas tan absurdas tienen los humanos!) sin que te agarren. Pero montándome a mí puedes dejar atrás a cualquier caballo en este país. En eso te puedo ayudar yo. A propósito, supongo que sabes montar, ¿no?

—Claro que sí —dijo Shasta—. Por lo menos, he montado el burro.

—¿Montado *qué*? —exclamó secamente el caballo, con enorme desprecio. (O al menos eso fue lo que él pretendió decir. En verdad lo que salió fue una suerte de relincho:

"Montado quhe-he-he". Los caballos que hablan siempre toman un acento muy caballuno cuando están enojados.)

—En otras palabras —continuó—, *no* sabes montar. Es una desventaja. Tendré que enseñarte mientras cabalgamos. Si no sabes montar, ¿sabes caer?

—Supongo que cualquiera puede caerse —repuso Shasta.

—Quiero decir caer y levantarse otra vez sin llorar y montar de nuevo y caer otra vez y ni aun así tener miedo de caerse.

—Tra... trataré —dijo Shasta.

—Pobre bestiecita —dijo el caballo en un tono más amable—. Me olvido de que eres sólo un potrillo. Con el tiempo haremos de ti un espléndido jinete. Y ahora... no podremos salir hasta que esos dos allá en la cabaña estén dormidos. Por mientras, haremos nuestros planes. Mi Tarkaan va camino al norte, a la gran ciudad de Tashbaan, a la corte del Tisroc...

—Oye —le cortó la palabra Shasta, bastante escandalizado—, ¿no deberías añadir "que viva para siempre"?

—¿Por qué? —preguntó el caballo—. Yo soy un narniano libre. Y ¿por qué tendría que hablar como los esclavos o los tontos? No quiero que viva para siempre, y sé que no va a vivir para siempre, se lo desee yo o no. Y creo que tú también vienes del norte libre. ¡No usemos más esta jerga sureña entre tú y yo! Y ahora volvamos a nuestros proyectos. Como te decía, mi humano iba camino al norte, a Tashbaan.

—¿Eso quiere decir que es mejor que nosotros vayamos al sur?

—No lo creo —dijo el caballo—. Lo que pasa es que él me toma por un caballo mudo y estúpido como los demás que posee. Y si yo lo fuera, en cuanto me viera libre regresaría a casa, a mi establo y a mi corral; iría de vuelta a su palacio que está a dos días de viaje hacia el sur. Allí es donde él me buscaría. Jamás soñaría que me voy solo al norte. Y de todos modos, él pensará que alguien del último pueblo que cruzamos nos ha seguido hasta acá y me ha robado.

—¡Bravo! —dijo Shasta—. Entonces iremos al norte. He pasado toda mi vida ansiando ir al norte.

—Por supuesto que lo has ansiado —dijo el caballo—. Es por la sangre que corre por tus venas. Estoy seguro de que eres de verdadero linaje norteño. Pero no hablemos muy alto. Creo que ya deben estar dormidos.

—Mejor vuelvo sin hacer ruido a la casa para ver —sugirió Shasta.

—Buena idea —aprobó el caballo—. Pero ten cuidado de que no te atrapen.

Estaba mucho más oscuro ya, y había un gran silencio, aparte del sonido de las olas en la playa que Shasta apenas notaba, pues lo había oído día y noche desde que tenía memoria. Al acercarse a la cabaña vio que no había luz. Cuando estuvo al frente no oyó ningún ruido. Cuando se aproximó a la única ventana pudo escuchar, al cabo de un par de segundos, el sonido familiar del rechinante ronquido del viejo pescador. Era divertido pensar que, si todo andaba bien, no lo volvería a oír nunca más. Conteniendo el aliento y sintiendo algo de pesar, pero mucho menos pesar que alegría, Shasta se escurrió por el pasto hasta el establo del burro, buscó a tientas el lugar donde sabía se escondía la llave, abrió la puerta y encontró la montura y la brida del caballo, que habían sido guardadas allí por esa noche. Se inclinó y besó la nariz del burro. “Qué pena no poder llevarte a *ti”,* dijo.

—Por fin llegaste —le dijo el caballo cuando regresó—. Estaba empezando a preguntarme qué había sido de ti.

—Estaba sacando tus arreos del establo —replicó Shasta—. Y ahora, ¿puedes decirme cómo ponértelos?

Durante los siguientes minutos Shasta estuvo trabajando con extrema cautela para evitar los tintineos, en tanto que el caballo decía cosas como: “Pon esa cincha un poco más apretada”, o “Vas a encontrar una hebilla más abajo”, o “Tienes que acortar un poco esos estribos”. Cuando Shasta hubo terminado, dijo:

—Bien; ahora tendremos que poner riendas, por las apariencias, pero tú no las usarás. Amárralas al arzón delantero, bien flojo para que yo pueda mover la cabeza para donde quiera. Y recuerda: no debes tocarlas.

—¿Para qué sirven, entonces? —preguntó Shasta.

—Generalmente son para dirigirme —repuso el caballo—. Pero como en este viaje yo pretendo dirigir siempre, por favor quédate con las manos quietas. Y otra cosa: no te permitiré que te cojas de mis crines.

—Pero es que —argumentó Shasta—, si no puedo agarrarme de las riendas ni de tus crines, ¿de *dónde* voy a agarrarme?

—Tienes que sujetarte con tus rodillas —respondió el caballo—. Ese es el secreto de un buen jinete. Aprieta todo lo que quieras mi cuerpo entre tus rodillas; siéntate muy derecho, derecho como una varilla; mantén los codos adentro. Y a propósito, ¿qué hiciste con las espuelas?

—Me las puse en los talones, por supuesto —contestó Shasta—. Eso sí que lo sé.

—Entonces puedes quitártelas y guardarlas en la alforja. A lo mejor las podremos vender cuando lleguemos a Tashbaan. ¿Listo? Creo que ya te puedes subir.

—¡Oooh! Eres espantosamente alto —jadeó Shasta luego de su primero e infructuoso intento.

—Soy un caballo, eso es todo —fue la respuesta— ¡Cualquiera creería que soy un pajar por la manera en que tratas de treparme! Eso, así está mejor. Y ahora ponte derecho en la montura y acuérdate de lo que te dije de las rodillas. ¡Qué divertido que yo, que he dirigido cargas de caballería y ganado carreras, tenga un saco de papas como tú en la silla! Pero en fin, ahí vamos —rió entre dientes, sin crueldad.

Y ciertamente, el caballo inició el viaje nocturno con gran prudencia. Fue primero que nada directo al sur de la cabaña del pescador hasta un riachuelo que desembocaba allí al mar, cuidando de dejar en el barro muy claras las huellas de cascos yendo hacia el sur. Pero en cuanto estuvieron en medio del vado, volvió río arriba y se fueron vadeando hasta que se alejaron unos cien metros de la cabaña, hacia el interior. Después eligió la parte de la ribera más cubierta de cascajos donde no quedaran huellas y salieron por el lado norte. Luego, siempre al paso, fue hacia el norte hasta que la cabaña, el único árbol, el establo del burro, y la caleta... en realidad, todo lo que Shasta conocía, se perdió de vista en la gris oscuridad de la noche de verano. Habían cabalgado cuesta arriba y se encontraban ya en la cumbre, aquella cumbre que siempre fue el límite del mundo de Shasta. No podía ver qué había más adelante excepto que era un sitio abierto y cubierto de pasto. Parecía no tener fin; agreste y solitario y libre.

—¡Mira! —dijo el caballo—. Qué lugar para un galope ¿no?

—Oh, por favor no —dijo Shasta—. Todavía no. No sé cómo... por favor, caballo. No sé tu nombre.

—Brihy-hinny-brinny-huuhy-hah —contestó el caballo.

—Jamás seré capaz de decir todo eso —dijo Shasta—. ¿Puedo llamarte Bri?

—Bueno, si es lo mejor que logras decir, supongo que puedes llamarme así —dijo el caballo—. ¿Y cómo te llamaré yo a ti?

—Mi nombre es Shasta.

—H'm —dijo Bri—. Oye, ése *si* que es un nombre difícil de pronunciar. Pero ahora, acerca de ese galope: es muchísimo más fácil que el trote, si es que tú supieras trotar, pues no tienes que levantarte y caer. Aprieta más tus rodillas y mantén los ojos fijos adelante entre mis orejas. No mires al suelo. Si crees que te vas a caer, simplemente aprieta más y siéntate más derecho. ¿Listo? Ahora, por Narnia y el Norte.

II
UNA AVENTURA EN EL CAMINO

Era cerca del mediodía del día siguiente cuando a Shasta lo despertó algo tibio y suave que se movía encima de su cara. Abrió los ojos y se encontró frente a frente con la larga cara de un caballo; su nariz y sus labios casi tocaban los suyos. Recordó los emocionantes acontecimientos de la noche anterior y se sentó. Pero al hacerlo, empezó a quejarse.

—Ay, Bri —dijo con voz entrecortada—. Me duele. Me duele todo. Apenas me puedo mover.

—Buenos días, pequeño —dijo Bri—. Estaba temiendo que te dolieran un poco los músculos. No puede ser por las caídas; te caíste sólo unas doce veces, o algo así, y el pasto estaba tan exquisito, blando y mullido que debe haber sido más bien un placer caerse sobre él. Y el único lugar que hubiera podido ser peligroso, fue donde había esas matas de espino. No, es la cabalgata misma que al principio se hace dura. ¿Quieres desayuno? Yo ya me tomé el mío.

—No me molestes con el desayuno. No quiero nada —dijo Shasta—. Te digo que no puedo moverme.

Pero el caballo le dio un empujón con su hocico y lo pateó suavemente con su casco hasta que tuvo que levantarse. Shasta miró a su alrededor y pudo ver dónde se encontraban. Detrás de ellos había un bosquecillo. Adelante, el prado salpicado de flores blancas bajaba en declive hasta el borde de un acantilado. Mucho más abajo, tanto que el ruido de las olas al romper era casi imperceptible, estaba el mar. Jamás lo había visto Shasta desde tal altura, ni tampoco había visto nunca tamaña extensión, ni había soñado que tuviera tantos colores. A ambos lados la costa se alargaba, cabo tras cabo, y en las puntas podías ver la espuma blanca que subía por las rocas pero que no hacía ruido por lo lejos que estaba. Arriba revoloteaban las gaviotas y el calor temblaba sobre la tierra; era un día de sol abrasador. Pero más que nada Shasta observaba el aire. No podía descubrir qué era lo que faltaba, hasta que al fin se dio cuenta de que aquí no había olor a pescado. Pues, por supuesto, ni en la cabaña ni en medio de las redes había estado alejado de ese olor en su vida entera, y este aire nuevo era tan delicioso y su antigua vida parecía tan lejana, que olvidó por un momento todos sus machucones y el dolor de sus músculos, y dijo:

—Oye, Bri, ¿no dijiste algo sobre el desayuno?

—Sí, lo dije —contestó Bri—. Creo que encontrarás algo en las alforjas. Están allá en ese árbol donde las colgaste anoche, o más bien dicho esta mañana temprano.

Registraron las alforjas y el resultado fue alentador: un pastel de carne, apenas un poquito rancio; unos pocos higos secos y un trozo de queso fresco; un frasquito de vino, y algo de dinero; unos cuarenta crecientes en total, que era más de lo que Shasta había visto en toda su vida.

Mientras Shasta se sentaba, muy adolorido y con gran cuidado, con su espalda apoyada en un árbol y comenzaba a comerse el pastel, Bri tomó unos cuantos bocados más de hierba para acompañarlo.

—¿No será robo usar ese dinero?

—Oh —dijo el caballo, mirándolo con su hocico lleno de hierba—, nunca había pensado en eso. Un caballo libre y un caballo que habla no puede robar, por supuesto. Pero creo que es correcto. Somos prisioneros y cautivos en un país enemigo. Ese dinero es el botín, despojos. Además, ¿cómo vamos a conseguir comida para ti sin él? Supongo que, como todos los humanos, tú no comerás alimentos naturales como pasto y avena.

—No puedo.

—¿Has probado alguna vez? —Sí, pero no lo puedo tragar. Tú tampoco podrías si fueras yo. —Son criaturas tan raras, ustedes los humanos —comentó Bri. Cuando Shasta terminó su desayuno (que era lejos el mejor que había probado jamás) Bri dijo:

—Creo que me daré un buen revolcón antes de ensillarme de nuevo — y así lo hizo—. Esto está bueno. Está muy bueno —agregó, restregando su lomo en el pasto, agitando sus cuatro patas al aire—. Deberías darte uno tú también, Shasta —dijo bufando—. Es lo más refrescante que hay.

Shasta soltó la carcajada, diciendo:

—¡Qué divertido te ves patas arriba!

—No me veo nada de divertido —dijo Bri.

Pero de repente se puso de costado, levantó la cabeza y miró fijamente a Shasta, resollando un poco.

—¿Es cierto que me veo divertido? —preguntó con voz ansiosa.

—Sí, es cierto —respondió Shasta—. Pero ¿qué importa?

—¿No crees, no es cierto —dijo Bri—, que puede que sea algo que los caballos que hablan nunca hacen? ¿Un tonto truco de payaso que me enseñaron los caballos mudos? Sería atroz saber a mi regreso a Narnia que he

aprendido un montón de vulgares malas costumbres. ¿Qué piensas, Shasta? Dímelo francamente, no me escondas tus sentimientos. ¿Tú crees que los verdaderos caballos libres, los que hablan, se revuelcan?

—¿Cómo podría saberlo yo? De todos modos, yo no me preocuparía de eso si fuera tú. Primero tenemos que llegar allá. ¿Sabes el camino?

—Conozco mi camino a Tashbaan. Después viene el desierto. Oh, nos arreglaremos en ese desierto de alguna manera, no tengas miedo. Y luego tendremos a la vista las montañas del norte. ¡Imagínate! ¡A Narnia y al Norte! Nada nos podrá detener. Pero me gustaría que ya hubiéramos dejado atrás Tashbaan. Ambos estaremos más seguros lejos de las ciudades.

—¿No podemos evitarlas? —No sin alejarnos mucho hacia el interior, lo que nos llevaría por tierras de cultivo y caminos principales; y yo no conocería la ruta. No, sólo nos queda avanzar a paso de tortuga por la costa. Acá arriba en las colinas no encontraremos más que ovejas y conejos y gaviotas y algunos pastores. Y a propósito, ¿qué te parece que partamos?

A Shasta le dolieron terriblemente las piernas mientras ensillaba a Bri y se subía a la montura, pero el caballo fue bondadoso con él y anduvo a paso suave toda la tarde. Al llegar el crepúsculo bajaron por escarpadas sendas hasta un valle donde encontraron un pueblecito. Antes de entrar en él, Shasta desmontó y fue a pie a comprar pan y unas pocas cebollas y rábanos. El caballo trotó por los campos al anochecer y se reunió con Shasta al otro lado. Este fue desde entonces su plan habitual noche por medio.

Fueron unos días grandiosos para Shasta, y cada día mejor que el anterior a medida que se endurecían sus músculos y se caía con menos frecuencia. Hasta el final de su entrenamiento Bri seguía repitiendo que montaba como un saco de papas.

—Y aun si ahí estuviéramos fuera de peligro, jovencito, me avergonzaría de que me vieran contigo en un camino principal.

Mas a pesar de sus rudas palabras, Bri era un profesor muy paciente. Nadie puede enseñar a montar tan bien como un caballo. Shasta aprendió a trotar, a ir a medio galope, a saltar, y a mantenerse en su silla aunque Bri se detuviera bruscamente en seco o hiciera un viraje inesperado a la izquierda o a la derecha, lo que, según le contó Bri, era algo que tenías que hacer a cada instante en una batalla. Y entonces, claro, Shasta le rogaba que le contara de batallas y guerras en que Bri había llevado al Tarkaan. Y Bri le contaba las marchas forzadas y los vadeos en los ríos rápidos, y las cargas y las fieras luchas entre las caballerías, en las que los caballos de guerra peleaban igual que los hombres, pues eran todos feroces potros entrenados para morder y dar coces y pararse en dos patas en el momento adecuado a fin de que el peso del caballo y el del jinete cayeran sobre la cimera de un enemigo al golpear

con la espada o el hacha de combate. Pero Bri no quería hablar de guerras con la frecuencia que Shasta hubiese deseado.

—No hablemos de eso, jovencito —decía—. Sólo eran guerras del Tisroc y yo combatí en ellas como un animal esclavo y mudo. ¡Dame las guerras de Narnia, donde pelearé como un caballo libre en medio de mi propia gente! De esas guerras sí que valdrá la pena hablar. ¡Narnia y el Norte! ¡Brahaha! ¡Bruhú!

Muy pronto Shasta aprendió que cuando escuchaba a Bri hablar de esa manera debía prepararse para un galope.

Después de viajar por semanas y semanas, cruzando tantas bahías y cabos y ríos y aldeas que Shasta ya no podía recordar cuántos, hubo una noche de luna en que comenzaron a viajar por la tarde, luego de dormir durante el día. Dejaron atrás las lomas e iban atravesando una vasta llanura; había una selva a unos mil metros de distancia a su izquierda. El mar, oculto por bajas dunas, estaba casi a la misma distancia a su derecha. Habían avanzado despacio durante una hora más o menos, a veces trotando y a veces caminando, cuando Bri se detuvo repentinamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Shasta. —Ssssh —dijo Bri, estirando el cuello y moviendo nerviosamente sus orejas— ¿Oíste algo? Escucha. —Parece que va otro caballo, entre nosotros y el bosque —dijo Shasta luego de escuchar por un minuto.

—*Es* otro caballo —dijo Bri—. Y eso es lo que no me gusta.

—¿No será probablemente sólo un campesino que vuelve a casa tarde? —sugirió Shasta bostezando.

—¡No me digas eso a mí! —exclamó Bri—. *Ese* no es un campesino a caballo. Tampoco es el caballo de un campesino. ¿No lo conoces por el sonido? Ese caballo tiene calidad. Y va montado por un verdadero equitador. Te diré lo que es, Shasta. Hay un Tarkaan a la orilla de aquel bosque. No va en su caballo de guerra, es demasiado liviano para serlo. En una yegua fina sangre, diría yo.

—Bueno, pero se ha detenido ahora, sea lo que sea —dijo Shasta.

—Tienes razón —dijo Bri—. ¿Y por qué tiene que parar justo cuando nosotros paramos? Shasta, hijo mío, estoy seguro de que alguien nos sigue paso a paso.

—¿Qué haremos? —preguntó Shasta en un murmullo más bajo que antes—. ¿Crees que nos podrá ver y escuchar?

—No con esta luz mientras nos quedemos muy quietos —contestó Bri —. ¡Pero mira! Viene una nube. Voy a esperar hasta que tape la luna; luego bajaremos a la derecha lo más rápido que podamos, hasta la playa. Podremos escondernos entre las dunas si sucede lo peor.

Esperaron hasta que la nube cubrió la luna y entonces, primero al paso y después a un suave trote, se dirigieron a la playa.

La nube era más grande y espesa de lo que parecía al comienzo y pronto la noche se hizo más oscura. Justo cuando Shasta se decía: “Ya debemos haber llegado cerca de esas dunas”, su corazón dio un vuelco porque de repente, de esa oscuridad allá adelante, vino un ruido aterrador: un largo y gruñente rugido, melancólico y absolutamente salvaje. De inmediato Bri hizo un brusco viraje y principió a galopar hacia el interior otra vez a toda velocidad.

—¿Qué es eso? —jadeó Shasta.

—¡Leones! —repuso Bri, sin acortar el paso ni volver la cabeza.

Después, sólo hubo galope por un buen rato. Por fin cruzaron chapoteando un ancho y profundo río y Bri se detuvo al otro lado. Shasta se dio cuenta de que estaba temblando, sudado de arriba abajo. —Puede ser que esa agua haya despistado a la bestia —jadeó Bri cuando logró recuperar algo de su aliento—. Podremos caminar un poco ahora.

Cuando iban al paso Bri dijo:

—Shasta, estoy avergonzado de mí mismo. Estoy tan asustado como cualquier mudo caballo calormene. Realmente lo estoy. No me siento en absoluto un caballo que habla. No me importan las lanzas, ni las espadas, ni los arcos, pero no puedo soportar… esas criaturas. Creo que voy a trotar un rato.

Cerca de un minuto más tarde, sin embargo, se puso a galopar otra vez, y no es de extrañarse. Pues el rugido recomenzó, esta vez a su izquierda proveniente del bosque.

—Son dos —gimió Bri.

Después de galopar durante varios minutos sin escuchar ningún otro rugido de los leones, Shasta dijo:

—¡Oye! El otro caballo viene galopando al lado de nosotros. Sólo a un tiro de piedra más allá.

—Tanto me-mejor —resolló Bri—. Montado por Tarkaan... tendrá una espada... protegernos.

—¡Pero, Bri! —exclamó Shasta—. Igual nos puede matar un león que ser capturados. O *yo* puedo ser capturado. Me colgarán por robar un caballo.

Sentía menos miedo a los leones que Bri porque jamás había visto uno; Bri sí.

Bri sólo dio un bufido como respuesta, pero viró violentamente a su derecha. Y curiosamente el otro caballo parecía estar virando a la izquierda, de modo que en pocos segundos el espacio entre ellos se ensanchó bastante. Pero en cuanto esto sucedió, sintieron rugir de nuevo a los dos leones, uno tras otro, uno a la derecha y el otro a la izquierda, y los caballos comenzaron a acercarse. Lo mismo hicieron, aparentemente, los leones. El rugir de las bestias a cada lado se oía ya horriblemente cercano y parecía que seguían el galope de los caballos con toda facilidad. Entonces la nube se alejó. La luz de luna, asombrosamente brillante, iluminó todo como si fuera pleno día. Los dos caballos y los dos jinetes galopaban cuello con cuello y rodilla con rodilla como si fuera una carrera. Claro que Bri dijo (después) que jamás se había visto en Calormen una carrera tan magnífica.

Shasta se dio por perdido y empezó a preguntarse si los leones te matarían rápido o si jugarían contigo como el gato juega con el ratón, y si dolería mucho. Al mismo tiempo (uno a veces hace esto en los momentos más pavorosos) se daba cuenta de todo. Vio que el otro jinete era una persona muy menuda y delgada, vestida con malla (la luna se reflejaba en la malla) y montaba estupendamente bien. No tenía barba.

Algo plano y reluciente se abrió ante ellos. Sin que Shasta tuviera tiempo de adivinar qué era, hubo una gran zambullida y sintió la boca casi llena de agua salada. La cosa reluciente resultó ser una larga ensenada.

Ambos caballos iban nadando y el agua le llegaba a Shasta hasta las rodillas. Hubo un furioso rugido tras ellos y al volverse a mirar, Shasta vio una enorme silueta peluda y terrible agazapada a la orilla del agua; pero una solamente. “Debemos habernos zafado del otro león”, pensó.

Al parecer el león no consideró que su presa mereciera una mojada; como sea, no hizo el menor intento de meterse al agua en su persecución. Los dos caballos, uno al lado del otro, estaban ya en medio de la cala y podían ver claramente la orilla de enfrente. El Tarkaan aún no decía una palabra. “Pero ya lo hará —pensaba Shasta—, en cuanto hayamos llegado a tierra. ¿Qué voy a decir? Tengo que empezar a inventar una historia.”

De pronto, repentinamente, dos voces hablaron a su lado.

—Ay, estoy *tan* cansada —dijo una.

—Cállate, Juin, y no seas tonta —dijo la otra.

"Estoy soñando —pensó Shasta—. Hubiera jurado que ese otro caballo habló."

Poco después los caballos ya no iban nadando sino caminando y muy pronto, con gran ruido de agua chorreando de sus flancos y colas y un fuerte crujido de guijarros bajo ocho cascos, salieron en la playa más apartada de la ensenada. El Tarkaan, para gran sorpresa de Shasta, no mostró ningún interés en hacer preguntas. Ni siquiera miró a Shasta y parecía ansioso por instar a su caballo para que siguiera de largo. Bri, sin embargo, se interpuso de inmediato en el camino del otro caballo.

—Bruhuhá —resopló—. ¡Quieta! Te *escuché.* No sacas nada con fingir, señora. *Yo* te escuché. Eres un caballo que habla, un caballo narniano igual que yo.

—¿Y qué tiene que ver contigo si ella lo es? —dijo el extraño jinete furioso, llevando la mano a la empuñadura de su espada. Pero la voz que pronunció esas palabras había dicho algo a Shasta.

—¡Pero si es sólo una niña! —exclamó.

—¿Y qué te importa a ti que yo sea *sólo* una niña? —dijo bruscamente la desconocida—. Tú eres sólo un niño: un niñito grosero y vulgar, un esclavo probablemente, que ha robado el caballo de su amo.

—Eso es lo que *tú* dices —dijo Shasta.

—El no es un ladrón, pequeña Tarkeena —dijo Bri—. Por último, si es que ha habido algún robo, puedes igualmente decir que yo lo robé a él. Y aunque no sea asunto mío, no puedes esperar a que me cruce con una dama de mi propia raza en este país extraño sin hablar con ella. Es muy natural que así lo haga.

—Yo también pienso que es muy natural —dijo la yegua.

—Quiero que te calles, Juin —ordenó la niña—. Mira el problema en que nos has metido.

—No veo cuál es el problema —dijo Shasta—. Pueden largarse cuando quieran. No las detendremos.

—No, no nos detendrán —dijo la niña.

—Qué criaturas tan peleadoras son estos humanos —dijo Bri a la yegua—. Son peores que las mulas. Tratemos de hablar razonablemente. Me imagino, señora, que tu historia es igual a la mía. ¿Capturada muy joven..., años de esclavitud entre los calormenes?

—Muy cierto, señor —repuso la yegua con un relincho melancólico.

—¿Y ahora, quizás... has escapado?

—Dile que se meta en sus cosas, Juin —ordenó la niña.

—No, no lo haré, Aravis —contestó la yegua, echando atrás sus orejas—. Esta es mi fuga tanto como tuya. Y estoy segura de que un noble caballo de guerra como éste no nos va a traicionar. Estamos tratando de huir, de llegar a Narnia.

—Y, claro está, nosotros también —dijo Bri—. Por supuesto que ustedes lo adivinaron inmediatamente. Un chiquillo harapiento montando (o tratando de montar) un caballo de guerra a altas horas de la noche no puede significar otra cosa que algún tipo de fuga. Y, si me permites decirlo, una aristocrática Tarkeena cabalgando sola de noche, vestida con la armadura de su hermano, y muy ansiosa de que nadie se inmiscuya en sus asuntos y no le hagan preguntas, bueno, ¡si eso no huele raro, yo soy un jamelgo!

—Está bien entonces —dijo Aravis—. Lo han adivinado. Juin y yo nos hemos escapado. Estamos tratando de llegar a Narnia. ¿Y qué?

—Pues, en ese caso, ¿qué nos impide viajar juntos? —dijo Bri—.

Confío, señora Juin, en que aceptarás toda la ayuda y protección que yo sea capaz de brindarte en el viaje.

—¿Por qué sigues hablándole a mi caballo en vez de a mí? —preguntó la niña.

—Discúlpame, Tarkeena —dijo Bri, inclinando muy levemente sus orejas hacia atrás, pero así hablan los calormenes. Nosotros somos narnianos libres, Juin y yo, y supongo que si estás huyendo a Narnia es porque tú quieres serlo también. En ese caso Juin ya no es más *tu* caballo. Uno igualmente podría decir que tú eres *su* humana.

La niña abrió la boca para responder y luego se contuvo. Era evidente que hasta ahora no lo había considerado desde ese punto de vista.

—Sin embargo —dijo después de un momento de pausa—, no veo que valga la pena que vayamos juntos. ¿No será más fácil que se fijen en nosotros?

—Menos —opinó Bri; y la yegua agregó:

—Oh, por favor, vamos juntos. Me sentiría mucho más cómoda. Ni siquiera estamos seguras de conocer el camino. Estoy cierta de que un gran corcel como éste sabe mucho más que nosotras.

—Vámonos, Bri —intervino Shasta—, y dejémoslas seguir su camino. ¿No ves que no nos necesitan?

—Sí los necesitamos —dijo Juin.

—Mira —dijo la niña—. No me importa ir contigo, señor Caballo de Guerra, pero ¿y este niño? ¿Cómo sé yo que no es un espía?

—¿Por qué no dices de inmediato que piensas que no valgo nada para ti? —preguntó Shasta.

—Cálmate, Shasta —dijo Bri—. La pregunta de la Tarkeena es bastante razonable. Yo respondo por el niño, Tarkeena. Ha sido leal conmigo y un buen amigo. Y no hay duda de que es originario de Narnia o de Archenland.

—Está bien, entonces. Iremos juntos —pero no le dijo nada a Shasta y era obvio que apreciaba a Bri, pero no a él.

—¡Espléndido! —exclamó Bri—. Y ahora que hemos puesto el mar entre nosotros y aquellos terroríficos animales, ¿qué les parece si los dos humanos nos sacan las monturas y todos nos tomamos un descanso y escuchamos nuestras respectivas historias?

Los dos niños desensillaron sus caballos y los caballos comieron un poco de pasto y Aravis sacó de sus alforjas cosas exquisitas para comer. Pero Shasta estaba de mal humor y dijo “no, gracias” y que no tenía hambre. Y trató de adoptar lo que imaginaba que eran modales distinguidos y ceremoniosos, pero como la choza de un pescador no es, por lo general, el lugar más apropiado para aprender modales elegantes, el resultado fue atroz. Y él se dio cuenta a medias de que no tenía mucho éxito y se puso más malhumorado y torpe que nunca. Entretanto, los dos caballos se entendían espléndidamente. Recordaban los mismos lugares en Narnia, “las praderas allá en el Dique de los Castores”, y descubrieron que eran algo así como primos segundos de la misma familia. Esto hizo las cosas mucho más incómodas para los humanos hasta que al fin Bri dijo:

—Y ahora, Tarkeena, cuéntanos tu historia. Y no te apresures, me siento muy bien ahora.

Aravis empezó de inmediato, sentándose muy quieta y utilizando un tono y un estilo muy diferentes a los suyos propios. Pues en Calormen, el arte de contar historias, sean historias verdaderas o ficticias, es algo que te enseñan, igual que los niños y niñas ingleses aprenden a escribir ensayos. La diferencia está en que la gente quiere escuchar las historias, en cambio nunca oí de nadie que quisiera leer ensayos.

III
A LAS PUERTAS DE TASHBAAN

—Mi nombre —dijo la niña en seguida— es Aravis Tarkeena y soy la única hija de Kidrash Tarkaan, hijo de Rishti Tarkaan, hijo de Kidrash Tarkaan, hijo de Ilsombreh Tisroc, hijo de Ardib Tisroc, quien desciende en línea recta del dios Tash. Mi padre es el señor de la provincia de Calavar y es uno de los que tienen derecho a permanecer de pie y con los zapatos puestos ante el propio Tisroc (que viva para siempre). Mi madre (que la paz de los dioses sea con ella) murió y mi padre se casó con otra esposa. Uno de mis hermanos cayó en la batalla contra los rebeldes en el lejano oeste y el otro es sólo un niño. Y ahora ha sucedido que la esposa de mi padre, mi madrastra, me odia y el sol se oscurece a sus ojos mientras yo viva en casa de mi padre. Y entonces, ha persuadido a mi padre a que me prometa en matrimonio a Ahoshta Tarkaan. Y bien, este Ahoshta es de origen bajo, a pesar de que en estos últimos años ha ganado el favor del Tisroc (que viva para siempre) por adulación y malos consejos, y lo han hecho Tarkaan y señor de muchas ciudades y es probable que lo elijan Gran Visir cuando el actual Gran Visir muera. Además, tiene por lo menos sesenta años y una joroba en la espalda y una cara parecida a la de un mono. No obstante mi padre, por el poder y riqueza de este Ahoshta y persuadido por su mujer, ha enviado mensajeros ofreciéndome en matrimonio, y la oferta ha sido favorablemente aceptada y Ahoshta mandó decir que se casará conmigo este año en la época de pleno verano.

“Cuando me trajeron estas noticias, el cielo se oscureció ante mis ojos y me eché en mi cama y lloré todo un día. Pero al segundo día me levanté y me lavé la cara e hice que ensillaran a mi yegua Juin y tomé un afilado puñal que mi hermano había llevado en las guerras de occidente y me fui a caballo sola. Y cuando la casa de mi padre desapareció de mi vista y hube llegado a un verde y abierto espacio en cierto bosque donde no hay viviendas de hombres, desmonté de mi yegua Juin y saqué el puñal. Luego abrí la ropa en el sitio donde pensé que estaba el camino más corto que lleva a mi corazón y recé a todos los dioses que en cuanto muriera pudiese encontrarme con mi hermano. Después de eso, cerré los ojos y apreté los dientes y me preparé para hundir el puñal en mi corazón, pero antes de que así hiciese, esta yegua me habló con la voz de las hijas de los hombres y me dijo: “Oh mi ama, por ningún motivo te destruyas a ti misma, pues si vives, es posible que tengas buena suerte, mas los muertos están todos igualmente muertos”.

—No lo dije ni la mitad de lo bien que lo dices tú —murmuró la yegua.

—Silencio, señora, silencio —dijo Bri, que disfrutaba la historia a más no poder—. Está contándolo a la manera grandiosa de Calormen y ningún narrador de historias de la corte del Tisroc podría hacerlo mejor. Te ruego que continúes, Tarkeena.

—Cuando escuché el lenguaje de los hombres en labios de mi yegua —prosiguió Aravis—, me dije: “El miedo a la muerte ha trastornado mi razón y me induce a engaño”. Y me llené de vergüenza pues nadie de mi linaje debe temer a la muerte más que a la picada de un mosquito. Por lo tanto, ensayé por segunda vez la puñalada, pero Juin se acercó a mí y puso su cabeza entre el puñal y yo y disertó con las más excelentes razones y me reprendió como una madre reprende a su hija. Y mi asombro era tan grande que me olvidé del suicidio y de Ahoshta y dije: “Oh yegua mía, ¿cómo has aprendido a hablar como una de las hijas del hombre?” Y Juin me relató lo que ya ustedes saben, que en Narnia hay bestias que hablan, y cómo a ella la robaron de allí cuando era una potranquita. También me contó de los bosques y aguas de Narnia y los castillos y los grandes barcos, hasta que dije: “En el nombre de Tash y Azaroth y Zardeenah, Dama de la Noche, tengo un gran deseo de ir a ese país de Narnia”. “Oh mi ama, respondió la yegua, si estuvieras en Narnia serías feliz, pues en esa tierra las señoritas no son forzadas a casarse contra su voluntad”.

“Y luego de haber conversado largo rato, la esperanza volvió a mí y me alegré de no haberme suicidado. Por otra parte, habíamos convenido con Juin en que nos marcharíamos juntas sigilosamente y lo planeamos de esta manera. Regresamos a la mansión de mi padre y me vestí con mis ropajes más vistosos y canté y bailé ante mi padre y fingí estar encantada con el matrimonio que él había preparado para mí. Además, le dije: “Oh padre mío y oh la delicia de mis ojos, dame tu autorización y tu permiso para ir con sólo una de mis criadas por tres días al bosque para ofrecer los secretos sacrificios a Zardeenah, Dama de la Noche y de las Doncellas, como es lo correcto y acostumbrado que hagan las damiselas cuando deben despedirse del servicio de Zardeenah y prepararse para el matrimonio”. Y él respondió: “Oh hija mía y oh delicia de mis ojos, así será”.

“Pero cuando estuve fuera de la presencia de mi padre me fui de inmediato donde el más anciano de sus esclavos, su secretario, que me tuvo en sus rodillas cuando yo era pequeña y me amaba más que al aire y que a la luz. Y lo hice jurar que guardaría el secreto y le pedí que escribiera cierta carta para mí. Y él lloró y me imploró que cambiara mi resolución, pero al final dijo: “Escuchar es obedecer”, e hizo mi voluntad. Y yo sellé la carta y la escondí en mi pecho.

—Pero ¿que decía la carta? —preguntó Shasta.

—Silencio, jovencito —dijo Bri—. Estás echando a perder la historia. Ella nos hablará de la carta en el momento adecuado. Continúa, Tarkeena.

—Entonces llamé a la sirvienta que debía ir conmigo a los bosques a realizar los ritos de Zardeenah y le dije que me despertara muy temprano en la mañana. Y me reí mucho con ella y le di vino a beber; pero como yo había mezclado ciertas cosas en su copa, sabía que ella iba a dormir una noche y un día. En cuanto la familia de mi padre se entregó al sueño, yo me levanté y me puse una armadura de mi hermano que siempre guardo en mi aposento en recuerdo suyo. Puse en mi faja todo el dinero que tenía y mis joyas predilectas

y me aprovisioné también de comida, y ensillé la yegua con mis propias manos y partí en la segunda vigilia de la noche. Encaminé mi rumbo no a los bosques, donde mi padre suponía que iría, sino al norte y al este, hacia Tashbaan.

"Yo ya sabía que durante tres días mi padre no me buscaría, engañado por las palabras que le había dicho. Y al cuarto día llegamos a la ciudad de Azim Balda. Y bien, Azim Balda se encuentra en el cruce de varios caminos y, desde allí, los correos del Tisroc (que viva para siempre) cabalgan en veloces caballos a todos los confines del imperio; y es uno de los derechos y privilegios de los más importantes Tarkaanes enviar mensajes con ellos. Por tanto, fui donde el Jefe de los Mensajeros de la Casa Imperial de Correos de Azim Balda y dije: "Oh despachador de mensajes, aquí hay una carta de mi tío Ahoshta Tarkaan para Kidrash Tarkaan, señor de Calavar. Toma estos cinco crecientes y haz que le sea enviada". Y el Jefe de los Mensajeros dijo: "Escuchar es obedecer". Esa carta aparentaba haber sido escrita por Ahoshta y éste era el significado de lo escrito: "Ahoshta Tarkaan a Kidrash Tarkaan, saludos y paz. En el nombre de Tash el irresistible, el inexorable. Has de saber que cuando viajaba hacia tu casa para cumplir el contrato de matrimonio entre yo y tu hija Aravis Tarkeena, plugo a la fortuna y a los dioses que tropezara con ella en el bosque donde acababa de hacer los ritos y sacrificios de Zardeenah siguiendo las costumbres de las doncellas. Y cuando supe quién era, y encantado con su belleza y discreción, me inflamé de amor y me pareció que el sol se oscurecería para mí si no me casaba con ella en ese mismo instante. Así, pues, preparé los sacrificios necesarios y desposé a tu hija en el momento mismo en que la conocí y he retornado con ella a mi propia casa. Y ambos te rogamos y te exhortamos a que vengas acá con toda prontitud, a fin de que podamos deleitarnos con tu rostro y tus palabras; y puedes también traer la dote de mi esposa, la que, por causa de mis altas responsabilidades y gastos, requiero sin tardanza. Y porque vos y yo somos hermanos, estoy cierto de que no os encolerizaréis por la precipitación de este casamiento que ha sido enteramente ocasionada por el gran amor que siento por tu hija. Y a vos os confío al cuidado de todos los dioses".

"Una vez hecho esto, me fui a toda prisa de Azim Balda, sin temer persecución y esperando que mi padre, después de recibir una carta así, enviaría un mensaje a Ahoshta o iría a verlo en persona, y que antes de que se descubriera el asunto yo estaría más allá de Tashbaan. Y esa es la esencia de mi historia hasta esta noche cuando fui perseguida por los leones y me encontré con ustedes nadando en el agua salada.

—¿Y qué le pasó a la niña..., a la que drogaste? —preguntó Shasta.

—No hay duda de que debe haber sido golpeada por quedarse dormida —dijo Aravis tranquilamente—. Pero era instrumento y espía de mi madrastra. Me alegro mucho de que le hayan pegado.

—Mira, eso no es nada de justo —dijo Shasta.

—No hice ninguna de estas cosas para complacerte a *ti* —replicó

Aravis.

—Y hay otra cosa más que no entiendo en tu historia —prosiguió Shasta—. Tú no eres adulta; no creo que seas mayor que yo. No creo que ni siquiera tengas mi edad. ¿Cómo podrías casarte tan joven?

Aravis no dijo nada, pero Bri dijo de inmediato:

—Shasta, no luzcas tu ignorancia. Siempre se casan a esa edad en las grandes familias Tarkaan.

Shasta se puso colorado (aunque apenas había suficiente luz como para que los demás lo vieran) y se sintió ofendido. Aravis le pidió a Bri que contara su historia. Bri la contó, y Shasta pensó que había puesto mucho más énfasis que el necesario respecto a las caídas y lo mal que él montaba. Obviamente Bri creía que esto era muy cómico, pero Aravis no se rió. Una vez que Bri terminó, se fueron todos a dormir.

Al día siguiente los cuatro, dos caballos y dos humanos, continuaron su viaje juntos. Shasta pensaba que había sido mucho más agradable cuando él y Bri estaban solos, porque ahora Bri y Aravis hacían casi toda la conversación. Bri había vivido largo tiempo en Calormen y había estado siempre entre Tarkaanes y caballos de los Tarkaanes, así es que por supuesto conocía la misma gente y los mismos lugares que conocía Aravis. Ella todo el tiempo decía cosas como “Pero si estuviste en la batalla de Zulindreh tienes que haber visto a mi primo Alimash”, y Bri respondía “Ah, sí, Alimash, era sólo capitán de los carros de guerra, tú sabes. Yo no apruebo demasiado los carros ni la clase de caballos que tiran los carros. Eso no es verdadera caballería. Pero él es un aristócrata respetable. Llenó de azúcar mi morral después de la toma de Teebeth”. O si no Bri decía “Yo estaba en el lago de Mezreel ese verano”, y Aravis decía “¡Oh, Mezreel! Tenía una amiga ahí, Lasaralín Tarkeena. Qué lugar tan encantador. ¡Esos jardines, y el Valle de los Mil Perfumes!” Bri no pretendía por ningún motivo dejar a Shasta fuera de la conversación, aunque Shasta muchas veces pensó que sí. La gente que tiene muchas cosas en común no puede evitar hablar de ellas, y si tú estás allí casi no puedes evitar sentir que estás de más.

La yegua Juin se sentía más bien tímida delante de un gran caballo de guerra como Bri y hablaba muy poco, Y Aravis nunca dirigía a Shasta ni una palabra si podía evitarlo.

Muy pronto, sin embargo, tuvieron cosas mucho más importantes en qué pensar. Se aproximaban a Tashbaan. Había más pueblos, cada vez más grandes, y más gente en los caminos. Ahora hacían casi todo el viaje de noche y se ocultaban lo mejor que podían durante el día. Y en cada paradilla discutían y discutían acerca de lo que harían cuando llegaran a Tashbaan. Todos habían estado soslayando esta dificultad, pero ahora no se podía

ignorarla por más tiempo. Durante estas discusiones Aravis se puso un poco, un poquito, más amistosa con Shasta; uno, por lo general, se lleva mejor con la gente cuando se trata de hacer planes que cuando se conversa de nada en particular.

Bri dijo que lo primero que tenían que hacer era fijar un lugar donde se comprometieran a encontrarse a la salida de Tashbaan si, por alguna mala suerte, se separaran al cruzar la ciudad. Dijo que el mejor sitio eran las Tumbas de los Antiguos Reyes al borde mismo del desierto.

—Son unas cosas parecidas a enormes colmenas de piedra —dijo—, es imposible que no las vean. Y lo bueno es que ninguno de los habitantes de Calormen se le acerca porque ellos creen que en el lugar se aparecen demonios necrófagos[1] y les tienen miedo.

Aravis preguntó si no se aparecían realmente demonios necrófagos. Pero Bri dijo que él era un caballo narniano libre y no creía en las patrañas que cuentan en Calormen. Y entonces Shasta dijo que él tampoco era un calormene y que le importaban un rábano esas viejas historias de demonios. Lo que no era demasiado cierto. Pero impresionó machísimo a Aravis (aunque en ese momento también la molestó) y, por supuesto, dijo que a ella no le importaba tampoco que hubiera cualquiera cantidad de demonios necrófagos. De modo que se acordó que las Tumbas serían su lugar de reunión al otro lado de Tashbaan, y todos pensaron que habían logrado un gran progreso hasta que Juin, humildemente, señaló que el problema verdadero no era dónde irían al salir de Tashbaan sino cómo conseguirían atravesarla.

—Eso lo arreglaremos mañana, señora —dijo Bri—. Es hora de echar un sueñecito.

Pero no era nada fácil de arreglar. Lo primero que sugirió Aravis fue que deberían cruzar a nado el río por debajo de la ciudad durante la noche y sencillamente no entrar a Tashbaan. Pero Bri tenía dos argumentos en contra. Uno era que la desembocadura del río era muy ancha y que sería una travesía demasiado larga para Juin, sobre todo con un jinete en su lomo. (Pensó que también sería demasiado larga para él, pero esto casi no lo mencionó.) El otro argumento era que podía estar lleno de barcos y que, por supuesto, cualquiera en la cubierta de un buque que viera dos caballos pasar nadando sin duda sentiría una gran curiosidad.

Shasta opinaba que debían remontar el río más arriba de Tashbaan y cruzarlo en su parte más angosta. Pero Bri le explicó que allí había jardines y quintas de agrado en ambas riberas del río a lo largo de varios kilómetros, y que podrían estar habitadas por Tarkaanes y Tarkeenas que irían a cabalgar por los caminos o bien a organizar fiestas acuáticas en el río. Realmente era el

1En los relatos orientales aparecen habitualmente los demonios necrófagos, espíritus que profanan tumbas y se alimentan de cadáveres.

lugar más apropiado del mundo para encontrarse con alguien que pudiera reconocer a Aravis o incluso a él.

—Podríamos disfrazarnos —dijo Shasta.

Juin dijo que a ella le parecía que lo más seguro era atravesar la ciudad en línea recta de puerta a puerta, pues es menos probable llamar la atención en medio de la multitud. Pero también aprobó la idea de disfrazarse.

—Los dos humanos —dijo— deberán vestirse con harapos y fingir ser campesinos o esclavos. Haremos un bulto con la armadura de Aravis y las sillas y arreos, y lo colocaremos a nuestras grupas, y los niños pretenderán que nos conducen y la gente nos tomará por simples caballos de carga.

—¡Mi querida Juin! —exclamó Aravis, desdeñosamente—. ¡Cómo si alguien pudiese confundir a Bri con cualquiera otra cosa que no sea un caballo de guerra, por muy disfrazado que vaya!

—En realidad, creo que no es posible —dijo Bri con un bufido y echando sus orejas un poquito atrás.

—Ya sé que no es un plan *muy* bueno —dijo Juin— Pero pienso que es nuestra única oportunidad. Y hace siglos que no nos escobillan y no parecemos nosotros mismos (al menos yo, no). Estoy convencida de que si nos embarramos bien y caminamos con la cabeza gacha, con aspecto cansado y perezoso, y sin levantar siquiera los cascos, podríamos pasar inadvertidos. Y habría que cortar un poco nuestras colas; sin esmero, ya sabes, sino bien disparejo.

—Mi estimada señora —dijo Bri—. ¿Te has hecho una idea de lo desagradable que sería llegar a Narnia en *esas* condiciones?

—Bueno —dijo Juin humildemente (era una yegua muy sensible)—, lo principal es llegar a Narnia.

Aunque a nadie le gustaba mucho, al final tuvieron que adoptar el plan de Juin. Era un plan fastidioso e involucraba en cierta medida lo que Shasta llamaba robar y que Bri llamaba “hacer una incursión”. Una finca perdió unos pocos sacos esa tarde y otra un rollo de cuerdas a la tarde siguiente; pero el andrajoso vestido de niño que debía usar Aravis hubo que comprarlo honradamente y pagarlo en uno de los pueblos. Shasta volvió con ellos triunfalmente al caer la tarde. Los demás lo esperaban en medio de los árboles al pie de una cadena de boscosos cerros bajos que se erguía justo al otro lado del camino que seguían. Todos se sentían muy emocionados pues ésta era la última colina; cuando llegaran a la cumbre podrían ver Tashbaan abajo.

—Quisiera que ya la hubiésemos pasado sin problemas —murmuró Shasta a Juin.

—Oh, yo también, yo también —exclamó Juin, fervorosamente.

Esa noche subieron zigzagueando a través de los bosques hasta la cima, siguiendo la senda de los leñadores y cuando salieron de los bosques en la cumbre, pudieron ver miles de luces en el valle a sus pies. Shasta, que no tenía la más mínima idea de cómo sería una gran ciudad, se asustó. Comieron su cena y los niños durmieron un poco. Pero los caballos los despertaron muy temprano en la mañana.

Aún había estrellas y el pasto estaba terriblemente frío y mojado, pero ya empezaba a amanecer al otro lado del mar, más hacia la derecha. Aravis se alejó unos pasos dentro del bosque y regresó luciendo muy rara con sus nuevos vestidos andrajosos y llevando los suyos en un atado. Estos, junto con su armadura y escudo y cimitarra y las dos monturas y el resto de los elegantes arreos de los caballos, fueron colocados dentro de los sacos. Bri y Juin habían logrado ensuciarse y empaparse lo más posible y sólo faltaba cortarles las colas. Como el único instrumento que tenían para hacerlo era la cimitarra de Aravis, hubo que deshacer uno de los paquetes para sacarla. Fue un trabajo bastante largo y casi hirieron a los caballos.

—¡Les juro —exclamó Bri— que si no fuera yo un caballo que habla, qué linda patada les habría dado en plena cara! Pensé que iban a cortarla, no a sacarla a tirones, que fue lo que yo sentí.

Pero a pesar de la semioscuridad y los dedos helados, finalmente todo se hizo: los enormes atados amarrados a los caballos, los cabestros de cuerda (que usaban ahora en lugar de bridas y riendas) en manos de los niños, y comenzó el viaje.

—Recuerden —dijo Bri—. Permanezcamos juntos mientras podamos. Si no, encontrémonos en las Tumbas de los Antiguos Reyes, y el que llegue primero debe esperar a los demás.

—Y recuerden —agregó Shasta—: ustedes los caballos sean prudentes y no se pongan a hablar, pase lo que pase.

IV
SHASTA SE ENCUENTRA CON LOS NARNIANOS

Al principio lo único que podía ver Shasta abajo en el valle era un mar de bruma de donde surgían algunas cúpulas y torreones; pero a medida que aumentaba la claridad y se despejaba la niebla, pudo ir viendo más y más. El ancho río se dividía en dos corrientes y en la isla formada en medio de ellas se erguía la ciudad de Tashbaan, una de las maravillas del mundo. Alrededor del borde mismo de la isla, de manera que el agua lamía la piedra, se alzaban altas murallas reforzadas con tal cantidad de torres que pronto desistió de contarlas. Dentro de las murallas, la isla se levantaba como una colina y toda aquella colina, hasta el palacio del Tisroc y el inmenso templo de Tash en la cima, estaba completamente cubierta de edificios, terraza sobre terraza, calle sobre calle, y de zigzagueantes caminos o enormes tramos de escalera, rodeados de naranjos y limoneros, azoteas llenas de flores, balcones, anchos arcos, columnatas de pilares, capiteles, almenas, minaretes, torreones. Y cuando por fin el sol salió del mar y la gran cúpula plateada del templo reflejó su luz, quedó casi deslumbrado.

—Sigue, Shasta —decía continuamente Bri.

A cada lado del valle las orillas del río eran tal masa de jardines que al principio parecían verdaderas selvas, hasta que te acercabas más y veías los blancos muros de innumerables casas asomándose por debajo de los árboles. Poco después Shasta sintió un delicioso olor a flores y frutas. Unos quince minutos más tarde se encontraban en medio de ellas, caminando despacio por un camino liso con blancos muros a cada lado y árboles que se inclinaban por encima de las murallas.

—Caramba —dijo Shasta, en tono respetuoso—. ¡Este es un sitio maravilloso!

—Puede ser —dijo Bri—. Pero me gustaría que ya estuviésemos a salvo al otro lado. ¡Narnia y el Norte!

En ese momento comenzó a sentirse un ruido bajo y vibrante que se hacía gradualmente más y más fuerte hasta que pareció que todo el valle se estremecía. Era un sonido musical, pero tan intenso y solemne que llegaba a ser un poquito aterrador.

—Es el sonar de los cuernos anunciando que se abren las puertas de la ciudad —dijo Bri—. Estaremos ahí dentro de un minuto. Mira, Aravis, deja caer los hombros un poco, camina a paso más pesado y trata de no parecer princesa. Trata de imaginarte que te han pateado y abofeteado e insultado toda tu vida.

—Si se trata de eso —dijo Aravis—, ¿por qué no dejas caer un poco más tu cabeza y arqueas un poco menos tu cuello y tratas de no parecer tanto un caballo de guerra?

—Silencio —dijo Bri—. Ya estamos aquí.

Y allí estaban. Habían llegado al borde del río y el camino ante ellos se extendía a lo largo de un puente de múltiples arcos. El agua bailaba brillando al sol matinal; allá a su derecha cerca de la desembocadura del río alcanzaban a divisar mástiles de barcos. Muchos otros viajeros iban delante de ellos en el puente, la mayoría campesinos con sus burros y mulas cargados o llevando canastos sobre la cabeza. Los niños y los caballos se unieron a la muchedumbre.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Shasta a Aravis, que tenía una extraña expresión en su rostro.

—Oh, todo va muy bien para *ti* —murmuró Aravis, con tono bastante violento—. ¿Qué te importa a *ti* Tashbaan? Pero yo debería ir en una litera con soldados delante de mí y esclavos a mis espaldas, y tal vez me dirigiría a un gran banquete en el palacio del Tisroc (que viva para siempre), en lugar de entrar así, furtivamente. Es muy distinto para ti.

Shasta pensó que todo eso era sumamente tonto.

Al otro extremo del puente las murallas de la ciudad se elevaban muy por encima de ellos y las puertas de bronce estaban abiertas en un pórtico que era realmente muy amplio pero que parecía estrecho por su gran altura. Media docena de soldados, apoyados en sus lanzas, permanecían de pie a cada lado. Aravis no podía dejar de pensar: “Todos se pondrían en posición firme y me saludarían si supieran de quién soy hija”. Pero los demás pensaban sólo en cómo irían a pasar las puertas, esperando que los soldados no les hicieran preguntas. Afortunadamente no se las hicieron. Pero uno de los soldados cogió una zanahoria del canasto de uno de los campesinos y se la tiró a Shasta con una grosera risotada, diciendo:

—¡Oye! ¡Niño palafrenero! Las vas a pagar si tu amo descubre que has usado su caballo de silla para trabajo de carga:

Esto lo asustó muchísimo ya que demostraba que, por supuesto, nadie que supiera algo de caballos tomaría a Bri por un animal de carga.

—Son las órdenes de mi amo, para que sepas —repuso Shasta.

Pero más hubiera valido que hubiese refrenado su lengua pues el soldado le dio una bofetada en la cara que casi lo derribó, diciéndole:

—Toma, porquería, para que aprendas a hablarle a un hombre libre.

Pero finalmente lograron entrar en la ciudad sin ser detenidos. Shasta lloró sólo un poquito; estaba acostumbrado a recibir golpes fuertes.

Dentro de las puertas, Tashbaan no les pareció en un comienzo tan espléndida como a la distancia. La primera calle era estrecha y las murallas a ambos lados apenas tenían una que otra ventana. Había un gentío mucho mayor de lo que Shasta esperaba: todo lleno, en parte de campesinos (camino al mercado) que habían entrado con ellos, pero también de vendedores de agua, vendedores de confites, porteros, soldados, mendigos, niños harapientos, gallinas, perros vagos, y esclavos descalzos. Lo que más hubieras notado, si hubieses estado allí, habrían sido los olores que emanaban de gente sucia, perros sucios, perfumes, ajo, cebollas, y los montones de basura desparramada por todos lados.

Shasta simulaba llevar las riendas, pero en realidad lo hacía Bri, que conocía el camino y que lo guiaba dándole empujoncitos con la nariz. Pronto doblaron a la izquierda y comenzaron a subir una empinada colina. Acá estaba mucho más fresco y agradable, porque el camino estaba rodeado de árboles y sólo al lado derecho había casas; por el otro lado podían ver los techos de las casas en la parte baja del pueblo y algo del río. Luego hicieron a su derecha una curva en forma de horquilla y continuaron subiendo. Fueron zigzagueando hasta el centro de Tashbaan. Pronto llegaron a calles más elegantes. Grandes estatuas de los dioses y héroes de Calormen, que son más bien impresionantes que agradables de ver, se alzaban sobre brillantes pedestales. Las palmeras y las arcadas de columnas arrojaban su sombra sobre el ardiente pavimento. Y a través de los pórticos abovedados de numerosos palacios, Shasta alcanzó a vislumbrar ramas verdes, frescas fuentes y terso césped. “Debe ser bonito ahí adentro”, pensó.

A cada recodo Shasta esperaba que se estuvieran alejando del gentío, pero nunca lo lograban. Por este motivo, avanzaban muy lentamente y de vez en cuando debían detenerse del todo, lo que se debía casi siempre a que una voz potente gritaba: “Abran paso, abran paso al Tarkaan” o “a la Tarkeena” o “al decimoquinto Visir” o “al Embajador” y todo el gentío se apretaba contra las murallas; y por encima de sus cabezas, Shasta veía a veces al gran señor o señora que ocasionaba tal conmoción, recostados en una litera que cuatro y hasta seis gigantescos esclavos llevaban sobre sus hombros desnudos. Porque en Tashbaan hay una sola regla de tránsito, la cual es: toda persona poco importante tiene que dar paso a cualquiera que sea más importante; a menos que quieras recibir un latigazo o una punzada de la punta de una lanza.

Fue en una calle sumamente lujosa, muy cerca de la parte más alta de la ciudad (sólo el palacio del Tisroc estaba más arriba) que ocurrió la más desastrosa de esas detenciones.

—¡Paso! ¡Paso! ¡Paso! —se escuchó la voz—. Paso para el blanco Rey bárbaro, el huésped del Tisroc (¡que viva para siempre!). Paso a los nobles de Narnia.

Shasta trató de apartarse del camino y de hacer retroceder a Bri. Pero ningún caballo, ni siquiera un caballo narniano que habla, retrocede con facilidad. Y una mujer que llevaba en sus manos un canasto de bordes muy afilados, y que estaba justo detrás de Shasta, apretó violentamente el canasto contra sus hombros, diciéndole: "¡Vamos a ver! ¡A quién estás empujando!". Y entonces alguien más le dio un empellón y en la confusión soltó a Bri. Y toda esa muchedumbre detrás de él era tan compacta y tan estrechamente apretada que no se pudo mover. Por consiguiente se encontró, sin querer, en la primera fila y tuvo una magnífica vista del grupo que venía por la calle.

Era muy diferente de los otros grupos que había visto aquel día. El pregonero que iba adelante gritando: "¡Paso, paso!", era el único calormene. Y no había ni una sola litera; todos iban a pie. Era una media docena de hombres y Shasta jamás había visto nadie como ellos. En primer lugar, todos tenían tez blanca como él, y la mayoría tenía el cabello claro. Y no vestían como los hombres de Calormen. Muchos tenían las piernas desnudas hasta la rodilla. Sus túnicas eran de colores elegantes, brillantes, fuertes: verde bosque, alegres amarillos, o fresco azul. En vez de turbantes usaban gorras de acero o de plata, algunas adornadas con joyas, y una con alitas a cada lado. Unos pocos iban con la cabeza descubierta. Sus espadas eran largas y rectas, no curvas como las cimitarras de los calormenes. Y en lugar de ser serios y misteriosos como la mayoría de los calormenes, caminaban con ritmo, con sus brazos y hombros sueltos, y charlaban y reían. Uno iba silbando. Te dabas cuenta de inmediato que estaban dispuestos a hacerse amigo de cualquiera que fuera amistoso y les importaba un rábano el que no lo fuera. Shasta pensó que nunca había visto algo tan encantador en toda su vida.

Mas no hubo tiempo para disfrutarlo, ya que de pronto sucedió la cosa más espantosa. El jefe de los hombres de pelo claro señaló a Shasta de súbito, gritando: "¡Ahí está! ¡Ahí está nuestro fugitivo!", y lo tomó por el hombro. Al minuto siguiente le dio una palmada a Shasta —no una palmada cruel que te haga llorar sino una fuerte para que sepas que te van a castigar— y agregó, remeciéndolo:

—¡Qué vergüenza, señoría! ¡Pero qué vergüenza! Los ojos de la reina Susana están rojos de tanto llorar por ti. ¿Cómo es eso? ¡Desaparecido toda la noche! ¿Dónde has estado?

Shasta se habría lanzado debajo del cuerpo de Bri y habría tratado de esfumarse en la multitud si hubiera tenido la más mínima posibilidad; pero los hombres de pelo claro lo habían rodeado y lo sujetaban firmemente.

Claro que su primer impulso fue decirles que él era sólo el pobre hijo de Arshish, el pescador, y que el noble extranjero debía haberlo confundido con otro. Mas la última cosa que quería hacer en ese lugar lleno de gente era ponerse a explicar quién era. Si lo hacía, pronto le preguntarían de dónde había sacado su caballo, y quién era Aravis, y entonces, adiós a cualquiera posibilidad de salir de Tashbaan. El siguiente impulso que tuvo fue recurrir a Bri para pedirle ayuda. Pero Bri no tenía la menor intención de permitir que toda esa muchedumbre supiera que él podía hablar, y aparentó ser todo lo estúpido que un caballo puede ser. En cuanto a Aravis, Shasta no se atrevió siquiera a mirarla por miedo a llamar la atención sobre ella. Y no había tiempo para pensar, porque el jefe de los narnianos estaba diciendo:

—Toma una de las manos de su señoría, Peridan, por favor, y yo tomaré la otra. Y ahora, adelante. Nuestra real hermana se tranquilizará cuando vea a nuestra joven víctima propiciatoria a salvo en nuestras habitaciones.

Y de ese modo, antes de llegar a la mitad de camino para cruzar Tashbaan, todos sus planes se vieron arruinados, y sin siquiera tener la oportunidad de decir adiós a los demás, Shasta se encontró con que unos extranjeros se lo llevaban sin ninguna ceremonia y que era totalmente incapaz de adivinar qué sucedería más adelante. El Rey narniano —pues Shasta comprendió por la manera en que el resto le hablaba que él debía ser el Rey— siguió haciéndole preguntas: dónde había estado, cómo había salido, qué había hecho con sus vestimentas, y si no sabía que se había portado pésimamente. Sólo que el Rey decía pésimo en lugar de pésimamente.

Y Shasta no respondía, porque no podía pensar nada que decir que no fuera peligroso.

—¡Qué es esto! ¿Estás mudo? —preguntó el Rey—. Tengo que decirte con toda franqueza, Príncipe, que este vergonzante silencio es menos digno de alguien de tu sangre que la propia escapada. Se puede perdonar la fuga como una travesura de un niño con algo de humor. Pero el hijo del rey de Archenland debe reconocer sus actos y no inclinar la cabeza como un esclavo calormene.

Esto fue muy desagradable, pues Shasta iba todo el tiempo pensando que ese joven Rey era la persona grande más encantadora que conocía y le habría gustado darle una buena impresión.

Los extranjeros lo condujeron, asiendo estrechamente sus dos manos, a lo largo de una calle angosta, bajaron una escalera de peldaños muy bajos y luego subieron por otra que daba a un amplio portal en la blanca muralla con un alto y oscuro ciprés a cada lado. Al cruzar el arco, Shasta se encontró en un patio que era a la vez un jardín. En el centro, una fuente de mármol de agua clara que el manantial que en él vertía mantenía en un

constante ondular. A su alrededor crecían naranjos sobre mullido pasto, y las cuatro murallas blancas que circundaban el prado estaban cubiertas de rosas trepadoras. Parecía que el ruido y el polvo y la muchedumbre en las calles habían quedado repentinamente muy lejos. Lo hicieron atravesar rápidamente el jardín y luego entrar por un oscuro portal. El pregonero se quedó afuera. Después lo llevaron por un corredor donde sus pies ardientes sintieron la exquisita frescura del suelo de piedra, y subieron unos cuantos escalones. Un momento más tarde se encontró, parpadeando por la luz, en una sala grande y aireada cuyas ventanas, abiertas de par en par, miraban al norte, de modo que no les daba el sol. En el piso, una alfombra del colorido más maravilloso que jamás viera antes y sus pies se hundían en ella como si estuviese pisando un espeso musgo. Por todos lados, junto a las paredes, había sofás bajos con preciosos cojines, y la sala parecía estar llena de gente; alguna gente bastante curiosa, pensó Shasta. Pero no tuvo tiempo de reflexionar más porque la dama más linda que había visto en su vida se levantó del lugar donde estaba y le arrojó los brazos al cuello y lo besó, diciendo:

—Oh Corin, Corin, ¿cómo has podido hacer esto? Tú y yo que somos tan amigos desde que murió tu madre. ¿Y qué le habría dicho yo a tu padre si vuelvo a casa sin ti? Habría sido casi motivo de guerra entre Archenland y Narnia, que son aliados desde tiempos inmemoriales. Estuvo mal, querido compañero de juegos, muy mal de tu parte tratarnos así.

"Aparentemente —se dijo Shasta— me confunden con un príncipe de Archenland, dondequiera que esté eso. Y éstos deben ser los narnianos. Me pregunto dónde estará el verdadero Corin." Pero estos pensamientos no lo ayudaron a decir nada en voz alta.

—¿Dónde has estado, Corin? —preguntó la dama, con sus manos aún sobre los hombres de Shasta.

—N-n-no sé —tartamudeó Shasta.

—Ahí lo tienes, Susana —dijo el Rey—. No le he podido sacar palabra verdadera o falsa.

—¡Majestades! ¡Reina Susana! ¡Rey Edmundo! —dijo una voz.

Y cuando Shasta se volvió a mirar al que hablaba, la sorpresa que se llevó le dio el susto de su vida. Pues era una de esas curiosas criaturas que había divisado por el rabillo del ojo cuando recién entró en la habitación. Era más o menos del mismo porte de Shasta. De la cintura para arriba era como un hombre, pero sus piernas eran peludas como las de una cabra, y de la misma forma de las de una cabra y tenía cascos de cabra y una cola. Su piel era más bien roja y tenía el pelo crespo y una barba corta y en punta y dos pequeños cuernos. En realidad era un fauno, una criatura que Shasta no había visto jamás ni en dibujos y de la cual ni siquiera había oído hablar antes. Y si

tú ya leíste el libro llamado *El León, la Bruja y el Ropero,* te encantará saber que se trataba del mismo fauno, Tumnus era su nombre, que habían conocido la Reina Susana y su hermana Lucía el primer día que descubrieron la manera de llegar a Narnia. Pero estaba muchísimo más viejo porque ahora Pedro y Susana y Edmundo y Lucía ya llevaban varios años como Reyes y Reinas de Narnia.

—Sus Majestades —decía—. La pequeña Alteza ha tenido una insolación. ¡Mírenlo! Está aturdido. No sabe dónde está.

Entonces, por supuesto, todos dejaron de reprender a Shasta y de hacerle preguntas y comenzaron a mimarlo y lo colocaron en un diván y le pusieron cojines bajo la cabeza y le dieron a beber sorbete helado en una copa de oro y le dijeron que se quedara tranquilo.

Nunca le había pasado algo así a Shasta en su vida. Jamás había imaginado siquiera que podría estar tendido en algo tan confortable como ese diván o beber algo tan delicioso como ese sorbete. Aún se preguntaba qué les habría ocurrido a los otros y cómo diablos iba a escapar para juntarse con ellos en las Tumbas, y qué iba a pasar cuando el verdadero Corin volviera. Pero ninguna de estas preocupaciones le parecía tan urgente ahora que estaba tan cómodo. ¡Y a lo mejor, más tarde, habría cosas exquisitas para comer!

Entretanto, era entretenido observar a la gente que se encontraba en esa sala fresca y ventilada. Aparte del fauno había dos enanos (una clase de criatura que no había visto antes) y un inmenso cuervo. El resto eran todos humanos; adultos, pero jóvenes, y todos, hombres y mujeres, tenían caras y voces más bellas que las de la mayoría de los calormenes. Y pronto Shasta principió a interesarse en la conversación.

—Y bien, señora —decía en ese momento el Rey a la reina Susana (la dama que había besado a Shasta)—. ¿Qué piensas? Llevamos tres semanas enteras en esta ciudad. ¿Has decidido si te casarás o no con ese enamorado tuyo de la cara oscura, ese Príncipe Rabadash?

La dama movió negativamente la cabeza.

—No, hermano —dijo—, ni por todas las joyas de Tashbaan.

(“¡Hola! —pensó Shasta—. Aunque son rey y reina son hermano y hermana, no están casados”.)

—Verdaderamente, hermana —dijo el Rey—, te amaría mucho menos si lo hubieras aceptado. Y te diré que cuando fueron por primera vez los embajadores del Tisroc a Narnia a convenir este matrimonio, y después cuando el Príncipe fue nuestro huésped en Cair Paravel, me asombraba que

pudieras estar dispuesta a demostrarle tanto favor.

—Esa fue una locura mía, Edmundo —respondió la reina Susana—, y te ruego que me perdones. Sin embargo, cuando estaba con nosotros en Narnia, en realidad este Príncipe se comportó de manera muy distinta a como lo hace ahora en Tashbaan. Pues todos ustedes son testigos de las maravillosas proezas que realizó en el gran torneo y en las justas que nuestro hermano el gran Rey organizó para él, y lo sumisa y cortésmente que fraternizó con nosotros por espacio de siete días. Pero aquí, en su propia ciudad, muestra otra cara.

—¡Ah! —graznó el cuervo—. Hay un viejo dicho: conoce al oso en su propia madriguera antes de juzgar sus condiciones.

—Eso es muy cierto, Sálopa —dijo uno de los enanos—. Y hay otro: ven a vivir conmigo y me conocerás.

—Sí —dijo el Rey—. Ahora lo hemos visto tal cual es: el tirano más orgulloso, sanguinario, ostentoso, cruel y ególatra.

—Entonces, en nombre de Aslan —dijo Susana—, vámonos de Tashbaan hoy mismo.

—Ahí está el problema, hermana —replicó Edmundo—. Pues ahora te voy a revelar algo que me tiene extremadamente preocupado en estos últimos dos días o más. Peridan, ten la amabilidad de ir a la puerta y ver si no hay alguien espiando. ¿Todo bien? Me alegro. Pues es preciso ser muy discretos.

Todos tenían una expresión muy seria. La reina Susana dio un salto y corrió hacia su hermano. —Oh, Edmundo —gritó—. ¿Qué pasa? Hay algo aterrador en tu rostro.

V
EL PRINCIPE CORIN

—Mi querida hermana y buena señora —dijo el Rey Edmundo—, ahora deberás mostrar tu valentía. Pues te diré francamente que estamos ante un peligro nada despreciable.

—¿De qué se trata, Edmundo? —preguntó la reina.

—De lo siguiente —respondió Edmundo—. Creo que no será fácil para nosotros salir de Tashbaan. Mientras el Príncipe tuvo esperanzas de que lo aceptarías, fuimos huéspedes respetados. Pero, por la melena del León, pienso que en cuanto reciba tu terminante negativa, no estaremos mejor que cualquier prisionero.

Uno de los enanos lanzó un suave silbido.

—Se los advertí a sus Majestades, se los advertí —dijo el cuervo Sálopa—. ¡Se entra muy fácil pero no se sale muy fácil, como dijo la langosta atrapada en la langostera!

—Estuve con el Príncipe esta mañana —continuó Edmundo—. El no está habituado (desgraciadamente) a que contraríen su voluntad. Y está sumamente irritado por tus largas dilaciones y tus inciertas respuestas. Esta mañana me presionó con dureza para conocer tu decisión. Deseché sus temores, tratando al mismo tiempo de disminuir sus esperanzas con algunas bromas sobre los caprichos de las mujeres, e insinué que su proyecto de matrimonio parecía haberse enfriado. Se enojó mucho y se mostró peligroso. Había una especie de amenaza, aunque aún velada por una apariencia de cortesía, en cada palabra que pronunció.

—Sí —asintió Tumnus—. Y cuando cené con el Gran Visir anoche, fue igual. Me preguntó si me gustaba Tashbaan. Y yo (porque no podía decirle que odiaba cada piedra de esta ciudad y tampoco podía mentir) le dije que ahora, que ya llegaba el pleno verano, mi corazón se volvía hacia los frescos bosques de Narnia y hacia sus laderas cubiertas de rocío. Me miró con una sonrisa que no presagiaba nada bueno y dijo: “Nada te impide danzar allá nuevamente, pequeño patadecabra, *siempre que nos dejen a cambio una novia para nuestro príncipe”.*

—¿Quieres decir que me haría su esposa por la fuerza? —exclamó Susana.

—Eso me temo, Susana —respondió Edmundo—. Esposa, o esclava, lo que es peor.

—Pero ¿cómo podría hacerlo? ¿El Tisroc cree que nuestro hermano el gran Rey toleraría un atropello semejante?

—Señor —dijo Peridan al Rey—. No serán tan locos. ¿O es que piensan que no hay espadas ni lanzas en Narnia?

—Ay de nosotros —dijo Edmundo—. Me imagino que el Tisroc tiene poco temor de Narnia. Somos un país pequeño. Y los países pequeños que limitan con grandes imperios son siempre odiosos a los ojos de los señores del gran imperio. El desea aniquilarlos, engullirlos. Al comienzo, cuando permitió que el Príncipe fuera a Cair Paravel como tu pretendiente, hermana, es posible que estuviera solamente buscando una ocasión en nuestra contra. Es muy probable que espere apoderarse de un solo zarpazo de Narnia y Archenland juntos.

—Déjalo que lo intente —dijo el segundo enano—. En el mar somos tan poderosos como él. Y si nos asalta por tierra tendría que cruzar el desierto.

—Es verdad, amigo —murmuró Edmundo—. Pero ¿es el desierto una defensa segura? ¿Qué opina Sálopa?

—Conozco muy bien ese desierto —dijo el cuervo—. Pues he volado a lo largo y ancho de él desde mi niñez (puedes estar seguro de que Shasta aguzó el oído ante estas palabras). Y esto es lo cierto: si el Tisroc va por el gran oasis, nunca podrá conducir un numeroso ejército a través de él hacia Archenland. Porque aunque podrían llegar al oasis al final del primer día de marcha, los manantiales que hay allí no bastarían para calmar la sed de todos esos soldados y sus bestias. Pero existe otro camino.

Shasta escuchaba en el silencio más atento.

—El que quiera encontrar ese camino —dijo el cuervo— debe partir de las Tumbas de los Antiguos Reyes y seguir hacia el noroeste, de modo que las dos cumbres del Monte Pire se encuentren siempre delante de él. Y así, a un día o un poco más de marcha, llegará al final de un valle pedregoso, tan estrecho que un hombre podría estar a un estadio[2] de distancia miles de veces y jamás sabría que se encontraba allí. Y mirando hacia ese valle no verá pasto ni agua ni nada bueno. Pero si baja por él llegará a un río y podrá recorrer, siguiendo sus aguas, todo el camino a Archenland.

—¿Y los calormenes saben de este camino al oeste? —preguntó la reina.

—Amigos, amigos —intervino Edmundo—, ¿de qué vale toda esta conversación? No nos preocupa si ganaría Narnia o Calormen en caso de

2 *Estadio*: medida de 201 metros.

estallar la guerra entre ambos. Nos preocupa cómo salvar el honor de la reina y nuestras propias vidas saliendo de esta ciudad infernal. Pues aunque mi hermano el gran Rey Pedro venciera al Tisroc una docena de veces, a pesar de todo y mucho antes de que llegara ese día, nos habrían cortado la garganta y su gracia la reina sería la esposa o, más probablemente, la esclava del príncipe.

—Tenemos nuestras armas, Rey —dijo el primer enano—. Y esta es una causa razonablemente fácil de defender.

—Y por eso —dijo el Rey— no dudo de que cada uno de nosotros vendería cara su vida en esa puerta y sólo llegarían ante la reina por sobre nuestros cadáveres. Y aun así seríamos sólo ratas luchando dentro de una trampa, a fin de cuentas.

—Muy cierto —graznó el cuervo—. Estas extremas resistencias en una casa inspiran bellas historias, pero nunca se obtiene nada de ellas. Después de soportar los primeros rechazos, el enemigo siempre le prende fuego a la casa.

—Soy la causa de todo esto —dijo Susana, estallando en llanto—. Ojalá nunca hubiera salido de Cair Paravel. El último de nuestros días felices fue el anterior a la llegada de aquellos embajadores de Calormen. Los topos estaban plantando un huerto para nosotros... oh... oh.

Y ocultando el rostro entre sus manos, sollozó.

—Valor, Su, valor —dijo Edmundo—. Recuerda... ¿pero qué es lo que pasa contigo, maestro Tumnus?

Pues el fauno se tomaba los cuernos con sus dos manos como afirmando así su cabeza, retorciéndola de aquí para allá como si tuviera un gran dolor dentro de ella.

—No me hablen, no me hablen —murmuró Tumnus—. Estoy pensando. Estoy pensando tanto que apenas puedo respirar. Esperen, esperen, esperen por favor.

Por un momento hubo un silencio de perplejidad y luego el fauno miró hacia arriba, respiró profundo, enjugó su frente y dijo:

—La única dificultad es cómo lograremos bajar hasta nuestro barco, y con algunas provisiones además, sin ser descubiertos y detenidos.

—Sí —exclamó un enano en tono burlón—. Así como la única dificultad del mendigo para montar a caballo es que no tiene caballo.

—Esperen, esperen —prosiguió el señor Tumnus con impaciencia—. Todo lo que necesitamos es algún pretexto para ir al barco hoy día y llevar nuestras cosas a bordo.

—Sí —musitó el Rey Edmundo en tono de duda.

—Bien, entonces —dijo el fauno—, ¿qué les parece si sus Majestades invitan al Príncipe a un gran banquete que se ofrecerá a bordo de nuestro galeón el *Resplandor Cristalino* mañana en la noche? Y que el mensaje sea redactado en la forma más amable que la reina pueda inventar sin comprometer su honor: de manera de darle al Príncipe una esperanza de que ella está cediendo.

—Es un muy buen consejo, señor —graznó el cuervo.

—Y entonces —continuó Tumnus, excitado—, todos supondrán que estaremos yendo al barco todo el día, haciendo los preparativos para nuestros invitados. Y permitirán que algunos de nosotros vayan a los bazares y gasten lo poco que tenemos en las fruterías y donde los vendedores de confites y los mercaderes en vino, tal como si estuviéramos en verdad dando una fiesta. Y nos dejarán contratar magos y juglares y bailarinas y flautistas, para que se presenten a bordo mañana por la noche.

—Ya entiendo, ya entiendo —dijo el Rey Edmundo, sobándose las manos.

—Y entonces —prosiguió Tumnus—, todos estaremos a bordo esta noche. Y en cuanto esté bien oscuro...

—¡Arriba las velas y afuera los remos...! —gritó el Rey.

—Y a la mar —exclamó Tumnus, dando un brinco y poniéndose a bailar.

—Y proa al norte —dijo el primer enano.

—¡Corriendo a casa! ¡Viva Narnia y el Norte! —dijo el otro.

—¡Y el Príncipe despertando a la mañana siguiente *y* encontrando que sus pájaros han volado! —agregó Pendan, batiendo palmas.

—Oh maestro Tumnus, querido maestro Tumnus —dijo la reina, cogiendo sus manos y balanceándose con él al ritmo de su danza—. Nos has salvado a todos.

—El Príncipe nos perseguirá —dijo otro de los señores cuyo nombre Shasta todavía no había oído.

—Es lo que menos temo —repuso Edmundo—. He visto todas las naves en el río y no hay ningún barco alto de guerra ni ninguna galera veloz. ¡Ojalá nos persiga! Porque el *Resplandor Cristalino* puede hundir lo que él mande tras de nosotros... si es que nos alcanzan.

—Señor —dijo el cuervo—. No escucharás mejor complot que el del fauno aunque nos sentemos en consejo durante siete días. Y ahora, como decimos nosotros los pájaros, los nidos antes que los huevos. Lo que es como decir, vayamos a comer y luego rápidamente a nuestros asuntos.

Todos se pusieron de pie al escuchar esto y se abrieron las puertas y los señores y las criaturas se hicieron a un lado para dejar que el Rey y la Reina salieran primero. Shasta se preguntaba qué haría, pero el señor Tumnus le dijo:

—Quédate aquí, Alteza, y yo te traeré un pequeño banquete para ti dentro de pocos minutos. No necesitas moverte hasta que estemos listos para embarcar.

Shasta dejó caer nuevamente su cabeza sobre las almohadas y pronto se encontró solo en la sala.

“Esto es absolutamente espantoso” —pensó Shasta. Nunca se le ocurrió decir a aquellos narnianos toda la verdad y pedirles su ayuda. Habiendo sido criado por un hombre duro y tacaño como Arshish, tenía la inveterada costumbre de no decir jamás nada a los mayores si podía evitarlo; pensaba siempre que ellos echarían a perder o impedirían lo que él estuviera tratando de hacer. Y se dijo que aunque el Rey narniano fuera amable con los dos caballos por ser bestias que hablan de Narnia, odiaría a Aravis por ser de Calormen y o bien la vendería como esclava o bien la enviaría de regreso donde su padre. En cuanto a él mismo, “simplemente no me atrevo a decirles que no soy el Príncipe Corin *ahora”,* pensaba Shasta. “He escuchado sus planes. Si saben que no soy uno de ellos, no me dejarán nunca salir vivo de esta casa. Tendrían miedo de que los traicione ante el Tisroc. Me matarían. ¡Y si aparece el verdadero Corin, todo se descubrirá, y me matarán!” Como puedes ver, él no tenía idea de cómo se comporta la gente noble y que ha nacido libre.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué voy a hacer? —se decía a sí mismo continuamente—. ¿Qué...?, hola, ahí viene esa criaturita caprina otra vez.

El fauno entró trotando, y medio bailando, con una bandeja casi tan grande como él en sus manos. La dejó sobre una mesa empotrada al lado del sofá de Shasta, y él se sentó sobre el piso alfombrado cruzando sus piernas de cabra.

—Y ahora, principito —dijo—, Come una buena cena. Será tu última comida en Tashbaan.

Era una fina comida al estilo calormene. No sé si a ti te hubiera gustado, pero a Shasta sí. Había langosta, y ensalada, y agachadiza rellena con almendras y trufas, y un guiso muy complicado de hígados de pollo y arroz y pasas y nueces, y luego melones fríos y jugos de grosella y mora con crema, y toda clase de cosas ricas que puedan hacerse con helados.

También había un jarrito con la clase de vino que llaman “blanco” aunque en realidad es amarillo.

Mientras Shasta comía, el buen fauno, que pensaba que éste aún estaba aturdido por la insolación, se dedicó a hablarle de lo bien que lo pasaría cuando todos volvieran a casa; y acerca de su buen padre, el anciano Rey Lune de Archenland y el pequeño castillo en que vivía en las laderas sur del desfiladero.

—Y no olvides —dijo el señor Tumnus—, que se te ha prometido tu primera armadura y tu primer caballo de guerra para tu próximo cumpleaños. Y después su Alteza comenzará a aprender a participar en justas y torneos. Y dentro de pocos años, si todo va bien, el Rey Pedro ha ofrecido a tu real padre que él en persona te hará Caballero en Cair Paravel. Y en el intertanto habrá muchas idas y venidas entre Narnia y Archenland por el paso de las montañas. Y por supuesto que recordarás que prometiste venir a pasar una semana entera conmigo para el Festival de Verano; y habrá fogatas y danzas que durarán toda la noche y bailarán faunos y dríades en el corazón de los bosques y, ¿quién sabe?... ¡a lo mejor vemos al propio Aslan!

Cuando terminó la comida, el fauno dijo a Shasta que se quedara muy tranquilo donde estaba.

—Y no te haría ningún daño dormir un poquito —añadió—. Te vendré a buscar con bastante tiempo para ir a bordo. Y luego, la patria. ¡Narnia y el Norte!

Shasta había gozado tanto con su cena y con las cosas que Tumnus le había estado contando que cuando quedó solo sus pensamientos tomaron un rumbo muy diferente. Ahora lo único que esperaba era que el verdadero Príncipe Corin no volviera hasta que fuera ya demasiado tarde y que a él lo llevaran a Narnia por barco. Me temo que no pensó ni por un instante en lo que pudiera pasarle al verdadero Corin si lo dejaban abandonado en Tashbaan. Estaba un poco preocupado por Aravis y Bri que lo esperaban en las Tumbas. Pero luego se dijo: “Bueno, ¿qué puedo hacer yo? De todas formas, esa Aravis cree que es demasiado superior a mí para andar conmigo, así que muy bien puede seguir sola”, y al mismo tiempo no podía dejar de pensar que era mucho más agradable ir a Narnia por mar que atravesar el

desierto con tantas dificultades.

Después que hubo pensado todo esto, hizo lo que supongo habrías hecho tú si te hubieras levantado muy temprano y hubieras debido hacer una larga caminata y hubieras experimentado grandes emociones y luego hubieras comido una exquisita cena, y estuvieras tendido en un diván en una pieza fresca sin ruidos, fuera de una abeja que entró zumbando por las ventanas abiertas. Se quedó dormido.

Lo despertó un fuerte estruendo. Saltó del sofá, mirando fijamente. A juzgar por la apariencia de la sala —las luces y sombras le parecieron diferentes— se dio cuenta de que debía haber dormido varias horas. También vio qué era lo que había producido el estruendo: un costoso florero de porcelana que había estado colocado en el alféizar de la ventana yacía ahora en el suelo, quebrado en cerca de treinta pedazos. Pero casi no se fijó en estas cosas. En lo que sí se fijó fue en dos manos agarradas al alféizar desde afuera. Se agarraban con más y más fuerza (haciendo blanquear los nudillos) y luego aparecieron una cabeza y un par de hombros. Un segundo más tarde, un muchacho de la misma edad de Shasta estaba sentado a caballo en el alféizar con una pierna colgando dentro de la habitación.

Shasta no había visto nunca su propia imagen en un espejo. Incluso si lo hubiese hecho, no habría comprendido que el otro niño era (en tiempos normales) casi exactamente igual a él. En ese momento este niño no se parecía a nadie en especial, porque lucía el mejor ojo en tinta que hayas visto en tu vida, y le faltaba un diente, y su ropa (que debe haber sido espléndida cuando se la puso) estaba rota y sucia, y tenía la cara llena de sangre y barro.

—¿Quién eres? —dijo el niño en un susurro.

—¿Eres el Príncipe Corin? —preguntó Shasta.

—Sí, por supuesto —repuso el otro—. Pero ¿quién eres tú?

—No soy nadie, nadie en particular, quiero decir —contestó Shasta—. El Rey Edmundo me atrapó en la calle y me confundió contigo. Supongo que debemos parecemos mucho. ¿Puedo irme por donde tú llegaste?

—Sí, si eres bueno para escalar —dijo Corin—. Pero ¿por qué tienes tanto apuro? Mira: hay que sacar algo entretenido de esto que te hayan tomado por mí.

—No, no —dijo Shasta—. Debemos cambiar lugares ahora mismo. Sería simplemente terrorífico si el señor Tumnus vuelve y nos encuentra a los dos aquí. Tuve que fingir ser tú. Y ustedes partirán esta noche… en secreto. ¿Y dónde estuviste todo este tiempo?

—Un niño en la calle hizo una broma de mal gusto acerca de la reina Susana —respondió el Príncipe Corin—, así es que le pegué y lo tiré al suelo. Se arrancó aullando y entró en una casa y su hermano grande salió. Entonces le pegué al hermano grande. Después todos empezaron a perseguirme hasta que nos topamos con tres viejos con lanzas que llaman la Ronda. Así es que luché contra la Ronda y ellos me pegaron y me botaron al suelo. Ya estaba oscureciendo. Entonces la Ronda me llevó para encerrarme en alguna parte. Así es que les pregunté si les gustaría tomar una jarra de vino y dijeron que sí, que muchas gracias. Los llevé entonces a una tienda de vinos y les compré un poco y ellos se sentaron y bebieron hasta que se quedaron dormidos. Pensé que era hora de que yo me fuera, así es que salí muy despacio y luego volví a encontrar al primer niño —el que había empezado todo el problema—, que todavía haraganeaba por ahí. Así es que le volví a pegar un puñete. Después escalé por el tubo de una cañería hasta el techo de una casa y allí me quedé muy quieto hasta que empezó a clarear la mañana. Desde entonces busco mi camino de regreso. Oye, ¿hay algo de beber?

—No, me lo tomé yo —dijo Shasta—. Y ahora, muéstrame cómo entraste. No hay un minuto que perder. Es mejor que te tiendas en el sofá y finjas... pero me olvidaba. No va a resultar con todos esos moretones y el ojo en tinta. Vas a tener que decirles la verdad, una vez que yo esté a salvo muy lejos.

—¿Y qué otra cosa pensaste que les diría yo? —preguntó el Príncipe, con una mirada de indignación—. ¿Y quién eres *tú?*

—No hay tiempo —susurró Shasta, frenético—. Soy un narniano, creo; algo que está al norte, de todas maneras. Pero crecí y pasé toda mi vida en Calormen. Y estoy huyendo a través del desierto con un caballo que habla que se llama Bri. ¡Y ahora, rápido! ¿Cómo salgo?

—Mira —dijo Corin—. Déjate caer por esta ventana al techo de la terraza. Pero hazlo muy livianamente, de puntillas, o si no alguien te puede oír. Continúa enseguida por la izquierda y puedes subir hasta la punta de esa muralla si eres un buen trepador. Luego sigues por la muralla hasta la esquina. Déjate caer sobre el montón de basura que encontrarás afuera, y estás listo.

—Gracias —dijo Shasta, que ya estaba sentado en el alféizar.

Los dos niños se miraron cara a cara y súbitamente descubrieron que ya eran amigos. —Adiós —dijo Corin—. Y *buena* suerte. Espero que te vaya bien. —Adiós —dijo Shasta—. Oye, ¡tú sí que has tenido aventuras! —Nada en comparación con las tuyas —repuso el Príncipe—. Y ahora, baja; suavemente... te digo —agregó cuando Shasta se dejaba caer—. Espero que nos encontremos en Archenland. Anda donde mi padre el Rey Lune y dile que eres amigo mío. ¡Cuidado! Oigo a alguien que se acerca.

VI
SHASTA EN MEDIO DE LAS TUMBAS

Shasta corrió por el techo ágilmente y de puntillas, sintiendo su calor bajo los pies desnudos. Tardó sólo pocos segundos en trepar la muralla por el otro extremo, y al llegar a la esquina pudo ver abajo una calle estrecha y maloliente, donde había un montón de basura apilada contra el muro de afuera, tal como le había dicho Corin. Antes de saltar al suelo dio una rápida mirada a su alrededor para orientarse. Al parecer había ido a parar al centro de la isla-colina en que estaba construida Tashbaan. Todo descendía en declive ante él, techos planos debajo de techos planos, hasta llegar a las torres y almenas de la muralla norte de la ciudad. Más allá se veía el río y más allá del río una cuesta corta llena de jardines. Pero aún más allá había algo que él no había visto nunca: una cosa enorme de color gris amarillento, tersa como un mar en calma, y que se extendía por kilómetros y kilómetros. Al lado opuesto había unas inmensas cosas azules, de aspecto desigual y bordes dentados, y algunas con cumbres blancas.

"¡El desierto! ¡Las montañas!", pensó Shasta.

Saltó por encima de la basura y comenzó a trotar cuesta abajo por el estrecho callejón lo más rápido que pudo; pronto desembocó en una calle ancha donde había más gente. Nadie se molestó en mirar al chiquillo harapiento que corría descalzo por la calle. Con todo, iba ansioso y desasosegado hasta que dobló la esquina y vio frente a él las puertas de la ciudad. Ahí le dieron empellones y lo empujaron un poco, pues también muchísima gente venía saliendo; y en el puente, pasado de la puerta, la muchedumbre se transformó en una lenta procesión que más parecía una cola que una multitud. Allá afuera, con la clara corriente de agua a cada lado, se sentía un delicioso frescor, sobre todo después del olor y el calor y el ruido de Tashbaan.

Una vez que Shasta logró llegar al otro lado del puente, advirtió que la muchedumbre se dispersaba; parecía que todos iban o bien a la izquierda o bien a la derecha por las riberas del río. El siguió derecho adelante subiendo por un camino rodeado de jardines y que no parecía ser muy frecuentado. A los pocos pasos se encontró solo, y unos pocos pasos más lo condujeron a la cima de la ladera. Allí se detuvo y miró atentamente. Era como haber llegado al fin del mundo, pues se acababa bruscamente el pasto y a escasos metros comenzaba la arena: una interminable y tersa arena, como en una playa pero un poco más áspera ya que nunca se mojaba. Adelante asomaban las montañas, que ahora parecían más lejanas. Para su gran alivio vio, a unos cinco minutos de caminata a su izquierda, algo que seguramente eran las Tumbas, tal como las había descrito Bri; grandes masas de desmoronadas piedras semejantes a gigantescas colmenas, sólo un poquito más angostas. Tenían un aspecto muy oscuro y terrible porque el sol ya se estaba poniendo

justo detrás de ellas.

Volvió su rostro al oeste y trotó hacia las Tumbas. No podía dejar de escrutar fijamente a su alrededor en busca de alguna seña de sus amigos, a pesar de que el sol poniente le daba justo en la cara y apenas podía ver.

"Por lo demás —pensó—, seguro que estarán al final de la última Tumba, no a este lado donde cualquiera podría verlos desde la ciudad."

Había cerca de doce Tumbas, cada una con una entrada baja en forma de arco que abría a una absoluta oscuridad. Se encontraban esparcidas sin ningún orden, de modo que te demorabas un buen rato dando vueltas alrededor de ésta y luego de la otra, antes de que pudieras estar cierto de haber mirado por todos lados en cada Tumba. Eso fue lo que Shasta tuvo que hacer. No había nadie.

Reinaba gran quietud aquí a la entrada del desierto; y el sol, finalmente, se había puesto.

De repente, en algún lugar detrás de él, se sintió un ruido tremendo. El corazón de Shasta dio un vuelco y tuvo que morderse la lengua para no gritar. Al instante comprendió de qué se trataba: eran los cuernos de Tashbaan que tocaban al cierre de las puertas.

"No seas un estúpido cobarde —se dijo Shasta—. Qué tonto, si es sólo el mismo ruido que oíste esta mañana."

Pero hay una gran diferencia entre un ruido que escuchas cuando vas con tus amigos en la mañana, y un ruido que escuchas solo al caer la noche, y que te deja sin palabras. Y ahora que las puertas se habían cerrado, supo que no había ninguna posibilidad de que los otros se juntaran con él esa tarde.

"O bien quedaron encerrados en Tashbaan por esta noche —pensó Shasta—, o si no se han ido sin mí. Es la típica cosa que haría Aravis. Pero no Bri. Oh, él no lo haría... ¿o lo haría?"

Una vez más, Shasta se equivocaba en su opinión sobre Aravis. Ella era orgullosa y podía ser muy dura, pero era fiel como un perro y jamás habría abandonado a un compañero, aunque no le gustara.

Ahora que Shasta se había convencido de que pasaría la noche solo (se oscurecía por minutos), empezó a encontrar cada vez más desagradable el lugar. Había algo muy inconfortable en esas grandes y silenciosas formas de piedra. Había hecho increíbles esfuerzos durante mucho tiempo por no pensar en los demonios; pero ya no podía resistir más.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro! —gritó de súbito, pues en ese mismo momento sintió que algo le tocaba la pierna.

No creo que se pueda culpar a nadie de que grite si viene algo por detrás y lo toca; menos en un lugar como aquél y a esa hora, cuando ya está asustado de antemano. Y además Shasta estaba tan aterrado que no podía correr. Cualquier cosa era preferible a ser perseguido dando vueltas y vueltas entre las sepulturas de los Antiguos Reyes por algo que no se atrevía a darse vuelta a mirar. En lugar de arrancar, hizo lo único sensato que en realidad podía hacer. Miró en torno, y casi estalla su corazón de alivio. Lo que lo había tocado era simplemente un gato.

La luz era muy mala ya como para que Shasta pudiera ver bien al gato, pero se dio cuenta de que era grande y majestuoso. Parecía que hubiese vivido por largos, largos años entre las Tumbas, solo. Sus ojos te hacían pensar que sabía secretos que no quería revelar.

—Gatito, gatito —llamó Shasta—. Supongo que no serás un gato que habla.

El gato se contentó con mirarlo de fijo, con mayor dureza. Luego empezó a alejarse y, por supuesto, Shasta lo siguió. Lo condujo derecho a través de las Tumbas y salió por el lado en que las Tumbas dan al desierto. Allí se sentó, muy erguido, con su cola enroscada entre las patas y su cara vuelta hacia el desierto y hacia Narnia y el Norte, tan quieto que parecía estar vigilando a posibles enemigos. Shasta se tendió a su lado, dando la espalda al gato y con su rostro mirando hacia las Tumbas, porque si uno está nervioso no hay nada mejor que mirar de frente el peligro y tener algo tibio y firme a tus espaldas. Puede que a ti la arena no te hubiera parecido muy cómoda, pero Shasta llevaba semanas durmiendo en el suelo y casi no la notó. Se quedó dormido muy pronto, a pesar de que incluso en sus sueños siguió preguntándose qué les habría pasado a Bri y a Aravis y a Juin.

Lo despertó de repente un ruido que jamás había escuchado antes. “A lo mejor fue sólo una pesadilla”, se dijo Shasta. En ese momento advirtió que el gato ya no estaba a sus espaldas, y deseó que no se hubiese ido. Pero se quedó inmóvil sin siquiera abrir los ojos porque estaba seguro de que se asustaría más si se sentaba y miraba a las Tumbas y a la soledad; tal como tú o yo nos habríamos quedado sin movernos, tapándonos la cabeza con nuestra ropa. Pero el ruido se repitió... un grito áspero y penetrante que salía del desierto detrás de él. Entonces, por supuesto, tuvo que abrir los ojos y sentarse.

La luna brillaba esplendorosamente. Las Tumbas, mucho más grandes y cercanas de lo que él pensaba, se veían grises a la luz de la luna. En realidad, se parecían horriblemente a seres gigantescos, ataviados con grises vestimentas que cubrían sus cabezas y rostros. No era nada de agradable

tenerlas cerca, cuando pasas la noche solo en un lugar extraño. Pero el ruido venía del otro lado, del desierto. Shasta tuvo que dar la espalda a las Tumbas (lo que no le gustaba mucho) y mirar con atención a través de la tersa arena. Se escuchó otra vez ese grito salvaje.

"Espero que no haya más leones" —pensó Shasta.

En verdad no se parecía mucho a los rugidos de león que había escuchado la noche en que se encontraron con Juin y Aravis, y es que en realidad era el grito de un chacal. Claro que Shasta no lo sabía. Y aunque lo hubiera sabido, no le habría gustado mucho tener que vérselas con un chacal.

Se oían los gritos una y otra vez.

"Hay más de uno, sea lo que sea —pensó Shasta—. Y se están acercando."

Supongo que si él hubiese sido un niño realmente sensato habría regresado a través de las Tumbas a las cercanías del río donde había casas y donde era menos probable que llegaran las bestias salvajes. Pero allí había (o él creía que había) demonios. Volver a través de las Tumbas significaba pasar por esas oscuras aberturas en las Tumbas; ¿y qué podía salir de allí? Puede parecer tonto, pero Shasta sentía que era preferible exponerse a las bestias salvajes. Luego, a medida que los gritos se acercaban más y más, empezó a cambiar de opinión.

Estaba listo para escapar cuando de súbito, entre él y el desierto, un inmenso animal saltó a la luz. Como la luna estaba detrás de él, se veía totalmente negro, y Shasta no supo qué era, excepto que tenía una cabeza enorme y peluda y que andaba en cuatro patas. No pareció reparar en Shasta, porque se detuvo repentinamente, volvió su cabeza hacia el desierto y dejó oír un rugido que resonó entre las Tumbas y casi hizo temblar la arena bajo los pies de Shasta. Se apagaron de inmediato los gritos de las otras criaturas y a Shasta le pareció escuchar el sonido de pies que huían corriendo. Entonces la gran bestia se volvió para examinar a Shasta.

"Es un león, sé que es un león —pensó Shasta—. Estoy perdido. Me pregunto si me hará doler mucho. Quisiera que todo hubiera terminado. ¿Pasará algo con la gente después de muerta? ¡Oh-o-oh! ¡Aquí viene." Y cerró los ojos y apretó los dientes.

Pero en lugar de dientes y garras sólo sintió algo tibio a sus pies. Y cuando abrió los ojos, dijo:

—¡Pero si no es ni cerca de lo grande que yo me imaginaba! Es apenas la mitad del tamaño. No, ni siquiera la cuarta parte. ¡Reconozco que es sólo un gato! Debo haber soñado que era grande como un caballo.

Y, fuera que hubiese soñado o no, lo que ahora estaba a sus pies y lo miraba desconcertado con sus enormes y verdes ojos fijos, era el gato; aunque era ciertamente uno de los gatos más grandes que había visto.

—Oh gato —jadeó Shasta—. Estoy *tan* contento de volver a verte. He tenido sueños tan horribles.

Y se tendió de inmediato otra vez, espalda con espalda con el gato tal como habían estado al comienzo de la noche. Se sintió enteramente cobijado en su tibieza.

—Nunca más le haré algo malo a un gato en el resto de mi vida —dijo Shasta, mitad al gato y mitad a sí mismo— Una vez lo hice, has de saber. Le tiré piedras a un pobre gato callejero, sarnoso y medio muerto de hambre. ¡Oye! ¡Basta!

Porque el gato se había dado vuelta y le había lanzado un arañazo.

—Nada de eso —dijo Shasta—. Es como si entendieras lo que estoy diciendo.

Y después se quedó dormido.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el gato se había ido, el sol ya había salido y la arena estaba caliente. Shasta, muerto de sed, se sentó y se frotó los ojos. El desierto era de una blancura enceguecedora y, a pesar de que había un murmullo de ruidos provenientes de la ciudad detrás de él, donde se encontraba todo estaba en perfecta quietud. Cuando miró un poco a la izquierda y al occidente para evitar que el sol diera en sus ojos, pudo ver las montañas al otro extremo del desierto, tan puntiagudas y claras que parecían estar a sólo un tiro de piedra. Notó en particular una altura azul dividida en la cima en dos picachos y decidió que ese debía ser el Monte Pire.

“Esa es nuestra dirección, a juzgar por lo que dijo el cuervo — pensó —, así es que me voy a asegurar a fin de no perder ni un minuto cuando aparezcan los demás.”

Hizo, por lo tanto, un buen surco profundo y recto con su pie, señalando exactamente al Monte Pire.

La siguiente tarea era, naturalmente, conseguir algo para comer y beber. Shasta volvió trotando a las Tumbas —que le parecieron nada especial ahora y se extrañó de haberles tenido miedo— y bajó a los vergeles de la orilla del río. Había algunas personas en los alrededores, pero no demasiadas, pues las puertas de la ciudad estaban abiertas desde hacía varias horas y el gentío de la mañana temprano ya había entrado. Así es que no tuvo ninguna dificultad en llevar a cabo una pequeña “incursión” (como lo llamaba Bri).

Esto involucró trepar por la muralla de un jardín y su producto fue: tres naranjas, un melón, un par de higos y una granada. Después bajó a la ribera del río, pero no muy cerca del puente, y bebió. El agua estaba tan exquisita que se sacó sus calurosas y sucias vestimentas y se dio un baño; porque Shasta, por supuesto, como había vivido toda su vida al lado de la playa, había aprendido a nadar casi junto con caminar. Cuando salió, se tendió en el pasto y se puso a contemplar Tashbaan al otro lado del río, todo el esplendor y la fuerza y la gloria de la ciudad. Pero esto le hizo recordar los peligros que encerraba. De repente se le ocurrió la idea de que los otros podrían haber llegado a las Tumbas mientras él se bañaba ("y a lo mejor han seguido sin mí"), por lo que se vistió aterrado y se echó a correr precipitadamente de regreso, a tal velocidad que cuando llegó estaba atrozmente acalorado y sediento y el bienestar de su baño se había esfumado.

Como sucede siempre en esos días en que estás solo y esperando algo, este día le pareció durar unas cien horas. Tenía mucho en que pensar, claro está, pero sentarse solo, nada más que a pensar, es sumamente aburrido. Pensó muchísimo en los narnianos, especialmente en Corin. Se preguntaba qué habría pasado cuando descubrieron que el niño que había estado recostado en el diván y oyendo todos sus planes secretos no era en realidad Corin. Era muy desagradable pensar que aquella gente tan encantadora lo tomaría por un traidor.

Pero a medida que el sol lentamente, lentamente subía hasta lo más alto del cielo y luego lentamente, lentamente comenzaba a descender hacia el oeste, y nadie llegaba y nada acontecía, empezó a sentirse más y más angustiado. Y ahora, por supuesto, se dio cuenta de que cuando acordaron que cada cual esperara a los demás en las Tumbas, nadie dijo nada acerca de cuánto tiempo. ¡No podía quedarse esperando allí por el resto de su vida! Y pronto oscurecería nuevamente y tendría que enfrentar otra noche igual a la de anoche. Una docena de planes distintos se cruzaban en su cabeza, todos pésimos, y por último se decidió por el peor de todos. Resolvió esperar hasta que oscureciera y luego regresar al río y robar la mayor cantidad de melones que pudiera llevarse y marcharse hacia el Monte Pire solo, confiando en la dirección marcada por la línea que había dibujado esa mañana en la arena. Era una idea loca y si él hubiese leído tantos libros como tú sobre viajes en el desierto, nunca la habría siquiera soñado. Pero Shasta no había leído ni un solo libro.

Mas antes de que el sol se pusiera algo sucedió. Shasta estaba sentado a la sombra de una de las Tumbas cuando de pronto levantó los ojos y vio dos caballos que se acercaban a él. Su corazón dio un gran salto, ya que reconoció en ellos a Bri y Juin. Pero al minuto siguiente se le fue el alma a los pies otra vez. No se veían señas de Aravis. Los caballos eran conducidos por un desconocido, un hombre armado y vestido con gran elegancia, como un esclavo importante de alguna gran familia. Bri y Juin ya no iban disfrazados de caballos de carga, sino que estaban ensillados y con sus bridas puestas. ¿Y

qué podría significar todo esto?

"Es una trampa —pensó Shasta—. Alguien ha capturado a Aravis y quizás la han torturado y ha revelado todo. ¡Lo que quieren es que me levante de un salto y vaya corriendo y le hable a Bri y entonces me capturarán a mí también! Y a lo mejor, si no lo hago, puedo perder la única oportunidad que tengo de reunirme con los otros. ¡Ojalá pudiera saber lo que ha pasado!"

Y se quedó escondido detrás de la Tumba, asomándose a mirar a cada instante, y preguntándose qué sería lo menos peligroso que podía hacer.

VII
ARAVIS EN TASHBAAN

Lo que pasó en realidad fue lo siguiente. Cuando Aravis vio que a Shasta se lo llevaban los narnianos y se encontró sola con dos caballos que (muy sabiamente) no decían una palabra, no perdió la cabeza ni por un segundo. Asió el ronzal de Bri y se quedó quieta, sujetando ambos caballos; y aun cuando su corazón latía como un martillo, su actitud no lo demostró. En cuanto hubieron pasado los nobles narnianos, ella trató de ponerse en marcha nuevamente. Pero antes de poder dar un paso, se escuchó a otro pregonero ("Cómo molesta esa gente", pensó Aravis) que gritaba: "¡Paso, paso, paso! ¡Paso a la Tarkeena Lasaralín!", y de inmediato, detrás del pregonero, aparecieron cuatro esclavos armados y luego cuatro portadores llevando una litera que era todo un revolotear de cortinas de seda y todo un tintinear de campanas de plata y que perfumaba la calle entera con aromas y flores. Detrás de la litera iban algunas esclavas vestidas con bellos trajes, y también algunos palafreneros, mozos, pajes, y otros por el estilo. Y entonces Aravis cometió su primer error.

Conocía muy bien a Lasaralín, casi como si hubiesen ido juntas al colegio, porque a menudo habían estado visitando las mismas casas y asistiendo a las mismas fiestas. Y Aravis no pudo dejar de mirar para ver cómo lucía ahora que se había casado y que era una persona tan importante.

Fue fatal. Las miradas de ambas niñas se encontraron. Y al instante Lasaralín se sentó en la litera y gritó violentamente y con toda su voz.

—¡Aravis! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? Tu padre...

No había un momento que perder. Sin ni un segundo de demora, Aravis soltó los caballos, se apoyó en el borde de la litera, saltó al lado de Lasaralín y susurró furiosa en su oído.

—¡Cállate! ¿Me entiendes? Cállate. Tienes que esconderme. Dile a tu gente...

—Pero querida... —comenzó Lasaralín, siempre en voz muy alta. (A ella no le importaba nada que la gente se parara a mirarla; en realidad, más bien le gustaba.)

—Haz lo que te digo o no volveré a hablarte nunca más —silbó Aravis —. Por favor, por favor, hazlo rápido, Las. Es tremendamente importante. Di a tu gente que traigan aquellos dos caballos. Corre todas las cortinas de la litera y vámonos a alguna parte donde nadie me pueda encontrar. Y *apúrate.*

—Está bien, querida —dijo Lasaralín con su tono indolente—. Vengan

acá. Dos de ustedes lleven los caballos de la Tarkeena. (Esto iba dirigido a los esclavos.) Y hora, a casa. Mira, querida, ¿crees que realmente deseas ir con las cortinas corridas en un día como éste? Quiero decir que...

Pero ya Aravis había corrido las cortinas, encerrando a Lasaralín y a ella misma, en una especie de tienda suntuosa y perfumada, pero un poquito sofocante.

—Nadie debe verme —dijo—. Mi padre no sabe que estoy aquí. He huido.

—¡Querida mía, qué cosa tan emocionante! —dijo Lasaralín—. Me muero por saberlo todo. Querida, te estás sentando en mi vestido. ¿Te importa? Así está mejor. Es un vestido nuevo. ¿Te gusta? Lo compré en...

—Oh, Las, estoy hablando en serio —interrumpió Aravis—. ¿Dónde está mi padre?

—¿No lo sabías? —preguntó Lasaralín—. Está aquí, por supuesto. Llegó a la ciudad ayer y te está buscando por todas partes. ¡Y pensar que estamos aquí las dos juntas y él no sabe nada! Es lo más divertido que he visto.

Y estalló en risitas tontas. Siempre reía con aquellas risitas tontas, y Aravis ahora lo recordaba.

—No tiene nada de divertido —dijo—. Es terriblemente serio. ¿Dónde puedes ocultarme?

—Eso no es nada de difícil, mi querida niña —dijo Lasaralín—. Te llevaré a casa. Mi marido no está y nadie te verá. ¡Puf! No tiene ninguna gracia ir con las cortinas abajo. Me gusta ver a la gente. No vale la pena tener un vestido nuevo si tengo que andar encerrada así.

—Espero que nadie te haya escuchado cuando me gritaste tan fuerte —murmuró Aravis.

—No, no, claro que no, querida —repuso Lasaralín, distraídamente—. Pero todavía ni siquiera me has dicho qué piensas de mi vestido.

—Otra cosa —prosiguió Aravis—. Debes decir a tu gente que traten con gran respeto a esos caballos. Esa es parte del secreto. Son realmente caballos que hablan de Narnia.

—¡Imagínate! —exclamó Lasaralín—. ¡Qué emocionante! Y, querida, ¿has visto a la reina bárbara de Narnia? Está visitando Tashbaan en este momento. Dicen que el Príncipe Rabadash está locamente enamorado de ella.

Ha habido fiestas maravillosas y cacerías y cosas estos últimos quince días. Yo personalmente no la encuentro tan bonita. Pero algunos de los *hombres* narnianos son encantadores. Me llevaron a una fiesta en el río anteayer, y yo me había puesto mi vestido...

—¿Cómo vamos a evitar que tu gente le diga a alguien que tienes una visita, vestida como un mocoso limosnero, en tu casa? Podría llegar fácilmente a oídos de mi padre.

—No te preocupes por bagatelas, sé buena —contestó Lasaralín—. Te daré vestidos adecuados de inmediato. ¡Y ya llegamos!

Los portadores se habían detenido e iban bajando la litera. Cuando levantaron las cortinas, Aravis pudo ver que se hallaba en un patio-jardín, muy parecido a aquel adonde habían llevado a Shasta minutos antes en otra parte de la ciudad. Lasaralín quería entrar de inmediato a la casa, pero Aravis, en un susurro frenético, le recordó que dijera algo a los esclavos acerca de no contar nada sobre la extraña visitante de su ama.

—Perdona, querida, se me había borrado de la mente —dijo Lasaralín —. Vengan acá, todos ustedes. Y tú también, portero. No deben dejar salir a nadie de la casa hoy día. Y al que yo descubra diciendo algo sobre esta joven señora, haré que primero lo muelan a palos y luego lo quemen vivo, y después lo tengan a pan y agua durante seis semanas. Eso es todo.

A pesar de que Lasaralín había dicho que se moría por oír la historia de Aravis, no mostró en realidad ningún interés en oírla. A decir verdad, le gustaba más hablar que escuchar. Insistió en que Aravis tomara un largo y deleitoso baño (los baños de Calormen son famosos) y que después se vistiera con los atavíos más elegantes antes de explicarle nada. El alboroto que armó para escoger los vestidos casi volvió loca a Aravis. Se acordó de que Lasaralín siempre había sido así, interesada en vestidos y fiestas y chismorreos. Aravis siempre había sido más aficionada a los arcos y flechas y caballos y perros y a la natación. Te podrás imaginar que cada una pensaba que la otra era tonta. Pero cuando finalmente estuvieron ambas sentadas frente a la comida (que consistía principalmente en crema batida y jalea y frutas y helados) en una hermosa habitación adornada con columnas (que a Aravis le hubiese gustado más si el consentido mono regalón de Lasaralín no se dedicara a subirse por ellas todo el tiempo), Lasaralín por fin le preguntó por qué estaba huyendo de su hogar.

Cuando Aravis terminó de contar su historia, Lasaralín dijo:

—Pero, querida, ¿por qué *no* te casas con Ahoshta Tarkaan? Todos están locos por él. Mi marido dice que comienza a ser uno de los hombres más importantes de Calormen. Lo acaban de nombrar Gran Visir ahora que el anciano Axartha ha muerto. ¿No lo sabías?

—Me da lo mismo. No puedo soportarlo ni de vista —dijo Aravis.

—¡Pero, querida, piensa un poco! Tres palacios, y uno de ellos ese tan bello allá en el lago de Ilkeen. Collares de perlas, indudablemente, según me lo han dicho. Baños con leche de burra. Y podrías verme a *mí* tan seguido.

—Por lo que a mí respecta, puede guardarse sus perlas y sus palacios —dijo Aravis.

—Siempre *fuiste* una niña excéntrica, Aravis —dijo Lasaralín—. ¿Qué más puedes desear?

Sin embargo, al final Aravis logró hacer que su amiga le creyera que hablaba seriamente y hasta consiguió discutir planes con ella. No tendrían dificultades ahora para sacar los dos caballos por la puerta norte y luego, a las Tumbas. Nadie detendría ni haría preguntas a un mozo vestido elegantemente, conduciendo a un caballo de guerra y a un caballo de silla de dama hasta el río, y Lasaralín tenía montones de mozos a quienes enviar. No fue tan fácil decidir qué hacer con la propia Aravis; ella sugirió que podrían llevarla en la litera con las cortinas bajadas. Pero Lasaralín le dijo que las literas se usaban sólo en la ciudad y que si alguien veía una saliendo por las puertas, seguramente comenzaría a hacer preguntas.

Cuando habían conversado largo rato, y fue tan largo por lo difícil que era para Aravis mantener a Lasaralín sin salirse del tema, de pronto Lasaralín golpeó sus manos exclamando:

—Ah, tengo una idea. Hay una manera de salir de la ciudad sin utilizar las puertas. El jardín del Tisroc (que viva para siempre) va a dar justo al agua y allí hay una pequeña compuerta. Sólo para la gente del palacio, por supuesto...; pero como tú sabes, querida —agregó, con una risita reprimida—, nosotros casi *somos* gente del palacio. Mira, es una suerte para ti que hayas recurrido a *mí.* El querido Tisroc (que viva para siempre) es *tan* amable. Casi todos los días estamos invitados al palacio, que es como nuestro segundo hogar. Quiero mucho a todos los queridos príncipes y princesas y simplemente *adoro* al Príncipe Rabadash. Puedo ir a visitar a cualquiera de las damas del palacio a cualquier hora del día o de la noche. ¿Por qué no podría entrar contigo, cuando oscurezca, y hacerte salir por la compuerta? Siempre hay canoas y cosas por el estilo amarradas a la salida. Y aun si nos cogen...

—Todo estaría perdido —dijo Aravis.

—Oh querida, no te pongas tan nerviosa —le reprendió Lasaralín—. Iba a decir que aun si nos cogen todos dirían que era sólo una de mis bromas locas. Ya me conocen bastante bien por allá. Sin ir más lejos, el otro día..., por favor escucha esto, querida, es salvaje de divertido...

—Quería decir que todo estaría perdido para mí —aclaró Aravis, en tono un poco cortante.

—Oh... ah... sí.... ya *entiendo* lo que quieres decir, querida. Bueno, ¿se te ocurre algo mejor?

A Aravis no se le ocurría nada, así es que respondió:

—No. Tendremos que correr el riesgo. ¿Cuándo partimos?

—Oh, esta noche no —dijo Lasaralín—. Esta noche no, por supuesto. Hay un gran banquete esta noche (tengo que empezar a peinarme ya dentro de pocos minutos) y todo el lugar resplandecerá de luces. ¡Y qué cantidad de gente además! Tendrá que ser mañana en la noche.

Eran muy malas noticias para Aravis, pero tuvo que resignarse. La tarde pasó muy lentamente y fue un verdadero alivio cuando Lasaralín se fue al banquete, pues Aravis ya estaba cansada de sus risitas tontas y de su conversación sobre vestidos y fiestas, bodas y compromisos y escándalos. Se fue a acostar temprano y eso sí que lo disfrutó: era tan agradable volver a usar almohadas y sábanas.

Pero el día siguiente transcurrió más lentamente aún. Lasaralín quería repasar todo el plan y le repetía y le repetía a Aravis que Narnia era un país de nieves y hielos perpetuos, habitado por demonios y hechiceros, y que ella estaba loca de querer ir allá.

—¡Y con un muchacho campesino, todavía! —decía Lasaralín—. Querida, tienes que pensarlo. Eso no se hace.

Aravis lo había pensado muchísimo, pero ya estaba tan aburrida con la estupidez de Lasaralín que, por primera vez, principiaba a pensar que viajar con Shasta era mil veces más entretenido que la vida de sociedad en Tashbaan. Por lo que replicó sencillamente:

—Te olvidas de que yo seré una nadie, igual que él, cuando llegue a Narnia. Y, por otra parte, lo he prometido.

—¡Y pensar —dijo Lasaralín, casi llorando— que si tuvieras un poquito de sensatez podrías ser la mujer del Gran Visir!

Aravis se alejó para tener una pequeña conversación privada con los caballos.

—Van a tener que irse a las Tumbas con un mozo poco antes de la puesta del sol —les dijo—. Y no más carga. Irán ensillados y con sus bridas nuevamente. Pero deben llevar comida en las alforjas de Juin y un odre lleno

de agua en las tuyas, Bri. El hombre tiene órdenes de dejarlos beber un largo rato al otro lado del puente.

—Y después ¡Narnia y el Norte! —susurró Bri—. Pero ¿qué hacemos si Shasta no está en las Tumbas?

—Esperarlo, por supuesto —dijo Aravis—. Supongo que habrán estado cómodos.

—Nunca estuve en mejor establo en mi vida —repuso Bri—. Pero si el marido de esa risueña Tarkeena amiga tuya está pagando a su caballerizo principal para que obtenga la mejor avena, entonces creo que su caballerizo principal lo está estafando.

Aravis y Lasaralín cenaron en la habitación de las columnas.

Al cabo de unas dos horas estuvieron listas para partir. Aravis se había vestido de modo de parecer una esclava de rango de una gran casa, y usaba un velo cubriendo su cara. Habían acordado que si le hacían alguna pregunta a Lasaralín, debía responder que Aravis era una esclava que ella llevaba de regalo a una de las princesas.

Las dos niñas se fueron andando. A los pocos minutos estaban a las puertas del palacio. Había, por supuesto, soldados de guardia, pero el oficial conocía a Lasaralín muy bien y ordenó a sus hombres que la saludaran. Penetraron de inmediato a la Sala de Mármol Negro. Un buen número de cortesanos, esclavos y otros pululaban por allí, lo que permitía que las dos niñas llamaran menos la atención. Pasaron luego a la Sala de las Columnas y después a la Sala de las Estatuas, y bajaron por la columnata, atravesando las grandes puertas de cobre martillado que conducen a la sala del trono. Era de una magnificencia indescriptible, a pesar de lo poco que alcanzaban a ver a la débil luz de las lámparas.

Pronto salieron a un patio con jardines que se extendía cuesta abajo en una serie de terrazas. Al fondo del patio estaba el Antiguo Palacio. Ya se había oscurecido bastante y se encontraban en un laberinto de corredores iluminados ocasionalmente por algunas antorchas sujetas por soportes a la pared. Lasaralín se detuvo en un sitio donde podías ir tanto a la derecha como a la izquierda.

—Continúa, continúa —murmuró Aravis, cuyo corazón latía con fuerza, pensando que su padre podía aparecer en cualquiera esquina.

—Tengo una duda... —dijo Lasaralín—. No estoy absolutamente segura de qué camino debemos seguir aquí. *Creo* que es a la izquierda. Sí, estoy segura de que es a la izquierda. ¡Qué divertido es todo esto!

Tomaron el camino a mano izquierda y se encontraron en un callejón casi sin luz y donde pronto comenzaron a bajar escalones.

—Todo va bien —dijo Lasaralín— Estoy segura de que vamos bien. Recuerdo estos escalones.

Pero en ese momento apareció una luz que se movía adelante. Un segundo más tarde, de un rincón distante, aparecieron las oscuras siluetas de dos hombres que caminaban para atrás y portaban enormes velas. Y, claro está, solamente ante personas de la realeza la gente camina para atrás. Aravis sintió que Lasaralín le apretaba el brazo, ese tipo de apretón repentino que es más bien un pellizco y que quiere decir que la persona que está apretando está realmente muerta de miedo. Aravis pensó que era muy raro que Lasaralín tuviera miedo del Tisroc si era tan amigo de ella, pero no había tiempo para seguir pensando. Lasaralín la empujaba de vuelta hacia lo alto de la escala y avanzaban a tientas, y frenéticas, pegadas a la muralla.

—Aquí hay una puerta —susurró—. Rápido.

Entraron, cerraron muy suavemente la puerta tras ellas, y se encontraron en una profunda oscuridad. Por su respiración Aravis se dio cuenta de que Lasaralín estaba aterrada.

—¡Tash nos libre! —murmuró Lasaralín—. *¡Qué* vamos a hacer si viene para acá! ¿Podremos escondernos?

Había una blanda alfombra bajo sus pies. Entraron a la pieza a tientas y tropezaron con un sofá.

—Tendámonos detrás de él —lloriqueó Lasaralín—. Ay, *ojalá* no hubiéramos venido.

Apenas había espacio entre el sofá y las cortinas de la muralla y las niñas se acurrucaron entremedio. Lasaralín se las arregló para acomodarse en la mejor postura y quedó totalmente oculta. La parte de arriba de la cara de Aravis sobresalía del sofá, de modo que si alguien entraba en ese cuarto con una luz y acertaba a mirar exactamente al lugar preciso, la vería de inmediato. Claro que, como usaba velo, lo que verían no les parecería a primera vista que fuera una frente y un par de ojos. Aravis empujaba con desesperación tratando de que Lasaralín le diera un poquito más de espacio. Pero Lasaralín, muy egoísta en su pánico, se defendió y le pellizcó los pies.

Dejaron de luchar y se quedaron inmóviles, jadeando un poco. Su propio aliento les parecía horriblemente ruidoso, pero no había ningún otro ruido.

—¿Estaremos a salvo? —preguntó Aravis por fin, en el más tenue de los susurros.

—Cr-cre-creo que sí —empezó a decir Lasaralín—. Pero mis pobres nervios...

Y entonces se escuchó el más temible ruido que pudieran oír en ese momento: el ruido de la puerta al abrirse. Y entró un rayo de luz. Y como Aravis no podía inclinar la cabeza detrás del sofá, pudo ver todo.

Primero entraron los dos esclavos (sordos y mudos, como supuso Aravis con toda razón, y por lo tanto utilizados en los consejos más secretos) caminando para atrás y llevando sus velas. Tomaron colocación parados a cada extremo del sofá. Esto fue muy bueno, porque ahora había menos posibilidades de ver a Aravis una vez que frente a ella había un esclavo y que ella miraba por entre sus talones. Luego entró un anciano, muy gordo, que usaba un rarísimo sombrero apuntado, por el cual Aravis supo de inmediato que se trataba del Tisroc. La joya más pequeña de las que lo cubrían valía más que todas las vestimentas y armas de todos los nobles narnianos juntos; pero era tan gordo y era tal la masa de vuelos y plisados y lazos y botones y borlas y talismanes que Aravis no podía dejar de pensar que las modas narnianas (por lo menos las de los hombres) eran más elegantes. Detrás de él venía un joven alto con un turbante enjoyado y emplumado sobre su cabeza y una cimitarra en vaina de marfil colgando de su cintura. Se le veía muy excitado y sus ojos y dientes resplandecían fieramente a la luz de las velas. Al último entró un anciano de baja estatura, jorobado y apergaminado en quien Aravis, con un escalofrío, reconoció al nuevo Gran Visir y a su propio prometido, Ahoshta Tarkaan.

En cuanto los tres entraron al cuarto y se hubo cerrado la puerta, el Tisroc se sentó en el diván con un suspiro de satisfacción, el joven tomó su lugar de pie ante él, y el Gran Visir se arrodilló, apoyó sus codos y dejó caer su gorda cara sobre la alfombra.

VIII
EN CASA DEL TISROC

—Oh padre mío y oh la delicia de mis ojos —comenzó el joven, musitando las palabras rápidamente y de mala gana y como si el Tisroc no fuera en absoluto la delicia de sus ojos—. Que vivas para siempre, pero a mí me has destruido completamente. Si me hubieras dado la más veloz de las galeras al amanecer cuando recién reparé en que el barco de los malditos bárbaros ya no estaba en su sitio, tal vez habría podido alcanzarlos. Pero tú me persuadiste de enviar a ver si no se trataba solamente de que hubieran cambiado de posición a un mejor ancladero. Y así hemos perdido todo el día. ¡Y se han ido... se han ido... fuera de mi alcance! ¡Esa falsa mujerzuela, esa...! —y aquí agregó unas cuantas descripciones de la reina Susana que no se ven muy bonitas impresas. Este joven era, claro está, el Príncipe Rabadash y, claro está, la falsa mujerzuela era Susana de Narnia.

—Tranquilízate, oh hijo mío —dijo el Tisroc—. Porque la partida de los invitados deja una herida que cicatriza fácilmente en el corazón de un huésped juicioso.

—Pero la quiero a ella —gritó el Príncipe—. Debo tenerla. Moriré si no la logro, ¡Esa falsa, orgullosa hija de perro de negro corazón! No puedo dormir y mi comida no tiene sabor y mis ojos se han oscurecido por culpa de su belleza. Tengo que conseguir a la reina bárbara.

—Como bien dice un inspirado poeta —observó el Visir, levantando su rostro (bastante polvoriento) de la alfombra—, beber largos tragos en la fuente de la razón es muy conveniente para extinguir el fuego de un amor juvenil.

Esto pareció exasperar al Príncipe.

—¡Perro! —gritó, dirigiendo una serie de certeros puntapiés al trasero del Visir—. No te atrevas a citarme a los poetas. Me han estado lanzando máximas y versos todo el día y no soporto uno más.

Me temo que Aravis no sintió lástima del Visir.

El Tisroc se hallaba aparentemente sumido en sus pensamientos, pero cuando, luego de una larga pausa, se dio cuenta de lo que pasaba, dijo tranquilamente:

—Hijo mío, por favor deja de seguir dando puntapiés al venerable e ilustrado Visir; pues así como una costosa joya retiene su valor aunque esté escondida en un basurero, la ancianidad y la discreción deben ser respetadas aun en la vil persona de nuestros súbditos. Por lo tanto, desiste y dinos lo que

deseas y propones.

—Deseo y propongo, oh padre mío —respondió Rabadash—, que convoques de inmediato a tus invencibles ejércitos e invadas la tres veces maldita tierra de Narnia y la arrases a fuego y espada y la anexes a tu imperio sin límites, mates a su gran Rey y a todos los de su sangre excepto a la reina Susana. Porque he de tenerla por esposa, aunque antes habrá que darle un buen escarmiento.

—Entiende, oh hijo mío —contestó el Tisroc—, que ninguna de tus palabras me impulsará a una guerra abierta contra Narnia.

—Si no fueras mi padre, oh inmortal Tisroc —dijo el Príncipe, haciendo rechinar los dientes—, diría que ésas son las palabras de un cobarde.

—Y si tú no fueras mi hijo, oh inflamabilísimo Rabadash —replicó su padre—, tu vida sería corta y tu muerte lenta por lo que has dicho.

(La voz fría y plácida con que dijo estas palabras heló la sangre en las venas de Aravis.)

—¿Pero por qué, oh padre mío —dijo el Príncipe, esta vez en un tono mucho más respetuoso—, por qué tenemos que pensar dos veces antes de castigar a Narnia más que en ahorcar un esclavo holgazán o en ordenar que un caballo viejo se utilice como alimento para perros? No es ni la cuarta parte del tamaño de una de tus provincias más pequeñas. Unas mil lanzas podrían conquistarla en cinco semanas. Es un borrón indecoroso en las afueras de tu imperio.

—Sin ninguna duda —dijo el Tisroc—. Estos paisillos bárbaros que se dicen *libres* (que es como decir holgazanes, desordenados e improductivos) son aborrecidos por los dioses y por toda persona de discernimiento.

—¿Entonces por qué hemos soportado que un país como Narnia permanezca un tiempo tan largo sin ser dominado?

—Has de saber, oh esclarecido Príncipe —dijo el Gran Visir—, que hasta el año en que tu eminente padre comenzó su saludable e interminable reinado, la tierra de Narnia estuvo cubierta de hielo y nieve y, además, era gobernada por la más poderosa hechicera.

—Eso lo sé perfectamente bien, oh locuaz Visir —respondió el Príncipe—. Pero también sé que la hechicera ha muerto. Y que el hielo y la nieve han desaparecido, de modo que ahora Narnia es una tierra sana, fértil y deliciosa.

—Y este cambio, oh cultísimo Príncipe, sin duda ha sido el producto

de los poderosos conjuros de aquellos malvados que se hacen llamar Reyes y Reinas de Narnia.

—Yo más bien soy de la opinión —replicó Rabadash— de que todo ha sucedido por la alteración del curso de las estrellas y la intervención de causas naturales.

—Todo esto —intervino el Tisroc— es materia de discusión de hombres letrados. Yo jamás creeré que una tan enorme alteración y la muerte de la vieja hechicera se hayan realizado sin la ayuda de una fuerte magia. Y es natural que tales cosas sucedan en esa tierra, habitada principalmente por demonios con forma de animales que hablan como los hombres, y monstruos que son mitad hombre y mitad bestia. Se dice frecuentemente que el gran Rey de Narnia (a quien los dioses den su eterno repudio) es apoyado por un demonio de horrible aspecto y de irresistible maleficencia que aparece bajo la forma de un León. Por lo tanto, el ataque a Narnia es una empresa tenebrosa e incierta, y estoy determinado a no poner mi mano donde no pueda retirarla.

—¡Qué bendición ha recibido Calormen —dijo el Visir, asomando otra vez su cara—, a cuyo gobernante los dioses han querido otorgar prudencia y circunspección! Con todo, como ha dicho el irrefutable y sapiente Tisroc, es muy lamentable estar obligados a mantener nuestras manos lejos de un bocado exquisito como es Narnia. Talentoso fue el poeta que dijo...

Pero a este punto Ahoshta notó un movimiento de impaciencia en la punta del pie del Príncipe y súbitamente quedó silencioso.

—Es muy lamentable —dijo el Tisroc con su voz profunda y tranquila —. Cada mañana el sol se oscurece ante mis ojos, y cada noche mi sueño es menos reparador, porque recuerdo que Narnia es aún libre.

—Oh padre mío —dijo Rabadash—. ¿Qué dirías si te muestro un camino por el cual puedes extender tu brazo para tomar Narnia y, sin embargo, retirarlo sin sufrir ningún daño, si el intento resulta desafortunado?

—Si puedes mostrarme ese camino, oh Rabadash —contestó el Tisroc —, serás el mejor de mis hijos.

—Escúchame entonces, oh padre. Esta misma noche y en esta hora tomaré solamente doscientos caballos y cabalgaré a través del desierto. Y a todos les parecerá que tú no sabes nada de mi marcha. A la mañana siguiente estaré a las puertas del castillo de Anvard del Rey Lune de Archenland. Ellos viven en paz con nosotros y están desprevenidos y yo tomaré Anvard antes de que puedan moverse. Atravesaré luego por el paso al norte de Anvard y bajaré por Narnia hasta Cair Paravel. El gran Rey no estará allí; cuando yo regresé, él estaba preparando un ataque contra los gigantes de su frontera norte. Es muy probable que encontraré Cair Paravel con sus puertas abiertas de par en

par y entraré. Procederé con prudencia y cortesía y derramaré la menor cantidad de sangre narniana que pueda. ¿Y qué más queda sino sentarse allí hasta que toque puerto el *Resplandor Cristalino,* con la reina Susana a bordo, coger a mi novia perdida en cuanto ponga un pie en tierra, subirla con firmeza en la montura, y luego cabalgar, cabalgar, cabalgar de regreso a Anvard?

—Pero ¿no es probable, oh hijo mío —dijo el Tisroc—, que en el rapto de la mujer, o el Rey Edmundo o tú pierdan su vida?

—Ellos serán un grupo pequeño —dijo Rabadash—, y daré orden a diez de mis hombres para que lo desarmen y lo aten, conteniendo mi vehemente deseo de su sangre para que no haya ninguna muerte que cause una guerra entre tú y el gran Rey.

—¿Y qué pasaría si el *Resplandor Cristalino* llega a Cair Paravel antes que tú?

—No lo creo posible con estos vientos, oh padre mío.

—Y por último, oh mi ingenioso hijo —dijo el Tisroc—, has dejado muy en claro cómo todo esto podrá darte la mujer bárbara, pero no cómo me ayudaría a mí a derrocar a los reyes de Narnia.

—Oh padre mío, ¿será que se te ha escapado que aunque yo y mi caballería entremos y salgamos de Narnia como flecha disparada por un arco, habremos conquistado Anvard para siempre? Y cuando te has apoderado de Anvard estás sentado a las puertas mismas de Narnia, y tu guarnición en Anvard puede ir siendo reforzada poco a poco hasta que sea una enorme hueste.

—Has hablado con inteligencia y previsión. ¿Cómo retiro mi brazo si todo esto fracasa?

—Dirás que yo hice todo sin tu conocimiento y contra tu voluntad, y sin tu bendición, impulsado por la violencia de mi amor y la impetuosidad de la juventud.

—Y ¿qué pasa si el gran Rey exige que se le devuelva a la mujer bárbara, su hermana?

—Oh padre mío, debes estar seguro de que no lo hará. Pues, a pesar de que el capricho de una mujer ha rechazado este matrimonio, el gran Rey Pedro es un hombre prudente e inteligente que de ninguna manera querrá perder el alto honor y las ventajas de aliarse con nuestra casa y ver a su sobrino y a su sobrino nieto en el trono de Calormen.

—Lo que no verá si yo vivo para siempre como es, sin duda, tu deseo

—dijo el Tisroc en tono aún más seco que lo habitual.

—Y también, ¡oh padre mío y oh la delicia de mis ojos! —dijo el Príncipe, luego de un momento de incómodo silencio—, escribiremos cartas como si fueran de la reina diciendo que me ama y que no desea volver a Narnia. Porque es muy sabido que las mujeres son cambiantes como veletas. E incluso si ellos no creen demasiado lo que dicen las cartas, no se atreverán a venir en armas hasta Tashbaan a buscarla.

—¡Oh, ilustrado Visir! —dijo el Tisroc—, ayúdanos con tu sabiduría en esta extraña proposición.

—¡Oh, eterno Tisroc! —contestó Ahoshta—, la fuerza del amor paternal no me es desconocida y a menudo he oído que los hijos son a ojos de sus padres más preciosos que los diamantes. ¿Cómo, entonces, osaré abrirte con franqueza mi mente en un asunto que puede poner en peligro la vida de este exaltado Príncipe?

—Osarás, sin ninguna duda —replicó el Tisroc—. Porque descubrirás que los peligros de no hacerlo son por lo menos igualmente grandes.

—Escuchar es obedecer —gimió el miserable—. Has de saber entonces, oh muy razonable Tisroc, que, en primer lugar, el peligro del Príncipe no es del todo tan grande como podría parecer. Porque los dioses han negado a los bárbaros la luz de la discreción, por lo cual su poesía no está, como la nuestra, llena de escogidos apotegmas y útiles máximas, sino llena de puro amor y guerra. Por consiguiente, nada les parecerá más noble y admirable que una loca empresa como ésta de... ¡ay!

Pues el Príncipe, a la palabra “loca”, le dio nuevamente de puntapiés.

—Déjalo, ¡oh hijo mío! —dijo el Tisroc—. Y tú, estimable Visir, te deje él o no, no debes por ningún motivo permitir que se interrumpa el flujo de tu elocuencia. Porque nada es más idóneo a personas de gran seriedad y decoro que tolerar inconvenientes menores con fidelidad.

—Escuchar es obedecer —respondió el Visir, culebreando un poco con el fin de poner sus partes traseras lejos de los pies de Rabadash—. Nada, decía, será considerado tan digno de perdón, si no estimable a sus ojos como este... ar... arriesgado intento, especialmente si se lleva a cabo por el amor de una mujer. Por eso, si por desgracia el Príncipe cae en sus manos, es seguro que no lo matarán. No, incluso puede suceder que, a pesar de que él hubiese fracasado en su intento de llevarse a la reina, al ver su gran valor y los extremos de su pasión, el corazón de dicha reina se incline hacia él.

—Ese es un buen argumento, viejo charlatán —dijo Rabadash—. Muy bueno, a pesar de haber salido de tu repugnante cabeza.

—El elogio de mis amos es la luz de mis ojos —dijo Ahoshta—. Y segundo, ¡oh Tisroc!, cuyo reinado debe ser y será interminable, creo que con la ayuda de los dioses es muy probable que Anvard caiga en manos del Príncipe. Y si así ocurre, tenemos a Narnia por el cuello.

Hubo una larga pausa y la habitación quedó tan en silencio que las dos niñas apenas se atrevían a respirar. Por fin el Tisroc habló.

—Ve, hijo mío —dijo—. Y haz como dices. Mas no esperes ayuda ni apoyo de mi parte. No te vengaré si te dan muerte y no te libertaré si los bárbaros te ponen en prisión. Y si, ya sea en el éxito o en el fracaso, derramas una gota más de la necesaria de la noble sangre narniana y por tal causa se desata una guerra, jamás volverás a tener mi favor y tu hermano menor tomará tu lugar en Calormen. Y ahora, ve. Sé veloz, discreto y afortunado. Que la fuerza de Tash el inexorable, el irresistible, esté en tu espada y en tu lanza.

—Escuchar es obedecer —gritó Rabadash, y después de arrodillarse por un momento para besar las manos de su padre, se precipitó fuera de la habitación. Para gran desilusión de Aravis, que se sentía terriblemente acalambrada, el Tisroc y el Visir se quedaron.

—Oh Visir —dijo el Tisroc—, ¿estás seguro de que ni un alma viviente sabe de este consejo que hemos celebrado aquí esta noche?

—Oh mi amo —repuso Ahoshta—, es imposible que alguien lo sepa. Por esa precisa razón fue que yo sugerí, y tú en tu infalible sabiduría aceptaste, que deberíamos reunimos aquí, en el Antiguo Palacio, donde no se celebran jamás consejos y nadie de tu familia tiene oportunidad de venir.

—Está bien —dijo el Tisroc—. Si algún hombre lo supiera, haría que él muriese antes de una hora. Y tú también, oh prudente Visir, deberás olvidarlo. Yo borro de mi propio corazón y del tuyo todo conocimiento de los planes del Príncipe. El se ha marchado sin mi conocimiento ni mi consentimiento, no se adonde, motivado por su violencia y la impetuosa y desobediente disposición de la juventud. Nadie se asombrará tanto como tú y yo al oír que Anvard está en sus manos.

—Escuchar es obedecer —dijo Ahoshta.

—Es por eso que no pensarás jamás, ni siquiera en lo más secreto de tu corazón, que soy el padre de corazón más duro que así manda a su hijo primogénito a una empresa que probablemente será su muerte; que ha de ser muy grata para ti que no amas al Príncipe. Pues yo veo en la profundidad de tu mente.

—¡Oh intachable Tisroc! —dijo el Visir—. En comparación contigo yo no amo ni al Príncipe, ni a mi propia vida, ni al pan, ni al agua ni a la luz del sol.

—Tus sentimientos —dijo el Tisroc— son elevados y correctos. Yo tampoco amo ninguna de esas cosas en comparación con la gloria y la fuerza de mi trono. Si el Príncipe triunfa, tendremos Archenland, y tal vez en el futuro Narnia. Si fracasa... tengo otros dieciocho hijos y Rabadash, como gran parte de los hijos mayores de los reyes, está empezando a ser peligroso Más de cinco Tisrocs en Tashbaan han muerto antes de que llegara su hora porque sus hijos mayores, príncipes muy inteligentes, se cansaron de esperar su trono. Es mejor que vaya a enfriar su sangre al extranjero antes que le hierva de inacción aquí. Y ahora, oh excelente Visir, el exceso de mi ansiedad paternal me induce al sueño. Envía los músicos a mi aposento. Pero antes de que te recuestes, retira el perdón que escribimos para el tercer cocinero. Siento en mí los pronósticos manifiestos de una indigestión.

—Escuchar es obedecer —dijo el Gran Visir.

Se arrastró hacia atrás en cuatro patas hasta la puerta, se levantó, hizo una reverencia y salió. Aun entonces el Tisroc permaneció sentado en silencio sobre el diván hasta que Aravis casi empezó a temer que se hubiese quedado dormido. Pero finalmente, con grandes crujidos y suspiros, alzó su enorme cuerpo, hizo señas a los esclavos para que lo precedieran con las luces y salió. La puerta se cerró tras él, la habitación volvió a quedar en tinieblas y las dos niñas pudieron respirar con libertad nuevamente.

IX
A TRAVÉS DEL DESIERTO

—¡Qué espanto! ¡Qué cosa más espantosa! —se quejó Lasaralín—. Oh querida, estoy tan asustada. Tiemblo entera. Tócame.

—Vámonos —respondió Aravis, que también estaba temblando—. Se han ido de vuelta al palacio nuevo. Una vez fuera de esta habitación estaremos a salvo. Pero hemos perdido un montón de tiempo. Llévame abajo hasta esa compuerta lo más rápido que puedas.

—Querida, ¿cómo *puedes* decir eso? —chilló Lasaralín—. No puedo hacer nada... ahora no. ¡Mis pobres nervios! No; debemos descansar un rato y después regresar.

—¿Por qué regresar? —preguntó Aravis.

—Oh, tú no entiendes. Eres tan incomprensiva —dijo Lasaralín, empezando a llorar. Aravis decidió que ésta no era la ocasión para sentir piedad.

—¡Oye! —exclamó, cogiéndola y dándole un buen zamarrón—. Si vuelves a decir una palabra más sobre regresar, y si no me llevas de inmediato a la compuerta, ¿sabes lo que te haré? Me iré corriendo por ese callejón y me pondré a gritar. Y entonces nos capturarán a las dos.

—Pero nos matarán a-a-a las d-d-dos —tartamudeó Lasaralín—. ¿No oíste lo que el Tisroc (que viva para siempre) dijo?

—Sí, y prefiero que me maten antes que casarme con Ahoshta. Así es que *vamos.*

—Oh, eres despiadada —dijo Lasaralín—. ¡Y yo en este estado!

Pero al final se rindió ante Aravis. La guió por el camino bajando los peldaños que ya antes habían descendido y a través de otro corredor y de este modo finalmente salieron al aire libre. Se encontraban ahora en el jardín del palacio que caía en terrazas hasta la muralla de la ciudad. La luna brillaba con todo su esplendor. Uno de los inconvenientes de las aventuras es que cuando llegas a los lugares más lindos estás siempre demasiado ansioso y apurado como para apreciarlos; por lo que Aravis (a pesar de que los recordaba años más tarde) tuvo sólo una vaga impresión de prados grises, fuentes de silencioso burbujear y las largas sombras negras de los cipreses.

Cuando llegaron al fondo y la muralla se alzó amenazadora ante ellas, Lasaralín temblaba de tal modo que no lograba desatrancar la puerta.

Aravis lo hizo. Allí, por fin, estaban el río, bañado por el claro de luna, y un pequeño embarcadero y algunos botes de paseo.

—Adiós —dijo Aravis—, y gracias. Siento haber sido maleducada. ¡Pero piensa de lo que estoy huyendo!

—Oh Aravis, querida —dijo Lasaralín—. ¿No cambiarás de opinión? ¿Ahora que has visto qué gran hombre es Ahoshta!

—¡Gran hombre! —exclamó Aravis—. Un repulsivo esclavo rastrero que adula cuando es golpeado pero que guarda todo como un tesoro y espera tener su propia recompensa incitando a ese horrible Tisroc a tramar la muerte de su hijo. ¡Puf! Preferiría casarme con el pinche de cocina de la casa de mi padre antes que con una criatura como esa.

—¡Oh Aravis, Aravis! ¡Cómo puedes decir cosas tan espantosas? Y también contra el Tisroc (que viva para siempre). ¡Tiene que ser correcto ya que *él* lo va a hacer!

—Adiós —dijo Aravis— y tus vestidos me parecieron encantadores. Y tu casa también es encantadora. Estoy segura de que tienes una vida encantadora… aunque a mí no me guste. Cierra con suavidad la puerta detrás de mí.

Se desprendió bruscamente de los cariñosos abrazos de su amiga, se subió a una canoa, cortó amarras, y unos momentos más tarde estaba en el medio del río, con una inmensa luna real arriba y una inmensa luna que se reflejaba abajo, muy muy abajo, en el río. El aire era fresco y puro y a medida que se acercaba a la ribera más distante, oyó el ulular de un búho. “Ah, eso ya está mejor!”, pensó Aravis. Había vivido siempre en el campo y había detestado cada minuto que pasó en Tashbaan.

Cuando pisó tierra, se encontró rodeada de oscuridad debido a que la elevación del terreno y los árboles tapaban la luz de la luna. Pero se ingenió para encontrar el mismo camino que Shasta había encontrado, y, al igual que él, llegó precisamente al lugar donde se terminaba el pasto y comenzaba la arena, y miró (como él) a su izquierda y vio las grandes y negras Tumbas. Y ahora por fin, a pesar de ser una niña tan valiente, su corazón se acobardó. ¡Supongamos que los otros no estén allí! ¡Supongamos que estén los demonios! Pero echó hacia adelante el mentón (y sacó un poquito la lengua) y caminó derecho hacia ellas.

Pero antes de llegar, vio a Bri y a Juin y al mozo.

—Ya puedes regresar donde tu ama —dijo Aravis (olvidando por completo que él no podría hacerlo hasta que se abrieran las puertas de la ciudad a la mañana siguiente)—. Aquí tienes dinero por tus molestias.

—Escuchar es obedecer —dijo el mozo, y de inmediato salió disparado con admirable celeridad rumbo a la ciudad. No había para qué decirle que se apurara: también él había estado pensando muchísimo en los demonios.

Los minutos siguientes Aravis los dedicó a besar las narices y acariciar los cuellos de Juin y Bri, tal como si fueran unos caballos comunes y corrientes.

—¡Y ahí viene Shasta! ¡Gracias sean dadas al León! —dijo Bri.

Aravis miró a su alrededor, y allí, era muy cierto, estaba Shasta, que había salido de su escondite en cuanto vio que se había ido el mozo.

—Y ahora —dijo Aravis—, no hay un minuto que perder.

Y en apresuradas palabras les contó sobre la expedición de Rabadash.

—¡Canallas traidores! —exclamó Bri, meneando sus crines y dando patadas con sus cascos—. ¡Un ataque en tiempos de paz, sin haber enviado un desafío! Pero le ganaremos el quien vive. Estaremos allí antes que él.

—¿Podremos? —dijo Aravis, subiéndose de un salto en la montura de Juin. Shasta hubiera querido poder montar así.

—¡Bruhú! —relinchó Bri—. Sube, Shasta. ¡Podremos! ¡Y con una buena ventaja además!

—El dijo que se pondría en marcha inmediatamente —dijo Aravis.

—Esa es la manera de hablar que tienen los humanos —explicó Bri—. Pero no puedes conseguir un ejército de doscientos caballos y jinetes, con sus correspondientes aprovisionamientos de agua y vituallas, sus armas y monturas, y listos para partir, todo en un minuto. Bien, ¿cuál es la dirección? ¿Al norte?

—No —intervino Shasta—. Yo sé por donde es. He dibujado una línea. Les explicaré más tarde. Avancen un poco hacia la izquierda, los dos caballos. ¡Ah, eso es!

—Entonces ahora —dijo Bri—, todo lo que se dice sobre galopar día y noche, como en lo cuentos, en la realidad no puede hacerse. Se debe caminar y trotar, pero trotes rápidos y caminatas cortas. Y cada vez que vayamos al paso, ustedes los dos humanos pueden desmontar y caminar también. ¿Estás lista, Juin? Allá vamos. ¡Narnia y el Norte!

Al comienzo fue delicioso. Había anochecido hacía ya tantas horas que la arena casi había terminado de devolver el calor del sol que había recibido durante el día, y el aire era puro, fresco y claro. A la luz de la luna, en cualquiera dirección y a cualquiera distancia, veían relucir la arena como si fuera agua tersa o una enorme bandeja de plata. Aparte los ruidos que hacían los cascos de Bri y Juin, no se escuchaba el menor sonido.

Shasta casi se hubiese quedado dormido si no hubiera que desmontar y ponerse a caminar de vez en cuando.

Esto pareció durar horas. Luego llegó un momento en que no hubo ya luna. Pareció que cabalgaban en la profunda oscuridad por horas y horas. Y después llegó un momento en que Shasta advirtió que podía ver el cuello de Bri y su cabeza frente a él con un poco más de claridad que antes; y lentamente, muy lentamente, comenzó a vislumbrar la vasta llanura gris a cada lado. Se veía absolutamente desierta, como algo en medio de un mundo muerto; y Shasta se sintió terriblemente cansado y se dio cuenta de que tenía cada vez más frío y de que sus labios estaban secos. Y todo el tiempo *scuic,* crujía el cuero, *tintín,* tintineaban los frenos; y el ruido de los cascos: no el *própatiprópati* como si fueran por camino áspero, sino el *zábadizábadi* sobre la arena seca.

Por fin, después de horas de cabalgar, muy a lo lejos, a su derecha, surgió una sola raya larga de color gris más pálido, muy abajo en el horizonte. Luego una raya de color rojo. Era la mañana, finalmente, pero sin que cantara ni un solo pájaro. Ahora se alegraba de las pequeñas caminatas, pues sentía más frío que nunca.

Y de repente salió el sol y todo cambió en un segundo. La arena gris se volvió amarilla y centelleó como si estuviese sembrada de diamantes. A la izquierda, las sombras de Shasta y Juin y Bri y Aravis, enormemente largas, echaban carrera junto a ellos. La doble punta del Monte Pire, mucho más adelante, relucía a la luz del sol y Shasta advirtió que se estaban apartando un tanto del rumbo. “Un poco más a la izquierda, un poco más a la izquierda”, voceó. Lo mejor era que, al mirar hacia atrás, veías que Tashbaan apenas se vislumbraba empequeñecida y remota. Las tumbas eran totalmente invisibles ya, tragadas por esa única joroba de puntas desiguales que era la ciudad del Tisroc. Todos se sintieron mejor.

Pero no por mucho tiempo. Aunque Tashbaan parecía muy lejana cuando la vieron por primera vez, se negaba a verse más lejana a medida que ellos se distanciaban. Shasta desistió de mirar hacia atrás, pues esto solamente lo hacía pensar que no avanzaban en absoluto. Luego la luz se convirtió en un fastidio. El resplandor de la arena le hacía doler los ojos; pero sabía que no debía cerrarlos. Debía entrecerrarlos y continuar mirando adelante, al Monte Pire, dando órdenes a voz en grito. Después empezó el calor. Lo notó por primera vez cuando tuvo que desmontar y caminar: cuando

se deslizaba de la montura a la arena, el calor de ésta le golpeó la cara como si hubiera abierto la puerta de un horno. La vez siguiente fue peor. Pero la tercera vez, cuando sus pies desnudos tocaron la arena, gritó de dolor y, en un decir amén, volvió a colocar un pie en el estribo y el otro a medias sobre el lomo de Bri.

—Perdón, Bri —jadeó—. No puedo andar. Me quema los pies.

—Por supuesto —resolló Bri—. Debí haberlo pensado. Quédate. No se puede evitar.

—Tú no tienes problemas —dijo Shasta a Aravis que caminaba al lado de Juin—. Tú tienes los zapatos puestos.

Aravis no dijo nada y pareció disgustada. Esperemos que no quiso demostrarlo, pero lo hizo.

Y siguieron otra vez, trote y caminata y trote, tin-tin-tintin-tintin, scuic-scuic-scuic, olor a caballo acalorado, olor al calor de uno mismo, resplandor enceguecedor, dolor de cabeza. Y nada cambiaba por kilómetros y kilómetros. Tashbaan aún no se veía más alejada. Las montañas no se veían más cercanas. Te parecía que todo había sido así siempre: tintin-tintin-tintin, scuic-scuic-scuic, olor a caballo acalorado, olor a uno mismo acalorado.

Claro que uno ensaya toda suerte de juegos consigo mismo para tratar de hacer que el tiempo pase; y por supuesto, ninguno de esos juegos sirve para nada. Y uno trata con todas sus fuerzas de no pensar en bebidas... sorbetes helados en un palacio de Tashbaan, clara agua de vertiente retintineando con un oscuro sonido a tierra, leche fría y suave con la cantidad justa de crema y no demasiado cremosa... y mientras más fuerte tratas de no pensar, más piensas.

Finalmente, algo diferente: una mole de roca que sobresalía de la arena de unos cincuenta metros de largo por un metro de altura. No daba mucha sombra, porque el sol estaba ya muy alto, pero en fin, era mejor que nada. En esa sombra se cobijaron todos. Allí comieron algo y bebieron un poco de agua. No es fácil hacer que un caballo beba de un odre, pero Bri y Juin eran diestros con sus hocicos. Nadie comió ni bebió lo suficiente. Nadie hablaba. Los caballos estaban salpicados de espuma y su respiración era ruidosa. Los niños estaban pálidos.

Luego de un breve descanso, continuaron su marcha. Los mismos ruidos, los mismos olores, el mismo resplandor, hasta que por fin sus sombras empezaron a caer a su derecha, y luego se fueron alargando y alargando hasta que parecieron extenderse hacia el confín oriental del mundo. Muy lentamente el sol se fue acercando al horizonte occidental. Y por fin bajó y, gracias a Dios, el despiadado resplandor desapareció, aunque el calor que

salía de la arena era tan fuerte como antes. Cuatro pares de ojos miraban ansiosamente buscando alguna señal del valle que Sálopa, el cuervo, había descrito. Pero, a kilómetros de distancia, no se veía más que la arena uniforme. Y ya el día se acababa, definitivamente, y ya habían salido la mayoría de las estrellas, y todavía los caballos marchaban con gran estrépito y los niños se elevaban y se hundían en sus sillas, sintiéndose muy desgraciados por la sed y el cansancio. Y no fue hasta que se puso la luna que Shasta, con esa voz extraña como un ladrido del que tiene la boca absolutamente seca, gritó:

—¡Ahí es!

No cabía error ahora. Adelante, y un poco hacia la derecha, había por fin una pendiente: una pendiente que bajaba, con montículos de roca a cada lado. Los caballos estaban demasiado cansados para hablar, pero se fueron saltando hacia la pendiente y en menos de un minuto se adentraban en el barranco. Al principio fue peor que en pleno desierto, porque aquí había una gran falta de aire entre las murallas rocosas y llegaba menos luz de luna. La ladera seguía bajando en forma abrupta y las rocas a ambos lados alcanzaban la altura de un acantilado. Más adelante, comenzaron a encontrarse con vegetación; plantas llenas de espinas, parecidas a los cactos, y un pasto áspero, de ese que te podría pinchar los dedos. Pronto los cascos de los caballos pisaban guijarros y piedras en lugar de arena. En cada recodo del valle, y tenía muchos recodos, sus ojos buscaban agua con ansiedad. Los caballos estaban ya casi al borde de su resistencia, y Juin, tropezando y resollando, se iba quedando detrás de Bri. Casi habían perdido la esperanza cuando finalmente llegaron a un pequeño barrial y a un diminuto goteo de agua en medio de un pasto más suave. Y el goteo se transformó en un arroyuelo y el arroyuelo en riachuelo cercado de arbustos, y el riachuelo se convirtió en un río y (después de desilusiones que apenas puedo describir) llegó un momento en que Shasta, que había estado en una especie de sopor, se dio cuenta súbitamente de que Bri se había detenido y de que él se estaba resbalando. Ante ellos había una pequeña catarata que vertía en una ancha laguna y los dos caballos ya estaban dentro de la laguna con sus cabezas inclinadas, y bebían, bebían, bebían. “¡O-o-oh!”, exclamó Shasta y se zambulló en el agua, que le llegaba casi a las rodillas, y colocó su cabeza justo en medio de la catarata. Fue tal vez el momento más delicioso de su vida.

Unos diez minutos más tarde los cuatro (los dos niños mojados de arriba abajo) salieron y se pusieron a examinar los alrededores. La luna estaba ya suficientemente alta para asomarse al valle. El pasto era suave a ambos lados del río, y tras el pasto, árboles y arbustos subían hasta los pies de los acantilados. Debía haber maravillosos arbustos en flor ocultos en esa sombría maleza, porque todo el claro estaba impregnado de los aromas más frescos y deliciosos. Y del oscuro escondrijo en medio de los árboles, llegaba un sonido que Shasta jamás había escuchado antes: un ruiseñor.

Todos estaban demasiado agotados para hablar o comer. Los caballos, sin esperar que los desensillaran, se echaron de inmediato. Lo mismo hicieron Aravis y Shasta.

Cerca de diez minutos más tarde, la prudente Juin dijo:

—Pero no debemos dormirnos. Tenemos que adelantarnos a ese Rabadash.

—No —dijo Bri muy lentamente—. No hay que dormir. Sólo un descansito.

Shasta comprendió (por un momento) que todos se quedarían dormidos si él no se levantaba y hacía algo, y pensó que debería hacerlo. En realidad, decidió que se levantaría y los persuadiría para que continuaran. Pero ahora no; todavía no...

Muy poco después alumbró la luna y el ruiseñor cantó sobre dos caballos y dos niños humanos profundamente dormidos.

Fue Aravis quien despertó primero. El sol ya estaba alto en los cielos y habían desperdiciado las horas frescas de la mañana.

—Es culpa mía —se dijo furiosa, levantándose y empezando a despertar a los demás—. Uno no debe esperar que los caballos se mantengan despiertos después de una jornada como ésta, aun cuando *puedan* hablar. Y, por supuesto, ese niño tampoco; no tiene una preparación decente. Pero *yo* debería haberlo sabido bien.

Los otros se sentían aturdidos y estúpidos con la pesadez del sueño.

—¡Ay! ¡Bruhú! —se quejó Bri—. He dormido ensillado, ¿eh? No lo volveré a hacer nunca más. Es muy incómodo...

—Oh, vamos, vamos —urgió Aravis—. Ya hemos perdido media mañana. Apenas nos queda tiempo.

—Un tipo tiene que comer un bocado de pasto —dijo Bri.

—Me temo que no podemos esperar —repuso Aravis.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Bri—. Hemos cruzado el desierto, ¿no es así?

—Pero todavía no estamos en Archenland —replicó Aravis—. Y tenemos que llegar allí antes que Rabadash.

—Oh, debemos estar a kilómetros más adelante que él —insistió Bri —. ¿No hemos venido por un camino más corto? ¿No dijo ese cuervo amigo tuyo, Shasta, que éste era un atajo?

—El no dijo nada de que fuera *más corto* —respondió Shasta—. El sólo dijo *mejor,* porque llegabas a un río por aquí. Si el oasis está al norte de Tashbaan, entonces me temo que éste debe ser más largo.

—Bueno, pero yo no puedo continuar sin tomar un bocadillo —dijo Bri—. Sácame las riendas, Shasta.

—P-por favor —dijo Juin, tímidamente—. Yo también siento que no puedo seguir, igual que Bri. Pero cuando los caballos llevan a humanos (con lanzas y esas cosas) sobre sus lomos, ¿no es cierto que son obligados a seguir aun cuando se sienten así? Y entonces descubren que pueden continuar. Q-q-quiero decir, ¿no deberíamos nosotros ser capaces de hacer mucho más todavía, ahora que somos libres? Es por Narnia.

—Creo, señora —dijo Bri, en tono muy contundente—, que yo sé un poco más que tú de campañas y marchas forzadas y de lo que un caballo puede aguantar.

Juin no contestó a esto por ser, como la mayor parte de las yeguas de buena raza, una persona muy tímida y apacible a la que era muy fácil dominar. En realidad, ella tenía toda la razón y si Bri hubiese tenido sobre su lomo a un Tarkaan en ese momento, habría comprobado que aún podía seguir caminando duro por muchas horas. Pero uno de los peores resultados de ser esclavo y ser forzado a hacer las cosas, es que cuando no hay quien te fuerce, comprendes que has casi perdido el poder de forzarte a ti mismo.

Así fue como tuvieron que esperar mientras Bri comía su bocadillo y tomaba un trago de agua, y, por supuesto, Juin y los niños comieron su bocadillo y bebieron también. Deben haber sido casi las once de la mañana cuando finalmente lograron ponerse otra vez en camino. Y aun entonces Bri se tomó las cosas con más calma que ayer. Fue realmente Juin, a pesar de que era la más débil y la que estaba más cansada de los dos, la que marcó el paso.

El valle, con su frío río color café, y su pasto y musgo y flores silvestres y rododendros, era un lugar tan agradable que te incitaba a ir despacio.

X
EL ERMITAÑO DE LA FRONTERA SUR

Habían cabalgado durante varias horas cuando el valle se abrió y pudieron observar lo que había más adelante. El río que venían siguiendo se unía aquí a uno más grande, ancho y turbulento, que fluía de izquierda a derecha hacia el este. Más allá de este nuevo río, una preciosa campiña subía apacible por bajas colinas, sierra tras sierra, hasta las mismas Montañas del Norte. A la derecha, algunos picachos rocosos, un par de ellos tapados de nieve hasta los bordes. A la izquierda, laderas revestidas de pinos, ceñudos acantilados, estrechas quebradas, y azuladas cumbres se extendían hasta donde tus ojos alcanzaban a ver. Ya no se divisaba el Monte Pire. Frente a ellos la cadena montañosa se hundía en un boscoso collado que, sin duda, debía ser el paso de Archenland a Narnia.

—¡Bruhuhuhú, el Norte, el verde Norte! —relinchó Bri.

Y, desde luego, las colinas más bajas eran más verdes y frescas que todo lo que Aravis y Shasta, con sus ojos sureños, podrían haber imaginado. Se sintieron más animados al ir bajando estrepitosamente hasta la confluencia de los dos ríos.

El río, que corría hacia el este fluyendo desde las montañas más altas al oeste de la cordillera, era claramente demasiado veloz y demasiado quebrado por rápidos para que ellos pudieran pensar en cruzarlo a nado; pero buscando de arriba abajo por la orilla, dieron con un lugar lo suficientemente poco profundo por donde vadearlo. El estruendoso bramido del agua, el gran torbellino golpeando contra los espolones de los caballos, el aire fresco y revuelto y las fugaces libélulas, llenaban a Shasta de una extraña emoción.

—¡Amigos, hemos llegado a Archenland! —exclamó Bri con orgullo, mientras salía por la ribera norte, salpicando agua y sacudiéndose—. Creo que ese río que acabamos de atravesar es el que llaman Flecha Sinuosa.

—Espero que hayamos llegado a tiempo —murmuró Juin.

Empezaron a ascender, lentamente y zigzagueando muchísimo, por los cerros escarpados. La comarca semejaba un parque abierto sin caminos ni casas a la vista. Desparramados aquí y allá había árboles, nunca tan tupidos como para llamar aquello un bosque. Shasta, que había vivido toda su vida en una pradera casi sin árboles, pensó que jamás había visto tantos y de tan diversas clases. Si tú hubieses estado ahí, probablemente sabrías (él no sabía) que lo que veía eran robles, hayas, plateados abedules, serbales y fragantes castaños. Los conejos se escabullían para cualquier lado a medida que ellos avanzaban, y de pronto vieron una manada entera de gamos que huía entre los árboles.

—¡Esto es simplemente glorioso! —exclamó Aravis.

Al llegar a la primera cima, Shasta se volvió en la montura para mirar hacia atrás. No se veían rastros de Tashbaan; el desierto, ininterrumpido salvo por la estrecha y verde hendedura por la que ellos habían pasado, se extendía hasta el horizonte.

—¡Oigan! —dijo de súbito—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —preguntó Bri, dándose vuelta. Juin y Aravis hicieron lo mismo.

—Eso —dijo Shasta, señalando—. Parece humo. ¿Será un incendio?

—Tormenta de arena, diría yo —repuso Bri. —No hay tanto viento para eso —opinó Aravis.

—¡Oh! —exclamó Juin—. ¡Miren! Hay unas cosas que relampaguean ahí. ¡Miren! Son yelmos... y armaduras. Y se mueven: se mueven hacia acá.

—¡Por Tash! —exclamó Aravis—. Es el ejército. Es Rabadash.

—Claro que es él —dijo Juin—. Justo lo que yo me temía. ¡Rápido! Tenemos que llegar a Anvard antes que él.

Y sin más palabras, se puso bruscamente en movimiento y partió galopando hacia el norte. Bri sacudió la cabeza e hizo lo mismo.

—*Vamos,* Bri, vamos —gritó Aravis por encima de su hombro.

La carrera fue muy dura para los caballos. Apenas alcanzaban una cumbre, se encontraban ante otro valle y otra loma más atrás; y aunque sabían que iban más o menos en la dirección correcta, nadie sabía a qué distancia estaban de Anvard. Desde lo alto de la segunda cima, Shasta volvió a mirar hacia atrás. En vez de una nube de polvo allá lejos en el desierto, ahora vio una negra masa que se movía, como hormigas, en la otra ribera del Flecha Sinuosa. Era indudable que buscaban un vado.

—¡Están en el río! —gritó frenético.

—¡Rápido! ¡Rápido! —decía Aravis a gritos—. No servirá de nada haber venido si no llegamos a Anvard a tiempo. Galopa, Bri, galopa. Acuérdate de que eres un caballo de guerra.

Shasta hacía lo que podía para no gritar instrucciones similares; pero pensaba: “el pobre tipo está haciendo todo lo que puede ya”, y se mordía

la lengua. Y ciertamente ambos caballos estaban haciendo, si no todo lo que podían, todo lo que creían que podían hacer; lo que no es lo mismo. Bri había alcanzado a Juin y corrían juntos con gran estruendo por el prado. No parecía posible que Juin pudiera mantener ese paso por mucho tiempo.

En ese momento, un sonido tras ellos los hizo a todos cambiar completamente de opinión. No era el ruido que habían estado esperando escuchar, el ruido de cascos y de tintineantes armaduras, entremezclado quizás con gritos de batalla de los calormenes. Sin embargo, Shasta lo reconoció de inmediato. Era el mismo gruñente rugido que escuchó aquella noche de luna, cuando encontró por primera vez a Aravis y Juin. Bri también lo conocía. Sus ojos lanzaban rojos destellos y sus orejas caían gachas hacia atrás sobre su cráneo. Y ahora Bri acababa de descubrir que en realidad no estaba corriendo rápido, no tan rápido como podía. Shasta sintió en el acto el cambio. Ahora sí que iban a toda velocidad. En pocos segundos dejaron muy atrás a Juin.

"No es justo —pensaba Shasta—. Estaba *seguro* de que aquí estaríamos a salvo de los leones".

Miró por sobre su hombro. Todo estaba sumamente claro. Una enorme y leonina criatura, con su cuerpo a ras del suelo cual un gato que corre como un rayo por el pasto buscando un árbol cuando un perro desconocido ha entrado al jardín, venía detrás de él. Y se acercaba más cada segundo, y cada medio segundo.

Miró hacia adelante nuevamente y vio algo que no entendió bien qué era, y ni siquiera lo pensó. Les cortaba el camino una tersa muralla verde de unos tres metros de altura. En mitad de la muralla había una puerta, abierta. De pie en medio del portal, un hombre alto, vestido hasta la punta de sus pies descalzos con una túnica de color hojas de otoño, apoyado en un bastón recto. La barba le caía casi hasta las rodillas.

Shasta abarcó todo esto de un solo vistazo y volvió a mirar para atrás. El león ya casi había alcanzado a Juin. Tiraba mordiscos a sus patas traseras, y ya no se leía esperanza en la cara de la yegua toda salpicada de espuma y con los ojos desorbitados.

—¡Para! —rugió Shasta en el oído de Bri—. Hay que volver. ¡Tenemos que ayudarla!

Bri siempre sostuvo después que él jamás escuchó esto, o que no lo entendió; y como generalmente era un caballo muy veraz, debemos aceptar su palabra.

Shasta sacó los pies de los estribos, deslizó ambas piernas por encima del costado izquierdo, titubeó por un horrendo centésimo de segundo,

y saltó. Sintió un terrible dolor y quedó casi sin respiración. Antes de darse cuenta de cuánto le dolía, ya iba tambaleándose en ayuda de Aravis. Jamás antes había hecho algo parecido en toda su vida y casi no entendía por qué lo hacía ahora.

Uno de los sonidos más horribles del mundo, el grito de un caballo, escapó de los labios de Juin. Aravis iba muy encorvada sobre el cuello de Juin y parecía estar tratando de desenvainar su espada. Y en ese momento los tres, Aravis, Juin y el león, estaban casi encima de Shasta. Antes de alcanzarlo, el león se paró en sus patas traseras, más grande de lo que hubieras creído que podía ser un león, y lanzó un zarpazo a Aravis con su garra derecha. Shasta pudo ver todas las tremendas uñas extendidas. Aravis dio un grito y se tambaleó en su montura. El león laceraba sus hombros. Shasta, casi loco de horror, logró avanzar oscilante hacia la bestia. No tenía armas, ni siquiera un palo o una piedra. Le gritó, estúpidamente, como uno le grita a un perro: "¡Ándate! ¡Ándate!" Por la fracción de un segundo se quedó mirando directamente su rabioso hocico, de par en par abierto. Luego, para su inmenso asombro, el león, aún parado en sus patas traseras, se refrenó súbitamente, giró sobre sus talones, apoyó sus cuatro patas en el suelo y escapó con gran rapidez.

Shasta no creyó al principio que se hubiese ido definitivamente. Se volvió y corrió hacia la puerta en la muralla verde que, ahora por primera vez, recordaba haber visto. Juin, tropezando y casi al borde del desmayo, iba justo entrando por aquella puerta; Aravis aún se mantenía en la montura pero su espalda estaba llena de sangre.

—Entra, hija mía, entra —decía el hombre de la túnica y de la larga barba, y agregó—: Entra, hijo mío —dirigiéndose a Shasta, que subía jadeante hacia él. Shasta escuchó que la puerta se cerraba tras él, y vio que el barbudo desconocido estaba ayudando a Aravis a bajar del caballo.

Se encontraban en un recinto amplio y perfectamente circular, protegido por un alto muro de verde pasto. Un estanque de agua muy quieta, tan lleno que el agua estaba exactamente al mismo nivel del suelo, se extendía ante Shasta. En uno de los extremos del estanque, sombreándolo totalmente con sus ramas, crecía el árbol más inmenso y más hermoso que Shasta había visto jamás. Detrás del estanque había una pequeña casita de piedra con techo de espesa y antigua paja. Escuchó un balido y al otro lado del recinto divisó algunas cabras. El parejo suelo estaba completamente cubierto del más fino pasto.

—¿Eres... eres... eres tú —resolló Shasta—, eres tú el Rey Lune de Archenland?

El anciano meneó la cabeza.

—No —respondió con voz tranquila—, soy el Ermitaño de la Frontera Sur. Y ahora, hijo mío, no pierdas tiempo haciendo preguntas, sino que obedece. Esta damisela está herida. Vuestros caballos están agotados. En este momento, Rabadash está encontrando un vado en el Flecha Sinuosa. Si corres de inmediato, sin descansar ni un momento, llegarás a tiempo para prevenir al Rey Lune.

A Shasta se le fue el alma a los pies al oír estas palabras, porque sentía que ya no le quedaban fuerzas. Y se amargó para sus adentros por lo cruel e injusta que le parecía la petición. Todavía no había aprendido que si haces una buena acción, por lo general tu recompensa será tener que hacer otra más, y más difícil y mejor. Pero en voz alta sólo dijo:

—¿Dónde está el Rey?

El Ermitaño se volvió y señaló con su bastón.

—Mira —le dijo—. Hay otra puerta, justo al lado contrario de esta por donde ustedes entraron. Ábrela y sigue derecho hacia adelante, siempre derecho hacia adelante, en terreno liso o escarpado, blando o áspero, seco o mojado. Gracias a mis artes sé que encontrarás al Rey siguiendo derecho hacia adelante. Pero corre, corre, corre siempre.

Shasta asintió con la cabeza, corrió hacia la puerta norte y desapareció tras ella. Entonces el Ermitaño tomó a Aravis, a quien todo este tiempo había estado sosteniendo con su brazo izquierdo, y medio la guió, medio la llevó dentro de la casa. Pasado un largo rato salió de nuevo.

—Y ahora, amigos míos —dijo a los caballos—, es vuestro turno.

Sin esperar respuesta, y en realidad ellos estaban demasiado exhaustos para hablar, les quitó bridas y monturas. Después los cepilló secándolos tan bien que ningún mozo de las caballerizas reales lo habría hecho mejor.

—Listo, queridos míos —dijo—. Aparten todo de sus mentes y anímense. Aquí tienen agua y allá hay hierba. Les daré una pasta caliente una vez que haya ordeñado a mis otros favoritos, las cabras.

—Señor —dijo Juin, recuperando por fin su voz—, ¿sobrevivirá la Tarkeena? ¿La habrá matado el león?

—Yo, que conozco tantas cosas del presente merced a mis artes— replicó el Ermitaño con una sonrisa—, sé, sin embargo, muy poco de las cosas futuras. Por lo tanto, no sé si algún hombre o mujer o bestia en todo el mundo vivirá cuando el sol se ponga esta noche. Pero ten esperanzas. La damisela tiene aspecto de que vivirá igual que cualquiera otra de su edad.

Cuando Aravis volvió en sí, se encontró tendida de bruces sobre un lecho bajo de extraordinaria suavidad, en una habitación fresca y desamoblada, de murallas de piedra sin labrar. No entendía por qué la habían dejado de bruces; pero cuando trató de darse vuelta y sintió ardientes dolores por toda su espalda, recordó, y comprendió el porqué. No lograba descubrir de qué material tan deliciosamente mullido habían fabricado la cama, ya que ésta estaba hecha de brezo (que es lo mejor como lecho) y el brezo era algo que ella jamás había visto, ni siquiera había oído mencionar.

Se abrió la puerta y entró el Ermitaño, trayendo un gran tazón de madera en sus manos. Después de colocarlo con todo cuidado en el suelo, se acercó a la cama y preguntó:

—¿Cómo te sientes, hija mía?

—Me duele mucho la espalda, padre —contestó Aravis—, pero no siento ningún otro malestar.

El se arrodilló a su lado, puso la mano en su frente y le tomó el pulso.

—No hay fiebre —dijo—. Te mejorarás. Verdaderamente no hay razón para que no te levantes mañana. Pero ahora bebe esto.

Fue a buscar el tazón de madera y lo acercó a sus labios. Aravis no pudo evitar hacer una mueca cuando lo probó, pues la leche de cabra produce realmente un sobresalto cuando no estás acostumbrado a ella. Pero tenía demasiada sed y se las arregló para beberla toda y, al terminarla, se sintió mucho mejor.

—Bien, hija, puedes dormir si quieres —dijo el Ermitaño—. Ya tus heridas están lavadas y curadas y, aunque arden, no son más serias que si hubiesen sido tajos hechos por un látigo. Debe haber sido un león muy extraño, ya que en vez de botarte de la montura y enterrarte los dientes, lo único que hizo fue rasguñarte la espalda con sus garras. Diez arañazos; dolorosos, pero no son profundos ni peligrosos.

—¡Caramba! —exclamó Aravis—. He tenido suerte.

—Hija —dijo el Ermitaño—, yo he vivido ciento nueve inviernos en este mundo y todavía no he encontrado eso que llaman Suerte. Hay algo en todo esto que no comprendo: pero si algún día necesitamos saberlo, puedes estar segura de que lo sabremos.

—¿Y qué hay de Rabadash y sus doscientos caballos? —preguntó Aravis.

—No pasarán por aquí, creo —repuso el Ermitaño—. Ya deben haber encontrado un vado más al este. De allí tratarán de cabalgar derecho a Anvard.

—¡Pobre Shasta! —dijo Aravis—. ¿Tiene que ir muy lejos? ¿Llegará primero?

—Hay buenas esperanzas —respondió el anciano. Aravis volvió a tenderse (de lado esta vez) y dijo:

—¿He dormido mucho tiempo? Parece que está oscureciendo.

El Ermitaño miró hacia afuera por la única ventana, que daba al norte.

—Esta no es la oscuridad de la noche —dijo luego—. Las nubes vienen bajando desde la Punta Borrascosa. El mal tiempo que tenemos por estos lados viene siempre de allí. Habrá niebla espesa esta noche.

Al día siguiente, salvo por su espalda adolorida, Aravis se sentía tan bien que después del desayuno (que fue sopa de avena y crema) el Ermitaño le dijo que podía levantarse. Y, claro, se fue de inmediato a hablar con los caballos. El tiempo había cambiado y todo aquel verde recinto estaba lleno, como una enorme copa verde, de un sol radiante. Era un lugar muy plácido, solitario y tranquilo.

Juin trotó inmediatamente hacia Aravis y le dio un beso de caballo.

—Pero ¿dónde está Bri? —dijo Aravis cuando ya se habían preguntado una a otra sobre su salud y cómo habían dormido.

—Está allá —repuso Juin, señalando con su nariz al otro lado del círculo—. Y me gustaría que fueras a hablar con él. Algo le pasa. No he logrado sacarle una palabra.

Atravesaron lentamente y encontraron a Bri echado con la cara vuelta hacia la pared, y a pesar de que seguramente las oyó acercarse, no volvió la cabeza ni dijo una palabra.

—Buenos días, Bri —saludó Aravis—. ¿Cómo has amanecido hoy?

Bri murmuró algo que nadie alcanzó a oír.

—El Ermitaño dice que es muy probable que Shasta haya llegado a tiempo donde el Rey Lune —prosiguió Aravis—, así es que parece que todos nuestros pesares han terminado. ¡Narnia, por fin, Bri!

—Nunca veré Narnia —dijo Bri en voz baja.

—¿No te sientes bien, querido Bri? —preguntó Aravis.

Bri se dio vuelta finalmente, con una cara melancólica como sólo los caballos pueden tenerla.

—Voy a regresar a Calormen —dijo.

—¿Qué? —exclamó Aravis—. ¡Volver a la esclavitud!

—Sí —dijo Bri—. Sólo sirvo para la esclavitud. ¿Cómo podría mostrar alguna vez mi cara en medio de los caballos libres de Narnia?... ¡yo, que dejé que los leones devoraran a una yegua y a una niña y a un niño, mientras galopaba a toda velocidad para salvar mi despreciable pellejo!

—Todos corrimos lo más ligero que podíamos —dijo Juin.

—Shasta no —bufó Bri—. Por lo menos él corrió en la dirección adecuada: corrió hacia *atrás.* Y eso es lo que más me avergüenza de todo. Yo, que me llamaba a mí mismo un caballo de guerra y me ufanaba de cien batallas, ser derrotado por un pequeño muchacho humano..., ¡un niño, un mero potrillo, que jamás había cogido una espada ni tuvo buena crianza ni buen ejemplo en su vida!

—Ya lo sé —dijo Aravis—. Yo siento lo mismo que tú. Shasta se portó maravillosamente. Yo soy tan mala como tú, Bri. Le hice desaires y lo desprecié desde que lo conocí y ahora resulta ser el mejor de todos nosotros. Pero pienso que será más conveniente quedarse y decirle que lo lamentamos en lugar de volver a Calormen.

—Eso está bien para ti —insistió Bri—. Tú no te has deshonrado. Pero yo lo he perdido todo.

—Mi buen caballo —dijo el Ermitaño, que se había aproximado sin que lo notaran porque sus pies descalzos hacían tan poco ruido sobre el pasto suave y lleno de rocío—. Mi buen caballo, lo único que has perdido es tu vanidad. No, no, amigo. No eches para atrás tus orejas y no me sacudas tus crines. Si es cierto que estás tan humillado como parecías hace un minuto, debes aprender a escuchar a la sensatez. No eres ese gran caballo que habías llegado a pensar que eras de tanto vivir entre pobres caballos mudos. Por supuesto que eras más valiente y más inteligente que *ellos.* No podías evitar serlo. Pero de ahí no se deduce que seas alguien muy especial en Narnia. Mas mientras sepas que no eres nadie muy especial, serás una clase de caballo bastante decente, en suma, juntando una cosa con la otra. Y ahora, si tú y mi otro amigo de cuatro patas quieren venir a la puerta de la cocina, nos encargaremos de la segunda mitad de aquella pasta.

XI
EL IMPORTUNO COMPAÑERO DE VIAJE

Cuando atravesó la puerta, Shasta se encontró ante una ladera de hierba y un poco de brezo que trepaba delante de él hacia un grupo de árboles. No tenía nada en qué pensar ahora y ningún plan que hacer: sólo tenía que correr, y eso ya era suficiente. Sus piernas temblaban, empezaba a sentir una punzada terrible en el costado, y el sudor que continuaba cayendo en sus ojos los cegaba y los hacía doler. Tampoco sentía muy firmes sus pies, y más de una vez casi se dobló el tobillo en las piedras sueltas.

Los árboles tupían ahora mucho más que antes y en los espacios más abiertos había helechos. El sol se había entrado, sin que hubiese refrescado. El día se había puesto caluroso y gris, como esos días en que parece que hubiera dos veces más moscas que de costumbre. La cara de Shasta estaba cubierta de moscas; ni siquiera trató de sacudírselas... tenía demasiadas otras cosas que hacer.

De súbito escuchó un cuerno... no un gran cuerno vibrante como los de Tashbaan, pero de un sonido alegre, ¡Tirototojó! Un minuto más tarde salía a un amplio claro donde se encontró en medio de una multitud de gente.

Por lo menos, a él le pareció una multitud. En realidad había cerca de quince o veinte personas, todos caballeros vestidos con verdes trajes de caza, algunos montados y otros de pie al lado de las cabezas de sus caballos. En el centro, alguien sostenía el estribo para que un hombre montara. Y el hombre a quien le sostenían el estribo era el Rey más jovial, más gordo, con las mejillas más color manzana y los ojos más risueños que te puedes imaginar.

Apenas divisó a Shasta, este Rey no pensó ya más en montar su caballo. Tendió sus brazos a Shasta, con la cara iluminada, y gritó con una voz potente, profunda, que parecía brotar del fondo de su pecho.

—¡Corin! ¡Hijo mío! ¡Y a pie, y en harapos! ¿Qué...?

—No —jadeó Shasta, negando con la cabeza—. No soy el Príncipe Corin. Yo... yo... sé que me parezco a él... vi a su Alteza en Tashbaan... manda sus saludos.

El Rey contemplaba a Shasta con una expresión extraordinaria en su rostro.

—¿Eres el R—Rey Lune? —preguntó Shasta con voz entrecortada. Y agregó, sin esperar respuesta—: Señor Rey... huir... Anvard... cerrar las puertas... enemigos están encima... Rabadash y doscientos caballos.

—¿Estás seguro de eso, muchacho? —preguntó uno de los otros caballeros.

—Mis propios ojos —dijo Shasta—. Los he visto. He corrido carrera con ellos todo el camino desde Tashbaan.

—¿A pie? —preguntó el caballero, levantando ligeramente sus cejas.

—Caballos... con el Ermitaño —explicó Shasta.

—No le preguntes más, Darrin —dijo el Rey Lune—. Veo verdad en su rostro. Por tanto, nos pondremos en marcha, caballeros. Traigan un caballo para el muchacho. ¿Puedes cabalgar rápido, amigo?

Por toda respuesta Shasta metió el pie en el estribo del caballo que le habían traído y en un segundo estaba en la silla. Había hecho esto cientos de veces con Bri en las últimas semanas, y montaba de manera muy distinta ahora a lo que había sido la primera noche en que Bri le dijo que se subía a un caballo como si estuviera subiéndose a un pajar.

Se alegró de escuchar que Lord Darrin le decía al Rey:

—El muchacho monta como un verdadero jinete, Señor. Te aseguro que es de sangre noble.

—Su sangre, sí, ahí está el punto —dijo el Rey. Y miró otra vez a Shasta con esa curiosa expresión, casi una expresión de ansiedad, en sus serenos ojos grises.

Pero ya el grupo entero se alejaba a un rápido medio galope. La silla de Shasta era excelente pero él estaba penosamente confundido y no sabía qué hacer con sus riendas, pues jamás había tomado las riendas cuando montaba a Bri. Pero con el rabillo del ojo miró atentamente para ver qué hacían los demás (como hacemos nosotros a veces en las fiestas cuando no estamos totalmente seguros de qué cuchillo o tenedor se supone que debemos usar) y trató de poner los dedos correctamente. Mas no se atrevía a dirigir realmente al caballo; confiaba en que éste seguiría al resto. Su caballo era, claro está, un caballo común, no un caballo que habla; pero tenía talento suficiente como para comprender que el extraño muchacho que llevaba en su lomo no era realmente el dueño de la situación. Fue por eso que pronto Shasta se encontró a la cola de la comitiva.

Aún así, iba bastante rápido. Ya no habían moscas y el aire que golpeaba su cara era delicioso. También había recuperado el aliento. Y su misión había logrado éxito. Por primera vez desde que llegara a Tashbaan (¡le parecía que hacía tanto tiempo!) empezaba a pasarlo bien.

Miró hacia arriba para ver si ya estaban más cercanas las cumbres de las montañas. Para su gran desilusión, no pudo ni siquiera divisarlas; únicamente una vaga grisura que bajaba hacia ellos. Nunca antes había estado en un país montañoso y se sorprendió.

—Es una nube —se dijo—, una nube que viene bajando. Ya entiendo. Aquí arriba en los cerros uno está verdaderamente en el cielo. Voy a ver cómo es el interior de una nube. ¡Qué divertido! Siempre me había intrigado.

Muy lejos, a su izquierda, y un poco detrás de él, el sol se preparaba para ponerse.

Habían llegado a un camino lleno de baches e iban a gran velocidad. Pero todavía el caballo de Shasta iba último en el lote. Una o dos veces, cuando el camino hacía una curva (había ahora un prolongado bosque a cada lado), perdió de vista a los demás por un par de segundos.

Luego se hundieron en la niebla, o más bien la niebla los envolvió. El mundo se volvió gris. Shasta no tenía idea de lo frío y húmedo que era el interior de una nube; tampoco lo oscura que podía ser. El gris se tornaba negro con alarmante celeridad.

Alguien a la cabeza de la columna hacía sonar el cuerno de vez en cuando, y cada vez el sonido venía de más lejos. No podía ver a ninguno de los otros ya, pero por supuesto podría verlos en cuanto doblara la próxima curva. Pero después de doblarla, todavía no lograba verlos. A decir verdad, no podía ver absolutamente nada. Su caballo iba al paso. “Sigue, caballo, sigue”, dijo Shasta. Y se escuchó el cuerno, muy débil. Bri le había dicho siempre que debía mantener sus talones bien vueltos hacia afuera, y a Shasta se le había metido en la cabeza la idea de que algo terrible pasaría sí él enterraba sus talones en los flancos del caballo. Esta le pareció una buena ocasión para probarlo.

—Mira, caballo —dijo—, si no cobras ánimo, ¿sabes lo que haré? Te voy a clavar los talones. Prometo que lo haré.

El caballo, sin embargo, no hizo el menor caso de esta amenaza. De modo que Shasta se afirmó bien en la montura, se agarró con las rodillas, apretó los dientes y aguijoneó ambos flancos del animal con sus talones, lo más fuerte que pudo.

El único resultado fue que el caballo inició una especie de intención de trote de unos cinco o seis pasos y luego disminuyó hasta ponerse a caminar otra vez. Y ahora estaba totalmente oscuro y parecía que ya no hacían sonar más ese cuerno. El único ruido era un continuo drip-drip que venía de las ramas de los árboles.

—Bueno, supongo que aun caminando al paso llegaremos a alguna parte en algún momento —se dijo Shasta—. Lo único que espero es no caer en manos de Rabadash y su gente.

Continuó hacia adelante durante lo que pareció largo rato, siempre al paso. Comenzaba a odiar a ese caballo, y también comenzaba a sentir hambre.

Al poco tiempo llegó a un lugar donde el camino se dividía en dos. Estaba justamente preguntándose cuál conduciría a Anvard cuando lo sobresaltó un ruido detrás suyo. Era el ruido de caballos al trote. "¡Rabadash!", pensó Shasta. No había forma de adivinar qué camino tomaría Rabadash.

—Pero si tomo uno —se dijo Shasta—, podría ser que él tomara el otro; y si me quedo en esta encrucijada, es seguro que me capturan.

Desmontó y condujo a su caballo lo más rápido posible por el camino de la derecha.

El rumor de la caballería se acercaba vertiginosamente y en un par de minutos Shasta se dio cuenta de que estaban en la bifurcación de caminos. Contuvo la respiración, esperando para ver qué camino tomarían.

Se escuchó una orden dada en voz baja: "¡Alto!", luego diversos ruidos de caballos, narices resoplando, cascos lanzando patadas, frenos tascados, caricias en los cuellos. En seguida una voz habló:

—Escuchad, todos —dijo—. Estamos ya a unos doscientos metros del castillo. Recuerden sus órdenes. Una vez en Narnia, donde estaremos a la salida del sol, deben matar lo menos posible. En esta aventura ustedes deben considerar cada gota de sangre narniana como si fuera más preciosa que un galón de la vuestra propia. En *esta* aventura, digo. Los dioses nos enviarán horas más felices y entonces no deben dejar a nadie con vida entre Cair Paravel y el Páramo del Oeste. Pero aún no estamos en Narnia. Aquí en Archenland es otra cosa. En el asalto al castillo del Rey Lune lo único que importa es la rapidez. Muestren su temple. Tiene que ser mío en una hora. Y si lo es, se lo entrego a ustedes. No guardaré para mí ningún botín. Mátenme a todo bárbaro varón dentro de sus murallas, hasta el niño nacido ayer, y todo lo demás es para que ustedes se lo repartan como les plazca: las mujeres, el oro, las joyas, las armas y el vino. El hombre que yo vea quedarse atrás cuando lleguemos a las puertas será quemado vivo. En nombre de Tash, el irresistible, el inexorable..., ¡adelante!

Con un gran clipiticlop, las columnas se pusieron en movimiento, y Shasta volvió a respirar. Habían tomado el otro camino.

Shasta pensó que se demoraban largo tiempo en pasar, pues, aunque había hablado y había meditado acerca de “doscientos caballos”, no había logrado hacerse una idea de cuántos eran realmente. Pero al final el ruido se perdió a lo lejos y otra vez se encontró solo en medio del drip-drip de los árboles.

Ya conocía el camino hacia Anvard, pero claro que no podía ir por él: eso significaría únicamente ir a caer en manos de las tropas de Rabadash. “¿Qué demonios puedo hacer?”, se decía Shasta a sí mismo. Pero volvió a montar su caballo y continuó por el camino que había elegido, con la tenue esperanza de encontrar alguna cabaña donde pedir alojamiento y comida. Había pensado, por supuesto, en regresar junto a Aravis y Bri y Juin en la ermita, pero no podía porque en estos momentos no tenía ya la menor idea de la orientación.

—Después de todo —dijo Shasta—, este camino tiene que llegar a alguna parte.

Pero todo depende de lo que entiendas por “alguna parte”. El camino no dejó de llegar a alguna parte en el sentido de que llegó hasta donde había más y más árboles, todos oscuros y goteando, y un aire cada vez más frío. Y lo más curioso, los vientos helados siguieron soplando la niebla por delante de él a pesar de que nunca la alejaron. Si hubiese estado acostumbrado a los países montañosos habría comprendido que esto significaba que estaba mucho más alto, tal vez justo en la cumbre del paso. Pero Shasta no sabía nada de montañas.

—Lo que sí creo —murmuró Shasta— es que debo ser el niño con más mala suerte que ha vivido jamás en este mundo. Todo sale bien para los demás menos para mí. Esos señores y damas de Narnia salieron a salvo de Tashbaan: a mí me dejaron atrás. Aravis y Bri y Juin están más cómodos que nadie con el viejo Ermitaño: claro que yo tuve que ser a quien enviaran acá. El Rey Lune y su gente deben haber llegado sanos y salvos al castillo y habrán cerrado sus puertas mucho antes de que Rabadash llegara, pero yo quedé afuera.

Y como estaba tan cansado y como no tenía nada en su estómago tuvo tal lástima de sí mismo que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Puso fin a todo esto un repentino sobresalto. Shasta descubrió que algo o alguien iba caminando a su lado. Estaba oscuro como boca de lobo y no pudo ver nada. Y la cosa (o persona) caminaba tan silenciosamente que apenas podía escuchar sus pisadas. Lo que podía escuchar era su respiración. Su invisible compañero parecía respirar a gran escala, y Shasta tuvo la impresión de que se trataba de una criatura enorme. Y se había dado cuenta de esta respiración en forma tan gradual que en realidad no tenía idea de cuánto hacía que la escuchaba. Fue un susto horrible.

Le vino a la memoria que había oído decir, hacía mucho tiempo, que había gigantes en esos países del norte. Se mordió los labios, aterrado. Pero ahora que tenía verdaderamente algo por que llorar, dejó de llorar.

La cosa (a menos que fuera una persona) iba a su lado en tal silencio que Shasta comenzó a ilusionarse de que fuera sólo su imaginación. Pero justo cuando ya estaba bien seguro de esto, de la oscuridad a sus espaldas surgió de súbito un profundo y sonoro suspiro. ¡Eso no podía ser imaginación! Como fuere, había sentido el cálido aliento de aquel suspiro en su fría mano izquierda.

Si el caballo hubiera servido de algo, o si él hubiese sabido cómo sacarle provecho a ese caballo, lo hubiera arriesgado todo en una escapada a pleno galope. Pero sabía que no podía hacer galopar a ese caballo. De modo que siguió al paso y el compañero invisible caminaba y respiraba a su lado. Al fin no pudo soportar más.

—¿Quién eres? —dijo, casi en un susurro.

—Uno que ha esperado largo tiempo a que hablaras —dijo la Cosa. Su voz no era fuerte, sino muy potente y profunda.

—¿Eres... eres un gigante? —preguntó Shasta.

—Puedes llamarme un gigante —respondió la Voz Potente—. Pero no soy como las criaturas que tú llamas gigantes.

—No puedo verte —dijo Shasta, después de tratar desesperadamente de verlo. Entonces (pues se le había ocurrido una idea aún más terrible) dijo, casi en un alarido—: ¿No eres... no eres algo muerto, no? Oh, por favor, por favor ándate. ¿Qué mal te he hecho yo? Oh, soy la persona más desgraciada de todo el mundo.

Una vez más sintió sobre su mano y su cara el aliento tibio de la cosa.

—Ahí tienes —dijo—, eso no es el aliento de un fantasma. Cuéntame tus penas.

Shasta se sintió tranquilizado por su aliento, de modo que le contó que jamás había conocido a su verdadero padre o madre y que había sido criado con gran severidad por el pescador. Y después relató la historia de su huida y contó cómo habían sido atacados por leones y obligados a nadar para salvar sus vidas; y todos los peligros en Tashbaan y la noche que pasó en medio de las tumbas y cómo las bestias aullaban en el desierto. Y le contó del calor y la sed que sufrieron en su travesía por el desierto y cómo, cuando ya

llegaban a su meta, otro león los atacó e hirió a Aravis. Y también, cuánto tiempo hacía que no tenía nada para comer.

—Yo no te llamaría desdichado —dijo la Voz Potente.

—¿No crees que fue mala suerte encontrarse con tantos leones?— preguntó Shasta.

—Era un solo león —repuso la Voz.

—¿Qué quieres decir, por todos los cielos? Te acabo de decir que hubo por lo menos dos la primera noche, y...

—Había solamente uno; pero de pies muy ligeros.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo era el león.

Y como Shasta se quedó boquiabierto y no dijo nada, la Voz continuó.

—Yo era el león que te obligó a juntarte con Aravis. Yo era el gato que te consoló en medio de las casas de la muerte. Yo era el león que ahuyentó a los chacales mientras tú dormías. Yo era el león que dio a los caballos renovadas fuerzas sacadas del miedo para los últimos metros que faltaban, a fin de que tú pudieras alcanzar al Rey Lune a tiempo. Y yo era el león, que tú no recuerdas, que empujó él bote en que yacías, un niño próximo a morir, para que llegase a la playa donde estaba sentado un hombre, insomne a la medianoche, que debía recibirte.

—Entonces ¿fuiste tú el que hirió a Aravis?

—Fui yo.

—Pero ¿para qué?

—Niño —dijo la Voz—, te estoy relatando tu historia no la de ella. A nadie le cuento otra historia que no sea la propia.

—¿Quién *eres* tú?

—Yo mismo —dijo la Voz, en tono profundo y bajo que hizo estremecer la tierra; y repitió—: Yo mismo —fuerte y claro y con alegría; y luego por tercera vez—: Yo mismo —susurró tan suavemente que apenas podías escucharlo, y aún así el susurro parecía salir de todas partes a tu alrededor como si las hojas susurraran con él.

Shasta no volvió a temer que la Voz perteneciera a algo que pudiera comérselo, ni que fuera la voz de un espectro. Pero lo recorrió una nueva y diferente clase de temblor. Y sin embargo, también se sentía contento.

La bruma perdía su negrura y se volvía gris, y de gris pasó a blanco. Debió haber comenzado a suceder hacía rato, pero mientras él hablaba con la Cosa no se había dado cuenta de nada más. Ahora la blancura que lo rodeaba se transformó en una brillante blancura; sus ojos empezaron a parpadear. En alguna parte más adelante podía oír cantos de pájaros. Comprendió que la noche moría por fin. Podía ver las crines y las orejas y la cabeza de su caballo con toda claridad. Una luz dorada, que venía de la izquierda, cayó sobre ellos. Pensó que era el sol.

Se volvió a mirar y vio, paseándose a su lado, más alto que el caballo, a un León. El caballo parecía no temerle, o bien sería que no lo podía ver. Era del León que provenía la luz. Jamás nadie ha visto nada tan terrible o tan hermoso.

Afortunadamente Shasta había vivido toda su vida demasiado lejos al sur de Calormen como para haber escuchado los cuentos que se cuchicheaban en Tashbaan acerca de un espantoso demonio narniano que se aparecía bajo la forma de un león. Y, por supuesto, desconocía las verdaderas historias sobre Aslan, el gran León, el hijo del Emperador de Más Allá del Mar, el Rey sobre todos los grandes reyes de Narnia. Pero después de dar una mirada al rostro del León, resbaló de su montura y cayó a sus pies. No pudo decir nada, mas era que no quería decir nada, y sabía que no necesitaba decir nada.

El Gran Rey sobre todos los reyes avanzó hacia él. Su melena, y algún extraño y solemne perfume que impregnaba su melena, envolvían totalmente a Shasta. Tocó su frente con su lengua. Shasta levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Entonces, en un instante, el pálido brillo de la luna y el feroz brillo del León se enrollaron como una madeja en un remolino glorioso y se fundieron en uno y desaparecieron. Shasta estaba solo con el caballo en una ladera cubierta de hierba bajo un cielo azul. Y los pájaros cantaban.

XII
SHASTA EN NARNIA

—¿Habrá sido todo un sueño? —se preguntaba Shasta.

Mas no podía haber sido un sueño porque en el pasto vio delante de él la profunda y enorme marca de la pata delantera derecha del León. Te cortaba el aliento el pensar en el peso capaz de dejar una marca como ésa. Pero había algo más extraordinario en eso que el tamaño. Mientras la miraba, ya el agua había empezado a llenar su fondo. Pronto estuvo llena hasta el borde, y después rebasó, y un arroyuelo iba corriendo cuesta abajo, por delante de Shasta, sobre la hierba.

Shasta se inclinó y bebió un largo sorbo, y luego se mojó la cara y se roció la cabeza. Era extremadamente fría, y clara como el cristal, y lo refrescó muchísimo. Después se levantó, sacudiéndose el agua de las orejas y echándose para atrás de la frente el pelo mojado, y principió a hacer el inventario de sus alrededores.

Aparentemente aún era de mañana, muy temprano. El sol acababa de salir, y había salido por los bosques que divisaba muy abajo y a lo lejos a su derecha. La comarca que contemplaba era absolutamente nueva para él. Era un verde valle salpicado de árboles a través de los cuales alcanzaba a vislumbrar el destello de un río que serpenteaba violentamente hacia el noroeste. Al otro extremo del valle se alzaban altas y hasta rocosas colinas, pero eran más bajas que las montañas que había visto ayer. Entonces comenzó a tratar de adivinar dónde se encontraba. Se volvió para mirar detrás de él y vio que la ladera donde estaba parado formaba parte de una cadena de montañas muchísimo más altas.

—Ya entiendo —se dijo Shasta—. Esas son las grandes montañas que hay entre Archenland y Narnia. Yo estuve al otro lado de ellas ayer. Debo haber cruzado el paso durante la noche. ¡Qué suerte que le acerté!... Aunque no fue en absoluto una suerte, en realidad, fue *El.* Y ya estoy en Narnia.

Regresó, desensilló el caballo y le quitó las bridas. “A pesar de que eres un caballo perfectamente inaguantable”, dijo. El caballo no se interesó en esta observación y se puso de inmediato a comer pasto. Aquel caballo tenía una muy pobre opinión de Shasta.

“¡Ojalá yo pudiera comer pasto! —pensó Shasta—. No vale la pena regresar a Anvard, debe estar sitiada. Es mejor que baje más dentro de ese valle y vea si puedo conseguir algo de comer.”

Por lo que siguió cerro abajo (el espeso rocío se sentía cruelmente helado bajo sus pies descalzos) hasta llegar a un bosque. Allí había una

especie de sendero que lo atravesaba y no había caminado por él más de unos cuantos minutos cuando escuchó una voz gruesa y algo asmática que le decía:

—Buenos días, vecino.

Shasta miró anhelante a su alrededor buscando quién había hablado y pronto vio una persona muy pequeña y llena de espinas y de cara oscura que salía de entre los árboles. Al menos, era pequeña para ser una persona pero en realidad bastante grande para ser un erizo, que eso era.

—Buenos días —dijo Shasta—. Pero no soy un vecino. A decir verdad, soy un extranjero en estos lugares.

—¿Ah? —dijo el erizo, inquisitivamente.

—He venido por las montañas... desde Archenland, sabes.

—Ah, Archenland —dijo el erizo—. Eso está tremendamente lejos. Nunca estuve yo ahí.

—Y creo que quizás —prosiguió Shasta— alguien debería saber que en estos momentos un ejército de salvajes calormenes está atacando Anvard.

—¡No me digas! —contestó el erizo—. Bueno, qué te parece. Y dicen que Calormen está a cientos y miles de kilómetros de distancia, justo al fin del mundo, atravesando un inmenso mar de arena.

—No está tan lejos como tú crees —repuso Shasta—. ¿Y no se debería hacer algo respecto a este ataque contra Anvard? ¿No se debería advertir al gran Rey?

—Ciertamente, habría que hacer algo —dijo el erizo—. Pero, mira, yo voy camino a la cama a ponerme a dormir todo el día. ¡Hola, vecino!

Estas últimas palabras iban dirigidas a un enorme conejo color bizcocho cuya cabeza acababa de asomar de alguna parte junto al camino. El erizo le contó de inmediato al conejo lo que le había dicho Shasta. El conejo estuvo de acuerdo en que eran noticias muy singulares y que alguien debería decírselas a alguien a fin de hacer algo.

Y así siguió la cosa. A cada instante se les unían otras criaturas, algunas bajaban de las ramas de encima y otras salían de diminutas casitas subterráneas a sus pies, hasta que el grupo quedó formado por cinco conejos, una ardilla, dos urracas, un fauno con pies de cabra y un ratón; hablaban todos al mismo tiempo y todos estaban de acuerdo con el erizo. Porque la verdad era que en aquella época de oro, cuando la Bruja y el invierno se habían ido y el gran Rey Pedro gobernaba en Cair Paravel, los más pequeños

habitantes de los bosques de Narnia vivían tan seguros y felices que se estaban volviendo un poco descuidados.

Al poco rato, sin embargo, llegaron dos seres más prácticos al bosquecillo. Uno era un enano rojo cuyo nombre parecía ser Franela. El otro era un venado, una hermosa criatura señorial con grandes ojos claros, de flancos salpicados de manchas y patas tan delgadas y graciosas que parecía que podías quebrarlas con dos dedos.

—¡Por el León! —rugió el enano en cuanto oyó las noticias—. Y si es así, ¿qué hacemos todos aquí parados, charlando? ¡Enemigos en Anvard!
Hay que hacer llegar estas novedades a Cair Paravel de inmediato. Hay que llamar al ejército. Narnia debe ir en auxilio del Rey Lune.

—¡Ah! —dijo el erizo—. Pero no vas a encontrar al gran Rey en Cair. Se fue al norte a darles una paliza a esos gigantes. Y a propósito de gigantes, vecinos, esto me hace acordarme de...

—¿Quién llevará nuestro mensaje? —interrumpió el enano—. ¿Hay alguien aquí que sea más veloz que yo?

—Yo soy veloz —dijo el venado—. ¿Cuál es el mensaje? ¿Cuántos calormenes?

—Doscientos: a las órdenes del Príncipe Rabadash. Y...

Pero ya el venado estaba lejos, con las cuatro patas en el aire de inmediato, y en un segundo sus blancas ancas habían desaparecido entre los árboles más remotos.

—Me pregunto a dónde va —dijo un conejo—. No encontrará al gran Rey en Cair Paravel, ya saben.

—Encontrará a la Reina Lucía —replicó Franela—. Y entonces... ¡hola! ¿Qué le pasa al humano? Se ve muy verde. Caramba, creo que se va a desmayar. Tal vez está muerto de hambre. ¿Cuando tuviste tu última comida, jovencito?

—Ayer en la mañana —contestó Shasta, con voz débil.

—Vamos, entonces, vamos —dijo el enano, echando inmediatamente sus cortos brazos alrededor de la cintura de Shasta para sostenerlo—. ¡Cómo, vecinos! ¡Deberíamos sentir vergüenza! Ven conmigo, muchacho. ¡Desayuno!, en vez de hablar tanto.

Presa de gran excitación, refunfuñando reproches contra sí mismo, el enano condujo, y sostuvo a la vez, a Shasta más hacia el interior del bosque y

un poco cuesta abajo. Fue una caminata más larga de lo que Shasta quería en ese momento y sus piernas empezaron a ponerse muy temblorosas antes de que salieran de entre los árboles a la desnuda ladera. Allí había una casita con su chimenea humeando y la puerta abierta, y al llegar a la puerta de calle, Franela llamó:

—¡Ea, hermanos! Una visita para el desayuno.

E inmediatamente, mezclado con un sonido chisporroteante, llegó hasta Shasta un aroma simplemente delicioso. Nunca lo había olido antes en toda su vida, pero espero que tú sí. Era, en realidad, el aroma de tocino y huevos con champiñones friéndose en una sartén.

—Cuidado con tu cabeza, chiquillo —dijo Franela, un poquito tarde, pues Shasta ya se había aporreado la frente contra el bajo dintel de la puerta —. Ahora —prosiguió el enano—, siéntate. La mesa es un tanto baja para ti, pero a la vez el taburete es también bajo. Eso es. Y aquí tienes sopa de avena... y aquí hay un jarro de crema... y aquí hay una cuchara.

Cuando Shasta terminó su sopa de avena los dos hermanos del enano (cuyos nombres eran Picarón y Pulgardrillo) ponían sobre la mesa el plato de tocino con huevos y champiñones, y la cafetera y la leche caliente y las tostadas.

Todo era nuevo y maravilloso para Shasta, ya que en Calormen la comida era totalmente distinta. Ni siquiera sabía qué eran esas rebanadas de algo color café, pues jamás antes había visto una tostada. No sabía qué era esa suave cosa amarilla con que untaban la tostada, porque en Calormen casi siempre usas aceite en lugar de mantequilla. Y la casa misma era muy diferente de la oscura choza de Arshish, hedionda a humedad y a pescado, y también distinta a los salones adornados de columnas y alfombras en los palacios de Tashbaan. El techo era extremadamente bajo, todo de madera, y había un reloj cucú y un mantel a cuadros rojo y blanco, y un florero con flores silvestres y cortinitas blancas en las ventanas de gruesos vidrios. También era harto molesto tener que usar copas y platos y cuchillos y tenedores para enanos. Esto significaba que las porciones eran muy reducidas; pero sucedía que había una gran cantidad de porciones, de modo que el plato de Shasta o su copa eran llenados continuamente, y a cada rato los mismos enanos decían “Mantequilla, por favor”, o bien “Otra taza de café”, o “Quisiera más champiñones”, o “¿Qué tal si freímos otro par de huevos?”. Y cuando por fin habían comido todo lo que podían, los tres enanos echaron suertes para ver quién lavaría los platos, y Picarón fue el perdedor. Después Franela y Pulgardrillo sacaron a Shasta para afuera y lo llevaron a un banco colocado contra la pared de la cabaña, y todos estiraron sus piernas y lanzaron un gran suspiro de satisfacción y los dos enanos encendieron sus pipas. Ya no quedaba rocío sobre el pasto y el sol era tibio; en verdad, si no fuera por la ligera brisa que soplaba, habría estado demasiado caluroso.

—Bien, extranjero —dijo Franela—, te mostraré la configuración geográfica. Puedes ver casi todo el sur de Narnia desde aquí; estamos muy orgullosos de la vista. En seguida a tu izquierda, detrás de estas colinas, puedes ver las Montañas Occidentales. Y esa colina redonda allá a tu derecha se llama la Colina de la Mesa de Piedra. Justo detrás...

Pero en ese momento lo interrumpió un ronquido de Shasta quien, por culpa de su viaje de noche y el excelente desayuno, se había quedado profundamente dormido. Los bondadosos enanos, al notar esto, empezaron a hacerse señas unos a otros de no despertarlo, y precisamente fue tal el murmullo y los gestos con la cabeza y el pararse y caminar en puntillas, que realmente habrían logrado despertarlo si él hubiese estado menos cansado.

Durmió estupendamente bien casi todo el día, pero despertó a tiempo para la cena. Las camas de aquella casa eran demasiado chicas para él, mas le arreglaron una magnífica cama de brezo sobre el suelo, y Shasta ni se movió ni soñó en toda la noche. A la mañana siguiente, apenas habían terminado de tomar desayuno, oyeron un estridente y entusiasta sonido que venía de afuera.

—¡Trompetas! —exclamaron los tres enanos, saliendo, tanto ellos como Shasta, a todo correr.

Las trompetas sonaron otra vez; un ruido nuevo para Shasta, no tan inmenso ni solemne como los cuernos de Tashbaan, ni tan alegre ni alborozado como los cuernos de caza del Rey Lune, sino claro y agudo y valiente. Venía de los bosques del este, y pronto se escuchó un ruido de cascos de caballos mezclado con él. Un momento más tarde apareció a la vista la cabeza de la columna.

Primero venía Lord Peridan sobre un potro bayo portando la gran bandera de Narnia: un león rojo sobre campo verde. Shasta lo reconoció de inmediato. Atrás venían tres personas cabalgando en la misma línea, dos en grandes corceles y uno en un mampato. Los dos que montaban los corceles eran el Rey Edmundo y una dama de pelo claro y cara muy risueña que usaba yelmo y cota de malla y llevaba un arco atravesado al hombro y un carcaj repleto de flechas a su costado. (“La Reina Lucía”, susurró Franela). Pero el que iba en el mampato era Corin. Después, venía el cuerpo principal del ejército: hombres montados en caballos vulgares, hombres montando caballos que hablan (a los que no importaba ser montados en las debidas ocasiones, como cuando Narnia estaba en guerra), centauros, los austeros osos de carácter duro, grandes perros que hablan, y al final, seis gigantes. Porque hay gigantes buenos en Narnia. Pero a pesar de saber que ellos eran del bando de Narnia, al principio Shasta a duras penas soportaba mirarlos; hay cosas a las que cuesta un triunfo acostumbrarse.

Al momento de llegar el Rey y la Reina a la cabaña y cuando los enanos comenzaban a hacer profundas reverencias ante ellos, el Rey Edmundo gritó:

—¡Bien, amigos! Es hora de hacer un alto y tomar un bocado!

Inmediatamente hubo gran bullicio de gente desmontando y mochilas que se abrían y conversaciones que comenzaban, pero Corin vino corriendo donde Shasta y tomó sus dos manos y exclamó:

—¡Qué! ¡*Tú* aquí! ¿Así es que lograste pasar? Me alegro. Ahora vamos a hacer un poco de deporte. ¡Y mira qué suerte! No hacíamos más que llegar al puerto de Cair Paravel ayer en la mañana y la primera persona que encontramos fue el venado Chervy con todas las noticias sobre el ataque contra Anvard. ¿No crees...?

—¿Quién es el amigo de su Alteza —preguntó el Rey Edmundo, que se acababa de bajar del caballo.

—¿No te das cuenta, Majestad? —repuso Corin—. Es mi doble: el niño que confundieron conmigo en Tashbaan.

—Vaya, así que él es tu doble —exclamó la Reina Lucía—. Son iguales como dos mellizos. Es algo maravilloso.

—Por favor, su Majestad —dijo Shasta al Rey Edmundo—. No soy un traidor, de verdad no lo soy. Y no pude evitar oír vuestros planes. Pero jamás soñé siquiera en decírselos a tus enemigos.

—Ya sé que no nos traicionaste, muchacho —dijo el Rey Edmundo, poniendo su mano en la cabeza de Shasta—. Pero si te toman por otro, trata en el futuro de no escuchar lo que va dirigido a otros oídos. Pero todo está bien.

Después de esto hubo tal barullo y conversación y tantas idas y venidas, que por unos pocos minutos Shasta perdió de vista a Corin y Edmundo y Lucía. Pero Corin era de esa clase de niño de quien uno está seguro de que escuchará algo de él muy pronto, y no pasó mucho tiempo antes de que Shasta oyera al Rey Edmundo que decía en voz alta:

—¡Por la Melena del León, Príncipe, esto ya es demasiado! ¿Nunca va a corregirse su Alteza? ¡Eres más revoltoso que todo el resto de mi ejército junto! Preferiría tener un regimiento de avispones a mis órdenes antes que a ti.

Shasta se arrastró como un gusano en medio del gentío y pudo ver a Edmundo, que en realidad parecía estar muy enojado, a Corin con aspecto de

avergonzado y a un extraño enano sentado en el suelo haciendo muecas. Aparentemente, un par de faunos acababan de ayudarlo a salirse de su armadura.

—Si hubiera traído mi cordial —decía la Reina Lucía lo habría remediado rápidamente. ¡Pero el gran Rey me ha ordenado terminantemente que no lo lleve con frecuencia a las guerras y que lo guarde sólo para los grandes apuros!

Lo que había pasado era lo siguiente. Justo después de hablar con Shasta, un enano del ejército llamado Puntespina había tomado bruscamente a Corin del codo.

—¿Qué pasa, Puntespina? —preguntó Corin.

—Su Alteza Real —repuso Puntespina, llevándolo aparte—, la marcha de hoy nos llevará a través del paso y derecho al castillo de tu real padre. Puede que entremos en batalla antes de esta noche.

—Ya lo sé —dijo Corin—. ¡Es estupendo!

—Estupendo o no estupendo —prosiguió Puntespina—, tengo órdenes estrictas del Rey Edmundo de encargarme de que su Alteza no participe en el combate. Se te permitirá presenciarlo, y eso es regalo suficiente para alguien de la edad de su Alteza.

—¡Oh, qué tontería! —estalló Corin—. Claro que voy a ir al combate. ¿No va la Reina Lucía con los arqueros?

—Su gracia la Reina hará lo que le plazca —replicó Puntespina—. Pero tú estás a mi cargo. O bien me das tu solemne palabra de príncipe de que mantendrás tu mampato al lado del mío, ni medio pescuezo adelante, hasta que yo dé a tu Alteza permiso para andar; o bien, como ha dicho su Majestad, iremos con nuestras muñecas atadas como dos prisioneros.

—Te tiro al suelo de un puñetazo si pretendes amarrarme —dijo Corin.

—Me encantaría ver a su Alteza hacer eso —replicó el enano.

Esto fue suficiente para un muchacho como Corin y al segundo él y el enano luchaban a brazo partido. Habría sido una pelea equilibrada porque, aunque Corin tenía los brazos más largos y era más alto, el enano era mayor y más fuerte. Pero no llegaron a luchar (es lo malo con las peleas en una ladera de suelo áspero), pues, para su mala suerte, Puntespina pisó una piedra suelta, se cayó de narices, y al tratar de levantarse se dio cuenta de que se había torcido un tobillo; una torcedura muy seria que le impediría caminar o

montar durante, por lo menos, quince días.

—Mira lo que has hecho, Alteza —dijo el Rey Edmundo—. Nos privas de un experimentado guerrero al filo mismo de la batalla.

—Yo tomaré su lugar, Majestad —dijo Corin.

—Pss —dijo Edmundo—. Nadie pone en duda tu valor. Pero un niño en una batalla es un peligro sólo para su propio bando.

En ese momento llamaron al Rey a atender otro asunto, y Corin, luego de pedir disculpas elegantemente al enano, se precipitó hacia Shasta y le susurró:

—Rápido. Aquí tenemos otro mampato, y la armadura del enano. Póntela antes que nadie se dé cuenta.

—¿Para qué? —preguntó Shasta.

—¡Hombre, para que tú y yo podamos luchar en la batalla, claro está! ¿Acaso no quieres?

—Oh... ah, sí, claro —contestó Shasta. Pero no se le había pasado por la mente ni remotamente hacerlo; y empezó a sentir algo muy incómodo que le punzaba la espalda.

—Así está bien —opinó Corin—. Por encima de la cabeza. Ahora el cinto de la espada. Tendremos que ir a la cola de la columna y mantenernos quietos como ratones. Cuando empiece la batalla estarán todos demasiado ocupados para fijarse en nosotros.

XIII
LA BATALLA DE ANVARD

A eso de las once, la compañía entera estaba otra vez en marcha, rumbo al este y teniendo las montañas a su izquierda. Corin y Shasta cabalgaban a la retaguardia, con los gigantes justo delante de ellos. Lucía, Edmundo y Peridan hablaban de sus planes para la batalla y, al pasar, Lucía dijo:

—¿Pero dónde está ese cabeza de chorlito de su Alteza?

Y Edmundo replicó:

—No está en las primeras líneas, y ya es una buena noticia. Con eso ya basta.

Shasta le contó a Corin gran parte de sus aventuras y le explicó que había aprendido a montar enseñado por un caballo y que en realidad no sabía usar las riendas. Corin le dio instrucciones sobre cómo hacerlo y, además, le contó todo lo de su secreta travesía desde Tashbaan.

—¿Y dónde está la Reina Susana?

—En Cair Paravel —respondió Corin—. Ella no es como Lucía, sabes, que pelea como un hombre o, más bien, como un muchacho. La Reina Susana es más parecida a cualquiera dama mayor. Ella no va a la guerra, a pesar de que es una excelente arquera.

El sendero que seguían por la ladera se hacía cada vez más estrecho y la pendiente a mano derecha se volvía más escarpada. Al último iban en fila de a uno por el borde del precipicio y Shasta se estremecía de pensar que él había hecho ese mismo camino la noche anterior sin saberlo.

“Pero por supuesto —pensó—, yo no corría ningún peligro; por eso era que el León iba a mi izquierda. El caminaba todo el tiempo entre el borde y yo.”

Después el sendero dobló a la izquierda y hacia el sur, alejándose del acantilado, y había espesos bosques a cada lado que subían y subían en forma abrupta hasta el paso. Se hubiera tenido una vista espléndida desde la cumbre si fuera un terreno abierto, pero entremedio de todos esos árboles era imposible que pudieras ver algo... únicamente, de vez en cuando, algún gigantesco picacho rocoso por encima de las copas de los árboles, y una o dos águilas revoloteando muy alto en el aire azul.

—Ellas huelen la batalla —dijo Corin, señalando las aves—. Saben

que les estamos preparando su comida.

A Shasta esto no le gustó nada.

Cuando habían cruzado la angostura del paso, habiendo bajado muchísimo, salieron otra vez a campo abierto, y de ahí Shasta pudo divisar Archenland, azul y brumosa, que se extendía a sus pies y hasta (pensó) indicios del desierto más atrás. Pero el sol, al que aún faltaban un par de horas más para ponerse, le daba en los ojos y no podía distinguir claramente a su alrededor.

Aquí el ejército hizo un alto y se formó en una línea; y hubo gran cantidad de nuevas disposiciones. Todo un destacamento de animales que hablan, de feroz aspecto, a quienes Shasta no había visto antes y que eran, en su mayoría, del género felino (leopardos, panteras, y otros semejantes), caminando suavemente y gruñendo un poco, fue a tomar sus posiciones a la izquierda. Los gigantes fueron situados a la derecha, y antes de ir a sus puestos todos se quitaron algo que llevaban en sus espaldas y se sentaron por un momento. Entonces Shasta vio que lo que acarreaban y que ahora se estaban poniendo eran botas: hórridas botas pesadas y claveteadas, que les llegaban hasta las rodillas. Luego se echaron al hombro sus inmensos garrotes y tomaron sus puestos de combate. A los arqueros, con la Reina Lucía, les correspondió ir a la retaguardia y los podías oír primero tensando sus arcos y luego escuchar el tuang-tuang cuando probaban las cuerdas. Y por donde miraras podías ver gente apretando cinchas, colocándose yelmos, desenvainando espadas, y tirando sus mantos al suelo. Casi nadie hablaba. Era un espectáculo muy solemne y terrible.

“Se va a armar la grande —pensó Shasta—, ahora sí que se va a armar la grande.”

De pronto se escucharon ruidos más adelante, a lo lejos: el ruido de muchos hombres gritando y un continuo zad-zad-zad.

—Ariete —murmuró Corin—. Están golpeando con él la puerta para derribarla.

Hasta Corin tenía un aire sumamente serio.

—¿Por qué el Rey Edmundo no *parte*? —dijo—. No puedo soportar esta espera. Además, tengo frío.

Shasta asintió, esperando que no se notara lo asustado que estaba.

¡Las trompetas, por fin! Se movían ahora... ahora al trote... la bandera flameando al viento. Ya habían llegado a lo alto de un cerro, y a sus pies se abrió la escena entera; un castillo pequeño, de muchas torres, cuyas

puertas daban de frente hacia ellos. Sin foso, desgraciadamente, pero con sus puertas cerradas y las rejas abajo. Arriba de las murallas podían divisar, semejantes a pequeños puntos blancos, las caras de los defensores. Abajo, cerca de cincuenta calormenes, a pie, empujaban sin parar un enorme tronco de árbol contra la puerta. Pero súbitamente la escena cambió. Gran parte de la masa del ejército de Rabadash se encontraba de pie, listo para el asalto a la puerta. Pero acababan de ver a los narnianos bajando a toda velocidad de los cerros. No hay duda de que los calormenes estaban maravillosamente bien entrenados. A Shasta le pareció que sólo había transcurrido un segundo y ya estaba toda una línea del enemigo a caballo otra vez, haciendo una curva para salirles al encuentro, girando hacia ellos.

Y ahora al galope. La distancia entre ambos ejércitos se acortaba por momentos. Rápido, más rápido. Ya estaban todas las espadas desenvainadas, todos los escudos tapando hasta la nariz, todas las plegarias dichas, todos los dientes apretados. Shasta se moría de miedo. Pero de repente se le vino a la cabeza que “Si te arrancas por miedo de esta batalla, te arrancarás toda tu vida de toda batalla. Ahora o nunca”.

Pero cuando al final las dos líneas se encontraron, él casi no tuvo mucha idea de qué sucedía. Hubo una confusión atroz y un ruido espantoso. Muy pronto alguien hizo volar limpiamente su espada de entre sus dedos. Y de alguna manera se encontró con sus riendas todas enredadas. Luego empezó a resbalar. Entonces, apuntando derecho hacia él surgió un lanza y, mientras se inclinaba hacia un lado tratando de esquivarla, cayó rodando del caballo, se dio un golpe terrible en los nudillos de la mano izquierda contra la armadura de alguien, y luego...

Pero no sirve de nada pretender describir la batalla desde el punto de vista de Shasta; entendió poquísimo de la batalla en general, incluso de su propia participación en ella. La mejor manera de poder contarte lo que verdaderamente aconteció es llevarte a algunos kilómetros de distancia, allá donde el Ermitaño de la Frontera Sur estaba sentado mirando fijamente en el terso estanque, bajo el frondoso árbol, con Bri y Juin y Aravis a su lado.

Pues era en este estanque donde el Ermitaño miraba cuando quería saber lo que pasaba en el mundo más allá de las verdes murallas de su ermita. Allí, como en un espejo, podía ver en ciertas ocasiones lo que ocurría en las calles de ciudades situadas a leguas al sur de Tashbaan, o qué barcos estaban haciendo escala en Redhaven en las remotas Siete Islas, o qué bandoleros o bestias salvajes merodeaban por las grandes selvas del oeste entre el Páramo del Farol y Telmar. Y en este día casi no había abandonado su estanque, ni siquiera para comer o beber, pues sabía que se avecinaban grandes acontecimientos en Archenland. Aravis y los caballos contemplaban igualmente el estanque. Podían ver que era un estanque mágico: en lugar de reflejar el árbol y el cielo, reflejaba nebulosas y coloridas formas en movimiento, siempre en movimiento, en sus profundidades. Pero no lograban

ver nada con claridad. El Ermitaño sí que podía, y de vez en cuando les decía lo que veía. Un poco antes de que Shasta entrara en su primer combate, el Ermitaño comenzó a hablar así:

—Veo una... dos... tres águilas dando vueltas en el vacío cerca de Punta Borrascosa. Una es la más anciana de todas las águilas. No saldría a menos que la batalla estuviese a punto de estallar. La veo revolotear de allá para acá, acechando a veces en Anvard y a veces hacia el este, detrás de Borrascosa. Ah... ahora veo en qué estaban tan ocupados Rabadash y sus hombres todo el día. Han botado y talado un árbol enorme y vienen ahora saliendo de los bosques arrastrándolo, como un ariete. Han aprendido algo después del fracaso del asalto de anoche. Habría sido más prudente que hubiese puesto a sus hombres a hacer escalerillas; pero esto toma tiempo y él es muy impaciente. ¡Qué tonto es! Debería haber regresado a Tashbaan en cuanto fracasó el primer intento, ya que todo su plan dependía de la rapidez y la sorpresa. Ahora ponen en posición su ariete. Los hombres del Rey Lune disparan sin cesar desde arriba de las murallas. Han caído cinco calormenes; pero no caerán muchos más. Se han puesto sus escudos encima de la cabeza. Rabadash está en este instante dándoles órdenes. Junto a él están sus nobles de más confianza, fieros Tarkaanes de las provincias orientales. Puedo ver sus rostros. Ahí está Corradin, del Castillo Tormunt, y Azru, y Clamash, e Ilgamut, el del labio torcido, y un Tarkaan muy alto de barba carmesí...

—¡Por la Melena, mi antiguo amo, Anradin! —exclamó Bri.

—Sssh —dijo Aravis.

—Empezaron a usar el ariete. Si pudiera oír tan bien como veo, ¡qué barullo escucharía! Golpe tras golpe; no hay puerta que resista por siempre. ¡Pero esperen! Algo allá arriba en la Borrascosa ha asustado a los pájaros. Salen por montones. Y esperen un poco más... todavía no logro ver... ¡ah! Ahora sí. La cumbre entera, hacia el este, está negra de gente a caballo. Ojalá el viento pudiera coger ese estandarte y desplegarlo. Están en plena cumbre ahora, quienesquiera que sean. ¡Aja! Ahora he visto su bandera.

¡Narnia, Narnia! Es el león rojo. Van a toda carrera bajando la colina. Veo al Rey Edmundo. Hay una mujer atrás, entre los arqueros. ¡Oh!...

—¿Qué pasa? —preguntó Juin, sin aliento.

—Todos sus gatos salen precipitadamente de las líneas a la izquierda.

—¿Gatos? —dijo Aravis.

—Enormes gatos, leopardos y todo lo demás —dijo el Ermitaño con impaciencia—. Los veo, los veo. Los gatos se están acercando haciendo un

círculo alrededor de los caballos sin jinete. Buena jugada. Los caballos calormenes están locos de terror ya. Ahora los gatos están en medio de ellos. Pero Rabadash ha reorganizado sus tropas y ha puesto a cien hombres a caballo. Van al encuentro de los narnianos. Hay menos de cien metros entre los dos ejércitos. Sólo cincuenta. Puedo ver al Rey Edmundo, puedo ver a Lord Peridan. Hay dos niños de pocos años en las líneas de Narnia. ¿Cómo se le ha ocurrido al Rey permitirles participar en una batalla? Sólo diez metros... las líneas se han encontrado. Los gigantes a la derecha de los narnianos están haciendo maravillas... pero uno ha caído... le han dado en los ojos, me parece. En el centro todo es confusión. Puedo ver más hacia la izquierda. Ahí están los dos niños otra vez. ¡Vive el León! Uno es el Príncipe Corin. El otro se le asemeja como dos gotas de agua. Es vuestro pequeño Shasta. Corin lucha como un hombre. Ha matado a un calormene. Ahora puedo ver un poquito del centro. Casi se han encontrado Rabadash y Edmundo, pero la presión los ha separado...

—¿Qué hace Shasta? —preguntó Aravis.

—¡Oh, qué tonto! —gruñó el Ermitaño—. Pobre y valiente tonto. No sabe nada de estas cosas. No usa para nada su escudo. Todo su costado queda sin ninguna protección. No tiene ni la más remota idea de qué hacer con la espada. Ah, ahora se está acordando. La blande ferozmente... casi le ha cortado la cabeza a su propio mampato, y lo hará dentro de poco si no tiene más cuidado. Se le ha caído de la mano ahora. Es un vulgar asesinato enviar a un niño a un combate; no puede sobrevivir ni cinco minutos. ¡Baja la cabeza, tonto...! ¡oh!, ha caído.

—¿Muerto? —preguntaron tres voces, sin respiración.

—¿Cómo podría decirlo? —repuso el Ermitaño—. Los gatos han hecho su tarea. Todos los caballos sin jinete están muertos o han escapado: los calormenes no podrán emprender la retirada *sobre ellos*. Ahora los gatos vuelven a la batalla principal. Están saltando encima de los hombres del ariete. Se ha venido abajo el ariete. ¡Oh, qué bien, qué bien! Las puertas se abren desde dentro: habrá una salida. Ya salieron los primeros tres. El Rey Lune va al medio, los hermanos Dar y Darrin a cada lado de él. Detrás, Tran y Shar, y Col con su hermano Colin. Han salido unos diez... veinte... cerca de treinta. Las líneas calormenes son obligadas a retroceder. El Rey Edmundo está dando golpes magníficos. Acaba de cortarle la cabeza a Corradin. Montones de calormenes han arrojado sus armas y huyen hacia los bosques. Los que quedan son hostigados fuertemente. Los gigantes se cierran a la derecha... los gatos a la izquierda... el Rey Lune a la retaguardia. Los calormenes son sólo un pequeño grupo ahora, peleando espalda con espalda. Tu Tarkaan ha caído, Bri. Lune y Azru pelean mano a mano; parece que el Rey está ganando... el Rey resiste bien... el Rey ha ganado. Azru ha caído. Ha caído el Rey Edmundo... no, está otra vez de pie; está luchando con Rabadash. Se baten a las puertas mismas del castillo. Numerosos calormenes se han

rendido. Darrin ha dado muerte a Ilgamut. No puedo ver qué ha pasado con Rabadash. Creo que está muerto, apoyado contra el muro del castillo, pero no estoy seguro. Clamash y el Rey Edmundo se baten aún, pero el combate ha terminado por todas partes. Clamash se ha rendido. La batalla ha concluido. Los calormenes han sido absolutamente derrotados.

Cuando se cayó del caballo, Shasta se dio por perdido. Pero los caballos, aun en medio de una batalla, no pisotean a los humanos, como podrías suponer. Al cabo de horrendos diez minutos o más, Shasta se dio cuenta de súbito de que ya no había más caballos piafando en sus cercanías y de que el ruido (porque aún se escuchaban muchos ruidos) ya no era el de una batalla. Se sentó y miró a su alrededor. Hasta él, con lo poco que sabía de batallas, pudo ver rápidamente que los archenlandeses y los narnianos habían vencido. Los únicos calormenes vivos que quedaban habían sido hechos prisioneros, las puertas del castillo estaban abiertas de par en par y el Rey Lune y el Rey Edmundo se daban la mano por encima del ariete. Del grupo de nobles y guerreros que los rodeaban surgió un rumor de conversaciones en tono entrecortado y emocionado, pero evidentemente muy animado. Y de pronto, súbitamente, el rumor se uniformó y estalló en una rugiente carcajada.

Shasta se levantó, sintiéndose extraordinariamente agarrotado y corrió hasta el lugar de donde venía el sonido para ver cuál era el chiste. Sus ojos vieron algo muy curioso. El desdichado Rabadash parecía estar suspendido de las murallas del castillo. Sus pies, que colgaban a más de medio metro del suelo, lanzaban furibundas patadas. Su camisa de malla estaba un tanto arremangada, de manera que le apretaba horriblemente debajo de los brazos y le tapaba la mitad de la cara. En realidad, se veía tal cual se vería alguien si lo miras justo en el momento de ponerse una camisa almidonada que le quedara un poco demasiado chica. Como se pudo suponer después (y puedes tener la seguridad de que se habló de esta historia durante muchos días), lo que había sucedido era algo así: Al comenzar la batalla, uno de los gigantes le había dado una patada a Rabadash con su bota claveteada, pero no tuvo éxito; y no lo tuvo porque no aplastó a Rabadash, que era lo que el gigante pretendía, pero tampoco fue tan inútil, ya que uno de los clavos rasgó la malla, así como tú o yo podríamos rasgar una vulgar camisa. Así fue que Rabadash, cuando se enfrentó a Edmundo ante la puerta, tenía un agujero en la espalda de su cota de malla. Y cuando Edmundo lo obligó a retroceder y pegarse más y más a la muralla, saltó sobre un montador y parado allí arriba lanzaba una lluvia de estocadas sobre Edmundo. Mas de pronto, pensando que aquella posición, por elevarlo por sobre la cabeza de los demás, lo hacía vulnerable a cualquier flecha disparada por los arcos narnianos, decidió saltar al suelo de nuevo. Y pretendió adoptar una postura y una voz —y no hay duda de que por un momento realmente lo consiguió— muy imponente y muy terrible al saltar gritando: “El rayo de Tash cae desde lo alto”. Pero tuvo que saltar hacia un lado porque la muchedumbre frente a él no le dejó espacio en esa dirección. Y luego, de la manera más primorosa que puedas desear, el

agujero de la espalda de su cota de malla se enganchó en un clavo de la muralla. (Hace siglos este clavo había tenido una argolla que se utilizaba para atar los caballos.) Y ahí quedó, como ropa recién lavada puesta a secar, con toda la gente riéndose de él.

—Bájame, Edmundo —aullaba Rabadash—. Déjame bajar y lucha conmigo como un rey y como un hombre; o si eres demasiado cobarde para eso, mátame de inmediato.

—Ciertamente —comenzó a decir el Rey Edmundo, pero el Rey Lune lo interrumpió.

—Con el permiso de su Majestad —dijo el Rey Lune a Edmundo—. Eso no.

Volviéndose a Rabadash, le dijo:

—Alteza Real, si tú hubieras lanzado ese desafío hace una semana responderé que en los dominios del Rey Edmundo nadie, desde el gran Rey hasta el más pequeño de los ratones que hablan, lo habría rechazado. Pero al atacar nuestro castillo de Anvard en tiempos de paz, sin enviar el reto, has dado muestras de no ser un caballero sino un traidor, que más merece ser azotado por el verdugo que permitírsele cruzar espadas con cualquier persona de honor. Bájenlo, átenlo y llévenlo adentro hasta que sepamos lo que nos placerá hacer con él.

Manos fuertes le arrancaron bruscamente la espada a Rabadash y lo condujeron al interior del castillo, gritando, amenazando, echando pestes, y hasta llorando. Pues, aunque hubiera podido enfrentar la tortura, no podía soportar hacer el ridículo. Todos en Tashbaan lo habían tomado siempre muy en serio.

En ese instante, Corin corrió hacia Shasta, tomó su mano y empezó a arrastrarlo a la presencia del Rey Lune.

—Aquí está, Padre, aquí está —gritaba Corin.

—Sí, y aquí estás *tú,* por fin —dijo el Rey, con tono enojado—. Has estado en la batalla, contrariando claramente mis órdenes. ¡Este muchacho es capaz de romperle el corazón a su padre! ¡A tu edad mejor te vendría un buen varillazo en los calzones que una espada en la mano!

Pero todo el mundo, incluso Corin, podía darse cuenta de que el Rey se sentía muy orgulloso de él.

—No lo reprendas más, Majestad, por favor —dijo Lord Darrin—. Su Alteza no sería tu hijo si no hubiese heredado tus condiciones. Mucha más

aflicción le causaría a su Majestad si tuviera que ser reconvenido por la falta contraria.

—Bien, bien —refunfuñó el Rey—. Lo dejaremos pasar por esta vez. Y ahora...

Lo que sucedió a continuación sorprendió a Shasta más que cualquier otra cosa que le hubiera ocurrido en toda su vida. De repente se encontró entre los brazos del Rey Lune, que lo apretujaba en un abrazo semejante al de un oso y lo besaba en ambas mejillas. Después el Rey lo puso nuevamente en el suelo y dijo:

—Párense ahí juntos, muchachos, y dejen que toda la corte los vea. Levanten la cabeza. Y ahora, caballeros, mírenlos. ¿Hay alguien que tenga alguna duda?

Y todavía Shasta no podía entender por qué todos los miraban de fijo a él y a Corin, ni a qué se debían todas esas aclamaciones.

XIV
COMO BRI LLEGO A SER UN CABALLO MAS JUICIOSO

Ahora debemos volver con Aravis y los caballos. El Ermitaño, mirando su estanque, pudo decirles que Shasta no había muerto, ni siquiera había sido herido de gravedad, pues lo vio levantarse y vio con cuánto cariño lo saludaba el Rey Lune. Pero como podía únicamente ver, no oír, no supo qué decía cada uno y, una vez que terminó el combate y empezaron las conversaciones, no valía ya la pena seguir mirando en el estanque.

A la mañana siguiente, mientras el Ermitaño estaba dentro de la casa, los tres discutieron acerca de qué harían ahora.

—Yo ya estoy aburrida con todo esto —dijo Juin—. El Ermitaño ha sido muy bondadoso con nosotros y le estoy sumamente agradecida, te aseguro. Pero me estoy poniendo gorda como un mampato regalón con esto de comer todo el día y no hacer ejercicio. Vámonos a Narnia.

—Pero no hoy día, señora —opinó Bri—. Yo no apuraría las cosas. Cualquier otro día, ¿no les parece?

—Primero tenemos que ver a Shasta y despedirnos de él... y... pedirle disculpas —dijo Aravis.

—¡Exacto! —exclamó Bri, con gran entusiasmo—. Justo lo que yo iba a decir.

—Por supuesto —dijo Juin—. Supongo que estará en Anvard. Naturalmente que tenemos que ir a buscarlo y despedirnos. Pero nos queda en el camino. ¿Por qué no partimos inmediatamente? Después de todo, me parecía que todos queríamos ir a Narnia, ¿no?

—Supongo que sí —repuso Aravis. Estaba principiando a preguntarse qué sería exactamente lo que haría cuando llegara allí y se sentía un poco sola.

—Claro, claro —dijo Bri, con impaciencia—. Pero no hay ninguna necesidad de precipitarse, si entienden lo que quiero decir.

—No, no entiendo lo que quieres decir —dijo Juin—. ¿Por qué no quieres ir?

—Mmmm, bruhú —dijo Bri entre dientes—. Bueno, ¿no lo ves, señora?..., es una ocasión tan importante... regresar a su patria... entrar en sociedad... la más alta sociedad... es tan esencial dar una buena impresión... tal vez no hay que demostrar todavía lo que somos realmente, ¿eh?

Juin lanzó una gran risotada de caballo.

—¡Es tu cola, Bri! Ahora entiendo. ¡Quieres esperar hasta que tu cola vuelva a crecer! Y ni siquiera sabemos si las colas se usan largas o no en Narnia. ¡Realmente, Bri, eres tan vanidoso como esa Tarkeena de Tashbaan!

—Eres un tonto, Bri —dijo Aravis.

—Por la Melena del León, Tarkeena, no soy nada de eso —replicó Bri indignado—. Tengo el debido respeto por mí mismo y por mis camaradas caballos, eso es todo.

—Bri —dijo Aravis, a quien no le interesaba mayormente el corte de su cola—, hace tiempo que quiero preguntarte algo. ¿Por qué siempre estás jurando *Por el León* y *Por la Melena del León*? Pensé que detestabas a los leones.

—Claro que los detesto —contestó Bri—. Pero cuando digo *el* León, por supuesto que me refiero a Aslan, el gran libertador de Narnia, que ahuyentó a la Bruja y al Invierno. Todos los narnianos juran por *él.*

—Pero ¿es un león?

—No, claro que no —dijo Bri, con tono más bien ofendido.

—Todas las historias que cuentan en Tashbaan sobre él dicen que sí lo es —replicó Aravis—. Y si no es un león, ¿por qué ustedes lo llaman león?

—Bueno, es algo que casi no entenderías a tu edad —contestó Bri—. Y yo era apenas un potrillito cuando me fui, así es que tampoco lo entiendo demasiado.

(Bri estaba parado dando la espalda al muro verde mientras decía esto, y los otros dos estaban frente a él. El hablaba con un tono de gran superioridad, con sus ojos entrecerrados; por eso no pudo ver el cambio de expresión en las caras de Juin y Aravis. Ambas tenían una buena razón para quedarse boquiabiertas y con los ojos fijos; porque mientras Bri hablaba, ellas vieron un enorme león que saltó desde afuera y se quedó balanceándose encima de la muralla verde; sólo que tenía el color amarillo más brillante y era más grande y más hermoso y más aterrador que cualquier león que hubiesen visto. Y de un brinco saltó de la muralla y comenzó a acercarse a Bri por detrás. No hacía el más mínimo ruido. Y Juin y Aravis tampoco podían hacer el menor ruido, como si estuvieran paralizadas.)

—Sin duda —proseguía Bri—, cuando lo llaman León sólo quieren significar que tiene la fuerza de un león o que (contra nuestros enemigos, por supuesto) es tan feroz como un león. O algo por el estilo. Incluso una niñita

chica como tú, Aravis, debe entender que sería absolutamente absurdo suponer que él es *realmente* un león. Ciertamente, sería una falta de respeto. Si fuera un león tendría que ser una bestia igual que el resto de nosotros. ¡Imagínate! (y aquí Bri se echó a reír). Si fuera un león tendría cuatro patas, y una cola, y ¡bigotes!... ¡Ay, uu, huhú! ¡Socorro!

Pues justo cuando decía la palabra *bigotes,* uno de los de Aslan le hacía cosquillas en la oreja. Bri salió disparado como una flecha hasta el otro extremo del recinto y allí se dio vuelta; la muralla era demasiado alta para que pudiera saltarla y no había para dónde escapar. Aravis y Juin retrocedieron. Hubo cerca de un segundo de intenso silencio.

Después Juin, aunque temblaba de arriba abajo, lanzó un extraño y corto relincho, y trotó hacia el León.

—Oh —dijo—, eres tan hermoso. Puedes comerme si quieres. Prefiero mil veces que me devores tú a que me alimente cualquier otro.

—Hija querida —dijo Aslan, estampando un beso de león en su nerviosa y aterciopelada nariz—, sabía que no tardarías mucho en venir a mí. Tendrás toda la dicha.

Luego levantó la cabeza y habló en voz más fuerte.

—Y ahora, Bri —dijo—, tú, pobre, orgulloso, asustado caballo, acércate. Más cerca, hijo mío. No te atrevas a no atreverte. Tócame. Huéleme. Aquí están mis patas, aquí está mi cola, estos son mis bigotes. Soy verdaderamente una Bestia.

—Aslan —dijo Bri, con voz emocionada—, temo que he sido un tonto.

—Feliz el caballo que sabe eso cuando aún es joven. O también el humano. Acércate, Aravis, hija mía. ¡Mira! Mis patas son aterciopeladas. No te rasguñarán esta vez.

—¿Esta vez, Señor? —preguntó Aravis.

—Fui yo quien te hirió —dijo Aslan—. Fui el único león que encontraron en sus viajes. ¿Sabes por qué te rasguñé?

—No, señor.

—Las marcas de tu espalda, arañazo a arañazo, punzada a punzada, sangre a sangre, fueron iguales a los azotes que le dieron en la espalda a la esclava de tu madrastra por culpa de las drogas con que tú la dormiste. Necesitabas saber cómo se siente ese castigo.

—Sí, señor. Por favor...

—Pregunta, querida mía —dijo Aslan.

—¿La seguirán castigando por lo que le hice? —Niña —dijo el León—. Te estoy diciendo tu historia, no la de ella.

A nadie se le dice ninguna otra historia fuera de la propia.

Entonces sacudió la cabeza y habló con una voz más clara.

—Alégrense, hijos míos —dijo—. Pronto nos volveremos a encontrar. Pero antes de eso van a recibir a otro visitante.

Luego de un salto llegó a lo alto de la muralla y desapareció de su vista.

Es bien curioso, pero ellos no sintieron ganas de conversar sobre él después que se hubo ido. Se alejaron lentamente a distintos lugares del tranquilo prado y allí se pasearon, de acá para allá, solos, pensando.

Después de casi una hora, los dos caballos fueron llamados a la parte trasera de la casa a comer algo rico que el Ermitaño les había preparado, y Aravis, que aún caminaba meditando, se sobresaltó al escuchar el agudo sonido de una trompeta que tocaban al otro lado de la puerta.

—¿Quién está ahí? —gritó Aravis. —Su Alteza Real el Príncipe Cor de Archenland —contestó una voz desde fuera.

Aravis quitó llave a la puerta y la abrió, haciéndose un poco atrás para dejar el paso a los desconocidos que entraban.

Dos soldados provistos de alabardas pasaron primero y tomaron colocación a cada lado de la entrada. Les siguieron un heraldo y el trompeta.

—Su Alteza Real el Príncipe Cor de Archenland desea una audiencia con la Dama Aravis —dijo el heraldo.

Entonces él y el trompeta se hicieron a un lado y se inclinaron y los soldados presentaron armas y el Príncipe entró. Todos sus acompañantes se retiraron y cerraron las puertas tras ellos.

El Príncipe hizo una reverencia, una reverencia bastante torpe para ser la de un príncipe. Aravis hizo su reverencia al estilo calormene (que no se asemeja en nada al nuestro) y lo hizo muy bien, ya que, por supuesto, a ella le habían enseñado a hacerla. Después alzó la mirada para ver qué clase de persona era ese Príncipe.

Vio a un simple muchacho. Iba a cabeza descubierta y sus claros cabellos estaban rodeados por una finísima cinta de oro, apenas más gruesa que un alambre. La túnica de encima era de batista blanca, delgada como un pañuelo, y dejaba transparentar la túnica de color rojo brillante que llevaba debajo. Su mano izquierda, apoyada en la esmaltada empuñadura de su espada, tenía un vendaje.

Aravis miró dos veces ese rostro antes de poder decir, sofocando un grito:

—¡Pero, si es Shasta!

De inmediato, Shasta se puso rojo y comenzó a hablar a toda velocidad.

—Mira Aravis —dijo—, espero que no creerás que me he disfrazado (y el trompeta y todo) para tratar de impresionarte o hacer pensar que estoy distinto o cualquier tontería por el estilo. Porque hubiera preferido mil veces venir con mi ropa vieja, pero me la quemaron, y mi padre dijo...

—¿Tu padre? —interrumpió Aravis.

—Parece que el Rey Lune es mi padre —explicó Shasta—. En realidad, debí haberlo adivinado, siendo Corin tan igual a mí. Somos mellizos, sabes. Ah, y mi nombre no es Shasta, es Cor.

—Cor es un nombre más bonito que Shasta —dijo Aravis.

—Así son los nombres de los hermanos en Archenland —dijo Shasta (o el Príncipe Cor, como debemos llamarlo ahora)—. Como Dar y Darrin, Col y Colin, y así todos los demás.

—Shasta... quiero decir Cor —dijo Aravis—. No, cállate. Hay algo que tengo que decirte antes que nada. Siento tanto haberme portado tan grosera contigo. Pero había cambiado de opinión antes de saber que eras un Príncipe, palabra que es cierto; fue cuando volviste y le hiciste frente al León.

—En realidad, ese León no iba a matarte ni nada parecido —dijo Cor.

—Ya lo sé —repuso Aravis, asintiendo con la cabeza. Ambos tomaron un aire muy tranquilo y solemne durante unos segundos, como si cada uno se diera cuenta de que el otro sabía sobre Aslan.

De súbito Aravis se acordó de la mano vendada de Cor.

—¡Oye! —gritó—. ¡Se me olvidaba! Has estado en una batalla. ¿Tienes una herida?

—Un mero rasguño —contestó Cor, usando por primera vez un tono más principesco.

Pero al minuto siguiente rompió a reír y dijo:

—Si quieres saber la verdad, no se trata exactamente de una herida. Sólo me despellejé los nudillos, como lo haría cualquier tonto chapucero sin necesidad de acercarse a una batalla.

—Así y todo, estuviste en el combate —dijo Aravis—. Debe haber sido maravilloso.

—No fue nada parecido a lo que yo me imaginaba —repuso Cor.

—Pero Sha... Cor, quiero decir... todavía no me has contado nada sobre el Rey Lune y cómo descubrió quién eras tú.

—Bueno, es mejor que nos sentemos —dijo Cor—. Porque es una historia más bien larga. Y a propósito, mi padre es un gran tipo. Habría estado igualmente encantado... o casi... de saber que era mi padre, aun cuando no fuese un rey. A pesar de la Educación y toda clase de cosas horribles que me van a suceder. Pero tú quieres escuchar la historia. Pues bien, Corin y yo éramos mellizos. Y casi una semana después de nuestro nacimiento, aparentemente nos llevaron ante un viejo y sabio centauro de Narnia para que nos bendijera o algo así. Ocurre que ese centauro era un profeta, como lo son muchos centauros. ¿Quizás tú no has visto centauros todavía? Había algunos en la batalla ayer. Son gente muy notable, pero no te podría decir que me siento a mis anchas con ellos aún. Mira, Aravis, habrá un montón de cosas a las que tendremos que acostumbrarnos en estos países del norte.

—Sí, claro —dijo Aravis—. Pero sigue con la historia.

—Bueno, en cuanto nos vio a Corin y a mí, parece que este centauro me miró y dijo: “Vendrá un día en que este niño salvará a Archenland del peligro más mortal que jamás haya enfrentado”. Así que, por supuesto, mi padre y mi madre se pusieron muy contentos. Pero alguien que estaba presente no se alegró. Era un tipo llamado Lord Bar, que había sido el Canciller de mi padre. Y parece que había hecho algo incorrecto... *ditestable...* o una palabra parecida... no entendí muy bien esa parte... y mi padre tuvo que destituirlo. Pero no le hicieron nada más y se le permitió seguir viviendo en Archenland. Pero debe haber sido lo más malo que hay, porque después se descubrió que había estado a sueldo del Tisroc y le había enviado montones de informaciones secretas a Tashbaan. Entonces, en cuanto escuchó que yo iba a salvar a Archenland de un gran peligro, decidió que había que librarse de mí. Bueno, lo logró raptándome (no sé exactamente cómo) y escapó por el Flecha Sinuosa hasta la costa. Tenía todo preparado y había un barco,

tripulado por sus propios seguidores, listo para él, y se hizo a la mar conmigo a bordo. Pero mi padre lo descubrió, aunque no tan a tiempo, y salió tras él lo más rápidamente que pudo. Lord Bar ya estaba en altamar cuando mi padre llegó a la costa, pero aún no se perdía de vista. A los veinte minutos se embarcaba mi padre en uno de sus propios barcos de guerra. Debe haber sido una maravillosa persecución. Pasaron seis días siguiendo el galeón de Bar y al séptimo entraron en combate. Fue una gran batalla naval (oí hablar mucho de ella ayer en la tarde) desde las diez de la mañana hasta la puesta del sol. Los nuestros se apoderaron finalmente del barco. Pero yo ya no estaba en él. Lord Bar había muerto en la batalla. Pero uno de sus hombres dijo que esa mañana al alba, tan pronto vio que seguramente iba a ser alcanzado, Bar me había entregado a uno de sus caballeros y nos había alejado a ambos en el bote del barco. Y nunca más se vio aquel bote. Pero, por supuesto, era el mismo bote que Aslan (parece que él está detrás de todas las historias) empujó hasta la playa en el sitio preciso para que Arshish me recogiera. Me gustaría saber el nombre de ese caballero, porque él debe haberme mantenido con vida y debe haber muerto de hambre para lograrlo.

—Supongo que Aslan diría que ésa es parte de la historia de otra persona —dijo Aravis.

—Me olvidaba de eso —asintió Cor.

—Y me pregunto cómo se cumplirá la profecía —continuó Aravis—, y qué gran peligro es ese del que salvarás a Archenland.

—Bueno —respondió Cor, un poco incómodo—, parece que ellos creen que ya lo hice.

Aravis batió palmas.

—¡Pero claro! —exclamó—. ¡Qué estúpida soy! ¡Qué maravilloso! Jamás ha estado Archenland en un peligro mayor que cuando Rabadash cruzó el Flecha con sus doscientos caballos y tú todavía no llegabas con tu mensaje. ¿No te sientes orgulloso?

—Creo que me siento un poco asustado —respondió Cor.

—Y ahora vas a vivir en Anvard —dijo Aravis, en tono un poco melancólico.

—¡Ah! —dijo Cor—. Casi se me olvida a qué vine. Mi padre quiere que tú vengas a vivir con nosotros. Dice que no hay una dama en la corte (ellos lo llaman la corte, no sé por qué) desde que murió mi madre. Ven, Aravis. Te gustará mi padre... y Corin. No son como yo; ellos han sido educados como corresponde. No debes temer que...

—¡Oh, cállate! —exclamó Aravis—, o vamos a tener una verdadera pelea. Claro que iré.

—Ahora, vamos a ver a los caballos —propuso Cor.

Fue un encuentro grandioso y alegre entre Bri y Cor, y Bri, que aún estaba en un estado de ánimo muy deprimido, estuvo de acuerdo en partir rumbo a Anvard de inmediato; él y Juin cruzarían a Narnia al día siguiente. Los cuatro se despidieron con mucho cariño del Ermitaño y le prometieron que pronto volverían a visitarlo. Se pusieron en marcha a media mañana. Los caballos habían supuesto que Aravis y Cor los montarían, pero Cor les explicó que excepto en la guerra, donde cada cual debe hacer lo que hace mejor, nadie en Narnia ni en Archenland jamás soñaría en montar un caballo que habla.

Esto le recordó al pobre Bri otra vez lo poco que sabía de las costumbres narnianas y los tremendos errores que iba a cometer. De modo que mientras Juin paseaba como en un feliz sueño, Bri se ponía más nervioso y cohibido a cada paso que daba.

—¡Arriba el ánimo, Bri! —le decía Cor—. Es mucho peor para mí que para ti. A ti no te van a *educar.* Yo tendré que aprender a leer y escribir y me enseñarán heráldica y danza e historia y música mientras tú estarás galopando y revoleándote por los cerros de Narnia a tu regalado gusto.

—Pero ése es justamente el punto —gruñó Bri—. ¿Se revuelcan los caballos que hablan? ¿Y suponiendo que no? No soportaría dejar de revolcarme. ¿Qué piensas tú, Juin?

—Yo me voy a revolcar igual —dijo Juin—. No creo que a ninguno de ellos les importe dos terrones de azúcar si me revuelco o no.

—¿Estamos ya cerca de ese castillo? —preguntó Bri a Cor.

—A la vuelta de la próxima curva —repuso el Príncipe.

—Muy bien —dijo Bri—. Entonces me voy a dar un buen revolcón; puede que sea el último. Espérenme un minuto.

Pasaron cinco minutos antes de que se volviera a levantar, resoplando y cubierto de pedacitos de helecho.

—Ahora estoy listo —dijo con una voz de profunda tristeza—. Guíanos, Príncipe Cor. Narnia y el Norte.

Pero más parecía un caballo que va a un funeral que un cautivo que ha estado largo tiempo perdido y ahora regresa a su hogar y a la libertad.

XV
RABADASH EL RIDICULO

A la próxima vuelta del camino salieron de en medio de los árboles y ahí, del otro lado de los verdes prados, amparado del viento norte por la alta cumbre boscosa que se alzaba, a su espalda vieron el castillo de Anvard. Era muy antiguo y estaba construido en piedra de cálido color café rojizo.

Antes de que llegaran a la puerta, el Rey Lune les salió al encuentro; no se parecía en absoluto a la idea que Aravis tenía de un rey y vestía su traje más viejo, pues venía llegando de hacer un recorrido a sus jaurías con el cazador y había parado sólo un momento para lavarse las manos que olían a perro. Mas la reverencia con que saludó a Aravis al tomar su mano habría sido suficientemente majestuosa incluso para un emperador.

—Pequeña dama —le dijo—, te damos nuestra más cordial bienvenida. Si aún viviera mi querida esposa te habríamos brindado una mejor acogida, pero no podríamos haberlo hecho con mejor voluntad. Lamento tanto que hayas tenido infortunios y que te hayan alejado de la casa de tu padre, lo que ha de ser una aflicción para ti. Mi hijo Cor me ha contado las aventuras que vivieron juntos y me ha hablado de tu gran valentía.

—Es él quien hizo todo eso, señor —dijo Aravis—. Si hasta se enfrentó a un león por salvarme.

—¿Eh, qué es eso? —preguntó el Rey Lune, con el rostro iluminado—. No he oído esta parte de la historia.

Entonces Aravis se la contó. Y Cor, que se moría de ganas de que la historia fuese conocida, a pesar de que le parecía que no podía contarla él mismo, no disfrutó tanto como esperaba, y más bien se sintió un poco estúpido. En cambio a su padre le gustó muchísimo verdaderamente y durante las semanas que siguieron se la relató a tal cantidad de gente que Cor ya deseaba que nunca hubiera sucedido.

Después el Rey se volvió hacia Juin y Bri y fue tan cortés con ellos como lo fue con Aravis, y les hizo muchas preguntas sobre sus familias y en qué lugar de Narnia habían vivido antes de ser capturados. Los caballos se sentían extremadamente tímidos, pues no estaban habituados a que los humanos les hablasen de igual a igual... los humanos adultos, quiero decir. No les importaba si lo hacían Aravis y Cor.

De pronto la Reina Lucía salió del castillo y se reunió con ellos, y el Rey Lune dijo a Aravis:

—Querida, aquí tienes a una encantadora amiga de nuestra casa; ella

se ha preocupado personalmente de que tus aposentos estén bien arreglados, y lo ha hecho bastante mejor de lo que yo podría hacer.

—A lo mejor te gustaría venir a verlos, ¿no es cierto? —dijo Lucía, dándole un beso a Aravis.

Simpatizaron inmediatamente y se fueron juntas conversando sobre el dormitorio de Aravis y el tocador de Aravis y sobre los vestidos que habría que comprar para ella, y toda esa clase de cosas de que hablan las niñas en una ocasión como aquella.

Después del almuerzo, que se sirvió en la terraza (había ave fría y pastel frío de carne y vino y pan y queso), el Rey Lune frunció el entrecejo y exhaló un suspiro y dijo:

—¡Ay! Todavía tenemos en nuestras manos a esa lastimosa criatura Rabadash, amigos míos, y tenemos que resolver qué haremos con él.

Lucía estaba sentada a la derecha del Rey y Aravis a su izquierda. El Rey Edmundo estaba en una cabecera de la mesa y Lord Darrin frente a él en la otra. Dar y Peridan y Cor y Corin estaban a los lados del Rey.

—Su Majestad tiene todo el derecho de cortarle la cabeza —dijo Peridan—. Un ataque como el que él ha llevado a cabo lo pone al nivel de un asesino.

—Es muy cierto —opinó Edmundo—. Pero aún un traidor puede enmendarse. Conozco uno que lo hizo —agregó con aire muy pensativo.

—Matar a Rabadash podría posiblemente hacer estallar una guerra con el Tisroc —dijo Darrin.

—Me importa un bledo el Tisroc —exclamó el Rey Lune—. Su fuerza está en la cantidad, y la cantidad jamás cruzará el desierto. Pero no tengo estómago para matar hombres (aunque sean traidores) a sangre fría. Si le hubieran cortado el cuello en la batalla, habría sentido un inmenso alivio; pero esto es algo distinto.

—Mi consejo es —dijo Lucía—, que su Majestad le dé otra oportunidad. Déjalo libre bajo la firme promesa de portarse bien en el futuro. Puede ser que cumpla su palabra.

—Tal vez los monos se vuelvan honrados, hermana —intervino Edmundo—. Pero, por el León, si él rompe su promesa otra vez, puede que sea en una ocasión y en un lugar donde ninguno de nosotros podrá volarle la cabeza en limpio combate.

—Ensayaremos —dijo el Rey, y dirigiéndose a uno de sus servidores, añadió:

—Haz venir al prisionero, amigo mío.

Rabadash, encadenado, fue llevado ante ellos. Al mirarlo uno podía creer que había pasado la noche en una asquerosa mazmorra sin agua ni comida, pero la verdad era que había permanecido encerrado en una pieza bastante confortable y se le había dado una excelente cena. Pero como rabiaba tan furiosamente no probó la cena y pasó toda la noche pateando y rugiendo y maldiciendo y su aspecto, naturalmente, no era de los mejores.

—No es necesario que le diga a su Alteza real —dijo el Rey Lune—, que, tanto por la ley de las naciones como por elementales razones de prudencia política, tenemos más derecho a tu cabeza del que jamás mortal alguno tuvo contra alguien. No obstante, en consideración a tu juventud y a tu mala educación, desprovista de toda gentileza y cortesía, que seguramente adquiriste en la tierra de esclavos y tiranos, estamos dispuestos a dejarte libre, sin hacerte el menor daño, bajo las siguientes condiciones: primero, que...

—¡Maldito seas, perro bárbaro! —farfulló Rabadash—. ¿Crees que voy a escuchar siquiera tus condiciones? ¡Bah! Mucho hablas de crianza y no sé qué más. ¡Es fácil, a un hombre encadenado, já! Quítame estas infames cadenas, denme una espada, y dejen que el que se atreva luche conmigo.

Todos los nobles se pusieron de píe de un salto, y Corin gritó:

—¡Padre! ¿Puedo boxear con él? Por favor.

—¡Calma! ¡Sus Majestades! ¡Señores! —exclamó el Rey Lune—. ¿Es que ya no existe seriedad entre nosotros para irritarnos tanto por el sarcasmo de un farsante? Siéntate, Corin, o te irás de la mesa. Le ruego a su Alteza, una vez más, que escuche nuestras condiciones.

—No escucho condiciones de bárbaros y hechiceros —repuso Rabadash—. Que ninguno de ustedes se atreva a tocar un pelo de mi cabeza. Cada insulto que vayan amontonando sobre mí será pagado con océanos de sangre narniana y archenlandesa. La venganza del Tisroc será terrible; aun ahora. Pero si me asesinan, los incendios y torturas en estas tierras del norte se convertirán en leyendas que aterrarán al mundo dentro de miles de años. ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡El rayo de Tash cae de lo alto!

—¿Nunca se quedó enredado en un clavo a mitad de camino? —preguntó Corin.

—Qué vergüenza, Corin —dijo el Rey—. Nunca te burles de un

hombre a menos que sea más fuerte que tú: en ese caso, haz lo que quieras.

—Ah, este estúpido Rabadash —suspiró Lucía.

Un momento después, Cor se preguntaba por qué todos los que estaban sentados a la mesa se habían levantado y permanecían perfectamente inmóviles. Por supuesto que él hizo lo mismo. Y de pronto vio cuál era la razón. Aslan estaba en medio de ellos, aunque nadie lo había visto llegar. Rabadash dio un respingo al ver la inmensa silueta del León caminar suavemente entre él y sus acusadores.

—Rabadash —dijo Aslan—. Pon atención. Tu fin está muy cerca, pero puedes evitarlo. Olvida tu orgullo (¿tienes de qué estar orgulloso?) y tu ira (¿quién te ha tratado mal?) y acepta la misericordia de estos bondadosos reyes.

Entonces Rabadash puso los ojos en blanco y abrió desmesuradamente la boca en una horrible y larga y triste sonrisa semejante a la de un tiburón, y meneó sus orejas de arriba abajo (cualquiera puede aprender a hacerlo si se toma el trabajo). Esto había tenido siempre gran efecto en Calormen. Los más valientes temblaban cuando hacía estas muecas, y la gente simple se caía al suelo, y la gente sensible a menudo se desmayaba. Pero lo que Rabadash no había comprendido era que es muy fácil asustar a gente que sabe que tú puedes hacerlos freír vivos con sólo decir una palabra. Las muecas no produjeron ninguna alarma en Archenland; a decir verdad, Lucía pensó solamente que Rabadash se sentía enfermo.

—¡Demonio! ¡Demonio! ¡Demonio! —chilló el Príncipe—. Te conozco. Eres el vil demonio de Narnia. Eres el enemigo de los dioses. Entérate de quién soy *yo,* horrible fantasma. Yo desciendo de Tash, el inexorable, el irresistible. Caiga sobre ti la maldición de Tash. Te lloverán relámpagos en forma de escorpiones. Las montañas de Narnia se desharán en polvo. El...

—Ten cuidado, Rabadash —dijo Aslan en tono bajo—. El fin se acerca más ahora; está a la puerta; ha levantado el picaporte.

—Que se caigan los cielos —chilló Rabadash—. ¡Que se abra la tierra! ¡Que la sangre y el fuego arrasen el mundo! Pero tengan la seguridad de que nunca desistiré hasta haber arrastrado por los cabellos hasta mi palacio a la reina bárbara, la hija de perros, la...

—La hora ha sonado —dijo Aslan, y Rabadash vio que, para su supremo espanto, todos empezaban a reír.

No podían evitarlo. Rabadash había estado moviendo sus orejas todo el tiempo y cuando Aslan dijo: “¡La hora ha llegado!”, las orejas empezaron a cambiar. Se hicieron más largas y más puntiagudas y pronto se cubrieron de

pelo gris. Y mientras todos se preguntaban dónde habían visto orejas similares, la cara de Rabadash comenzó a cambiar también. Se hizo más larga, y más ancha de arriba y se le agrandaron los ojos, y su nariz se hundió dentro de la cara (o más bien, la cara se hinchó y se volvió una pura nariz) y se llenó de pelos. Y se le alargaron los brazos y fueron bajando frente a él hasta que sus manos se apoyaron en el suelo; sólo que no eran manos, ahora, eran pezuñas. Y él se paró en las cuatro patas, y desaparecieron sus vestimentas, y todos se reían cada vez más fuerte (porque no podían evitarlo), ya que ahora el que había sido Rabadash era simple e inconfundiblemente un burro. Lo terrible fue que su lenguaje humano duró justo un poquito más que su forma humana, de modo que cuando se dio cuenta del cambio que se operaba en él, gritó:

—¡Oh, no un burro! ¡Piedad! Si fuera siquiera un caballo... siquiera un caballo... siqui... un... cab... iii... au, iiau.

Y así las palabras murieron en medio del rebuzno de un burro.

—Ahora escúchame, Rabadash —dijo Aslan—. La justicia irá unida a la piedad. No serás un asno para siempre.

A estas palabras, claro, el burro movió nerviosamente sus orejas hacia adelante, lo que fue también tan gracioso que todos se reían con más ganas. Trataban de no reírse, pero trataban en vano.

—Has apelado a Tash —dijo Aslan—. Y en el templo de Tash serás sanado. Tendrás que pararte ante el altar de Tash en Tashbaan durante la gran fiesta de otoño de este año y allí, a la vista de todo Tashbaan, perderás tu forma de asno y todos te reconocerán como el Príncipe Rabadash. Pero mientras vivas, si alguna vez te alejas más de quince kilómetros del gran templo de Tashbaan, instantáneamente volverás a ser lo que eres ahora. Y de aquel segundo cambio no hay retorno.

Hubo un corto silencio y luego todos empezaron a moverse y a mirarse unos a otros como si despertaran de un sueño. Aslan se había ido. Mas había una luminosidad en el aire y sobre el pasto, y una dicha en sus corazones, que les daba la seguridad de que él no había sido un sueño; y, de todos modos, frente a ellos se hallaba el burro.

El Rey Lune era un hombre de muy buen corazón y al ver a su enemigo en tan lastimosa condición, se olvidó de su ira.

—Su Alteza real —le dijo—, siento verdaderamente que las cosas hayan llegado a estos extremos. Su Alteza es testigo de que no ha sido obra nuestra. Y, por supuesto, estaremos encantados de proporcionar a su Alteza un barco que lo conduzca de regreso a Tashbaan para el... este... el tratamiento que Aslan prescribió. Tendrás todas las comodidades que la

situación de su Alteza permita: el mejor barco para ganado... las zanahorias y los cardos más frescos...

Pero un sordo rebuzno del burro y una certera patada a uno de los guardias pusieron en claro que tales bondadosos ofrecimientos eran recibidos muy desagradecidamente.

Y aquí, para sacarlo de en medio, es mejor que dé por terminada la historia de Rabadash. El (o el burro) fue enviado a su debido tiempo por barco de regreso a Tashbaan y conducido al templo de Tash durante el gran Festival Otoñal, y después volvió a ser hombre otra vez. Pero claro que cuatro o cinco mil personas habían visto la transformación y era imposible que se pudiera echar tierra al asunto. Y a la muerte del viejo Tisroc, Rabadash se convirtió en Tisroc en su lugar y llegó a ser el Tisroc más pacífico que Calormen había conocido jamás. Esto se debía a que, sin osar alejarse más de quince kilómetros de Tashbaan, nunca pudo ir en persona a la guerra; y no quería que sus Tarkaanes conquistaran fama en las guerras a costa de él, porque ésa es la forma en que derrocan a los Tisrocs. Mas, aun cuando sus motivos eran egoístas, hizo que las cosas fueran mucho más agradables para todos los pequeños países que rodean Calormen. Su propia gente no olvidó nunca que él había sido un burro. Durante su reinado, y en su cara, lo llamaban Rabadash el Pacificador, pero después de su muerte y a sus espaldas lo llamaban Rabadash el Ridículo, y si lo buscas en una buena Historia de Calormen (prueba en la librería de tu barrio) lo encontrarás bajo ese nombre. Y hasta el día de hoy en las escuelas calormenes, si haces algo desusadamente estúpido, es muy posible que te llamen “un segundo Rabadash”.

Entretanto en Anvard todo el mundo estaba contento de haberse deshecho de él antes de que empezara la verdadera diversión, que fue un gran banquete celebrado esa tarde en el prado frente al castillo, con docenas de lámparas para ayudar a la luz de la luna. Y el vino corría y se contaban cuentos y chistes, y después se hizo un silencio y el poeta del Rey, con dos violinistas, avanzó hasta el centro del círculo. Aravis y Cor se preparaban a aburrirse, pues la única poesía que conocían era la calormene, y tú ya sabes cómo es. Pero al primer acorde de las cuerdas sintieron como si les subiera un cohete a la cabeza, y el poeta cantó la grandiosa y antigua trova del Buen Olvin y de cómo luchó contra el Gigante Pire y lo convirtió en piedra (y ése es el origen del Monte Pire..., era un gigante de dos cabezas) y conquistó a la dama Liln para que fuera su novia; y cuando terminó, ellos hubieran querido que empezara de nuevo. Y a pesar de que no sabía cantar, Bri contó la historia del combate de Zalindreh. Y Lucía volvió a relatar (todos, excepto Aravis y Cor, la habían escuchado muchísimas veces, pero todos querían oírla nuevamente) la historia del Ropero y de cómo ella y el Rey Edmundo y la Reina Susana y el gran Rey Pedro llegaron por primera vez a Narnia.

Y poco después, como tenía que suceder tarde o temprano, el Rey Lune dijo que era hora de que los jóvenes se fueran a la cama.

—Y mañana, Cor —añadió—, recorrerás el castillo conmigo y verás todo y observarás toda su fuerza y debilidad; porque tú deberás cuidarlo cuando yo me haya ido.

—Pero entonces Corin será el Rey, padre —repuso Cor.

—No, muchacho —dijo el Rey Lune—, tú eres mi heredero. La corona será tuya.

—Pero yo no la quiero —dijo Cor—, preferiría mil veces...

—No es cuestión de lo que tú quieras, Cor, ni tampoco lo que yo quiera. Lo dicta el tribunal de la ley.

—Pero si somos mellizos debemos tener la misma edad.

—No —dijo el Rey, riéndose—. Uno debe nacer primero. Eres mayor que Corin por veinte minutos. Y mejor que él también, esperémoslo, aunque no se necesita mucha maestría. —Y miró a Corin con un brillo malicioso en sus ojos.

—Pero, padre, ¿no puedes elegir a quien tú quieras para que sea el próximo Rey?

—No. El Rey está bajo la ley, pues es la ley la que lo hace a él Rey. No tiene más poder para alejarte de tu corona que cualquier centinela de su puesto.

—¡Ay! —gimió Cor—. No la quiero para nada. Y Corin... lo lamento terriblemente. Jamás soñé que mi regreso iba a arrebatarte tu reino.

—¡Viva! ¡Viva! —exclamó Corin—. No tendré que ser Rey. No tendré que ser Rey. Siempre seré un príncipe. Los príncipes son los que se divierten más.

—Y eso es más cierto que lo que tu hermano piensa, Cor —dijo el Rey Lune—. Porque esto es lo que significa ser rey: ser el primero en todo ataque desesperado y el último en toda retirada desesperada, y cuando hay hambruna en el país (como suele ocurrir en los años malos) usar las ropas más elegantes y reír más fuerte ante la comida más escasa que cualquier otro hombre de tu patria.

Cuando ambos niños subían a acostarse, Cor preguntó otra vez a Corin si no se podría hacer algo acerca de eso. Y Corin dijo:

—Si dices una sola palabra más, te... te pego un puñete.

Sería muy agradable acabar esta historia diciendo que después de esto los dos hermanos jamás tuvieron un desacuerdo sobre nada, pero me temo que no sería la verdad. En realidad, pelearon y lucharon tan a menudo como lo hacen otros niños cualquieras, y todas sus peleas terminaban (si es que no comenzaban) con Cor aturdido de un puñete. Pues aunque, cuando ambos crecieron y fueron espadachines, Cor fue el hombre más peligroso en el campo de batalla, ni él ni nadie en los países del norte pudo jamás igualar a Corin como boxeador. Así fue como se ganó el sobrenombre de Corin Puño de Trueno, y como logró su mayor éxito contra el Oso Renegado de la Borrascosa, que era originalmente un oso que habla, pero que había vuelto a los hábitos de un oso salvaje. Corin trepó hasta su guarida en el territorio narniano de Borrascosa un día de invierno en que la nieve se acumulaba en los cerros y boxeó con él sin cronómetro durante treinta y tres asaltos. Y al final, el oso apenas podía ver y se volvió un sujeto reformado.

Aravis también tuvo muchas riñas (y, me temo, incluso muchas peleas) con Cor, pero siempre hacían las paces. De modo que años más tarde, cuando crecieron, estaban tan acostumbrados a reñir y a hacer las paces nuevamente, que se casaron para poder seguir haciéndolo en forma más cómoda. Y después que murió el Rey Lune fueron un buen Rey y una buena Reina de Archenland y su hijo llegó a ser Ram el Grande, el más famoso de los reyes de Archenland. Bri y Juin vivieron muy felices hasta avanzada edad en Narnia y ambos se casaron, pero no uno con el otro. Y no pasaban muchos meses sin que uno de ellos, o ambos, vinieran trotando por el paso a visitar a sus amigos de Anvard.

C. S. LEWIS

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO VI
EL SOBRINO DEL MAGO

I
SE EQUIVOCAN DE PUERTA

Esta es una historia sobre algo que sucedió hace mucho tiempo, cuando tu abuelo era niño. Es una historia muy importante, porque relata cómo empezaron todas las idas y venidas entre este mundo y la tierra de Narnia.

En aquellos días el señor Sherlock Holmes aún vivía en la calle Baker, y los Bastable buscaban tesoros en Lewisham Road. En aquellos días, si hubieras sido niño, habrías tenido que usar todos los días el cuello duro de Eton[1]; y los colegios eran, por lo general, más antipáticos que ahora. Pero la comida era exquisita, y en cuanto a los dulces, no te diré lo baratos y buenos que eran, porque se te haría agua la boca en vano. Y en aquellos días vivía en Londres una niña llamada Polly Plummer.

La casa de Polly formaba parte de una larga hilera de casas pareadas. Una mañana había salido al huerto, cuando de pronto un niño trepó desde el jardín vecino y asomó su cara por encima de la tapia. Fue una gran sorpresa para Polly, puesto que hasta entonces nunca hubo niños en esa casa, sino solamente el señor y la señorita Ketterley, hermano y hermana, un solterón y una solterona que vivían allí juntos. De modo que miró hacia arriba, muerta de curiosidad. El niño desconocido tenía la cara sumamente sucia. No podía tener más mugre, aunque se hubiera restregado las manos en la tierra, y luego hubiera llorado a mares, y después se hubiera secado la cara con las manos. En realidad, eso era casi exactamente lo que había hecho.

—Hola —dijo Polly.

—Hola —saludó el niño—. ¿Cómo te llamas?

—Polly —respondió ella—. ¿Y tú?

—Dígory —contestó el niño.

—¡Oye, qué nombre tan divertido! —exclamó Polly.

—Mucho más cómico es Polly —replicó Dígory.

—No pienso —dijo Polly.

—Claro que sí —insistió Dígory.

—Como sea, por lo menos yo me lavo la cara —repuso Polly—, que es lo que tú deberías hacer, sobre todo después de...

1 *Eton*: Colegio de Eton, distrito de Inglaterra.

Se interrumpió. Iba a decir “después de haber estado lloriqueando”, pero pensó que no sería muy cortés.

—Está bien, así es —dijo Dígory, en voz mucho más alta, como un niño que tiene tanta pena que no le importa que sepan que ha estado llorando —. Y tú harías lo mismo —prosiguió—, si hubieras vivido toda tu vida en el campo y hubieras tenido un mampato, y un río al fondo del jardín, y de repente te trajeran a vivir en un maldito pueblucho como éste.

—Londres no es un pueblucho —replicó Polly, indignada.

Pero el niño estaba demasiado dolido para prestarle atención a ella, y continuó:

—Y si tu padre hubiera partido a la India..., y tú hubieras tenido que venir a vivir con una tía y con un tío que está loco (¿qué me dices?)..., y si la razón fuera que ellos están cuidando a tu madre..., y si tu madre estuviera enferma y fuera a..., fuera a..., a morir...

Y puso esa cara tan rara que uno pone cuando está tratando de tragarse las lágrimas.

—No lo sabía, perdóname —dijo Polly, humildemente.

Y como no halló qué decir, y también para distraer a Dígory con temas más alegres, le preguntó:

—¿El señor Ketterley está verdaderamente loco?

—Bueno, o está loco —repuso Dígory—, o hay algún otro misterio. Tiene un estudio en el piso de arriba y la tía Letty me dijo que no debo subir nunca a ese estudio. Bueno, eso para empezar ya huele a gato encerrado. Y además hay otra cosa. Cada vez que él trata de decirme algo a la hora de comida —nunca ni siquiera trata de hablarle a ella— tía Letty siempre lo hace callar. Le dice: “No molestes al niño, Andrés”, o si no: “estoy segura de que Dígory no quiere oír nada de eso”, o bien: “mira, Dígory, ¿por qué no sales a jugar al jardín?”

—¿Qué tipo de cosas trata de decirte?

—No sé. Nunca alcanza a decir mucho. Pero hay algo más. Una noche, fue anoche en realidad, cuando pasaba debajo de la escalera que da al desván, para ir a mi dormitorio (y no me gusta mucho pasar por ahí), estoy seguro de haber escuchado un alarido.

—Tal vez tiene a una esposa loca encerrada allá arriba.

—Sí, eso pensé.

—O tal vez es un falsificador de dinero.

—O puede haber sido un pirata, como el hombre al comienzo de La Isla del Tesoro, y se está escondiendo todo el tiempo de sus antiguos camaradas de barco.

—¡Qué emocionante —dijo Polly—, no sabía que tu casa fuera tan entretenida!

—Tú podrás encontrarla entretenida —contestó Dígory—. Pero no te gustaría si tuvieras que dormir ahí. ¿Qué te parecería pasar horas despierta escuchando los pasos del tío Andrés arrastrándose lentamente a lo largo del pasadizo que lleva a tu pieza? Y tiene unos ojos tan horribles...

Así fue como se conocieron Polly y Dígory. Y como era justo el principio de las vacaciones de verano y ninguno iba a ir a la playa ese año, se veían casi todos los días.

Sus aventuras empezaron, más que nada, debido a que aquél fue uno de los veranos más húmedos y helados en muchos años. Eso los obligaba a jugar dentro de la casa; más bien, a hacer exploraciones dentro de la casa. Es maravilloso todo lo que puedes explorar con un cabo de vela en una casa grande, o en una hilera de casas. Polly había descubierto hacía tiempo que si abrías cierta puertecita en el altillo de su casa, llegabas a la cisterna y a un sitio oscuro más atrás, al que podías entrar trepando con un poquito de cuidado. El sitio oscuro era como un largo túnel que tenía una pared de ladrillo a un lado y al otro un techo inclinado. En el techo había pequeñas grietas por donde entraba la luz entre las tejas. No había suelo en este túnel: tenías que pasar de viga en viga, y entre ellas no había más que yeso. Si pisabas el yeso te podías caer por el techo de la habitación de abajo. Polly usaba la boca del túnel, que quedaba justo al lado del estanque, como una cueva de contrabandistas. Había llevado hasta allí pedazos de cajones viejos y asientos de sillas de cocina quebradas, y cosas por el estilo, y los había colocado extendidos entre viga y viga para formar un poco de piso. Allí guardaba un cofre que contenía varios tesoros, un cuento que estaba escribiendo, y generalmente algunas manzanas.

A menudo se tomaba una botella entera de bebida en ese lugar: las botellas vacías le daban un ambiente muy semejante a la cueva de un contrabandista.

A Dígory le gustó mucho la cueva (ella no lo dejó ver el cuento), pero le interesaba más explorar.

—Oye —dijo—, ¿hasta dónde llega este túnel? Es decir, ¿llega hasta donde termina tu casa?

—No —repuso Polly—. Las paredes no salen al tejado. El túnel sigue de largo, no sé hasta dónde.

—Entonces podríamos recorrer toda la hilera de casas.

—Claro que podemos —dijo Polly—. Y ¡qué fantástico!

—¿Qué?

—Podremos entrar a las otras casas.

—¡Sí, y que nos tomen por ladrones! No, gracias.

—No te pases de inteligente. Estaba pensando en la casa detrás de la tuya.

—¿Qué hay con ella?

—Bueno, es que está vacía. Mi papá dice que ha estado deshabitada siempre, desde que vinimos a vivir aquí.

—Entonces creo que debemos echarle un vistazo —dijo Dígory.

Estaba mucho más excitado de lo que podrías creer por el modo en que lo dijo. Pues, claro, ya estaba pensando, tal como lo habrías hecho tú, en todas las razones por las cuales la casa podía estar deshabitada tanto tiempo. A Polly le pasaba lo mismo. Ninguno mencionó la palabra “embrujada”. Y ambos pensaron que ya que se había sugerido el asunto, sería tonto no hacerlo.

—¿Vamos ahora mismo? —preguntó Dígory.

—Muy bien —contestó Polly.

—No vayas si no quieres —dijo Dígory.

—Yo me atrevo si tú te atreves —replicó ella.

—¿Cómo sabremos si estamos en la casa que sigue a la del lado?

Decidieron que debían entrar al altillo y caminar por él con pasos largos, como los pasos que daban para cruzar por las vigas. Eso les daría una idea de cuántas vigas había en una pieza. Añadirían unos cuatro más por el pasadizo entre los dos desvanes de la casa de Polly, y luego la misma cantidad

de pasos del altillo para la pieza de servicio. Eso les daría el largo de la casa. Cuando hubieran cubierto el doble de esa distancia estarían al final de la casa de Dígory; cualquiera puerta que encontraran más allá los introduciría al desván de la casa vacía.

—Pero yo no creo para nada que esté en realidad vacía —dijo Dígory.

—¿Qué te imaginas?

—Me imagino que allí vive alguien en secreto, que entra y sale sólo de noche, con una linterna negra. Es probable que descubramos una pandilla de peligrosos criminales y nos ganemos una recompensa. Es una soberana tontería decir que una casa puede estar vacía todos estos años sin que haya algún misterio de por medio.

—Mi papá cree que se debe a las alcantarillas —advirtió Polly.

—¡Puf! Los grandes siempre inventan explicaciones tan poco interesantes— replicó Dígory.

Ahora que conversaban en el desván a la luz del día, en vez de a la luz de la vela como en la cueva del contrabandista, les parecía mucho menos posible que la casa vacía estuviese embrujada.

Cuando hubieron medido el altillo tuvieron que buscar lápiz y hacer una suma. Los dos obtuvieron al principio resultados diferentes y aun cuando llegaron a un acuerdo, no estoy muy seguro de que hubieran sacado bien las cuentas. Estaban impacientes por comenzar la exploración.

—No hay que meter bulla —murmuró Polly, mientras trepaban hacia adentro de nuevo por detrás de la cisterna.

Como era una ocasión tan importante, cada uno llevó una vela (Polly tenía muchas guardadas en la cueva).

Estaba muy oscuro y polvoriento, y lleno de corrientes de aire; pasaron de viga en viga sin decir una palabra, salvo cuando alguno murmuraba: “estamos frente a tu desván ahora” o “debemos haber llegado a la mitad de nuestra casa”. Y ninguno tropezó ni se apagaron las velas, y por fin llegaron a un lugar donde lograron ver una puertecita en la muralla de ladrillo, a su derecha. No tenía cerrojo ni tirador por este lado porque, claro, la puerta había sido hecha para entrar, no para salir; pero había un pestillo (como suele haber por dentro de la puerta de un armario) y les pareció fácil poder hacerlo girar.

—¿La abro? —preguntó Dígory.

—Yo me atrevo si tú te atreves —dijo Polly, tal como había dicho antes.

Ambos tuvieron la sensación de que esto se ponía muy serio, pero ninguno quiso echarse atrás. Dígory corrió el pestillo con alguna dificultad. La puerta se abrió con un vaivén y la súbita luz del día los hizo parpadear. Luego, con gran sobresalto, vieron que no estaban ante un desván abandonado, sino ante una pieza amoblada. Pero se veía bastante vacía. Había un silencio sepulcral. A Polly la venció su curiosidad: apagó de un soplido la vela y entró a la extraña habitación, sin hacer más ruido que un ratón.

Tenía forma de buhardilla, por supuesto, pero estaba amoblada como un salón. Las paredes estaban cubiertas de estantes y no había un espacio de los estanques que no estuviese repleto de libros. El fuego estaba encendido en el hogar (acuérdate que ese año el verano era extremadamente frío y húmedo) y frente al fuego, dando la espalda a los niños, había un sillón de respaldo alto. Entre el sillón y Polly, llenando más de la mitad del cuarto, había una enorme mesa donde se amontonaban toda suerte de cosas: libros impresos y libros de esos en los cuales tú escribes, y tinteros y plumas y lacres y un microscopio. Pero lo primero que advirtió fue una bandeja de madera de color rojo brillante y en ella una cantidad de anillos. Estaban ordenados por pares: uno amarillo junto a uno verde, un pequeño espacio, y luego otro amarillo y otro verde. No eran más grandes que los anillos comunes y nadie podía dejar de verlos por el brillo que tenían. Eran las cositas más preciosamente relucientes que te puedas imaginar. Si Polly hubiera sido un poquito más pequeña seguramente hubiera querido echarse uno a la boca.

La habitación estaba tan silenciosa que de inmediato oías el tictac del reloj. Sin embargo, como se dio cuenta en seguida, tampoco estaba absolutamente silenciosa. Se escuchaba un tenue zumbido, muy, muy tenue. Si en aquel entonces ya hubieran sido inventadas las aspiradoras, Polly habría pensado que era el sonido de una que funcionaba muy a lo lejos, unas cuantas habitaciones más allá y unos cuantos pisos más abajo. Pero éste era un ruido más agradable, un sonido más musical, pero tan tenue que apenas podías oírlo.

—Está bien, aquí no hay nadie —anunció Polly, dirigiéndose a Dígory por encima de su hombro. Hablaba casi en susurros. Y Dígory apareció, parpadeando y con un aspecto extremadamente sucio, como en realidad lo estaba también Polly ahora.

—No vale la pena —dijo—. No es una casa vacía, después de todo. Es mejor que escapemos antes de que venga alguien.

—¿Qué crees que serán esos? —preguntó Polly, señalando los anillos de colores.

—Vámonos —insistió Dígory—. Cuanto antes...

No terminó lo que iba a decir, pues en ese momento sucedió algo. La silla de respaldo alto frente al fuego se movió de repente y de ella se levantó, como un demonio de pantomima saliendo del suelo como de la trampa en un escenario de teatro, la impresionante figura del tío Andrés. No estaban en la casa vacía; ¡estaban en la casa de Dígory y en el estudio prohibido! Ambos dejaron escapar un "O-o-o-oh" y comprendieron su terrible equivocación. Pensaron que debían haber sabido desde el principio que no se habían alejado lo suficiente ni mucho menos.

El tío Andrés era muy alto y delgado. Tenía una cara larga y pulcramente afeitada, nariz aguileña, ojos extraordinariamente brillantes y una gran mata desgreñada de cabellos grises.

Dígory se quedó sin habla, pues el tío Andrés le parecía ahora mil veces más aterrador que antes. Polly no estaba todavía tan asustada, pero pronto lo estuvo. Porque lo primero que hizo el tío Andrés fue cruzar hasta la puerta de la habitación, cerrarla y ponerle llave a la cerradura. Después se dio vuelta, miró fijo a los niños con ojos radiantes, y sonrió mostrando todos sus dientes.

—¡Vaya! —dijo—. Ahora la tonta de mi hermana no podrá entrometerse.

Fue horriblemente diferente de lo que uno hubiera esperado que hiciera un adulto. A Polly se le salía el corazón por la boca, y ella y Dígory empezaron a retroceder hacia la puertecilla por donde habían entrado. El tío Andrés fue más rápido que ellos. Se les puso por detrás y cerró también aquella puerta y se paró delante de ella. Luego se frotó las manos e hizo crujir sus nudillos. Tenía bonitos dedos, muy largos y blancos.

—Encantado de verlos —dijo—. Dos niños, es justo lo que quería.

—Por favor, señor Ketterley —dijo Polly—. Tengo que irme a casa. ¿Nos deja salir, por favor?

—No todavía —repuso el tío Andrés—. Es una oportunidad demasiado buena para perderla. Necesitaba dos niños. Comprendan, estoy en la mitad de un gran experimento. He ensayado con un conejillo de Indias, y al principio pareció resultar. Pero sucede que un conejillo de Indias no puede contarte nada. Y no le puedes explicar a él cómo regresar.

—Mire, tío Andrés —dijo Dígory—, es ya la hora de almuerzo y empezarán a buscarnos dentro de poco. Tiene que dejarnos salir.

—¿Tengo? —dijo el tío Andrés.

Dígory y Polly se miraron. No se atrevieron a hablar, pero sus miradas decían: “¿No es espantoso?”, y “Sigámosle la corriente”.

—Si nos deja ir a comer ahora —dijo Polly—, podríamos volver después.

—¡Ah!, ¿pero cómo sé yo que volverán? —replicó el tío Andrés, con una sonrisa astuta. Después pareció cambiar de opinión.

—Bueno, bueno —dijo—, si es cierto que tienen que irse, supongo que deben hacerlo. No puedo esperar que dos jovencitos como ustedes se entretengan hablando con un viejo ignorante como yo —suspiró y prosiguió—: No se pueden imaginar lo solo que me siento a veces. Pero no importa. Vayan a almorzar. Pero quiero darles un regalo antes. No todos los días viene una niñita a mi mísero estudio; especialmente, si me permiten decirlo, una jovencita tan atractiva como tú.

Polly empezó a pensar que a lo mejor no era tan loco, después de todo.

—¿Te gustaría tener un anillo, querida? —le preguntó el tío Andrés.

—¿Quiere decir uno de esos amarillos o verdes? —dijo Polly—. ¡Son preciosos!

—El verde no —dijo el tío Andrés—. Me temo que no puedo regalar uno de los verdes. Pero encantado te daré uno de los amarillos: con todo cariño. Ven a probarte uno.

Polly ya se había sobrepuesto de su terror y estaba segura de que el anciano caballero no era un loco; además había algo extrañamente atractivo en esos brillantes anillos. Caminó hacia la bandeja.

—¡Oye! —exclamó—. Te juro que el ruido del zumbido se escucha mucho más fuerte aquí. Es como si lo hicieran los anillos.

—Que ocurrencia tan divertida, querida —dijo el tío Andrés, riéndose. La risa sonó muy natural, pero Dígory había alcanzado a ver una expresión de impaciencia, casi de avidez, en su rostro.

—¡Polly! ¡No seas tonta! —gritó—. No los toques. Pero ya era tarde. Mientras decía eso, la mano de Polly se extendió y tocó uno de los anillos. E inmediatamente, sin un destello ni un ruido ni una advertencia de cualquiera especie, Polly ya no estaba allí. Dígory y el tío Andrés estaban solos en la habitación.

II
DIGORY Y SU TIO

Fue tan repentino, y tan horriblemente distinto a cualquiera cosa que le hubiera sucedido a Dígory ni siquiera en una pesadilla, que dejó escapar un grito. Al instante la mano del tío Andrés le tapó la boca.

—¡Cállate! —silbó en el oído de Dígory—. Si comienzas a hacer ruido tu madre lo escuchará. Y ya sabes el mal que le puede ocasionar pasar un susto.

Como contó Dígory más tarde, la increíble bajeza de amenazar a un tipo de esa manera, le dio asco. Pero, por supuesto, no volvió a gritar.

—Así está mejor —dijo el tío Andrés—. Posiblemente no pudiste evitarlo. Es una impresión fuerte la primera vez que presencias la desaparición de alguien. Mira, hasta yo me llevé un buen susto cuando desapareció el conejillo de Indias anoche.

—¿Fue entonces cuando usted aulló? —preguntó Dígory.

—¡Ah!, ¿así que oíste eso, ah? Supongo que no estarías espiándome.

—No, claro que no —repuso Dígory, indignado—. Pero ¿qué le ha pasado a Polly?

—Felicítame, querido muchacho —contestó el tío Andrés, sobándose las manos—. Mi experimento ha tenido éxito. La niñita se ha ido..., ha desaparecido..., fuera de este mundo.

—¿Qué le ha hecho?

—La envíe a..., bueno..., a otro lugar.

—¿Qué quiere decir?

El tío Andrés se sentó y dijo:

—Bueno, te voy a contar todo. ¿Has oído alguna vez hablar de la vieja señora Lefay?

—¿No era una tía abuela o algo así? —preguntó Dígory.

—No exactamente —repuso el tío Andrés—. Era mi madrina. Esa es, allá en la pared.

Dígory vio una descolorida fotografía que mostraba la cara de una anciana con cofia. Y se acordó que había visto una foto de esa misma cara en un viejo cajón en su casa, allá en el campo. Le había preguntado a su madre quién era y su madre no mostró ningún interés por hablar mucho del tema. No era en absoluto una cara agradable, pensó Dígory, aunque en verdad uno no podía opinar nada con las fotografías de aquellas épocas.

—¿Había..., no había..., algo raro en ella, tío Andrés? —preguntó.

—Bueno —contestó el tío Andrés, riendo entre dientes—, depende de lo que tú llames raro. La gente tiene una mentalidad tan estrecha. Es cierto que se puso bastante excéntrica en sus últimos años. Hizo cosas muy insensatas. Por eso fue que la encerraron.

—¿En un asilo, quieres decir?

—Oh, no, no, no —respondió el tío Andrés, en tono escandalizado—. Nada por el estilo. En prisión solamente.

—¡No me diga! —exclamó Dígory—. ¿Qué había hecho?

—Ah, pobre mujer —contestó el tío Andrés—. Se había vuelto muy insensata. Hubo muchas cosas. No hay para qué entrar en detalles. Siempre fue muy buena conmigo.

—Pero mire, ¿qué tiene que ver todo esto con Polly? Quiero que usted me...

—Todo a su tiempo, muchacho —dijo el tío Andrés—. Dejaron salir a la anciana señora Lefay antes de su muerte y yo fui una de las poquísimas personas a quienes ella permitió verla durante su última enfermedad. Le tomó antipatía a la gente vulgar e ignorante, ¿me entiendes? A mí me pasa igual. Pero ella y yo nos interesábamos por las mismas cosas. Unos pocos días antes de su muerte me dijo que fuera a un viejo escritorio que había en su casa, que abriera un cajón secreto y le trajera la cajita que allí encontraría. En cuanto tomé la caja aquella comprendí, por las punzadas que sentía en los dedos, que tenía algún gran secreto en mis manos. Ella me la dio y me hizo prometerle que apenas ella muriera yo la quemaría sin abrirla, y con ciertas ceremonias. Yo no cumplí esa promesa.

—Pues bien, eso estuvo supermal hecho de su parte —comentó Dígory.

—¿Mal hecho? —repitió el tío Andrés, con aire perplejo—. ¡Oh!, ya entiendo. Quieres decir que los niñitos deben cumplir siempre sus promesas. Muy cierto; muy justo y correcto, seguramente, y me alegro de que te lo hayan

enseñado así. Pero, claro, tú debes comprender que esa clase de reglas, por muy excelentes que sean para los niños pequeños, y para los sirvientes, y las mujeres, e incluso para la gente corriente, es imposible que se pretenda aplicarlas a profundos investigadores y grandes pensadores y sabios. No, Dígory. Los hombres que como yo poseen una sabiduría oculta, estamos liberados de las reglas comunes, así como estamos impedidos de disfrutar de los placeres comunes. Nuestro destino, hijo, es un destino superior y solitario.

Al decir esto suspiró y adoptó un aire tan grave y noble y misterioso que, por un segundo, Dígory pensó realmente que estaba diciendo algo sumamente elevado. Pero luego recordó la desagradable expresión que vio en la cara de su tío un momento antes de que Polly desapareciera; y de súbito comprendió claramente las intenciones ocultas en las grandilocuentes palabras del tío Andrés.

"Todo eso significa —se dijo—, que él cree que puede hacer todo lo que se le ocurra para obtener lo que quiere".

—Por supuesto —estaba diciendo el tío Andrés—, no me atreví a abrir la caja durante largo tiempo, pues sabía que debía contener algo altamente peligroso. Porque mi madrina era una mujer muy singular. A decir verdad, fue uno de los últimos mortales de este país que tenía sangre de hadas en sus venas. (Decía que hubo otras dos más en su época. Una era una duquesa y la otra era una mujer encargada de hacer la limpieza.) En realidad, Dígory, hablas en estos momentos con el último hombre (probablemente) que en verdad tuvo por madrina a un hada. ¡Vaya! Será algo digno de recordar cuando seas tú también un anciano.

"Apuesto a que fue un hada mala", pensó Dígory; y agregó en voz alta: —Pero, ¿qué pasa con Polly?

—¡Hasta cuando repites la misma canción! —exclamó el tío Andrés—. Como si fuera eso lo más importante. Mi primera tarea fue, por supuesto, examinar la caja. Era muy antigua. Y yo por ese entonces ya entendía lo suficiente como para saber que no era griega, ni egipcia antigua, ni babilonia, ni hitita, ni china. Pertenecía a una cultura más antigua que la de esas naciones. Ah..., fue un día grandioso cuando al fin descubrí la verdad. La caja era originaria de la Atlántida; venía de la isla perdida de Atlántida. Esto significaba que era cientos de años más antigua que cualquiera de los objetos de la Edad de Piedra que hayan excavado en Europa. Y tampoco era algo tosco e incompleto como aquéllos, pues en los albores de los tiempos Atlántida ya era una gran ciudad, con palacios y templos y hombres ilustrados.

Hizo una pequeña pausa, como esperando que Dígory dijera algo. Pero a Dígory le sucedía que a cada instante le desagradaba más su tío, así es que no dijo ni una palabra.

—Entretanto —continuó el tío Andrés—, yo iba aprendiendo, de diferentes maneras (no considero apropiado explicárselo a un niño), muchísimo sobre magia en general. De modo que llegué a tener una idea bastante clara sobre la clase de cosas que podría contener la caja. A través de varias pruebas fui reduciendo el número de posibilidades. Debí trabar conocimiento con algunas... bueno, algunas personas endiabladamente extrañas, y pasé por algunas experiencias sumamente desagradables. Eso fue lo que encaneció mi cabeza. Uno no se convierte en mago gratuitamente. Al final se resintió mi salud, pero logré mejorarme. Y por fin lo supe de verdad.

A pesar de que no existía ni la más remota posibilidad de que alguien pudiera escucharlos, se inclinó hacia adelante y dijo en un susurro:

—La caja de la Atlántida contenía algo que había sido traído de otro mundo en la época en que el nuestro estaba recién comenzando.

—¿Qué? —preguntó Dígory, quien, contra su voluntad, se sentía bastante interesado en la historia.

—Sólo polvo —respondió el tío Andrés—. Polvo fino y seco. Nada digno de estudio. Nada especial que pudieras lucir como el resultado del esfuerzo de toda una vida, podríamos decir. ¡Ah!, pero cuando miré aquel polvo (tuve gran cuidado de no tocarlo) y pensé que cada partícula estuvo alguna vez en otro mundo —no quiero decir en otro planeta, sabes, porque son parte de nuestro mundo y puedes llegar a ellos si viajas lo suficientemente lejos—, sino realmente otro mundo..., otra naturaleza..., otro universo..., un lugar al cual no lograrás llegar, aunque viajes a través del espacio en este universo para siempre..., un mundo al cual puedes llegar sólo por arte de magia..., ¡caramba!

El tío Andrés se apretaba las manos hasta hacer crujir sus nudillos como si fueran fuegos artificiales.

—Sabía —prosiguió—, que si sólo se pudiese darle la forma correcta, ese polvo te llevaría al lugar de donde procedía. Mas la dificultad era darle la forma correcta. Mis experimentos anteriores fueron todos un fracaso. Ensayé con conejillos de Indias. Algunos murieron simplemente. Otros explotaron como bombas...

—Fue tremendamente cruel hacer eso —protestó Dígory, que una vez había tenido su propio conejillo de Indias.

—¡Hasta cuándo te sales del tema! —exclamó el tío Andrés—. Para eso estaban esas criaturas. Yo mismo las había comprado. Veamos, ¿dónde iba yo? ¡Ah!, sí. Finalmente logré hacer los Anillos: los Anillos amarillos. Pero se me presentó una nueva dificultad. Estaba completamente seguro esta vez de que un Anillo amarillo enviaría a quien lo tocara al Otro Lugar. Pero ¿de qué

serviría si no podía traer a nadie de vuelta para que me dijera lo que había encontrado allí?

—¿Y qué pasaría con esas personas? —preguntó Dígory—. ¡Usted estaría metido en un buen lío si ellas no pudieran regresar!

—Siempre encaras las cosas desde el punto de vista equivocado —dijo el tío Andrés, con una mirada de impaciencia—. ¿No puedes entender que esto es un gran experimento? El motivo central de enviar a alguien al Otro Lugar es que yo quiero averiguar cómo es.

—Y entonces, ¿por qué no va usted mismo?

Dígory no había visto jamás a nadie tan sorprendido y ofendido como su tío ante esta simple pregunta.

—¿Yo? ¿Yo? —exclamó—. ¡Este niño debe estar loco! ¿Un hombre de mis años, y en mi estado de salud, arriesgarme a la conmoción y a los peligros de ser lanzado bruscamente a un universo diferente? ¡Nunca oí algo más absurdo en mi vida! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Piensa en lo que significa Otro Mundo..., puedes encontrarte con cualquiera cosa..., cualquiera cosa.

—Y supongo que es allí donde ha enviado a Polly —dijo Dígory. Le ardían las mejillas de la ira—. Todo lo que puedo decirle —añadió—, aunque sea mi tío..., es que se ha portado como un cobarde al mandar a una niña a un lugar donde usted no se atreve a ir.

—¡Silencio, señor! —dijo el tío Andrés, golpeando la mesa con su mano—. No acepto que me hable de ese modo un pequeño, mugriento colegial. No lo entiendes. Yo soy el gran erudito, el mago, el experto, que está llevando a cabo el experimento. Por supuesto que necesito materia en que experimentar. ¡Es el colmo; más adelante me vas a decir que debería haber pedido permiso a los conejillos de Indias antes de utilizarlos! No se puede alcanzar la suprema sabiduría sin sacrificios. Pero la idea de ir yo mismo es ridícula. Es como pedirle a un general que luche como un soldado raso. Y si me mataran, ¿qué sucedería con el trabajo de toda mi vida?

—Déjese de palabrerías —estalló Dígory—. ¿Va a traer a Polly de vuelta?

—Iba a decirte, cuando me interrumpiste con tanta rudeza —repuso el tío Andrés—, que por fin averigüé la manera de realizar el viaje de regreso. Los Anillos verdes te traer de vuelta.

—Pero Polly no llevaba un Anillo verde.

—No —dijo el tío Andrés con una sonrisa cruel.

—Entonces ella no puede regresar —gritó Dígory—. Y es exactamente lo mismo que si la hubiera asesinado.

—Ella puede regresar —dijo el tío Andrés— si otra persona va tras ella, usando un Anillo amarillo y llevando dos Anillos verdes, uno para que lo traiga de vuelta a él mismo y otro para que la traiga a ella.

Y entonces, claro, Dígory vio la trampa en que estaba cogido. Miró al tío Andrés sin decir nada, con la boca abierta. Se había puesto muy pálido.

—Espero —dijo el tío Andrés, ahora en una voz muy alta y potente, como si fuera un perfecto tío que acaba de darle a uno un generoso regalo y algún sabio consejo—, espero, Dígory, que no acostumbrarás mostrarte cobarde. Sentiría gran lástima de pensar que alguien de nuestra familia no tenga honor y caballerosidad suficientes para ir en auxilio de...ee... una dama en apuros.

—¡Cállese! —exclamó Dígory—. Si tuviera algo de honor y todo eso, iría usted mismo. Pero sé que no lo hará. Está bien, ya veo que tendré que ir yo. Pero usted es un salvaje. Supongo que tenía planeado todo el asunto, para que ella fuera sin saber lo que hacía y luego tuviera que ir yo en su búsqueda.

—Por supuesto —asintió el tío Andrés con su odiosa sonrisa.

—Muy bien. Iré. Pero hay algo que quiero dejar bien en claro primero. Nunca hasta hoy creí que existiera la magia. Ahora veo que es una realidad. Y si es así, supongo que todos los viejos cuentos de hadas tienen algo de verdad. Y usted es simplemente un hechicero perverso y cruel igual a los de los cuentos. Bueno, yo nunca leí un cuento en que la gente de esa clase no pagara sus maldades al final, y apuesto que usted las pagará. Y bien merecido lo tiene.

De todo lo que había dicho Dígory, esto fue lo único que dio en el blanco. El tío Andrés se asustó y su mirada expresó tal horror que, a pesar de lo canalla que era, casi podías sentir lástima por él. Pero al segundo desechó sus temores y dijo con una risa forzada:

—Bien, bien, supongo que será natural que un niño piense así, un niño criado entre mujeres, como tú. Patrañas, ¿eh? No creo que debas inquietarte por el peligro que yo corro, Dígory. ¿No sería mejor preocuparte por el peligro en que está tu amiguita? Hace tiempo ya que se fue. Si hay peligro allá..., bueno, sería una lástima llegar un minuto tarde.

—Usted se preocupa muchísimo —dijo Dígory, furioso—. Pero ya estoy harto de toda esta cháchara. ¿Qué tengo que hacer?

—Realmente, debes aprender a controlar ese carácter que tienes, muchacho —dijo el tío Andrés, fríamente—. Si no, cuando crezcas serás igual a tu tía Letty. Ahora, escúchame.

Se levantó, se puso un par de guantes, y se dirigió a la bandeja donde estaban los Anillos.

—Surten efecto —dijo—, solamente si están en contacto directo con tu piel. Usando guantes, yo puedo tomarlos... así... y nada sucederá. Si llevas uno en tu bolsillo, nada sucederá; pero claro que tienes que ser muy cuidadoso y no meter la mano en el bolsillo y tocarlo por casualidad. En cuanto toques el Anillo amarillo, te irás de este mundo. Cuando estés en el Otro Lugar, espero..., por supuesto, que esto no se ha comprobado aún, pero espero... que cuando toques el Anillo verde saldrás de ese mundo y..., espero..., reaparecerás en éste. Entonces, toma estos dos Anillos verdes y guárdalos en tu bolsillo derecho. Recuerda bien en qué bolsillo están los verdes. V de verde y D de derecho; dos letras que forman la palabra Verde. Uno para ti y uno para la niña. Y ahora toma el amarillo para ti. Yo me lo pondría en... en el dedo... si fuera tú. Así tendrías menos posibilidades de que se te cayera.

Dígory estaba a punto de tomar el Anillo amarillo, cuando de súbito se detuvo.

—Oiga —dijo—. ¿Qué va a pasar con mi madre? ¿Y si ella pregunta por mí?

—Cuanto antes partas, más pronto regresarás —repuso el tío Andrés, alegremente.

—Pero usted ni siquiera sabe si podré volver.

El tío Andrés se encogió de hombros, atravesó la habitación hasta la puerta, le quitó la llave, la abrió, y dijo:

—Muy bien, pues. Haz lo que quieras. Vete a comer. Deja que a la niñita la devoren los animales salvajes o se ahogue o se muera de hambre en el Otro Mundo o se pierda allí para siempre, si eso es lo que prefieres. A mí me da lo mismo. Quizás sería conveniente que a la hora del té visites a la señora Plummer y le expliques que no volverá nunca más a ver a su hija, porque tú tuviste miedo de ponerte un anillo.

—¡Farsante! —exclamó Dígory—. ¡Me gustaría ser más grande para poder darle un buen puñete!

Luego se abrochó la chaqueta, respiró hondo, y tomó el Anillo. Y en

ese momento pensó, como siempre lo pensó más tarde, que era lo único decente que podía hacer.

III
EL BOSQUE ENTRE LOS MUNDOS

Al instante desaparecieron el tío Andrés y su estudio. Después, por espacio de unos momentos, todo fue una gran confusión. Lo primero que Dígory advirtió fue que había una suave luz verde que bajaba sobre él desde arriba, y abajo la oscuridad. Parecía que no estaba parado en nada, ni sentado ni tendido. Parecía que nada lo tocaba.

—Creo que estoy en el agua —dijo Dígory—. O bajo el agua.

Esto lo asustó por unos segundos, pero casi de inmediato se dio cuenta de que era impulsado hacia arriba. De pronto su cabeza salió repentinamente al aire y se encontró en tierra, caminando a gatas sobre un blando pasto al borde de una poza.

Al ponerse de pie vio que ni chorreaba agua ni se sentía sin aliento como sería de esperar después de permanecer bajo el agua. Su ropa estaba perfectamente seca. Se hallaba al borde de una pequeña poza de no más de tres metros de ancho, en medio de un bosque. Los árboles crecían uno al lado del otro y eran tan frondosos que no lo dejaban divisar el cielo. Toda la luz que veía era la verde luz que pasaba a través de las hojas; mas debe haber habido un sol fortísimo arriba, ya que esta luz verde era brillante y cálida. Era el bosque más silencioso que te puedas imaginar. No había pájaros, ni insectos, ni animales, ni siquiera viento. Casi podías sentir crecer los árboles. La poza de donde acababa de salir no era la única. Había docenas más... una poza cada ciertos metros, hasta donde alcanzabas a ver. Casi podías sentir los árboles bebiendo el agua con sus raíces. Era un bosque muy sensible. Cuando trataba de describirlo después, Dígory siempre decía: “Era un lugar rico: rico como un pastel de ciruela”.

Lo más extraño era que, casi antes de mirar a su alrededor, Dígory ya casi no recordaba cómo había llegado hasta allí. En todo caso, no pensaba ni remotamente en Polly, o en el tío Andrés, o en su madre al menos. No tenía una pizca de miedo, ni emoción, ni curiosidad. Si alguien le hubiese preguntado: “¿De dónde vienes?”, probablemente habría contestado: “He estado siempre aquí”. Así se sentía uno ahí como si hubiera estado siempre en ese lugar y jamás se aburriera, aunque nunca pasara nada. Como explicaba más tarde, “no es la clase de lugar donde suceden cosas. Los árboles siguen creciendo, eso es todo”.

Después de contemplar el bosque durante largo rato, Dígory notó que había una niña acostada de espalda al pie de un árbol a unos metros de distancia. Sus ojos estaban casi cerrados, pero no totalmente, como si estuviera entre dormida y despierta. El la miró un buen rato y no dijo nada. Y finalmente ella abrió los ojos y lo miró por mucho rato y tampoco dijo nada.

Después ella habló, con una voz soñadora y contenta.

—Creo que te he visto antes —dijo.

—Yo creo que también te he visto —respondió Dígory—. ¿Hace tiempo que estás aquí?

—¡Oh!, siempre —dijo la niña—. Por lo menos... no sé... muchísimo tiempo.

—Igual que yo —dijo Dígory.

—No, tú no —replicó ella—. Te acabo de ver salir de esa poza que hay ahí.

—Sí, supongo que sí —dijo Dígory, con aire perplejo—. Se me había olvidado.

Entonces por un larguísimo rato ninguno dijo nada más.

—Mira —dijo la niña de pronto—, me pregunto si realmente nos conocimos antes. Tenía una especie de idea..., una especie de imagen en mi mente... de un niño y una niña, como nosotros..., que vivían en algún lugar muy diferente... y que hacían toda clase de cosas. Quizás fue sólo un sueño.

—Yo he tenido el mismo sueño, creo —dijo Dígory—. De un niño y una niña que eran vecinos... y algo acerca de trepar entre unas vigas. Me acuerdo que la niña tenía la cara sucia.

—¿No estarás equivocado? En mi sueño era el niño el que tenía la cara sucia.

—No puedo recordar la cara del niño —dijo Dígory, y después agregó —: ¡Hola! ¿Qué es eso?

—¡Pero si es un conejillo de Indias! —exclamó la niña. Y eso era un gordiflón conejillo de Indias, olfateando el pasto. Y justo en la mitad, el conejillo llevaba una cinta y, amarrado con esa cinta, un reluciente Anillo amarillo.

—¡Mira, mira! —gritó Dígory—. ¡El Anillo! ¡Y mira! Tú tienes uno en el dedo. Y yo también.

La niña entonces se sentó, por fin con verdadero interés. Se miraron fijamente uno a otro, tratando de recordar. Y de pronto, exactamente al mismo tiempo, ella gritó “el señor Ketterley”, y él gritó “el tío Andrés”, y supieron quiénes eran y comenzaron a recordar toda la historia. Después de unos

cuantos minutos de ardua conversación lo tuvieron todo muy claro. Dígory le explicó lo horriblemente mal que se había portado el tío Andrés.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Polly—. ¿Tomamos el conejillo de Indias y nos vamos a casa?

—No hay ningún apuro —dijo Dígory, con un enorme bostezo.

—Yo creo que sí —insistió Polly—. Este lugar es demasiado tranquilo. Es de ensueño. Tú estás medio dormido. Si una vez nos dejamos llevar por el sueño, lo único que haremos será acostarnos y dormitar para siempre jamás.

—Se está tan bien aquí —dijo Dígory.

—Sí, claro —replicó Polly—. Pero tenemos que regresar.

Se puso de pie y comenzó a avanzar cautelosamente hacia el conejillo. Pero después cambió de opinión.

—Es mejor dejar el conejillo de Indias aquí —dijo—. Está tan feliz, y tu tío hará algo horrible con él si lo llevamos de vuelta.

—Te apuesto que sí —contestó Dígory—. Mira cómo nos ha tratado a nosotros. A propósito, ¿cómo volveremos a casa?

—Volviendo a meternos en la poza, espero.

Fueron allá y se pararon juntos a la orilla mirando la tersa superficie del agua. Estaba llena de reflejos de las verdes y frondosas ramas; estos reflejos la hacían parecer sumamente profunda.

—No tenemos trajes de baño —dijo Polly.

—No los necesitamos para nada, tonta —respondió Dígory—. Nos tiraremos con nuestra ropa puesta. ¿No te acuerdas que no se mojó cuando subimos hasta acá?

—¿Sabes nadar?

—Un poco. ¿Y tú?

—Bueno..., no mucho.

—No creo que sea necesario nadar —dijo Dígory—. Queremos bajar, ¿no es cierto?

A ninguno le gustaba mucho la idea de saltar dentro de la poza, pero

ninguno lo dijo. Se tomaron de la mano y dijeron: “Uno..., dos..., tres..., vamos”, y saltaron. Hubo una gran salpicadura y, claro, ambos cerraron los ojos. Pero cuando volvieron a abrirlos se encontraron todavía de pie, tomados de la mano, en el verde bosque, y con el agua que les llegaba apenas más arriba de los tobillos. Aparentemente la poza sólo tenía unos cinco centímetros de profundidad. Volvieron chapoteando al suelo seco.

—¿Qué fue lo que falló? —preguntó Polly con voz asustada; pero no tan asustada como hubieras pensado, porque es muy difícil sentir realmente miedo en aquel bosque. El lugar es tan apacible.

—¡Ah!, ya sé —dijo Dígory—. Por supuesto que no puede resultar. Aún tenemos puestos los Anillos amarillos. Sabes, estos son para el viaje de ida. Los verdes son para volver a casa. Tenemos que cambiar los Anillos. ¿Tienes bolsillos? Bien. Pon el Anillo amarillo en tu bolsillo izquierdo. Yo tengo los dos verdes. Aquí hay uno para ti.

Se pusieron los Anillos verdes y volvieron a la poza. Pero antes de ensayar un nuevo salto, Dígory lanzó un largo “O...o...oh”.

—¿Qué pasa? —preguntó Polly.

—Acabo de tener una idea maravillosa —repuso Dígory—. ¿Qué habrá en las otras pozas?

—¿Qué quieres decir?

—Mira, si podemos regresar a nuestro propio mundo saltando dentro de esta poza, ¿no podríamos llegar a otra parte saltando dentro de una de las otras? ¡Imagínate que hubiera un mundo al fondo de cada poza!

—Pero yo creía que ya estábamos en ese Otro Mundo de tu tío Andrés, o en el Otro Lugar, o como sea que él lo llame. ¿No dijiste?...

—Olvídate del tío Andrés —interrumpió Dígory—. No creo que sepa nada de esto. Nunca tuvo el coraje de venir él mismo. El sólo hablaba de que existía Otro Mundo. Pero ¿te imaginas que hubiera docenas?

—¿Quieres decir que este bosque podría ser sólo uno de ellos?

—No, no creo que este bosque sea un mundo, nada de eso. Creo que es nada más que un lugar intermedio.

Polly lo miró, perpleja.

—¿No entiendes? —dijo Dígory—. No, pero escucha. Piensa en nuestro túnel debajo del tejado. No es una pieza en ninguna de las casas. De

alguna manera, no es realmente parte de ninguna de las casas. Pero una vez que estás en el túnel puedes caminar por él y salir a cualquiera de las casas de la cuadra. ¿No podría este bosque ser igual?..., un lugar que no está en ninguno de los mundos, pero una vez que has encontrado ese lugar puedes llegar a todos ellos.

—Pero, aunque tú puedas... —comenzó a decir Polly, pero Dígory prosiguió como si no la hubiera escuchado.

—Y, por supuesto, esto lo explica todo —dijo—. Por eso es tan tranquilo aquí y da tanto sueño. Aquí nunca sucede nada. Como en nuestro país. Es dentro de las casas que la gente conversa, y hace cosas, y come. Nada sucede en los lugares intermedios, detrás de las murallas y arriba en el techo y abajo del piso, o en nuestro propio túnel. Pero cuando sales de nuestro túnel, podrías entrar a cualquiera casa. ¡Creo que podemos salir de este lugar y entrar a un magnífico Cualquier Lugar! No es preciso que saltemos de nuevo en la misma poza por donde llegamos. O no todavía.

—El Bosque entre los Mundos —dijo Polly, soñadora—. Suena muy bonito.

—Vamos —dijo Dígory—. ¿Cuál poza probaremos?

—Escúchame —dijo Polly—. Yo no voy a probar ninguna nueva poza hasta que nos aseguremos de poder volver por la primera. Ni siquiera sabemos si todo esto va a resultar.

—Sí —replicó Dígory—. Y que nos atrape el tío Andrés y que nos quite los Anillos antes de que podamos divertirnos. No, gracias.

—Podríamos ir hasta cierta parte del camino en nuestra poza —propuso Polly—. Justo para ver si funciona. Entonces, si funciona, nos cambiamos los Anillos y salimos otra vez a la superficie antes de que volvamos de verdad al estudio del señor Ketterley.

—¿Podemos ir hasta cierta parte no más del camino?

—Bueno, nos demoramos tan poco al subir. Supongo que nos demoraremos muy poco en volver.

Dígory armó un gran alboroto antes de aceptar esto, pero tuvo que hacerlo finalmente, porque Polly se opuso terminantemente a explorar nuevos mundos hasta estar segura de volver al antiguo. Era tan valiente como él frente a algunos peligros (avispas, por ejemplo), pero no tenía mayor interés en descubrir cosas que nadie había oído mencionar antes; porque Dígory era de esa clase de personas que quieren saberlo todo, y cuando grande llegó a ser el famoso profesor Kirke, que aparece en otros libros.

Después de una larga discusión, acordaron ponerse los Anillos verdes (“Verde esperanza —dijo Dígory— para que no puedas olvidar cuál es cuál”) y tomarse las manos y saltar. Pero en cuanto pareciera que regresaban al estudio del tío Andrés, e incluso a su propio mundo, Polly gritaría “Cambio”, y debían sacarse los verdes y ponerse los amarillos. Dígory quería ser él quien gritara “Cambio”, pero Polly no estuvo de acuerdo.

Se colocaron los Anillos verdes, se tomaron las manos, y una vez más gritaron: “Uno..., dos..., tres..., vamos”. Esta vez resultó. Es muy difícil decirte lo que sintieron, porque todo sucedió con increíble rapidez. Al principio había unas brillantes luces que se movían en un cielo negro; Dígory pensó siempre que eran estrellas y hasta jura que vio a Júpiter muy de cerca, tan cerca que incluso vio sus lunas. Pero casi de inmediato había hileras y más hileras de techos y cañones de chimeneas alrededor de los niños, y podían ver la Catedral de San Pablo y supieron que lo que estaban mirando era Londres. Pero podías ver a través de las paredes de todas las casas. Y pudieron ver al tío Andrés, muy vago y sombrío, pero que cada vez se hacía más claro y más concreto, como si estuviera mejor enfocado. Pero antes que se volviera totalmente real, Polly gritó “Cambio”, y cambiaron, y nuestro mundo se esfumó como un sueño, y la verde luz de arriba se hizo más y más intensa, hasta que asomaron la cabeza fuera de la poza y salieron chapoteando hasta la orilla. Y allí estaba el bosque a su alrededor, tan verde y brillante y tranquilo como siempre. Habían demorado menos de un minuto.

—¡Vaya! —dijo Dígory—. Está muy bien. Ahora, a las aventuras. Cualquiera poza nos puede servir. Vamos, probemos ésa.

—¡Un momento! —exclamó Polly—. ¿No vamos a marcar esta poza?

Se miraron y palidecieron, pues comprendieron cuán horripilante era lo que Dígory estaba a punto de hacer. Porque había cualquier cantidad de pozas en el bosque, y eran todas iguales y los árboles eran todos iguales, de manera que si hubiesen dejado atrás la poza que los llevaría a su propio mundo sin algún tipo de marca, habrían tenido una probabilidad entre cien de volver a encontrarla.

A Dígory le temblaba la mano cuando abrió su cortaplumas y cortó una larga lonja de césped en la ribera de la poza. El suelo (que olía deliciosamente) era de un vivo color café rojizo y destacaba bien contra el verde.

—Qué bueno que uno de nosotros tenga algo de sentido común —dijo Polly.

—Bueno, no sigas creyéndote un genio —repuso Dígory—. Ven, quiero ver qué hay en una de las otras pozas.

Y Polly le dio una respuesta bastante mordaz y él le replicó de modo aún más antipático. La pelea duró varios minutos, pero sería muy aburrido describirla. Saltémonos todo eso hasta el momento en que ambos se detuvieron con corazones palpitantes y rostros más bien asustados al borde de la poza desconocida con sus Anillos amarillos puestos y se tomaron las manos y una vez más dijeron: “Uno..., dos..., tres..., ¡vamos!”

¡Plaf! Nuevamente no resultó. Aparentemente, también esta poza era sólo un charco. En lugar de llegar a un nuevo mundo, lo único que lograron fue mojarse los pies y salpicarse las piernas por segunda vez en aquella mañana (si es que era de mañana: parece que fuera siempre la misma hora en el Bosque entre los Mundos).

—¡Maldición! ¡Qué lata! —exclamó Dígory—. ¿Qué ha fallado ahora? Nos pusimos bien los Anillos amarillos. El dijo que el amarillo era para el viaje de salida.

Bueno, la verdad es que el tío Andrés, que no sabía nada sobre el Bosque entre los Mundos, tenía una idea muy equivocada respecto a los Anillos. Los amarillos no eran anillos “de ida” y los verdes no eran anillos “de vuelta”; por lo menos, no como él pensaba. La materia de que ambos estaban hechos venía del bosque. El material que había en los Anillos amarillos tenía el poder de llevarte dentro del bosque; era un material que deseaba volver a su propio lugar, al lugar intermedio. Pero el material de que estaba hecho el Anillo verde es un material que está tratando de salir de su propio lugar: por eso el Anillo verde te saca del bosque hacia un mundo. Como puedes ver, el tío Andrés estaba trabajando con cosas que no entendía realmente; les pasa a la mayoría de los magos. Claro que Dígory no comprendió tampoco la verdad con toda claridad, o por lo menos no hasta mucho después. Pero luego de discutirlo, decidieron probar sus Anillos verdes en la nueva poza, sólo para ver qué sucedía.

—Yo me atrevo si tú te atreves —dijo Polly.

Pero en realidad lo dijo porque, en lo profundo de su corazón, estaba segura de que ninguna clase de Anillo iba a funcionar en la nueva poza, y, por lo tanto, no había nada que temer, fuera de otra salpicada. No estoy muy seguro de que Dígory no tuviera la misma idea. Como sea, cuando se colocaron sus Anillos verdes y volvieron al borde de la poza y se tomaron las manos otra vez, ciertamente estaban bastante más animados y menos serios que lo que habían estado la primera vez. —Uno..., dos..., tres..., ¡vamos! —gritó Dígory. Y saltaron.

IV
LA CAMPANA Y EL MARTILLO

Esta vez no cupo ninguna duda acerca de la magia. Cayeron y cayeron a toda velocidad, primero a través de la oscuridad y después a través de una masa de vagas formas arremolinadas que podrían haber sido cualquier cosa. Se hizo más claro. De súbito sintieron que estaban de pie sobre algo sólido. Un minuto más tarde todo volvió a su foco y pudieron mirar en torno.

—¡Qué lugar más raro! —exclamó Dígory.

—No me gusta —dijo Polly, con una especie de estremecimiento.

Lo primero que advirtieron fue la luz. No era como la luz del sol, y no era como la luz eléctrica, o lámparas, o velas, o cualquiera otra luz que hubieran visto antes. Era una luz nebulosa, casi roja, nada de alegre. Estaba fija y no parpadeaba. Se hallaban parados sobre una superficie plana y pavimentada y numerosos edificios se alzaban a su alrededor. No había techo encima de ellos; estaban en una especie de patio. El cielo era extraordinariamente oscuro... un azul que era casi negro. Cuando ves ese cielo te preguntas si será posible que exista algo de luz.

—Curioso clima tienen aquí —comentó Dígory—. ¿Habremos llegado justo a tiempo para una tormenta de truenos, o para un eclipse?

—No me gusta —repitió Polly.

Ambos, sin saber muy bien por qué, hablaban en susurros. Y aunque no había ninguna razón para que todavía se tomaran las manos después del salto, no se soltaron.

Las murallas que circundaban ese patio eran altísimas. Tenían muchas ventanas enormes, ventanas sin vidrios, por las cuales no podías ver nada más que la negra oscuridad. Más abajo había unos grandes arcos de columnas, que semejaban tenebrosos bostezos de la boca de un túnel de ferrocarril. Hacía más bien frío.

La piedra con que se había construido todo parecía ser roja, pero a lo mejor se veía así por efecto de la extraña luz. Era, obviamente, extremadamente antigua. Muchas de las piedras planas que pavimentaban el patio estaban agrietadas. Ninguna calzaba bien con la otra y los afilados bordes estaban todos gastados. Uno de los portales de las arcadas estaba lleno hasta la mitad de escombros. Los niños daban vueltas y vueltas mirando los diferentes costados del patio. Una de las razones era que tenían miedo de que alguien... o algo... los viera desde aquellas ventanas cuando les estuvieran dando la espalda.

—¿Crees que vivirá alguien aquí? —preguntó Dígory por fin, siempre en un susurro.

—No —respondió Polly—. Todo está en ruinas. No hemos oído ningún ruido desde que llegamos.

—Quedémonos sin movernos y escuchemos un rato —sugirió Dígory.

Se quedaron inmóviles y escucharon, pero lo único que pudieron oír fue el tum-tum de sus propios corazones. Este lugar era por lo menos tan silencioso como el silencioso Bosque entre los Mundos. Pero era una diferente clase de quietud. El silencio del Bosque tenía riqueza y calidez (casi podías oír crecer los árboles) y estaba lleno de vida: éste era un silencio muerto, helado, vacío. No podías imaginarte nada creciendo allí.

—Vámonos a casa —propuso Polly.

—Pero todavía no hemos visto nada —replicó Dígory—. Ya que estamos aquí, simplemente es un deber echar una mirada.

—Estoy segura de que no hay nada interesante aquí.

—No tiene ningún objeto encontrar un Anillo mágico que te lleva a otros mundos si tienes miedo de mirarlos una vez que estás ahí.

—¿Quién habla de tener miedo? —dijo Polly, soltando la mano de Dígory.

—Sólo pensé que no demostrabas mucho entusiasmo por seguir explorando este lugar.

—Iré a cualquier parte donde tú vayas.

—Podemos irnos cuando queramos —dijo Dígory—. Saquémonos los Anillos verdes y guardémoslos en nuestros bolsillos de la derecha. Todo lo que tenemos que hacer es recordar que los amarillos están en los bolsillos de la izquierda. Puedes poner tu mano cerca de tu bolsillo si quieres, pero no la pongas dentro, porque tocarás el Anillo amarillo y desaparecerás.

Así lo hicieron y se fueron calladamente hasta uno de los grandes pórticos que conducían al interior del edificio. Y cuando estuvieron en el umbral y pudieron mirar hacia adentro, vieron que no era tan oscuro como habían pensado al comienzo. Este conducía a un vasto y sombrío salón que parecía estar vacío; pero al otro lado había una hilera de columnas unidas por arcos y por aquellas bóvedas se filtraba un poco más la misma luz cansina. Cruzaron el salón, caminando con mucho cuidado por miedo a los hoyos del

piso o a cualquier cosa que hubiera en él con la que pudieran tropezar. Les pareció una larga caminata. Cuando llegaron al otro lado, salieron por debajo de los arcos y se encontraron en otro patio más grande.

—Eso no parece muy seguro —dijo Polly, señalando un sitio donde el muro se abultaba hacia afuera y parecía listo para caer sobre el patio. En una parte faltaba una columna entre dos arcos y el pedazo que caía donde debería estar la punta de la columna colgaba sin nada que lo apoyase. Se veía claramente que el lugar había estado abandonado durante cientos, tal vez miles, de años.

—Si ha durado hasta ahora, supongo que durará un poquito más —dijo Dígory-. Pero tenemos que estar muy callados. Tú sabes que a veces el menor ruido hace que las cosas se caigan... como una avalancha en los Alpes.

Salieron de ese patio por otro portal, y subieron por un tramo de escalera y atravesaron grandes habitaciones que se sucedían una tras otra, hasta que te mareaba el solo tamaño del lugar. A veces pensaban que iban a salir al exterior y ver qué clase de ciudad se extendía alrededor del enorme palacio. Pero siempre desembocaban en un nuevo patio. Deben haber sido lugares magníficos cuando la gente aún vivía allí. En uno había habido una fuente. Quedaba un enorme monstruo de piedra con sus alas enteramente desplegadas y la boca abierta, y aún podías divisar un trozo de cañería al fondo de la boca, de la que solía verter agua. Debajo había una extensa taza de piedra para contener el agua; pero estaba seca como yesca. En otros sitios había palos marchitos de alguna clase de planta trepadora que se había enrollado alrededor de las columnas y había contribuido a botar algunas de ella. Pero estaba muerta desde hacía años. Y no había hormigas ni arañas ni ninguna otra cosa viviente que esperarías encontrar en unas ruinas; y donde asomaba la tierra seca entre las losas quebradas no se veía ni pasto ni musgo.

Era todo tan triste y tan monótono que hasta Dígory estaba pensando que era mejor ponerse los Anillos amarillos y volver al cálido, verde y vivo bosque en el lugar intermedio, cuando llegaron ante dos inmensas puertas de un metal que probablemente podría ser oro. Una estaba ligeramente entreabierta. De modo que, por supuesto, fueron a mirar hacia adentro. Los dos retrocedieron y respiraron hondo: al fin había algo que merecía la pena ver.

Por un segundo pensaron que la sala estaba llena de gente, cientos de personas, todas sentadas, y todas perfectamente inmóviles. Polly y Dígory, como podrás adivinar, se quedaron también perfectamente inmóviles durante un largo rato, mirando. Pero en seguida decidieron que lo que estaban mirando no podía ser gente de verdad. No se advertía ni un solo movimiento ni el ruido de una respiración en ellos. Se parecían a las más maravillosas figuras de cera que hubieras visto jamás.

Esta vez fue Polly quien tomó la delantera. Había algo en esa habitación que le llamaba más la atención a ella que a Dígory: todas las figuras usaban suntuosos vestidos. Si es que te interesaba la ropa, no podías dejar de entrar para verlos más de cerca. Y el resplandor de sus colores hacía que la habitación fuera, no exactamente alegre, pero sí elegante y majestuosa después de todo el polvo y el vacío de las otras. Tenía más ventanas, también, y era muchísimo más clara.

Apenas puedo describir los trajes. Las figuras estaban todas vestidas de largo y llevaban coronas en sus cabezas. Sus trajes eran de color carmesí y gris plateado y púrpura profundo y vívido verde; y tenían diseños decorativos y dibujos de flores y bestias extrañas bordados en todas partes. Piedras preciosas de asombroso tamaño y brillo te contemplaban desde sus coronas y colgaban en cadenas de sus cuellos y se asomaban desde todos los lugares donde servían de broche.

—¿Por qué no se han deteriorado estos vestidos después de tanto tiempo? —preguntó Polly.

—Magia—murmuró Dígory—. ¿No la sientes? Apuesto a que esta sala está enteramente llena de encantamientos. Lo sentí desde que entramos.

—Cualquiera de estos vestidos debe costar cientos de libras —dijo Polly.

Pero a Dígory le interesaban más los rostros y, a decir verdad, eran dignos de ser examinados. La gente estaba sentada en sus sillas de piedra a ambos lados de la sala y no había muebles sobre el suelo en el centro. Podías caminar mirando las caras una por una.

—Era gente bonita, me parece —dijo Dígory.

Polly asintió. Todas las caras que alcanzaba a ver eran ciertamente bonitas. Tanto los hombres como las mujeres tenían aspecto bondadoso y sensato, y parecían pertenecer a una bella raza. Pero después de unos pocos pasos por la sala, los niños encontraron caras que les parecieron algo distintas. Eran rostros muy solemnes. Sentías que deberías tener mucho cuidado de no meter la pata si alguna vez encontrabas seres vivientes con esas caras. Al avanzar un poco más se vieron rodeados de rostros que no les gustaron; esto fue más o menos en la mitad de la sala. Aquí las caras tenían una expresión muy fuerte y orgullosa y feliz, pero cruel. Un poco más allá, eran más crueles. Y otro poco más allá, eran siempre crueles, pero ya no parecían felices. Eran incluso caras desesperadas: como si los seres a quienes pertenecían hubiesen hecho cosas atroces y además hubiesen tenido que soportar cosas atroces. La última de todas las figuras era la más interesante: una mujer vestida aun más lujosamente que las otras, muy alta (cada estatua

que había en aquella sala era más alta que la gente de nuestro mundo), con una mirada de tal ferocidad y orgullo que te quitaba el aliento. Y, sin embargo, era a la vez muy hermosa. Años más tarde, cuando ya era anciano, Dígory decía que jamás había visto una mujer tan hermosa en toda su vida. También es justo agregar que Polly siempre dijo que ella no le encontró ninguna belleza especial.

Esta mujer, como decía, era la última; pero había una cantidad de sillas vacías a continuación de ella, como si la sala hubiese sido proyectada para una colección de estatuas muchísimo más grande.

—Me encantaría saber la historia que hay detrás de todo esto —dijo Dígory—. Vamos allá a mirar esa especie de mesa que hay en el medio de la sala.

Lo que había en el medio de la sala no era exactamente una mesa. Era un pilar cuadrado de alrededor de un metro veinte de alto, sobre el cual se elevaba un pequeño arco dorado del que pendía una campanita de oro; colocado a su lado había un pequeño martillo de oro que servía para tocar la campana.

—¿Qué extraño..., qué extraño..., qué extraño... —dijo Dígory.

—Parece que hay algo escrito allí —señaló Polly, inclinándose para mirar el costado del pilar.

—Por Santa Tecla, parece que sí —dijo Dígory—. Pero claro que no vamos a ser capaces de leerlo.

—¿No seremos capaces? Yo no estoy tan segura —opinó Polly.

Ambos miraron con gran atención y, tal como tú esperabas, las letras grabadas en la piedra eran rarísimas. Pero de pronto sucedió algo maravilloso: mientras miraban, a pesar de que la forma de las extrañas letras no se alteró jamás, los niños se dieron cuenta de que podían entenderlas. Si Dígory hubiese recordado lo que él mismo había dicho pocos minutos antes de que el cuarto estaba encantado, habría adivinado que el hechizo empezaba a operar. Pero tenía demasiada curiosidad para pensar en eso. Ansiaba cada vez con más fuerza saber qué estaba escrito en el pilar. Y muy pronto ambos lo supieron. Lo que decía era algo así..., al menos este es el sentido aunque la poesía, cuando la leías allá, era mejor:

Escoge, aventurero desconocido:
golpea la campana y sométete a la aventura,
o pregúntate hasta la locura
qué hubiese entonces acontecido.

—¡Ni pensar! —exclamó Polly—. No queremos peligros.

—Pero ¿no te das cuenta de que es inútil? —dijo Dígory—. No podemos zafarnos de esto ahora. Estaríamos siempre preguntándonos qué habría pasado si hubiéramos golpeado la campana. No pienso regresar a casa para después volverme loco pensando en todo eso. ¡Ni soñarlo!

—No seas tonto —repuso Polly—. ¡Como si pudiéramos siquiera dudarlo! ¿Qué importa lo que hubiera pasado?

—Me figuro que cualquiera que llegue hasta este extremo no puede dejar de pensarlo hasta que se vuelve loco. Esa es la magia de esto, ves. Siento que está ya empezando a operar en mí.

—Bueno, en mí no —dijo Polly, malhumorada—. Y tampoco te creo que te esté pasando a ti. Estás exagerando.

—Es que tú no sabes nada —replicó Dígory—. Es porque eres una niña. Las niñas nunca quieren saber nada más que de chismes y bromas sobre noviazgos.

—Te pones igual a tu tío Andrés cuando hablas así —dijo Polly.

—¿Para qué te sales del tema? —dijo Dígory—. Lo que estamos diciendo es...

—¡Qué frase tan típica de hombres! —exclamó Polly con tono de persona grande; pero agregó bien apurada, con su voz verdadera—: ¡Y no me digas que hablo típicamente como una mujer, o serás un maldito imitador!

—Jamás se me pasaría por la mente llamar mujer a una mocosa como tú —respondió Dígory, con arrogancia.

—¡Ah!, ¿así que soy una mocosa, no? —dijo Polly, que ahora estaba realmente furiosa—. Bueno, no tendrás más la molestia de andar con una mocosa. Yo me voy. Estoy harta de este lugar. Y estoy harta de ti también..., ¡tú, grandísimo estúpido, petulante, porfiado!

—¡Córtala! —dijo Dígory, en un tono más antipático de lo que pretendía, porque vio que la mano de Polly se acercaba a su bolsillo para coger su Anillo amarillo.

No puedo disculpar lo que hizo en seguida, salvo decir que después lo lamentó de veras (al igual que muchos otros). Antes de que la mano de Polly llegara al bolsillo, él le cogió la muñeca, apoyando la espalda en su pecho. Luego, inmovilizando el otro brazo de ella con su codo, se inclinó hacia adelante, tomó el martillo y golpeó la campana de oro con un ligero y certero

golpe. Entonces la soltó y se separaron mirándose cara a cara, jadeantes. Polly comenzaba a llorar, no de miedo ni porque le había hecho doler tan atrozmente la muñeca, sino llena de la más furibunda cólera. Sin embargo, a los dos segundos tuvieron algo más en qué pensar, que los obligó a dejar de lado sus propias peleas.

En cuanto recibió el golpe, la campana emitió una nota, la nota más dulce que podrías imaginar, y no muy fuerte. Pero en vez de ir cesando, continuó; y al continuar fue haciéndose más fuerte. Antes de un minuto era el doble de fuerte de lo que fue al comienzo. Pronto era tan fuerte que si los niños trataran de hablar (pero en estos momentos no pensaban en hablar..., sólo permanecían inmóviles con la boca abierta) no se habrían escuchado uno al otro. Luego fue tan fuerte que no se habrían escuchado uno al otro incluso gritando. Y todavía seguía aumentando: en una sola nota, un sonido continuado y dulce, aunque la dulzura tenía en sí algo horrible, hasta que todo el aire de la inmensa sala vibraba con él y podían sentir como el suelo de piedra temblaba bajo sus pies. Por fin, de pronto, comenzó a mezclarse con otro sonido, un ruido vago y desastroso, al principio como el estruendo de un tren distante, y luego como el estrépito de un árbol al caer. Oyeron algo semejante a la caída de un enorme peso. Finalmente, en medio de repentinos estallidos y truenos, y un temblor que casi los botó, cerca de un cuarto del techo a un extremo de la sala se desmoronó, inmensos bloques de mampostería cayeron a su alrededor, y las paredes se balancearon. El ruido de la campana se extinguió. Se despejaron las nubes de polvo. Todo volvió a la calma.

Jamás se supo si la caída del techo se debió a la magia o si aquel sonido insoportablemente fuerte de la campana dio justo la nota que esas derrumbadas paredes no podía resistir.

—¡Ahí tienes! Espero que ahora estarás satisfecho —jadeó Polly.

—Bueno, ya pasó, de todos modos —repuso Dígory.

Y ambos creyeron que había pasado; pero nunca en sus vidas habían estado tan equivocados.

V
LA PALABRA DEPLORABLE

Los niños se miraban a través del pilar donde colgaba la campana temblando aún a pesar de que ya no daba una sola nota. De súbito escucharon un ruido suave proveniente del fondo de la sala que no había sido dañado. Rápidos como un relámpago, se volvieron a mirar qué era. Una de las figuras vestidas, la más lejana de todas, la mujer que Dígory encontraba tan bella, se estaba levantando de su silla. Cuando estuvo de pie, se dieron cuenta de que era mucho más alta de lo que habían creído. Y veías de inmediato, no sólo por su corona y por su manto, sino por el destello de sus ojos y por el gesto de sus labios, que era una reina importante. Ella miró a su alrededor y vio los daños de la sala y vio a los niños, pero por la expresión de su cara no podías adivinar qué pensaba de todo ello ni si estaba sorprendida. Avanzó con paso largo y ligero.

—¿Quién me ha despertado? ¿Quién ha roto el hechizo? —preguntó.

—Creo que debo haber sido yo —respondió Dígory.

—¡Tú! —exclamó la reina, poniendo la mano sobre su hombro..., una mano blanca y hermosa, pero Dígory sintió que era fuerte como tenazas de acero—. ¿Tú? Pero si eres sólo un niño, un simple niño. Cualquiera puede ver a la primera mirada que no tienes una gota de sangre real en tus venas. ¿Cómo ha osado alguien como tú penetrar en esta mansión?

—Vinimos de otro mundo; por magia —contestó Polly, que pensaba que ya era tiempo de más de que la Reina se fijara en ella tanto como en Dígory.

—¿Es verdad? —dijo la Reina, siempre con los ojos clavados en Dígory y sin dar una sola mirada a Polly.

—Sí, es verdad —repuso Dígory.

La Reina colocó su otra mano bajo la barbilla de Dígory, obligándolo a levantarla de modo que ella pudiese ver mejor su cara. Dígory trató de devolverle la mirada, pero pronto hubo de bajar los ojos. Había algo en los de ella que lo subyugaba. Después de examinarlo por más de un minuto, le soltó la barbilla y dijo:

—Tú no eres un mago. No tienes la marca. Debes ser solamente el criado de un mago. Es la magia de algún otro la que los ha hecho viajar hasta aquí.

—Fue mi tío Andrés —dijo Dígory.

En ese momento, no en la sala misma sino en algún otro lugar muy próximo, se sintió primero un ruido sordo, luego un crujido y después un estruendo de murallas y techos cayendo, y el suelo tembló.

—Hay gran peligro aquí —dijo la Reina—. Todo se está derrumbando. Si no salimos dentro de pocos minutos quedaremos sepultados bajo las ruinas.

Habló con tanta calma como si estuviera meramente diciendo qué hora era.

—Vengan —agregó, y tendió una mano a cada niño. Polly, a quien le disgustaba la Reina y, además, estaba resentida, no le habría permitido que tomara su mano, si hubiera podido evitarlo. Pero a pesar de que la Reina hablaba con mucha calma, sus movimientos eran rápidos como el pensamiento. Antes de que Polly entendiera lo que estaba sucediendo, su mano izquierda fue cogida por una mano mucho más grande y fuerte que la suya y no pudo impedirlo.

"Es una mujer terrible —pensó Polly—. Tiene fuerza como para quebrarme el brazo con sólo torcérmelo. Y ahora que me ha tomado la mano izquierda no puedo ponerme el Anillo amarillo. Y si tratara de alargar la mano derecha y meterla en mi bolsillo izquierdo, no alcanzaría a hacerlo antes de que ella me preguntara qué pretendía. Pase lo que pase, no debemos permitir que sepa lo de los Anillos. Espero que Dígory tenga la sensatez de quedarse con la boca cerrada. Ojalá pudiera hablar con él a solas".

La Reina los condujo fuera de la Sala de las Imágenes hasta un largo corredor y luego por un verdadero laberinto de salas y escaleras y patios. A cada instante escuchaban cómo se derrumbaban diferentes partes del enorme palacio, a veces muy cerca de ellos. Una vez un inmenso arco cayó retumbando sólo un momento después de que ellos lo habían atravesado. La Reina caminaba apresuradamente y los niños tenían que trotar para mantenerse a su paso, pero no mostraban señas de temor. Dígory pensaba: "Es maravillosamente valiente. Y fuerte. ¡Es lo que se llama una Reina! Espero que nos relate la historia de este lugar".

De hecho, les dijo algunas cosas mientras caminaban.

—Esa es la puerta a los calabozos —decía, o—: Ese pasadizo conduce a las principales salas de tortura —o bien—: Este era el antiguo salón de los banquetes donde mi bisabuelo ofreció un festín a setecientos nobles y los asesinó después de que hubieran bebido hasta la saciedad. Habían tenido intenciones de rebelarse.

Luego llegaron a una sala más grande e imponente que cualquiera de las que habían visto. Por su tamaño y por las enormes puertas al fondo, Dígory pensó que ahora al fin debían haber llegado a la entrada principal. Y

en esto sí que estaba en lo cierto. Las puertas eran negrísimas, de ébano o de algún metal negro que no se encuentra en nuestro mundo. Las cerraban grandes trancas, la mayoría demasiado altas para alcanzarlas y demasiado pesadas para levantarlas. Dígory se preguntaba qué harían para salir.

La Reina le soltó la mano y alzó su brazo. Se enderezó en toda su estatura y se quedó rígida. Luego dijo algo que ellos no pudieron entender (pero que sonaba horroroso) e hizo un gesto como si estuviese arrojando algo contra las puertas. Y aquellas altas y pesadas puertas temblaron por la fracción de un segundo como si fueran de seda y luego se derrumbaron hasta que no quedó nada más que un montón de polvo sobre el umbral.

—¡Pfiu! —silbó Dígory.

—¿Tiene tu amo el mago, tu tío, un poder como el mío? —le preguntó la Reina, asiendo firmemente la mano de Dígory otra vez—. Pero ya lo sabré más tarde. Entretanto recuerden lo que han visto. Esto es lo que les pasa a las cosas y a la gente que se ponen en mi camino.

Una luz mucho más clara que la que habían visto hasta ahora en ese sitio entraba a través de la puerta ahora abierta, y cuando la Reina los hizo cruzarla, no se sorprendieron de encontrarse al aire libre. El viento que les daba en la cara era frío y, sin embargo, no sé por qué era viciado. Se hallaban en una alta terraza y de allí contemplaban el amplio paisaje que se extendía a sus pies.

Muy abajo y cerca del horizonte colgaba un enorme sol rojo, mucho más grande que nuestro sol. Dígory pensó de inmediato que además era más viejo que el nuestro; era un sol cercano al fin de su vida, cansado de posar su mirada desdeñosa sobre aquel mundo. A la derecha del sol, y más arriba, había una estrella solitaria, grande y brillante. Eran las únicas dos cosas que se veían en ese cielo oscuro; formaban un tétrico grupo. Y en la tierra, en todas direcciones, hasta donde alcanzaban a ver, se extendía una vasta ciudad en la cual no se veía cosa viviente. Y todos los templos, torres, palacios, pirámides y puentes arrojaban sombras largas de aspecto catastrófico a la luz de aquel sol marchito. Alguna vez un gran río había atravesado la ciudad, pero hacía tiempo que el agua se había ido consumiendo y ahora era nada más que un ancho zanjón de polvo gris.

—Miren bien lo que ningún ojo volverá a ver —dijo la Reina—. Esta era Charn, la gran ciudad, la ciudad del Rey de Reyes, la maravilla del mundo, quizás de todos los mundos. ¿Gobierna tu tío una ciudad tan grandiosa como ésta, muchacho?

—No —respondió Dígory. Iba a explicarle que el tío Andrés no gobernaba ninguna ciudad, pero la Reina prosiguió.

—Está silenciosa ahora. Pero yo he estado aquí cuando el aire se llenaba de todos los ruidos de Charn; el peso de las pisadas, el crujido de las ruedas, el chasquido de los látigos y el gemir de los esclavos, el tronar de los carruajes y los tambores de sacrificio redoblando en los templos. He estado aquí (pero eso fue hacia el final) cuando el rugido de la batalla subió de cada una de las calles y el río de Charn se tornó rojo —hizo una pausa y agregó—: En un solo instante, una mujer lo aniquiló todo para siempre.

—¿Quién? —preguntó Dígory, con voz desmayada; pero ya había adivinado la respuesta.

—Yo —contestó la Reina—. Yo, Jadis, la última Reina, pero la Reina del Mundo.

Los dos niños se quedaron callados, tiritando en el viento helado.

—Fue por culpa de mi hermana —dijo la Reina—. Ella me obligó a hacerlo. ¡Que la maldición de todos los poderes caiga sobre ella eternamente! Yo estuve siempre dispuesta a hacer las paces..., sí, y también a perdonarle la vida si me hubiera cedido el trono. Pero no me lo cedió. Su orgullo ha destruido el mundo entero. Incluso después de comenzar la guerra hicimos la solemne promesa de que ningún bando usaría magia. Pero cuando ella rompió su promesa, ¿qué podía hacer yo? ¡Estúpida! Como si no supiera que yo poseía mucho más magia que ella. Hasta sabía que yo tenía el secreto de la Palabra Deplorable. ¿Habrá pensado, siempre fue una pusilánime, que yo no la iba a usar?

—¿Cuál era? —preguntó Dígory.

—Ese era el más secreto de los secretos —replicó la Reina Jadis—. Desde tiempos inmemorables los grandes reyes de nuestra raza supieron que había una palabra que, si se pronunciaba con las debidas ceremonias, podía destruir todo lo viviente, excepto a la persona que la pronunciaba. Pero los reyes de antaño eran débiles y blandos de corazón, y se comprometieron con grandes juramentos a que ni ellos ni los que los sucedieran jamás intentarían siquiera conocer esa palabra. Pero yo la aprendí en un lugar recóndito y pagué un precio terrible por ella. No la utilicé hasta que mi hermana me forzó a hacerlo. Luché y luché para vencerla por otros medios. Derramé la sangre de mis ejércitos como si fuera agua...

—¡Salvaje! —murmuró Polly.

—La gran batalla final —dijo la Reina— hizo estragos con incontenible violencia durante tres días aquí en la propia Charn. Durante tres días la contemplé desde este mismo sitio. No usé mi poder hasta que cayó el último de mis soldados, y hasta que la maldita mujer, mi hermana, a la cabeza de sus rebeldes, estuvo al medio de aquella escalera enorme que conduce de

la ciudad a la terraza. Entonces esperé hasta que estuvimos tan cerca que podíamos ver nuestros rostros. Ella me clavó sus horribles ojos malvados y dijo: “Victoria”. “Sí”, dije yo, “victoria, pero no tuya”. Y pronuncié la Palabra Deplorable. Un instante más tarde yo era el único ser viviente bajo el sol.

—¿Y la gente? —jadeó Dígory.

—¿Qué gente, muchacho? —preguntó la Reina.

—Toda la pobre gente —replicó Polly— que no te había hecho nunca ningún daño. Y las mujeres, y los niños, y los animales.

—¿No entiendes? —dijo la Reina (todavía dirigiéndose a Dígory)—. Yo era la Reina. Ellos eran mi gente. ¿Para qué otra cosa estaban allí sino para hacer mi voluntad?

—Bastante mala suerte tuvieron, a pesar de todo —comentó Dígory.

—Me olvidé de que tú eres solamente un niño común y corriente. ¿Cómo podrías entender las razones de Estado? Tienes que aprender, niño, que lo que sería incorrecto para ti o para cualquiera persona común, no lo es para una gran Reina como yo. Llevamos el peso del mundo sobre nuestros hombros. Debemos estar liberadas de todas las reglas. El nuestro es un destino superior pero solitario.

Dígory recordó súbitamente que el tío Andrés había usado exactamente las mismas palabras. Pero sonaban mucho más grandiosas cuando las decía la Reina Jadis; tal vez porque el tío Andrés no medía dos metros de estatura ni era deslumbrantemente hermoso.

—¿Y entonces qué hiciste? —preguntó Dígory.

—Yo había ya lanzado fuertes hechizos en la sala donde estaban las imágenes de mis ancestros. Y la fuerza de aquellos hechizos consistía en que yo debía dormir en medio de ellos, como una imagen más, sin necesidad de alimento ni fuego, aunque pasaran mil años, hasta que alguien llegase y tocara la campana y me
despertara.

—¿Fue la Palabra Deplorable la que puso así el sol? —preguntó Dígory.

—¿Así como qué? —preguntó a su vez Jadis. —Tan grande, tan rojo y tan helado. —Siempre ha sido así —repuso Jadis—. Al menos, por cientos de miles de años. ¿Tienen ustedes una clase diferente de sol en vuestro mundo?

—Sí, es más chico y más amarillo. Y da muchísimo más calor.

La Reina dejó oír un larguísimo "¡A...a...ah!" Y Dígory vio en su rostro la misma mirada ávida y codiciosa que había visto últimamente en el de su tío Andrés.

—Entonces —dijo—, tu mundo es más joven.

Ella calló por un momento, miró una vez más la ciudad desierta —y si se arrepentía del mal que había hecho no lo demostró— y luego dijo:

—Bueno, vámonos ya. Hace frío aquí al final de todos los tiempos.

—¿Dónde iremos? —preguntaron los niños.

—¿Dónde? —repitió Jadis, sorprendida—. A tu mundo, por supuesto.

Polly y Dígory se miraron uno al otro, espantados. A Polly le había desagradado la Reina desde el principio; y aun Dígory, ahora que había escuchado la historia, pensaba que ya la había visto mucho más de lo que hubiera querido. Ella no era, ciertamente, la clase de persona que uno quisiera llevar a casa. E incluso si hubieran querido, no sabrían cómo hacerlo. Lo que deseaban era escapar; pero Polly no podía sacar su Anillo y, por supuesto, Dígory no se iría sin ella. Dígory se puso colorado y tartamudeó:

—Oh... ah... nuestro mundo. No s...s...sabía que quisieras ir allá.

—¿Para qué otra cosa los enviaron sino para venir a buscarme a mí? —preguntó Jadis.

—Estoy seguro de que no te gustaría nada nuestro mundo —dijo Dígory—. No es su tipo de mundo, ¿no es cierto, Polly? Es muy aburrido; no vale la pena conocerlo, realmente.

—Pronto valdrá la pena verlo, cuando yo lo gobierne —contestó la Reina.

—Pero es que no podrás —insistió Dígory—. No es tan fácil. No te lo permitirán, créeme.

La Reina lo miró con una sonrisa despectiva.

—Muchos grandes reyes —dijo— pensaron que podían enfrentarse a la Casa de Charn. Pero todos cayeron, y hasta sus nombres han sido olvidados. ¡Niño estúpido! ¿Crees que yo, con mi belleza y mi magia, no tendré a tu mundo entero a mis pies antes de que pase un año? Preparen sus conjuros y llévenme allí de inmediato.

—Esto es lo más espantoso que hay —dijo Dígory a Polly.

—Quizás tienes miedo por ese tío tuyo —continuó Jadis—. Pero si me honra como es debido, conservará su vida y su trono. No iré a pelear contra él. Debe ser un gran mago, ya que ha encontrado la manera de enviarte hasta acá. ¿Es el rey de todo tu mundo o de sólo una parte?

—No es el rey de ninguna parte —repuso Dígory.

—Mientes —dijo la Reina—. ¿No va la magia siempre unida a la sangre real? ¿Quién escuchó alguna vez decir que la gente común sepa de magia? Puedo ver la verdad, así la digas o no. Tu tío es el gran Rey y el gran Hechicero de tu mundo. Y por sus artes mágicas ha visto la sombra de mi rostro, en algún espejo mágico o en algún estanque encantado; y, enamorado de mi belleza, ha formulado un potente hechizo que ha remecido tu mundo hasta sus cimientos y te ha enviado a través del inmenso golfo entre mundo y mundo a pedirme que por favor te deje llevarme a él. Respóndeme: ¿no es así como ha pasado?

—Bueno, no exactamente —respondió Dígory.

—¡No exactamente! —gritó Polly—. Pero si son puras tonterías, de principio a fin.

—¡Insolente! —vociferó la Reina, volviéndose furiosa hacia Polly y tirándole el pelo en la parte de arriba de la cabeza, donde más duele. Pero al hacerlo soltó las manos de ambos niños.

—¡Ahora! —gritó Dígory.

—¡Rápido! —gritó Polly.

Metieron sus manos izquierdas en los bolsillos. No tuvieron necesidad de ponerse siquiera los Anillos. En cuanto los tocaron, todo aquel mundo triste desapareció de su vista. Subían a toda velocidad y se acercaban a una cálida luz verde.

VI
EL COMIENZO DE LAS DESVENTURAS DEL TIO ANDRES

—¡Suéltame, suéltame! —gritaba Polly.

—¡Ni siquiera te estoy tocando! —protestó Dígory.

Luego sus cabezas emergieron de la poza y, una vez más, los envolvió la asoleada quietud del Bosque entre los Mundos, que parecía estar más delicioso y tibio y apacible que nunca después de la ranciedad y las ruinas del lugar que acababan de abandonar. Creo que si hubieran tenido la oportunidad, nuevamente habrían olvidado quiénes eran y de dónde venían, y se habrían recostado y se habrían entretenido, medio adormilados, escuchando crecer los árboles. Pero esta vez había algo que los mantenía totalmente despiertos: pues junto con salir al pasto, se dieron cuenta de que no estaban solos. La Reina, o la Bruja (como quieras llamarla), había subido con ellos, aferrada firmemente del cabello de Polly. Por eso Polly había gritado " ¡Suéltame!"

Esto probó, digámoslo francamente, que había otra cosa sobre los Anillos que el tío Andrés no le había dicho a Dígory, porque él mismo no lo sabía. Para saltar de mundo en mundo usando uno de esos Anillos no es necesario que lo lleves puesto o que lo toques tú mismo; basta con que toques a alguien que lo está tocando. De ese modo actúan como un imán; y todos saben que si recoges un alfiler con un imán, recogerás también cualquier otro alfiler que esté en contacto con el primero.

Claro que ahora en el bosque la Reina Jadis se veía diferente. Estaba mucho más pálida que antes; tan pálida que apenas le quedaba algo de su hermosura. Se había encorvado y parecía que le costaba respirar, como si el aire de aquel lugar la sofocara. Ninguno de los niños le tuvo miedo ahora.

—¡Suéltame! Suéltame el pelo —dijo Polly—. ¿Qué pretendes?

—¡Oye! Suéltale el pelo. De inmediato —ordenó Dígory.

Se le fueron los dos encima y forcejearon con ella. Eran más fuertes y en pocos segundos la obligaron a soltarlo. Retrocedió tambaleándose, jadeante, y en sus ojos asomó una mirada de terror.

—¡Rápido, Dígory! —dijo Polly—. Cambia los Anillos y a la poza del regreso.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Piedad! —gritó la Bruja, con voz apagada, tambaleándose en pos de ellos—. Llévenme con ustedes. No es posible que piensen dejarme en este horrible lugar. Me está matando.

—Es una razón de Estado —dijo Polly, malévolamente—. Como cuando mataste a toda esa gente de tu propio mundo. Apúrate, Dígory.

Ya se habían puesto los Anillos verdes, pero Dígory dijo:

—¡Qué atroz! ¿Qué deberíamos hacer? —no podía evitar sentir un poco de lástima por la Reina.

—No seas burro —dijo Polly—. Te apuesto diez a uno que ella está sólo fingiendo. Ven, por favor.

Y entonces los niños se sumergieron en la poza.

"Qué bueno fue haber dejado esa señal", se dijo Polly.

Pero cuando saltaron, Dígory sintió que un dedo y un pulgar largos y fríos le apretaban una oreja. Y a medida que se hundían y que las confusas formas de su propio mundo comenzaban a aparecer, la presión de aquellos dedos se hacía más fuerte. Aparentemente, la Bruja iba recuperando sus fuerzas. Dígory luchó y lanzó patadas, pero no sirvió de nada. Al poco rato se encontraron en el estudio del tío Andrés; y allí estaba el tío Andrés, contemplando aquella maravillosa criatura que Dígory había traído de más allá del mundo.

Y hacía bien en contemplarla. Dígory y Polly también la contemplaban. No cabía duda de que la Bruja se había repuesto de su desmayo; y ahora que la veías en este mundo, rodeada de cosas normales, sencillamente te dejaba sin aliento. En Charn había sido bastante alarmante; en Londres, era terrorífica. En primer lugar, hasta este momento no se habían dado cuenta de lo grande que era. "Casi no es humana" fue lo que pensó Dígory al mirarla; y debe haber tenido razón, pues dicen que la familia real de Charn tiene sangre de gigantes. Pero hasta su estatura era nada comparada con su belleza, su ferocidad y su braveza. Parecía estar diez veces más viva que la mayoría de la gente que uno se topa en Londres. El tío Andrés hacía reverencias y se sobaba las manos y tenía aspecto, a decir verdad, de estar sumamente asustado. Parecía un enanito al lado de la Reina. Y, sin embargo, como diría Polly más tarde, había una cierta semejanza entre la cara de la Bruja y la suya, algo en la expresión. Era la mirada que todos los magos malvados tienen, la "Marca" que Jadis dijo no encontrar en la cara de Dígory. Lo bueno de verlos a ambos juntos fue que nunca más le tendrías miedo al tío Andrés, como no podrías tenerle miedo a un gusano después de haberte encontrado con una serpiente cascabel, o como no podrías tenerle miedo a una vaca después de haberte enfrentado a un toro furioso.

"¡Puf! —pensó Dígory para sí—. ¡El, un mago! ¡Qué se ha creído! Ella es la verdadera maga".

El tío Andrés seguía sobándose las manos y haciendo reverencias. Trataba de decir algo muy cortés, pero se le había secado tanto la boca que no podía hablar. Su "experimento" con los Anillos, como él lo llamaba, resultaba más exitoso de lo que hubiese querido: pues aunque era aficionado a la magia desde hacía años, siempre había dejado los peligros (en la medida en que uno puede) a otras personas. Jamás le había sucedido antes algo semejante.

Entonces Jadis habló, no muy fuerte, pero había algo en su voz que hacía que todo el cuarto trepidara.

—¿Dónde está el Mago que me ha traído a este mundo?

—¡Ah..., ah...!, señora —resolló el tío Andrés—. Tengo el alto honor..., me alegro profundamente..., el placer más inesperado..., si sólo hubiera tenido la ocasión de hacer algunos preparativos..., yo..., yo...

—¿Dónde está el Mago, idiota? —dijo Jadis.

—Soy..., soy yo, señora. Espero que perdonará cualquiera... ee... familiaridad que se hayan tomado estos picaros niños. Le aseguro que no tenía ninguna intención...

—¡Tú! —exclamó la Reina, en un tono aún más terrible.

Luego, de una sola zancada, atravesó la sala, agarró un buen mechón del canoso cabello del tío Andrés y le echó hacia atrás la cabeza, de manera que su rostro mirara directamente al suyo. Examinó su cara tal como había examinado la de Dígory en el palacio de Charn. El parpadeaba y se pasaba nerviosamente la lengua por los labios. Finalmente lo soltó, tan de repente, que se fue a estrellar tambaleándose contra la pared.

—Ya veo —dijo desdeñosamente—, eres un mago... bastante insignificante. Párate, perro, y no te quedes echado en el suelo como si estuvieras hablando con tus iguales. ¿Cómo has llegado a saber de magia? Tú no eres de sangre real, podría jurarlo.

—Bueno..., ee..., tal vez en el sentido estricto —tartamudeó el tío Andrés—. No exactamente real, señora. Sin embargo, los Ketterley somos una familia muy antigua. Una antigua familia de Dorsetshire, señora.

—¡Silencio! —dijo la Bruja—. Ya sé lo que eres. Eres un mísero mago de poca monta que practica lo que ha aprendido en instrucciones y libros. No hay verdadera magia en tu sangre ni en tu corazón. Tu especie se extinguió en mi mundo hace miles de años. Pero aquí te permitiré ser mi criado.

—Estaría muy contento..., encantado de poder servirla..., u...u...un pla...placer, se lo aseguro.

—¡Silencio! Hablas demasiado. Escucha: esta es tu primera tarea. Me doy cuenta de que estamos en una ciudad grande. Consígueme de inmediato un carruaje o una alfombra voladora o un dragón bien amaestrado o cualquiera cosa que sea lo habitual en este país para la gente de la realeza y de la nobleza. En seguida, llévame a sitios donde pueda comprar vestidos y joyas y esclavos apropiados a mi rango. Mañana comenzaré la conquista del mundo.

—I...i...iré en el acto a llamar un coche de alquiler —jadeó el tío Andrés.

—Detente —dijo la Bruja, justo cuando él llegaba a la puerta—. Ni sueñes en traicionarme. Mis ojos pueden ver a través de las murallas y dentro de la mente de los hombres. Te seguirán por dondequiera que vayas. Al primer signo de desobediencia lanzaré contra ti tales hechizos que cualquiera parte donde te sientes será como acero candente y dondequiera que te acuestes habrá bloques de hielo a tus pies. Y ahora, vete.

El anciano salió como un perro con la cola entre las piernas.

Los niños temían que ahora Jadis les dijera algo sobre lo que había pasado en el bosque. Mas, sin embargo, ella jamás lo mencionó ni entonces ni después. Yo creo (y Dígory también lo cree) que tenía una mente incapaz de recordar ese lugar apacible; por mucho que la llevaras allá frecuentemente y la dejaras ahí largo tiempo, no lograría saber nada de él. Ahora que se había quedado sola con los niños, no les prestó la menor atención a ninguno de los dos. Y eso era muy propio de ella también. En Charn había ignorado a Polly (hasta el último), porque era a Dígory a quien ella quería utilizar. Ahora que tenía al tío Andrés, no tomaba en cuenta a Dígory. Me imagino que la mayoría de las brujas serán así. No se interesan en cosas o en personas a menos que puedan utilizarlas; son terriblemente prácticas. De modo que hubo silencio en la sala durante un par de minutos. Pero por la manera en que Jadis golpeaba con el pie en el suelo, te dabas cuenta de que comenzaba a impacientarse.

De pronto dijo, como para sí misma:

—¿Qué estará haciendo ese viejo tonto? Debí haber traído un látigo.

Salió con paso majestuoso en busca del tío Andrés, sin dar ni una mirada a los niños.

—¡Puf! —exclamó Polly, dejando escapar un largo suspiro de alivio—. Y ahora, me voy a casa. Es atrozmente tarde. ¡Me va a llegar!

—Está bien, pero vuelve lo antes que puedas —dijo Dígory—. Es simplemente espeluznante tenerla aquí. Tenemos que idear algún plan.

—Eso depende de tu tío ahora —dijo Polly—. Fue él quien empezó todo este enredo de jugar a la Magia.

—Como sea, ¿volverás, no es cierto? ¡Demonios, no me puedes dejar solo en un lío como éste!

—Me iré a casa por el túnel —respondió Polly, en un tono más bien frío—. Es el camino más rápido. Y si quieres que vuelva, ¿no sería mejor que dijeras que te arrepientes?

—¿Arrepentirme? —exclamó Dígory—. ¡Dime si eso no es típico de las niñas! ¿Qué he hecho yo?

—¡Oh!, nada, por supuesto —replicó Polly, sarcásticamente—. Sólo que casi me torciste la muñeca en esa sala de las figuras de cera, como un cobarde peleador. Sólo que tocaste la campana con el martillo, como un tonto idiota. Sólo que regresaste al bosque para que ella tuviera tiempo de aferrarse a ti antes de que saltáramos a nuestra poza. Eso es todo.

—¡Oh! —dijo Dígory muy sorprendido—. Bueno, muy bien, diré que me arrepiento. Y en realidad siento mucho lo que pasó en la sala de las figuras de cera. Ahí tienes: ya dije que lo siento. Y ahora, sé buena y vuelve. Me veré en un problema horrendo si no vuelves.

—No veo qué es lo que te va a pasar a ti. Es el señor Ketterley el que se va a sentar en sillas de acero al rojo y el que tendrá hielo en su cama, ¿no es así?

—No se trata de ese tipo de cosas —dijo Dígory—. Lo que me preocupa es mi madre. Suponte que esa criatura entre en su pieza. Le daría un susto mortal.

—¡Ah!, ya veo —dijo Polly con un tono de voz muy diferente—. Está bien. No discutamos más. Volveré... si es que puedo. Pero ahora debo irme.

Y se fue reptando por la puertecita del túnel; y ese lugar oscuro en medio de las vigas que les había parecido tan emocionante y peligroso hacía unas pocas horas, ahora le parecía sumamente aburrido y sin atractivo.

Y en este punto es preciso volver con el tío Andrés. Su pobre y viejo corazón latía desordenadamente mientras bajaba haciendo eses por la escalera del desván y se enjugaba repetidamente la frente con un pañuelo. Cuando llegó a su dormitorio, que estaba en el piso de abajo, se encerró con llave. Y lo primero que hizo fue buscar a tientas en su ropero una botella y una copa que siempre escondía allí, donde la tía Letty no podría encontrarlas. Se sirvió una copa llena de algún repugnante licor de los que les gusta a los mayores y se lo bebió de un solo trago. Después lanzó un hondo suspiro.

“¡Por mi honor! —se dijo—. Estoy tremendamente perturbado. ¡Esto es muy desconcertante! ¡Y a estas altura de mi vida!”

Se sirvió una segunda copa y se la bebió; luego empezó a cambiarse ropa. Nunca has visto ropa como aquélla, pero yo la recuerdo muy bien. Se puso un cuello almidonado, muy alto e impecable, de esos que te hacen tener la barbilla en alto todo el tiempo. Se puso un chaleco blanco con dibujos y se colgó su reloj de oro atravesado por delante. Se puso su mejor levita, la que guardaba para los casamientos y los funerales. Sacó su mejor sombrero de copa y lo escobilló. Había un florero con flores (puesto por la tía Letty) sobre el velador; tomó una y la colocó en su ojal. Sacó un pañuelo limpio (uno precioso, de los que no se pueden comprar hoy en día) del cajoncito de la izquierda y le echó unas gotas de perfume. Tomó su monóculo, con su gruesa cinta negra, y se lo ajustó al ojo; después se miró al espejo.

Los niños tienen sus tonteras, como tú sabes, y los grandes tienen las suyas. En estos momentos el tío Andrés comenzó a hacer tonteras al estilo de los grandes. Ahora que la Bruja no estaba con él en la misma habitación, se olvidó rápidamente del susto que lo había hecho pasar y se puso a pensar más y más en su maravillosa belleza. Se repetía a cada instante: “Una mujer divina, sí señor, una mujer absolutamente divina. Una criatura soberbia”. Se las había arreglado de algún modo para olvidar que fueron los niños quienes habían encontrado esta “criatura soberbia”: se convenció de que había sido él quien, gracias a sus artes mágicas, la había hecho venir de mundos ignotos.

“Andrés, hijo mío —dijo para sí mismo, mirándose al espejo—, eres un tipo endiabladamente bien conservado para tu edad. Un hombre de aspecto distinguido, sí señor”.

Y es que el viejo necio empezaba realmente a imaginarse que la Bruja se enamoraría de él. Es probable que el par de tragos tuviera algo que ver en esto, y también el tener puestas sus mejores galas. Pero, como sea, era vanidoso como un pavo real; por eso se había dedicado a mago.

Abrió la puerta, fue al piso bajo, mandó a la criada a buscar un cabriolé (todo el mundo tenía montones de sirvientes en aquellos días) y se asomó al salón. Allí, tal como lo esperaba, encontró a la tía Letty. Estaba arrodillada parchando afanosamente un colchón extendido en el suelo junto a la ventana.

—¡Ah!, Leticia querida —dijo el tío Andrés—, tengo..., ah..., tengo que salir. Préstame unas cinco libras, sé buena ñiña (“ñiña” era su manera de decir niña).

—No, querido Andrés —dijo tía Letty con su voz firme y serena, sin levantar la vista de su trabajo—. Te he dicho incontables veces que no te prestaré dinero.

—Hazme el favor de no ponerte difícil, mi querida ñiña —dijo el tío Andrés—. Es muy importante. Me pondrás en una situación endemoniadamente violenta si no me lo prestas.

—Andrés —repuso tía Letty, mirándolo fijamente a la cara—, me asombra que no te dé vergüenza pedirme dinero a mí.

Había toda una larga y aburrida historia típica de adultos detrás de esas palabras. Basta que sepas que el tío Andrés, entre “administrarle los asuntos financieros a la querida Letty”, y no trabajar jamás en ninguna cosa, y acumular abultadas cuentas en coñac y cigarros (que tía Letty pagaba una y otra vez), la había dejado muchísimo más pobre de lo que era treinta años atrás.

—Mi querida ñiña —dijo el tío Andrés—, no comprendes. Voy a tener unos gastos bastante inesperados hoy día. Tengo que hacer una pequeña atención. Vamos, no seas pesada.

—¿Y a quién, te ruego que me digas, vas a atender tú, Andrés? —preguntó tía Letty.

—A...acaba de llegar una visita extremadamente distinguida.

—¡Distinguidas tonterías! —repuso tía Letty—. No ha sonado la campana desde hace horas.

En ese momento la puerta se abrió súbitamente de par en par. La tía Letty miró y, con gran asombro, vio que una enorme mujer, espléndidamente ataviada, con sus brazos desnudos y ojos llameantes, estaba de pie en el umbral. Era la Bruja.

VII
LO QUE SUCEDIO EN LA PUERTA DE ENTRADA

—Y bien, esclavo, ¿hasta cuándo voy a esperar mi carruaje? —tronó la Bruja.

Presa de terror, el tío Andrés se hizo a un lado, encogido y tembloroso. Ahora que estaba verdaderamente en su presencia, todas las absurdas ideas que se le ocurrieron mientras se miraba al espejo se esfumaron poco a poco. En cambio tía

Letty se incorporó inmediatamente y se paró en el centro del salón.

—¿Y quién es esta joven, Andrés, se podría saber? —dijo en tono muy frío.

—Distinguida extranjera..., ppp...persona muy importante —tartamudeó él.

—¡Estupideces! —exclamó tía Letty, y volviéndose hacia la Bruja, agregó—: sal de mi casa en este mismo momento, picara sinvergüenza, o haré llamar a la policía.

Creía que la Bruja venía de algún circo y no aprobaba sus brazos desnudos.

—¿Quién es esa mujer? —dijo Jadis—. Arrodíllate, sierva, antes de que te haga volar en mil pedazos.

—Nada de palabras groseras en esta casa, si me hace el favor, joven —dijo tía Letty.

Al instante, según le pareció al tío Andrés, la Reina se irguió y creció a una estatura mucho más alta. Sus ojos despedían llamas; extendió súbitamente un brazo con el mismo gesto y las mismas palabras que sonaban tan horribles con las que había convertido en polvo las puertas del palacio de Charn. Pero lo único que sucedió fue que tía Letty, pensando que aquellas palabras horribles pretendían ser dichas en inglés, dijo:

—Ya me lo figuraba. La mujer está borracha. ¡Borracha ! No puede ni hablar con claridad.

Debe haber sido un momento terrible para la Bruja cuando comprendió de súbito que su poder para volver polvo a la gente, que había sido muy real en su propio mundo, no funcionaba en el nuestro. Pero no perdió su sangre fría ni por un segundo. Sin perder el tiempo en lamentar su

desilusión, se abalanzó contra la tía Letty, la cogió por el cuello y por las rodillas, la levantó por encima de su cabeza como si pesara menos que una muñeca, y la arrojó al otro lado de la habitación. Cuando aún la tía Letty volaba por los aires, la criada (que estaba disfrutando de una mañana fascinantemente emocionante) asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Permiso, señor, ya llegó el "cabriolé".

—Guíame, esclavo —dijo la Bruja, dirigiéndose al tío Andrés.

El empezó a murmurar algo sobre "una violencia lamentable..., debo realmente protestar", pero a una simple mirada de Jadis se quedó mudo. Ella lo obligó a salir de la habitación y de la casa; y Dígory alcanzó a bajar las escalas corriendo justo a tiempo para ver que la puerta de entrada se cerraba tras ellos.

—¡Caracoles! —exclamó—. Anda suelta por todo Londres. Y con el tío Andrés. Quisiera saber qué ira a pasar ahora.

—¡Ay!, don Dígory —dijo la criada (para quien éste era un día verdaderamente maravilloso)—, creo que la señorita Ketterley se ha lastimado.

Ambos corrieron al salón para saber qué había pasado.

Si la tía Letty hubiera caído en las tablas o incluso sobre la alfombra, supongo que se habría quebrado todos los huesos, pero, con una suerte inmensa, cayó sobre el colchón. La tía Letty era una anciana muy tenaz; así eran generalmente las tías en aquellos días. Después de tomar un poco de sales y quedarse sentada breves minutos, dijo que no le había pasado nada, fuera de algunos moretones. Muy pronto asumió el mando de la situación.

—Sara —dijo a la criada (que nunca antes lo había pasado tan bien)—, ve de inmediato a la policía y diles que hay una lunática peligrosa que anda suelta. Yo misma le llevaré su almuerzo a la señora Kirke.

La señora Kirke era, por supuesto, la madre de Dígory.

Cuando se le hubo servido el almuerzo a su madre, Dígory y tía Letty almorzaron también. Después de lo cual él se sumió en profunda meditación.

El problema era cómo devolver a la Bruja a su propio mundo, o como fuera sacarla del nuestro lo antes posible. Suceda lo que suceda, no debe permitírsele andar como loca desbocada por la casa. Su mamá no debe verla. Y, si fuera posible, tampoco debe permitírsele a la Bruja andar como loca desbocada por todo Londres. Dígory no estaba en el salón cuando ella trató de "pulverizar" a tía Letty, pero la había visto cuando "pulverizó" las puertas en

Charn, de manera que conocía sus terribles poderes y no sabía que hubiera perdido alguno de ellos al entrar en nuestro mundo. Y sabía que ella pretendía conquistarlo. En estos momentos, a su modo de entender, debía estar haciendo añicos el Palacio de Buckingham o el Parlamento; y era casi seguro que un buen número de policías debían haber sido reducidos a un montón de polvo. Y aparentemente no había nada que él pudiera hacer al respecto.

"Pero parece que los Anillos actúan como imán —pensó Dígory—. Si solamente lograra tocarla y luego ponerme el amarillo, llegaríamos los dos al Bosque entre los Mundos. ¿Se irá a desmayar allá otra vez? ¿Será algo que le produce ese lugar, o será solamente la conmoción de ser arrancada de su propio mundo? Pero creo que tendré que correr ese riesgo. ¿Y cómo voy a encontrar a esa fiera? No creo que la tía Letty me deje salir, a menos que le diga dónde voy. Y no me quedan más que algunas monedas. Necesitaría cualquier cantidad de dinero para buses y tranvías si me pongo a buscarla por todo Londres. De todas maneras, no tengo ni la más remota idea de dónde buscarla. Me pregunto si el tío Andrés estará aún con ella."

Al final consideró que la única cosa que podía hacer era esperar con la ilusión de que el tío Andrés y la Bruja regresarían. Si lo hacían, tendría que correr a sujetar a la Bruja y ponerse su Anillo amarillo antes de que ella tuviera la oportunidad de entrar a la casa. Lo que significaba que tendría que vigilar la puerta de entrada como un gato que monta guardia ante la cueva de un ratón; no se atrevería a abandonar su puesto ni por un segundo. Fue, por lo tanto, al comedor y "pegó su cara", como dicen, a la ventana. Era un bow-window[2] desde el cual veías los peldaños hasta la puerta de entrada y podías también ver la calle de arriba abajo, de modo que nadie llegaba a la puerta sin que tú lo supieras.

—¿Qué estará haciendo Polly? —se preguntaba Dígory.

Pensó mucho sobre esto mientras la primera media hora avanzaba con su lento tictac. Pero tú no necesitas preguntártelo, pues yo te lo voy a decir. Había llegado a casa atrasada para el almuerzo con sus zapatos y calcetines sumamente mojados. Y cuando le preguntaron dónde había estado y qué era lo que había estado haciendo, dijo que había salido con Dígory Kirke. Ante más preguntas, dijo que se había mojado los pies en una poza de agua y que esa poza estaba en un bosque. Al preguntársele dónde estaba el bosque, dijo que no lo sabía. Al preguntársele si estaba en uno de los parques, dijo con bastante veracidad que suponía que debía ser en una especie de parque. Con todo esto, la madre de Polly se formó la idea de que Polly había salido sin decir nada a nadie y había ido a alguna parte de Londres que no conocía, y que había estado en algún parque desconocido y que se había divertido saltando en los charcos. En consecuencia, se le dijo que se había portado realmente muy mal y que no se le permitiría volver a jugar con "ese niño Kirke" nunca más si algo semejante ocurría nuevamente. Luego le dieron su

2 *Bow-window*: Ventana que sobresale de la muralla de una casa hacia el exterior.

almuerzo, pero sin postre ni ninguna cosa rica, y la mandaron a la cama por dos horas enteras. Esto era algo que le pasaba a uno muy a menudo en aquellos tiempos.

De modo que mientras Dígory miraba por la ventana del comedor, Polly estaba acostada en cama, y ambos pensaban cuan terriblemente lento podía pasar el tiempo. Yo, por mi parte, hubiera preferido estar en el lugar de Polly. Ella sólo tenía que esperar que terminaran sus dos horas; en cambio Dígory a cada minuto podía escuchar un coche o la camioneta de la panadería o el muchacho de la carnicería doblando la esquina y pensar: “Aquí viene”, y luego encontrarse con que no era ella. Y en medio de esas falsas alarmas, por lo que parecían ser horas y horas, el reloj seguía dando su tictac y una enorme mosca, allá en lo alto y fuera de su alcance, zumbaba golpeándose contra la ventana. Esta era una de esas casas que se vuelven muy silenciosas y aburridas en las tardes y que siempre huelen a cordero.

Durante su larga vigilancia y espera sucedió una sola pequeña cosa que mencionaré, porque originó algo importante después. Vino una señora trayendo uvas para la mamá de Dígory; y como la puerta del comedor estaba abierta, Dígory no pudo evitar escuchar lo que la tía Letty y la señora conversaban en el vestíbulo.

—¡Qué uvas tan lindas! —se escuchó la voz de la tía Letty—. Estoy segura de que si hay algo que pudiera hacerle bien serían estas uvas. Pero ¡mi pobrecita querida Mabel! Me temo que se necesitaría fruta de la Tierra de la Juventud para ayudarla ahora. Nada de este mundo le serviría.

Luego ambas bajaron la voz y siguieron hablando sin que él pudiera oírlas.

Si hubiese oído ese pedacito de conversación sobre la Tierra de la Juventud unos pocos días atrás, habría pensado que la tía Letty hablaba sin querer decir algo en especial, como siempre hacen los mayores, y no le habría prestado atención. Prácticamente pensó lo mismo en esta ocasión. Pero de repente se le ocurrió la idea de que ahora él sabía (incluso si la tía Letty no) que era cierto que había otros mundos y que él mismo había estado en uno de ellos. Pensándolo así, tendría que haber una verdadera Tierra de la Juventud en alguna parte. Tendría que haber cualquier cosa. ¡Tendría que haber una fruta en algún otro mundo que pudiera de verdad sanar a su madre! Y ¡oh, oh...! Bueno, tú sabes lo que se siente cuando empiezas a esperar que suceda algo que deseas con todo tu corazón; casi luchas contra la esperanza, porque es demasiado buena para ser verdad; has tenido antes tantas desilusiones. Así se sentía Dígory. Pero no servía de nada tratar de acallar esta esperanza. Podría... verdaderamente, verdaderamente, podría ser realidad. Ya habían pasado tantas cosas extrañas. Y él tenía los Anillos mágicos. Debía haber mundos a los que pudieras llegar por cualquiera de las pozas del bosque. Podría recorrerlos todos. Y de pronto... mamá sana otra vez. Todo bien otra

vez. Se olvidó completamente de vigilar a la Bruja. Su mano ya iba hacia el bolsillo donde guardaba el Anillo amarillo, cuando repentinamente escuchó el ruido de un galope.

"¡Hola! ¿Qué fue eso? —pensó Dígory—. ¿El carro de los bomberos? ¿Cuál casa se estará incendiando? Dios mío, viene hacia acá. Pero ¡si es Ella!"

No necesito decirte a quien se refería por Ella.

Primero llegó el cabriolé. No había nadie en el asiento del conductor. Arriba del techo..., no sentada, sino de pie sobre el techo, balanceándose con perfecto equilibrio, en tanto que el coche doblaba la esquina a toda velocidad con una rueda en el aire, iba Jadis, la Reina de las Reinas y el Terror de Charn. Mostrando los dientes, con sus ojos resplandecientes como el fuego, y con su larga cabellera ondeando tras ella como la cola de un cometa. Azotaba al caballo sin piedad. Las aletas de las narices del caballo estaban muy abiertas y rojas y sus ijares salpicados de espuma. Galopaba locamente hacia la puerta de entrada, esquivando por milímetros el farol, y luego se paró, encabritado, en las dos patas traseras. El coche chocó contra el farol y se hizo pedazos. La Bruja, dando un magnífico brinco, había saltado justo a tiempo y aterrizado sobre el lomo del caballo. Se afirmó a horcajadas y se inclinó hacia adelante, susurrando cosas en su oído. Deben haber sido cosas expresamente destinadas no a aquietarlo, sino a enloquecerlo. Al momento se alzó nuevamente en sus patas traseras y sus relinchos parecían chillidos; era una masa de cascos y dientes y ojos y sacudidas de crines. Sólo un consumado jinete se hubiera mantenido en su lomo.

Antes de que Dígory recobrara el aliento, sucedió una cantidad de cosas más. Un segundo coche llegó a toda prisa justo detrás del primero: de él saltó un hombre gordo de levita y un policía. Luego, un tercer coche con dos policías más. Detrás llegaron cerca de veinte personas (en su mayoría recaderos) en bicicleta, todos tocando sus campanillas y lanzando aclamaciones y rechiflas. Al último venía una multitud de gente a pie, todos muy acalorados por la carrera, pero que obviamente se divertían a más no poder. Se abrieron violentamente las ventanas de todas las casas en esa calle y una criada o un carnicero apareció en cada puerta de entrada. Querían ver el espectáculo.

Entretanto, un anciano caballero había comenzado a luchar por salir con paso vacilante de las ruinas del cabriolé. Varias personas se precipitaron a ayudarlo, pero como uno lo tiraba para un lado y otro para otro lado, tal vez habría salido mucho más rápidamente por sí solo. Dígory supuso que el anciano debía ser su tío Andrés, pero no podía verle la cara; tenía su sombrero de copa encasquetado hasta el cuello.

Dígory salió disparado y se unió a la muchedumbre.

—Esa es la mujer, esa es la mujer —gritaba el gordo, señalando a Jadis—. Cumpla con su deber, guardia. Lo que ella ha sacado de mi tienda vale cientos y miles de libras. Mire ese collar de perlas en su cuello. Es mío. Y me ha puesto un ojo en tinta además, más encima.

—¡Mira cómo tiene al patrón! —dijo uno entre la multitud—. Y su buen ojo en tinta que da gusto ver. ¡Dios! ¡Y buendar con la fuerza que tiene!

—Tiene que ponerse un buen bistec crudo ahí, patrón, eso es lo que le hace falta —dijo el muchacho de la carnicería.

—¡Eh! —exclamó el más importante de los policías—, ¿qué diablos está pasando aquí? —Le digo que ella... —principió a decir el gordo, cuando alguien gritó: —No dejen que ese tipo viejo que está en el coche se escape. El fue el que la metió en esto. El anciano caballero, que era por supuesto el tío Andrés, acababa de lograr ponerse de pie y se frotaba los magullones. —Ya pues —dijo el policía, volviéndose hacia él—, ¿qué significa todo esto? —Tomfle... pomfi... chompf —se oyó la voz del tío Andrés desde el interior del sombrero. —No me venga con eso ahora —dijo el policía en tono severo—. Ya verá que no es asunto para reírse. Y ¡sáquese ese sombrero!, ¿ah?

Era más fácil decirlo que hacerlo. Pero después de que el tío Andrés batalló en vano con el sombrero un buen rato, otros dos policías lo tomaron por el ala y lo sacaron a la fuerza.

—Gracias, gracias —dijo el tío Andrés, con voz débil—. Gracias. Estoy terriblemente perturbado. Si alguien pudiera darme una copita de coñac...

—Ahora présteme atención, por favor —dijo el policía, sacando una enorme libreta y un lapicito chico—. ¿Está usted a cargo de esa joven que está allá?

—¡Cuidado! —gritaron numerosas voces, y el policía saltó dando un paso atrás justo a tiempo. El caballo trató de patearlo, y probablemente lo hubiera matado. Después la Bruja hizo dar vuelta al caballo para enfrentar a la muchedumbre, y sus patas traseras quedaron sobre la acera. Ella tenía un cuchillo largo y brillante en su mano y había estado atareada cortando las ligaduras que ataban al caballo a los restos del coche.

En esos momentos Dígory hacía lo posible por situarse en un lugar donde pudiera tocar a la Bruja. No era nada de fácil, porque en el lado más cercano a él había demasiada gente. Y para atravesar al otro lado debía pasar entre los cascos del caballo y las verjas del “patio”[3] que rodeaba la casa, porque la casa de los Ketterley tenía sótano. Si entiendes algo de caballos, y especialmente si hubieras visto en qué estado se hallaba aquel animal en esos

3 *Patio*: pequeño patio delantero cercado que baja al sótano en las antiguas casas de Gran Bretaña.

momentos, comprenderás que esto era algo sumamente arriesgado. Dígory sabía muchísimo de caballos, pero apretó los dientes y se preparó a precipitarse hacia allá en cuanto viera una ocasión favorable.

Un hombre de cara roja, con sombrero hongo, se abría camino a codazos hasta quedar al frente de la muchedumbre.

—¡Eh! Policía —dijo—, es en mi caballo donde ella está sentada, igual que es mío el coche que ella ha hecho añicos.

—Uno a la vez, por favor, uno a la vez —dijo el policía.

—Pero es que no habrá otra vez —protestó el Cochero—. Conozco ese caballo harto más que ustedes. No es un caballo cualquiera. Su padre era el corcel de un oficial de caballería, eso es lo que era. Y si la joven sigue fregándolo, aquí va a haber un asesinato. ¡Ea!, déjenme acercarme a él.

El policía estaba feliz de tener una buena razón para alejarse del caballo. El Cochero avanzó un paso, miró a Jadis, y dijo con voz casi amable.

—Oiga, “misia”, déjeme acercarme a la cabeza del caballo y entonces usted se baja. Usted es una señora y no querrá que todos estos matones la vengan a atacar, ¿no es cierto? Querrá irse a su casa y tomarse su buena taza de té y acostarse tranquila, y entonces se sentirá muchazo mejor.

Al mismo tiempo iba extendiendo su mano hacia la cabeza del caballo, diciendo: “Tranquilo, Fresón, mi viejo. Tranquilo”.

Entonces, por primera vez, la Bruja habló:

—¡Perro! —se escuchó su voz fría y clara, resonando fuerte por encima de todos los demás ruidos—. Perro, retira tu mano de nuestro real corcel. Somos la Emperatriz Jadis.

VIII
LA BATALLA JUNTO AL POSTE DEL FAROL

—¡Bah! ¿Emperadora, tú? Ahora vas a ver —dijo una voz. Y luego otra voz dijo:

—¡Viva la Emperadora de Chuchunco! —y un buen número de voces se le unieron.

Un asomo de rubor coloreó el rostro de la Bruja, quien hizo una ligera reverencia. Pero los aplausos se fueron apagando en medio de grandes carcajadas y entonces comprendió que sólo se habían estado burlando de ella. Su expresión cambió y ella cambió también la posición del cuchillo a su mano izquierda. En seguida, sin ningún aviso, hizo la cosa más espantosa que pudieras imaginar. Agilmente, fácilmente, como si fuera lo más natural del mundo, estiró su brazo derecho y arrancó violentamente uno de los travesaños del farol. Si bien había perdido algunos poderes mágicos en nuestro mundo, no había perdido su fuerza; podía quebrar una barra de fierro como si fuera un palito de caña de azúcar. Lanzó al aire su nueva arma, la volvió a tomar, y blandiéndola, espoleó su caballo.

“Esta es mi oportunidad”, pensó Dígory.

Partió como flecha entre el caballo y la verja y comenzó a avanzar. Si la bestia se quedaba quieta un momento, podría coger el talón de la Bruja. Mientras corría hacia adelante, oyó un estrépito pavoroso y un ruido sordo. La Bruja había descargado el travesaño sobre el casco del policía: el hombre había caído como un palitroque.

—Rápido, Dígory. Hay que detener esto —dijo una voz a su lado. Era Polly, que había bajado presurosamente en cuanto la dejaron salir de la cama.

—Eres fantástica —dijo Dígory—. Sujétame firme. Tienes que tener a mano el Anillo. El amarillo, acuérdate. Y no te lo pongas hasta que yo grite.

Hubo un segundo estrépito y un nuevo policía desplomado. Surgió un furibundo rugido de entre la multitud:

—Bájenla. Traigan unos adoquines. Llamen a los militares.

Pero la mayoría de la gente trataba de alejarse lo más posible. El Cochero, sin embargo, que era obviamente el más valiente y el más bondadoso de los presentes, permanecía al lado del caballo, moviéndose a un lado y al otro para esquivar la barra, pero esforzándose todo el tiempo en coger la cabeza de Fresón.

La muchedumbre rechiflaba y vociferaba nuevamente. Una piedra pasó silbando por sobre la cabeza de Dígory. Luego se escuchó la voz de la Bruja, clara como una campanada, que sonaba como si, por primera vez, ella se sintiera casi contenta.

—¡Escoria! Van a pagar por esto muy caro cuando haya conquistado vuestro mundo. No quedará una piedra en esta ciudad. Haré lo mismo que en Charn, en Felinda, en Sorlois, en Bramandin.

Por fin Dígory le cogió un tobillo. Ella lanzó un puntapié hacia atrás y le pegó con el talón en la boca. Adolorido, la soltó. Tenía un tajo en el labio y la boca llena de sangre. Muy cerca de él escuchó la voz del tío Andrés, en una especie de trémulo grito:

—Señora..., mi querida y joven dama..., por todos los cielos..., tranquilícese.

Dígory intentó tomarla del tobillo por segunda vez, y de nuevo ella logró zafarse. Otra cantidad de gente fue golpeada con la barra de fierro. Intentó por tercera vez; lo cogió, se aferró con todas sus fuerzas, gritando a Polly: “¡Vamos!” Entonces...

¡Oh!, gracias a Dios. Desaparecieron las caras iracundas y asustadas. Todas, excepto la del tío Andrés. Pegado al lado de Dígory, seguía quejándose en la oscuridad:

—¡Ay, ay! ¿Es esto un delirio? ¿Es el fin? No puedo soportarlo. No es justo. Nunca pretendí ser un mago. Hay un malentendido. La culpable es mi madrina; voy a protestar por todo esto. Y en el estado en que está mi salud, además. Una antiquísima familia de Dorsetshire.

—¡Qué lata! —dijo Dígory—. No queríamos traerlo a él. ¡Canastos, qué paseo! ¿Estás ahí, Polly?

—Sí, aquí estoy. Deja de empujar.

—No estoy empujando —comenzó a replicar Dígory, pero antes de decir nada más, sus cabezas asomaban al cálido y verde sol del bosque. Y mientras salían de la poza, Polly gritó:

—¡Mira! Nos trajimos ese caballo viejo también. Y el señor Ketterley. Y el Cochero. ¡En buen berenjenal nos metimos!

En cuanto vio la Bruja que estaba otra vez en el bosque, se puso pálida y se inclinó hasta que su cara tocó las crines del caballo. Podías darte cuenta de que se sentía tremendamente enferma. El tío Andrés tiritaba. Pero

Fresón, el caballo, sacudió la cabeza, lanzó un alegre relincho, y pareció sentirse mejor. Era la primera vez que Dígory lo veía tranquilo. Sus orejas, que habían estado echadas hacia atrás y pegadas al cráneo, volvieron a su posición normal y se apagó el fuego de sus ojos.

—Eso es, mi viejo —exclamó el Cochero, haciéndole cariño en el cuello—. Así está mejor. No te pongas nervioso.

Fresón hizo la cosa más natural del mundo. Como tenía mucha sed (y no es de extrañar) caminó lentamente hasta la poza más cercana y se metió adentro a beber. Dígory aún tenía cogido el talón de la Bruja y Polly la mano de Dígory. Una de las manos del Cochero se posaba encima de Fresón; y el tío Andrés, temblando todavía, acababa de asir la otra mano del Cochero.

—Rápido —dijo Polly, dando una mirada a Dígory—. ¡Verdes!

De modo que el caballo nunca logró tomar su trago. Por el contrario, todo el grupo se encontró hundiéndose en la oscuridad. Fresón relinchaba; el tío Andrés gemía. Dígory dijo:

—Tuvimos un poco de suerte.

Hubo una corta pausa. Luego Polly dijo:

—¿No deberíamos ya estar casi llegando allá? —Parece que estamos en alguna parte —repuso Dígory—. Por lo menos, estoy parado sobre algo sólido.

—De veras, yo también, ahora que lo pienso —dijo Polly—. Pero ¿por qué está tan oscuro? Oye, ¿crees que nos habremos equivocado de poza?

—A lo mejor esto es Charn —contestó Dígory—. Sólo que hemos regresado en la mitad de la noche.

—Esto no es Charn —se escuchó la voz de la Bruja—. Este es un mundo vacío. Es la Nada.

Y en realidad, se parecía extraordinariamente a la Nada. No había estrellas. Estaba tan oscuro que no podían verse unos a otros y daba lo mismo que tuvieras los ojos abiertos o cerrados. Bajo sus pies había algo frío y plano que podría ser tierra, y que indudablemente no era pasto ni madera. El aire era fresco y seco y no había viento.

—Ha llegado mi fin —dijo la Bruja con una voz horriblemente calma.

—¡Oh!, no diga eso —balbuceó el tío Andrés—. Mi querida joven, por favor no diga esas cosas. No puede ser tan demasiado malo. Eh..., Cochero...,

buen hombre..., ¿no tendrá por casualidad un frasco? Lo que necesito es una gota de alcohol.

—Vamos, vamos —vino la voz del Cochero, una voz bondadosa, firme, fuerte—, no pierdan la calma, es lo que yo digo. ¿Ningún "güeso" quebrado, nadie? Bien. Tenemos entonces algo que agradecer de inmediato, pues es más de lo que pudiéramos esperar luego de caer de esa manera. Y bien, si hemos caído en alguna de las excavaciones —como debe haber varias para la nueva estación del subterráneo— alguien vendrá muy pronto a sacarnos, ya verán. Y si estamos muertos, que, no lo niego, también puede ser, bueno, hay que recordar que en el mar pasan cosas peores y que un tipo tiene que morir alguna vez. Y no hay nada que temer si un tipo ha llevado una vida decente. Y si me lo preguntan, creo que lo mejor que podemos hacer para pasar el tiempo sería cantar un himno.

Y así lo hizo. Empezó de inmediato con un himno de agradecimiento por las cosechas, algo acerca de que los frutos habían sido "recogidos y guardados". No era muy apropiado en un lugar donde parecía que nada crecía desde el comienzo de los tiempos, pero era el único que él recordaba bien. Tenía buena voz y los niños se pusieron a cantar con él; fue algo muy alegre. El tío Andrés y la Bruja no se les unieron.

Cerca del término del himno, Dígory sintió que alguien lo tiraba del codo y, por un olor mezclado a coñac y cigarros y a ropas de buena calidad, decidió que debía ser el tío Andrés. El tío Andrés lo arrastraba cautelosamente lejos de los demás. Cuando estuvieron a una cierta distancia, el anciano acercó tanto su boca al oído de Dígory que le hizo cosquillas, y susurró:

—Ahora, muchacho. Colócate tu Anillo. Vámonos de aquí.

Pero la Bruja tenía muy buen oído.

—¡Loco! —se la escuchó exclamar—. ¿Olvidas que puedo escuchar los pensamientos de los hombres? Suelta al niño. Si tratas de traicionarme, me vengaré de ti de manera tal como jamás se ha oído decir en todos los mundos desde el principio.

—Y —agregó Dígory— si piensa que soy tan miserable para irme y abandonar a Polly... y al Cochero... y al caballo... en un lugar como éste, está sumamente equivocado.

—Eres un chiquillo muy desobediente e impertinente —dijo el tío Andrés.

—¡Silencio! —exclamó el Cochero. Todos pusieron atención.

Por fin, algo estaba sucediendo en las tinieblas. Una voz había

comenzado a cantar. Era muy a lo lejos y a Dígory le costaba determinar de qué dirección venía. A veces parecía venir de todas partes a la vez. A veces casi creía que salía de la tierra que pisaban. Sus notas bajas eran lo suficientemente profundas como para ser la voz de la propia tierra. Sin palabras. Era apenas una melodía. Pero era, sin comparación, el sonido más bello que pudiera haber escuchado alguna vez. Era tan bello que apenas lo podía resistir. Al caballo pareció gustarle también: relinchó de la manera en que un caballo relincharía si, luego de años de ser caballo de tiro, se encontrara de regreso a los antiguos campos donde jugó cuando era un potrillo, y viera a alguien a quien recordaba y amaba que venía por el campo a traerle un terrón de azúcar.

—¡Repámpanos! —exclamó el Cochero—. ¿No es precioso?

Entonces sucedieron dos prodigios a la vez. Uno fue que se unieron nuevas voces a la primera voz; muchas más voces de las que pudieras contar. Armonizaban con la primera, pero en una escala más alta; voces de plata, frescas, estremecedoras. El segundo prodigio fue que las tinieblas allá adelante, de improviso, resplandecieron llenas de estrellas. No habían salido suavemente una a una, como lo hacen en una tarde de verano. En un momento no había nada más que la negrura; al minuto siguiente miles y miles de puntitos luminosos salieron de un brinco; estrellas solitarias, constelaciones y planetas, más brillantes y más grandes que cualquiera de los de nuestro mundo. No había nubes. Las nuevas estrellas y las nuevas voces habían comenzado al mismo tiempo. Si hubieras podido ver y oír esto, como lo hizo Dígory, habrías jurado que eran las mismas estrellas las que cantaban, y que había sido la Primera Voz, la profunda, la que las había hecho aparecer y las hacía cantar.

—¡Gloria! —gritó el Cochero—. Habría sido un gallo mucho más bueno toda mi vida si hubiera sabido que había cosas como ésta.

La Voz en la tierra era ahora más sonora y más triunfante; pero las voces en el cielo, después de cantar estrepitosamente con ella por unos momentos, comenzaban a debilitarse. Y ahora estaba ocurriendo otra cosa.

A lo lejos, y muy cerca del horizonte, el cielo empezó a ponerse gris. Un ligero viento, muy fresco, principió a agitarse. El cielo, en aquel preciso lugar, se volvió lenta y paulatinamente más pálido. Podías divisar siluetas de cerros destacándose muy oscuros contra él. Y todo el tiempo la Voz continuaba cantando.

Pronto hubo suficiente luz para verse las caras. El Cochero y los dos niños tenían la boca abierta y los ojos brillantes; estaban embebidos en la música, y parecía como si ésta les recordara algo. La boca del tío Andrés también estaba abierta, pero no de alegría. Parecía más bien como si su barbilla simplemente se hubiera desprendido del resto de su cara. Tenía los

hombros encorvados y sus rodillas temblaban. A él no le gustaba la Voz. Si hubiera podido escapar de ella arrastrándose dentro de la cueva de un ratón, lo habría hecho. Pero la Bruja parecía, de algún modo, entender esa música más que cualquiera de ellos. Tenía la boca cerrada, sus labios muy apretados y las manos empuñadas. Desde que comenzó la canción, sintió que todo este mundo se llenaba enteramente con una magia muy diferente a la suya y más poderosa. La odiaba. Habría destruido todo ese mundo, o todos los mundos, hasta hacerlos pedazos, si así lograba detener aquel canto. El caballo estaba de pie con sus orejas echadas muy hacia adelante y las movía nerviosamente. De vez en cuando resoplaba y pateaba el suelo. Ya no parecía el viejo y cansado caballo de coche; ahora sí que podrías creer que su padre había participado en batallas.

El cielo de oriente cambiaba de blanco a rosado y de rosado a dorado. El volumen de la Voz crecía y crecía, hasta que todo el aire se estremeció. Y justo cuando aumentaba hasta alcanzar el más potente y glorioso de los sonidos que hubiera emitido hasta ahora, apareció el sol.

Dígory no había visto jamás un sol como aquel. El sol que alumbraba las ruinas de Charn parecía ser más viejo que el nuestro: éste parecía más joven. Te imaginabas que se reía de dicha a medida que salía. Y cuando sus rayos cayeron sobre la tierra, los viajeros pudieron ver por vez primera en qué clase de lugar se encontraban. Era un valle, atravesado por un ancho y rápido río que serpenteaba fluyendo hacia el este, en dirección al sol. Hacia el sur había montañas, al norte colinas más bajas. Pero era un valle de pura tierra, rocas y agua; no había un árbol, ni un arbusto ni se divisaba una brizna de hierba. La tierra tenía muchos coloridos, colores frescos, cálidos y vividos. Te hacían sentir emocionado; hasta que veías al Cantor y entonces te olvidabas de todo lo demás.

Era un León. Inmenso, peludo y brillante, se mantenía de pie frente al sol naciente. Cantaba con toda su boca abierta y se hallaba a cerca de trescientos metros de distancia.

—Este es un mundo terrible —dijo la Bruja—. Tenemos que huir en seguida. Prepara la magia.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señora —dijo el tío Andrés —. Un lugar muy desagradable. Absolutamente incivilizado. Si yo fuera un hombre más joven y tuviera una escopeta...

—¡Qué lesera! —exclamó el Cochero—. ¿Y ustedes creen que podrían dispararle a él?

—¿Y quién podría? —dijo Polly. —Prepara la magia, viejo estúpido — ordenó Jadis. —Por cierto, señora —respondió el tío Andrés, hipócritamente—. Debo estar en contacto con los dos niños. Ponte tu Anillo de regresar a casa,

Dígory, de inmediato.

Quería irse sin la Bruja.

—¡Ah!, ¿así que son Anillos, ¿ah? —grito Jadis, dejándose caer del caballo. Habría podido poner sus manos dentro del bolsillo de Dígory antes de decir Jesús, pero Dígory apretó la mano de Polly y gritó:

—Ten cuidado. Si cualquiera de ustedes se acerca unos pocos centímetros más, nosotros dos desapareceremos y los dejaremos aquí para siempre. Sí: yo tengo un Anillo en mi bolsillo que nos llevará a Polly y a mí a casa. ¡Y mira! Tengo la mano lista. Así que guarden su distancia. Lo siento por usted (dijo mirando al Cochero) y por el caballo, pero no puedo hacer nada. En cuanto a ustedes dos (miró al tío Andrés y a la Reina), ambos son magos, de modo que disfrutarán viviendo juntos.

—Basta de ruido, todos ustedes —dijo el Cochero—. Yo quiero escuchar la música.

Sí, pues la Canción había cambiado.

IX
LA CREACION DE NARNIA

El León se paseaba de acá para allá por aquella tierra vacía, cantando su nueva canción. Era más suave y más armoniosa que aquella con la cual había hecho aparecer las estrellas y el sol; una música dulce, susurrante. Y a medida que caminaba y cantaba, el valle se cubría de verde hierba. Crecía desde los pies del León como de un manantial. Subió corriendo las laderas de las pequeñas colinas, semejante a una ola. En pocos minutos se arrastraba calladamente por los faldeos más bajos de las distantes montañas, haciendo que aquel joven mundo fuera a cada momento más suave. Ahora se podía escuchar al ligero viento agitando la hierba. Pronto hubo otras cosas además de la hierba. Las pendientes más altas se ennegrecieron al llenarse de brezos. Aparecieron en el valle manchones de un pasto más áspero y erizado.

Dígory no sabía qué eran hasta que uno comenzó a surgir muy cerca de él. Era una cosa pequeña y puntiaguda de la que crecían docenas de brazos que se fueron cubriendo de verdor y que aumentaba de tamaño a razón de cerca de un centímetro por segundo. Había docenas de cosas como ésa rodeándolo ahora. Cuando ya estaban casi tan altas como él, se dio cuenta de lo que eran. “¡Arboles!“, exclamó.

La lata era, como dijo Polly más tarde, que no te dejaban en paz para mirar todo aquello. Justo cuando Dígory decía: “¡Arboles!”, tuvo que dar un salto, pues otra vez el tío Andrés se le había acercado sigilosamente y trataba de robarle lo que tenía en el bolsillo. Tampoco le habría servido mucho al tío Andrés si le hubiera resultado, pues él tenía como meta el bolsillo de la mano derecha, porque todavía creía que los Anillos verdes eran los “de vuelta a casa”. Pero, claro, Dígory no quería perder ninguno.

—¡Alto! —gritó la Bruja—. Atrás. No, más atrás. Si alguien se acerca a más de diez pasos de cualquiera de los niños, le haré volar los sesos.

Blandía en su mano la barra de fierro que había arrancado del farol, lista para lanzarla. No sé por qué, nadie dudaba de que ella debía ser una excelente lanzadora.

—¡Vaya! —dijo—. De modo que planeabas regresar a tu mundo con el niño sin decir nada, dejándome a mí aquí.

Por fin el mal genio del tío Andrés se impuso por encima de sus temores.

—Sí, señora, yo lo pensaba —dijo—. Sin lugar a dudas. Estaría en todo mi derecho. Se me ha tratado de la manera más vergonzosa y abominable. He hecho todo lo que estaba en mi mano por demostrarle el

máximo de cortesía. ¿Y cuál ha sido mi recompensa? Usted le ha robado, debo repetir la palabra, robado a un respetabilísimo joyero. Usted me ha obligado a ofrecerle un almuerzo excesivamente caro, por no decir ostentoso, aunque para pagarlo tuve que empeñar mi reloj con su cadena (y, permítame decirle, señora, que en mi familia nadie ha tenido jamás la costumbre de frecuentar las casas de empeño, excepto mi primo Eduardo, agricultor, que pertenecía al Cuerpo de Caballería). Durante aquella indigesta comida, que me hace sentir más mal a cada instante que pasa, su comportamiento y su conversación atrajeron la atención desfavorable de todos los presentes. Creo que he sido públicamente desacreditado. Jamás podré volver a asomar mi cara por el Trocadero. Usted atacó a la policía. Ha robado...

—Ya pues, patrón, está bueno ya —dijo el Cochero—. Lo que hay que hacer ahora es mirar y escuchar; no hablar.

A decir verdad, había muchísimo que ver y escuchar. El primer árbol que Dígory vio aparecer era ya una crecida haya, cuyas ramas se mecían suavemente por encima de su cabeza. Se encontraban sobre una hierba verde y fresca, sembrada de margaritas y ranúnculos. A poca distancia, a lo largo de la ribera del río, crecían los sauces. Del otro lado, los cercaba una maraña de floridas grosellas, lilas, rosas silvestres y rododendros. El caballo arrancaba deliciosos bocados de pasto nuevo.

Y durante todo ese tiempo no cesaba el canto del León, ni su majestuoso rondar de un lado al otro, de allá para acá. Lo que era bastante inquietante, pues en cada vuelta se acercaba un poco más. Polly encontraba el canto cada vez más interesante, porque creía empezaba a advertir la relación entre la música y las cosas que estaban sucediendo. Cuando brotó una hilera de oscuros abetos en una loma a unos cien metros de distancia, le pareció que esto concordaba con una serie de profundas y prolongadas notas que había cantado el León un segundo antes. Y cuando prorrumpió en una rápida serie de notas más ligeras, no se sorprendió de ver aparecer súbitamente una cantidad de prímulas por todos lados. Fue así como, con indecible emoción, tuvo la certeza de que todas las cosas provenían (como ella decía) “de la mente del León”. Cuando escuchabas su canto podías oír las cosas que iba formando: cuando mirabas a tu alrededor, las veías. Era tan apasionante que Polly no tenía tiempo de sentir miedo. Pero Dígory y el Cochero no pudieron evitar ponerse un poquito nerviosos a medida que cada paseo del León lo traía más cerca de ellos. En cuanto al tío Andrés, le castañeteaban los dientes y sus rodillas temblaban de tal manera que no podía escapar.

De repente la Bruja, audazmente, se dirigió con gran rapidez hacia el León que venía, siempre cantando, a paso lento, pesado. Estaba a sólo veinte metros. Ella levantó el brazo y le arrojó el fierro directo a la cabeza.

Nadie, y mucho menos Jadis, habría podido errar a esa distancia. La barra golpeó al León justo entremedio de los ojos. El fierro rebotó y cayó al

pasto con un ruido sordo. El León seguía acercándose. Su caminar no era ni más lento ni más rápido que antes; no podías asegurar si siquiera se había dado cuenta de que lo habían golpeado. Aunque sus suaves patas no hacían ruido, podías sentir cómo la tierra se estremecía bajo su peso.

La Bruja dio un chillido y se echó a correr: en pocos segundos se perdía de vista en medio de los árboles. El tío Andrés se volvió para hacer lo mismo, tropezó contra una raíz, y cayó de boca en un arroyuelo que corría bajando a juntarse con el río. Los niños no pudieron moverse. Tampoco tenían muy claro si querían moverse. El León no les prestó atención. Su inmensa y roja boca estaba enteramente abierta, pero abierta en un canto, no en un gruñido. Pasó tan cerca de ellos, que hubiesen podido tocar su melena. Estaban aterrados de que pudiera darse vuelta y mirarlos, a pesar de que, por extraño que parezca, a la vez lo deseaban. Pero por el poco caso que hizo de ellos, bien hubieran podido ser invisibles e inodoros. Después que pasó y que había caminado unos pocos pasos más allá, se volvió, pasó por delante de ellos nuevamente, y continuó su marcha hacia el este.

El tío Andrés se levantó, tosiendo y farfullando.

—Y bien, Dígory —dijo—, nos hemos deshecho de aquella mujer, y esa fiera de León se ha ido. Dame la mano y ponte de inmediato tu Anillo.

—¡No se me acerque! —dijo Dígory, retrocediendo—. Apártate de él, Polly. Ven al lado mío. Y ahora, le advierto tío Andrés, no se acerque ni un solo paso más, o simplemente nosotros desapareceremos. —Haz al instante lo que te estoy diciendo, señor —exclamó el tío Andrés—. Eres un chiquillo extremadamente desobediente y mal educado. —No pienso —repuso Dígory—. Queremos quedarnos a ver qué pasa. Creía que usted quería conocer otros mundos. ¿No le gusta, ahora que está aquí? —¡Gustarme! —exclamó el tío Andrés—. Mira en el estado en que estoy. Y, encima de todo, era mi mejor abrigo y mi mejor chaleco. En realidad, era un desastre verlo ahora porque, por supuesto, mientras mejor vestido estuvieras al comienzo, peor te verías después de haber salido gateando de un coche hecho trizas y de caer dentro de un arroyo fangoso. —No digo —agregó— que no sea este un lugar bastante interesante. Si yo fuera más joven, bueno..., tal vez podría conseguir que algún animoso jovencito viniera acá primero. Uno de esos cazadores de caza mayor. Algo se podría hacer de este país. El clima es delicioso. Nunca respiré un aire como éste. Creo que me habría hecho bien si..., si las circunstancias hubiesen sido más favorables. Si solamente hubiera tenido una escopeta. —¡Al cuerno las escopetas! —dijo el Cochero—. Creo que iré a ver si puedo escobillar a Fresón. Ese caballo tiene más sensatez que algunos humanos que conozco.

Fue hasta donde estaba Fresón y lo llamó con los silbidos característicos de los palafreneros.

—¿Todavía piensa que puede matar a ese León con una escopeta? —preguntó Dígory—. No le hizo gran mella la barra de fierro.

—Con todos sus defectos —dijo el tío Andrés—, ella es una ñiña valerosa, hijo mío. Fue un acto de gran coraje.

Se sobaba las manos y hacía crujir sus nudillos, como si nuevamente hubiera olvidado el terror que le infundía la Bruja cada vez que estaba presente.

—Fue algo muy atroz —opinó Polly—. ¿Qué mal le había hecho El?

—¡Qué raro! ¿Qué será eso? —dijo Dígory.

Se había precipitado hacia adelante para examinar algo que se encontraba a pocos metros de distancia.

—Ven, Polly —la llamó—. Ven a ver.

El tío Andrés fue con ella también, no porque quisiera ver, sino porque quería permanecer cerca de los niños... por si había una oportunidad de robarles sus Anillos. Pero cuando vio lo que Dígory estaba mirando, hasta él comenzó a interesarse. Era un perfecto farol en miniatura, de cerca de un metro de alto, que se alargaba y engrosaba en proporción a medida que lo miraban; en realidad, estaba creciendo tal como lo habían hecho los árboles.

—También está vivo..., quiero decir, está encendido —dijo Dígory.

Y así era; a pesar de que, por supuesto, la luminosidad del sol hacía difícil ver la llamita del farol a menos que tu propia sombra diera sobre él.

—Notable, sumamente notable —musitó el tío Andrés—. Yo no había soñado jamás una magia como ésta. Estamos en un mundo donde todo, hasta un farol, toma vida y crece. Quisiera saber de qué semilla brota un farol.

—¿No se da cuenta? —preguntó Dígory—. Aquí fue donde cayó la barra de fierro..., la barra que ella arrancó del farol allá en Londres. Se hundió en el suelo y ahora vuelve a salir como un farol chico. (Pero ya no tan chico; estaba del alto de Dígory, mientras él decía esto.)

—¡Eso es! Estupendo, estupendo —exclamó el tío Andrés, sobándose las manos con más fuerza que nunca—. ¡Para que vean, para que vean! Se reían de mi magia. Esa tonta de mi hermana cree que soy un lunático. ¿Qué van a decir ahora? He descubierto un mundo donde todo es una explosión de vida y crecimiento. Colón, ya ves, hablan de Colón. Pero ¿qué es América comparada a esto? Las posibilidades económicas de este país son ilimitadas. Trae unos cuanto pedacitos de hierro viejo, entiérralos, y saldrán convertidos

en flamantes locomotoras, acorazados, todo lo que tú quieras. No costarán nada, y los podré vender a los mejores precios de Inglaterra. Voy a ser millonario. ¡Y el clima, además! Ya me siento veinte años más joven. Puedo instalar un centro de salud. Un buen sanatorio aquí me podría dar veinte mil anuales. Claro que tendré que compartir el secreto con algunas pocas personas. Lo primero que hay que hacer es matar a ese animal.

—Usted es igual a la Bruja —dijo Polly—. Piensa nada más que en matar.

—Y luego, en cuanto a mí mismo —continuó el tío Andrés, cada vez más ilusionado—, no se sabe cuánto podré vivir si me establezco aquí. Y es algo que hay que tener muy en cuenta cuando un tipo va pasando los sesenta. ¡No me sorprendería si no envejezco un día más en este país! ¡Estupendo! ¡La Tierra de la Juventud!

—¡Ah! —gritó Dígory—. ¡La Tierra de la Juventud! ¿Cree que de verdad sea ésta?

Pues sin duda recordaba lo que la tía Letty había dicho a la señora que trajo las uvas, y volvió a alentar una dulce esperanza.

—Tío Andrés —dijo—, ¿cree que haya algo aquí que pudiera sanar a mi madre?

—¿De qué estás hablando? —replicó el tío Andrés—. Esto no es una farmacia. Pero, como decía...

—A usted no le importa un comino lo que le pase a ella —dijo Dígory, indignado—. Pensé que le importaba; después de todo, es mi madre, pero también es su hermana. Bueno, no importa. Igual le voy a preguntar al propio León si él puede ayudarme.

Se dio media vuelta y se alejó, muy resuelto. Polly dejó pasar unos segundos y luego corrió detrás de él.

—¡Oye! ¡Detente! ¡Vuelve! El muchacho se volvió loco —dijo el tío Andrés.

Siguió a los niños a prudente distancia, pues no quería alejarse mucho de los Anillos verdes ni acercarse demasiado al León.

A los pocos minutos, Dígory llegó a la entrada del bosque y allí se detuvo. El León todavía cantaba. Pero, otra vez, la canción había cambiado. Se parecía más bien a lo que llamamos una melodía, pero era muchísimo más salvaje. Te hacía querer correr y saltar y trepar. Te hacía querer gritar. Te hacía querer correr hacia los demás y abrazarlos o pelear con ellos. Hizo que

a Dígory se le pusiera la cara roja de calor. Tenía efecto incluso en el tío Andrés, ya que Dígory lo escuchaba decir: “Una ñiña valerosa, señor. Una lástima su mal genio, pero una mujer divina igualmente, una mujer divina”. Pero el efecto de la canción en los dos humanos no era nada comparado con el que tenía en la tierra misma.

¿Puedes imaginarte un trecho de terreno pastoso burbujeando como el agua dentro de una olla? Porque esa es la mejor descripción de lo que estaba ocurriendo. Se hinchaba formando jorobas por todos lados. Eran de tamaños muy distintos, algunas no más grandes que el montón de tierra que levanta un topo; otras grandes como una carretilla, dos del porte de una cabaña. Y las jorobas se movían y se inflaban hasta que reventaron, vaciaron hacia afuera la tierra desmigajada, y de cada joroba salió un animal. Los topos salieron tal como podrías ver salir un topo en Inglaterra. Salieron los perros, ladrando en cuanto asomaron la cabeza, y forcejeando como seguramente los has visto siempre hacerlo cuando tratan de pasar a través del estrecho agujero de un seto de arbustos. Lo más raro de ver eran los venados, ya que, claro, la cornamenta emergió largo rato antes que el resto del cuerpo, de modo que al principio Dígory pensó que eran árboles. Las ranas, que salieron todas en las cercanías del río, se fueron derecho al agua croando en medio de ruidosos plop plop. Las panteras, leopardos y cosas por el estilo, se sentaron de inmediato a limpiarse de la tierra suelta de sus cuartos traseros y después se pararon contra los árboles para afilar sus garras delanteras. Lluvias de pájaros salían de los árboles. Aleteaban las mariposas. Las abejas se pusieron a trabajar en las flores como si no pudieran perder ni un segundo. Pero el momento más imponente de todos fue cuando se rompió la joroba grande, con una especie de ligero terremoto, y de allí salieron el lomo inclinado, la enorme y sabia cabeza y las cuatro patas semejantes a pantalones de pierna ancha de un elefante. Casi no se escuchaba el canto del León; tal era el bullicio de graznidos, arrullos, cacareos, rebuznos, relinchos, aullidos, ladridos, mugidos, balidos, y barritos de elefantes.

Pero a pesar de que Dígory ya no podía oír al León, podía verlo. Era tan grande y tan brillante que no podía apartar sus ojos de él. Los otros animales no parecían temerle. Y justo en ese mismo momento, Dígory sintió tras de él un ruido de cascos: un segundo después, el viejo caballo del coche pasaba trotando por su lado y se juntaba con las demás bestias. (El aire parecía haberle sentado tan bien como al tío Andrés. Ya no tenía esa apariencia de pobre y viejo esclavo que lucía en Londres; levantaba sus patas y mantenía la cabeza erguida.) De pronto, por primera vez, el León guardó silencio. Se paseaba en medio de los animales. Y de vez en cuando se acercaba a un par de ellos (siempre de a dos a la vez) y tocaba sus narices con la suya. Tocaba a dos castores entre todos los castores, dos leopardos entre todos los leopardos, un venado y un ciervo entre todos los ciervos, y dejaba de lado el resto. Incluso pasó por alto absolutamente algunas clases de animales. Pero las parejas que había tocado dejaron al instante a los de su especie y lo siguieron. Finalmente, se quedó inmóvil y todas las criaturas a las que había

tocado se acercaron, formando un círculo en torno a él. Los otros, a los que no había tocado, comenzaron a alejarse, errantes. Sus sonidos se desvanecían gradualmente a la distancia. Las bestias escogidas estaban ahora en el más completo silencio, todas con sus ojos clavados fijamente en el León. Los felinos sacudían ocasionalmente la cola, pero fuera de eso estaban muy quietos. Por primera vez en aquel día existía un absoluto silencio, aparte del ruido del agua. El corazón de Dígory latía alborotadamente; sabía que iba a presenciar algo muy solemne. No se olvidaba ni por un instante de su madre, pero sabía muy bien que, hasta por ella, no podía interrumpir una cosa como ésta.

El León, cuyos ojos nunca pestañeaban, miraba fijamente a los animales, con tanta fuerza como si fuera a quemarlos con su sola mirada. Y poco a poco se operó un cambio en todos ellos. Los más pequeños, conejos, topos y otros parecidos, crecieron una enormidad. Los muy grandes (lo podías apreciar mejor en los elefantes) se achicaron un poco. Muchos animales se pararon en sus patas traseras. La mayoría ladeó la cabeza, como si tratasen con todas sus fuerzas de comprender. El León abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno; estaba exhalando su aliento, un aliento prolongado, cálido, que parecía mecer a todas las bestias, así como el viento mece una hilera de árboles. Muy, muy arriba, desde más allá del velo del cielo azul que las ocultaba, las estrellas empezaron a cantar nuevamente: una música pura, fresca, muy difícil. Entonces hubo un veloz destello, como de fuego (pero no quemó a nadie) que podría haber surgido del cielo o del mismo León, y cada gota de sangre se estremeció dentro del cuerpo de los niños, y la voz más profunda y salvaje que hubiesen escuchado jamás, dijo:

—Narnia, Narnia, Narnia, despierta. Ama. Piensa. Habla. Sed árboles que caminan. Sed bestias que hablan. Sed aguas divinas.

X
EL PRIMER CHISTE Y OTROS ASUNTOS

Era, claro está, la voz del León. Hacía tiempo que los niños estaban seguros de que podía hablar, pero, de todos modos, fue una impresión deliciosa y terrible cuando lo hizo.

Saliendo de los árboles, avanzó un grupo de gente estrambótica; eran dioses y diosas de los bosques y con ellos venían faunos y sátiros y enanos. Del río emergió el dios de los ríos con sus hijas, las náyades. Y todos ellos y todas las bestias y las aves con sus diferentes voces, bajas o altas, veladas o claras, respondieron:

—Salve, Aslan. Escuchamos y obedecemos. Estamos despiertos. Amamos. Pensamos. Hablamos. Sabemos.

—Pero, por favor, todavía no sabemos demasiado —dijo entre resoplidos una voz cargada de curiosidad. Y eso sí que hizo a los niños dar un respingo, pues era el caballo del coche quien había hablado.

—El querido Fresón —dijo Polly—. Me alegro tanto de que haya sido de los escogidos para ser Bestias que Hablan.

Y el Cochero, que se encontraba ahora de pie al lado de los niños, dijo:

—¡Que me zurzan! Siempre dije que ese caballo tenía montón de juicio, claro que sí.

—Criaturas, les doy su propio ser —dijo la voz fuerte y alegre de Aslan—. Les doy para siempre esta tierra de Narnia. Les doy los bosques, las frutas, los ríos. Les doy las estrellas y les doy a mí mismo. También las Bestias Mudas, a quienes no he escogido, son de ustedes. Trátenlas con ternura y quiéranlas, pero no vuelvan a adoptar sus hábitos o en castigo dejarán de ser Bestias que Hablan. Pues de ellas provienen ustedes y a ellas pueden retornar. No lo hagan.

—No, Aslan, no lo haremos, no lo haremos —dijeron todos.

Mas una vivaz Corneja agregó en voz alta:

—¡Ni tontos!

Y como todos habían terminado su frase justo antes de que ella lo dijera, sus palabras se escucharon con suma claridad en medio del silencio sepulcral; y tal vez tú ya has experimentado lo atroz que puede ser algo así, si

te ha pasado, por ejemplo, en una fiesta. La Corneja se sintió muy confundida y escondió la cabeza bajo sus alas como si fuera a ponerse a dormir. Y todos los demás animales comenzaron a hacer diversos ruidos muy curiosos, que son su manera de reír y que, por supuesto, nadie ha escuchado jamás en nuestro mundo. Al principio trataron de reprimirse, pero Aslan dijo:

—Rían sin temor, criaturas. Ahora que ya no son más mudas ni necias, no necesitan estar serias todo el tiempo. Pues los chistes, así como la justicia, aparecen con el lenguaje.

Entonces todos se sintieron en confianza. Y fueron tales las risas que la Corneja se armó otra vez de valor y, encaramada encima de la cabeza del caballo del coche, en medio de sus orejas, batió sus alas y dijo:

—¡Aslan, Aslan! ¿He sido yo quien ha hecho el primer chiste? ¿Le contarán siempre a todo el mundo que yo hice el primer chiste?

—No, amiguita —repuso el León—. Tú no has hecho el primer chiste; tú sólo has sido el primer chiste.

Entonces todos se pusieron a reír a carcajadas; pero a la Corneja no le molestó y rió tan fuerte como ellos hasta que el caballo sacudió la cabeza y la Corneja perdió el equilibrio y cayó, pero alcanzó a acordarse de sus alas (que todavía no había estrenado) antes de llegar al suelo.

—Y ahora —dijo Aslan—, Narnia ha sido fundada. De ahora en adelante debemos preocuparnos de protegerla.

Llamaré a algunos de ustedes a formar parte de mi Consejo. Acérquense a mí, tú el jefe de los Enanos, y tú el dios del Río, y ustedes el Roble y el Búho, y los dos Cuervos y el Elefante macho. Debemos conversar. Porque aunque el mundo no tiene ni cinco horas de edad, ya el mal ha entrado en él.

Las criaturas que había nombrado se adelantaron y él se volvió y se dirigió hacia el este con ellos. Todos los demás comenzaron a hablar, diciendo cosas como: “¿Qué dijo él que había entrado en el mundo?... Un Elmal... ¿Qué es un Elmal? ... No, él no dijo un Elmal, dijo un Yalmal... Bueno, ¿y qué es eso?”

—Mira, Polly —le dijo Dígory—, tengo que ir donde está él..., Aslan, quiero decir, el León. Debo hablar con él.

—¿Crees que podemos? —preguntó Polly—. Yo no me atrevería.

—Yo tengo que hacerlo —replicó Dígory—. Es por mi madre. Si hay alguien que pudiera darme algo que le haga bien a ella, sería él.

—Yo iré contigo —dijo el Cochero—. El me cae muy requete bien. Y no creo que a estas otras bestias les gustemos mucho. Y quiero decirle una palabrita al viejo Fresón.

Y entonces los tres se encaminaron rápidamente y con audacia —o por lo menos con toda la audacia de que fueron capaces— hacia la asamblea de animales. Las criaturas estaban tan ocupadas hablando una con otra y trabando amistad que ni se fijaron en los tres humanos hasta que éstos estuvieron muy cerca; ni tampoco oyeron al tío Andrés, que se quedó parado a buena distancia, temblando en sus botas bien abrochadas, y que gritaba (pero de ninguna manera al máximo de su voz):

—¡Dígory! ¡Regresa! Regresa de inmediato cuando se te dice. Te prohíbo ir un paso más lejos.

Cuando por fin estuvieron en medio de los animales, los animales cesaron sus conversaciones y les clavaron la vista.

—¿Y qué es esto? —dijo el Castor, finalmente—. En nombre de Aslan, ¿quiénes son estos?

—Por favor —empezó a decir Dígory, casi sin aliento, cuando un Conejo dijo:

—Son una especie de inmensas lechugas, pienso yo.

—No, no lo somos, palabra que no —replicó Polly, apresuradamente —. No somos nada exquisito para comer.

—¡Vaya! —exclamó el Topo—. Pueden hablar. ¿Quién oyó decir alguna vez que una lechuga hablara?

—Quizás son el Segundo Chiste —sugirió la Corneja.

Una Pantera, que había estado lavándose la cara, se detuvo un momento para decir:

—Bueno, si lo son, no es tan bueno como fue el primero. Por lo menos, yo no veo nada divertido en ellos —Bostezó y continuó con su lavado.

—¡Oh!, por favor —rogó Dígory—. Estoy muy apurado. Quiero ver al León.

Durante todo ese rato el Cochero había estado tratando de que Fresón lo viera. Ahora lo logró.

—Bien, Fresón, viejo querido —dijo—. Tú sabes quien soy. No te vas a quedar parado ahí y decir que no me conoces.

—¿De qué habla la Cosa, Caballo? —preguntaron varias voces.

—Bueno —respondió Fresón muy lentamente—, no lo sé con exactitud. Creo que ninguno de nosotros sabe mucho acerca de cualquier cosa, todavía. Pero tengo una vaga idea de haber visto una cosa parecida a ésta antes. Tengo la sensación de haber vivido en algún otro lugar... o alguna otra cosa... antes de que Aslan nos despertara hace unos pocos minutos. Está todo muy confuso. Como un sueño. Pero había cosas como estas tres en el sueño.

—¿Qué? —exclamó el Cochero—. ¿No me reconoces? ¿Yo que siempre te traía una mazamorra caliente en las tardes cuando no te sentías bien? ¿Yo que te cepillaba lo mejor posible? ¿Yo que nunca olvidé ponerte la capa cuando estabas al frío? No lo hubiera creído de ti, Fresón.

—Algo vuelve —dijo el Caballo, pensativamente—. Sí. Déjame pensar, déjame pensar. Sí, tú acostumbrabas a amarrarme una horrible cosa negra por atrás y luego me golpeabas para hacerme correr, y por muy lejos que corriera esa cosa negra siempre seguía tracata-tracata detrás de mí.

—Teníamos que ganarnos la vida, ¿entiendes? —repuso el Cochero—. La tuya igual que la mía. Y si no hubiera trabajo ni látigo no habría tampoco establo, ni heno, ni mazamorra, ni avena. Porque te quedaron gustando las avenas cuando pude pagártelas, nadie lo puede negar.

—¿Avena? —dijo el Caballo, levantando las orejas—. Sí, algo recuerdo de eso. Sí. Estoy recordando más y más. Tú siempre ibas sentado un poco más atrás, y yo siempre iba corriendo adelante, tirándote a ti y a la cosa negra. Yo sé que yo hacía todo el trabajo.

—En verano, te lo acepto —dijo el Cochero—. Trabajo al calor para ti y un asiento fresco para mí. Pero ¿qué me dices del invierno, mi viejo, cuando tú estabas calentito y yo sentado allá arriba con los pies como hielo y el viento que me arrancaba la nariz, y las manos entumecidas que apenas podían afirmar las riendas?

—Era un país duro, cruel —comentó Fresón—. No había pasto. Sólo piedras duras.

—¡Cierto, compañero, muy cierto! —asintió el Cochero—. Era un mundo harto duro. Siempre dije que esas piedras de pavimento no eran buenas ni para un caballo. Así era Londres, así no más. A mí me gustaba tan poco como a ti. Tú eras un caballo de campo y yo era un hombre de campo. Yo cantaba en el coro, palabra, allá en mi pueblo. Pero allá no había en qué

ganarse la vida.

—¡Oh!, por favor, por favor —insistió Dígory—. ¿No podríamos avanzar? El León se está alejando cada vez más. Y yo necesito con una tremenda urgencia hablar con él.

—Mira, Fresón —dijo el Cochero—. A este joven caballero se le ha puesto que tiene que hablar con el León; ese que ustedes le dicen Aslan. ¿Qué te parece si lo dejas montarte (que lo va a hacer con mucho cuidado) y te vas trotando a donde está el León? Y yo y la niñita los vamos a ir siguiendo.

—¿Montar? —preguntó Fresón—. ¡Ah!, ya me acuerdo. Quiere decir sentarse en mi lomo. Me acuerdo que había uno de los de dos patas como tú, pero más chico que solía hacer eso largo tiempo atrás. Siempre andaba con unos terroncitos, duros y cuadrados, de una cosa blanca, y me los daba. Tenían gusto a..., ¡oh!, a algo maravilloso, más dulce que el pasto.

—¡Ah!, debe haber sido azúcar —dijo el Cochero. —Por favor, Fresón — imploró Dígory—, déjame, déjame subirme y llévame donde Aslan.

—Bueno, no me importa —dijo el Caballo—. No por una vez, como sea. Súbete.

—Mi buen Fresón —dijo el Cochero—. Anda, jovencito, te voy a echar una mano.

Dígory se encontró pronto sobre el lomo de Fresón, y muy cómodo, ya que había montado antes en pelo en su propio mampato.

—Y ahora, arre, Fresón —dijo.

—¿No tendrás por acaso un poquito de esa cosa blanca, un poquito que sea? —preguntó el Caballo.

—No, me temo que no —repuso Dígory.

—Bueno, qué le vamos a hacer —suspiró Fresón, y partieron.

En ese momento un inmenso perro dogo, que había estado olfateando y mirando con mucha atención, dijo:

—Miren. ¿No hay allí otra de estas criaturas raras... allá, al lado del río, debajo de los árboles?

Entonces todos los animales miraron y vieron al tío Andrés, parado muy quieto entre los rododendros, con la esperanza de que no repararan en él.

—¡Vamos! —dijeron numerosas voces—. Vamos y lo averiguaremos.

De modo que, mientras Fresón trotaba con gran agilidad llevando a Dígory hacia una dirección (y Polly y el Cochero los seguían a pie), la mayor parte de las criaturas corrían hacia el tío Andrés con rugidos, ladridos, gruñidos y varios ruidos que denotaban un vivo interés.

Ahora debemos volver atrás un poco y explicar lo que había sido la escena mirada desde el punto de vista del tío Andrés. No hizo en absoluto la misma impresión en él que en el Cochero y los niños. Porque lo que tú ves y oyes depende en buena medida de tu situación; también depende de qué clase de persona eres.

Desde que los animales comenzaron a aparecer, el tío Andrés había ido retrocediendo cada vez más, adentrándose en los matorrales. Los vigilaba atentamente, claro está, pero no se interesaba mayormente en lo que estaban haciendo, sino en ver si iban a abalanzarse sobre él. Como la Bruja, era espantosamente práctico. Simplemente no se dio cuenta de que Aslan estaba escogiendo una pareja de cada especie de animal. Todo lo que vio, o pensó ver, fue una cantidad de peligrosos animales salvajes paseándose distraídamente. Y se asombraba de que los otros animales no huyeran del enorme León.

Cuando llegó el gran momento y las Bestias hablaron, se perdió lo principal; y por una razón bastante interesante. Cuando, tiempo atrás, el León comenzó a cantar por primera vez, en esa etapa en que todavía todo era oscuridad, se había dado cuenta de que el ruido era una canción. Y le desagradó muchísimo tal canción. Lo hacía pensar y sentir cosas que no quería pensar ni sentir. Luego, cuando salió el sol y vio que el cantante era un león (sólo un león —se dijo—) hizo el mayor esfuerzo para convencerse de que no existía ninguna canción y que jamás había habido ninguna canción..., sólo rugidos como hace cualquier león en un zoológico en nuestro mundo. “Por supuesto que no puede haber estado realmente cantando”, pensó, “debo haberlo imaginado. Me he dejado llevar por los nervios. ¿Cuándo se dijo que un león cantara?” Y mientras más prolongado y hermoso era el canto del León, más esfuerzos hacía el tío Andrés para tratar de convencerse de que no oía nada más que rugidos. Y bien, el problema de tratar de hacerte más estúpido de lo que en verdad eres es que, por lo general, lo logras. El tío Andrés lo logró. Pronto oyó nada más que rugidos en el canto de Aslan. Pronto no habría podido escuchar otra cosa, aunque hubiese querido. Y cuando por fin el León habló y dijo: “Narnia, despierta”, él no escuchó las palabras: sólo escuchó un gruñido. Y cuando las Bestias hablaron respondiéndole sólo escuchó ladridos, gruñidos, aullidos y berridos. Y cuando rieron..., bueno, ya puedes imaginártelo. Eso fue lo peor de todo lo que había sucedido para el tío Andrés. Un estrépito tan horrible y sanguinario de fieras hambrientas y rabiosas como no había oído en toda su vida. Después, para colmo de su ira y

horror, vio que los otros tres humanos salían en ese momento a campo abierto para reunirse con los animales.

—¡Los estúpidos! —se dijo—. Ahora esas fieras se comerán los Anillos junto con los niños y yo no podré nunca más volver a casa. ¡Qué chiquillo tan egoísta es ese Dígory!

Y los demás son igualmente malos. Si ellos quieren sacrificar inútilmente sus vidas, esa es cosa de ellos. Pero ¿y yo? Parece que no piensan en eso. Nadie piensa en mí.

Finalmente, cuando toda una multitud de animales se le vino encima, se dio media vuelta y corrió hecho un loco.

Y entonces se pudo comprobar que el aire de aquel mundo joven estaba haciéndole mucho bien al anciano caballero. En Londres era excesivamente viejo como para correr: aquí, corría con una celeridad que seguramente le habría hecho ganar la carrera de los cien metros en cualquier colegio de educación básica en Inglaterra. Los faldones de su levita ondeando detrás de él era algo digno de verse. Pero claro que no le sirvió de nada. Muchos de los animales que lo perseguían eran muy veloces; era la primera carrera que corrían en sus vidas y todos estaban ansiosos por usar sus nuevos músculos.

—¡Síganlo! ¡Síganlo! —gritaban—. ¡A lo mejor ése es Elmal! ¡Hala! ¡A toda velocidad! ¡Rodéenlo! ¡Acorrálenlo! ¡Animo! ¡Viva!

En escasos minutos varios de ellos le tomaron la delantera. Se alinearon en una fila y le cortaron el paso. Otros lo cercaban por atrás. Dondequiera que mirara veía espantos. Cornamentas de enormes alces y la inmensa cara de un elefante se elevaban ante él. Pesados osos y verracos, muy formales, gruñían detrás. Leopardos y panteras de aspecto frío y caras sarcásticas (le pareció) lo miraban fijo y agitaban sus colas. Lo que lo impactó más que todo fue la cantidad de fauces abiertas. Los animales, en realidad, abrieron sus bocas al resollar; él pensó que las habían abierto para devorarlo a él.

El tío Andrés estaba temblando y tambaleándose para todos lados. Ni en sus buenos tiempos le habían gustado los animales, y más bien siempre les había temido; y, por supuesto, años haciendo crueles experimentos con animales lo habían hecho odiarlos y temerles muchísimo más.

—Y bien, señor —dijo el Perro Dogo, en su estilo tan metódico—. ¿Es usted animal, vegetal o mineral?

Eso fue lo que dijo en realidad, pero todo lo que el tío Andrés oyó fue: “¡Gr...r...r...rrrau!”

XI
DIGORY Y SU TIO ANDRES ESTAN EN APRIETOS

Tú podrás pensar que los animales fueron sumamente estúpidos al no entender de inmediato que el tío Andrés era de la misma clase de criaturas que los dos niños y el Cochero. Mas debes recordar que los animales no sabían nada sobre vestuario. Creyeron que el vestido de Polly y el traje Norfolk[4] de Dígory y el sombrero hongo del Cochero formaban parte de ellos como su propia piel y plumas. Ni siquiera hubieran sabido que esos tres eran todos de la misma especie si ellos no les hubiesen hablado y si Fresón no pareciera pensarlo así. Y el tío Andrés era muchísimo más alto que los niños y muchísimo más delgado que el Cochero. Iba entero de negro, excepto su chaleco blanco (que ya no estaba tan blanco), y la gran mata de pelo gris (sumamente revuelto a estas alturas, a decir verdad) no les parecía semejante a nada que hubieran visto ya en los otros tres humanos. De modo que era muy natural que estuviesen perplejos. Para peor de males, no parecía ser capaz de hablar.

El había tratado. Cuando le habló el Dogo (o, como él pensó, primero roncó y luego le gruñó), él alargó su temblorosa mano y dijo con voz entrecortada: “Perrito bueno, tranquilo, mi viejo”. Pero los animales no le entendían más de lo que él les entendía a ellos. No comprendieron ninguna palabra: sólo escucharon un vago ruido chisporroteante. Quizás fue mejor que así haya sido, pues a ningún perro que yo conozca, y mucho menos a un Perro de Narnia que Habla, le gusta que lo llamen perrito bueno; igual que a ti no te gustaría que te dijeran: “Oiga, mocosuelo”.

Entonces el tío Andrés cayó sin conocimiento.

—¡Ahí tienen! —exclamó un Jabalí—, es sólo un árbol. Siempre lo pensé. (Recuerda que ellos jamás habían visto un desmayo, ni siquiera una caída.)

El Dogo, que había estado olfateando al tío Andrés por todos lados, levantó la cabeza y dijo:

—Es un animal. Con toda certeza, un animal. Y probablemente de la misma especie que aquellos otros.

—A mí no me parece —opinó uno de los Osos—. Un animal no se doblaría así. Nosotros somos animales y no nos doblamos. Nos ponemos de pie. Así. —Se paró en sus patas traseras, dio un paso hacia atrás, pero tropezó con una rama suelta y cayó de espaldas.

—¡El Tercer Chiste, el Tercer Chiste, el Tercer Chiste! —exclamó la

4 *Traje Norfolk*: estilo de ropa de chaqueta suelta.

Corneja, muy alborozada.

—Yo todavía pienso que es una clase de árbol —dijo el Jabalí.

—Si fuera un árbol —dijo el otro Oso—, debería tener un nido de abejas.

—Estoy seguro de que no es un árbol —opinó el Tejón—. Me pareció que trataba de hablar antes de desplomarse.

—Fue nada más que el viento en sus ramas —insistió el Jabalí.

—¡Seguramente no quieres decir —dijo la Corneja al Tejón— que crees que es un animal que habla! No dijo ni una sola palabra.

—Y, sin embargo, sabes —dijo el Elefante (la Elefanta hembra, por supuesto; su marido, como recordarás, había sido convocado por Aslan)—. Y, sin embargo, sabes, podría ser un animal de alguna especie. ¿No podría ser algo como una cara esta masa blancuzca que tiene en este extremo? ¿Y esos huecos no podrían ser ojos y una boca? No tiene nariz, claro. Pero también..., ejem..., uno no debe ser estrecho de criterio. Muy pocos de nosotros tienen lo que podría llamarse exactamente una Nariz.

Dio una mirada de soslayo al largo de su trompa con un orgullo bastante perdonable.

—Me opongo firmemente a esa observación —dijo el Dogo.

—La Elefanta tiene toda la razón —dijo el Tapir.

—¡Yo les diré lo que es! —intervino el Burro, ingeniosamente—. Tal vez sea un animal que no puede hablar pero que cree que puede.

—¿Estará hecho para estar de pie? —dijo la Elefanta, pensativamente. Tomó con su trompa el cuerpo lacio del tío Andrés con mucha suavidad y lo paró, cabeza abajo, desgraciadamente, y de su bolsillo cayeron dos medio-soberano, tres media-corona y una moneda de seis peniques. Pero no surtió efecto: el tío Andrés simplemente volvió a desplomarse.

—¡Para que vean! —gritaron varias voces—. No es de ninguna manera un animal. No está vivo.

—Te repito, es un animal —insistió el Dogo—. Huélelo tú mismo.

—Oler no es todo —dijo la Elefanta.

—¿Cómo? —exclamó el Dogo—. Si un tipo no puede fiarse de su

nariz, ¿de qué puede fiarse?

—Bueno, tal vez de su cerebro —replicó ella, dulcemente.

—Me opongo firmemente a esa observación —dijo el Dogo.

—Bueno, tenemos que hacer algo acerca de esto —dijo la Elefanta—. Porque podría ser un Elmal, y hay que mostrárselo a Aslan. ¿Qué piensa la mayoría? ¿Es un animal o alguna especie de árbol?

—¡Arbol! ¡Arbol! —gritó una docena de voces.

—Muy bien —dijo la Elefanta—. Entonces, si es un árbol, es preciso plantarlo. Hay que cavar un hoyo.

Los dos Topos arreglaron esa parte del asunto con gran rapidez. Hubo algunas disputas acerca de la posición en que debía ser colocado el tío Andrés dentro del hoyo, y se escapó por un pelo de que lo pusieran de cabeza. Numerosos animales dijeron que las piernas debían ser sus ramas y que por lo tanto la cosa gris y crespa (se referían a su cabeza) debían ser sus raíces. Pero entonces otros opinaron que el extremo en forma de horquilla estaba más embarrado y se extendía mejor, como deben hacerlo las raíces. Por lo cual, finalmente, fue plantado en la posición debida. Una vez apisonada la tierra, ésta le llegó hasta más arriba de las rodillas.

—Se ve espantosamente marchito —dijo el Burro.

—Claro que le falta un poco de riego —dijo la Elefanta—. Creo que podría decir (sin ofender a ninguno de los presentes) que, quizás, para este tipo de trabajo, mi nariz...

—Me opongo firmemente a esa observación —exclamó el Dogo.

Pero la Elefanta se encaminó tranquilamente hacia el río, llenó de agua su trompa y regresó para regar al tío Andrés. El sagaz animal siguió haciendo esto hasta que terminó de lanzarle a chorros varios galones de agua, y el agua le escurría por los faldones de la levita como si se hubiera dado un baño con la ropa puesta. Al final, esto lo revivió.

Despertó de su desmayo. ¡Qué despertar tuvo! Pero dejémoslo meditando detenidamente sus pérfidas acciones (si es que era capaz de hacer algo tan sensato) y volvamos a cosas mucho más importantes.

Fresón trotó con Dígory en su lomo hasta que se extinguió el ruido que hacían los demás animales, y pronto el grupito que formaban Aslan y sus recién elegidos consejeros estuvo muy cercano. Dígory sabía que era imposible interrumpir una reunión tan solemne, pero no hubo necesidad de

hacerlo. A una palabra de Aslan, el Elefante, los Cuervos y todo el resto se apartaron. Dígory se bajó del caballo y se encontró cara a cara con Aslan. Y Aslan era más grande y más hermoso y más brillantemente dorado y más terrible de lo que había pensado. No se atrevió a mirar directamente sus grandes ojos.

—Por favor..., señor León..., Aslan... Señor —balbuceó Dígory—. ¿Podrías..., podría yo..., por favor, podrías tú darme alguna fruta mágica de este país que haga sanar a mi madre?

Había deseado con desesperación que el León respondiera "Sí"; había estado horriblemente aterrado de oírle decir "No". Pero se desconcertó cuando no recibió ninguna de las dos respuestas.

—Este es el Muchacho —dijo Aslan, mirando, no a Dígory, sino a sus consejeros—. Este es el Muchacho que lo hizo.

"¡Ay de mí! —pensó Dígory—, ¿qué habré hecho ahora?"

—Hijo de Adán —dijo el León—. Hay una malvada bruja extranjera en mi nueva tierra de Narnia. Cuéntales a estas buenas Bestias cómo ha llegado aquí.

Una docena de cosas distintas pasaron como un relámpago por la mente de Dígory, pero tuvo el buen sentido de decir sólo la estricta verdad.

—Yo la traje, Aslan —respondió en voz baja.

—¿Con qué objeto?

—Quería sacarla de mi mundo y devolverla al de ella. Creí que la traía de regreso a su lugar de origen.

—¿Cómo fue que ella llegó a tu mundo, Hijo de Adán?

—Por..., por magia.

El León no dijo nada y Dígory comprendió que no había dicho lo suficiente.

—Fue mi tío Andrés, Aslan —explicó—. El nos mandó fuera de nuestro mundo gracias a los Anillos mágicos; por lo menos yo tuve que ir porque él envió primero a Polly, y después nos encontramos con la Bruja en un lugar llamado Charn y ella se sujetó a nosotros cuando...

—¿Ustedes se encontraron con la Bruja? —preguntó Aslan en una voz baja que dejaba traslucir una amenaza de gruñido.

—Ella despertó —dijo Dígory, en forma lamentable. Y luego, poniéndose muy pálido—, es decir, yo la desperté. Porque quería saber qué pasaría si golpeaba una campana. Polly no quería que lo hiciera. No fue su culpa. Yo... le pegué. Sé que no debía hacerlo. Creo que estaba un tanto hechizado por la escritura que había bajo la campana.

—¿Lo estabas? —preguntó Aslan, siempre hablando en tono bajo y profundo.

—No —repuso Dígory—. Ahora comprendo que no lo estaba. Sólo estaba fingiendo. Hubo una larga pausa. Y todo el tiempo Dígory pensaba: “Lo he echado todo a perder. Ahora no hay caso de conseguir algo para mi madre”.

Cuando el León volvió a hablar, no se dirigió a Dígory.

—Ya ven, amigos —dijo—, que antes de que el mundo nuevo y limpio que les he dado tenga siete horas de vida, ya ha entrado en él una fuerza del mal; despertada y traída hasta acá por este Hijo de Adán.

Las Bestias, incluso Fresón, volvieron sus ojos a Dígory, haciéndolo desear que la tierra lo tragara.

—Pero no se desanimen —dijo Aslan, dirigiéndose siempre a las bestias—. De aquel mal saldrá otro mal, pero aún falta mucho, y yo me ocuparé de que lo peor caiga sobre mis hombros. Mientras tanto, la orden será que, por muchos cientos de años, esta sea una tierra feliz en un mundo feliz. Y así como la raza de Adán hizo el daño, la raza de Adán ayudará a sanarlo. Acérquense, los otros dos.

Estas últimas palabras iban dirigidas a Polly y al Cochero que acababan de llegar. Polly, toda ojos y boca, miraba de fijo a Aslan y tenía tomada la mano del Cochero, y la apretaba un poquito. El Cochero lanzó una mirada al León, y se quitó su sombrero hongo: nadie lo había visto jamás sin él. Al sacárselo, se vio mucho más joven y buenmozo, y parecía más un campesino que un cochero londinense.

—Hijo —murmuró Aslan, dirigiéndose al Cochero—. Te conozco desde hace mucho tiempo. ¿Me conoces tú a mí?

—Bueno, no señor —repuso el Cochero—. Es decir, no como se dice corrientemente. Sin embargo, se me hace la idea, si puedo decirlo con libertad, como si nos hubiéramos conocido antes.

—Eso está bien —dijo el León—. Lo sabes mejor de lo que crees, y vivirás para conocerme mejor. ¿Te gusta esta tierra?

—Es una verdadera delicia, señor —respondió el Cochero.

—¿Te gustaría vivir aquí para siempre?

—Bueno, verá señor, soy un hombre casado —dijo el Cochero—. Si mi mujer estuviera aquí, ninguno de los dos querríamos volver nunca más a Londres, creo yo. Los dos somos gente de campo en el fondo.

El León echó hacia atrás su peluda cabeza, abrió la boca y dejó oír una larga y única nota, no muy aguda, pero llena de poder. Polly sintió que su corazón saltaba dentro de su pecho al escucharla. Estaba segura de que era un llamado, y que cualquiera que oyera ese llamado querría obedecerlo y (lo que es más) sería capaz de obedecerlo sin importar cuántos mundos y siglos existieran de por medio. De modo que, aunque estaba maravillada, no se asombró en realidad ni se sobresaltó cuando, de repente, una joven de rostro bondadoso y sencillo salió de no sé dónde y se detuvo a su lado. Polly supo de inmediato que era la esposa del Cochero, sacada de nuestro mundo no por algún fastidioso Anillo mágico, sino rápidamente, simplemente, y dulcemente como vuela un pájaro hacia su nido. Parecía que la joven había estado en pleno día de lavado, pues usaba un delantal, tenía las mangas enrolladas hasta el codo, y traía espuma de jabón en las manos. Si hubiera tenido tiempo de ponerse sus vestidos elegantes (su mejor sombrero tenía unos adornos imitando cerezas) se habría visto horrible; tal como estaba, se veía muy bonita.

Por supuesto, creía estar soñando. Por eso no se precipitó hacia su marido a preguntarle qué era lo que les estaba sucediendo. Pero cuando miró al León, ya no se sintió tan segura de que fuera un sueño, a pesar de que, por alguna razón, no pareció estar muy asustada. Luego hizo una media reverencia, como algunas niñas campesinas todavía sabían hacer en aquellos tiempos. Después de lo cual fue hacia el Cochero, puso su mano en la suya y se quedó a su lado, mirando alrededor, con un poco de vergüenza.

—Hijos míos —dijo Aslan, fijando sus ojos en ambos—, ustedes serán el primer Rey y la primera Reina de Narnia.

El Cochero abrió la boca, estupefacto, y su mujer se puso muy colorada.

—Ustedes gobernarán y darán nombre a todas estas criaturas, y harán justicia entre ellas, y las protegerán de sus enemigos cuando éstos surjan. Y surgirán enemigos, porque hay una Bruja malvada en este mundo.

El Cochero tragó con fuerza unas dos o tres veces y aclaró su garganta.

—Le pido disculpas, señor —dijo—, y le agradezco mucho, seguro (y mi señora hace lo mismo), pero no soy la laya de tipo para un trabajo como ése. Nunca tuve mucha educación, para que vea.

—Bien —dijo Aslan—, ¿puedes usar una pala y un arado y sacar alimento de la tierra?

—Sí, señor, podría hacer un poco ese tipo de trabajo: fui criado en eso, yo.

—¿Puedes gobernar a estas criaturas con bondad y justicia, recordando que no son esclavas como las bestias mudas del mundo donde naciste, sino Bestias que Hablan y súbditos libres?

—Entiendo, señor —replicó el Cochero—. Trataría de tener un trato justo con todos ellos.

—¿Y enseñarías a tus hijos y a tus nietos a hacer lo mismo?

—Dependería de mí tratar de hacerlo, señor. Haría lo mejor que pudiera; ¿no es cierto que lo haríamos, Nellie?

—¿Y no tendrías favoritos ni entre tus propios hijos ni entre las demás criaturas, ni permitirías que alguien tenga a otro bajo su dominio o que lo trate con severidad?

—Yo nunca aguantaría tales conductas, señor, y le digo la verdad. Les daría su merecido si los pillo en eso —repuso el Cochero. (Durante toda esta conversación su voz se hacía más lenta y sonora. Más semejante a la voz de campesino que debe haber tenido cuando pequeño y más diferente de la voz aguda y ágil de un cockney[5].

—Y si se alzan los enemigos contra el país (porque los enemigos se alzarán) y hubiese una guerra, ¿serías el primero en el ataque y el último en la retirada?

—Bueno, señor —respondió el Cochero, muy lentamente—, un tipo no puede saberlo exactamente hasta que lo prueban. Yo diría que podría resultar medio blandengue. Nunca he peleado, excepto con mis puños. Trataría..., eso es, espero que trataría... de hacer lo mejor de mi parte.

—Entonces —dijo Aslan— habrás hecho todo lo que un Rey debería hacer. Tu coronación tendrá lugar dentro de poco. Y tú y tus hijos y nietos serán bendecidos, y algunos serán Reyes de Narnia, y otros serán Reyes de Archenland, que está más allá pasando las Montañas del Sur. Y tú, Hijita (se volvió hacia Polly), eres bienvenida. ¿Has perdonado al Muchacho por haberte

5 *Cockney*: habitante de ciertos barrios bajos de Londres, que habla un dialecto especial.

agredido en el salón de las estatuas en el desolado palacio de la maldita Charn?

—Sí, Aslan, ya hicimos las paces —repuso Polly.

—Eso está bien —dijo Aslan—. Y ahora, el Muchacho.

XII
LA AVENTURA DE FRESON

Dígory mantenía su boca cerrada, bien apretada. Se sentía cada vez más y más incómodo. Esperaba que, pasara lo que pasara, no se pondría a lloriquear o a hacer cualquiera otra ridiculez.

—Hijo de Adán —dijo Aslan—. ¿Estás dispuesto a reparar el daño que le has hecho a mi dulce tierra de Narnia el día mismo de su nacimiento?

—Bueno, no veo cómo podría hacerlo —respondió Dígory—. Sabes, la Reina se escapó y...

—Te pregunté si estás dispuesto —dijo el León.

—Sí —contestó Dígory. Había tenido por un segundo la estrafalaria idea de decirle: "Trataré de ayudarte si me prometes ayudarme en lo de mi madre", pero se dio cuenta a tiempo de que el León no era en absoluto la clase de persona con quien uno puede tratar de regatear. Mas cuando dijo "Sí", pensó en su madre, y pensó en las grandes esperanzas que se había hecho, y en cómo todas iban desvaneciéndose, y se le hizo un nudo en la garganta y asomaron lágrimas a sus ojos, y dijo bruscamente:

—Pero, por favor, por favor..., podrías..., ¿puedes darme algo que sane a mi madre?

Hasta ese momento había estado mirando las enormes patas delanteras del León y sus inmensas garras; ahora, en su desesperación, lo miró a la cara. Lo que vio le produjo la sorpresa más grande de su vida. Porque la rojiza cara estaba inclinada cerca de la suya y (maravilla de las maravillas) en los ojos del León había grandes y relucientes lágrimas. Eran tan grandes y tan brillantes sus lágrimas en comparación con las de Dígory, que por un instante sintió como si el León estuviese más afligido por su madre que él mismo.

—Hijo mío, hijo mío —dijo Aslan—. Ya lo sé. El dolor es grande. Sólo tú y yo lo conocemos ya en esta tierra. Seamos generosos el uno con el otro. Pero yo tengo que pensar en cientos de años en la vida de Narnia. La Bruja que trajiste a nuestro mundo regresará nuevamente a Narnia. Pero no necesariamente muy pronto. Mi deseo es plantar en Narnia un árbol al que ella no osará acercarse, y aquel árbol protegerá a Narnia de ella por muchos años. Así esta tierra tendrá una larga y brillante mañana antes de que cualquiera nube oscurezca al sol. Tú debes traerme la semilla de la cual ese árbol brotará.

—Sí, señor —repuso Dígory. No tenía idea de cómo lo haría, pero se

sentía totalmente seguro de que sería capaz de hacerlo. El León respiró profundo, inclinó más aún su cabeza y le dio un beso de León. Y de inmediato Dígory sintió que una nueva fuerza y valentía se adueñaban de él.

—Hijo querido —dijo Aslan—. Te diré lo que debes hacer. Vuélvete y mira hacia el oeste y dime lo que ves.

—Veo unas montañas colosales, Aslan —contestó Dígory—. Veo este río que cae en una catarata por los acantilados. Y más allá del acantilado hay unas altas colinas verdes cubiertas de bosques. Y más allá de ellas hay una cordillera más alta que parece casi negra. Y luego, más, más lejos, hay unas inmensas montañas nevadas, amontonadas todas juntas, como en las fotografías de los Alpes. Y detrás de ellas, no hay nada más que el cielo.

—Has visto bien —dijo el León—. Mira, la tierra de Narnia termina en la caída de la catarata, y cuando hayas llegado a la cumbre del acantilado, habrás salido de Narnia y entrado en las Tierras Vírgenes del Oeste. Deberás viajar a través de esas montañas hasta encontrar un verde valle con un lago azul en medio, amurallado por montañas de hielo. Al final del lago hay una colina verde y escarpada. En la cima de esa colina hay un jardín. En el centro del jardín hay un árbol. Arranca una manzana de aquel árbol y tráemela.

—Sí, señor —repitió Dígory. No tenía ni la más remota idea acerca de cómo iba a escalar el acantilado y encontrar su ruta entre todas esas montañas, pero no quería decirlo por temor a que pudiera sonar como una excusa. Pero en cambio dijo:

—Espero, Aslan, que no tengas gran apuro. No seré capaz de llegar allá y regresar demasiado rápido.

—Hijito de Adán, tendrás ayuda —dijo Aslan.

Entonces se volvió hacia el Caballo, que había estado muy quieto al lado de ellos todo ese tiempo, agitando su cola para espantar las moscas, y escuchando con su cabeza ladeada como si la conversación fuera un poquito difícil de entender.

—Querido —dijo Aslan al Caballo—, ¿te gustaría ser un caballo con alas?

Deberías haber visto cómo el Caballo sacudió sus crines y cómo se abrieron las ventanillas de su nariz, y el golpecito que dio en el suelo con su casco trasero. Estaba claro que le gustaría muchísimo ser un caballo con alas. Pero dijo solamente:

—Si tú lo deseas, Aslan..., si realmente lo quieres..., no sé por qué tendría que ser yo..., no soy un caballo muy inteligente.

—Sé alado. Sé el padre de todos los caballos que vuelan —rugió Aslan con una voz que estremeció el suelo—. Tu nombre es Volante.

El caballo se espantó, igual que se espantaba en esos miserables días de antaño cuando tiraba el coche. Luego se paró en dos patas. Torció hacia atrás el cuello como si una mosca estuviera picándole los hombros y quisiera rascarse. Y entonces, tal como las bestias habían brotado de la tierra, de los hombros de Volante brotaron alas que se desplegaron y crecieron, más grandes que las de las águilas, más grandes que las de los cisnes, más grandes que las de los ángeles en las ventanas de las iglesias. Resplandecían las plumas color castaña y color cobre. Hizo una gran barrida con ellas y saltó en el aire. A cinco metros por encima de Aslan y de Dígory dio un bufido, relinchó y se puso a corcovear. Después de hacer un círculo alrededor de ellos, se dejó caer en tierra, con sus cuatro cascos juntos, con un aire torpe y sorprendido, pero extremadamente satisfecho.

—¿Es agradable, Volante? —preguntó Aslan.

—Es sumamente agradable, Aslan —repuso Volante.

—¿Podrías llevar en tu lomo a este hijito de Adán hasta el valle montañoso de que les hablé?

—¿Qué? ¿Ahora? ¿De inmediato? —dijo Fresón…, o más bien Volante, como debemos llamarlo ahora—. ¡Bravo! Sube, pequeño. He tenido cosas como tú en mi lomo antes de ahora. Hace mucho, mucho tiempo. Cuando había campos verdes; y azúcar.

—¿Qué están cuchicheando las dos hijas de Eva? —dijo Aslan, volviéndose súbitamente hacia Polly y la mujer del Cochero, las que en realidad ya se habían hecho amigas.

—Por favor, señor —dijo la Reina Elena (porque eso era ahora Nellie, la mujer del Cochero)—, creo que a la niñita le encantaría ir también, si no fuera mucha molestia.

—¿Qué dice a eso Volante? —preguntó el León.

—¡Oh!, a mí no me importa llevar a dos, sobre todo cuando son chicos —repuso Volante—. Pero espero que el Elefante no quiera venir con ellos.

El Elefante no quería, y el nuevo Rey de Narnia ayudó a los dos niños a montar: es decir, le dio a Dígory un violento empujón y puso a Polly sobre el lomo del caballo tan suave y delicadamente como si fuera de porcelana y pudiera quebrarse.

—Ahí los tienes, Fresón..., Volante, quiero decir. ¡Qué enredo tan grande!

—No vueles demasiado alto —dijo Aslan—. No trates de pasar por encima de las cumbres de las grandes montañas de hielo. Busca los valles, los lugares verdes y atraviésalos. Siempre habrá algún paso por ahí. Y ahora, váyanse, con mi bendición.

—¡Oh, Volante! —exclamó Dígory, inclinándose hacia adelante para acariciar el lustroso cuello del caballo—. Esto sí que es entretenido. Sujétate bien firme a mí, Polly.

En un segundo el campo quedó atrás, girando rápidamente cuando Volante, como una inmensa paloma, hizo uno o dos círculos antes de partir en su largo vuelo rumbo al Oeste. Mirando hacia abajo, Polly apenas alcanzaba a ver al Rey y a la Reina, y hasta Aslan era sólo una mancha de brillante color amarillo contra el verde pasto. Pronto el viento azotó sus caras y las alas de Volante se acostumbraron a un aleteo tranquilo.

Toda Narnia, de mil colores con sus prados y sus rocas y sus brezos y sus distintas clases de árboles, se extendía bajo ellos, y el río serpenteaba atravesándola como una cinta de azogue. Ya podían ver por encima de las cumbres de las colinas bajas situadas al norte, a su derecha; más allá de aquellas colinas un gran brezal ascendía suavemente hasta el horizonte. A su izquierda las montañas eran mucho más altas, pero de vez en cuando había algún desfiladero donde podías entrever, entre abruptos bosques de pinos, un vislumbre de las tierras sureñas que se encontraban más allá de ellas, azules y muy lejanas.

—Ahí debe ser donde está Archenland —dijo Polly.

—Sí, ¡pero mira para adelante! —dijo Dígory.

Porque en ese momento se elevaba ante ellos una gran barrera de acantilados, y quedaron casi deslumbrados por los rayos del sol que danzaban sobre la gran catarata por la cual el río ruge y centellea bajando hasta la propia Narnia desde las tierras altas del oeste en donde nace. Volaban tan alto ya, que el tronar de aquellas cascadas apenas se lograba escuchar como un ruido insignificante y tenue, pero sin embargo aún no estaban a suficiente altura como para volar por sobre la cumbre de los acantilados.

—Vamos a tener que zigzaguear un poco aquí —dijo Volante—. Sujétense firme.

Comenzó a volar de acá para allá, tomando más altura a cada giro. El aire se volvía más frío, y escucharon el llamado de las águilas muchísimo más abajo de ellos.

—¡Oye, mira para atrás! Mira detrás de nosotros —dijo Polly.

Ahí pudieron ver todo el valle de Narnia que se extendía hasta donde, justo antes del horizonte oriental, se divisaba relucir el mar. Y ahora volaban tan alto que apenas distinguían algo semejante a diminutas montañas de bordes desiguales que asomaban más allá de los páramos del norte y, a lo lejos, hacia el sur, grandes llanuras de algo que parecía ser arena.

—Me gustaría que tuviéramos alguien que nos dijera qué son todos esos lugares —dijo Dígory.

—No creo que sean ningún lugar todavía —dijo Polly—. Quiero decir que no hay nadie allí, y no sucede nada. El mundo comenzó recién hoy día.

—No, pero llegará gente allí —murmuró Dígory—. Y entonces tendrán su historia, ya lo verás.

—Bueno, es estupendo que todavía no la tengan —repuso Polly—. Porque así nadie puede obligar a nadie a aprenderla. Batallas y fechas y toda esa lata.

Ahora iban volando por sobre la cima de los acantilados y en pocos minutos el valle de Narnia se perdió de vista tras ellos. Iban sobre un campo agreste de escarpadas colinas y oscuras selvas, siempre siguiendo el curso del río. Imponentes montañas empezaban a asomar adelante. Pero ahora el sol daba en los ojos de los viajeros y no podían ver muy claramente en esa dirección. Porque el sol se iba hundiendo más y más bajo hasta que el cielo occidental pareció un formidable horno lleno de oro fundido; y por fin se puso detrás de una punta dentada que se alzaba contra el resplandor mostrando una forma tan afilada y plana que parecía un recorte en cartulina.

—No hace nada de calor acá arriba —comentó Polly.

—Y me están empezando a doler las alas —se quejó Volante—. No hay señales del valle con el lago en medio, como dijo Aslan. ¿Qué les parece bajar y buscar un lugar decente donde pasar la noche? No llegaremos al otro sitio esta tarde.

—Sí, y seguramente ya es hora de la cena —repuso Dígory.

Entonces Volante empezó a descender, cada vez más bajo. Cuando ya estaban cerca de la tierra y en medio de las colinas, el aire se hizo más tibio; y después de viajar tantas horas sin escuchar otra cosa que el golpe de las alas de Volante, fue muy agradable oír ruidos familiares y terrenales otra vez, como el parloteo del río en su lecho de piedras y el crujido de los árboles mecidos por la ligera brisa. Un olor cálido y agradable a tierra endurecida por el sol y a pasto y a flores llegó hasta ellos. Por fin Volante aterrizó. Dígory

cayó rodando y ayudó después a Polly a desmontar. Ambos estaban contentos de poder estirar sus piernas acalambradas.

El valle a que habían bajado estaba situado en el corazón de las montañas; cumbres nevadas, una de ellas color rosado rojizo por los reflejos del sol poniente, se alzaban por encima de ellos.

—Tengo bastante hambre —dijo Dígory.

—Bueno, ¡a comer! —dijo Volante, tomando un enorme bocado de hierba. Luego levantó la cabeza, mascando todavía y con pedacitos de pasto colgando a ambos lados de su boca, como bigotes, y dijo:

—Vengan, ustedes dos. No sean tímidos. Hay de sobra para todos.

—Pero nosotros no podemos comer pasto —dijo Dígory.

—H'm, h'm —dijo Volante, hablando con la boca llena—. Bueno..., h'm..., entonces no sé muy bien qué van a hacer. Y es un muy buen pasto.

Polly y Dígory se miraron desconsolados.

—Bueno, creo que alguien debe haber arreglado lo de nuestra comida —dijo Dígory.

—Estoy seguro que Aslan lo habría hecho, si se lo hubieran pedido —murmuró Volante.

—¿No lo sabría sin que se lo pidiéramos? —preguntó Polly.

—No tengo la menor duda de que lo sabría —dijo el Caballo (todavía con la boca llena)—. Pero tengo la idea de que a él le gusta que se lo pidan.

—Pero ¿qué diablos vamos a hacer? —preguntó Dígory.

—Te aseguro que no lo sé —replicó Volante—. A menos que pruebes la hierba. Puede que te guste más de lo que te imaginas.

—¡No seas tonto! —exclamó Polly, pateando en el suelo—. Por supuesto que los humanos no pueden comer hierba, así como tú no podrías comer una chuleta de cordero.

—Por el amor de Dios no hables de chuletas y esas cosas —exclamó Dígory—. Es para peor.

Dígory dijo que era mejor que Polly regresara a casa con su Anillo y consiguiera algo que comer: él no podía hacerlo porque había prometido

seguir sin vacilar el encargo que le hiciera Aslan, y, si llegaba a aparecer por allá, podría suceder algo que le impidiera regresar. Pero Polly dijo que no lo abandonaría, y Dígory dijo que eso era tremendamente amable de su parte.

—Mira —dijo Polly—, todavía me quedan los restos de la bolsa de caramelos en mi bolsillo. Será mejor que nada.

—Muchísimo mejor —repuso Dígory—. Pero ten cuidado y mete la mano al bolsillo sin tocar tu Anillo.

Esa fue tarea difícil y delicada, pero se las arreglaron bien finalmente. La bolsita de papel estaba toda aplastada y pegajosa cuando lograron sacarla, de modo que fue más bien cuestión de despegar la bolsa de los caramelos que de sacar los caramelos de la bolsa. Algunos adultos (tú sabes lo quisquillosos que pueden ser acerca de este tipo de cosas) habrían preferido quedarse definitivamente sin cenar antes que comer aquellos caramelos. Había nueve en total. Fue Dígory el que tuvo la brillante idea de que comieran cuatro cada uno y el noveno lo plantaran; porque, como dijo: “si la barra que arrancaron del farol se convirtió en un arbolito de luz, ¿por qué no podría éste convertirse en un árbol de caramelo?”. De modo que hicieron un hoyo pequeño en el césped y enterraron el pedazo de caramelo. Luego se comieron los otros, haciéndolos durar lo más posible. Fue una comida harto pobre, a pesar de todo el papel que no pudieron evitar comer también.

Cuando Volante terminó su excelente cena, se tendió. Los niños se acercaron y se sentaron uno a cada lado suyo, apoyándose en su cuerpo tibio, y cuando extendió un ala sobre cada uno de ellos, se sintieron realmente muy cómodos y abrigados. Mientras salían las relucientes estrellas nuevas de aquel mundo nuevo, se pusieron a conversar sobre todo lo que había ocurrido: cómo Dígory había esperado conseguir algo para su madre y ahora, en su lugar, era enviado con esta misión. Y se repetían unos a otros todas las señales con que reconocerían el sitio que estaban buscando.... el lago azul y la colina con el jardín en su cima. La conversación estaba recién comenzando a decaer a medida que les daba sueño, cuando de repente Polly se sentó, muy despierta, y dijo:

—¡Silencio! Todos escucharon con la mayor atención.

—Tal vez fue sólo el viento en los árboles —murmuró Dígory, al cabo de un rato.

—No estoy tan seguro —dijo Volante—. De todos modos..., ¡espera! Ahí empieza otra vez. ¡Por Aslan, es algo!

El caballo se incorporó rápidamente con gran bullicio y una gran sacudida; los niños ya estaban de pie. Volante trotó de acá para allá, olfateando y relinchando. Los niños, en punta de pies, recorrieron por aquí y

por allá, buscando detrás de cada arbusto y de cada árbol. Constantemente creían ver cosas, y una vez Polly estaba completamente segura de que había visto una silueta alta y oscura que se deslizaba velozmente en dirección al oeste. Pero no encontraron nada y al final Volante se echó de nuevo y los niños se reacomodaron (si es esa la palabra correcta) debajo de sus alas. Se quedaron dormidos otra vez. Volante permaneció despierto más tiempo moviendo sus orejas en todas direcciones en medio de la oscuridad y a veces le tiritaba la piel como si una mosca hubiese aterrizado encima de él; pero por último se durmió también.

XIII
UN ENCUENTRO INESPERADO

—Despierta, Dígory, despierta, Volante —se escuchó la voz de Polly—. ¡Se ha convertido en un árbol de caramelo! Y es la mañana más preciosa que he visto.

El bajo sol matinal atravesaba con sus rayos el bosque y el pasto brillaba gris con el rocío y las telarañas parecían de plata. Junto a ellos había un pequeño árbol de madera muy oscura, más o menos del tamaño de un manzano. Sus hojas eran blancuzcas y delgadas como el papel, semejantes a esa hierba llamada mostaza, y estaba cargado de pequeños frutos color café que más parecían dátiles.

—¡Bravo! —gritó Dígory—. Pero primero me voy a dar una zambullida.

Se alejó velozmente por entre un par de matorrales floridos y bajó a la orilla del río. ¿Te has bañado alguna vez en un río de montaña que viene corriendo en cascadas poco profundas sobre piedras rojas y azules y amarillas iluminadas por el sol? Es igual que en el mar, y en algunos aspectos hasta es mejor. Claro que tuvo que vestirse de nuevo sin secarse, pero valió la pena. Cuando regresó, Polly bajó y se bañó; por lo menos eso dijo haber estado haciendo, pero nosotros sabemos que ella no era una gran nadadora y quizás sea mejor no hacer demasiadas preguntas. Volante también inspeccionó el río, pero solamente se paró en medio de la corriente, inclinándose para tomar un largo trago de agua y luego sacudió sus crines y relinchó varias veces.

Polly y Dígory se pusieron a comer en el árbol de caramelo. La fruta era deliciosa: no era exactamente igual al caramelo —más suave en primer lugar, y jugosa—, sino más bien como una fruta que recordaba el gusto del caramelo.

Volante también tomó un excelente desayuno; probó uno de los frutos de caramelo y le gustó, pero dijo que, a esa hora de la mañana, le caía mejor la hierba. Luego, con alguna dificultad, los niños se subieron sobre su lomo y el segundo día de viaje comenzó.

Fue incluso mejor que el de ayer, en parte, porque todos se sentían tan frescos, y en parte porque el sol que acababa de salir estaba a sus espaldas y, por cierto, todo luce más bonito cuando tienes el sol detrás de ti. Fue un paseo maravilloso. Las grandes montañas nevadas se elevaban ante ellos por todos lados. Los valles, muy, muy abajo, eran tan verdes, y todos los ríos que fluían de los glaciares hacia el gran río principal eran tan azules, que les parecía volar sobre gigantescas piezas de joyería. Les habría gustado que esta parte de la aventura fuera más larga de lo que en realidad fue. Mas de

pronto comenzaron los tres a oler el aire, diciendo: “¿Qué es eso?” y “¿Sentiste un olor?” y “¿De dónde viene?” Un aroma celestial, tibio y dorado, como si saliera de las más deliciosas frutas y flores del mundo, estaba subiendo hasta ellos desde algún lugar allá adelante.

—Viene del valle con el lago al medio —dijo Volante.

—Así es —asintió Dígory—. ¡Y miren! Hay una colina verde al otro lado del lago. Y miren qué azul es el agua.

—Debe ser el Lugar —dijeron los tres.

Volante empezó a bajar describiendo amplios círculos. Las puntas heladas se elevaban más y más altas. El aire se tornó más cálido y más dulce por momentos, tan dulce que casi se te llenaban los ojos de lágrimas. Volante se deslizaba ahora con sus grandes alas desplegadas e inmóviles a cada lado, y sus cascos tocando el suelo. La escarpada colina verde se precipitaba contra ellos. Unos instantes más tarde aterrizaban en su ladera, de manera poco elegante. Los niños se bajaron rodando, cayeron sin hacerse ningún daño sobre la hierba fina y tibia, y se pusieron de pie, jadeando un poco.

Estaban más o menos a mitad del camino a la punta de la colina, y se pusieron de inmediato a trepar. (No creo que Volante hubiera podido arreglárselas si no hubiese tenido sus alas para equilibrarse y ayudarse con un aleteo de vez en cuando.) A todo el rededor de la cima de la colina había una elevada muralla de verde pasto. Dentro de ella crecían numerosos árboles. Sus ramas colgaban por encima del muro y sus hojas mostraban un colorido no sólo verde sino también azul y plateado cuando el viento las agitaba. Al llegar a la cumbre, los viajeros dieron una vuelta casi entera por fuera de la muralla verde antes de encontrar sus puertas: altísimas puertas de oro, herméticamente cerradas, que daban directo hacia el oriente.

Yo creo que hasta ahora Volante y Polly habían tenido la idea de que iban a entrar con Dígory. Pero ya no lo pensaban así. No has visto jamás un sitio tan obviamente privado como ése. De una sola mirada te dabas cuenta de que pertenecía a alguien. Sólo un tonto soñaría en entrar a menos que hubiera sido enviado allí con alguna misión muy especial. El mismo Dígory comprendió al instante que los otros no debían ni podían entrar con él. Se dirigió a las puertas solo.

Cuando se acercó a ellas, vio algunas palabras escritas sobre el oro con letras de plata; decían algo así:

Entra por las puertas de oro o no entres.
Toma de mis frutos para los demás o abstente.
Pues aquellos que roban o aquellos que escalan mi muro
hallarán lo que desea su corazón y hallarán desesperación.

—Toma de mis frutos para los demás —dijo Dígory—. Bueno, eso es lo que yo voy a hacer. Quiere decir que no debo comerlos yo, supongo. No sé qué querrá decir esa palabrería en la última línea. Entra por las puertas de oro. Bueno, ¡quién quiere escalar un muro si puede entrar por una puerta! Pero ¿cómo se abren las puertas?

Estiró su mano hacia ellas y al instante se separaron, abriéndose hacia adentro, girando en sus goznes sin el menor ruido.

Ahora que podía mirar dentro del recinto, le pareció más privado que nunca. Entró con gran solemnidad, mirando a su alrededor. Todo estaba muy tranquilo adentro. Incluso la fuente que se alzaba cerca de la mitad del jardín hacía apenas un leve ruido. El aroma delicioso lo envolvía; era un lugar placentero pero sumamente sobrio.

De inmediato supo cuál era el árbol preciso, en parte, porque se encontraba justo al centro y, en parte, porque las enormes manzanas plateadas de que estaba cargado brillaban intensamente y lanzaban su propia luz sobre los lugares sombríos donde no alcanzaba a llegar el sol. Cruzó derecho hacia él, cogió una manzana, y la puso en el bolsillo de arriba de su chaqueta Norfolk. Pero no se pudo contener y la miró y la olió antes de guardarla en el bolsillo.

Habría sido mucho mejor que no lo hubiese hecho. Sintió una terrible sed y hambre y un ansia de probar esa fruta. La puso apresuradamente en su bolsillo; pero había muchas más. ¿Sería malo probar una? Después de todo, pensó, el aviso de la puerta podría no ser exactamente una orden; podría haber sido simplemente un consejo... y ¿quién le hace caso a los consejos? Y, hasta si era una orden, ¿la desobedecería por comerse una manzana? Ya había obedecido la parte sobre tomar una “para los demás”.

Mientras pensaba en todo esto, miró hacia arriba por casualidad a través de las ramas, hacia la copa del árbol. Allí, posado en una rama encima de su cabeza, un maravilloso pájaro se preparaba a pasar la noche. Digo “pasar la noche”, porque parecía casi adormecido; tal vez no del todo. Una diminuta rendijita de un ojo estaba abierta. Era más voluminoso que un águila, su pecho color azafrán, su cabeza coronada por una cresta color escarlata, y su cola, púrpura.

—Lo que prueba —dijo Dígory después cuando relató la historia a los otros— que nunca es excesivo el cuidado que debes tener en estos sitios mágicos. Nunca sabes qué puede estar observándote.

Pero yo pienso que Dígory en ningún caso habría sacado una manzana para sí mismo. Cosas como No Robarás eran, creo yo, repetidas con más insistencia y metidas en las cabezas de los niños en esos tiempos con más fuerza que ahora. Con todo, no podemos nunca estar muy seguros.

Dígory estaba a punto de volverse para regresar hacia las puertas cuando se detuvo para dar una última mirada en rededor. Se llevó una espantosa sorpresa. No estaba solo. Allí, sólo a pocos metros de distancia, estaba la Bruja. Estaba justamente arrojando el corazón de una manzana que acababa de comerse. El jugo era más negro de lo que pudieras suponer y le había dejado una mancha horrible en los labios. Dígory adivinó inmediatamente que debía haber escalado el muro. Y principió a comprender que tenía algún sentido esa última línea acerca de obtener lo que tu corazón desea y encontrar junto con eso la desesperación. Pues la Bruja se veía más fuerte y orgullosa que nunca e incluso, en cierta forma, triunfante; mas su rostro estaba mortalmente blanco, blanco como la sal.

Todo esto pasó en una fracción de segundo por la mente de Dígory; luego giró sobre sus talones y corrió como un rayo hacia las puertas; y la Bruja detrás. En cuanto salió, las puertas se cerraron tras él por sí solas. Eso le dio una ventaja, pero no por mucho tiempo. Cuando iba llegando donde estaban los demás, gritándoles: “¡Rápido, Polly, súbete! ¡Levántate, Volante!”, ya la Bruja escalaba el muro, o saltaba por encima, y lo seguía muy de cerca nuevamente.

—Quédate donde estás —le gritó Dígory, dando vuelta su cara hacia ella—, o desapareceremos. No te acerques ni un paso más.

—Muchacho estúpido —dijo la Bruja—. ¿Por qué huyes de mí? No pretendo hacerte ningún daño. Si no te detienes a escucharme ahora, te perderás algunas cosas que es necesario saber para que seas feliz toda tu vida.

—Pero no quiero oírlas, gracias —replicó Dígory. Pero lo hizo.

—Conozco la misión que te ha traído aquí —continuó la Bruja—. Pues era yo la que estaba cerca de ti anoche en los bosques y escuché todas tus deliberaciones. Has arrancado una fruta allá en el jardín. La tienes en tu bolsillo. Y la vas a llevar de vuelta, sin probarla, al León; para que él se la coma, para que él la use. ¡Ingenuo! ¿Sabes qué es ese fruto? Te lo diré. Es la manzana de la juventud, la manzana de la vida. Yo lo sé, pues la he probado; y ya estoy sintiendo tales cambios en mí que estoy segura de que jamás envejeceré ni moriré. Cómela, muchacho, cómela, y tú y yo viviremos para siempre y seremos el rey y la reina de todo este mundo... o del tuyo si decidimos regresar a él.

—No, gracias —respondió Dígory—, no sé si me gustaría tanto seguir viviendo y viviendo después que toda la gente que conozco haya muerto. Prefiero vivir un tiempo normal y morirme e ir al Cielo.

—Pero ¿qué hay con esa madre tuya a quien dices querer tanto?

—¿Qué tiene ella que ver con esto? —preguntó Dígory.

—¿No entiendes, estúpido, que un solo mordisco de esa manzana la sanaría? La tienes en tu bolsillo. Estamos aquí solos y el León está lejos. Usa tu magia y regresa a tu propio mundo. Un minuto más tarde puedes estar al lado de tu madre, dándole la fruta. Y en cinco minutos verás como recupera los colores. Te dirá que ya no siente dolor. En seguida te dirá que se siente más fuerte. Luego se dormirá...; piensa en eso: horas de tranquilo sueño natural, sin dolor, sin medicamentos. Al día siguiente todos dirán que se ha recuperado maravillosamente. Pronto estará absolutamente sana de nuevo. Todo se arreglará e irá bien otra vez. Tu hogar volverá a ser un hogar feliz. Serás como todos los demás niños.

—¡Oh! —exclamó Dígory, jadeando como si le doliera algo, y se llevó la mano a la cabeza. Porque sabía que tenía ante él la más terrible elección que hacer.

—¿Qué ha hecho el León por ti alguna vez para que quieras ser su esclavo? —preguntó la Bruja—. ¿Qué puede hacer por ti una vez que estés de regreso en tu mundo? ¿Y qué pensaría tu madre si supiera que pudiste haberla librado de sus dolores y haberle devuelto la vida y haber impedido que a tu padre se le rompiera el corazón, y que no lo hiciste..., que preferiste hacer de mensajero de un animal salvaje en un mundo extraño con el cual no tienes nada que ver?

—Yo..., yo no creo que él sea un animal salvaje —contestó Dígory con voz entrecortada—. El es..., no sé...

—Entonces es algo mucho peor —dijo la Bruja—. Mira lo que ha hecho ya contigo: mira lo inhumano que te ha vuelto. Es lo que hace con todos los que lo escuchan. ¡Muchacho cruel, despiadado! Dejarías morir a tu propia madre antes de...

—¡Oh, cállate! —dijo el desdichado Dígory, en el mismo tono de voz—. ¿Crees que no entiendo? Pero, he..., he prometido.

—¡Ah!, pero no sabías lo que estabas prometiendo. Y nadie aquí te puede aconsejar.

—A mi misma madre —dijo Dígory, encontrando con dificultad las palabras— no le agradaría..., terriblemente estricta en cuanto al cumplimiento de las promesas..., y no robar... y todas esas cosas. Ella me diría que no lo hiciera... sobre la marcha..., si estuviera aquí.

—Pero no es preciso que lo sepa nunca —dijo la Bruja, hablando en tono mucho más dulce del que podrías pensar que usaría alguien con una cara tan cruel—. No le dirías cómo obtuviste la manzana. Tu padre no necesita

saberlo. Nadie en tu mundo tiene por qué saber nada acerca de toda esta historia. Tampoco es necesario que te lleves de vuelta a la niñita, ¿no es cierto?

Allí fue donde la Bruja cometió su fatal error. Claro que Dígory sabía que Polly podría irse con su propio Anillo igual que él podía hacerlo con el suyo. Pero al parecer la Bruja no sabía esto. Y su bajeza al sugerir que abandonara a Polly, hizo que, repentinamente, todas las demás cosas que la Bruja había dicho sonaran falsas y huecas. Y aun en medio de todo su sufrimiento, su mente se aclaró de súbito, y dijo (con una voz diferente y mucho más fuerte):

—Mira: ¿qué tienes tú que ver con todo esto? ¿Por qué demuestras tú ese cariño tan intenso por mi madre tan repentinamente? ¿Qué tiene que ver ella contigo? ¿Qué pretendes?

—¡Muy bien, Digs! —susurró Polly en su oído—. ¡Rápido! Vámonos en el acto.

No se había atrevido a decir una palabra durante toda la discusión porque, entiéndeme, no era su madre la que estaba por morir.

—Arriba entonces —dijo Dígory, empujándola encima del lomo de Volante y trepando después él mismo con toda la rapidez que pudo. El caballo desplegó sus alas.

—Vayan, pues, estúpidos —gritó la Bruja—. ¡Piensa en mí, muchacho, cuando yazgas viejo, débil y moribundo y recuerda que rechazaste la oportunidad de la eterna juventud! No se te volverá a ofrecer.

Ya se encontraban tan alto que apenas la escuchaban. Tampoco perdió la Bruja su tiempo mirándolos; la vieron marcharse hacia el norte por la ladera de la colina.

Habían partido temprano en la mañana y lo que ocurrió en el jardín no tomó mucho tiempo, de modo que Volante y Polly dijeron que fácilmente estarían de regreso en Narnia antes de que cayera la noche. Dígory no habló en todo el camino de vuelta, y los otros no se atrevían a hablarle. Estaba sumamente triste y no siempre se sentía seguro de haber hecho lo correcto; mas cada vez que se acordaba de las relucientes lágrimas de Aslan, tenía la más plena seguridad.

Durante todo el día el caballo voló sin parar, incansablemente; fue hacia el este guiándose por el río, atravesando las montañas y volando por sobre las silvestres colinas boscosas, y después por encima de la gran catarata, y siguió y siguió hasta donde el imponente acantilado oscurecía con su sombra los bosques de Narnia, hasta que, por fin, cuando el cielo se teñía

de rojo tras ellos con la puesta de sol, vio un sitio donde había muchas criaturas reunidas a la orilla del río. Y pronto pudo ver a Aslan en medio de ellos. Volante se deslizó hacia abajo, extendió sus cuatro patas, cerró sus alas y aterrizó a medio galope. Luego se paró en seco. Los niños desmontaron. Dígory vio que todos los animales, enanos, sátiros, ninfas y otras cosas se apartaban a derecha e izquierda para dejarle el paso. El se dirigió directamente hacia Aslan, le entregó la manzana, y dijo:

—Te traje la manzana que querías, señor.

XIV
PLANTANDO EL ARBOL

—¡Bravo! —dijo Aslan, con una voz que hizo temblar la tierra.

Entonces Dígory supo que todos los narnianos habían escuchado esas palabras y que la historia de ellas se transmitiría de padres a hijos en aquel nuevo mundo por cientos de años y quizás para siempre. Pero Dígory no corría el menor peligro de envanecerse, pues no pensaba ni por asomo en eso ahora que estaba cara a cara frente a Aslan. Esta vez pudo mirar al León directo a los ojos. Había olvidado sus angustias y se sentía absolutamente satisfecho.

—Bravo, Hijo de Adán —repitió el León—. Has pasado hambre y sed y has llorado por esta fruta. Ninguna otra mano fuera de la tuya sembrará la semilla del Arbol que será la protección de Narnia. Arroja la manzana hacia la ribera del río donde el suelo es blando.

Dígory hizo lo que le decía. Todos se habían quedado tan callados que podías escuchar el ruido sordo en el lugar donde cayó entre el barro.

—Ha sido bien lanzada —dijo Aslan—. Ahora procederemos a la coronación del Rey Francisco de Narnia y de Elena, su Reina.

Los niños repararon en ellos por primera vez. Estaban ataviados con extraños y bellos vestidos, y de sus hombros caían elegantemente suntuosos mantos, cuyos ruedos sostenían cuatro enanos, el del Rey, y cuatro ninfas del río el de la Reina. Llevaban la cabeza descubierta; Elena se había dejado el pelo suelto, lo que había mejorado grandemente su apariencia. Pero no era ni el pelo ni los trajes lo que los hacía lucir tan distintos de lo que eran antes. Sus rostros tenían una nueva expresión, especialmente el del Rey. Se borró toda la mordacidad, astucia y espíritu pendenciero que había adquirido siendo un Cochero en Londres, y la valentía y la bondad que siempre había tenido se hicieron más evidentes en él. Quizás sería el aire del nuevo mundo que lo ocasionó, o el hablar con Aslan, o ambas cosas.

—¡Te lo juro —susurró Volante al oído de Polly—, mi antiguo amo ha cambiado casi tanto como yo! Pero si es un verdadero Amo ahora.

—Sí, pero no zumbes en mi oído de esa manera —dijo Polly—. Me haces cosquillas.

—Y ahora —dijo Aslan—, algunos de ustedes deshagan esa maraña que hicieron con aquellos árboles, para que podamos ver qué encontraremos allí.

Dígory vio que en el lugar donde cuatro árboles crecían muy juntos, todas sus ramas habían sido ligadas o atadas juntas con varillas para formar una suerte de jaula. Dos elefantes con sus trompas y unos cuantos enanos con sus pequeñas hachas lograron deshacerla rápidamente. Dentro había tres cosas. Una era un árbol nuevo que parecía hecho de oro; la segunda era un árbol nuevo que parecía hecho de plata; pero la tercera era un miserable objeto con sus ropas embarradas, sentado con el cuerpo encorvado en medio de ellos.

—¡Cielos! —murmuró Dígory—. ¡Mi tío Andrés!

Para explicarse todo esto, hay que volver atrás un poco. Como recordarás, las bestias habían tratado de plantarlo y de regarlo. Cuando el riego lo ayudó a recuperar el sentido, se encontró calado hasta los huesos, enterrado hasta los muslos en la tierra (que rápidamente se convertía en barro) y rodeado por mayor cantidad de animales salvajes que lo que hubiera jamás soñado en toda su vida. No es de extrañar, tal vez, que se haya puesto a gritar y a aullar. Como sea, fue bueno, porque así terminó por convencer a todos (hasta al Jabalí) de que estaba vivo. De modo que lo desenterraron otra vez (sus pantalones se encontraban ahora en un estado realmente vergonzoso). En cuanto tuvo las piernas libres trató de escapar, pero un rápido lazo de la trompa del elefante alrededor de su cintura puso en seguida fin al intento. Todos pensaron entonces que debían guardarlo con cuidado en alguna parte hasta que Aslan tuviera tiempo de venir a verlo y decir qué debía hacerse con él. Hicieron, por tanto, una especie de jaula o corral en torno a él. Después le ofrecieron todo lo que se les ocurrió para que comiera.

El Burro recogió rumas de cardos y se los arrojó dentro, pero el tío Andrés no dio muestras de interesarse en ellos. Las Ardillas lo bombardearon con una andanada de nueces, pero él lo único que hizo fue taparse la cabeza con sus manos y tratar de esquivarlas. Numerosos pájaros volaron de aquí para allá diligentemente dejándole caer gusanos. El Oso fue particularmente cariñoso. En la tarde encontró un nido de abejas salvajes y en vez de comérselo él (lo que le hubiera gustado muchísimo) esta noble criatura se lo trajo al tío Andrés. Pero este fue el peor fracaso de todos. El Oso lo lanzó como una pelota por encima del cerco y, desgraciadamente, le pegó de lleno en la cara al tío Andrés (no murieron todas las abejas). El Oso, a quien no le habría importado nada que lo golpeara en plena cara un panal de miel, no pudo entender por qué el tío Andrés se hacía atrás tambaleándose, resbalaba, y se sentaba en el suelo. Y fue pura mala suerte que se sentara en el montón de cardos. “Y de todas maneras”, como dijo el Jabalí, “una buena cantidad de miel fue a parar a la boca de la criatura y eso, obligadamente, tiene que haberle hecho bien”. Se estaban encariñando mucho con su extraño regalón y deseaban que Aslan les permitiera quedarse con él. Los más listos estaban seguros ahora de que al menos algunos de los ruidos que salían de su boca tenían cierto significado. Lo bautizaron con el nombre de Coñac, por lo a menudo que hacía ese ruido.

Al final, sin embargo, tuvieron que dejarlo allí esa noche. Aslan estuvo ocupado todo ese día dando instrucciones al nuevo Rey y a la Reina y haciendo otras cosas importantes, y no pudo preocuparse del "querido Coñac". Con todas las nueces, manzanas, peras y plátanos que le habían tirado tuvo una bastante buena cena; pero no sería verdad si dijéramos que pasó una noche agradable.

—Traigan a la criatura —dijo Aslan.

Uno de los elefantes recogió al tío Andrés con su trompa y lo depositó a los pies del León. Estaba demasiado aterrado para moverse. —Por favor, Aslan (dijo Polly), ¿no podrías decir algo para..., para quitarle el susto? ¿Y después, podría decirle algo para evitar que vuelva otra vez acá?

—¿Tú crees que quiere volver? —preguntó Aslan.

—Bueno, Aslan —repuso Polly—, podría enviar a otra persona. Está tan entusiasmado con lo de la barra arrancada del farol que brotó y de allí creció un árbol de farol y cree...

—El piensa sólo disparates, niña —dijo Aslan—. Este mundo está estallando de vida en estos pocos días, porque el canto con el que lo traje a la vida aún permanece en el aire y retumba en el suelo. No durará mucho. Pero no puedo decirle esto a ese viejo pecador, y tampoco puedo consolarlo; él mismo se ha hecho incapaz de escuchar mi voz. Si le hablara, lo único que oiría serían gruñidos y rugidos. ¡Oh, hijos de Adán, con qué inteligencia se defienden a sí mismos contra todo lo que puede hacerles un bien! Pero le daré el único regalo que todavía es capaz de recibir.

Inclinó la cabeza con cierta melancolía, y sopló en la aterrada cara del Mago.

—Duerme —le dijo—. Duerme y aléjate por algunas pocas horas de todos los tormentos que has deseado para ti.

De inmediato el tío Andrés se desplomó con los ojos cerrados y empezó a respirar sosegadamente.

—Llévenlo más allá y tiéndanlo en el suelo —dijo Aslan—. Y ahora, ¡Enanos! Demuéstrenme sus habilidades como herreros. Háganme dos coronas para vuestro Rey y vuestra Reina.

No podrías soñar la cantidad de enanos que se precipitaron hacia el Arbol Dorado. Lo deshojaron totalmente y también le arrancaron algunas ramas antes de que alcanzaras a decir Jesús. Y entonces los niños pudieron ver que no solamente parecía dorado, sino que era de real y blando oro. Había

surgido, por supuesto, del lugar donde cayeron los soberanos del bolsillo del tío Andrés cuando lo pusieron de cabeza; igual que el árbol plateado había brotado de las medias coronas. De la nada, o así lo parecía, salieron a relucir rumas de maleza para leña, un pequeño yunque, martillos, tenazas y fuelles. En un minuto (cómo les gustaba su trabajo a esos enanos) el fuego ardía, los fuelles rugían, el oro se fundía, los martillos tintineaban. Dos topos, a quienes Aslan había puesto a cavar (que era lo que más les gustaba) desde muy temprano, volcaron un montón de piedras preciosas a los pies de los enanos. Bajo las hábiles manos de los diminutos herreros, dos coronas empezaron a tomar forma, no esas cosas pesadas y feas como las modernas coronas europeas, sino unos ligeros, delicados, bellamente labrados cintillos que realmente podías usar y verte más elegante. La del Rey tenía rubíes engastados, y la de la Reina, esmeraldas.

Una vez que las enfriaron en el río, Aslan hizo a Francisco y Elena arrodillarse ante él y les colocó las coronas sobre sus cabezas. Luego les dijo:

—Levántense, Rey y Reina de Narnia, padre y madre de muchos reyes que reinarán en Narnia y en las Islas y en Archenland. Sean justos y clementes y valerosos. La bendición esté con ustedes.

Entonces todos aplaudieron o aullaron o relincharon o barritaron o batieron sus alas y la pareja real se quedó de pie con un aire solemne y un poquito tímido, pero extremadamente noble en su timidez. Y cuando Dígory todavía aplaudía, escuchó a su lado la voz profunda de Aslan:

—¡Miren!

La muchedumbre volvió la cabeza y entonces todos exhalaron un profundo suspiro de asombro y deleite. A poca distancia, sobresaliendo por sobre sus cabezas, vieron un árbol que, con toda certeza, no estaba allí antes. Debía haber crecido silenciosamente, pero con la ligereza con que se despliega una bandera cuando la izas en el asta, mientras ellos estaban ocupados con la coronación. Sus ramas extendidas más parecían dar luz que sombra, y unas manzanas de plata asomaban como estrellas debajo de cada hoja. Pero fue más bien el aroma que despedía, más aún que la apariencia, lo que hizo que cada cual retuviera el aliento. Por unos momentos nadie pudo siquiera pensar en otra cosa.

—Hijo de Adán —dijo Aslan—, sembraste bien. Y ustedes, narnianos, que vuestra primera preocupación sea cuidar este Arbol, pues es vuestro Escudo. La Bruja de quien les hablé ha huido hacia el norte del mundo; allí vivirá, fortaleciéndose en magia negra. Pero en tanto florezca ese Arbol, jamás vendrá a Narnia. No se atreve a acercarse a mil metros del Arbol, porque su aroma, que es dicha y vida y salud para ustedes, es muerte y horror y desesperación para ella.

Todos contemplaban con gran solemnidad el Arbol cuando de súbito Aslan giró la cabeza (desparramando dorados destellos de luz que salían de su melena) y fijó sus inmensos ojos en los niños.

—¿Qué pasa, niños? —preguntó, pues los sorprendió justo en el momento en que susurraban entre ellos y se daban de codazos.

—¡Oh...! Aslan, señor —balbuceó Dígory, enrojeciendo—. Olvidé decírtelo. La Bruja ya ha comido una de esas manzanas, una de la misma especie de esa de donde proviene aquel Arbol.

En realidad, no dijo todo lo que pensaba, pero Polly de inmediato lo dijo por él. (Dígory siempre tenía más miedo que ella de parecer tonto).

—Así es que pensamos, Aslan —dijo ella—, que debe haber algún error y que a ella en realidad no le molesta el olor de aquellas manzanas.

—¿Por qué piensas así, Hija de Eva? —preguntó el León.

—Bueno, ella se comió una.

—Niña —replicó Aslan—, es por eso que ahora la horrorizan. Es lo que les sucede a los que cogen y comen frutas en el momento inoportuno y de la manera incorrecta. La fruta es buena, pero ellos la aborrecerán para siempre.

—¡Ah, ya entiendo! —dijo Polly—. Y supongo que como ella la tomó indebidamente no le hará efecto. Quiero decir, no la hará joven para siempre y todo eso.

—Ay de nosotros —dijo Aslan, moviendo la cabeza— La hará. Las cosas siempre operan de acuerdo a su naturaleza. Ella ha logrado lo que ansiaba su corazón: tiene una fuerza incansable y sus días no tienen fin, como una diosa. Pero la eternidad de los días con un corazón perverso es sólo la eternidad de la infelicidad, y ella ya ha comenzado a conocerla. Todos logran lo que quieren: no siempre les agrada.

—Yo..., yo casi comí una también, Aslan —murmuró Dígory—. ¿En mí...

—Sí, en ti sí, hijo —dijo Aslan—. Porque la fruta siempre tiene efecto..., debe tener efecto..., pero no tiene un efecto feliz sobre quien la ha cogido por su propia voluntad. Si cualquier narniano, espontáneamente, hubiera robado una manzana y la hubiera plantado aquí para proteger a Narnia, protegería a Narnia. Pero lo haría convirtiendo a Narnia en otro imperio fuerte y cruel como Charn, no la tierra amable que yo quiero que sea. Y la Bruja te tentó para que hicieras algo más, ¿no es así, hijo mío?

—Sí, Aslan. Quería que llevara una manzana para mi madre.

—Comprende, pues, que la habría sanado; pero no para tu dicha ni la suya. Llegaría un día en que tanto tú como ella habrían mirado hacia atrás y hubieran dicho que habría sido mejor que ella hubiese muerto de aquella enfermedad.

Y Dígory no pudo decir nada, pues las lágrimas lo ahogaban y perdió toda esperanza de salvar la vida de su madre; pero al mismo tiempo supo que el León sabía lo que hubiese sucedido, y que podían haber cosas mucho más terribles aún que perder por la muerte a alguien a quien quieres. Pero Aslan volvió a hablar.

—Eso es lo que hubiera ocurrido, hijo, con la manzana robada. No es lo que sucederá. Lo que te doy ahora traerá alegría. En tu mundo no dará la vida eterna, pero sanará. Ve. Coge para ella una manzana del Arbol.

Por unos segundos, Dígory apenas lograba entender. Era como si todo el mundo se hubiera vuelto al revés. Y entonces, como alguien en sueños, fue caminando hacia el Arbol, y el Rey y la Reina lo aplaudían y todas las criaturas también lo aplaudían. Arrancó la manzana y la puso en su bolsillo. Luego regresó junto a Aslan.

—Por favor —le dijo—, ¿podemos volver a casa ahora?

Olvidó decir “Gracias”, pero tuvo la intención, y Aslan comprendió.

XV
EL FIN DE ESTA HISTORIA Y EL PRINCIPIO DE TODAS LAS DEMAS

—No necesitan Anillos cuando estoy con ustedes —dijo la voz de Aslan.

Los niños parpadearon y miraron en torno a ellos. Estaban otra vez en el Bosque entre los Mundos; el tío Andrés yacía en el pasto, todavía dormido; Aslan estaba al lado de ellos.

—Vengan —dijo Aslan—, ya es tiempo de que se vayan de vuelta. Mas hay dos cosas que debemos tratar antes; una advertencia y una orden. Miren aquí, niños.

Miraron y vieron un pequeño hueco en la hierba, con un fondo pastoso, tibio y seco.

—La última vez que estuvieron aquí —dijo Aslan—, ese hueco era una poza, y al saltar dentro de ella llegaron al mundo donde un sol mortecino alumbraba las ruinas de Charn. Ya no existe esa poza. Ese mundo se acabó, como si jamás hubiera existido. Que a la raza de Adán y Eva le sirva de advertencia.

—Sí, Aslan —dijeron ambos niños. Mas Polly agregó:

—Pero no somos tan malos como ese mundo, ¿no es cierto, Aslan?

—No todavía, Hija de Eva —dijo él—. No todavía. Pero empiezan a semejársele mucho. No hay seguridad de que algún malvado de tu raza no descubra algún secreto tan perverso como la Palabra Deplorable y la use para destruir todo lo viviente. Y pronto, muy pronto, antes de que ustedes sean un anciano y una anciana, grandes naciones de vuestro mundo serán gobernadas por tiranos a los que les tendrán sin cuidado la felicidad y la justicia y la clemencia, igual que a la Emperatriz Jadis. Que vuestro mundo tenga cuidado. Esa es la advertencia. Ahora, la orden. En cuanto puedan, quítenle a ese tío de ustedes sus Anillos mágicos y entiérrenlos de manera que nadie pueda volver a usarlos.

Los dos niños estaban mirando el rostro del León mientras decía estas palabras. Y de repente (nunca supieron exactamente cómo pasó) su cara pareció ser un mar de olas doradas en el cual flotaban, y los envolvía tal dulzura y poder, y los cubría y se adentraba en ellos, que tuvieron la sensación de que jamás antes habían sido realmente felices o sabios o buenos, ni siquiera habían estado vivos y despiertos. Y el recuerdo de aquel momento no los abandonó nunca, de modo que durante toda su vida, si alguna vez

estaban tristes o tenían miedo o rabia, la imagen de toda esa bondad dorada, y el sentimiento de que aún estaba allí, muy cerca, justo a la vuelta de la esquina o justo detrás de alguna puerta, volvía a su memoria y les daba la seguridad, en lo profundo de sus almas, de que todo estaba bien. Al minuto siguiente, los tres (con el tío Andrés despierto ya) cayeron dando volteretas en medio del ruido, el calor y el olor penetrante de Londres.

Estaban en la vereda frente a la puerta de calle de los Ketterley, y fuera de que la Bruja, el caballo y el cochero habían desaparecido, todo lo demás era exactamente igual a cuando ellos se fueron. Allí estaba el farol, con un brazo menos; allí estaban los restos del coche de posta; y allí estaba el gentío. Todavía comentaban, y algunos se arrodillaban junto al policía herido, diciendo cosas como: "Está volviendo en sí" o "¿Cómo te sientes ahora, mi viejo?" o "La ambulancia llegará en un periquete".

"¡Caracoles! —pensó Dígory—. Creo que durante toda la aventura acá no ha pasado el tiempo".

La mayoría de la gente buscaba frenética a Jadis y al caballo. Nadie prestó atención a los niños, pues nadie los vio irse ni nadie se dio cuenta de que hubieran regresado. En cuanto al tío Andrés, tanto por el estado de sus ropas como por la miel en su cara, nadie habría podido reconocerlo. Afortunadamente la puerta de calle de la casa estaba abierta y la criada seguía parada en el portal gozando de la diversión (¡qué día estaba pasando esa muchacha!) y los niños no tuvieron ningún problema en hacer entrar apresuradamente al tío Andrés a la casa antes de que nadie pudiera preguntar nada.

El corrió escalera arriba antes que los niños. Al principio, ellos temieron que se dirigiera a su desván y pretendiera esconder los restantes Anillos mágicos. Pero no tuvieron de qué preocuparse. En lo que iba pensando era en la botella dentro del ropero: desapareció en el acto en su dormitorio y cerró la puerta con llave. Cuando volvió a salir (en lo que no tardó mucho) vestía su bata de levantar y se fue derecho al baño.

—¿Puedes ir tú a buscar los otros Anillos, Polly? —dijo Dígory—. Yo quiero ir a ver a mi mamá.

—Claro. Nos vemos más tarde —repuso Polly y subió a toda carrera las escaleras al desván.

Entonces Dígory esperó un minuto para recuperar el aliento, y entró suavemente al dormitorio de su madre. Y ahí estaba ella tendida, como la había visto tantas otras veces, apoyada en las almohadas, con una cara pálida y macilenta que te hacía llorar al verla. Dígory sacó de su bolsillo la Manzana de la Vida.

Y tal como la Bruja Jadis parecía distinta cuando la veías en nuestro mundo en vez de en el suyo propio, así la fruta de aquel jardín montañoso se veía también diferente. Había, por supuesto, toda suerte de cosas coloridas en la habitación: el cubrecama de todos colores, el papel de las murallas, el rayo de sol que entraba por la ventana y la bonita bata de la mamá, de un color celeste. Pero en el momento en que Dígory sacó la Manzana de su bolsillo, todas esas otras cosas parecieron tener apenas un leve colorido. Todas, hasta el rayo de sol, se veían desteñidas y deslucidas. El fulgor de la Manzana lanzaba extrañas luces al techo. No valía la pena mirar ninguna otra cosa, y en verdad no podías mirar nada más. Y el aroma de la Manzana de la Juventud era como si hubiera una ventana en la habitación que abriera hacia el Cielo.

—¡Oh, mi amor, qué lindura! —exclamó la madre de Dígory.

—¿Te la vas a comer, no es cierto? Por favor —dijo Dígory.

—No sé qué diría el doctor —repuso ella—. Pero en realidad..., casi creo que puedo.

El la peló y la cortó y se la dio pedazo a pedazo. Y tan luego terminó de comerla, ella sonrió y su cabeza descansó en la almohada y se durmió: un verdadero, natural y tranquilo sueño, sin ninguna de esas desagradables medicinas, que era, como sabía Dígory, lo que ella más necesitaba en el mundo. Y ahora estaba cierto de que su cara se veía un poquito diferente. Se inclinó y la besó con gran suavidad y salió silenciosamente de la habitación, con la ilusión en su alma; se llevó el corazón de la Manzana. Durante todo ese día, cada vez que miraba las cosas que lo rodeaban, y veía lo comunes y sin magia que eran, casi no se atrevía a tener esperanzas; pero cuando recordaba la cara de Aslan, sí esperaba.

Esa tarde enterró el corazón de la Manzana en el jardín de atrás.

A la mañana siguiente cuando vino el doctor a hacer su visita de rutina, Dígory se inclinó por encima de la baranda de la escala para escuchar. Oyó que el doctor salía con la tía Letty y le decía:

—Señorita Ketterley, este es el caso más extraordinario que he visto en toda mi carrera médica. Es..., es como un milagro. No le diré nada al niño todavía, no quiero que se haga falsas ilusiones. Pero en mi opinión... —entonces su voz empezó a hacerse demasiado baja para poder escucharla.

Aquella tarde bajó al jardín y silbó la señal secreta que habían acordado con Polly (ella no había podido volver el día anterior).

—¿Cómo te fue? —dijo Polly, asomándose por encima de la muralla—. Quiero decir, con tu madre.

—Creo..., creo que todo irá bien —repuso Dígory—. Pero si no te importa, prefiero no hablar de eso todavía. ¿Qué pasó con los Anillos?

—Ya los tengo —dijo Polly—. No te preocupes, todo está bien, estoy usando guantes. Vamos a enterrarlos.

—Sí, vamos. Puse una marca en el lugar donde enterré ayer el corazón de la Manzana.

Entonces Polly pasó por sobre la tapia y juntos fueron a ese lugar. Pero, por lo que ocurrió, Dígory no habría tenido necesidad de marcar el sitio. Algo estaba brotando ya. No crecía dejándote verlo crecer como lo habían hecho los Arboles nuevos en Narnia; pero ya asomaba bastante del suelo. Con una paleta enterraron todos los Anillos mágicos en un círculo a su alrededor.

Cerca de una semana después se tuvo la seguridad de que la madre de Dígory estaba mejorando. Quince días más tarde ya estaba en condiciones de sentarse afuera en el jardín. Y un mes después la casa entera se había transformado en un lugar distinto. La tía Letty hacía todo lo que a su hermana le gustaba; se abrieron las ventanas, se corrieron las sucias cortinas para dar más luz a las habitaciones, había flores frescas por todas partes, y cosas más agradables para comer, y se afinó el viejo piano y la mamá volvió a cantar otra vez, y jugaba tanto con Dígory y Polly que la tía Letty dijo: “Palabra, Mabel, que eres la más niña de los tres”.

Cuando las cosas van mal, verás que por lo general se descomponen durante cierto tiempo; pero cuando las cosas principian a ir bien, a menudo se van haciendo cada vez mejores. Luego de aproximadamente seis meses de esta vida encantadora, llegó una larga carta del papá desde India, que traía maravillosas noticias. Había muerto el anciano tío abuelo Kirke y esto significaba, al parecer, que él era ahora inmensamente rico. Iba a retirarse y volvería de la India para siempre jamás. Y la enorme casa de campo, de la que Dígory oyó hablar toda su vida y que jamás había visto, sería su hogar de ahora en adelante: la gran casa con las armaduras, los establos, los caniles, el río, el parque, los invernaderos, los viñedos, los bosques, y las montañas al fondo. Por eso Dígory se sentía absolutamente seguro, igual que tú, de que todos iban a vivir felices para siempre. Pero a lo mejor tú querrás saber un par de cosas más.

Polly y Dígory fueron siempre grandes amigos y ella venía casi todas las vacaciones a quedarse con ellos en su preciosa casa de campo, y ahí aprendió a montar y a nadar y a lechar vacas y a cocinar y a escalar.

En Narnia las bestias vivieron en gran paz y alegría y ni la Bruja ni ningún otro enemigo vino a causar problemas en esa tierra agradable durante muchos cientos de años. El Rey Francisco y la Reina Elena y sus hijos vivieron muy felices en Narnia y su segundo hijo llegó a ser Rey de Archenland. Los

muchachos se casaron con las ninfas y las muchachas se casaron con los dioses de los bosques y con los dioses de los ríos. El farol plantado por la Bruja (sin saberlo) iluminaba día y noche la selva de Narnia, y el lugar donde se levantaba llegó a ser llamado el Páramo del Farol; y cuando, cientos de años más tarde, otra niña de nuestro mundo llegó a Narnia en una noche de nevazón, encontró esa luz aún brillando. Y esa aventura estaba, de cierta manera, conectada con las que les he contado recién.

Fue así. El Arbol que brotó de la Manzana que Dígory plantó en el jardín de atrás, vivió y creció hasta convertirse en un Arbol magnífico. Al crecer en el suelo de este mundo, alejado del sonido de la voz de Aslan y del aire joven de Narnia, no dio manzanas que pueden hacer revivir a una mujer moribunda como la madre de Dígory había revivido, pero en cambio dio manzanas mucho más lindas que todas las de Inglaterra, y te hacían mucho bien, aunque no eran totalmente mágicas. Pero en su interior, dentro de su propia savia, el Arbol (por así decirlo) nunca olvidó a aquel otro Arbol en Narnia al que pertenecía. A veces se movía misteriosamente cuando no había viento; yo creo que cuando ocurría esto era que había grandes ventarrones en Narnia y el Arbol inglés temblaba porque, en ese momento, el Arbol narniano se sacudía y oscilaba en medio de un fuerte vendaval del sudoeste. Sin embargo, como fuere, más tarde se probó que todavía había magia en su madera. Pues cuando Dígory era ya de mediana edad (y un famoso sabio, un Profesor, y un gran viajero en aquel tiempo) y era propietario de la antigua casa de los Ketterley, hubo una gran tormenta en todo el sur de Inglaterra que derribó el Arbol. No pudo soportar que fuera simplemente trozado para hacer leña, e hizo fabricar con parte de la madera un ropero que puso en su gran casa de campo. Y aunque él mismo no descubrió las propiedades mágicas de aquel ropero, alguien lo hizo. Ese fue el principio de todas las idas y venidas entre Narnia y nuestro mundo, que puedes leer en otros libros.

Cuando Dígory y su familia se fueron a vivir a la gran casa de campo, se llevaron al tío Andrés para que viviera con ellos, pues el padre de Dígory dijo:

—Tenemos que tratar de mantener al viejo apartado del mal, y no es justo que la pobre tía Letty tenga que cargar siempre con él.

El tío Andrés no volvió nunca más a ensayar su magia en todo el resto de su vida. Había aprendido la lección, y en su vejez se puso más agradable y menos egoísta de lo que había sido antes. Pero siempre le gustaba llevar a las visitas al salón del billar para contarles historias acerca de una misteriosa dama, de gran familia real, extranjera, con quien había paseado por Londres.

—Tenía un carácter endemoniado —decía—. Pero era una mujer divina, señor, una mujer divina.

C. S. LEWIS

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO VII
LA ÚLTIMA BATALLA

I
JUNTO A LA POZA DEL CALDERO

En los últimos días de Narnia, muy lejos hacia el oeste, más allá del Páramo del Farol y muy cerca de la gran catarata, vivía un Mono. Era tan viejo que nadie podía recordar cuándo había venido a vivir en aquellos parajes, y era el Mono más listo, más feo y más arrugado que te puedas imaginar. Tenía una casita hecha de madera y con techo de hojas en la horcadura de un árbol inmenso, y su nombre era Truco. Había muy pocas Bestias que Hablan, u Hombres o Enanos en aquella parte del bosque, pero Truco tenía un amigo y vecino que era un burro llamado Cándido. Al menos ellos decían que eran amigos, pero como estaban las cosas podrías pensar que Cándido era más bien el sirviente de Truco que suamigo. Él hacía todo el trabajo. Cuando iban juntos al río, Truco llenaba de agua las grandes botellas de cuero, pero era Cándido quien las llevaba de vuelta. Cuando necesitaban algo de los pueblos que hay más allá del río, era Cándido el que bajaba con cestos vacíos en su lomo y regresaba con los cestos repletos y muy pesados. Y todas las cosas buenas que Cándido traía se las devoraba Truco; pues Truco decía: “Entiende, Cándido, yo no puedo comer pasto y cardos como tú, así es que lo más justo es que me las arregle de alguna otra manera”. Y Cándido siempre respondía: “Por supuesto, Truco, por supuesto. Ya entiendo”. Cándido jamás se quejaba, porque sabía que Truco era lejos más inteligente que él y pensaba que Truco era muy bondadoso sólo con permitirle ser su amigo. Y si alguna vez Cándido pretendió discutir sobre algo, Truco de inmediato le decía: “Mira, Cándido, yo entiendo mejor que tú cómo deben hacerse las cosas. Sabes que no eres muy listo, Cándido”. Y Cándido siempre decía: “No, Truco. Es muy cierto. *No* soy listo”. Exhalaba un suspiro y hacía todo lo que Truco había dicho.

Una mañana, a comienzos del año, la pareja caminaba por la orilla de la Poza del Caldero. La Poza del Caldero es la poza grande que queda justo debajo de los acantilados del confín occidental de Narnia. La gran catarata vierte en ella con el estrépito de un perpetuo trueno, y al otro lado fluye el Río de Narnia. La catarata mantiene a la poza constantemente bailando y borboteando y removiéndose como si estuviese hirviendo y es por eso, claro está, que fue llamada la Poza del Caldero. Esto se hace más intenso al principio de la primavera cuando el caudal de la catarata aumenta con toda la nieve que se derrite en las montañas donde nace el río, mucho más allá de Narnia, en las Tierras Vírgenes del Oeste. Y cuando estaban mirando la Poza del Caldero, de súbito Truco señaló con su dedo oscuro y brillante, diciendo:

—¡Mira! ¿Qué será eso?

—¿Qué será qué? —preguntó Cándido.

—Esa cosa amarilla que acaba de bajar por la catarata. ¡Mira! Ahí va de nuevo, está flotando. Tenemos que saber qué es.

—¿Es preciso? —dijo Cándido.

—Claro, es preciso —repuso Truco—. Podría ser algo que nos sirva. Lo único que tienes que hacer es saltar dentro de la Poza como un buen chico y sacarlo. Entonces podremos darle una mirada.

—¿Meterme a la Poza? —dijo Cándido, moviendo nerviosamente sus largas orejas.

—¿Y de qué otra forma vamos a sacarlo si no lo haces? —dijo el Mono.

—Pero..., pero —balbuceó Cándido—, ¿no sería mejor que fueras tú? Porque ya ves que eres tú el que quiere saber qué es eso, yo no mucho. Y tú tienes manos, además. Eres hábil como cualquier hombre o enano cuando se trata de coger cosas. Yo sólo tengo mis pezuñas.

—Realmente, Cándido —dijo Truco—. Jamás pensé que podrías decir algo semejante. No lo esperé de ti, realmente.

—¿Por qué? ¿Qué he dicho para ofenderte? —dijo el Asno, hablando en tono más humilde, pues se dio cuenta de que Truco estaba profundamente ofendido—. Sólo quería decir que...

—Pretender que *yo* me meta al agua —dijo el Mono—. ¡Como si no supieras perfectamente bien lo débil que los simios tenemos el pecho y lo fácilmente que nos resfriamos! Muy bien. Me meteré. Ya tengo suficiente frío con este viento atroz. Pero me meteré. Moriré, probablemente. Y entonces te arrepentirás.

Y la voz de Truco sonó como si estuviera al borde de romper en lágrimas.

—Por favor, no lo hagas, por favor no, por favor no —dijo Cándido, mitad rebuznando y mitad hablando—. Nunca pretendí nada así, Truco, te juro que no. Sabes lo estúpido que soy y que no puedo pensar más de una cosa a la vez. Había olvidado lo delicado de tu pecho. Claro que seré yo quien entre en la poza. No debes ni pensar en hacerlo tú. Prométeme que no lo harás, Truco.

De modo que Truco lo prometió y Cándido se fue, haciendo sonar clopeticlop sus cuatro cascos por el borde rocoso de la Poza, en busca de un lugar por donde poder penetrar. Incluso sin considerar el frío, no era ningún chiste meterse en esa agua temblorosa y espumante, y Cándido tuvo que detenerse tiritando por un momento antes de decidirse a hacerlo. Pero entonces Truco le gritó desde atrás:

—Quizás sea mejor que vaya yo después de todo, Cándido.

Y cuando Cándido lo escuchó, dijo:

—No, no. Tú prometiste. Ahora me meto.

Y entró.

Una gran masa de espuma le golpeó la cara y le llenó la boca de agua, cegándolo. Después se hundió totalmente por unos pocos segundos, y cuando volvió a salir a la superficie, se encontró en otro lugar de la Poza. Luego lo cogió el remolino y lo arrastró cada vez más y más rápido hasta llevarlo justo bajo la catarata, y la fuerza del agua lo sumergió en las profundidades, tan abajo que creyó que jamás sería capaz de retener la respiración hasta salir otra vez. Y cuando logró subir y cuando por fin pudo acercarse algo a la cosa que trataba de coger, ésta se alejó de él y quedó a su vez bajo la cascada y se hundió hasta el fondo. Cuando emergió de nuevo se encontraba más lejos que nunca. Pero por fin, cuando ya se sentía muerto de cansancio, lleno de magullones y entumecido de frío, logró atrapar la cosa con sus dientes. Y salió arrastrándola delante de él y sus cascos se enredaban con ella, porque la cosa era tan grande como una alfombra de esas que se colocan frente a la chimenea, y estaba muy pesada y fría y llena de fango.

La tiró al suelo a los pies de Truco y se quedó parado chorreando en agua y tiritando y tratando de recuperar el aliento. Pero el Mono ni lo miró ni le preguntó cómo se sentía. El Mono estaba demasiado ocupado paseándose alrededor de la Cosa y extendiéndola y acariciándola y olfateándola. Luego un fulgor de maldad brilló en sus ojos y dijo:

—Es una piel de león.

—Ee... au... au... oh, ¿eso es? —jadeó Cándido.

—Y me pregunto..., me pregunto..., me pregunto —dijo Truco para sí mismo, pues estaba pensando con gran concentración.

—Me pregunto quién habrá matado al pobre León —dijo Cándido de pronto—. Hay que enterrarla. Debemos hacer un funeral.

—¡Oh, no era un León que Habla! —dijo Truco—. No te preocupes por eso. No hay Bestias que Hablan allá arriba detrás de las Cataratas, allá en las Tierras Vírgenes del Oeste. Esta piel debe haber pertenecido a un león mudo y salvaje.

Esto era, por lo demás, muy cierto. Meses atrás un cazador, un hombre, había matado y desollado a este león en algún lugar de las Tierras Vírgenes del Oeste. Pero eso no tiene nada que ver con esta historia.

—De todos modos, Truco —dijo Cándido—, aunque la piel haya

pertenecido a un león mudo y salvaje, ¿no deberíamos enterrarla decentemente? Quiero decir, ¿no son todos los leones algo..., bueno, algo bastante solemne? Debido a tú sabes Quién. ¿No lo crees?

—No te estés metiendo ideas en la cabeza, Cándido —advirtió Truco —. Porque, ya lo sabes, el pensar no es tu fuerte. Haremos de esta piel un elegante y cálido abrigo para ti.

—¡Oh, no creo que me guste! —protestó el Burro—. Parecería..., es decir, los demás animales podrían creer..., quiero decir, no me sentiría...

—¿De qué estás hablando? —dijo Truco, rascándose al revés, como hacen los Monos.

—Creo que sería una falta de respeto para con el Gran León, el propio Aslan, si un asno como yo se paseara vestido con una piel de león —dijo Cándido.

—Mira, no te pongas a discutir, por favor —replicó Truco—. ¿Qué entiende un asno como tú de esa clase de cosas? Ya sabes que no eres bueno para pensar, Cándido, de modo que ¿por qué no me dejas a mí pensar por ti? ¿Por qué no me tratas como yo te trato a ti? Yo no pienso que puedo hacerlo todo. Sé que tú eres mejor que yo en algunas cosas. Por eso fue que te dejé entrar a la Poza; sabía que lo harías mejor que yo. Pero ¿por qué no puedo tener mi turno cuando se trata de algo que yo puedo hacer y tú no? ¿No me dejarás nunca hacer algo? Sé justo. Cada cual su turno.

—¡Oh!, está bien, por supuesto, si lo pones así —dijo Cándido.

—Yo te diré lo que hay que hacer —exclamó Truco—. Lo mejor será que te vayas de un buen trote río abajo hasta Chippingford y veas si tienen algunas naranjas o plátanos.

—Pero estoy tan cansado, Truco —suplicó Cándido.

—Sí, pero estás muy helado y mojado —repuso el Mono—. Necesitas algo para entrar en calor. Un trote rápido es justo lo que te hace falta. Por otra parte, hoy es día de mercado en Chippingford.

Y entonces, por supuesto, Cándido dijo que iría.

En cuanto se quedó solo, Truco se fue con su paso pesado e inseguro, a veces en dos patas y a veces en cuatro, hasta llegar a su árbol. Después saltó de rama en rama, chillando y sonriendo todo el tiempo, y entró en su casita. Encontró aguja e hilo y un enorme par de tijeras allí; pues era un Mono listo y los enanos le habían enseñado a coser. Puso el ovillo de hilo (era sumamente grueso, más similar a una cuerda que al hilo) en su boca y su

mejilla se hinchó como si estuviera chupando un pedazo inmenso de caluga. Sostuvo la aguja entre los labios y tomó las tijeras con su pata izquierda. Luego bajó del árbol y se alejó arrastrando los pies hasta donde estaba la piel de león. Se agazapó y comenzó a trabajar.

Se dio cuenta de inmediato de que el cuerpo de la piel de león era demasiado largo para Cándido y su pescuezo demasiado corto. De manera que cortó un buen pedazo del cuerpo y lo utilizó para hacer un largo cuello para el largo pescuezo de Cándido. Después cortó la cabeza y cosió el cuello entre la cabeza y los hombros. Puso unas hebras a ambos lados de la piel para poder amarrarla por debajo del pecho y del estómago de Cándido. De vez en cuando pasaba algún pájaro volando y Truco detenía su labor, mirando ansiosamente hacia lo alto. No quería que nadie viera lo que estaba haciendo. Pero ninguno de los pájaros que vio eran Aves que Hablan, de modo que no le importó mayormente.

Cándido regresó ya entrada la tarde. No trotaba sino que caminaba con paso cansino, pacientemente, como acostumbran los burros.

—No había naranjas —dijo— y no había plátanos. Y estoy muy cansado.

Se echó.

—Ven a probarte tu precioso abrigo nuevo de piel de león —dijo Truco.

—A la porra esa vieja piel —exclamó Cándido—, me la probaré en la mañana. Estoy demasiado cansado esta noche.

—Eres bien poco amable, Cándido —dijo Truco—. Si tú estás cansado, ¿cómo crees que estoy yo? Todo el día, mientras tú te dabas un delicioso y refrescante paseo por el valle, yo he estado trabajando sin parar para hacer tu abrigo. Mis manos están tan cansadas que apenas puedo sujetar las tijeras. Y ni siquiera me dices gracias... y ni siquiera miras el abrigo... y no te importa... y... y.

—Mi querido Truco —exclamó Cándido, incorporándose de inmediato —, lo siento tanto. Me he portado pésimo. Claro que me encantará probármelo. Y se ve simplemente maravilloso. Pruébamelo ya, por favor.

—Bien, quédate quieto, entonces —dijo el Mono.

La piel era demasiado pesada para que pudiera levantarla, pero al final, con una cantidad de tirones y empujones y jadeos y resoplidos, logró ponérsela encima al burro. La amarró por debajo del cuerpo de Cándido y ató las piernas a las piernas de Cándido y la cola a la cola de Cándido. Se podía

ver una buena parte de la nariz y cara color gris de Cándido a través del hocico abierto de la cabeza del león. Nadie que hubiese visto un león verdadero se habría dejado engañar ni por un instante. Pero si alguien que no hubiese visto jamás un león viera a Cándido con su piel de león, podría confundirlo con un león, si es que no se acercaba demasiado, y si la luz no era muy clara, y si Cándido no dejaba escapar un rebuzno ni hacía algún ruido con sus cascos.

—Te ves fantástico, fantástico —exclamó el Mono—. Si alguien te viera ahora creería que eres Aslan, el Gran León en persona.

—Eso sería tremendo —dijo Cándido.

—No lo sería —replicó Truco—. Todos harían cualquiera cosa que tú les dijeras.

—Pero yo no quiero decirles nada.

—¡Pero piensa en el bien que podríamos hacer! —exclamó Truco—. Me tendrías a mí para aconsejarte, ya sabes. Yo pensaría órdenes muy sensatas para que tú las dieras. Y todos tendrían que obedecernos, hasta el mismo Rey. Pondríamos todo en orden en Narnia.

—Pero ¿no está todo en orden ya? —preguntó Cándido.

—¡Qué! —gritó Truco—. ¿Todo bien..., cuando no hay naranjas ni plátanos?

—Mira, has de saber —dijo Cándido— que hay poca gente..., en realidad creo que nadie, salvo tú..., a quien le gusta ese tipo de cosas.

—También el azúcar —dijo Truco.

—Hum, sí —dijo el Asno—. Sería muy bueno que hubiera más azúcar.

—Muy bien entonces, está convenido —declaró el Mono—. Tú te harás pasar por Aslan y yo te diré lo que hay que decir.

—No, no, no —protestó Cándido—. No digas esas cosas tan terribles. Estaría muy mal hecho, Truco. No seré muy listo, pero eso sí que lo sé. ¿Qué nos pasaría si apareciera el verdadero Aslan?

—Supongo que estaría encantado —repuso Truco—. Es muy probable que él nos haya enviado la piel de león a propósito, para que pudiéramos poner las cosas en su lugar. Por lo demás, él nunca aparece, ya lo ves. No se aparece hoy en día.

En ese instante se escuchó un gran trueno justo arriba de ellos y el suelo tembló con un ligero terremoto. Ambos animales perdieron el equilibrio y cayeron de narices.

—¡Ahí tienes! —resolló Cándido, cuando logró recuperar el aliento para hablar—. Es una señal, una advertencia.

Sabía que estábamos haciendo algo horriblemente perverso. Sácame esta maldita piel de una vez.

—No, no —argumentó el Mono (cuya mente trabajaba a gran celeridad)—. Es una señal en el otro sentido. Estaba justo por decir que si el verdadero Aslan, como lo llamas tú, quería que continuáramos con esto, nos enviaría un trueno y un temblor de tierra. Lo tenía precisamente en la punta de la lengua, sólo que la señal llegó antes de que pudiera dejar salir las palabras. Ahora tienes que hacerlo, Cándido. Y por favor, basta de discusiones. Tú sabes que no entiendes de estas cosas. ¿Qué puede saber un burro sobre señales?

II
LA TEMERIDAD DEL REY

Unas tres semanas más tarde, el último de los Reyes de Narnia se hallaba sentado bajo el gran roble que crecía al lado de la puerta de su pequeño pabellón de caza, donde con frecuencia pasaba diez o más días en la agradable época de primavera. Era un edificio de poca altura, con techo de paja, cercano al extremo oriente del Páramo del Farol y algo más arriba de la confluencia de los dos ríos. Le encantaba vivir allí con simplicidad y a sus anchas, alejado del ceremonial y pompa de Cair Paravel, la ciudad real. Su nombre era Rey Tirian, y tenía entre veinte y veinticinco años de edad; sus hombros eran ya anchos y fuertes y sus brazos y piernas tenían músculos duros, pero su barba era aún muy corta. Tenía ojos azules y un rostro de expresión intrépida y franca.

Aquella mañana de primavera estaba acompañado solamente de su más querido amigo, Alhaja, el Unicornio. Se querían como hermanos y cada cual había salvado la vida del otro en la guerra. El majestuoso animal estaba de pie junto a la silla del Rey, con el cuello doblado mientras pulía su cuerno azul contra la cremosa blancura de su anca.

—No puedo concentrarme en ningún trabajo o deporte hoy día, Alhaja —dijo el Rey—. No puedo pensar en otra cosa que en las maravillosas novedades. ¿Crees que hoy sabremos algo más?

—Son las noticias más maravillosas que jamás se han escuchado en nuestros días o en los de nuestros padres o nuestros abuelos, Señor —repuso Alhaja—, si es que son verdaderas.

—¿Cómo podría no ser verdad? —dijo el Rey—. Hace más de una semana que los primeros pájaros vinieron volando a contarnos que Aslan está aquí, que Aslan ha venido a Narnia una vez más. Y después fueron las ardillas. No lo habían visto, pero dijeron que era cierto que estaba en los bosques. Luego vino el Venado. Dijo que él lo había visto con sus propios ojos, muy a lo lejos, a la luz de la luna en el Páramo del Farol. Enseguida vino ese hombre moreno con barba, el mercader de Calormen. Los calormenes no aman a Aslan como nosotros; mas el hombre habló de ello como algo fuera de toda duda. Y anoche vino el Tejón; también él había visto a Aslan.

—En verdad, Señor —respondió Alhaja—, creo todo eso. Si parece que no lo hago es sólo que mi dicha es demasiado grande para pensar y creer con serenidad. Es casi demasiado hermoso para creerlo.

—Sí —dijo el Rey con un hondo suspiro, más bien un estremecimiento de deleite—. Sobrepasa todo lo que jamás haya yo esperado en toda mi vida.

—¡Escucha! —exclamó Alhaja, ladeando la cabeza y levantando 1as orejas.

—¿Qué pasa? —preguntó el Rey.

—Cascos, Señor —repuso Alhaja—. Un caballo al galope. Un caballo muy corpulento. Ha de ser uno de los centauros. Y mira, ya está aquí.

Un enorme Centauro de dorada barba, con sudor humano en su frente y sudor de caballo en sus ancas color castaña, llegó a toda velocidad ante el Rey, se detuvo, e hizo una profunda reverencia.

—¡Salve, Rey! —gritó con una voz grave como la de un toro.

—¡Eh, allá adentro! —exclamó el Rey, mirando por encima de su hombro en dirección a la puerta del pabellón de caza—. Un tazón de vino para el noble Centauro. Bienvenido, Perspicaz. Cuando hayas recuperado el aliento nos contarás qué te trae por aquí.

De la casa salió un paje llevando un inmenso tazón de madera, de curioso tallado, y se lo pasó al Centauro. El Centauro levantó el tazón diciendo:

—Bebo en primer lugar por Aslan y por la verdad, Señor, y en segundo lugar por Su Majestad.

Bebió el vino (suficiente como para seis hombres fornidos) de un solo sorbo y devolvió el tazón vacío al paje.

—Y ahora, Perspicaz —dijo el Rey—, ¿traes más noticias sobre Aslan?

Perspicaz estaba muy serio, y fruncía un poco el entrecejo.

—Señor —dijo—. Sabes que he vivido largos años y sabes lo mucho que he estudiado los astros; pues nosotros los Centauros vivimos más que vosotros los Hombres, y aún más que los de tu especie, Unicornio. Nunca en todos mis días he visto cosas tan terribles escritas en los cielos como las que aparecen noche a noche desde que comenzó este año. Las estrellas no dicen nada de la venida de Aslan, ni de paz, ni de alegría. Gracias a mis artes sé que desde hace quinientos años no ha habido una conjunción tan desastrosa de los planetas. Ya tenía en mente venir a advertir a Su Majestad que algún mal muy grande se cierne sobre Narnia. Pero anoche me llegó el rumor de que Aslan anda por Narnia. Señor, no creas esta patraña. No puede ser. Las estrellas no mienten jamás, pero los Hombres y los Animales sí. Si efectivamente Aslan fuese a venir a Narnia, el cielo lo habría vaticinado. Si realmente hubiese venido, las más amables estrellas se habrían reunido en su honor. Es una mentira.

—¡Una mentira! —exclamó el Rey, con violencia—. ¿Qué criatura en Narnia o en todo el mundo osaría mentir sobre algo así?

Y, sin darse cuenta, puso su mano sobre la empuñadura de su espada.

—Eso no lo sé, mi Rey —respondió el Centauro—. Pero sé que hay mentirosos en la tierra; no los hay entre los astros.

—Me pregunto —intervino Alhaja—, si acaso Aslan no vendría aunque todas las estrellas predijeran lo contrario. El no es un esclavo de los astros sino su Hacedor. ¿No se dice en todas las antiguas historias que Él no es un león domesticado?

—Bien dicho, bien dicho, Alhaja —exclamó el Rey—. Esas son las palabras exactas: *no es un león domesticado*. Así se menciona en muchos relatos.

Perspicaz recién levantaba su mano y se inclinaba hacia adelante para decir al Rey algo de suma gravedad, cuando los tres volvieron la cabeza al escuchar un rumor de gemidos que se acercaba rápidamente. El bosque era tan espeso hacia el oeste que no podían ver todavía al nuevo visitante. Pero pronto pudieron escuchar sus palabras.

—¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí! —clamaba la voz—. ¡Ay de mis hermanos y hermanas! ¡Ay de los árboles sagrados! Han asolado los bosques. Han descargado el hacha contra nosotros. Nos están derribando. Caen enormes árboles, caen, caen.

Al decir el último “caen”, quien hablaba apareció ante ellos. Tenía aspecto de mujer, pero tan alta, que su cabeza quedaba al nivel de la del Centauro; y, sin embargo, también se parecía a un árbol. Es difícil de explicar si no has visto nunca una Dríade, pero es absolutamente inconfundible una vez que la has visto; tiene algo diferente en el colorido, la voz y el cabello. El Rey Tirian y las dos bestias supieron de inmediato que era la ninfa de un haya.

—Justicia, mi Rey —gritó ella—. Ven en nuestro auxilio. Protege a tu pueblo. Nos están devastando en el Páramo del Farol. Cuarenta inmensos troncos de mis hermanos y hermanas ya están en el suelo.

—¡Qué dices, señora! ¿Devastando el Páramo del Farol? ¿Asesinando a los árboles que hablan? —gritó el Rey poniéndose de pie de un salto y desenvainando su espada—. ¡Cómo se atreven? ¿Y quién se atreve a hacerlo? Por la Melena de Aslan...

—A-a-ah —musitó la Dríade con voz entrecortada, estremeciéndose de dolor, estremeciéndose una y otra vez como si estuviese recibiendo

repetidos golpes. Y de pronto cayó hacia un lado, tan súbitamente como si le hubiesen cortado los dos pies. Por un segundo la vieron muerta tendida sobre el pasto y luego desapareció. Sabían lo que había sucedido. Su árbol, a kilómetros de distancia, había sido derribado.

Durante algunos minutos la aflicción y la ira del Rey fueron tan intensas que no fue capaz de hablar. Luego dijo:

—Vamos, amigos. Hemos de ir río arriba en búsqueda de los villanos que han hecho esto, con la mayor prontitud posible. No dejaré uno solo de ellos con vida.

—Con todo agrado, Señor —dijo Alhaja.

Sin embargo, Perspicaz advirtió:

—Señor, sé cauteloso hasta en tu justa cólera. Se avecinan extraños sucesos. Si hubiera rebeldes armados más allá del valle, nosotros tres somos demasiado pocos para enfrentarlos. Si quisieras esperar hasta que…

—No esperaré ni un décimo de segundo —exclamó el Rey—. Mas, en tanto Alhaja y yo avanzamos, ve en tu más veloz galope a Cair Paravel. Aquí tienes mi anillo que te servirá de credencial. Reúne una veintena de hombres de armas, todos bien montados, y una veintena de Perros que Hablan, y diez Enanos (que sean todos avezados arqueros), y un par de Leopardos, y el Gigante Pedregal. Tráelos a todos ante nosotros lo más rápido que puedas.

—Con todo gusto, Señor —dijo Perspicaz.

Y al instante se volvió y emprendió el galope por el valle rumbo al este.

El Rey caminaba a grandes zancadas, musitando para sí mismo algunas veces y otras apretando los puños. Alhaja iba a su lado, sin decir una palabra; de manera que no había el menor ruido, salvo el tenue tintinear de una espléndida cadena de oro que colgaba del cuello del Unicornio, y el resonar de dos pies y cuatro cascos.

Pronto llegaron al río y siguieron hacia arriba por un camino cubierto de hierba: tenían el río a su izquierda y la selva a su derecha. Poco después llegaron al lugar donde el suelo se hacía más áspero y un espeso bosque bajaba hasta el borde del agua. El camino, lo que había de él, continuaba ahora por la ribera sur y tuvieron que vadear el río para tomarlo. El agua le subía a Tirian hasta el pecho, por lo que Alhaja (que tenía cuatro patas y era por lo tanto mucho más firme) se colocó a su derecha para cortar la fuerza de la corriente, y Tirian puso su robusto brazo alrededor del robusto cuello del Unicornio y ambos lograron salir sanos y salvos. El Rey estaba

todavía tan furioso que apenas notó lo fría que estaba el agua. Sin embargo, en cuanto llegaron a la playa secó cuidadosamente su espada en el hombro de su capa, que era la única parte seca de su vestimenta.

Ahora se encaminaban al oeste con el río a su derecha y el Páramo del Farol justo frente a ellos. No habían andado más de mil metros cuando se detuvieron bruscamente y ambos hablaron a la vez. El Rey dijo: "¿Qué es esto que hay aquí?" y Alhaja dijo: "¡Mira!"

—Es una balsa —dijo el Rey Tirian.

Y era una balsa. Media docena de espléndidos troncos de árbol, recién cortados y recién podados, habían sido amarrados unos con otros para construir una balsa, y se deslizaban velozmente río abajo. En la parte delantera de la balsa iba una rata almizclera guiándola con una vara.

—¡Eh! ¡Rata Almizclera! ¿Qué estás haciendo? —gritó el Rey.

—Llevo los troncos para vendérselos a los calormenes, Señor — contestó la Rata, tocando su oreja al saludar como lo habría hecho con su gorra si la hubiese tenido.

—¡Calormenes! —rugió Tirian—. ¿Qué quieres decir? ¿Quién ordenó derribar aquellos árboles?

El río fluye tan rápido en esa época del año que la balsa ya había dejado atrás al Rey y a Alhaja. Pero la Rata Almizclera miró hacia atrás por encima de su hombro y gritó:

—Ordenes del León, Señor. Del propio Aslan.

Añadió algo más pero no pudieron oírlo.

El Rey y el Unicornio se miraron fijamente y ambos parecían más asustados de lo que habían estado jamás en cualquiera batalla.

—Aslan —murmuró finalmente el Rey, en voz muy baja—. Aslan. ¿Podrá ser verdad? ¿*Podría* él estar derribando los árboles sagrados y asesinando a las Dríades?

—A menos que todas las Dríades hayan hecho algo espantosamente malo — musitó Alhaja.

—¡Pero vendérselos a los calormenes! —exclamó el Rey—. ¿Será posible?

—No lo sé —repuso Alhaja, tristemente—. No es un León

domesticado.

—Bien —dijo el Rey por fin—, tendremos que seguir adelante y enfrentar la aventura que se nos presenta.

—Es lo único que nos queda por hacer, Señor —repuso el Unicornio.

No comprendía por el momento la locura que era seguir adelante los dos solos; tampoco lo pensó el Rey. Estaban demasiado enojados para pensar con claridad. Pero al final, grandes males sobrevinieron por culpa de su temeridad.

De repente el Rey se apoyó con todas sus fuerzas en el cuello de su amigo e inclinó la cabeza.

—Alhaja —dijo—, ¿qué se nos avecina? Horribles pensamientos anidan en mi corazón. Seríamos más felices si hubiéramos muerto antes de este día. —Sí —asintió Alhaja—. Hemos vivido demasiado tiempo. Nos ha acontecido lo peor que podía acontecernos.

Se quedaron en silencio por algunos minutos y luego continuaron.

Muy pronto pudieron oír los machetazos de las hachas sobre la madera, a pesar de que no veían nada todavía, porque había una pendiente frente a ellos. Cuando llegaron a la cima, lograron ver perfectamente todo el Páramo del Farol. Y el rostro del Rey se demudó.

Justo en medio de aquella antigua selva —aquella selva donde una vez brotaron árboles de oro y de plata y donde una vez un niño de nuestro mundo plantó el Árbol de la Protección— vieron abierto un ancho camino. Era un sendero monstruoso, semejante a una tosca cuchillada en la tierra, lleno de surcos de barro por donde los árboles derribados habían sido arrastrados hasta el río. Había una enorme cantidad de gente trabajando, y un chasquido de látigos, y caballos forcejeando y tironeando a medida que acarreaban los troncos. Lo primero que impactó al Rey y al Unicornio fue el hecho de que casi la mitad de la gente en esa muchedumbre no eran Bestias que Hablan, sino hombres. Lo siguiente fue que esos hombres no eran los hombres de pelo claro de Narnia: eran los hombres morenos y barbudos de Calormen, ese poderoso y cruel país situado más allá de Archenland, cruzando el desierto hacia el sur. No había motivo, por supuesto, para que uno no tropezara con un par de calormenes en Narnia, un mercader o un embajador, pues Narnia y Calormen estaban en paz en aquellos tiempos. Pero Tirian no podía entender por qué había tantos de ellos; ni menos por qué estaban talando un bosque narniano. Apretó fuerte su espada y enrolló su capa envolviendo su brazo izquierdo. Bajaron presurosos hasta donde estaban los hombres.

Dos calormenes conducían un caballo que había sido enganchado a

un tronco. Justo cuando el Rey los alcanzaba, el caballo se quedó atascado en un sitio sumamente fangoso.

—¡Arriba, grandísimo flojo! ¡Tira, cerdo perezoso! —gritaron los calormenes, chasqueando sus látigos. El caballo hacía su máximo esfuerzo; tenía los ojos rojos y estaba cubierto de espuma.

—Trabaja, bestia holgazana —gritó uno de los calormenes, y al decir esto golpeó salvajemente al caballo con su látigo. Fue entonces cuando sucedió lo realmente espantoso.

Hasta ese momento Tirian había dado por sentado que los caballos que guiaban los calormenes eran los suyos propios; animales mudos y sin inteligencia, iguales a los de nuestro mundo. Y aunque detestaba ver que se hiciera trabajar en exceso aun a un caballo mudo, tenía, indiscutiblemente, su pensamiento puesto en la matanza de los árboles. Jamás cruzó por su mente la idea de que alguien osara enjaezar a los libres Caballos que Hablan de Narnia, y mucho menos castigarlos con un látigo. Pero al caer el salvaje golpe, el caballo retrocedió y dijo, casi gritando.

—¡Tirano idiota! ¿No ves que hago lo más que puedo?

Cuando Tirian se dio cuenta de que el Caballo era uno de sus propios caballos narnianos, él y Alhaja se sintieron poseídos de tal cólera que no supieron lo que hacían. Se alzó la espada del Rey, bajó su cuerno el Unicornio. Juntos se precipitaron hacia adelante. En un momento ambos calormenes cayeron muertos, uno decapitado por la espada de Tirian y el otro con el corazón atravesado por el cuerno de Alhaja.

III
EL MONO EN SU ESPLENDOR

—Maese Caballo, Maese Caballo —dijo Tirian, mientras cortaba apresuradamente sus correas—, ¿cómo han llegado estos extranjeros a esclavizarte? ¿Han conquistado Narnia? ¿Ha habido una batalla?

—No, Señor —resolló el caballo—. Aslan está aquí. Todo es orden suya. El ha ordenado...

—Ten cuidado, Rey —exclamó Alhaja.

Tirian miró hacia arriba y vio que los calormenes (mezclados con unas pocas Bestias que Hablan) corrían hacia ellos desde todos lados. Los dos muertos habían perecido sin un grito, de modo que pasaron unos momentos antes de que los demás supieran lo que había ocurrido. Pero ahora lo sabían. La mayoría traía sus cimitarras desnudas en la mano.

—Rápido. Sobre mi lomo —dijo Alhaja.

El Rey montó precipitadamente sobre el lomo de su amigo, quien se dio vuelta y emprendió el galope. Cambió de rumbo dos o tres veces en cuanto se encontraron fuera de la vista de sus enemigos, cruzó un arroyo, y gritó sin reducir el paso:

—¿Hasta adónde, Señor? ¿A Cair Paravel?

—Detente, amigo —respondió Tirian—. Déjame bajar. Se bajó del lomo del Unicornio y lo miró a la cara.

—Alhaja —dijo el Rey—. Hemos cometido un crimen horrible.

—Fuimos gravemente provocados —replicó Alhaja.

—Pero echarnos sobre ellos, que estaban desprevenidos..., sin desafiarlos..., estando desarmados..., ¡uf! Somos dos asesinos, Alhaja. Estoy deshonrado para siempre.

Alhaja dejó caer la cabeza. También él estaba avergonzado.

—Y además —dijo el Rey—, el Caballo dijo que eran las órdenes de Aslan. La Rata dijo lo mismo. Todos dicen que Aslan está aquí. ¿Mas si fuera verdad?

—Pero, Señor, ¿cómo *podría* Aslan ordenar cosas tan horribles?

—El no es un León *domesticado* —repuso Tirian—. ¿Cómo podríamos saber lo que haría? Nosotros, que somos unos asesinos. Alhaja, yo voy a regresar. Depondré mi espada y me entregaré en manos de aquellos calormenes y les pediré que me lleven ante Aslan. Deja que él me haga justicia.

—Irás a tu muerte, entonces —exclamó Alhaja.

—¿Crees que me importa si Aslan me condena a muerte? —dijo el Rey—. No será nada, absolutamente nada. ¿No sería mejor estar muerto antes que tener este terrible miedo de que Aslan haya venido y no se parezca al Aslan en que hemos creído y a quien hemos anhelado? Es como si un día el sol saliera y fuera un sol negro.

—Ya lo sé —repuso Alhaja—. O como si bebieras agua y fuera agua seca. Tienes razón, Señor. Este es el final de todo. Vamos y entreguémonos.

—No es necesario que vayamos ambos.

—Si alguna vez nos hemos querido, déjame ir contigo ahora —dijo el Unicornio—. Si tú mueres y si Aslan no es Aslan, ¿qué vida me queda a mí?

Se volvieron y regresaron juntos, derramando amargas lágrimas.

En cuanto llegaron al sitio de los trabajos, los calormenes prorrumpieron en gritos y corrieron hacia ellos con sus armas en la mano. Mas el Rey les tendió su espada con la empuñadura dirigida hacia ellos y dijo:

—Yo que he sido Rey de Narnia y que soy ahora un caballero deshonrado, me rindo a la justicia de Aslan. Llevadme ante él.

—Y yo me rindo también —dijo Alhaja.

Entonces los hombres de tez oscura los rodearon formando un denso gentío que olía a ajo y a cebollas, y el blanco de sus ojos relampagueaba amenazante en sus caras morenas. Colocaron un ronzal de cuerda alrededor del cuello de Alhaja. Le quitaron su espada al Rey y ataron sus manos detrás de su espalda. Uno de los calormenes, que usaba un casco en lugar de turbante y parecía ser quien mandaba, arrebató el cintillo de oro de la cabeza de Tirian y presurosamente lo escondió entre su ropa. Condujeron a los prisioneros cerro arriba hasta un lugar donde había un gran claro. Y esto vieron los prisioneros.

En medio del claro, que era a la vez el punto más alto del cerro, había un pequeño cobertizo semejante a un establo con techo de paja. La puerta estaba cerrada. En el pasto frente a la puerta se hallaba sentado un Mono. Tirian y Alhaja, que esperaban ver a Aslan y que no habían aún

escuchado hablar del Mono, quedaron desconcertados al verlo. Claro que el Mono era el propio Truco, pero estaba diez veces más feo que cuando vivía junto a la Poza del Caldero, pues ahora iba vestido con gran lujo. Vestía una chaqueta escarlata que no le quedaba nada de bien, ya que había sido hecha para un enano. Usaba unas babuchas adornadas con piedras preciosas en sus patas traseras, que no se le sujetaban debidamente porque, como tú sabes, las patas traseras de un Mono son más bien manos. Llevaba algo que parecía ser una corona de papel en la cabeza. Había un gran montón de nueces a su lado y él las cascaba una tras otra con sus mandíbulas y escupía las cáscaras. Y a cada rato se levantaba la chaqueta escarlata para rascarse. De pie ante él se hallaban numerosas Bestias que Hablan, y prácticamente todas las caras en aquella muchedumbre tenían un aire penosamente preocupado y perplejo. Cuando vieron quiénes eran los prisioneros todos empezaron a gemir y a lloriquear.

—¡Oh, Señor Truco, portavoz de Aslan! —dijo el jefe calormene—. Te traemos unos prisioneros. Gracias a nuestra destreza y valentía y con el permiso del gran dios Tash hemos podido coger vivos a estos dos encarnizados asesinos.

—Denme la espada de ese hombre —dijo el Mono.

Tomaron entonces la espada del Rey y se la pasaron al Mono, con su talabarte y todo. Y él se la colgó del cuello; y esto lo hizo lucir aún más ridículo.

—Nos ocuparemos de estos dos más tarde —dijo el Mono, escupiendo una cáscara hacia ambos prisioneros—. Tengo otros asuntos que resolver primero. Ellos pueden esperar. Ahora escúchenme todos. Lo primero que quiero decirles es sobre las nueces. ¿Dónde anda esa Ardilla Jefe?

—Aquí, Señor —dijo una ardilla roja, adelantándose y haciendo nerviosamente una semirreverencia.

—¡Ah! , ahí estás, ¿no es cierto? —exclamó el Mono, con una mirada aviesa— . Ahora vas a escucharme. Quiero, es decir Aslan quiere muchísimas más nueces. Las que me has traído no son ni cerca lo suficiente. Debes traer muchas más, ¿entiendes? Por lo menos el doble. Y han de estar aquí para la puesta de sol de mañana, y no debe haber ninguna mala ni chica.

Un murmullo de desaliento corrió en medio de las demás ardillas, y la Ardilla Jefe se armó de valor para decir:

—Por favor, ¿no podría Aslan en persona hablarnos acerca de esto? Si se nos permitiera verlo...

—Pero no podrán —replicó el Mono—. Tal vez en su excesiva bondad

(aunque sea mucho más de lo que ustedes merecen) salga por unos pocos minutos esta noche. Entonces todos tendrán ocasión de darle una mirada. Pero no podrán conglomerarse a su alrededor y acosarlo con preguntas. Todo lo que quieran decirle debe pasar a través mío: si es que considero que vale la pena molestarlo a él. En tanto, ustedes, ardillas, es mejor que vayan a procurarse esas nueces. Y asegúrense de que estarán aquí mañana en la tarde o les juro que se ganarán una paliza.

Las pobres ardillas salieron disparadas como si las persiguiera un perro. Esta nueva orden fue algo terrible para ellas. Las nueces que habían acumulado con tanto esmero para el invierno ya habían sido comidas; y de las pocas que quedaban, ya le habían dado al Mono lejos más de lo que podían permitirse.

Entonces una voz profunda, que pertenecía a un Jabalí peludo y de grandes colmillos, se escuchó desde otra parte de la multitud.

—Pero *¿por qué* no podemos ver a Aslan como es debido y hablar con él? — preguntó—. Cuando se aparecía en Narnia en los viejos tiempos, cualquiera podía hablar con él cara a cara.

—No lo creas —arguyó el Mono—. Y aunque fuera cierto, los tiempos han cambiado. Aslan dice que ha sido hasta ahora demasiado blando con ustedes, ¿comprendes? Bueno, no va a seguir siendo blando. Esta vez, él los va a disciplinar. ¡Les enseñará a creer que él es un león domesticado!

De entre las Bestias surgieron un sordo lamento y algunos gemidos; y, después, un silencio mortal que era todavía más lastimero.

—Y hay otra cosa más que deben aprender —continuó el Mono—. He oído que algunos de ustedes dicen que soy un Mono. Pues no; soy un Hombre. Si parezco un Mono es sencillamente por lo viejo que soy: tengo cientos y cientos de años. Y debido a mi vejez, soy muy sabio. Y porque soy muy sabio soy el único a quien Aslan hablará. No se le puede molestar para que hable con un montón de animales estúpidos. El me dirá a mí lo que tienen que hacer ustedes, y yo se los comunicaré. Y les doy un consejo: háganlo todo con la mayor rapidez, pues El no va a tolerar ninguna tontería.

Hubo un silencio sepulcral, excepto el ruido de llanto de un tejón pequeñito a quien su madre trataba de mantener callado.

—Y ahora otra cosa —prosiguió el Mono, poniendo una nueva nuez dentro de su carrillo—. He oído que algunos de los caballos dicen: “Apurémonos y liquidemos lo más pronto posible este asunto de acarrear madera y volveremos a recuperar nuestra libertad”. Bueno, pueden sacarse esa idea de sus cabezas inmediatamente. Y no crean que sólo los caballos. Cualquiera capaz de trabajar será de ahora en adelante obligado a hacerlo.

Aslan ha convenido todo con el Rey de Calormen, el Tisroc, como lo llaman nuestros amigos de la cara morena, los calormenes. Todos ustedes, caballos y toros y burros serán enviados a Carlormen a ganarse la vida trabajando, de tiro y de carga como hacen todos los caballos y sus semejantes en los demás países. Y ustedes, los animales que saben cavar como los topos y los conejos y los Enanos, irán a trabajar a las minas del Tisroc. Y...

—No, no, no —aullaron las Bestias—. No puede ser verdad. Aslan jamás nos vendería como esclavos al Rey de Calormen.

—¡No es eso! ¡Callen ese griterío! —exclamó el Mono, con un gruñido—. ¿Quién ha hablado de esclavitud? No serán esclavos. Se les pagará, y muy buenos salarios. Es decir, la paga que reciban irá a las arcas de Aslan y él la usará sólo para el bien de todos.

Luego dio una rápida mirada, casi haciendo un guiño, al calormene jefe. El calormene hizo una reverencia y contestó en el pomposo estilo calormene:

—Muy sapiente Portavoz de Aslan, el Tisroc (que viva para siempre) está absolutamente de acuerdo con Su Señoría respecto a este juicioso plan.

—¡Ahí tienen! ¡Ya lo ven! —exclamó el Mono—. Está todo arreglado. Y todo para vuestro propio bien. Nos será posible, con el dinero que ustedes ganen, hacer de Narnia un país donde valga la pena vivir. Habrá naranjas y plátanos en abundancia, y caminos y grandes ciudades y escuelas y oficinas y látigos y bozales y monturas y jaulas y perreras y prisiones... ¡Oh, habrá de todo!

—Pero nosotros no queremos todas esas cosas —dijo un anciano Oso —. Queremos ser libres. Y queremos escuchar a Aslan hablando en persona.

—Mira, no empieces a discutir —replicó el Mono—, porque eso es algo que no voy a tolerar. Soy un Hombre; tú eres sólo un Oso gordo, estúpido y viejo. ¿Qué sabes tú de libertad? Crees que la libertad significa hacer lo que quieras. Bueno, estás muy equivocado. Esa no es la verdadera libertad. La verdadera libertad consiste en hacer lo que yo te diga.

—Grñmmm —gruñó el Oso, rascándose la cabeza; le parecía que esta clase de cosas era muy difícil de entender.

—Por favor, por favor —dijo la voz aguda de un lanudo cordero, tan joven que todos se sorprendieron de que se atreviese a hablar.

—¿Qué pasa ahora? —dijo el Mono—. Habla rápido.

—Por favor —continuó el Cordero—, no puedo entender. ¿Qué

tenemos que ver nosotros con los calormenes? Nosotros pertenecemos a Aslan. Ellos pertenecen a Tash. Tienen un dios llamado Tash. Dicen que tiene cuatro brazos y la cabeza de un buitre. Matan Hombres ante su altar. Yo no creo que exista un ser como Tash. Pero si lo hubiera, ¿cómo podría Aslan ser amigo de él?

Todos los animales ladearon sus cabezas y sus ojos brillantes relampaguearon mirando al Mono. Sabían que era la mejor pregunta que se había hecho hasta ahora.

El Mono dio un salto y escupió al Cordero.

—¡Qué infantil! —silbó—. ¡Tú, tonto balador! Andate a tu casa con tu mamacita a tomar tu leche. ¿Qué sabes tú de estas cosas? Pero los demás, escuchen. Tash es simplemente otro nombre de Aslan. Todas esas antiguas ideas de que nosotros estamos en lo cierto y los calormenes equivocados, es una tontería. Ahora lo sabemos mejor. Los calormenes usan diferentes palabras, pero todos queremos decir la misma cosa. Tash y Aslan son sólo dos nombres diferentes para Quién ustedes saben. Es por esa razón por la cual jamás puede haber una disputa entre ellos. Métanselo en sus cabezas, brutos estúpidos. Tash es Aslan; Aslan es Tash.

Tú sabes lo triste que puede ponerse a veces la cara de tu perro. Piensa en eso y piensa luego en las caras de aquellas Bestias que Hablan —todos aquellos honrados, humildes, desconcertados pájaros, osos, tejones, conejos, topos y ratones—, muchísimo más tristes todavía. Todos tenían la cola gacha, los bigotes caídos. Se te habría partido el corazón de pena de ver sus caras. Había uno solo que no parecía desdichado.

Era un gato rojizo, un inmenso Tom en la flor de la edad, que estaba sentado muy derecho con la cola enroscada en sus pies, en plena primera fila del grupo de Bestias. Había estado mirando fijo al Mono y al capitán calormene todo el tiempo y no había pestañeado jamás.

—Perdóname —dijo el Gato con gran cortesía—, pero esto me interesa. ¿Tú amigo de Calormen dice lo mismo?

—Ciertamente —contestó el calormene—. El ilustrado Mono, Hombre quiero decir, está en lo correcto. *Aslan* quiere decir, ni más ni menos, *Tash*.

—En especial, ¿Aslan no significa *más* que Tash? —sugirió el Gato.

—No significa más en absoluto —respondió el calormene, mirando al Gato directo a los ojos.

—¿Es suficiente para ti, Jengibre? —preguntó el Mono.

—¡Oh, por supuesto! —dijo Jengibre, con toda calma—. Muchas gracias. Sólo quería tenerlo bien claro. Creo que ya empiezo a entender.

Hasta ahora el Rey y Alhaja no habían dicho una palabra; esperaban que el Mono los invitara a hablar, ya que pensaban que no tenía objeto interrumpir. Pero cuando Tirian miró las caras tristes de los narnianos, y vio que estaban por creer que Aslan y Tash eran una sola cosa, no pudo soportar más.

—Mono —gritó a toda boca—, mientes. Mientes como un condenado. Mientes como un calormene. Mientes como un Mono.

Pretendía seguir y preguntar cómo el terrible dios Tash, que se alimentaba de la sangre de su pueblo, podría de alguna manera ser lo mismo que el buen León, cuya sangre salvó a toda Narnia. Si le hubiesen permitido hablar, probablemente el reinado del Mono habría terminado ese mismo día; las Bestias hubieran comprendido la verdad y habrían depuesto al Mono. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra más, dos calormenes lo golpearon con todas sus fuerzas en la boca, y un tercero, por detrás de él, le dio un puntapié, haciéndole una zancadilla. Cuando cayó, el Mono chilló de rabia y terror:

—Llévenselo. Llévenselo. Llévenlo donde no pueda oírnos, ni nosotros podamos oírlo a él. Amárrenlo a un árbol allá. Yo, es decir Aslan, lo someterá a juicio más tarde.

IV
LO QUE SUCEDIO AQUELLA NOCHE

El Rey se sentía tan mareado después de que le pegaron, que apenas sabía lo que estaba ocurriendo hasta que los calormenes le desataron las muñecas y le bajaron los brazos a lo largo de su cuerpo y lo pusieron de espaldas contra un fresno. Luego ataron cuerdas alrededor de sus tobillos y rodillas y su talle y su pecho y allí lo dejaron. Lo que más le molestaba en ese momento —pues con frecuencia son las pequeñas cosas las que resultan más difíciles de soportar— era que su labio sangraba donde lo habían golpeado y no podía secarse el hilillo de sangre a pesar de que le hacía cosquillas.

Desde donde se encontraba podía ver todavía el pequeño establo en la punta de la colina y el Mono sentado frente a él. Alcanzaba a escuchar la voz del Mono que hablaba y hablaba y, de vez en cuando, alguna respuesta de parte de la concurrencia, pero no distinguía las palabras.

—¿Qué habrán hecho con Alhaja? —se preguntaba el Rey.

De pronto el conjunto de Bestias se dispersó y todos comenzaron a marcharse en distintas direcciones. Algunos pasaron cerca de Tirian. Lo miraron como si estuvieran a la vez asustados y pesarosos de verlo atado, pero nadie habló. Muy luego desaparecieron todos y se hizo silencio en el bosque. Entonces comenzaron a pasar las horas y Tirian tuvo al principio sed y luego hambre; y mientras la tarde se alargaba y caía el crepúsculo, empezó también a sentir frío. Le dolía mucho la espalda. El sol bajó y comenzó el ocaso.

Cuando ya estaba casi oscuro, Tirian escuchó un tamborileo de pasos ligeros y vio que venían hacia él unas criaturas menudas. Las tres de la izquierda eran Ratones, y había un Conejo en el medio; a la derecha venían dos Topos. Ambos traían unas pequeñas bolsas en la espalda, que les daban un curioso aspecto en la oscuridad, de modo tal que al principio él se preguntaba qué clase de bestias eran. Luego, en un momento, todos se pararon en sus piernas traseras, apoyaron sus patas heladas en las rodillas del Rey y las cubrieron con húmedos besos de animal. (Podían alcanzar sus rodillas, porque en Narnia las Bestias que Hablan de esa especie eran más grandes que las bestias mudas de la misma especie en Inglaterra.)

—¡Nuestro Rey, nuestro querido Rey! —exclamaron sus voces chillonas—, estamos tan apenados por ti. No nos atrevemos a desatarte, porque Aslan podría enojarse con nosotros. Pero te hemos traído tu cena.

En el acto el primer Ratón trepó ágilmente hasta encaramarse en la soga que ataba el pecho de Tirian, y arrugaba su nariz roma justo frente al rostro de Tirian.

Luego el segundo Ratón trepó y se sujetó un poco más abajo que el primer Ratón. Las otras bestias permanecieron en el suelo y comenzaron a pasar cosas para arriba.

—Bebe, Señor, y después te sentirás en condiciones de comer —dijo el Ratón de más arriba, y Tirian se encontró con que sostenían una pequeña copa de madera junto a sus labios. Era sólo del tamaño de una copa para huevos, de modo que apenas alcanzó a probar el vino cuando ya estaba vacía. Pero entonces el Ratón la pasaba para abajo y los otros la rellenaban y la subían de nuevo y Tirian la vaciaba por segunda vez. Así lo hicieron hasta que hubo bebido un buen trago, que hace mejor al venir en pequeñas dosis, porque así aplaca más la sed que un trago largo.

—Aquí tienes queso, Señor —dijo el primer Ratón—, pero no mucho, porque temo que te pueda dar demasiada sed.

Y después del queso lo alimentaron con galletas de avena y mantequilla fresca, y luego le dieron un poco más de vino.

—Ahora suban el agua —ordenó el primer Ratón—, y lavaré la cara del Rey. Tiene sangre.

En seguida Tirian sintió algo como una diminuta esponja acariciando su cara, y fue muy refrescante.

—Amiguitos —dijo Tirian—, ¿cómo podré agradecerles por todo esto?

—No hay de qué, no hay de qué —dijeron las vocecitas—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Nosotros no queremos ningún otro Rey. Nosotros somos tu pueblo. Si fueran sólo el Mono y los calormenes los que estuvieran en tu contra, habríamos luchado hasta que nos hicieran pedazos antes de permitir que te ataran. Lo habríamos hecho, de verdad. Pero no podemos ir contra Aslan.

—¿Creen que es realmente Aslan? —preguntó el Rey.

—¡Oh, sí, sí! —contestó el Conejo—. Salió del establo anoche. Todos lo vimos.

—¿Cómo era? —preguntó el Rey.

—Parecido a un terrible y enorme León, te aseguro —dijo uno de los Ratones.

—¿Y ustedes creen que es realmente Aslan el que está asesinando a las Ninfas del Bosque y convirtiéndolos a ustedes en esclavos del Rey de Calormen?

—¡Ah, eso está mal!, ¿no es cierto? —dijo el segundo Ratón—. Más nos hubiera valido morir antes de que todo esto empezara. Pero no caben dudas. Todos dicen que son las órdenes de Aslan, y lo hemos visto. No creíamos que Aslan fuera así. Hasta *queríamos* que él volviera a Narnia.

—Parece que esta vez ha regresado muy enojado —dijo el primer Ratón—. Debemos haber hecho algo espantosamente malo, todos, sin saberlo. Debe estar castigándonos por algo. ¡Pero pienso que deberían decirnos de qué se trata!

—Supongo que lo que estamos haciendo ahora podría estar mal —dijo el Conejo.

—A mí no me importa si está mal —opinó uno de los Topos—. Lo volvería a hacer.

Pero los otros dijeron: "¡Oh, cállate!", y "ten cuidado", y luego todos dijeron: "lo lamentamos, querido Rey, pero hemos de regresar. No sería nada de bueno para nosotros que nos cogieran aquí".

—Déjenme de inmediato, queridas Bestias —dijo Tirian—. Ni por toda Narnia querría ponerlos en peligro.

—Buenas noches, buenas noches —dijeron las Bestias, refregando sus narices contra las rodillas del Rey—. Volveremos... si es posible.

Después se alejaron correteando y el bosque pareció quedar más oscuro y más frío y más solitario de lo que estaba antes de que ellos llegaran.

Salieron las estrellas y el tiempo transcurrió lentamente, imagínate cuán lentamente, mientras el último Rey de Narnia permanecía rígido y adolorido y muy derecho contra el árbol en su cautiverio. Pero por fin algo sucedió.

A lo lejos apareció una luz roja. Luego desapareció por un momento y volvió a aparecer otra vez, más grande y más fuerte. Entonces pudo ver siluetas oscuras que iban y venían a este lado de la luz, llevando unos bultos que arrojaban al suelo. Ahora supo lo que estaba viendo. Era una fogata, recién encendida, y la gente le estaba tirando haces de leña picada. De pronto se encendió y Tirian pudo ver que estaba sobre la punta de la colina. Veía claramente el establo detrás, todo iluminado con el rojo resplandor, y una gran multitud de Bestias y Hombres reunida entre el fuego y el propio Rey. Una figura pequeña, encorvada al lado del fuego, debía ser el Mono. Decía algo a la muchedumbre, pero él no alcanzaba a oír sus palabras. En seguida se fue e hizo tres reverencias hasta el suelo ante la puerta del establo. Después se incorporó y abrió la puerta. Y algo de cuatro patas, algo que caminaba con paso muy tieso, salió del establo y se paró frente al público.

Se elevó un gran lamento o rugido, tan sonoro que Tirian pudo escuchar algunas de las palabras.

—¡Aslan! ¡Aslan! ¡Aslan! —gritaban las Bestias—. Háblanos. Confórtanos. No sigas enojado con nosotros.

Desde donde se hallaba, Tirian no podía distinguir claramente qué cosa era; pero alcanzaba a ver que era amarillo y peludo. El no había visto nunca al Gran León. El no había visto nunca ni un león común. No podía estar seguro si lo que veía no era el verdadero Aslan. No esperaba que Aslan se pareciera a esa cosa tiesa que se paraba sin decir nada. Pero ¿cómo puede uno estar seguro? Por unos instantes acudieron a su mente pensamientos horribles; entonces recordó los disparates sobre que Tash y Aslan eran la misma cosa, y se convenció de que toda esta historia debía ser una superchería.

El Mono puso su cabeza cerca de la cabeza de la cosa amarilla como si escuchara algo que el otro le susurraba. Después se volvió y habló a los espectadores, que nuevamente empezaron a gemir. Entonces la cosa amarilla se volvió con torpeza y caminó —podrías hasta decir que se contoneó como un pato— de regreso al establo y el Mono cerró la puerta tras él. Después de esto deben haber apagado el fuego, pues la luz se desvaneció súbitamente, y Tirian se encontró una vez más solo con el frío y la oscuridad.

Pensaba en otros Reyes que vivieron y murieron en Narnia en los antiguos tiempos y le parecía que ninguno de ellos había sido jamás tan desdichado como él. Pensó en el bisabuelo de su bisabuelo, el Rey Rilian, quien fue raptado, cuando era tan sólo un joven príncipe, por una Bruja que lo tuvo escondido por años en cavernas oscuras bajo la tierra de los Gigantes del Norte. Pero todo había salido bien a la postre, ya que dos misteriosos niños habían aparecido de repente, viniendo de una tierra más allá del fin del mundo, y lo habían rescatado; él había regresado a su hogar en Narnia y tuvo un largo y próspero reinado. “No pasa lo mismo conmigo”, se dijo Tirian. Luego se fue más atrás y pensó en el padre de Rilian, Caspian el Navegante, cuyo perverso tío el Rey Miraz trató de asesinarlo, y cómo Caspian huyó a los bosques y vivió entre los Enanos. Pero igualmente esa historia había terminado bien: pues Caspian también fue ayudado por unos niños, sólo que aquella vez eran cuatro que venían de algún lugar más allá del mundo, y libraron una gran batalla para devolverle el trono de su padre. “Pero eso fue hace tanto tiempo”, se dijo Tirian. “Esa suerte de cosas ya no suceden más ahora”. Y después recordó (porque siempre había sido bueno para la historia cuando era niño) que aquellos mismos cuatro niños que habían ayudado a Caspian habían estado en Narnia más de mil años antes; y había sido entonces cuando derrotaron a la terrible Bruja Blanca y terminaron con los Cien Años de Invierno, y luego habían reinado (los cuatro juntos) en Cair Paravel, hasta que dejaron de ser niños y fueron grandes Reyes y adorables Reinas, y su reinado fue la época de oro de Narnia. Y Aslan participó muchísimo en aquella

historia. Participó en las otras historias también, según recordaba Tirian. “Aslan... y los niños del otro mundo”, pensaba Tirian. “Siempre aparecían cuando las cosas llegaban a su peor punto. ¡Oh, si pudieran hacerlo ahora!”

Y gritó: “¡Aslan! ¡Aslan! ¡Aslan! Ven y ayúdanos Ahora”.

Mas la oscuridad y el frío y el sosiego seguían siendo los mismos.

—Deja que me maten —gritó el Rey—. No pido nada para mí. Pero ven y salva a Narnia.

Y todavía no hubo ningún cambio en la noche o en el bosque, pero principió a operarse una especie de cambio dentro de Tirian. Sin saber por qué, comenzó a alentar una ligera esperanza. Y se sintió algo más fuerte.

—¡Oh, Aslan, Aslan! —susurró—. Si no vienes en persona, al menos envíame a tus colaboradores de más allá del mundo. O permite que yo los llame. Haz que mi voz alcance hasta más allá del mundo.

Entonces, casi sin saber lo que hacía, gritó de súbito, a toda voz:

—¡Niños! ¡Niños! ¡Amigos de Narnia! Rápido. Vengan a mí. ¡A través de los mundos los llamo; yo, Tirian, Rey de Narnia, Señor de Cair Paravel y Emperador de las Islas Desiertas!

Y de inmediato se hundió en un sueño (si es que fue un sueño) más vívido que cualquiera que hubiera tenido en su vida.

Le pareció estar en una sala iluminada donde siete personas se hallaban sentadas alrededor de una mesa. Parecía que recién hubieran terminado su comida. Dos de ellos eran muy viejos, un anciano de blanca barba y una anciana de ojos vivos, alegres y risueños. El que estaba sentado a la derecha del anciano no era aún un adulto, seguramente más joven que Tirian, pero su semblante ya tenía la prestancia de un rey y de un guerrero. Y podías decir prácticamente lo mismo del otro joven que se sentaba a la derecha de la anciana. Frente a Tirian, al otro lado de la mesa, había una niña de pelo claro, más joven que estos dos, y a ambos lados de ella, un niño y una niña más jóvenes aún. Todos estaban vestidos con lo que le pareció a Tirian ser los vestidos más raros del mundo.

Pero no tuvo tiempo de pensar en detalles como ese, pues en un instante el niño más joven y las dos niñas se pusieron de pie, y una de ellas lanzó un corto grito. La anciana se sobresaltó y contuvo el aliento. El anciano debe haber hecho algún movimiento repentino también, pues el vaso de vino que tenía en su mano derecha fue a dar debajo de la mesa; Tirian pudo oír el tintineo que hizo al quebrarse en el suelo.

Entonces Tirian comprendió que esa gente podía verlo a él; lo miraban como quien ve un fantasma. Pero advirtió que el que parecía rey y que se sentaba a la derecha del anciano no se movió siquiera (aunque se puso pálido) y sólo empuñó firme su mano. Luego dijo:

—Habla, si no eres un fantasma o un sueño. Tienes aspecto de ser un narniano y nosotros somos los siete amigos de Narnia.

Tirian ansiaba poder hablar, y trató de gritar fuerte que él era Tirian de Narnia, y que necesitaba desesperadamente su ayuda. Pero se dio cuenta (como me ha pasado a veces en los sueños a mí también) que su voz no hacía el menor sonido.

El que le había hablado se puso de pie.

—Sombra o espíritu o lo que seas —dijo, fijando sus ojos en Tirian—. Si eres de Narnia, te ordeno en el nombre de Aslan, háblame. Soy el gran Rey Pedro.

La sala empezó a dar vueltas ante los ojos de Tirian. Escuchó las voces de aquellas siete personas hablando todas a la vez, y todas haciéndose cada segundo más borrosas, diciendo cosas como “¡Mira! Se está desvaneciendo”. “Se está esfumando”. “Está desapareciendo”. Al minuto siguiente se encontró totalmente despierto, todavía amarrado al árbol, más helado y entumecido que nunca. El bosque estaba lleno de la pálida luz mortecina que alumbra antes de la salida del sol y Tirian estaba empapado de rocío; comenzaba a amanecer.

Aquel despertar fue casi el peor momento de toda su vida.

V
COMO LLEGO LA AYUDA PARA EL REY

Pero su aflicción no duró mucho. Casi de inmediato se sintió un porrazo, y luego un segundo porrazo, y dos niños estaban de pie ante él. El bosque enfrente suyo estaba completamente vacío un minuto antes y sabía que no habían salido de detrás del árbol, porque los habría oído. En realidad habían aparecido simplemente de la nada. De una sola mirada vio que usaban esos vestidos tan raros y deslucidos que tenía la gente de su sueño; y vio, en una segunda mirada, que eran el niño y la niña más jóvenes del grupo de los siete.

—¡Caracoles! —exclamó el niño—, ¡te quita el aliento todo esto! Pensé que...

—Apúrate y desátalo —dijo la niña—. Ya podremos conversar después. — Luego añadió, volviéndose hacia Tirian—: Perdona que nos hayamos demorado tanto. Vinimos en cuanto pudimos.

En tanto que ella hablaba, el niño había sacado un cuchillo de su bolsillo y cortaba rápidamente las amarras del Rey; demasiado rápidamente, en realidad, pues el Rey estaba tan rígido y entumecido que cuando cortó la última cuerda cayó de rodillas y se tuvo que apoyar en las manos. No fue capaz de levantarse de nuevo hasta que hubo recuperado algo de la vitalidad de sus piernas con una buena fricción.

—¡Oye! —exclamó la niña—. ¿Eras tú, no es cierto, el que se nos apareció la noche que estábamos cenando? Hace como una semana.

—¿Una semana, hermosa dama? —dijo Tirian—. Mi sueño me condujo a tu mundo hace escasos diez minutos.

—Es el eterno embrollo con las horas, Pole —dijo el niño.

—Ya recuerdo —dijo Tirian—. Eso también sale en todos los viejos relatos. El tiempo en tu extraña tierra es diferente del nuestro. Pero hablando de tiempo, es tiempo de que nos vayamos de aquí, pues mis enemigos están muy cerca. ¿Vendrán conmigo?

—Claro que sí —respondió la niña—. Es a ti a quien hemos venido a ayudar.

Tirian logró ponerse de pie y los guió a toda prisa cerro abajo, hacia el sur, y lejos del establo. El sabía muy bien a donde quería ir, pero su primer objetivo era llegar a los sitios rocosos donde no dejarían huellas y el segundo era atravesar algunas aguas para no dejar rastros. Tardaron cerca de una

hora trepando y vadeando y mientras lo hacían nadie tenía aliento ni para hablar. Pero aun así, Tirian siguió mirando a hurtadillas a sus compañeros. La maravilla de caminar al lado de criaturas de otro mundo le hacía sentir un tanto mareado; pero igualmente hacía que todas las viejas historias parecieran mucho más reales de lo que había creído antes..., ahora podía pasar cualquier cosa.

—Bien —dijo Tirian cuando llegaron a la entrada de un pequeño valle que descendía ante ellos entre abedules nuevos—, ya estamos fuera de peligro, lejos de esos villanos por un tiempo y podemos caminar con mayor tranquilidad.

Había salido el sol, en cada rama brillaban gotitas de rocío, y las aves cantaban.

—¿Qué tal una buena merienda?..., quiero decir, para ti, Señor; nosotros ya tomamos desayuno —dijo el niño.

Tirian se preguntaba perplejo qué querría decir “merienda”; sin embargo, cuando el niño abrió un abultado bolsón que llevaba y sacó un paquete grasiento y blandengue, entendió inmediatamente. Tenía un hambre voraz, a pesar de que no había pensado en ello hasta ese mismo momento. Había dos sandwiches de huevo duro y dos de queso, y otros dos que tenían algún tipo de pasta adentro. Si no hubiera estado tan hambriento, no le habría gustado nada la pasta, porque era algo que nadie come en Narnia. Cuando se había ya devorado los seis sandwiches, llegaron al fondo del valle y allí encontraron un musgoso acantilado de donde nacía borboteando una pequeña fuente. Los tres se detuvieron y bebieron y se mojaron sus acaloradas caras.

—Y ahora —dijo la niña, apartando de su frente su cabello empapado — ¿vas a contarnos quién eres y por qué estabas amarrado y de qué se trata todo esto?

—Con mucho gusto, damisela —respondió Tirian—. Pero hay que continuar la marcha.

De modo que mientras seguían caminando, les dijo quién era y todas las cosas que le habían sucedido.

—Y entonces —dijo al final—, voy a cierta torre, una de las tres que se construyeron en tiempos de mis antepasados para proteger el Páramo del Farol contra unos peligrosos proscritos que moraban allí en su época. Gracias a la buena voluntad de Aslan no me robaron mis llaves. En esa torre encontraremos una provisión de armas y cotas de malla y algunas vituallas también, aunque nada más que galletas secas. Allí podemos también descansar tranquilos, mientras hacemos nuestros planes. Y ahora, se los ruego, díganme quiénes son y toda su historia.

—Yo soy Eustaquio Scrubb y ella es Jill Pole —contestó el niño—. Y ya estuvimos aquí una vez antes, hace siglos, más de un año en nuestro tiempo, y había un tipo llamado Príncipe Rilian, y lo tenían oculto bajo tierra, y Barro-quejón puso el pie en...

—¡Ah! —exclamó Tirian—, ¿entonces ustedes son aquellos Eustaquio y Jill que rescataron al Rey Rilian de su largo hechizo?

—Sí, esos somos nosotros —asintió Jill—. De modo que ahora él es el Rey Rilian, ¿no es así? ¡Oh!, claro que tenía que serlo. Se me olvidaba que...

—No —dijo Tirian—, yo soy su séptimo descendiente. El murió hace más de doscientos años.

Jill hizo una mueca.

—¡Uf! —exclamó—. Esa es la parte horrible de regresar a Narnia.

Pero Eustaquio prosiguió.

—Bueno, ahora ya sabes quiénes somos, Señor —dijo—. Y fue así. El Profesor y la tía Polly nos habían juntado a todos los amigos de Narnia...

—No conozco esos nombres, Eustaquio —interrumpió Tirian.

—Son los dos que vinieron a Narnia al comienzo, el día en que todos los animales aprendieron a hablar.

—Por la Melena del León —gritó Tirian—. ¡Aquellos dos! El Señor Dígory y la Señora Polly! ¡Del alba del mundo! ¿Y todavía están vivos en tu país? ¡Qué maravilla y qué gloria! Pero cuéntame, cuéntame.

—Ella no es nuestra verdadera tía, has de saber —dijo Eustaquio—. Ella es la señorita Plummer, pero la llamamos tía Polly. Bueno, ellos dos nos reunieron a todos; en parte sólo para entretenernos y para que pudiéramos hablar hasta por los codos de Narnia (porque, por supuesto, no hay nadie más con quien podamos hablar de estas cosas), pero en parte porque el Profesor tenía la sensación de que, de alguna manera, nos necesitaban aquí. Y entonces tú llegaste como una aparición o que sé yo qué y casi nos mataste de susto y te esfumaste sin decir una palabra. Después de eso, dimos por seguro que algo sucedía. La pregunta que se planteaba era cómo llegar aquí. No puedes hacerlo sólo con desearlo. Así es que hablamos y hablamos y por fin el Profesor dijo que el único medio eran los Anillos Mágicos. Fue con esos Anillos que él y la tía Polly llegaron aquí hace tanto, tanto tiempo, cuando apenas eran unos niños, años antes de que nosotros, los más jóvenes, hubiéramos nacido. Pero los Anillos habían sido enterrados en el jardín de una casa en Londres (esa es nuestra ciudad principal, Señor) y la casa había sido vendida.

Entonces el problema era cómo conseguirlos. ¡No adivinarías jamás lo que hicimos al final! Pedro y Edmundo —ese es el gran Rey Pedro, el que te habló — fueron a Londres para entrar al jardín por detrás, muy temprano en la mañana antes de que se levantara la gente. Se habían disfrazado de obreros para que, si alguien los veía, pareciera que habían venido a componer algo en los desagües. Me habría encantado haber estado con ellos; debe haber sido salvaje de divertido. Y deben haber tenido éxito, ya que al día siguiente Pedro nos envió un telegrama —ese es una especie de mensaje, Señor, ya te lo explicaré en otra ocasión— diciendo que tenía los Anillos. Y el día siguiente era el día en que Pole y yo teníamos que regresar al colegio; somos los únicos dos que todavía vamos al colegio y estamos en el mismo. De modo que Pedro y Edmundo quedaron de encontrarse con nosotros camino al colegio y entregarnos los Anillos. Teníamos que ser nosotros dos los que viniéramos a Narnia porque, sabes, los mayores no pueden volver más. Así es que nos subimos al tren —es una cosa en que la gente viaja allá en nuestro mundo: una cantidad de vagones encadenados juntos— y el Profesor y la tía Polly y Lucía vinieron con nosotros. Queríamos estar juntos lo más que pudiéramos. Bien, estábamos en el tren. Y ya íbamos a llegar a la estación donde debíamos encontrarnos con los otros, y yo miraba por la ventana para ver si podía divisarlos cuando de repente hubo una sacudida espantosa y un ruido: y estábamos en Narnia y Su Majestad estaba atado a un árbol.

—¿Entonces nunca usaron los Anillos? —preguntó Tirian.

—No —repuso Eustaquio—. Ni siquiera los vimos. Aslan lo hizo todo por nosotros a su manera, sin ningún Anillo.

—Pero el gran Rey Pedro los tiene —dijo Tirian.

—Sí —afirmó Jill—. Pero no creemos que pueda usarlos. Cuando los otros dos Pevensie —el Rey Edmundo y la Reina Lucía— estuvieron aquí la última vez, Aslan les dijo que no volverían nunca más a Narnia. Y le dijo algo parecido al gran Rey, sólo que mucho antes. Puedes estar seguro de que vendría como un balazo si lo dejaran.

—¡Cielos! —exclamó Eustaquio—. Está haciendo calor con este sol. ¿Falta mucho, Señor?

—Mira —contestó Tirian, señalando.

A escasos metros de allí se elevaban unas grandes almenas por encima de las copas de los árboles, y después de un minuto más de caminata salieron a un espacio despejado y cubierto de pasto. Lo atravesaba un arroyo y al otro lado del arroyo se alzaba una torre baja, ancha y cuadrada, con unas pocas ventanas estrechas y una puerta de aspecto pesado en la muralla que quedaba frente a ellos.

Tirian miró atentamente para todos lados a fin de asegurarse de que no había enemigos a la vista. Luego se encaminó hacia la torre y se quedó inmóvil por un momento hurgando en busca del atado de llaves que usaba debajo de su traje de cazador en una delgada cadena de oro colgada del cuello. Menudo manojo de llaves el que sacó a la luz: había dos de oro y varias ricamente adornadas; te dabas cuenta de inmediato de que eran llaves hechas para abrir fastuosas y secretas habitaciones de palacios, o cofres y joyeros de fragante madera que contienen tesoros reales. Pero la llave que puso en la cerradura de la puerta era grande y sencilla y hecha más rústicamente. La cerradura estaba apretada y por un momento Tirian temió que no sería capaz de abrirla. Pero finalmente lo logró y la puerta giró abriéndose con un tétrico chirrido.

—Bien venidos, amigos —dijo Tirian—. Me temo que este es el mejor palacio que el Rey de Narnia puede ofrecer actualmente a sus huéspedes.

Tirian tuvo el agrado de ver que los dos extranjeros habían sido bien educados. Ambos protestaron que no dijera eso y que estaban ciertos de que sería muy agradable.

A decir verdad, no era particularmente agradable. Era más bien oscuro y olía a humedad. Tenía una sola habitación y esta habitación subía directamente hasta el techo de piedra: en un rincón había una escalera de madera que conducía a una claraboya por donde podías salir a las almenas. Había algunas toscas literas para dormir, y una gran cantidad de cajones y fardos. También había una chimenea donde parecía que nadie había encendido un fuego desde hacía muchos años. —Es mejor que salgamos a recoger un poco de leña como primera medida, ¿no creen? —dijo Jill.

—Todavía no, camarada —replicó Tirian.

No estaba dispuesto a que los sorprendieran desarmados, y comenzó a buscar en los cofres, agradeciendo que se acordaba de que siempre había tenido cuidado de mantener esas torres de guarnición bajo inspección anual con el fin de asegurarse de que estaban aperadas de todo lo necesario. Las cuerdas de los arcos se encontraban allí envueltas en seda aceitada, las espadas y lanzas estaban engrasadas para evitar el moho, y las armaduras brillaban guardadas en sus envolturas. Pero había algo todavía mejor. “¡Miren!“, exclamó Tirian al tiempo que sacaba una larga cota de malla de curioso modelo que desplegó ante los ojos de los niños.

—Es una malla bien curiosa, Señor —opinó Eustaquio.

—¡Ay, muchacho! —dijo Tirian. No fue un enano narniano el herrero que la hizo. Es una malla de Calormen, ropas extranjeras. Siempre he guardado unas pocas cotas de ésas en buenas condiciones, porque nunca se sabe si yo o algún amigo tendremos por alguna razón que entrar sin ser vistos

en las tierras del Tisroc. Y miren esta botella de piedra. Contiene un jugo que si lo refregamos en la cara y manos quedaremos morenos como los calormenes.

—¡Bravo! —gritó Jill—. ¡Disfraces! Me encantan los disfraces.

Tirian les enseñó cómo echarse un poco del jugo en la palma de la mano y luego restregarlo bien en sus caras y cuellos, hasta los hombros, y después en las manos, hasta el codo. El hizo lo mismo.

—Después de que se haya secado —dijo—, podemos lavarnos con agua y no cambiará. Sólo un poco de aceite y cenizas nos convertirán de nuevo en narnianos blancos. Y ahora, dulce Jill, veamos cómo te sienta a ti esta camisa de malla. Es un poco demasiado larga, pero no tanto como yo temía. No hay duda de que perteneció a un paje del séquito de alguno de sus Tarkaanes.

Después de las camisas de malla se pusieron cascos calormenes, que son pequeños y redondos, bien apretados en la cabeza y con una punta arriba. Luego Tirian sacó del cofre largos rollos de un material blanco y los enrolló encima de los cascos hasta que parecieron turbantes: pero la pequeña punta de acero siempre sobresalía en el centro. El y Eustaquio tomaron las curvas espadas calormenes y unos pequeños escudos redondos. No había ninguna espada suficientemente liviana para Jill, pero le dio un cuchillo de caza largo y recto que podría hacer las veces de una espada en caso de necesidad.

—¿Tienes habilidad para manejar el arco, doncella? —preguntó Tirian.

—Nada que valga la pena mencionar —repuso Jill, enrojeciendo—. Scrubb no es nada de malo.

—No le creas, Señor —dijo Eustaquio—. Ambos hemos estado practicando arquería desde que regresamos de Narnia la última vez, y ahora ella es tan hábil como yo. Aunque no creas que somos tan buenos ninguno de los dos.

Entonces Tirian le dio a Jill un arco y un carcaj lleno de flechas. El próximo paso fue encender un fuego, puesto que dentro de esa torre, más que dentro de cualquiera otra parte, se tenía la impresión de estar en una cueva, y eso te hacía tiritar. Pero entraron en calor recogiendo la leña —el sol estaba ya en su punto más alto— y cuando por fin las llamaradas rugían en la chimenea, el lugar empezó a verse más acogedor. La cena fue, sin embargo, una comida aburrida, ya que lo mejor que lograron hacer fue moler algunas de las galletas duras que encontraron en el cofre y echarlas en agua hirviendo con sal para tratar de hacer una especie de sopa de avena. Y no tenían más que agua para beber.

—Ojalá hubiésemos traído un paquete de té —dijo Jill.

—O un tarro de cocoa —añadió Eustaquio.

—No vendría nada de mal tener en cada una de estas torres una vasija o algo así de buen vino —comentó Tirian.

VI
UN BUEN TRABAJO NOCTURNO

Unas cuatro horas más tarde Tirian se tendió en una de las literas para aprovechar de dormir un rato. Los dos niños ya estaban roncando; los había hecho ir a la cama antes que él, porque iban a tener que estar levantados casi toda la noche y sabía que a su edad no podrían soportarlo sin dormir un poco. Además, los había cansado bastante. Primero hizo a Jill practicar un poco de arquería y encontró que, aunque no a los niveles de Narnia, ella no era tan torpe. En verdad logró dispararle a un conejo (no a un conejo que habla, por supuesto; hay montones de conejos comunes correteando por el oeste de Narnia), y ya estaba despellejado, limpio y colgado. Descubrió que los dos niños sabían hacer estas malolientes y repugnantes faenas; habían aprendido este tipo de cosas durante su largo viaje por la tierra de los gigantes en la época del Príncipe Rilian. Luego trató de enseñarle a Eustaquio a usar su espada y escudo. Eustaquio había aprendido sobradamente a batirse a espada en sus aventuras anteriores, pero había sido con una espada recta al estilo narniano. Nunca había manejado una curva cimitarra calormene y le fue muy difícil, porque muchos de sus golpes son sumamente distintos y algunas de las técnicas que él había aprendido con la espada larga tenía ahora que descartarlas. Pero Tirian encontró que tenía buena vista y era muy rápido de pies. Le sorprendió la fuerza de ambos niños: en realidad, los dos parecían ya ser más fuertes y grandes y mucho más adultos de lo que eran cuando los conoció hacía pocas horas. Es uno de los efectos que a menudo produce el aire de Narnia en los visitantes de nuestro mundo.

Los tres acordaron que la primerísima cosa que debían hacer era regresar al Cerro del Establo y tratar de rescatar a Alhaja, el Unicornio. Después de lo cual, si tenían éxito, tratarían de alejarse hacia el este a reunirse con el pequeño ejército que el Centauro Perspicaz traería de Cair Paravel.

Un experimentado guerrero y cazador como Tirian despierta siempre a la hora que quiere. De manera que se dio plazo hasta las nueve de esa noche y luego borró todas las preocupaciones de su mente y se quedó profundamente dormido de inmediato. Parecía haber pasado solo un momento cuando despertó, pero supo, por la luz y por la propia atmósfera reinante, que había dormido el tiempo exacto. Se levantó, se colocó su casco turbante (había dormido con la camisa de malla puesta) y después remeció a los otros dos hasta que despertaron. Se les veía, a decir verdad, bastante tristes y deprimidos al bajar de sus literas, bostezando a más y mejor.

—Ahora —dijo Tirian—, vamos derecho al norte desde aquí.

Afortunadamente es una noche estrellada, y el viaje será mucho más

corto que el de esta mañana, porque entonces vinimos dando rodeos, pero ahora iremos en línea recta. Si nos detienen y nos hacen preguntas, ustedes dos deben guardar silencio y yo haré todo lo que pueda para hablar como un maldito, cruel, orgulloso señor de Calormen. Si saco mi espada, entonces tú, Eustaquio, debes hacer lo mismo y que Jill salte detrás de nosotros y se quede allí con una flecha lista en el arco. Pero si yo grito "A casa", entonces ambos vuelen a la Torre. Y que nadie siga luchando, ni siquiera un solo golpe, después de que yo haya dado la orden de retirada: ese falso valor ha hecho fracasar muchos planes notables en las guerras. Y ahora amigos, en el nombre de Aslan, adelante.

Salieron a la noche fría. Todas las inmensas estrellas del norte se encendían por encima de las copas de los árboles. La Estrella del Norte de aquel mundo se llama Punta de Lanza; es más brillante que nuestra Estrella Polar.

Durante un rato pudieron ir derecho hacia Punta de Lanza, pero de pronto llegaron a una densa espesura y tuvieron que salirse de su ruta para no adentrarse en ella. Y después de hacerlo, como todavía estaban bajo la gran sombra de las ramas, les fue difícil volver a orientarse. Fue Jill la que los puso en el rumbo nuevamente; había sido una excelente Guía en Inglaterra. Y por supuesto que conocía sus estrellas narnianas a la perfección, después de haber viajado durante tanto tiempo en las salvajes Tierras del Norte, y podía calcular la dirección por otras estrellas aun si Punta de Lanza estaba oculta. En cuanto Tirian supo que ella era la mejor exploradora de los tres, la puso al frente. Y entonces quedó asombrado de ver la forma silenciosa y casi invisiole en que se deslizaba delante de ellos.

—¡Por la Melena! —susurró al oído de Eustaquio—. Esta niña es una maravilla para rastrear en los bosques. No podría hacerlo mejor si tuviera sangre de Dríades en sus venas.

—Es tan chica, eso le ayuda mucho —murmuró Eustaquio.

Pero Jill, desde adelante, dijo:

—Shshsh, menos ruido.

En torno a ellos el bosque estaba muy tranquilo. A decir verdad, demasiado tranquilo. En una normal noche narniana debería haber ruidos; algún ocasional y animado "Buenas noches" de parte de un erizo; el grito de alguna lechuza allá arriba; quizás una flauta a la distancia delatando la presencia de Faunos en plena danza; o el ruido palpitante de los martillos de los Enanos trabajando bajo tierra. Todo eso estaba en silencio: la melancolía y el temor reinaban en Narnia.

Al cabo de un tiempo comenzaron a subir la escarpada ladera y los

árboles se fueron espaciando. Tirian pudo localizar vagamente la conocida cumbre del cerro y el establo. Jill iba ahora con mucha más cautela y hacía señas con las manos a los demás para que hicieran lo mismo. Luego se quedó totalmente inmóvil y Tirian la vio hincarse poco a poco en el pasto y desaparecer sin hacer un ruido. Un minuto después se levantó nuevamente, acercó su boca al oído de Tirian y dijo en un susurro casi inaudible: "Arrodíllate. *Te* ve mejor" Ella dijo *te* en vez de *se* no porque ceceara, sino porque sabía que el silbido de la letra S en un susurro es lo que se escucha con mayor facilidad. Tirian se echó al suelo de inmediato, casi tan silenciosamente como Jill, aunque no tanto, pues era más pesado y de más edad. Y cuando estaban en el suelo, se dio cuenta de que desde esa posición podía ver la punta de la colina nítidamente contra el cielo cuajado de estrellas. Dos formas negras se perfilaban contra él: una era el establo, y la otra, a unos pocos metros frente a él, era un centinela calormene. Hacía una vigilancia bastante pobre: no se paseaba, ni siquiera estaba de pie, sino sentado con su lanza encima del hombro y la barbilla apoyada en su pecho. "¡Bravo!", dijo Tirian a Jill. Ella le había mostrado exactamente lo que necesitaba saber.

Se incorporaron y ahora Tirian tomó la delantera. Muy lentamente, casi sin atreverse a respirar, hicieron su camino de ascenso hasta un pequeño grupo de árboles que se encontraba a unos quince metros del centinela.

—Esperen aquí hasta que yo vuelva —murmuró dirigiéndose a los otros dos—. Si fracaso, huyan.

Luego empezó a pasearse descaradamente a plena vista del enemigo. El hombre se asustó al verlo y trato de ponerse rápidamente de pie; temía que Tirian fuera uno de sus propios oficiales y que se vería metido en un lío por estar sentado. Pero antes de que pudiera levantarse, Tirian se había arrodillado a su lado, diciéndole:

—¿Eres un guerrero del Tisroc, que viva para siempre? Alegra mi corazón el encontrarte en medio de estas bestias y demonios de Narria. Dame tu mano, amigo.

Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, el centinela calormene sintió su mano derecha asida en un poderoso apretón. En un instante alguien se hincaba sobre sus piernas y un puñal se apoyaba en su garganta.

—Un ruido y seréis hombre muerto —dijo Tirian en su oído—. Dime dónde está el Unicornio y viviréis.

—De... detrás del establo. ¡Oh, mi amo! —tartamudeó el infeliz.

—Bien. Levántate y condúceme a él.

En tanto el hombre se incorporaba, el puñal no dejó nunca de apuntar a su garganta. Sólo se movió (helado y un poco cosquilleante) cuando Tirian se puso detrás de él y lo acomodó en un lugar adecuado bajo su oreja. Temblando se dirigió a la parte de atrás del establo.

A pesar de la oscuridad, Tirian pudo ver inmediatamente la blanca silueta de Alhaja.

—¡Silencio! —exclamó—. No, no relinches. Sí, Alhaja, soy yo. ¿Cómo te ataron?

—Estoy maneado por las cuatro patas y atado con una brida a una argolla en la muralla del establo —se escuchó responder la voz de Alhaja.

—Quédate aquí, centinela, con tu espalda hacia la muralla. Así. Ahora, Alhaja: pon la punta de tu cuerno contra el pecho de este calormene.

—Con el mayor gusto, Señor —repuso Alhaja.

—Si se mueve, traspásale el corazón.

Entonces, en pocos segundos, Tirian cortó las sogas. Con los restos ató al centinela de manos y pies. Finalmente lo obligó a abrir la boca, se la llenó de pasto y lo amarró desde el cráneo hasta la barbilla para impedir que hiciera el menor sonido, y lo colocó en el suelo, sentado y apoyado contra la pared.

—Me he portado un tanto descortés contigo, soldado —dijo Tirian—. Pero fue por necesidad. Si nos volvemos a encontrar otra vez, puede que te trate mejor. Vamos, Alhaja, vámonos sin hacer ruido.

Puso su brazo izquierdo alrededor del cuello de la bestia y se inclinó y besó su nariz y ambos sintieron una gran dicha. Regresaron lo más silenciosamente posible al lugar donde había dejado a los niños. Estaba más oscuro allí bajo los árboles y casi tropezó con Eustaquio antes de verlo.

—Todo está bien —murmuró Tirian—. Hemos hecho un buen trabajo esta noche. Ahora, a casa.

Se habían vuelto y caminado unos cuantos pasos cuando Eustaquio dijo:

—¿Dónde estás, Pole?

No recibió respuesta.

—¿Está Jill a tu lado, Señor? —preguntó.

—¿Qué? —exclamó Tirian—. ¿No está al otro lado tuyo?

Fue un momento terrible. No se atrevían a gritar, pero susurraban su nombre lo más alto que se puede en un susurro. No hubo respuesta.

—¿Se alejó de ti mientras yo no estaba aquí? —preguntó Tirian.

—No la vi ni la escuché irse —dijo Eustaquio—. Pero es posible que se marchara sin que yo supiera. Puede ser tan silenciosa como un gato; tú mismo lo has comprobado.

En ese momento se escuchó a lo lejos el sonido de un tambor. Alhaja movió sus orejas hacia adelante. “Enanos”, dijo.

—Y Enanos traidores, enemigos, es lo más probable —musitó Tirian.

—Y se aproxima algo sobre cascos, mucho más cerca —advirtió Alhaja.

Los dos humanos y el Unicornio se quedaron inmóviles como estatuas. Tenían tantas cosas distintas de qué preocuparse que no sabían qué hacer. El sonido de cascos se acercaba cada vez más. Y pronto, muy junto a ellos, una voz susurró:

—¡Hola! ¿Están todos ahí? Gracias al cielo, era la voz de Jill. —¿Dónde *diablos* te habías metido? —susurró furioso Eustaquio, porque se había llevado un tremendo susto.

—En el Establo —jadeó Jill, pero era una suerte de jadeo como cuando estás batallando por aguantar la risa.

—¡Oh! —gruñó Eustaquio—, crees que es divertido ¿no? Bueno, sólo te diré que...

—¿Has encontrado a Alhaja, Señor? —preguntó Jill.

—Sí. Aquí está. ¿Qué es esa bestia que viene contigo? —Es él —repuso Jill—. Pero vámonos a casa antes de que alguien despierte.

Y nuevamente tuvo unas pequeñas explosiones de risa.

Los demás obedecieron en el acto, pues ya se habían quedado lo suficiente en aquel peligroso lugar y les parecía que los tambores de los Enanos se estaban acercando. Fue sólo después de haber caminado rumbo al sur por varios minutos que Eustaquio dijo:

—¿Lo tienes *a él*? ¿Qué quieres decir?

—El falso Aslan —respondió Jill.

—¿Qué? —exclamó Tirian—. ¿Dónde estuviste? ¿Qué has hecho?

—Bueno, Señor —contestó Jill—. Cuando vi que habías sacado al centinela de en medio, pensé ¿no sería bueno que diera un vistazo dentro del establo y vea lo que hay realmente allí? Así es que me fui, paso a paso. No me costó nada levantar el cerrojo. Claro que adentro estaba oscuro como boca de lobo y olía como todos los establos. Entonces prendí una luz y..., ¿podrán creerlo?, no había allí nada, excepto este viejo burro con un bulto de piel de león amarrada por encima de su lomo. De modo que saqué mi cuchillo y le dije que tenía que venir conmigo. En realidad, no había ninguna necesidad de amenazarlo con el cuchillo.

Estaba harto del establo y muy dispuesto a venir..., ¿no es cierto, querido Cándido?

—¡Santo Cielo! —exclamó Eustaquio—. ¡Que me zurzan! Estaba terriblemente enojado contigo hace un rato, y todavía pienso que estuvo pésimo que te escabulleras sin ninguno de nosotros, pero debo admitir..., bueno, quiero decir..., bueno, que fue una cosa perfectamente sensacional lo que hiciste. Si ella fuera un muchacho, habría que armarla caballero, ¿no es cierto, Señor?

—Si ella fuera un muchacho —dijo Tirian—, sería azotada por desobedecer las órdenes.

Y en la oscuridad nadie pudo ver si lo dijo frunciendo el ceño o bien con una sonrisa. Al minuto siguiente se escuchó un sonido de metal que chirriaba.

—¿Qué estás haciendo, Señor? —preguntó Alhaja, bruscamente.

—Desenvainando mi espada para cortarle la cabeza al maldito Asno —dijo Tirian con un tono terrible de voz—. Apártate, niña.

—¡Oh!, por favor no lo hagas, por favor —imploró Jill—. De verdad, no debes hacerlo. No fue su culpa. Todo lo inventó el Mono. El no entendía mucho. Y está muy arrepentido. Es un burro encantador. Se llama Cándido. Y estoy abrazada a su cuello.

—Jill —dijo Tirian—, eres la más valiente y la más hábil en los bosques de todos mis súbditos, pero también la más pícara y desobediente. Está bien, dejemos que el Asno viva. ¿Qué tienes que decir, por tu parte, Asno?

—¿Yo, Señor? —se escuchó la voz del burro—. Te aseguro que lo

lamento mucho si hice algo malo. El Mono dijo que Aslan *quería* que me disfrazara así. Y pensé que él sabía. Yo no soy listo como él. Sólo hice lo que me decían. No fue nada de divertido para mi vivir en ese establo. Ni siquiera sé qué estaba sucediendo afuera. El no me dejaba salir más de un par de minutos por la noche. Algunos días hasta se olvidaron de darme un poco de agua.

—Señor —dijo Alhaja—. Los Enanos se acercan cada vez más. ¿Queremos encontrarnos con ellos?

Tirian lo pensó un momento y luego, súbitamente, lanzó una larga y sonora carcajada. Después habló, ya no en susurros.

—Por el León —dijo—. ¡Me estoy poniendo lento de mente! ¿Encontrarnos con ellos? Por cierto que nos encontraremos con ellos. Nos enfrentaremos con cualquiera ahora. Tenemos que mostrarles este Asno. Déjenlos ver la cosa a la que temían y reverenciaban. Podemos mostrarles la verdad de la vil intriga del Mono. Se descubrió el secreto. Las cosas han cambiado. Mañana colgaremos a ese Mono del árbol más alto de Narnia. Se terminaron los susurros y los escondites y los disfraces. ¿Dónde están esos honrados Enanos? Les tenemos buenas noticias.

Cuando has estado susurrando por horas, el simple sonido de alguien hablando en voz alta tiene un efecto maravillosamente bullicioso. El grupo entero empezó a hablar y a reírse; hasta Cándido levantó la cabeza y lanzó un sonoro *Jojijojijiji*, algo que el Mono no le había permitido hacer durante muchos días. Entonces se encaminaron en dirección al ruido de tambores. Se hacía constantemente más fuerte y pronto pudieron divisar también la luz de las antorchas. Salieron a uno de esos ásperos caminos (casi no los llamaríamos caminos en Inglaterra) que atraviesan el Páramo del Farol. Y allí, avanzando con paso enérgico, venían cerca de treinta Enanos, todos con sus pequeñas espadas y palas al hombro. Dos calormenes armados guiaban la columna y dos más cerraban la marcha.

—¡Deténganse! —tronó Tirian, saliendo al camino—. Deténganse, soldados. ¿A dónde conducen a estos Enanos narnianos y por orden de quién?

VII
PRINCIPALMENTE SOBRE LOS ENANOS

Los dos soldados calormenes que iban a la cabeza de la columna, viendo a quienes tomaron por un Tarkaan o gran señor acompañado de sus dos pajes armados, ordenaron el alto y levantaron sus lanzas como saludo.

—¡Oh, mi Amo! —dijo uno de ellos—, conducimos a estos enanillos a Calormen a trabajar en las minas del Tisroc, que viva para siempre.

—Por el gran dios Tash, son sumamente obedientes —dijo Tirian.

Luego se volvió súbitamente hacia los Enanos. Uno de cada seis portaba una antorcha y gracias a esa luz parpadeante pudo ver sus caras barbudas que lo miraban con expresión torva y obstinada.

—¿Es que el Tisroc ha librado una gran batalla, Enanos, y ha conquistado vuestra tierra —preguntó—, para que ustedes vayan pacientemente a morir a las canteras de sal de Pugrahan?

Los dos soldados lo contemplaron sorprendidos, pero los Enanos respondieron a coro:

—Son las órdenes de Aslan, las órdenes de Aslan. Nos ha vendido. ¿Qué podemos hacer contra *él*?

—¡El tal Tisroc! —agregó uno y escupió—. ¡Me gustaría verlo a él pasar por esto!

—¡Silencio, perro! —dijo el soldado jefe.

—¡Miren! —exclamó Tirian, empujando a Cándido adelante hacia la luz—. Todo ha sido una mentira. Aslan *no* ha venido a Narnia. Ustedes han sido engañados por el Mono. Esto es lo que hizo salir del establo para mostrarles. Mírenlo.

Lo que vieron los Enanos, ahora que tenían la oportunidad de verlo de cerca, fue ciertamente suficiente para hacerlos preguntarse cómo se habían dejado pasar gato por liebre. La piel de león se había ido soltando mucho más durante el largo cautiverio de Cándido en el establo y se le había torcido en el viaje a través del bosque oscuro. La mayor parte se hallaba hecha un gran bulto encima de un hombro. La cabeza, fuera de que había sido empujada hacia un lado, se había no sé cómo ido para atrás, de manera que todos podían ahora ver su tonta y dulce cara de burro mirando por debajo de ella. Le colgaban unas hebras de pasto de un lado de la boca, que había ido mordisqueando calladamente mientras lo traían. Y musitaba: “No fue mi

culpa, yo no soy listo. Nunca dije que lo fuera".

Por un segundo los Enanos contemplaron a Cándido con la boca abierta y de pronto uno de los soldados dijo duramente:

—¡Tú estás loco, oh, mi Amo! ¿Qué les estás diciendo a los esclavos?

Y el otro dijo: "¿Y quién eres tú?" Ninguna de las dos lanzas saludaban ya, ambas estaban vueltas hacia abajo y listas para entrar en acción.

—Dame la contraseña —dijo el soldado jefe.

—Esta es mi contraseña —dijo el Rey, desenvainando su espada—. "*La luz está alboreando, la mentira ha sido descubierta*". Y ahora, en guardia, bellacos, pues soy Tirian de Narnia.

Embistió al soldado jefe como un relámpago. Eustaquio, que había sacado su espada cuando vio que el Rey sacaba la suya, se precipitó contra el otro, con la cara muy pálida, pero yo no lo culparía por eso. Y tuvo la suerte que a veces tienen los principiantes. Se le olvidó todo lo que Tirian había tratado de enseñarle esa tarde, tiró estocadas salvajemente (a decir verdad, no estoy seguro que no lo haya hecho con los ojos cerrados) y de repente se encontró, para su gran sorpresa, con que el calormene yacía muerto a sus pies. Y aunque fue un gran alivio, a la vez fue bastante espantoso. La pelea del Rey duró un par de segundos más, y luego él también mató a su hombre y le gritó a Eustaquio: "Cuidado con los otros dos".

Pero los Enanos habían acabado con los dos calormenes restantes. No quedaba ni un solo enemigo.

—¡Le asestaste un buen golpe, Eustaquio! —gritó Tirian, palmoteando su espalda—. Y ahora, Enanos, sois libres. Mañana os llevaré a liberar a toda Narnia. ¡Tres vivas por Aslan!

Pero no tuvo ningún eco. Hubo un débil intento de parte de unos pocos Enanos (unos cinco) que se extinguió de inmediato; de parte de varios otros sólo hubo malhumorados gruñidos. La mayoría no dijo nada.

—¿No entienden? —dijo Jill con impaciencia—. ¿Qué pasa con ustedes, Enanos? ¿No oyeron lo que dijo el Rey? Se acabó. El Mono no va a gobernar a Narnia nunca más. Todos pueden volver a su vida de antes. Pueden divertirse otra vez. ¿No están contentos?

Después de una pausa de cerca de un minuto, un Enano no muy buenmozo, de pelo y barba negros como el hollín, dijo:

—¿Y quién eres tú, señorita?

—Soy Jill —repuso ella—. La misma Jill que rescató al Rey Rilian de su encantamiento, y este es Eustaquio, que hizo lo mismo, y hemos vuelto de otro mundo después de cientos de años. Aslan nos envió.

Los Enanos se miraron unos a otros, con risitas; risitas burlonas, no de alegría.

—Bueno —dijo el Enano Negro (cuyo nombre era Griffle)—, yo no sé qué pensarán ustedes, muchachos, pero lo que es yo, creo que he oído suficiente de Aslan para el resto de mi vida.

—Así es, así es —gruñeron los otros Enanos—. Todo esto es un engaño, un condenado engaño.

—¿Qué quieren decir? —protestó Tirian.

No se había puesto pálido cuando luchaba, pero lo estaba ahora. Se había imaginado que este sería un bello momento, pero se iba convirtiendo en algo parecido a una pesadilla.

—Debes creer que somos condenadamente blandos de cabeza —dijo Griffle—. Nos engañaron una vez y ahora pretendes engañarnos de nuevo al minuto siguiente. ¡No necesitamos más esos cuentos sobre Aslan, ves! ¡Míralo! ¡Un borrico viejo de orejas largas!

—Por todos los cielos, me van a volver loco —dijo Tirian—. ¿Quién de nosotros ha dicho que eso sea Aslan?

Esa es la imitación que ha hecho el Mono del verdadero Aslan. ¿No lo pueden entender?

—¡Y tú tendrás una imitación mejor, supongo! —exclamó Griffle—. No, gracias. Nos han hecho tontos una vez y no nos harán tontos de nuevo.

—Yo no —dijo Tirian, airadamente—, yo sirvo al verdadero Aslan.

—¿Dónde está? ¿Quién es? ¡Muéstralo! —dijeron varios Enanos.

—¿Creen que lo llevo en mi cartera, necios? —exclamó Tirian—. ¿Quién soy yo para hacer aparecer a Aslan a mi antojo? El no es un león domesticado.

En el momento en que estas palabras salieron de sus labios comprendió que había dado un paso en falso. Los Enanos empezaron inmediatamente a repetir “no es un león domesticado, no es un león domesticado”, con un burlesco sonsonete.

—Eso era lo que decían siempre los del otro grupo —dijo uno.

—¿Quieren decir que no creen en el verdadero Aslan? —preguntó Jill —. Pero si yo lo he visto. Y él nos envió a nosotros dos desde otro mundo.

—¡Ah! —dijo Griffle, con una amplia sonrisa—. Eso es lo que tú dices. Te han enseñado muy bien tu parte. Estás dando tu lección, ¿no es cierto?

—¡Patán! —gritó Tirian—, ¿le das un mentís a una dama en su propia cara?

—Sé más cortés, señor —replicó el Enano—. No creo que queramos más reyes..., si es que eres Tirian, porque no te pareces a él, así como tampoco queremos más Aslan. Nos vamos a cuidar solos de ahora en adelante y no reconoceremos a nadie como amo. ¿Entiendes?

—Tiene razón —dijeron los otros Enanos—. Nos mandamos solos ahora. Se acabó Aslan, se acabaron los reyes, se acabaron los estúpidos cuentos de otros mundos. Los Enanos con los Enanos.

Y comenzaron a formar filas y a prepararse para marchar de regreso al lugar, cualquiera sea, de donde venían.

—¡Bestiezuelas! —exclamó Eustaquio—. ¿Ni siquiera van a dar las gracias por haberlos salvado de las minas de sal?

—¡Oh!, ya sabemos todo eso —repuso Griffle por encima del hombro —. Ustedes querían utilizarnos, por eso nos rescataron. Están jugando su propio juego, ustedes. Vámonos, muchachos.

Y los Enanos rompieron a cantar su curiosa cancioncita de marcha que sigue el ritmo del tambor, y se perdieron con sus pasos pesados en la oscuridad.

Tirian y sus amigos se quedaron mirándolos. Luego él dijo una sola palabra: “Vamos”, y continuaron su viaje.

Era un grupo silencioso. Cándido creía que aún estaba en desgracia, y además no entendía realmente muy bien lo que había pasado. Jill, fuera de estar disgustada con los Enanos, estaba muy impresionada con la victoria de Eustaquio sobre el calormene y se sentía algo avergonzada. En lo que respecta a Eustaquio, su corazón latía aún aceleradamente. Tirian y Alhaja caminaban tristemente a la retaguardia. El Rey posaba su brazo sobre el hombro del Unicornio y a veces el Unicornio acariciaba la mejilla del Rey con su suave nariz. No trataron de consolarse mutuamente con palabras. No era muy fácil pensar qué decir que pudiera servir de consuelo. Tirian no soñó jamás que uno de los resultados del engaño del Mono al fabricar un falso

Aslan sería impedir que la gente creyera en el verdadero. Se había convencido de que los Enanos se pondrían de su lado en cuanto les demostrara que habían sido burlados. Y entonces a la noche siguiente los habría conducido al Cerro del Establo y les habría mostrado a Cándido a todas las criaturas y todos se habrían vuelto contra el Mono y, tal vez luego de una gresca con los calormenes, se habría terminado todo el asunto. Pero ahora parecía que no podía contar con nadie. ¿Cuántos otros narnianos irían a reaccionar como los Enanos?

—Alguien nos sigue, me parece —dijo Cándido de repente.

Se detuvieron. Era cierto, se escuchaba un tamtam de pasitos tras ellos.

—¡Quién va allí! —gritó el Rey.

—Soy sólo yo, Señor —repuso una voz—. Yo, el Enano Poggin. Acabo de arreglármelas para escapar de los demás. Yo estoy de tu lado, Señor, y del de Aslan. Si puedes poner una espada enana en mi puño, daré con gusto un buen golpe al lado tuyo antes de que todo haya terminado.

Todos se agruparon a su alrededor y le dieron la bienvenida y lo alabaron y lo felicitaron. Claro que un solo Enano no hacía gran diferencia, pero igualmente fue muy alentador tener siquiera uno. Todos se alegraron. Pero Jill y Eustaquio no se alegraron por mucho tiempo, porque se pusieron a bostezar hasta descarretillarse, demasiado cansados para pensar en otra cosa fuera de una cama.

Era la hora más fría de la noche, justo antes del amanecer, cuando llegaron de vuelta a la Torre. Si los hubiera esperado una cena preparada se la habrían comido con mucho gusto, pero ni pensar en la molestia y la demora de prepararla. Tomaron un poco de agua en un arroyo, se lavaron la cara, y se tendieron en sus literas, excepto Cándido y Alhaja, que dijeron que estarían más cómodos afuera. Quizás esto fue para mejor, pues un Unicornio y un Burro gordo y grande metidos adentro de la casa dan siempre la impresión de que una pieza está demasiado llena de gente.

Los Enanos narnianos, aunque su estatura sólo alcanza a un metro y veinte centímetros, son para su tamaño casi los más robustos y fuertes de todas las criaturas, de modo que Poggin, a pesar de un día tan pesado y una noche corta, despertó completamente descansado y antes que cualquiera de los demás. Al instante tomó el arco de Jill, salió y cazó un par de palomas torcaces. Luego se sentó en los peldaños de la puerta a desplumarlas y a charlar con Alhaja y Cándido. Cándido se veía, y se sentía, muchísimo mejor esta mañana. Alhaja, por ser un Unicornio y por lo tanto uno de los animales más nobles y delicados, fue muy bondadoso con él, hablándole de cosas de esas que los dos podían entender, como pasto y azúcar y el cuidado de los

cascos. Cuando Jill y Eustaquio salieron de la Torre bostezando y restregándose los ojos a eso de las diez y media, el Enano les mostró dónde podían recoger gran cantidad de una hierba narniana llamada Fresney Silvestre, que se parece algo a nuestra acederilla, pero de mucho mejor sabor cuando está cocida. (Se necesita un poco de mantequilla y pimienta para que quede perfecta, pero ellos no tenían nada de eso.) De manera que con esto y aquello, tuvieron los ingredientes para un magnífico guiso para su desayuno o cena, como prefieras llamarlo. Tirian se adentró un poco más en el bosque con un hacha y trajo algunas ramas para leña. Mientras se cocía la comida, lo que les pareció un tiempo larguísimo, en especial cuando comenzó a oler cada vez más apetitosa a medida que iba cocinándose, el Rey encontró un equipo completo de enano para Poggin: cota de malla, casco, escudo, espada, cinturón y puñal. Después examinó la espada de Eustaquio y se encontró con que Eustaquio la había vuelto a poner en su vaina toda sucia después de matar al calormene. Fue reprendido por eso y obligado a limpiarla y pulirla.

Todo esto sucedía en tanto Jill iba y venía, a veces revolviendo la olla y a veces mirando con envidia al Burro y al Unicornio que pastaban muy satisfechos. ¡Cuántas veces en aquella mañana deseó poder comer pasto!

Pero cuando la comida estuvo lista, pensaron que había valido la pena esperarla, y hubo repetición para todos. Una vez que hubieron comido hasta hartarse, los tres humanos y el Enano fueron a sentarse en el umbral de la puerta, los de cuatro patas se echaron frente a ellos, el Enano (con el permiso de Jill y de Tirian) encendió su pipa, y el Rey dijo:

—Me parece, amigo Poggin, que tú tienes más noticias sobre el enemigo que yo. Dinos todo lo que sepas. Y antes que nada, ¿qué historia cuentan sobre mi fuga?

—Un cuento tan ingenioso, Señor, como jamás se había inventado —respondió Poggin—. Fue el Gato Jengibre el que lo contó y es bien probable que él lo inventó también. Este Jengibre, Señor, ¡oh! , ese es un pícaro como jamás lo fue gato alguno, dijo que había pasado cerca del árbol a que esos villanos ataron a Su Majestad. Y dijo (con tu permiso) que tú aullabas y jurabas y maldecías a Aslan; “un lenguaje que no me gustaría repetir”, fueron sus palabras, y siempre con ese aspecto tan remilgado y formal, ya sabes, que puede adoptar un gato cuando quiere. Y después, dijo Jengibre, el propio Aslan se apareció de repente en el resplandor de un relámpago y se tragó a Su Majestad de un solo bocado. Todas las Bestias temblaron al oír esta historia y algunos se desmayaron ahí mismo. Y, por supuesto, el Mono le siguió la corriente. “Ahí tienen”, decía, “vean lo que hace Aslan a quienes no lo respetan. Que les sirva de advertencia”. Y las pobres criaturas gemían y se quejaban y decían: “sí nos servirá, sí nos servirá”. De modo que al fin y al cabo la fuga de Su Majestad no los ha obligado a pensar si tienes aún amigos leales que te ayuden, sino que solamente les ha producido más temor y más obediencia al Mono.

—¡Qué actitud diabólica! —exclamó Tirian—. Entonces este Jengibre piensa igual que el Mono.

—Ahora se trata más bien, Señor, de saber si el Mono piensa —replicó el Enano—. El Mono se ha puesto a beber, ¿entiendes? En mi opinión la conspiración la están manejando principalmente Jengibre o Rishda, el capitán calormene. Y creo que fueron unas palabras que Jengibre propaló entre los Enanos las principales culpables de la vil réplica que te dieron. Y te diré por qué. Una de esas espantosas asambleas acababa de terminar antenoche y ya había andado un buen trecho de camino a casa cuando me di cuenta de que había dejado olvidada mi pipa. Era una muy buena, una de mis viejas pipas favoritas, así que volví a buscarla. Mas antes de llegar al lugar donde había estado sentado (estaba negro como boca de lobo ahí), escuché una voz de gato que decía Miau y una voz de calormene que decía "aquí..., habla despacio", y me quedé inmóvil como si estuviera congelado. Y estos dos eran Jengibre y Rishda Tarkaan, como lo llaman. "Noble Tarkaan", dijo el Gato con esa voz sedosa que tiene. "Sólo quería saber con exactitud lo que ambos teníamos en la mente hoy acerca de que Aslan no significa más que Tash". "Sin duda, tú, el más sagaz de los gatos", dijo el otro, "has percibido lo que yo quería decir". "Quieres decir", dijo Jengibre, "que no existen tales personas, ninguna de las dos". "Todos los seres cultos lo saben", dijo el Tarkaan. "Entonces podemos entendernos", ronroneó el Gato. "¿También tú, igual que yo, te estás cansando un tanto del Mono?" "Un bruto estúpido y codicioso", dijo el otro, "pero hemos de utilizarlo por ahora. Tú y yo dispondremos todo sin que nadie sepa y haremos al Mono cumplir nuestra voluntad". "Y sería mejor, ¿no es cierto?", dijo Jengibre, "permitir a los narnianos más cultos participar en nuestros consejos: uno a uno, a medida que los hallemos aptos. Porque las Bestias que creen de verdad en Aslan podrían recobrar la fe en cualquier momento: y lo harán, si el Mono tontamente traiciona su secreto. Pero aquellos a quienes no les importa ni Aslan ni Tash, sino que sólo tienen interés en su propio provecho y en la recompensa que les dará el Tisroc cuando Narnia sea una provincia calormene, serán firmes". "Excelente, Gato", dijo el capitán. "Pero escógelos con mucho cuidado".

Mientras el Enano hablaba, el día parecía estar cambiando. Estaba asoleado cuando se sentaron. Ahora Cándido tiritaba. Alhaja movía la cabeza, desasosegado. Jill miró hacia arriba.

—Se está nublando —dijo.

—Y hace tanto frío —agregó Cándido.

—¡Demasiado frío, por el León! —exclamó Tirian, soplando sus manos—. Y ¡uf! ¿Qué olor tan fétido es ése?

—¡Puf! —jadeó Eustaquio—. Huele a cadáver. ¿Habrá por ahí un pájaro muerto en alguna cacería? ¿Y cómo no nos dimos cuenta antes?

Con gran agitación, Alhaja se puso de un salto en sus cuatro patas y señaló con su cuerno.

—¡Miren! —gritó—. ¡Mírenlo! ¡Miren, miren! Y entonces los seis lo vieron; y todos los semblantes expresaron la más profunda consternación.

VIII
QUE NOTICIAS TRAJO EL AGUILA

A la sombra de los árboles, al otro lado del claro, algo se movía. Se deslizaba muy lentamente hacia el norte. A la primera mirada podías confundirlo con humo, porque era gris y podías ver a través suyo. Pero el olor a muerto no era el olor del humo. Por otra parte, esta cosa mantenía su forma en lugar de ondear y subir en espiral como habría hecho el humo. Tenía más o menos la figura de un hombre pero con cabeza de pájaro; de algún pájaro de presa con un pico corvo y cruel. Tenía cuatro brazos que levantaba por encima de la cabeza, estirándolos hacia el Norte como si quisiera abarcar toda Narnia en su abrazo; y sus dedos —los veinte— eran curvos igual al pico y tenía largas y puntudas garras de pájaro en cuenta de uñas. Flotaba encima del pasto en vez de caminar, y el pasto se aplastaba bajo él.

Con sólo darle una mirada Cándido lanzó un rebuzno que parecía un grito y se precipitó dentro de la Torre. Y Jill (que no era ninguna cobarde, como bien lo sabes) escondió la cara entre sus manos para no verlo. Los demás lo contemplaron quizás por un minuto, hasta que escapó flotando entre los árboles más frondosos a la derecha, y desapareció. Luego el sol salió nuevamente y las aves volvieron a cantar.

Todos empezaron a respirar normalmente otra vez y a moverse. Habían estado quietos como estatuas mientras la cosa fue visible.

—¿Qué era? —preguntó Eustaquio en un susurro.

—Yo lo he visto antes una vez —repuso Tirian—. Pero en esa ocasión estaba esculpido en piedra y cubierto de oro y sus ojos eran dos sólidos diamantes. Fue cuando yo era como de tu edad y había ido invitado a la corte del Tisroc en Tashbaan. El me llevó al gran templo de Tash. Allí lo vi, en una escultura colocada sobre el altar.

—¿Entonces esa..., esa cosa... era Tash? —preguntó Eustaquio.

Pero en lugar de responderle, Tirian puso su brazo por detrás de los hombros de Jill y dijo:

—¿Cómo te sientes tú, señora?

—B... bien —dijo Jill, quitando las manos de su pálida cara y tratando de sonreír—. Me siento muy bien. Es sólo que esa cosa me hizo marearme un poco.

—Parece, entonces —dijo el Unicornio—, que existe un verdadero Tash, después de todo.

—Sí —asintió el Enano—. Y ese tonto del Mono, que no creía en Tash, va a recibir mucho más de lo que esperaba. Invocó a Tash: Tash ha venido.

—¿Adónde se ha ido él..., eso..., la Cosa? —preguntó Jill.

—Hacia el norte, al centro de Narnia —respondió Tirian—. Ha venido a habitar entre nosotros. Lo han llamado y ha venido.

—Ja, ja, ja —rió el Enano, sobándose las manos peludas—. Será una sorpresa para el Mono. La gente no debía llamar a los demonios a menos que realmente crea lo que dice.

—Quién sabe si Tash será visible para el Mono —dijo Alhaja.

—¿Dónde se ha metido Cándido? —preguntó Eustaquio.

Todos se pusieron a gritarlo por su nombre y Jill dio la vuelta al otro lado de la Torre para ver si había ido allí. Ya estaban bastante cansados de buscarlo cuando por fin su grandota cabeza gris asomó cautelosamente por la puerta de entrada y dijo: "¿Se ha ido?" Y cuando finalmente consiguieron que saliera, tiritaba como tirita un perro en una tormenta de truenos.

—Ahora me doy cuenta —dijo Cándido— de que he sido en realidad un burro muy malo. Jamás debí haber escuchado a Truco. Nunca pensé que empezaran a suceder cosas como ésta.

—Si hubieras gastado menos tiempo en decir que no eras listo y más tiempo tratando de ser lo más listo posible... —comenzó Eustaquio, pero Jill lo interrumpió:

—¡Oh, deja en paz al pobrecito Cándido! —dijo—. Todo fue un error, ¿no es cierto, Cándido querido? Y le besó la nariz.

Aunque bastante perturbados por lo que habían visto, volvieron a sentarse y reiniciaron su conversación.

Alhaja tenía poco que contar. Mientras estuvo prisionero pasó la mayoría del tiempo amarrado detrás del establo y, por supuesto, no oyó ninguno de los planes del enemigo. Lo habían pateado (él había pateado también en respuesta) y lo habían golpeado y amenazado de muerte a menos que dijera que creía que era Aslan al que sacaban y mostraban a la luz de la fogata cada noche. De hecho, iba a ser ejecutado esa misma mañana si no hubiera sido rescatado. No sabía qué le había pasado al Cordero.

El asunto que tenían que decidir era si irían al Cerro del Establo otra vez aquella noche a mostrarles a Cándido a los narnianos y a tratar de hacerlos comprender que habían sido engañados; o bien si deberían

escabullirse hacia el este para reunirse con el grupo que traía el Centauro Perspicaz de Cair Paravel, y arremeter con sus tropas contra el Mono y sus calormenes. A Tirian le hubiera gustado mucho seguir el primer plan: odiaba la idea de dejar que el Mono siguiera intimidando a su gente por más tiempo todavía. Por otro lado, el comportamiento de los Enanos la noche anterior era una advertencia. Aparentemente, uno no podía estar seguro de cómo reaccionaría la gente aun si se les mostraba Cándido. Y también había que contar con los soldados calormenes. Poggin pensaba que debían ser unos treinta.

Tirian estaba cierto de que si todos los narnianos se ponían de su parte, él y Alhaja y los niños y Poggin (Cándido no contaba mucho) tendrían una buena posibilidad de vencerlos. Pero ¿qué pasaría si la mitad de los narnianos, incluyendo a todos los Enanos, se sentaban sencillamente a mirar?, ¿o si peleaban contra él? El riesgo era demasiado grande. Y para colmo, la nebulosa figura de Tash. ¿Qué iría a hacer?

Y además, como señaló Poggin, no haría gran daño dejar que el Mono continuara enfrentando sus propias dificultades por un par de días más. No tenía a Cándido para sacarlo y mostrarlo ahora. No era fácil imaginarse qué cuento tendrían que inventar él o Jengibre para explicarlo. Si las Bestias pedían noche tras noche ver a Aslan y no salía ningún Aslan, seguramente hasta los más simples comenzarían a sospechar.

Al último acordaron que lo mejor era marcharse y tratar de reunirse con Perspicaz.

Apenas tomada esta decisión, fue maravilloso ver lo animado que se sintió cada uno. No creo, honestamente, que se debiera a que le tuvieran miedo a una batalla (excepto quizás Jill y Eustaquio). Mas no me sorprendería que cada cual, muy dentro de su corazón, se sintiera contento de no tener que acercarse, o por lo menos no todavía, a aquella horrible cosa con cabeza de pájaro que, visible o invisible, estaría ahora probablemente rondando el Cerro del Establo. Y como sea, uno siempre se siente mejor cuando ha logrado tomar una decisión.

Tirian dijo que era mejor sacarse los disfraces, ya que no quería que los confundieran con calormenes y que los atacara cualquier narniano leal con que pudieran encontrarse. El Enano hizo una hórrida mezcla de cenizas del fogón y grasa que sacó de un jarro y que servía para pulir espadas y puntas de lanzas. Después se quitaron la armadura calormene y bajaron al arroyo. La asquerosa mezcolanza hizo unas lavazas semejantes a las de un jabón suave; fue un espectáculo agradable y familiar ver a Tirian y a los dos niños arrodillados al lado del agua restregando la parte de atrás de sus cuellos, o resollando al ir sacándose las lavazas que los salpicaban. Luego regresaron a la Torre con sus caras enrojecidas y relucientes, con aspecto de personas que han tomado un buen baño, extraespecial, antes de ir a una fiesta. Se volvieron

a armar al verdadero estilo narniano, con espadas rectas y escudos triangulares.

—A mi medida —dijo Tirian—. Así está mejor. Por fin me siento un hombre otra vez.

Cándido les imploró que le sacaran la piel de león. Dijo que era muy calurosa y que las arrugas que le producía en la espalda eran sumamente incómodas y que además lo hacía verse tan ridículo. Pero le dijeron que tendría que usarla un poco más, pues todavía necesitaban mostrarlo con ese disfraz a las demás Bestias, a pesar de que por ahora iban a ir primero al encuentro de Perspicaz.

No valía la pena llevarse lo que quedaba del guiso de paloma ni del de conejo, pero se llevaron algunas galletas. En seguida Tirian cerró la puerta de la Torre y así finalizó su estada en ella.

Era poco más de las dos de la tarde cuando partieron, y era aquel el primer día tibio de esa primavera. Las hojas nuevas parecían haber crecido desde ayer; se habían acabado las campanillas blancas, pero en cambio vieron numerosas primaveras. La luz del sol penetraba sesgada a través de los árboles, las aves cantaban y siempre (aunque generalmente sin verse) se escuchaba el ruido del agua. Era difícil pensar en cosas horribles, como Tash, por ejemplo. Los niños sentían que “esta es la verdadera Narnia, por fin”. Hasta el corazón de Tirian se aligeró a medida que caminaba delante de ellos, tarareando una vieja canción de marcha narniana, cuyo refrán decía:

Ea, redoble, redoble, redoble,
redoble el tambor al golpearlo.

Detrás del Rey venían Eustaquio y el Enano Poggin. Poggin le iba diciendo a Eustaquio los nombres de todos los árboles de Narnia, de los pájaros y de las plantas que él aún no conocía. A veces Eustaquio le decía cómo se llamaban en Inglaterra.

Detrás de ellos venía Cándido, y detrás de él Jill y Alhaja caminando muy juntos. Jill se había, como dirían ustedes, enamorado locamente del Unicornio. Pensaba, y no estaba tan equivocada, que era el animal más radiante, más delicado y más elegante que había visto jamás; y era tan amable y tan suave para hablar que, si no lo hubieras sabido, casi no creerías lo feroz y terrible que podía ser en una batalla.

—¡Oh, esto es delicioso! —dijo Jill—. Caminar así simplemente. Me encantaría que hubiera más aventuras de esta clase. Es una lástima que siempre estén sucediendo tantas cosas en Narnia.

Pero el Unicornio le explicó que estaba totalmente equivocada. Dijo

que los Hijos e Hijas de Adán y Eva habían sido traídos desde su extraño mundo a Narnia sólo las veces en que Narnia estuvo conmocionada o perturbada, pero ella no debía pensar que siempre fue así. Entre sus visitas hubo cientos y miles de años en que un rey pacifista sucedía a un rey pacifista hasta que casi no podían recordar sus nombres ni contarlos, y en realidad casi no había qué escribir en los Libros de Historia. Y siguió hablando de antiguas Reinas y héroes de los cuales ella no había oído hablar nunca. Habló de la Reina Cisneblanco que vivió en la época anterior a la Bruja Blanca y el Gran Invierno, que era tan bella que cuando se miraba en alguna poza del bosque la imagen de su rostro resplandecía en el agua como una estrella en la noche hasta un año y un día después. Habló de Luna del Bosque, la Liebre que tenía tan buen oído que podría sentarse cerca de la Poza del Caldero bajo el tronar de la gran catarata y escuchar lo que los hombres susurraban en Cair Paravel. Contó cómo el Rey Gale, el noveno descendiente de Francisco, el primero de los Reyes, había navegado muy lejos hacia los mares del Este y había liberado de un dragón a los habitantes de las Islas Desiertas y como, a su regreso, le habían regalado las Islas Desiertas para que formaran parte de las tierras del Rey de Narnia para siempre. Habló de siglos enteros durante los cuales todos eran tan felices en Narnia que los fabulosos bailes y festines, o máximo los torneos, eran las únicas cosas que podían recordarse, y cada día y cada semana eran mejor que los anteriores. Y a medida que proseguía, las imágenes de todos aquellos años dichosos, miles de ellos, se sucedían en la mente de Jill y era como mirar desde arriba de un cerro a una fértil y encantadora pradera llena de bosques y aguas y trigales, que se extendía alejándose más y más allá hasta volverse una línea muy fina y nebulosa debido a la distancia. Y Jill dijo:

—¡Ay, ojalá podamos ajustar cuentas con el Mono y volver a esos buenos tiempos normales. Y espero que después duren por siempre y siempre y siempre. Nuestro mundo va a tener fin algún día. Tal vez éste no. ¡Oh, Alhaja!, ¿no sería delicioso que Narnia siguiera siendo toda la vida como has dicho que era?

—No, hermanita —respondió Alhaja—, todos los mundos llegan a su fin; excepto el país de Aslan.

—Bueno, por lo menos —dijo Jill— supongo que el fin de éste será de aquí a millones de millones de millones de años...; ¿qué pasa?, ¿por qué te detienes?

El Rey y Eustaquio y el Enano miraban al cielo. Jill tembló, recordando los horrores que ya habían visto. Pero no era nada de ese estilo esta vez. Era algo pequeño y se veía negro contra el azul.

—Podría jurar —dijo el Unicornio—, por su manera de volar, que es un ave que habla.

—Pienso igual —dijo el Rey—. Pero ¿será amigo o un espía del Mono?

—Para mí, Señor —intervino el Enano—, tiene la apariencia de ser el Aguila Largavista.

—¡Hay que esconderse debajo de los árboles! —gritó Eustaquio.

—No —dijo Tirian—, mejor quedémonos quietos como rocas. Estoy cierto de que nos vería mejor si nos movemos.

—¡Miren! Está dando vueltas, ya nos ha visto —dijo Alhaja—. Está bajando haciendo grandes círculos.

—La flecha en las cuerdas, dama —dijo Tirian a Jill—. Mas no dispares por ningún motivo hasta que yo te lo ordene. Podría ser amigo nuestro.

Si uno hubiera sabido lo que iba a suceder a continuación, habría sido un placer contemplar la gracia y facilidad con que aquel descomunal pájaro se deslizaba bajando. Aterrizó sobre un risco rocoso a pocos metros de Tirian, hizo una reverencia con su cabeza coronada de una cresta, y dijo con su extraña voz de águila: “Salud, Rey”.

—Salud, Largavista —respondió Tirian—. Y ya que me llamas Rey, me inclino a creer que no eres un seguidor del Mono y su falso Aslan. Me alegro de que hayas venido.

—Señor —dijo el Aguila—, cuando oigas las noticias que te traigo lamentarás más mi venida que la del peor infortunio que jamás hayas sufrido.
El corazón de Tirian pareció cesar de latir ante estas palabras, pero apretó los dientes y dijo: “Dímelo todo”.

—Dos espectáculos he visto —dijo Largavista—. Uno era Cair Paravel lleno de narnianos muertos y calormenes vivos: la bandera del Tisroc flameando por encima de tus reales almenas; y tus súbditos huían de la ciudad, para acá y para allá, hacia los bosques. Cair Paravel fue tomado desde el mar. Veinte grandes barcos calormenes atracaron en la oscuridad de la noche.

Nadie pudo hablar.

—Y la otra escena, cinco leguas más cerca que Cair Paravel: Perspicaz, el Centauro, yacía muerto con una flecha calormene en su costado. Estuve con él en sus últimas horas y me dio este mensaje para Su Majestad: recordar que todos los mundos llegan a su fin y que una muerte noble es un tesoro que nadie es tan pobre que no pueda comprar.

—Entonces —dijo el Rey tras un largo silencio—, Narnia ya no existe más.

IX
LA GRAN ASAMBLEA EN EL CERRO DEL ESTABLO

Durante largo rato no pudieron hablar ni derramar tan siquiera una lágrima. Luego el Unicornio pateó en el suelo con su casco, agitó sus crines y habló.

—Señor —dijo—. Ya no tenemos necesidad de celebrar consejo. Entendemos que los planes del Mono calaban más hondo de lo que jamás soñamos. No hay duda que llevaba largo tiempo en tratos secretos con el Tisroc y, tan pronto encontró la piel de león, le mandó decir que tuviera preparada su armada para invadir Cair Paravel y toda Narnia. Lo único que nos resta a nosotros siete es volver al Cerro del Establo, proclamar la verdad, y aceptar la prueba que Aslan nos envía. Y si acaso, por un gran prodigio, vencemos a esos treinta calormenes que acompañan al Mono, volveremos acá otra vez y moriremos en la batalla contra las huestes enemigas que pronto saldrán de Cair Paravel.

Tirian movió la cabeza, asintiendo. Mas se volvió a los niños y dijo:

—Amigos, es hora que ustedes se vayan de aquí a su propio mundo. Sin duda han hecho todo lo que tenían que hacer.

—Pe..., pero no hemos hecho nada —balbuceó Jill, estremeciéndose, no exactamente de miedo, sino porque todo era tan horrible.

—No —dijo el Rey—, ustedes me desataron del árbol; tú te deslizaste furtivamente como una serpiente delante de mí anoche en el bosque y trajiste a Cándido; y tú, Eustaquio, mataste a tu enemigo. Pero son demasiado jóvenes para compartir un fin tan sangriento como el que nosotros debemos enfrentar esta noche o, quizá, dentro de tres días más. Les suplico..., no, se los ordeno... que vuelvan a su patria. Me cubriría de vergüenza si permito que dos guerreros tan jóvenes caigan en la batalla a mi lado.

—No, no, no —protestó Jill (muy pálida al comenzar a hablar y luego, súbitamente, muy encendida y después blanca otra vez)—. No nos iremos, y no me importa lo que digas. No nos separaremos de ti pase lo que pase, ¿no es cierto, Eustaquio?

—Sí, pero no hay para qué exaltarse tanto —respondió Eustaquio, que había hundido las manos en sus bolsillos (olvidando lo raro que te ves así cuando usas una camisa de malla)—. Porque, ya ves, no tenemos otra alternativa. ¿Qué sacamos con hablar de regresar? ¿Cómo? ¡No tenemos magia para hacerlo!

Lo que dijo era de muy buen sentido pero, de momento, Jill aborreció

a Eustaquio por decirlo. Era muy aficionado a mostrarse tremendamente flemático cuando otra persona se emocionaba.

Cuando Tirian comprendió que los dos extranjeros no podían volver a casa (a menos que Aslan los hiciera desaparecer repentinamente), quiso que entonces se fueran a Archenland cruzando las montañas del sur, pues allí podrían quizás estar a salvo. Pero ellos no sabían el camino y no había a quién mandar para guiarlos. Además, como dijo Poggin, una vez que los calormenes hubieran conquistado Narnia seguramente tomarían Archenland en un par de semanas: el Tisroc siempre quiso que ambos países norteños fueran suyos. Al final, Eustaquio y Jill rogaron con tal ahínco que Tirian dijo que podían ir con él y enfrentarse al peligro, o, como él lo llamaba mucho más sensatamente, "la prueba que Aslan les enviara".

La primera idea del Rey era que no volvieran al Cerro del Establo —les enfermaba su solo nombre— hasta que estuviera oscuro. Pero el Enano les dijo que si llegaban allí de día probablemente encontrarían el lugar desierto, o a lo más a algún centinela calormene. Las Bestias estaban demasiado asustadas por lo que el Mono y Jengibre les decían sobre este nuevo Aslan furioso —o Tashlan— como para acercarse cuando no eran convocados a aquellas horribles reuniones a medianoche. Y los calormenes no eran aficionados a andar por los bosques. Poggin opinaba que, incluso, de día podrían fácilmente llegar a alguna parte detrás del establo sin ser vistos. Esto sería mucho más difícil a la caída de la noche, cuando el Mono podría estar congregando a las Bestias y todos los calormenes estarían de servicio. Y cuando comenzara la reunión podrían dejar a Cándido detrás del establo, sin que nadie lo pudiera ver, hasta el momento en que ellos quisieran presentarlo. Esto era evidentemente lo mejor: pues la única oportunidad que tenían era tomar a los narnianos por sorpresa.

Todos estuvieron de acuerdo y el grupo se puso en marcha con un nuevo rumbo, noroeste, en dirección al aborrecido Cerro. A veces el Aguila volaba de aquí para allá por encima de ellos, a veces se posaba sobre el lomo de Cándido. Nadie, ni siquiera el Rey, salvo en alguna gran emergencia, habría soñado en montar el Unicornio.

Esta vez Jill y Eustaquio caminaban juntos. Se habían sentido muy valientes cuando habían rogado que les permitieran ir con los demás, pero ahora no se sentían valientes ni en lo más mínimo.

—Pole —dijo Eustaquio en un susurro—. Tengo que decirte que siento un nudo en el estómago.

—Tú no tienes problemas, Scrubb —replicó Jill—. Tú sabes pelear. Pero yo..., yo estoy temblando, si quieres saber la verdad.

—¡Ah!, temblar no es nada —dijo Eustaquio—. Yo siento que voy a

vomitar.

—No digas esas cosas, por todos los cielos —exclamó Jill.

Continuaron en silencio por un par de minutos.

—Pole —dijo Eustaquio de pronto.

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Qué pasará si nos matan aquí?

—Bueno, nos moriremos, supongo.

—Sí, pero quiero decir ¿qué pasará en nuestro mundo? ¿Despertaremos y nos encontraremos de vuelta en el tren? ¿O desapareceremos sin más y jamás se sabrá de nosotros? ¿O moriremos en Inglaterra?

—¡Qué atroz! Nunca pensé en eso.

—¡Les parecerá tan raro a Pedro y a los demás si nos ven haciéndoles señas desde la ventana y luego cuando llega el tren, no hay nadie! O si encuentran dos..., quiero decir, si nos morimos allá en Inglaterra.

—¡Uf! —exclamó Jill—. Qué idea tan horrorosa.

—No sería horrorosa para *nosotros* —contestó Eustaquio—. *Nosotros* no estaríamos ahí.

—Casi me gustaría..., no, no me gustaría; sin embargo... —dijo Jill.

—¿Qué ibas a decir?

—Iba a decir que me gustaría que no hubiéramos venido. Pero no me gustaría, no me gustaría, no me gustaría. Aunque nos maten. Prefiero morir peleando por Narnia que hacerme vieja y ponerme estúpida en mi casa y tal vez andar en silla de ruedas y terminar muriéndome igual.

—¡O morir en un accidente en los ferrocarriles británicos!

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, cuando sentimos ese espantoso sacudón, el que parece que nos arrojó en Narnia, pensé que *era* el comienzo de un accidente de tren. Por eso me alegré tanto de que en cambio nos encontráramos aquí.

Mientras Jill y Eustaquio conversaban así, los otros discutían sus planes y empezaban a sentirse menos abatidos. Era porque ahora iban pensando en lo que debían hacer esa misma noche y el recuerdo de lo que había pasado en Narnia, el recuerdo de que toda su gloria y sus alegrías habían terminado, había sido relegado al fondo de sus mentes. En cuanto dejaran de hablar podría volver otra vez y hacerlos sentirse desdichados nuevamente; y seguían hablando. En realidad, Poggin estaba muy contento con la labor que habían de cumplir esa noche. Estaba cierto de que el Jabalí y el Oso, y tal vez todos los Perros, se pondrían de su parte inmediatamente. Y no podía creer que los demás Enanos permanecieran fieles a Griffle. Y luchar a la luz del fuego, entrando y saliendo de en medio de los árboles, sería una ventaja para el bando más débil. Y entonces, si lograban vencer esta noche ¿era realmente necesario sacrificar sus vidas enfrentando al poderoso ejército calormene unos días más tarde?

¿Por qué no ocultarse en los bosques, o incluso allá en el Yermo del Oeste detrás de la gran catarata y quedarse viviendo allí como proscritos? Y gradualmente se irían fortaleciendo, porque las Bestias que Hablan y los archenlandeses se les irían uniendo día a día. Y al fin saldrían de su escondite y barrerían a los calormenes (que para ese entonces se habrían vuelto descuidados) del territorio y Narnia resucitaría. ¡Después de todo, sería algo muy semejante a lo que había sucedido en los tiempos del Rey Miraz!

Tirian escuchó todo y pensó: “Pero ¿y Tash?” y sintió dentro de sí el presentimiento de que nada de esto iba a ocurrir. Pero no lo dijo.

Claro que al acercarse al Cerro del Establo todos callaron. Y entonces empezó la parte verdaderamente delicada del asunto. Desde el momento en que divisaron por vez primera el Cerro hasta el momento en que llegaron a la parte de atrás del Establo, demoraron casi dos horas. Es algo que no se puede describir en forma apropiada a menos que escribiera páginas de páginas sobre el tema. Ir de cualquier lugar donde estaban a cubierto al próximo era una aventura aparte, y hubo largas esperas entremedio, y varias falsas alarmas. Si eres un buen Scout o una buena Guía, entenderás muy bien lo que era eso. Al acercarse el ocaso, se encontraban todos a salvo en medio de un grupo de acebos a unos quince metros detrás del Establo. Mordisquearon unas pocas galletas y se tendieron.

Luego vino la parte peor, la espera. Por suerte para los niños, ellos pudieron dormir un par de horas, pero despertaron, por supuesto, cuando la noche empezó a enfriar, y lo que es peor, despertaron muertos de sed y sin la menor posibilidad de beber algo. Cándido permanecía de pie, tiritando un poco de nerviosidad, sin decir nada. Mas Tirian, con su cabeza apoyada en el anca de Alhaja, durmió profundamente, como si hubiese estado en su real lecho en Cair Paravel, hasta que el sonar de un gong lo despertó y se sentó y vio que había una fogata al otro lado del Establo y comprendió que había llegado la hora.

—Bésame, Alhaja —dijo—. Pues estoy seguro de que esta es nuestra última noche sobre la tierra. Y si alguna vez te ofendí en algo importante o en algo insignificante, perdóname.

—Querido Rey —dijo el Unicornio—, casi desearía que lo hubieras hecho, para así poder perdonarte. Adiós. Hemos conocido grandes alegrías juntos. Si Aslan me diera a escoger, no elegiría otra vida distinta de la vida que he llevado ni otra muerte que la que vamos a tener.

Después despertaron a Largavista, que dormía con su cabeza bajo el ala (lo que lo hacía parecer como si no tuviese cabeza), y se arrastraron hasta el Establo. Dejaron a Cándido (no sin decirle una palabra amable, pues nadie estaba enojado con él ahora) justo detrás de él, con instrucciones de que no se moviera hasta que alguien viniera a buscarlo, y tornaron su posición a un extremo del Establo.

La fogata, recién encendida, comenzaba a arder. Estaba a sólo unos escasos pasos de ellos, y las innumerables criaturas narnianas se encontraban al otro lado del fuego, de modo que al principio Tirian no pudo verlas bien, aunque claro que vio decenas de ojos brillando con el reflejo del fuego, como habrás visto los ojos de un conejo o de un gato brillar con las luces delanteras de un auto. Y justo cuando Tirian se colocó en su lugar, el gong dejó de golpear y de alguna parte a su izquierda aparecieron tres siluetas. Una era Rishda Tarkaan, el capitán calormene.

La segunda era el Mono. El Tarkaan lo llevaba tomado de la mano y el Mono no cesaba de gemir y refunfuñar: “No tan rápido, no vayas tan rápido, no me siendo nada de bien. ¡Ah, mi pobre cabeza! ¡Estas reuniones a medianoche me están matando! Los Monos no estamos habituados a la vida nocturna; no es como si yo fuera una rata o un murciélago..., ¡ah, mi pobre cabeza!“ Al otro lado del Mono, caminando suave y majestuosamente, con su cola parada al aire, iba el Gato Jengibre. Se dirigían a la fogata y pasaron tan cerca de Tirian que habrían podido verlo de inmediato si hubieran mirado en la dirección correcta. Afortunadamente no lo hicieron. Pero Tirian oyó a Rishda decir a Jengibre en voz baja:

—Ahora, Gato, a tu puesto. Trata de interpretar bien tu papel.

—Miau, miau. Cuenta conmigo —repuso Jengibre.

Y se fue más allá de la fogata y se sentó en la fila delantera de la asamblea de Bestias; del auditorio, podrías decir.

Porque realmente, cómo ocurrió todo esto, era semejante a estar en un teatro. La multitud de narnianos era como la gente de la platea; el pequeño sitio cubierto de hierba frente al Establo, donde ardía el fuego y donde el Mono y el capitán se paraban para hablar a la gente, era como el escenario; el

Establo mismo era el decorado al fondo del proscenio; y Tirian y sus amigos, como esa gente que se asoma por detrás de las bambalinas. Era una posición espléndida. Si alguno de ellos daba un paso hacia adelante a la luz del fuego, todos los ojos se clavarían en él de inmediato; por otra parte, mientras permanecieran inmóviles a la sombra del final de la pared del establo, tenían cien posibilidades contra una de que notaran su presencia.

Rishda Tarkaan arrastró al Mono cerca del fuego. Ambos se volvieron de cara a la muchedumbre, y esto significó, por supuesto, que daban la espalda a Tirian y sus amigos.

—Ahora, Monicaco —dijo Rishda Tarkaan en voz baja—, di las palabras que cabezas más sabias que la tuya han puesto en tu boca. Y levanta la cara.

Mientras decía esto le dio al Mono un empujón o un puntapié por detrás.

—Déjame solo —musitó Truco. Pero se sentó más derecho y comenzó a decir, en voz más alta:

—Escúchenme, todos ustedes. Ha pasado algo terrible. Una cosa muy mala. Lo más atroz que se ha hecho en Narnia. Y Aslan...

—Tashlan, idiota —susurró Rishda Tarkaan.

—Tashlan, quiero decir, por supuesto —prosiguió el Mono—, está furioso.

Hubo un silencio tremendo en tanto las Bestias esperaban saber qué nuevas desgracias les aguardaban. El grupito al final del muro del Establo también contuvo el aliento. ¿Qué diablos iba a ocurrir ahora?

—Sí —continuó el Mono—. En este mismo instante, cuando el propio Temible está entre nosotros, allá en el Establo justo detrás de mí, una perversa Bestia ha preferido hacer lo que ustedes creerían que nadie osaría hacer, incluso si El estuviera a miles de kilómetros de distancia. Se ha disfrazado con una piel de león y se pasea por estos mismos bosques simulando ser Aslan.

Jill se preguntó por un momento si el Mono se había vuelto loco. ¿Iría a decir toda la verdad? Un rugido de horror y rabia resonó entre las Bestias.

—Grrr —gruñían—. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¡Deja que le incruste mis dientes!

—Lo vieron anoche —gritó el Mono—, pero escapó. ¡Es un burro! ¡Un

miserable y vulgar Asno! Si alguno de ustedes ve a ese Asno...

—¡Grrr! —gruñeron las Bestias—. Lo encontraremos, lo encontraremos. Más le vale no cruzarse por nuestro camino.

Jill miró al Rey: tenía la boca abierta y en su cara una expresión de horror. Y entonces ella comprendió el diabólico ingenio del plan de sus enemigos. Juntando un poco de verdad a su mentira, habían conseguido hacer mucho más fuerte su engaño. ¿De qué les valdría, ahora, decir a las Bestias que un asno había sido disfrazado de león para engañarlos? Sólo conseguirían que el Mono dijera: “Tal como les dije”. ¿Qué ganaban con mostrarles a Cándido en su piel de león? Sólo que lo hicieran pedazos. “Nos liquidaron”, murmuró Eustaquio. “Nos ganaron el quien vive”, dijo Tirian. “¡Maldito, maldito ingenio!“, exclamó Poggin. “Apostaría a que esta nueva mentira es invento de Jengibre”.

X
¿QUIEN ENTRARA AL ESTABLO?

Jill sintió que algo le hacía cosquillas en la oreja. Era Alhaja, el Unicornio, susurrándole algo con el amplio susurro de un hocico de caballo. Apenas oyó lo que decía, ella asintió con la cabeza y volvió en punta de pies hasta el lugar donde se encontraba Cándido. Rápidamente y sin hacer ruido cortó las últimas cuerdas que ataban a él la piel de león. ¡No sería nada de bueno para él que lo cogieran con eso puesto, después de lo que había dicho el Mono! Le habría gustado poder esconder la piel en algún lugar lejano, pero era demasiado pesada. Lo mejor que pudo hacer fue enviarla de un puntapié en medio de los arbustos más espesos. Luego hizo señas a Cándido para que la siguiera y juntos se reunieron con los demás.

El Mono estaba hablando nuevamente.

—Y después de una cosa tan horrible, Aslan..., Tashlan... está más enojado que nunca. Dice que ha sido demasiado bondadoso con ustedes, ¡saliendo cada noche para que lo miren, habráse visto! Y bien, no volverá a salir nunca más.

Berridos, maullidos, chillidos y gruñidos fueron la respuesta de los Animales a estas palabras, pero repentinamente una voz muy diferente rompió en una pesada carcajada.

—¡Qué cosas dice el monicaco ese! —gritó alguien—. Sabemos por qué no va a traer a su precioso Aslan para afuera. Yo les diré por qué: porque no lo tiene. Nunca tuvo más que un viejo burro con una piel de león en el lomo. Ahora ha perdido eso y no sabe qué hacer.

Tirian no alcanzaba a ver claramente las caras que estaban al otro lado del fuego, pero supuso que sería Griffle, el Enano jefe. Y tuvo la plena certeza cuando, un segundo más tarde, las voces de todos los Enanos se le unían, cantando:

—¡No sabe qué hacer! ¡No sabe qué hacer! ¡No sabe qué hacer-e-e-er!

—¡Silencio! —tronó Rishda Tarkaan—. ¡Silencio, hijos del barro! Escúchenme todos los demás narnianos, o si no ordenaré a mis guerreros que caigan sobre ustedes con el filo de sus espadas. El señor Truco ya les ha dicho lo de aquel perverso Asno. ¿Piensan por su culpa que no hay un *verdadero* Tashlan en el Establo? ¿Lo creen así? Tengan cuidado, tengan cuidado.

—No, no —gritó la mayoría de la muchedumbre. Pero los Enanos dijeron:

—Tienes razón, Negrito, diste en el clavo. Ea, Monicaco, muéstranos lo que hay en el Establo; ver para creer.

Cuando por fin hubo un momento de silencio, el Mono dijo:

—Ustedes Enanos se creen muy inteligentes, ¿no es cierto? Pero no vayan tan de prisa. Yo jamás dije que no podían ver a Tashlan. El que quiera puede verlo.

Toda la asamblea guardó silencio. Luego, al cabo de casi un minuto, el Oso comenzó a decir, con una lenta, perpleja voz:

—Yo no entiendo muy bien todo esto —se quejó—, pensé que habías dicho...

—¡*Pensaste*! —repitió el Mono—. Como si alguien pudiera llamar *pensar* a eso que pasa por tu cabeza. Escúchenme los demás. Cualquiera puede ver a Tashlan. Pero él no va a salir. *Ustedes* tienen que entrar a verlo.

—¡Oh, gracias, gracias, gracias! —dijeron decenas de voces—. ¡Eso es lo que queríamos! Podemos entrar y verlo cara a cara. Y ahora va a ser bondadoso y todo será como siempre ha sido.

Y los Pájaros parloteaban, y los Perros ladraban excitados. Súbitamente hubo una gran conmoción y una batahola de criaturas que se ponían de pie, y en un segundo el grupo entero se habría precipitado y entrado, todo el gentío, por la puerta del Establo. Pero el Mono gritó:

—¡Regresen! ¡Tranquilos! ¡No se apuren tanto!

Las Bestias se detuvieron, muchas con una pata en el aire, muchas moviendo la cola, y todas con sus cabezas ladeadas.

—Pensé que habías dicho —comenzó el Oso, pero Truco lo interrumpió.

—Todos pueden entrar —dijo—. Pero uno por uno. ¿Quién irá primero? El no ha dicho que fuera a portarse muy amable. Se ha estado lamiendo mucho los labios desde que se tragó al malvado Rey la otra noche. Ha gruñido bastante esta mañana. Yo personalmente no tengo nada de ganas de entrar al Establo esta noche. Pero hagan lo que quieran. ¿Quién quiere entrar primero? No me culpen a mí si se los traga enteros o los hace cenizas con el mero terror de su mirada. Es asunto de ustedes. ¡Ya, pues! ¿Quién primero? ¿Acaso alguno de los Enanos?

—¡Corran, corran, vengan a que los maten! —se burló Griffle—. ¿Cómo sabremos qué tienes ahí adentro?

—¡Ajá! —gritó el Mono—. ¿De modo que comienzas a creer que hay *algo* ahí, eh? Bueno, todas ustedes, Bestias, hacían mucho ruido hace un minuto. ¿Qué las ha enmudecido repentinamente? ¿Quién va a entrar primero?

Pero todas las Bestias se quedaron mirándose unas a otras y principiaron a alejarse del Establo. Se movían muy pocas colas ahora. El Mono se contoneaba de acá para allá, mofándose de ellas.

—¡Ja, ja, ja! —reía entre dientes—. ¡Pensé que tenían ansias de ver a Tashlan cara a cara! Cambiaron de opinión, ¿eh?

Tirian inclinó la cabeza para oír algo que Jill trataba de susurrar en su oído. "¿Qué piensas que habrá realmente dentro del Establo?", dijo ella. "Quién sabe"; dijo Tirian.

"Dos calormenes con sus espadas desenvainadas, lo más probable, uno a cada lado de la puerta". "¿No crees —preguntó Jill— que podría ser..., ya sabes..., esa cosa horrorosa que vimos?" "¿El propio Tash?" —susurró Tirian— "Quién sabe. Pero, valor, niña: estamos todos en las patas del verdadero Aslan".

Entonces sucedió lo más sorprendente. El Gato Jengibre dijo con voz fría y clara, sin mostrar ninguna emoción: "Yo iré, si quieren".

Todas las criaturas se volvieron y clavaron sus ojos en el Gato.

—Observa su astucia, Señor —dijo Poggin al Rey—. Este maldito gato está en el complot, en el centro de él. Lo que sea que haya en el Establo no le hará daño a él. Te lo apuesto. Luego Jengibre saldrá y dirá que ha visto algo maravilloso.

Pero Tirian no tuvo tiempo de contestarle. El Mono llamaba al Gato adelante.

—¡Ajá! —exclamó el Mono—, de modo que tú, un minino impertinente, vas a verlo a El cara a cara. ¡Entra, entonces! Te abriré la puerta. No me culpes si El te arranca los bigotes. Es problema tuyo.

Y el Gato se paró y dejó su lugar en medio de la multitud caminando remilgada y elegantemente, con su cola al aire; ni un solo pelo de su lustrosa piel estaba fuera de su lugar. Se adelantó hasta cruzar al otro lado de la fogata y pasó tan cerca, que Tirian, desde donde se encontraba con su hombro apoyado contra el final de la muralla del Establo, pudo mirarlo derecho a la cara. Sus grandes ojos verdes no parpadeaban siquiera. ("Fresco como un pepino", susurró Eustaquio. "El sabe que no tiene nada que temer"). El Mono, riendo sardónicamente y haciendo morisquetas, caminó arrastrando los pies al

lado del Gato; levantó la mano, sacó el pestillo y abrió la puerta. Tirian pensó que podía oír al Gato ronronear a medida que avanzaba hacia la oscura puerta de entrada.

—¡Aiii-aii-auuu!...

El más espantoso chillido que hayas escuchado jamás hizo que todos saltaran. A ti te han despertado gatos peleando o enamorando arriba de los tejados en medio de la noche: tú conoces ese sonido.

Este fue peor. El Mono quedó patas arriba al chocar con Jengibre, que salía del Establo a toda velocidad. Si no supieras que era un gato, habrías pensado que era un relámpago color rojizo. Cruzó disparado el claro de pasto, de vuelta en medio de la multitud. A nadie le gusta encontrarse con un Gato en ese estado. Podías ver como los animales se apartaban de su camino, a izquierda y a derecha. Se trepó a un árbol, moviéndose con gran rapidez, y se quedó colgando cabeza abajo. Su cola estaba tan erizada que parecía del mismo grosor de su cuerpo; sus ojos semejaban platillos de fuego verde; a lo largo de su lomo cada uno de sus pelos estaba parado.

—Daría lo que más quiero —murmuró Poggin— por saber si ese bruto está simplemente actuando o si realmente encontró algo ahí que lo ha aterrorizado.

—Calma, amigo —dijo Tirian, pues el capitán y el Mono también estaban susurrando y él quería escuchar lo que decían. No tuvo éxito, salvo que escuchó una vez más al Mono quejarse: “Mi cabeza, mi cabeza”, pero tuvo la impresión que aquellos dos estaban casi más asombrados que él con el comportamiento del gato.

—Basta, Jengibre —dijo el capitán—. Basta de tanto barullo. Diles lo que has visto.

—aau... aauua —aulló el Gato.

—¿No se les llama a ustedes Bestias que *Hablan*? —preguntó el capitán—. Entonces acaba con ese endemoniado ruido y habla.

Lo que vino a continuación fue sumamente horripilante. Tirian tuvo la plena seguridad (igual que los demás) que el Gato trataba de decir algo: pero de su boca no salía nada, excepto los ordinarios y feos ruidos gatunos que puedes escuchar hacer, cuando está enojado o asustado, a cualquier viejo Tom en un patio de Inglaterra. Y mientras más chillaba menos parecía una Bestia que Habla. Inquietos gimoteos y cortos y agudos chillidos estallaron en medio de los otros Animales.

—¡Miren, miren! —dijo la voz del Jabalí—. No puede hablar. ¡Se ha

olvidado de hablar! Ha vuelto a ser una bestia muda. Miren su cara.

Todos pudieron comprobar que era cierto. Y entonces el terror más inconmensurable se apoderó de esos narnianos. Pues a cada uno de ellos se les había enseñado, cuando eran nada más que un pollito o un perrito o un cachorro, que Aslan al comienzo del mundo había hecho de las bestias de Narnia Bestias que Hablan y les había advertido que si no eran buenas podrían algún día volver atrás nuevamente a ser como los pobres animales sin inteligencia que uno encuentra en otros países. “Y ahora se está cumpliendo”, gimieron.

—¡Misericordia! ¡Misericordia! —suplicaban las Bestias—. Ten compasión de nosotros, señor Truco, intercede por nosotros ante Aslan, tienes que ir a hablarle por nosotros. No nos atrevemos, no nos atrevemos.

Jengibre desapareció en lo alto del árbol. Nadie volvió a verlo nunca más.

Tirian permanecía con la mano en la empuñadura de su espada y su cabeza ladeada. Se sentía aturdido con el horror de aquella noche. A veces pensaba que sería mejor sacar la espada al instante y cargar sobre los calormenes; pero al momento siguiente pensaba que sería mejor esperar y ver qué nuevo giro tomaban los acontecimientos. Y el nuevo giro no se hizo esperar.

—Padre mío —dijo una voz clara y resonante que venía de la izquierda de la muchedumbre.

Tirian supo de inmediato que el que hablaba era uno de los calormenes, ya que en el ejército del Tisroc los soldados rasos llaman a los oficiales “Mi Amo”, pero los oficiales llaman a sus oficiales superiores “Padre mío”. Jill y Eustaquio no lo sabían, pero después de mirar a todos lados vieron al que habló, porque por supuesto la gente que estaba a los lados era más fácil de ver que la gente del medio donde el resplandor del fuego oscurecía todo lo que se encontraba detrás. Era joven y alto y esbelto, y bastante buenmozo dentro del estilo oscuro y altanero de los calormenes.

—Padre mío —le dijo al capitán—. Yo también deseo entrar.

—Calla, Emeth —respondió el capitán—. ¿Quién te ha pedido tu opinión? ¿De cuándo acá un muchacho puede hablar en un consejo?

—Padre mío —dijo Emeth—. Es cierto que soy más joven que tú, pero soy también de sangre de Tarkaanes como tú, y también soy un siervo de Tash. Por lo tanto...

—Silencio —dijo Rishda Tarkaan—. ¿No soy tu capitán? No tienes

nada que ver con este Establo. Es para los narnianos.

—No, Padre mío —contestó Emeth—. Tú has dicho que el Aslan de ellos y nuestro Tash eran uno solo. Y si eso es verdad, entonces es Tash el que está allá adentro. Y entonces, ¿cómo dices que yo no tengo nada que ver con El? Si yo moriría con gusto miles de muertes si puedo ver por una vez la cara de Tash.

—Eres un idiota y no entiendes nada —replicó Rishda Tarkaan—. Estos son asuntos delicados.

El rostro de Emeth mostró una expresión más obstinada.

—¿Entonces no es verdad que Tash y Aslan son uno solo? —preguntó —. ¿El Mono nos ha mentido?

—Por supuesto que son uno solo —dijo el Mono.

—Júralo, Mono —dijo Emeth.

—¡Hasta cuando! —se quejó Truco—. Ojalá dejaran de molestarme. ¿No ven que me duele la cabeza? Sí, sí, lo juro.

—Entonces, Padre mío —dijo Emeth—, estoy absolutamente decidido a entrar.

—Imbécil —empezó a decir Rishda Tarkaan, pero en ese mismo momento los Enanos comenzaron a gritar:

—Vamos, Negrito. ¿Por qué no lo dejas entrar? ¿Por qué permites entrar a los narnianos y dejas a tu propia gente afuera? ¿Qué tienes ahí dentro que no quieres que lo vean tus propios hombres?

Tirian y sus amigos podían ver sólo la espalda de Rishda Tarkaan, de manera que jamás supieron cuál fue la expresión de su cara cuando se encogió de hombros y dijo:

—Todos son testigos de que yo soy inocente de la sangre de este joven idiota. Entra, muchacho imprudente, y date prisa.

Entonces, tal como había hecho Jengibre, Emeth se encaminó hacia la ancha franja de hierba entre la fogata y el Establo. Sus ojos brillaban, su rostro estaba muy serio, tenía la mano apoyada en el puño de su espada, y llevaba la cabeza erguida. Jill casi se puso a llorar cuando miró su cara. Y Alhaja susurró en el oído del Rey: “Por la Melena del León, casi siento cariño por este joven guerrero, aunque sea calormene. Se merece un dios mejor que Tash”.

—Me gustaría tanto saber lo que hay realmente ahí dentro —dijo Eustaquio.

Emeth abrió la puerta y entró a la negra boca del Establo. Cerró la puerta detrás de él. Pasaron sólo unos pocos momentos, pero que parecieron mucho más largos, antes de que la puerta se abriera nuevamente. Una figura con armadura calormene salió con paso vacilante, cayó de espaldas y quedó inmóvil; la puerta se cerró detrás suyo. El capitán dio un salto hacia adelante y se inclinó a mirar su cara. Hizo un gesto de sorpresa. Luego se recuperó y volviéndose hacia la multitud, gritó:

—El muchacho imprudente ha cumplido su voluntad. Ha mirado a Tash y ha muerto. Que les sirva de advertencia a todos ustedes.

—Nos servirá, nos servirá —dijeron las pobres Bestias.

Mas Tirian y sus amigos contemplaron primero al calormene muerto y luego se miraron unos a otros. Porque ellos, como estaban tan cerca, pudieron ver lo que la multitud, que se encontraba muy alejada y detrás del fuego, no pudo ver: este hombre muerto no era Emeth. Era muy distinto: un hombre más viejo, más robusto y no tan alto, con una larga barba.

—Jo, jo, jo —rió el Mono burlonamente—. ¿Alguien más? ¿Nadie quiere entrar? Bueno, como son tan tímidos, yo escogeré al próximo. ¡Tú, tú Jabalí! Ven para acá. Tráiganlo, calormenes. El *verá* a Tash cara a cara.

—Animo —gruñó el Jabalí, levantándose pesadamente—. Vengan, pues. Prueben mis colmillos.

Cuando Tirian vio a aquel valiente Jabalí dispuesto a luchar por su vida, y a los soldados calormenes cercándolo con sus cimitarras desenvainadas, y vio que nadie iba en su ayuda, algo pareció estallar dentro de él. No le importó más si era el mejor momento para intervenir o no.

—Afuera las espadas —susurró a los otros—. La flecha en el arco. Síganme.

En seguida, los atónitos narnianos vieron siete personajes que se lanzaban hacia adelante frente al Establo, cuatro de ellos vestidos con relucientes mallas. La espada del Rey relampagueaba a la luz del fuego al blandirla por sobre su cabeza, mientras gritaba con voz potente:

—Aquí estoy yo, Tirian de Narnia, en el nombre de Aslan, para probar personalmente que Tash es un pestilente demonio, el Mono un consumado traidor, y que estos calormenes merecen la muerte. Pónganse a mi lado todos los verdaderos narnianos. ¿Van a esperar hasta que sus nuevos amos los hayan matado uno tras otro?

XI
SE ACELERA EL PASO

Rápido como un relámpago, Rishda Tarkaan dio un brinco hacia atrás esquivando la espada del Rey. No era un cobarde y hubiera peleado con una sola mano contra Tirian y el Enano si fuere necesario. Pero no podía medirse con el Aguila y el Unicornio al mismo tiempo. Sabía que las Aguilas podían volar encima de tu cara y picotearte un ojo y cegarte con sus alas. Y le había oído a su padre (quien se había batido con los narnianos en la guerra) que ningún hombre, excepto si está aperado de flechas o de una lanza larga, puede enfrentar a un Unicornio, pues éste se para en sus patas traseras cuando te ataca y entonces tienes que vértelas con sus cascos y su cuerno y sus dientes, todo al mismo tiempo. Por tanto, se precipitó en medio de la muchedumbre y allí se detuvo, gritando:

—A mí, a mí, guerreros del Tisroc, que viva para siempre. ¡A mí, todos los narnianos leales, si no queréis que la ira de Tashlan caiga sobre vosotros!

Mientras ocurría esto, otras dos cosas sucedían también. El Mono no captó el peligro que corría con la rapidez del Tarkaan. Durante un par de segundos permaneció en cuclillas junto al fuego mirando a los recién llegados. Luego Tirian se abalanzó sobre la pérfida criatura, la tomó por el cogote y se fue corriendo hacia el Establo gritando: “¡Abran la puerta!” Poggin la abrió. ¡Ve a tomar tu propia medicina, Truco!” —exclamó Tirian arrojando al Mono en medio de la oscuridad. Pero cuando el Enano cerraba de un portazo la puerta nuevamente, una enceguecedora luz azul verdosa brilló desde adentro del Establo, la tierra tembló, y se sintió un ruido extraño..., un cloqueo y un grito semejantes a la voz ronca de alguna ave monstruosa. Las Bestias gimieron y berrearon y gritaron: “¡Tashlan! ¡Escóndenos de él! “, y muchos se cayeron, y muchos ocultaron sus caras entre sus alas o garras. Nadie, aparte de Largavista, el Aguila, que tenía la mejor vista de todos los seres vivientes, advirtió la expresión del semblante de Rishda Tarkaan en ese momento. Y por lo que vio, Largavista supo de inmediato que Rishda estaba tan sorprendido, y casi tan aterrado, como cualquier otro. “He aquí uno”, pensó Largavista, “que ha invocado dioses en los cuales no cree. ¿Qué va a ocurrirle si realmente han venido?”

La tercera cosa que sucedió también en ese mismo instante, fue lo único verdaderamente hermoso de esa noche. Cada uno de los Perros que Hablan presentes en esa asamblea (había quince) vino saltando y ladrando alegremente al lado del Rey. La mayoría eran enormes perros de anchos hombros y pesadas quijadas. Su venida fue como el romper de una inmensa ola sobre la playa; casi te botaba. Porque aunque eran Perros que Hablan eran igualmente tan aparatosos como cualquier perrito: y todos se pararon en sus cuartos traseros y pusieron sus patas delanteras sobre el hombro de los

humanos y les lamieron la cara, diciendo: “¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! Nosotros los ayudaremos, nosotros los ayudaremos, ayudaremos, ayudaremos. Dinos cómo podemos ayudar, dinos cómo, cómo. ¿Guau, guau, guau?”

Fue tan encantador que te daban ganas de llorar. Esta era, por fin, la clase de cosas que habían estado esperando. Y cuando un momento más tarde numerosos pequeños animalitos (ratones y topos y una ardilla o dos) vinieron con sus pasos ligeros, chillando de felicidad y diciendo: “Ves, ves, aquí estamos”, y cuando después de eso el Oso y el Jabalí vinieron también, Eustaquio empezó a creer que quizás, al fin y al cabo, todo iría a resultar bien. Mas Tirian dio una mirada a su alrededor y vio cuan poquísimos animales se habían movido.

—¡A mí!, ¡a mí! —llamó—. ¿Se han vuelto todos unos cobardes desde cuando yo era vuestro Rey?

—No nos atrevemos —gimotearon decenas de voces—. Tashlan se enojaría. Protégenos de Tashlan.

—¿Dónde están los Caballos que Hablan? —preguntó Tirian.

—Los hemos visto, los hemos visto —chillaron los Ratones—. El Mono los ha hecho trabajar. Están todos amarrados... allá abajo del cerro.

—Entonces ustedes, pequeñitos —dijo Tirian—, ustedes los mordedores y roedores y cascanueces, váyanse a todo correr y vean si los Caballos están de nuestra parte. Y si es así, entierren sus dientes en las sogas, róanlas hasta que los Caballos queden en libertad, y tráiganlos hasta aquí.

—Con todo gusto, señor —se escucharon las vocecitas y sacudiendo sus colas aquellas criaturas de mirada penetrante y dientes afilados se fueron corriendo. Tirian sonrió de puro amor cuando las vio alejarse. Pero ya era hora de pensar en otras cosas. Rishda Tarkaan estaba dando sus órdenes.

—Adelante —decía—. Cójanlos a todos vivos si es posible y arrójenlos dentro del Establo; o llévenlos hasta ahí. Cuando ya estén todos allí, le prenderemos fuego y haremos de ellos una ofrenda al gran dios Tash.

—¡Ah! —exclamó Largavista para sí mismo—. Así que de ese modo espera obtener el perdón de Tash por su incredulidad.

La línea enemiga, cerca de la mitad de las fuerzas de Rishda, ya estaba avanzando, y Tirian escasamente tuvo tiempo para darles sus órdenes a los suyos.

—Sal por la izquierda, Jill, y trata de disparar lo que más puedas antes de que nos alcancen. Jabalí y Oso junto a ella. Poggin a mi izquierda,

Eustaquio a mi derecha. Defiende el ala derecha, Alhaja. Quédate con él, Cándido, y usa tus cascos. Revolotea y golpea, Largavista. Ustedes, Perros, justo detrás de nosotros. Métanse en medio de ellos en cuanto empiecen a cruzarse las espadas. ¡Que Aslan nos ayude!

Eustaquio sentía que su corazón latía terriblemente, esperando y rogando portarse valiente. Jamás había visto algo (a pesar de haber visto un dragón y una serpiente de mar) que le helara la sangre tanto como ese destacamento de hombres de caras oscuras y ojos brillantes. Había quince calormenes, un Toro narniano que Habla, un Zorro llamado Sigiloso, y el Sátiro Wraggle. Luego escuchó a su izquierda tuang y zip y cayó un calormene; luego tuang y zip nuevamente y cayó el Sátiro. "¡Oh, muy bien, hija!", se oyó la voz de Tirian; y en seguida los enemigos se lanzaron sobre ellos.

Eustaquio no pudo recordar nunca lo que sucedió en los siguientes dos minutos. Fue todo como un sueño (ese tipo de sueño que tienes cuando estás con más de cuarenta de fiebre) hasta que oyó la voz de Rishda Tarkaan gritando desde la distancia:

—Retirarse. Vuelvan acá y reagrúpense.

Entonces Eustaquio volvió en sí y vio a los calormenes corriendo hacia donde estaban sus amigos. Pero no todos ellos. Dos yacían muertos, traspasados uno por el cuerno de Alhaja y otro por la espada de Tirian. El Zorro yacía muerto a sus propios pies, y se preguntaba si era él quien lo había matado. También estaba en el suelo el Toro, con una flecha de Jill en medio del ojo y con el costado herido por un colmillo del Jabalí. Pero nuestro bando también tenía sus pérdidas. Tres perros habían muerto y un cuarto cojeaba detrás del grupo, equilibrándose en tres patas y gimoteando. El Oso yacía por tierra, moviéndose débilmente. Luego refunfuñó entre dientes con su voz gutural, desconcertado a más no poder: "No..., no..., entiendo", dejó caer su enorme cabeza en el pasto tan tranquilamente como un niño que se va a dormir, y no se movió nunca más.

A decir verdad, el primer ataque había fracasado. Eustaquio no fue capaz de alegrarse por ello: tenía mucha sed y le dolía tanto el brazo.

Cuando los derrotados calormenes regresaron donde su comandante, los Enanos comenzaron a burlarse de ellos.

—¿Tienen suficiente ya, Negritos? —vociferaban—. ¿No les gustó? ¿Por qué vuestro gran Tarkaan no va a pelear él en persona en vez de mandarlos a ustedes para que los maten? ¡Pobres Negritos!

—Enanos —gritó Tirian—. Vengan aquí y usen sus espadas en lugar de sus lenguas. Todavía hay tiempo. ¡Enanos de Narnia! Yo sé que saben

pelear bien. Recobren su lealtad.

—¡Bah! —se burlaron los Enanos—. No tenemos confianza en ti. Tú eres sólo un farsante igual a todos los demás. No queremos más Reyes. Los Enanos con los Enanos. ¡Buuu!

Entonces comenzó a tocar el tambor: no el tambor de los Enanos esta vez, sino un gran tambor calormene de piel de toro. Los niños detestaron su sonido desde el principio. *Bum... bum... bababum*, sonaba. Pero lo habrían detestado muchísimo más si hubiesen sabido lo que significaba. Tirian sabía. Significaba que había otras tropas calormenes cerca en alguna parte y que Rishda Tarkaan las estaba llamando en su ayuda. Tirian y Alhaja se miraron uno al otro con tristeza. Justo habían comenzado a tener esperanzas de vencer esa noche; pero todo acabaría para ellos si aparecían nuevos enemigos.

Tirian miró a su alrededor con desesperación. Numerosos narnianos apoyaban a los calormenes ya fuera por traición o por simple miedo a "Tashlan". Otros se habían quedado sentados muy quietos, con los ojos fijos, sin decidirse a unirse a ningún bando. Pero había poquísimos animales ahora: la muchedumbre se había reducido enormemente. Era claro que muchos de ellos se habían ido cautelosamente en medio de la batalla.

Bum... bumm... bababum, continuaba sonando el horrible tambor. De pronto un nuevo sonido se mezcló a O. "¡Escuchen!", dijo Alhaja; y luego, "¡Miren!", dijo Largavista. Un momento después ya no cabía duda acerca de qué era. Con un tronar de cascos, sacudiendo sus cabezas, con las ventanillas de las narices dilatadas, y haciendo ondear sus crines, una veintena de Caballos que Hablan de Narnia venía cargando cerro arriba. Los roedores y los mordedores habían cumplido su misión.

El Enano Poggin y los niños abrieron sus bocas para vitorear, pero aquellos vítores jamás fueron dichos. Repentinamente el aire se Llenó de un zumbido de cuerdas de arcos y un silbar de flechas. Eran los Enanos los que disparaban y — por unos momentos Jill apenas daba crédito a sus ojos— disparaban contra los Caballos. Los Enanos son arqueros certeros. Caballo tras caballo fueron derribados. Ninguna de aquellas nobles Bestias alcanzó a llegar hasta el Rey.

—¡Canallas! —chilló Eustaquio, pataleando de ira—. ¡Bestiezuelas sucias, inmundas, traidoras!

Hasta Alhaja dijo: "¿Quieres que corra detrás de esos Enanos, señor, y ensarte a diez de ellos con mi cuerno a cada arremetida?" Mas Tirian, con su cara dura como la piedra, dijo: "Cálmate, Alhaja. Si vas a llorar, querida (esto a Jill) vuelve tu cara para otro lado y cuida de no mojar las cuerdas de tu arco. Y calla, Eustaquio. No regañes como una fregona. Los guerreros no regañan. Su único lenguaje es o las palabras corteses o los golpes rudos.

Pero los Enanos se burlaban de Eustaquio.

—Fue una sorpresa para ti, ¿no es cierto, muchachito? Creíste que estábamos de tu lado, ¿eh? Ni pensarlo. No queremos más Caballos que Hablan. No queremos que ni ustedes ni los otros ganen. No pueden engañarnos a *nosotros*. Los Enanos con los Enanos.

Rishda Tarkaan se encontraba todavía hablando a sus hombres, sin duda haciendo los planes para el próximo ataque y probablemente arrepentido de no haber mandado todas sus fuerzas al primero. El tambor sonaba siempre, bum, bum. Luego, para su espanto, Tirian y sus amigos escucharon, muy débil como si viniera de una gran distancia, otro tambor que respondía. Otro ejército de calormenes había oído la señal de Rishda y venía a apoyarlo. No habrías adivinado en el rostro de Tirian, que había ya perdido toda esperanza.

—Escuchen —murmuró con voz flemática—, hay que atacar ahora, antes que aquellos sinvergüenzas reciban refuerzos de sus amigos.

—Acuérdate, señor —opinó Poggin—, que aquí tenemos la buena muralla de madera del Establo a nuestras espaldas. Si avanzamos, ¿no será posible que nos rodeen y nos encontremos con puntas de espadas en medio del pecho?

—Yo diría lo mismo que tú, Enano —repuso Tirian—, si no fuera porque su plan es precisamente obligarnos a entrar al Establo. Lo más alejados que estemos de aquella mortal puerta, será mejor.

—El Rey tiene razón —dijo Largavista—. Apartémonos a cualquier precio de este maldito Establo, y del duende que lo habita.

—Sí, vámonos —dijo Eustaquio—. He llegado a odiar su sola vista.

—Bien —dijo Tirian—. Ahora miren allá a nuestra izquierda. Deben ver una gran roca que brilla como blanco mármol a la luz del fuego. Primero que nada atacaremos a esos calormenes. Tú, damisela, saldrás a nuestra izquierda y dispararás lo más rápido que puedas contra los soldados; y tú, Aguila, vuela a la derecha, directo a sus caras. Entretanto los demás cargaremos contra ellos. Cuando estemos tan cerca, Jill, que no puedas seguir disparándoles por miedo a herirnos a nosotros, regresa a la roca blanca y espera. Los otros, mantengan el oído atento, incluso en medio del combate. Tenemos que obligarlos a replegarse en pocos minutos o no lo lograremos, ya que somos menos que ellos. En cuanto yo grite “Atrás”, entonces hay que correr precipitadamente a reunirse con Jill en la roca blanca, donde tendremos protección a nuestras espaldas y donde podremos respirar un rato. Ahora, vete Jill.

Sintiéndose terriblemente sola, Jill corrió unos veinte metros, echó atrás su pierna derecha y adelantó la izquierda, y colocó una flecha en la cuerda. Hubiese querido que sus manos no temblaran tanto. “¡Ese fue un tiro pésimo!”, dijo cuando su primera flecha partió hacia el enemigo y voló por encima de sus cabezas. Pero ya tenía otra en la cuerda al segundo siguiente: sabía que era la rapidez lo que contaba. Vio algo grande y negro que se precipitaba a las caras de los calormenes. Era Largavista. Primero un hombre y luego otro soltaron su espada y ambos levantaron las manos para defender sus ojos. En seguida, una de sus propias flechas hirió a un hombre, y otra hirió a un lobo narniano que, al parecer, se había unido al enemigo. Pero llevaba apenas unos escasos segundos disparando cuando tuvo que detenerse. Con un centellear de espadas y de colmillos del Jabalí y del cuerno de Alhaja, y con fuertes ladridos de los perros, Tirian y su grupo atacaban a sus enemigos como si estuvieran corriendo una carrera de cien metros. Jill estaba asombrada de ver lo desprevenidos que parecían estar los calormenes No se daba cuenta de que esto era el resultado de su trabajo y el del Aguila. Muy pocas tropas pueden continuar mirando fijamente al frente si están recibiendo flechas en la cara por un lado y los picotea un Aguila por el otro.

—¡Oh, qué bien! ¡Pero qué bien! —gritó Jill.

El grupo del Rey se abría camino derecho en medio del enemigo. El Unicornio lanzaba hombres por el aire como tú podrías lanzar el heno con una horqueta. Hasta Eustaquio le pareció a Jill (que después de todo no sabía gran cosa sobre esgrima) que se batía brillantemente. Los Perros agarraban las gargantas de los calormenes. ¡Iba a resultar! Por fin lograban la victoria...

Con un horrible y frío terror Jill advirtió algo muy raro. A pesar de que los calormenes caían a cada golpe de espada narniano, nunca parecía disminuir su número. De hecho, eran actualmente más de los que había cuando empezó el combate. Eran más numerosos a cada segundo. Subían desde todos lados. Eran nuevos calormenes. Estos traían lanzas. Había tal cantidad de ellos, que Jill casi no podía ver a sus propios amigos. Entonces escuchó la voz de Tirian gritando:

—¡Atrás! ¡A la roca!

El enemigo había recibido refuerzos. El tambor había cumplido su tarea.

XII
POR LA PUERTA DEL ESTABLO

Jill ya debería estar de regreso en la roca blanca, pero en su emoción de presenciar la batalla olvidó esa parte de las órdenes. De pronto se acordó. Se volvió al instante y corrió hacia allá, y llegó escasamente un segundo antes que los demás. Por eso fue que, durante un momento, todos daban la espalda al enemigo. Se dieron media vuelta en cuanto llegaron a la roca. Sus ojos se encontraron con una escena terrible.

Un calormene corría hacia la puerta del Establo llevando algo que pateaba y forcejeaba. Cuando pasó entre ellos y el fuego pudieron ver claramente tanto la figura del hombre como la de lo que llevaba. Era Eustaquio.

Tirian y el Unicornio salieron corriendo a rescatarlo. Pero ya el calormene estaba más cerca de la puerta que ellos. Antes de que cubrieran la mitad de la distancia arrojó a Eustaquio adentro y cerró la puerta tras de él. Media docena más de calormenes había subido en pos de él. Se formaron en línea en el espacio abierto frente al Establo. No había posibilidad de acercarse ahora.

Hasta en esos momentos Jill se acordó de volver su cara hacia un lado, bien alejada de su arco.

—Aunque no pueda parar de lloriquear, no mojaré las cuerdas —dijo.

—Cuidado con las flechas —dijo de súbito Poggin.

Cada cual se puso su yelmo, encasquetándoselo hasta las narices. Los Perros se agazaparon detrás. Pero aunque les llegaron algunas flechas, pronto se hizo evidente que no les estaban apuntando a ellos. Griffle y sus Enanos practicaban arquería nuevamente. Esta vez disparaban con toda frialdad contra los calormenes.

—¡Sigan, muchachos! —se oyó gritar a Griffle—. Todos juntos. Con cuidado. No queremos Negritos, como tampoco queremos Monicacos, ni Leones, ni Reyes. Los Enanos con los Enanos.

Podrás decir muchas cosas de los Enanos, pero nadie puede decir que no son valientes. Podían haber huido fácilmente a algún lugar fuera de peligro. Prefirieron quedarse y matar los más que pudieran de ambos lados, excepto cuando ambos bandos eran suficientemente amables al evitarles la molestia matándose mutuamente. Querían que Narnia fuera sólo para ellos.

Lo que quizás no habían tomado en consideración era que los

calormenes vestían armadura y en cambio los Caballos no habían tenido ninguna protección. Además, los calormenes tenían su líder. Rishda Tarkaan gritaba con toda su voz:

—Treinta de ustedes vigilen a esos idiotas de la roca blanca. El resto, síganme, para que les enseñemos a estos hijos de la tierra una buena lección.

Tirian y sus amigos, jadeantes todavía por el combate y agradeciendo los escasos minutos de descanso, se pusieron de pie para mirar; en tanto, el Tarkaan dirigía a sus hombres contra los Enanos. El espectáculo era bastante extraño. El fuego había ido bajando; daba mucho menos luz, y de color rojo oscuro. Hasta donde uno alcanzaba a ver, todo el lugar de la asamblea se encontraba ahora vacío, ocupado tan sólo por los Enanos y los calormenes. Con aquella luz uno no podía darse cuenta claramente de lo que estaba ocurriendo. Parecía que los Enanos libraban una buena batalla. Tirian podía oír a Griffle lanzando palabrotas y al Tarkaan gritando de cuando en cuando: "¡Agarren a todos los que puedan vivos! ¡Agárrenlos vivos! "

Como quiera que se haya desarrollado ese combate, no duró mucho. El ruido se fue desvaneciendo. Entonces Jill vio que el Tarkaan regresaba al Establo: lo seguían once hombres, arrastrando a once Enanos atados. (Nunca se supo si los otros habían sido muertos o bien habían huido).

—Arrójenlos al santuario de Tash —ordenó Rishda Tarkaan.

Y después de que los once Enanos, uno tras otro, fueron empujados de un golpe o de un puntapié dentro de aquel negro portal y la puerta se cerró nuevamente, él hizo una profunda reverencia ante el Establo, diciendo:

—Estos también son para que ardan en ofrenda a ti, señor Tash.

Y todos los calormenes golpearon con fuerza sus escudos con la parte plana de sus espadas y gritaron: "¡Tash! ¡Tash! ¡El gran dios Tash! ¡Tash el inexorable!" (Ya no decían más tonterías acerca de "Tashlan" ahora).

Los del grupito que estaba junto a la roca blanca contemplaban estos acontecimientos y murmuraban entre ellos. Habían descubierto un hilillo de agua que bajaba por la piedra y todos habían bebido con ansias, Jill y Poggin y el Rey con sus manos, en tanto que los cuadrúpedos bebieron a lengüetadas en la pocita que se había formado al pie de la roca. Era tal su sed, que les pareció la más deliciosa bebida que habían tomado en toda su vida y mientras la bebían eran perfectamente felices y no podían pensar en nada más.

—No sé por qué tengo el presentimiento —dijo Poggin de que todos, uno por uno, atravesaremos esa puerta oscura antes de mañana. Puedo imaginar cien muertes que hubiera preferido a ésta.

—Realmente es una puerta siniestra —dijo Tirian—. Más parece una boca.

—¡Oh!, ¿no podemos hacer *algo* para acabar con esto? —exclamó Jill con voz temblorosa.

—Nada, leal amiga —dijo Alhaja, acariciándola suavemente con su nariz—. Puede que ésta sea para nosotros la puerta hacia el país de Aslan y que debamos cenar en su mesa esta noche.

Rishda Tarkaan volvió la espalda al Establo y caminó lentamente hasta pararse al frente de la roca blanca.

—Escuchad —dijo—. Si el Jabalí y los Perros y el Unicornio vienen a mí y se entregan a merced mía, perdonaré sus vidas. El Jabalí irá a una jaula en el jardín del Tisroc, los Perros a los caniles del Tisroc, y el Unicornio, una vez que le hayamos extirpado el cuerno, tirará un carro. Pero el Aguila, los niños y aquel que fue Rey, serán ofrendados a Tash esta noche.

Por respuesta sólo recibió gruñidos.

—A ellos, guerreros —dijo el Tarkaan—. Maten a las bestias, pero traigan a los de dos piernas con vida.

Y entonces comenzó la última batalla del último Rey de Narnia.

Lo que la hacía casi perdida, incluso aparte del número de enemigos, eran las lanzas. Los calormenes que habían apoyado al Mono desde el principio no tenían lanzas; eso se debía a que habían llegado a Narnia de a uno o de a dos, simulando ser pacíficos mercaderes y, por supuesto, no habían llevado sus lanzas, pues una lanza no es algo que puedas esconder así no más. Los de ahora debían haber llegado más tarde, después de que el Mono hubo afianzado su posición y ellos pudieron hacer su marcha abiertamente. Las lanzas marcaban toda la diferencia. Con una lanza larga tú puedes matar a un Jabalí antes de que éste te alcance con sus colmillos, y a un Unicornio antes de que te alcance su cuerno; siempre que seas extremadamente rápido y no pierdas la cabeza. Las rectas lanzas rodeaban ya a Tirian y a sus últimos amigos. Al minuto siguiente todos luchaban con desesperación.

Hasta cierto punto no fue tan terrible como podrías pensar. Cuando estás usando al máximo cada músculo, agachándote bajo una punta de lanza por aquí, dando un salto por allá, arremetiendo, retrocediendo, dándote vuelta, no te queda mucho tiempo para sentirte ni asustado ni apesadumbrado. Tirian sabía que ya no podía hacer nada por los demás; estaban todos perdidos. Vagamente vio al Jabalí caer a uno de sus costados, y a Alhaja que peleaba furiosamente al otro. Por el rabillo del ojo vio, pero solamente vio, a un enorme calormene que tiraba del pelo a Jill hacia alguna

parte. Pero apenas pensaba en cualquiera de estas cosas. Su único pensamiento era vender su vida lo más caro que pudiera. Lo peor de todo era que no podía mantener la posición en que había estado al comienzo bajo la roca blanca. Un hombre que pelea con una decena de enemigos al mismo tiempo debe arriesgarse cada vez que puede; debe atacar en cuanto ve a su enemigo bajar la guardia de su pecho o cuello. Unos pocos golpes pueden distanciarte considerablemente del sitio donde estabas al principio. Pronto Tirian se dio cuenta de que se alejaba más y más a la derecha, acercándose al Establo. Tenía una vaga idea en su mente de que había alguna buena razón para mantenerse apartado de allí. Pero ya no recordaba cuál era esa razón. Y como sea, no podía evitarlo.

De repente comprendió todo claramente. Se encontró combatiendo con el mismo Tarkaan. La fogata (lo que quedaba de ella) estaba justo al frente. De hecho se encontraba peleando en el propio portal del Establo, pues éste estaba abierto y dos calormenes sujetaban la puerta, listos para cerrarla de un portazo en cuanto él estuviese dentro. Ahora recordó todo, y se dio cuenta de que el enemigo lo había estado acercando al Establo a propósito desde el comienzo del combate. Y mientras pensaba esto, luchaba con el Tarkaan encarnizadamente.

Una nueva idea se le vino a la cabeza. Dejó caer su espada, se lanzó por debajo de la curva de la cimitarra del Tarkaan, cogió a su enemigo del cinturón con ambas manos, y saltó hacia atrás dentro del Establo, gritando:

—¡Ven para que conozcas tú también a Tash!

Hubo un ruido ensordecedor. Como cuando arrojaron dentro al Mono, la tierra tembló y brilló una luz enceguecedora.

Los soldados calormenes que se encontraban afuera aullaban, “¡Tash, Tash!” y cerraron de un portazo. Si Tash quería a su propio capitán, Tash lo tendría. Ellos por ningún motivo querían conocer a Tash.

Durante uno o dos segundos Tirian no supo dónde estaba ni siquiera quién era. Luego se calmó, parpadeó, y miró en rededor. No estaba oscuro dentro del Establo, como él esperaba. Había una luz muy fuerte; por eso había parpadeado.

Se volvió para mirar a Rishda Tarkaan, pero Rishda no lo miraba a él. Rishda dejó escapar un gran gemido y señaló algo; luego se tapó la cara con las manos y cayó de cabeza al suelo. Tirian miró en la dirección señalada por el Tarkaan. Y entonces comprendió.

Un personaje terrible se acercaba a ellos. Era mucho más bajo que lo que habían visto desde la Torre, aunque aún mucho más grande que un hombre, y era el mismo ser. Tenía cabeza de buitre y cuatro brazos. Su pico

estaba abierto y sus ojos centelleaban. Un graznido salió de su pico.

—Vos me habéis llamado a Narnia, Rishda Tarkaan. Aquí estoy. ¿Qué tenéis que decirme?

Pero el Tarkaan no levantó la cabeza del suelo ni dijo una sola palabra. Se estremeció como un hombre con un ataque de hipo. Era muy valiente en la batalla, pero la mitad de su valor lo había abandonado mucho antes esa noche cuando empezó a sospechar que podría existir un verdadero Tash. El resto lo acababa de abandonar ahora.

Con un súbito sacudón, como una gallina que se encorva para recoger una lombriz, Tash se abalanzó encima del desdichado Rishda y se lo puso debajo de sus dos brazos izquierdos. Después Tash volvió la cabeza hacia un lado para fijar en Tirian uno de sus feroces ojos, porque, por supuesto, teniendo cabeza de pájaro, no podía mirarte de frente.

Mas de inmediato, desde atrás de Tash, fuerte y serena como un mar de verano, una voz dijo:

—Fuera de aquí, Monstruo, y llévate tu legítima presa a tu propio reino: en el nombre de Aslan y del gran Padre de Aslan, el Emperador de más allá del mar.

La horrible criatura desapareció, llevando aún al Tarkaan bajo sus brazos. Y Tirian se dio vuelta para ver quién hablaba. Y lo que vio hizo que su corazón latiera como nunca latió en ningún combate.

Había siete Reyes y Reinas de pie ante él, todos con coronas sobre sus cabezas y vistiendo relucientes trajes, y los Reyes usaban las más finas mallas además y tenían en sus manos las espadas desenvainadas. Tirian hizo una cortés reverencia y se aprestaba a hablar cuando la más joven de las Reinas se echó a reír. El miró fijamente su rostro, y luego se quedó alelado de asombro al reconocerla. Era Jill, pero no la Jill que había visto la última vez con su cara toda suciedad y lágrimas y con un viejo vestido de algodón que casi se le caía de un hombro. Ahora se veía fresca y limpia, tan limpia como si viniera saliendo del baño. Y al principio le pareció que se veía mayor, pero luego pensó que no, y nunca pudo decidirse sobre este punto. Y después se dio cuenta de que el más joven de los Reyes era Eustaquio: pero él también había cambiado igual que Jill.

Tirian se sintió de repente muy incómodo de estar entre aquellas personas cubierto todavía con la sangre y polvo y sudor de la batalla. Al minuto siguiente se dio cuenta de que no se hallaba en absoluto en ese estado. Estaba fresco y limpio, y vestido con ropajes que habría usado para algún importante festín en Cair Paravel. (Pero en Narnia nunca la ropa elegante fue incómoda. Sabían hacer ropas que sentaban bien al mismo tiempo que lucían

hermosas; y no había cosas como almidón o franela o elástico en ningún rincón del país).

—Señor —dijo Jill, adelantándose y haciendo una graciosa reverencia —, déjame presentarte al gran Rey Pedro, el Rey sobre todos los Reyes de Narnia.

Tirian no tuvo necesidad de preguntar cuál era el gran Rey, pues recordaba su rostro (a pesar de que aquí se veía lejos mucho más noble), que había visto en sueños. Dio un paso adelante, hincó una rodilla en el suelo y besó la mano de Pedro.

—Gran Rey —dijo—. Bienvenido a mí.

Y el gran Rey lo hizo alzarse y lo besó en ambas mejillas, como debe hacer un gran Rey. Luego lo condujo hasta donde se hallaba la mayor de las Reinas —pero tampoco era anciana, no tenía canas en su cabeza ni arrugas en sus mejillas— y dijo:

—Caballero, ésta es aquella Señora Polly que vino a Narnia el Primer Día, cuando Aslan hizo que brotaran los árboles y que las Bestias hablaran.

Lo llevó junto a un hombre cuya barba dorada caía sobre su pecho y cuyo semblante rebosaba sabiduría.

—Y éste es mi hermano, el Rey Edmundo; y ésta es mi hermana, la Reina Lucía.

—Señor —dijo Tirian, una vez que los hubo saludado a todos—. Si he leído correctamente las crónicas, debería haber alguien más. ¿No tenía Su Majestad dos hermanas? ¿Dónde está la Reina Susana?

—Mi hermana Susana —repuso Pedro, en tono serio y cortante— ya no es más amiga de Narnia.

—Sí —dijo Eustaquio—, y cada vez que tratas de hacerla venir para conversar sobre Narnia o hacer algo por Narnia, siempre dice: “¡Qué memoria tan maravillosa tienen ustedes! Mira que seguir pensando en esos juegos divertidos que solíamos jugar cuando éramos chicos”.

—¡Ah!, Susana —lamentó Jill— sólo se interesa actualmente en medias de nylon y lápices de labios y en invitaciones. Siempre estuvo un poquito impaciente por llegar a ser persona grande.

—Persona grande, qué va —dijo la Señora Polly—. Me gustaría que ella creciera de verdad. Desperdició toda su época de colegio deseando tener la edad que tiene ahora, y va a perder todo el resto de su vida tratando de

conservarse de esta edad. Su gran ideal ha sido correr a toda prisa para alcanzar lo más rápido posible la época más tonta de la vida y luego detenerse ahí lo más que pueda.

—Bueno, no hablemos de eso ahora —dijo Pedro—. ¡Mira! Aquí hay unos deliciosos árboles frutales. Vamos a probar sus frutos.

Y entonces, por primera vez, Tirian miró a su alrededor y comprendió lo extraña que era esta aventura.

XIII
DE COMO LOS ENANOS SE OPUSIERON A QUE LOS EMBAUCARAN

Tirian había pensado, o más bien hubiese pensado si hubiera tenido tiempo para ello, que se hallaban dentro de un pequeño establo techado de paja de unos cinco metros de largo por dos de ancho. Pero en realidad se encontraban parados sobre el pasto con el cielo profundamente azul arriba, y el aire que soplaba suavemente en sus caras era como el de un día de comienzos de verano. No lejos de allí se alzaba una arboleda de espeso follaje y bajo cada hoja asomaba el dorado o el tenue amarillo o el púrpura o el encendido rojo de frutas que nadie ha visto en nuestro mundo. La fruta hizo a Tirian pensar que debía ser otoño; mas había algo, que se sentía en el aire, que le dijo que debía ser a más tardar diciembre. Todos se encaminaron hacia los árboles.

Cada uno levantó la mano para coger la fruta que más le gustó y luego cada uno se detuvo, titubeando, por un segundo. Esta fruta era tan preciosa que cada cual pensó: “No puede ser para mí..., seguramente no estamos autorizados para tomarla”

—No se preocupen —dijo Pedro—. Sé lo que todos estamos pensando. Pero estoy seguro, segurísimo, de que no debemos preocuparnos. Tengo la sensación de que hemos llegado al sitio donde todo está permitido.

—¡Allá vamos, entonces! —exclamó Eustaquio. Y todos empezaron a comer.

¿Cómo era la fruta? Desgraciadamente, nadie puede describir un sabor. Todo lo que puedo decir es que, comparado con aquellas frutas, el pomelo más fresco que hayas comido es desabrido y la naranja más jugosa es seca, y la pera más tierna es dura y de cáscara áspera, y las fresas silvestres más dulces son ácidas. Y no tenían pepitas ni huesos, ni avispas. Si alguna vez probaras esas frutas, todas las cosas más exquisitas de este mundo te sabrían después a remedio. Pero no puedo describirlo. No podrás saber como eran a menos que llegues a esa tierra y las pruebes tú mismo.

Cuando hubieron comido lo suficiente, Eustaquio le dijo al Rey Pedro:

—Todavía no nos has dicho cómo llegaron aquí. Estabas por explicarlo cuando apareció el Rey Tirian.

—No hay mucho que contar —dijo Pedro—. Edmundo y yo estábamos parados en el andén y vimos que venía el tren de ustedes. Me acuerdo que pensé que tomaba la curva demasiado ligero. Y recuerdo que pensé que era

divertido que mi gente fuera probablemente en el mismo tren y que Lucía no lo supiera...

—¿Tú gente, gran Rey? —preguntó Tirian.

—Quiero decir mi padre y mi madre, los padres de Edmundo y de Lucía y míos.

—¿Por qué iban ellos ahí? —preguntó Jill—. ¿No querrás decir que ellos saben de Narnia?

—No, no tienen nada que ver con Narnia. Ellos iban camino a Bristol. Yo sólo había escuchado que partirían esa mañana. Pero Edmundo dijo que debían ir seguramente en aquel tren.

(Edmundo era de esa clase de personas que lo saben todo sobre las líneas de ferrocarril).

—¿Y qué pasó entonces? —dijo Jill.

—Bueno, no es muy fácil de describir, ¿no es así, Edmundo? —respondió el gran Rey.

—No mucho —asintió Edmundo—. No fue nada parecido a aquella otra vez cuando fuimos arrancados de nuestro mundo por magia. Hubo un estruendo tremendo y algo me golpeó con el ruido de un estampido, pero no me hizo daño. Y no me sentí tan asustado como..., bueno, emocionado. ¡Ah...!, y esto es algo bien curioso: Yo tenía una rodilla harto adolorida de una patada que recibí jugando rugby. Me di cuenta de que ya no me dolía. Y me sentí muy liviano. Y luego... estábamos aquí.

—Fue casi lo mismo que nos pasó a nosotros en el coche del tren —dijo el Señor Dígory, limpiando las últimas huellas de la fruta de su barba dorada—. Sólo que creo que tú y yo, Polly, sentimos principalmente que nos habíamos desanquilosado. Ustedes los más jóvenes no lo entenderán. Pero dejamos de sentirnos viejos.

—¡Más jóvenes, qué dices! —exclamó Jill—. No creo que ustedes dos aquí sean en realidad mucho mayores que nosotros.

—Bueno, si no lo somos, lo hemos sido —dijo la Señora Polly.

—¿Y qué ha ocurrido desde que llegaron aquí? —preguntó Eustaquio.

—Mira —dijo Pedro—, por largo rato (al menos supongo que fue un largo rato) no sucedió nada. Luego se abrió la puerta...

—¿La puerta? —murmuró Tirian.

—Sí —replicó Pedro—. La puerta por donde ustedes entraron... o por donde salieron... ¿Lo has olvidado?

—Pero ¿dónde está?

—Mira —contestó Pedro, señalando.

Tirian miró y vio la cosa más curiosa y más ridícula que te puedas imaginar. A pocos metros, muy fácil de ver a la luz del sol, se elevaba una tosca puerta de madera rodeada de la estructura del portal: nada más, ni murallas, ni techo. Fue hacia allá desconcertado, y los demás lo siguieron para ver qué hacía. Dio la vuelta hasta el otro lado de la puerta. Pero era igual del otro lado; siempre se hallaba al aire libre, en una mañana estival. La puerta estaba simplemente parada como si hubiera crecido igual que un árbol.

—Noble señor —dijo Tirian al gran Rey—, ésta es una verdadera maravilla.

—Es la puerta por donde cruzaste con aquel calormene hace cinco minutos —repuso Pedro, sonriendo.

—¿Pero no salí del bosque para entrar al Establo? Mientras que ésta parece ser una puerta que lleva de ninguna parte a ninguna parte.

—Así lo parece si caminas *alrededor* de ella —dijo Pedro—. Pero pon tu ojo en ese sitio donde hay una rendija entre los tablones y mira *por* ahí.

Tirian acercó un ojo a la abertura. AI comienzo vio solo oscuridad. Luego, a medida que sus ojos se fueron acostumbrando, vio el monótono resplandor rojo de una fogata que se estaba casi apagando, y encima de ella, en un cielo negro, las estrellas. Después pudo ver unas siluetas oscuras que se movían o estaban quietas entre él y el fuego: pudo escucharlas hablar y sus voces eran semejantes a las de los calormenes. De modo que comprendió que estaba mirando por la puerta del Establo hacia la oscuridad del Páramo del Farol donde él había librado su última batalla. Los hombres discutían si irían a buscar a Rishda Tarkaan (pero ninguno quería hacer eso) o si le prendían fuego al Establo.

Miró en rededor nuevamente y apenas pudo creer a sus ojos. Allí estaba el cielo azul encima, y el terreno cubierto de hierba que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba a ver, y sus nuevos amigos lo rodeaban, riéndose.

—Entonces parece —dijo Tirian, sonriendo también—, que el Establo visto desde adentro y el Establo visto desde fuera son dos lugares diferentes.

—Sí —asintió el señor Dígory—. Su interior es más grande que su exterior.

—Sí —dijo la Reina Lucía—. En nuestro mundo también, un Establo tuvo una vez algo dentro que era más grande que todo el mundo.

Era la primera vez que hablaba, y por la emoción en su voz, Tirian comprendió por qué. Ella absorbía todo con más profundidad que los otros. Había estado demasiado feliz para hablar. El quería escucharla hablar otra vez, así que dijo:

—Por favor, señora, cuéntanos. Cuéntame toda tu aventura.

—Luego del sacudón y el ruido —dijo Lucía—, nos encontramos todos aquí. Y nos extrañó mucho esa puerta, igual que a ti. Entonces la puerta se abrió por primera vez (cuando ocurrió, vimos sólo oscuridad por el portal) y la atravesó un hombre alto con una espada desenvainada. Por sus armas supimos que era un calormene. Se instaló junto a la puerta con su espada levantada descansando sobre su hombro, lista para herir al que saliere. Fuimos hacia él y le hablamos, pero nos pareció que no podía vernos ni oírnos. Y nunca dio ni una mirada al cielo ni al sol ni al pasto: pienso que tampoco los podía ver. Entonces esperamos mucho rato. Después escuchamos que sacaban el pestillo de la puerta desde el otro lado. Pero el hombre no se preparó para golpear con su espada hasta que pudo ver quien venía. Así que pensamos que se le había dicho que golpeara a algunos y dejara pasar a otros. Pero en el momento preciso en que se abrió la puerta, de repente Tash estaba allí, a este lado de la puerta; ninguno de nosotros vio de donde venía. Y atravesó la puerta un gran Gato. Dio una mirada a Tash y escapó a perderse; justo a tiempo, pues él se le abalanzaba encima y la puerta le pegó en el pico al cerrarse. El hombre pudo ver a Tash. Se puso sumamente pálido e hizo ante el Monstruo una profunda reverencia, pero éste desapareció. Después esperamos por otro largo rato. Finalmente se abrió la puerta por tercera vez y salió un joven calormene. Me gustó. El centinela de la puerta se sobresaltó y pareció muy sorprendido de verlo. Creo que esperaba a alguien muy distinto...

—Ya entiendo —dijo Eustaquio (tenía la mala costumbre de interrumpir las historias). El Gato debía entrar primero y el centinela tenía órdenes de no hacerle daño. Luego el Gato debía salir y decir que había visto a su repugnante Tashlan y simular que estaba aterrado para así asustar a los demás Animales. Pero lo que nunca se le ocurrió a Truco fue que el verdadero Tash podría aparecerse; y sucedió que Jengibre salió realmente espantado. Y después de eso, Truco iba a enviar adentro a todo aquel de quien quería deshacerse y el centinela debía matarlos. Y...

—Amigo —dijo Tirian, con mucha suavidad—, estás impidiendo que la dama siga con su relato.

—Bueno —dijo Lucía—, el centinela estaba sorprendido. Eso dio al otro hombre la oportunidad de ponerse en guardia. Se batieron. El mató al centinela y lo lanzó por la puerta hacia afuera. Luego vino andando despacio hasta donde estábamos nosotros. El podía vernos a nosotros y a todo lo que nos rodeaba. Tratamos de hablarle, pero estaba como en un trance. Repetía: "Tash, Tash, ¿dónde está Tash? Voy hacia Tash". De manera que renunciamos a hablarle y él se fue a alguna parte..., por allá. Me gusta. Y después de eso..., ¡uf!

Lucía hizo una mueca.

—Después de eso —continuó Edmundo—, alguien arrojó a un Mono por la puerta. Y ahí estaba Tash otra vez. Mi hermana es de corazón tan blando que no quiere decirte que Tash dio un solo picotazo y el Mono desapareció.

—¡Se lo merecía! —exclamó Eustaquio—. Como sea, espero que le haga mal a Tash también.

—Y más tarde —prosiguió Edmundo—, salieron cerca de una docena de Enanos; y luego Jill, y Eustaquio, y al último tú.

—Espero que Tash se coma a los Enanos también —dijo Eustaquio—. Canallas.

—No, no se los comió —dijo Lucía—. Y no seas tan despiadado. Todavía están aquí. A decir verdad, los pueden ver desde acá. Y yo he tratado tanto de hacerme amiga de ellos, pero no ha resultado.

—¡Amiga de ellos! —gritó Eustaquio—. ¡Si supieras cómo se han portado esos Enanos!

—¡Oh!, ya está bueno, Eustaquio —dijo Lucía—. Ven a verlos. Rey Tirian, acaso tú podrías hacer algo por ellos.

—No logro sentir mucho cariño por los Enanos hoy día —repuso Tirian—. Sin embargo, si tú me lo pides, Dama, haré mucho más que eso.

Lucía indicó el camino y muy luego pudieron ver a los Enanos. Tenían un aspecto muy extraño. No se paseaban ni se divertían (a pesar de que las cuerdas con que los habían atado habían desaparecido) ni tampoco se recostaban ni descansaban. Estaban sentados todos muy juntos en un pequeño círculo uno frente a otro. No miraban a su alrededor ni prestaron atención a los humanos hasta que Lucía y Tirian estuvieron tan cerca que podían tocarlos. Entonces todos los Enanos levantaron la cabeza como si no vieran a nadie, pero escucharon con gran atención y trataron de adivinar por el sonido lo que estaba sucediendo.

—¡Cuidado! —gritó uno de ellos en tono hosco—. Mira por donde caminas. ¡No nos pises la cara!

—¡Está bien! —dijo Eustaquio indignado—. No estamos ciegos. Tenemos ojos en la cara.

—Deben ser increíblemente buenos si puedes ver algo aquí —murmuró el mismo Enano, cuyo nombre era Diggle.

—¿Dónde? —preguntó Edmundo.

—Qué estúpido, *aquí* por supuesto —dijo Diggle—. En este mísero Establo, en este agujero oscuro como boca de lobo, estrecho y maloliente.

—¿Están ciegos? —preguntó Tirian.

—¡No vamos a estar todos ciegos en la oscuridad! —exclamó Diggle.

—Pero si no está oscuro, pobres Enanos tontos —dijo Lucía—. ¿No ven? ¡Miren para arriba! ¡Miren a su alrededor! ¿No ven el cielo y los árboles y las flores? ¿No pueden verme *a mí*?

—¿Cómo, en el nombre del Gran Disparate, puedo ver lo que no existe? ¿Y cómo puedo verte a ti más de lo que tú puedes verme a mí en esta negra tiniebla?

—Pero yo *puedo* verte a ti —dijo Lucía—. Te probaré que puedo. Tienes una pipa en la boca.

—Cualquiera que conoce el olor del tabaco puede decir eso —replicó Diggle.

—¡Oh, pobrecitos! —Esto es atroz —exclamó Lucía.

Entonces se le ocurrió una idea. Se detuvo y cogió algunas violetas silvestres.

—Escucha, Enano —dijo—. Aun si tus ojos andan mal, a lo mejor tu nariz está buena: huele esto.

Se inclinó y acercó las frescas violetas húmedas a la fea nariz de Diggle. Pero tuvo que apartarse de un salto para evitar una bofetada de su pequeño y recio puño.

—¡Qué te has imaginado! —gritó—. ¡Cómo te atreves! ¿Qué pretendes metiéndome un montón de basuras del Establo en la cara? Hasta había un cardo entremedio. ¡Es una insolencia! ¿Y quién eres tú, a todo esto?

—Hombre de la tierra —dijo Tirian—, ella es la Reina Lucía, enviada aquí por Aslan desde el lejano pasado. Y es únicamente por consideración a ella que yo, Tirian, tu legítimo Rey, no les corto la cabeza a todos ustedes, que han demostrado y vuelto a demostrar que son unos traidores.

—¡No me digan que esto no es el colmo! —exclamó Diggle—. ¿Cómo puedes seguir hablando todas esas tonterías? Tu precioso León no vino a ayudarte, ¿no es cierto? Me lo temía. Y ahora, incluso ahora, cuando te han derrotado y te han empujado dentro de este hoyo negro igual que al resto de nosotros, sigues con tu viejo jueguito. ¡Empezando con nuevas mentiras! Tratando de hacernos creer que ninguno de nosotros está encerrado, y que no está oscuro, y el cielo sabe qué más.

—No hay tal hoyo negro, salvo en tu propia fantasía, tonto —gritó Tirian—. Sal de él.

E inclinándose hacia adelante cogió al Enano por el cinturón y la capucha y lo sacó de un tirón del círculo. Pero en cuanto Tirian lo bajó, Diggle regresó apresuradamente a su lugar en medio de los otros, sobándose la nariz y aullando:

—¡Ay, ay! ¡Para qué hiciste eso! Golpearme la cara contra la muralla. Casi me rompiste la nariz.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Lucía—, ¿qué vamos a hacer para ayudarlos?

—Dejarlos solos —dijo Eustaquio.

Mas mientras hablaban la tierra comenzó a temblar. El aire tan dulce se volvió súbitamente mucho más dulce. Un resplandor surgió tras ellos. Todos se dieron vuelta. Tirian fue el último, porque tenía miedo. Allí estaba el anhelo de su corazón, inmenso y real, el León dorado, el propio Aslan, y ya estaban los demás arrodillándose y formando un círculo alrededor de sus patas delanteras y enterrando sus manos y caras entre su melena y él inclinaba su majestuosa cabeza para tocarlos con su lengua. En seguida fijó sus ojos en Tirian, y Tirian se aproximó, temblando, y se abalanzó a los pies del León, y el León lo besó y le dijo:

—Bravo, último de los Reyes de Narnia, que se mantuvo firme en la hora más oscura.

—Aslan —dijo Lucía a través de sus lágrimas—, ¿podrías..., quisieras..., hacer algo por esos pobres enanos?

—Queridísima —repuso Aslan—, te voy a mostrar tanto lo que puedo como lo que no puedo hacer.

Se acercó a los Enanos y lanzó un largo gruñido, muy bajo pero que hizo temblar el aire. Pero los Enanos se decían unos a otros: "¿Escuchaste eso? Es la pandilla al otro lado del Establo. Tratan de asustamos. Lo hacen con alguna máquina especial. No les hagan caso. ¡No volverán a embaucarnos!

Aslan levantó la cabeza y sacudió su melena. Al instante apareció un glorioso banquete sobre las rodillas de los Enanos: pasteles y lenguas y pichones y bizcochos y helados, y cada Enano tenía una copa de buen vino en su mano derecha. Pero no sirvió de nada. Comenzaron a comer y a beber con bastante avidez, pero era evidente que no podían saborear nada como es debido. Pensaban que comían y bebían solamente el tipo de cosas que puedes encontrar en un Establo. Uno dijo que estaba tratando de comer heno y otro dijo que le había tocado un pedazo de nabo añejo y un tercero dijo haber encontrado una hoja de repollo rancio. Y se llevaban las copas doradas llenas de exquisito vino rojo a sus labios y decían: "¡Uf! ¡Imagínate, tener que beber agua sucia del abrevadero que ha usado un burro! Jamás pensé que llegaríamos a esto". Pero muy pronto cada Enano principió a sospechar que otro Enano había encontrado algo mejor de lo que él tenía, y empezaron a robarse y a arrebatarse la comida, y comenzaron a reñir, hasta que en pocos minutos se armó una verdadera lucha libre y se mancharon las caras y la ropa con esa deliciosa comida y hasta la pisotearon. Pero cuando por fin se sentaron a curarse sus ojos en tinta y sus narices sangrantes, todos dijeron:

—Bueno, en todo caso, no hay ningún embuste aquí. No hemos permitido que nadie nos embauque. Los Enanos con los Enanos.

—¿Ves? —dijo Aslan—. No nos dejarán ayudarlos. Han elegido la astucia en lugar de la fe. Su prisión está en sus propias mentes nada más, y sin embargo están aprisionados allí; y tan temerosos de que los engañen que no hay cómo sacarlos. Pero vengan, niños. Tengo otro trabajo que hacer.

Fue hasta la puerta y todos lo siguieron. Levantó la cabeza y rugió: "¡Ya es tiempo!"; y después más fuerte: "¡Tiempo!"; y en seguida tan fuerte que debe haber sacudido a las estrellas: "¡TIEMPO!" La puerta se abrió de inmediato.

XIV
LA NOCHE CAE SOBRE NARNIA

Todos estaban al lado de Aslan, a su derecha, y miraron por el abierto portal.

La fogata se había apagado. En la tierra todo era tiniebla; verdaderamente no habrías podido decir que mirabas un bosque si no vieras el punto donde terminaban las oscuras siluetas de los árboles y comenzaban las estrellas. Pero después que Aslan hubo rugido una vez más, a su izquierda distinguieron otra silueta negra. Es decir, vieron otra mancha donde no había estrellas; y la mancha se fue alzando más y más alto y se transformó en la silueta de un hombre, en el más inmenso de todos los gigantes. Todos conocían Narnia lo suficientemente bien para calcular en qué sitio debía estar parado. Ha de estarlo sobre los elevados páramos que se extienden hacia el norte más allá del Río Shribble. Entonces Jill y Eustaquio recordaron que, mucho tiempo atrás, en las profundidades de las cavernas, debajo de aquellos páramos, ellos vieron un enorme gigante dormido cuyo nombre era Padre Tiempo, según les dijeron, quien despertaría en el día del fin del mundo.

—Sí —asintió Aslan, aunque ellos no habían hablado—. Mientras permaneció dormido su nombre fue Tiempo. Ahora que ha despertado tendrá un nuevo nombre.

Entonces el inmenso gigante acercó un cuerno a su boca. Pudieron verlo gracias al cambio de posición de la negra silueta que se perfiló contra las estrellas. Después de eso, un buen poco después, ya que el sonido viaja tan lentamente, escucharon la melodía del cuerno: aguda y terrible y, sin embargo, de una extraña y mortal belleza.

Inmediatamente el cielo se pobló de estrellas fugaces. Hasta una estrella fugaz es algo precioso de ver; mas, acá había decenas y luego veintenas y luego cientos, hasta parecer una lluvia de plata; y aumentaban y aumentaban. Y cuando esto hubo durado ya bastante rato, a uno o dos de ellos se les ocurrió que había otra silueta oscura dibujada contra el cielo igual que la del gigante. Fue en un lugar distinto, justo encima de ellos, arriba en el mismo techo del cielo, si pudiéramos llamarlo así. “Podría ser una nube”, pensó Edmundo. Como fuera, allí no había estrellas: sólo la oscuridad. Pero en torno, el aguacero de estrellas continuaba. Y entonces la mancha sin estrellas comenzó a crecer, esparciéndose más y más allá desde el centro del cielo. Y de pronto un cuarto del cielo estaba negro, y luego la mitad, y al final la lluvia de estrellas fugaces seguía cayendo solamente por allá abajo cerca del horizonte.

Con una estremecedora sensación de asombro (y algo de terror también) comprendieron de súbito lo que estaba sucediendo. La creciente

tiniebla no era en absoluto una nube: era simplemente el vacío. La parte negra del cielo era la parte en que no quedaban estrellas. Todas las estrellas estaban cayendo: Aslan las había llamado de vuelta a casa.

Los últimos segundos antes que la lluvia de estrellas hubiese terminado completamente fueron muy emocionantes. Las estrellas principiaron a caer en torno a ellos. Pero las estrellas de aquel mundo no son los grandes globos llameantes que hay en el nuestro. Allá son personas (Edmundo y Lucía habían conocido a una de ellas cierta vez). Entonces ahora se encontraron con diluvios de gente reluciente, todas de largos cabellos que parecían ser de plata hirviente y con lanzas que semejaban metal candente, que corrían hacia ellos saliendo del aire negro, más veloces que piedras rodantes. Hicieron un ruido similar a un silbido al aterrizar y quemaron la hierba. Y todas esas estrellas pasaron por delante de ellos y fueron a instalarse en algún sitio más atrás, un poco a la derecha.

Esto fue una gran ventaja, pues de otro modo, ahora que no había estrellas en el cielo, todo habría quedado en la más completa oscuridad y no podrías ver nada. En cambio así, la multitud de estrellas a su espalda daba una luz intensa y blanca por encima de sus hombros. Ante ellos podían ver kilómetros y kilómetros de bosques narnianos que parecían estar iluminados por focos. Cada matorral y casi cada hoja de hierba tenía su sombra negra detrás. El borde de cada hoja se alzaba tan afilado que podrías creer que te ibas a cortar un dedo en él.

Sobre el pasto, delante de ellos, caían sus propias sombras. Pero lo grandioso era la sombra de Aslan. Ondeaba a la izquierda de los demás, enorme y muy terrible. Y todo esto bajo un cielo que no tendría nunca más estrellas.

La luz detrás de ellos (y algo a su derecha) era tan fuerte que iluminaba hasta las laderas de los páramos del Norte. Algo se movía allá. Enormes animales se arrastraban y bajaban deslizándose hacia Narnia: descomunales dragones y gigantescos lagartos y aves sin plumas con alas que se parecían a las alas de los murciélagos. Desaparecieron dentro de los bosques y durante unos pocos minutos reinó el silencio. Luego vinieron, al comienzo desde muy lejos, ruidos de lamentos y después, de todos lados susurros y ruidos de pasos ligeros y aleteos. Se acercaban más y más. Pronto ya podías distinguir el correteo de piececitos del pisar de grandes patas, y el claclac de ligeros y pequeños cascos del tronar de los grandes. Y luego pudieron verse miles de pares de ojos que brillaban. Y, por fin, saliendo de la sombra de los árboles, corriendo a matarse cerro arriba, por miles y por millones, llegaron toda clase de criaturas: Bestias que Hablan, Enanos, Sátiros, Faunos, Gigantes, Calormenes, hombres de Archenland, Monópodos, y extraños seres extraterrestres de las islas remotas o de las desconocidas tierras del Oeste. Y todos subieron hasta el portal donde se encontraba Aslan.

Esta parte de la aventura fue la única que les pareció más bien un sueño en esos momentos y la más difícil de recordar correctamente después. Especialmente, uno no podía asegurar cuánto tiempo había transcurrido. A veces parecía haber tardado apenas unos escasos minutos, pero otras veces parecía que había durado por años. Obviamente, a menos que o bien la puerta hubiera crecido inmensamente o las criaturas se hubieran achicado como un mosquito, una cantidad de gente como ésa jamás habría podido intentar siquiera pasar a través de ella. Pero en esos momentos nadie pensaba en cosas de ese estilo.

Las criaturas llegaban a toda prisa, con sus ojos cada vez más brillantes a medida que se aproximaban al grupo de Estrellas. Mas en cuanto llegaban frente a Aslan, una de estas dos cosas les ocurría. Todos lo miraban directamente a la cara; no creo que tuvieran otra alternativa. Y cuando lo miraban, en algunos la expresión de sus rostros cambiaba terriblemente reflejando miedo y odio, excepto que, en las caras de las Bestias que Hablan, ese miedo y ese odio duraba sólo una fracción de segundo. Te dabas cuenta de que súbitamente dejaban de ser Bestias que Hablan. Eran simples animales corrientes. Y todas las criaturas que miraban a Aslan de esa manera se desviaban hacia su derecha, a la izquierda de Aslan, y se perdían dentro de su inmensa sombra negra, la cual (como has oído) ondeaba a la izquierda del portal. Los niños no los volvieron a ver más. No sé qué les habrá sucedido. Mas otros miraban el rostro de Aslan y lo amaban, a pesar de que algunos estaban aterrados a la vez. Y todos entraron a la puerta, a la derecha de Aslan. Había algunos especímenes muy curiosos en medio de ellos. Eustaquio reconoció incluso a uno de los mismos Enanos que habían ayudado a matar a los Caballos. Pero no tuvo tiempo de admirarse de esta suerte de cosas (y además no era asunto suyo), porque una inefable dicha borraba todo lo demás de su pensamiento. Entre las felices criaturas que ahora se agrupaban en torno a Tirian y sus amigos, estaban todos aquellos que creyeron muertos. Allí estaban el Centauro Perspicaz y el Unicornio Alhaja y el buen Jabalí y el buen Oso y el Aguila Largavista y los queridos Perros y Caballos y Poggin, el Enano.

“¡Más adentro y más arriba! “, gritó Perspicaz y se oyó el tronar de su galope hacia el Oeste. Y aunque no lo comprendieron, sus palabras, no sé por qué, quedaron retintineando por todos lados. El Jabalí les gruñó alegremente. El Oso estaba listo para musitar que todavía no entendía nada, cuando divisó los árboles frutales detrás de ellos. Se fue contoneando hasta aquellos árboles lo más rápido que pudo y ahí, sin duda, encontró algo que entendió perfectamente bien. Pero los Perros se quedaron, moviendo la cola, y Poggin se quedó saludando a todos y con una gran sonrisa en su cara tan franca. Y Alhaja inclinó su cabeza blanca como la nieve por sobre el hombro del Rey y el Rey murmuró algo en el oído de Alhaja. En seguida todos volvieron nuevamente su atención a lo que alcanzaban a ver por el portal.

Los dragones y los lagartos gigantes tenían ahora toda Narnia para ellos. Iban de acá para allá arrancando de raíz los árboles y masticándolos

como si fuesen varillas de ruibarbo. Minuto a minuto veías desaparecer las selvas. Todo el país quedó desierto y podías ver toda suerte de cosas en su superficie, todas las pequeñas protuberancias y cavidades que nunca habías notado antes. El pasto se secó. Pronto Tirian se encontró mirando un mundo de rocas y tierra desnuda. Casi no podías creer que algo hubiese alguna vez tenido vida allí. Los mismos monstruos envejecieron y se echaron y murieron. Su carne se consumió y aparecieron los huesos: muy luego fueron únicamente inmensos esqueletos que yacían aquí y allá sobre la roca yerta, y parecía que habían muerto miles de años atrás. Durante mucho tiempo todo quedó en silencio.

Finalmente algo blanco —una larga y pareja línea de blancura que resplandecía a la luz de las estrellas paradas— vino moviéndose hacia ellos desde el confín oriental del mundo. Un potente ruido rompió el silencio: primero un murmullo, luego un estruendo, después un rugido. Y ahora pudieron ver qué era lo que venía, y cuán veloz venía. Era una espumante muralla de agua. El mar estaba subiendo. En aquel mundo sin árboles podías verlo muy bien. Podías ver que todos los ríos se ensanchaban y los lagos crecían y los lagos que estaban separados se juntaban, y los valles se convertían en nuevos lagos, y los cerros se convertían en islas, y luego esas islas desaparecían. Y los altos páramos a su izquierda y las más elevadas montañas a su derecha se derrumbaron y cayeron con gran fuerza y estruendo en una montaña de agua; y el agua llegó formando remolinos hasta el umbral de la puerta (pero no pasó de allí) haciendo que la espuma salpicara alrededor de las patas delanteras de Aslan. Y ahora todo era una sola superficie de agua desde donde ellos se hallaban hasta donde el agua se juntaba con el cielo.

Y allá afuera empezó a clarear. Una raya de triste y desastroso amanecer se extendió a lo largo del horizonte y se fue ensanchando y haciéndose más brillante, hasta que finalmente apenas advertían la luz de las estrellas ubicadas detrás de ellos. Finalmente salió el sol. Cuando lo hizo, el Señor Dígory y la Señora Polly se miraron uno al otro e hicieron un gesto de asentimiento: los dos, en un mundo diferente, vieron una vez un sol moribundo, de modo que supieron al instante que este sol también estaba muriendo. Era tres veces, veinte veces más grande de lo normal, y de color rojo oscuro. Cuando sus rayos cayeron sobre el gran Gigante Tiempo, éste se puso rojo también; y con el reflejo de ese sol todo aquel desierto de aguas sin playas pareció ser de sangre.

Luego salió la luna, en una posición absolutamente anormal, muy cerca del sol, y también se veía roja. Y al verla el sol comenzó a arrojarle grandes llamaradas como bigotes o serpientes de fuego carmesí. Parecía que fuera un pulpo tratando de atraerla hacia él con sus tentáculos. Y a lo mejor lo logró. Como sea, ella fue hacia él, lentamente al principio, pero después cada vez a mayor velocidad, hasta que por último las largas llamas la envolvieron y los dos empezaron a girar juntos y se transformaron en una descomunal bola semejante a un carbón ardiente. Grandes masas de fuego iban cayendo de la

bola al mar, levantando nubes de vapor.

Entonces Aslan dijo:

—Hazlo terminar ya.

El gigante arrojó su cuerno al mar. Luego extendió un brazo, que se veía muy negro y de miles de metros de largo, a través del cielo hasta que su mano alcanzó al sol. Tomó el sol y lo exprimió como tú podrías exprimir una naranja. Y al instante se hizo la oscuridad total.

Todos, excepto Aslan, dieron un salto hacia atrás por el aire glacial que empezó a soplar a través del portal. Sus bordes se cubrieron de carámbanos.

—Pedro, gran Rey de Narnia —dijo Aslan—. Cierra la puerta.

Pedro, tiritando de frío, se inclinó hacia afuera en la oscuridad y tiró de la puerta. La puerta chirrió sobre el hielo al empujarla. Luego, torpemente (porque en ese momento tenía las manos entumecidas y amoratadas) sacó una llave de oro y con ella la cerró.

Habían visto bastantes cosas extrañas a través de aquel portal. Pero más extraño que todo eso fue mirar a su alrededor y encontrarse a la tibia luz del día, con el cielo azul sobre sus cabezas, flores a sus pies y la risa en los ojos de Aslan.

Se volvió con rapidez, se agazapó, se azotó alegremente con su propia cola y salió disparado como una flecha dorada.

—¡Vengan más adentro! ¡Vengan más arriba! —gritó por encima del hombro. Pero ¿quién podía seguirle el paso? Echaron a andar hacia el oeste, en pos de él.

—Así, pues —dijo Pedro—. La noche cae sobre Narnia. ¡Cómo es eso, Lucía! ¿No me digas que estás *llorando*? ¿Con Aslan adelante y todos nosotros aquí?

—No trates de impedírmelo, Pedro —repuso Lucía—. Estoy segura de que Aslan no lo haría. Estoy segura de que no está mal lamentarse por Narnia. Piensa en todo lo que ha quedado muerto y helado detrás de esa puerta.

—Sí, y yo esperaba —agregó Jill— que podría durar para siempre. Sabía que *nuestro* mundo no podía durar. Pensé que Narnia sí.

—Yo la vi nacer —dijo el Señor Dígory—. No creí que viviera para verla morir.

—Señores —intervino Tirian—. Hacen bien las damas en derramar sus lágrimas. Vean que yo también lloro. He presenciado la muerte de mi madre. ¿Qué otro mundo he conocido yo fuera de Narnia? No sería una virtud sino una gran descortesía si no la llorara.

Se alejaron de la puerta y de los Enanos que seguían sentados muy juntos en su Establo imaginario. Y mientras caminaban conversaban sobre las antiguas guerras y la antigua paz y los antiguos Reyes y todas las glorias de Narnia.

Los Perros todavía iban con ellos. Intervinieron en la conversación pero no demasiado, porque estaban ocupados en sus correteos hacia adelante y hacia atrás y se abalanzaban a oler los aromas del pasto hasta que los hizo estornudar. De súbito descubrieron una huella que pareció excitarlos muchísimo. Empezaron a discutir qué era: "Sí, si es... No, no es... Eso es lo que yo dije... Cualquiera puede oler lo que es... Saca tu narizota de en medio y deja que los demás puedan oler".

—¿Qué es, queridos amigos? —preguntó Pedro.

—Un calormene, señor —dijeron varios Perros al unísono.

—Guíennos a él, entonces —dijo Pedro—. Así sea que venga en son de paz o de guerra, será bienvenido.

Los Perros partieron disparados y volvieron un minuto después corriendo como si su vida dependiera de esta carrera y ladrando ruidosamente para decir que era en realidad un calormene. (Los Perros que Hablan, al igual que los comunes, actúan como si pensaran que cualquiera cosa que estén haciendo es inmensamente importante).

Los demás siguieron hasta donde los condujeron los Perros y encontraron a un joven calormene sentado bajo un castaño junto a un arroyo de agua clara. Era Emeth. Se levantó de inmediato e hizo una reverencia con gran seriedad.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Pedro—. No sé si eres mi amigo o mi enemigo, pero tendré a honor tomaros por ambos. ¿No ha dicho uno de los poetas que un amigo noble es el mejor regalo y que un enemigo noble es el segundo mejor regalo?

—Señor —dijo Pedro—, no sabía que hubiera una guerra entre tú y yo.

—Dinos quién eres y lo que te ha acontecido —le pidió Jill.

—Si va a relatar una historia, tomemos un trago y sentémonos —ladraron los Perros—. Estamos sin aliento.

—Claro que ustedes lo están y lo seguirán estando si continúan corriendo como locos de esa manera —dijo Eustaquio.

Entonces los humanos se sentaron en el pasto. Y cuando todos los Perros hubieron bebido con ruidosa algazara en el arroyo, también se sentaron, muy callados, resollando, con las lenguas colgando un poco a un lado, para escuchar la historia. Pero Alhaja se quedó de pie, puliendo su cuerno contra su hombro derecho.

XV
MAS HACIA ARRIBA Y MAS HACIA ADENTRO

—Han de saber, oh belicosos Reyes —dijo Emeth—, y ustedes, oh Damas, cuya belleza ilumina el universo, que yo soy Emeth, el séptimo hijo de Harpa Tarkaan de la ciudad de Tehishbaan, hacia el oeste atravesando el desierto. Vine recientemente a Narnia con nueve y veinte otros más (sic) bajo las órdenes de Rishda Tarkaan. Bueno, cuando oí por primera vez que marcharíamos sobre Narnia, me regocijé: porque había oído muchas cosas de tu país y deseaba anhelosamente enfrentarme con ustedes en la batalla. Pero cuando descubrí que iríamos disfrazados de mercaderes (que es un atuendo vergonzoso para un guerrero y para el hijo de un Tarkaan) y a actuar por medio de mentiras y engaños, entonces mi alegría me abandonó. Y más que nada cuando supe que deberíamos servir a un Monicaco; y cuando comenzó a decirse que Tash y Aslan eran uno, entonces el mundo se oscureció ante mis ojos. Porque desde que era niño siempre serví a Tash y mi gran deseo era saber más de él y, si fuera posible, mirar su rostro. Pero el nombre de Aslan era odioso para mí.

”Y, como han visto, nos convocaban afuera del cobertizo del techo de paja, noche tras noche, y encendían la fogata, y el Mono sacaba del cobertizo algo de cuatro patas que yo no podía ver bien. Y la gente y las Bestias hacían profundas reverencias y le rendían homenaje. Pero yo pensaba: el Tarkaan está siendo engañado por el Mono; porque esa cosa que sale del Establo no es ni Tash ni ningún otro dios. Pero cuando observé la cara del Tarkaan y me fijé en las palabras que le decía al Monicaco, entonces cambié de opinión. Porque vi que el Tarkaan no creía en eso. Y después comprendí que no creía tampoco en Tash. Pues si hubiese creído ¿cómo iba a osar burlarse de él?

”Cuando entendí esto, una gran ira se apoderó de mí y me asombré de que el verdadero Tash no derribara de un golpe tanto al Mono como al Tarkaan con fuego del cielo. No obstante, oculté mi ira y contuve mi lengua y esperé a ver como terminaba. Pero anoche, como saben algunos de ustedes, el Monicaco no sacó a la cosa amarilla, sino que dijo que los que quisieran mirar a Tashlan —pues mezclaron las dos palabras para fingir que eran uno— debían pasar uno por uno dentro del cobertizo. Y yo me dije: sin duda esta es otra decepción. Pero cuando el Gato entró y salió loco de terror, entonces me dije: seguramente el verdadero Tash, a quien invocaron sin saber ni creer en él, ha venido entre nosotros y se tomará su propia venganza. Y aunque mi corazón se había vuelto agua dentro de mí debido a la grandeza y al terror de Tash, aun así mi deseo fue más fuerte que mi miedo, y forcé a mis rodillas para obligarlas a no temblar, y a mis dientes para que no castañetearan, y resolví mirar la cara de Tash, aunque él pudiera matarme. De modo que me ofrecí para entrar en el cobertizo; y el Tarkaan, aunque contra su voluntad, me lo permitió.

”En cuanto crucé la puerta, la primera sorpresa fue que me encontré a mí mismo ante la radiante luz del sol (como estamos ahora) a pesar de que el interior del cobertizo parecía oscuro desde afuera. Pero no tuve tiempo para maravillarme por eso, pues inmediatamente fui obligado a batirme a muerte con uno de nuestros propios hombres. Apenas lo vi, comprendí que el Monicaco y el Tarkaan lo habían colocado allí para que matara a quien entrase si no era alguien que estuviera en el secreto; de modo que ese hombre también era un mentiroso y no un verdadero servidor de Tash. Luché con él con mi mejor voluntad; y habiendo dado muerte al villano, lo arrojé detrás de mí por la puerta.

”Después miré a mi alrededor y vi el cielo y la extensa campiña y olí la dulzura. Y me dije: por los dioses, este es un lugar agradable: debe ser que he llegado al país de Tash. Y comencé a recorrer este extraño país buscándolo.

”De manera que continué caminando sobre mucho pasto y muchas flores y entre toda clase de bellos y deliciosos árboles hasta que he aquí que en un sitio estrecho, en medio de dos rocas, me salió al encuentro un enorme León. Tenía la rapidez del avestruz y el tamaño de un elefante; su pelo era como el oro puro y el brillo de sus ojos como oro líquido calentado al horno. Era más terrible que la Montaña Llameante de Lagour, y su hermosura aventajaba todo lo que hay de hermoso en este mundo, más aún de lo que la rosa en floración aventaja al polvo del desierto. Entonces caí a sus pies y pensé: seguramente ésta es la hora de la muerte, pues el León (que merece todo honor) sabrá que he servido a Tash todos mis días y no a él. No obstante, es mejor ver al León y morir que ser el Tisroc del mundo y vivir y no haberlo visto a él. Mas el Glorioso Ser inclinó su cabeza dorada y tocó mi frente con su lengua y dijo: ‘Hijo, eres bienvenido’. Y yo dije: ‘Ay de mí, Señor, yo no soy hijo Tuyo, sino servidor de Tash’. El respondió: ‘Hijo, el servicio que has prestado a Tash lo cuento como servicio prestado a mí’. Entonces debido a mi gran anhelo de sabiduría y entendimiento, superé mi miedo e interrogué al Glorioso Ser y dije: ‘Señor, ¿es verdad entonces, como dice el Mono, que tú y Tash sois uno?’ El León gruñó haciendo temblar la tierra (pero su ira no era contra mí) y dijo: ‘Es falso. No es porque él y yo seamos uno, sino porque somos lo opuesto, que tomo como mío el servicio que has dado a él, porque él y yo somos de tan diferente especie que ningún servicio vil puede prestárseme a mí, y nada que no sea vil puede ser hecho por él. Por lo tanto, si algún hombre jura por Tash y cumple su juramento por respeto al juramento, es por mí que ha jurado en realidad, aunque no lo sepa, y soy yo quien lo recompensa. Y si un hombre comete un acto de crueldad en mi nombre, entonces aunque pronuncie el nombre de Aslan es a Tash a quien está sirviendo y es Tash quien acepta su acción. ¿Comprendéis, Hijo?’ Yo dije: ‘Señor, tú sabes cuánto entiendo’. Pero también dije (porque la sinceridad me lo imponía): ‘Si, he buscado a Tash todos mis días’. ‘Amado’, dijo el Glorioso Ser, ‘si tu anhelo no hubiera sido por mí no habrías buscado tanto tiempo ni con tanta fidelidad. Pues todos encuentran lo que buscan de verdad’.

”Luego sopló sobre mí y me quitó el temblor de mis piernas y brazos e hizo que pudiera ponerme de pie. Y después de eso no dijo más, sólo que nos volveríamos a encontrar y que yo debo seguir más hacia arriba y más hacia adentro. En seguida se convirtió en una tormenta y en una ráfaga de oro y desapareció repentinamente.

”Y desde entonces, ¡oh, Reyes y Damas!, he vagado para encontrarlo y mi felicidad es tan grande que hasta me duele como una herida. Y esta es la maravilla de las maravillas, que él me haya dicho Amado, a mí que no soy más que un perro...

—¿Eh? ¿Qué fue eso? —dijo uno de los Perros.

—Señor —contestó Emeth—. Es sólo una manera de hablar que tenemos en Calormen.

—Bueno, no puedo decir que me guste mucho —dijo el Perro.

—No ha querido ofender —opinó un Perro más viejo—. Después de todo, nosotros llamamos a nuestros cachorros *Niños*, cuando no se portan bien.

—Es verdad —dijo el primer Perro—. O *niñas*.

—¡S-s-h! —dijo el Perro Viejo—. No es buena educación decir eso. Recuerda dónde estamos.

—¡Miren! —exclamó de súbito Jill.

Alguien se acercaba, tímidamente, hacia ellos; una criatura muy graciosa de cuatro patas, de un color gris plateado. Lo contemplaron por más de diez segundos antes que cinco o seis voces dijeran al unísono: “¡Pero si es Cándido!“ Nunca lo habían visto a la luz del día y sin la piel de león, y fue una diferencia extraordinaria. Era él mismo ahora: un bonito burro con su pelo tan suave y gris y con una cara tan amable y franca que al verlo harías lo mismo que estaban haciendo Jill y Lucía: correr hacia él y abrazar su cuello y besar su nariz y acariciar sus orejas.

Cuando le preguntaron dónde había estado, dijo que había llegado a la puerta con todas las demás criaturas pero había..., bueno, para decir la verdad, se había apartado de ellos lo más posible; y de Aslan también. Porque el solo ver al verdadero León lo había avergonzado de tal manera por todas esas tonterías de disfrazarse con la piel de león, que no se atrevía a mirar a nadie a la cara. Pero cuando vio que todos sus amigos iban hacia el oeste, y después de comerse un buen bocado de pasto (“y jamás he probado un pasto tan bueno en toda mi vida”, dijo Cándido), se armó de valor y los siguió.

—Pero, ¿qué haré si realmente tengo que encontrarme con Aslan?, les aseguro que no lo sé —añadió.

—Verás que todo saldrá bien cuando realmente lo conozcas —dijo la Reina Lucía.

Entonces continuaron todos juntos, siempre rumbo al oeste, pues esa parecía ser la dirección que Aslan había querido indicarles cuando gritó “Más hacia arriba y más hacia adentro”. Muchas otras criaturas se encaminaban lentamente en ese mismo rumbo, pero aquella tierra cubierta de hierba era inmensa y no se hacían aglomeraciones.

Parecía ser temprano todavía y el frescor de la mañana se sentía en el aire. Seguían deteniéndose para mirar en rededor y para mirar hacia atrás, en parte porque era todo tan bonito, pero en parte también porque había algo que no lograban comprender.

—Pedro —dijo Lucía-, ¿dónde crees que esté esto?

—No lo sé —repuso el gran Rey—. Me recuerda algún lugar, pero no logro darle un nombre. ¿Podría ser alguna parte donde hayamos pasado unas vacaciones cuando éramos muy, muy chicos?

—Tendrían que haber sido unas vacaciones tremendamente buenas —dijo Eustaquio—. Apuesto a que no hay un país como éste en ningún lugar de nuestro mundo. ¿Has visto los colores? No podrías conseguir un azul como el azul de aquellas montañas allá en nuestro mundo.

—¿No será la tierra de Aslan? —preguntó Tirian.

—No se parece al país de Aslan en la cima de esa montaña más allá del confín oriental del mundo —dijo Jill—. Yo he estado allí.

—Si me lo preguntan —dijo Edmundo—, diría que se parece a algún lugar en el mundo de Narnia. Miren esas montañas allá adelante, y las grandes montañas de hielo más allá de ellas. Estoy seguro de que se parecen a las montañas que acostumbrábamos ver desde Narnia, las que había hacia arriba al oeste, más atrás de la Catarata, ¿no creen?

—Sí, claro que sí —exclamó Pedro—. Sólo que éstas son más grandes.

—Yo no creo que *aquéllas* sean parecidas a nada que haya en Narnia —dijo Lucía—. Pero miren allá.

Señaló hacia el sur a su izquierda, y todos se detuvieron y se dieron vuelta a mirar.

—Esas colinas —dijo Lucía—, esas tan lindas llenas de bosques y las otras azules más atrás, ¿no se parecen muchísimo a la frontera sur de Narnia?

—¡Iguales! —exclamó Edmundo, luego de un momento de silencio—. Pero si son exactamente iguales. ¡Mira, allá está el Monte Pire con su cumbre horqueteada, y allá está el paso hacia Archenland y todo lo demás!

Y, sin embargo, no son iguales —insistió Lucía—. Son distintas. Tienen más colorido y me parecen estar más lejanas de lo que recuerdo, y son más..., más..., ¡oh, no sé qué...!

—Más parecidas a algo real —dijo suavemente el Señor Dígory.

De repente el Aguila Largavista extendió sus alas, se elevó a diez o veinte metros en el aire, voló en círculos alrededor de los demás y luego aterrizó.

—Reyes y Reinas —gritó—, hemos estado todos ciegos. Estamos recién empezando a ver donde nos encontramos. Desde allá arriba lo he visto todo: el Páramo de Ettins, el Dique de los Castores, el Gran Río y Cair Paravel, que aún resplandece al borde del Mar de Oriente. Narnia no ha muerto. Esta es Narnia.

—¿Pero cómo puede ser? —dijo Pedro—. Si Aslan nos dijo a nosotros los mayores que jamás retornaríamos a Narnia, y aquí estamos.

—Sí —dijo Eustaquio—. Y vimos todo destruido y el sol en su ocaso.

—Y todo es tan diferente —comentó Lucía.

—El Aguila tiene razón —dijo el Señor Dígory—. Escucha, Pedro. Cuando Aslan dijo que ustedes no regresarían nunca a Narnia, se refería a la Narnia en que tú pensabas. Pero esa no era la verdadera Narnia. Esa tenía un principio y un fin. Era sólo la sombra o la copia de la verdadera Narnia, que siempre ha estado aquí y siempre estará aquí: igual que nuestro mundo, Inglaterra y todo lo demás, es sólo una sombra o una copia de algo en el verdadero mundo de Aslan. No tienes que Llorar por Narnia, Lucía. Todo lo que importaba de la antigua Narnia, todas las queridas criaturas, ha sido traído a la verdadera Narnia a través de la puerta. Y por supuesto que es diferente; tan diferente como lo es una cosa real de una sombra o como el estar despierto lo es de un sueño.

Su voz los removió a todos como una trompeta cuando dijo estas palabras; mas cuando añadió en voz baja: “Todo esto lo ha dicho Platón, todo lo ha dicho Platón; Dios me ampare, ¡qué les enseñan en esos colegios!“, los mayores rompieron a reír. Era tan exactamente igual a lo que le habían escuchado decir hacía tanto tiempo en aquel otro mundo donde su barba era

gris en vez de dorada. El comprendió por qué se reían y se puso a reír también. Pero muy pronto se pusieron serios otra vez: porque, como tú sabes, hay una clase de felicidad y de admiración que te hace ponerte serio. Es demasiado buena para malgastarla en chistes.

Es difícil de explicar en qué difería esta tierra asoleada de la antigua Narnia, como lo es tratar de decirte qué sabor tiene la fruta en aquel lugar. Tal vez te puedas hacer una idea si piensas esto: puede que hayas estado en una habitación donde había una ventana que daba a una preciosa bahía o a un verde valle que serpenteaba adentrándose en medio de las montañas. Y en la muralla contraria a la ventana había un espejo. Y si te apartabas de la ventana, de repente veías ese mar y ese valle, todo de nuevo, en el espejo. Y el mar en el espejo, o el valle en el espejo, eran en un sentido iguales a los verdaderos; sin embargo, al mismo tiempo eran algo distintos, más profundos, más maravillosos, más parecidos a lugares de cuento: de un cuento que nunca has escuchado, pero que te gustaría mucho conocer. La diferencia entre la antigua Narnia y la nueva Narnia era así. La nueva era una tierra más profunda: cada roca y cada flor y cada brizna de pasto parecía significar más. No puedo describirla mejor que eso. Si algún día llegas a ella, entenderás lo que quiero decir.

Fue el Unicornio el que resumió lo que cada cual sentía. Golpeó el suelo con su casco delantero derecho, relinchó y luego gritó:

—¡He llegado a casa por fin! ¡Esta es mi verdadera patria! Aquí es donde pertenezco. Esta es la tierra que he estado buscando toda mi vida, aunque nunca lo supe hasta ahora. La razón por la cual amamos la antigua Narnia es que a veces se parecía un poquito a ésta. ¡Brijiji! ¡Vamos más hacia arriba, vamos más hacia adentro!

Sacudió sus crines y se lanzó en un veloz galope, un galope de Unicornio que en nuestro mundo lo habría hecho perderse de vista en escasos minutos.

Y entonces sucedió algo sumamente extraño. Todos los demás echaron a correr y descubrieron, para su asombro, que podían ir al paso del Unicornio; no sólo los Perros y los humanos, sino hasta el gordiflón Cándido y el Enano Poggin con sus piernas cortas. El aire les daba en la cara como si fueran conduciendo un auto muy rápido y sin parabrisas. El paisaje pasaba volando como si lo miraran desde las ventanillas de un tren expreso. Corrían cada vez más ligero, pero nadie sintió calor ni se cansó ni quedó sin aliento.

XVI
ADIOS A LAS TIERRAS IRREALES

Si uno pudiera correr sin cansarse, creo que muchas veces no querría hacer ninguna otra cosa. Pero debe haber una razón especial para detenerse, y fue una razón especial la que hizo que Eustaquio gritara de pronto:

—¡Caracoles! ¡Paren! ¡Miren a dónde estamos llegando!

Y había por qué gritar. Porque tenían ante sus ojos la Poza del Caldero y detrás de la Poza los elevados e inescalables acantilados y, bajando a torrentes por los acantilados, a miles de toneladas de agua por segundo, centelleando como diamante en algunas partes y oscura y de un verde cristalino en otras, la Gran Catarata; y ya su tronar llegaba a sus oídos.

—¡No se detengan! Más hacia arriba y más hacia adentro —gritó Largavista, elevándose en ángulo al volar un poco más hacia arriba.

—Todo esto es muy fácil para *él* —protestó Eustaquio, pero Alhaja también gritó:

—No se detengan. ¡Más hacia arriba y más hacia adentro! ¡Sin miedo!

Su voz apenas se escuchaba por sobre el estruendo del agua, pero al instante siguiente vieron que se había zambullido en la poza. Y atropellándose detrás de él, con un chapoteo tras otro chapoteo, los demás hicieron lo mismo. El agua no estaba tan penetrantemente helada como todos (y especialmente Cándido) esperaban, sino de una frescura deliciosa y espumante. Se encontraron nadando derecho hacia la Catarata.

—Esto es absolutamente de locos —dijo Eustaquio a Edmundo.

—Ya lo sé. Y, sin embargo... —repuso Edmundo.

—¿No es maravilloso? —dijo Lucía—. ¿Se han dado cuenta de que uno no puede sentir miedo, aunque quisiera? Hagan la prueba.

—Cielos, no se puede —exclamó Eustaquio después de haber tratado.

Alhaja fue el primero en llegar al pie de la Catarata, y Tirian iba sólo un poquito más atrás. Jill fue la última, de modo que pudo ver todo mejor que los demás. Vio algo blanco que se movía continuamente de cara a la Catarata. La cosa blanca era el Unicornio. No podías decir si estaba nadando o trepando, pero seguía moviéndose, cada vez a más altura. La punta de su

cuerno dividía el agua justo encima de su cabeza, y la hacía caer en cascada formando dos riachuelos con los colores del arco iris alrededor de sus hombros. Poco detrás de él venía el Rey Tirian. Movía sus piernas y brazos como si fuera nadando, pero subía derecho hacia arriba, como si uno pudiera subir nadando por una muralla.

Lo más cómico eran los Perros. Durante el galope no se cansaron, pero ahora, mientras hormigueaban y serpenteaban hacia arriba, hubo una cantidad de balbuceos y estornudos; era porque seguían ladrando y cada vez que ladraban se les llenaban la boca y las narices de agua. Pero antes de que Jill tuviera tiempo de advertir plenamente todas estas cosas, también ella iba subiendo por la Catarata. Era la clase de cosas que hubieran resultado imposibles de hacer en nuestro mundo. Incluso, si no te hubieras ahogado, te habría hecho pedazos el terrible peso del agua contra las incontables puntas de rocas. Pero en aquel mundo podías hacerlo. Subías, más y más arriba, con toda clase de reflejos de luz que te deslumbraban desde el torrente y todo tipo de piedras de colores resplandeciendo a través del agua, hasta que te parecía estar escalando la propia luz, y siempre más alto y más alto hasta que la sensación de altura te habría aterrado si pudieras aterrarte, pero acá era nada más que una gloriosa emoción. Y después llegabas por fin a la curva verde, deliciosa y tersa, donde el agua vertía encima de la cumbre y te encontrabas afuera en el tranquilo río sobre la catarata. La corriente seguía su curso detrás de ti, pero tú eras un nadador tan extraordinario que podías avanzar contra ella. Pronto estuvieron todos en la orilla, chorreando agua, pero felices. Un extenso valle se abría adelante y grandes montañas nevadas, mucho más cercanas ahora, se alzaban contra el cielo.

—Más arriba y más adentro —gritó Alhaja, y de inmediato echaron a andar nuevamente.

Habían salido de Narnia ya y estaban en el Salvaje Oeste que ni Tirian ni Pedro ni siquiera el Aguila habían visto antes. Pero sí el Señor Dígory y la Señora Polly. “¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?”, decían..., y lo decían con voces firmes, sin jadear, a pesar de que todo el grupo corría ahora más ligero que una flecha volando.

—¿Qué, Señor? —preguntó Tirian—. ¿Es verdad entonces, como cuentan las historias, que ustedes dos vinieron aquí el mismo día en que se hizo el mundo?

—Sí —respondió Dígory—, y me parece que fue sólo ayer.

—¿Y en un caballo volador? —preguntó Tirian—. ¿Esa parte es verdad?

—Por cierto —contestó Dígory.

Pero los Perros ladraban: “¡Más rápido, más rápido!”

Corrieron, pues, más y más rápido hasta que pareció que volaban en lugar de correr, e incluso el Aguila que aleteaba encima no iba más ligero que ellos. Y cruzaron uno tras otro los serpenteantes valles y subieron las abruptas laderas de las colinas y, más rápido que nunca, descendieron al otro lado, siguiendo el curso del río y a veces atravesándolo y corriendo a ras del agua a través de los lagos de las montañas como si fueran vivientes lanchas a motor, hasta que finalmente, al otro extremo de un inmenso lago azul como una turquesa, divisaron una tersa colina verde. Sus laderas eran tan inclinadas como las de una pirámide y alrededor de su cumbre había un muro verde: y por encima del muro se alzaban las ramas de los árboles, cuyas hojas parecían ser de plata y sus frutos de oro.

—¡Más hacia arriba y más hacia adentro! —gritó el Unicornio, y nadie se quedó atrás.

Echaron a correr justo al pie de la colina y luego se encontraron subiendo casi como el agua de una ola al romper sube por una roca en la punta de alguna bahía. Aunque la ladera era tan inclinada como el techo de una casa y el pasto terso como un campo de golf, nadie resbaló. Sólo al llegar a la cumbre aminoraron la velocidad; fue porque se encontraron frente a enormes puertas de oro. Y por un momento nadie tuvo el valor de comprobar si estaban abiertas. Sentían la misma sensación que tuvieron con la fruta. “¿Nos atrevemos? ¿Será correcto? ¿Serán para *nosotros*?”

Pero mientras estaban en eso, un potente cuerno, maravillosamente bajo y dulce, sonó desde alguna parte dentro de aquel jardín amurallado y las puertas se abrieron de par en par.

Tirian se quedó reteniendo el aliento y preguntándose quién iría a salir. Y lo que salió fue lo último que hubiesen esperado: un pequeño y lustroso Ratón que Habla de ojos brillantes, con una pluma roja prendida en una diadema sobre su cabeza y su pata izquierda reposando sobre una larga espada. Hizo una reverencia, la más graciosa reverencia, y dijo con su voz chillona:

—Bienvenidos, en nombre del León. Vengan más arriba y más adentro.

Entonces Tirian vio al Rey Pedro y al Rey Edmundo y a la Reina Lucía precipitarse hacia adelante y arrodillarse y saludar al ratón gritando: “¡Rípichip!“

Y la respiración de Tirian se aceleró de puro asombro, pues se dio cuenta de que estaba contemplando a uno de los grandes héroes de Narnia, el Ratón Rípichip, que combatió en la gran Batalla de Beruna y después navegó

hasta el Fin del Mundo con el Rey Caspian el Navegante. Pero antes de alcanzar a pensar en todo esto, sintió que dos fuertes brazos lo abrazaban y sintió el beso de unas barbas en sus mejillas y escuchó una voz tan recordada que decía:

—¿Qué tal, muchacho? Estáis más robusto y más alto desde la última vez que os abracé.

Era su propio padre, el buen Rey Erlian; pero no como Tirian lo viera la última vez cuando lo trajeron a casa pálido y herido a raíz de su lucha con el gigante, ni tampoco como lo recordaba Tirian en sus últimos años cuando era un guerrero de cabellos grises. Este era su padre joven y alegre como podía recordarlo de su infancia, cuando él era un niñito que jugaba con su padre en los jardines del castillo en Cair Paravel un poco antes de irse a la cama en las tardes de verano. Recordó el olor del pan con leche que acostumbraba comer a la cena.

Alhaja pensó para sí: “Los dejaré conversar un poco y luego iré a saludar al buen Rey Erlian. Hartas manzanas deliciosas me dio cuando no era más que un potrillo”. Pero luego encontró otra cosa en qué pensar, pues por la puerta venía un caballo tan enorme y noble que hasta un Unicornio se sentiría tímido en su presencia: un gran caballo alado. Miró un momento al Señor Dígory y a la Señora Polly y relinchó: “¡Ustedes, mis amigos queridos!“ y ambos gritaron: “¡Volante! ¡Mi querido Volante! “ y se abalanzaron a besarlo.

Pero en ese momento el Ratón los urgía a entrar. De modo que todos entraron por las puertas de oro, al delicioso aroma que les llegaba desde ese jardín y a la fresca mezcla de luz de sol y sombra de árboles, caminando encima de un césped ligero enteramente salpicado de flores blancas. Lo primero que les impresionó a todos fue que el lugar era mucho más grande de lo que parecía desde afuera. Pero nadie tuvo tiempo de pensar en eso, porque de todas partes venía gente a recibir a los recién llegados.

Todos aquellos de quienes hayas oído hablar (si conoces la historia de esos países) parecían estar allí. Estaban el Búho Plumaluz y el Renacuajo del Pantano, Barroquejón, y el Rey Rilian el Desencantado, y su madre, la hija de la Estrella, y su abuelo, el propio Caspian. Y junto a él estaban el Señor Drinian y el Señor Berne y el Enano Trumpkin, y Cazatrufas el buen Tejón, con el Centauro Vendaval y una centena de otros héroes de la Gran Guerra de la Liberación. Y luego por otro lado venían Cor, el Rey de Archenland con el Rey Lune, su padre, y su esposa, la Reina Aravis y el valiente príncipe Corin Puño de Trueno, su hermano, y el Caballo Bri y la Yegua Juin. Y luego —lo que fue una maravilla por encima de todas las maravillas para Tirian venían desde el pasado más remoto los dos buenos Castores y Tumnus el Fauno. Y hubo un alboroto de saludos y besos y darse la mano y recordar viejos chistes (no tienes idea lo bien que suena un chiste viejo cuando lo vuelves a sacar a luz después de un reposo de quinientos o seiscientos años) y todo el grupo se

encaminó hacia el centro del huerto donde el Fénix estaba sentado en un árbol mirándolos a todos hacia abajo y bajo aquel árbol había dos tronos y en esos tronos un Rey y una Reina tan grandes y hermosos que todos hicieron ante ellos una profunda reverencia. Y habían de hacerlo, pues eran el Rey Francisco y la Reina Elena, de quienes descendían todos los más antiguos Reyes de Narnia y de Archenland. Y Tirian se sintió como te sentirías tú si te llevaran delante de Adán y Eva en toda su gloria.

Cerca de una media hora más tarde, o también podría haber sido medio siglo más tarde, ya que allá el tiempo no se parece al tiempo de aquí, Lucía seguía con su querido amigo, su más antiguo amigo narniano, el Fauno Tumnus, mirando por la muralla de aquel jardín y viendo toda Narnia extendida a sus pies. Pero cuando mirabas hacia abajo te dabas cuenta de que esta colina era mucho más alta de lo que habías pensado; se hundía en medio de imponentes acantilados a miles de metros debajo de ellos y los árboles en aquel mundo de las profundidades no parecían mayores a unos granitos de verde sal. Después se volvió hacia adentro nuevamente y apoyó la espalda en el muro y miró al jardín.

—Ya entiendo —dijo pensativamente al final—. Ahora entiendo. Este jardín es como el Establo. Es mucho más grande por dentro que por fuera.

—Por supuesto, Hija de Eva —dijo el Fauno—. Mientras más alto y más adentro llegas más grande es todo. El interior es más grande que el exterior.

Lucía miró atentamente el jardín y vio que no era en realidad un simple jardín, sino un mundo entero, con sus propios ríos y bosques y mar y montañas. Pero no le eran desconocidos: ella los conocía todos.

—Ya entiendo —dijo—. ¡Esto es todavía Narnia, y más real y más bella que la Narnia que hay abajo, tal como *esa* fue más real y más bella que la Narnia de afuera de la puerta del Establo! Ya entiendo..., un mundo dentro del mundo, Narnia dentro de Narnia...

—Sí —repuso el señor Tumnus—, como una cebolla, excepto que a medida que continúas adentrándote, cada rodela es más grande que la última.

Y Lucía miraba para este lado y para el otro y pronto descubrió que le había sucedido algo nuevo y hermoso. Doquiera que mirara por lejos que estuviese, una vez que ella fijaba sus *ojos* con firmeza, todo se hacía más claro y se acercaba como si ella estuviera mirando por un telescopio. Podía ver todo el desierto del sur y más allá la gran ciudad de Tashbaan; al este podía ver Cair Paravel a la orilla del mar y la misma ventana de la habitación que una vez fue la suya. Y muy lejos en el mar podía descubrir las islas, isla tras isla hasta el Fin del Mundo y más allá del fin, la inmensa montaña que ellos habían llamado el país de Aslan. Mas ahora veía que formaba parte de una gran

cadena de montañas que rodeaban el mundo entero. Frente a ella parecía acercarse mucho. Después miró a su izquierda y vio algo que tomó por un gran banco de nubes de brillantes colores, que hubiera sido cortado y separado de ellas por un boquete. Pero miró con más atención y vio que no era una nube sino tierra. Y cuando fijó sus ojos en un sitio en particular, se puso a gritar inmediatamente: "¡Pedro! ¡Edmundo! ¡Vengan a ver! ¡Vengan rápido!" Y ellos vinieron y miraron, porque también sus *ojos* eran ahora como los de ella.

—¡Mira! —exclamó Pedro—. Es Inglaterra. ¡Y ahí está la casa, la vieja casa de campo del Profesor Kirke donde comenzaron todas nuestras aventuras!

—Pensé que esa casa había sido destruida —dijo Edmundo.

—Y así fue —murmuró el Fauno—. Pero ustedes ahora están mirando a la Inglaterra dentro de Inglaterra, la verdadera Inglaterra tal como esta es la verdadera Narnia. Y en el interior de aquella Inglaterra ninguna cosa buena es destruida.

De súbito desviaron sus ojos hacia otro lugar, y entonces Pedro, Edmundo y Lucía contuvieron el aliento, atónitos, y gritaron y empezaron a hacer señas: porque habían visto a sus propios padres que les hacían señas también a través del inmenso y profundo valle. Era como cuando ves gente que hace señas desde la cubierta de un gran barco cuando tú esperas en el muelle para recibirlos.

—¿Cómo podríamos ir donde están ellos? —preguntó Lucía.

—Es fácil —repuso el señor Tumnus—. Ese país y este país..., todos los países *reales*..., son sólo contrafuertes de las grandes montañas de Aslan. Sólo tenemos que caminar por el borde, hacia arriba y hacia adentro, hasta que se juntan. ¡Y escuchen! Ese es el cuerno del Rey Francisco: debemos subir.

Y pronto se encontraron todos juntos caminando, y era una larga y brillante procesión subiendo montañas más altas que las que puedes ver en este mundo, incluso si las hubiese para poder verlas. Y no había nieve sobre esas montañas; había selvas y verdes laderas y dulces huertos y correntosas cataratas, una encima de otra, subiendo sin parar. Y la tierra por donde caminaban se hacía cada vez más estrecha, con un profundo valle a cada lado; y al otro lado de aquel valle la tierra que era la real Inglaterra se acercaba más y más.

La luz adelante se hacía más fuerte. Lucía vio que se elevaban frente a ellos una serie de acantilados de todos colores, semejantes a una escalera gigantesca. Y después se olvidó de todo, porque venía el propio Aslan saltando

de acantilado en acantilado como una viviente catarata de poder y belleza.

Y a la primera persona a quien Aslan llamó fue al Burro Cándido. Nunca has visto un burro tan débil y tonto como Cándido caminando hacia Aslan; y se veía tan chico al lado de Aslan como un gatito al lado de un San Bernardo. El León inclinó su cabeza y murmuró algo a Cándido, que al escuchar bajó las largas orejas; pero luego le dijo algo más, al oír lo cual sus orejas se levantaron otra vez. Los humanos no pudieron escuchar lo que le había dicho en ambas ocasiones.

Luego Aslan se volvió a ellos y dijo:

—Ustedes todavía no se ven todo lo felices que quiero que sean.

Lucia replicó:

—Tenemos tanto miedo de que nos eches de aquí, Aslan. Y tú nos has mandado tantas veces de vuelta a nuestro propio mundo.

—No hay nada que temer —dijo Aslan—. ¿No han adivinado?

Sus corazones dieron un vuelco y una salvaje esperanza nació en ellos.

—*Hubo* realmente un accidente de trenes —expresó Aslan, suavemente—. Tu padre y tu madre y todos ustedes están..., como solían decirlo en las Tierras Irreales..., muertos. Las clases han terminado: han comenzado las vacaciones. El sueño ha concluido: esta es la mañana.

Y en tanto El hablaba, ya no les parecía un león; mas las cosas que comenzaron a suceder de ahí en adelante fueron tan grandiosas y bellas que no puedo escribirlas. Y para nosotros este es el final de todas las historias, y podemos decir con toda verdad que ellos vivieron felices para siempre. Pero para ellos era sólo el comienzo de la historia real. Toda su vida en este mundo y todas sus aventuras en Narnia habían sido nada más que la tapa y el título: ahora, por fin, estaban comenzando el Capítulo Primero de la Gran Historia, que nadie en la tierra ha leído; que nunca se acaba; en la cual cada capítulo es mejor que el anterior.

C. S. LEWIS